Acratas de Salta

Ejemplar de la biblioteca de Juan Farfan, anarquista salteño.

La Protesta. Suplemento Semanal. Buenos Aires. Año 1926.

- Primera Parte -

1926	4 de Enero	Año V	N.º 206
1926	11 de Enero	Año V	N.º 207
1926	18 de Enero	Año V	N.º 208
1926	25 de Enero	Año V	N.º 209
1926	1 de Febrero	Año V	N.º 210
1926	8 de Febrero	Año V	N.º 211
1926	15 de Febrero	Año V	N.º 212
1926	22 de Febrero	Año V	N.º 213
1926	1 de Marzo	Año V	N.º 214
1926	8 de Marzo	Año V	N.º 215
1926	15 de Marzo	Año V	N.º 216
1926	22 de Marzo	Año V	N.º 217
1926	29 de Marzo	Año V	N.º 218
1926	5 de Abril	Año V	N.º 219
1926	12 de Abril	Año V	N.º 220
1926	19 de Abril	Año V	N.º 221
1926	10 de Mayo	Año V	N.º 222
1926	1 de Mayo -Número Extraordinario-	Año XXIX	N.º 5319
1926	17 de Mayo	Año V	N.º 223
1926	24 de Mayo	Año V	N.º 224
1926	31 de Mayo	Año V	N.º 225
1926	7 de Junio	Año V	N.º 226
1926	14 de Junio	Año V	N.º 227
1926	21 de Junio	Año V	N.º 228
1926	28 de Junio	Año V	N.º 229

LORENZO DURAN.

AÑO V — BUENOS AIRES, 4 DE ENERO DE 1925 — N.o 206

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMAN — 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
LORENZO DURAN
SALTA

AL ENTRAR EN EL QUINTO AÑO DE VIDA

Al entrar el Suplemento en el quinto año de su vida, consideramos como un deber de conciencia el hablar unos momentos con los lectores y amigos cuyo interés y abnegación hizo posible la fructificación de la iniciativa que tomáramos a fines de 1921 para dar a nuestro movimiento un órgano de doctrina digno de él.

Y es tanto más necesario para nosotros el dirigir unas palabras íntimas a nuestros lectores y amigos, cuanto que sin su apoyo moral nos hubiera sido imposible resistir la ola de cismas y el montón de injurias que circuló estos últimos años contra los que damos a la labor del diario, de su Suplemento y de la Editorial, todo cuanto podemos y cuanto valemos. Nuestra vida se ha difundido con la vida del diario y de sus diversos apéndices tanto más inseparablemente cuanto mayores fueron los obstáculos encontrados y mayores los peligros que amenazaron su existencia. Nadie podrá poner en duda que hemos defendido con verdadero encarnizamiento la vida de LA PROTESTA: ese encarnizamiento nos ha valido enemigos numerosos en todo el mundo, pero tenemos la satisfacción de haber logrado una parte de nuestros propósitos: reivindicar el anarquismo del peligro amoralista que intentaba sentar sus reales y sostener la proa del movimiento regional en dirección a las luchas del proletariado. Estamos seguros que ningún camarada honesto querrá amenguar el valor de esa victoria. Es verdad, en el ardor de la lucha habremos podido dar más de un golpe de ciego y lesionar la susceptibilidad de camaradas nuestros, concordes con nuestra manera de ver; es lo que lamentamos sinceramente; pero como no hay en nosotros ningún empeño en tener razón a costa de la justicia, les tendemos públicamente la mano y les pedimos que olviden los supuestos agravios que les hemos inferido sin darnos cuenta. Pero no se interprete mal este deseo de reconciliación; nos dirigimos a los camaradas justamente resentidos a causa de la vehemencia de nuestros ataques, algunos de cuyos golpes habrán podido llegar hasta ellos, sin que fuera tal nuestro deseo. Somos humanos y podemos equivocarnos. Bajo este aspecto esperamos que ningún camarada tendrá la pretensión de tirarnos la piedra de la impecabilidad. Sin embargo, así como no tenemos ningún reparo en tender la mano de compañeros y de amigos a todos aquellos a quienes tenemos derecho a considerar tales, por haber estado a nuestro lado años y años y por haber demostrado más de una vez su amor a la causa común, seguimos tan inmutables como el primer día frente al amoralismo y al cisma sistemático, que para muchos es el único recurso de que disponen para sobresalir, para singularizarse y para oficiar de capitanes de capillas. Contra los que se empeñan en sembrar la discordia entre nosotros, seremos lo que hemos sido hasta aquí: defensores de la pureza moral e ideológica de nuestro movimiento por sobre todas las consideraciones personales.

Al obrar como hemos obrado estos últimos años, sabíamos que eran muy pocos los camaradas sinceros que desertarían de nuestras filas; teníamos la conciencia de contar con lo que constituye el movimiento anarquista del país, agrupado en torno a LA PROTESTA y a la F. O. R. A.; no hemos dudado ni por un momento que defendíamos una causa justa con el asentimiento de la totalidad de los camaradas que comprenden y aman el anarquismo lo suficiente como para no permitir en nuestras cosas la intromisión de las ideas dictatoriales ni de los agentes de policía y los profesores de amoralidad que tantas veces estuvieron a punto de comprometer el movimiento en causas indefendibles. LA PROTESTA ha sido siempre un órgano puramente anarquista en medio de las luchas proletarias y estamos satisfechos de haberle conservado ese carácter. Y la misma satisfacción sienten muchos millares de compañeros, como lo demuestra el efecto del llamado que hemos hecho a mediados de 1924 para que acudieran en ayuda del diario, fuertemente comprometido por el déficit creciente. Los que dudaban de la posición de LA PROTESTA en el movimiento anarquista del país, ¿no han podido constatar claramente la elocuencia de la simpatía espontánea que le demostraron los millares de trabajadores interesados en su sostenimiento? Esa manifestación ha sido para nosotros mismos de un gran alcance, nos ha inspirado nueva confianza y nos dió nueva energía para la lucha. Por lo demás, el déficit, como todos saben, es ineludible; el diario, que se vende a cinco centavos en la calle, sin anuncio alguno, sale con pérdida y es preciso recurrir a los pic-nics y las funciones teatrales para equilibrar el presupuesto. A esa situación se agregó la circunstancia de las deudas contraídas con la imprenta por muchos sindicatos y grupos, y sobre todo por la renovación completa de los talleres, en estos últimos cinco años — la compra de dos intertypes, de una máquina plana y de otros numerosos utensilios. También la Editorial ha dejado en el primer tiempo déficit, pues como nuestra idea no es hacer de ella una mera fuente de entradas a costa de la banalidad de las ediciones de venta fácil, sino que nos proponemos que sea una obra de cultura seria y responsable, los libros editados no tienen la salida rápida que tienen las novelas sin valor o los folletos sensacionales. La Editorial ha sido creada para nuestros camaradas deseosos de profundizar y de ampliar sus conocimientos y no para satisfacer a lectores de Luis de Val o de Invernizzio. A decir verdad, no hubiéramos creído que existieran tantos interesados en esa obra como los que se suscribieron por adelantado a sus ediciones, — dando con ello, no sólo testimonio de su anhelo de que la Editorial continúe su obra, sino una prueba de confianza que no podemos menos de apreciar con cierto orgullo. Si todavía no funciona la Editorial según nuestros deseos, pedimos a los camaradas un poco más de paciencia, asegurándoles que serán colmadas sus aspiraciones y las nuestras. La literatura anarquista se abrirá camino en las filas del proletariado y desalojará de los cerebros obreros las mentiras y los sofismas sembrados por la escuela, la demagogia política y por los explotadores de la revolución.

Para ello, como para toda la obra que simboliza LA PROTESTA, necesitamos la cooperación moral, material e intelectual de todos los camaradas, y esa cooperación no nos faltará.

Creemos que la labor de saneamiento ha terminado; los grupos están bien definidos y ahora nos toca trabajar intensamente por la difusión del anarquismo en el país y en el vasto continente americano, que quieren disputar a nuestras ideas todos los merodeadores del campo obrero. Que no obstaculicen esa labor los que mariposean con gusto en el cisma; pongamos la anarquía por encima de nuestras personillas y abramos los ojos a una realidad desconsoladora: una reacción internacional insolente y con tendencias autoritarias vivaqueando en el movimiento obrero. Si por desgracia volvieran a formarse en nuestro seno grupos cismáticos que obstaculizaran la propaganda de LA PROTESTA y de sus diversos apéndices, nosotros declinamos toda responsabilidad, pero defenderemos nuestra labor.

Defenderemos nuestra labor, no por nosotros, sino por el movimiento anarquista. El Suplemento y las simpatías con que cuenta, nos dicen con elocuencia que vamos por el buen camino. Los cuatro años de vida de esta publicación no fueron vanos, y el que quiera convencerse que vea cómo los lectores de la prensa anarquista argentina, tan numerosa, apenas si se preocupan de recoger, de seleccionar y de encuadernar cariñosamente otro órgano que el Suplemento. Es para nosotros un dato expresivo. En ningún país no hubo nunca tal interés por la conservación de nuestras publicaciones y cuando ahora vemos con qué afán coleccionan millares de camaradas el Suple-

MIENTRAS LAS MULTITUDES BUSQUEN ATURDIRSE, ESTARAN LEJOS DE SU PERFECCIONAMIENTO Y DE SU LIBERTAD

—Si toda esa pólvora se empleara Para derribar a los tiranos que en pleno siglo XX humillan a la humanidad, podría exteriorizarse ese júbilo que tan extemporáneo resulta ahora...

mento y cuando leemos los centenares de cartas que solicitan números viejos para completar colecciones, no podemos menos de sentirnos un tanto satisfechos. En realidad este semanario ha venido a llenar un vacío; estábamos cansados de frases brillantes y de hojarasca literaria. Y después de las vacilaciones y confusiones sembradas por la revolución rusa, era preciso volver a exponer los fundamentos de la anarquía y dar una idea de lo que el anarquismo representa en la historia humana. Para eso se necesitaba reconcentrarse un poco y eludir el hueco palabrerío. Hemos contado con muy pocos colaboradores para el Suplemento, pero esos pocos han realizado una labor seria y documentada. Eso no quiere decir que entendiéramos propagar un seco doctrinarismo, no; hemos estudiado la realidad en todos los aspectos que nos han sido asequibles y hemos dado a nuestros lectores un conjunto de material digno de atenta lectura. Ni siquiera hemos olvidado que el arte y la literatura son eficaces vehículos de nuestras ideas y el Suplemento goza en el país, bajo ese aspecto, de una merecida autoridad, aunque también se haya creado enemigos entre los malos cultores del arte y entre los malos literatos.

En general, el Suplemento ha elevado el gusto literario de los lectores, les ha planteado nuevos problemas, les ha ensanchado los horizontes mentales, como ocurre con todo buen libro y toda buena publicación.

Los camaradas de la Argentina se han vuelto en general mucho más exigentes intelectualmente que los anarquistas de los otros países. Saben distinguir lo bueno de lo mediocre y nosotros nos imaginamos que en nuestro ambiente no podrían prosperar órganos de propaganda que pasan por buenos en otros países.

Del valor de las publicaciones hechas en el Suplemento testimonian los numerosos folletos que han sido sacados de él, y que se sacarán, porque en sus páginas vamos concentrando infinidad de documentos de valor perdurable para la historia de la anarquía.

Una ojeada al sumario de los trabajos más importantes publicados en el Suplemento, que damos en otra parte de esta edición, dará la prueba de que no exageramos.

Hasta aquí nos hemos circunscripto en el Suplemento a sostener estas secciones:

Teoría del anarquismo en el movimiento obrero;

Historia del anarquismo;

Transcripción de páginas viejas de los más brillantes escritores libertarios;

Transcripción de los mejores folletos y artículos escritos en otros idiomas por nuestros camaradas.

Publicación de estudios económicos y sociales de interés actual.

Página de arte.

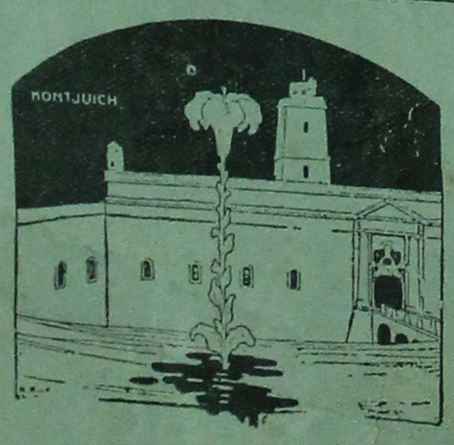
Bibliografía.

Para el futuro no sólo quisiéramos mantener esas secciones sino también perfeccionarlas, e introducir nuevos temas y motivos de estudio.

Los camaradas se darán cuenta de que es ya tiempo que nuevas fuerzas vengan a contribuir a ese esfuerzo. Nosotros queremos que esa obra sea una obra colectiva y que no dependa exclusivamente de nosotros. Queremos que si un día u otro los que actualmente llevamos a cabo esa labor en la medida de nuestra capacidad nos retiráramos, agotados o cansados, ocupasen de inmediato nuestro puesto otros, más capaces y mejor preparados.

Pues desde hace años nos interesa especialmente eso: contribuir a formar entre la masa de nuestros lectores y amigos quienes un día se sientan con fuerzas para ocupar un puesto de tanta responsabilidad y de tanta resistencia física como el que ocupamos nosotros en este momento. No aspiramos a eternizarnos aquí, y más estamos ya por deber que por inclinación. Hemos recibido un patrimonio de gloriosas tradiciones y lo hemos procurado agrandar y enriquecer. Obras son amores, y ahí está nuestra obra, que los amigos y lectores deberían examinar en ocasión del nuevo aniversario del Suplemento. Que se preparen nuevos colaboradores por el estudio serio en los libros y en la vida, pues si podemos expresar sin inmodestia nuestra satisfacción por la propaganda realizada, consideraríamos una derrota el hecho de tener que seguir llevando nosotros una carga que pesa gravemente y que por lo demás debe ser llevada por todos, en una forma u otra, con su apoyo moral, material e intelectual. Este último, sobre todo, nos ha faltado en proporciones muy sensibles. Aquellos que en otro tiempo enviaban su colaboración a nuestra prensa, se creyeron con tantos derechos por saber manejar la pluma un poco más hábilmente que la mayoría de los trabajadores, que hemos considerado justo pasarnos sin su concurso. Y como se ve, no hemos perdido mucho. ¡Que de entre la juventud proletaria afín a LA PROTESTA y a la F. O. R. Argentina surjan colaboradores profundos en su pensamiento, pero sin estúpidas pretensiones intelectualistas, como los que se van haciendo ver en el diario y en el Suplemento, donde sin hacer alardes ni reclamar privilegios, tratan asuntos complejos y revelan una seriedad y una honestidad que faltaba en los supuestos intelectuales del obrerismo. Tenemos una cierta esperanza de que nuestra preocupación en este sentido no será vana. Podríamos ya citar nombres que prometen continuar un día el vasto programa de propaganda escrita de LA PROTESTA, que comprenden que el escribir supone el previo pensar y que cuando se poseen tesoros de experiencias y de conocimientos, el estilo o la forma literaria es lo que menos importa.

Muchas serían las reflexiones que quisiéramos hacer hoy. Presentimos haber entrado en una nueva fase de actividades y no ignoramos que la responsabilidad que nos incumbe es grande. La anarquía debe intervenir en la vida más que hasta aquí, y ser un factor social con el que haya que contar para determinar el rumbo de la historia. Necesitamos estrechar filas y trabajar intensamente, superándonos cada día, si es posible. Cada uno de nosotros debemos hacer de tanto en tanto el balance de nuestra adhesión a la anarquía y deducir si nuestras acciones están en concordancia con ella o no. Uno de los primeros deberes de la adhesión al anarquismo está en la actividad personal en el sentido más conforme a nuestras capacidades. ¡Que no pase un solo día, un solo mes sin que podamos decirnos íntimamente que no hemos vivido en vano para la anarquía!



AMERICA

Un programa revolucionario

Hace pocos años existía en Alemania la costumbre del período de *Wanderschaft* (peregrinación); en la actualidad ha perdido ya su rigor; la juventud de nuestros días no acepta ya generalmente esa vieja tradición y las condiciones que facilitaban la peregrinación de los jóvenes proletarios han desaparecido. Pero esa costumbre nos parece digna de estudio, y algún día procuraremos exponer su mecanismo y su significación a nuestros amigos. Se resume así: al terminar el joven su aprendizaje de un oficio, que duraba por lo general cuatro años, estaba forzado a recorrer un determinado tiempo el país, y el extranjero si se sentía con fuerzas e inclinaciones, trabajando para comer; de esa manera agregaba a su aprendizaje de un oficio el aprendizaje de la vida, que en esas andanzas se conoce en sus variados aspectos mucho mejor que cuando no se ha salido del lugar nativo; el joven obrero vivía varios años como un *linghiera* ambulante, y sin esa condición no podía establecerse definitivamente como *Meister* (obrero de oficio independiente) en ninguna parte. El período de Wanderschaft constituía el acontecimiento más memorable del trabajador, que recogía en ese lapso de tiempo un caudal de experincias de que luego vivía intelectualmente el resto de la vida. Si entre los viejos hábitos y tradiciones hay uno que desearíamos ver implantado en todas partes, sería el de la Wanderschaft de los jóvenes obreros.

Recordamos eso al reflexionar en nuestras cosas de América: todos los jóvenes compañeros, después de haber aprendido un oficio y antes de sistematizar su vida en la localidad elegida por sus gustos o por el azar del nacimiento, deberían imponerse el hábito de la Wanderschaft por todo el continente americano; y si se quiere que empleemos un término más usual entre nosotros, sustituyamos Wanderschaft por *vida de linghera*. Los establecimientos de estudios nos están vedados, no por leyes especiales, sino por el imperativo de nuestra situación económica; pues bien, si la burguesía se reserva las universidades, monopolicemos nosotros ese vasto establecimiento de estudio que es la vida, y mientras los hijos de nuestros amos adquieren su diploma en la universidad, conquistemos también nosotros nuestro diploma de conocedores de la realidad, seguros de que la ciencia y la experiencia que recogeríamos en un período de tres o cuatro años de honesto vagabundaje por el gran continente americano, no tendría nada que envidiar a la que recogerán nuestros futuros explotadores y dominadores, en algunos libros mal digeridos.

Pero aparte de esa ventaja personal, y que constituiría la mejor escuela para el desarrollo de la mentalidad proletaria y para la formación de un carácter independiente y libre, esa vida ambulante de unos años por los diversos países de América, traería consigo un fortalecimiento inusitado del movimiento revolucionario y una difusión maravillosa de nuestras ideas. En ese sistema de vida la inteligencia del individuo despierta, y trabaja continuamente: las nuevas impresiones provocan el pensamiento, la comparación y la deducción, y mientras en la localidad nativa hubieran faltado motivos impulsores de nuestra actividad mental, al cabo de muy poco tiempo, en la vida del linghiera joven, consciente de que obra así para aprender y no para eludir el trabajo, la vida de cada día mantiene alerta su cerebro. Esa es una condición insustituíble para la comprensión de los nobles ideales que exigen sacrificio, abnegación, entusiasmo y constancia.

Por esa juventud que se resolviera a conocer el mundo antes de verse forzada a buscar definitivamente un refugio, — con todo un cúmulo de ilusiones marchitas, — circularía la savia de la revolución.

No nos atrevemos a proponer que nuestras organizaciones se ocupen de este asunto; sin embargo son organizaciones para la revolución y no puramente corporativas y por consiguiente no deben desaprovechar ninguna posibilidad de contribuir a la creación de un vigoroso movimiento revolucionario de hombres independientes, íntegros, descontentos de lo actual y con fuerzas mentales suficientes para aspirar y luchar toda la vida por un mundo mejor. Hemos entrado en un negro período histórico, y no se entrevé salida alguna por muchos años; ni un rayo de luz brilla en el oscurecimiento de los espíritus que siguió a las aparentes subversiones de la post-guerra. Por eso debemos pensar en preparar pacientemente para el mañana las condiciones de un despertar de los pueblos. La preocupación por cosas cuyos frutos tal vez no recojamos nosotros mismos, es el mejor testimonio de fe que podemos dar en las ideas. Por doloroso que sea, tenemos que resignarnos al pensamiento de que no veremos con nuestros ojos una humanidad libre: la vida es muy corta y aun hace falta mucho esfuerzo para quebrantar tantas cadenas como nos sujetan al carro del capital y al sagrado principio de la autoridad. Pero la lucha misma por una humanidad libre y dichosa contiene en sí una anticipación de la felicidad de la vida futura. Hoy no somos libres pero al luchar por serlo comprendemos el valor de la libertad y saboreamos ya su ravilloso encanto.

El camarada Julio Díaz ha sido nuestro primer explorador del continente americano, — una iniciativa que algún día se apreciará en todo su valor. De su largo viaje traerá sin duda una buena cosecha de experiencias y de iniciativas, y estamos seguros que no dejará de hacer resaltar estas dos conclusiones: que el porvenir del anarquismo está en América, y que a América le corresponde crear un movimiento que infunda nueva sangre en las arterias de la vida revolucionaria de todos los países, y además que se impone un intercambio continuo de ideas y de fuerzas por medio de una juventud que se interese por conocer la vida y sirva en sus inquietudes aventureras de vehículo de la revolución.

Las masas obreras de América, sobre todo de la América latina, no poseen aún el lastre de la esclavitud voluntaria y de la obediencia tradicional: además se agregan a ellas los emigrantes que, aunque en su mayoría vayan en busca de tesoros fáciles, suelen ser elementos inquietos y activos, abiertos a nuevas ideas y que dan un considerable porcentaje a la revolución. Mientras que en las masas del proletariado industrial europeo ha sido invectado el veneno de los partidos obreros y del estatismo, las masas de la América latina no conocen más que la demagogia del liberalismo burgués y es sumamente fácil apartarlas de esa ilusión involuntariamente adoptada. Otra cosa es cuando han adoptado el marxismo como un ideal revolucionario: el marxismo acaba por castrar en ellas toda combatividad y por idiotizarlas con el Estado popular, haciéndolas inasequibles a cualquier otro punto de vista.

Es la Argentina la que cuenta con más elementos y más posibilidades para tomar a su cargo una intensa propaganda de nuestras ideas en la América latina: en su movimiento relativamente numeroso surgen camaradas capacitados y que no hallan el modo de desarrollarse en el círculo de una existencia cotidiana monótona: esos caradas, cuando se encontraran frente a un terreno virgen y comprobasen la virtualidad creadora de su esfuerzo, se darían cuenta de lo que pueden y de lo que valen: en el ambiente nativo no siempre se hallan los estímulos para el completo florecimiento espiritual del hombre y la mayoría de las veces si han sido agitados por una ola de entusiasmo acaban por marchitarse y debilitarse. Un cambio de clima, de ambiente, no sólo es físicamente recomendable, sino que tiene en sus efectos morales las más altas consecuencias.

Si la Argentina tomase la iniciativa del fomento del envío de emisarios a otros países, secundados por la prensa numerosa que se abriría por ese medio un camino en las masas de otras regiones y por los libros y folletos que se editan sin ce-

sar en Buenos Aires, no sólo se resistiría la invasión del autoritarismo en América, sino que se destruiría la leyenda criminal del nacionalismo que mantiene la hostilidad de unos pueblos contra otros y de esa manera los subyuga a la codicia de las castas explotadoras y dominadoras.

Naturalmente, para llevar a cabo esta iniciativa, como para cualquier otra labor en beneficio de la prosperidad de nuestro movimiento, es preciso partir de esta base: las cosas no se hacen por sí solas, sino que requieren el apoyo y el esfuerzo personal de cada uno. Repitámoslo, si tenemos el derecho a llamarnos anarquistas, tenemos el deber de manifestar prácticamente que lo somos.

El panorama de las repúblicas hispano-americanas no tiene actualmente nada de prometedor; infinidad de rivalidades nacionales siembran la discordia entre los pueblos; numerosos partidos de aventureros políticos juegan el fácil juego de los asaltos al poder; el capitalismo va sentando sus reales y la explotación del proletariado no deja nada que desear en refinamiento y en brutalidad; las tendencias reaccionarias del movimiento obrero se van infiltrando por intermedio del apoyo de la invasión del capitalismo norteamericano en las repúblicas de habla española; se advierte como una propensión en las esferas de las camarillas privilegiadas a volver a un régimen de vida social medioeval, más salvaje y más desalmado que el implantado por los aventureros de la colonización. ¿Qué hacemos nosotros contra todo eso? ¿Cómo expresamos nuestra comprensión del anarquismo?

Y lo que más condenable hace nuestra pasividad frente a ese espectáculo, es que tenemos fuerzas suficientes para ser en América un factor determinante de la marcha de la historia y por pereza no las ponemos en acción, y dejamos a nuestros enemigos el campo libre.

No consintamos que pase un solo día más sin entrar en la liza histórica, contribuyendo *personalmente* a la propaganda de la anarquía.

D. Abad de Santillán

—— *** ——

Una carta de Mussolini (1)

Desearía que me concedieras un pequeño espacio en tu combativo "Reveil" para aportar mis sufragios, por así decirlo, a los argumentos expuestos por tí en el último número de "Emancipación".

En el momento que me detuvieron, dejaba inconcluso un pequeño artículo que comenzaba así: "Berna, la vieja ciudad donde hacen su fortuna los comerciantes de *schnaps* y los prelados del tibio papismo de la social-democracia, ella no perdió aún su aspecto característico de gruesa barriada mercantilista. Todo se halla en calma. El número de los policías ha aumentado, pero en vano se buscarán huelguistas por ninguna parte. De 200 que eran ellos al principio, han sido reducidos a 50, y éstos se hallan todavía sobre la falsa ruta del compromiso, disminuyendo en dos céntimos la tarifa propuesta, y dejando las negociaciones en manos de un grupo de políticos, quienes tuvieron a bien constituir una comisión de defensa y acción (!). No se sabe si el gobierno o éllos son los que sienten más el miedo. Se habla de ocupaciones militares. Me pregunto qué harán las tropas cuando se encuentren ante este espectáculo tan perfectamente fúnebre".

Lo sucedido puso en claro mis dudas. Los que más tuvieron miedo entre los italianos — inquietados, decían, por tu conferencia — eran precisamente los venerables sacerdotes del Comité de acción. Lo pruebo por este hecho: los italianos organizados habían aceptado en principio de realizar un mítin de protesta y de solidaridad. Yo y otro camarada, por un excesivo escrúpulo de delicadeza, llevamos la deliberación al seno del Comité de defensa y acción. Recibidos en su sede, les expusimos las razones de nuestras actividades, invitándolos a que reunieran a nuestra manifestación la somnolienta clase obrera de Berna.

Fuimos muy mal recibidos. Hicieron veladas alusiones a los insultos contra el diputado socialista. Karl Moor, redactor del *Berner Tagwacht*. Se nos trató de impulsivos, de fomentadores de desórdenes, de traidores que comprometíamos los intereses de los obreros. Cuando manifesté que si los italianos respondían a nuestro llamado llevaríamos a cabo de todos modos la manifestación, los aspirantes a pontífices rojos nos previnieron que la impedirían a toda costa. Se nos hizo comprender también que se llegaría al caso de pedir ayuda a la policía.

Entonces, temblando de coraje y rabia, abandonamos ese antro de reacción. Aquí he de hacer hincapié en un detalle que me parece sintomático: el policía que formulara su interrogatorio durante mi prisión, estaba informado muy bien de todo lo que yo les había comunicado a los miembros de ese Comité de defensa y de acción, así como de las respuestas que me dirigieran. ¿Cómo pudieron conocerlas?

Yo no sé cuál es la situación de los obreros de Berna y en qué punto se halla la huelga de carpinteros. Si no la han perdido, la perderán, y su victoria, si la hubiera, será una victoria a lo Pirro.

Por lo menos, pudimos conocer de cerca el revolucionarismo tan pregonado de los jefes indígenas de Berna.

Es un revolucionarismo de palabras. Cuando los pretendidos defensores del proletariado os intiman a que la agitación debeis realizarla en vuestro país y dejar tranquilo el de ellos, que — bondad suprema, — os concede la hospitalidad y os impide morir de hambre, se les puede preguntar al escucharles el himno de la Internacional, dónde comienza para ellos la mala fé política y dónde cesa el odio nacional, mal disimulado.

Muy cómodos esos revolucionarios que lo son en todas partes, excepto en su propia casa. Llegan hasta a magnificar la virtud de la dinamita con tal que haga explosión en Rusia o en Salónica. Deben protestar de todas las injusticias de este mundo, pero dejan pasar las desvergüenzas de su país encubiertas por las campanas de palo.

¿Pero sabes tú que somos unos impudentes cuando intentamos llamarnos socialistas y además revolucionarios? ¿Pero dónde se halla ese espíritu de rebeldía, cuando algún estúpido decreto, emanado de una más estúpida autoridad, basta para paralizar un movimiento o al punto que no es posible realizar un simple paseo en son de protesta? ¿Acaso no tenemos el derecho de llamarnos cadáveres? Y es posible que no seamos otra cosa. Todo lo que nos queda por hacer es cambiar de camino a fin de que se nos sepulte bajo la turba ignara de los arribistas. Que los convencidos obren.

Tu Mussolini Benito.

Los sindicatos de albañiles y de peones de Saint Gall protestan contra las autoridades de Berna por la expulsión del camarada Benito Mussolini, a quien le envían un saludo fraternal.

(1) *Es un documento aleccionador sobre estos eternos Judas del movimiento obrero, que ellos toman como un trampolín para dar el salto necesario para caer de pié o sentados sobre los puestos públicos. — Traducido de* Le Reveil, *este periódico anarquista expone la causa que produjo su publicación. Esta carta del dux fué dirigida al camarada Bertoni. He ahí la constatación:*

"Damos a la publicidad este carta para demostrar una vez más que Mussolini siempre le ha reprochado al partido socialista su miedo a la ilegalidad y a la violencia. Débese señalar que con un cinismo inconsciente, este mismo reproche ha mudado de lugar, pretendiendo que la violencia criminal de sus bandas armadas sólo es una justiciera represalia. La verdad, que las contradicciones más brutales concluyen por no ser tenidas en cuenta por los canallas de más envergadura.

La burguesía, el proletariado y la reacción internacional

LORENZO DUPAN

II

Pero no es bastante reconocer la inconciliabilidad de la burguesía y del proletariado en lo referente a cuestiones de reacción o de revolución, sino que hay que confesar también que la palabra *proletariado* aplicada a esas mismas cuestiones queda reducida a una minoría de trabajadores revolucionarios. Abrid un periódico cualquiera, por ejemplo el semanario archi-reaccionario inglés *News of the World* o cualquier otro órgano de la burguesía inglesa; comentando los resultados del congreso tradeunionista de Scarborough y el socialista de Liverpool, vereis con qué tonos elogiosos hablan del movimiento obrero y socialista inglés. Hasta el punto que el *Daily Herald* publica un artículo de fondo con este título: "Wehn all men speack well of thee, beware!" (Cuando todo el mundo habla bien de tí, atención!).

Y si de Inglaterra pasamos a cualquier otro país, a Bélgica, a Francia, a Alemania, tendremos también el espectáculo de muchos millones de obreros organizados pero uncidos por eso mismo más sólidamente al carro de triunfo del Estado y del capital. Y cuando estudiamos la acción de los diversos organismos proletarios reformistas en el curso de estos últimos diez o doce años, vemos que la guerra fué posible sólo gracias al concurso de las organizaciones reformistas y de los partidos políticos obreros, y que la sofocación de la revolución no se debe en modo alguno a las fuerzas declaradamente burguesas, sino a las fuerzas supuestamente proletarias y socialistas. Ningún elemento reaccionario habría podido paralizar en Alemania, la acción de las masas populares tan completamente como la socialdemocracia. Y actualmente, en casi todos los países, la reacción está en manos de marxistas y de sindicalistas reformistas.

El espectáculo del movimiento marxista es de los más desconsoladores; hay tres tendencias que se declaran las legítimas herederas de Marx: la socialdemocracia alemana, el comunismo ruso y la corriente que en Italia, representa el *Avanti!* y en otros países algunas minorías de descontentos. Cada partidario de una de esas tres tendencias se cree con derecho a jurar por Marx y a anatematizar a los que no piensan y obran como él. Las dos primeras tendencias constituyen partidos de gobierno, la socialdemocracia en Inglaterra, Suecia, Alemania, Dinamarca, Bélgica, Francia, Austria, Suiza, etc.; el comunismo en Rusia; el descontento de los socialistas italianos, que quieren ahora salir por los fueros del verdadero marxismo, se explica por la situación interna del país, completamente en manos de Mussolini y de sus bandas. Si Mussolini quisiera repartir el presupuesto con los socialistas, como hace el rey de Inglaterra, el de Bélgica, como hacen los grandes industriales alemanes, etc., entonces no daría el *Avanti!* la nota puritana que comenzó a dar en los últimos tiempos. Así como Mac Donald sostiene que la monarquía es un régimen de gobierno que se presta admirablemente a la realización del socialismo, y los socialdemócratas alemanes afirman lo mismo de la república con Hindenburg a la cabeza, veríamos a Turatti sostener que el régimen fascista no es un obstáculo a la implantación paulatina del socialismo.

Y la misma ausencia de espíritu revolucionario de los partidos políticos obreros, el mismo hábito de colaboración y el mismo odio a todo lo que signifique antiestatismo y acción extralegal, existe en las organizaciones sindicales reformistas, que suman en Europa más de treinta millones de miembros.

¿En nombre de qué habríamos de proponer a esas fuerzas obreras y socialistas una defensa común frente a la reacción o una acción común para la revolución? Las ideas y los sentimientos reaccionarios se cultivan con tanto ardor entre los millones de obreros de los organismos sindicales reformistas como entre la burguesía misma, y sucede que antes llegamos a convencer a un burgués hecho y derecho de la justicia de nuestras aspiraciones que a un obrero embrutecido en las filas del reformismo o de los partidos marxistas.

Cuando los camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo de España, en primer lugar Salvador Seguí, hicieron, hacia 1919 y más adelante, sus ensayos de frente único con la Unión General de Trabajadores, nuestra estupefacción no fue pequeña; ya entonces habíamos comprendido que la reacción germinaba más activamente en las filas de los supuestos hermanos de clase que en las filas de la burguesía misma. Unos años más tarde, Largo Caballero, el secretario de la Unión General de Trabajadores, fué a integrar orgulloso el consejo de estado del dictador Primo de Rivera; y las masas de ese organismo, educadas durante muchos años para resistir los avances de los anarquistas, han considerado tal vez como un honor la distinción de que fué objeto uno de sus jefes. Largo Caballero publica en un libro reciente la correspondencia cambiada con la Confederación; al leerla hemos sentido una sensación de vergüenza por la incomprensión y la ceguera de nuestros camaradas.

No existe ningún imperativo que haga reconocer a los poderosos organismos obreros reformistas su fraternidad con nosotros, en tanto que proletarios; la revolución habrá de pasar por encima de ellos, como pasará por sobre los ejércitos y las demás instituciones del capitalismo.

Nosotros estamos en plena guerra social, sin el pensamiento siquiera, de una posible transacción. No hablamos, pues, desde las altas regiones de la teoría o de las suposiciones metafísicas. Deducimos nuestros puntos de vista de los hechos cotidianos y de las experiencias prácticas de la vida revolucionaria. Pues bien, si tuviéramos fuerza suficiente para hacer frente a la reacción y para encaminar la humanidad por nuevos derroteros, no daríamos golpes de ciego a Mussolini, a Primo de Rivera o a los organismos monárquicos de Alemania, sino que nos dedicaríamos en primer lugar a romper los organismos sindicales reformistas y a destruir los partidos políticos obreros, seguros de que sin esas bases no habría reacción capaz de sostenerse una sola semana, y de que la máquina represiva montada por los modernos dictadores se derrumbaría como un castillo de naipes.

El partido comunista se vanagloria de tener en su inmenso puño de hierro al pueblo ruso. ¿Pero qué haría ese partido si no hubiera sabido crearse el aparato sindical de que dispone? Con toda su tcheka y su cinismo, no quedaría en el poder ocho días si no le sostuvieran los sindicatos obreros.

En Italia el proletariado organizado no es numeroso, pero si la Confederación General del Trabajo, en lugar de favorecer el triunfo del fascismo, hubiera tenido la voluntad de resistir sus avances y de oponerse a sus crímenes, no hay duda que habría ahorrado a Italia muchos días de luto y de sangre. Pero frente al acontecimiento memorable de la ocupación de las fábricas, los D'Aragona y compañía se sintieron más aterrados por la amenaza de revolución que los propios capitalistas.

En fin, no hay tentativa revolucionaria en la última década que no haya sido saboteada y frustrada por nuestros pretendidos hermanos de clase de los partidos socialistas y de los organismos obreros reformistas. Y si en los primeros tiempos se han podido abrigar dudas y emitir disculpas, hoy sería demasiado absurdo cerrar los ojos y tomar al proletariado como un conjunto históricamente preparado para una acción concorde. Las bandas de Mussolini eran de origen proletario y los millares de soldados que acuden a la primer orden de movilización, son también nuestros compañeros de miseria. Si no queremos sufrir funestas desilusiones, debemos modificar la interpretación tradicional del proletariado como factor de revolución.

——

Tenemos, pues, que frente a la reacción no existen más fuerzas sinceramente inspiradas por una resistencia invencible, que las nuestras; la burguesía no es enemiga de la reacción, porque la ha preparado y condicionado ella misma para dominar el fantasma de la revolución; una gran mayoría del proletariado, sea por

su tradicional servidumbre voluntaria, sea por la extraviada educación recibida, se siente mas inclinada a dar la mano a la reacción que a seguir las inspiraciones de una profunda transformación social.

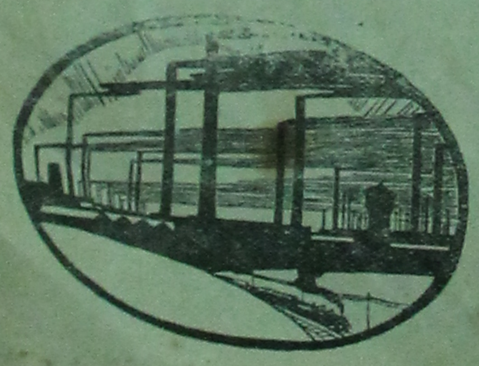
Supongamos que en tiempos pasados, antes de la guerra, no era así; durante y despues de la guerra se ha puesto de manifiesto una verdad que hasta entonces habrá podido ser mas o menos difícilmente percibida: *el proletariado*, considerado teoricamente como un conjunto de fuerzas historicas afines, se evidenció como una masa susceptible igualmente *de servir a las fuerzas del pasado como de cooperar al desenvolvimiento de las fuerzas del porvenir.*

Descontemos, pues, el apoyo de la burguesía para resistir las potencias reaccionarias de la hora; descontemos ademas los partidos politicos obreros y las organizaciones reformistas; quedan nuestras solas fuerzas conscientes sosteniendo la bandera de la revolución. Si reconociéramos esa realidad, si partieramos de la constatación de que únicamente el anarquismo queda en pié y es susceptible de interpretar los verdaderos intereses de los trabajadores y de la humanidad entera, ganariamos mucho más que mendigando una cooperación que no se nos dará más que en perjuicio nuestro, si se nos da.

No nos desalentamos por estar en número tan reducido frente al mundo entero y por ser tan pocos los elementos afines que laboran en una dirección más o menos paralela a la nuestra en esta triste hora. Si la humanidad quiere alguna vez buscar un camino de verdadera salvación, tendrá que acudir al camino de la libertad. Nosotros podríamos acelerar ese proceso. Somos una minoría, sí, pero una minoría era al principio el fascismo, una minoría eran los bolcheviquis, una minoría eran los republicanos de la gran revolucion francesa, y sin embargo lograron sus objetivos. Sepamos nosotros dar vida a un movimiento social verdadero que interese cada vez más vastas masas humanas; es ese el camino del triunfo. El anarquismo es desconocido de millones y millones de seres, ¿como queremos que represente una aspiración colectiva? Estudiemos la manera de dar a nuestras ideas una difusión mayor que hasta aquí, estudiemos la manera de crear un movimiento realmente viviente, que imponga respeto y lleve al corazón de los desilusionados un nuevo hálito de esperanza, que despierte a los que duermen el sueño de la indiferencia y que se convierta en una bandera para las grandes masas. Si no podemos salir de la penumbra en que nos movemos, si no podemos **entrar en el** número de fuerzas históricas y nos empeñamos en continuar debatiendo en nuestros grupos problemas de alta filosofía o saboreando exquisiteces estéticas, los millones de seres que buscan una salida a su situación miserable, se adherirán hoy al primer demagogo que les cante la palinodia de una legislación ideal y engrosarán mañana las filas de los aventureros de la dictadura. Y no contribuirán nunca con su peso mas o menos inerte, pero irresistible, al establecimiento de un orden social de libres y de iguales, porque esa idea redentora no supo abrirse camino ni salir de las catacumbas en que buscó refugio contra las persecuciones.

Somos hoy muy pocos, pero aun existen los que conocieron nuestro movimiento cuando sólo contaba un par de decenas de adherentes en cada país. Se ha hecho un progreso numérico innegable; disponemos ya de una cierta base de actuación inexpugnable. Si no batimos victoriosamente a los enemigos de la libertad, es porque somos incapaces de animar con nuestro idealismo un movimiento revolucionario o porque una pereza imperdonable nos condena a ser inofensivos románticos de un porvenir mejor.

IVAN KOLLAR



Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista

(Continuación)

Las contribuciones a la historia del socialismo y de los movimientos revolucionarios no han faltado nunca en Francia y los años de 1860-70 vieron ya hermosos libros sobre *Marat* (Bougeart), *Robespierre y Saint Just* (Hemel), *Anacharsis Cloots* (Avenel), apreciaciones sobre los *hebertistas*, sobre *Babeuf*, etc., pero la reacción después de la Comuna sofocó de nuevo ese impulso y durante largo tiempo esa historiografía tuvo un carácter, sea netamente hostil, sea anecdótico, sea elogioso y legendario. Pero en fin, en los comienzos de 1889, el estudio de la revolución francesa según los documentos de los archivos recibió un gran impulso y en lo sucesivo también la historia del socialismo fué llevada a un nivel superior. Se ocupó de los diversos grandes autores, *Fourier*, *Piérre Leroux*, *Proudhon*, se examinó a los autores menores en muchas tesis universitarias demasiado anodinas habitualmente, y se hicieron grandes trabajos de conjunto, principalmente la *Histoire socialiste* (1789-1900) en un buen número de grandes volúmenes, publicada bajo los auspicios de Jaurés y en parte escrita por él. Obras de investigación más íntima son los tres grandes volúmenes de J. Tchernoff, *Le Parti republicaine sous la Monarchie de Juillet*, *Associations et societés secrètes sous la douxiéme Republique* (1848-1851) y *Le Parti republicaine au coup d'Etat et sous le second Empire*, publicados desde 1901 a 1906, también la *Histoire du Parti republicaine en France de* 1814 *á* 1870 por Georges Weill (1900). Se hicieron trabajos muy documentados en Dijon y en Lyon, bajo la égida de los profesores Halevy (el autor de un trabajo sobre *Thomas Hodyskin*) y Charletty (autor de una biografía de *Saint Simon*). Se trabajó en fin según los documentos de los Archivos y sus propios papeles en poner en claro muchas partes de la vida de Buonarroti, se publicó el resto de los manuscritos de Proudhon, o casi. El París también, el viejo internacional *James Guillaume*, de Neuchatel, publicó sus cuatro volúmenes *L'Internationale. Documents et Souvenirs*, 1864-1878, la colección tanto de los principales documentos de la Internacional como de los de las secciones del Jura suizo, la Federación jurasiana, y de la lucha de los anti-autoritarios, Bakunin y sus camaradas, contra los manejos autoritarios de Marx, acompañado y explicado el todo por los recuerdos personales, íntimos de Guillaume.

Las ideas anarquistas recibieron otro apoyo literario por las *Memorias de un revolucionario* de Kropotkin (1899), libro universalmente difundido, y la *Correspondence* de Eliseo Reclus (2 volúmenes, 1911; completada en 1925 por un tercer volumen). También la vida de *Bakunin*, que había quedado desconocida y muy a menudo desfigurada, sea por la malevolencia, sea por la leyenda, fué esclarecida en parte, sea por una copiosa colección de sus cartas a Herzen y a Ogaref, publicada en 1895, y otras cartas, sea por una colección de sus obras, sacada en su mayor parte de manuscritos inéditos (1895-1913), sea por los trabajos biográficos basados en investigaciones sobre documentos y testimonios orales, a partir de 1891, de que me reconozco uno de los culpables.

Se ha hecho aun demasiado poco por la historia del socialismo en los otros países de Europa, aunque existen libros muy grandes, tales como la *Histoire de la Democratie et du Socialisme en Belgique depuis* 1830, por Louis Bertrand (Bruselas, 1906, más de mil páginas); es sin embargo una recopilación de un socialdemócrata que quiere llegar a la glorificación de su propio partido. El socialismo belga, principalmente su período más bello en tiempos de la Internacional, exige un estudio infinitamente más exacto y más íntimo. En Holanda están las *Memorias* de F. Domela Nieuwenhuis y diversos relatos sobre su larga actividad socialista, que comienza en 1879. Existe también, si no me engaño, una extensa historia del socialismo en Holanda, pero dudo mucho que todos los esfuerzos sociales en las Bocas del Rhin, país tanto de guildas como de sectas en la Edad Media, tan agitado por las luchas del siglo XVI en religión, despues en emancipación nacional, y luego durante siglos un asilo del pensamiento y de la prensa libre hayan sido recogidos y bien descriptos. Igual, con gran sentimiento, las historias del socialismo *sueco*, por G. Heatikson Holmberg (1913) e Ivar Wennerstrom, (1913), y un libro sobre el socialismo en *Dinamarca;* este ultimo, sin embargo, se dice que es una compilacion sobre la historia de la socialdemocracia danesa, a partir de 1871. Hay trabajos sobre las tendencias socialistas en la emigracion *polaca*, despues de 1830, sobre los origenes del socialismo en *Finlandia*, sobre el socialismo en Austria, desde los años 1860-70, sobre los orígenes del socialismo en *Hungria* (también sobre la expresion que hallo en Hungria en 1848,— lo mismo que en Viena entonces). Se ha descripto la vida de los primeros socialistas búlgaros (*Cristo Botioff*) y serbios (*Svetozar Markecio*) y se estudio esmeradamente el socialismo *ukraniano*, por ejemplo Dragomanof, Pawlik e Ivan Franko lo han representado hace casi cincuenta años; también los orígenes del socialismo polaco moderno han sido muy discutidos hacia esta época. Para *Suiza* al lado de la historia de los movimientos ginebrinos y jurasianos ampliamente estudiados para la época de Bakunin y de James Guillaume hasta 1878 y menos conocidos aún para la de Reclus y de Kropotkin que siguió — al lado de esa historia que ha adquirido un interés internacional, puesto que fué uno de los focos en que se hizo frente a los autoritarios — al lado de eso, pues, la historia de los otros movimientos suizos es tan sobria y pálida, que encontró pocos descriptores, salvo cuando se examinó desde el punto de vista de los manejos políticos, reformistas, etc.; también el desenvolvimiento de la cooperacion en Suiza es interesante, como en Dinamarca y en Bélgica. Pero aparte de algunas publicaciones un poco documentadas sobre los antiguos socialistas y refugiados alemanes en Suiza, Weitling y otros, queda aun por estudiar el tiempo viejo y gran número de hombres interesantes, como Albert Galeer, de Ginebra, y otros.

Italia, que tiene una literatura tan rica y documentada sobre el Risorgimiento, es muy pobre en literatura historica socialista. Apenas Romano- Catania ha tocado la historia de Bounarroti (1898; 1902) y los *Cinquant'anni di Socialismo in Italia*, por Angiolini (1902; hay una segunda edición muy aumentada) son una compilación muy insuficiente. Las causas de esa falta están probablemente en estos dos hechos: que los estudiosos del Resorgimento, patriotas antisocialistas, se cuidan muy poco de las tendencias sociales y de sus expresiones aisladas ya entonces en un tiempo en que el patriotismo convencional exigía que no se prestase atención a otra cosa, sobre todo a las ideas que habrían dividido a los burgueses patriotas y al pueblo a quien deseaban emancipar políticamente, pero por nada del mundo socialmente. Así, pues, todo esfuerzo social fué muy mal visto por Mazzini, y se conoce el velo profundo de silencio y de olvido de que se cubrieron los escritos póstumos, libertarios y socialistas de *Carlo Pisacane* (1858-1860). La otra causa tiene relación con el hecho que el socialismo parlamentario, que nació hacia 1880, por la defección de Andrea Costa, hasta 1878 uno de los anarquistas más distinguidos, y que no tiene otro árbol genealógico que el grupo milanés de *La Plebe* (Bignami, Gnochi Viani), se cuidó poco de hacer más conocidos esos hechos y se desinteresó, pues, deseando que se olvidase de esa epopeya gloriosa que representa el socialismo anarquista italiano, desde 1864 a 1867 y después, con sus bellas figuras de *Bakunin*, *Fanelli*, *Malatesta*, *Cafiero*, *M. Covelli* y tantos otros. Estos, los sobrevivientes de ellos, estuvieron demasiado absorbidos por las luchas que continúan, fueron diezmados demasiado por las persecuciones sin fin, para pensar en trabajos de historia. Sin embargo, parece llegado el momento en que también ellos comprenden que es útil sacar su historia del estado de leyenda en que corre más y más el riesgo de desfigurarse; ¡cuantas partes de esa larga historia no han sido ya completamente perdidas u obscurecidas por la muerte de los militantes, las pérdidas y las destrucciones de los documentos! Si pienso que después de 54 años de vida de militante, el 16 de septiembre de 1925, en *Pensciro e Volonta* (Roma) Malatesta (*Ricordi personali su Giuseppe Fanelli*) ha escrito por primera vez, que yo sepa, un artículo de ese género — sin duda en varias ocasiones en el curso de un artículo ha puesto en claro algún detalle del pasado — digo: más vale tarde que nunca, y estoy encantado, ¡pero pienso que sobre muchas cosas no es bastante!

No conozco bastante las publicaciones históricas de lengua *española*, pero si hay *El Proletamiado Militante* de Anselmo Lorenzo (Barcelona, 1901-1923), que cubre los años 1868 a 1883 de la Internacional y de la Federación Regional, y escritos más pequeños, los artículos en *La Revista social* (Madrid) en 1883-84, el resúmen de Arnold Roller (Berlín, 1907), publicaciones sobre la Mano Negra, sobre los sucesos de Jerez (1892), las torturas de Montjuich (a partir de 1896), la Escuela Moderna de Barcelona y la catástrofe de Ferrer, algunos artículos sobre los precursores del socialismo español, por Pedro Vallina, etc., eso no es aun todo lo que sería necesario, y el libro miserable de Francisco Mora, que reedita todas las mentiras de 1872, del tiempo de Lafargue y de Engels, que se mezclaron en la Internacional de España, esa pretendida *Historia del socialismo obrero español* (Madrid, 1902) no tiene aún, que yo sepa, un libro libertario o al menos simplemente un libro honestamente escrito que se le oponga.

Esa historia desde 1868, que tantos militantes no han descripto y han muerto, los Morago, Sentinon, Viñas, Farga Pellicer, Tarrida del Marmol, Ricardo Mella, Pedro Esteve y otros, ¿sería el único que la describiera el libro de Lorenzo? Es un libro de un autor tan profundamente propagandista y militante discreto, que considera útil llenar sus páginas de generalidades propagandistas y juzga necesario pasar en silencio las nueve décimas partes de lo que sabe, y no decir, con pocas excepciones, más que lo que todos mas o menos saben. Esa no es la historia, tal como ha sido ya establecida, sobre mil cosas del socialismo y del anarquismo en todos los países, sin que haya habido el menor inconveniente. Me parece imposible que ese libro demasiado reticente y por lo demás inacabado por la muerte del autor, permanezca el único que conmemora la Internacional y la Federación Regional de los Trabajadores en España, pero en 1925 es ya tarde, muy tarde para comenzar tal trabajo, y diez, quince años después, todo el mundo de esta época habrá desaparecido y será demasiado tarde.

Habría aún tanto qué hacer en España, volver a describir el socialismo de los antiguos autores, examinar las tendencias sociales en las luchas de los comuneros, las luchas por los fueros — luego toda la repercusión del socialismo francés, de los fourieristas, cabetistas, proudhonianos y otros,— los orígenes de las asociaciones obreras de Cataluña,— las revueltas de los años 1830 a 1850, del siglo pasado, — los acontecimientos de 1873 (Cartagena, Alcoy, etc).,— en una palabra, queda mucho que hacer y ni la historia, convenida ni el recurdo legendario pueden reemplazar los trabajos seriamente documentados. Aun el que no trabajase por sí mismo en escribir esa historia, podría contribuir a ella recogiendo documentos esparcidos, tomando nota de los testimonios de los viejos que no escriben ya, etcétera.

Para *Portugal* hay muchas indicaciones dispersas en los periódicos libertarios, etc., pero también en ellas la exactitud, la verdadera documentación faltan, y se trataría de conservar la memoria de un gran número de muy buenos camaradas.

Lo mismo me parece ser el caso para la *América latina*, donde sin duda estos trabajos de documentación son muy difíciles de hacer, pero donde habría que comenzar también; se me ha dicho que en México se está en buen camino de hacerlo.

En fin, las lenguas de ciertos países, en que los caracteres son verdaderamente inaccesibles y su literatura socialista, y anarquista, a veces, es bastante numerosa. Nos referimos, sobre todo, al *yiddish*, al *húngaro*, al *lituano*, al *letón*, al *finlandés*, al *georgiano*, al *turco*, al *árabe*, al *persa*,

al *hindú*, al *chino*, al *coreano* y al *japonés*. Se nos comunican de tanto en tanto resúmenes históricos, pero muchos valores históricos quedan desconocidos en esas publicaciones. Serían necesarios exploradores sistemáticos para esas lenguas, que transmitieran lo que es importante, en resúmen traducido. Sin eso nuestra documentación será siempre incompleta.

En estas condiciones — grandes lagunas y trabajos históricos socialistas, aquí bastante profundizados, allí superficiales y perpetuando la leyenda — no hay que asombrarse de que haya sido imposible hasta aquí componer una historia satisfactoria del *socialismo entero*. El mayor esfuerzo individual de este género es el del economista Holandés H. P. G. Quack, que desde 1887 a 1892 publicó *De Socialisten* (Amsterdam) en 2314 grandes páginas, a las cuales se agrega un volumen sobre los primeros socialistas ingleses (1904) de 387 páginas. Pero tal yuxtaposición de extractos y resúmenes y de observaciones y juicios personales, está lejos de ser una verdadera historia. A una verdadera historia se aproxima más — al lado del libro reciente de M. Beer. (1922) — la *Geschichte des sozialismus und Kommunismus von Plato bis zur Gegenwart* del profesor Georg Adler (1899) que quedó inacabada y que trata sobre todo de la antigüedad y de la edad media, de acuerdo a una excelente documentación, pero sin ninguna simpatía para el ideal social. Los socialdemócratas alemanes comenzaron a publicar una *Geschichte des Sozialismus in Einzeldarstellungen*, por varios autores, trabajo cuidadosamente hecho, aunque de barniz marxista, pero quedó también inacabado. El asunto es demasiado vasto para uno solo, sobre todo para un militante, como lo fueron Benoit Malon, F. Domela Nieuwenhuis (1901-2) y otros. Los mejores trabajos se limitan a una parte del asunto, como aquellos sobre el socialismo antiguo (Pohlmann, etc.), sobre el socialismo francés en el siglo diez y ocho (Lichtenberger, 1895; otro trabajo parecido de él, en 1898), del profesor Anton Menger, *Das Recht auf den vollen Arbeitsertrag* (1891; sobre todo su traducción inglesa con la larga introducción histórica de H. S. Foxwell, 1899) y muchos otros trabajos que conozco y otros que sin duda me han pasado desapercibidos.

He aquí donde estaba, en grandes líneas, la historia del socialismo cuando la guerra de 1914 vino a interrupir la cooperación científica de los pueblos y disminuyó terriblemente la intensidad de la vida intelectual en cada país afectado de cerca o de lejos. Hubo muchos esfuerzos preciosos, pero muy desiguales, y en suma, nada que sea satisfactorio aún.

II

¿A qué altura está ese estudio histórico del socialismo y de la anarquía en 1925, en este mundo tan revuelto por la guerra y la post-guerra, que ha sufrido tantos cambios en Rusia y en la Europa Central? Ha sufrido igualmente ese eclipse increíble de la libertad en Italia, que marca el fascismo y un sistema de crueldad parecida en España. En todas partes, por lo demás, hay gran tensión, y en los países vencidos hubo y hay siempre ruina, miseria y crisis permanentes.

En Rusia ocurrió el advenimiento al poder completo, archicompleto, de los partidos antizaristas, demócratas y socialistas moderados primero, después de ese partido bolchevista que desde noviembre de 1917 tiene las riendas del poder como amo absoluto y enemigo a muerte de todos los demás partidos que prepararon durante un siglo el terreno de esa revolución que triunfó en tanto que se trataba de aplastar el zarismo, pero que dejó en pié, como se sabe, todas las demás cuestiones. Resultó que el pasado fué en lo sucesivo puesto al desnudo en proporciones desconocidas hasta aquí, aunque todas las revoluciones han tenido su "libro rojo", su "revista retrospectiva", sus "papeles encontrados"..., "mapa secreto"... Esta vez esas revelaciones se han hecho y se hacen aún en una escala verdaderamente grande.

Las hubo sobre todo en el dominio diplomático y en el de la historia revolucionaria. Yo no hablaré aquí de los documentos diplomáticos, "tratados secretos", "libro negro"... que no han hecho tambalear poco las construcciones ficticias hechas en interés de la propaganda para la guerra entre los pueblos. Por verídicas que sean esas revelaciones, dudo mucho que sean completas, que no hayan sido sometidas a selecciones dependientes de la política rusa presente y futura. Por lo tanto — que yo sepa al menos — las trampas de la acción nacionalista panesclavista o panrusa que emanaron de los centros del poder zarista, no han sido aun descubiertas.

Las publicaciones de historia revolucionaria son más completas, según pienso, y abarcando un terreno muy grande continúan hermosamente. Dos factores me parecen favorecerlas mucho. Es — no puedo dar aquí más que mi impresión personal, como testigo muy lejano de la práctica de todo lo que se hace en Rusia — un terreno de actividad para un número de hombres sinceramente consagrados a la revolución rusa en general, pero que no se cuidan de identificarse con el bolchevismo reinante y omnipotente. Los bolchevistas les dejan hacer, no preocupándose de destruir también esa parte de la *intelligentsia* rusa que no los quiere, pero que no les opone uan acción definida y que se limita a esos trabajos de historia muy bien hechos con materiales copiosos, sobre todo las acumulaciones de los archivos de la policía secreta y de los otros departamentos gubernamentales zaristas, así como sobre notas tomadas en otros tiempos y sobre recuerdos de viejos revolucionarios, etc. Los bolchevistas velan sin duda porque esos trabajos no minen ni desacrediten su sistema, pero, tomadas esas precauciones, están, yo pienso, en el fondo muy contentos. Tienen también la mentalidad bonapartista, sobre la cual se forman. Napoleón no quería nada mejor que atraerse los representantes de la nobleza de Francia y anexionar al imperio las glorias de los regímenes pasados de Francia.

Lo mismo los bolchevistas, se complacen mucho en el culto de los esfuerzos revolucionarios que preceden a su advenimiento: su propaganda directa, oficial y oficiosa, no deja de "probar" que todos esos esfuerzos, muy buenos en su género, tuvieron vicios innatos que los hicieron abortar, sin embargo útiles como alfombra, como pedestal del bolchevismo. Entonces se produce esa incorporación, esa regimentación de todas las glorias revolucionarias de un siglo de lucha en el bolchevismo triunfante, lo mismo que en el caso de Napoleón I la revolución francesa, pero también toda la gloria de Enrique IV y de Luis XIV se convirtieron en antepasados de que se vanagloriaba, pero a quienes al mismo tiempo pretendía sobrepasar por su sistema único, supuestamente definitivo. Se oculta ahí también la mentalidad orgullosa de Nietzsche, para quien los débiles no son más que el estiércol útil para hacer brotar y crecer los fuertes.

Todos esos trabajos se producen en condiciones un poco anormales, muy anormales incluso, que no son siempre las de la verdadera investigación libre. Pero eso no quita el valor objetivo de los viejos documentos esmeradamente reproducidos, ni el de una gran parte, sin duda, de los trabajos de comento, de apreciación histórica, etc., de esos materiales. La magnitud de esos trabajos es verdaderamente enorme y podría hacer enumeraciones sorprendentes, desconocidas de casi todos los lectores fuera de Rusia, pero que yo mismo sabría infinitamente incompletas, puesto que no puedo echar más que algunas ojeadas a distancia sobre ese terreno de actividades que se diría febril.

(*Continuará*)

Max Nettlau

BARRILETE

En el azul, casi en las nubes,
te balanceas, barrilete
que te crees libre porque subes:
¡y de una brisa eres juguete!

La gran ciudad con roja cara
de bebé gordo ves tranquilo;
¡y tu lugar prócer se ampara
sólo de un hilo, un frágil hilo!

Ah, barrilete vanidoso
que en lo alto hamacas tus colores,
¡cómo pareces, candoroso,
un pobre de estos soñadores!:

Cual tú, por sobre las torpezas
de la ciudad, yerguen su vida,
locos, la adornan de bellezas;
¡y está de un hilo suspendida!

Cual tú, en sus célicos volidos,
se creen libres por la altura;
¡y están los pobres sometidos
de un leve viento a la ventura!

Álvaro Yunque

PEDRO KROPOTKIN

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA

TOLSTOY

LOS PUNTOS PRINCIPALES DE LA ÉTICA CRISTIANA

El punto central de la doctrina cristiana de Tolstoy es la no resistencia. Durante los años siguientes a su crisis predicó la absoluta "no resistencia al mal" en plena conformidad con el sentido verbal y definido de las palabras del evangelio, palabras que, relacionadas con la sentencia de la mejilla derecha y la izquierda, significan completa humildad y resignación. Pero muy pronto debió comprender que esta doctrina, a más de no armonizar con su concepción de Dios, aumentaba, sin duda alguna, el impulso al mal.

De modo que, en 1898, escribió en su *Diario* (hoy publicado): "Yo digo que no debemos resistir al mal con el mal. Dicen, en mi contra, que yo aconsejo no luchar contra el mal". Y cuenta cómo una vez en un tren encontró al gobernador de la provincia de Tula al frente de una patrulla de soldados armados de fusiles y provistos de sus fuertes varas. Se encaminaban hacia una aldea, con objeto de azotar a los campesinos, es decir, iban a cometer un acto repudiable, autorizado por la administración a favor de un propietario, en abierta violación a la ley. Describe, con su bien conocida fuerza descriptiva, cómo en su presencia una "señora liberal" condena, en alta voz y con palabras severas al gobernador y a sus soldados, y cómo éstos se burlan de élla. Luego describe cómo los campesinos, cuando la expedición comenzó su *trabajo*, con verdadera resignación cristiana, haciendo el signo de la cruz, con temblorosas manos, y arrojándose a tierra, dejábanse azotar hasta que su corazón cesaba de latir, sin que los soldados o el gobernador se sintiesen enternecidos por esta humildad cristiana. ¿Qué hizo Tolstoy cuando se encontró con la "expedición"?; no lo sabemos, él no nos lo dice. Probablemente reprocho a los oficiales e incitó a los soldados a no obedecer, es decir a rebelarse. De todas maneras, debió apercibirse que una actitud pasiva frente a este mal, — es decir la no-resistencia al mismo — hubiese tenido el significado de una aprobación tácita al mal mismo, de incitación a cometerlo. Además, una actitud pasiva, de resignación frente al mal, es tan contraria a la verdadera naturaleza de Tolstoy que no debió permanecer por mucho tiempo partidario de esta doctrina, y muy pronto modificó su interpretación del evangelio en el sentido de la no-resistencia al mal con la violencia". Todos sus escritos ulteriores son, pues, una *apasionada resistencia contra las diversas formas del mal*, con las que había tropezado en el mundo. Sin tregua hace resonar su voz potente contra el mal y los que lo cometen; sólo con la fuerza física no admite la resistencia al mal, porque ésta no haría más que producir un nuevo mal.

Los otros cuatro puntos de la doctrina cristiana — siempre según la interpretación de Tolstoy — son: No ser iracundo o por lo menos abstenerse de la ira en cuanto sea posible. Permanece fiel a la mujer a la que has unido tu vida y evita todo lo que pueda excitar la pasión. No jurar, lo que en el pensamiento de Tolstoy significa: no ligar tus manos con un juramento: el juramento es el medio de que se sirven todos los gobiernos para obligar a los hombres sobre su *conciencia* a hacer todo lo que les será pedido. Y finalmente, amar a tus enemigos, o como lo expresa Tolstoy mismo en muchos de sus escritos: no condenar a ninguno y no perseguir a nadie ante los tribunales.

A estas cuatro normas Tolstoy da la más amplia interpretación y de ellas deduce todas las reglas de su comunismo libre. Con gran cantidad de argumentos prueba que vivir del trabajo de los otros y no ganarse uno mismo lo que necesita, significa estar contra las leyes de toda la naturaleza; y constituye la causa principal de todos los males sociales como también de todas las desgracias y de todos los daños individuales. Demuestra cómo la presente organización capitalista del trabajo es peor que la antigua esclavitud y la gleba.

Insiste sobre la simplificación de la vida — en cuanto a los sentimientos, a los vestidos y habitaciones, — que por lo demás resultan del trabajo manual, especialmente del campo, y muestra las ventajas que aun a los ricos y los ociosos de nuestra época les reportaría un trabajo semejante. Pone en evidencia que todos los males de la mala administración actual derivan del hecho que los que protestan contra el mal gobierno, se ingenian de mil maneras para formar parte del mismo.

Con el mismo énfasis con que protesta contra la iglesia, lo hace contra el Estado y ve en esta protesta el único medio real para romper de una vez para siempre la esclavitud impuesta al hombre por esta institución. Aconseja por consiguiente rehusarse a hacer negocios con el Estado y prueba finalmente con una cantidad de ilustraciones, en las que su fuerza artística se manifiesta plenamente, que la demanda, de las clases ricas — una demenda que no tiene límites — es lo que mantiene esta esclavitud, todas estas anormales condiciones de vida y todos los prejuicios y las difusas doctrinas de la iglesia y del Estado, en interés de las clases dominantes.

Por otra parte, cuando habla de Dios o de la inmortalidad, es su deseo constante de mostrar que no tiene necesidad de los acostumbrados conceptos místicos y usuales expresiones metafísicas. Y mientras su lengua es tomada de los escritos religiosos, propugna, siempre la interpretación racionalista de las concepciones religiosas. Con gran cuidado separa de la doctrina cristiana todo lo que no puede ser aceptado por los partidarios de otras religiones y pone de relieve todo lo que es común al cristianismo y a las otras religiones positivas — todo lo que hay de puramente humano en ellas y puede ser

aprobado por las religiones, y por lo tanto aceptado por los creyentes y los incrédulos.

En otras palabras, mientras estudiaba las doctrinas de los diversos fundadores de religiones y la de los filósofos morales, trataba de determinar y establecer *los elementos de una religión universal*, sobre la base de la cual todos los hombres podrían unirse — una religión que no tendría en sí nada de sobrenatural, nada que la razón y el conocimiento rechazarían, pero contendría una guía moral para todos los hombres, cualesquiera fuese el grado de desarrollo intelectual en que se hallasen. Habiendo comenzado en 1875-77 por unirse a la religión greco-ortodoxa, y en el sentido en que la entienden los campesinos rusos, llegó, finalmente, en la *Doctrina Cristiana*, a la construcción de una filosofía moral que según su opinión, puede ser aceptada por el cristiano, el hebreo, musulmán, budhista, etc., como también por los filósofos naturalistas, una religión que constituiría solamente los elementos sustanciales de todas las religiones; es decir una determinación de la *relación del individuo con el universo*, de acuerdo con los conocimientos científicos actuales y un *reconocimiento de la igualdad de todos los hombres*.

Si estos dos elementos, de los cuales uno pertenece al dominio del conocimiento y de la ciencia y otro (justicia) al dominio de la ética, son suficientes para formar una religión, sin que ésta tenga necesidad de un substratum de misticismo, es una cuestión que no entra en los límites de este trabajo.

Se me permitirá añadir que Tolstoy retorna ya en edad avanzada a la idea que había acariciado a los veinte años y había escrito (el 5 de marzo de 1855) en el diario que llevaba durante el sitio de Sebastopol, en el terrible cuarto bastión:

"Una conversación acerca de la divinidad y la fe, me ha sugerido una grandiosa y estupenda idea, por cuya realización me siento capaz de dedicar mi vida. Esta idea es la producción de una nueva religión correspondiente al presente estado del género humano, la religión de Jesús, pero depurada del dogma y del misticismo, una religión práctica que no prometa gracias futuras, pero que las otorgue sobre la tierra.

"Creo que tal idea puede ser realizada solamente por generaciones que conscientemente la miren como un fin. Una generación pasará la idea a la siguiente, y un día el entusiasmo o la razón la harán triunfar.

"Obrar con deliberado propósito por la unión religiosa del género humano, es este el principio guía de la idea que espero encaminará mi entusiasmo." (1)

Es probable que esta idea fuese sugerida a Tolstoy por Rousseau. Era un ardiente admirador de Rousseau, durante su permanencia en el Cáucaso solía llevar consigo *El contrato Social*, aun durante los raids en los que tomaba parte con su batería, y que describió tan artísticamente en *"Un raid"* y *"Tala de bosques"*.

ULTIMAS OBRAS DE ARTE DE TOLSTOY (*)

Las confusas condiciones de la edad presente en el mundo civil y especialmente en Rusia, como era natural, atrajeron la atención de Tolstoy y lo indujeron a publicar un gran número de cartas de artículos y de llamamientos sobre diversos asuntos. En todos recomendaba principalmente una actitud negativa frente a la iglesia y al Estado: nadie debe entrar al servicio del Estado ni tampoco de las instituciones provinciales y de pequeñas ciudades, de las que el Estado se sirve como de una trampa. Es necesario negar el apoyo a cualquier forma de explotación. Es necesario rehusarse a hacer el servicio militar, cualesquiera que fuesen las consecuencias, porque éste es el único medio para combatir eficazmente el militarismo.

Es menester no tener ninguna relación con los tribunales, ni siquiera si se es ofendido o acusado; no se podrá derivar más que mal de tales relaciones. Con tal actitud negativa y eminentemente sincera — dice — se sirve a la causa del verdadero progreso mejor que con cualquier medio revolucionario. Sin embargo, como primer paso para la abolición de la moderna esclavitud, recomienda la nacionalización o mejor la municipalización de la tierra.

Es claro que las obras que escribió después de 1876, debieron llevar profundas huellas de estas concepciones. Comenzó, antes que nada a escribir para el pueblo y si bien la mayor parte de sus pequeños cuentos para el pueblo, en cierta medida, estén prejuzgados por el esfuerza demasiado evidente de querer sacar una moral, hay, sin embargo, algunos de ellos — especialmente *¿Cuánta tierra necesita un hombre?* y *Patrones y servidores* — que son artísticamente maravillosos.

Basta mencionar el cuento *La muerte de Ivan Ilich*, para recordar la profunda impresión que produjo su publicación.

Se puede considerar como una de las mayores obras artísticas de Tolstoy.

Para hablar luego a un público más extenso, por medio del teatro popular, que por aquel tiempo comenzaba a vivir en Rusia, escribió *El poder de las tinieblas*, un drama terrible, sacado de la vida de los campesinos, en el que tentó por medio de un realismo a lo Shakespeare, o mejor aún, a lo Marlowe, producir honda impresión. Su otra obra teatral, *Los frutos de la civilización*, escrita para ser representada en Yasnaia Poliana por familiares y amigos, es de contenido cómico. En ella se ridiculiza las supersticiones y creencias de las "clases altas" en el espiritismo.

Ambos trabajos teatrales (el primero con cambios en la escena final), se representan con éxito en la escena rusa.

No son, sin embargo, solamente los cuentos y los dramas de aquel período que puedan considerarse obras de arte. Los cinco libros religiosos que han sido recordados en las páginas precedentes son obras de arte en el mejor sentido de la palabra, conteniendo páginas descriptivas del más alto valor artístico; y aun las páginas en que explica los principios económicos del socialismo o los principios antigubernativos del anarquismo, son obras maestras, al igual que las mejores páginas socialistas y anarquistas de William Morris y las sobrepasan en simplicidad y fuerza artística. *La sonata a Kreutzer*, es ciertamente, después de *Ana Karenina*, la novela más leída de Tolstoy. El notable tema de la novela y la campaña de Tolstoy contra el matrimonio, atraen de tal manera la atención del lector y desvían por lo común el objeto de tan apasionadas discusiones entre los que la han leído, que el análisis de la vida y las altas cualidades artísticas del trabajo no han obtenido el reconocimiento que merecen.

La doctrina moral que Tolstoy ha desarrollado en la *Sonata a Kreutzer*, no es menester recordarla, dado que el autor la ha retirado en gran parte. Empero, esta novela tiene un profundo significado, para una justa apreciación de la obra de Tolstoy y una comprensión de la vida íntima del autor.

Jamás ha sido escrita una acusación tan severa contra el matrimonio hecho por pura atracción exterior sin una unión intelectual o simpatía de miras entre marido y mujer; y la lucha que desarrolla entre Kosnichef y su mujer, es una de las más profundamente dramáticas páginas de la vida conyugal que existen en todas las literaturas.

Su produción mayor de estos últimos tiempos, es la novela *Resurrección*. Nunca se podrá ponderar demasiado la energía y la vitalidad del autor septuagenario que nos presenta en esta novela; son simplemente maravillosas. Las cualidades artísticas son tan notables que si Tolstoy no hubiese escrito más que *Resurrección*, hubiese sido igualmente considerado como uno de los más grandes esscritores. Todas las partes de la novela que se ocupa, de la vida de la "sociedad", comenzando por la carta de "Missie" y esta misma, y su padre, etc., están a la altura de las mejores páginas del primer volumen de *Guerra y Paz*. Lo mismo cabe para los capítulos que tratan del tribunal, del jurado y de las prisiones. El héroe principal, Neklindof, no es bastante vivo, pero esto es del todo inevitable para una figura que si no debe representar propiamente al autor, trata de representar sus ideas o sus experiencias: es el defecto de que adolecen todas las novelas en las que predomina el elemento autobiográfico. En cuanto a las otras figuras que en tan gran número pasan ante nuestros ojos, cada una de ellas tiene su propio carácter en relieve, a pesar de que algunas (como por ejemplo, uno de los jueces, o de los jurados, o la hija del carcelero), aparecen solamente en algunas páginas, para no aparecer más.

El número de problemas tratados en esta novela — sociales, políticos, de carácter partidista, etc. —, es tan grande, que toda una sociedad, tal como realmente es, en su vida, con la palpitación de todos sus problemas y de todas sus contradicciones, aparece a los ojos del lector; y no es solamente la sociedad rusa, sino la sociedad de todo el mundo civilizado. Y en realidad *Resurrección*, prescindiendo de las escenas que se refieren a las prisiones políticas, se dirige a todas las naciones. Es la más internacional de todas las obras de Tolstoy, y al mismo tiempo la cuestión principal —esto es: si la sociedad tiene el derecho de juzgar, y si es razonable mantener un sistema de tribunal y de prisiones, esta cuestión terrible que el siglo venidero deberá resolver — impresiona tan fuertemente al lector que es imposible leer el libro sin que al final se conciban serias dudas sobre nuestro sistema punitivo. *"Le livre pésera sur la conscience du siécle"*, escribió un crítico francés; y de la exactitud de esta observación, he tenido oportunidad de convencerme durante mis numerosas conversaciones en América con personas que se ocupan de cuestiones carcelarias. El libro pesa ya sobre sus conciencias.

La misma observación se puede aplicar a toda la actividad de Tolstoy. Decidirá el tiempo si su osada tentativa de poner en los hombres las bases de una religión mundial que, como él cree, será aceptada por la razón y por la ciencia y que los hombres podrían acoger como una guía para su vida moral, logrando al mismo tiempo la solución de los grandes problemas sociales, y de todas las cuestiones que el mismo trae aparejadas — decidirá el tiempo si esta tentativa será coronada por el éxito. Pero es absolutamente cierto que ningún hombre, desde el tiempo de Rousseau en adelante, ha tocado tan profundamente la conciencia moral como lo ha hecho Tolstoy con sus escritos morales. Sin ningún temor reveló los lados morales de todas las cuestiones palpitantes de la época, en una forma tan profundamente impresionante que el que haya leído uno de sus escritos no podrá olvidar tales cuestiones o dejarlas de lado; se siente la necesidad de encontrar, de uno u otro modo, una solución. Por lo tanto, la influencia de Tolstoy no puede medirse por años o decenios: durará mucho tiempo. No está limitada a un solo país. Sus obras, en millares de ediciones, dirigiéndose a hombres y mujeres de todas las clases y de todas las naciones, en todas partes producen igual resultado. Hacia el fin de su vida, Tolstoy era el hombre más amado, más conmovedoramente amado en todo el mundo.

La mayor parte de los lectores deben recordar la sensación que produjo en el mundo civil, en noviembre de 1910, cuando se supo que Tolstoy había abandonado su propia casa hacia destino desconocido. Por uno o dos días ni siquiera se supo dónde se encontraba — ya que su hija Alejandra y su médico y amigo Makovizki eran las dos únicas personas que compartían el secreto de su partida. Se suponía que quería llegar a una pequeña factoría comunista del Cáucaso, donde algunas personas cultas se habían establecido para trabajar la tierra, cuando llegó la noticia de que Tolstoy había caído enfermo durante su viaje y estaba en cama con un grave ataque de pulmonía en la casilla de la estación Astapovo, pequeña estación de la Rusia central. Allí fué visitado por pocos e íntimos amigos que tuvieron cuidado de no hacer entrar a aquellos que trataban de hacerlo reconciliar en sus últimos momentos con la iglesia greco-ortodoxa que lo había excomulgado por su concepción del cristianismo. La enfermedad se desarrolló rápidamente y pocos días después el autor de *Ana Karenina* se extinguía tranquilamente. Sus funerales fueron un acontecimiento nacional. Millares de personas — tanto de las clases cultas como campesinos, estudiantes y obreros — llegaron de todas partes a la estación ferroviaria más próxima a Yasnaia Poliana para llevar sobre las espaldas los restos del "Gran escritor de Rusia" al lugar donde él deseaba se le sepultase. Este lugar era un bosquecillo de su propiedad, donde él y su hermano, en su infancia, habían enterrado una varita mágica sobre la que habían sido escritos todos los medios de hacer felices a los hombres. Dicho lugar, después de la muerte de Tolstoy, volvióse un punto de peregrinación para todas las personas, sin distinción de clases.

Para muchos admiradores de Tolstoy, la rápida partida de la casa fué una sorpresa; pero no lo fué para aquellos que conocían su vida íntima, ya en 1900-1902. Había escrito su drama: *La luz brilla en las tinieblas*, (hoy publicado entre sus obras póstumas) en el que refiere la lucha que debía sostener en su casa por el derecho de vivir en armonía con sus principios. En este drama Nicolás Ivanovich, que personifica al mismo Tolstoy, después de haber intentado en vano convertir a su mujer y a sus hijos a sus ideas socialistas, les transfiere toda su fortuna, que primeramente había pensado donar a sus campesinos. Ama demasiado a su mujer y a sus hijos para abandonarlos, y trata de vivir, por algún tiempo, en una habitación pobremente amueblada, de su rica casa, una vida de trabajo manual y de propaganda de sus ideas Pero no puede resistir el dualismo que es inevitable en tales condiciones, y una noche, mientras en su casa tiene lugar una brillante velada de danza, él, acompañado de un correligionario, está en un tris de dejar su casa para siempre. Su mujer se precipita hacia él y sus lágrimas y la amenaza de arrojarse debajo del tren que él está por tomar, obligan a Nicolás Ivanovich a abandonar su proyecto. Se debe añadir también que Biriukof ha publicado en su biografía de Tolstoy una carta que el gran escritor había dirigido a su mujer en 1897, por la que se sabe que ya entonces acariciaba la idea de abandonar su rica casa y la vida que allí llevaba. En julio de 1910, la dejó efectivamente, pero después de pocas semanas se le persuadió que debía volver. En noviembre de 1910 la abandonó firmemente persuadido de encontrar un lugar donde poder terminar sus días en armonía con sus principios — cuando la enfermedad le impidió la realización de su deseo.

El drama íntimo de su vida, que había descripto tan poderosamente en una serie de obras de arte, fué así llevado a su término, con un acto de rebeldía contra la llamada civilización de los tiempos presentes. El gran Rousseau del siglo décimonoveno indicó con este acto la norma que deberían seguir aquellos que, como él no están de acuerdo con la dirección seguida por la civilización.

---

(1) *Saco estas líneas del interesantísimo libro*: León Nicolaievicht Tolstoy: biografía compuesta de materiales inéditos (*Recuerdos y cartas de L. N. Tolstoy por J. Biriukof*, 2.a *edición en tres volúmenes, Moscú*, 1913, *de la cual sólo el primer volumen que trata de la infancia y de la primera juventud fué traducido en inglés y publicado por el señor Heinemann en* 1906. *Un breve extracto de toda la obra, hecho por el mismo autor y traducido al inglés, fué publicado en* 1911 *por Cassel, con el título*: La vida de Tolstoy, *por Pablo Biriukof*.

(*) *De* ¿Qué es el arte? *ya se ha publicado el ensayo correspondiente en el número* 154 *de este Suplemento*. (N. del T.)

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

Pedidos a Perú 1537
Buenos Aires

RESUMEN DEL SUMARIO DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN "EL SUPLEMENTO"

AÑO I — 1922

Abad de Santillán D.—

Significación de una campaña contra la reacción gubernativa, N.o 1. — La responsabilidad del anarquismo en la hora actual, N.o 2. — La resurrección del sindicalismo revolucionario en Francia, N.o 5. —Apuntes sobre el próximo congreso anarquista regional, N.o 8. — Organización del anarquismo, N.o 25. — Anarquistas y marxistas, N.o 42. — Intereses de clase o intereses humanos, N.o 43.—¿La escuela racionalista o la universidad popular? N.o 44. — El último refugio del estatalismo, N.o 48. — Ideales y realidad en la literatura rusa, N.o 49. — Protocolos, N.o 50.

Acha J. M.—

El ocaso del anarquismo pasional, N.o 16. — Tópico vulgar, N.o 23. — Claridad. Defensa y dictadura, N.o 25. — El camino andado. Esbozo histórico-doctrinario, N.o 44.

Almada Eugenio

Narraciones, N.o 26. — Temas de cultura, N.o 39.

Altgeld John P.—

El crimen de la plutocracia yanqui, N.o 43.

Anónimo.—

Tres cartas de Rusia, N.o 3. — Constitución de la F. O. Provincial Bonaerense, N.o 8. — Cosas de la Rusia bolchevista. — La C. N. T. de España y el frente revolucionario. — Anarco-banditismo, N.o 15. — Las grandes figuras revolucionarias. Kropotkin, N.o 16. — El profesor Nicolai y la teoría de la relatividad, N.o 18. — Cuadro espantoso del hambre en Rusia, N.o 22. — El frente único del proletariado, N.o 31.

Antonio.—

Ciencia y filosofía, N.o 50.

Argón.—

¿Qué cosa son los soviets?, N.o 28.

Arnould A.—

El Estado, N.o 10.

At.—

Los Estados Unidos juzgados por un filósofo chino, N.o 18. — Daumier. Precursor de un arte revolucionario, N.o 21. — Crónicas de arte, N.o 22. — Plegaria de juventud, N.o 30. — Las fábulas de Leonardo da Vinci, N.o 39. — La facultad de encenderse, N.o 45.

Baeza R.—

Pedro Kropotkin, N.o 12.

Bakunin M.—

La escuela del porvenir, N.o 6.

Barrett R.—

Ruth, N.o 4.

Baudoin Charles.—

El psico-análisis, N.o 26.

Berkman A.—

Nuestra partida de Rusia, N.o 15. — Bucharin en el congreso de la Internacional Sindical Roja, N.o 18.

Berneri C.—

La ciudad y el campo en la revolución rusa. Fracaso de la política de las re-

quisas, N.o 3. — El campesino ruso antes de la revolución, N.o 7. — La propiedad territorial en Rusia antes de la revolución, N.o 12. — Los campesinos en la revolución rusa de 1905-1906, N.o 13. — Los campesinos en la revolución rusa. Desde el estallido de la revolución hasta la caída de Kerensky, N.o 17. — Los problemas de los estudios electivos como problemas de libertad, N.o 36.

Boal E.—

Los emancipados, N.o 2. — El amor libre, N.o 4. — La caridad, N.o 6.

Borghi A.—

Entrevista con Sebastián Faure, N.o 31.

Borran J. de.—

La España de Don Quijano, N.o 2.

Chueca J.—

Nuestro ideal social, N.o 6. — La miseria y la revolución, N.o 13.

Cleyre Voltairine de.—

La exageración materialista, N.o 14.

Colin Paul.—

Ser uno mismo, N.o 45.

Cores José de.—

La fiesta del trabajo, N.o 16. — La huelga general y el 1.o de Mayo, N.o 16. — Tópicos sindicales, N.o 23.

Corn M.—

El movimiento obrero en Francia y la Internacional de Moscú, N.o 1.—El movimiento obrero francés y la Internacional de Moscú, N.o 2. — El congreso de los sindicalistas franceses, N.o 3. — La escisión en el movimiento obrero francés, N.o 20. — P. Kropotkin, su actitud ante la guerra, N.o 21.

Costa-Iscar.—

Reflexiones sobre la cultura, N.o 30. — Más reflexiones sobre la cultura, N.o 35. Leyendo a Blasco Ibáñez. "Los cuatro ginetes del Apocalipsis", N.o 36. — Hechos y fechas, N.o 43. — Puntualizando y ampliando, N.o 44. — Santa Isabel de Ceres, N.o 48.

Delvy J. L.—

La educación de los niños, N.os. 46, 47 y 48.

Dolcino.—

La organización industrial y agrícola en la sociedad anarquista, N.o 9. — Johann Most, N.o 27. — Mateo Morral, N.o 29. — Netchaef, N.o 42.

Dominguez J.—

F. O. Local Bonaerense, N.o 16.

Ehrenbcurg Elie.—

El arte en Rusia, N.os. 25 y 26.

Elosu P.—

El arte de Tolstoy, N.o 48.

Escalante R.—

Estado y burocracia, N.o 2. — Papelotes, N.o 3. — Estado y revolución, N.o 12.

Fabbri L.—

Historia y antihistoria, N.o 4. — Anarquismo o estatalismo, N.o 5. — El "partido del proletariado", N.o 9. — La dialéctica comunista contra la anarquía, N.o 12. — La dictadura provisoria y el Estado, N.o 13. — El movimiento de reacción en Italia, N.o 14. — La revolución rusa y los anarquistas, N.o 15. — A propósito de Emma Goldman. Otra porquería comunista, N.o 27. — El movimiento social en Italia, N.o 28. — Partidos y organizaciones proletarias en Italia, N.o 32.

Faure Elie.—

Emilio Zola, N.o 47.

Faure Sebastián—

El verdadero anarquista, N.o 15. — La experiencia rusa, N.o 21. — El sindicalismo, N.os 36, 37. — A propósito de Jules Guesde, N.o 37.

Flavio Marco.—

Sobre un libro de Bucharin. Comunismo y anarquismo, N.o 25.

Forzags Tibor.—

Ervin Szabo y la revolución húngara, N.o 35.

Furquilla.—

Los problemas del amor, N.o 16.

Ganivet A.—

Enrique Ibsen juzgado por..., N.o 16.

Genoud.—

Romain Rolland, N.o 33.

Gille Paul.—

La integración humana, N.os. 19, 20, 21 y 22.

Goldman Emma.—

Los bolcheviquis y la revolución rusa, N.os. 30 y 31. — El caso de María Spiridonova, N.o 34. — Esbozo biográfico de Alejandro Berkman, N.o 35. — La situación de los niños en Rusia, N.o 38.

Gorelik A. y H. Treue.—

El martirologio de los anarquistas rusos, N.os. 33, 34, 35, 36, 37 y 38.

Gorki M.

El hombre, N.o 7. — Reminiscencias de León Tolstoy, N.o 27. — Hacia el fin de Europa, N.o 31. — El reloj, N.o 33.

Grave Jean.—

Teoría y práctica, N.o 8. — Un federalismo sin autoridad, N.o 9. — El genio, N.o 12.

Gr. R.—

Volin, N.o 1. — Anarco-bolcheviquis, N.os. 5, 6, 7, y 8. — Japón y Siberia, N.o 10. — Lew Chorni, N.o 12. — Una vez he visto a Kropotkin, N.o 18.

Gsell P.—

Conversaciones de Rodin, N.os. 46, 47, 48, 50 y 51.

Hamon A.—

Imperialismo y capitalismo, N.o 13.

Helios.—

Reflexiones, N.o 1.

Ibsen.—

Un hombre valiente y útil, N.o 34.

I. V.—

Las masas, N.o 41.

Kimball Jhon C—

Las víctimas de Chicago, N.o 43.

Klas Augusto.—

Gotas, N.os. 43 y 45. — Hombre libre, N.o 46.

Kohn M.—

Mahtma Ghandi, N.os. 8 y 9.

Kollar Ivan.—

La socialdemocracia alemana como gendarme de la Europa reaccionaria, N.o 25. — El problema agrario y el anarquismo, N.o 51.

Krcpotkin P.—

Un recuerdo de J. Guillaume, N.o 51.

Kuprin A.—

La personalidad, N.o 36. — Un brindis, N.o 43.

Leval Gastón.—

Cosas de Rusia, N.o 6. — La derrota de la Sindical Roja, N.o 13. — Réplica a Víctor Serge, N.o 24.

Levison André.—

La literatura rusa actual, N.o 4. — La literatura rusa bajo la dictadura comunista, N.o 7.

López Arango E.—

Una "exposición concreta", N.o 1. — "América contra el comunismo", N.o 26. — Los indianos, N.o 28. — Estado y capitalismo, N.o 43. — Las características del movimiento social en la Argentina, N.o 49.

Lorenzo Anselmo.—

La columna de Vendome, N.o 11.

Lladó B.—

El congreso internacional sindical rojo de Moscú, N.o 12.

Madrid Sebastián.—

El sindicalismo y los sindicatos, N.o 50.

Malatesta E.—

Anarquismo y sindicalismo, N.o 7. — La libertad de estudiar, N.o 36. — La base moral del anarquismo, N.o 42.

M. E.—

La huelga general, N.o 28.

Marino H.—

Notas, N.o 16.

Márquez M.—

El hacendado, N.o 39.

Más y Pi. J.—

La Comuna, N.o 11.

Mauricius.—

En el país de los soviets, N.os. 27,28, 29 y 30.

Medina Onrubia S.—

Del valor de las palabras, N.o 16.

Mella R.—

De la solidaridad, N.o 2. — Idealismos culpables, N.o 10.

Michel Luisa.—

Los ciclones, N.o 11.

Mikailovitch Fedor.—

En libertad, N.o 25.

M.ne—

Néstor Machno, N.o 38. — El movimiento machnovista ukraniano y el antisemitismo, N.o 39.

Miscefari Bruno.—
Un poeta anarquista: Miguel Angel Cantone, N.o 16.

Nettlau M.—
A propósito de un documento "inédito" de Bakunin, N.o 8. — La confesión de M. Bakunin al zar a la luz de la historia. Consideraciones histórico-críticas, N.os. 19 y 20. — Después de la conferencia de Génova, N.o 32. — La carrera hacia el hundimiento de Europa, N.os. 39 y 40. — La tragedia austriaca, N.os 46, 47, 48 y 49.

Nido E.—
Ampliando mi concepto sobre la filosofía orsiana, N.o 4. — El dogma de la dictadura, N.o 14. — Apostillas a una crítica, N.o 17. — Sobre "Problemas actuales", N.o 21. — Cuestiones pedagógicas, N.o 26. — La finalidad en los gremios, N.o 33. — Paralelo entre el anarquismo francés y el argentino, N.o 35. — Los problemas de la enseñanza, N.o 42. — La plutoyanquía, N.o 43. — La metafísica del anarquismo, N.o 49.

Nordau M.—
La primera huelga, N.o 34.

Pestaña A.—
La leyenda de Machno, N.os 9, 13, 15, 17, 19 y 22.

Paz Juan Carlos.—
Reportaje grotesco en el palacio de nuestra crítica musical, N.o 41. — Del culto de la irresponsabilidad, N.o 42. — Historia de un pasatiempo, N.o 46.

Pietra Sascha.—
La lección de la revolución rusa, N.o 15.

Pirovano A.—
De paseo, N.o 16.

Potashnik J.—
Para la historia del movimiento machnovista, N.o 6.

Ramus Pierre.—
Militarismo, comunismo y antimilitarismo, N.os. 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8. — Sena Hoy, N.o 39. — El comunismo es enemigo de la libertad?, N.o 46. — El comunismo es lógicamente libertario, N.os 48 y 49. — La propiedad en el comunismo, N.o 50.

Reclus Eliseo—
La evolución legal y la anarquía, N.o 40.

Redacción.—
Nuestros objetivos, N.o 1. — Movimiento anarquista Internacional. Los Congresos de Lyon y de Ancona, No. 1. — La ación anarquista. — Mentalidad autoritaria. — El orden rojo, No. 2. — El "sentido político". — Los cauces de la revolución. — El putchismo, N.o 3. — Sindicatos y soviets. — Espíritu de sumisión, N.o 4. — La intransigencia anarquista, N.o 5. — Concepto internacionalista. — Sindicatos y partidos. — El frente único, N.o 6. — El anarquismo y la revolución, N.o 7. — Defendiendo principios. — La consolidación de los derechos adquiridos, N.o 8. — ¿Dos militarismos? — Las concesiones al capitalismo, N.o 9. — La evolución del comunismo. — Sindicatos y partidos, N.o 10. — 1871—La Comuna—1922. — El colaboracionismo. — Luisa Michel ante el consejo de guerra. — La epopeya de la Comuna. — Cronstadt, N.o 11. — Independencia o supeditación. — La conferencia de Génova, N.o 12. — Nuestro triunfo, N.o 13. — El frente único del socialismo. — Los hambrientos y los bienes de la Iglesia. — Federalismo bolchevista, N.o 14. — La caída del ídolo rojo. — El antisemitismo y la Iglesia. — Esclavitud encubierta. — ¿Quién es Alejandro Berkman?, N.o 15. — Figuras proletarias. El autor de la Internacional (traducción). — Simón Radowitzky. — La plutocracia yanqui. El caso Sacco y Vanzetti. — La organización obrera y los anarquistas. Un recuerdo histórico. — Síntesis del movimiento obrero y anarquista, N.o 16. — Unificación o absorción, N.o 17. — Disciplina y dictadura. — Tikhon, el ciudadano Ballavin. — Notas. — Las cosechas, las requisas y el hambre en Rusia. — La "libertad de prensa" en Rusia., N.o 18. — Los gobernantes. — Revolucionarios y mendigos. — Notas. — La paz armada y Tolstoy. — Las ideas morales de Pierre Curie, N.o 19. — Comunismo pri-mitivista. — Carlos Marx, Well y el "Salvamento de la civilización. — Notas. — Las guerras futuras por el petróleo, N.o 20. — El sindicalismo. — Notas, N.o 21. — Necesidades. — ¿Capitalismo de Estado o Estado capitalista? — Política yanqui. — La crisis religiosa. — Notas. — Anatole France, Romain Roland, Barbusse y etc. — Una máquina para descubrir el adulterio, N.o 22. — Estado y capitalismo. — La ley del trabajo obligatorio. — Labor cultural y orientaciones artísticas. — Notas. — Los grabados en madera, n.o 23. — Burocracia, comercio y comunismo. — La lucha contra el hambre. — Notas. — Ladrones legales. — Un escritor negro gana el premio Goncourt, N.o 24. — Psicología burguesa. — Penetración clerical en Rusia. — Confesiones paganas. — Notas. — El Ku-Klux-Klan, N.o 25. — Revolución incompleta. Notas, N.o 26. — La vuelta al viejo socialismo. — Notas, N.o 27. — Socialismo y democracia. — S. M. el Hambre. — Notas. — Sobre el concepto de libertad igual para todos. — Emilio Verhaeren. — Anatole France, N.o 28. — El protectorado y los protegidos. — La fortuna de Bebel. — Hambre y tuberculosis. — Notas. — El germen del tifus exantemático, N.o 29. — Anarquismo que nace... — Genios adulones. — Notas. — Víctor Hugo juzgado por algunos poetas. — Lo que gana un escritor, N.o 30. — Anarquistas antianárquicos. — La ciencia oficial. — Steinlen, N.o 31. — El laborismo inglés. — Dactiloscopia. — Notas, N.o 32. — La primera Internacional. — Monroísmo y solidaridad en la democracia, N.o 33. — ¿Antiorganizadores? — Satisfacciones capitalistas, N.o 34. — La independencia sindical. — Las ocupaciones del señor Litvinof. — Notas, N.o 35. — "Todo el poder a los sindicatos". — Notas. — Rembrandt, N.o 36. — Solidaridad internacional. — Del país del comunismo. — Notas. — Las claudicaciones del bolchevismo. — Francisco Millet, N.o 37. — La capitalización de Rusia. — La situación en Alemania. — Notas. — Un pintor de la vida galante. Lautrec, N.o 38. — La contrarrevolución burguesa. — Pueblos primitivos. — Leonardo da Vinci, N.o 39. — La posición de los anarquistas en el movimiento obrero. — Notas, N.o 40. — La verdadera unión revolucionaria. — Notas, N.o 41. — La situación de Rusia juzgada por un hombre de negocios. — La pintura en China y el Japón, N.o 42. — Notas, N.o 43. — Los oportunistas de la revolución, N.o 44. — Los hombres providenciales. — Notas. — Constantin Meunier, N.o 45. — La única salvación. — Alberto Durero, N.o 46. — ¿Qué es el industrialismo? — Notas, N.o 47. — La lucha contra el hambre, N.o 48. — Partido de masas. — Notas. — Jacques Callox, N.o 49. — Reformismo y reacción, N.o 50. — La lucha por el petróleo. — Un año de vida. — Notas, N.o 51.

Renovación.—
El problema nacionalista en Irlanda, N.o 11.

Reymond A.—
Ciencias naturales y anarquía, 43. — La evolución de las ciencias de la naturaleza, N.o 46.

Rocker R.—
Rosa Luxemburgo y los bolchevistas, N.o 13. — Germinal, N.o 24. — Don Quijote, N.o 33.

Rodin A.—
Una página de Rodin a la Venus de Milo, N.o 40.

Rodriguez J.—
El peligro de las ideas, N.o 17.

Rouget León—
La ciencia y el anarquismo, N.os 50 y 51.

Ryner Han.—
Parábolas cínicas, N.os. 2, 3, 5, y 6. — Los artesanos del porvenir, N.o 24.

Samblancat A.
El príncipe rojo, N.o 9. — La cuerda de deportados, N.o 22. — La tierra, N.o 33. — A un caballo, N.o 43. — El terror rojo. Brochazos de la reacción en Barcelona, N.os 48, 49, 50, 51 y 52.

Souchy A.—
El sindicalismo en Rusia, N.os 31 y 32. — La Ukrania revolucionaria, N.o 37.

Souvarine Renato—
La internacional de los traidores. De Zimmerwald a Amsterdam, N.o 26.

Swedi Agnus.—
El movimiento obrero en la India, N.o 32.

Thonar G.—
Lo que quieren los anarquistas, N.os 38, 39, 40 y 41.

Tolstoy L.—
El caballo viejo, N.o 29.

Treue Hugo y A. Gorelik.—
El martirologio de los anarquistas rusos, N.os 33, 34, 35, 36, 37 y 38.

U. N.—
Iconografía de artistas revolucionarios, N.o 17.

V. A.—
Cultura física... y dietética, N.o 31. — La aldea de los mutilados, id.

Valenti Alfredo.—
Una noche, una tarde y una mañana, N.o 38.

Vigné d'Octon P.—
Isabel Eberhardt, N.os. 39, 41 y 45.

Volin.—
Cartas sobre los acontecimientos de Rusia, N.os 23, 34, 38, 41, 44 y 51.

Xáxara.—
Comentarios, N.os 1-2-3-4-5-6-7-8 9 y 10. — Un manifiesto de encargo, N.o 30.

Xifort L—
La reacción bolcheviqui contra el anarquismo, N.o 17.

X. X.—
Investigaciones de Sergio Voronof, N.o 34.

Witkop-Rocker M—
El congreso de Düsseldorf, N.o 4. — Qué quiere la liga sindicalista de mujeres, N.os 33, 34 y 35. — Mis recuerdos sobre Kropotkin, N.o 43.

Yartchuk I.—
La revolución rusa y los anarquistas, N.o 18.

Yo.—
La disciplina de partido y el miedo a la libertad, N.o 3.

Yunque Alvaro.—
Hombre y soldado, N.o 3. — El orden, N.o 36. — Cascotes. Vulgo, N.o 38. — Sabiduría y experiencia, N.o 39. — Trabajar, N.o 40. — Cascotes, N.o 41. — Brevedad, N.o 42. — El cultivo de la metáfora, N.o 44. — Cascotes, N.o 47.

Z.—
Un grabador en madera. Félix Valloton, N.o 41. — La escultura egipcia, N.o 44.

Zeta.—
Inmigrantes. — El cuento de la tierra prometida, N.o 16.

Zero.—
Exposición Romero de Torres, N.o 36. — Zonza Briano, N.o 40. — Ignacio Zuloaga, N.o 43. — Claudio Monet. El impresionismo, N.o 47.

BIBLIOGRAFIA

El pensamiento filosófico y el anarquismo, por Enrique Nido, N.o 1. — Fabbri. Dictadura y revolución, N.o 6. — León Tolstoy y Elías Metchnikof, N.o 20. — Ghiraldo. La Argentina. Estado social de un pueblo, N.o 30. — Fernández Nonidez. La herencia mendeliana, N.o 33. — Nettlau. Errico Malatesta. — Cancela. Tres relatos porteños, N.o 51.

AÑO II — 1923

Abad de Santillán D.—
Kurt G. Wilckens. — Consideraciones del momento, N.o 67. — La ofensiva reaccionaria y la actitud del proletariado, N.o 71. — Los cauces de la revolución, N.o 77. — Problemas de hoy y de mañana, N.o 78. — Programas constructivos y programas destructivos, N.o 80. — La revolución anarquista, N.o 82. — Ideas sobre la anarquía y la revolución, N.os 93 y 94.

Acha J. M.—
El sentido político en las luchas contra la sociedad, N.o 87. — El racionalismo como factor revolucionario, N.o 91. — Consistencia doctrinaria del anarquismo, N.o 94.

Alexandre Arsenio—
Cuatro generaciones ante la obra de Claudio Monet, N.o 96.

Almada Eugenio
Los tres aspectos de la cuestión social, N.o 67.

Anarko.—
Charlas sobre el arte, N.os 85 y 89

André Bernard.—
El trabajo, factor de renovación social, N.os 61, 62, 63, 64.

Appenzeller E.—
El movimiento anarquista en Austria, N.o 53.

Archinof P.—
La democracia y las masas trabajadoras en la revolución rusa, No. 81.— La machnovistchina. Esbozo sumario del movimiento machnovista, No. 102.—

Armand E.—
Un juicio crítico del bolcheviquismo, No. 53.—

Atalaya.—
Vladimiro Korolenko, No. 56.— La manzana de Eva, N.o 61. — ¡No hay maestros!, No. 66.— Rafael d'Urbino, No. 67.— Los artistas y la guerra social, No. 73.—

Bakunin M.—
Utin, el macabeo y el Rothschild de la Internacional de Ginebra, No. 67.— La Comuna de París y la revolución social, Tres conferencias, Nros. 86, 87, 88 y 89.—

Barbusse H.—
El undécimo, No. 95.—

Barrett R.—
La venus de Milo y la Victoria de Samotracia, No. 83.— Conversaciones y otros escritos, Nros. 84, 85 y 90.—

Bastien Jorge.—
La revolución y la reorganización social, No. 64.—

Beneditine Leoncio—
Charles Cottet, No. 86 y 87.—

Berkman A.—
La rebelión de Cronstadt, N.os 60, 61, 62 y 64.—

Biagiotti G.—
La psicología humana, N.o 67.

Borghi A.—
Revolución y contrarrevolución en Italia, No. 67.—

Brandau Raul.—
Las mujeres, No. 91.—

Bruno Severo.—
De la moral ambiente, No. 67.—

Carriere Eugenio.—
El arte entre los hombres, No. 71.—

Caso Antonio.—
Beethoven y Wagner, No. 91.—

Chejov Anton.—
Un acontecimiento, No. 88.—

Cipriani Pablo.—
Filosofía anarquista, No. 83.— La armonía social, No. 86.—

Coeurderoy E.—
Montcharmont, N.os 97 y 98. — Pensamientos escogidos, N.os 99 y 100.

Cohn A. M.—
El movimiento anarquista judío en los Estados unidos (hasta 1900), No. 98.—

Colomer A.—
Las fuentes de la novela moderna en Francia, No. 54.— Osugi, No. 102.—

Cores José de.—
Al margen del 1.o de Mayo, N.o 67.

Costa-Iscar.—
Definiendo el progreso, No. 54.— El humanitarismo, No. 68.—

D'Andrea Virgilia.—
Sombras, penumbras y luces, No. 102—

Daniel G.—
El arte negro, No. 76.—

Derker E. D—
Leyenda sobre la libertad, No. 76.—

Demos Arnaldo.—
Malas palabras, No. 67.—

Denis Maurice.—
Cézanne, Nros. 64 y 65.— La superstición del talento, No. 89.—

Dezeo Pilades.—
Protección oficial en el arte, No. 67.—

Documentos.—
De los archivos de la vieja Asociación Internacional de los Trabajadores, No. 67.
Víctimas del poder comunista, No. 73.

Dolcino.—
Anton Kammerer, No. 53.—

Emanuel Francisco L.—
A. Steinlein, No. 88.—

Erkenntnis und Befreiung.—
Tolstoy prohibido en la Rusia de los soviets, No. 92.—

Fabbri L.—
Actualidad del ideal anarquista, No. 63.— Teoría y práctica del anarquismo, No. 64.— Anarquismo e individualismo, N.o 65. — La organización obrera según el anarquismo, N.o 66. — ¡Primero de Mayo!, N.o 67. — Sindicalismo y anarquismo, N.o 68.—La obra y los fines de la organización obrera, N.o 69. —El método revolucionario, N.o 70. —Las rutas de la acción directa, N.o 71. — La lucha obrera en el campo político, N.o 72. — Las huelgas parciales, N.o 73. — La huelga general y la revolución, N.o 75. — Todavía de la huelga general, N.o 76. — El boicot, N.o 78. — El sabotaje, N.o 79. — A propósito de "unidad obrera", N.o 80. — Cartas a una mujer, N.o 81. — El problema del consumo, N.o 86. —La ilusión cooperativista, N.o 87. — Aspectos prácticos de la cooperación, N.o 88. — El anarquismo y el derecho de las minorías, N.o 89. — Minorías y mayorías en la organización sindical, N.o 90. — El funcionarismo obrero, N.o 91. — Los anarquistas y los cargos sindicales, N.o 92. — Autonomía, centralismo y federalismo, N.o 93. — El derecho obrero y la producción, N.o 95. — El terrorismo económico, N.o 97. — Cómo haremos la revolución, N.o 99. — Preparación revolucionaria en los sindicatos, N.o 100. — El problema de la unificación obrera, N.os 101 y 102.

Faure Elie.—
Tintoretto, N.o 74. — Eugenio Carrière, N.o 78 y 79. — Pierre Breughel, N.o 84. — Botticelli, N.o 87. — Dos grandes artistas franceses, N.os 93 y 94.

Faure Sebastian.—
La ciencia y el anarquismo, N.os 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62. — La impostura religiosa, N.o 65. — Una madre cristiana, N.o 82. — Bálidos del cristianismo, N.o 86.

Focillon Henri.—
Un pintor japonés: Hokusay, N.o 66.

Fontainas A.—
Juan Bautista Corot, N.o 77.

Forbin V.—
Los tesoros del Faraón, N.o 76.

France Anatole.—
El positivismo, N.o 60. — El alma de Judas, N.o 89. — Edmee o la caridad bien entendida, N.o 102.

Freie Arbeiter.—
Georges Herzig, N.o 69.

Galli G.—
El sacrificio obligatorio, N.o 76.

García Cienfuegos V.—
La cédula de libre pensador, N.o 83.

Gille Paul.—
El sofisma anti-idealista de Marx, N.o 59. — El problema de la libertad, N.os 69, 70, 71, 72. — Anarquía o an-arquía. Pragmatismo o humanismo, N.os 98, 99, 100. — Proposiciones fundamentales para una filosofía de la dignidad humana N.o 101.

Gleize.—
Estudio sobre el dadaísmo, N.o 61.

González Prada M.—
La poesía, N.o 97.

Gorki M.
El gran enemigo, N.o 64.

Goulinat J. G.—
Los impresionistas, N.o 69.

Gourmont Remy.—
Paradoja sobre el ciudadano, N.o 84.

Gsell P.—
Conversaciones de Rodin, N.os 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59 y 63.

Guimbernat E.—
Sobre educación, N.o 83.

Guyau M.—
La vida, N.o 85.

Harvey Robinson J.—
La mente humana en el proceso de su formación, N.os 55, 56 y 57.

Helios.—
Valores morales del anarquismo, N.o 67

Hertz H.—
Vicente van Gogh, N.o 83.

Holmes William.—
Reseña de la historia del movimiento anarquista en Estados Unidos hasta 1800 N.os 101, 102 (continúa).

Holmes Lizzie.—
Historia del martirologio de Chicago, N.o 95.

Holmstrom Axel.—
Vera Figner, N.o 99.

Jackes M.—
Los límites de la ornamentación, N.o 72.

Jordi.—
Colonias, individualismo y comunismo, N.o 57.

Klas A.—
Dos cachitos, N.o 60.

Kollar Ivan.—
El problema agrario y el anarquismo (continuación), N.o 52.

Korolenko W.—
La noche de Pascua, N.o 100.

Kresspel Arthur.—
Crítica lírica, N.o 83. — Straus, "La Prensa" y la campaña de música nacionalista, N.o 85. — La última obra de Constantino Gaito, N.o 87.

Kropotkin P.—
A. P. Tchekof, N.o 75.

Lacaze Duthiers G.—
El espíritu libertario en el siglo XVI. N.o 74.

Leopardi.—
Pensamientos, N.o 59.

Linch Benito.—
La vaca empantanada, N.o 90.

Liurette H.—
Los aviones a vela, N.o 52.

López Arango E.—
Comunalismo y sindicalismo, N.o 67. — La ficción unitaria, N.o 68. — Finalidad sindicalista, N.o 70. — Anarquismo y organización, N.o 74. — Anarquismo y sindicalismo, N.o 79. — Anarquismo y sindicalismo posibilistas, N.o 80. — El anarquismo y la unidad de clase, N.o 81. — Soluciones para el "mañana", N.o 94. — Doctrina y acción, N.o 102.

López Novoa.—
Proemio a las teorías de Einstein, N.os 90 y 91.

Luchana.—
Dos posiciones sindicales. Anarquistas y sindicalistas, N.o 55.

Malatesta E.—
La actitud de los anarquistas en el movimiento obrero, N.o 96.

Malharro Martín.—
La enseñanza del arte, N.o 101.

Marc Enriqueta.—
El "vencedor" asesino. N.o 78.

Mauclair C.—
Schumann, N.o 69. — Wagner y Franck, N.o 74.

Medina Onrubia S.—
Utopías, N.o 67.

Mella R.—
Anarquía y anarquismo, N.o 52. — La cooperación libre y los sistemas de comunidad, N.o 95.

Molaschi C.—
Nuestra violencia, N.o 59.

Montesú de Ballore—
Sismología, N.o 61.

Nettlau M.—
Páginas de la historia del anarquismo. N.o 60. — Los comienzos del socialismo italiano y la actividad de Bakunin en Italia hasta el año 1867, N.o 66. — Páginas de la vida de Malatesta, N.o 72. — La muerte de tres viejos anarquistas, N.os 77, 78, 79 y 80. — Los anarquistas y las revoluciones futuras, N.o 79. — En ocasión de una encuesta interesante, N.o 84. — La Asociación Internacional de los Trabajadores en 1872-73, N.os 89, 90 y 91. — La esfera de acción libertaria. Puede ampliarse?, N.os 97 y 98. — Después de seis años de revolución autoritaria, 1917 a 1923, N.o 100.

Nido E.—
La economía soviética, N.o 55. — La majestad de los idealismos, N.o 64 (63). — Un primero de mayo en Grecia, N.o 67. — El desdén por la sociología, N.o 73. — En el mundo de la paradoja, N.o 80. — Hacia el federalismo militante, N.o 87. — La lección de los tiempos, N.o 94. — Las revoluciones francesa y rusa, N.o 96. — La profecía de J. S. B. Haldane y el anarquismo, N.o 102.

Nobushima E. K.—
El movimiento obrero en el Japón. N.o 81.

Papasian W.—
Cuento armenio. La justicia desaparecida, N.o 83.

Paz Juan Carlos.—
César Franck, N.o 68. — Técnica y personalidad, N.o 92.

Ramus Pierre.—
El individuo y la comunidad, N.o 54. Libertad e igualdad, N.os 56 y 57. — La libre concurrencia en el comunismo, N.o 90. — Egoísmo y espíritu de comunidad, N.o 93. — La conservación del anarquismo en una revolución no anarquista, N.o 97. — Signos de fuego de los acontecimientos mundiales, N.o 98.

Redacción.—
La revolución fascista, N.o 52. — El anarquismo práctico. — Notas, N.o 53. — Reacción y revolución. — Notas. — Amateurs, Mecenas y Cía. — Un cuento de Gorki, N.o 54. — De la democracia al absolutismo. — Notas, N.o 55. — Dos conquistas "revolucionarias". — Después del atentado. El gesto de Wilckens, N.o 56. — Justificando la violencia. — La decoración del libro, N.o 57. — Los exponentes de la reacción. — Notas, N.o 58. — Las vacilaciones del sindicalismo español. — Notas, N.o 59. — Despertar, N.o 60. — El círculo vicioso de los frentes únicos. — Notas, N.o 61. — El peligro reaccionario. — Notas, N.o 62. — La "evolución" del bolcheviquismo. — La escenografía moderna, N.o 64 (63). — Afirmaciones anarquistas. — Notas, N.o 64. — La hora del anarquismo, N.o 65. — Democracia y dictadura, N.o 66. — Fechas y hechos. — Progresos de LA PROTESTA. — A cincuenta años de distancia. Saint-Imier, 1872. Berlín, 1922, N.o 67. — Notas, Tiziano, N.o 68. — Políticos y economistas. — Notas, N.o 69. — Notas, N.o 70. — Acción antiautoritaria. — Notas. — Los pastelistas del siglo XVIII, N.o 71. — Crisis ideológica, N.o 73. — Apliquemos el anarquismo, N.o 74. — Sangre proletaria. — Un gran paisagista inglés, Constable, N.o 75. — La unidad del socialismo. — Notas, N.o 76. — La Internacional de los calumniadores. Cómo se combate al anarquismo, N.o 77. — Sobre el congreso anarquista internacional. — Notas, N.o 78. — Notas, N.o 80. Notas, N.o 81. — Las masas del reformismo, N.o 82. — Anarquismo militante, N.o 83. — Una posición internacional. — Notas, N.o 84. — El culto a la violencia. — Notas. — Noticias, N.o 85. — Continuidad histórica de la guerra. — Notas. — Noticias, N.o 86. — La crítica del sindicalismo. — Noticias, N.o 87. — Los anarquistas y la revolución rusa. — Progresos de la reacción, Trani (1874-1923). — Notas, N.o 88. — Un programa anarco-bolchevista, N.o 90. — La orientación anarquista del movimiento obrero, N.o 91. — La concepción del sindicalismo. — Notas, N.o 92. — Política campesina, N.o 93. — Génesis de la dictadura. La reacción en Alemania. — Noticias, N.o 95. — Realidades negativas, N.o 96. — Imperialismo económico, N.o 97. — Nuestro internacionalismo. — El libro y la propaganda anarquista, N.o 98. — Legalidad y revolución, N.o 99. — La acción de los anarquistas, N.o 100. — Ficciones revolucionarias, N.o 101.

Renoir.—
Ideas de Renoir sobre arte, N.o 70.

Reymond A.—
Las explicaciones verbales, N.o 61.

Ribermot Dessaignes.—
Dadaísmo, N.o 60.

Ritter W.—
Nicolás Roerich, N.o 80. — Josef Melhoffer, N.o 98.

Robin M.—
Eugenio Delacroix, N.o 70.

Rocker R.—
Domela Nieuwenhuis, N.o 67. — Emma Goldman, N.o 67. — Pensamientos de Marzo, N.o 70. — La revolución alemana y el militarismo, N.o 74. — Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo, N.os 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84 y 85. — Iniciadores del movimiento anarquista en Alemania, N.os 99, 100, 101 y 102.

Rodin A.—
Rodin a la juventud, N.o 84.

Rolland Romain.—
La duda heroica, N.o 93.

Roller Arnold.—
Páginas de la historia del proletariado español, 1848-1907, N.os 92, 93, 94, 95, 96 y 97.

Rcuget L.—
La ciencia y el anarquismo (continuación), N.os 52, 53 y 54.

Ryner Han.—
Pro Sacco y Vanzetti, N.o 82. — El espíritu militar, N.os 85 y 86.

Samblancat A.
El terror. Brochazos de la reacción en Barcelona (continuación), N.os 52 y 53 — El nauseabundo Don Juan, N.o 54. — La muerte de Deleschize, N.o 61. — El hechizo del nombre, N.o 71.

S D.—
Idealismo y oportunismo, N.o 81.

Shaw Bernard.—
Hombre y superhombre, N.o 64 (63).

Santo Francisco del.—
Dos víctimas, N.o 56.

Schapiro A.—
La Rusia contemporánea, N.os 68, 69 y 70. — Novísima evolución de la Rusia de los soviets, N.o 75. — Problemas del "mañana", N.o 78.

Souchy A.—
Militarismo y revolución, N.o 68. — Revolución, dictadura, sociedad libre, N.o 71.

Souverville A.—
Evolución, revolución, N.o 81.

Syndikalist (Der).—
Extravíos internacionales, N.o 79.

Tcherkesof V.—
Confesión de Karl Kautsky sobre la originalidad del Manifiesto Comunista, N.os 74, 75 y 76.

Tolstoy L.—
Reflexiones, N.o 69. — De Tolstoy, N.o 73. — Una carta de Tolstoy, N.o 74 — De Tolstoy, N.o 76.

Treue Hugo.—
Ojeada general sobre el movimiento libertario en Italia, desde 1914 hasta nuestros días, N.os 91, 94, 96. — Reseña de la prensa anarquista italiana desde 19.. hasta hoy, N.o 99. — Bibliografía de los libros y folletos anarquistas publicados en Italia desde 1914 hasta hoy, N.o 101.

Una Rebelde.—
La mujer y la política, N.o 58. — La mujer educadora, N.o 65.

Vigné d'Otón P.—
Un apóstol del ideal comunista libertario. Sebastián Faure, N.os 56, 57, 59, 60 y 61. — Han Ryner y su obra, N.o 77.

Volin.—
Cartas sobre los acontecimientos de Rusia (continuación), N.os 58, 72, 73, 91, 92.

Wildt Adolf.—
El arte francés en el salón de otoño de 1923, N.o 52.

XX.—
Las hadas y el bolchevismo, N.o 65.

X. X—
Los beneficios de la lucha contra la desviación, N.o 74. — Progreso y tradición, N.o 75.

Yunque Alvaro.—
El culto a las palabras, N.o 56. — Tolstoy y los parásitos del arte, N.o 58. — Cascotes, N.o 60. — Arena en los ojos, N.o 61. — Los héroes en la escena, N.o 67. — Arena en los ojos, N.o 70. — Huelga de estudiantes, N.o 71. — Crímenes, N.o 75. — Cascotes, N.o 76. — Telegramas, N.o 77. — Calambres, N.o 83. — Versos de hoy, N.o 88. — Calambres, N.o 89. — Ideas y cancán, N.o 95. — Desigualdad, dolor, N.o 97. — Versos de la calle, N.o 98. — Id., N.o 101.

Zero.—
Goya, N.o 67. — Las exposiciones, N.o 72. — Gustavo Courbet, N.o 73. — Exposiciones, N.o 73. — Nicolás Lamanna, N.o 75. — Pablo Gauguin, N.o 76. — El arte italiano, N.o 79. — Exposiciones N.o 81. — Id., N.os 85 y 86. — Salón nacional, N.o 90. — Primer salón de independientes, N.o 91.

BIBLIOGRAFIA

Mi comunismo, por Sebastián Faure, N.o 61. — La Machona, Por V. Margueritte, N.o 62. — Hacia un sensato comunismo, por V. Medina, N.o 65. — Números rebeldes, por Guerrero y Flores Magón, N.o 66. — Los bandoleros del sur, por A. Courel, N.o 70. — ¡Sempre!, por la U. S. Italiana, N.o 74. — Desgraciados, por L. Stanchina, N.o 75. — Dictadura y revolución, por L. Fabbri, N.o 80. — Istoria Makhnoskogo dvigenia, por P. Archinof, N.o 81. — Cartas a una mujer sobre la anarquía, por L. Fabbri, N.o 82. — La sinarquía, por A. Montesano, N.o 83. — La Etica, por P. Kropotkin, N.o 88. — Vidas íntimas, por González Vera. Moscú, por A. Goldsmidt, N.o 96.

—

AÑO III — 1924

Abad de Santillán D.—
Breviario de la contrarrevolución, N.os 110, 111 y 112. — El anarquismo como movimiento social histórico, N.o 115. — La revolución no es una cuestión de clase, N.o 118. — El avance individual y el avance colectivo, N.o 119. — Consideraciones, N.o 121. — La integración de la Internacional, N.o 123. — Las luchas proletarias en Alemania antes de la era capitalista, N.o 124. — Los problemas del futuro, N.o 125. — Kurt G. Wilckens, N.o 126. — Breviario de la contrarreacción, N.o 127. — Sentimiento de responsabilidad en las masas, N.o 128. — La "juventud" en la anarquía, N.o 129. — La evolución del movimiento obrero en Alemania, N.os 135, 137, 138, 139, 140, 141 144, 145. — El anarquismo y los "grupos de afinidad", N.o 139. — Veinticinco años, N.o 142. — El sindicalismo revolucionario en Alemania, N.os 146, 148, 150 y 151. — El porvenir del anarquismo, N.o 147. — R. Flores Magón, N.os 149, 150, 151 y 152. — Anarquismo profesoral y anarquismo proletario, N.o 154.

Acha J. M.—
La acción infinita, N.o 119.

Acedo Raimundo.—
El árbol, el pájaro y Venus, N.o 128.

Arda.—
"Muñequita de caoba", N.o 144. — La Paz, N.o 146. — El perfecto ciudadano, N.o 147. — "Votar es gobernar", N.o 150. — Del autoritarismo, N.o 151. — 115. 093. 903, 25 m/n., N.o 154.

Andreief Leonidas.—
La nada, N.o 120.

Archinof P.—
La Machnovstchina (continuación), N.os 103 y 104. — El anarco-bolchevismo y su rol en la revolución rusa, N.o 105. — Los comunistas y Machno, N.o 132.

Arman E.—
Sobre el teatro, el arte dramático, la canción popular, etc., N.o 115.

Ásveherus Alejo.—
La significación del arte, N.o 154.

Al.—
La pintura en el Perú, N.o 104. — La prensa limeña, 120. — Marginalia sobre Villaespesa, N.o 122. — Leguía se divierte, N.o 128. — Patriotismo y cardo gordo, N.o 133. — Cuento de primavera, N.o 137. — La decoración del libro, N.o 138. — Marginalia sobre Pablo Picasso, N.o 139. — Un escultor provocativo, [illegible] 140. — Salón de primavera, N.os 142 y 144. — Exposición Petteruti, N.o 146. — Exposición Fader, N.o 148. — Exposición Benito Quinquela Martín, N.o 150. — Exposición Alonso, N.o 151. — Alejandro en el desierto, N.o 151. — Apólogos, N.o 152. — Exposición de pintores argentinos, N.o 152. — "Primer salón libre", N.o 153. — Luis Losowick, pintor de ciudades, N.o 154.

Barrett R.—
Biribí, N.o 148.

Becquerel Paul.
Cómo y por qué suceden los terremotos, N.o 151.

Bertoni L.—
El sentimiento revolucionario, N.o 142.

Bertrand A.—
El asesinato de Ferrer, N.o 143.

Bonnard Abel.—
El público y los cuadros, N.o 112.

Borghi A.—
Fernando Pelloutier, N.o 117.

Brocher G.—
Un mártir libertario, N.o 115. — Lew Tchorni, N.o 116.

Carrere Emilio—
El bohemio, N.o 114.

C. B.—
Nietzsche y el anarquismo, N.os 109 y 110. — El ascetismo como autoeducación, N.o 111.

C. L. F.—
¿República o revolución?, N.o 144.

Civis.—
Shakespeare y sus obras, N.os 125, 127, 128, 129, 130, 131, 132 y 133.

Conte Arturo.—
Reniego de tí, ciudad, N.o 154.

Coeurderoy E.—
La revolución rompe los obstáculos, N.o 123.

Corda M.—
Anatole France en la intimidad, N.o 144.

Cores José de.—
La juventud, N.o 119. — Sentido homenaje de una madre a la memoria de Kurt Wilckens, N.o 126.

Corresponsal.—
La conferencia plenaria de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Innsbruck (Austria) N.o 107.

D'Andrea Virgilia.—
Página de vida anarquista italiana, N.o 111. — Pietro Gori, N.o 124. — Mayo enlutado, N.o 128. — La campaña antifascista en Francia, N.o 154.

Dave Victor.—
Luis Buchner, N.os 114, 115, 116 y 117.

Dejacque J.—
Dictaduras providenciales, N.o 139.

De Ligt B—
Antimilitarismo y revolución, N.o 109. — Corruptio optimi pesima, N.o 140.

Devigne Roger.—
El oficio de hombre, N.os 124 y 125.

Documentos.—
De la conferencia de Innsbruck. Informe sobre la situación italiana, N.o 108. — Una carta de Sofía Kropotkin, N.o 108. Un mártir de las prisiones rusas. Aron Baron, N.o 112. — La comuna frente a los anarquistas, N.o 113. — Los anarquistas chinos y el congreso anarquista internacional, N.o 113. — Dos cartas de Wilckens, N.o 126. — Los prisioneros de Solowetzky nos escriben la verdad sobre las masacres del 19 de diciembre, N.o 153.

Domela Nieuwenhuis F.—
A todos los antimilitaristas, anarquistas y librepensadores del mundo entero, N.o 127.

Dostoyevski F.—
Cálculo exacto, N.o 136.

Duret Theodore.—
Lautrec, N.o 146.

Encina Juan de la.—
Los desastres de la guerra, N.o 122.

Fabbri L.—
Sindicatos y partidos políticos, N.o 103. — Educación solidaria y los sindicatos, N.o 104. — Valor moral de la organización sindical, N.o 105. — Tendencias egoístas de la organización obrera, N.o 106. — El ideal anarquista animador del movimiento proletario, N.o 109. — Conclusión, N.o 110. — ¿Qué es la anarquía?, N.o 115. — Los flanqueadores del fascismo, N.o 117. — La abolición de la lucha de clase, N.o 127. — Contradicciones y realidad, N.o 130. — Socialismo, liberismo, anarquismo, N.o 133. — Educación y revolución, N.o 134. — Idealismo y revolución, N.o 136. — Las sorpresas de una polémica, N.os 146 y 147. — La ley del Talión, N.o 150. — El socialismo en China cinco siglos antes de Cristo, N.o 151. — El amor libre en la sociedad actual, N.o 153.

Faure Elie.—
David (1748-1825), N.o 106. — El Greco, N.o 110. — Ribera-Zurbarán, N.os 123 y 124. — Velázquez, N.os 127 y 128. Desde Velázquez a Goya, N.o 132. — Goya, N.o 134.

Faure Sebastián—
Recuerdos y notas acerca de Luisa Michel, N.o 110.

F. C.—
El desnudo en la pintura moderna, N.o 141.

Fels.—
Kissling. — Credo estético del artista, N.o 145.

France Anatole.—
El civismo de Anatole France, N.o 142.

Francés José.—
Crimen, N.o 111.

Gálvez José.—
Canción a la juventud, N.o 139.

Garchine Vsevol.—
Cuatro días, N.o 145.

G. G.—
El movimiento anarquista en Bulgaria, N.os 120 y 121.

Giovanetti A.—
Medio siglo de luchas obreras en Italia, N.o 116.

George Waldemar.—
A propósito del último salón de otoño en París, N.o 105.

Goldman Emma.—
Vladimir Ilyitsch Ulyanof Lenin N.o 116 — Losowsky levanta el telón, N.o 127.

González M.—
Kurt Wilckens en la cárcel, N.o 126.

González Prada M.—
El caporalismo, N.o 152.

González Tuñón.—
Señor Jesucristo, N.o 127.

Grave Jean.—
La Révolte contra la Societé des gens de Lettres, N.os 121 y 122. — ¿Qué es la anarquía?, N.os 134 y 135. — El desconcierto, N.o 136. — Los "científicos", N.o 141. — ¿Puede hacerse la revolución por etapas?, N.o 144. — El fracaso bolchevista, N.o 148. — La iniciativa individual, N.o 152.

Grouillier H.—
La formación del mundo sideral, N.o 108.

Guijarros Juan.—
Crepúsculo en una plaza de barrio, N.o 141.

Guyot Y. y S. Lacroix.—
La esclavitud y el cristianismo, N.o 106. — Páginas de historia, N.o 112. — El "hermoso" tiempo antiguo, N.o 113. — Pueblo y burguesía en Italia, N.o 117. — Las herejías, N.o 129.

Helios.—
Reflexiones, N.o 111. — Mi opinión sobre la tolerancia mutua y la convivencia, N.o 114. — El pensamiento anarquista, N.o 119. — Los crímenes del Estado y los atentados individuales, N.o 126. — De hombre a hombre, N.o 154.

Herzen A—
Proudhon y la *Voix du Peuple*, N.o 142.

Herzig Georges.—
El espíritu socialista desaparece, N.o 104. — A los electores obreros, N.o 113.

Heymer—
Reminiscencias, N.o 123.

Holmes William.—
Reseña de la historia del movimiento anarquista en Estados Unidos hasta 1900 (continuación), N.o 103.

I. A.—
El movimiento anarquista, N.o 150.

I K.—
Germinal, N.o 152.

Jourdain Frantz.—
Eugenio Carriére y el Salón de Otoño, N.os 114, 115, 116 y 117.

Juarros César.—
Los sibaritas, N.o 116. — Historia vulgar, N.o 129. — Los dos viejos, N.o 132.

Kropotkin P.—
Comunidades y Jacquerías, N.o 106. — Justicia y moralidad, N.os 116, 117, 118 y 120. — Nekrasof, N.o 117. — Maximo Gorky, N.o 118. — Una carta de P. Kropotkin a Lenin, N.o 123. — Dostoyevsky, N.os 129 y 130. — Un juicio de Kropotkin sobre la tragedia de Ginebra, N.o 131. Literatura política. — Crítica de arte. — Novelistas del último período, N.os 148, 150, 151, 152, 153 y 154. — La idea anarquista desde el punto de vista de su realización práctica, N.o 150.

Laubier. R.—
Como el ejército español recluta sus mercenarios, N.o 147.

Lerouge Haakon.—
El movimiento anarquista en Suecia, N.o 132.

Leval G.—
Lenin, N.o 104.

Libertaire Le.—
Steinlein, N.o 105. — La ciencia que salva, N.o 109. — Raffaelli, N.o 114. — Un San Vicente de Paul laico que, a su vez, necesita ayuda, N.o 114.

Londres A.—
Dante no vió nada, N.o 148.

López Arango E.—
Puntos de divergencia, N.o 103. — Acción gremial y propaganda anarquista, N.o 104. — Reformismo apolítico, N.o 105 — Los problemas del anarquismo, N.o 119.

Malharro M. A.—
Sus ideas sobre la enseñanza del dibujo, N.o 141. — Conceptos de arte, N.os 151, 152 y 153.

Marino H.—
Nos han escamoteado el 1.o de Mayo, N.o 119. — El gesto, N.o 126.

Malatesta E.—
Propiedad y familia, N.o 106. — Ideal y realidad, N.o 112. — Un poco de teoría, N.o 138. — Capitalistas y ladrones, N.o 139.

Medina Onrubia S.—
Oscar Wilde.

Mercereau Brutus.—
Consejo de reformados, N.o 112.

Molaschi C.—
Colonias libertarias, N.o 127.

Moretti Marino.—
La madre del asesino, N.o 104.

Morrow W. C.—
El presidiario, N.o 119.

Moussinac León.—
Joseph Hemard, N.os 118 y 120.

Naud.—
Amar la libertad, N.o 122.

Nemo.—
La humanidad libre y el nacionalismo, N.os 145, 146 y 147.

Nettlau M.—
Algunos precursores del anarquismo moderno. E. Coeurderoy, N.os 104, 105 106 y 108. — Una palabra más sobre la tolerancia mutua y la convivencia, N.o 112 — La idea anarquista: su pasado, su porvenir, N.os 113, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134 y 135. — Desobedecer, N.o 126. — M. A. Bakunin, N.os 138, 139, 140, 141 y 142. — Karl Kautsky y Johann Most, N.o 146.

Nido E.—
Martín Fierro y Juan Crusao, N.o 104. — El anarquismo y los movimientos separatistas, N.o 118. — Por una interpretación federalista de la historia, N.o 119. — A propósito de una encuesta, N.o 121. — La unidad contra la naturaleza, N.o 151

Nistal Alfredo.—
Psicología del gobernante, N.o 138.

Ortega y Gasset J.
La voluntad del barroco, N.o 103.

Padevan Adolfo.—
El hombre de genio, N.o 148.

Pera Joaquín.—
La decadencia del arte humorista en Francia, N.o 147.

Piscane Carlo.—
Propaganda revolucionaria, N.o 109.

Ramus Pierre.—
Resumen biográfico de los mártires de Chicago, N.o 119. — Sobre el "período de transición", N.o 124. — El libro de Rudof Rocker sobre Most, N.o 131.

Racso.—
La cobardía, N.o 138. — El ambiente pesimista, N.o 142. — El fantasma del insomnio, N.o 152.

Reclus Elísec—
¿Por qué somos revolucionarios?, N.o 123. — Correspondencia, N.os 135, 136, 137 y 139. — Nueva proposición para la supresión de la era cristiana, N.o 145. — Correspondencia, N.os 148 y 151.

Redacción.—
Dos años de vida, N.o 103. — Robert Bodanzky, N.o 104. — Política y acción directa, — Las bibliotecas en la Rusia de los soviets, N.o 106. — La A. I. T. en Innsbruck, N.o 107. — Orientación del sindicalismo. — La muerte de Antonio José de Avila, N.o 108. — Antagonismos doctrinarios, N.o 109. — Teoría y práctica del movimiento obrero, N.o 110. — Movimiento sindicalista, N.o 112. — Unidad anarquista, N.o 113. — Obrerismo y nacionalismo, 114. — Internacionalismo de la calumnia, N.o 115. — Individualismo y libertad, N.o 116. — La acción política del socialismo, N.o 117. — Bolchevismo y burocracia, N.o 118. — De mayo a mayo. Exponentes de la reacción internacional. — Una historia de infamias. — Por la libertad de los revolucionarios presos en Rusia. — Balance del año 1923 —Mayo—1924, N.o 119. — Propaganda de reflejo, N.o 120. — De la crítica a la ley, N.o 122. — Internacionalismo. — Un medio de propaganda: el congreso, N.o 123. — Monroísmo gremial, N.o 124. — Subasta de brazos, N.o 125. — El caso Wilckens. — De la tragedia de la Patagonia a la muerte del teniente coronel Varela. — La tragedia del 16 de junio de 1923. — La F. O. R. A. declara el paro general. — El asesinato de Wilckens y el proletariado del interior de la república. — Ecos del asesinato de Wilckens en el proletariado internacional, N.o 126. — Internacionalismo de liquidación, N.o 127. — El problema de las Internacionales, N.o 128. — Colaboracionismo internacional, N.o 129. — La Argentina y sus grandezas. — Arte y reclame industrial, N.o 130. — Teoría y práctica del movimiento obrero, N.o 131. — El origen común de dos dictaduras, N.o 132. — Posibilismo anarquista, N.o 133. — Los campesinos y la revolución, N.o 134. — Programas de paz, N.o 135. — Democracia y capitalismo, N.o 136. — Partidos y programas. — La eterna comedia de la Liga de las Naciones. — Bombos y palos, N.o 137. — "Cinco días en el presidio de Ushuaia". — Bombos y palos, N.o 138. — Exposición Macaya. — Bombos y palos. — Comentarios resfriados, N.o 140. Por los salones. — Bombos y palos, N.o 141. — La ley garrote. — Representantes de la canalla dorada. — Aquéllas señoras, N.o 142. — Anatole France. — Estadísticas. — La revista naval de Snithead, N.o 144. — La tragedia rusa, N.o 144. — El Biribi francés. — Los congresos científicos y los niños. — Pedagogía oficial, N.o 145. — Noticias policiales. — El Rasputin italiano. — Los infantes rusos, N.o 146. — El músico ciego. — Danza macabra. — Androginismo social, N.o 147. — Rabindranath Tagore, N.o 147. — Ensalada rusa. — Negocio de compra y venta. — Como la cuerda.... N.o 148. — Van inmigrantes al sur. — Música fascista. — Mesianismo. — Esculturas de Claret, N.o 150. — Club de madres. — Crimen y alcohol. — Civilización y barbarie. — Antoine Villard, N.o 151. — Consumatum est! — Los derechos a la alegría. — Es justicia. . — Se alquila.... N.o 152. — Roland Chavenon. — Anécdota y meditación, N.o 152 — Pan y circo. — Aventuras de Tartarín, N.o 153. — Cristos negros. — El abrazo de Vergara. — La guerra y la paz, N.o 154.

Rizieri.—
El problema del amor, N.o 112.

Riviere Jackes—
Los poemas sinfónicos de Claudio Debussy, N.o 113.

Rocker R.—
Antisemitismo y progromos contra los judios, N.o 103. — Para la historia de la actividad parlamentaria en el moderno movimiento obrero, N.os 106, 107, 108, 109, 110 — Los progresos morales de la Asociación Internacional de los Trabajadores, N.o 107. — El nacionalismo y la reacción moderna, N.os 111 y 112. — El 1.o de Mayo, N.o 119 — Las armas de la guerra, N.os 123, 124 y 125. — El gran crímen, N.o 141. — Sobre la esencia del militarismo, N.o 143. — No los olvidemos, N.o 152.

Rodríguez Abel—
Las dos madres, N.o 153.

Ryner Han.—
Diálogo filosófico, N.o 114 — El sueño de Sócrates, N.o 118. — El exámen de conciencia, N.o 142.

Saltiel Jaime.—
De cómo el espacio es curvo, N.o 147.

Saltin M. J. —
El mujik y los funcionarios, N.o 115.

Samblancat A.
La patria y otras futesas, N.o 104 — El que hizo justicia, No 126 — Poeta de la calle, No 148.

Sánchez Abal.—
Florida, N.o 138.

Sánchez Rojas.—
El placer de crear, N.o 142.

Scheuer S.—
La pareja, N.o 109.

S. M. O.—
¡Wilckens!, N.o 126.

Shaw Bernard.—
Definición de la inmoralidad, N.o 140

Sorel G.—
Proudhon, N.o 132.

Steinitz Martha—
Gandhi y el problema de la mujer, N.o 135.

Souchy A.—
Las luchas sociales en Alemania, N.o 114. — La caída del estado de sitio, N.o 116.

Tolstoy Alejandra.—
Los últimos días de Tolstoy, N.os 144, 145, 146 y 147.

Treue Hugo.—
Ojeada general sobre el movimiento anarquista revolucionario de Italia, desde 1914 hasta hoy, N.os 135 y 136.

Trilusa.—
La luciérnaga, N.o 131. — El pollino monárquico y el asno republicano, N.o 131. — Vd y yo, N.o 141. — La estadística; La Fama, N.o 145. — Las injusticias del mundo, N.o 148.

Unamuno M.—
La Nueva Inquisición, N.o 112.

Valadés J. C.—
La insurrección de Chalco (mayo de 1869), N.o 119. — Después de catorce años de revolución, N.os 129, 130 y 131. — Sublevaciones de Nueva España, N.o 141.

Valenti —
Variaciones sobre el mismo tema, N.o 154.

Veber Pedro.—
Curso de esgrima, N.o 124. — Curso de Pintura, N.o 130.

Verth León.—
Una visita al taller de Villard, N.o 111.

Vidal G.—
El Centenario de J. H. Fabre, N.o 108. — Michelet, hombre de corazón, N.o 118.

Vigné D'Octón P.—
Jack London, su vida y su obra, N.os 109, 110 y 111.

Villiers de Lisle Adam M.—
La tortura por la esperanza, N.o 123.

Volin—
Sobre la síntesis, N.o 121. — Sobre las causas de la "derrota del anarquismo" en Rusia, N.o 131. — Sobre la síntesis, N.o 134.

X.—
Triptico, N.o 154.

XX.—
Sifo, N.o 121.

XXX.—
¡Treinta dineros!, N.o 153.

Winckler Max.—
El problema de la procreación y la prevención de la maternidad, N.os 131, 132, 133 y 134.

Yunque Alvaro.—
Versos de la calle, N.os 113 y 114. — Cosas de todos los días, N.o 117. — Empleado modelo, N.o 118 — Los hermanos revolucionarios, N.o 119. — Versos de la calle, N.o 127. — "Nuestro teatro" N.o 128 — El prendedor de Nina, N.o 131 — Borrón, N.o 135. — Cosas de la vida, N.o 137. — Calambres, N.o 140. — Yuyos entre piedras, N.o 153.

Zero.—
Nuestra crítica artística, N.o 119. — Charlas sobre el arte y los artistas, N.os 136 y 137.

BIBLIOGRAFIA

Dos años en Rusia, Por E. Golman, N.o 103. — L'anarchie son but, ses moyens, por Jean Grave, N.o 114. — Johann Most, la vida de un rebelde, por R. Rocker, N.o 121. — Garbino, por Alberto Arana; Sed, por Delgado Fito; Fagulhas, por Souza Passos, N.o 122. — L'initiation individualiste anarchiste, por E. Armand, N.o 127. — Vier Jahre politischer Mord, por E. J. Gumbel, N.o 129.— Die Arbeiterbewegung in Argentinien, por F. Well, N.o 130.— Las obras de R. Flores Magón, N.o 131. — Gesamelte Werke, por M. Bakunin, N.o 132. — Versos de la calle, por Alvaro Yunque, N.o 133. — Marx y Sorel, por E. Leone, N.o 134. — La destrucción de la personalidad, por M. Gorki, N.o 137. — Fhanen, por Alfonso Paquet, N.o 138. — Palabras de Renán a un adolescente, por R. Roland, N.o 138. — Seis cartas de Korolenko a Lunatscharsky, N.o 139. — Renacer, por F. Urales: Los galeotos del amor, por H. Noja Ruiz, N.o 142. — Vida y obras, por R. Flores Magón, N.o 143 — Prismas, por González Lanuza, N.o 144. — L'Italia fra due Crispi, por A. Borghi, N.o 152.

ANO IV — 1925

Abad de Santillán D.—
El Japón nuestro, No. 155.— Los anarquistas y la política colonial de los Estados "civilizados". No. 156.— A propósito de una encuesta, N.o 157.—¡Guerra a la guerra! Por la vida y la significación del anarquismo, No. 158.— Consideraciones sobre la propaganda revolucionaria en América, No. 159.— Nuestro programa, No. 160-161.— La unidad de clase y sus derivados, N.o 162, 163, 164, 165 y 166.— David Kogan ha sido asesinado por la tcheka, No. 164.— Significación del "protestismo", No. 167. — El anarquismo en Grecia, N.o 168. — Por Rangel y compañeros, N.o 170. — La anarquía no es un deporte, N.o 171. — Consideraciones sobre la propaganda, N.o 172. — Un programa de acción. Lo que es y lo que podría ser la Editorial LA PROTESTA, N.os 173 y 174. — Del anarquismo político a la ofensiva unitaria, N.o 175. — En torno a la C. N. T., N.o 176. — Una crisis de mentalidades creadoras, N.o 177. — El valor de la organización proletaria, N.o 178. — La reacción en marcha, N.o 179. — Un problema capital del anarquismo: el movimiento obrero, N.o 180. — El pan cotidiano, N.o 181. — Construcción y destrucción en la anarquía, N.o 182. — Un proceso inevitable de diferenciación, N.o 183. — Marruecos, N.o 184. — Menos anarquistas que Carlos Marx, N.o 185. — La guerra de Marruecos, N.o 186. — El anarquismo filosófico o el movimiento social anarquista, N.o 187. — Ideas y comentarios íntimos, N.os 189, 190, 191 y 192.— Consideraciones sobre el presente y la revolución, N.o 193.— Al margen del centenario del ferrocarril, N.o 195. — Los recursos del ingenio humano y de la naturaleza, N.o 197.— Al oído, N.o 198— Las fuerzas de la reacción en Alemania, N.o 199, 200, 201, 202 y 203.— La resurrección de un mito, N.o 205.—

A. Y.—
Cuentos de animales, N.o 203.

Acha, J. M.—
Los imperativos de la historia, N.o 171.

A. M —
Bernard Shaw, N.o 173.

Ameghino F.—
La genealogía sudamericana del hombre, N.o 167.

Anda.—
Los poetas, N.o 155 — Miscelánea, N.o 157. — En marcha, N.o 171. — Concentos, N.o 175. — Reflexiones sobre arte, N.os 181 y 186.— Ideas y reflexiones, N.o 190.—

Anónimo.—
Tcherkesoff ha muerto, N.o 192.

Ardavin Fernández L.—
La paz, N.o 195.

Arnould A.—
El Estado y la revolución, N.o 156.

Asveherus Alejo.—
En torno al significado del arte, N.o 156.

At.—
"Significación del arte", N.o 155. — Las diez herejías de la arquitectura moderna, N.o 156. — Intenciones, N.o 158. — Primera exposición comunal de artes industriales, N.o 159. — Maxuell Armfield, pintor de fábricas, N.o 161. — Aventuras de una noche de verano, N.o 16 — Renacimiento del arte urbano, N.o 167. — El teatro futuro y el de éllos, N.o 171. — Inmolación, N.o 171. — IX Salón anual de la Sociedad de acuarelistas, pastelistas y etc., N.os 174 y 175. — Rodríguez Lozano y Julio Castellano, N.o 178. — Eduardo Sívori, N.o 179. — Por los salones, N.o 186. — M. González Prada, N.o 189.— Salón de primavera, N.o 192, 193 y 194.— Por los Salones, N.o 195 —Salón de artistas independientes, N.os 196 y 202.

A. V.—
Escultura moderna en el Japón, N.o 153.

Bakunin M.—
Palabras de Bakunin, N.o 205.

Baliño C.—
Suicidio de Niños, N.o 198.

Ballesteros M.—
El 32.584.007, N.o 157. — El hombre que yo no conozco, N.o 178.

Barbusse Henry.—
Cacería, N.o 192.— El relevo, N.o 194.

Baudelaire Charles.—
El color en la naturaleza y en el arte pictórico, N.o 201.

Becquerel Paul.—
El enigma de la Vía Láctea, N.o 170 — El enigma de la vida, N.o 205.

Bouvier E.L.—
Los progresos recientes de la paleontología humana, N.os 172 y 173.

Brion Marcel.—
Paolo Uccello, N.o 204.

Bulgakof Valentín.—
Sobre la libertad de espíritu bajo la "dictadura del proletariado" en Rusia, N.o 155.

C. B.—
Las teorías morales de Ardigó, N.o 160.

Cartasegna Rolando E.—
Fábrica, N.o 185.

Castagné Joseph.—
Geografía soviética, N.o 204.

Clerc Charly.—
Carlos Spitteler y el movimiento literario en la Suiza alemana, N.o 165.

Danef St.—
Los sucesos búlgaros y sus causas, N.o 175.

Denis Maurice.—
Arístides Mailloil, N.o 185.— El arte de la pintura y el sol, N.o 191.— La superstición del talento, N.o 193.

Documentos.—
La Tcheka, N.o 156.— El antimilitarismo en Holanda. — N.o 165. — Informe oficial del segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, N.os 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186 y 188. — El anarquismo en el movimiento obrero español, N.o 188.— El proceso de los vengadores de Osugi, N.o 203 —La noche de San Francisco en Florencia, N.o 204.

Dr. X.—
Higiene mental, N.o 203.

Duhamel George.—
La vida de los mártires, N.o 194.

Elosu F.—
Jorge Sorel y la violencia, N.o 157.

Eneas Armando—
Un rebelde, N.o 182.— Cholo, N.o 190. —Palotes, N.o 202.

Engelbert Graf G.—
La política y el petróleo, N.o 186 — Capitalismo petrolero, N.os 189 y 190.

Esteve Pedro.—
Nuestra labor, N.o 197.

Fabbri L.—
Primero de Mayo en tinieblas, N.o 171. —La belleza moral de la anarquía en Elíseo Reclus, N.o 190.— Cosas largas, mortifican..., N.o 191.

Faure Elie.—
La religión de Rembrandt, N.o 160. — El arcaísmo contemporáneo, N.o 168.

Faure Sebastián—
La violencia anarquista, N.o 158 y 159.

Fierens P.—
La pintura y la escultura belga de hoy, N.o 169.

Flores Magón E.—
Aclaraciones a la vida y obra de R. Flores Magón, N.o 167.

Frapié León A
La alumna, N.o 200.

F. Ch.—
Croquis de Alejandro Jacovieff, N.o 173.

F. H.—
El arte en el extranjero, N.o 197.

Gandhi M.—
Las inquietudes del poeta, N.o 161.

Goldman Emma.—
Francisco Ferrer y la Escuela Moderna, N.o 194.

González Prada M.—
Cuestión indígena, N.o 188. — Humanidad. — Propaganda y ataque, N.o 189.

Grave Jean.—
Cuarenta años de propaganda, N.o 157 — El individualismo y los individualistas, N.os 166 y 167. — El terror, N.os 182 y 183.— Un anarquista en el presidio, N.o 196.— Una reputación inventada, N.o 200.

Grenier Eduardo.—
Voces secretas, N.o 197.

Guijarros Juan.—
Consejos revolucionarios, N.o 171. — El "gallego repartidor", N.o 176. — Versos al segundo, N.o 178. — El lustrabotas, N.o 182.— Linyera, N.o 201.

H.—
Concentos, N.o 172. — Con el mazo dando, N.o 174.

H. M.—
Rafael de Urbino — su rehabilitación, N.o 198.

Hamp Pierre.—
Máscaras vivientes, N.o 196.

Helios.—
Ideas y reflexiones, N.os 160 y 163. — Pláticas, N.o 165. — Dios y el Estado, N.o 174. — Breves, N.o 176. — Un cuentito y una moraleja, N.o 177. — Con el mazo dando, N.o 182. — Por la libertad, N.o 184.— Reivindiquemos al hombre, N.o 191.

I. K.—
Anselmo Lorenzo y nosotros, N.o 172

Index.—
El teatro nacional en 1924-25, N.o 171.

Jaloux Ed.—
Durover de Segonzac, N.o 174. — Mauricio Utrillo, N.o 187.

Juarros César.—
Las hogueras del odio, N.o 169.

K.—
San Carlos Márx en Moscú, N.o 193.

K. L.—
En torno a la tolerancia, N.o 201.

Kollar Ivan.—
Para la historia de la anarquía, N.o 202 — La burguesía, el proletariado y la reacción internacional, N.o 205.

Kropotkin P.—
Literatura política. Crítica de arte. Novelistas del último período (continuación), N.os 155 y 156.— Turguenef, N.o 192 y 193. — Herbert Spencer, su filosofía, N.os 195 y 196.— Tolstoy, N.os 201, 202, 203, 204 y 205.

Kropotkin Sofía—
Museo Kropotkin, N.o 165.

Lazare Bernard.—
El escritor y el arte social, N.os 158 y 159.

Liberator.—
Mensaje de la anarquía, N.o 173.— ¡Hermano!, N.o 190.

Lo Gatto E.—
Vladimiro Korolenko, N.o 169.

López Arango E.—
Los problemas del anarquismo, N.o 171 — Anarquismo y sindicalismo, N.o 181.

Lorenzo Anselmo.—
Libertad y autoridad, N.o 163. — Caridad y solidaridad, N.o 164. — Pesimismo y optimismo, N.o 165. — Libertad y esclavitud, N.o 166. — Pacto y ley, N.o 168. — Virtud y deber, N.o 170. — Individuo y colectividad, N.o 172. — Los pobres de dios, N.o 174. — No hay dogma económico, N.o 176. — Justicia y economía, N.o 177. — El partido obrero, N.o 191.

Madrid Samuel E. de.—
El hijo perdido, N.o 198.

Malatesta E.—
Los anarquistas y el sentimiento moral, N.o 155. — La base moral del anarquismo, N.o 166. — Sindicalismo y anarquismo, N.o 179.

Mac S. C.—
Yoshijiro Urushibara, xilógrafo japonés, N.o 158.

M. G.—
La estampa japonesa: Hokusai, N.o 162. — Degas, por Ambrosio Vollard, N.o 168.

Marechal Jean.—
El valor del racionalismo y la evolución de la humanidad, N.os 178, 179 y 180.

Mazzoni Virgilio—
Antisocietarismo y estatolatría, N.o 199.

Morales E.—
Motivos del puerto, N.o 205.

Moreno Villa.—
Cañas verdes y bizarras, N.o 165.

Morris W.—
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, N.os 177 y 178.

Negri Ada.—
Autopsia, N.o 173.

Nekrasov M. A.—
Reflexiones ante la entrada de un palacio, N.o 193. — Camino de hierro, N.o 199.

Nettlau M.—
Panarquía, N.o 158. — De la guerra al socialismo. Las hipótesis de Ernest Coeurderoy en 1854 y de Bertrand Russell en 1923, N.os 161, 162, 163, 164 y 165. —La revolución rusa y el bolchevismo reinante: su efecto descrito e interpretado por Emma Goldman, N.os 168, 169 y 170. — Esbozo de historia de las utopías, N.os 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183 y 184. — Sobre los orígenes de la libertad y de la autoridad, N.o 185. — La hipótesis de la traslación de los continentes, del profesor Wegener, N.o 186. — El estado social anarquista y los idiomas humanos, N.o 187. — Zenón, los estoicos y el derecho natural, N.os 188 y 189.— "The Bolshevik Myth (Diary 1920-22)", por Alexander Berkman — The "anticlimax", N.o 191.— La crisis de la humanidad y el esfuerzo anarquista, N.o 192 y 193.— En recuerdo de Varlan Tcherkesof, N.os 196, 197 y 198.— Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista, N.o 205 (continúa).

Nido E.—
Las revoluciones de clase. Consolidación del Estado, N.o 171.— Francisco Ferrer, su verdadero espíritu y su escuela, N.o 194.

O. G. A.—
Horrores de la guerra química y bacteriológica, N.o 156.

Ochoterena Isaac.—
¿Cuál es el origen de la vida?, N.os 174 y 175.

P. F. M.—
Para qué hemos hecho la revolución? N.o 163.

Paladini V.—
"El aspecto de la clase dominante" — George Grosz, N.o 192.

Proudhon P. J.—
Soy anarquista, N.o 158.

P. V—
Antonio Bourdelle, N.o 172.

Oueiroz Eca de.—
Memorias de una horca, N.o 194.

Reclus Elíseo—
Correspondencia, N.o 156. — La pena de muerte, N.o 158. — Las colonias anarquistas, N.o 162. — Pretendida decadencia anarquista, N.o 167. — Correspondencia, N.os 168, 170, 171. — Patriotismo y colonización, N.o 173. — Correspondencia, N.o 176, 177, 180, 181, 182, 185, 190 191, 192 y 205. — Palabras de un rebelde por P. Kropotkin, N.o 193. — Desenvolvimiento de la libertad en el mundo, N.o 195, 196, 198 y 199. — Le socialisme en danger, por Domela Nieuwenhuis, 1897, N.o 203. —

Redacción.—
Madre anarquía. — Política de antropófagos. — Escultores de almas. — Cézanne y Zola, N.o 155. — La canalla política. — La cafrería y la cortesía. — Ascetismo epicúreo. — Un grupo de artistas alsacianos, N.o 156.— Héroes de comitiferia. — Su Majestad el hambre. — M. Anto Carte, N.o 157. — Tras la careta. — Requiescat in pace. — Moneda falsa, N.o 159. — Ley de Calibán. — Siembra trigo... — Groserías de peces mayores, N.o 160. — Violencia canalizada. — Desbande y fuga. — Ese es el hombre, N.o 161. — Los imperialistas españoles. — Infierno carcelario. — El presidente se divierte..., N.o 162. — Armamentismo. — Máscaras y disfraces. — Pacifismo de Yanquilandia, N.o 163. — Imperialismo de los gentlemen, N.o 164. — Un letrero más... — Tacna y Arica. — Las orejas del rey Midas, N.o 165. — Paraíso artificial y colonización, N.o 166. — Glosario. — Armamentismo y desarme, N.o 167. — Glosario, N.o 168. — Glosario. — El encono de dos pueblos, N.o 169.— Medicina oficial, N.o 170.— 1°. de Mayo. — Los Cristos de Chicago.—Panorama plástico, 171. — La estatua de madera. Glosario, N.o 172. — Naciones gozquejos. — Glosario, N.o 173. — Efemérides, vaticinios y rebuznos. — Glosario. — Walter de Navazio, N.o 174. — Premios a la virtud y a la desvergüenza. — Glosario. N.o 175. — Besuqueos de histriones y bufos. — Glosario. — Por el sostenimiento de la Editorial. — Por los salones, N.o 176. — Glosario. — Armando Spadini. — Roberto Hosmann. — Intercambio artístico, N.o 177. — Glosario. — Kurt Wilckens, N.o 178. — Glosario, N.o 179. — Por los salones, N.o 180. — Presuntos detractores. — Glosario, N.o 181. — Glosario, N.o 182. — Glosario. — Por los salones, N.o 184. — Evangelistas anglicanos, N.o 185. — La jornada de seis horas y el capitalismo mejicano, N.o 186. — Glosario. — Nuevas consideraciones sobre la jornada de seis horas, N.o 187. — Trampa florida de la colonización, N.o 188. — En torno al problema agrario: los recursos de la reacción, N.o 188. — Glosario. — Por los salones, N.o 189. — Equidad... sólo en el juego. — La prensa obrera en los E. Unidos. — Por los salones, N.o 190. — Tragedia grotesca. — La nivelación de los salarios. — Sobre el movimiento anarquista en Suiza, N.o 191. — Infancia desvalida. — Anarquismo y filosofía, N.o 192. — Bomberos de la revolución. — Tragedia y finanzas — Mastines de la pavura, N.o 193 — Francisco Ferrer y la guerra, N.o 194. Pan-Europa. — Burradas y negocio, N.o 195.— Europa y América. — Desarmar los espíritus, N.o 196. — Autoridad moral. — Antinomias. — Pedro Esteve. — Segundo salón de humoristas. — Aberraciones, N.o 197. — Orfandad. — Patriotismo de los ricos, N.o 198. — Las dos muertes. — La soga del ahorcado, N.o 199 — Violencia individual y colectiva. — Pignoradores. — Por los Salones, N.o 200. — Bandidos, políticos y banqueros. — Aire y agua gratis. — Vida socialista, N.o 201. — Guerra, hambre y bestieza. — El mito de la paz mundial. — Despertar, N.o 202. — El derecho al propio cuerpo, N.o 203. Parlamentar con el enemigo es pactar... — El artista y el alma colectiva, N.o 204. — La anagnosia y los indios. — Ricardo Mella y "Le Libertaire", N.o 205.—

Réveil Le.—
George Goguelia, N.o 163.

Reymond A.—
Las ciencias naturales y el anarquismo, N.o 203.

Rocker Rudolf.—
Las transformaciones de la concepción del Estado en la socialdemocracia, N.os 159 y 160. — La lucha por el pan cotidiano, N.os 169, 170, 171, 172, 173, 174 y 175. — La significación de los consejos, N.o 177. — Tras rejas y alambre de pua, N.os 184 y 185. — Tomás Münzer, N.o 187. — ¡Guerra a la guerra!, N.o 188. — Tras rejas y alambre de púa, N.o 194. — Varlan Tcherkesof ha muerto, N.o 195.

Roorda van Eysinga.—
Efectos de la educación moderna, N.os 161 y 162.

S.—
Trepadores de cumbres, N.o 197.

Samblancat A.
Pórtico, N.o 197.

Saumer Ch.—
Luis Barye, escultor animalista, N.o 205.

Schapiro A.—
Las internacionales sindicales, N.os 187, 188, 189 y 190.

Schweitzer Daniel.—
Los militares empollan, N.o 164.

Sicardi Francisco.—
El genio y la multitud, N.o 164.

Soffici Ardengo.—
Henri Rousseau, N.os 182 y 183.

Spencer Herbert.—
El sentimiento relacionado con la inteligencia, N.o 200.

Stresor S. D.—
El apóstol de la revolución en Bulgaria, N.o 171.

Suero Pablo.—
Disonancias, N.o 166.

Svoboda F. J.—
Los números 5, N.o 194.

Tárrida del Mármol F.—
Economía política y economía aerática, N.o 166. — La cuestión social ante la ciencia, N.os 168 y 169.

Tatsuo Morito.—
Escritos y vida de un anarquista: Sakae Osugi, N.o 199.

Tcherkesof V.—
Una apreciación sobre Kropotkin, N.o 160. — Una leyenda pretenciosa, N.o 183. — Páginas de historia socialista, N.os 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203 y 204.

Tolstoy L.—
Lamennais, N.o 170.

Treue Hugo.—
Ojeada general sobre el movimiento revolucionario y anarquista en Italia desde 1914 (continuación), N.o 155. — Los intelectuales y la guerra en Marruecos, N.o 194.

Turner John—
Una encuesta en Rusia, N.o 167.

Ugutin J.—
Un capítulo que le falta a la biblia, N.o 197.

Valenti.—
Variaciones sobre el mismo tema, N.o 161.

Varcacel M.—
Significado del arte incaico, N.o 203.

Veber.—
F. Pelloutier, N.o 165.

Veber Pedro.—
Curso de moral, N.o 170.

Volin—
Crónica rusa, N.o 160. — Marxismo y anarquismo, N.o 165.

Witkop-Rocker Milly.—
El sexto congreso neo-malthusiano internacional, N.o 192.

Yunque Alvaro.—
Camino por las calles..., N.o 167. — El pato ciego, N.o 159. — Arena, N.o 160. — En un café de mi barrio, N.o 162. — Piedras, N.o 164. — Sereno, N.o 171. — La reacción, N.o 176. — El botijero loco, N.o 180. — Barrett, N.os 183 y 184.— Esta mujer con nueve hijos, N.o 190. — Aguja, N.o 192. — La hazaña, N.o 194. — La poesía épica, N.o 196.— Rancho grigo, N.o 201. — Los dos panes, N.o 202 — A Juan Monago, estudiante sobresaliente, N.o 203.

Yartchuk I.—
Lo que fué Kronstadt en la revolución rusa, N.os 162, 163, 164, 165 y 168.

Zárate Orozco E.—
Pituca, N.o 195.— En la güeya, N.o 204.

BIBLIOGRAFIA

Im Zwischendeck nach Südamerika, por W. Herzog. — Páginas escogidas de la vida literaria, por A. France, N.o 155. — Cartas de la prisión, por R. F. Magón, N.o 156. — Contraluz, poemas, por Pedro V. Blake, N.o 157. — La crisis de la familia, por M. Angel Márquez, N.o 158. — Memorias de Judas, por F. P. Della Gattina, N.o 163. — El mundo como pluralidad, por A. del Valle, N.o 166. — Alarm, por Erich Mühsan. — Correspondance, por Elisée Reclus. — Voci dell'Ora, por G. Damiani, N.o 167. — Han Ryner, l'Homme et l'oeuvre, por G. Vidal, N.o 174. — Los sombríos, por H. Noja Ruiz, N.o 178. — Sturm, por J. H. Mackay, N.o 184. — Hinter Stacheldrath und Gitter, por R. Rocker. — Bakunin, N.o 188. — Die Internationale, por la A. I. de los Trabajadores, N.o 189. — Ética, origen y evolución de la moral, por Pedro Kropotkin, N.o 190. — Jesús atado a la columna, por Angel Samblancat. — L'ora di Maramaldo, por D'Andrea Vigilia, N.o 192. — Der Vorfrühling der anarchie, ihre historische Entwicklung von den Anfangen bis zum Fahre 1864, Berlin, por Max Nettlau. — La Asociación Internacional de los Trabajadores y las diversas corrientes del movimiento obrero, por Rocker Rudolf. — Il Bancheto dei cancri (dono Matteotti), por Armando Borghi. — Libera Laboristo, órgano anarquista en esperanto, de Berlín. — Pobre Cristo, por Mario Mariani, N.o 195. — "The intelligent Woman's Guide to Socialism and Capitalism, N.o 201. — Esbozo de una filosofía de la dignidad humana, N.o 202. — The dream, por H. G. Wells. — Almas muertas, por Nicolai Gógol, N.o 203.

LA

PORTE PA

U. Telefónica 0.4

Los ca y

Una palabra

Mientras nosotros di
bases de la organizac
tros camaradas de M
do poco a poco sociedad
rios y disputando a
la política una de las
de sus maniobras. Y
atrae la atención en
México es la preocupa
terpretar los intereses
las ciudades y los inter
dores de la tierra, asp
una armoniosa cooper
la primera vez que lo
yan huelgas de las c
alimentos a los obrero
contra la fuerza arma
del capital.

Para el 15 de di
do la Confederación G
jadores, un congreso
dalajara, Jalisco. Espe
bierno de Calles, que
interpuesto su influenc
zar nuestra conferenci
se atreverá a dar el zar
ponga un límite provis
del movimiento obrero
México y que el congre
drá lugar y expresará
dolorosas experiencias d
xicano de la tierra, en s
sión a la política de lo
mentarios.

Pero aunque ese cong
dido por las tropas del
organización campesina
G. T. continuará su c
ideas se abrirán camino
campo.

Es interesante transcri
tos de la orden del día
de los timoratos y ejem
nos militantes. Si esa o
ga a manos de un sindi
do, de un socialdemócrat
calista puro, apelará a
de la historia para conj
geraciones anarquistas" y
Pero nosotros sabemos
ta de demagogia barata,
ria aspiración de realiza
prestigiadas, y que a es
sacrificarán hombres ent
dores de un nuevo perío
des progresivas en el m
re. Podrán acogerse tod
que se quieran esos ensa
valientes, llegará el día e
de valorizar esos esfuerzo
des masas de los indifer
en liza para conquistar l
han inscripto en su band
nuestros camaradas de M

En la orden del día del
pesino de Guadalajara,
puntes:

AÑO V — BUENOS AIRES, 11 DE ENERO DE 1926 — N.o 207

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

Los campesinos mexicanos y las seis horas

Una palabra a los sindicatos revolucionarios de Amèrica

Mientras nosotros discutimos sobre las bases de la organizac ón campesina, nuestros camaradas de México van agrupando poco a poco sociedades y pueblos agrarios y disputando a los aventureros de la política una de las bases principales de sus maniobras. Y lo que más nos atrae la atención en el movimiento de México es la preocupación igual por interpretar los intereses del proletariado de las ciudades y los intereses de los trabajadores de la tierra, aspirando al ideal de una armoniosa cooperación. Y no es ya la primera vez que los campesinos apoyan huelgas de las ciudades enviando alimentos a los obreros y sosteniéndoles contra la fuerza armada de los esbirros del capital.

Para el 15 de d c embre ha convocado la Confederación General de Trabajadores, un congreso campesino en Guadalajara, Jalisco. Esperemos que el gobierno de Calles, que según parece ha interpuesto su influencia para obstaculizar nuestra conferencia de Panamá, no se atreverá a dar el zarpazo ansiado que ponga un límite provisorio al desarrollo del movimiento obrero revoluc onar o en México y que el congreso campesino tendrá lugar y expresará brillantemente las dolorosas experiencias del trabajador mexicano de la tierra, en sus años de sumisión a la política de los agrarios parlamentarios.

Pero aunque ese congreso fuese impedido por las tropas del general Calles, la organización campesina en torno de la C. G. T. continuará su curso y nuestras ideas se abrirán camino en las masas del campo.

Es interesante transcribir algunos puntos de la orden del día para edificación de los timoratos y ejemplo de los buenos militantes. Si esa orden del día llega a manos de un s ndicalista de Estado, de un socialdemócrata o de un sindicalista puro, apelará a todos los manes de la historia para conjurar esas "exageraciones anarquistas" y esas "utopías". Pero nosotros sabemos que no se trata de demagogia barata, sino de la sería aspiración de realizar las conquistas prestigiadas, y que a esa aspiración se sacrificarán hombres entusiastas, iniciadores de un nuevo período de actividades progresivas en el movimiento obrero. Podrán acogerse todo lo fríamente que se quieran esos ensayos atrevidos y valientes, llegará el día en que se habrán de valorizar esos esfuerzos y las grandes masas de los indiferentes entrarán en liza para conquistar las mejoras que han inscripto en su bandera de combate nuestros camaradas de México.

En la orden del día del congreso campesino de Guadalajara, figuran estos puntos:

. . . . . .

2.— ¿Cómo deben organizarse los campesinos ?

3.— La nivelación de los salarios.

4.— La jornada de seis horas.

5.— La lucha contra las bandas armadas de los terratenientes.

6.— La conquista de la tierra, etc.

Para un combatiente de la revolución social, esos puntos a la orden del día de un congreso campesino equivalen a todo un poema épico y si no ha perdido la capacidad de emocionarse y de sentir, tendrá que regocijarse con la íntima emoción con que nos regocijamos nosotros. En estos días de achatamiento general, esos gestos que rompen el h elo de la indiferencia colectiva y abren una nueva vía a la humanidad que parece hallarse a gusto con las dictaduras de la hora o haber perdido la capacidad de indignarse ante las [illegible] imponen, llevan a n[illegible] aliento de esperanza.

Y no se crea que esos puntos han sido arbitrariamente consignados en la orden del día; no, los impuso la voluntad del campesino mexicano de mejorar su situación, pues ya se produjeron conflictos en que la reivindicación de las seis horas ha tenido su intervención. Y nuestros sindicatos de México en sus pliegos de condiciones no se olvidan ya de que la conquista de las seis horas es un imperativo de la época, indispensable para llevar un alivio a la situación presente y elevarse un peldaño más en el camino de la conquista de un nuevo orden social.

Nosotros hemos atraido alguna vez la atención sobre la urgencia de un movimiento tendiente a la nivelación de los salarios, para privar al capitalismo de uno de sus poderosos puntos de apoyo. A poco que se reflexione sobre el asunto se comprende la extraordinaria importancia que tiene, no sólo para acercar el proletariado urbano al campesino, sino unos gremios a otros y unos hombres a otros, dentro del mismo gremio. La diferencia de salarios suele ser muy a menudo un obstáculo insuperable a la solidaridad efectiva y fraternal entre los explotados frente a los explotadores. Y esa igualdad de salarios está tan íntimamente ligada a nuestra concepción igualitaria de la vida, que todo esfuerzo que le dediquemos hoy es un esfuerzo fecundo para el porvenir, porque contribuirá a transformar la mentalidad de los hombres desde el momento mismo que vivimos.

El punto referente a la lucha contra las bandas armadas de los terratenientes es significativo para México. Precisamente el general Obregón, el "presidente más avanzado de América", según lo calificara un cazador de puestos públicos, ha resucitado las "acordadas" de Porfirio Díaz, esos cuerpos armados formados por los grandes propietarios de tierra para combatir y asesinar impunemente todos aquellos elementos que representan un peligro para su explotación desenfrenada de los peones del campo. Contra esas bandas armadas no hay más que un recurso, y son las armas, la resistencia activa; los discursos y las arengas no hacen mella. Pero el solo hecho de la existencia de las "acordadas" es un signo de que el campesino de México se mueve y representa un peligro efectivo para las clases dominantes.

En una palabra, nuestros camaradas de México aspiran a elevar la situación del campesino para que su situación, moral y económicamente inferior, no ponga trabas a la solidaridad y a la armonía del movimiento obrero y campesino representado por la C. G. T.

En ese sentido, lo mismo que se propaga en las ciudades la conquista de las seis horas, se propaga en el campo esa reivindicación, y con ello se repara el agravio inferido a los trabajadores de la tierra por los demagogos del socialismo autoritario que hoy mismo, en sus más atrevidas proposiciones, no se atreven a reclamar las ocho horas para los parias del campo. Tenemos ante los ojos un periódico francés, *Mouvement socialista*, de 1900, en que se califica de utopia la reclamación de la jornada de ocho horas para los obreros agrícolas. Hoy mismo, la op nión socialista no ha variado extraordinariamente; si por ejemplo la socialdemocracia austriaca adoptó la reivindicación de las ocho horas para el trabajo del campo, hizo tales restricciones a esa jornada que en realidad puede decirse que no ha sido reconocida, pues si bajo el pretexto de la urgenc a de los trabajos del verano se prolonga indefinidamente la jornada, las ocho horas legales para el invierno, en que el trabajo del campo es reducido, es un regalo de Pero Grullo que no hay necesidad de agradecer.

Cuando hablamos de la jornada de seis horas o en general de toda reducción de la jornada, nos viene a la memoria también el aumento de los salarios, que no por eso debe perderse de vista. Y al respecto queremos dar un buen consejo a los capitalistas de los países de la América latina. Sabido es que el fenómeno de las crisis industriales es un elemento integrante del sistema capitalista de pro-

AGUINALDO

El angel burguès trayéndole el regalo de reyes al año que nació en 1926

ducción y que muestra simultáneamente por una parte *la miseria y la desocupación de los trabajadores*, y por otra la *superproducción*.

¿Con qué lógica se atan esas dos moscas por el rabo? La industria atraviesa un período crítico porque los depósitos de los artículos están repletos, precisamente cuando la miseria del pueblo es más grande. ¿Cómo se han solucionado esas crisis? De diversas maneras, pero en los Estados Unidos se hizo en 1922 y 1923 una experiencia atrevida: en lugar de solucionar las crisis crónicas debido al "exceso de producción" y a la escasa salida de los productos en el mercado interior por medio de la rebaja de los salarios, los capitalistas, que suelen ser un poco más instruídos y más ingeniosos que en otras partes, que se nos perdone el elogio, han aumentado los salarios, con lo cual se superó la crisis crónica y se entró en un período febril de producción para el mercado nacional e internacional. La explicación de ese milagro es bien sencilla: las crisis industriales de la supuesta "superproducción" se producen porque la capacidad adquisitiva del pueblo se ha reducido, porque los salarios son bajos y el proletariado e incluso la clase media tienen que imponerse constantes privaciones. En cuanto el salario aumenta, aumenta la capacidad adquisitiva del pueblo y los depósitos abarrotados de artículos quedan vacíos, lo cual permite a la industria funcionar para reponer el consumo del mercado interior y para llevar los excedentes al mercado internacional donde, no obstante la elevación de los salarios, a causa de la producción en gran escala, puede competir con los capitalistas extranjeros. Tal vez una de las causas pricipales de la actual invasión del mercado internacional por los productos norteamericanos, se debe al aumento de los salarios en 1922 y 1923.

Si fuéramos patriotas, y si al mismo tiempo tomásemos parte en la política nacional, nuestro esfuerzo se dirigiría a formar la grandeza y la prosperidad de nuestra patria y a fomentar la industria y la agricultura nacional.

Y ahora unas palabras a los camaradas y a los sindicatos revolucionarios de América:

En febrero próximo *tendrá lugar en México una huelga general declarada por la Confederación General de los Trabajadores, para reivindicar la jornada de las seis horas*. Esa huelga chocará con la resistencia desesperada del gobierno y de los capitalistas mexicanos y se procurará aprovechar esa ocasión, seguramente, para poner un límite provisorio a la propaganda anarquista. No olvidemos que los buitres del norte dominan económicamente a México y que no tolerarán una propaganda tan peligrosa para el capitalismo norteamericano como la de la jornada de seis horas, que podría producir un contagio en los millones de trabajadores de la industria y de la agricultura de los Estados Unidos. Esa huelga general será, pues, una batalla de una gran trascendencia, si el gobierno de Calles no decide poner en vigor los métodos del fascismo para sofocar nuestro movimiento antes de febrero.

¿Dejarán los sindicatos revolucionarios de América que los hermanos de México libren solos esa magna batalla del trabajo? ¿Querrán asumir la responsabilidad de una pasividad culpable en esa hora de peligro y de lucha? ¿No se prepararán para una acción solidaria que imponga respeto y evite al proletariado mexicano, que va a la lucha por una reivindicación internacional, un aislamiento que le será fatal?

La multiplicación de la eficacia

Un ejemplo. El señor don Pedro Pérez es hijo de una rica familia y su mayor preocupación es matar el tiempo; ocupa un alto puesto en el ministerio, concurre a los salones de la burguesía, forma parte de diversos clubs deportivos y de una infinidad de sociedades patrióticas. Es un simple cero mental, pero eso no le impide figurar como una persona distinguida en la sociedad.

El hecho es de una vulgaridad y de una frecuencia bien evidente. Pero sin embargo se presta a algunas consideraciones.

El señor don Pedro Pérez es un enemigo nuestro, aunque jamás haya llegado a él nuestro nombre ni nos haya visto jamás. Por haber nacido en una familia rica vino al mundo en un plano social inevitablemente adverso al nuestro y todo su ambiente contribuye a reafirmar en él la intangibilidad de los privilegios y de los prejuicios heredados. No es una persona de instintos malvados, es un ciudadano honesto que no tiene el más lejano pensamiento de que su situación implique algo de injusticia. Todo su temperamento es opuesto al del reaccionario militante; su más íntima satisfacción consiste en correr tras las mujeres y en libar licores exquisitos. Y da gracias a Dios cuando no se ve turbado en sus habituales placeres por alguna huelga o por algún otro incidente, pues, se nos había olvidado advertirlo, el señor don Pedro Pérez es católico devoto y por nada del mundo correría el riesgo de adquirir mala fama sentando plaza de *volteriano*.

Por su calidad de alto empleado de un ministerio es automáticamente una pieza del inmenso aparato estatal que se erige en las sociedades modernas contra la clase trabajadora, para explotarla y subyugarla. No necesita trabajar en un sentido intencionadamente antiproletario; su misma posición oficial en el Estado obra con un peso de inercia irresistible en toda la dirección de sus actos y de sus pensamientos.

Luego, su concurrencia a los salones de la alta sociedad, donde mata agradablemente alguna de sus numerosas horas de ocio, contribuye a formar el ambiente conservador de los privilegiados, que se han cerrado en sus palacios como la antigua nobleza en sus torreones inexpugnables, inaccesibles al hálito de la vida real y ajenos por completo a lo que palpita en el mundo de los que producen.

Su pertenencia a varios clubs deportivos lleva su grano de arena a la formación de un sistema de actividades improductivas y mentalmente nocivas, porque embrutecen el espíritu, reduciendo sus combinaciones y asociaciones a una esfera intelectualmente nula. El deporte es hoy una válvula de escape de las más eficaces para desviar el pensamiento de las masas. Son millones y millones los anasionados por los diversos deportes, y ese anasionamiento sofoca en germen toda noble idea de lucha por un ideal de justicia y de libertad.

Los prácticos, los positivos dirán que para evitar los peligros a que se exponen no deben lanzarse a la calle por una reivindicación en favor de las seis horas, sino presentar un memorial al presidente de la república, como hacen los organismos de la categoría de la U. S. A., a fin de que las cosas vayan siempre por la vía de la legalidad y del orden. Pero eso no podemos decirlo nosotros, que tenemos conciencia de que toda mejora o toda conquista del proletariado hay que imponerlas a los privilegiados por la fuerza de la acción y de la organización de los trabajadores.

¡Que la solidaridad no sea una simple Palabra! En el mes de febrero se declarará la huelga general en México, por la jornada de seis horas. ¿Qué harán los camaradas y los sindicatos revolucionarios del resto de América? ¿Qué harán la F. O. R. A., la F. O. R. U., los organismos obreros supervivientes del Brasil, de Chile, de Perú, etc., etc.?

Como miembro de diversas sociedades patrióticas, el señor don Pedro Pérez contribuye a dar vida, no obstante su pasividad en ellas, a un movimiento de reacción intelectual de los privilegiados contra la expansión de las nuevas ideas que amenazan desalojar un día los sofismas esclavizadores del cerebro de los hombres.

Tenemos, pues, al señor don Pedro Pérez, a simple vista tan inofensivo y tan vulgar, convertido en un formidable adversario que trabaja sin saberlo contra nosotros desde varios terrenos convergentes al mismo fin reaccionario: su carácter burgués, su ambiente social, su función en el Estado, sus aficiones deportivas, su devoción cristiana y su respeto y adhesión a los sagrados principios de la patria, de la familia, de la autoridad; como lector de la prensa burguesa, como elemento dispuesto a todas las comedias de los privilegiados para embaucar al pueblo y hacerle aceptar voluntariamente sus cadenas.

Ahora bien, pongamos frente al señor Pedro Pérez, no uno de esos obreros que integran los círculos católicos, o los sindicatos socialistas, o las corporaciones de rompehuelgas; pongamos frente a él un obrero revolucionario, un militante de la revolución social, para que el contraste entre el revolucionario consciente y el reaccionario pasivo, sin voluntad especial de serlo, sea menor.

¿Qué es lo que hace Juan, sindicado por la policía como obrero anarquista, por sus ideas, por el advenimiento del mundo social a que aspira?

Juan es un hombre honrado si los hay; trabaja ejemplarmente y dedica sus pocas horas libres al estudio; no se emborracha, apenas fuma, es serio y responsable en todos los actos de su vida y goza de un bien merecido aprecio de sus camaradas de explotación.

¿Qué es lo que hace para acelerar el triunfo de la anarquía? Lee la prensa anarquista y pertenece a su sindicato, y si la ocasión se presenta se pone al frente de una huelga y es el primero en caer en manos de la policía.

Tenemos, pues, en Juan, revolucionario consciente, tres aspectos interesantes que laboran por un mundo mejor: sus cualidades personales, su contribución al sostenimiento de nuestra prensa y su actividad en el movimiento sindical.

Comparemos lo que hace el señor don Pedro Pérez, reaccionario pasivo, por posición social simplemente, en pro de la conservación de los privilegios y prejuicios heredados con lo que hace Juan, el obrero anarquista activo. Indudablemente de la comparación saldrá en desventaja Juan.

Si comparásemos la labor del revolucionario activo con la del reaccionario militante, la desproporción evidenciaría un contraste mucho mayor. Y si frente al vulgar don Pedro Pérez hubiéramos puesto uno de esos obreros católicos, o socialdemócratas, o rompehuelgas, claro está, en lugar de realizar una operación de sustracción habría que haber hecho una suma; es decir, en lugar de contraste habríamos tenido una cooperación de esfuerzos y de vida en sentido reaccionario.

¿Qué hacer? Es necesario buscar el medio de multiplicar la eficacia. ¿Y de qué modo? Creando un movimiento social más matizado, con más facetas de atracción y susceptible de recoger y utilizar en una dirección revolucionaria cada uno de nuestros pasos. Es preciso crear un movimiento social que reclame al adepto por entero, en cuerpo y alma. Pues la simple lectura de un órgano de nuestra prensa, o la integración de un sindicato revolucionario, es un testimonio demasiado insignificante de adhesión a la anarquía y de esfuerzo por acelerar su difusión y su advenimiento.

Nosotros sostenemos desde hace años una polémica intensa contra los camaradas que quisieran que nuestro movimiento fuera una mera comunidad de lectores de periódicos y folletos anarquistas; contra ellos hemos defendido la organización sindical. Aun no se nos ha dado generalmente la razón, aunque presentimos que no será ya tan fácil separar el anarquismo del movimiento obrero revolucionario. Pero aunque se acepte generalmente algún día nuestra tesis sobre el anarquismo y el movimiento sindical, no por eso quedaremos conformes; continuaremos proponiendo que nuestro movimiento se interese por nuevas manifestaciones de la acción y de la propaganda revolucionarias. El ideal es formar un ambiente social completo, que recoja y utilice el esfuerzo del adepto en las más diversas formas, pero siempre convergentes hacia la finalidad anhelada.

El mundo de la reacción es un ambiente completo; toma al hombre en la cuna y no lo abandona ni siquiera en la tumba; nosotros debemos aspirar a crear un ambiente revolucionario todo lo completo posible, agregando a la comunidad de lectores de periódicos y folletos que algunos desean, el campo de lucha incesante del movimiento sindical, y cuantas nuevas facetas de interés puedan establecerse.

¿No hay un exceso de inconsistencia en la interpretación común de nuestro movimiento revolucionario? ¿No hemos desperdiciado la buena voluntad de nuestros camaradas, habituándolos a considerar suficiente prueba de adhesión al anarquismo la lectura de nuestra prensa y la integración de nuestros sindicatos, quedando luego libres, tal vez, para contribuir en sus demás manifestaciones a fortalecer alguna de las corrientes de la reacción enmascarada?

Parece que no fuera mucho, pero si logramos independizar a nuestros compañeros de la prensa y de la literatura burguesas, sustituyendo con nuestra prensa y nuestra literatura la acción instructiva que el obrero inteligente busca afanoso, privaremos al mundo de la reacción de un eficaz vehículo de envenenamiento intelectual. Y si desviamos los pasos del proletario y de su familia del cinematógrafo o de alguno de esos otros tóxicos que confecciona la burguesía para amodorrar al populacho, también realizaremos una obra meritoria.

En fin, nuestra misión es bastarnos todo lo posible a nosotros mismos, procurando satisfacer nuestras necesidades espirituales sin recurrir a los espectáculos de entorpecimiento mental que nos ofrece el mundo del privilegio, como los privilegiados romanos ofrecían a las masas el espectáculo del circo.

Hay numerosísimas vías para hacer circular nuestras ideas y para interesar a los hombres honestos en su realización. No desaprovechemos ninguna, pero no incurramos tampoco en el extravío de algunos camaradas que en ciertos países, como en los Estados Unidos, no pueden ofrecernos más alto exponente de su actividad que una escuela racionalista.

La base del movimiento está en las luchas proletarias, pero paralelamente, ¿cuántas iniciativas no pueden llevarse a cabo? ¿cuántos matices de propaganda no es posible desarrollar? ¿Y qué elementos no hallarían un campo de acción apropiado en nuestra colectividad revolucionaria numéricamente creciente?

En la Argentina se ha puesto en vigor desde hace muchos años el teatro obrero y se ha difundido en tal forma que la propaganda ordinaria no podría pasarse ya sin ese elemento. En otros países esa forma de propaganda es desconocida y se desearía poder llevarla a cabo. Con la base existente ya, el teatro obrero sería susceptible de ser perfeccionado y elevado a un nivel mucho más influyente y eficaz. Pero esa es una de las tantas vías paralelas que pueden contribuir a llevar al mundo popular la semilla de las ideas redentoras. Hay muchas otras, aun no ensayadas, y todo intento en el sentido de aumentar la eficacia de nuestra acción y la multiplicación de los recursos de la propaganda, debe considerarse bienvenido y merecer el decidido apoyo de los anarquistas.

D. Abad de Santillán

RESUMEN SUMARIO DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN EL SUPLEMENTO

Para mayor comodidad de los camaradas que coleccionan el SUPLEMENTO, hemos impreso en ocho páginas sueltas el resumen sumario de los trabajo spublicados hasta el número 205. — Los compañeros que deseen adquirirlo, remitan 0.05 en estampillas de correo y se les enviará

La sumisión al capitalismo

El fondo de la doctrina famosa de Taylor se resume así: "Todo trabajo mental debe ser excluído de la fábrica... Cada hombre debe concretarse a recibir y realizar órdenes que se extienden a todos los detalles en que antes intervenía su comprensión." He ahí el ideal capitalista y el de todos los que quieren conservar las formas de la economía actual; el hombre en la fábrica no debe ser más que un autómata mecánico que ejecuta ciertos movimientos sin esfuerzo alguno mental; se dice que ese sistema ahorra energías, que ahorra movimientos innecesarios; será lo que quiera, pero nada más contrario a la sana comprensión de la vida que la reducción de las actividades humanas a una serie de movimientos maquinales. El taylorismo ha sido siempre rotundamente rechazado por los anarquistas, pero se ha discutido con calor en círculos supuestamente humanitarios y hasta socialistas y se ha querido ver en él un alivio de la suerte de los trabajadores. ¡Hermoso alivio! Toda la estructura de la sociedad capitalista está conformada como para ahorrar el trabajo de pensar por propia cuenta a los productores y se pretende hacernos un bien cuando se nos amaestra para realizar nuestra obra como una máquina más. Para los capitalistas, el taylorismo tiene indudablemente ventajas considerables, primero porque aumenta la productividad de cada proletario al eximirlo de pensar y al encargarlo sólo de una monótona repetición de movimientos automáticos; en segundo lugar el taylorismo crea un proletariado apropiadísimo para estabilizar el régimen del privilegio y todas sus bellezas.

Entre los primeros socialistas, del primer tercio del siglo XIX, hubo una ilusión piadosa: se quería formar un sistema social en que el hombre sería libre a condición de ser esclavo un cierto número de horas en los establecimientos de producción. A poco que se reflexione se comprenderá que la libertad y la esclavitud no pueden coexistir en el mismo individuo según un horario; se es libre o se es esclavo, no hay término medio; y cuando se es libre no se somete uno a la esclavitud bajo ningún concepto. Esos precursores del socialismo consideraban al trabajo como un mal necesario, pero al fin sus intenciones eran buenas: querían la libertad humana, a condición de no eludir las horas penosas del trabajo, el mal necesario; pero los modernos sociólogos del taylorismo y sus apologistas sólo se proponen aumentar más la esclavitud del hombre, que es esclavo en la vida social, que es esclavo en la fábrica, que es esclavo en todas partes, pero que tiene aun cierto radio de acción disponible para ejercitar su pensamiento y tal vez para elaborar un mundo nuevo mientras suda para mantener el hermoso edificio social actual.

El desenvolvimiento del capitalismo moderno es inseparable del desenvolvimiento del maquinismo; ahora bien, el maquinismo ha agregado nuevos factores de esclavitud mental, porque siguió una ruta contraria a la que hubiera debido seguir. En el sistema capitalista de producción el hombre es un accesorio de la máquina, la máquina no es nunca un instrumento para aliviar el esfuerzo del hombre; accidentalmente ciertas máquinas han favorecido mucho al proletariado, pero el objetivo no era ese, sino aumentar el rendimiento del capital, sin consideración alguna para los trabajadores.

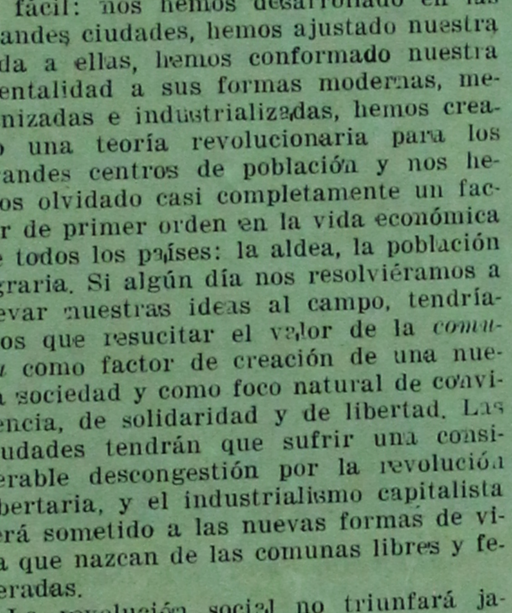
Una sana economía social y humana no puede basarse en el desenvolvimiento del maquinismo sin tener en cuenta al hombre; el sistema capitalista obra en ese sentido; en su método de producción el alma es la máquina, el proletario es sólo un accesorio que se desearía suprimir todo lo posible. Los revolucionarios sinceros deben pensar en eso; su ideal de vida económica no es hacer del hombre un accesorio de la máquina, sino de la máquina un accesorio del hombre. Los revolucionarios quieren fundamentar la sociedad entera en todas sus manifestaciones sobre la humanidad y no sobre el beneficio capitalista, como hasta aquí. Será necesario, pues, un desenvolvimiento técnico aplicado en una dirección diversa a la que siguió bajo la tutela del régimen económico que tiene por esqueleto la desigualdad, la injusticia, la esclavitud de los trabajadores. El genio humano, que ha hecho tan formidables progresos al servicio de una minoría explotadora, hará muchos más aún cuando pueda desarrollarse en beneficio de todos.

Según la expresión de uno de nuestros camaradas, los obreros hoy son simples *máquinas de las máquinas;* en el régimen capitalista no pueden ser otra cosa, y el sistema de Taylor no quiere más que llevar al extremo esa característica. ¿Pero es que la técnica actual, si pasara de manos de los capitalistas a las de los trabajadores, obraría el milagro de emancipar al obrero de la esclavitud del maquinismo? El solo hecho de expulsar a los patrones de las fábricas, ¿sería bastante para fundar una economía humana y una forma de producción en que el hombre no apareciese ya como una máquina de las máquinas inventadas por la técnica? Lo dudamos, y por eso la revolución social había sido concebida como una transformación radical de las condiciones políticas y económicas del capitalismo y del estatismo. Pero si, exceptuando los que temen a la libertad y quisieran implantar un Estado "transitorio", reconocemos generalmente que toda la máquina del Estado y de la administración debe ser quebrantada cuando las fuerzas revolucionarias se sientan capaces de ello; al referirnos al sistema económico del capitalismo existe una cierta tendencia a propulsar sólo el desconocimiento de la propiedad capitalista, pero no la destrucción del aparato inmenso de la economía actual, que, según nuestra opinión, no es menos esclavizador que el aparato estatal, o mejor dicho no es menos adversario del hombre libre.

¿Por qué hemos olvidado la comuna hasta el punto de poderse contar con los dedos de la mano las alusiones de nuestra prensa actual a ella? La explicación es fácil: nos hemos desarrollado en las grandes ciudades, hemos ajustado nuestra vida a ellas, hemos conformado nuestra mentalidad a sus formas modernas, mecanizadas e industrializadas, hemos creado una teoría revolucionaria para los grandes centros de población y nos hemos olvidado casi completamente un factor de primer orden en la vida económica de todos los países: la aldea, la población agraria. Si algún día nos resolviéramos a llevar nuestras ideas al campo, tendríamos que resucitar el valor de la *comuna* como factor de creación de una nueva sociedad y como foco natural de convivencia, de solidaridad y de libertad. Las ciudades tendrán que sufrir una considerable descongestión por la revolución libertaria, y el industrialismo capitalista será sometido a las nuevas formas de vida que nazcan de las comunas libres y federadas.

La revolución social no triunfará jamás si no se propone destruir el aparato estatal y el aparato económico del industrialismo capitalista, para formar un régimen de vida en que el hombre trabajará como creador y no como esclavo, aliviado pero no esclavizado por el maquinismo.

I. K.



Precio: $ 1.50 m/n
Encuadernado en tela, $ 3.50

Páginas íntimas

De Elíseo Reclus a Miguel Bakunin

La Tour de Poilz, cantón de Vaud,

8 de febrero de 1875.

Mi bravo amigo,

He sabido que mi carta del 13 de diciembre no te ha llegado: es preciso creer que ha sido arrastrada por un alud del San Gotardo, pero no tenías necesidad de leerla para saber que soy siempre tu amigo sincero y tu hermano independiente. No es preciso decir que estoy absolutamente a tu servicio para la revisión, desde el punto de vista de la lengua, de tus manuscritos, futuros o presentes. Espero con impaciencia tus *Memorias* y *El estado presente de mis ideas*. Trabaja, amigo mío, tendremos tiempo para ello. El río desbordado de la revolución ha vuelto a su cauce sin haber hecho gran mal.

Tengo noticias que Guesde está en la situación más lamentable. Muere literalmente de hambre, triste higiene para un tísico. Está, se me ha dicho, a punto de entregarse a las autoridades francesas, pues la prisión en alguna casa central le parece preferible a la situación en que se encuentra. Morir por morir, podría tal vez elegir un género de muerte más altiva y más grande; pero nosotros, que no nos encontramos en su situación, no tenemos que juzgarle. Si puedes serle de alguna utilidad, si dispones del apoyo de algunos amigos, acude en su ayuda.

He conocido en Ginebra a tu amigo Saigne; me agradó.

Te diré que no estoy disgustado por lo que pasa en Francia. La evolución que se realiza es una evolución normal. Es la burguesía, en el estado abstracto, sin aparato religioso, sin viejo símbolo la que va a reinar sobre nosotros. Dará tanto mejor así la medida de su verdadero valor. Tendremos que atravesar días malos pero al menos la experiencia será concluyente y completa.

Las hijitas, por cuya educación he debido abandonar a Lugano, van bien. Saluda a tu mujer y a los amigos.

Tu viejo camarada,

La independencia de la ciencia

A M. de Gerando,

Vevey, 11 de enero de 1877

A la hora actual habrá recibido la *Revue de Géographie* del señor Drapeyron. Debo confesarle que esperaba algo mejor. Esa carta de Picard, que no sabe una palabra de geografía, colocada a la cabeza del periódico como una bandera plantada en el palo mayor de un navío; esa pretensión de querer regir la política por la geografía, pretensión que podría tener en el fondo el móvil de hacer servir la geografía a las ambiciones políticas; esa invitación hecha al gobierno para constituir una academia de geografía, academia que sería sin duda hecha por el modelo de las otras; en fin, ese incienso circular que va del señor Garcin, el asesino de Milliére, a un infame comunalista como yo, todo eso me ha desagradado, y me felicito mucho de no haberme dejado arrastrar a tomar una parte directa en la fundación de esa revista.

Me parece también que el punto de partida del señor Drapeyron para la enseñanza de la geografía está muy mal elegido. Según él, el estudio de la geografía no debe comenzar por la cosmografía, como otras veces, sino por la topografía: eso es comprender la ciencia de la manera más estrecha. La vida no se acomoda a esas maneras arbitrarias de enseñanza. Ahora bien, la ciencia debe ser una cosa viviente; de lo contrario no es más que una miserable escolástica. Como una planta que va a tomar lejos su alimento, por todas sus raicillas lo mismo que por los poros de sus hojas, la geografía debe comenzar por todo a la vez: cosmografía, historia natural, historia, topografía. La naturaleza ambiente es una inmensa síntesis que se presenta a nosotros en todo su infinito y no parte por parte; a nosotros nos corresponde distinguir poco a poco los elementos diversos de ese conjunto confuso en apariencia. Es así como el niño, sirviéndose de todos sus sentidos a la vez, aprende poco a poco a reconocer todo lo que le rodea. El gran arte del profesor, sea profesor de geografía o de otra ciencia, es precisamente el saber mostrar todo en todo y variar hasta el infinito los puntos de vista, a fin de tener siempre alerta el espíritu y facilitarle incesantemente nuevas conquistas.

Pero me alejo un poco de la *Revue de Géographie*. Todo lo que digo de ella no impide hacer votos porque triunfe, al contrario, hay que dar un alma a ese cuerpo. Es siempre agradable, cuando la dignidad lo permite, trabajar modestamente en una obra útil, dejando a los demás buscar su interés u otra ventaja secundaria de ambición o de vanidad.

Le estrecho afectuosamente la mano. Le rogamos que nos recuerde a la memoria de los buenos genios domésticos.

Pensamientos diversos

A N. de Gerando,

Carlsbad, 25 de mayo de 1877.

Mi querido amigo,

Hacemos un viaje rápido por el centro de Alemania, Bohemia y Austria. Nos hemos preguntado si llegaríamos hasta Szatmar; pero después de haber estudiado la cuestión desde el punto de vista de las finanzas y del tiempo, hemos comprendido que debíamos privarnos del gran placer de ir a veros.

Como Vd. dice, los acontecimientos son muy graves. La existencia política de varios pueblos está en tela de juicio ahora. ¿Que será de Vds. los magyares, si Inglaterra tarda mas en defender sus intereses y los vuestros? En cuanto a Austria, parece componerse de dos partidos, los intimidados y los cómplices.

En todo caso una cosa es bien segura: las grandes aglomeraciones nacionales se harán sin embargo, la fuerza inmensa del patriotismo de raza y la contratermidad del lenguaje ayuda al acrecentamiento de los imperios, agrandará a Rusia como ha consolidado a Alemania y hecho a Italia. Pero eso no es más que una etapa. Intereses superiores, una moral mas elevada, agruparán a los hombres, no según los idiomas y los pretendidos orígenes — porque estamos todos mezclados por los cruzamientos — sino según la concepción del derecho y del deber. En una parte los que quieren aprovecharse de la injusticia y de la desigualdad, por otra los que luchan por su propia libertad y por la de los demás.

No le hablo de los asuntos de Francia: estoy profundamente humillado. Sin embargo reconozco que si el partido republicano tiene alguna persistencia y perseverancia, podrá salir triunfante de la lucha, pero la persistencia y la perseverancia, ¿pueden ser cualidades de hombres sin principios, de oportunistas?... veremos, pero la úlcera clerical ha roído mucho antes en las carnes.

El periódico *Le Travailleur*, cuyos principales redactores son amigos míos, está destinado sobre todo a convertirse en una revista de los acontecimientos y en una tribuna de las ideas desde el punto de vista revolucionario. Pero hasta el presente, nuestro personal de redactores es muy poco numeroso. El apoyo de Rogeard nos sería de gran socorro: él solo nos valdría más que todos los demás corresponsales; pero, según nuestra idea, *Le Travailleur* no nos dejará nunca dinero, al contrario, nos costará. En cuanto a *La Commune* de Félix Pyat, no sé en qué condiciones ha sido emprendida. ¿Haremos bien nuestra labor? Tengo algunas veces dudas, pero no las tengo relativamente a su escuela de Pafalva. He ahí un pensamiento excelente: trabajemos por los pequeños. Hagamos de ellos hombres mejores que nosotros, más rectos y más fuertes.

Le estrecho afectuosamente la mano y envío a todos nuestro saludo de cordial abnegación.

ELISEO RECLUS

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

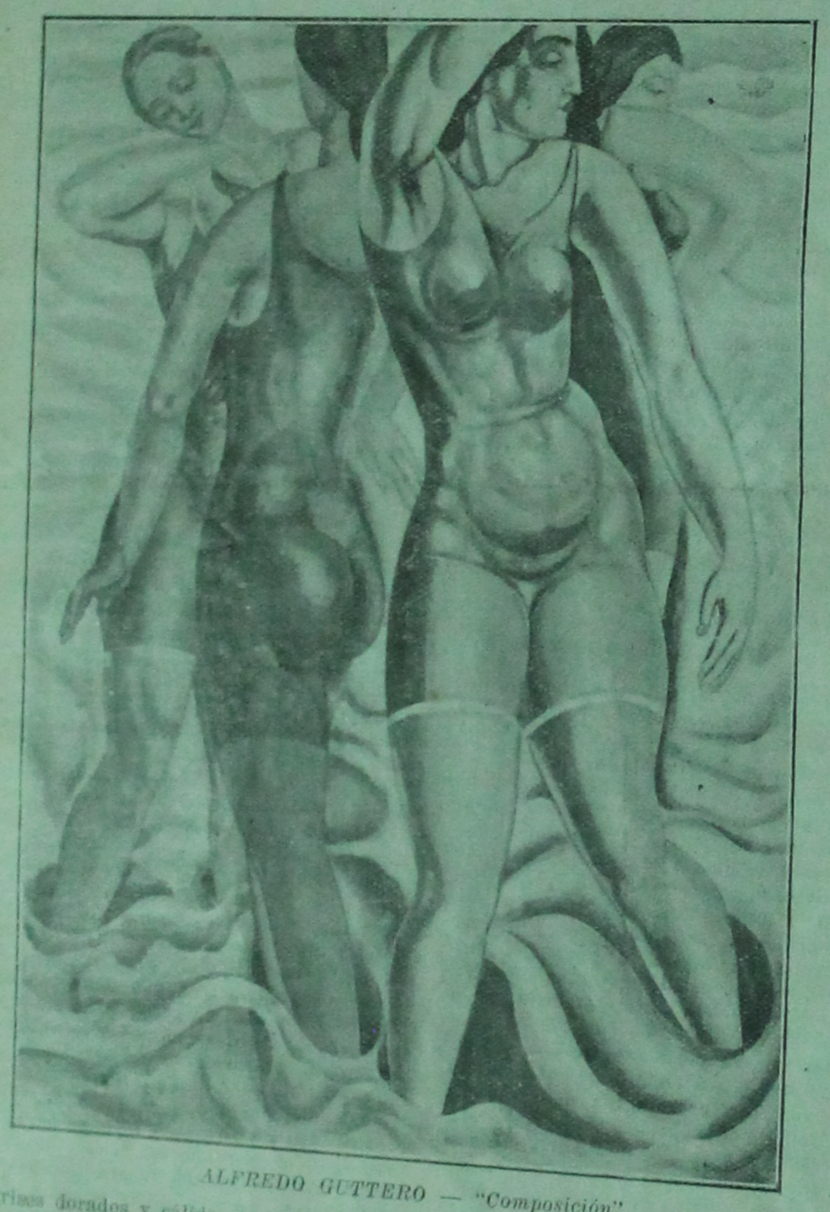
Pedidos a Perú 1537
Buenos Aires

ALFREDO GUTTERO

Un recuerdo personal habrá de iluminarnos en este intento de penetración en una obra que, aquí, para nosotros y para la mayoría de los adictos a las artes plásticas, nos es ignota y situada en una perspectiva lejana. La pintura de Guttero es completamente desconocida, donde, precisamente, había de conocerse y divulgarse más, que es en su propio país. Y esta vaga, rememoración, que se remonta a una fecha un poco alejada, fué el punto de partida para el conocimiento subjetivo del artista. Era en el salón de primavera de 1912. Premiados Bustillo y Zonza Briano, el cuadro suyo pasó inapercibido para la crítica y el público. Nos hallábamos en pleno delirio de criollismo y neoimpresionismo. Pudo ser un acontecimiento natural y previsto.

¡Cuál no fué la impresión que nos produjo esa tela, pintada en tono tan hímnico que había de adentrarse en la memoria para ya, no desvanecerse más! Ahora mismo, hilvanando estas líneas, volvemos a revivirla; y, en mente, recorremos la gama de esa su armonización tonal, que envolvía en una atmósfera de grises dorados y cálidos a esa joven mujer arrellanada en un sofá. Era una composición de gran alarde decorativo. Y da que meditar que nadie, absolutamente nadie, excepto un reducidísimo núcleo de artistas, la notaron, singularizándola entre el fárrago enorme de las otras pinturas. Sólo nosotros, que en ese año *escribimos nuestro primer salón en "Ideas y Figuras"*, atinamos a baibucear su nombre, y eso merced a la anuencia concedida a regañadientes por el poeta y director de aquel quincenario.

¿Era acaso, ese lienzo, una de sus obras capitales? Es la pregunta que directamente se deriva, teniendo por causa esta admiración incontenida. Aunque ya entonces Guttero hubiese logrado una plena conciencia plástica y en continua eclosión, no podía serlo precisamente esa única tela. La emoción que nos infundiera y aun se prolonga con sus resonancias, fluyó de un fenómeno de autosugestión que quizás se halla fuera de las sensaciones puras y prietas, nacidas de la estricta valía de aquella obra. Sin embargo, juzgada en relación a su apabulladora vecindad, debía obligadamente atraer la atención a quienes saben mirar intrépida, larga y tenazmente, tanto lo bueno como lo malo. Es así como hemos educado, afinado nuestros órganos sensoriales y hemos adquirido el escaso gusto estético que nos asiste en los más graves y peliagudos trances. Sin esta voluntad de ver y penetrar, no es posible se alcance un aprendizaje cualquiera. La gente que en los libros salta a pies juntos capítulos enteros y desfila a paso militar frente a las obras del intelecto humano, se extraña, se asombra, se enoja, se aburre cuando encuentra algo incomprensible para ella. Horra, vacía, despoblada de ese reguero de recuerdos, huérfana de emociones pretéritas, no se aviene a creer que éstas son los rescoldos de la subconciencia y basta el leve aleteo de la belleza inmortal para avivarlos y nos abrasan en una sola llamarada de entusiasmo. Sin este sedimento, sin este substrato de un territorio inédito que abarque la raigambre de nuestra sensibilidad, difícilmente se puede estar preparado para el instante eucarístico del goce y de la amorosa comprensión.



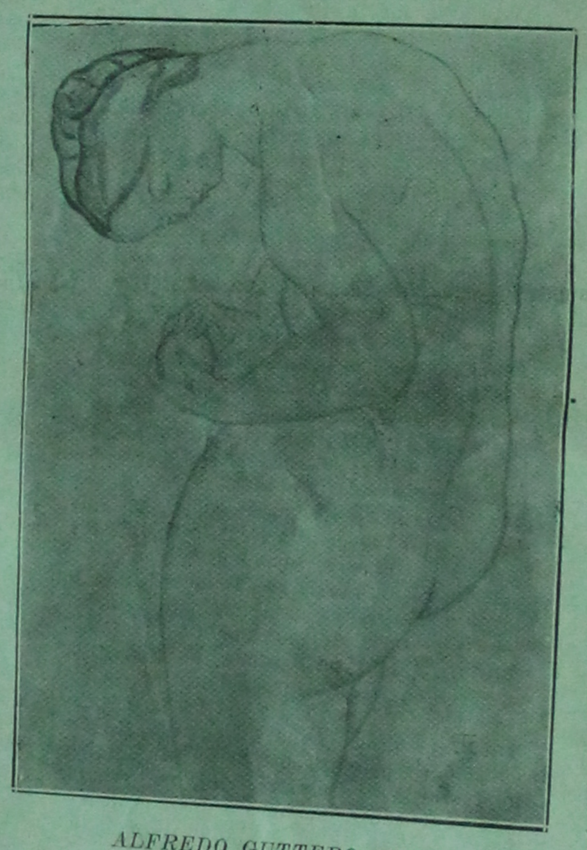
ALFREDO GUTTERO — "Composición"

Ardua tarea la nuestra: hablar, discurrir de una personalidad de artista, más presentida que cabalmente constatada, y de quien no poseemos sino noticias vagas, confusas, y a veces contradictorias; habiendo contemplado un solo cuadro con nuestros mortales ojos, y que para guiarnos en los dédalos del oficio plástico tuvimos que pedir prestado a un buen amigo un catálogo con algunas reproducciones de dibujos y unas cuatro o cinco fotografías de sus obras. ¿Serán éstas las mejores, serán éllas las más genuinas muestras de su talento? ¡Cómo saberlo! Tampoco pudimos conseguir el más insignificante dato biográfico, y hubimos de satisfacernos con la mera información, enterándonos que residió largos años en París; que estudió bajo la tutela de Denis, y en estos últimos tiempos emprendió una serie de viajes. Eso es todo. Luego hay el ir y venir de los díceres, de los cuales es cuerdo no fiarnos ni darles fé. Por personas interpósitas conocemos que Guttero realizó varias exposiciones en las capitales y ciudades de Europa. Berlín, por lo pronto, lo acogió en la *Galería Alfred Flechtheim*, y, además, expuso en Florencia y en Venecia, sin que estemos muy seguros de ello. ¿Obtuvo el éxito apetecido, la crítica le fué propicia? Silencio absoluto. También parece que algunos museos poseen obras suyas. ¿Pero dónde y cuáles son las elegidas? Caso desconcertador el de este artista argentino, entre la numerosa, parvada de sus coetáneos que acuden al viejo mundo, quien difiere y disiente tanto de todos ellos, que encarna el mito de la mosca blanca, rara de ver y de constatar. ¡Oh manes de Fígari y de otros muchos de la larga caravana emigratoria, qué solemne y suprema tontería no reputareis esta lamentable carencia de un sentido tan moderno y manducatorio!

Para el periplo de la exposición ambulante de producciones argentinas, organizada por Nazar Anchorena, supimos que Guttero envió alguna de sus telas y dibujos. Cuando se nos dió la noticia, al día siguiente clausurábase la muestra, que se exhibía en La Plata.

Si incurrimos en este forzoso preámbulo — temiendo que fuese arriesgado intentar un juicio crítico de una labor que apenas conocemos de oídas — su motivo principal consistió en confesar la penuria de nuestra información y, al mismo tiempo, implorar cierta benevolencia para nuestros posibles desaciertos.

Como acápite al catálogo de la exposición que efectuara en Berlín desde el 10 de septiembre al 14 de octubre de 1922 hay esta cita de Flaubert: *... et cette familiarité divinisait la vie. Elle n'avait pour but que d'etre libre et belle. Les vetements larges facilitaint la noblesse des attitudes. L'ephebe, frotté d'huile, luttai tout nu en plein solei. L'action la plus religieuse était d'exposer des formes pures"*.



ALFREDO GUTTERO "Desnudo"

Traducimos: "y esta familiaridad divinizaba la vida. Ella, no tenía otra finalidad que ser libre y bella. Los amplios vestidos facilitaban la nobleza de las actitudes. El efebo, frotado con aceite, luchaba desnudo en pleno sol. La acción más religiosa consistía en exponer formas puras."

Estas últimas palabras, la única enunciación de principios a que se quería llegar, nos pone en la certera ruta para sondear y descubrir la esencia vibráctil y tónica del temperamento del artista.. Es su fervor religioso que se transfunde en la creación de formas puras. ¿Pero de qué calidad intrínseca se halla compuesta esta euforia sentimental? No trepidemos en declarar que es su máxima virilidad, la gran vitalizadora. Es esa potencia viril que le conduce a la decantación, a la alquitaración de los cuerpos, ya sean másculos o femeninos. Por eso sus desnudos excluyen toda idea, toda sensación de sensualidad y las mujeres no poseen la acostumbrada morbidez florida, encubridora de cierta podredumbre interior. No nos incitan, ni acucian nuestros sentidos a pesar de la turgencia de sus formas. Experimentamos, eso sí, un delicioso placer en contemplarlas, y es por la plenitud del goce estético que los deseos venales no asoman. Es, pues, por el juego armonioso de sus facultades, por su salud espiritual — su cardinal virtud — que sus fórmulas de arte se hallan limpias y de una pureza cerebrada, por así decirlo, como significación del dominio sobre la furia de la pasión. Es lo que principalmente nos sugiere el cuadro de las bañistas, y cuyos estilizados elementos nunca tocan el límite de la disección del motivo, ni llegan a la sequedad decorativa. Por el contrario, son precisamente sus dones natos de decorador los poderosos auxiliares que casi siempre le ofrecen el hallazgo maravilloso del equilibrio y de la bella armonía de las proporciones en los temas que trató de resolver mediante la composición. Estas afirmaciones un tanto oscuras y contradictorias las aclararemos en seguida.

Hasta aquí ensayamos alcanzar, o más bien apresar la raíz moral, que, según Sthendal y Baudelaire, siendo fundamento de toda acción humana, es sustancia nutricia cuando se intenta el esfuerzo creador. Bien o mal, pudimos señalar cuál era la filiación del artista en su arranque ético.

Ya que hemos puesto en evidencia las dotes innegables de Guttero como decorador, tratemos, de una vez por todas, de definir, también como podamos, este término *decoración* y su apéndice lo *decorativo*, que no siempre se aplican adecuadamente. Casi todos los tomaron como un signo convencional, una clave para precisar un cierto número de elementos conocidos, que por común acuerdo nadie inventariaba ni analizaba, pero que se les adhería la indeterminada especificación de lo *decorativo*. Un cuadro pasablemente compuesto, en algo se parecía a lo *decorativo*; un friso, un panel, un bajo-relieve, aunque hubiese sido modelado con un espíritu contrario, encajaba en lo *decorativo*, y etc. No desearíamos dar en lo burdo de la exageración, siempre que se convenga hubo desorden y desatino en el empleo de esta precaria terminología.

Para nuestra mayor comprensión y claridad, habrá que empezar por establecer dos categorías en el concepto de la decoración.

Una es la ornamental, que puede comprender todas las artes aplicadas, y la otra es algo más sutil y subterráneo — si se nos permite la expresión —, que interviene en un afresco, en la pintura mural y hasta en el cuadro de caballete. No está simplemente en la estilización, ni en la ornamentación pintoresca. Es el sentido abscóndito, el instinto decorativo, más profundo o epidérmico en un artista que en otro, y que puede equipararse a la virtual condición del poeta épico, quien también tiende a la grandiosidad contenida en un exámetro. En esto reside la diferencia fundamental entre lo frívolo y lo pintoresco decorativo y la composición organizada en ese sentido. Un decorador como nosotros lo comprendemos se distingue del tapicero, del exornador de motivos preciosos, por el acento épico. Y este acento le hallamos en las mejores y más bellas producciones de casi todos los más grandes artistas; y en una el ritmo será más general e íntegramente marcado, en otras menos intenso y la cadencia rítmica, reducida a lo particular. Nómbrese al Tiziano, Tintoretto, el Miguel Angel de la Capilla Sixtina y etc. No tenemos los ejemplos a mano para demostrar que en todas las épocas más culminantes de las artes plásticas, sus epígonos, ya sea Delacroix o Rubens, tuvieron innata la facultad decorativa, en la acepción más lata del término. Tras de lo dicho y por haber establecido muy arbitrariamente estas dos categorías de decoraciones, hemos de declarar que no estamos dispuestos a anteponerlas una a otra. Para nosotros y para casi todo el mundo, ninguna de las dos son inferiores, y el excelso valor que cobre cada una de ellas, residirá en quienes las ejerzan y las laboren.

Si un reproche se le puede dirigir a la pintura cubista, es de haber extremado tanto la abstracción de un caprichoso módulo decorativo, y en son de reaccionar violentamente contra los neo-impresionistas, lo deshumanizó de tal modo que se olvidó de infundirle el aliento épico, ca-

ALFREDO GUT

dad anímica de los gr
ento exaltador, viriliz
ería.

La prueba de esto la ha
pesar del gran talento
ue, al limitarse voluntar
oración pura a fin de l
de una ornamentación ex
a explotadas sus ideas
oradores comunes. Se pro
alidad y, malgrado ellos
puesta. No diremos si s
un bien, porque lo úni
ué el prurito de apuntar
lo y constatado ya por
urgidos del seno de la tec

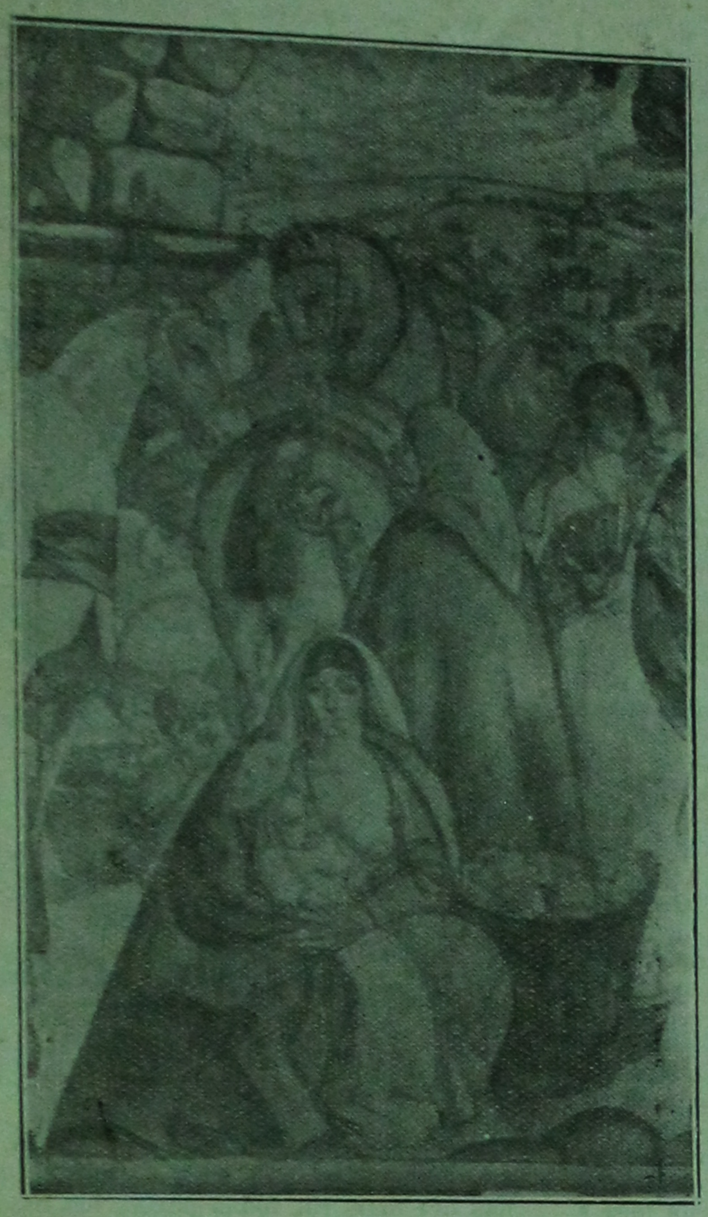
Esta *impersonalización*
ad que a fuerza de intel

ALVARO YUNQU

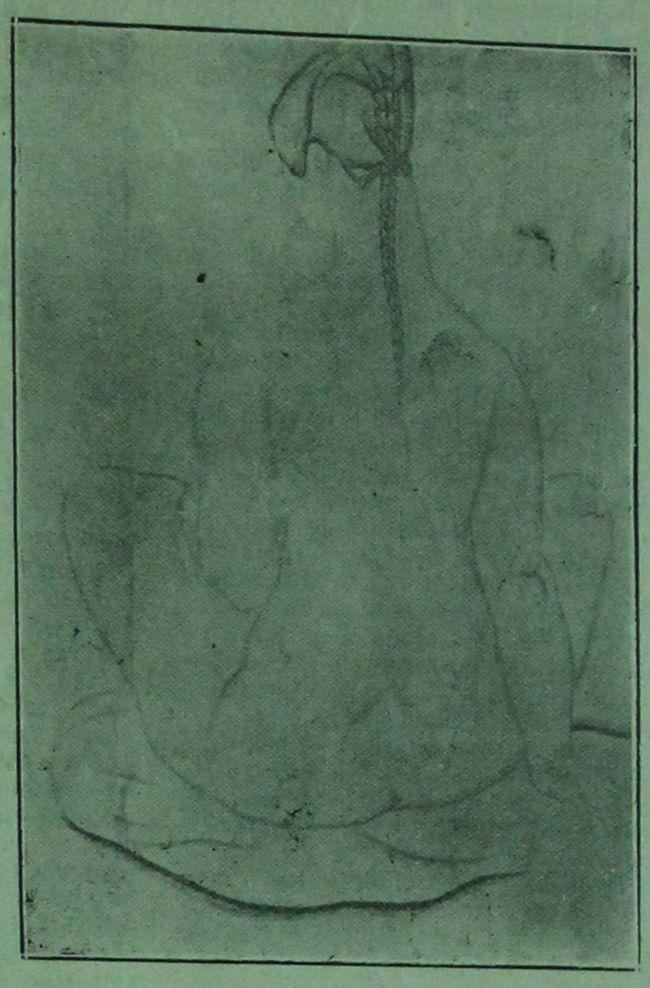
EL

ODO Picolargo, un pu
ergüido en la margen
n Borombón, estaba atr
ticia: un perro rabioso
redeores y mordía gente
rseguido de General Cru
seguraba haberlo visto,
ote y babeante, por el ca
los dos pueblos. Picolar
ono. Un día, una tarde, lo
sma plaza, marchando a
ante; se cerraron puerta
le tiraron piedras y bala
esapareció esa misma noch
ente; no se supo nada má
Más la población de Picol
con fruición intensa esa
ora que había pasado el p
la preferible a su monóton
os los días.

De tal modo preparado el
enturienta la imaginación
e improviso sobresaltado, a
as cuarenta y ocho horas de
ión del perro rabioso, por u
e noticia, la que echó a vola
aciones harto ligeras y los
enguarace: ¡Pepín, el much
ochovirof, había desapare
Los Gochovirof eran dos
hijo, enormes y enigmático
es. Se habían granjeado la
patía de los picolargueños
ácter poco comunicativo y
e una vez, algún vecino lo
uesto pretéritos nihilistas,
iberia, en donde estuvieron



ALFREDO GUTTERO — "Composición"



ALFREDO GUTTERO "Desnudo"

lidad anímica de los grandes creadores, acento exaltador, virilizador de la materia.

La prueba de esto la hallaremos en que, a pesar del gran talento de Picasso y Braque, al limitarse voluntariamente a la decoración pura a fin de librar la pintura de una ornamentación excesiva, ven ahora explotadas sus ideas plásticas por decoradores comunes. Se propusieron una finalidad y, malgrado ellos, alcanzaron la opuesta. No diremos si será ello un mal o un bien, porque lo único que nos guió fué el prurito de apuntar un hecho conocido y constatado ya por muchos artistas surgidos del seno de la teoría cubista.

Esta *impersonalización*, esta objetividad que a fuerza de intelectualizarse resulta impersonal — una verdadera obra sin autor — es el reverso de la obra de Guttero y por eso mismo está emparentada con las producciones de los grandes decoradores, los que tampoco — para serlo — se recluyeron exclusivamente en esa facultad, sofocando, deprimiendo sus coetáneas. A este hito deseábamos arribar para determinar la filiación plástica y exotérica del artista argentino, o sea su aspecto formal de la parte pictórica. De ahí su esencia clásica antigua o moderna — como se quiera adjetivarla — con la modernidad primitiva de un Pablo Uccello, con quien tiene más de un punto de contacto por la solidez de la construcción de sus formas y por la rigurosa síntesis de sus principales elementos en el logro de una suprema armonía.

Es lo que buenamente pudimos inferir por la reproducción de varios dibujos y fotografías de dos composiciones suyas. Muy poca cosa para arriesgar un juicio aproximado sobre tan ingente labor, ejercida en el silencio y coadyuvada por hondas meditaciones en los libros y en la vida. Su dibujo quizás es lo que más retrate a Guttero. Es una línea que apresa dimensiones, otorgándoles carácter, peso, densidad y belleza decorativa. Así es cómo se nos aparece el espíritu del artista, — retratado translúcidamente en ellos — en su sensibilidad exquisita y en su fantasía, que frutece en imágenes extraordinarias.

At.

ALVARO YUNQUE

EL CRIMEN

TODO Picolargo, un pueblucho semierguido en la margen derecha del San Borombón, estaba atribulado con la noticia: un perro rabioso vagaba por los alrededores y mordía gentes y animales. Perseguido de General Cruz, un paisano aseguraba haberlo visto, marchando al trote y babeante, por el camino que une a los dos pueblos. Picolargo se convulsionó. Un día, una tarde, lo vieron en su misma plaza, marchando al trote y babeante; se cerraron puertas y ventanas, se le tiraron piedras y balazos. El perro desapareció esa misma noche, misteriosamente; no se supo nada más de él.

Más la población de Picolargo paladeaba con fruición intensa esa inquietud, y ahora que había pasado el peligro, hallábala preferible a su monótono vivir de todos los días.

De tal modo preparado el ambiente, calenturienta la imaginación popular, fué de improviso sobresaltado, aun no pasadas cuarenta y ocho horas de la desaparición del perro rabioso, por una alarmante noticia, la que echó a volar las imaginaciones harto ligeras y los labios harto lenguaraces: ¡Pepín, el muchacho de los Gochovirof, había desaparecido!

Los Gochovirof eran dos rusos, padre e hijo, enormes y enigmáticos como bueyes. Se habían granjeado la cordial antipatía de los picolargueños por su carácter poco comunicativo y brusco. Más de una vez, algún vecino los había supuesto pretéritos nihilistas, fugados de Siberia, en donde estuvieron purgando los más espantosos crímenes. Los Gochovirof, indiferentes a aquellas habladurías, en un silencioso vivir de trabajo, se levantaban con la aurora, a doblarse sobre un campo que arrendaban en las afueras del pueblo y del cual sacaban las verduras que el hijo vendía después en las ferias cercanas. Jamás con nadie se les oyó hablar nada fuera de lo imprescindible; cejijuntos, graves, ni contestaban los "buenos días" con que alguna bachillera pretendía iniciar relación amistosa. En cuanto a Pepín, era un chiquillo que un día encontro Gochovirof, hijo, tirado en una zanja; no se sabía quienes eran sus padres ni de dónde venía. Lo recogió en su casa y allí vivió y creció haciendo pillerías.

Ahora faltaba el tal Pepín, que a la sazón tendría unos diez años. La noticia, dados estos antecedentes, no dejó de alarmar a los vecinos:

—Eh, vecino, ¿supo la nueva? Pepín...

—Sí, sí; ya me han dicho; ¿y qué cree usted?

—Yo...

Y aquí el honrado vecino, en voz baja, cautelosamente, comunicaba sus horrorosas suposiciones al otro honrado vecino, el que las apoyaba:

—Sí, sí; esos rusos siempre me han tenido con sangre en el ojo.

—¡Son capaces de mucho más! ¿Sabe usted acaso qué pueden haber hecho en su tierra? ¿Por qué se han venido?

El juez de paz y el comisario intervinieron. Interrogados los Gochovirof sobre el paradero de Pepín, respondieron, sencillamente, que lo ignoraban.

—¡Bonita contestación! — dijo una picolargueña.

—¡Y muy cómoda sobre todo! — agregó otro. — Mañana cualquiera comete un crimen y se hace el inadvertido, ¿que dónde está el muerto? No sé; y en paz. ¿Qué comodo, no?

—¡Esto no debe quedar así! — afirmó, indignado, el periodista.

Y a la mañana siguiente, "El Heraldo de Picolargo" traía, en gruesos caracteres, un extenso artículo, donde el periodista se hacía el eco de todos los comentarios y decires. ¡Qué resonancia tuvo el tal artículo! Se agotó la edición del periódico. A la mañana siguiente, un nuevo artículo, en el cual dejaba entrever que los Gochovirof pudieran ser los culpables. ¡Nuevo éxito y mayor venta! No se había de detener ahí el plumífero de Picolargo; a la otra mañana, bajo el epígrafe de "El mártir Pepín", un largo y sentimental discurso llenaba la primer hoja de "El Heraldo de Picolargo". Las gentes se arrebataban el periódico, las mujeres lagrimeaban sobre él, y todos estaban contestes en las virtudes del "niño asesinado", como ya se le llamaba; aunque el desaparecido Pepín fuera, en realidad, el más desalmado y bullanguero pillete.

—¡Pobre niño!; ¡tan bueno!

—¡Qué horrible destino el suyo!

—¡Qué espantosa muerte!

Y la cosa tomó vuelos políticos. El periodista no cejaba en sus artículos que, de simples parrafadas sensibleras, se habían trocado en sonoras catapultas contra el gobierno apuntadas. Y el pueblo estaba con él.

—Es una iniquidad! — rugía como un energúmeno el maestro de escuela.

—¡Es un mal gobierno! — peroraba el boticario.

Se interrogó al juez de paz, quien dijo que no había pruebas para detener a los rusos. El comisario respondió que ya se estaba en busca de Pepín. Y el cura intervino. Fué a ver al comisario, al juez de paz y, saliendo de esas entrevistas, pudo anunciar a su convulsionada parroquia, que los "rusos herejes" iban a ser presos.

Aquella misma tarde, engrillados y con el acompañamiento de una muchedumbre de curiosos, fueron los Gochovirof conducidos a la comisaría. "El Heraldo de Picolargo" traía, punto por punto, una detallada descripción de la escena del arresto, de las protestas de los detenidos, de sus gestos, de las palabras del comisario: ¡era una página épica! Así las cosas, cayó como una piedra caliente en un balde de agua fría, un notición despampanante, algo que removió las más recónditas células nerviosas del más apático de los picolargueños, y que hizo que "El Heraldo" lo anunciara con bombas.

Joaquín Maureño, comerciante establecido desde quince años atrás en Picolargo, "persona de responsabilidad social, alta moralidad y espectable conducta", según "El Heraldo", declaró: Hacía una semana, regresando, a eso de las diez de la noche, a su casa, advirtió una luz en el fondo de la casa de los Gochovirof. Acercóse y, por entre los agujeros de la tapia, vió una escena que lo llenó de espanto: los Gochovirof, alumbrándose con una linterna, cavaban un foso. Una vez concluído éste, cogieron un bulto, él lo vió bien, un bulto pequeño que podría ser el cuerpo de un niño, pero no podía precisar que lo era, y lo arrojaron dentro. Después volvieron a tapar todo; algo hablaron los enterradores, mas como lo hacían en ruso, él no pudo comprenderles. Maureño se había retirado algo indispuesto a causa de la impresión recibida, más nada había dicho hasta ahora, porque él era una persona pacífica y poco afecta a aquellas cosas que lo llenaban de terror; pero en vista de que su declaración podía ser útil a la autoridad para el esclarecimiento de aquel crimen, que tenía conmovido al mundo (al mundo decía "El Heraldo"), él, Joaquín Maureño, hacía público lo que vió aquella noche de horror, "en aquella noche — comentaba el pendolista de "El Heraldo" — en que la conciencia humana sufrió uno de esos eclipses sangrientos y en que la justicia, ¡Temis sagrada!, ve que de sus manos desfallecientes ruedan la balanza justipreciadora y la espada justiciera"...

No sólo en Picolargo se vendía "El Heraldo", sino en veinte pueblos de los alrededores, ¡y hasta en Bahía Blanca, en La Plata, en Buenos Aires!... "Es el triunfo de los altos ideales", proclamaba su director.

TODO Picolargo se echó a la calle; era eso una romería: en aquella mañana, a las nueve, se desenterraría al "niño asesinado", ante la presencia de las autoridades.

Y se dió comienzo al acto solemne: el comisario, el juez de paz, el sargento, cuatro vigilantes, los que mal podían contener la horda de curiosos que lo era toda la población de Picolargo, y dos obreros armados de sendas palas, hicieron irrupción en la casa de los "asesinos", "los fahumanos, los viles, los incalificables asesinos", según los picolargueños y su honorable periodista.

El primer golpe de pala fué un golpe dado en el pecho de cada uno de los circunstantes. Se sacó la primer palada de tierra, y miraron todos, cual si de ella hubiesen de salir las palpitantes entrañas de la víctima. Poco hubieron de trabajar, pues al metro, ya chocaron las palas con algo blanduzco.

—¡Aquí está el muerto! — gritó uno de los peones.

Fué un alud; nadie hizo caso a nadie; y allí todo Picolargo estiraba el cuello para mirar, ansioso... Los obreros continuaron en su labor y, ante el concurso espantado, que sin reparar en el hedor que de la fosa salía se estrechaba, se estrujaba, apiñándose, amontonándose; apareció algo informe, una cosa peluda, indescriptible, llena de cieno.

Sacada de la fosa y sacudido el lodo, la curiosidad pública quedó cruelmente burlada; aquella cosa no era el cadáver mutilado, sangriento, terrible del niño, no: aquella cosa era, sencillamente, ¡un perro!

—¡El perro rabioso! — exclamó alguien.

Efectivamente, era el perro rabioso que los Gochovirof, "los asesinos, los inhu-

manos, los viles, los incalificables asesinos", habían muerto y enterrado en su casa, salvando a la población de Picolargo de un azote peligroso.

¡Qué decepción! Carilargos, mudos, comenzaron a retirarse con esa desgana y esa languidez propias de aquellos cuyo sistema nervioso, en estado vibrante, próximo a estallar, recibe una ducha helada.

Aquella misma tarde, los agentes de General Cruz traían a Pepín, fugado tras de una banda de titiriteros. "El Heraldo" bajó su tirada. Los Gochovirof fueron puestos en libertad.

Mas en Picolargo los odian con más intenso odio que antes, cual si ellos hubiesen robado algo a aquellas gentes; y, en realidad, sí: les habían robado gratísimas horas de ansiedad y buenos instantes de sabrosos comentarios.

Ellos les habían privado, no cometiendo el crimen, de satisfacer su curiosidad, la más egoísta de las pasiones. ¡Y eso sí que era un espantoso crimen!

***

No quiero morir sin gobernar

El volatinero, el saltimbanqui Lerroux, el politicastro de peor laya y configuración moral entre los de su fauna y especie, se ha confesado en el asequible regazo de uno de esos Esopos modernos y de falso cuño, quienes a los inteligentes les hacen decir disparates y a los animales del zoo ciudadano les prestan su tartajosa y confusa habla.

El reporter, pues, transmite al mundo este auténtico grito de un alma morbosamente ambiciosa y rapaz:

Llevo cuarenta años de predicación *política y no quiero morirme sin gobernar...*

El jefe del partido republicano radical, como las jamonas, tuvo su cuarto de hora de debilidad y de abandono. Ha descubierto la lepra que le ha corroído durante toda su vida. Este buen señor y pésimo sujeto, como un premio a todas sus mentiras, a sus cobardías incontables, con edad de jubilarse para siempre, no quiere morirse sin gobernar. Ni siquiera emplea y usa los artificios literarios de un Blasco Ibáñez, que compara donosamente a España con la bella dormida y aletargada por la dictadura militar, y que él, como buen caballero, se ofrece a ser su salvador y resucitar la figura de Amadís de Gaula.

Demasiado práctico y reciamente positivo, el demagogo catalán no quiere meterse con los símbolos sino para gobernar. Y para ello se presenta saliendo de bajo de la cama a cuyo amparo se acogió en su breve ostracismo, precisamente cuando a la dictadura se le puede derrumbar "apenas cualquiera la empuje con un dedo." Ni esa portentosa y milagrera hazaña la emprenderá él. Hay antecedentes que confirman que en todos los momentos de peligro huía vergonzosamente al extranjero, abandonando a su suerte a los que él había azuzado con frases incendiarias. Pero quiere gobernar. Preparaba la masacre de los proletarios y ofrecía carne para los ametralladores de Alfonso XIII, y se escapaba de España, desapareciendo en largos y costosos viajes. Pero quiere gobernar. ¿Acaso no acumuló bastante riqueza con su torrencial y engañosa labia? Es que además del dinero anhela la pomposidad y el brillo del mando, y si con ello viene más dinero, mejor.

Después de Blasco Ibáñez, quien minuciosamente enumeraba todos los gastos que tuvo que hacer en el intento de salvar a España a base de papel escrito, arrojado desde los aeroplanos, surge por escotillón este Judas ventrudo con las manos peludas y cargadas de brillantes, que como monstruosa araña empezara a tejer su tela para atar al pueblo con sus fuertes hilos, y cuando pueda, devorárselo poco a poco en compañía de sus compinches. ¿Qué es lo que ha sucedido con los numerosos Vivianis, Millerands, Briands y etc. en Francia, salidos de la fracción radical del socialismo? ¿Qué es lo que está aconteciendo con el socialismo de Estado en Alemania? ¿Y en Gran Bretaña con Mac Donald?

Peor, mucho peor le irá a la península ibérica si cae bajo la férula gubernativa de los radicales, ya sean republicanos, socialistas, liberales y otros especímenes innominados.

No creemos que los obreros, los trabajadores, el proletariado todo, que abarca hasta la clase media de empleados y bajos funcionarios, haya podido olvidar el pasado lerrouxismo, interpolado de incesantes piruetas y salpicado por intereses inconfesables y cobardías bochornosas. Pocos hombres más desmonetizados que este traficante en votos.

Jamás hemos de pensar que una figura tan maltrecha moralmente pueda arrastrar tras sí una oleada de pueblo para un probable movimiento o asonada revolucionaria. Ni a él ni a los hipotéticos políticos que lo acompañan. En la masa hay un instintivo sentido ético, que es el mejor cernidor de las acciones humanas. Así como ella tiene adhesiones misteriosas, también en su seno se producen repulsas misteriosas, que obedecen a un oscuro presentimiento. El estancamiento, la parálisis momentánea de las muchedumbres españolas y su pasividad hacia un régimen incongruo en vísperas de despeñarse, débese a que los fantoches que se presentan al escenario político y social como Mesías y maquillados de Prometeos, carecen de esa fuerza heroica, ese poder de sacrificio de jugarse todos enteros en un temerario arrojo, despertando así el subterráneo heroísmo que serpentea y hierve en la musculatura vibrante del pueblo. No hay actitud más contagiosa que el heroísmo. Basta que arda esta antorcha humana para que otras mil se enciendan a su vez. ¿Pero dónde está esta antorcha capaz de arderse a sí misma a fin de alumbrar el camino para todos? Hasta ahora, excepción hecha de los ejecutados en el incidente fronterizo, el espíritu de sacrificio, en España, individual o colectivo, no apareció aún. En uno de sus portentosos y breves artículos, ¿no dijo Barrett que el pueblo era un Sansón sin Dalila? ¿Quién es el hombre fuerte que enarbole su voz y su brazo y sepa andar solo por la estrecha y espinosa senda del martirio? Unicamente de la tosquedad de ese Hércules policéfalo podrá destacarse esa astilla.

Entre todos los personajes, los figurones que actuaron en política, esporádica o activamente, no existe ninguno capaz de un solo acto desinteresado. De esto al heroísmo nos parece que el trecho es enorme.

Son los jefes de los partidos de la izquierda española quienes tratan de constituir un bloque capacitado para asumir el gobierno. Se supone que el poder supremo, hallándose investido en la persona de ambos camaradas de parranda, el rey y Primo de Rivera, deberá suprimirse a éstos, a fin de que pase a manos de los gobernantes en agraz.

Mas ellos son partidarios que la consabida tortilla ha de confeccionarse sin romper los huevos. Desean que Melquíadez Alvarez sirva de puente entre la monarquía y la república. De modo que el cambio de régimen se realizará sin efusión de sangre, "ni violencias de ninguna clase".

¿Quién prestará fe a semejantes patrañas? Ni el mismo Lerroux, por cierto. El que vendió a los huelguistas de Río Tinto, que se enriqueció con el negocio de las aguas corrientes de Barcelona y quien llegó a envilecerse con todas las bajezas en satisfacción de sus apetitos de lujo y de buen vivir, después que en su juventud se proclamara anarquista, y abofeteó a Porta, el verdugo de Montjuich, intenta ahora vender otra vez a alguien o venderse, porque no quiere morir sin gobernar.

Triste y vergonzoso deseo de un payaso que antes de desaparecer en la tumba que lo abrigará para el sueño eterno, quiere esbozar su última pirueta.

Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... „ 2.00

„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3.50

***

E morto la Regina

Los diarios desbordan en elegías lacrimosas y fúnebres. Ha muerto la reina Margarita de Italia. Ha muerto una mujer más. Los enterradores de primera clase han sido requeridos en todas las redacciones de periódicos y diarios para inhumar debidamente el regio cadáver. Por lo pronto, lo han sepultado bajo los montones de papel picado de tropos y metáforas manidas. El enternecimiento desusado y excesivo de la adulonería desbocada, provoca bascas y revuelve el estómago. Suena a insulto a todas las mujeres del orbe dignificadas por el trabajo y el sufrimiento. En estos países de tierra caliente, la exageración, la exhuberancia y la ampulosidad son la regla normal para todos los actos, ceremonias y espectáculos de la vida. Las lloronas de oficio y bien pagas tienen trabajo para una semana. Son las plumas que recaban más suculentos salarios. Nos espera ahora la avalancha de revistas semanales, quincenales, con quintal y pico de papel ilustrado. El velorio se prolongará así un mes y quizá más.

Es con este apuro desaforado de convencernos que fué mujer de una perfección casi astral e inaccesible, cuando nos convencen de lo contrario y provocan una sonrisa de duda y desconfianza. Si tanto afán tienen en sobrecargarla de elogios, de virtudes, de excelsitudes, de idealidades, colgándole todas las cualidades del santoral cristiano y del repertorio ético, es porque posiblemente fué una de las peores mujeres del mundo. Es la sospecha más certera que asaltará a cualquier mentalidad sensata. No se alaba desmesuradamente la virtud, porque de sí sola se hace valer. No se encarece en demasía la belleza, cuando nos deslumbra con sus resplandores. El mayor homenaje para ella es el mudo y elocuente silencio de la admiración. Mientras que a un personaje célebre, para halagarle, se le elogian sus faltas, sus defectos, sus debilidades y sus más notables fallas a fin que no empañen las otras cualidades que pudo poseer. ¿No se dice, se insiste, se machaca y se vuelve a repetir que Mitre fué un gran poeta, historiador y militar? ¿Y por qué esa campaña encarnizada, a cuál causa obedece? Precisamente porque en todas esas disciplinas y actividades no rebasó de la mediocridad más enervante. Quién sabe si tuvo otras cualidades que pudieron avalorarlo como hombre, que sus mismos herederos intentan desconocer. No es a nosotros que importa saber tales cosas.

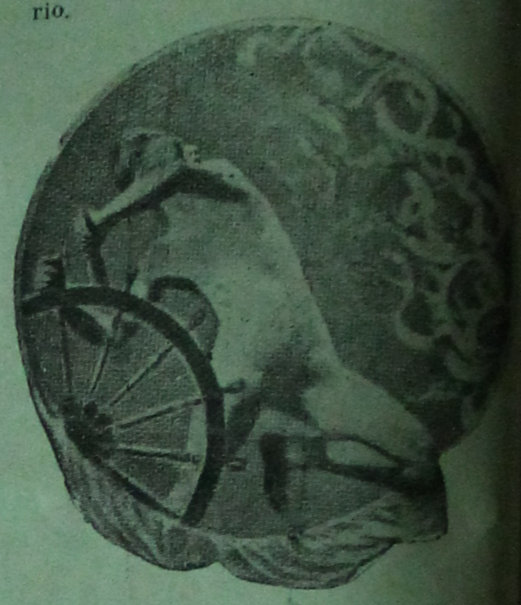
Para testimonios irrebatibles de la máxima perfección moral, física, espiritual y etc. de Margarita de Saboya, se cita a los hombres célebres de su patria que le rindieron pleitesía: Carducci, por ejemplo. a quien bastó un simple ademán de la reina para que se cegase y se postrase a sus pies. Había en ese poeta, a pesar de su altivez, algo del burgués que aspira a trepar los escalones de la aristocracia nobiliaria, como si temiese que con la que llevaba adentro engarzada en su magnífico talento poético, no le bastase. Recuérdese la polémica con Rapisardi, cuando este le invectivara llamándole lacayo de la casa Sabauda.

A pesar de la robustez de su lirismo, comparable al vate mayúsculo de Inglaterra, Swinburne, y a quien D'Annunzio le tomó prestados sus giros y sus metáforas centelleantes, preferimos al ruiseñor del Etna, el nobilísimo Rapisardi, que algún día volverá a resucitar por su veta de poeta multitudinario.

¿Pero en que tiempo los cortesanos, ocasionalmente convertidos en rimadores, no le cantaron a las reinas a cuyo servicio se hallaban, como un sirviente y un bufón más?

Los que celebraron a esta Margarita en sus poemas o en sus tiradas de versos no han de diferenciarse mucho de los antiguos cortesanos a la pesca de una sinecura o de un cobro de rentas e impuestos.

Por eso, en vez de convencernos los folicularios de la inmarcesible honestidad de esta reina — quien, de haber sido de una gran pecadora, no nos merecería anatema alguno — nos infunden la vehemente sospecha de lo opuesto y lo contrario.



La diplomacia del dólar

Shylock reclama su tajada de carne. El Mercader de Venecia, el arquetipo del usurero, dejó tras sí un número infinito de herederos. Contarlos sería contar las arenas del mar. En todas partes los hay en gran cantidad. Se hallan desperdigados por los cuatro puntos cardinales, y aunque se les achaque lo privativo de esta virtud a los hebreos, éllos, como un pueblo errante y nómada en continuas migdanzas, no pudieron dar normas y reglas para ese juego. No llegaron a crear una moral colectiva que lindase casi con los preceptos religiosos. Individualmente son los más rígidos cumplidores de la moral utilitaria de la extorsión, y no obstante en Wall Street y en el Stock Exchange de Londres abunden los judíos banqueros y financistas, su estrategia se limita a determinados círculos especulativos.

La nación que ha hecho una mezcla rara de sermones evangélicos, versículos bíblicos, de postulados de Ford y supo despertar la sed de las ganacias inmoderadas en la mayoría de sus clases, es precisamente Estados Unidos, donde prima y tiraniza la diplomacia del dólar.

No hay gobierno, Estado o nación que no persiga los mismos fines y pocas como Francia, la más ansiosa en lograrlos continuamente; pero tampoco ninguna de ellas pudo plasmar el espíritu colectivo en el férreo molde de una moral metalizada como los yanquís. *A tout seigneur tout honneur*. De cada ciudadano, desde la escuela primaria, con las biografías de los multimillonarios, hizo un millonario en potencia y un aprendiz para llegar a serlo. El vagabundo que recoge colillas en la calle, tiene la misma aspiración de Rockefeller: enriquecerse de la noche a la mañana y como se pueda; si realiza su aspiración *honestamente*, bueno, y si no, bueno también.

Ramiro de Maeztu, en su estada en Norteamérica, quiso valorar objetivamente esta particular actitud para encarar la lucha por la existencia, y naturalmente, con su espíritu deportivo, estuvo a punto de encarecerla y recomendarla a los países latinos, clientes habituales de su pluma. Hacía hincapié en que tanto el gerente de una gran compañía como el último obrero, procuraban hacer bien su tarea y llenar a conciencia sus deberes sociales. Y la equiparaba a una disciplina colectiva, religiosa y laica al mismo tiempo. O sea de "rigth man in the rigth place" (1). Las grandes donaciones de los magnates, quienes esperaban a soltar mil millones para soltar uno, después de haber fabricado mucha miseria y sufrimientos a su alrededor, le cautivaba grandemente. En fin, el escritor vascuence trataba de confeccionar un lirismo épico-materialista, extraído de la grandiosidad gigantesca de los rascacielos y de los puentes de hierro y de todo el armatoste de esta civilización de cartón-piedra, con sus universidades propagadoras de una moral deportiva y metalizada.

Pero el corresponsal trotamundos no bajó a una mina ni visitó los barrios sórdidos, cáncer inevitable de las grandes babeles metropolitanas y sólo permaneció

en esas grandes usinas de educación, esterilizadas como un gabinete de cirujano; y aunque estos establecimientos, vastos planteles de las nuevas generaciones, podían ofrecerle materiales cuantiosos para fructíferas observaciones, no vió sino un aspecto de la vida multitudinaria de Norteamérica. Por eso pudo negar los Calibanes y afirmar que había más Arieles de lo que pudo pensar Rodó.

A desmentir la filosofícula de Maeztu y a refrendar la existencia de la moral calibanesca ha venido la moción que presentara un diputado a la Cámara de la Unión, a fin de acortar las pretensiones de los acreedores con sus deudores en la cuestión de los créditos de guerra, porque de otro modo se podrá arribar a la negación absoluta de ellos por incapacidad de pago. Es así como un miembro de ese gobierno reconoce lo excesivo y exorbitante de las ansias de cobrar cuanto antes de sus compatriotas, desamparando los otros pueblos del mundo.

Y esta iniciativa, al secretario del Departamento del Tesoro no se la dictan sentimientos piadosos por los países endeudados, sino razones de conveniencia, las únicas capaces de mover a un espíritu yanquizado. Esa ayuda generosa que durante la guerra el gobierno estadounidense le prestó a los países europeos, son los pueblos esquilmados, exaustos, heridos, llagados, devorados por largos períodos de crisis, carentes de medios de subsistencia, mal alojados por escasez creciente de habitaciones y presa propicia su infancia por la anemia — los que pagarán las libras incontables de carne y de sangre a los avariciosos Shylock norteamericanos. No son los Estados, los gobiernos de los respectivos países que oblarán un centavo, sino al contrario, con esos arreglos de deudas, los que intervengan en ellos, harán su fortuna.

¡Qué nos importa que una nación o un individuo deje cuantiosos legados para obras piadosas o universitarias, si cuando nos estamos muriendo de hambre quieren cobrarnos la poca sangre que tenemos en las venas!

Y no sólo las generaciones presentes tendrán que trabajar como esclavas y privarse hasta de lo necesario para llenar ese pozo sin fondo de las deudas de guerra, y sí también les tocará todavía su parte a los bizmietos de nuestros nietos que nazcan en el mil nuevecientos noventa y tantos. Es la diplomacia del dólar, como suprema civilización, adoradora del becerro de oro la que quiere imponerse.

---

(1) *El hombre para el puesto.*

UN CAMBIO DE ORIENTACION EN LAS CIENCIAS BIOLOGICAS

Las verdades de la ciencia son faros de luces cambiantes; en ciertas horas esas verdades parecen evidentes y asombra más tarde que haya sido posible creer en ellas.

Renan: *Discurso de recepción en la Academia*, 1876.

El maestro Fabre dice en uno de sus libros: "Cada época tiene su chifladura científicas; hoy tenemos el transformismo; ayer era la generación espontánea".

Con su fraseología estéril o fecunda, a voluntad, con sus experimentos magníficos de rigor y sencillez, Pauster acabó para siempre con la locura que, de unconflicto químico en el seno de la pobredumbre, pretendía ver surgir la vida.

La mayor parte de los físicos renuncian a plantear el problema filosófico: ¿Qué es la energía? ¿Qué es la materia? El biólogo, en cambio, trata de definir la vida o, por lo menos, de explicarla hipotéticamente.

Cuando se revisan las teorías biogenéticas no se sabe qué admirar más en la mayoría de los casos, si la ingenuidad de los que emiten la hipótesis, o la falta de discernimiento de quienes la propagan.

Dejemos de un lado las ridículas teorías de Van Helmont, Paracelso y otros más, y detengámosnos en la época actual. En medicina, por ejemplo, está de moda la vieja teoría humoral hipocrática, rejuvenecida y rectificada, pero la misma en su esencia: la endocrinología. Un histólogo español cree haber encontrado en el cerebro unas glándulas de secreción interna...

Conviene distinguir la biología técnica de la biología que podríamos llamar especulativa o filosófica. A la primera, representada entre muchos otros por Pasteur y Ramón Cajal, le debemos grandes cosas. A la segunda, en cambio, le somos deudores de una inútil confusión, de la que apenas comenzamos a salir. Entre el Haeckel zoólogo y el Haeckel metido a filósofo hay una gran diferencia.

Distingamos, entonces, entre el *investigador* y el *generalizador*, grandes cosas. A la segunda, en cambio, le somos deudores de filósofos que sólo cultivan la disciplina. Así, un químico que sólo entienda de química no podrá nunca clasificar las ciencias que es materia del filósofo. Por otra parte, la filosofía vive de la universalidad de sus conceptos. Para evitar, pues, confusiones, conviene designar a los últimos con el nombre de *sintetizadores* o *generalizadores*.

Loeb, en su obra *Del organismo vivo en la biología moderna*, todavía se empeña, como muchos otros, en explicar el fenómeno vital por la físico-química. Me parece oportuno recordar las palabras del ilustre profesor de química biológica y actual rector de la Universidad Central de Madrid, Carracido: "Si no existe substancia propiamente vital, ni fuerza química vital, ¿por qué se habla de una química biológica?"

Preocupados los biólogos contemporáneos por la teoría de la evolución, miran con horror el concepto teleológico aplicado al mundo viviente. No obstante, el gran fisiólogo Richet lo ha defendido elocuentemente: "El ojo ha sido hecho para ver". Proposición que repugna al evolucionismo, para el cual no hay finalidad.

Una cantidad de hipótesis (mecanicistas, vitalistas, energetistas) se disputan el privilegio de explicar el *por qué* y hasta el *cómo* ha surgido la vida, o, mejor dicho, esa manifestación de lo organizado estudiada por la ciencia, que bien pudiera llamarse "técnica de lo viviente", como alguien la ha calificado.

La orientación filosófica del biólogo (aun cuando muchos, explícitamente, no tengan ninguna) influye de tal manera en éste, que más de una vez, si la experiencia y la observación contrarían sus creencias, prefiere acomodar aquéllas a éstas, modificadas cuando no tergiversándolas intencionalmente. Tal es lo que ha hecho Haeckel, quien, en su afán de mantenerse monista, hasta falsificó clisés de embriología...

Por eso poseen gran mérito, en el sentido de que tienden a depurar la biología actual de lo mucho malo que tiene (por ejemplo las hipótesis fantásticas o generalizaciones arriesgadas que a nada conducen), Hertnig, Driesch y Von Uexhüll, aun cuando este último padece, si se me permite la expresión, de *darwinofobia*.

Hay que reconocer honradamente que el transformismo ha prometido mucho más de lo que ha dado. Las experiencias de Ferroniére, las nuevas concepciones acerca del medio ambiente en el mundo animal y muchos otros puntos de vista, reintegran a esta hipótesis general al sitio que le corresponde.

Se hace necesario, pues, efectuar una revisión general de valores. Convendría separar la biología concebida como técnica de lo viviente, de la biología especulativa. Sus métodos son distintos. Mientras los fenómenos se producen periódica o rítmicamente iguales o análogos, las interpretaciones de la *causa causarum* a la cual responden, es distinta. Dejemos que los embriólogos, histólogos, etc., estudien las condiciones estructurales y funcionales de los seres vivos, y demos al filósofo los materiales que ellos nos suministran para que los interprete y los unifique. De esa manera se ahorrará tiempo, tanto el que escribe como el que lee determinada obra.

La erudición en materia de biología es necesaria debido a eso, pero cuando se somete a crítica lo que uno ha leído, entonces se lamenta haber perdido muchos días en obras infecundas. Pero el conjunto de esas lecturas constituyen la erudición profesional. Sin embargo, Pasteur no sabía lo que era la ninfa ni la crisálida del *ombix mori o Seriacaria mori*. Tuvo que solicitar a Fabre que se lo explicara. Y no obstante ignorar lo que sabe hasta el más zoquete de los estudiantes actuales, salvó la industria sericícola de la plaga que la afectaba. Fabre, que no era tonto ni lerdo, aprovechó de la lección y decidió estudiar la vida en donde se manifestaba y no en los libros. Producto de esa orientación y esfuerzo son sus obras magníficas tituladas *Recuerdos entomológicos*.

También el ilustre "Homero de los insectos" nos dice que si le hubiera hecho caso al gran naturalista León Dufour, en su trabajo acerca de los escorpiones, no hubiese descubierto algunos aspectos de la vida "infantil" de éstos...

Para filosofar (y esto parecerá una gegeonada) es menester antes saberlo hacer. De lo contrario tendremos pobres engendros que, después de perturbarnos como inoportunos visitantes, terminan por marcharse para no volver más. Tal es lo que le ha sucedido a sir Chandra, Bose, a lord Kelvin con sus teorías biogenéticas y a Ledue y a Herrera con sus experiencias de morfogenia.

Entre nosotros, afortunadamente, ya se ha iniciado una saludable reacción.

El fisiólogo será eso y nada más que eso; y el filósofo se ocupará de la materia que le corresponde y no se meterá en lo que no le incumbe.

Falta ahora la producción que coordine y sistematice las nuevas ideas que se hallan latentes en nuestro medio intelectual. Digo "nuevas ideas" en el sentido que no son las generalmente aceptadas. Viejas en cuanto han sido ya pensadas, aun cuando bajo otra forma.

MANUEL ROSÉS LACOIGNE

NOTA DE REDACCION:—

Aunque un tanto escolástico el tono de este artículo, donde se intenta criticar los hombres de ciencia, quienes dedicados a una determinada especialidad, sin aptitudes para filosofar quieren apiñar su particular concepción del universo en su sistema o fórmula, creímos, al publicarlo, dar una suite *aclaratoria al antepasado trabajo de Becquerel, inserto en el* Suplemento *N.o 205, (28 de diciembre), "El enigma de la Vida", por el cual se le hace un idéntico o muy parecido reproche a Le Dantec, y mayormente a sus secuaces. Suponiendo que entre los lectores de esta publicación habrá quienes se ocupen de desflorar los problemas científicos más en vigencia, es por lo que hemos vuelto a emprender este género de traducciones, transcripciones y adaptaciones. Lo mismo decimos de las bellas artes y las campañas de combate y divulgación que aparecen semanalmente a la luz. Imposible que los que presumimos poseer el anhelo y la voluntad de crear una nueva sociedad futura más en consonancia con las armonías del espíritu universal, nos desentendamos de las manifestaciones superiores de ese mismo espíritu. En los débiles albores de la agrupación humana, clan o aduar, este oscuro deseo de expresarse mediante la línea plástica o la palabra rimada, surgía con la incontinencia de una fuente salvaje. No creemos ni por un momento que la revolución se hará con la literatura ni con el arte; ni tampoco con resúmenes científicos. Pero si creemos dar una pequeñísima nota entre el concierto general de los grandes adoctrinadores del ideal anarquista, cuyos mejores trabajos se publican a menudo en el* Suplemento. *Además, nunca debemos pensar que esta publicación debe circular exclusivamente entre los anarquistas bien probados, si se considera que su misión principal es atraer siempre nuevos neófitos a nuestra causa. Y esta es la función primordialísima que deben asignarse todos los órganos de una facción dada — y especialmente la nuestra tan calumniada y tergiversada — que quieran ensanchar su esfera de acción con su propaganda proselitista. El error profundo consiste en confeccionar un periódico destinado a ser leído por un reducido círculo — diremos así — de iniciados que ya saben de antemano todo lo que puedan decirles los redactores, quienes expresarán las ideas requetesabidos por ese círculito, con diferentes giros y palabras. Vaya esta larga nota aclaratoria, ya que apunta un mal vicioso que no sólo está en nuestro ambiente, y sí en casi todos los pregonadores de un nuevo verbo.*

Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista

(Continuación)

No puedo siquiera enumerar las revistas principales consagradas a esa historia. Existe de nuevo *Byloe* (El pasado), existe el *Krasnyi Archiv* (Archivos rojos) y esa bella revista *Petchat i Revolutia* (Prensa y Revolución) cuyo último cuaderno doble (1925, N.os 5 y 6, octubre), contiene 584 páginas, en gr. 8.o, las dos terceras partes en carácteres pequeños de impresión compacta. Pero hay muchas otras revistas, hasta en Siberia, y series de publicaciones especiales, editadas por ejemplo por el *Krasny i Archiv* y por muchas casas editoras y las ediciones más numerosas, las ediciones de Estado (*gosudarstvennoe izdatelstvo*, en Moscú, Ukrania, etc.)

Sin duda cada grupo y hombre interesante han encontrado especialistas que profundizaron seriamente o crearon su estudio. Se ha sacado mucho sobre Bakunin, de los archivos; no solo esa *Confesión* (1851) que sirvió al principio a un renegado anarquista y a otros para manchar la memoria de Bakunin, pero de la cual existe una buena edición ahora, en medio de muchos otros documentos que la hacen comprender. Están los *Materialy* (Materiales) sobre Bakunin, reunidos por V. Polonski. Se ha encontrado el *diario* de *Kropotkin*, que escribió en Siberia. Hay también trabajos que nos hacen comprender a *Tkatchef*, el blanquista, a *Netchaef*, a *Lavrof*, el período heroico de la *Narodnaia Volia* que culminó en el zaricidio de 1881, etc. Existen también memorias, las de *Vera Figner*, por ejemplo y el viejo camarada de Bakunin, A. Ross, prepara las suyas. En una palabra, hubo y hay una cosecha abundante y creo apercibir que esos trabajos se hacen cada vez mejor, que la prisa y la tendencia propagandista a todo precio, que fueron propias de sus comienzos, se van.

El trabajo más bello y el mayor, parece ser la edición completa de las obras de *Alejandro Herzen*, redactada y comentada copiosamente por M. K. Lemke (8 volúmenes, Petrogrado, 1915-17, seguida de los tomos 9-11, 1919 y de los tomos 12-22, 1919 a 1925 — producción verdaderamente monumental.

A todas estas publicaciones sobre los actores y grupos *independientes*, se agrega un género próximo, pariente en sus cimientos, pero que llega sutilmente a la glorificación suprema del *bolchevismo* mismo,— son las ediciones no menos monumentales de las obras de *Lenin* y los trabajos sobre la historia del bolchevismo, la reimpresión de sus antiguas publicaciones, una vasta *Historia colectiva del año* 1905, es decir, la historia de ese primer ataque de *todos* contra el zarismo, escrita por varios autores, a no dudar, en un espíritu bolchevista, etc. Ese grupo de publicaciones, muy numerosas, tiende, pues, a probar la infalibilidad del método bolchevista: es la historia oficiosa, sino oficial, como la que no faltó nunca bajo el imperio de Napoleón I.

Hay una tercera serie no menos numerosa de publicaciones históricas; son las consagradas al culto de *Marx* y *Engels*,

Eso hace pensar en el concordato de Napoleón I, que tuvo también necesidad de restablecer una religión regular después de las perturbaciones del culto por la revolución; se puso de acuerdo con el papa y la iglesia romana. Del mismo modo Marx y Engels se convierten en los dioses tutelares espirituales del bolchevismo, del cual Lenin fué el Napoleón muy práctico. Bonaparte se ocupó muy poco de las ideas de la revolución, acechó su hora y la tomó por el cuello como usurpador, y triunfó por un tiempo; lo mismo Lenin, aprovechó la hora para usurpar los frutos del esfuerzo común, secular de todos los revolucionarios, los despojó a todos por grado o por fuerza, y se hizo el amo supremo. Pero como Napoleón juzgó útil la bendición del papa para consolidar su usurpación, así el culto de Marx y Engels pareció útil a los bolchevistas, aunque en la práctica hacen lo que quieren y se burlan del marxismo y son enemigos de los mencheviquis, social-demócratas alemanes, etc., los cuales, por razones no menos egoístas y muy transparentes, abrigan también la gloria de ser los verdaderos ángeles custodios del marxismo que tiene buenas espaldas.

Pero sea como quiera, ocurrió que el hombre que oficia de archisacerdote del culto marxista en Rusia y que está a la cabeza del *Instituto Marx-Engels*, creado para era *propaganda fidei*, es un marxista muy convencido, muy erudito en ese dominio,— es Ryasanof, ya mencionado aquí, que con una mano de hierro organiza enormes trabajos de conservación histórica y de estudio marxista. Se ha colocado ese Instituto en un gran palacio de los príncipes Dolgorukof, de Moscú, del que se ha barrido a las administraciones sovietistas; se ha hecho la compra de una magnífica biblioteca especializada en el viejo socialismo alemán, inglés y francés y en el marxismo en particular, desde sus primeros orígenes; todo eso en el extranjero. Se han agregado colecciones numerosas expropiadas o nacionalizadas en Rusia, y ese trabajo de aumento en una vasta escala continúa haciéndose. Ese Instituto, según una descripción detallada, publicada por D. Asanof en 1923 (segunda edición, 1924), se compone de los gabinetes (salas especiales) siguientes: 1.o, gabinete Marx y Engels, la totalidad de sus escritos, y por eso se comprende, por ejemplo, que cada página de sus manuscritos se halla allí, sea en original, sea en fotografía especialmente hecha no importa dónde. 2.o gabinete de historia alemana, es decir historia social, revolucionaria y socialista. 3 y 4, gabinetes especiales semejantes para Francia e Inglaterra, toda su historia revolucionaria y la literatura socialista, por tanto. 5, Filosofía; todos los sistemas a través de los siglos y especialmente las escuelas de Fichte y de Hegel, el materialismo, etc., todo lo que se aproxima a Marx. 6.o, Derecho, doctrinas políticas, etc. 7.o, Economía Política y cuestiones obreras. 8.o, Socialismo; las utopías, los socialistas, el anarquismo sobre todo ilustrando el desenvolvimiento de las ideas; existen también — de la gran biblioteca mencionada y de otras fuentes — ricos materiales anarquistas, franceses y alemanes sobre todo. 9.o, Gabinete llamado G. Plekanof, pero que contiene la literatura marxista rusa en el sentido más vasto. 10.o, Gabinete de sociología, 11.o, Gabinete de política exterior; historia diplomática e historia de las guerras y del militarismo. 12.o, Gabinete de la Internacional, de la verdadera Internacional tanto como de la llamada segunda o del socialismo de la social-democracia más bien, en los países escandinavos, eslavos y demás. En fin, el gran grupo de las colecciones de periódicos y revistas socialistas y económicas en la sala del trabajo, etc.

El instituto prepara y ha publicado ya en parte series de ediciones — completas o reducidas, a fines propagandistas. Por ejemplo las Obras completas de Marx y Engels, en 36 volúmenes, de ellos los dos primeros (1923) son de XXIV, 5 y 546 y de XV, 622 grandes páginas. Obras completas de G. Plekanof, 27 volúmenes. Obras escogidas de K. Kautsky, 21 volúmenes de Paul Lafargue, 4 volúmenes. Además una *biblioteca del materialismo*, traducciones rusas de los escritos de los librepensadores de todos los siglos, de Lucrecio (*De rerum natura*) por d'Holbach y Helvetius a Feuerbach, Tchernichevsky y Marx. Luego, traducciones de los grandes libros de Hegel, etc. A eso se agrega una revista, *Archiv K. Marksa i F. Engelsa*, cuyo primer cuaderno, 497 páginas compactas en gr. 8.o Moscú, 1924, contiene entre otros un relato documentado en detalle de lo que precedió a la fundación de la Internacional en 1864, por Ryasanof (83 páginas), las cartas de Engels a E. Bernstein y muchos otros documentos e investigaciones.

He aquí una inmensa fábrica de trabajos socialistas autoritarios, esmeradamente hechos, pero que culminan también infaliblemente en la mayor gloria de Marx, como lo que sale del *Collegium propaganda fidei* de Roma, es escrito *ad majorem gloriam* del dios del catolicismo romano.

Pienso que valía la pena que nuestros camaradas se den un poco de cuenta de todos estos esfuerzos — a los cuales se unen las numerosas publicaciones de historiografía bolchevista en muchos países fuera de Rusia,— para inspirarse también ellos en la idea de la necesidad de tales trabajos históricos que los bolchevistas no harían ni tolerarían si no los considerasen útiles para ellos. Vemos que pasa allí tanto, absolutamente tanto, que todo *es subordinado* a la apoteosis final de Lenin, tras el cual más que nunca se ocultan los hombres menos conocidos y de menor talento, que se reparten su sucesión conservando, a falta de otra cosa mejor, su égida espiritual. Uncen a su carro *todo* el socialismo ruso de un siglo y, por Marx y Engels, todo el socialismo de los otros países y de los otros siglos, que culminan ya, según ellos, en Marx y se reencarnan en Lenin, el dios tutelar de los sátrapas de la hora presente.

Hubo algunos grupos anarquistas en Rusia, que se opusieron a esa propaganda cada vez más sistematizada, pero se sabe cómo fué rechazada su voz gradualmente desde 1918. El más importante ha debido ser el grupo anarco-sindicalista *Golos Truda*, que hizo numerosas publicaciones, sobre todo traducciones de escritos anarquistas de toda suerte, trabajo necesariamente hecho con rapidez, que no permitía consagrar esfuerzos a labores de investigación. Se sabe en qué grado ese trabajo mismo fué obstaculizado por las persecuciones y las maniobras administrativas; la persecución incesante de que es víctima el comp. Rubintschik, hasta en su lugar de deportación en Siberia misma es generalmente conocida. Ese grupo de ediciones existe sin embargo, y estaba dispuesto a proceder a una edición seria de las *Obras completas* de Bakunin, cuando placiese a los que querían y quieren aún hacer una edición por el Estado de Bakunin, para hacer aparecer que también él es ahora un hombre pasado, que el bolchevismo único y victorioso puede contar en el número de las alfombras que sirvieron a su advenimiento.

El grupo, tan probado por esas tribulaciones, continúa su trabajo; se propone incluso la publicación en una serie de pequeños volúmenes de una *Historia del pensamiento anarquista*, de que reproduzco la lista de las partes:

1. El comunismo primitivo.— 2. El anarquismo en la Grecia antigua. Antifontes (1)— 3. El anarquismo en la edad media.— 4. Peter Chelóichy y su libro *La red de la verdad*.— 5. Los *diggers* (Inglaterra, XVII). — 6. El anarquismo en la época de la reforma.— 7. La Boetie y su panfleto sobre la *Servidumbre voluntaria*. — Corrientes anarquistas en la gran revolución francesa. — 9. William Godwin (se ha publicado la traducción del escrito de Pierre Ramus).— 10. Charles Fourier.— 11. Dejacque y corrientes anarquistas de la época de la revolución de 1848. — 12. P. J. Proudhon. — 13. Max Stirner.— 14. M. A. Bakunin.— 15. La Internacional.— 16. Kropotkin.— 17. Jean Grave.— 18. B. R. Tucker.— 19. León Tolstoy. — 20. Eliseo Reclus (hay un escrito ruso por Lebedef sobre él).— 21. Elías Reclus.— 22. El movimiento anarquista en Francia, de los años 1892-94.— 23. Fernand Pelloutier.— 24. Emile Pouget.— 25 Errico Malatesta.— 26. Johann Most.— 27. J. H. Mackay.— 28. Sebastián Faure.— 29 Luigi Bertoni.— 30. Domela Nieuwenhuis.— 31. Louise Michel.— 32. Gustav Landauer. — 33. Corrientes anarquistas en los populistas (narodniki) revolucionarios rusos de los años 1870-80.— 34 Movimiento anarquista en Rusia, en la época de la revolución de 1905.— 35. El anarquismo en la revolución de 1917-18 etc.

He aquí un plan de las publicaciones libertarias de finalidad histórica y retrospectiva bien amplio y reflexionado, tal como se lo propone ese grupo que trabaja en las condiciones más duras y tal como, excepción de las ediciones de ese género hechas en Berlín y Buenos Aires, los camaradas de los otros países — que yo sepa al menos — no se proponen. Ese plan está lejos de cubrir todo el terreno de la anarquía, pero hace más que lo que se ha hecho o sonado hasta aquí, con excepción del vasto plan de reimpresiones libertarias, la *Bibliotheque des Temps Nouveaux*, esbozada y en parte ejecutada por Eliseo Reclus en Bruselas, a partir de 1895.

Hay aún otras ramas de la actividad histórica rusa. Por tanto, aunque muy mal vista desde lo alto, la crítica histórica comienza a ocuparse de las cosas más sagradas, del advenimiento de la usurpación bolchevista misma, en 1917, y León Trotzky mismo ha dado una voltereta en 1924-25, por un trabajo retrospectivo y analítico que ha hecho ahullar al bolchevismo oficial y ha conducido después de bastantes amenidades de ambas partes, a un reparo provisorio de las corrientes que amenazaban bifurcarse. Se publica fuera de Rusia una literatura sobre los acontecimientos desde 1917, que desde el más innoble reaccionario se extiende a las críticas independientes y algunas veces libertarias, como las de los libros de nuestros camaradas Emma Goldman, Alejandro Berkman, Souchy y otros, a los cuales hay que agregar los detalles emocionantes sobre las persecuciones, los estudios sobre *Nestor Machno*, etc. Hay revistas históricas en el extranjero, como *Va tchashoi storone* (En país extranjero) de Praga; se publican libros de Memorias como el del viejo menchevista Paul Axelrod en Berlín, que en su juventud flanqueó los movimientos más avanzados, y otros. En Rusia, se ha encontrado mucho sobre *Dostoyevski* y *León Tolstoy*. Hay también publicaciones sobre la vida de *Kropotkin*, una bibliografía, su primer manuscrito anarquista ruso (1872), etc. Aprovecho la ocasión para recordar un libro conmemorativo de Kropotkin, impreso en muy reducido tiraje en los Estados Unidos, por Joseph Isigill (1923), que prepara un libro semejante sobre Eliseo Reclús. Se comienzan a publicar cartas de Kropotkin, ciertas cartas de 1917, etc. Y se sabe que sus manuscritos y libros han sido reunidos en Moscú en el *Museo Kropotkin*, atendido por su viuda y un grupo internacional de amigos. En Moscú hay también un *Museo Tolstoy*, como existe también ese *Museo de la revolución* en el Palacio de Invierno de Petrogrado, para el cual A. Berkman y E. Goldman han coleccionado muchos documentos en su gran viaje por Rusia y Ukrania en 1920-21.

Por tanto, donde se dirija la mirada, se encuentra una actividad prodigiosa en el terreno de la historia revolucionaria, entre los rusos. Cualesquiera que sean los motivos en cada caso particular, se convendrá que el hecho existe, y que, en el solo pueblo que desde hace ocho años mantiene un sistema no-capitalista, el interés para esa historia es muy vivo, y no va en camino de disminuir. Es un hecho, un resultado que no se podía constatar o adivinar antes: hubiese sido también posible lo contrario. Se puede decir de un modo especulativo que si ese pueblo hubiese sido perfectamente feliz, no hubiera quizás, pensado en mirar hacia atrás. Pero parece que un pueblo en creación revolucionaria, es raramente del todo feliz y que, arrancado a la historia oficial odiosa de que se le ha llenado la cabeza tanto tiempo, considera interesante reconstruirse un ambiente de solidaridad que encuentra también en las luchas y sacrificios de sus padres y antepasados revolucionarios. Su historia no es, pues, un recuerdo ocioso, sino que puede convertirse en un factor muy real de la creación de la *nueva mentalidad* que es la única susceptible de garantizar el éxito de una revolución. Descuidemos, pues, esa historia y tomémosla del estado de leyenda, en que se pierde gradualmente — y sus sacrificios y enseñanzas se perderán con ella.

Max Nettlau

(*Concluirá*)

---

(1) *Este fascículo existe ya, compuesto por S. J. Luria (Moscú, 1925; se ocupa en detalle del sofista "Antifontes", de quien se encontraron fragmentos en 1915 y 1922, en papiros exhumados en Oxyrhynchos. Precede a Zenón.*

"Interior de bosque" — Madera por C. GIAMBIAGI

AÑO V

LA

PORTE PA

U. Telefónica 0.47

El pue

Incidentalmente, en diplomacio del dólar" Suplemento del número se citaba el socorrido *the right man in the* definir cierta etapa sajona, burguesa. El que encaja en el puesto dos piñones de una m el funcionamiento gene fecta y armoniosa, es do —y nunca alcanza de los Taylor de cuño del trabajo es un inve gués, que algunas e ciales desearían cons cambio total del régi ilusión de la economí obrero pulidor, despu práctica continua, lle ximo rendimiento en Es lo anhelado por e no, quien emplea tod que sus asalariados s de sus máquinas. El e la masa es así tan c era hace mil quinie dico londinense, Arbu te su vida realizó — tas teorías fisiológica tas o cuatrocientas d veres de trabajadores cando las deformacion por los oficios y pro peñaron en vida esos grar tal experiencia presentársele algunos dos entes anónimos, p dijera acerca de las su existencia. Y lueg bajo, presentaba los i sabidas hipotéticas de ces dejó de acertar. cirujano, iniciador de extirpación del colon estómago — se le olv más importa a la vi y el embotamiento timas de una nueva Era también él un e

Pero si las clases d do medidas drásticas tías ficticias, especula los ilotas modernos se tarea hasta la anula personalidad pensante ocupan lugares indeb para sus facultades. te de las jerarquías trae como consecuenci si nadie se entregue a rrera por inclinación por vanidad o interés los casos para satisfac dad de parientes analf el puesto, la profesió a las sinuosidades, a de ciertos *arriéres*, es ca llegan a la madur biendo una infantil de que adoptando un of sen conducido una vi

AÑO V — BUENOS AIRES, 18 DE ENERO DE 1926 — N.o 208

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
SALTA

El puesto para el hombre

Incidentalmente, en un suelto —"La diplomacio del dólar" —, inserto en el Suplemento del número próximo pasado, se citaba el socorrido modismo inglés: *the right man in the right place*. para definir cierta etapa de la civilización sajona, burguesa. El hombre apropiado que encaja en el puesto, como engranan dos piñones de una máquina secundando el funcionamiento general de manera perfecta y armoniosa, es el mito perseguido —y nunca alcanzado por fortuna — de los Taylor de cuño menor. La división del trabajo es un invento netamente burgués, que algunas escuelas nuevas sociales desearían conservar, aun con el cambio total del régimen actual. Es la ilusión de la economía del esfuerzo. Un obrero pulidor, después de unos años de práctica continua, llegará a dar un máximo rendimiento en cantidad y calidad. Es lo anhelado por el industrial moderno, quien emplea todos los medios para que sus asalariados sean prolongaciones de sus máquinas. El embrutecimiento de la masa es así tan cierto hoy, como lo era hace mil quinientos años. Un médico londinense, Arbutnoth Lane, durante su vida realizó — para apuntalar ciertas teorías fisiológicas —, unas trescientas o cuatrocientas disecciones en cadáveres de trabajadores y proletarios, buscando las deformaciones óseas producidas por los oficios y profesiones que desempeñaron en vida esos difuntos. Pudo lograr tal experiencia y maestría, que al presentársele algunos de estos inanimados entes anónimos, pedía que nada se le dijera acerca de las particularidades de su existencia. Y luego, concluído su trabajo, presentaba los informes con las consabidas hipotéticas deducciones. Raras veces dejó de acertar. Pero a este famoso cirujano, iniciador de la laparatomía — extirpación del colon en los enfermos del estómago — se le olvidó registrar lo que más importa a la vida: la deformación y el embotamiento mental en esas víctimas de una nueva clase de esclavitud. Era también él un especialista.

Pero si las clases dominantes, adoptando medidas drásticas — hambres, carestías ficticias, especulaciones — hacen que los ilotas modernos se identifiquen con la tarea hasta la anulación absoluta de su personalidad pensante, ellas casi siempre ocupan lugares indebidos e inapropiados para sus facultades. El prejuicio que existe de las jerarquías en las profesiones, trae como consecuencia inmediata que casi nadie se entregue al estudio de una carrera por inclinación natural y siempre por vanidad o interés, y en la mayoría de los casos para satisfacer también la vanidad de parientes analfabetos. Es así como el puesto, la profesión deberá amoldarse a las sinuosidades, a las fallas mentales de ciertos *arriéres*, es decir seres que nunca llegan a la madurez intelectual, exhibiendo una infantil decrepitud. Y hombres que adoptando un oficio manual hubiesen conducido una vida armoniosa y feliz, están obligados a ocultar su mediocridad dorada con trampas e infinidad de artilugios.

Es entonces *the man in the wrong place*, o viceversa, lo más común de encontrar a cada vuelta de esquina. Sin recurrir a otros países que el nuestro, veremos la grey inmensa de los doctorados de toda especie y clase, egresar anualmente de las varias facultades de la metrópoli, de las provincias y del litoral. Los hay doctores en leyes, en medicina, en ciencias naturales, económicas, en filosofía y letras, y a poco andar los habrá en bellas artes y en poesía! ¿Acaso Rusiñol, ya hace bastantes años, no apuntaba el ridículo que suponen esas numerosas tribus de doctores en un solar agro-ganadero?

En su libro "Viaje al Plata" decía el viejo pintor que si alguien en Córdoba lanzara un grito llamando un doctor, todos los transeuntes de la calle se darían vuelta, dándose por aludidos.

Hoy en casi todas las ciudades del interior, y en la metrópoli también, a ese grito responderían muchísimas personas, más de lo que pueda imaginarse. Esto va, pareciéndose a una crítica a los menudos e inevitables defectos de la democracia, destacando vicios de detalle que para un criterio anárquico y libérrimo como el nuestro, no valdría la pena de tomarlos en cuenta.

Los que voluntariamente huímos de los metafisiqueos y de la doctrina por la doctrina, preferimos apresar hechos vivientes y datos, a veces más convincentes que las argumentaciones filosóficas con vistas a los dominios siderales... Y estos han de servirnos para lo que nos proponemos enunciar.

—

Hechos cantan y a ellos hemos de atenernos siempre, ya sea al constatar la superabundancia parasitaria, y en veces nociva, de quienes, por poseer un título, se libran a emprender curas para las cuales no tienen suficiente conciencia, conocimiento y preparación. Desde ya se desprende que cuando se ejerce una profesión más por rutina y deseos de ganar dinero que por voluntaria satisfacción, nunca se podrá descollar en ella ni poseerla a fondo. La idoneidad necesaria, si falta, los errores a los que los sufran les serán fatales. De estos *descuidos* hay un ejemplo elocuente. La "Revista Sudamericana", en su volumen octavo y número 9, relata un caso de encefalitis (1) arsenobenzólica en un niño de cuatro años. Aunque erizada de tecnicismos, conservemos la redacción de esta historia clínica:

Este había recibido en una primera inyección 0,25 gr. de sulfarsfenamina por vía venosa y 5 mr. de *bicloruro de mercurio* por vía muscular, repitiendo la misma medicación dos días después. A los dos días de esta última recibe otra inyección venosa de 0.35 de sufarsfenamina, sin mercurio. Nos parece muy natural que toda esta medicación heroica en un niño de tan solo 4 años (esto no lo dice el A.!!), suministrada en tan sólo seis días (!!) tuviese por consecuencia el aparecer tres días después de la *última inyección, de graves fenómenos cerebrales, acompañados de coma.*

Se le practicaron, en vista de esto, cinco inyecciones venosas de cerca de medio gramo cada una (de una sol. a 5 o|o) de tiosulfato, una cada tres horas. *Después de la segunda inyección se produjo una convulsión muy grave, cianosis de los labios y orejas, rubefacción facial, pulso arrítmico, respiración "de naturaleza agonizante"*, según dice pintorescamente el autor.

* * *

Aunque más abajo se dice que con inyecciones hipodérmicas de *adrenalina* se consiguió salvarlo a los dos días, se pregunta uno en qué condiciones quedará, esa criatura, si sigue viviendo.

Este es un suceso que esta publicación se limita a consignar, subrayando las barbaridades que cometía ese médico al suministrarle tales dosis de mercurio a un niño de tan escasa edad.

No creemos que jamás la prensa diaria y periódica del campo burgués se avenga a denunciar incidentes tan desgraciados como este. Hojeando esta revista se comprueba la ligereza y desaprensión con que se registran casos semejantes.

Son para ellos pequeños accidentes del oficio. Entanto, el Atlante que lleva sobre sus lomos el peso de estos establecimientos educacionales, que moldean a los profesionales con toda prescindencia del valor moral, de conciencia y dignidad, sigue siendo el *ánima vili* que se presta a las variadas experimentaciones de encocoradas ignorancias con barniz científico. En todas las disciplinas intelectuales, por un creador, es decir, por un obrero genial, hay miles y miles de asimiladores, *practicones* a *grosso modo*, que aplican a tontas y a locas y con pocos escrúpulos los conocimientos mal absorbidos y peor digeridos.

Digamos que el régimen y la organización de las modernas sociedades da ancho

Concepto politico - socialista de la libertad

La libertad debe estar sujeta a las leyes que reglamenten su ejercicio—DE TOMASO.
O sea, con las manos sueltas dentro de un calabozo y con centinela de vista.

margen para que suceda este fenómeno de inadaptación para el puesto que intentan desempeñar ciertos hombres. En un organismo colectivo donde tuviera igual importancia un artesano, ya fuese albañil o médico, y su retribución paritaria, los que se diesen a esos estudios lo harían por una vocación irresistible y siempre, por lo mismo, los errores que cometieran no serían tan numerosos ni tan garrafalmente burdos.

Actualmente hay artesanos — ebanistas, mecánicos, tallistas y etc. — que aventajan a los artesanos de la medicina en inteligencia natural y en discernimiento. Simples curanderos diplomados, los médicos, si se les sometiese a un examen severo de orden general, se vería que están incapacitados para manipular este universo fisiológico que es nuestro cuerpo, con sus misterios insondables y sus leyes hasta ahora impenetradas por el ingenio humano.

---

(1) *La encefalitis fué causada por esa medicación heroica que quizás se le suministró al niño para desalojar rastros de una enfermedad específica hereditaria. Como se puede comprobar, la aplicación curativa, resulta siempre en estos casos, mucho peor que la dolencia adquirida.— Damos esta aclaración porque la historia clínica transcripta no dice por cuál causa se le inyectaba mercurio a un párvulo de tan tierna edad.*

Gobernar es poblar...

De todas partes surgen lamentaciones por el saldo desfavorable con que se cerrara el año inmigratorio. Periódicos, diarios chicos y grandes, quieren creer que la crisis presente es de carácter temporal. Pretenden adoptar un tono optimista para levantar el ánimo de sus innumerables lectores. Pero los guarismos en su rigidez son implacables. De la confrontación de los totales se desprende una suma de más de 74.000 personas llegadas de ultramar que se establecieron en el país. Cifra esta que, comparada a la de los años anteriores de 1923 y 1924, con los saldos correspondientes de 148.990 y 113 843, resulta completamente exigua.

Otro hecho de la misma índole, que llama justamente la atención, es que en la inmigración alemana, no obstante las numerosas colonias formadas aquí con elementos de esa nacionalidad, el número de salidas acusa una evidente superioridad sobre las entradas. En efecto, los que abandonaron el país suman 4819 contra 4722 que entraron. Los folicularios dan por inexplicable un suceso de tal naturaleza, ya que, cegados por su chauvinismo, no pueden comprender que la tierra argentina no siga siendo la jauja, la tierra prometida de la leyenda bíblica. Se extrañan que haya pueblos que no apetezcan quedarse *cómodamente* aquí, y prefieran regresar al suelo europeo tan devastado y empobrecido. Y por estupefaciente que pueda parecerles a los dirigentes de la opinión pública, deben convencerse que la Argentina, para cierta clase de inmigración no ofrece ya atractivo alguno. El obrero alemán y el inglés, cuando trabajan, disfrutan de un *standard* (tipo) de vida mucho más elevado que sus coetáneos de acá. El tenor del ambiente, instrucción pública, diversiones, recreos y etc., es totalmente opuesto a los que se estilan en estos lares. En una palabra, la raza sajona y la misma gala, se acostumbró a ciertas comodidades, a las cuales no piensa renunciar fácilmente. La explotación es igual en todas partes, pero no adquiere aspectos tan francos y brutales como sucede en ciertos sitios del interior, y también en las grandes ciudades de las provincias, por no decir muy cerca de la metrópoli.

El movimiento de alarma es avivado por los que temen no haya abundancia de brazos para adquirirlos a los más bajos precios. Hasta a Mussolini llegó la rogativa, demandándole si era transitoria la disminución de la inmigración italiana a estas playas. Lo que pudo darle ocasión al jefe de los bandoleros de camisa negra, de jactarse de las numerosas obras públicas emprendidas, con la consiguiente ocupación de grandes masas operarias. No importa que en cambio esas masas proletarias viéranse obligadas a expatriarse, acosadas por el terror, volcándose como un río en la vecina Francia, en los países limítrofes o en su carrera llegasen a Estados Unidos; el duce sigue mintiendo con el aplomo de siempre y los de aquí sorbiéndose esta excusa como una promesa contante y sonante.

Se infiere de todo esto que la fama adquirida por la Argentina entre los elementos trabajadores del extranjero, les hace desviar su curso para otros territorios que les ofrecen condiciones de una existencia menos precaria y más en consonancia con sus nuevas necesidades.

El engaño del Eldorado duró bastante. La leyenda empieza a disiparse y, mientras los futuros cataclismos que se preparan en el viejo mundo no se produzcan, las corrientes inmigratorias quedarán estacionarias.

Hasta ahora, el postulado alberdiano *gobernar es poblar*, para los propietarios, políticos y gobernantes argentinos se convirtió lisa y llanamente en esquilmar y despellejar, dejando al linyera, al chacarero a merced del rebenque del comisario de campaña y de los enredos del juez de paz. Y precisamente los que llevaron siempre la peor parte entre estos pobladores, fueron los italianos y los españoles, los dos pueblos proletarios del occidente.

RICARDO MELLA

A LOS CAMPESINOS

Las páginas que siguen se deben a Ricardo Mella, y se publicaron en un folleto anónimo titulado: "A los campesinos" hacia 1906, *en nombre de la agrupación "La Social", de Barcelona; es un trabajo digno de Mella y merecedor de nuestra lectura y de una más amplia difusión; precisamente estamos interesados en el más alto grado en estudiar el problema campesino; la lectura de estas páginas de Mella, tan hermosamente escritas y tan hondamente sentidas, constituye una excelente contribución.*

La parte final del folleto, que comienza: "Campesinos: Llevemos la luz a todos los cerebros...", no es probablemente de Mella; se reconoce por el estilo y por las proposiciones que se hacen en ella; pero también se leerá con provecho. —

CAMPESINOS:

Hemos vivido vuestra misma vida así en los abrasados trigales de Andalucía como en las abruptas montañas del Norte. Por vuestro lado hemos pasado en las ardientes horas del medio día cuando el sol achicharraba vuestras espaldas encorvadas hacia la tierra que dá el pan para los ricos y el hambre para los pobres. Hemos visto al pastor que volvía al cortijo, entrada ya la noche, menospreciar la nutritiva *puchera* y demandar sediento el refrescante gazpacho. Con vosotros compartimos los ardores del estío y las nieves del invierno y con vosotros aprendimos cómo se vive muriendo en la más forzada de las frugalidades. Se trabaja mucho, se suda mucho, se consume la existencia en la fatiga del exceso de ejercicio y apenas se come, apenas se goza, apenas se vive. En todas partes el que labra la tierra, el que la riega, el que recoje el fruto, el que cuida el ganado es un esqueleto revestido de pellejo negruzco, arrugado, con el sello del cansancio actual y del cansancio de los siglos en el rostro. Aun los campesinos del Norte y del Centro de España, gente fornida a causa del medio favorable en que se desarrolla, no carecen de esa apariencia de hombres que deja traslucir la bestia rendida por el trabajo bárbaramente esclavo que arranca a la tierra los frutos que no goza. En todas partes servidumbre y hambre, resignación y pobreza, desamparo y conformidad. La inconsciencia del espíritu humano que dormita en vosotros, os rinde a todas las fatalidades sociales que han hecho al hombre esclavo del hombre.

Los poetas podrán extasiarse con la monotonía de vuestros melancólicos cantares; podrán los artistas embellecer los horrores de la siega, arrancar a vuestra triste existencia rasgos de hermosura sin igual; podrán los literatos hacer muy bonitas cosas de vuestras costumbres, vuestras clásicas costumbres: mas no harán seguramente el esfuerzo titánico digno de hombres vigorosos que de veras sienten la belleza y el arte, capaz de arrancaros a la servidumbre actual y restituiros a la verdadera vida. Ellos obran como el espectador que palmotea entusiasmado mientras allá en lo alto el gimnasta se juega la vida cada segundo y palidece terriblemente a cada cabriola que arranca aplausos a la bárbara multitud. Embellecen porque no sufren; hacen poesía, arte y literatura a expensas de vuestro martirio que no llega a su corazón, seco con los egoísmos de sentimientos demasiado suyos, poco o nada afectos a los demás hombres. Si hubiera en esos espíritus artificiales, producto enteco de una sociedad inícua, verdadero arte, tendrían para vosotros y por vosotros acentos de ira, cánticos de justicia, himnos de redención que pondrían ante el mundo la horrible belleza de vuestro horrible trabajo, la espantosa servidumbre de vuestra miserable existencia, el atroz martirio de la siega, las penurias y suciedades del cortijo y de la cobacha que habitáis y sobre todo la total desherencia de goces en que vivís y la noche intelectual en que os tienen sumidos cuantos de vuestra esclavitud sacan jugo y provecho. Harían entonces el sacrificio de su personalidad, serían fuertes y grandes por vosotros y para vosotros y su arte y su poesía habrían de llenar páginas luminosas de la historia humana en holocausto debido a la heroicidad y al amor y a la justicia.

Podrán los políticos, gobernantes o no, apurar el tópico de vuestros dolores para ganar en la opinión el derecho de redimiros; podrán ofreceros la panacea de sus leyes para aseguraros el pan del espíritu y el pan del cuerpo; podrán sinceramente sentir en un momento de clarividencia la amargura y la tristeza de vivir muriendo como vivís vosotros; pero la sequedad de sus ideas de derecho, calcadas en la rutina que manda obedecer las leyes y garantiza la santa propiedad, no les permitirá hacer lo único que podría emanciparos; establecer como primer principio la satisfacción de todas las necesidades fisiológicas que ni a los animales se les niega.

Los redentores no os faltarán ciertamente como que la justicia de vuestra causa se impone aún a vuestros mismos explotadores. Y sobre vuestros lomos se levantarán la democracia y el socialismo; monarquía y república, formas diversas de gobernaros y gobernarnos, que los aspirantes a hacer felices a los demás, labrando su propia felicidad, son tantos como los que de vuestro trabajo y del nuestro viven.

Hasta los filósofos y los sabios y los hombres de ciencia tendrán para vosotros voces de justicia y de amor. Les faltará nada más que la acción necesaria para poner su conducta al compás de sus palabras.

¿Qué más? Los creyentes, los mismísimos creyentes, católicos o protestantes, judíos o mahometanos, se acordarán de vosotros, clamarán caridad y misericordia para vosotros; los ricos, los mismísimos ricos, querrán ejercer un humano protectorado y forjarán instituciones de beneficiencia y de socorro que vengan en vuestra ayuda. Lo único que no harán es entonar aquel hermosísimo himno de Zola: "Hay que restituir..."

La razón se hace paso por doquier, el sentimiento reacciona humanamente; el egoísmo, el bestial egoísmo del rico y del gobernante y la inmensa pesadumbre de las ideas adquiridas ciega todas las fuentes de justicia y de amor. Y así continuaréis en la miseria y en la servidumbre.

Todavía se forjan teorías nuevas para mantenernos en eterna inferioridad. Quien halla en vosotros signos de degeneración; quien de delincuencia. Otros entonan himnos al hombre fuerte, cantan la victoria de la sagacidad y del saber y de la musculatura bien dotada. Aun hay quien pretende levantar del polvo de los tiempos una nueva casta de sacerdotes de la belleza. Vosotros... carne de explotación, piltrafas de hospital, momias de cuartel, reptiles del surco y nada más.

Todo os lo dice: emancipaos vosotros mismos. La fuerza está en la hoz, la sagacidad y la astucia en vuestras clásicas costumbres, la belleza y el arte y la poesía y la literatura en un arranque sobrano de los esqueletos que andan. Mientras la química no acaba de suministrar las deseadas pastillas a la burguesía ahíta, pletórica, sin los frutos del campo no hay vida posible. Ejerced vuestro derecho: o alimento para todos o para todos hambre.

* * *

No hablemos de derecho: para vosotros es nulo todo lo legislado; estáis fuera de la ley. El mísero jornal que no llega muchas veces a la unidad monetaria, excluye por sí mismo la posibilidad de gozar las sedicentes conquistas democráticas. Por si no lo supiéreis, gobernadores, alcaldes y caciques, ayudados *eficazmente* por el siniestro tricornio, os hacen entender a cada paso que estáis fuera del derecho de gentes. No se os consiente asociaros, se pone trabas mil a vuestras reuniones, se os impide la lectura de periódicos; si tercamente os empeñáis en hacer lo que hacen los hombres en todas partes, todavía rige para vosotros el palo, el vergajo, la conducción villana a través de los campos y ciudades. Sois el Cristo ensangrentado que va dando tumbos entre los fariseos del capitalismo y de la autoridad.

¡Pobres y desdichados de los que, a pesar de su incultura, osan pensar! Habéis de ser la bestia obediente y sumisa, la máquina ciega e incansable que rotura la tierra y la arranca frutos de bendición para el señor feudal que supervive burlándose de todas las revoluciones y de todos los progresos.

Habéis quedado petrificados en la Edad Media. Siervos ayer, siervos hoy, siervos mañana, las voces que claman por vosotros claman en desierto. No hay entrañas, no hay corazón, no hay humanidad ni justicia para vosotros. Todavía se cuentan por millares los que discuten la equidad de vuestras demandas. Increíble, increíble de todo punto, pero es verdad que aun hay quien sostiene que han mejorado grandemente vuestras condiciones económicas. ¡Sarcasmo espantoso que pone en vuestra frente el sello de la más negra esclavitud!

Vuestros empeños de redención, pobres momias que aun os agitáis por vivir en los estertores de la agonía, quedan estériles porque el hambre os rinde y os rinde la acometida brutal del bárbaro gubernamentalismo. Ni aún el derecho de cruzaros de brazos tenéis. Los campos se llenan de soldados; la fuerza pública se pone a devoción de los propietarios; la prensa, con raras excepciones, os tilda de perturbadores cuando no os acusa de criminales. El mundo todo contempla imposible como se consuma el más espantoso de los sacrificios: el sacrificio de la carne humana a la voracidad de la bestia enriquecida.

El eco de las ciudades turbadas por el alboroto del proletariado industrial, llega hasta vosotros como una esperanza que os manda la lejanía. La revuelta del terruño y la revuelta de la fábrica levantan un clamor inmenso de justicia. Estrechad las distancias; tendeos las manos; la conjunción feliz de ambas rebeldías será el anuncio del porvenir soñado. Todo está inseguro; todavía, la impotencia de los primeros pasos produce las dolorosas derrotas. Vencidos en la ciudad y en el campo, es menester luchar siempre hasta alcanzar el triunfo. A pesar de todos los egoísmos del capitalismo, de la crueldad de los poderosos, de la infame indiferencia de la multitud, la ola avanza creciendo y creciendo sin cesar en su camino. Es la avalancha terrible de todas las reivindicaciones; el ejército formidable de todas las desdichas: los bárbaros que llaman fuertemente a las puertas férreas de la molicie y de la ociosidad.

¿Queréis entrar en el mundo de los vivos, queréis recabar el derecho a ser personas, a pensar y obrar como hombres?

La tarea es laboriosa, pesada, enorme. No será la obra de un día. Toda la perse-

verancia, toda la tenacidad, todo el empeño de vuestras energías ha de ponerse en juego sin cansancio, sin desaliento. Tras cada caída es menester levantarse de nuevo con nuevo vigor. ¿Quedar tendido en el surco? ¡Jamás!

Seréis héroes; es preciso serlo. Seréis mártires; es necesario que lo seáis. Extenuados por la servidumbre de los siglos, todavía es menester que saquéis de vuestra flaqueza fuerzas supremas que os lleven hasta la cumbre donde brilla la luz expléndida de todas las justicias.

* * *

No esperéis que nadie suba al calvario por vosotros, que ninguno ponga su cuerpo en la cruz por redimiros. Es hermoso, grande, magnánimo el sacrificio, pero todavía permanece infecundo para el humilde el sacrificio de hace veinte siglos. Sobre las predicaciones del sermón de la montaña se ha levantado una Iglesia fastuosa, una burguesía cruel y sanguinaria, un Estado bárbaro que tiene por oficio asesinar. Sobre las declamaciones revolucionarias de hace unas pocas centurias, se ha levantado el industrialismo moderno, el pauperismo, la explotación organizada y la política profesional con sus ejércitos permanentes, sus escuadras poderosas, sus parlamentos, su burocracia y su magistratura y su sacerdocio que estruja y esquilma al pueblo que trabaja. Sobre las predicaciones del propio socialismo, se alza actualmente una nueva clase de directores, una novísima tutoria compuesta de aspirantes a pastores del rebaño humano. Sinceros o no aquéllos en sus propósitos, los hechos demuestran que su tutela es igualmente infecunda y nociva. El calvario de nuestros tiempos es una cómoda escalera por la que trepan todas las concupiscencias.

Habréis de ser vuestros propios Cristos. La obra de redención, de emancipación, será vuestra propia obra. Del esfuerzo de cada uno, de la conjunción de todos los esfuerzos, brotará la acción salvadora. Si no sabemos levantarnos nosotros mismos; si no sabemos ejercer nuestras facultades de iniciativa; si no acertamos a hacernos hombres, la emancipación será un hermoso sueño de contemplativos.

Dispuestos a aceptar todos los generosos concursos, no olvidemos nunca que la *emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.*

Necesitáis comer, instruiros, gozar. Por el camino que tenemos que recorrer hay muchas cosas que actuar. El mejoramiento momentáneo de las condiciones económicas, la dignificación del trabajo, la alimentación de las facultades intelectuales y afectivas, todo esto es menester atenderlo simultáneamente puesta la vista en la plenitud de la emancipación. A medida que las condiciones generales de vida mejoran, más se dignifica el obrero, así del campo como de la ciudad. Es el proceso de preparación que precede al dominio de la vida integral.

Trabajemos, pues, por la subida de los salarios, por hacernos respetar del burgués y del gobernante, por instruirnos desenvolviendo nuestras energías cerebrales y gozar cultivando nuestros mejores sentimientos. Todo ello desarrollará el hermoso espíritu de solidaridad que ha hecho del obrero moderno un tipo nuevo del hombre sociable.

La revolución, y revolucionarios somos los que estas páginas escribimos, será sencillamente la resultante de esta labor de múltiples detalles, que mira a las partes y al todo de un amplio pensamiento de igualdad, de libertad y de justicia.

En la acción expontánea y concertada de los obreros del campo y de los obreros de la ciudad; en la acción independiente y positiva que no se paga de articulados y reglamentos; que atiende a las colas por sí mismas y no por representaciones artificiales, radica la fuerza del proletariado.

Asociación con o contra la ley; iniciativa dentro o fuera de la ley; hechos, hechos y siempre hechos encaminados a la consecución del todo o parte de nuestras aspiraciones; he ahí la táctica emancipadora.

Todos los decretos, todas las legislaciones del mundo no serán bastantes a darnos lo que no llevemos dentro de nosotros mismos del mismo modo que no hay ley posible y capaz de hacer obligatoria la enseñanza, o de imponer el descanso semanal, o de establecer un salario mínimo, si las necesidades del individuo y de la familia inpiden mandar los chicos a la escuela u obligan a trabajar todos los días por cualquier salario, inferior aún al que la ley prescriba.

Es preciso comprender bien como son las condiciones económicas las que hacen posible o imposible una práctica cualquiera. ¿Qué nos importa que se establezca legislativamente la jornada de ocho horas, si para mal comer hemos de trabajar forzosamente diez o doce? ¿Qué nos importa la determinación legal del salario si la concurrencia nos lanza a la disputa cruel del pedazo de pan por cualquier precio? ¿Qué nos importan todas las prohibiciones y pragmáticas de los leguleyos, si hemos de mandar al chico, no a la escuela, sino al campo y al taller para que sume sus céntimos al jornal del padre y de la madre, si en las condiciones actuales del trabajo esclavo no hay manera de cuidar de la prole, de atender al hogar, de ser respetuoso con la mujer que amamanta o que lleva en su seno el fruto del amor?

Aun de las conquistas hechas directamente, por nuestro propio esfuerzo, a la burguesía no hay mucho que fiar. Si es verdad que el jornal del campesino no guarda absolutamente ninguna relación

RICARDO MELLA

de equidad con las necesidades actuales de la vida, también es cierto que cuando los jornales hayan subido suficientemente para establecer cierto equilibrio entre las necesidades y los medios de atenderlas, aumentarán igualmente o tal vez más los precios de las cosas, y así el campesino y el obrero industrial se verán encerrados en un círculo vicioso del cual sólo se puede salir por la supresión del salario que es el alfa y omega de la emancipación humana.

En realidad todo lo que se alcanza con la acción consciente del proletariado, es un efecto moral de la más grande importancia ciertamente. Este efecto moral despierta en los trabajadores ideas y sentimientos de dignidad; agranda, ensancha su personalidad; los levanta de la humillación y de la resignación legada por la educación servil histórica; sugiere y arraiga el espíritu de asociación y el sentimiento de solidaridad; inicia la capacidad revolucionaria por el ejercicio de la rebeldía, y así se cumple la obra emancipadora por la acción misma de los trabajadores. El eterno descontento impulsa a querer más económicamente, intelectualmente, socialmente. Y la hora de la revolución se aproxima rápida, haciendo posible y practicable la nueva vida de libertad y de igualdad por todos deseada.

Por esto mismo toda acción legal conduce a reafirmar los hábitos de servidumbre. Se continua sumiso, obediente pidiendo al poderoso piedad. No se trata de obtener concesiones del que puede conceder. Y esto implica necesariamente el reconocimiento del poder y del capitalismo.

Entre la educación que inclina al obrero a las prácticas políticas y la que lo conduce a la acción propia, personal y directa, hay enorme distancia. Aquella es la continuación histórica de la esclavitud; es ésta la iniciación en la libertad futura.

Y como para aprender a andar no hay más medio que soltarse a andar a riesgo de todos los tumbos posibles, así para la libertad, aun cuando en el camino queden huesos de nuestros huesos y carne de nuestra carne.

El campesino, tanto o más que el obrero industrial, necesita este ejercicio continuado de la iniciativa y de la asociación, que es toda la libertad; el campesino, tanto o más que el obrero de las ciudades, está necesitado de echar a andar por sí mismo, dirigiéndose a sí mismo, gobernándose a sí mismo; el campesino, tanto o más que el obrero de las fábricas, ha menester de actuar la solidaridad en el más amplio comercio de los conocimientos y de los hechos y en la práctica contínua de igualitarias costumbres. Más allá de esta penosa labor de auto emancipación, de este lento trabajo por reconstituir la personalidad perdida en las mallas de la esclavitud atávica, está la liberación completa del hombre.

Caminemos sin cesar tras esta hermosa finalidad del pensamiento humano.

Lo que sigue, probablemente no se debe a la pluma de Mella.—

CAMPESINOS:

Llevemos la luz a todos los cerebros. Tenéis derecho a la vida íntegra, total. Tenéis derecho a nutriros, a ilustraros, a gozar. Tenéis derecho a todos los bienes de la tierra. Es el trabajo la única garantía de la plena satisfacción de las necesidades. Será, pues, menester organizar el trabajo de tal forma que permita a todos alimentarse, vivir bien, instruirse, gozar. ¿Cómo hacerlo?

Hasta el presente no ha habido organización del trabajo. El trabajo es un estigma, es un castigo, es la esclavitud en beneficio de los ociosos. Todo se ha hecho y se hace en vista del interés particular de una clase privilegiada. Nada en provecho de los intereses generales. Es preciso cambiar de rumbo. Es preciso que el trabajo se organice en vista de las necesidades comunes a todos los hombres. Es preciso además que se lo organice por medio de la acción libre y expontánea de los mismos productores. Cualquier ingerencia, directriz, pondría el trabajo a merced de un nuevo privilegio.

La razón es sencilla. Hasta ahora el trabajo ha estado sometido siempre a la dirección de los holgazanes y naturalmente son éstos los que se han beneficiado de él. Para que se beneficien todos los productores, habrán de ser ellos los únicos gerentes. ¿Qué es necesario para lograrlo? La toma de posesión de la riqueza, o sea de la tierra, fábricas, herramientas, etc., en primer término; comenzar después a trabajar por cuenta propia y atender a todas las necesidades que se manifiesten. Para esta labor os bastáis, campesinos, a vosotros mismos como a sí mismos se bastan los obreros industriales.

¿Habéis sabido trabajar bajo el látigo de un capataz, sabréis trabajar por vuestro propio impulso. Seréis, pues, productores libres, libremente concentrados para vuestros comunes fines. La explotación actual, la subordinación actual, serán así sustituídas por el método de la libertad y de la solidaridad.

¿No os dice vuestro entendimiento que sería de fácil realización la práctica del trabajo libre en un régimen de igualdad de medios y de condiciones? Pues dejad que los enredapleitos acumulen objeciones vacías de sustancia. Lo principal es que os penetréis de la justicia de vuestro intento y de la posibilidad de vuestro ensueño. Y penetrados de esto, que pongáis al servicio del porvenir vuestras energías todas.

A los reparos del derecho escrito, de la filosofía y de la ciencia falsificadas, opondréis este primer principio:

"Todo ser viviente tiene necesidades que satisfacer; el hombre tiénelas no sólo fisiológicas sino también de orden intelectual y moral. Para coexistir en la Sociedad de los humanos, es preciso atender ante todo a la satisfacción de aquellas necesidades. Cualquier organización que no descanse en esta verdad indiscutible es, a más de injusta, antinatural y antihumana".

Y armados de la certidumbre de este primer principio podréis deducir que la sociedad ha de ser organizada en vista, no de las utilidades de unos cuantos, sino de la satisfacción de las necesidades generales.

A los que os salgan al paso arguyendo con el estribillo de la dirección y administración de la cosa pública, opondréis este segundo principio:

"Cada uno tiene el derecho de contribuir con su esfuerzo al mantenimiento de la existencia general, tiene necesidad de ejercitar sus facultades y no es preciso que nadie imponga lo que por natuleza es ley de vida. Todos y cada uno habrán de dirigir y administrar el trabajo común y el trabajo individual. Conferir a unos pocos el derecho que a todos corresponde, sería renunciar a la libertad de acción sin la cual el hombre es poco más que un autómata".

Y pertrechados con este segundo principio podréis deducir que el método de cooperación voluntaria resolverá de plano todas las cuestiones que un cenáculo de gobernantes no haría más que embrollar.

Así, pues, estableceremos como elementos fundamentales de nuestras reivindicaciones:

1.° La toma de posesión de la tierra instrumentos de trabajo, vías de comunicación, etc.

2.° La organización inmediata del trabajo por medio de la cooperación voluntaria.

3.° La práctica constante de la solidaridad entre todos los hombres a fin de asegurar, con la satisfacción de todas las necesidades, todas las libertades.

Estos principios, que son los del socialismo anarquista, constituyen la esencia de todo el socialismo sincero y honrado, libre del contagio parlamentario y legalista y de todo sedimento de servidumbre y de explotación. Orientarse hacia el porvenir de justicia es caminar en pos de toda la libertad y de toda la igualdad que somos capaces de concebir. Transigir con el término medio, acomodarse a los paños calientes del reformismo, equivale a renunciar de antemano a la plenitud de la vida.

* * *

Para remover las causas de la servidumbre actual serán necesarios titánicos esfuerzos. La honda transformación que anhelan todos, casi todos los proletarios, no

se cumplirá sino por medio de una muy poderosa sacudida de las masas obreras. Vosotros, campesinos, sois la palanca formidable que dará el vigoroso impulso. Sin vuestra acción, será siempre ineficaz e impotente el alzamiento de las ciudades. Es preciso el concierto de todas las fuerzas para que la revolución social advenga.

Y sois vosotros también los más necesitados de esa gran transformación que traerá para todos el pan, el saber, el arte, la libertad. Tenéis el deber y el derecho de formar en la vanguardia de la revolución.

Todos los elementos reaccionarios, comprendiéndolo claramente, trabajan sin descanso para manteneros alejados del obrero industrial y por adormeceros con la promesa de mejoras que nunca llegan.

Vivid prevenidos, que las supercherías de la burguesía sembrarán entre vosotros la semilla de la discordia. Haceos dignos de la libertad, peleando decididamente, con sinceridad y verdad, por la revolución venidera.

Ciertamente que se va lejos caminando despacio: pero caminar despacio no es lo mismo que sentarse a la puerta de la calle esperando que pase la emancipación para atraparla, que esto es lo que os aconsejan los redentores interesados, los que toman por oficio vivir a un tiempo mismo del favor de la burguesía y del favor vuestro.

Caminemos sin descanso. La revolución no es la obra del día siguiente, pero es la labor que coronará el éxito tanto más pronto cuanto más tenazmente y con mayor constancia pongamos en ella nuestra actividad y nuestra fuerza. Adelante, pues, adelante siempre: las pequeñas rebeldías de cada momento formarán nuestra educación completa, la que nos capacitará para realizar la rebeldía internacional de todos los oprimidos, aquella mágica promesa del socialismo naciente, olvidada hoy, más que olvidada, traicionada por muchos que han logrado o esperan lograr la satisfacción de bastardas ambiciones.

No es para nosotros la revolución social palabra de seducción; no es el Cristo que se saca en los apuros para contristar o enardecer a los fieles; no es el anzuelo que el astuto ofrece al incauto bajo el cebo apetecido; la revolución social es la más grande obra humana a realizar hasta más allá del derrocamiento de todas las instituciones tradicionales, obra que ha empezado con el despertar del proletariado, llegará a la madurez con el vencimiento del gubernamentalismo y el capitalismo y entrará en pleno desarrollo el día que la nueva vida, la vida de la igualdad y de la libertad, se asiente en los firmísimos bloques de la rebelión popular triunfante.

Quien no tenga valor, resistencia, abnegación para emprender el largo camino y desafiar todas las visicitudes, que renuncie a ser un día libre e igual al hombre.

Campesinos: Siervos, esclavos sois, ¿queréis ser libres? Pues venid y formad en la legión de héroes que el porvenir reclama.

El mañana es vuestro.

AGRUPACION "LA SOCIAL".
Barcelona, Agosto de 1906.

La gloria, el éxito y el artista

La gloria, en los tiempos fastuosos y místicos del medioevo, poseía un deslumbrante sitial en el cielo. Sólo eran coronados aquellos que condujeron una ejemplar y virtuosa conducta, caminando por las veredas terrenales.

A la gozosa irrupción del humanismo le pareció muy bien que la Gloria fuese trasladada a la tierra pecadora y mortal, para concedérsela en premio y deleite supremo al genio. El Renacimiento quiso dar tal ejemplo de gloria humana, que, en ceremonias de destellantes apoteosis, creó una cohorte de semidioses, quienes hubieran podido alternar con las deidades del Olimpo: fué la era racionalista-pagana y de leves tintes religiosos: y todos quedaron terriblemente fascinados y anhelosos de conseguirla a toda costa. Desde entonces, los hombres se echaron encima de la Gloria para disputársela y violarla; el seiscientos desató luchas feroces, odios infernales; cometió hechos de sangre; urdió y tramó grescas diabólicas y recurrió inventando estratagemas de charlatanes a fin de hurtar el triunfo y la supremacía gloriosa.

Hoy esta lucha ha disminuído en sus designios foscos, domesticándose y adoptando ademanes untuosos de pacifista en *relache*. Favorecido el ente actual por los crecientes y numerosos medios modernísimos de difunsión, supo conquistar un nuevo y flamante talento, merced a largos años de continuados ejercicios: el genio y el vozarrón de la publicidad y de la reclame a golpes de bombo.

En efecto, cada artista, literato y otras bestezuelas semejantes, han hecho de ella una gran agencia de publicidad y deambulatoria: abastecidos estos bichejos de una gran dosis de refinamiento exterior — don de gentes, etc. — y de una portentosa malabárica habilidad, supieron colocar en plaza o en el mercado sus malas o buenas cualidades — que ambas tienen salida — y sus productos, averiados o no; con zalemas, un juego diplomático constante y pertinaz, hicieron lo posible para captarse al hombre de prensa y a los numerosos marmitones que ponen el negro sobre blanco en diarios y revistas. De éstos, mediante el cultivo intenso de la adulación, pudieron arrancar un manducable y cotizable éxito personal.

Pero la Gloria, desperdigada en tantísimas migajas, no podía entregarse ni concederse a nadie, y menos a los que trataban de violarla y violentarla. Así es que cada uno hubo de jactarse de una pequeñísima gloriola, y ninguno fué iluminado por sus inmortales resplandores.

ARTISTAS URUGUAYOS

Hace varias semanas — o muchas semanas — que en la vecina Montevideo se clausuraba el Cuarto Salón de Primavera. Las cuatro artes, en el solar uruguayo, tienen fervientes adeptos e iluminados cultores. Esta afirmación, no obstante su rotundo acento, carece, por cierto, de toda novedad. El continuo intercambio logra el milagro que no nos ignoremos mutuamente en la medida de los otros países, Brasil, Chile, Perú, los cuales, si estuvieran situados en los antípodas, no estarían tan distantes subjetivamente, ni nos serían tan desconocidos. Asimismo, los uruguayos están más minuciosamente informados de nuestra producción intelectual y artística, que nosotros lo estamos de la de ellos.

Si destacamos, entre las otras manifestaciones, las artes plásticas de la otra orilla, comprobaremos que aquí se podrá conocer el último figurín plástico de París — lo que también es improbable — pero de los pintores y escultores que estudian, trabajan y obtienen la aquiescencia de los mejores espíritus de allá, los ignoramos en absoluto.

Sin embargo, aunque reducido el campo de experimentación de esas artes — escultura, pintura y artes aplicadas — estamos en grado de asegurar que la orientación artística es mucho más certera que la nuestra. Los pocos valores que surgen son más depurados y de una prestancia juvenil, como no los encontraremos entre nosotros, aun encendiendo la ilusoria y legendaria linterna de Diógenes. No nos referimos a los ya consagrados por cierto consenso público, como ser Blanes Viales, Bazurro y otros artistas colocados en parecidas posiciones.

KÄTHE KOLLWITZ — "Madre e hijo" (Aguafuerte)

Este fenomeno, encarnado en los mejores y mas ricos temperamentos de la nueva generacion, se ha producido por la calidad de enseñanza que se le impone a esa juventud. El academismo cada y anemico ha sido reducido a su última expresion, suplantado por profesores jovenes de edad e ideas, quienes renovaron completamente los métodos, estando al dia en la parte pedagógica de las artes plasticas.

Si el desarrollo que estas actividades artisticas adquirieron en nuestro ambiente, no ha llegado al mismo nivel, se supone, no ha llegado al mismo nivel, se supone la calidad por la cantidad. Los artistas — mujeres y hombres — que visitaron el Salon de Primavera del año pasado, demostraron conocimiento y una sensibilidad tan cultivada que no pudieron ocultar su decepcion ante tantos esfuerzos malogrados. En fin, nos convencieron que se hallaban mejor preparados para afrontar obras de importancia, en un grado mas elevado que la montonera de muchachos recien egresados de la academia de esa metropoli.

El catálogo de dicha muestra, que nos envia un amigo establecido en Montevideo, con acotaciones marginales, se inaugura con una sección retrospectiva del pintor Humberto Causa (1890-1924). Hagamos, pues, a simple título de información, una ligera resena, con beneficio de inventario para quienes disientan con ella.

Se nos dice de Causas, que el conjunto de sus telas nos lo exhibe como un artista y un pintor talente en sus mejores composiciones, y que quizas de haber llegado a la madurez de su talento, hubiese dado mucho de sí.

La otra parte pictórica, comprende 41 lienzos. Siguiendo el orden alfabetico, esta Carmelo Arzadun. Posee un dibujo que describe con cierto vigor las cosas, resultando agrio de color, y un si es no es vulgar en la manera de disponer los elementos que compondran el cuadro. — Romeo Balestri es dueño de una sensibilidad afinada en la eleccion y realizacion de sus gamas tonales; Rafael Barradas, intencionado y expresivo dibujante en los comienzos de su juventud, sus tres figuras "Hombre", "Moza" y "Niño" cobran extraordinario valor por el espíritu que se les insufló. Gilberti Bellini es una buena promesa de un gran pintor; Ariosto Brelli también, en el conjunto de sus varios lienzos, revela dotes no comunes, por cierto; Domingo Bazurro presenta dos paisajes que a la par de una gran profundidad espiritual denotan que el artista se halla en plena posesion de sus mas nobles facultades. José Costiglioni tiene una *naturaleza muerta* que nos lleva al convencimiento que este muchacho empieza a desbrozar una personalidad propia y con la feliz probabilidad de llegar a ser un dia uno de los mejores pintores del vecino país; José Cuneo labra bellas armonías, aunque a veces sean fragmentarias. María Dolores Lecour, en el año pasado exhibió en este mismo certamen un hermoso cuadro bien compuesto, que por la temprana edad de la autora pudo provocar un movimiento favorable en los mejores espíritus; ahora expuso un estudio de retrato y un paisaje. El retrato era fino de color y de dibujo grácil. Petrona Viera es la que atrae más simpatías. Es una jovencita sordomuda; pintora instintiva y de verdad, su temperamento se define cada vez más para que de esa crisálida salga una curiosa personalidad. Una de sus cualidades más cordiales y bellas es que de todas sus telas trasciende una gran alegría. Esto hace todavía más patética la figura de esta pintora. Sus tres telas responden a un mismo título: *Recreo*.

En la sección escultura hay 22 obras con 9 expositores. El que más sobresale es Alberto Gahn Marino, por el gran interés de su modelado y por el soplo espiritual que lo anima. Le sigue Severino Pose, con dos tallas directas al mármol. — "Cabeza" y "Eva" — de un innegable valor artístico; luego Santiago Patrón, un adolescente de 16 años, con un feliz ensayo de cierta emoción. Finaliza Aurora Munar Togores, con un retrato lleno de fuerza juvenil, aunque un poco uniforme en sus tonalidades.

En la arquitectura, Juan Scasso presenta una maquette de mansión particular, en la que intenta aplicar las nuevas formas neo-geométricas que priman en la hora actual en Europa, haciendo un abra

entre los académicos, resucitadores de un estilo renacimiento florentino.

En las artes aplicadas, Vicente Speranza, con sus cerámicas de una técnica de primer orden, logrando hermosos reflejos metálicos, da una bella nota, por más que para una suprema perfección siempre difícil de alcanzar tenga que cultivar el don de sensibilizar la forma.

Tómese esta nota como una simple información para señalar algunos nombres a la atención de los que siguen el desarrollo de las artes plásticas en los otros países.

El que hace crecer dos espigas o cañas de trigo donde antes sólo había una, es más útil a la humanidad que todos los diplomáticos reunidos en el mundo

STERNE

Un hombre no llega más que al bienestar por el trabajo de sus manos; si arriba a la riqueza, es por el trabajo de los otros, ejecutado en provecho suyo.

TAINE

El amor heroico

VOLVIA yo de caza, avanzando por una avenida de mi jardín. Mi perro iba adelante, corriendo. De súbito veo que modera su carrera y avanza con precaución como si olfateara caza delante de él.

Extiendo la mirada por la avenida y veo un pajarillo casi implume, de pico amarillento y con la cabeza cubierta aún de pelusilla.

Había caído del nido — el viento balanceaba con fuerza las acacias del jardín — y estaba encogido, extendiendo sus alas implumes.

Mi perro avanzaba temblándole las patas, cuando de pronto, desprendiéndose de un árbol inmediato, un pájaro viejo de plumaje negro cayó como una piedra ante la boca del perro, crispado y loco; boqueando desesperado, lanzó un pío... pío que daba lástima; saltó dos veces sobre aquella boca abierta y armada de afilados dientes.

Se había lanzado a defender a su hijo: quería servirle de muralla. Pero la pobre avecilla temblaba de miedo; su grito era ronco y salvaje; moriría, sacrificaría su vida.

A sus ojos el perro ¡qué gran monstruo parecía!, y, no obstante, el pájaro no había podido quedarse arriba, en aquella rama tan alta y segura.

Una fuerza más poderosa que su voluntad lo había lanzado allí.

El perro se paró y retrocedió. Diríase que hasta él mismo había reconocido aquella fuerza. Le llamé aturdido y me fuí poseído de un santo respeto.

Sí, no riáis: era respeto lo que yo sentía ante aquel pájaro heroico delante de la fuerza de su amor.

El amor, pensaba yo, es más fuerte que la muerte y que el miedo de morir. ¡Sólo por el amor se muere y se mantiene la vida!

IVAN TURGUENEFF

Divulgaciones científicas

Los hacedores de oro

La última obra de Jollivet Castelot, bre la "revolución química y la transitación de los metales", nos informa que Francia existen alquimistas, herederos los viejos secretos de Egipto, de Grecia del medioevo, quienes intentan fabricar con metales viles. He ahí una de las jores recetas del autor:

'Se toma plata químicamente pura, se reduce a polvo, añadiéndole *trisulfuro* arsénico, ya solo o mezclado con óxisulfuro de antimonio pulverizado, en proporciones relativas de 1|3 a 1|4 por nto, en relación de la cantidad de plaSi se calienta esa mezcla en un crisol horno que tenga 1.200 grados de caló durante una hora, se puede obtener mezcla de plata amarilla, que somea al análisis da fuertes vestigios de Este experimento ha sido renovado cincuentena de veces, y *casi siempre* éxito".

l sabio *alquimista* insiste en ese *casi*, que no siempre se tiene "le tour de in necessaire" (1).

n discípulo de Jollivet Castelot, Bour-, ha vuelto a ensayar este experimensirviéndose de un horno eléctrico. Pudiez gramos de plata pura analizada eriormente, en un crisol de magnesio ocado sobre la llama del arco. Una que se fundió la plata, el operador, una abertura lateral, proyectó 3 gra- de trisulfuro de arsénico pulverizado. pués de haber quitado los carbones y ntado la llama por un tiempo deterado, apagó el horno y dejó que se ense lentamente el crisol. Encontró un lo de 81 gramos de plata dorada intemente y exteriormente, que sometida análisis contenía 96 miligramos de El autor no dice en qué se convirtieron los tres gramos de trisulfuro de arsénico y qué quedaba de los diez gramos de plata empleados.

Desgraciadamente el contralor de esas experiencias no ha sido verificado en ningún laboratorio oficial. Por otra parte se lo encontró supérfluo en razón de las numerosas causas de posibles errores que sólo podían ser evitados por químicos de larga experiencia. Ahora, después de esos ensayos, surgieron numerosos experimentos de todo punto curiosos. Los profesores Miethe y Stranreich de Berlín, tuvieron la idea de encender un arco de una potencialidad de 2.000 wats sobre una diferencia potencial de 170 ltios, durante algunas horas entre dos polos de mercurio químicamente puro, en un tubo de cuarzo fundido. Se produjo así una atmósfera de 1.400 centígrados, acompañada de una luz brillante de diez mil bujías. Cuando el experimento terminó, los dos sabios desmontaron su aparato y constataron resíduos de parcelas de oro. Después de varios ensayos, las cantidades de oro recogidas fueron de un centésimo de miligramo.

Dudando un poco de esos resultados, un sabio japonés, H. Nagasaka, como lo indicaba en una reciente nota dirigida a la Sociedad Francesa de Física, quería intentar algo que tuviese mayor trascendencia. Para ello se sirvió de una bobina de inducción, despidiendo al aire chispas de 120 centímetros. Sobre el circuíto de descarga colocó condensadores en acordeón constituídos de dos planchas de vidrio cuadrado, de un metro, y al costado alternadores con delgadas láminas de plomo, cuya capacidad total era de dos milésimos de *microfarada*. La armazón mecánica había sido masillada con bakelita.

Durante cuatro horas la descarga fué efectuada en aceite de parafina, entre un electroide de tungsteno y un electroide de mercurio, bajo una tensión de 600.000 voltios. Antes, la parafina, el mercurio, el electroide de tungsteno fueron cuidadosamente analizados. Al final se obtuvo una masa pastosa negruzca, sobre la cual se hicieron ensayos químicos con reactivos y cuya pureza había sido controlada.

Entonces no sólo se descubrió partículas de oro, sino un polvo blanco que era plata. Desventuradamente, las cantidades obtenidas no eran sino fracciones de miligramos, insuficientes para cubrir los gastos de semejantes experimentos. En efecto, el oro producido en esas circunstancias, significaría el desembolso de una suma de 50.000 francos por gramo.

Estos últimos resultados, que fueron verificados, no son por ello menos extraordinarios. Sin embargo pueden muy bien ser explicadas las causas y los *por qué* por el conocimiento que hoy poseemos sobre la estructura de los átomos y de la energía que mantiene su coherencia.

Después del descubrimiento de la radioactividad, sabemos que los átomos no son indestructibles. Como ya lo presentía el eminente físico Jean Perrin, son *pequeños sistemas solares en miniatura*, teniendo por diámetro un millonésimo de milímetro, donde en lugar de la gravitación reina la electricidad. En esa concepción, los átomos de los 90 elementos químicos y metaloides y metales, no son más que agregados de *protones* de hidrógeno y de electrones. Es por eso que si se quiere transmutar el átomo de un elemento químico en otro, basta añadirle o extraerle el número necesario de *protones* y de electrones, según se desee pasar a un elemento químico de peso atómico menos elevado o más elevado, o inversamente.

De este modo, para transformar un átomo de mercurio que contiene, según su peso atómico, un núcleo de 2.000 *protones*, cimentados por 120 electrones nucleares, y de 79 electrones satélites, en un átomo menos pesado de oro, compuesto de 197 *protones*, de 48 electrones nucleares y de 79 electrones satélites, bastará destacar del núcleo del átomo de mercurio nada más que 3 *protones* y una decena de electrones núcleares.

Esto requerirá mucho menos *energía* que si se tuviera que disociar el átomo de mercurio en todos sus *protones* de hidrógeno. Pero para arrancarle solamente algunos *protones*, los físicos calcularon que, en ese caso particular, era necesario aplicar un campo eléctrico formidable de varios millones de voltios por centímetro.

Ahora, ¿cómo se explica que en el experimento tan interesante de Nagasaka, ese sabio, con un campo eléctrico bastante reducido y sólo con una intensidad de 60.000 voltios, haya obtenido un resultado semejante?

Es porque, como pudieron descubrirlo Nagasaki y su ayudante el Dr. Jugiura, se produjo en una zona particular del campo medio eléctrico y vecino de los electrones, bajo un espesor mínimo con una extraordinaria intensidad del campo eléctrico, lo que se pudo comprobar analizando con el espectroscopio la luz emitida por los metales incandescentes y porque ese espectro, modificado por el aumento de la luz, presentaba el fenómeno Stark, bien conocido por los físicos.

Por ese procedimiento de verificación se encontró que se podía aumentar el fenómeno Stark, es decir intensificar esa parte media del fenómeno eléctrico, sirviéndose, bajo la forma de glóbulos extremadamente finos, de metales en peso atómico tan pesado como el mercurio, el bismuto, el *tallium* o el plomo.

Es así que con un campo eléctrico de 60.000 voltios se pudo obtener, en un *espacio reducido*, lo que no se podía realizar en ninguna usina con un campo que alcanzara la intensidad de varios millones de voltios. Es en ello donde reside el enorme interés de ese experimento.

Fuera de la radio actividad, donde en el particular *alfa*, bombardeando el núcleo del átomo, Rutherford encontró el medio de obtener algunas transmutaciones, no se había puesto en práctica un nuevo procedimiento, como el que surgió ahora, que es mucho más eficaz y que nos permitirá realizar todas las transmutaciones.

Es con la más grande impaciencia que esperamos los nuevos ensayos. Puede ser que lleguemos a poseer un medio práctico para transmutar el plomo en oro. Entonces estaría bien parodiar el bello verso de Racine y gritar:

¡Cómo fué que el plomo se convirtió en oro puro!

P. BECQUEREL

---

(1) Tour de main, *en francés significa que no todos los días se está en ánimo para acertar en lo que se propone.*

NOTA:— El lector recordará que hace unos meses el cable daba por resuelto el problema de la transmutación de los metales viles en oro, y eso fué a raíz de los experimentos llevados a cabo por los dos sabios alemanes que se nombran en el presente artículo. Ciertamente, no es el problema en sí de la fabricación artificial de oro lo que más interesa, sino por las nuevas investigaciones a que dará lugar ese renovado propósito, sustentado desde antiguo por la sordidez innata de cierta parte de la humanidad que quiso caprichosamente otorgarle una plus-valía a un metal que serviría de fermentador de todas las malas pasiones. El ejemplo de los alquimistas antiguos, que al buscar la fórmula de la transmutación de los metales en oro, o sea la llamada piedra filosofal, descubrían otras fórmulas de gran utilidad para las industrias, podría repetirse en este caso.

JUSTICIA CHINA

(APOLOGO)

Kio-Fu, hijo de Mo-Bau, reinaba desde hacía muchos años. Y cuando la 320 luna de su reinado quiso avecinarse a su pueblo, quiso captarse la confianza y la simpatía de su pueblo con festejos y actos de piedad.

Así es como ordenó que se concediese amplia amnistía a todos los que se encontrasen en la cárcel, en las varias provincias de su imperio, por delitos cometidos contra sus leyes, sus prerrogativas y contra los altos y bajos empleados del Estado. millares y millares de súbditos, algunos condenados a penas severísimas, fueron libertados de sus cadenas y enviados a sus hogares.

El magnánimo acto del gran príncipe Kio-Fu fué loado y juzgado por muchos muy hábil, ya que truncaba una serie larga de sordas agitaciones. Y por esa medida, muchos se prometían largos años de tranquilidad.

Lo contrario sucedió. Nada más que después de dos lunas, se descubrió nuevas conspiraciones contra la seguridad del Estado, que se produjeron casi en todas las castas de la sociedad.

Los gobernadores intervinieron enérgicamente haciendo detener a los sospechosos y también a sus allegados.

El emperador se lamentó de estos sucesos con el filósofo Li-Pau, que había sido su preceptor, conservándole cerca su-

yo como gran consejero particular con el título de supremo guardia del sello azul.

Habló el emperador:

—Li-Pau, venerado maestro: tú me aconsejaste mansedumbre y siguiendo tu consejo hice abrir las puertas de las prisiones y las jaulas de los jardines de expiación; y liberté a todos aquellos que habían conspirado contra mi venerado padre y contra su indigno hijo y contra los oficiales de mis leyes. Y he aquí que donde eran cien conspiradores ayer, hoy son doscientos; las prisiones no tienen más espacio para contener a tanta gente. ¿Cómo explicas tú, el sabio de los sabios, tanta bellaquería entre mi pueblo?

Li-Pau se detuvo, como conviene a todo filósofo, a meditar, y después de una triple reverencia, cruzando los brazos sobre su pecho, respondió:

—Astro que nos iluminas, excelso hijo de Fo; el caso es grave y es necesario realizar una investigación.

—El magistrado Liao-Sing, que tiene mujer, varios hijos y cinco concubinas muy jóvenes y todas las arcas de sus antepasados llenas de *taleros*, podría encargarse de ella.

Li-Pau movió de un lado a otro la cabeza.

—Señor mío, eres más astuto que una anguila del Río Amarillo. Liao-Sing ha saciado sus apetitos de bienes y de mujeres, por eso es un magistrado incorruptible. Pero sólo no podrá sobrellevar tan fatigoso cargo. Deberá asociarse a otros, y éstos deberán ir y venir del norte al sud durante varias semanas. Con sus mujeres y sus séquitos, costarán más que un año de carestía. Por donde pasen dejarán las señales de una tromba marina.

Por otra parte, ahora que pienso bien, creo que se podrá prescindir de esa investigación. Bastará que tú, príncipe, me ilumines sobre algunas circunstancias que yo ignoro. ¿Te dignarás hacerlo?

—Todo puedes pedirme, ya que no me solicitas dinero. Pregunta, que por tí volveré a ser niño.

—Gracias, príncipe, de tu generosidad.

—Habla, pues.

—La amnistía que acordaste, advertido y misericordioso señor, fué un bello gesto.

—Tú me lo aconsejaste.

—Y no me arrepiento. Pero te aconsejé sólo a medias. Me olvidé de lo más importante. De ahí el reflorecer de los complots, de lo cual el primer culpable soy yo.

—Explícate, que tu habla es dulce como la sapiencia de los libros sagrados, y que no sea amargada por las reticencias.

—Me voy explicando. La amnistía que tú promulgaste sólo se dirigía a los detenidos, a los procesados y condenados. No hablaba empero a los carceleros, a los jueces, los agentes del orden y a los espías.

Tampoco se preocupaba de los abastecedores que proveían de alimentos a los encarcelados. Piensa que un detenido cuesta al Estado mil *sapechi* al día. De esos mil *sapechi*, la mitad iba a manos de los proveedores, quienes para el detenido sólo gastan un quinto. Al vaciar las cárceles, hiciste la ruina de los abastecedores y de sus parásitos. Los abogados y los jueces no sabían qué inventar para vivir. Y lo mismo acontecía con los oficiales del Estado, encargados de la seguridad del Estado.

—Empiezo a comprender.

—¿Y qué cosa no llegarías a intuir a la más leve señal, oh príncipe? He aquí que toda esa gente que quedó sin empleo, o amenazada de perder su empleo, ha hecho todo lo posible para que las cárceles fuesen nuevamente pobladas. ¿Para qué existen los espías sino para descubrir los complots?

—Castigaré a estos fabricantes de complots, que conspiran contra las cajas del Estado y le crean nuevos enemigos...

—No te lo aconsejo, príncipe; no añadas un error a otro. Si llegaras a infligir un castigo a esa gente, podría complotarse seriamente, poseyendo los medios para hacerlo.

—¿Y entonces?

—Entonces... a la próxima ocasión concederás otra amnistía. Volverás a vaciar las cárceles y ellos volverán a llenarlas. Así harás tú, lo hará tu hijo; así hará los carceleros, los oficiales de justicia, hoy, mañana, pasado. El rey del infierno es quien pensará para juzgarnos a todos cuando nuestras almas hayan emigrado, desprendiéndose de su envoltura carnal. Él sí, podrá ser justo hasta la justicia verdadera. Nosotros no. Nosotros debemos tratar de ir viviendo.

M. BURIDDA

(Del libro "Giustizia Cinese" del profesor M. Buridda. Cuentos que completan la colección Lung-tu-Kung-ngan (episodios o actos de justicia, cumplidos en nombre del emperador).

Una ojeada a la historiografía socialista y anarquista

(CONCLUSION)

Los otros países de Europa, fuera de Rusia y de sus otras repúblicas soviéticas, son, desde 1918, o bien países vencidos que sufren una vida social absolutamente normal, o bien países vencedores, o sus asociados, o neutrales en que la vida normal continua.

A la primera categoría pertenece *Alemania*, donde estos años vieron entre otras cosas el hundimiento moral completo de la socialdemocracia, tanto en su matiz moderado como en su matiz un poco más avanzado, reunido desde hace mucho tiempo en el primero, y en sus elementos que se creen revolucionarios y que del modo más fantástico no hacen más que atraerse derrotas cuyos hilos, si no las orejas, están en manos de Moscú sin que mejore su mala suerte convenida. En estas condiciones, estando desacreditados todos los hombres sobresalientes, por las debilidades, sino por las delincuencias políticas desde 1918 y sin fuerza para reponerse, también la vida intelectual de ese partido ha muerto, los resortes morales han sido rotos y si se está dispuesto a perjudicarse recíprocamente, la necesidad de establecer el pasado histórico, — ahora que se podría decir mil cosas, en otro tiempo necesariamente ocultas —, no se hace sentir: se está demasiado bajo. Se continua una vida de fantasmas, pero la energía para mirar hacia atrás, hacia adelante, falta.

Si se hacen trabajos históricos es por los *outsiders* de los medios universitarios y demás. Hay trabajos documentados sobre *M. Hess*, yo creo que también sobre *Karl Schapper*, sobre *Stephan Born*, sobre un periódico socialista de Francfort en 1848, una reimpresión de un periódico comunista de Londres de 1848 y sin duda muchos otros trabajos, sobre *Stirner*, etc., pero nada de muy sobresaliente. Las cartas privadas de *Rosa Luxemburg* y de *Karl Liebknecht* nos los hacen conocer mejor que sus actos políticos autoritarios y doctrinarios. Si algo de más importante se publica, son los rusos los que lo hacen, como una edición definitiva de Marx y Engels, por Ryasanof, que publica cada escrito en su lengua original o la de su primera publicación, en alemán, francés, inglés, etc. Esa edición tendrá 42 volúmenes y será publicada por una sociedad fundada por el Instituto de Moscú y un Instituto semejante, independientemente creado en Francfort. También los materiales principales de la revista *Marx-Engels Archiv*. (Moscú) serán reproducidos en alemán en una revista con el mismo título. Este hecho señala la dimisión intelectual del marxismo de la socialdemocracia alemana en favor del bolchevismo, hecho que las razones materiales, la pobreza de los obreros alemanes frente a los medios de que disponen las empresas bolchevistas, pueden haber originado inmediatamente, pero que se habría creído imposible algunos años antes.

Un solo hombre, más o menos, ha hecho publicaciones notables a pesar de todo eso, es el doctor *Gustavo Mayer*, ahora profesor en la universidad de Berlín, que dió los elementos esenciales para el conocimiento de *Friedrich Engels* y de *Lasalle*. A él se debe el libro *Friedrich Engels in seiner Frühzeit*, 1820 *bis* 1851 (Berlín, Julius Springer, 1920, IX, 430 págs. gr. 8°.) y su suplemento *Friedrichs Engels Schriften der Frühzeit*, XIV, 317 págs.): la continuación está en preparación y se deben también a él seis grandes volúmenes de cartas y escritos de Lassalle en su mayor parte inéditos. Son libros que rechazan la leyenda complaciente en que, si hubiera dependido de los socialdemócratas, las cosas habrían quedado siempre. Por un fenómeno curioso, un verdadero misterio, habría querido Engels echar un velo del más perfecto olvido sobre su vida antes de sus relaciones con Marx que, comenzando en 1844 duraron toda la vida y asociaron para siempre sus dos nombres. El profesor Mayer, por felices hallazgos y por los papeles de la familia ha restablecido mucho el pasado intelectual de Engels que fué muy vivo, agitado y honra mucho su inteligencia alerta. Es muy probable que hubiesen podido ser hechos descubrimientos semejantes en la juventud de Marx, si no se hubieran dejado transcurrir tantos años que la sumieron en la leyenda. Esa leyenda ha hecho elevarse a esos dos hombres, muy jóvenes todavía, del ambiente intelectual muy variado en donde se movieron libremente de derecha a izquierda, para atribuirles casi una autogeneración intelectual, una iluminación espontánea y también simultánea por la luz de su gran descubrimiento, los teoremas del marxismo. En una palabra, era preciso — no sé verdaderamente por qué, pero se hizo así—, era preciso ocultar que fueron simples jóvenes vivaces, revoloteando como las abejas de una flor en otra, y llegando a su sistema quizás ante todo por un proceso de eliminación, pues estaban en contienda con todos los otros hombres y sistemas. Se comprende, pues, bien que el verdadero marxista haga una acogida agridulce a tales descubrimientos y que G. Mayer, que se había atrevido ya a rehabilitar a Schweitzer, la bestia negra de Bebel, no recogió congratulaciones sinceras cuando descubrió al joven Engels pre-marxista. Eso hace que se quisiera ver completados esos libros por el verdadero "joven Marx", — esperanza que no puede ser realizada —, pero en cambio G. Mayer nos dió aún el verdadero "joven Lassalle" o más bien el verdadero Lassalle que no fué nunca ni joven ni viejo, sino que conservó una rara identidad de persona desde su infancia hasta la muerte, a los 39 años, en 1864.

Los seis volúmenes de Lassalle inédito o poco menos, casi enteramente cartas de y a Lassalle, sacadas de sus papeles inaccesibles por más de cincuenta años y vueltos a descubrir por Mayer, son materiales únicos para el conocimiento de un hombre autoritario de pura sangre. No tengo que insistir sobre su espíritu de justicia, sobre su valor, etc., pero si se trata de analizar las formas diversas de la autoridad en el cerebro y en el corazón, se encontrarán materiales extraordinarios en sste volumen que muestra ese veneno penetrante en el menor pensamiento de Lassalle, en todos sus sentimientos, trátese de él o de otros, de amigos o de mujeres, de ideas y de acción política y social. Es lúgubre ver todo un volumen en los vaivenes con esa pobre mujer a quien dominó, la condesa de Hatzfeltd, y se asiste como a una lucha de bestias feroces al leer el volumen de su correspondencia con Karl Marx a quien Lassalle supo mantener en jaque y a quien dijo a veces verdades fustigantes; se comprende ahora en qué grado lo odiaba Marx sin atreverse a decirlo durante su vida. Esas cartas, publicadas con omisiones en 1902 por F. Mehring, son presentadas ahora todo lo completas que existen aún.

Un libro único en su género es *Der Atheismus und seine Geschichte in Abendlande* por Fritz Mauthner, 1920-23, 4 volúmenes en 8°. mayor de 2201 páginas — una historia del ateísmo en proporciones verdaderamente grandes que permiten la discusión amplia y crítica de una infinidad de hechos en esa larga marcha, a menudo un calvario, del pensamiento libre a través de las edades. Ese asunto es tan próximo de la lucha contra la autoridad en el terreno político, económico y moral, que nos es afín, y se quisiera tener el tiempo para leer ese escrito de un hombre muy inteligente que murió después de haberlo acabado penosamente. Es un cuadro como no existe en parte alguna, donde todas las investigaciones deberían hallar más tarde su puesto.

¿Hablaré aún de los esfuerzos libertarios sobre el terreno histórico en Alemania? Vista la situación deplorable hecha en todas partes a hombres que se cuidan de conservar su independencia y a la pobreza del ambiente francamente revolucionario, no son del todo pequeños. El *Syndikalist* de Berlín ha publicado el libro memorable de Rudolf Rocker sobre *Johann Most*, y el otro libro de Rocker vivido personalmente, sobre los años 1914 a 1918 en su internamiento cruel en Londres, las *Werke* de Bakunin, en parte inéditas y algunos otros libros históricos; otros están en preparación.

El recuerdo de *Gustav Landauer*, rememorado por varios volúmenes de escritos recogidos, será dentro de algún tiempo despertado de nuevo por una edición de sus cartas y por una biografía. Las cartas de *Johann Most* y de *Johann Neve* (1884 a 1887), que datan de un período muy agitado del anarquismo alemán serán publicadas también pronto. He compuesto además una edición muy ampliada de los artículos sobre la historia de la *Idea anarquista* que los lectores del Suplemento conocen; tal vez una vida de *Eliseo Reclus* será publicada pronto.

En *Austria* el partido socialdemócrata, que participó en el poder en 1918-20 y luego supuestamente, pero no seriamente en la oposición, habló más alto que en Alemania de su acción o inacción en 1918-19 (libros del doctor *Otto Bauer*, Dr. *Julius Deutsch*, etc.). Publican también volúmenes sacados de los papeles del doctor *Viktor Adler*, como las cartas que le envió Engels y una historia del socialismo en Austria por L. Brueguel, compuesta a la ligera, pero que reimprime materiales raros y a menudo publica informes de la policía sobre el movimiento del 1860-80 sobre todo, una prueba, de que faltan ya lamentablemente mejores materiales — documentos y testimonios verbales — para esa época. Esa es una consideración de que habría que tener cuenta: si no se recojen a tiempo materiales serios y sinceros, ocurrirá en todas partes que la policía tendrá que decir la última palabra; a falta de cosas mejores se desenterrarán sus informes y se encontrará uno entonces frente a noticias muy sospechosas que pueden promover dudas que ningún testimonio honesto pueda ya rectificar. Así ocurre por ejemplo con las informaciones sacadas de los archivos sobre muchas personas de la revolución francesa: los expedientes promueven problemas que menudo nadie puede esclarecer. — Existen aún las *Memorias* sobre los orígenes del movimiento en Austria en que participó y sobre su larga vida en Escocia, en Londrés, etc., por *Andreas Scheu*, octogenario siempre alerta, pero esas memorias han sido escritas demasiado tarde, cuando su memoria no retiene todos los detalles, otro inconveniente a evitar.

No sé a qué altura se está en *Hungría*, país desgraciado, donde el desmenuzamiento y la humillación sufridos en el invierno de 1918-19 provocaron la crisis de desesperación, la Comuna o el régimen bolchevista durante algunos meses de 1919. Ese período y la represión inexorable que siguió han producido hasta hoy un conjunto tal de odio de ambas partes que la hora de las observaciones históricas no ha llegado aún. No sé tampoco cómo se está en lo que se refiere a *Tchecoeslovaquia*, *Polonia*, *Rumania*, *Bulgaria*, *Grecia*, *Yugoeslavia*, donde existe una socialdemocracia pasada al nacionalismo o al comunismo, represiones feroces, y, allí donde hay anarquistas, como en Bulgaria, militan siempre más cerca de la muerte que de la vida, y no puede tratarse de trabajos históricos. En otras partes los anarquistas han desaparecido, renacen en pequeño número y son absorbidos por la propaganda del día. El Cáucaso, el Asia Menor me escapan, pero en ninguna parte, pienso, hay bases normales para una propaganda siquiera, ni en China, ni en Japón: en todas partes la represión cruel, la guerra civil, — se milita o se vegeta, pero no se tiene tiempo para mirar hacia atrás.

Pero ¿qué se hace en el occidente de Europa? Bien poco, yo creo, Se producen algunos libros, sin duda, una nueva vida de Robert Owen, otra de Cobett, que no fué socialista, por *Cole*, el autor del socialismo de las guildas (*Socialismo gremial*). En Francia el centenario de la muerte de Saint Simon ha causado algunas publicaciones, se publicó por fin el último volumen de la *Correspondencia* de Eliseo Reclus y, el mayor esfuerzo, pero al margen de nuestro movimiento, se publica una hermosa edición de las *Obras completas de Proudhon* bajo la dirección de C. Bouglé y de H. Moysard (París, Marcel Riviére), edición copiosamente comentada en que, por ejemplo, la *Idea General de la Revolución en el siglo XIX*. 1923, es precedida de una introducción de 87 páginas. Ese libro fué también publicado en inglés en estos últimos años, co-

mo las *Confesiones de un Revolucionario* en alemán, y hay un despertar muy bien venido del interés tanto tiempo adormecido hacia Proudhon. En Italia, Luigi Fabbri ha reimpreso la *Filosofía della Rivoluzione* de Giuseppe Ferrari, el federalista amigo de Proudhon (Milano, Casa editrice sociale). Otro camarada, Björklund de Estokolmo se ocupó de un viejo socialista sueco, *Quiding* (1925) y el camarada Valadés de Méjico ha descubierto un proudhoniano totalmente desconocido, *Plotino Rhodakanati*.

Pocos camaradas parecen estar dispuestos a mirar hacia atrás en Francia. Un libro de Lorulot bajo forma de novela (*Les Loups*) presenta el período de Bonnot y Garnier (1913), ha encontrado vivas críticas que, presumo, no faltarán tampoco a las *Memorias* de Jean Grave cuando aparezcan en volumen.

En *Italia*, en lugar de escribir la historia, es destruída; el vandalismo pirrónico de los fascistas ha destruído con tantos impresos existentes en cantidades quién sabe cuántas bibliotecas, colecciones de viejos periódicos, documentos cartas, en una palabra una gran parte de materiales para la historia que en Italia fueron expuestos en todos los tiempos a las requisiciones y confiscados o voluntariamente destruídos con frecuencia. La esperanza de ver llevarse a cabo trabajos históricos es muy pequeña, aunque una quincena de años más tarde parecerá imperdonable que se haya dejado partir a los viejos de los tiempos heroicos sin recoger y conservar cuidadosamente sus testimonios. ¿Dónde está la historia del movimiento insurreccional general en 1874, Bolonia, Florencia, Puglia? ¿Y la de la banda del Matese (Benevento) en 1877 y toda la historia que se extingue de la Internacional?

Lo mismo pasa con *España*; esperamos que se reunirán los trabajos de Ricardo Mella. Con él y Esteve ¡cuántos recuerdos desaparecidos!

Felizmente se han recogido en Méjico las obras de *Magón y su biografía* (1925) y un poco la obra de Praxedis G. Guerrero — y en la Argentina existen preocupaciones reales por hacer conocer nuestra historia a los camaradas, — y también, quizás, estos artículos de un eterno descontento como yo que quisiera ya un poco, incluso *mucho*, más de *esfuerzo* por nuestra causa anarquista que es tan bella.

Max Nettlau

22 de octubre, 1925.

BIBLIOGRAFIA

Urales Federico — "El último Quijote". Novela de aventuras, sátiras, ideas, luchas y amores. Biblioteca de "La Revista Blanca", — 458 págs. en 8.o, Barcelona, 1925.

Los menos indicados para juzgar del valor de una novela somos nosotros, un tanto endurecidos a la sentimentalidad y en quienes causa más efecto una estadística bien hecha que un poema. Pero eso no nos hace cerrar los ojos a la realidad: una gran mayoría humana presenta, al contrario, un centro mayor de atracción y de recepción en su vida sentimental que en su razón y a esa gran mayoría le predicaríamos en balde si no supiéramos interesarla en nuestras cosas mediante una propaganda dirigida en primer lugar a conmover sus sentimientos, a hacer latir su corazón. Revisad un catálogo cualquiera de librería, veréis cómo en él predomina la novela, la poesía. Muchas gentes leen las publicaciones burguesas porque encuentran en ellas un folletón policial o de aventuras estrambóticas que en lugar de ennoblecer la vida del sentimiento la embrutecen y la rebajan a un grosero sensualismo, predisponiéndola a la veneración de las propias cadenas.

Naturalmente, nuestra propaganda no puede menospreciar la novela; la utopía de Bellamy ha causado más honda impresión en centenares de millares de personas que muchas decenas de tratados teóricos. Un Zola, un Mirbeau contribuyen más poderosamente a transformar la mentalidad de una época que los más vigoro-

no las *Confesiones de un Revolucionario* en alemán, y hay un despertar muy bien venido del interés tanto tiempo adormecido hacia Proudhon. En Italia, Luigi Fabbri ha reimpreso la *Filosofía della Rivoluzione* de Giuseppe Ferrari, el federalista amigo de Proudhon (Milano, Casa editrice sociale). Otro camarada, C. J. Bjorklund de Estokolmo se ocupó de un viejo socialista sueco, *Quiding* (1925) y el camarada Valadés de Méjico ha descubierto un proudhoniano totalmente desconocido, *Plotino Rhodakanati*.

Pocos camaradas parecen estar dispuestos a mirar hacia atrás en Francia. Un libro de Lorulot bajo forma de novela (*Les Loups*) presenta el período de Bonnot y Garnier (1913), ha encontrado vivas críticas que, presumo, no faltarán tampoco a las *Memorias* de Jean Grave cuando aparezcan en volumen.

En *Italia*, en lugar de escribir la historia, es destruída; el vandalismo pirrómano de los fascistas ha destruído con tantos impresos existentes en cantidades quién sabe cuántas bibliotecas, colecciones de viejos periódicos, documentos y cartas, en una palabra una gran parte de materiales para la historia que en Italia fueron expuestos en todos los tiempos a las requisiciones y confiscados o voluntariamente destruídos con frecuencia. La esperanza de ver llevarse a cabo trabajos históricos es muy pequeña, aunque una quincena de años más tarde parecerá imperdonable que se haya dejado partir a los viejos de los tiempos heroicos sin recoger y conservar cuidadosamente sus testimonios. ¿Dónde está la historia del movimiento insurreccional general en 1874, Bolonia, Florencia, Puglia? ¿Y la de la banda del Matese (Benevento) en 1877 y toda la historia que se extingue de la Internacional?

Lo mismo pasa con *España;* esperamos que se reunirán los trabajos de Ricardo Mella. Con él y Esteve ¡cuántos recuerdos desaparecidos!

Felizmente se han recogido en Méjico las obras de *Magón y su biografía* (1925) y un poco la obra de Praxedis G. Guerrero — y en la Argentina existen preocupaciones reales por hacer conocer nuestra historia a los camaradas, — y también, quizás, estos artículos de un eterno descontento como yo que quisiera ya un poco, incluso mucho, más de *esfuerzo* por nuestra causa anarquista que es tan bella.

Max Nettlau

22 de octubre, 1925.

BIBLIOGRAFIA

Urales Federico — "El último Quijote". Novela de aventuras, sátiras, ideas, luchas y amores. Biblioteca de "La Revista Blanca", — 458 págs. en 8.o, Barcelona, 1925.

Los menos indicados para juzgar del valor de una novela somos nosotros, un tanto endurecidos a la sentimentalidad y en quienes causa más efecto una estadística bien hecha que un poema. Pero eso no nos hace cerrar los ojos a la realidad: una gran mayoría humana presenta, al contrario, un centro mayor de atracción y de recepción en su vida sentimental que en su razón y a esa gran mayoría le predicaríamos en balde si no supiéramos interesarla en nuestras cosas mediante una propaganda dirigida en primer lugar a conmover sus sentimientos, a hacer latir su corazón. Revisad un catálogo cualquiera de librería, vereis cómo en él predomina la novela, la poesía. Muchas gentes leen las publicaciones burguesas porque encuentran en ellas un folletón policial o de aventuras estrambóticas que en lugar de ennoblecer la vida del sentimiento la embrutecen y la rebajan a un grosero sensualismo, predisponiéndola a la veneración de las propias cadenas.

Naturalmente, nuestra propaganda no puede menospreciar la novela; la utopía de Bellamy ha causado más honda impresión en centenares de millares de personas que muchas decenas de tratados teóricos. Un Zola, un Mirbeau contribuyen más poderosamente a transformar la mentalidad de una época que los más vigorosos propagandistas de una idea. Es verdad, la novela por sí misma, si no halla sus cauces en un movimiento social efectivo, corre el peligro de disolverse en un simple disfrute epicúreo de bellas e inofensivas sensaciones. Pero sin embargo es siempre un buen aliciente para sacar al hombre del pantano de su conformismo y prender en él la chispa sagrada del descontento y de la inquietud.

El camarada Urales, de quien pocos anarquistas de lengua española dejaron de leer "Sembrando Flores" ha demostrado en estos últimos años una asombrosa fecundidad. Es verdad que los argúmentos y los primeros esbozos de sus novelas, como él mismo cuenta, son ya viejos, pero sin embargo no por eso es menos digno de mención su esfuerzo desde la *Revista Blanca*, la *Novela Ideal* y sus libros, el último de los cuales acaba de aparecer, un tomo voluminoso en donde se describen las aventuras y desventuras de un heroico combatiente por el bien de la humanidad, "el último Quijote", dando ocasión a expresar diversos aspectos de la vida contemporánea, sin olvidar la cárcel. El estilo es sencillo y se lee con facilidad. Lo que no nos explicamos es el por qué del título "El último Quijote", pues tanto el camarada Urales como nosotros desearíamos que los Luis de la Escosura se multiplicasen y todos llevamos en nosotros con orgullo y con íntima satisfacción un poco de ese noble quijotismo. Al contrario, tenemos derecho a esperar que la novela creará nuevos Quijotes en algunos de sus lectores, es decir nuevos combatiente por la justicia y la fraternidad humana. El fracaso de la novela de Urales estaría precisamente en que Luis de la Escosura fuera el último Quijote. Por la novela y por nuestra causa confiemos que no será así.

Hay en la obra capítulos de verdadera emoción, como los del proceso después de la desventura de la partida, reflejos vivientes de situaciones que hemos vivido más de una vez.

En resumen, es una obra que inspira sentimientos de lucha y de rebelión contra las injusticias sociales y que merece leerse y difundirse.

D. A. de S.

RESUMEN SUMARIO DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN EL SUPLEMENTO

Para mayor comodidad de los camaradas que coleccionan el SUPLEMENTO, hemos impreso en ocho páginas sueltas el resumen sumario de los trabajos publicados hasta el número 205. — Los compañeros que deseen adquirirlo, remitan 0.05 en estampillas de correo y se les enviará

Un diario dinástico, Mussolini y la mortalidad infantil

Es conocidísima la enconada rivalidad periodístico-comercial que media entre los dos rotativos de tiro pesado que dan vueltas a la noria invisible del tiempo, atascando los cerebros de papel impreso. Son los dos grandes corruptores de espíritus, pese a los numerosos corresponsales y colaboradores literarios distribuídos estratégicamente en los cuatro puntos cardinales del globo. Se disputan la clientela a golpes de billetes de mil. Es una competencia que colinda con lo grotesco, en el afán estúpido de deslumbrar, no por la esencia moral, sino por el número de páginas y de ilustraciones. Basta este introito para que se sepa a cuáles órganos de publicidad deseamos aludir.

"La Prensa" y "La Nación" ya no saben a qué personaje llamativo — y que baila al son palpitante de la actualidad — entrevistar. Los lebreles de más *pursang* husmean los vientos para dar con la presa maravillosa que haga sonar el timbre electrizante de lo sensacional. La jacarandosa reina de España, el mostrenco de su marido, el chulapo de Primo de Rivera, el ex kaiser, etc., desfilaron por esa vidriera fotográfica de la primera plana de esos diarios, bajo la égida de grandes y copiosas titulares, para su mayor gloria e importancia. Faltaba Charlot de bracete de Lloyd George. Mas, para suplir la estrella del cinema y de la política, podía apelarse a Mussolini, el cancerbero de la dinastía sabauda. Y lo que se insertara en el "Manchester Guardian" y "The New-York Times" se le escanciaba como una resonante novedad a los lectores de la Argentina, reproduciendolo "La Nación", y firmado por un famoso lebrel de la casa. Además, para hacer resaltar, adulando a los posibles lectores fascistas de la Argentina, se publicaba un suelto en la página de redacción, a la vera de los editoriales campanudos y de solemnidad asnal, presentando al dux reencarnado en una figura mesiánica, salvando a Italia de una ruina inminente. Si esto no lo dice ni lo declara abiertamente, es por la temerosa vacilación de las consecuencias perjudiciales a sus fines económicos. Está en el tono afirmativo, está en el espíritu solapado, más que en la letra. Eso de "que el fascismo es un fenómeno puramente italiano", el Rasputin de la casa Saboya lo ha repetido en todos los tonos, desde que trepó al poder. La única novedad estribaría en que la *democracia constituye un régimen de lujo*. ¡Pobres los proletarios argentinos que están padeciendo en carne propia este régimen de lujo, que lo será para los senadores, diputados y funcionarios, que se cuelgan del frondoso árbol del presupuesto! Para ellos el lujo es real y palpable. Cuando no hay ideas mater, ideas matrices, que impregnan los vientos veloces de su prole fecundadora, buenos son los sofismas que emite Mussolini.

Lo que ya no podemos saber a ciencia cierta es lo qué representa el facismo para la población italiana, y en particular para el proletariado, repercutor continuo de todos los sufrimientos colectivos.

Lo que pudo trascender y es del dominio público, no recomienda mucho al fascismo como función civilizadora. Desatar todos los instintos cavernarios en el hombre; haber armado a jovencitos de diez y seis y diez y siete años, con pistola y *manganello*, son acciones que sólo un insensato pudo concebir en el malsano morbosismo de encumbrarse a toda costa.

Hace poco, "Minerva", revista italiana, bajo la firma del doctor Giovanni Carbone daba algunas cifras sobre la causa *principale dell'alta morbilità e mortalità dei bambini*.

LA SUPERCIVILIZACION FASCISTA Y MUSSOLINIANA

Traducimos: *Es un hecho que en Italia, de 1.200.000 niños que nacen vivos, mueren 140.000 en los tres primeros años de vida; a la edad de cinco años, de cien llegan setenta. A los quince llegan 60. Esta hecatombe anual, en la primera edad, supera la suma total de muertos por malaria, cáncer y otras enfermedades infecciosas. Además se enferman anualmente cerca de 3.250.000 niños. Muchos de los que logran curarse quedan enfermizos, raquíticos e incapacitados para trabajar.*

Ese galeno intentaba disminuir la mortalidad infantil creando cátedras de puericultura, algo así como la propaganda de los institutos contra la tuberculosis, que quieren aminorar los efectos de la peste blanca a base de advertencias higiénicas.

No afirmaremos que el régimen fascista tenga la culpa exclusiva de esta terrible emigración infantil; pero las naciones se juzgan un poco por el cuidado que se le prodiga a la infancia. Inglaterra y Norteamérica son los países donde el porcéntaje de muertes infantiles alcanza cifras mínimas en relación con los demás.

No es muy apropiada una nación — para desarrollar un ambiente propicio al desarrollo de la puericultura científica — cuando la mayoría de sus ciudadanos se está dando trompicones, o masacrándose en las calles. No hay tiempo para pensar en cosas tan pueriles...

Mussolini está abusando un poco de la poderosa vitalidad fecundadora de la raza italiana. Ya ha contribuído bastante a poblar los cementerios itálicos, él y sus hordas. Y si todavía siguen aumentando las muertes infantiles, llegará día que la población italiana empiece a disminuir en proporciones alarmantes.

***

Yo soy tú

Amamos la anarquía tanto por lo que tiene de libertad como por lo que tiene de solidaridad; la libertad y la solidaridad son para nosotros indisolubles, la una sin la otra no pueden constituir un todo orgánico y vital; si la libertad no va unida a la solidaridad, ¿qué haríamos de ella, qué haríamos con la palanca sin el punto de apoyo? ¿Y para qué queremos la solidaridad si nos falta la palanca que ponga en movimiento las fuerzas? La libertad es muy bella y merece todos los sacrificios que la humanidad ha hecho, hace y hará, así lo esperamos, por ella; pero la libertad a que han aspirado siempre los oprimidos y los explotados, no ha sido un concepto filosófico nacido en la mente de un pensador, sino un ideal de convivencia social sin amos y sin tiranos. La libertad de los filósofos es una aberración tan grande como la autoridad de los tiranos; si éstos se sienten llevados a proclamar: *el Estado soy yo*, aquellos no retroceden en su arrogancia y en su orgullo ante la frase: *yo soy yo*.

Hubo y hay muchos anarquistas que confundieron la libertad que prestigia la anarquía, con el concepto abstracto y confuso de la libertad que defienden los filósofos. Y de esta confusión han surgido no pocos debates y malentendidos en nuestro movimiento. La anarquía no quiere la libertad sola, quiere la libertad en la solidaridad y la solidaridad en la libertad. Es esto lo que no han comprendido los adeptos del liberalismo burgués, los creadores de la república burguesa en muchas ocasiones inspirados por los más nobles deseos libertarios. El republicanismo fué, efectivamente, en sus comienzos, un partido de revolución y de libertad; pero sus aspiraciones se estrellaron en la imposibilidad de una vida libre basada en principios económicos que repugnan a todo sentimiento solidario. Los marxistas han imaginado que se puede alcanzar la igualdad económica por la vía de la condenación de la libertad. Hoy podemos ver que tanto el republicanismo que aspiraba a la libertad sin la solidaridad, como el marxismo que anhela la solidaridad sin la libertad, han fracasado miserablemente y la evolución humana no ha dado, a pesar de sus inmensos sacrificios, un solo paso hacia adelante en los últimos cincuenta años. Y si

la experiencia marxista rusa y alemana tiene un mérito es el de haber demostrado palmariamente cómo no debe hacerse una revolución; sólo falta que esas enseñanzas se propaguen y se reconozcan, y el día que los pueblos lean en el libro abierto de la revolución rusa, ese día sonará nuestra hora, la hora de la anarquía, la hora de la libertad y de la solidaridad.

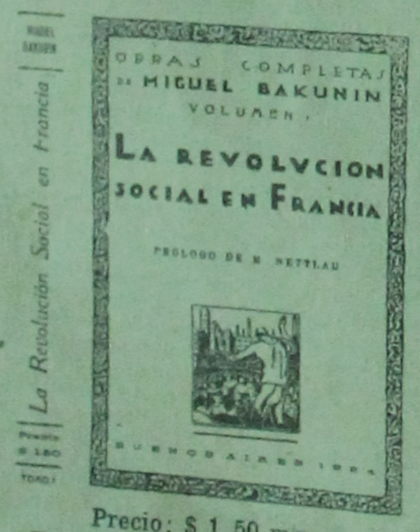
Los filósofos se han cansado en todos los tiempos de hablar de la libertad; de la filosofía nació una corriente lógicamente consecuente que concluye en la libertad absoluta del individuo y que tiene muchas afinidades con el anarquismo, hasta el punto que sus adeptos se creen los verdaderos y legítimos representantes de la idea anarquista. Ellos, dicen, quieren la libertad; también nosotros la queremos, pero nosotros queremos la libertad entre hermanos y no la libertad que puede desenvolverse en el aislamiento, en *dehors*, al margen de la sociedad fraternal y solidaria. ¿Para qué una libertad que no puede actuarse socialmente? Para desarrollar plenamente nuestra personalidad. Pero nuestra personalidad, tanto en su formación como en sus aspiraciones, tiene un uno por ciento de individual y un noventa y nueve por ciento de social. *Yo soy yo*, — dicen los individualistas, como podría decir cualquier misántropo hipocondríaco; los anarquistas dicen: *yo soy tú*. Sí, lejos de amenguar mi libertad al garantizarla en un ambiente de libres y de iguales, mi libertad aumenta indefinidamente y nunca ha estado más segura ni ha sido más pródiga y fecunda que cuando se ha visto reflejada en una vasta comunidad solidaria.

Dichosos los tiempos en que todo miembro de la sociedad podrá decir: *yo soy tú, yo soy vosotros;* entonces no habrá ni capitalistas ni individualistas ni políticos que harán su cuenta aparte: *yo soy yo*, — considerándose como seres nacidos y desarrollados por generación espontánea que no deben nada al ambiente social en que viven y al que por tanto nada devolverán.

Yo soy tú, decimos nosotros, conscientes de que no representamos más que un eslabón de una cadena infinita — la humanidad; y todas nuestras ideas procuramos ajustarlas a esa expresión en apariencia paradójica. No queremos gobernar ni ser gobernados, no queremos explotar ni ser explotados, pero además, y esto es también fundamental, no queremos que los otros sean explotados y gobernados. Esto nos diferencia de los individualistas, que consideran resuelta la cuestión social cuando consiguen hacer lo que les dé la gana, al margen o fuera de la sociedad actual. No queremos la explotación ni la dominación para nosotros y no descansaremos hasta que la dominación y la explotación no hayan desaparecido de la tierra, porque todo dolor de un ser humano tiene en nosotros un eco, toda cadena de esclavitud sobre un hombre pesa también sobre nosotros.

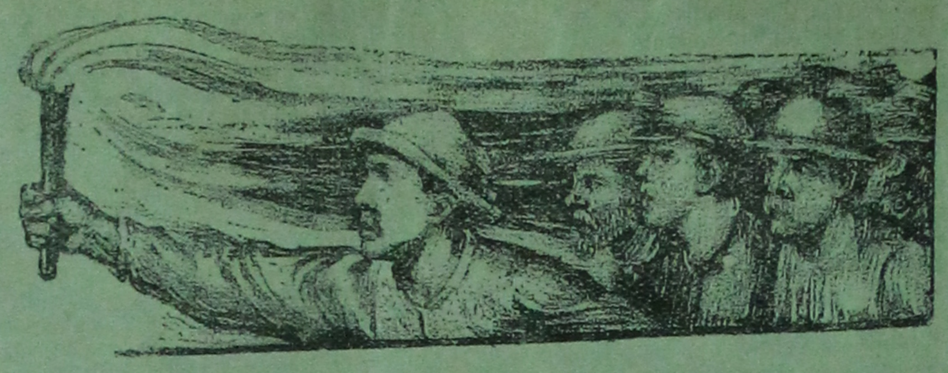
Sólo en una sociedad de libres y de hermanos podrá sostenerse la máxima cristiana: No hagas a los otros lo que no quieres que te hagan a tí. Mientras tanto es preciso la guerra al mal, la guerra a ese falso concepto capitalista individualista de la libertad que hace imposible toda solidaridad.

Pero simultáneamente, en nuestro movimiento debemos esforzarnos por suprimir la fórmula: *yo soy yo*, que repugna por lo orgullosa y lo insolidaria, substituyéndola por esta otra, que corresponde más íntimamente a la esencia de la anarquía: *yo soy tú*.



La Revolución Social en Francia

Precio: $ 1.50 m/n
Encuadernado en tela, $ 3.50



La Universidad y el proletariado

Hay en nuestra naturaleza, todavía no emancipada completamente del peso de las viejas tradiciones seculares, ciertas inclinaciones supersticiosas que no nos explicamos racionalmente, pero que tienen una difusión extraordinariamente grande, por ejemplo la creencia en la significación funesta, del número 13, el horror a la culebra en Andalucía, etc., etc. Personalmente no compartimos supersticiones infantiles, pero en cambio todo nuestro cuerpo se estremece y se agita cuando nos encontramos casualmente frente a una casa de gobierno, a un departamento de policía o unos tribunales. Procuramos acelerar el paso y nos guardamos bien de volver la cara; eso cuando tropezamos inadvertidamente esos edificios, porque de lo contrario ya nos encargamos de hacer un rodeo a fin de no pasar delante de ellos. Esa impresión involuntaria y que se produce aun contra el esfuerzo de nuestra voluntad por reprimirla y dominarla, puede explicarse como una sensación puramente instintiva ante el peligro, provocada por una complicada asociación de ideas que no nos preocupa analizar aquí. Lo cierto es que frente a esos edificios nos sentimos como al borde del abismo, como ante una jaula abierta de fieras dañinas. Será todo lo infantil que se quiera, pero no hemos podido dominar jamás esa reacción instintiva y sólo cuando la fuerza nos lleva entramos en esos antros.

Poco a poco vamos sintiendo una sensación parecida en la Universidad. Sin saber por qué, la tememos, o mejor dicho, la rehuímos, como se rehuye un lugar de peligro. Todo nos dice, en el lenguaje de las emociones y de los instintos, que hay que prestar atención ante esos pretendidos templos de la ciencia. Hubo un tiempo en que se esperaba de ellos la salvación y los proletarios los consideraban con muestras de consideración y de respeto; pero ocurría cuando había aún algunos estudiantes románticos o ambiciosos que salían a la calle y halagaban al pueblo que trabaja, desde las alturas de su superioridad intelectual. El pueblo, siempre engañado y siempre dispuesto a continuar en el engaño, creyó que el Mesías habría de venir vestido con la toga del doctorado. Por eso no veía con hostilidad el templo universitario, aspiraba o más bien mendigaba de los sacerdotes de la ciencia algunas migajas de saber.

Los tiempos vividos en los últimos cincuenta años han sido pródigos en enseñanzas de toda especie y se va comprendiendo que la ciencia no nos emancipará y que no contaremos jamás para llevar a cabo nuestra obra de reorganización social con la ayuda de los sabios. La Universidad es hoy un establecimiento donde la reacción forja sus armas espirituales, no menos hirientes que el manganello fascista o la bomba de mano de las hordas de Noske. Todo está condicionado para hacer del joven que entra en la Universidad un instrumento dócil, por convicción y por interés, de la reacción. Son raras excepciones las de aquellos que en varios años de adiestramiento no acaban por perder todo rasgo de originalidad y de independencia moral; pero esas raras excepciones, por meritorias que sean, no nos permiten juzgar la Universidad más que como lo que realmente es, un almácigo de puntales de la sociedad del privilegio.

Tomemos un ejemplo: el de la Universidad de Berlín, una de las más grandes del mundo. Después de la guerra, los círculos de la población universitaria han sufrido un cierto quebranto, dejando más libre espacio a los hijos de familias de la clase media; antes la Universidad era casi privilegio exclusivo de gentes realmente ricas y de aristócratas. Sin embargo, según una estadística que publica Ludwig Suphan en las *Berliner Hochschulnachrichten*" la composición de la población universitaria berlinesa es como sigue: 6268 jóvenes y 1034 mujeres. De esa cifra se reclutan 1075 del ambiente de los funcionarios superiores del gobierno. 1651 estudiantes tienen por padres funcionarios de mediana categoría y 102 proceden de familias de pequeños empleados. De padres intelectuales con título académico proceden 588 estudiantes, de padres intelectuales sin título proceden 138 estudiantes. 145 estudiantes tienen padres que fueron o son oficiales o altos funcionarios militares. De los grandes terratenientes proceden 82, de los campesinos ricos 200 estudiantes. La estadística señala 1997 estudiantes procedentes de familias de comerciantes e industriales, de ellos 413 con padres propietarios de fábricas, de sociedades anónimas, etc. y 354 hijos de comerciantes e industriales independientes de mediana categoría. 352 estudiantes son hijos de empleados privados de comercio o industria en puestos dirigentes, mientras que 616 son hijos de funcionarios privados subalternos. 60 estudiantes son hijos de obreros, y es característico este dato: de esos 60 hijos de obreros, de obreros privilegiados, naturalmente, o que logran quién sabe por qué mañas obtener una entrada considerable, 3 estudian teología, 9 derecho, 4 medicina y 44 filosofía. He ahí cómo esos retoños del proletariado piensan trabajar por la liberación de la clase de que proceden. Desde el punto de vista religioso, 4689 son evangelistas, 1021 judíos, 89 sin confesión religiosa.

Esa estadística es sumamente triste, pero es real y está hecha sobre los documentos que deben llenar los propios estudiantes.

Toda la población universitaria procede de medios reaccionarios o lleva en las venas la herencia del arrivismo a todo precio. En la Universidad esos elementos no hacen más que dar bases racionales y conscientes a las nociones heredadas. No hay absolutamente ninguna razón para esperar que esa moderna fábrica de doctores pueda llegar a ser un día una palanca de la emancipación del trabajo. Aunque no se haya tenido jamás contacto con el ambiente de la Universidad, basta saber cómo se compone, basta saber de dónde proceden los estudiantes para concluir en que es preciso considerar los templos modernos de la ciencia como peligrosos focos de infección autoritaria y reaccionaria.

¿Pero es que el carácter de la universidad en la sociedad capitalista cambiaría por el hecho de que entrara en ella una mayoría obrera?

No nos ilusionemos; el hijo de obreros, en la Universidad suele ser más arribista que el hijo del aristócrata, que se siente seguro de su porvenir. Por lo demás, ya hemos visto a qué se dedican los sesenta hijos de obreros que estudian en Berlín, unos a la teología, otros al derecho, y la mayoría a la filosofía (filosofía, matemáticas, ciencias físico-naturales). Ni siquiera sienten predilección por las materias técnicas, agronomía, ingeniería, medicina, etc.

Decíamos que en la sociedad capitalista no puede ser de otro modo, que la Universidad será siempre un semillero de fuerzas de la reacción; pero eso implica también una afirmación relativa a todas las formas de gobierno. Mientras la Universidad proceda del gobierno y no del pueblo, es decir mientras no se haya abierto la vía de la revolución social igualitaria y libertadora, no hay que pensar en una Universidad puesta al servicio de la investigación honesta de la verdad en beneficio de todos los seres humanos. Se habla mucho de Rusia, donde una mayoría de la población universitaria sale ahora del proletariado. Pero se olvida que el Estado bolchevista necesita la Universidad para sostenerse, como la necesitan los otros Estados. La diferencia está en que el gobierno ruso se apoya en la doctrina marxista y los otros gobiernos hacen suyas otras doctrinas. La Universidad rusa está creando un tal semillero de sacerdotes secos del marxismo oficialmente reconocido, que no sabríamos cuáles detractores serán más adversarios de la revolución de los trabajadores, los que salen de las universidades burguesas o los que salen de las universidades comunistas.

Esto no es una invectiva contra la ciencia, sino una afirmación más de que la revolución de los trabajadores no se hará ni triunfará bajo el signo simbólico de la toga del doctorado, como el emperador romano creía vencer bajo el signo de la cruz cristiana, sino que la reorganización de la sociedad debe ser obra, más bien que de ideas racionales y de conocimientos científicos, de los sentimientos de justicia, de los anhelos de libertad y de los instintos de lo bello y de lo bueno que existen en los trabajadores y en los oprimidos y que es preciso despertar, fortificar y cultivar.

I. K.

No es verdad que el hombre sea la criatura que sepa comprender la vida. Su inteligencia no le sirve de mucho por el solo hecho de que hable no es en cierto menos bestia. Pero donde la bestialidad suya supera a la de los animales es cuando debiera adivinar el sufrimiento de la desgracia en su semejante.

Es acaecible que nosotros contemplemos en la calle un hombre con rostro demudado y la mirada absorta y perdida en el vacío, o bien una mujer que llora. Si nosotros fuéramos seres superiores, deberíamos detenernos ante este hombre o esa mujer y ofrecerles prestamente nuestro auxilio. Ahí reside la superioridad que yo atribuyo al ser humano sobre la bestia. Pero no hay nada de eso.

PANAIT ISTRATI

La libertad que queremos para nosotros y para los demás, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que en la práctica se traduce fatalmente en la opresión del débil; pero sí la libertad real, la posible libertad, que es la comunidad consciente de intereses, la solidaridad voluntaria. — Errico MALATESTA.

Se ha de amar el arte por la influencia que con él puede ejercerse sobre el alma de los humildes, para ennoblecerla, exaltarla. — B. S. C.

Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... $ 2.00
" " " *encuadernado en tela* " 3.00

AÑO V

BUENOS AIRES, 25 DE ENERO DE 1926

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63

Ergástulas al aire libre

A menudo se habla del folleto "Qué son los yerbales" de Rafael Barrett, como de algo histórico y que sólo podía acontecer en el Paraguay, país salvaje y semibárbaro. La terrible requisitoria se la toma un poco como escarceo retórico, y a quienes alardean de ideas avanzadas les dejará inermes de todo combate interno, si en una noticia telegráfica del interior del país asoman los mismos crueles e injustos abusos, tanto a más horribles que los delatados por el autor de "El Dolor Paraguayo". Se subentiende que hombres libres en la acepción amplísima del término, como él, con su capacidad mental, con su profunda cultura, con sentimientos alquitarados de tinte sublime, presto siempre al sacrificio heroico, no existen precisamente en este suelo, y no se dan tampoco en ninguna parte con la abundancia que fuera necesario para el futuro mejoramiento progresivo de la humanidad. Doblar la acción del intelecto con la que se ejerce sobre la realidad cotidiana, son ejemplos, casos raros de hallar en un solo individuo.

Es por eso que trabajos de la índole de "Qué son los yerbales" no se escriben aquí, no se publican ni se piensa intentar copilarlos algún día con el fin bienhechor de aminorar la explotación inicua, asqueante de los negreros de la Argentina. Si de ello acusamos a los demás, no es porque nosotros estemos exentos de culpa alguna.

Hace escasamente dos semanas que una revista de la metrópoli comentaba, una simple noticia. Es ésta: En Santa María, provincia de Catamarca, hay ingenios que, — no siendo una excepción a la regla — tratan a los trabajadores como a bestias de carga que se les adquirió en un mercado de compra y venta, a guisa de ganado o de los antiguos esclavos. Las formas cambian, pero no en su interior mecanismo. Una vez reclutados se les empieza a imponer las condiciones más onerosas, con salarios completamente exiguos y un régimen de vida infernal. Y si estos desgraciados se quejan, o un día, acorralados por la desesperación y por las necesidades más perentorias, quieren rebelarse a esas imposiciones, la policía local — dependencia aneja a todo ingenio y, por supuesto, a la orden de los propietarios — los apaleará y los encerrará en infamantes calabozos. Esto, cuando la *reprimenda* no sube de tono y se emplean armas *liquidadoras*, que dejan maltrechas algunas vidas y suprimen otras.

Es lo que sucedió en los citados ingenios de Santa María. Un numeroso grupo de obreros que pretendían se les aumentase el precio a $ 2.70 para pelar mil kilos de caña, y no quiso avenirse a lo que querían darle los patronos, fué atropellado por la policía, quedando después del incidente varios trabajadores heridos y un muerto. La revista de marras, ante este acto barbárico de asesinato a mansalva, se reduce a emitir esta desmayada queja:

"Es de lamentar que tales cosas se repitan con tanta frecuencia en nuestro país. Fuera de los límites de la capital" y etcétera.

Hemos hojeado la prensa de todos estos días, y aunque no tengamos tiempo ni ganas de leer todos los kilos de papel impreso que aparecen convertidos en diarios y diaruchos, no hemos visto ni comprobado que en ninguna de las principales publicaciones se tratase ostensiblemente este asunto de capital importancia, como síntoma revelador de un estado de cosas inaguantable aun para un hombre escasamente civilizado.

Esta situación de esclavitud, aunque no de forma y sí de hecho, está fuertemente implantada en los lejanos obrajes del Chaco y de Misiones, donde las empresas llegan a rifar, entre la peonada, las mujeres de quienes tienen deudas pendientes con la administración, como un rudimentario y salvaje procedimiento de saldar cuentas, y se caza a los fugitivos a escopetazos, cual alimañas feroces; en los ingenios se perpetran los mismos crímenes y desmanes con distintos métodos y mañas, pero con idénticos resultados; lo que también acontece en casi todas las provincias durante las opimas épocas de cosecha, apresando indefensos linyeras y trabajadores agrícolas, que deberán oblar cuantiosas multas en las comisarías por el delito de *vagabundaje*, cuando no se les muele a garrotazo limpio; y si después sucede un "accidente desgraciado", se les coloca en el medio de la vía del ferrocarril para que no dejen rastros.

No es posible que la inmensa mayoría ignore todos estos sucesos, repetidos un día y otro hasta agotar casi todos los meses del año. Son vagas noticias indicadoras que confusamente dan cuenta de estos abusos, vejámenes y expoliaciones, apareciendo y desapareciendo ora en un diario, ora en una revista impregnando el ambiente de un miasma sutil, un fluido extraño, de modo que todo el mundo sabe estas cosas, está al cabo de ellas, pero no quiere reconocerlas como una realidad viviente y desgarradora. Nadie ignora, y todos callan. Esta es la verdad enorme e indiscutida. Oiréis: "Sí, en el

interior se produce tal o cual calamidad, este increíble atropello u otro, ¿mas qué podemos hacer nosotros?"

Sí, todos saben, y una inconsciente y temerosa apatía, o turbios intereses les impiden hablar. De repente una publicación, como la que señaláramos antes, anota el crimen, el despojo o la paliza, y comentándola en unas cuantas líneas termina con un cómodo: "Es de lamentar" y etcétera.

*
* *

Todavía no hubo aquí — a pesar de todos los escritores vanguardistas y de las extremas izquierdas... — una criatura pensante y sentidora que recogiese todos los latidos de ese sufrir anónimo de los parias de las campiñas, yendo a convivir con ellos, sufriendo con ellos, para luego darnos alegatos vibrantes y palpitantes de esa ignominiosa vida semisalvaje y de esa despiadada explotación de estos seres. Estas obras harían palpitar la realidad ante quienes la conocen y se niegan a verla. Los confeccionadores de este género campero y de visos regionales, escribieron desde su bufete o documentábanse sobre hechos tartajosamente narrados por algún tercero, a quien a su vez también se lo comunicara otro tercero. Nadie fué a la selva y se quedó en ella por un par de años para informarse cómo se vive en los obrajes, en los ingenios y otras ergástulas al aire libre. ¡Qué fascinante tentación, qué magna empresa para un escritor social! Toda la literatura de tendencias sociales de aquí es infamemente libresca por haber hecho caso omiso de la realidad. ¿Existió ella en estos lares? Se han efectuado nada más que varios conatos sin ninguna trascendencia. Con constatar que tampoco se produjo un opúsculo con los meros datos informativos del "Qué son los yerbales" de Barret, está dicho todo. Los libérrimos Jack London, con la sed inagotada de los grandes horizontes y de las inmensas planicies, están todavía por nacer en esta tierra.

*
* *

Veamos ahora, con una carta llegada a esta redacción, si podemos dar una pálida idea de lo que es un ingenio tucumano.

Quien se dirige a nosotros es un rudo y tosco obrero — no por eso menos admirable — que apenas puede, con su pluma, describir penosamente lo que ha visto y sufrido. Trabajó en un feudo azucarero por el espacio de ocho años. Si nosotros pudiéramos reproducir su carta con sus mismas ingenuas palabras, siguiendo sus rudimentarios giros, quizás fuera mucho más convincente que interpretada por nuestra prosa. Intentaremos una transcripción, la más cercana al original.

No hay en ella revelaciones sensacionales ni, por desventura, datos precisos, con el apoyo de las cifras de los salarios y de los gastos generales del obrero, para saber exactamente cuál es su situación económica.

Dice que este feudo se destaca entre todos por su "bárbara injusticia". Por ejemplo, al jornalero que se queda después de la cosecha, le será sumamente difícil salir, dadas las continuas promesas que se le hacen. Con el hoy y mañana, si transcurre un mes en la planta del ingenio, está perdido. ¡Y cuántos no incurren en esta trampa, tendida veladamente! El temor de no encontrar trabajo en otra parte les hace vacilar y a la postre les convence en demorar la partida en tanto que puedan. Y cuando esto sucede, se encontrará que durante la temporada de paro forzoso, habrá trabajado cinco o diez días por cada mes. Como los sueldos son absolutamente exiguos, empezará por pedir fiado en la proveeduría, disfrazada de casa comercial que en un tiempo se llamó "La Atalaya" y ahora "El Faro", perteneciendo, como se supondrá, al dueño del ingenio.

Explica este procedimiento la esclavitud, la continua dependencia económica de estos trabajadores, quienes se hallarán a merced de su negrero por el tiempo que él quiera, siéndole así fácil imponer el salario que más convenga a sus sórdidos intereses. Por otra parte, está absolutamente prohibido que un deudor abandone el ingenio, so pena de embargo y de prisión, toda vez que no oble contante y sonante lo que debe. Y como el trabajo es *excesivamente restringido para el verano, claro está, todo el mundo debe;* así escribe textualmente nuestro comunicante. Y es que la vigilancia no deja salir a nadie de cierto radio establecido por la administración. El obrero de esa gran industria es flaco, enfermizo y está siempre semidesnudo; y después de la zafra, la mayoría debe aliviar su precaria situación con la pesca y la caza en sitios determinados de antemano. Las viviendas donde se alojan los jornaleros y sus familias son inmundos tabucos que las mismas bestias rechazarían asqueadas. Y según nuestro comunicante, *es la escoria de Tucumán*, por la falta total de la más elemental higiene y la carencia de toda ventilación, pues hay un alto murallón alrededor del rancherío, que dificulta la circulación del aire. A este sitio se le denomina "El Cuadro".

Además de la voraz y encarnizada explotación, a los obreros se les tiene miserablemente humillados en las personas de sus mujeres e hijas, que son cortejadas con cinismo y desfachatez por los empleados superiores, con miras no muy limpias por cierto. Nos dice que si algunos de estos trabajadores *crucificados*, y cuyas *deudas* han sido víctimas de la satiriasis de los señores, llegan a protestar o enfurecerse, se les encierra en el escritorio y son tratados de la *manera más extravagante*, amenazándoseles con "secarlos en la cárcel". *Y como los pobres "son" tan mansos y sumisos, se resignan a llevar los... hasta que Dios se acuerde de ellos*, exclama nuestro interlocutor en un instante de humorismo.

Además, si cualquier obrero se halla precisado de hablar por queja, reclamo o enfermedad, debe dirigirse a los empleados superiores, y en particular a un segundo administrador, quien arguye que no quiere entenderse con hombres, ya que van zonzeando de una parte a otra, perdiendo tiempo, con la excusa de los reclamos, en vez de estar trabajando. *Que para eso tienen familia, señora e hijas*, a quienes les sobra tiempo para estas cosas.

Nos dice que en los ocho años que estuvo trabajando no pudo conseguir que le escucharan una sola palabra, objetándosele los mismos pretextos extorsionadores esgrimidos contra los otros.

—

Aunque de todo lo transcripto se desprenda una idea vaga, borrosa, como si fuera visto todo a través de un lente empañado, dentro del ambiente general surgen detalles característicos y se modelan algunas fisonomías bastante expresivas que por pudor no quisimos acentuar. Para los cultivadores de la imaginación, estas sugestiones bastarán para que rumien largo rato.

No vemos que haya mucha diferencia de esta pasiva masa de siervos de hoy, de

Reflexiones actuales

Que no sean sólo voces de desaliento las que hoy se escuchen. Si el momento que atravesamos es bien triste, no es el primer período de esta naturaleza que atravesamos ni será el último, seguramente. Hay más razones para inquietarse por la interpretación que de este período den los revolucionarios que por las consecuencias mismas del dominio de la reacción. La reacción, si no podemos vencerla con nuestras propias fuerzas, se consumirá ella misma en sus crímenes y al fin será arrastrada por el instinto de conservación social que puede quedar inactivo algún tiempo pero no desaparecer. La revolución no es una mera doctrina o un fruto exclusivo de determinadas propagandas, es también un proceso biológico más poderoso a veces que la voluntad de los hombres. Pueden ponerse obstáculos a ese proceso, hasta temporalmente puede ser desviado de su objetivo natural, pero la vida reclama al fin sus fueros.

Después de los desdichados años de la revolución europea de 1848 siguió un furor reaccionario en todos los países; en algunos, como en Francia, un Napoleón III no tuvo inconveniente en dar a su golpe de Estado un barniz humanitario y obrerista; y recuérdense los esfuerzos que hizo para atraer las simpatías de los obreros revolucionarios, a algunos de los cuales supo ganar a su devoción. Pero lo mismo bajo el manto del obrerismo y de la democracia, la política, que siguió a los frustrados intentos de 1848, fué en alto grado una política reaccionaria y en 1854, un escritor, Louis Reybaud, pudo creerse autorizado a escribir: "el socialismo ha muerto; hablar de él es pronunciar su oración fúnebre."

Diez años más tarde se fundó la Internacional en Londres y siete años después aún se proclamó la Comuna de París. El socialismo no había muerto.

Después de la Comuna siguió un terrible período de persecuciones en todos los países de Europa y desde los parlamentos se lanzaron anatemas y excomuniones contra la Internacional; eso no impidió su desarrollo y difusión, pero vino un momento de cansancio en los militantes que hizo lo que no habían hecho las persecuciones y los procesos: se dió por algunos años la apariencia de haberse puesto un fin a la propaganda de las ideas revolucionarias. En España ese período duró cuatro o cinco años, pero en 1881 se convocó un congreso obrero nacional que demostró a las clases conservadoras la infructuosidad de sus medidas represivas. El socialismo no había muerto ni desaparecido según los deseos de Sagasta o de Castelar.

¿Y los dos o tres años que siguieron en la Argentina al centenario de su independencia nacional? No tienen nada que envidiar a este período de fascismo y de dictadura militar. Sin embargo, el movimiento ha sido fortificado desde entonces, tiene más fuerza y más difusión que nunca y actualmente una dictadura como la fascista en Italia, nos cerraría la boca unos años, pero no tendría más resultado que engrosar nuestras filas con sus excesos. Nos disgustaría, claro está, el tener que quedar inactivos un largo período, el no poder sostener nuestro movimiento públicamente, el caer asesinados por las hordas de malhechores en funciones gubernamentales sin la posibilidad de una resistencia adecuada; para nosotros, personalmente sería una tragedia espantosa, pero nuestro movimiento renacería después de un cierto período, más fuerte que nunca.

No, lo que tememos más de la reacción por lo que se refiere a nuestro movimiento, no es la reacción en sí, es más bien la pérdida de la brújula en nuestros camaradas. Ese confusionismo es el que nos parece fatal y mucho más nocivo que todas las violencias gubernamentales.

Ya hemos hablado del anarco-garibaldismo de algunos anarquistas italianos en Francia; hemos comentado también las concomitancias de los camaradas españoles con los partidos políticos burgueses casualmente adversos a la dictadura militar. Ahora surge una nueva idea, procedente de Asturias y tendiente a dar un fundamento legal a la Confederación. Y esa idea parece disfrutar de una cierta acogida, pues incluso *El Productor* de Blanes, ese nuevo periódico que por lo demás da una nota tan simpática de combatividad y de comprensión de los problemas del anarquismo, parece dispuesto a apoyarla. Juzgamos que se cometería un error funestísimo. Los camaradas de Asturias presentan el propio ejemplo de la organización regional, legalmente autorizada y que puede desarrollarse sin mayores inconvenientes. Piensan, en consecuencia, que si hiciera lo mismo la Confederación, ese reconocimiento legal significaría una vuelta a la normalidad. Y Eleuterio Quintanilla, tan silencioso en estos años, levanta la voz, al parecer en ese sentido. Sin embargo es fácil comprender una cosa: mientras nuestras fuerzas sean en la región asturiana relativamente débiles para emprender ninguna acción importante, la organización obrera, legal o no, será tolerada. Pero Gijón no es Barcelona; no hay más que echar una ojeada a la prensa de cualquier color: mientras el nombre de Barcelona va unido a una lucha enérgica incesante contra el capitalismo y el Estado, Gijón hasta ahora no tiene fama más que por la buena sidra. Barcelona no volverá a la normalidad por el hecho de que la Confederación se someta a la legalidad; para ello habrá de desviarse fundamentalmente de su tradición que no sin razón merece nuestro respeto. Para que Barcelona volviera a la normalidad, el proletariado revolucionario catalán tendría que renunciar a sus luchas y eso no pueden exigirlo los camaradas de Gijón. Si la organización catalana sigue representando un peligro para el capitalismo después del reconocimiento legal, se procederá contra ella lo mismo que antes, lo mismo que siempre. La ingenua fe en la ley de los camaradas de Asturias nos desconcierta; parece que no hubieran oído declarar a Mussolini que la ley son los carabineros, la guardia civil; el que tenga esos instrumentos en su poder, tiene la ley en sus manos.

Por lo demás hay países, como los germánicos y los escandinavos, en que la organización legal es un fruto espontáneo e inevitable; pero en los países latinos, hasta aquí, no hubo más organizaciones legales que las reformistas; y a pesar de esa legalidad, el movimiento obrero efectivo ha estado en manos de los anarquistas, que tuvieron siempre buen cuidado en ir contra la legalidad, no por medio de la legalidad, sino al margen de ella. ¿Podríamos prever lo que resultará de una sumisión de nuestras organizaciones, cuyo objetivo de cada instante es la lucha contra el orden estatuído, a la legislación vigente? Sólo al plantearnos esa pregunta nos damos cuenta de lo absurdo que es la pretensión de dar estado legal a nuestras aspiraciones antilegales.

No, la reacción no es tan peligrosa en sí como las interpretaciones que le suelen dar los revolucionarios.

Algunas veces se nos presenta a nosotros mismos la duda: ¿no serán más desastrosas para el movimiento las luchas internas y las disidencias que los golpes brutales de la reacción? En nuestra prensa se leen a menudo exhortaciones a la concordia, a la lucha común contra el enemigo común. En eso hemos sido un tanto heréticos y hemos visto el enemigo común no sólo fuera, sino también dentro del movimiento. La campaña contra el "frente único" ha sido pródiga en enseñanzas; creemos que hemos contribuído en algo a deshacer ese sofisma. Pero es curiosa la coincidencia: Al mismo tiempo que se nos cubría de insultos en nombre del anarquismo por nuestra oposición al "frente único" de los trabajadores, cuando se intentó presentársenos internacionalmente como enemigos del proletariado, el órgano de la Confederación Patronal de Cataluña (*Producción, tráfico y consumo*), el organismo patronal más activo que se haya conocido, escribía apasionadamente en favor del frente único proletario, de la sindicación única, asegurando en su número de enero de 1922 que esa era una medida francamente obrerista "por lo que tiene de vigorización y de unidad, de potencialidad resistente, de frente único proletario."... ¿No es chocante esa coincidencia de la Confederación patronal de Cataluña con los esfuerzos en el mismo sentido hechos por la Confederación Nacional del Trabajo en 1918-1919? Hoy ya no se nos insulta por habernos opuesto al frente único proletario; la convicción de la exactitud de nuestros puntos de vista es ya casi general; pero en cambio se nos señala con el dedo como promotores de las discordias sin fin que tienen lugar en el movimiento anarquista de la Argentina y de otros países. Algún día se aclarará también de un modo espontáneo lo que hay de verdad o de malevolencia en esa afirmación. Pero lo cierto es que las discordias existen y que llevan el desaliento a muchos corazones. A nosotros no nos inquieta mayormente ese presunto desgarramiento interno. Pensamos que si tiene sus aspectos desagradables, tendrá también sus virtudes y sobre todo una influencia moralizadora de primer orden.

Los socialistas autoritarios no quisieron nunca la revolución social, sino sólo la conquista del poder a todo precio, aun al precio del supuesto socialismo por ellos propagado. Todos vemos hoy que han triunfado, que han llegado a la meta de sus esfuerzos: son hoy en casi todos los países un partido de gobierno. ¿Y cuántos no han sido sus desgarramientos y sus luchas internas? En Francia, por ejemplo, no hubo jamás armonía alguna, y las luchas entre guesdistas y allemanistas, luego entre guesdistas y ministerialistas, por una parte, y entre allemanistas y broussistas por otra dejan en la sombra todas nuestras pequeñas contiendas. El único período en que todos los socialistas franceses estuvieron unidos fué el de la guerra, cuando formaron la alianza sagrada con la burguesía para la defensa de la patria en peligro. Luego vino la revolución rusa, la invasión de los rublos moscovitas y siguieron nuevas escisiones. En una palabra, la historia del socialismo francés es una historia de luchas internas apasionadas e incesantes. Eso no impidió formar el frente único ideal que hemos mencionado, durante la guerra. Tampoco impidió tener siempre una buena partida de diputados en el parlamento y haber conseguido la gloria imborrable de haber trabajado más hábilmente que los partidos burgueses en salvar a Francia del contagio revolucionario de la post-guerra. Es decir, las luchas internas no impidieron la consecución de su objetivo.

¿Y la socialdemocracia en Alemania? ¿Qué significan todas nuestras riñas y nuestras escisiones en comparación con el pleito que duró más de quince años entre revisionistas y radicales? Cuando se leen los debates habidos en el congreso de Dresde en 1903 entre la tendencia de Bebel y Kautsky por una parte y la de Bernstein por otra, nuestro lenguaje y nuestras disputas nos parecen juegos infantiles. Antes del revisionismo, equivalente al ministerialismo en Francia, se había producido la escisión de los "jóvenes", de los cuales una parte evolucionó hacia el anarquismo y otra volvió a la socialdemocracia; al finalizar la guerra, nueva escisión, la de los socialistas independientes, que evolucionaron unos hacia el comunismo moscovita y el resto volvió al seno del viejo partido, etc. Esas luchas oscurecen por su violencia verbal todos nuestros conflictos. Sin embargo, la socialdemocracia alemana ha llegado a ser lo que quería: uno de los partidos más fuertes de la reacción en Alemania.

En todos los países los ejemplos son parecidos.

Nuestro fin es la supresión del principio de autoridad en la vida social y la reorganización de la sociedad sobre las bases del mutuo acuerdo y de la solidaridad. El hecho de los desgarramientos internos, ¿nos apartará un sólo paso de la finalidad anhelada? Creemos que no. Tal vez, después de todo, sean esas escisiones un aliciente para la actividad de los diversos sectores que contienen en sí vitalidad suficiente. No, esas disidencias no se producen caprichosamente, tienen su razón de ser en el hecho mismo de su existencia. En ciertos momentos nos puede parecer insalvable la distancia entre los diversos sectores. Pero echemos una ojeada a la historia y veremos que no es que no será así. Nuestros desgarramientos internos terminarán, como los de socialistas autoritarios respecto a su tendencia, con un fortalecimiento general del movimiento libertario, porque así como nuestros supuestos hermanos de la primera hora no abandonaron un solo instante la ruta iniciada, nosotros no abandonamos tampoco el objetivo perseguido y continuamos nuestra labor unidos o disgregados en la forma que entendemos más apropiada para llegar a nuestra meta.

S.

IDEALES CAVERNARIOS

Mientras Norteamérica está tramitando la centésima conferencia del desarme, y en Europa se está discutiendo la supresión de los submarinos para que sirva a los fines navales de Inglaterra, el nuevo comisario de guerra ruso Vorshiloff, dirigiéndose a los estudiantes del Colegio Militar de Leningrado, les espetó esta corta arenga:

"El ejército rojo es actualmente superior a todos los ejércitos burgueses de Europa, por la conciencia política de sus soldados, por su disciplina y su firmeza moral. Dentro de pocos años, nuestra técnica será posiblemente muy superior a la de los países capitalistas".

Causan no poco desengaño declaraciones semejantes, que en nada se diferencian de las de cualquier generalote de Alemania, Francia, por no citar más que las dos potencias de mayores pujos militaristas. Cuando este buen *comunista* habla de *burgueses* y de *países capitalistas* nos parece oír los mismos eufemismos de los políticos de Europa que, a cada momento, invocan los fueros de la humanidad mancillados, la causa de la civilización universal en peligro y otras zarandajas parecidas.

Con toda imparcialidad y hasta respeto por las ideologías ajenas, nos permitiremos observar que a medida que transcurren los años, Rusia, bajo la presión sofocadora del partido bolchevista, se va acercando a pasos agigantados a los organismos burgueses que los comunistas intentan zaherir con sus críticas y debelarlos cuando logren un mayor poderío.

Allá en el suelo ruso existen, como en el Occidente, las masas asalariadas, la explotación del hombre por el hombre, ya en nombre del Estado o de las empresas particulares; los gobiernos también pretenden perder su tiempo, las millonadas de rublos y cuantiosas energías humanas para seguir construyendo artefactos de guerra y máquinas micidiales en abierta competencia con las potencias imperialistas de la tierra. La diferencia no es sensible entre ellos y sus presuntos enemigos.

Posiblemente, este poderosísimo ejército rojo ensayará imponer, por la fuerza de las armas, la revolución mundial. Si estos no fueran los fines que pretende alcanzar, deberá emplearse en empresas de conquista, anexándose nuevos territorios, como si los de Rusia no le bastaran. Si tampoco es esto lo que se propone, deberá usar estas fuerzas militares para guardar el orden interno, suponiendo que el descontento popular lo hiciera necesario. Pero entonces, ¿para qué aspiran a la supremacía militar y ser técnicamente los más poderosos del mundo, si ninguno de estos propósitos encaja en el marco revolucionario y socialista? Ya que ellos se jactan abiertamente de no ser imperialistas ni burgueses explotadores, ni piensan implantar la teología comunista con las armas en la mano — cosa poco factible lo de catequizar a balazos y cañonazos, — no sabemos para qué quieren un ejército tan formidable.

Hasta este momento los Estados burgueses mantienen los ejércitos y las flotas de guerra como medio de conquista y de represión y también para lograr el absurdo de la paz armada. Para estos bellos ideales cavernarios y paleolíticos, los pueblos y el proletariado trabajan y viven en la miseria, con el exclusivo fin de sufragar los gastos, de cifras astronómicas, que ellos demandan.

Pensemos con toda buena intención que las autoridades de los soviets han de ser totalmente opuestas a las de los países capitalistas, y de rodillas adoran el pacifismo, practicándolo cuando pueden. En este preciso momento, con sus patrones que retienen el derecho de pernada, con los parias de hace quinientos años, propiedad de los feudos del medioevo, cuyos señores ejercían la misma función privativa.

Luisa Michel sintetizaba con estas tres palabras la historia del proletariado: Antiguamente esclavos; ayer ilotas de la gleba; hoy siervos del salario.

tonces a este poderoso y formidable ejército deberán otorgarle algún rol, y el único adecuado será emplearlo en las paradas de las tantas efemérides del novísimo santoral comunista, con Lenin a la cabeza, quien está sentado a la diestra de Carlos Marx. Asimismo, como tema decorativo para las fiestas populares, es un chisme costosísimo y sería suficiente contratar unos cuantos miles de comparsas, como lo hacen las grandes compañías cinematográficas.

Esta gente se olvidó de la lección de la revolución francesa, que fué un ejército de desarrapados ardiendo de amor y entusiasmo el que expandió las semillas del liberalismo francés, y cuando alcanzó a ser el más poderoso y aguerrido del mundo, bien pronto fué derrotado.

—— - *** ——

El milagroso maná

Gran Bretaña, con todo su poderío, con sus inmensas colonias, con sus numerosos recursos que recaba de sus propias industrias, no pudo hasta ahora extirpar de su seno la gangrena que significan algunos cientos de miles de desocupados. Desde el armisticio fueron en aumento y, no obstante que se hayan sucedido varios gobiernos, con la interpolación de un gabinete socialista, este número fantástico, por su cantidad, en poco ha decrecido. La estadística arrojó hasta ochocientos mil hace un año y quizás más. Pero deben haber todavía quedado muchos en la misma Londres, si hemos de juzgar por una noticia cablegráfica.

Para Europa, este invierno ha sido uno de los más crueles, con su séquito de tempestades, catástrofes, inundaciones y otras calamidades similares. En cambio, para la gigantesca Londres, el leviatán de las metrópolis del mundo, sumida ocho meses al año en la humedad y la niebla, el haberse desencadenado una tormenta de nieve fué para ella una bendición. ¡Paradoja irónica ésta, la de un fenómeno atmosférico que se convierte en el maná caído del cielo, de los hebreos en el desierto, quienes pudieron refocilarse milagrosamente con un alimento celestial enviado oportunamente por el ceñudo Jehová.

El mismo carácter de milagro tuvo esta bienvenida nevasca. Los millares de desocupados londinenses — *the hungry mens*, — los hambrientos por meses de forzoso ayuno, pudieron comer durante algunos días mediante un trabajo extenuador en plena intemperie y mal retribuído. En efecto, "verdaderos ejércitos de hombres sin trabajo acudieron a las agencias de colocaciones, *logrando encontrarlo* (?) con una remuneración de un chelin y cuatro peniques para limpiar de nieve las calles. Y han sido muy pocos los que se han negado a trabajar, alegando que la paga es reducida."

Hasta aquí el balbuceo del esperanto cablegráfico. En estas dos últimas líneas, para quienes sepan leerlas y sentirlas, está contenida la más lancinante tragedia de esta civilización fementida, falsaria y monstruosamente ególatra. Meditad: *nadie se negó a trabajar, aduciendo que la paga era reducida.* ¿Cómo hubiesen podido negarse a sí mismos y a los suyos estas bocanadas de oxígeno que prolongarían la interminable agonía? ¿Qué otra cosa son estos diez o doce chelines que podrán ganar en unas horas, para los traspasados de debilidad, quienes se han mantenido, no se sabe desde cuándo, con una alimentación precaria? ¡Vaya con el descubrimiento macabro de este lebrel metido a corresponsal, que no se contenta con registrar malamente la realidad objetiva, desea sazonarla con su comentario!! El dilema brutal de *prendre* o *laisser*, tomarlo o dejarlo, no era el más apropiado para que una turba famélica pudiese elegir o protestar. Negarse hubiera sido cometer la heroicidad de un suicidio. No es cuando el hambre nos infiere sus más agudas dentelladas que se apela a los remedios heroicos.

Pero, asimismo, muchos, en el trance de ganar un trozo de pan para los suyos o para ellos, sucumbieron. Escuchad: "Había muchos hombres mal vestidos y de aspecto enfermizo que, escoba y pala en mano, se han pasado la noche entera luchando contra la nieve, pese a lo intenso del frío, que no ha podido menos de vencer a varios de ellos, haciendo necesario su transporte a los hospitales municipales."

Después de semejantes episodios, dentro de los cuales acciona una muchedumbre astrosa, semidesnuda, macilenta y famélica, ataraceadas las carnes por las cuchilladas del nocturnal cierzo; masas de fantasmas dantescos, iluminados por la siniestra lumbre de las antorchas, que se debaten como los condenados en un infierno blanco a fin de hacer durar un poco más sus miserables existencias, — qué nos importa la grandiosidad de ese imperio, ni de sus vetustas universidades, ni de sus centenaria cultura, ni de su poderosa flota, ni las tierras que con ella pudo apresar, si con todos estos instrumentos no supo sino crear incesantemente esos cúmulos sucesivos de miseria que hacen de estos millares y millares de desocupados, piltrafas humanas, quienes al conchabarse buscando el sustento, cavan su propia tumba y la de los suyos?

¿Cuál respeto puede merecernos toda esta inmensa armazón de casuística católica o protestante, con sus sermones, sus himnos, sus múltiples congregaciones y toda la vasta trama de su administración política-diplomática, si tras de elevar esta torre de Babel se necesita que estalle una tormenta de nieve para que un centenar de millares de pobres tenga comida durante una semana?

Sólo llegará a su plena civilización aquella sociedad o colectividad humana que sepa asegurar a todos sus miembros por igual los imprescindibles y necesarios elementos para la vida; eso que todas las especies inferiores poseen por derecho natural. Mientras no se llegue a esa altura, de absoluta independencia económica por el trabajo razonable de cada uno, seremos sólo alimañas diestras en escamotear el trabajo ajeno, verdaderos bárbaros con mucha ilustración.

El rescate de las sabinas o, Mussolini, los aventinistas y la cuestión moral

NARCISO AVENTINISTA--¡Avergonzaos fascistas! Vuestro crimen es inicuo. Forzasteis y robasteis vuestras mejores mujeres: Opinión Pública, Parlamento, etc., etc. ¿Dónde están ellas? Habéis violado el derecho y las leyes. Con este bagaje de libros os demostraremos vuestra inmoralidad que ha de prostituir a la dulce Italia...

ESCIPION MUSSOLINI.—Confieso. Somos raptores; hemos violado vuestra moral y vuestros derechos, pero el derechos fascista es un nuevo derecho nacido conmigo. El derecho por la violencia

CLEOPATRA ITALIA. — Sufro con este romano con olor a cebolla. ¡Quitame de su lado, robadnos! Apelad a vuestras fuerzas, no seais cornudos. Borra con acciones tu cobardia de antaño.

NARCIO AVENTINISTA.—¡Ah! eso nó. Un aventinista no debe apelar a la violencia. Volveremos a nuestras casas y lloraremos la desgracia. Algún dia, fascista, os remorderá la conciencia.

Un pintor representante de un arte popular (1)

Hemos poseído durante algunos días el gran libro de Enrique Rousseau, llamado el aduanero. Se podían ver cuentas como las siguientes:

Vendido M. mi retrato por 300 francos; vendido a Mr. una caza al oso por 150 francos; vendido a M. un bello paisaje de Méjico con monitos por 100 francos.

El gran libro de Rousseau, empleado para su contaduría, era un carnet para anotar la ropa que entregaba a la lavandera. Hacia el 1914, las telas del aduanero se vendían a 1500 francos. En 1921 se pagó por uno de sus cuadros 27.000 francos. El último año el museo de Praga adquirió el retrato del pintor por 140.000 francos.

Enrique Rousseau murió en el hospital de Necker a la edad de 66 años. En la época de su muerte, Vollard era el solo mercante de arte que poseyese telas suyas. Y todavía no se las ha hecho ver a nadie. La mayor parte de sus obras se hallaban entre los escritores y los pintores: Gustavo Kahn, Courteline — que las compró en son de burla —; Arsene Alexandre, Guillermo Apollinaire y los pintores Charles Guerin, Roberto Delaunay, Soffici, Serge Ferat y ect.

¿Quién reveló a Rousseau? — Los pintores. ¿Quién aprovechó los altos precios de sus cuadros? No son seguro los mercaderes de arte. La pintura moderna, a pesar de las revistas, los diarios y los escritores que hacen crítica artística, se desenvuelve en un medio muy reducido, mantenida por un núcleo más reducido aún. Cuarenta mil pintores viven y trabajan en París. Se puede destacar de esta multitud los que cuentan, y reuniremos una centena. La pintura de Rousseau no estaba hecha para el gran público de entonces, cuando él vivía. ¡Courteline se mofaba! Se puede ser un gran escritor y no *sentir* la pintura.

En ciertos círculos se escribió mucho sobre el aduanero: Remy de Gourmont, Soffici, Jarry, Uhde, Apollinaire, Salmon, Roch Grey comentaron abundantemente su obra.

¿Genio o pintor mediocre? En plena búsqueda formal, en plena crisis cubista, los jóvenes pintores pudieron notar toda la ayuda que les reportaba esa obra, muy pura, toda naturaleza, esta pintura de la *chasma* y de la aldea, del ex-voto y del letrero de las posadas y cantinas, remontándose a una tradición popular, que a los simbolistas les interesa más bien por sus viejas canciones.

Ese pintor que quería para sí la maestría del oficio, que reunía amigos en su casa para ofrecerles veladas musicales; que vivió mucho más cerca de los pequeños artesanos de la calle que de los críticos de arte; ese pintor, quien soñaba crear animales extraños, pájaros y aves sorprendentes, y colocaba desnudeces entre un paisaje fantástico, hay que imaginarlo creando todo ese mundo de fantasía en el siglo XIV. Es en esa época como nos parecerá completamente natural.

Pero he aquí que Rousseau nació en 1848 en Laval. Aquellos que le conocieron, se asombran de que en los tiempos de los autos, de los aviones de los hermanos Wilbur Wright y del Metropolitano, pudiese sobrevivir tal virginidad de espíritu. Se ha dicho que su padre fué hojalatero y su madre fué tan piadosa que gastaba todas sus economías comprando golosinas para obsequiárselas a los eclesiásticos golosos. Es un bello y ridículo espectáculo imaginarse a estos señor y señora y al pequeño Enrique, rodeados de abates regordetes embadurnados de crema!

Si es dudoso que haya tomado parte en la guerra de Méjico — Roch Grey ve en sus paisajes exóticos y en sus palmeras un recuerdo de jardín botánico, lo que nos parece muy juicioso — por lo menos se sabe que hizo la guerra de 1870 y que tomó parte en el sitio de Chateaudun. Por lo demás, toda su vida tiene mucho de una *imagen a lo Epinal*. En París, empleado en la oficina de gabelas, pinta en horas de asueto. En sus principios fué un pintor dominguero. Ha sido casi imposible conocer si tuvo verdaderas ansias de componer y escoger sus tonos ¿Poseyó jamás semejante inquietud? Sus comienzos pictóricos se produjeron sólo a los cuarenta años. Se cuenta que Gastón Jarry, su comprovinciano, fué quien lo indujo; otros afirman que Gauguin le determinó a pintar.

Hemos visto una fotografía a la edad de cuarenta años. Nada tiene de mediocre ni tampoco de soñador. Su mirada es clara, el ojo es inteligente y su semblante es el de un hombre perfectamente capaz de escoger la pintura como una distracción agradable. No esperaba que su arte subviniese a sus necesidades. Su vida está asegurada por lo pronto por su salario de empleado, dando lecciones de violón y de pintura, y si en sus últimos años la pintura le aporta algún subsidio, queda siempre como una distracción superior de hombre sobrio o mejor de hombre inteligente, que quiere crear, que comprende el sentido de las cosas y desea expresarlas a su modo.

Como poeta es pueril. ¿Pero cuáles son sus contactos con el mundo? Vive en su estudio de la calle Perrin; la muerte de un amigo, la adquisición de un gato por un niño, el regalo de unas flores a una vecina bastan para conmoverlo. Puede ser que ejercieran mucha más influencia los recuerdos de los folletones novelescos que las acciones que nunca realizó.

Rouseau es el retorno de lo angelical en el arte. Pueril, ciertamente, pueril como el Shakespeare de "As you like it", o como Breughel. Es la poesía en su fuente primitiva, que al principio fluyó de los bosques para los pastores, antes de correr por los llanos e ir a la ciudad. Muy pronto los teóricos hablan de composición de los cuadros de Rousseau. Solamente los poetas le comprendieron hasta ahora, y, más que todos, Apollinaire:

Un tout petit oiseau
Sur l'epaule d'un ange
Ils chantent la louange
Du gentil Rouseau (2).

Lo que veía Rousseau era a la vez terrible y cautivador: tigres para cajas de juguetes; caballos de calesitas, plantas y florecillas al ras del suelo; ensayos de ciervos voladores sobre las fortificaciones, fiestas en el barrio del 14 de julio; he ahí los elementos de su composición, pero esos temas los sabía sublimizar: el tigre devoraba un caballo, el caballo arrastraba la carretela de M. Juinet; los ciervos volantes se convertían en aviones, y el baile del barrio Plaissance en la gran recepción de los representantes de las potencias extranjeras llegando a saludar la república en señal de paz. He aquí la fantasía en pleno juego.

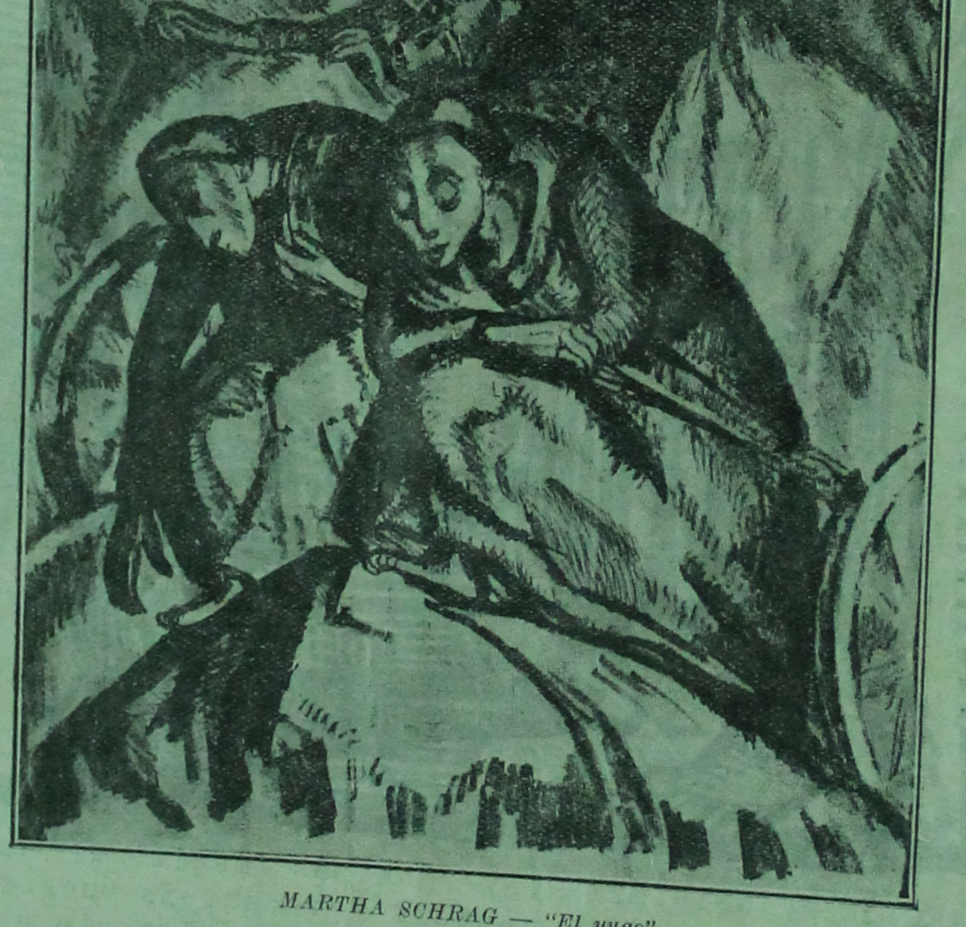
¿Pero, el pintor? Posee en grado sumo el amor por una brizna de hierba que ve de muy cerca, en la que descubre tonos insospechados. Otro en su lugar se serviría de algún color convencional; él no, vuelve a componer pacientemente, como asimismo descompone y compone un tono blanco o negro... Y, dirigiéndonos exclusivamente a los pintores, ¿existirá un negro más bello que el de Rousseau? Pudo obtenerlo en cualquier comercio de colores y hecho de una materia vulgar, mas puesto al lado de los otros tonos adquiere un valor desconocido hasta ahora.

Pintaba con un cuidado meticuloso y extremo, con una paleta limpia; amaba la pintura por sobre todas las cosas, como si cada cuadro debía quedársele para siempre, como si cada tela estuviese destinada a adornar su habitación, encima de la chimenea. Sn alguien se asombraba de verle convivir rodeado de sus pinturas, replicaba:

—Tú comprenderás: cuando despierto puedo pasar revista a todas mis telas.

Lo que esta pintura debía traerle a los artistas, es los sentimientos de la inmarcesible frescura que una obra simple e ingenua puede todavía conmover en nuestra época. Por eso era necesario que sorprendiese por una virtuosidad colorista y por un sentido innato de la composición. Sin embargo, su color es lo que menos sorprende. Obtiene raros refinamientos, tonos de coral cerca de los azules claros; anaranjados vívidos cerca de verdes sombríos; los mismos tonos de los figones, de los letreros y de la calle.

¿Su alma se aproxima a los primitivos? Es para él, como para los pintores del siglo XIII, el libro, más a menudo el libro popular, que a Rousseau le sugiere el sujeto. A los antiguos las biblias miniadas, a él los romances populares.



MARTHA SCHRAG — "El yugo"

No se tiene razón de avecindarlo con la manera de los primitivos. *Ellos todo lo conocían.* Rousseau, sin maestros, era autodidacta que no conocía todo lo que se puede adquirir por la experiencia. Ello quizás le salvó del academismo, y su instinto supo encontrar leyes que no parecían más regir la pintura de nuestra época. Por eso jamás podrá ser un buen maestro; se dió todo en su obra, se explicó enteramente, por así decirlo, se agotó y se definió. Aquellos que se inspiran en sus composiciones, — los salones están llenos de reminiscencias, remedando su *manera*, — no podrán volver a encontrar ese candor, que no existe en sus composiciones ni reside en sus colores, pero realiza este ideal: expresar una cosa del modo más claro y más absoluto y lo más simple posible.

El caso del aduanero no es excepcional. Conocemos las obras, cuyos nombres nos son desconocidos, como ese deslumbrante *imaginista* de Narbona, Juan Bautista Guiraud, quien es colocado en seguida de Rousseau en la historia de la pintura popular. Pues el caso suyo es un retorno a la pintura popular. Los que quieren ver en él un ente grotesco, niegan el arte de aquellos que crearon los calvarios bretones, o de los que crearon el "Pitágoras" y "Los Pastores" de la catedral de Chartres. Es, en efecto, el verdadero arte del pueblo, guardando la espontaneidad, la melancolía y la sentimentalidad. Por eso suena a derrota contra los realistas y los técnicos, como lo son un Clement Vautel y Carlos Chassé, quienes para *amar* una obra quieren comprenderla en seguida, y cuando se la ama tan subitáneamente... se concluye por no comprender nada. Ellos niegan el genio y la intuición. ¿Estarán en su derecho al preferir el sabio al poeta?

Los precios que ahora alcanzan sus cuadros, ¿disminuirán acaso su valor?

---

(1) *Damos este artículo como táctica réplica a una correspondencia publicada en los suplementos dominicales de "La Nación", abonada por la firma de Camilo Mauclair, famoso crítico de música, pintura y etc., quien en ocasión de celebrarse una exposición del uruguayo Figari, en París, y de la donación de algunas telas de Rousseau al Louvre, denigraba veladamente al aduanero, para adular a las repúblicas del Plata — Argentina y Uruguay — en la persona del autor de un arte pictórico decrépitamente infantil, con marcadas miras a una arqueología patriotera.*

(2) *Un pequaño pájaro — posado sobre la espalda de un ángel — ambos cantan las loas — del gentil Rousseau.*

***

Del Arte

Falta ácido azótico, potasa, legía y desinfectantes en la mayoría de los cuadros de hoy. Porque se pinta mucho para bichos de número 100. Desde que la pintura abandonó el muro, al pueblo poco le interesa. Y bosteza en las exposiciones. El invernáculo y la media luz no son para los que suben la cuesta penosamente.

¿Por qué son conceptuosas las exposiciones y singularmente parecidas a oficinas de gobierno, donde siempre vemos una taza grande de café con leche y el "Sea breve"? ¿Por que no se inaugura con farolitos de colores y música? No con óperas italianas ni nocturnos románticos, sino música de circo, o de ranchería, o de casinos... Alegre música dibujada con cuchillo, haría desaparecer las telas de los marcos; las malas telas, se entiende, y nos brindaría una ventana cerrada, incitante, que no vacilaríamos en abrirla gozosos.

Muy sinfónico de color, muy decorativo, gracioso de línea, bien empastado, bien de carácter, tiene soltura, hay buena factura, muy bonita la pose y ¡qué lindo, ché, el marco, parece antiguo!... Vaya, vaya, como mi cocinera, no comprendo el palabrerío de los góticos pollos que tienen bibliotecas y unos retratos "pintados con pinceladas valientes".

H. Matisse, porque sus discípulos, sobre todo los extranjeros, se pasaban las horas fabricando "matisses"; cerró las puertas de su academia. Con el mismo método Anglada se hubiera evitado tantos imitadores que todavía hablan de armonías, de pelotones de color, de espatarrazos y de arabescos...

Actualmente poco podemos pedir al artista. Sus obras parecen las de un mendigo cuando son honradas; y cuando no, las de un lacayo orgulloso, de su brillante librea. ¡Oh, siglo de transición, de caretas, de rostros amargados, de cruces y de generales!

RAMON GOMEZ CORNET

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

EL PRINCIPIO DE LAVOISIER

Por los últimos años del siglo XVIII, cuando se transformaban en Francia las ideas, lanzó Lavoisier su genial principio: "*En la Naturaleza nada se pierde, nada se crea*". Desde entonces quedó establecido que los fenómenos naturales, físico-químicos y vitales, se rigen por dicho principio, interpretándose como transformaciones constantes de la materia, cambiando ésta de forma, pero no de cantidad: el alma, siendo inmaterial, se escapaba a este cartabón, pero no la materia del cuerpo, lo que dió lugar a que se resucitaran y tomaran más incremento las ideas del Pantransformismo. ¡Quién sabe a qué sublimes esperanzas de transformismo se acogería, cuando la guillotina separó de su cuerpo aquella cabeza que, como la de Mirabeau, pesaba para la Francia tanto, tanto!...

Dentro de las actuales teorías del energetismo y del atonismo, quizás pierda terreno el principio citado: esto, se encargarán de demostrarlo científicamente los sabios.

Parece más adaptable a nuestra lógica actual, concebir que en un principio el Universo fué la partícula infinitamente pequeña de materia, que ésta se fué multiplicando incesantemente hasta constituir el átomo, y éste, a su vez, hasta constituir la molécula, y que de la multiplicación de ésta se formó la primera nebulosa, de la que surgieron después, por incesante multiplicación y transformación, las estrellas, soles, sistemas planetarios, etc., hasta llegar al estado actual del Universo, el que seguirá creciendo y envejeciendo día a día hasta el Infinito de los tiempos.

La Naturaleza nos da ejemplos de esto en la vida animal y en muchos otros fenómenos: de una célula, el óvulo, se forma un organismo entero por la incesante proliferación de ella. En el mundo de los cuerpos celestes, observamos que aparecen y desaparecen estrellas, que los cometas cada vez que nos visitan, llegan con transformaciones notables y que otros desaparecen completamente del campo de nuestros alcances; hay infinidad de asteroides de los que no sabemos qué papel desempeñan, ni cuáles serán sus últimas evoluciones en el transcurso de los tiempos. Todo esto habla en favor de una constante creación y transformación a la vez. El principio de Lavoisier quedaría modificado completamente y sustituido por este otro: *En el Universo constantemente se crea y se transforma la materia*, o: *En la Naturaleza nada se pierde, sino que constantemente se crea.*

No he sabido que al "Tiempo" se le haya dado una facultad creadora y transformadora, pues en la Cosmogonía de Hesiodo, que es de las más antiguas, se le da un papel secundario y hasta se le vence y relega a un lugar insignificante. Quiero referirme al Tiempo en absoluto, a la sucesión de momentos sin nuestro pensamiento; concebir el principio del Universo como la partícula, más pequeña de materia, partícula que se multiplica incesantemente, transformándose a la vez, que supone desde el principio una inmensa nebulosa que constantemente se transforma sin cambiar de cantidad. Ni aun concretando intervención de otro factor más, al Tiempo como Eternidad y no como duración limitada, al Tiempo que siempre ha existido, antes de que existiera el menor vestigio del Universo y que seguirá existiendo, aún cuando éste desapareciere absolutamente; al Tiempo, no como intemperie, en la que, como es natural, entran los factores de todas las energías del medio (en nuestro planeta presión, gravedad, temperatura, onda eléctrica, etc., y en todo el Universo seguramente muchas más), sino al Tiempo considerado como algo que modificara un cuerpo aislado completamente de toda influencia exterior universal, si dicho cuerpo pudiere colocarse en las condiciones citadas. Podemos concebir la falta de espacio; no así la falta de tiempo. El Tiempo siempre ha existido y siempre existirá.

Siendo el Tiempo eterno, cabe considerarle una facultad creadora y transformadora en la Cosmogonía y en la vida del Universo; o si se quiere considerarlo como el factor de que se sirvió el Creador en su obra.

El tiempo siempre ha existido y existirá.

El Tiempo creó la partícula infinitamente pequeña de materia.

El Tiempo hizo que dicha partícula engendrara otra segunda, con los mismos atributos, más otros nuevos, es decir: los atributos de la anterior (herencia) más los que el Tiempo imprimió a la nueva partícula durante la gestación o evolución de la materia; y, más, los que imprimió a la nueva materia, que por ser algo distinta de la anterior, tenía que reaccionar distintamente al Tiempo.

Entre estas dos primeras partículas de materia, resultó el primer espacio, porque siendo de materias algo diferentes, no pudieron adaptarse exactamente entre sí.

Entonces comenzó el primer choque, la primera lucha, la primera atracción y repulsión, la primera diferencia de energías, lo primero positivo y negativo, la primera revolución y reacción, la primera diferencia de potenciales, la primera fuerza resultante, el primer desequilibrio, el primer movimiento, el primer ión y anión, la primera revolución cósmica, el embrión del Universo.

De la primera partícula nació la segunda muy semejante a la primera, pero con algunas diferencias, así como de una célula nace otra semejante pero con caracteres propios. De las dos partículas referidas nacieron otras dos, de éstas, cuatro, y así sucesivamente, en incesante progresión creciente, creciendo siempre y siempre diferenciándose en elementos cada vez más distintos, hasta constituir la "mórula" universal. A la vez que pululaban, aparecían, con su diferenciación constante, nuevas afinidades, nuevas repulsiones, que a su tiempo engendraban nuevas fuerzas o modificaban las existentes, todos indicios de nuevas formas de energía: la primera forma de luz, de electricidad, calor, etc.: pues seguramente la luz no fué en su principio tal y como hoy la observamos, con sus siete colores y los últimos que se le asignan, sino que del primer color o de la primera manifestación de ella, fué evolucionando hasta el estado actual y seguirá evolucionando quizás aun más. ¿Quién podrá demostrar que las ondas eléctricas de Hertz aparecieron desde un principio?

Evolucionando la materia incesantemente, de la mórula universal llegó a formarse la primera nebulosa, y de esta surgieron otras, hasta diferenciarse la materia de estrellas, soles, sistemas planetarios, Tierra, materia vegetal, animal, materia humana... creciendo siempre en cantidad y constantemente diferenciándose no sabemos hasta donde.— ¿El alma humana no será algo de la materia del hombre que superevoluciona en el momento de la muerte?

¿Existirán cuerpos celestes superrevolucionados con un medio a propósito para que prosigan su evolución las almas humanas?. — La Gloria de Dante y Milton fácil es de concebirse así, y así sus moradores: un medio supremamente bello propicio a las almas supremamente bellas.

El que un astro desaparezca, o el que la Tierra disminuya constantemente de volumen hasta desaparecer también, nada significaría para negar el constante crecimiento del Universo, porque la materia que estos astros aparentemente pierden, se transformaría en otra, que va a aumentar la de otros cuerpos del Universo, o a contribuir a que se verifiquen las constantes transformaciones de otros.

Sea la materia una, y la energía una cualidad de ella, o materia y energía una misma cosa; sea el Tiempo el factor que las crea, o sea otro (y en este caso cuál?), es más fácil concebir, por lo que observamos en nuestro medio, que el Universo haya nacido como la Unidad y que crezca infinitamente, constantemente transformándose, que lo contrario, es decir: que haya aparecido en cantidad, como actualmente se nos presenta, y que dicha cantidad no tenga otra propiedad que la de transformarse constantemente, sin aumentar ni disminuir.

En la Cosmogonía que imaginamos, se nos presenta la primera materia, es decir, la primera partícula de ella, con un poder de atracción hacia la partícula que

engendra, como algo negativo a la separación; y la materia engendrada, con una propiedad positiva, es decir, una tendencia hacia la separación: de esto resultan dos fuerzas contrarias, la atracción de la partícula primitiva y la repulsión de la engendrada, y, como resultante, un equilibrio que mantiene a dichas partículas a determinada distancia y como en un movimiento de vaivén.

De aquí que los cuerpos en el espacio, o la materia toda del Universo, se mantengan en constante movimiento por la resultante de esas dos fuerzas, la atracción hacia el centro de origen y la repulsión hacia la periferia, lo que haría pensar en la modificación del principio de Newton: "Los cuerpos en el espacio se ATRAEN Y RECHAZAN en tal o cual proporción" y no únicamente: "Se atraen en razón directa de las masas e inversa del cuadro de las distancias".

F. RAMOÑ

Los filósofos son como los pedagogos: éstos se esfuerzan en indicar la manera de enseñar ciencia que no conocen, como aquéllos pretenden sacar conclusiones trascendentales de ciencias que no poseen. No obstante las materias a que se dedican, ambos prestan utilidad en la tierra: son vías de turismo que permiten admirar paisajes soberbios sin las molestias del viaje a pié. — "Diógenes".

Canción de un pan moreno

¡Pan moreno, pan del indio
de mi raza y de mi sol,
pan que huele a tierra de aguas
y a cántaro con frescor!...

Tienes el color que tuvo
el seno que me crió:
Seno de india mexicana
caliente de corazón.

Tienes el color que tiene
la que sabe mi canción,
mujer de morenos brazos
que vive mirando al sol.

Eres de trigo moreno,
aunque dulce de sabor,
pan del preso y del soldado,
del pobre y del labrador.

A todos te das lo mismo,
como se divide el sol:
¡tienes oculta la entraña
pero tan claro el sabor!

Pan moreno me recuerdas
el seno que me crió
y hueles a tierra de aguas
y a cántaro con frescor.

J. TORRES BODET

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

El escenario aparece dividido en dos. A la derecha, un vestíbulo que comunica con el interior de la casa; a la izquierda una verja con un portalón practicable que da al exterior.

Hora tardecina, ambiente primaveral.

ESCENA I

Alrededor de la mesa del vestíbulo ahita de papeles, sentados en sendos sillones, aparecen *Rosarondo* y *Piedrabuela*.

Rosarondo: Hombre rozagante y dicharachero. *Piedrabuela*: enjuto y parco.

Piedrabuela. —Bueno; esta es mi última palabra y ya usted me conoce, seré inflexible; estoy dispuesto a dejarlo en la calle si no me paga. ¡No admito más dilaciones! Si para el 15 de este mismo mes, usted no ha levantado esos documentos, yo inicio la protesta, no espero más!

Rosarondo. —¡Pero amigo Piedrabuela!...

Piedrabuela. —Pero amigo Rosarondo, usted está abusando de nuestra amistad, usted me trata como a un chiquillo, (*con ira*) usted es... (*Pausa*).

Rosarondo. —¡Ja, ja, ja! ¿Por qué no lo dice, amigo, dígamelo: ¡Usted es un sinver-güen-za! ¿Eh, no era eso lo que me iba a decir?

Piedrabuela. —Sí, era eso, no voy a negárselo.

Rosarondo. —¡Ja, ja! ¿Y qué? ¿Voy a quererme ocultar delante suyo que hace más de veinte años negocia conmigo? ¡Sí, hombre, sí, soy un sinvergüenza! ¡Ja, já, ja!

Piedrabuela. —Le envidio su carácter. Yo en su lugar...

Rosarondo. —Se pegaba un balazo, eh? Eso es una cobardía, mi amigo.

Piedrabuela. —Más cobardía es vivir de lo que usted vive.

Rosarondo. —¿Y de qué vivo yo?

Piedrabuela. —¡De trampas, pues!

Rosarondo. —¡Qué amigo éste, que amigo! ¿Sabe que está usted algo, ¡cómo diré! algo...?

Piedrabuela. — Desconocido, eh?

Rosarondo. —En verdad, lo desconozco esta tarde. Por lo común es usted un hombre tan sereno y mesurado que esas expresiones suyas, así descarnadas, me asombran, sí, me asombran y confunden.

Piedrabuela. —Me halla usted raro hoy, ¿verdad?

Rosarondo. —Sí, amigo, lo hallo nervioso, violento; sino lo conociera como lo conozco casi diría que está usted emocionado; ¡pero emocionado usted, bah!

Piedrabuela. —¿Y si le dijera que estoy emocionado? (*Pausa*). (*Rosarondo se echa a reir sonoramente*).

Rosarondo. —¡Amigo, amigo! ¿Se quiere usted burlar de mí? ¿Me va a hacer creer que usted, el frío y experimentado hombre de negocios, siente emoción por cobrarle a otro experimentado hombre de negocios... a quien desprecia?

Piedrabuela. —¡Desprecia?

Rosarondo. —Sí, mi amigo, sí; no soy tan tonto aunque me haya arruinado. Sé que usted me desprecia, quizás no tanto por mi proceder que no está muy lejos de ser el suyo...

Piedrabuela (*Reconviniéndolo*) —Rosarondo!...

Rosarondo. —Bah, somos viejos amigos, sus escrúpulos están de más, nadie nos oye. Yo soy un sinvergüenza; pero un sinvergüenza franco...

Piedrabuela. — Y yo, hipócrita?

Rosarondo. — Es cierto; ya que hoy ha llegado el instante de poner en claro nuestras cuentas, pongamos también nuestras opiniones. Es usted un hipócrita; hay más de un pobre diablo que lo cree a usted un caballero! No tardará en arrepentirse.

Piedrabuela. — ¡Señor Rosarondo! (*De pié*).

Rosarondo. (*Sonriente y calmoso*) — Siéntese, doctor Piedrabuela, siéntese. Me parece que debe tratarme como a cómplice, sencillamente, como a cómplice.

Piedrabuela. — Ahora yo lo desconozco, amigo, lo desconozco; su lenguaje...

Rosarondo. — ¿No es el que uso en sociedad, eh? Es un lenguaje que me reservo para los amigos... de confianza... de mucha confianza... Pero siéntese, mi querido doctor, siéntese. (*Piedrabuela se sienta*). Quedábamos en que usted siente desprecio por mí.

Piedrabuela. —Yo no lo he dicho.

Rosarondo. — Pero lo piensa. (*Ademán del doctor*). No proteste, mi querido doctor, no proteste, si lo sé de sobra, mejor: *lo sabemos* de sobra; pero usted no me desprecia a mí por mi proceder comercial que es el suyo, lo repito, usted me desprecia porque me ve arruinado; y nada más que por eso!

Piedrabuela. —No sé por qué me lo dice usted.

Rosarondo. —Se lo digo porque ha de ser mucho su desprecio hacia mí, cuando usted trata de burlarse del modo que lo ha hecho.

Piedrabuela. —No veo la burla.

Rosarondo. —Sí, mi amigo, ¿no es una burla grosera querer hacerme creer a mí, su viejo cómplice, que usted se halla emocionado por cobrarme esta cuenta, amenazándome con ponerme en la calle? ¿Usted, el doctor Piedrabuela, emocionado? Oh, si usted, mi querido compañero, sería capaz de arruinar a su propio padre, sin sentir emoción alguna. ¿Recuerda?...

Piedrabuela. (*Interrumpiéndolo con vivacidad*) —No me ha entendido usted, eso es todo.

Rosarondo. —No me interrumpa, déjeme que recuerde aquel...

Piedrabuela.— (*Volviendo a interrumpir*). —Rosarondo, le ruego más serenidad, escúcheme usted, usted se halla ofuscado ahora.

Rosarondo. — ¿Yo? ¿yo ofuscado? ¡Bah! (*saca cigarrillos*). Fume, son excelentes, me quedan varias cajas que si no me apresuro a fumar... se fumará usted, mi amigo! (*Ríe. Enciende*).

Piedrabuela. —Siempre irónico usted!; pero escúcheme: Usted se halla ofuscado. Cree que yo simulo emoción porque me veo en el trance de cobrar lo que me adeuda. Bien; yo no estoy emocionado por eso. No soy tan hipócrita... ni tan bobo, aun cuando esta tarde no me halle en plena posesión de mí mismo. Mi emoción proviene de algo más... más exótico, más sobrenatural en mí, proviene de que... Usted reirá, pero siento pudor al decírselo.

Rosarondo. —¡Pudor, pudor!; a los quince años ya había olvidado yo lo que quería decir esa palabra.

Piedrabuela. —Ríase, mi amigo; ¡pero estoy enamorado!

Rosarondo. (*Con cómico aspaviento*) ¡Enamorado? ¡Hola! He aquí un notición para mí, ¿enamorado usted? ¡Me asombra!

Piedrabuela. — Y aun se asombrará más si le digo de quién estoy enamorado.

Rosarondo. —¿Supongo que no será de mi mujer?

Piedrabuela. —No es de su mujer; pero sí de su hija.

Rosarondo. (*Repite el cómico aspaviento*) —¡De mi hija?

Piedrabuela. —De su hija. (*Pausa*). ¿Qué me dice?

Rosarondo. —Que estoy lelo.

Piedrabuela. —¿Y?

Rosarondo. —¿Y, qué?

Piedrabuela. —Aguardo su opinión.

Rosarondo. —¿Mi opinión? ¿Dira usted mi consentimiento?

Piedrabuela. — Sí, su consentimiento.

Rosarondo. —Le seré franco: como negocio me conviene. ¿Porque supongo que mi futuro yerno me dará un recibo por el total de mi deuda?

Piedrabuela. —Aceptado.

Rosarondo. —Bien, no hay que hablar. Como negocio, para mí, es excelente; pero queda el punto... y aquí le toca reir a usted ahora, queda el punto sentimental, por decirlo así. Vd. puede ser abuelo de la muchacha. Ella creo que tiene su galán joven y buen mozo. ¿Lo querrá a usted, la ha dicho usted algo?

Piedrabuela. —No me he atrevido claramente, aunque me trata con marcada preferencia.

Rosarondo. —Eso no quiere decir nada, ella sabe la estimación...

Piedrabuela. —Sí, sí; ¿la estimación que usted me profesa?

Rosarondo.— Sí, sí; la estimación que nos profesamos. (*Ríe ruidosamente*). Bromas aparte: Usted necesita mi ayuda, usted me compra esa ayuda; y yo se la vendo. ¡Negocio cerrado, camarada! Trataré de ayudarlo. Usted sabe que en ello se va mi honor. O usted se casa o yo quiebro. El dilema es imperante. ¡Usted se casará! (*Toca una campanilla*). Recoja esos papeles, voy a hacer llamar a mi mujer. Usted no ha venido a hablar de negocios, usted ha venido a pedirnos la mano de nuestra hija.

(*Aparece una mucama*)

Mucama. —¿Llamó el señor?

Rosarondo. —Sí, dígale a la señora que venga, que la esperamos aquí, el doctor Piedrabuela y yo.

Mucama. — Está bien. (*Váse*).

Rosarondo. —Ahora me explico el por qué usted ha comprado los documentos que me concernían. Usted compraba mi consentimiento, al hacerse mi acreedor único. La maniobra es vieja.

Pidrabuela. —Pero no pierde su eficacia.

Rosarondo. —Es cierto. Al principio no me explicaba yo su interés por comprar mis documentos. Hasta cierta vez tuve el candor, ¿me creerá usted?, tuve el candor... Para que vea que por más experimentado que uno esté, siempre conserva una migaja de ese estúpido candor. ¡Qué bruto fuí!

Piedrabuela. —¿Y qué fué ese candor?

Rosarondo. —Tuve el candor de suponer que usted compraba mis documentos para salvarme de la ruina, para... ¡Bah! Pero ese candor fué cosa muy pasajera, se lo aseguro. Fué una ensoñación, algo así como si creyese que cualquier día va a bajar una legión de ángeles para llevarme a los cielos (*ademán*) volando como un querubín... Ja, ja, Ja! Ya está aquí mi mujer.

(*Continuará*)

EL COOPERATIVISMO

Los orígenes del cooperativismo.—

El cooperativismo es un sistema de organización económica que tiene por fin la generalización de la cooperación.

Cooperación, del latín *cooperatio* — obrar juntos.

La cooperación es, lo dice su etimología misma (co-operar), método de acción por el cual se obra, se trabaja, se hace algo en unión con otros. Pero siguiendo estrictamente la definición etimológica de la palabra, iríamos muy lejos y saldríamos también de los confines que limitan el campo de la actividad y de la acción del cooperativismo, aun del que se inspira y encuentra parte de su nutrición en el propio pensamiento burgués.

El cooperativismo, entendido del modo más amplio, desde el punto de vista burgués tiene como primer propósito, como su razón de ser, la transformación de la solidaridad involuntaria o impuesta en solidaridad querida o consciente. Quisiera hacer del instinto solidario que existe en todos los seres una fuente poderosa de bienestar para todos. Pero en la práctica, la cooperación fué utilizada también, como veremos más adelante, por una parte de la burguesía que no supo hacer más que transformarla en una nueva cadena apta para someter más estrictamente a la masa trabajadora y doliente al carro capitalista y poder explotarla así más fácilmente.

Algunos estudiosos, basándose precisamente en el instinto solidarista que se encuentra en todos los seres y que nace con ellos, hacen remontar la forma de cooperación, sobre todo en la producción, a los albores de la humanidad, buscando sus rastros y sus expresiones ya entre los primitivos. Pero reconocen que esa cooperación es inconsciente y casual.

Según nosotros, este hecho no vendría a probar nada más que el instinto profundamente arraigado del apoyo mutuo entre los seres, sea para vencer la naturaleza hostil o para hacer frente y vencer los peligros que afectan igualmente a todos, es la consecuencia, o mejor una necesidad misma de la vida social.

Pero esta tendencia, que quiere encontrar las raíces, la fuente del cooperativismo entre los primitivos, o la que no de que es el resultado de una reflexión ideológica, es fuertemente combatida por otra especie de cooperativistas que afirman, al contrario, que el cooperativismo es una imperiosa necesidad de la vida social que somos forzados a vivir, y que nació sólo a consecuencia de la explotación capitalista.

Hay otros aún que hallan una aplicación de estas ideas o métodos en la edad media bajo algunas formas de cooperativas agrícolas, que sobre todo en Francia tuvieron una cierta influencia, y asumieron una relativa importancia en aquellas épocas. Pero su verdadero comienzo, como movimiento consciente y amplio, está mucho más próximo a nosotros.

La primera cooperativa de producción en Inglaterra fué fundada en 1777 en Birmingham. En 1814 Robert Owen organizó la primera cooperación de consumo en su fábrica de New-Lamark; pero el primero de los experimentos realmente importantes y nacido de los trabajadores y al que se refieren a menudo los cooperativistas, es el de Rochdale, región no lejana de Manchester. Los tejedores de Rochdale son considerados unánimemente como los verdaderos iniciadores del cooperativismo, aunque no sea más que por que su experimento, salido de la nada, podría decirse, llegó pronto a formas verdaderamente considerables y notables.

Sus causas, objetivos y aplicaciones.-

Decíamos que el cooperativismo es un sistema de organiazción económica que tiene por objeto la generalización de la cooperación.

En la mente de sus iniciadores, la cooperación o también la "asociación" como se definía en algunas partes, era (ahora se ha molificado sensiblemente este sentido) como la panecea de todos los males, el medio para transformar del mejor modo la presente sociedad sin necesidad de la revolución y poder obtener resultados importantísimos sin recurrir a la violencia. Las primeras cooperativas que surgieron y sobre todo las más prósperas fueron las cooperativas de consumo.

"Para evitar el pago de un formidable tributo a los intermediarios del comercio, un grupo de obreros cotiza para comprar juntos un saco de harina y revenderlo después a los miembros del grupo a precios de costo, más algunos gastos mínimos de administarción. Y poco a poco, a fuerza de privaciones y de luchas, ese grupo logra atraer a otros y procurarse mutuamente todo cuanto pueden consumir, al 20, 30 por ciento por bajo de los precios dados por los otros comerciantes. Así se tuvieron las primeras cooperativas de consumo" (Kropotkin, Coopération et socialisme, *Temps Nouveaux*, agosto de 1895). Estas formas de cooperación están más difundidas porque su ideal, el de crear almacenes de venta en los cuales los consumidores sean ellos mismos los propios vendedores, está más al alcance de todas las manos y de todos los cerebros.

La asociación cooperativa de consumo ideal, perfecta, sería la que procurase a sus miembros todos los objetos necesarios a su existencia y tuviese por finalidad la supresión del comercio — entendido comunmente se entiende, como intermediario cuya función se reduce a encarecer los artículos — y de los comerciantes en tanto que comerciantes.

En una cooperativa, teóricamente, no hay intermediario entre comprador y vendedor y las mercaderías no son falsificadas. Su sistema de venta es al contado, lo que permite una inmediata realización del capital y en segundo lugar [illegible] compradores, para "eliminar los [illegible] clientes". Pero cada fin de año [illegible] el balance de los beneficios realizados y después se divide entre los miembros compradores según las compras hechas durante el año. El que más ha comprado más beneficios retira.

El compañero Pedro Kropotkin en su interesante libro *El Apoyo Mutuo* [illegible] a propósito de cooperativismo: "Las asociaciones cooperativas, particularmente en Inglaterra, son a menudo descritas como compañías de accionistas fuertes; y en el estado actual de la cooperación (el libro de Kropotkin fué publicado en 1902) tienden sin falta a producir un egoísmo cooperativo, no sólo en la comunidad, sino también entre los cooperadores mismos. No es menos cierto que en su origen el movimiento tuvo especialmente un carácter de apoyo mutuo. Hoy mismo, sus más ardientes promotores están persuadidos que la cooperación conducirá a la humanidad a una armonía más perfecta en sus relaciones económicas, y no es posible permanecer en algunas de las plazas fuertes de las cooperativas del norte de Inglaterra sin convencerse que el mayor número de la masa de los cooperadores comparten esa opinión. La mayoría de ellos perdería todo interés en el movimiento si tuviera esa fé, y hay que reconocer que, durante los últimos años, un ideal más elevado de bienestar general y de solidaridad entre productores ha comenzado a tener curso entre los cooperativistas. Hay sin duda hoy una tendencia a establecer las relaciones mejores entre los propietarios de los establecimientos cooperativos y los obreros."

Casi todas las cooperativas obreras comenzaron míseramente, oscuramente. Con dos o tres, con una docena a lo mismo, cotizando 20, 30 ó 40 céntimos semanales, hasta que, una vez reunida la suma necesaria para abrir un pequeño almacén, el núcleo inicial da vida al germen que fructificará después y llegará a ser una cooperativa de consumo. Así ocurrió para la famosa cooperativa de Rochdale.

En 1844, después de una huelga fracasada, veintiocho modestos tejedores de Rochdale, frente a la exasperación de la situación económica, se reunieron, cotizaron cada uno 20 céntimos por semana con el propósito de dar vida a un depósito de consumo cooperativo, pensando así aliviar así un poco su situación verdaderamente terrible. Con esos ahorros semanales más que escasos, casi ilusorios, recogieron 700 francos, y con ese pequeño capital abrieron un almacén. Había entonces otros almacenes cooperativos; pero esos cooperativos no tenían más que el nombre. Habían sido creados por pequeños accionistas que adquirían una, dos o tres acciones de esa empresa; que vendían al público y después se dividían las ganancias sin distribuir nada a los consumidores como hacían hasta entonces los demás comerciantes. Los cooperadores de Rochdale, guiados por Howart, un socialista partidario de la doctrina de Robert Owen, decidieron, al contrario, no dar más que una parte, el cinco por ciento, a los accionistas y dividir los beneficios restantes entre los compradores, como se practica corrientemente desde entonces en todas las sociedades coopeartivas. Este hecho tuvo el efecto de interesar a todo comprador en el desarrollo del almacén cooperativo, de hacer popular la cooperación concebida así y de propagarla en todo el país. Según el secretario de la sociedad de Rochdale, esa medida llevó en dos años a la creación de más de 200 cooperativas de consumo" (A. D. Bancel, *cooperativisme*, París, 1901).

Si la de Rochdale no es la primera cooperativa de consumo, es sin embargo la tentativa que abre el camino, que lo indica a muchas otras, inaugurando un verdadero período de realizaciones cooperativas.

En efecto y sólo para citar las más importantes que marcaron una época en la historia del movimiento cooperativista, vemos en 1865 en Alemania, en Breslau formarse una cooperativa que después será una de las más poderosas, y en Inglaterra, en Leeds, la Industrial Society, ambas surgidas de humilde origen y ambas con un desarrollo verdaderamente grandioso.

La cooperativa de Leeds fué la primera cooperativa que ayudó a los obreros en lucha contra el capital. Dió veinticinco mil francos a los obreros metalúrgicos en huelga y 150.000 en favor de la caja para la educación. La cooperativa de Leeds, en septiembre de 1897, en su veinticinco aniversario, contaba 37.000 miembros.

realizaba negocios por 25 millones de los cuales obtenía 4 millones al año de beneficio.

En 1886, un grupo de empleados de Milán, con un capital de 1712 liras, vertidas por 174 socios, inspirándose en los estatutos de los cooperativistas de Rochdale, crearon la Unione Cooperativa, que tuvo después un desenvolvimiento creciente.

Después se constituyeron en Basilea, Ginebra, etc., nuevas cooperativas.

En 1893 algunos obreros tejedores de Gante (Bélgica) se decidieron a fundar una cooperativa, la Vrije Bakkers. Algunos años después surgieron disidencias y los obreros de tendencia socialista colectivista se separaron de los demás. Pero sin embargo no abandonaron la idea de crear una nueva cooperativa, incluso con la ayuda del sindicato de tejedores, simpatizante de las ideas socialistas, que prestó 2.000 francos, y pudieron fundar la nueva cooperativa *Voorwit*, que se convirtió en una de las mayores y más prósperas.

Pero sólo más tarde y sobre todo ante la exasperación de la lucha social y el aumento de las dificultades económicas de la clase obrera, se fueron creando cooperativas cuya actividad y desarrollo nos interesan más a los anarquistas.

Las diversas formas de cooperación.

Las formas de cooperación podrían dividirse en tres grandes categorías, es decir en cooperativas de consumo, de producción y de crédito. Pero éstas a su vez podrían subdividirse en tres o cuatro categorías: Cooperativas de consumo y de producción, cooperativas de trabajo, cooperativas de construcción y en fin bajo otro aspecto, cooperativas de cooperación entre capital y trabajo como la participación en los beneficios.

Como veremos luego, lo que más nos interesa desde el punto de vista anarquista y, aun criticándolo siempre fuertemente, lo que no podemos dejar de considerar, son las dos formas más comunes de cooperación, la de consumo y la de producción.

Cooperativas de consumo.—

Las cooperativas de consumo son la formas cooperativas más ricas y más difundidas, siendo al mismo tiempo las de funcionamiento y creación más simples, aunque no sea más que porque todos somos consumidores.

Estas cooperativas son almacenes de venta en los cuales los consumidores son ellos mismos los propios vendedores, tratando así de suprimir todos los intermediarios que se colocan usualmente entre los productores y los consumidores, y cuya mayoría no sirven para otra cosa que encarecer los productos a causa de sus deducciones diversas. Los beneficios que resultan de esas cooperativas son, o deberían ser, distribuídos entre los mismos compradores, según la proporción de las compras hechas.

Cooperativas de producción.—

Son las asociaciones en las cuales el verdadero productor o los que trabajan, trabajan juntos, por cuenta propia, sin patrón y dividiéndose entre sí los beneficios obtenidos de su industria. Pueden ejercer su actividad en todas las industrias. Las hay agrícolas, manufactureras, artísticas. Están sin embargo menos difundidas que las de consumo, porque son más difíciles de realizar exigiendo un capital mayor y muyor cualidad. Son también las más sujetas a degenerar pronto por los numerosos compromisos a que son inevitablemente llevadas.

Cooperativas de consumo y de producción.—

Cuando las cooperativas de consumo son creadas, se interponen nuevas y numerosas dificultades a su desarrollo, porque si han conseguido alcanzar una parte de su objeto, el de la supresión de los comerciantes, no llegaron sin embargo a suprimir todos los intermediarios, como prometían. Entonces se presenta la cuestión y la necesidad de unirse, de federarse o crearse otras cooperativas de producción que puedan proporcionar todo o una parte de lo necesario a la cooperativa de consumo. Tenemos así formas de cooperativas mixtas o dobles que están bastante difundidas en todos los países. Las formas más comunes de estas cooperativas de consumo y de producción son las de los panaderos, sastres, zapateros, etc. etc.

Cooperativas de crédito.—

Son más bien favorecidas y sostenidas por los pequeños propietarios y los pequeños comerciante que, siempre en dificultades por la falta de capitales suficientes, son incitados a unirse y a entenderse y a darse ayuda recíproca y por consiguiente a fundar cooperativas de crédito.

Estas pueden ser de diversas especies, por ejemplo Banca o Caja popular y Bancas o Cajas rurales. Las Bancas rurales son las más difundidas, porque particularmente entre los agricultores ocurre fácilmente el caso, sobre todo en ciertas épocas del año, que uno de éllos tenga necesidad de adelantos que les permitan superar el momento crítico y llegar al periodo de la cosecha.

Para una Caja o Banca rural no se necesitan grandes capitales, lo que basta es, lo que más usualmente acontece, que los miembros, habitantes de una misma región, se declaren solidarios unos de otros, facilitando, favoreciendo incluso en un momento de necesidad la busca o la garantía del capital necesario a alguno o a varios de los cooperadores.

Los que proporcionan el crédito no reciben o no deberían recibir ningún interés, y sólo cuando hay algún beneficio va a engrosar el fondo común de la cooperativa, que es indivisible.

La primera Caja rural fué fundada en Alemania, en Flammersfeld en 1849 sobre las bases indicadas más arriba, por un cierto Reiffaisen.

Las Cajas o Bancas populares tienen como objeto el crédito, y su principio es el mismo de las Cajas rurales, pero su funcionamiento es diferente, aunque no sea más que porque deben obrar en un campo más vasto y complejo. Estas, a diferencia de las Cajas rurales, tienen necesidad de un capital que recogen emitiendo acciones, de las cuales, en ciertas Bancas, son proporcionales al crédito qu deberá recibir después el miembro. Los beneficios son divididos entre los socios según el crédito recibido.

La primera Banca popular ha sido fundada en 1850 en Sajonia, en Delitzseh, por el juez de paz de la localidad, Schultze. Tuvo luego gran desarrollo, no sólo en Alemania sino en todos los países.

Las cocperativas de trabajo.—

Están difundidas más que en ninguna parte en los países pobres, por ejemplo en Italia. No constituyen más que grupos de obreros que no pueden disponer y poner en cooperación con otros trabajadores más que sus brazos. En Italia, estas cooperativas son llamadas cooperativas de braceros o jornaleros. Se encargan de realizar determinadas labores, sea en la agricultura, sea en la construcción. Se encargan sobre todo de la construcción de casas, de calles, de vías ferroviarias por cuenta de personas privadas, de municipalidades y también del Estado.

Las cooperativas de construcción podrían llamarse también de préstamo; su fin es ayudar financieramente a los que desean tener una casita. Un grupo de personas deseosas de tener una habitación propia se reunen y tratan de recoger los capitales necesarios. Según el capital aumenta por las continuas cotizaciones hechas por los cooperadores, se saca a suerte uno o más de los asociados para edificarles su casa, sino se hace para todos a la vez. Esta forma de cooperación está bastante difundida en todos los países.

Participación en los beneficios.—

Es una forma de contrato entre la dirección y los obreros de una empresa cualquiera en virtud de la cual la primera se compromete a dar a los segundos una parte de los beneficios obtenidos por la empresa misma donde tanto los obreros como la dirección (los patrones) se comprometen a hacerla próspera y a desarrollarla más y más.

Los iniciadores de esta forma de cooperación entre capital y trabajo, entre patrones y empleados, como Linclaire, sostuvieron la opinión de que el capital en una industria, es sólo un auxiliar y como tal, no se le puede conceder la parte más considerable de los beneficios obtenidos por la industria, sino que una parte igual al menos a ella corresponde también a los obreros.

Cooperativismo y anarquismo.—

En agosto de 1895, Pedro Kropotkin escribió un artículo sobre cooperativismo y socialismo, en el que trataba de demostrar la diferencia entre las asociaciones de consumidores y de productores entonces existentes, y lo que deberán ser en la sociedad futura, diciendo: "Sabemos que en la revolución social la asociación de los consumidores y de los productores, será una de las formas de la sociedad naciente. Pero no aquellas asociaciones que tienen por objeto embolsar su plus-valía o beneficio. Por lo demás, los anarquistas criticaron siempre fuertemente el movimiento cooperativista y sobre todo su tendencia cada vez más acentuada cuanto más tienden a desarrollarse las cooperativas, a capitalizarse y a repetir el mismo error burgués."

En otro lugar, y un nuevo ejemplo entre innumerables, escribió Elíseo Reclus en una carta fechada en 1877:

"La historia de las asociaciones obreras cooperativas es ya larga y sabemos cómo en semejante materia es más peligroso aún triunfar que sucumbir. Un fracaso es una experiencia más que permite a aquellos que lo sufrieron volver a la gran corriente de la vida y de la revolución. Pero un triunfo, eso es lo fatal.

"Una asociación que triunfa, que gana dinero y se hace propietaria, se conforma fatalmente con las condiciones del capital, se aburguesa, descuenta documentos de cambio, procesa a sus deudores, recurre a las leyes, deposita sus valores en la Banca, especula con los fondos públicos, acumula capital y lo hace valer con la explotación del pobre. Se vuelve rica, entra en la gran confraternidad de los privilegiados; no es más que una compañía financiera, obligada a rechazar a los que no pueden ofrecer más que sus brazos. Completamente separada del pueblo, convertida en simple excrecencia social, se estabiliza: lejos de secundar la revolución, la combate a todo precio: todo lo que tenía de fuerza viva al comenzar su obra, lo vuelve ahora contra sus verdaderos amigos, los desheredados y los revolucionarios, y a despecho de toda la buena voluntad de sus miembros pasa al campo enemigo: no es más que una banda de traidores. Ah, amigos míos, nada deprava tanto como el éxito. Mientras nuestro triunfo no sea al mismo tiempo el de todos, tengamos la fortuna de no triunfar nunca: permanezcamos siempre vencidos".

Y Jean Grave en su libro "Reformes et révolution" escribe: "El cooperativismo ciertamente puede libertar a algunos individualmente, pero no puede convertirse en medio de liberación general".

Porque, como dice Cornelissen (*Humanité Nouvelle*, agosto de 1899), "no ataca el modo de producción y de apropiación capitalista en su principio... produce una especie de nueva pequeña burguesía que amenaza incubarse entre la pequeña burguesía propiamente dicha y el proletariado". Y esto sobre todo, porque "la cooperación no tiene nada de comunista. No es siquiera socialista. Su principio fundamental es la conquista de una ganancia más considerable y de una economía en los gastos, lo cual tiene por resultado una mayor facilidad de capitalización. Los cooperadores se reagrupan para establecer un embrión de sociedad comunista, pero no para afectar el principio de propiedad y ayudar, en cierta medida, incluso con el ejemplo, a abolir la moneda, ese verdadero símbolo de la propiedad individual. Sus grupos no tienen otro objeto que la realización individual por medio de la asociación, de un beneficio pecuniario más elevado."

El compañero Girard, en nombre de todos los compañeros de *Temps Nouveaux* escribió un largo artículo en ese periódico, 8 de enero a 11 de febrero de 1898:

"Más aún, y para citar sólo una resolución de un congreso nuestro que abordó la cuestión, transcribiré la del congreso de la Federación jurasiana celebrado en Chaux-de-Fonds en abril de 1870:

"El congreso romando, considerando que la cooperativa de producción no puede generalizarse en la sociedad actual, puesto que, si por una parte algunos trabajadores, con sus propios ahorros o con los socorros de los otros compañeros, pueden entrar en posesión de instrumentos de trabajo, es imposible por otra parte proveer de instrumentos de trabajo a la totalidad de los trabajadores, a menos de expropiar a los detentadores de capitales. Que tal imposibilidad es evidente sobre todo cuando se trata de grandes establecimientos, minas, agricultura, fábricas; que por consecuencia los cuerpos de oficio más explotados son los que menos pueden actualmente convertirse en cooperativa; que mientras una gran parte de los trabajadores permanecería en la miseria, una minoría enriquecida por medio de la cooperación, iría a aumentar las filas de la burguesía.

"Considerando, además, que la cooperativa de consumo, aunque fuese constituida sobres bases realmente socialistas, sin reservar ninguna utilidad al capital, podría tener una utilidad relativa para atenuar la miseria de los obreros, contribuyendo también a organizarlos y agruparlos:

"Pero que sin embargo, la cooperativa de consumo, si se generalizase en el actual estado social, de manera que procurase a la totalidad de los trabajadores la vida a precios más baratos, tendría por resultado el rebajamiento general de los salarios, no siendo el salario más que la parte estrictamente necesaria para vivir, concedida por el capital:

"Declara:

"Que la cooperación es la forma social que adoptará el trabajo después de la emancipación completa del proletariado, emancipación que no podrá verificarse más que con la revolución social internacional".

Como vemos por esas citas, la crítica anarquista se ha mostrado siempre severa hacia esas iniciativas, hacia ese método, que si bien hace alarde de pretensiones reformadoras, tienen tendencias demasiado puramente comerciales. Y esto sobre todo cuando las cooperativas, no hablando más que de aquellas dos formas que nos pueden interesar, la de consumo y la de producción, al desarrollarse, tienden a adquirir formas demasiado capitalistas y por consiguiente son impulsadas por una vía gradual pero inevitablemente, si no quieren perecer, de compromiso en compromiso, de modificación en modificación de su programa inicial, ocupadas como están sólo por el buen logro de los negocios y por obtener un dividendo cada vez mayor, acaban por suicidarse como organismos de renovación y de lucha contra la explotación y por anular su programa solidarista para no ser más que vulgares empresas comerciales.

En el origen fueron los mismos capitalistas los que favorecieron en diversos centros industriales y agrícolas, la creación de grandes almacenes cooperativos de consumo, prestando a los obreros capitales y en muchos casos también personal técnico, tratando así de ligar la masa obrera más sólidamente al carro de la explotación capitalista. Por lo demás, aun según los cooperadores "puros", o según la definición de Ch. Gide, los factores de la cooperación "abierta", el cooperativismo no puede ser una expresión de clase. "Si queremos hacer cooperación, — escribe Gide — es preciso renunciar a hacerla socialista según la fórmula de la lucha de clase, pues la cooperación de clase es incapaz de realizarse."

Dos aspectos de la cooperación.—

Pero con el desarrollo y la expansión del sindicato y las formas de lucha propagadas y practicadas por éste; ante la acritud creciente de la lucha entre patrones y proletarios, se fué infundiendo en la masa una tendencia cada vez más acentuada a hacer de las cooperativas un medio de lucha de clase sostenida por los sindicatos mismos, un medio de lucha integrante de la iniciada y sostenida por las masas agrupadas en sus sindicatos. Así, unidos sindicatos y cooperativas, asociados por sus intereses de productores en los sindicatos y de consumidores en las cooperativas, los obreros de muchas localidades pudieron iniciar luchas grandiosas. Mientras antes el almacén cooperativo era también del patrón, cuando ocurría un conflicto entre el capital y el trabajo, esos almacenes se cerraban a los huelguistas, haciendo así la lucha más dura y dificultosa. Sobre todo en las regiones agrícolas "el desarrollo del movimiento sindical hizo necesaria la creación de cooperativas de consumo, junto a los sindicatos, y esto por razones prácticas y de orden local. A menudo el negociante en los pequeños centros de campaña y también el propietario de una cierta extensión de terreno, bien de una manera o de otra, están ligados al propietario de la tierra. Además, la falta de concurrencia en las aldeas, los comerciantes abusan más que sus colegas de las ciudades y de los centros populosos y comerciales. El trabajador agrícola es forzado, por consiguiente, a liberarse de la doble sangría del propietario negociante y de todos los alia-

dos del propietario latifundista, que forman un frente único contra el proletariado del campo" — Concebida así la cooperación dió lugar lógicamente a la creación, en muchos centros, de varias cooperativas y a una lucha encarnizada de unas contra otras.

Lo que podrán y deberán ser las cooperativas en una revolución eventual.—

Una de las formas de cooperación — la de la producción — puede actualmente ser algo así como un lazo al cuello de los trabajadores que se adhieren a ella, porque además de descomponer todo movimiento y agitación económicos tendientes a mejorar la situación obrera, esas iniciativas llevan forzosamente a someterse a las leyes económicas burguesas que encadenan toda iniciativa económica. Después, al crear una situación de privilegiados relativamente a los demás trabajadores a sus participantes, hacen que éstos se desinteresen de toda lucha en que participa el resto de la clase trabajadora y así ponen a unos contra otros en lugar de hacerlos fraternizar como era su objetivo primordial.

La segunda forma — la de consumo — aun representando diversos peligros de degeneración de su forma primitiva en el curso de su desarrollo, permite sin embargo a las masas que participan en su vida continuar en la lucha contra el patronato por una sociedad mejor, pues les deja aun vivo el espíritu revolucionario. Aunque siempre es fomentado el egoísmo de las masas por los beneficios anualmente obtenidos, y sobre todo la apatía de muchos que no se interesan más que en vivir bien.

Los anarquistas sin embargo no se rehusan por esas razones a participar en las cooperativas y a propagar en ellas sus ideas, como lo hacemos en todas partes, en las asociaciones obreras y entre las masas inorganizadas. Pero nosotros, en tanto que anarquistas, no podemos ser cooperativistas, sobre todo en las formas en que se entiende actualmente el cooperativismo, ni menos alimentar ilusiones propias de los demócratas, de que los obreros se convertirán poco a poco todos en cooperadores y que en consecuencia, con la sola cooperación, sin necesidad de luchas ni violencias, la clase productora podrá tomar posesión de todas las riquezas sociales e instaurar un nuevo reino de bienestar, porque también los cooperativistas del cooperativismo "abierto" piensan que éste "ofrece un plano de reformas sociales que llegan hasta el colectivismo" (Ch. Gide).

Los anarquistas no creen que la cooperación sea medio suficientemente válido para la completa renovación de la sociedad, porque, fortalecidos por todas las enseñanzas pasadas, saben que una cooperativa, de consumo o producción, aun en la mejor de las hipótesis, es decir que no degenere de su fin primitivo, ofrece una resistencia demasiado débil a la reacción.

No creemos que la cooperación sea medio bastante válido para abastecer de todos los valores económicos y morales y poder echar los fundamentos de la nueva sociedad, pues sabemos que la cooperación está demasiado privada de espíritu revolucionario y sobre todo no es apta para hacer surgir de su seno aquella acción revolucionaria capaz de llevarla a la victoria, de prometerle su afirmación contra todos los elementos hostiles que tienden a minar su obra, a anular su acción.

Y para afirmarse realmente, aun en la sociedad actual, debería tener al menos el alma revolucionaria, de otro modo no será más que un medio tendiente a subyugar la clase trabajadora, no contribuyendo más que a hacerla plegarse de nuevo ante el sistema de la explotación actual.

Pero si no puede resolver todas las cuestiones sociales, el cooperativismo puede ser sin embargo una gran contribución a la obra reconstructiva de las masas revolucionarias y también actualmente la preparación revolucionaria. Pero para hacer posible que de estos organismos tan fácilmente desviados por las degeneraciones, surja lo que nosotros esperamos, hace falta más que lo que decía Bakunin en 1869: "que el cooperativismo enseñe a los obreros a dirigir sus asuntos por sí mismos sin ninguna intervención, sea del capital burgués, sea de una dirección burguesa", hace falta que ante un movimiento revolucionario no sólo no sean fuerzas hostiles, sino activas que presten su contribución a la obra común de liberación y para ello hay que inspirarlas por el espíritu antiestatista y descentralizador: anarquista, con una constante obra de educación, de ejemplo y también de guía.

Por estas razones los anarquistas seguimos con simpatía y estudiamos el desenvolvimiento de esas iniciativas, pero sobre todo procuremos que no sean actualmente un campo libre a los apetitos y deseos de los políticos y que no se conviertan en sus manos en armas poderosas contra la revolución y en nuevas formas de esclavitud, cuando deben ser armas de liberación.

Hay un segundo aspecto de la actividad de las cooperativas que nos interesa.

Al estallar la revolución, abatidas todas las viejas formas de cambio y de reparto, causas y consecuencias del régimen burgués de explotación y de desigualdad económica, las fuerzas revolucionarias tienen necesidad de dar vida inmediatamente, desde los primeros instantes, después de los primeros golpes demoledores, a nuevos órganos que puedan asumir la tarea del mantenimiento de la obra de reparto de los productos y del intercambio con el campo.

Esta obra es difícil de realizar mientras deberán tener lugar las luchas más duras de la revolución contra sus numerosos enemigos en armas y mientras las necesidades más urgentes se hagan sentir en el pueblo insurrecto. ¿Qué otros órganos, en tales circunstancias serán más apropiados que las cooperativas para asumir esa misión tan delicada como difícil? Las cooperativas, con sus ramificaciones en los diferentes barrios de las ciudades, en los alrededores, en las aldeas, en los campos; con sus sucursales en las provincias en contacto directo con los campesinos y en la posibilidad de recibir los artículos en las fuentes mismas de la producción, afirman ya la confianza de las masas y podrán triunfar en su misión eficazmente y de un modo satisfactorio, poniendo en comunicación directa y fraternal los productores y los consumidores, eliminando todos los intermediarios y la burocracia estatal, haciendo inútil por consiguiente la obra del Estado que intentará reponerse en el puesto que habrá dejado vacío la revolución.

Por lo tanto, para concluir, la cooperación no puede ser un medio de completa liberación de los trabajadores de la explotación capitalista sin que una revolución permita a esos órganos expansionarse y afirmarse, no como iniciativas "comerciales", sino como intercambio libre y directo entre productores y consumidores unidos. Obra lenta, difícil, pero importante, de edificación del embrión orgánico, técnico e industrial que permitirá a la revolución próxima seguir por una vía más recta hacia el ideal, creando una atmósfera favorable al desenvolvimiento de nuestro movimiento para la realización de nuestra finalidad: la anarquía. Pero para obtener todo eso de las cooperativas, más bien que del cooperativismo, que como vemos puede adquirir toda suerte de formas, es preciso que no se menosprecien esas iniciativas, sino que se haga todo lo que nos sea posible para influenciarlas e infundirles un espíritu libertario, anárquico, a fin de hacerlas aptas para realizar la misión que les espera y ser verdaderamente una base sólida para la fundación de la futura sociedad basada en el mutuo apoyo y la solidaridad.

HUGO TREUE

BIBLIOGRAFIA

Biblioteca "Diógenes". — La Plata. Calle 10, No. 1079.

La universitaria ciudad de La Plata es un vivero bien poblado de revistas de alto porte intelectual, de las que no repican a tales alturas, y de áticos periodiquitos estudiantiles como "El Pampero". Citar a "Valoraciones", "El Sagitario" y etc., en cuyas páginas colaboran algunas de las más esclarecidas mentalidades del país, es comprobar que la pasión por las ideas — directrices de las nuevas tendencias — la dedicación por una cultura libre del engolamiento oficialista, es un hecho viviente y tonificante. La actual juventud estudiantil y universitaria, demostró en varias ocasiones de no estar exenta de preocupaciones sociales, y si a poco andar se amainaron los entusiasmos, por lo menos se diferencia de las generaciones anteriores, todas *hijas de papá*, con tantas presunciones cuanto más infinita era su ignorancia de los momentos históricos en que vivimos: aporreadora de rusos indefensos, incendiaria de bibliotecas obreras. También en aquella existe una sensible disparidad de miras con las juventudes contemporáneas de Italia y Francia, católicas, reaccionarias y con vistas al fascismo de Estado. Todo ello, como es lógico, no pesa en la balanza de los resultados efectivos de la vida colectiva y cotidiana, ya que la educación del hogar y de las aulas contribuirá a contrarrestar estos pujos esporádicos y juveniles. Pero por algo se empieza y aunque magros los beneficios que se puedan retrotraer de tales cosas, hay que aceptarlos con buen semblante.

Entre todas esas publicaciones, parpadea una vacilante lucecita, de lumbre propia, que se proyecta de la legendaria y fantástica linterna de *Diógenes*, de aquel que fuera, en busca de un hombre en la antigua y marmórea Atenas de Alejandro. También éllos, desde el tonel de su revista, otean, en búsqueda incesante, la orientación que deben dar a su existencia intelectual y anímica para rebasarla en los demás. Esa ansia humanitaria de un tinte idealista los singulariza de otros aduares intelectualizantes.

Algunas de sus reflexiones, tildadas "Puntas de Alfiler", los caracterizan cumplidamente: *La mayoría de los escritores se engalanan con la pluma al modo de los indios, en lugar de utilizarla como arado de la mente humana.*

Otro: *La fuente principal de nuestros males no es la injusticia ni el egoísmo, sino, sencillamente, la incultura; sobre todo la incultura de los cultos, de los intelectuales y de los universitarios. Son muchos los que visten levita intelectualmente, mientras sus espíritus apenas usan el taparrabos.*

Estotro: *La principal arma que emplea Gandhi en su lucha en defensa de la India, es la "espada del sacrificio de sí mismo". Esta arma no figura todavía en los bien provistos arsenales de Occidente, y nadie piensa adoptarla entre nosotros, no obstante profesar oficialmente la religión de Cristo.*

Ahora bien, como ellos mismos manifiestan, no se podrá estar de acuerdo con la multitud de postulados que predican, pero se deberá acatar la intención, la entera buena fe y su inmaculada sinceridad.

En la entrega octubre-diciembre de 1925, anuncian un libro, y, como ellos dicen, "emprendiendo el más azaroso y largo de los viajes, asomados a las páginas del volumen inicial" de su Biblioteca. Se titula, a guisa del de Ganivet *Ideario*, "Nuclear", y añaden que es una "obra de sinceridad espiritual".

El valor más auténtico de esta campaña de *idealización* neo-orientalista, es el anonimato que conservan con rigurosidad absoluta. Contrasta ello con los circulillos literarios-artísticos, creados exprofeso para mutuos solos de bombos y platillos, alternados, de exhibición pavorealesca, de apellidos linajudos de una aristocracia agropecuaria.

Este deseo de esconderse detrás de su obra, de desaparecer sin dejar rastros visibles, es lo que más nos atrajo hacia ellos, y también por habernos pedido, como *periodistas*, anunciar su primer volumen.

"Giustizia Cinese". — M. Buridda.

Los lectores del Suplemento habrán notado y leído un apólogo que se publicara bajo el mismo epígrafe del libro, del cual daremos algunas informaciones, ya que por un olvido involuntario no se incluyeran simultáneamente como era lógico y apropiado. La gacetilla bibliográfica pertenece a nuestro colega anárquico de Roma *Fede!* Si nos tomamos el trabajo de traducirla y adaptarla en cierta manera, es por el deseo de que nuestro círculo de lectores se halle al tanto, de lo mejor y afín a nosotros, del movimiento intelectual de varios países. La amenidad de una literatura de ficción no excluye, por cierto, los propósitos serios de una prédica doctrinaria. A veces son sonrisas que, de raro en raro, iluminan nuestras páginas.

La literatura y las bellas artes orientales están de moda en Europa, hoy tal vez con una mayor recrudescencia, como no lo estuvieron hasta ahora. Se sabe que los pintores que más descollaran en los movimientos de vanguardia de las escuelas europeas, sufrieron una profunda influencia por parte de la pintura del Japón y de China. Hokusay tuvo un gran ascendiente sobre los más famosos [illegible] tradores del Occidente, Gosé, por ejemplo, y varios otros que no hemos de nombrar por no ser el lugar adecuado, ni nuestro propósito.

El afán arqueológico de los grandes *descentierros* en la busca ansiosa de pretéritas civilizaciones, unido a la racha torrencial de la traducción de las literaturas de las razas orientales y de color, muestra palmariamente lo claudicante del espíritu occidental que vacila, duda y quisiera asimilarse los secretos soterrados de las razas desaparecidas hace varios milenios, como punto de comparación y guía futura. Quiere mirarse en los movibles espejos de un pasado remoto a fin de percatarse en qué consiste la diferencia de lo contemporáneo con lo que existía hace muchos siglos. Los fríos textos de historia compuestos por todos los historiadores que tuvo la humanidad, apenas sirven como Baedekeer para estudiar, verificar y palpar la realidad viviente. ¿La cadencia? El término es demasiado convencional. Más bien honda crisis, derrota total de los valores morales ficticios, aunque tuvieron alguna vigencia en años antes de la gran catástrofe. Si; nos hallamos en una de las más peligrosas y confusas encrucijadas de la historia. Aguay de los presuntos héroes de las regresivas ideas libertarias si abandonan o desertan su puesto de combate. En los próximos años se jugarán los destinos de la humanidad. Quizás no venceremos nosotros; pero nos consuela que el cambio será radical. Peor o mejor, los módulos vitales que regirán la sociedad del porvenir serán opuestos a los de hoy y diferentes. Claro que más de forma que de fondo. Ante el vertiginoso progreso material de cualquier fórmula de la ciencia y de la industria, las ideas sociales se hallan en atraso de unos quinientos años no en los libros, sino en la práctica.

Pero volvamos a nuestra literatura china, causa de esta inapropiada e indigesta disquisición. Hace poco en Italia se publicó una colección de cuentos y parábolas bajo el título *Lung-tu-kung* (episodios o actos de justicia realizados en nombre del emperador), que constaba de diez capítulos.

Pero de los diez, el séptimo no se ha podido encontrar, por haberse perdido en los tiempos de Kao-tsu, el fundador de la dinastía de los Han, que existió en los primeros años de la era cristiana. Como los eruditos orientalistas informan, el emperador, por consejo de su ministro Li-su, ordenaba que se destruyesen todos los escritos que se encontraran en "la parte inferior del cielo", o sea Tschia, o China, que es toda la misma expresión. Cualquiera que poseyese un manuscrito en un pergamino, amenazado por penas severas, se apresuraba a entregarlo a los agentes del gobierno. No faltaron algunos estudiosos que desobedecieron las leyes, ocultando bajo tierra los textos literarios de la época. Se debe, pues, a estos malos ciudadanos que una gran parte de la antigua literatura llegase a la posteridad.

Muerto Kao-tsu, y se asegura de manera violenta, sus sucesores olvidaron el decreto, y los viejos libros chinos volvieron a florecer, tímidamente al principio, y después con cierta ostentación. Como una condena al perverso gesto imperial.

Y el "Lung-tu-kung-ngan" volvió a amenizar las vigilias de los bachilleres. Mas el manuscrito que contenía el capítulo séptimo de la famosa colección no fué descubierto sino últimamente, en la isla *Tong-ting* — que se halla en el medio del lago Tai-hu — un lago poco limpio — soterrado en un huerto célebre por los cedrones que produce.

El profesor Buridda, ilustre orientalista y docente libre en la universidad de Pisa gliari de las lenguas orientales, hizo una limpia y cuidada traducción de los varios cuentos que contiene el séptimo capítulo o, mejor dicho, la séptima vigilia, porque el "Lung-tu-kung-ngan" es considerado como una especie de Decameron. El pequeño volumen está compuesto por doce parábolas, que a través de la versión conservan su sabor exótico y la suave ironía asiática.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

AÑO V

BUENOS AIRES, 1 DE FEBRERO DE 1926

N.o 210

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO S[illegible]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU [illegible] — PRECIO: 10 cts.

Valores y giros a M. TORRENTE

Modesto Yañes
Bortolomé Mitre y Güemes
SALTA.

A la presidencia a través de la masacre

Los socialistas de tendencias moderadas; los que esperan en la madura fruta del árbol de la evolución y son partidarios de la acción sociológica con la tortuga como guía, en rarísimas ocasiones no desempeñaron roles infamantes y poco airosos en la ya larga lucha por la emancipación de la parte más derelicta de la humanidad. Ya tuviesen, como teatro de sus hazañas, Italia, Francia, Alemania, Rusia y las varias partes del mundo, salvo este país en que el partido socialista criollo es muy poca cosa y poco o nada pesa en la vida proletaria. Pero, si no pudo perpetrar daños graves y mayores, fué porque le sobraron ganas y le faltó el poder.

Es una dilatadísima historia de sucesivas ambigüedades, de hechos aviesos, de calumnias solapadas, y así como una cadena de traiciones, que se remontan a los pretéritos años de Carlos Marx con la Internacional, delatando a Bakunin. Decir que todos estos señores, quienes tratan de hacer la revolución a larguísimo plazo, en automóvil y por etapas; decir que ellos reencarnan la legendaria figura de Judas, es inferir un insulto al discípulo de Jesús, e improbable traidor. Ellos son mucho menos, son simples calumniadores que, al verse amenazados en sus intereses políticos, llaman a la policía. Son vulgares delatores en el mejor caso, siempre con contadas excepciones, sin el acento épico del Iscariote, quien, por ahogar las sierpes del remordimiento, se ahorcó junto con ellas.

Una de estas nuevas pruebas de fehaciente traición a los sagrados derechos de las reivindicaciones humanas, ha sido exornada a la luz pública, inesperadamente. Fué en un proceso instaurado en Munich, en cuyas incidencias tuvo que declarar el general Groener, el último ministro de guerra alemán, y luego el jefe del estado mayor durante la guerra. Este fué el principal testigo. Su interrogatorio duró cerca de unas cinco horas, y sus declaraciones pusieron al desnudo dos de las cuestiones que vienen debatiéndose desde los comienzos de la celebración del armisticio. La primera versaba sobre la derrota de Alemania por causa de las revueltas que habían estallado en su seno. La segunda, y la más importante para nosotros, se refería al estruendoso fracaso de la revolución alemana. En ambos tópicos, en los dos sucesos trascendentales, el general habló con una claridad meridiana y con una precisión matemática.

Freedom, nuestro colega anarquista de Londres, del cual tomamos estos ligeros datos, dice que, merced a la cuantiosa información aparecida en casi todos los diarios alemanes, está capacitado para presentar un resumen a sus lectores.

El general Groener depuso, manifestando que había sostenido una conversación con Lüdendorff en septiembre 24 de 1918, quien reconoció "que estábamos derrotados, siendo el peso más abrumador la cantidad de tanques que poseían los aliados y nuestra carencia absoluta de reservas frescas para reponer los claros y relevar a los que se hallaban en combate durante un largo período. Se realizaron varias entrevistas con los hombres más influyentes de aquel entonces, descartándose de hecho la rendición, y discutiendo las posibilidades de salvar el trono. El 6 de noviembre se consultó a los jefes de las sociedades obreras y los del partido socialista." Es aquí que, por primera vez, se encuentran los nombres de Ebert, el fallecido presidente de la república, Scheidemann, Sudekun, David Bauer y Legien.

El general, por lo pronto, se opone a la posible abdicación del kaiser. Es Ebert quien impone condiciones, declarando con toda firmeza que *la abdicación era inevitablemente necesaria si se pensaba atacar los efectos de la revolución y hacerla abortar de una vez.*

Como era natural, en completo acuerdo con Ebert, el general relata que envió diez divisiones a Berlín y cómo el 10 de noviembre pudieron concertar las operaciones que debían efectuarse con toda celeridad. Luego, para completar el plan, se resolvió un completo programa militar a fin de tratar de desarmar a la metrópoli, apelando al mariscal Hindenburg, quien, muy contra su voluntad, se avino a colaborar con Ebert.

He aquí las propias palabras del general Groener sobre estas continuas entrevistas:

—Yo y Ebert convergíamos a una misma finalidad, que consistía en establecer un gobierno lo más fuerte posible.

En esos días, cercanos a las fiestas de navidad, se produjeron momentos de verdadera ansiedad, tanto para los social-demócratas como para los conspiradores junkers, así como para las tropas, cuyo entusiasmo había decaído bastante, las cuales insistían en disolverse para transcurrir los días de navidad en sus respectivas casas.

El general de marras subraya este suceso con un comentario un si es no es irónico:

—A mí, francamente, me pareció siempre de una comicidad irresistible que a Liebknecht y sus tropas se les ocurriese también celebrar las navidades, sin percatarse que en esos días se les ofrecía la única probabilidad para triunfar.

Entretanto, Ebert no tuvo ningún inconveniente en acudir al reaccionario Noske en demanda de auxilio, y poco después eran enviadas a Berlín las tropas que coadyuvarían a sofocar el movimiento revolucionario con la matanza en masa del pueblo y con los asesinatos de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo.

El general Groener concluyó su deposición con estas significativas palabras:

—Me cabe declarar que Ebert supo manejar muy diestramente el partido independiente de los social demócratas, e hizo que mis actividades como ministro de guerra quedasen en la sombra. Lo que me impele a declarar que su genio político me mereció una muy alta estima.

Freedom, en su glosa final, escribe:

"Esta es la historia que al fin sale a la luz. Es natural que no nos haya sorprendido; pero con indecible amargura refleja que, gracias a este *genio político*, del cual los socialistas han hecho tanto acopio, Liebknecht y Rosa Luxemburgo se hallan en sus tumbas y los alemanes en la máxima orfandad, habiendo arrojado al aire la única ocasión, la única coyuntura feliz que les deparó el destino durante todo un centenar de años, y se están hundiendo más y más en el cieno, y hoy más que nunca. Es presumible, de todas maneras que lo que tengan en común con la parte más mezquina y servil de otros países, será que continuarán crucificando a sus presuntos redentores por muchos años aún."

LOS FALSOS PASTORES

¡Llegará día en que el obrero, a los "apóstoles", a los "profetas" de levita y chistera, que le pidan una banca parlamentaría, les dè un puntapié en el culo.

El terror antirrevolucionario continúa en Rusia

Circula por la prensa internacional el documento siguiente, procedente de la prisión de Tobolsk (Siberia) y firmado por 126 anarquistas y socialistas. Aunque para nosotros no tiene nada de nuevo, lo transcribimos:

"Queridos camaradas! Sabéis ya que el campo de concentración para presos políticos (socialistas y anarquistas) en las islas de Solowetzki, Mar Blanco, ha sido suprimido oficialmente. El gobierno bolchevista se apresuró a difundir por todo el mundo esa noticia.

Todos los presos políticos de Solowetzki fueron internados en dos prisiones: la mayoría en Werchne-Uralsk, los demás, unas cien personas, en Tobolsk. No poseemos en este momento noticia alguna exacta sobre las condiciones en Werchne-Uralsk; pero podemos comunicaros cuál es la situación en Tobolsk.

Se nos ha internado en la ex prisión catorgiana de Tobolsk, en la lejana Siberia. Incluso en tiempos del zarismo se dijo varias veces que las prisiones catorgianas de Siberia, en consideración a las pésimas condiciones dominantes, serían abolidas. Pero el gobierno bolchevista no ha inventado nada mejor al suprimir el campamento de Solowetzki, que la vuelta al presidio catorgiano del tiempo del zarismo.

Todos los presos que han sido sacados de las islas de Solowetzki, no estaban condenados a prisión, sino a internamiento en campo de concentración. Disfrutamos allí, no obstante la severidad de las condiciones generales dentro de la prisión, una relativa libertad de movimiento. Pero en Tobolsk hemos caído en un verdadero presidio, con celdas individuales cerradas, en donde los cubos de desperdicios apestan el aire, con empleados de vigilancia que fueron enviados especialmente para nosotros de las prisiones moscovitas de la tcheka, y que introdujeron aquí el mismo régimen severo que en la famosa prisión interior de la tcheka en Moscú."...

Siguen descripciones de las terribles condiciones sanitarias en las celdas en donde han tenido que ser amontonados de 14 a 17 personas. En la prisión no hay hospital alguno; a los numerosos presos enfermos casi no se les presta socorro médico alguno. Las celdas del piso bajo son húmedas y oscuras, sin embargo los presos enfermos deben vivir en ellas. Además están los empleados de inspección y la guardia, que están inspirados por un odio fanático contra los presos políticos y sólo esperan el momento oportuno para echarse sobre ellos. Luego se lee:

"Los señores Tomski hablan sobre la "humanidad", y las diversas delegaciones obreras de Alemania y de otros países oyen esas palabras y ensalzan en sus informes la libertad bolchevista. ¿Pero por qué no se ha mostrado durante la existencia del campamento de Solowetzki a ninguna, delegación esas prisiones? La delegación trade-unionista inglesa tuvo la intención de ir a las islas Solowetzki, pero se le impidió ese viaje bajo el pretexto de las dificultades de las comunicaciones, aunque la navegación por el Mar Blanco no estaba suspendida todavía. La prensa sovietista informa que una delegación alemana visitó la prisión de Ekaterinoslav y habló con los prisioneros políticos. No sabemos con qué presos políticos hablaron los delegados alemanes en Ekaterinoslav, donde no existe una prisión especial para los presos políticos. Pero, preguntamos, ¿por qué se blanquearon precipitadamente las sucias celdas de ese establecimiento y por qué se trasladó en la noche del 4 de agosto, directamente ante la llegada de la delegación, a los compañeros Borizenko, Tarnowski y Emu-

kaschwili, de allí a los locales de la tcheka? Preguntamos: ¿por qué ninguno de esos delegados ha visitado las prisiones de Tobolsk y Werchne-Uralsk, en las que hay internados centenares de prisioneros políticos? Si hubieran hecho eso, hubieran sabido que de 126 presos políticos en Tobolsk sólo 21 han sido judicialmente condenados, mientras que de los 260 presos de Solowetzki en Werchne-Uralsk sólo uno está internado en razón de una sentencia judicial. Los demás han sido arrestados por simple disposición de la tcheka, y precisamente no por alguna contravención, no por una lucha armada contra el gobierno bolchevista, como miente descaradamente la prensa bolchevista de Rusia y el extranjero, sino a causa de su pertenencia — en este momento cosa del pasado — a los partidos socialistas y anarquistas, sólo a causa de su modo de pensar y de sentir. Sólo uno de los 126 presos de Tobolsk está condenado a causa de supuesta participación en la insurrección de Tobolsk (El fusilamiento se le conmutó por diez años de prisión). Uno está condenado por participación en una expropiación, pero todos los demás a causa de su pertenencia a partidos políticos o a grupos anarquistas, a causa de labor partidista activa, a causa de difusión de literatura de propaganda. Por eso hemos sido arrojados en la prisión y en el campo de concentración.

Ni los tribunales en tiempos del zarismo, ni los tribunales burgueses en Europa y en América, que persiguen cruelmente a los revolucionarios, conocen algo semejante. Esto es lo terrible del terrorismo bolchevista. Todos los obreros y todos los socialistas del mundo deben saber esto: En la "libre" Rusia bolchevista, que ha superado hace mucho el período de la guerra civil y se vanagloria de su dominación consolidada, los socialistas están fuera de la ley. No hay en ella un solo socialista o anarquista conocido de las autoridades y al alcance de las garras de la tcheka, que no esté en algún campo de concentración, en alguna prisión o en algún lugar de destierro. Mientras existe este "libre" régimen, ninguno de sus prisioneros verá la libertad.

Todos estos son hechos: que los refuten los apologistas de la libertad rusa.

Os comunicamos estos hechos, compañeros, para que sepais cuán hipócritas y mentirosos son todos los discursos sobre la liquidación o sólo sobre la suavización del terror en la Rusia bolchevista. Para que sepáis que el terror impera aquí con todo su salvajismo primitivo y en el último tiempo incluso se ha vuelto más violento. Para que no seáis inducidos a error por la supresión del campamento de Solowetzki y conozcais el hecho que fué sustituído por el presidio de Tobolsk. Y para que vuestra vieja consigna, la consigna de todos los socialistas y anarquistas, resuene sin cesar en vuestras filas: "Abajo el terror en la Rusia de los Soviets!" (Siguen 126 firmas).

El anarquismo y el momento actual

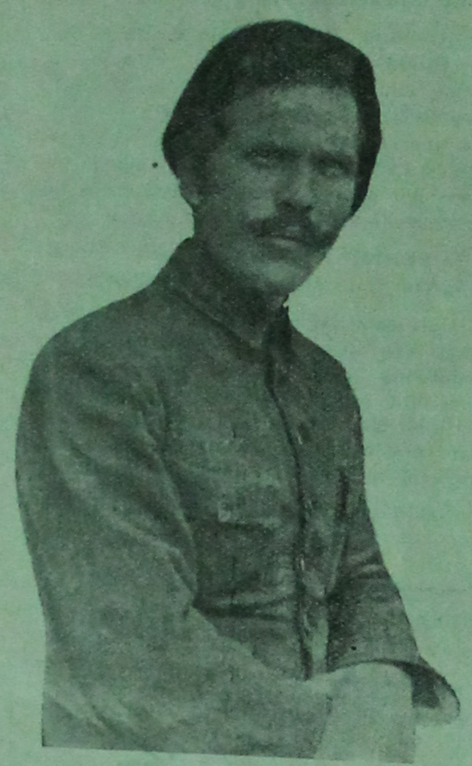
El anarquismo es una doctrina que no sólo quiere regular en un sentido propio las relaciones sociales de los hombres, es mucho más la aspiración de los hombres a la libertad y a la perfección en general.

En su camino para pasar de la teoría abstracta a la realidad, el anarquismo tiene que superar diversos obstáculos; por ejemplo: la resistencia de la sociedad burguesa-capitalista y su sistema económico y su técnica. Debe analizar a fondo la esencia de la sociedad actual y exponer simultáneamente a los oprimidos, la esencia del anarquismo.

La aspiración a la libertad es propia de todo ser, y ha sido plantada en el corazón de los hombres por la naturaleza misma.

Es necesario, pues, primeramente reanimar ese anhelo de libertad en los hombres y obrar así preparatoriamente para el anarquismo. De esa manera será posible expulsar el espíritu de la servilidad de los seres humanos y convertirlos en compañeros de lucha por la idea anarquista. Si el anarquismo ha de ser realizado prácticamente debe avanzar por el camino indicado.

En el curso de su evolución, el anarquismo no tiene fronteras. No hay orillas que estrechen su corriente, no hay diques que puedan cambiar su dirección. Lo mismo que la vida humana no puede comprimirse en una forma determinada. La aspiración hacia la más alta libertad puede ser ilimitada sin ponerse en contradicción con la teoría anarquista;



al contrario, nos lleva directamente al anarquismo, porque impide que progrese la esclavización humana.

Y sin embargo, el anarquismo como teoría es comprendido hoy sólo por muy pocos hombres, de modo que podría nacer fácilmente la idea que nuestra concepción no tiene porvenir. Pero esto es un gran error; pues el anarquismo es en todas partes viviente y activo, donde hay vida y movimiento. Es visible incluso para los que no lo conocen, pero en el momento en que se vuelve objeto de persecuciones por la clase dominante, en que sus adeptos y representantes la proclaman y sufren por él abiertamente. Entonces se revela su eficacia. Vemos hombres en lucha contra la clase dominante, que han sacudido de sí la psicología del esclavo, que ofrendan su vida por la libertad. Todo lo que parecía incomprensible en el anarquismo, se vuelve comprensible, y más que nada por los hechos de sus partidarios. En esa lucha se manifiesta la victoria del espíritu anarquista sobre el espíritu de la esclavitud.

Vemos, pues, que el anarquismo, a pesar de su finalidad ilimitada y de sus efectos, no tolera una interpretación ambigua, y además que el anarquismo se vuelve cada vez más revolucionario y sólo se atiene a los métodos revolucionarios en la lucha contra sus opresores.

Los anarquistas son combatientes revolucionarios que quieren suprimir todo gobierno, y con él las leyes por el gobierno creadas. Pero los anarquistas no sólo combaten los gobiernos, sino también a la sociedad que los ha instituído. Ante todo rechazan el espíritu y la moral de esa sociedad.

De ahí se deduce que el anarquismo en la época actual, no debe obrar permanecer únicamente en los cuadros de la actividad de los grupos conocidos hasta aquí. El efecto natural de la idea anarquista en la mentalidad de los hombres en su lucha por la libertad y el pan, es claramente reconocible. Pero sobre ese mero efecto, el anarquismo tiene que llevar la conciencia a las masas. Para eso es preciso que el anarquismo marche por vías nuevas y sobre todo, que pase a la ACCION SOCIAL.

NESTOR NACHNO

Comentarios a un congreso anarquista

Hemos concurrido al último congreso de la Federación comunista de Alemania y esta vez no queremos silenciar nuestras impresiones, aún a costa de crearnos nuevas enemistades y de extender nuestra fama de "factores internacionales de discordia". Se nos ha dicho que hemos provocado conflictos en España, en Portugal, en todos los países de América, en las colectividades rusas del extranjero y ahora nos exponemos a provocarlos en Alemania. En todos nuestros actos nos guía nuestro amor a la causa de la anarquía y jamás hemos eludido la responsabilidad que pudiera incumbirnos como consecuencia de nuestra sinceridad. Tal vez sea un defecto no tener dos caras ni poder ocultar nuestros sentimientos por conveniencias personales o por consideraciones subalternas; pero somos así y presentimos que nuestro carácter es más fuerte que nuestra voluntad de modificarlo.

Sin embargo en el caso de Alemania nos hemos contenido algunos años por varias causas: por la amistad con los camaradas influyentes de la F. A. U. D., que habría podido dar a nuestra hostilidad hacia la Federación anarquista una falsa apariencia; segundo, porque sabemos que en la Federación anarquista hay hombres de una gran sinceridad y de una ilimitada abnegación que nos dolía lesionar, y en tercer lugar porque no tomamos una parte directa en este movimiento, no obstante seguir atentamente sus pasos.

Pero después del último congreso consideramos un deber dar rienda suelta a nuestros sentimientos.

En el congreso de la Juventud anarquista sindicalista (Erfurt), una organización a cuyo frente se hallan jóvenes anarquistas entusiastas del movimiento obrero, se dijo claramente que la Federación comunista anarquista no tiene derecho a existir ya. La misma afirmación hicieron los delegados de la Juventud en el congreso de la Federación comunista anarquista que comentamos, Eugen Betzer y Rostler; Betzer estuvo en el congreso de Amsterdam de la Asociación Internacional de los Trabajadores y comprendió claramente cuál es la orientación que debe tomar el anarquismo en nuestros días; es un joven de raras cualidas oratorias y de una compresión notable y tiene en el ambiente en que actúa, una merecida influencia; contra él y la tendencia por él defendida se levantaron los inspiradores de la Federación anarquista; pero sin embargo la defensa de los puntos de vista de la juventud fué la única nota saliente y digna del congreso de la Federación.

A parte de ese problema de la Juventud, — que se ha vuelto odiosa para los hombres que inspiran la Federación anarquista por sus simpatías hacia la F. A. U. D. — se trató también la cuestión de un artículo antisemita publicado en el *Freie Arbeiter* y reproducido por la prensa fascista y se hizo resaltar una clara hostilidad contra la F. A. U. D.

Referente al antisemitismo — por más que algunos oradores se esforzaron por dorar la píldora, sacando a relucir sus conocimientos etnológicos y demás — todo observador desapasionado ha podido observar que existe realmente entre los componentes de la Federación Rocker intentó rebatir en el propio *Freie Arbeiter* el artículo de referencia y no se le consintió. Lo más lamentable es que se intentó hacer servir a Bakunin para sus menesteres, presentándolo como un antisemita por una expresión accidental contra los israelistas que lo enlodaban a pesar de la inspiración de Karl Marx. Creemos que la discusión que tuvo lugar, en ese congreso, sobre el antisemitismo, habría llenado de vergüenza a cualquier anarquista de otro país.

Referente a la cuestión sindical, la Federación, a excepción tal vez del congreso de mayo-junio de 1914, donde prevaleció una nota de simpatía hacia la actual F. A. U. D., ha sido casi siempre uno de los mayores obstáculos al desenvolvimiento de esta organización obrera. Nosotros hemos estudiado atentamente la evolución de la F. A. U. D., y hemos llegado a la conclusión que el movimiento localista, después de 1904, la muerte de Kessler, halló más impedimentos en los anarquistas para la evolución hacia la anarquía, operada decididamente en 1918, que en ningún otro factor, incluso la socialdemocracia.

El daño que hicieron los anarquistas "puros" a la F. A. U. D., antes y después de la guerra, es inolvidable. Sin embargo, pese a todo, es la F. A. U. D. la que representa hoy en Alemania el comunismo anárquico, la que lo propaga ampliamente, la que está dando a conocer nuestras ideas en el movimiento obrero.

La mayoría de los participantes en este congreso, con la misma unanimidad que lanzaban toda suerte de acusaciones a la F. A. U. D., que proclama el comunismo anárquico como finalidad, si no hablaron elogiosamente de los organismos social-demócratas, al menos rechazaron coléricos todo pensamiento de recomendar a los anarquistas miembros de ellos que abandonaran un terreno donde no puede prosperar más que la traición al proletariado. Es verdad, el congreso de la Federación anarquista no elogió los sindicatos socialdemócratas, pero al menos no los consideró tan perniciosos para el anarquismo como los de la F. A. U. D.— Con razón se indignaron los delegados de la Juventud anarquista sindicalista.

Nos llamó también la atención el menosprecio con que se trató a Rocker, ausente; nosotros no creamos ídolos, pero eso no nos impide reconocer que lo que Rocker hizo por la anarquía no son capaces de hacerlo sus detractores. Nos ha parecido advertir que las imbéciles insinuaciones contra ese camarada se deben más a la envidia y a la impotencia que a ninguna otra causa; la opinión de Rocker tiene gran peso en nuestro movimiento alemán; es uno de los hombres de más cultura, de más experiencia y de más capacidad; esto es insoportable para los inspiradores de la Federación.

Felizmente la Federación anarquista no existe más que de nombre. Se dice que la F. A. U. D. es una oragnización de Fritz Kater, porque este camarada está al frente de ese movimiento desde hace cuarenta años, habiendo hecho en ese largo período una completa evolución desde la socialdemocracia al anarquismo. Lo cierto es que la Federación anarquista da la impresión de una empresa particular de los hermanos Oestereich: Rudolf Oestereich, a quien se estima como el cerebro de la Federación, habrá llenado anónimamente muchas buenas páginas en su actuación anarquista desde hace veinte años, pero al menos públicamente no tiene en su haber más que unos años de presidio por un artículo antimilitarista, a partir de 1917, y... una lucha implacable y consecuente contra la organización obrera revolucionaria. Todo su pensamiento está dirigido contra la F. A. U. D., fuera de ella no habría más enemigos dignos de combatir; en esa labor es secundado por su hermano Richard. Nombramos estos dos camaradas, porque al revisar la prensa anarquista alemana de los últimos veinte años nos parece que son los que más contribuyeron a que el *anarquismo de la Federación* sea sectario y repulsivo: decimos el "anarquismo de la Federación", porque, en especial después de la guerra, existe en Alemania un anarquismo tal como nosotros lo concebimos y es el que prospera gradualmente

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

y el que prosperaría más si el stirnerianismo no hubiera inyectado su veneno individualista y egolátrico en aquellos mismos que se dicen comunistas anarquistas.

Aparte de los hermanos Oestereich, habría que nombrar a Petersdorf, un viejo camarada, activo ya en la época de la "oposición de los Jóvenes", redactor responsable del segundo *Sozialist;* actualmente su anarquismo viene a reducirse a un anticlericalismo o, mejor dicho, a una tendencia libre-pensadora.

Berthold Cahn, un hombre sincero que vive solamente para la propaganda, que habla indiferentemente en los grupos anarquistas o en los sindicatos de la F. A. U. D., pero que a sus buenas cualidades no agregó la de la compresión del valor del movimiento obrero; pero no es un sectario ni un ególatra.

Hay muchos otros, más desconocidos, que trabajan ardientemente por el sostenimiento de la Federación y del periódico con una buena fe digna de mejor causa. No queremos negar a nadie sinceridad y adhesión sincera a la causa del anarquismo, pero con la mejor buena fe se puede obrar en dirección diametralmente opuesta a la deseada, y este es el caso de los hermanos Oestereich, a quien personalmente no hemos oído hablar más que en los dos últimos congresos de la Federación, pero cuyos discursos confirmaron enteramente la opinión que nos habíamos formado de ellos a través de su actividad pública, en sus años de propaganda.

El órgano de la Federación, *Der Freie Arbeiter*, ha sido antes de la guerra, en particular los seis o siete primeros años de su existencia, desde 1904 a 1912, un periódico bastante bien hecho; después de la guerra ha perdido todo interés y en otro idioma, sobre todo en español, no podría existir sin mejorar su contenido. Ese periódico no está hecho para la propaganda, sino para dar apariencias de existencia a la Federación.

Los que se preocupan del problema de la organización obrera anarquista o de la organización específica del anarquismo, deberían estudiar el ejemplo de Alemania para resolverse por una o por otra forma.

Y el caso de Alemania es un caso que casi podría generalizarse.

A nosotros no se nos puede acusar de simpatías sindicalistas; hemos combatido enérgicamente el sindicalismo, pero no confundimos sindicalismo con organización obrera; para nosotros el sindicalismo es una doctrina, si lo es, adversaria del anarquismo; queremos que la organización obrera a que damos nuestra contribución de esfuerzo en una forma u en otra, reconozca el anarquismo y luche por él; la F. A. U. D. no tiene una ideología sindicalista, sino comunista anarquista, podríamos citar innumerables pruebas de ello; por eso nos parece perniciosa, la actuación de hombres como los hermanos Oestereich, que no parecen tener más propósito que combatirla, dejando reducir mientras tanto la Federación a una absoluta impotencia y editando un periódico más apropiado para alejar de nuestras ideas a los simpatizantes que para atraer nuevos prosélitos.

Tales son nuestras impresiones del congreso de la Federación anarquista, celebrado en Berlín el 25-27 de diciembre; no abrigamos ninguna animosidad contra nadie, pero sí hemos de decir que durante las sesiones del congreso hemos sentido ganas de llorar de vergüenza y no en vano hemos afirmado más de una vez que son los anarquistas los que más obstáculos ponen en el camino de la difusión y el triunfo de la anarquía.

¡Hay que reaccionar, hay que abrir los ojos del espíritu a horizontes más amplios, hay que magnificar la anarquía y no adaptarla a nuestras pasioncillas y rivalidades, hay que dar una nota más noble, más elevada, más digna de respeto para el mundo exterior que nos observa y para nosotros mismos!

Volveremos sobre este congreso. Hoy hemos dado nuestras impresiones personales.

D. Abad de Santillan

Berlín, 29 de diciembre de 1925.

ELISEO RECLUS

Eliseo Reclús no pertenece a un pueblo en particular, sino a la humanidad entera, y su muerte habrá sido sentida como una pérdida por todo hombre llegado a un cierto grado de conciencia y de elevación moral. Pertenece a la humanidad, en primer lugar por las ideas que ha profesado y practicado siempre, ideas superiores a todo prejuicio de nación y de raza; luego por su calidad de sabio honesto, porque la ciencia digna de tal nombre, la que no tiene otro fin más que la investigación sincera de la verdad, no tiene patria y no conoce fronteras; eso es lo que la diferencia notablemente de la ciencia oficial, que es francesa, alemana, inglesa, italiana, que tiene una nacionalidad y no admite la verdad más que en tanto que no perjudica ciertos principios fundamentales de los Estados burgueses y es ofrendada, como homenaje debido, en el altar de la patria. No habiendo querido Reclús hacer más que lo que le aconsejaba su conciencia de sabio honesto y de hombre libre, no obtuvo de su país ninguna de las distinciones que los gobernantes pretenden distribuir a los más meritorios. No se le ofreció siquiera una cátedra en el Colegio de Francia, cátedra que habría ocupado más dignamente que la mayoría de aquellos a quienes se concede esa distinción. Como yo preguntase por el motivo a alguien que frecuenta los círculos de la ciencia oficial: "No la solicitó jamás" — dijo. Es verdad: para obtener esa distinción *científica* habría sido preciso que Reclús fuese a estrechar la mano a los financistas en el poder y a doblar el espinazo en los ministerios.

I

Eliseo Reclús nació el 15 de marzo de 1830 en Sainte-Foy-la-Grande, pequeña ciudad a orillas del Dordogne. Era el segundo hijo de un pastor protestante, hombre de una fe rígida, y de una rectitud absoluta. Ese padre profundamente religioso y lleno de confianza en la providencia, era probo hasta el fondo del alma. Jamás le hubiese permitido su conciencia contravenir en lo más mínimo en sus actos la moral que profesaba. Nadie aplicaba más estrictamente que él la palabra del evangelio: "No os preocupéis al decir: ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos?; buscad primeramente el reino de dios y la justicia, y todas esas cosas os serán dadas por añadidura". (Mateo, VI, 31-33). Habría podido vivir con los suyos en una situación acomodada, aceptar la paga que le daba el Estado, permanecer en una comarca en que era bien mirado por las gentes influyentes, y prefirió acudir al llamado de los cristianos de Orthez (Bajos Pirineos) de donde acababa de ser expulsado un propagandista, de origen suizo que predicaba allí "la autonomía de las iglesias" formadas por grupos de convertidos al margen del Estado y de los consistorios. Y en ese rincón lejano de Francia se puso a predicar a los hombres de buena voluntad, mientras que su mujer abría una escuela para los niños. En su familia, — que fué numerosa como una familia bíblica, — el pastor era considerado no sólo como el jefe, sino, por decirlo así, como el representante de dios: su autoridad era absoluta; su oficio esencial era la educación de las almas: estaba dedicado por completo a la meditación y a la enseñanza de la palabra de dios, y llevaba el cuidado de las cosas espirituales hasta el olvido de las realidades terrestres.

Las mismas virtudes se vuelven a encontrar más tarde en Eliseo, pero más fecundas por el hecho de ser puestas al servicio de una causa más amplia, de una concepción más libre de la vida: también él tenía esa inflexible probidad de alma que le impedía transigir jamás en su conciencia, ese desprecio de las contingencias materiales que es lo único que permite realizar el ideal en la existencia cotidiana.

Es, pues, en ese medio austero e impregnado por completo con la idea del deber moral, donde creció el niño: felizmente, creció también en plena naturaleza, con varios hermanos y hermanas. Los pocos árboles que rodeaban la granja eran particularmente queridos a ese pequeño mundo. "Aquel era el dominio encantado de la vida de los niños, el mundo mágico en que todo lo que se había escuchado se volvía a crear de nuevo en figuración personal. Esos árboles constituían el verdadero templo, mucho más augusto que el templo de Baigts donde se iba dos veces todos los domingos y algunas veces más a menudo aún, por la larga carretera blanca". Así lo contó Eliseo Reclús mismo más tarde.

Siendo aun muy joven, en 1840, fué enviado lejos de la patria, a Neuwied (provincias renanas), a una institución de los hermanos moravos adonde el pastor Reclús, que se hacía singulares ilusiones sobre el valor de la institución, había enviado ya a su hijo mayor. Esos "hermanos moravos" eran en su mayor parte "sujetos dóciles, con una vida regulada de antemano por una sucesión de prácticas infantiles y de mentiras convencionales"; en cuanto al director del establecimiento, era un "buen hombre cobarde, dichoso al adular bajamente a aquellos de sus alumnos que sabía ricos y de escarnecer con la befa a aquellos que sabía pobres". Los alumnos acudían de diversos países, pero pertenecían casi todos a las razas germánicas. Los odios nacionales, todavía agudos en esa época, hacían que todos se uniesen contra los franceses y los zamarreasen con el pretexto de jugar a lo Waterloo. Así, desde su primera juventud, Eliseo conoció por experiencia directa dos de los rasgos más odiosos de la sociedad burguesa: los privilegios de que gozaban en todas partes los ricos y el odio que se excita entre los pueblos: por eso luchó toda su vida por la igualdad social y por el internacionalismo. Ese aislamiento de la casa paterna, ese rudo aprendizaje de la vida hecho desde temprana edad eran singularmente apropiados para templar un carácter. Los acontecimientos sociales acabaron de madurarlo.

El período que precedió a los movimientos insurreccionales de 1848-49 fué uno de los más activos y de los más fecundos de la historia: entonces germinaron todas las ideas que al fin del siglo XIX adquirieron un desenvolvimiento poderoso y que forman ahora las convicciones de todo lo que hay de inteligente, de honesto y de libre entre los jóvenes y los hombres adultos. Los vicios de la sociedad burguesa salida de la revolución francesa aparecieron, desde entonces, a todos los espíritus clarividentes. El resultado que se había obtenido no correspondía ciertamente a las aspiraciones de los filósofos del siglo XVIII, a las esperanzas concebidas por el pueblo. Era preciso reiniciar la gran obra y continuarla, aprovechando la experiencia adquirida. Y desde todas partes, pensadores y hombres de acción emprendían una lucha nueva más formidable que la que habían librado sus predecesores; esta vez se refería a la base misma de las sociedades pasadas y presentes, la *propiedad*, y se proponía hallar una forma social en que no hubiera desheredados, en que nadie fuera despojado de su parte de los recursos comunes. El socialismo había nacido. No era sólo en Francia donde fermentaban esta vez las ideas; Alemania, que no era entonces el país estéril, disciplinado, militarizado, prusianizado que conocemos, la Alemania que desde hacía un siglo había producido una multitud de hombres geniales, escritores, compositores, filósofos, estaba llena de espíritus libres, de utopistas generosos, de pensadores revolucionarios a fuerza de ser honestamente lógicos. Y el joven pueblo ruso, que acababa de entrar en la civilización, aportaba al movimiento de las fuerzas vírgenes todavía, no enervadas por un ejercicio demasiado prolongado y demasiado exclusivo del pensamiento, hombres de un bloc, sólidamente construídos, con instintos poderosos y una indomable voluntad de obrar, como Bakunin.

La revolución de 1848 había triunfado en Francia: los jóvenes podían hacerse ilusiones, creer en la inminencia de transformaciones sociales profundas, en la realización próxima de las ideas nuevas. Eliseo, que había frecuentado el colegio protestante de Sainte-Foy de 1842 a 1848, estaba, en 1849, con su hermano mayor, Elías, y un amigo común, en la Universidad de Montauban: los camaradas habitaban en el campo a algunos kilómetros de la ciudad; poco interesados en la enseñanza teológica, no asistieron apenas a las lecciones de los profesores y pasaron su tiempo en leer ávidamente los escritos de los filósofos y de los sociólogos, en conversar, en gozar de la naturaleza. Se permitieron hasta una escapada de varios días para ir a ver el Mediterráneo. Esa conducta de mal ejemplo, esas apariencias demasiado libres, los discursos subversivos que pronunciaban, hicieron que fueran notados por la autoridad y el decano de la facultad, a despecho de su indulgencia natural, fué obligado a significarles su licencia.

Entonces, ya el núcleo de las ideas alrededor del cual se concretó la concepción social que Eliseo Reclús defendió durante toda su vida, se había formado en él. Esas ideas no habían adquirido aún su forma definitiva; sin embargo, las reconocemos sin esfuerzo en un manuscrito inédito que remonta a esa época. Extraigo los fragmentos característicos que siguen:

"Nuestro grito es: Viva la república universal, esa república futura, en que el griego tendrá los mismos derechos que el francés, en que el samoyedo hablará en la misma asamblea que el parisién. ¿No vemos ya que los odios nacionales se borran y que se designa a los hombres más bien por sus opiniones que por sus patrias? No hay ya en el mundo más que hombres del porvenir y hombres del pasado, y cada uno de esos dos partidos inmensos forma una Confederación gigantesca que se prosigue en todos los países, sin distinción de raza ni de lengua",

"...Así, para resumir, nuestro fin político en cada nación particular, es la abolición de los privilegios aristocráticos y en la tierra entera, es la fusión de todos los pueblos.

"Nuestro destino es llegar a ese estado de perfección ideal en que las naciones no tendrán necesidad de estar bajo la tutela de un gobierno o de otra nación; es la ausencia de gobierno, es la anarquía, la más alta expresión del orden. Los que no piensan que la tierra puede pasarse jamás sin tutela, esos no creen en el progreso, esos son reaccionarios.

Pero la libertad política no es nada sin las otras libertades, no es nada sin las libertades sociales. Esa palabra libertad ¿puede tener una significación para aquellos cuyo sudor no basta, para comprar el pan de la familia, para esos obreros que extraen nuevos dolores en las revoluciones que han hecho ellos mismos? La soberanía del pueblo ¿no es una ironía cuando es ejercida por hombres cubiertos de harapos y moribundos de hambre? El derecho de ir una vez por año a llevar un trozo de papel al ayuntamiento del cantón ¿puede compensar el derecho a la vida?"

"...Para que el socialismo llegue a su perfecta expresión, para que sea realmente el ideal humano de la sociedad, es preciso que salvaguarde a la vez los derechos del individuo y los derechos de todos; es preciso que cada miembro de la asociación humana se desarrolle libremente según sus medios y sus facultades, sin ser obstaculizado por la masa de sus hermanos; es preciso al mismo tiempo que el bienestar de todos resulte del trabajo de cada uno. Algunas variedades, comunistas, por reacción contra la sociedad actual, parece que creen que los hombres deben absorberse en la masa y no ser más que como los brazos innumerables del pólipo que se agita sobre su arrecife o como las gotas de agua perdidas en el mar y levantadas por el huracán en una misma ola. Se engañan grandemente: el hombre no es un accidente, sino un ser libre, necesario y activo, que se une, es verdad, con sus semejantes, pero que no se confunde con ellos".

II

A su partida de Montauban comenzó para Eliseo Reclús uno de los períodos más activos de su vida. Se fué primero a Berlín, en apariencia para continuar sus estudios de teología, pero en realidad para seguir los cursos del geógrafo Karl Ritter. Allí vivió de la manera más precaria, dando lecciones mal retribuídas. Estaba tan pobre que no podía comprarse combustible, y se veía obligado a quedar en la cama para estudiar. Por falta de dinero no pagó los derechos universitarios: a causa de eso había sido oficialmente excluído, lo que no le impidió continuar los cursos.

En septiembre de 1851 Eliseo volvió a Orthez en compañía de su hermano Elías, a quien se había unido en Stras

burgo. Hicieron a pié el viaje a Orthez, en compañía de un gran perro que cuidaban más que a sí mismos: en total no tenían más que una treintena de francos y debieron contentarse con comer pan y acostarse al aire libre.

En diciembre estalló el golpe de Estado. Mientras que la mayoría de los notables republicanos de Orthez esperaban prudentemente lo que iba a pasar en las ciudades vecinas y evitaban comprometerse, los hermanos Reclús y algunos amigos obraron solos, lanzaron un manifiesto y trataron, sin éxito, de apoderarse del Ayuntamiento. A consecuencia de esos sucesos, Elías y Eliseo fueron obligados a desterrarse para escapar a las persecuciones. Pasaron a Inglaterra; después Eliseo se marchó a Irlanda, donde se ocupó de agricultura; de allí fué, en 1853, a la América del Norte, donde, sin recursos, ejerció toda suerte de oficios; hizo de descargador en los muelles de New York; trabajó en casa de un preparador de salazones, donde poco faltó para que lo triturara la máquina que llevaba los barriles; más tarde entró como preceptor en casa de un plantador de los alrededores de Nueva Orleans, donde fué pronto muy estimado; pero era ya abolicionista y prefirió dejar ese oasis. En 1856 lo encontramos en América del Sur, donde procura entregarse a la agricultura y, como en todas partes, se interesa en los hombres, en el país, estudia y se desarrolla. En 1857, después de la amnistía, vuelve a Francia.

Entra entonces en un período más tranquilo, en un período de trabajo asiduo que va a hacer de él en poco tiempo un sabio célebre. Desde 1859 a 1867 publica en la *Revue des Deux Mondes* una serie de artículos sobre la geografía y la política, el mayor número concerniente a América; colabora al mismo tiempo en la *Tour du monde* y otras revistas geográficas, redacta varias guías publicadas bajo la dirección de Jonne por la casa Hachette, hace traducciones de libros alemanes y americanos. En 1868-1869 aparece su gran obra en dos volúmenes, *La tierra*, que lo clasifica definitivamente entre los primeros geógrafos del mundo.

Pero nuevas convulsiones iban a agitar a Francia. Estamos en la época de la guerra franco-alemana; durante el asedio de París está en el servicio de los aerostatos en compañía de Nadal, que debía permanecer hasta el fin de su vida su mejor amigo. Se proclama la Comuna: sirve como simple soldado, es aprehendido con las armas en la mano en una salida de los federados. Sufre entonces todas las injurias y todos los malos tratos que los feroces burgueses, de quienes el infame Thiers era el digno jefe, hicieron sufrir a los vencidos. Se le envió de prisión en prisión y se acabó por condenarle a la deportación, pena conmutada por la de destierro a consecuencia de la noble protesta firmada por una serie de sabios ingleses, con Darwin a la cabeza. Esa protesta, que honra singularmente a los que la concibieron, daba en estos términos una bella lección a los burgueses franceses: "Nos atrevemos a pensar que esa vida (la de Reclús) no solamente pertenece al país que la vió nacer, sino al mundo entero, y que al reducir así al silencio a un hombre semejante o al enviarlo a languidecer lejos de los centros de la civilización, Francia no hará más que mutilarse y empequeñecer su influencia legítima sobre el mundo."

Todos estos acontecimientos no habían podido sino confirmar más a Eliseo en sus convicciones. Al mismo tiempo que reiniciaba sus trabajos científicos, participaba con un celo nuevo en la propaganda de las ideas sociales. En 1872 está en Lugano, donde escribe su conocido folleto *A mi hermano el campesino*. En 1874 va a habitar junto al lago de Ginebra, en Tour de Peilz, y al año siguiente se instala en Clarens, donde permanece hasta 1890. Es allí donde comienza su *Geografía Universal*, de la que escribe el primer volumen, *La Europa meridional*, en 1875. Desde entonces, regularmente, cada año publica un volumen de su formidable obra, lo que no le impide tomar una parte activa en el movimiento anarquista naciente: asiste a las reuniones de la Federación jurasiana, colabora en el *Travailleur*, en el *Révolté*. En 1890 vuelve a Francia y va a habitar a Sevres, donde en 1892 acaba su geografía y escribe el prefacio para el libro de Kropotkin *La conquista del pan*.

No sé si por esta breve exposición he dado una idea de la actividad prodigiosa de Reclús; pero lo que no he podido hacer, es resumir su evolución interior. No lo he conocido, desgraciadamente, más que en su vejez. Describir el desenvolvimiento de su espíritu exigiría todo un trabajo de reconstitución que no puedo intentar en este momento. Quizás las páginas siguientes, donde trataré de hacerlo ver tal como era al fin de su carrera, permitirán adivinar la influencia que los acontecimientos de su existencia agitada habían ejercido en la formación de su carácter.

JACQUES MESNIL

(*Concluirá*)

J. F. RAFFAELLI

Un maestro que no perteneció, quizás, a la línea fronteriza de los consagrados como genios; pero sí hubo de colindar con los antiguos pequeños maestros, jefes y regidores de las artesanías del medioevo, quienes, en su tosca humildad popular, eran auténticos creadores, concibiendo, labrando esas menudencias que constituyeron el encanto de la vida de entonces: ingenuas decoraciones murales de hosterías y retablos, utensilios de todas clases, siendo la alegría esplendente de la calle lo primero, y lo segundo el placer y el íntimo regocijo del hogar: eso fué Raffaelli, desaparecido algunos años hace, en edad senecta: una prolongación de aquellos artesanos, ejemplo aislado en una época moderna. Por su ascendencia italianizante, por su nacimiento, su idiosincrasia recóndita, su instintiva adhesión a los principios democráticos y su versatilidad de poliedrismo casi juglaresco, debía reeditar el tipo de artista menor de las *bottegas* florentinas. Su inquietud, que se proliferó en distintas, opuestas y numerosas direcciones, ya de orden puramente técnico, o teórico, adentrándose en las disquisiciones sociales; su apego a lo que tuviera un carácter marcadamente popular, para transformarlo en sujeto de arte, hacen que este artista atraiga nuestra mirada simpática hacia su obra, no siendo ella nada más que eso: una inmensa corriente de simpatía cordial aljofarando todos sus temas como si los revistiese de un rocío mañanero. Deténgase la atención en esto: existen obras francamente hermosas, bellas, expresivas; hay otras que, trabajadas en tonos mas modestos de emoción y de materia, ejercen un suave y casi irresistible atractivo, sin que aviven fuertes sensaciones: es el don de lo fuertemente simpático, que nos capta sin usar ningún recurso extraordinario ni poseer virtudes idem. Para juzgar o considerar la labor enorme de Raffaelli hay que tener bien presentes estos dos rasgos, los más evidentes de su personalidad: la estría pronunciada del menestral convertido en talentoso artesano con las miras ideales de artista; y este poder de simpatía comunicativa: no hay uno solo de sus personajes, aun los intencionadamente grotescos, o de traza ridícula, que no nos sean simpáticos. Esa bonhomía es una de las cualidades privativas del pueblo y de quienes incuba en su seno como artistas. Cuando la obscura conciencia de los instintos irrumpe, deflagra y pone en continua derrota la ciencia de la enseñanza, escapándose de entre las mallas de cualquier disciplina para desfogarse libremente, el arte popular se encarna en el alma candorosa de Enrique Rousseau, el aduanero; cuando esta pujanza interna es de temperatura menos subida y se aviene a domesticarse, encauzarse por las rutas armoniosas del saber, iluminada, guiada por la lucidez de una clara inteligencia y aprovechando todos los conocimientos, nociones de su tiempo, entonces surge un Raffaelli; un Raffaelli que se mudará a los leprosos arrabales de París a pintar y convivir con todos los detritus humanos y materiales de esa metrópoli.

Esta inclinación del joven pintor, evolucionando hacia una manera de arte que recogería como motivos de idealización, o mejor de dignificación, lo desdeñado por casi la mayoría de los artistas de entonces, sería suficiente para justificar esta designación, un poco caprichosa para algunos, colocando a Raffaelli entre los representantes de un arte popular, desmentida en la madura edad, al ingresar en la avalancha de los artistas de los salones mundanos de la burguesía rica. Entiéndase bien: si él se identificó con los antiguos artesanos-artistas, lo fué mas por su espíritu que por intrínseca calidad de su obra total. Como dice Romain Rolland, para que exista un arte popular, primero debe haber un pueblo.

Aunque Raffaelli fué uno de los testigos más activos y militantes del movimiento impresionista, trabajó y se hizo al margen de esa escuela, por haberse adherido tarde a ella. Camarada de los más destacados, Monet, Manet, Pissarro, Renoir y otros de la misma pléyade, su inquietud tan alerta le condujo por otras vías sin que nunca perdiera contacto con ellos. Por la prensa e *in voce*, siguió defendiendo la virtual independencia de esa renovación pictórica. Fue además de un hábil catequizador, un espíritu combativo. Sobre todo se batió contra los académicos de todas las épocas, tanto de la que le era contemporánea como de las pasadas. Su historia en pocas líneas de lo que ha sido la escuela de 1830 es ya un ejemplo de independencia mental

Refiriéndose a un grupo de artistas, hijos del pueblo, alejados de las enseñanzas y los favores oficiales, dice: "Constataremos que dicha escuela se ha compuesto, como la escuela inglesa, de individualidades totalmente diversas e independientes y que la "Escuela Nacional de Bellas Artes" que ya existía, y la influencia del "Instituto" y el "Premio de Roma" y las medallas y los subsidios y toda la gama de estímulos y encargos oficiales, no ha hecho surgir un solo nombre, un solo artista de valer, durante ese mismo tiempo. Sí, la Escuela Nacional de Bellas Artes estaba ahí, el Instituto también, y la provincia nos enviaba entonces como ahora jóvenes con pensión para estudiar las Bellas Artes y había medallas y demás prebendas oficiales.

"Y bien, hoy que todos los hombres de esa generación han desaparecido y nos es natural pronunciar un juicio definitivo y ya consagrado por el mundo entero, podemos decir: "Los hombres de genio de esa época fueron Corot, Delacroix, Millet, Courbet, Díaz, Theodore Rousseau, Barie Jules, Dupré, Troyon, Daubigni y ni uno solo de esos hombres ha sido alumno de esa Escuela ni un favorito de las recompensas y honores oficiales; fueron, por el contrario, revolucionarios, individualidades puras, que hicieron surgir su arte de su corazón y alma magnífica.

"Y en el otro campo ¿qué nombre glorioso se encuentra? ¡Ni uno! Sí, uno. Ingrés, que no fué completamente admirable más que en sus dibujos al lápiz; y el que dude que vaya a darse cuenta en la nueva sala francesa del Louvre.

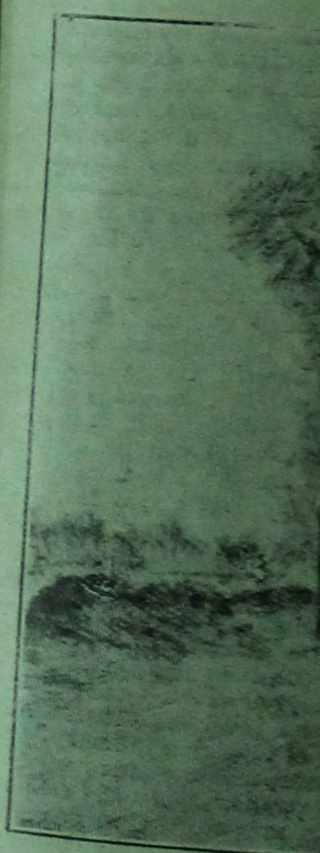
¿Y los otros? ¿Y los millares de alumnos y profesores? Ni uno solo cuyo nombre venga a la punta de la pluma puede quedar librado a la ridiculez, en esta particular ocasión; todos han sido olvidados, así como las telas de esos profesores poderosos, influyentes en vida, presidentes de jurados, directores o dictadores del gusto del día, miembros del Instituto, comendadores de todas las órdenes, familiares de todas las cortes, árbitros supremos; las telas de esos hombres olvidados, como sus nombres de pintores, arrastran sus miserias en los cuartos de los conserges, de donde no volverá a ver la luz".

Nacido Raffaelli en París el 20 de abril de 1850, de una familia de orígen italiano,, — transplantada en Francia hacia el

J. F. RAFFAELLI. — La ruta de los grandes árboles. (Punta seca a colores)

setecientos—, debido a las estrecheces económicas, prestamente se vió en la obligación, casi nimo, de afrontar el grave enigma, encerrado en el avatar de un porvenir incierto; había que embestir alegremente, y por su nativa laboriosidad y lo versátil de sus facultades pud odesempeñar con desenvoltura los empleos mas heterocl1tos y los mas curiosos oficios. Atraído por la pintura, se ingenio para acudir en horas matutinas al curso de Gerome en el Instituto de Bellas Artes, mientras que a la tarde cantaba en las iglesias y en los teatruchos de poca importancia, explotando su magnífica voz de bajo.

De regreso de un viaje a Argelia expuso una serie de escenas argelinas y poco despues algunos cuadros de asuntos históricos o románticos, sin que nadie le notase, en medio de un verdadero vacío centrífugo, del cual el ambiente periodístico, literario y artístico, tiene la exclusiva especialidad. Declarar que tampoco nadie le compró, es añadir un dato ocioso. Otro de menos alientos épicos, al enfrentarse ante el arrugado rostro de la desgracia, habría renunciado a una lucha de uno contra cien mil; mas no era él quien se dejase ganar por el desaliento. Obligado por sus precarias y siempre acosadoras condiciones financieras, debió retirarse a los extramuros y alquilar una modestísima casucha en Asnier... Fué allí, auxiliado por sus poderosas dotes de observador y de intuitiva penetración, que se puso a estudiar todos los seres y las cosas que le circundaban; contenidas en esa desolante zona eternamente encapotada por un cielo de contínuo ennegrecido por el humo de las usinas cercanas, y desahogo de todos los detritus de la metrópoli. No son muchos los aprendices de pintor que ante esa carroña viviente y humeante, hubiesen sentido la voraz tentación de tomarla como asunto de arte. Estriba ahí el mérito intrínseco del descubridor de lo inédito: en su predisposi-



J. F. RAFFAE

ma, además de los grabados, puntas secas y esculturas,— dara como típica en la histor típica y precursora de los es pintores urbanos, desde Utril Son documentos vívidos de de esos proscriptos arrabale peradas visiones de aquellas ladas, de colores neutros, a a un gris yesoso—, donde hor co en una *gusanera* heterogé ción trashumante que por ent ba a París como un jardín d

ción para encontrar lo que otros jamás habrían hallado. Es ésta la mejor época de su vida, donde había de afirmarse como un artista de inconfundible personalidad; y también es lo mas valedero y quizás durable, de su abundante producción. Después de algunos años de trabajos, de encarnizada lucha, pudo obtener el éxito y algo que pudo llamarse la fortuna. Había triunfado merced a que fué enteramente sincero y porque hizo entrega total de todos los pequeños prejuicios artísticos y de los perniciosos rezagos de una educación académica. La carta que expresa admirablemente sus sentimientos, de esos años por demás venturosos para él, está dirigida a un amigo y concebida en los siguientes términos:

"Habito en Asniers y me siento fuertemente atraído por todo el elemento extraño que se apiña cerca de las grandes ciudades. Poseo una de esas casuchas. que parecen construídas de cartón; pero de una frescura cautivante, rodeada de un pequeño jardín como para inválidos y convalecientes.

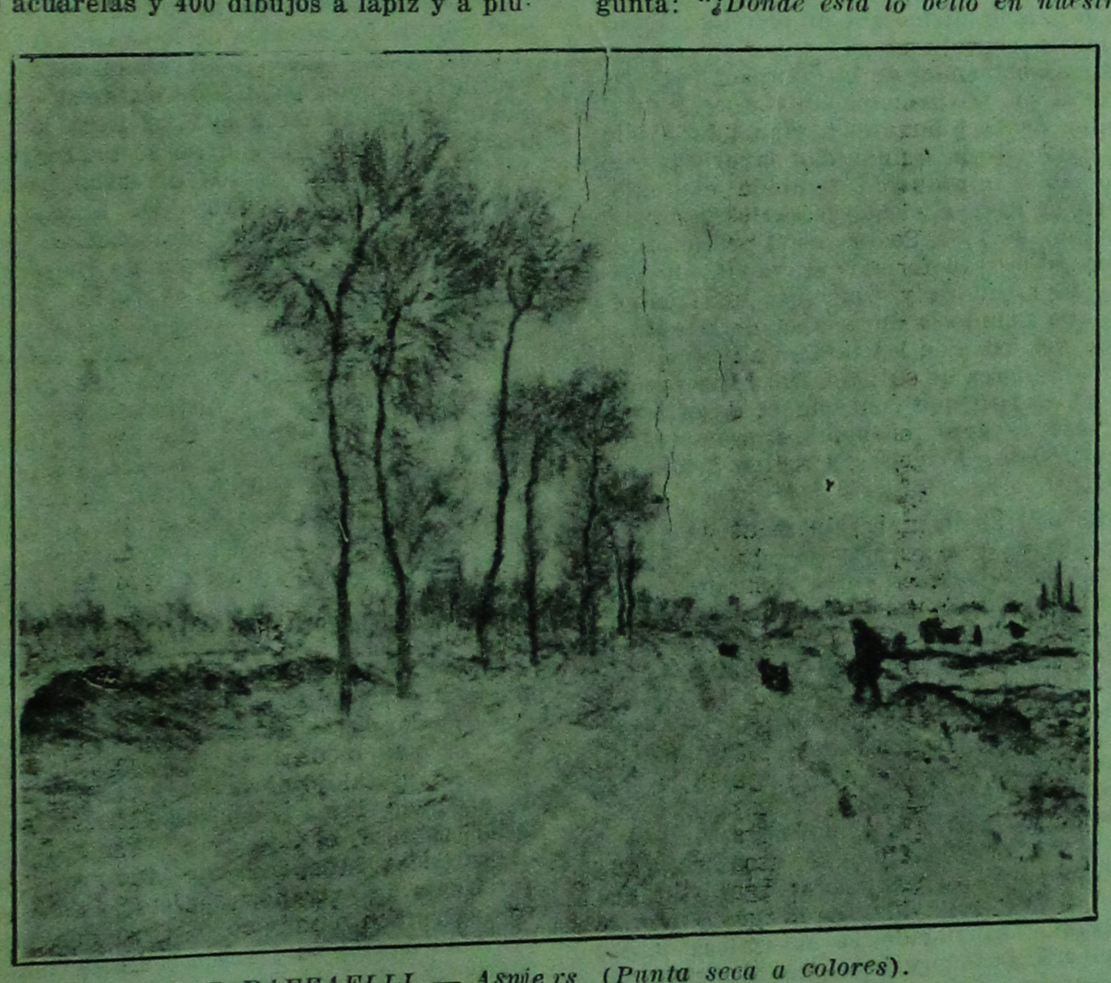
"En un rincón hay dos gallinas, un gallo y dos pichones. Existen en Asniers desnudeces de tierra en remoción, sembrada de toda suerte de escombros; cabañas de madera, habitadas por seres absurdos; caballos flacos, coches destartalados y hordas de canes errantes. Siento bien que todo esto responde a un encanto doloroso, a un amor de siluetas extrañas, y también a un vago anhelo de alta filosofía".

Los que todavía niegan el raciocinio y la substanciación de una doctrina a un pintor, se verían apurados a explicar la coincidencia y el porqué de que casi todos los más grandes artistas de la humanidad la tuvieron en grado sumo. De todos modos, esta carta nos hace ver claramente que Raffaelli era consciente de la interpretación pictórica con que vestía las concepciones sugeridas por ese ambiente en incesante fermentación. Cuando un hombre, un artista se fija un propósito y se lo coloca entre ceja y ceja para tenerlo bien presente, un día u otro logrará insuflárselo a la materia viva de la obra modelada por sus manos. En las mejores telas de esa época, están fuertemente impregnada de ese doloroso encanto, materializado a veces en una silueta humana, en un árbol, en un caserío y en áridas planicies de roñosas desnudeces.

De toda su vasta producción—, que según datos recientes comprende 700 óleos. 50 acuarelas y 400 dibujos a lápiz y a pluma, además de los grabados, aguasfuertes, puntas secas y esculturas,—es la que quedara como típica en la historia del arte—, típica y precursora de los escuadrones de pintores urbanos, desde Utrillo a Charlot. Son documentos vívidos de la desolación de esos proscriptos arrabales, las desesperadas visiones de aquellas planicies peladas, de colores neutros, avecindándose a un gris yesoso—, donde hormigueba coco en una *gusanera* heterogénea la población trashumante que por entonces rodeaba a París como un jardín del vilipendio y como un muestrario de miseria: deyecciones de las grandes ciudades. En este vasto campo de experimentaciones—, morgue de los dolores y sufrimientos humanos—, podíase ver arroyuelos fangosos serpenteando entre los montones de los mas inverosímiles resíduos,—latas, botellas, trapos sucios y etc., animando el humoso y tetrico paisaje algún arbolito de gracil fuste y desgajadas ramas, arrimado a tabucos encorvados. Y Raffaelli, mediante un dibujo en veces incisivo, supo extraer, transcribir el contristado y simpatico caracter de amargura de todos esos parias: traperos, vendedores ambulantes, lavanderas, picapedreros y astrosos vagabundos. "Rincón de una tierra desconocida", "Regreso de los traperos", "Medio día (efecto de cierzo), "A orillas del Gennevilliers", "Forjadores bebiendo", "El Guarda Barreras", "Campesina en camino a la ciudad", "Domingo en la Taberna", "Hachador", "Trapero encendiendo su pipa", son telas que han sido consideradas como lo mejor y de las más espontáneas y de pristina vena: y la viviente veracidad de los tipos, sin una acentuación en sus rasgos con el fin de apelar a un sentimentalismo barato y de cinema. Es este respeto a la realidad, es decir al carácter de que ella emana —, que le retuvo de subrayar ciertos lineamientos grotescos de la pequeña burguesía parisina, blanco un tiempo de la mordacidad de su lápiz y pincel. Ello, a pesar de sus preocupaciones literarias y sociológicas, evidenciadas en los numerosos escritos que entregara a la prensa parisiense.

Buena prueba de ello es el prólogo puesto al catálogo de la exposición de 1848, de sus cuadros, dibujos y aguasfuertes. Eran unas cincuenta páginas y se titulaba "Etude des mouvements de l'art moderne et du beau caracteristique" (Estudio de los movimientos del arte moderno y de lo bello característico).

En un estilo un poco imbuído de solemnidad, después de haber rechazado el realismo, "*porque tomado al pié de la letra no sería otra cosa que la negación del arte*" y del naturalismo "*demasiado científico para los artistas*", se proclama partidario de lo *bello característico*, observando que lo bello no está en la naturaleza y sí en el *amor consciente*, o sea en el *carácter*. Es una retorcida perífrasis para llegar donde llegaron tantos, entre ellos el *detestado* Ingres. Veamos en que se funda este *bello característico*. Se pregunta: "*¿Dónde está lo bello en nuestra sociedad democrática? Su belleza se halla en el carácter individual de sus hombres, quienes supieron lentamente conquistarse su lugar; hombres que supieron conquistar su libertad después de varios siglos de miseria, de vejaciones y de abusos miserables, en los tiempos que los más fuertes esclavizaban a los más débiles. ¡He ahí lo bello entre nosotros! Es necesario grabar los rasgos de esos individuos todos; a todos, desde el más grande hasta los más inferiores, porque todos merecieron bien de la Humanidad*""



J. F. RAFFAELLI. — Asnie rs. (Punta seca a colores).

Se puede comprobar que como generosidad de espíritu no se queda corto. En lo demás es ya otra cosa. Sin embargo, si se piensa en qué años fueron dichas estas palabras, cuando Zola creía aún en los principios democráticos, así como Clemenceau no era el de ahora y si se chamuscaba todavía en el brío de los comunalistas, se deberá reconocerle alguna valentía moral.

—

Otro de los desdoblamientos de su poliédrica personalidad es lo versátil en el cambio de los procedimientos técnicos, en la búsqueda de su perfeccionamiento, en la invención de otros nuevos y en la intensa preocupación por la materia que le servirá para expresarse plásticamente, con más agilidad o para obtener resultados curiosos. En un tiempo pasó de la pintura a la escultura, y de la escultura al grabado, intentando audaces innovaciones. Las muestras de su talento escultórico las expuso en la casa Goupil, y se hallaban fuera de los moldes de toda tradición. Eran ocho bajorrelieves en bronce, tratados pictóricamente, sin fondo, de modo que las figuras se hallaban aisladas y sus grupos o algunos árboles o los enseres de labor, presentábanse en sus perfiles principales, acentuados por el modelado en claro-oscuro que los ambientaba con una coloración que le servía de atmósfera. Los asuntos eran los predilectos de siempre: "El amolador", "Perfil de un guarda barrera", "Trapero, su perro y un árbol" y cosas parecidas.

El prefacio puesto en el catálogo por un amigo suyo, intentaba aclarar lo que él se había propuesto:

"Nadie como Raffaelli es más respetuoso del pasado de la escultura, y no hay irreverencia en querer emplear esta nueva manera escultórica para expresar lo pintoresco de nuestras costumbres íntimas. Es nada más que esta su ambición, ensayando estas imágenes recortadas, y no obstante, de un agudo realismo. Quiere la obra sin el pedestal, la escultura de los interiores de los departamentos. o más bien como una especie de decoraciones murales. La estatua y el bajorrelieve, tal como se les ha practicado hasta ahora, no pueden ser colocados en una estancia de exiguas dimensiones. Raffaelli colgará en la pared, con uno o dos centímetros de intervalo, la hoja de bronce, la cual no ocupará más lugar que el destinado para el cuadro. Encuentra el medio, así, de eternizar, mediante la materia durable, aspectos que se hallaban sometidos a la fragilidad de las telas y de los paneles, y a merced del azar de la fabricación de los colores."

Esta intentona de una escultura para los departamentos modernos, es posible le fuera sugerida por algunos de los exquisitos bronces japoneses que pudo encontrar en el palacete de los hermanos Goncourt, pacienzudos y estoicos coleccionadores de artes orientales.

Al dedicarse al grabado, y después de haber ejecutado un buen número de aguasfuertes en blanco y negro para los Croquis Parisienses de Joris, — Karl Huysmans no quiso contentarse con los métodos usuales y buscó realizar puntas secas a colores. Los primeros resultados le fueron negativos; pero luego de largas y pacientes investigaciones, intentando y volviendo a intentar, pudo crear la punta seca a colores. Fué el primero que grabó, enteramente cuatro, hasta cinco planchas para obtener una estampa a colores. Este afán en cambiar de técnica, de innovaciones continuas de oficio para luego servirse de nuevos ensayos de la escultura, del grabado, de los lápices negros o de colores; fabricado según una nueva fórmula suya; esta eterna inquietud para las cosas que sólo atañen a la materia pictórica, plástica, etc., es lo que más le avecina a los maestros de las *bottegas*, quienes fueron verdaderos sabios en cuestión de procedimientos.

—

Después de todo esto; después que era aun joven en las horas de las visiones radiantes y de las regocijadas invenciones, después de buscar, con una perseverancia ejemplar, expresar la vida de los miserables bajo los cielos invernales en los barrios leprosos de la gran ciudad, destino curioso el suyo, debía consagrar su último esfuerzo a la interpretación de los paraísos terrenales, donde se desliza la existencia de los felices de la tierra.

He ahí cómo se le recordaba en un suelto necrológico de una revista de París, en ocasión de su muerte:

"Pero urge decirlo, a pesar de la belleza que ilumina sus últimas obras, es, empero, en sus telas de juventud y de su madura edad que se debe buscar el secreto de su arte de una expresión tan fuerte y plenamente personal. No obstante la variación de sus inspiraciones y los continuos cambios de su técnica, Raffaelli queda en la historia del arte como el pintor de los barrios parisienses: esa triste zona de las alegrías pasajeras y de la miseria de la pobre gente, que él supo, con un pincel tan conmovido y agudo, poblar de figuras de una inolvidable expresión y siempre en completo acuerdo con todos los detalles de su cuadro de existencia.

Es aquí donde se revela como un óptimo artista y un creador. Antes de evolucionar hacia las armonías blancas, como en algunos retratos de jovencitas y otros de ciertas ceremonias mundanas, en los cuales el pincel toma la libertad del lápiz, Raffaelli se ensayó en algunos cuadros de género y retratos de celebridades contemporáneas. "La Familia de Juan le Boiteux" y "El Leñador y su Perro" — que quizás una de sus réplicas se halla en el Museo Nacional de aquí — y de Edmundo de Goncourt, de Gustavo Geffroy, pinturas tratadas en sus grandes partes con contrastes en los que predominan los blancos y los negros.

At.

***

Algo sobre escultura

—

La causa mayor del desentendimiento e incomprensión popular por la escultura, ha sido y es la falta de concepto en nuestros escultores, quienes cuando no han perseguido en sus obras la limitada finalidad de la forma por la forma, presentaron los desvíos o las pobrezas de los escamoteadores y mercachifles.

Y la escultura de nuestras plazas, nuestros palacios, cementerios o interiores dicen claramente la ausencia absoluta de ideales superiores, la incapacidad artística y la ignorancia respecto de la concepción escultural conforme al lugar de emplazamiento, y a la materia que ha de fijarla.

Los lugares públicos, salvo muy raras excepciones, ofrecen maniquíes informes, inexpresivos y desambientados que carecen de unidad plástica y de poder evocativo.

Se olvidó casi siempre entre nosotros que, inspirada en la vida, la verdadera obra de arte, al tomar sus formas a la naturaleza, está sujeta a sus mismas leyes de equilibrio y armonía.

Se olvidó igualmente que la escultura — afirmación de nuestra conciencia plástica — existe en su realidad formal por y para la luz. La luz mueve las masas y valoriza los relieves dotando a la obra de esa atmósfera propia que la incorpora al ambiente; es por ella, con sus oposiciones de sombras, que una escultura es un "desplazamiento de ritmos en el espacio".

Estas "cosas viejas" mejor ignoradas que sabidas, nos hacen pensar en la prueba del aire libre a que todo escultor debería someter sus obras antes de ofrecerlas al público.

El aire libre exige a la obra expuesta, ideas claras y construcciones esenciales; aclara la armoniosa dependencia de los detalles del plano; acusa la variedad infinita de los perfiles y la belleza decorativa de las siluetas.

El aire libre destaca los gestos antinaturales, las actitudes absurdas y la falta de emoción inicial en disonancia con la armonía general.

Restableciendo el equilibrio perdido, la práctica del aire libre renovaría la estética del escultor, haciéndola múltiple como la vida moderna, la que tiende cada día más a llevar su radio de actividad hacia los grandes centros públicos: la calle, la escuela, la usina, etc.

Enriqueciendo la sensibilidad que permite descubrir lo sublime en lo simple y cotidiano, habremos destruído el prejuicio tan extendido que limita al desnudo las formas dignas de ser exaltadas por el escultor, ampliando nuestros horizontes por el número y novedad de los elementos que aportaríamos.

Así lo afirman, desde los jardines de Palermo (oasis en este desierto) el "Sembrador" y el "Segador" de Meunier, "La Juventud" de Despiau y el "Sarmiento" de Rodin.

LUIS FALCINI

EL ARTE SOCIALDEMOCRATA DE LA REVOLUCION

Como los pecados de los padres se vengan en los hijos, así el proletariado paga los pecados de la revolución. Los trabajadores alemanes son mansos, pesados, pacíficos, respetuosos y ante todo creyentes en la autoridad. Cuando la guerra se perdió para Alemania y los numerosos príncipes con Guillermo de Hohenzollern a la cabeza, temiendo la venganza del pueblo por su política criminal, abandonaron su dominación y escaparon, los fundamentos de la sociedad actual estaban carcomidos. Los capitalistas temían la expropiación. Obreros y soldados formaron consejos. Se desarrolló lo que se caracteriza con la palabra revolución.

Pero esa revolución tuvo un mísero fin. En realidad no hay que maravillarse de ello, pues en el pueblo alemán no existía ninguna especie de tradiciones revolucionarias. ¡Y sin embargo! Sin embargo el curso de los acontecimientos revolucionarios fué lamentable. El proletariado alemán, infestado por décadas enteras de adiestramiento socialdemócrata y sindicalo-reformista, se demostró incapaz de concebir los atrevidos pensamientos de la revolución social e impotente para realizar valerosas acciones revolucionarias. No estaba a la altura de su misión histórica, tal como le fué profetizada por su padre doctrinario, Karl Marx. Y justamente esa actitud marxista fué la que le encadenó de pies y manos, impidiéndole el desenvolvimiento de la iniciativa revolucionaria. ¿En qué consistió la acción revolucionaria para las grandes masas? En concurrir a las asambleas a votar. Con eso se agotó la participación de ellas en la revolución. Sólo un pequeño núcleo, anarquistas, sindicalistas, espartaquistas, estaba descontento con ese sistema y quiso romper la inactividad impuesta a las grandes masas. Pero ese pequeño núcleo, a pesar de la buena voluntad, no pudo encauzar el gran desarrollo. El mando lo tenían en sus manos los jefes de la socialdemocracia. Pero ésta veía su misión histórica en estrangular la revolución y en impedir por todos los medios que fueran tocados los privilegios de la propiedad privada. Ese fué uno de los grandes pecados de la revolución, que en comunidad con todas las demás faltas, ha tenido y tiene aun que pagar caramente el proletariado alemán.

La invulnerabilidad de la propiedad privada en el curso de la revolución, hizo posible que hoy, después de siete años, los antiguos tiranos y amos saqueen del modo más desvergonzado a su pueblo en razón de los derechos de propiedad que éste no supo modificar. Reyes, duques, condes y príncipes, exigen las propiedades territoriales y demás que poseían en el tiempo de su dominación. Y si no se les devuelven voluntariamente, acusan a los gobiernos correspondientes ante los tribunales. ¿Hace falta decir que naturalmente todos los jueces de Alemania son jueces de clase y que fallan en favor de los príncipes demandantes? En esos procesos se establece que la alta nobleza de Alemania abrigaba desde el tiempo de la revolución francesa el temor de que el pueblo alemán pudiera imitar algún día a sus vecinos. Y para prevenir ese peligro y a fin de estar dispuestos a todo, los príncipes alemanes hicieron traspasar más y más la propiedad del Estado a la categoría de propiedad privada. Y ahora, bien, como se trata de propiedad privada, todo tribunal falla, claro está, en favor de los propietarios. De ese modo se han reconocido ya a los ex príncipes millones y millones. Hasta mayo de 1921 fueron enviados al ex rey de Prusia en Holanda 32 millones de marcos del tesoro de la casa real. Cuando luego se produjo la inflación, el dinero se pagó en moneda extranjera. En el peor año de la inflación, 1923, se enviaron al ex rey de Prusia, de los excedentes de la cámara real, 24.000 florines holandeses. Desde enero de 1924 recibe el apoderado de la antigua casa real 50.000 marcos mensuales. Pero eso no basta a esas señorías. Sus pretensiones son mayores. Exigen del Estado prusiano objetos de su fortuna, como palacios, cosas, bosques, tierras de agricultura, etc., por valor de 600 millones de marcos.

Pero esto no es todo lo que se paga en Alemania de los dineros de los contribuyentes, es decir, de los asalariados en primer lugar, a las antiguas familias reinantes. Los Wittelbacher en Baviera recibieron una serie de palacios y una cantidad en metálico de 60 millones de marcos oro. Los duques de Brauschweig recibieron grandes latifundios, mobiliario y además una renta de 75.000 marcos anuales. El gran duque de Weimar recibe una renta anual de 100.000 marcos, el duque de Meiningen recibe 480.000 marcos anuales. Las demandas del duque de Sajonia-Coburgo-Gotha son tan elevadas que incluso el gobierno burgués de Gotha, ha comunicado al duque que sus exigencias traen a la memoria el tratado de Versalles.

Los casos y sumas aquí mencionados son sólo una parte de las exigencias. En total son exigidos por los antiguos pequeños y grandes príncipes de Alemania unos dos mil millones de marcos. Y esas demandas son casi todas concedidas. La república alemana paga a sus antiguos príncipes rentas y cantidades superiores a las que reciben los príncipes reinantes en los demás países. Como se sabe, Alemania, después de la aprobación del plan de Dawes, recibió un empréstito de 800 millones de marcos. Pero los príncipes recibirán más del doble. Esa es la política de la república alemana, tan altamente festejada por la socialdemocracia.

Los republicanos burgueses y los demócratas sociales se quejan de que la república sea monárquica. Los socialdemócratas dicen que los gobiernos nacionales sin socialistas escatiman a los trabajadores todo penique y que al tratarse de los pagos a los monarcas arrojan el dinero a manos llenas. Esto es pura hipocresía. Los trabajadores son igualmente explotados en el Estado republicano como en el monárquico. Es verdad, es una vergüenza y una injuria para la república el que continúe pagando a los príncipes fugitivos, destronados y depuestos. Pero mayor vergüenza es para el proletariado socialista consciente y organizado de Alemania el no haber tenido durante la revolución el suficiente valor civil para confiscar la propiedad privada de los príncipes y ponerla, con el resto de la propiedad privada, al servicio de la economía socialista de las necesidades. Los campesinos franceses han echado al fuego los libros donde estaba acreditada la renta agraria de la nobleza feudal hace 150 años, después de haber saqueado los nidos feudales. Los obreros y los campesinos rusos no sólo quitaron a los zares y a la nobleza sus posesiones, sino que privaron al zar mismo de su último bien, la vida, y arrojaron del país a la nobleza. Pero los obreros alemanes dejaron intactos a sus amos. Eso tiene ahora las consecuencias apuntadas.

Desde el punto de vista de los socialistas, sindicalistas y anarquistas, es propiamente accesoria la persona que está en posesión de la tierra y de las riquezas nacionales. No les interesa si son propiedad de un Hohenzollern, de un señor Krupp o de un Stinnes o si son propiedad de un trust norteamericano; lo que les interesa es que no exista ninguna propiedad privada. Claro está, para los proletarios del presente, que han esperado de la revolución la realización de su ideal tanto tiempo anhelado y soñado, es más insoportable el pensamiento de que justamente los Hohenzollern, Wittelbach y consortes vuelvan a sus riquezas, pero la situación del obrero no mejorará si son detentadores de esas riquezas nuevos ricos o especuladores capitalistas. Sería también una ilusión creer que por medio de la nacionalización o estatización de los fideicomisos cambiaría algo el orden económico actual. Una contrariedad pública sería suprimida con eso para los republicanos, pero la explotación capitalista continuaría por los capitalistas burgueses como antes por señores de la nobleza.

Por esta razón, la aspiración del proletariado consciente debe ir más allá. La vieja revolución fué aguada desde el principio. Una nueva revolución es necesaria y esa revolución tendrá que ir a las raíces de la propiedad privada. Las exigencias de los antiguos príncipes son una enseñanza. Aquí tienen los trabajadores precisamente una lección intuitiva de cómo debe hacerse una revolución y de cómo debe realizarse. La propiedad privada y familiar de las casas reales destronadas no será abolida en Alemania más que por una nueva revolución. Pero ésta tiene que ser una revolución social. Su primera labor deberá ser la expropiación de la propiedad privada y la introducción de una economía social fundada en las necesidades. Si la revolución alemana hubiese dado ese paso, entonces no sólo estarían liquidados los Hohenzollern y demás monarquías, sino que habría sido abolido el movimiento y el peligro monárquico, que acecha todavía la ocasión propicia. Entonces no tendríamos hoy en Alemania una república sin republicanos, sino una sociedad socialista. Pero para eso es necesario que el Estado y la esclavitud del salariado sean suprimidos.

¡Proletarios de Alemania! Si queréis protegeros en el porvenir de las exigencias insolentes y arrogantes de vuestros explotadores, quitaos de la cabeza el gorro puntiagudo y cuando se trate de revolución, haced tabla rasa. Echad al diablo los bandidos antiguos y modernos, tomad la tierra y los medios de producción a vuestras manos, no dejeis que se instale ningún nuevo Estado, volved las espaldas a todos los politicantes y producid lo necesario para satisfacer vuestras necesidades y las de los vuestros.

DER SYNDIKALIST

Berlín, 28—11—1925.

El próximo número del SUPLEMENTO, que aparecerá el 8 del corriente, estará dedicado enteramente a reproducir varias cartas del inolvidable camarada Pedro Kropotkin, reunidas y comentadas por el compañero Luis Bertoni.

Ese número ha de ser leído con interés, pues los trabajos que en él insertamos, son completamente desconocidos por nuestros lectores y, creemos por casi todos los camaradas de habla castellana.

También publicaremos una extensa carta inédita (archivo Nettlau), escrita por Kropotkin en marzo de 1902, la que provocará, seguramente, vivos comentarios y polémicas.

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

I

Respecto a los inventores benefactores, la posteridad ha sido siempre avariciosa en el reparto de la fama. Conoce sólo el nombre de muy pocos iniciadores de la técnica y amontona en ellos toda la gloria y todo el reconocimiento. Así por ejemplo, hoy es reconocido generalmente a James Watt el servicio exclusivo de haber domado el vapor en una máquina y haberlo forzado a la ejecución de trabajo. Pero ya cincuenta años antes de Watt había comenzado el "rey vapor" su entrada en la dominación y obtenido la victoria sobre la fuerza muscular del hombre y del animal. Es verdad, le faltaba todavía la consagración principesca. Llegó al país lo mismo que un mendigo. Exactamente considerado, el vapor no aspiraba a la obtención de la dignidad real. No quería ser un príncipe imperante, subyugador de la humanidad, sino una ayuda en favor de la humanidad laboriosa. Así lo había introducido también el inglés Thomas Savery, el que le abrió realmente camino, en 1702. Savery es el primero que consiguió transformar el vapor en una fuerza creadora y construir una máquina que asumió la dura labor de la extracción del agua de las minas, aliviando así a los mineros de su país. Dió expresamente al escrito que contiene la descripción de ese invento, el nombre prometedor: *The Miner's Friend* (El amigo del minero).

Es útil mencionar este recuerdo al comienzo de este escrito que quiere investigar las relaciones entre el hombre y la máquina. De ese modo nos hemos puesto espontáneamente ante el problema principal que nos ocupa: ¿Se ha vuelto la máquina realmente un amigo del hombre? ¿Se ha cumplido la promesa de Savery? O ¿no se ha transformado más bien en una maldición lo que era imaginado como bendición? ¡Quién querrá comprometerse a una afirmación o a una negación absoluta! ¡A quién no llenó de asombrosa admiración y de justificado orgullo el hecho de que en el curso de tan poco tiempo hayamos subyugado la naturaleza y organizado sus degeneraciones destructoras al servicio de la acción creadora! ¿Quién no ha visto con infinita alegría aquel ejército de máquinas grandes y pequeñas que trabajan ahora como esclavos diligentes para nosotros y ejecutan la actividad más pesada y fatigosa, pero que exige también la más delicada y penosa exactitud? ¡Pero quién querrá, sin embargo, sostener que nuestra vida se ha vuelto menos fatigante y menos llena de tormentos por haber descargado la parte principal de nuestro trabajo en aquellos animales férreos!

No, el triunfo de las máquinas no es simultáneamente el triunfo de la humanidad. Es verdad, hemos multiplicado nuestra fuerza natural, es verdad, el espacio y el tiempo no son ya para nosotros separaciones; pero se constata como si pesara una funesta maldición sobre nuestro dominio de la naturaleza, como si los elementos domesticados se tomasen terrible venganza en nosotros. Lo cierto es que los hombres trabajan más que en los tiempos en que no se conocían las máquinas. Los días de fiesta se han vuelto más raros. Con la aparición de las máquinas aumentó incluso el número de las mujeres empleadas en la industria en una medida desconocida en tiempos anteriores y por primera vez hasta el niño tuvo que vender sus débiles brazos a un patrón. El esperado efecto en la unión y fraternización de los pueblos de los railes ferroviarios, esos "lazos matrimoniales" y "anillos de boda", como se expresó entusiastamente el austriaco Karl Beck a mediados del siglo pasado, no se ha realizado. La hostilidad de los diversos países quedó en pié. Más aún: esa hostilidad aumentó en una medida insospechada por la concurrencia en la busca de materias primas y de mercados. *Los railes ferroviarios no abrieron el camino al pacifismo, sino al imperialismo.* Nunca experimentó la humanidad guerras tan criminales como las de las últimas seis décadas. Pues con nuestra fuerza creadora creció también nuestra fuerza destructora. ¿Qué habría podido hacer en la guerra mundial un general con un ejército por atrevido que fuese y además por pequeño temeroso de la muerte que fuera, si no hubiese tenido por aliados a esos "diablos de metal"?

También en círculo más estrecho se mostró la máquina pronto como destructora. Fué ella la que separó a los hombres de sus medios de trabajo. El telar mecánico desalojó el telar a mano, la Jenny al torno. Para poder, en último resultado, trabajar, el tejedor e hilandero hasta entonces independiente, tuvo que adquilarse a un extraño, propietario del nuevo instrumento mágico, o tuvo que vender más barato su trabajo a fin de poder competir con él. Comenzó una terrible concurrencia entre el hombre y la máquina. Esta trabajaba cada vez más agilmente, y al artesano sólo le quedó el recurso de prolongar la jornada de trabajo y hacer de la mujer y el niño compañeros de labor.

Esa contienda, que vista exactamente, era una lucha por la afirmación de la independencia de los trabajadores, no tuvo nunca perspectivas. La máquina triunfó y el obrero cayó en completa dependencia del propietario de la máquina; se proletarizó. En lo sucesivo, los hombres cesaron de constituir una comunidad popular. La fraternidad y la justicia, esa mag-

nífica roca básica en que habían instaurado las ciudades de la edad media su templo de arte industrial y de paz social, fueron desechadas. El idioma y el hogar nativo perdieron su fuerza asociativa.

Sin embargo, no es esto lo que debe ser en primera línea objeto de nuestra consideración. Esa lucha del primer período de las máquinas ha sido ventilada y decidida. Ninguna pluma ni ningún orazo quebrantará ya la decisión. Nuestra mirada debe dirigirse principalmente al presente inmediato y al futuro. Pues — y esto es olvidado diversamente — *los perfeccionamientos e innovaciones técnicas sirven hoy, más que nunca, no tanto al aumento de la producción como a la disminución del personal y a la suplantación del trabajo manual.* Es cierto que a la mirada superficial no le parecen ya consecuencias de una naturaleza tan hondamente trastornadoras. El círculo de las víctimas es más pequeño. Pero son muchos círculos los que atrae la máquina. Continuamente son arrancados seres humanos de su distrito originario de acción. Sin hablar de los países transatlánticos que se vuelven hacia el industrialismo y en donde parece encontrarse una repetición de las mismas luchas que lidiaron los obreros de Europa sin éxito en el primer tercio del siglo pasado, y donde, como en India, un pueblo de trescientos millones se asocia para una nueva cruzada contra las máquinas.

La técnica no conoce paralización. Corre sin descanso de victoria en victoria, revolucionando continuamente los fundamentos de la producción. A Savery siguió Newcomen y el trabajo preliminar de ambos lo continuó James Watt. Durante más de un siglo dominó ilimitadamente el vapor, hasta que se le presentó en la electricidad un concurrente avasallador. También la materia que despertó del agua como un espíritu creador, el carbón, comienza a combatir el destino con él. El petróleo parece dejar fuera de curso el precioso diamante negro. Pero la técnica vuelve a echar mano a los expendedores originarios de fuerza, el agua y el viento y está en trance de independizarse del todo de las materias muertas. Así da vuelta tras incesantemente la rueda del desenvolvimiento técnico y lo que hace aun pocos siglos era motivo de burla, como una loca fantasía, se ha realizado hoy. ¿Ocurrirá lo mismo con aquel plan atrevido de utilización de la fuerza del sol para hacer funcionar los pozos artesianos y de ese modo para el cultivo de los desiertos? He ahí una temeraria perspectiva: ¡el hombre como perfeccionador y acabador de la creación divina!

Sin embargo, volvamos a lo real. Echemos una breve ojeada al desenvolvimiento del maquinismo para investigar luego lo que ha aportado a los productores mismos, si enriqueció efectivamente la vida material y espiritual de los pueblos o si, al contrario, la humanidad se convirtió en esclava de ese monstruo creado por ella misma.

***

El supremo amor

Fué detenido un anarquista llevando dos bombas en una bolsa negra. Esto sucedió en Nueva York, — suceso que nos comunica el cable. Según la novela policial, fué sorprendido cerca de los talleres del diario "Corriere de America". Interrogado más tarde por las autoridades, confesó que tenía la intención de destruir el edificio donde estaba instalado ese diario, a fin de impedir la difusión de los ideales fascistas en los Estados Unidos?"

¿Qué lo retuvo para no cometer el atentado? Un pequeño punto sentimental. Había visto que en los alrededores estaban jugando algunos niños, y desistió momentáneamente para buscar luego otra oportunidad en que no mediara el mismo inconveniente.

Y posiblemente por este pasajero desmayo de sus sentimientos, por el fugaz segundo de un enternecimiento pueril, viendo en su imaginación la muerte horrorosa de esas diminutas existencias rosadas y el tremendo dolor repercutido en todos esos hogares, hizo que fuera notado y le prendieran.

De ser cierto, de merecernos entera fe las noticias cablegráficas, habría que reconocer que sólo las *fieras anarquistas*, en el momento de reivindicar un derecho — el de responder a la violencia de los más poderosos con la débil violencia de los menos poderosos — son capaces de sentir hondamente, atenaceadoramente esos pequeños, esos insignificantes escrúpulos para los demás.

¿A qué profesional de la violencia organizada hubiera de detenerle, no la matanza de unos cuantos niños, sino de miles de ellos, acompañados de sus madres y sus parientes?

Napoleón, que en el paso del Beresina decía, al dejar tras suyo unos veinte mil soldados, ante las ruinas humeantes del puente, *"qué me importan esos sapos"*, define muy bien lo contrario, lo totalmente opuesto de quien, si se decide a eliminar algunas vidas humanas por creerlas perniciosas, rémoras para el futuro mejoramiento de la humanidad, lo hace por un irrefrenable impulso de altruísmo y entregando su propia vida, sin parar mientes en los horribles martirios que le infligirán sus verdugos.

De estos dos presuntos criminales, uno para, la "sociedad" y el otro para nosotros, ¿cuál es el verdadero héroe, en el sentido estricto de una, moralidad superior?

¿El que mata cien mil, en provecho suyo o ajeno, o el que mató uno para vengar esos cien mil?

Llegará día en que estos contrasentidos universales serán disipados, y el verdadero heroísmo colocado en su justo pedestal. Nada nos importa que esté muy lejos; más alta, más lejana se halla la utopía, más embriagadora es para nosotros. Así nuestro amor será más puro, más desinteresado. La idealidad anárquica está fuertemente tejida de este supremo desinterés, la esencia de todos los amores.

***

Lloyd George

Lloyd George tuvo indudablemente sus horas, o mejor sus largos años de intensa y febriciente celebridad. Surgido a la vida pública merced a su demagógico radicalismo contra los latifundios, ya sentado durante algunos años en el parlamento inglés, a los once meses cortos de iniciarse la guerra le hizo una zancadilla a su amigo y colega de partido, Asquith, quien por entonces desempeñaba las funciones de presidente del ministerio británico, popularizado por su famosa frase *wait and see*, o sea, espera y verá. El ministro de municiones, que lo era Lloyd George, parece que tomó al pié de la, letra el socorrido recurso verbal para aplacar las efervescencias de los ánimos, y fué él quien le hizo ver a su jefe y amigo lo que nunca esperaba le sucediera.

Conocida es su actuación en los años pasados para que empecemos a detallarla, mas lo que posiblemente no será muy notorio es su cuantiosa fortuna, tal vez la más saneada de Gran Bretaña. Es un detalle sin importancia...

Desde esos días, fervorosamente felices para él, que en compañía de Clemenceau y adláteres estaban confeccionando una nueva geografía para las especiales conveniencias de sus respectivas naciones, la gloria, el prestigio político del brujo de Gales mermó no poco. Por ello está haciendo esfuerzos desesperados para que vuelvan las jornadas del antiguo esplendor. Una de estas intentonas culminó en su proyecto, sancionado oficialmente por el partido liberal inglés, relativo a los latifundistas, que aun hoy retienen grandes cantidades de tierras para ejercer un particular deporte, mientras que en Londres hay cien mil desocupados que pudieron comer unos días gracias a una tempestad de nieve, desencadenada muy oportunamente... Nada más popular que una iniciativa de esta índole, cuando lo más necesario son las tierras, donde encontrarán cómo trabajar tantos brazos y habrá para muchas bocas...

Un talento politiquero como el de Lloyd George no podía desperdiciar semejante ocasión, y empezó a entonar el canto de los pretéritos días — Land Song — que le hiciera tan famoso; y los sufrimientos, la miseria, los dolores de los campesinos, pequeños industriales, trabajadores del campo, le sirvieron magníficamente para sus detonantes arengas que sublevan de indignación al auditorio, para estallar luego en una salva de aplausos tan placenteros para los histriones políticos.

Además, con este proyecto de una problemática repartición de tierras a los desocupados, se les hacía una competencia pavorosa a los bolicheros de enfrente, los cuales también habían formulado un plan parecido; y estos bolicheros no eran nada más que el partido laborista, con una especie de *State Socialism*, o sea socialismo de Estado, que se pensaba llevar a la práctica apenas se pudiera, o se afirmaran en el poder. Tampoco, esta nueva evolución de Lloyd George hacia sus primeros amores, no era ajena a cierto deseo de que se le proclamara jefe del partido, algún día.

A los que no les pareció ni excelente ni muy bueno este proyecto aprobado por el liberalismo británico, fué a los propietarios de tierras, a los terratenientes con inmensos cotos destinados para la caza del zorro, del ciervo y de otras pobres víctimas del hombre fiera; poco a poco empezó la retirada: Wiston Churchill, primero, luego otros otros y otros, hasta que un tal Sir Alfred Mond anunció en estos días que abandonaba el partido por disentir con Lloyd George sobre la proyectada y aparatosa idea de una futura improbable repartición de tierras.

Este pedazo de Lord finge creer que los referidos proyectos son de tendencia socialista... Nada más halagador para el saltimbanqui de Gales. Convencer a la gente *bien*, al mundillo de la rancia aristocracia, que él posee ideas avanzadas, es su mayor satisfacción. Pretende asustar, como cualquier niño terrible, y luego ... los sustos a veces son para él...

No hay duda, nada de más palpitante interés ni nada más sensacional que se ataque a esa caterva infinita de parásitos, quienes durante generaciones y generaciones vivieron a costa del sudor y de la sangre de los trabajadores del campo, sin devolver el menor beneficio a la comunidad, legalizando sus robos y empleando su poder en el parlamento para esclavizar virtualmente a los peones y a todos sus asalariados.

¿En qué consisten esos proyectos del partido liberal? Parece que se trata de proponer a los propietarios de mayores cantidades de tierra, cedan determinadas extensiones al Estado al precio que ellos mismos fijen, a fin de entregarlas, después, a los desocupados, en una palabra, a todos aquellos que soliciten trabajar en ellas.

Para el proletariado británico, ¿qué significa esta nueva táctica electoral de tierras hipotéticas? El único cambio estribará en que los alquileres los cobrará un agente del Estado, y no ya el apoderado de algún señorón.

Porque todas estas actividades con aparentes propósitos humanitarios, no tienden sino a que el partido liberal pueda obtener numerosos votos en una próxima elección, para sentarse en el parlamento y tronar contra los latifundios y los latifundistas, quienes continuarán gozando de buena salud durante mucho tiempo.

¿Ou otra cosa se podía esperar del brujo de Gales sino este otro salto mortal, que lo hará caer de pié por centésima vez?

***

Escribir...

Una serie de obras maestras desarrollando las actitudes del idioma, le han dado la riqueza, la flexibilidad y la fuerza; han creado las locuciones y las formas... Su diccionario, conteniendo los vocablos, los giros, las fórmulas y el significado de las palabras, es un arsenal donde hormiguean las ideas, de las cuales ningún escritor agotará los tesoros. A estos materiales de por sí tan ricos, la gramática y la retórica agregan sus enseñanzas...

...Se tienen repertorios de rimas, de sinónimos, de epítetos, de perífrasis, de ejemplos selectos, que basta recorrer para ver surgir infinitos puntos de vista nuevos, acercamientos ingeniosos, rasgos de espíritu...

El despojo de literaturas extranjeras aportará un último contingente, con el cual se dará un color todavía más fuerte a esta originalidad de mala ley. Corajе entonces, joven, tome y mezcle, como hacen los boticarios! Ud. es escritor, Ud. puede, como muchos, por toda una generación, llegar a ser un gran hombre.

PROUDHON

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(*Continuación*)

ESCENA II

(*Dichos y Eulalia*)

Piedrabuela (*De pié*) —Tanto gusto, señora.

Eulalia. —Gusto es el mío, doctor.

Rosarondo. (*A Eulalia*) —Siéntate. Aquí, el doctor, viene a comunicarnos algo de trascendental importancia.

(*Se sientan*)

Eulalia. —Ya han conseguido ustedes despertar mi curiosidad.

Rosarondo. —En el supuesto caso de que se durmiera alguna vez.

Eulalia. —Cómo eres, Justo. No le crea usted, doctor. Usted bien me conoce.

Piedrabuela. —La conozco y conozco a su marido, señora, sé que es un soñador y, como tal, todo lo exajera.

Rosarondo. —Muy bien. (*A Eulalia, pomposo*) He aquí el trascendental asunto por el que tenemos la dicha de recibir la visita del doctor. El doctor Piedrabuela viene a pedir nuestro consentimiento para desposar a nuestra hija Justa.

Eulalia. (*Con inusitado asombro*) —¿A?...

Rosarondo. —¡A Justa, nuestra hija!

Eulalia. — ¡A nuestra hija? ¿El doctor quiere casarse con nuestra hija?

Piedrabuela. (*Aulicamente*) —Sí, señora, a esa dicha aspiro.

Eulalia. (*Arrebatadamente, con indignación*) ¡Imposible!

Piedrabuela. —¿Cómo imposible?

Rosarondo. —¡Imposible! ¿Por qué, mujer?

Piedrabuela. —¿Por qué, señora?

(*Eulalia mira fija y largamente a Piedrabuela. Este sostiene su mirada sin inmutarse*).

Rosarondo. —Explícate.

Eulalia. —¡Es imposible!

Rosarondo. —Pero las razones tan siquiera.

Piedrabuela. —Eso es, ¿en qué razones funda su negativa?

(*Pausa larga. Ella no responde, se ve que en su interior libra una terrible lucha para aparecer serena*).

Rosarondo. (*Impaciente*) —¡Habla, pues!

Eulalia. (*Imperiosa, desbordante*) —¡Que es una infamia lo que ustedes quieren hacer, una infamia!

Rosarondo. —¿Una infamia? ¿Dices que yo quiero hacer una infamia? Yo no quiero hacer...

Eulalia. —Sí, sí; te conozco, bien que te conozco, bien sé de lo que eres capaz!...

Rosarondo. —Mujer, refrénate, no digas necedades, calma, calma...

Eulalia. —¿Calma, calma, y quieres vender tu hija? ¡Indigno! (*Se pone de pié, está visiblemente alterada*).

Rosarondo. — Qué carácter, qué carácter más irascible el tuyo, reflexiona...

Eulalia. —Esto no necesita reflexionarse, se siente! ¿Cómo vas a casar ese viejo con tu hija, joven y hermosa?

Rosarondo. — ¿Cómo vas a casar? Yo no quiero casarla: el doctor ha solicitado mi consentimiento de padre, y yo...

Eulalia. —¡Calla!

Piedrabuela. —Pero señora...

Eulalia. — Calle usted también, callen los dos, por favor, callen! ¿se empeñan en que los desprecie más de lo que los desprecio? ¡A los dos!, ¡a los dos! (*A Piedrabuela*) ¡Cuánto le ha pagado por mi hija?

Piedrabuela. —¡Señora!

Rosarondo. —¡Mujer!

Eulalia. —No se hagan los indignados. Guarden las farsas para cuando estén solos.

Rosarondo. —Me ofendes. Ofendes al doctor.

Eulalia. —Los sujetos como el doctor y como tú nunca se ofenden.

Rosarondo. (*Amenazador*) —Repara en lo que dices.

Piedrabuela (*Ofendido*) —Señora, las más elementales reglas de urbanidad social me impiden responderla; pero le ruego que no abuse de su situación privilegiada.

Eulalia. —Y las más elementales reglas de dignidad personal le debían haber impedido entrar en esta casa.

Piedrabuela. —¿Por qué, señora?

Rosarondo. —¿Por qué, si es mi amigo?

Eulalia. —¿Tu amigo? Ay, pobre doctor si no tiene mejores amigos que tú. (*Al doctor*) ¿Sabe cómo lo llama a usted su amigo?, pues, le llama: "el ladrón Piedrabuela".

Rosarondo. —¡Mujer!

Eulalia. —Tal como lo oye, doctor; jamás pronuncia su apellido sin anteponerle lo de ladrón. Así: "el ladrón Piedrabuela".

Rosarondo. —¿Pero es que hoy te has propuesto decir necedades e inconveniencias, nada más?

Eulalia. —¿Necedades? ¿Inconveniencias? ¡Verdad, sencillamente verdad!

Rosarondo. (*A Piedrabuela*) —Usted bien sabe que nunca estuvo muy bien de la cabeza, ahora parece que el mal se agrava: le ha dado por andar con la Verdad a cuestas.

Eulalia. —¡Cínico!

Piedrabuela. (*A Rosarondo*) —Comprendo, amigo, comprendo.

Eulalia (*Recalcando el plural*) —¡Cínicos!

Piedrabuela. (*Levantándose*) —Usted comprenderá, amigo Rosarondo, que debo retirarme, debo retirarme forzosamente!

Rosarondo. —Le ruego, querido doctor, que no repare en las inconveniencias de mi mujer.

Piedrabuela. —Sí, pero mi...

Rosarondo. —Comprendo, su delicadeza se siente ofendida.

Piedrabuela. —Eso es, mi delicadeza.

Eulalia. (*Sarcástica*) —¡Ja, ja, ja! ¡Su delicadeza!

Rosarondo. —Siéntese, mi querido doctor.

(*Se sientan*).

Eulalia. —Dígame: ¿puede hablar de su delicadeza un viejo que pretende comprar a una joven, aprovechando su mala situación pecuniaria y la desvergüenza del padre?

Piedrabuela. —Señora, yo amo a su hija...

Eulalia. —¡Calle! Está usted insultando el Amor. Bien, aunque usted la ame, ella no podrá amarlo a usted.

Piedrabuela. —¿Por mi edad? No es un obstáculo, quizás aboguen por mí mis condiciones morales...

Eulalia. (*A Rosarondo*) —¡Y monetarias! (*A Piedrabuela*) Desengáñese. Justa no lo amaría a usted aun cuando fuese usted un bazar de virtudes. No se exponga a una negativa que va a herir su vanidad.

Piedrabuela. —¿Por qué, señora?

Eulalia. —Primero: porque conozco bien a mi hija; y sé que tiene pudor...

Piedrabuela. — ¡Pudor!

Rosarondo. —¡Pudor!

Eulalia. —Pudor, sí, pudor. Aunque ustedes hayan olvidado lo que es eso, aun existe, y no lo defino por no ofenderlos. Segundo: porque Justa, (*A Rosarondo*) Justa es mi hija...

Rosarondo. —Nuestra hija.

Eulalia. —Justa, mi hija, ama ya; y ama a un hombre joven y digno como ella.

Rosarondo. —¡Ama! ¿Y cómo no me has dicho nada a mí, su padre?

Eulalia. (*Irónica*) —Como no era un asunto con el cual pudieras ganar dinero...

Rosarondo. —¿Cuándo hablarás sin ofenderme?

Eulalia. (*De pié, resueltamente*) —Bien, doctor, si no lo ha traído otro asunto a esta casa, puede usted retirarse de ella (*El doctor hace ademán de irse, ofendido. Rosarondo lo detiene.*) Aunque esta visita le habrá sido instructiva; le ha enseñado a usted, viejo usurero, que no todo se consigue con billetes de banco; y que a veces la codicia es derrotada por el amor.

Rosarondo. —¿Y se puede saber quién es ese caballerete amado por mi hija?

Eulalia. —Ese caballerete es Saturnino Tobal.

Rosarondo. —Lo conozco.

Piedrabuela. —Yo también.

Eulalia. —¿Lo conocen? Me alegro. Sabrá así, doctor, que todo lo que en usted es vicio, en Saturnino Tobal es virtud. Buenas tardes. (*Se retira*).

ESCENA III

(*Dichos menos Eulalia*)

(*Pausa larga*).

Rosarondo. —¿Ha visto qué mujer? (*Compungido*) Ay, soy desdichado, bien desdichado! No puede darse mayor desgracia en el matrimonio que el no ser comprendido por su mujer. Eulalia jamás me ha comprendido. Ahí la ve: irascible, necia, torpe, queriendo desbaratar lo que yo fraguo para la felicidad de mi hija. ¡Hay, soy desdichado, bien desdichado!

Piedrabuela. —¿Usted está decidido a apoyarme?

Rosarondo. —Completamente decidido.

Piedrabuela. —Bien. No hay que desalentarse al primer contratiempo. Es preciso obrar. Usted debe ver a su hija y hacerle presente mi proposición matrimonial; yo me encargo de ese señor Tobal. Pero a su hija háblele antes de que lo haga su señora.

Rosarondo. —Así lo haré. Casualmente se halla de visita, la voy a buscar y en el trayecto la hablo.

Piedrabuela. —Bien. Yo por mi parte voy a hablar al novio, también antes de que lo haga su señora.

Rosarondo. —¿Y?

Piedrabuela. —Y déjeme a mí. He arreglado asuntos peores que éste. Supóngase que su hija no esté tan enamorada como cree su señora; supóngase que ese joven Saturnino Tobal la ame tanto que desista de amarla viendo que eso constituirá la felicidad de ella... ¿Comprende?

Rosarondo. —Comprendo, comprendo...

Piedrabuela. —Napoleón, profundo conocedor de los hombres, dijo esta frase lapidaria: "Todos los hombres se venden, sólo hay que dar con el precio."

Rosarondo. —Y cuánta razón, cuánta razón tuvo!

(*Llama la campanilla*)

Piedrabuela. —Ya lo creo que la tuvo, ya lo creo. ¡A la acción! (*Se levantan*) Usted a ver a su hija; la hace presente mi amor...

Rosarondo. —Eso corre por mi cuenta. Sé quién es mi hija. Sé que es sensata, no una loca como la madre.

Piedrabuela. —Yo voy al Casino, a ver a ese dechado de virtudes que se llama Saturnino Tobal, y que se pasa la tarde en la ruleta.

Rosarondo. —¿Sí?

Piedrabuela. — Es su único defecto, es verdad; pero en él es grave, gravísimo...

(*Aparece la mucama*)

Mucama. —¿Qué desea el señor?

Rosarondo. —Tráigame el bastón y el sombrero. (*La mucama se retira*) ¿Gravísimo decía usted?

Piedrabuela. —Claro, puesto que no se halla muy abundante... (*Ademán*)

Rosarondo. —¿No? Yo creí que la madre...

Piedrabuela. —Sí; pero desde que quedó viuda lleva rematadas tres de sus mejores propiedades.

Rosarondo. —Lo admiro, doctor, usted sabe todo! ¡Qué sagacidad la suya!

Piedrabuela. —Es mi oficio. Como usted comprenderá, eso nos facilita la acción.

Rosarondo. —Enormemente.

Piedrabuela. —Hoy debe quedar concluído esto. Yo hablo con el joven ese y lo veo a usted que ya habrá hablado con su hija. ¿Eh?

Rosarondo. —Convenido.

Piedrabuela. —¿Dónde nos vemos?

Rosarondo. —Aquí mismo.

(*Aparece la mucama con el bastón y el sombrero. Rosarondo da el brazo a Piedrabuela y bajan la escalinata, hablando*).

Piedrabuela. —Bien; y apresure el asunto, mi héroe ganaba las batallas a fuerza de estrategia; y sin actividad no hay estrategia posible. Hay que pegar, y pegar antes!

(*Salen hablando por el portalón*)

ESCENA IV

(*La mucama, después Eulalia, después Saturnino*). — (*La mucama queda arreglando el vestíbulo*).

Eulalia. —¿Se fueron?

Mucama. —Sí, señora.

Eulalia. —¿Usted sabe la casa de Saturnino Tobal?

Mucama. —Sí, señora.

Eulalia. —Bien, va a llevarle esta tarjeta. Es preciso que se la dé a él, a él en persona; y dígale que venga con usted, inmediatamente... Ah, ahí está... retírese usted. (*La mucama se retira*) Saturnino, pase!

(*Entra Saturnino por el portalón, es un joven de bizarra presencia, viste elegante traje de montar*).

Saturnino. —Buenas tardes, señora. (*Sube al vestíbulo*)

Eulalia. —Enviaba a buscarlo, precisamente.

Saturnino. —Acabo de ver a su marido y al doctor Piedrabuela.

Eulalia. —¿Habló usted con ellos?

Saturnino. —No, como yo venía a caballo, no me han visto, a pesar de que los saludé. Parecían muy preocupados, el doctor sobre todo, iba hablando animadamente. ¿Y Justa?

Eulalia. —Es por causa de ellos y de Justa que enviaba por usted. Ocurre algo muy serio.

Saturnino. —Muy serio?

Eulalia. —Sí, muy serio; pero siéntese. (*Se sientan*) Me va usted a creer que la momia del doctor Piedrabuela, pretende, ¿sabe usted qué?, pretende nada menos que casarse con Justa?

Saturnino. —¡Con Justa?

Eulalia. —Sí, con Justa; y el desvergonzado de mi marido lo apoya.

Saturnino. —¡Lo apoya? ¿Y Justa, sabe algo?

Eulalia. —Nada todavía. Fíjese la sorpresa que la aguarda, ella que salió tan alegre.

Saturnino. —Pero permítame que le diga, señora, lo que quiere hacer su marido es una indignidad!

Eulalia. —Quiere vender a la hija, sencillamente. El doctor Piedrabuela es su acreedor. ¡Pero no lo hará!

Saturnino. —No lo hará, no! (*Arrebatadamente*) Estoy dispuesto a todo, hasta a...

Eulalia. —Déjeme a mí; el asunto es muy claro y muy sencillo Ningún padre puede casar a la hija sin ella quererlo.

Saturnino. —¿Justa se opondrá, seguramente?

Eulalia. —Délo por descontado. Le va a causar un sofocón la noticia. ¡Ella tan delicada, casarse con ese viejo carcamal! ¡Si es desesperante pensarlo!

Saturnino. (*Iracundo*) —Oh, soy capaz!...

Eulalia. —Deje, deje, serénese... (*Saturnino se pasea, nervioso, latigueándose las botas*).

Saturnino. — Es una ofensa que le hace a Justa su marido, señora, una ofensa! El doctor es disculpable, la pasión a veces lo ciegue; pero su marido, señora! Oh! Es una indignidad inconcebible.

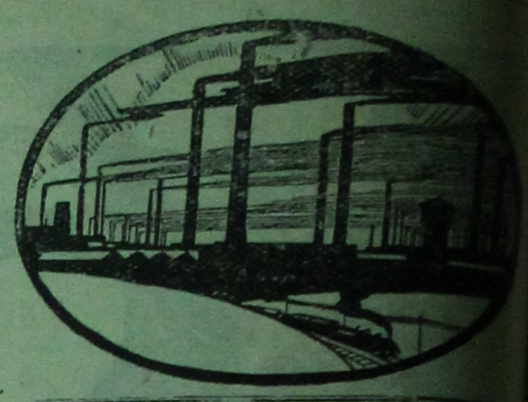
Eulalia. —Es monstruoso!

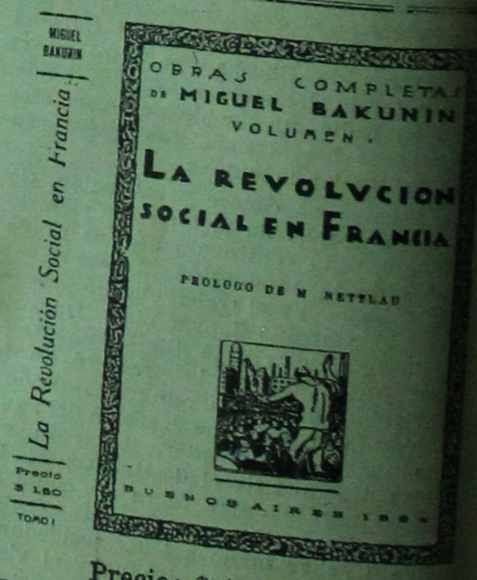
Saturnino —Es un delito!

Eulalia —Es un crimen! (*Pausa. Saturnino se pasea alterado*).

Saturnino. —¡Justa!

(*Continuará*)





Precio: $ 1.50 m/n
Encuadernado en tela, $ 3.50

AÑO V

BUENOS AIRES, 8 DE FEBRERO DE 1926

N.o 211

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1

PRECIO: 10 cts.

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

PEDRO KROPOTKIN

8 de Febrero de 1921

Han pasado cinco años desde que el gran pensador y militante anarquista cerró para siempre sus ojos, esos ojos que expresaban toda la bondad que es capaz de emanar de un corazón humano; cinco años de dolores, de angustias y de sombrías tragedias. Sepulto apenas su féretro, estallaba la insurrección de Kronstadt, protesta de revolucionarios abnegados, advertencia suprema a los hombres del poder, despertar repentino del espíritu popular durante tanto tiempo abatido. Y ésto ¡ay! no fué más que la repetición de las jornadas de junio de 1848, con las mismas calumnias y la misma represión implacable contra los insurrectos.

La muerte ha ahorrado a Kropotkin, al que había sufrido tanto ya, este último sufrimiento. ¿Quién podría expresar el drama desolador de los postreros años de su vida? Primero, la guerra, que de antigua data había previsto con indecible angustia; luego todos los horrores de la monstruosa matanza. Y de pronto, hete aquí que el ensueño de toda su vida se realiza; el enorme poderío zarista se desmorona; la aurora de la libertad se elevaba sobre ese inmenso país ruso que él quería con amor filial.

Su alegría, en aquel momento, debió ser grande; pero, en seguida, la zozobra de innumerables dificultades a vencer le conmovieron profundamente, con el pesar de las exiguas fuerzas que le quedaban en hora tan decisiva. Una vez más, como en los días de su juventud, el revolucionario dominó en él al sabio. A los treinta años había renunciado a una brillante carrera científica por amor a la emancipación de las masas; a los 75 años, sintiendo que, aun en Inglaterra, con todo un considerable material científico a su alcance y en condiciones de un bienestar relativo y de una cierta tranquilidad podría apenas terminar su libro "Etica", coronamiento de la obra de toda su vida, prefirió regresar enfermo a Rusia para soportar allí las peores privaciones, estar en la casi imposibilidad de continuar su trabajo, lo que tanto representaba para él, a fin de ver, seguir, vivir de cerca la revolución.

* * *

La revolución y la ciencia en beneficio de las masas populares, he aquí las dos grandes pasiones de la vida de Pedro Kropotkin. La revolución comprendida, ante todo, como profundo sentimiento de ayuda mutua y de libertad, no pudiendo contentarse con mejoras parciales y pequeñas concesiones, sino afirmándose en todos los dominios de la sociedad; la ciencia considerada, no como bastándose a sí misma para la obra del progreso, sino también como poderoso factor revolucionario de reconstrucción y también de demolición de todos los prejuicios serviles que permite atacar. Nadie, mejor que Kropotkin, ha enseñado la entente y la solidaridad; pero practicadas voluntariamente y no bajo forma de una nueva disciplina que nos conduzca a la concepción teocrática de la humanidad malvada, de la que algunos pastores tienen que asegurar la salud. Proudhon había ya opuesto la práctica anárquica a la práctica "disciplinaria". Kropotkin vuelve a tomar esta idea, que en lo sucesivo será la expresión de la anarquía, no como una teoría de ideal lejano, sino como una práctica que se aplica a la vida de cada día. Aun en nuestra sociedad, por grande que sea el rol de la autoridad, no es, en suma, sino un rol negativo; la vida en sus manifestaciones más esenciales le escapa. Toda potencia fecunda y bienhechora, aun si está sometida, sólo se afirma por una virtud intrínseca, propia, conforme a su naturaleza y de ninguna manera a una ley exterior, en una palabra, anárquica.

* * *

La revolución no ha tenido — tal vez nunca — un militante más heroico, convencido y fiel que Kropotkin. Una vez comenzado el movimiento revolucionario, es fácil seguirlo, impregnarse de él, sentir su sugestión y arrebato, y, ganado por el entusiasmo general, sentirse renacer a una vida nueva. Enteramente diversa es la ruda tarea cumplida por Kropotkin durante cuarenta años, sin desfallecer jamás ni desesperar un solo día, para luchar contra la indiferencia, la inconciencia, la calumnia, la traición de los políticos y las más decepcionantes flaquezas de las masas. Sí, el mal estaba ahí, él le presentía, le veía y le analizaba mejor que nadie; pero, en fin, la humanidad es impulsada siempre por su instinto más íntimo hacia la consecución de una vida más amplia y más bella, va siempre en pos de la felicidad. Y entonces, para terminar de una vez, se suma a la gran corriente de la revolución. Pero sólo puede entrar a formar parte de ella de manera durable y eficaz si durante todo el período de transición y de espera, algunos héroes puros han vivido la idea de la revolución, la han afirmado siempre, defendido y propagado contra todo y contra todos.

Kropotkin, recogiendo de las manos de los sobrevivientes de la Comuna el estandarte revolucionario casi extinguido, lo eleva por encima de las masas esclavas, lo reanima con su soplo poderoso, lo mantiene muy alto aun en las horas más aciagas, repitiendo con voz estentórea:

No hay que esperar, hay que obrar;

No hay que creer, hay que saber;

No hay que resignarse, hay que rebelarse;

No hay que luchar sino para ayudarse mejor mutuamente!

La revolución ¡ay! ha tropezado con todos los obstáculos que Kropotkin había previsto para el caso: y, una vez más, no ha sabido vencerlos. ¿Qué importa? La obra está ahí: el gran obrero ha desaparecido; pero por todo el amor que no podemos menos que testimoniarle, por todo lo que de más noble sentimos en nosotros, por las necesidades más profundas de nuestra misma humanidad, anarquistas, prosigámosla sin descanso.

* * *

Su voz ha enmudecido. Pero sus libros propagarán su eco a través de largos años todavía.

Kropotkin mismo ha extraído de las páginas conmovedoras consagradas a su madre esta conclusión:

"Los hombres desean apasionadamente vivir después de su muerte, pero ¿cómo no caen en la cuenta que la memoria de una persona realmente buena no muere jamás? Revive en la generación siguiente, es transmitida a los hijos. ¿No les agrada esta inmortalidad?"

¡Qué memoria la de Pedro Kropotkin para los que se le han aproximado, para los que han vivido con él algunas horas de su vida! ¿Cómo no amar después todo lo que hay de grande, de verdadero y de generoso? ¿Cómo no evocar en los momentos más graves su imagen sonriente? ¿Cómo no sentirse fortalecido, aconsejado, inspirado por ella?

¡Pedro Kropotkin, en tanto no triunfe en el mundo la bondad diligente por la conquista del pan del cuerpo y de la inteligencia, nosotros repetiremos sus palabras de rebeldía, clamaremos a los oprimidos a fin de que se desembaracen del infierno de las tristes competiciones en un arranque de conciencia la ayuda mutua y la libertad! ¡Y tu nombre quedará indisolublemente ligado a la idea de anarquía, idea inmortal!

L U I S B E

N I

PEDRO KROPOTKIN

KROPOTKIN era la bondad y la sencillez personificadas. Os acogía con afabilidad tan encantadora que, en seguida, se establecía entre vosotros y él la más franca familiaridad. Se os aparecía como un hermano mayor, del que conocíais, no cabe duda, la inmensa superioridad, pero ésta era un estímulo más que os inclinaba a abriros enteramente a él. Toda timidez no podía menos que desaparecer en su presencia. Nada del maestro, del apóstol, del director, del sabio; no, simplemente un hombre en cuyos gestos, palabras, sonrisas, se traslucía su exquisita bondad. Una sola cosa me turbaba a veces: le sentía tan profundamente bueno que me preguntaba, un tanto confuso, si le amaba como merecía, si no me hacía culpable de ingratitud involuntaria, ya que, por más entrañable que fuera mi amistad, no podía nunca compararse con su intestimable tesoro de afección. Pero él sólo deseaba, de propios y extraños, una forma de respeto, la de la adhesión más cordial.

Le vuelvo a ver todavía, sonrientes los ojos, vivo el gesto, simple y fluída la palabra, penetrada de todos los males de nuestra pobre humanidad, pero reconociéndole también a ésta las cualidades, capacidades y recursos de las que se ha servido ya y podrá servirse, cada vez más, en lo sucesivo, para emanciparse; y se transparentaba tan bien este pensamiento que, insensiblemente, érais ganados a su entusiasmo. Y cuando os despedíais, sus abrazos eran estrechos vigorosos, como si fuérais a separaros de uno de vuestros allegados, pues el humilde trabajador, de conocimientos forzosamente rudimentarios no dejaba de sentir menos cerca a este gran sabio "allegado" suyo para ayudarle, aconsejarle, aclarar sus aspiraciones más confusas.

Kropotkin ha conocido, en grado sumo, la ciencia de amar, que es la base de todas las otras, pues amar significa comprender y comprender equivale a conocer en su acepción más amplia. Su memoria no puede morir en el corazón de todos aquellos que tuvieron la felicidad de vivir con él, y ella los sostendrá en las horas de incertidumbre y descorazonamiento, así como en el curso de las pruebas más rudas.

Y ahora, he aquí algunas de sus cartas que, mejor de lo que yo podría hacerlo con mis pobres y emocionadas frases, mostrarán al hombre en su vida tan llena, tan activa y tan grande.

LUIS BERTONI

Queridos amigos:

Enviadme esos números. Hacemos nuestras colecciones antes de empaquetarlas para ser enviadas algún día a Rusia.

¡Hete aquí que estábamos otra vez a punto de partir, y de nuevo todo está trastrocado!

Acabo de terminar mi libro sobre *La Gran Revolución*. Lo he escrito enteramente de nuevo. Formará un volúmen de 400 páginas.

Viola Bromley Kent, 25 de julio de 1906.

Como se ve, Kropotkin se preparaba para partir al día siguiente de la primera revolución rusa que desdichadamente se malogró, aun como simple cambio democrático; pero, no obstante, espera que esa partida tendrá lugar algún día...

El volumen de La Gran Revolución, *terminó, en realidad, por tener 750 páginas, tanto que su editor Stock, viéndolo crecer continuamente, le escribió: "Esto ya no es un libro, es un "Bottin" el que haces.*

Villa Rossa, Locarno, 23 de marzo de 1909.

Te agradezco mucho, pero mucho tu visita. Tú me has proporcionado nueva energía y pienso y vuelvo a pensar en nuestras conversaciones.

Qué lección para los militaristas esta huelga de empleados de correos y telégrafos. Pensarán en ella dos veces, antes de lanzarse a una guerra.

Locarno, 24 de marzo de 1909.

Muchas gracias por los libros y folletos y affiches que me envías.

Creo que ya habrás recibido el libro que dejaste aquí.

Habiendo notado mi amigo inglés Mr. Kowley, que eres aficionado a la imprenta, me ha remitido para tí uno de sus impresos de lujo que te interesará.

Mañana por la mañana, este mismo amigo me lleva a una aldea de Menaggio (Lemo) sobre el lago de Como, a casa de uno de sus amigos americanos, poeta y radical — autor de libros sobre las ciudades de Italia. Como Friedberg quiere y me ordena todavía interrumpir el trabajo, voy allí por dos o tres días.

¡Y la huelga de París está ya ganada! Y *Le Temps* y *Les Débats* están furiosos. Doble victoria, puesto que es también una victoria contra el militarismo. Una advertencia para los belicosos!

Una huelga en los servicios públicos parece a Kropotkin propia para disuadir a los gobernantes de lanzarse a las aventuras belicosas. Y se regocija, ante el temor que le atenazaba siempre, de una nueva guerra.

Villa Rossa, Locarno, 30 de marzo de 1909.

Mi amigo Kowley me ruega te remita este bonito folleto sobre Morris. Es en su institución de Ancoats, en Manchester, donde han hecho eso (la institución en la que yo he *conferenciado* 12 años seguidos ante un público obrero y en donde tienen ahora clases de imprenta, música, etc.).

Muchas gracias por las buenas nuevas que me das de Georges y de nuestro viejo Dumartheray. De una manera o de otra, nos veremos, — a menos que la mezquina denuncia de la *Neue Zürcher Zeitung*, que se asombra que yo pueda estar en Locarno (el *Basler Nachrichten* lo había dicho) y duda del hecho, puesto que yo he sido expulsado en tal fecha — a menos, como decía, que esta mezquina denuncia no apresure mi partida repentinamente.

Por el momento yo no digo nada de la denuncia de la *Neue Zürcher Zeitung*, que es lo mejor que se puede hacer.

Esta vil delación de la prensa "grande" suiza, referente a un viejo expulsado hacía 30 años y que había vuelto a Suiza por razones de salud, es particularmente odiosa.

Villa Rossa, Locarno, 25 de abril

Han pasado ya tres semanas, pero le ruego me perdone mi silencio. Esta última carta sin que me haya

ta. He trabajado esforzadamente estas tres semanas para terminar, por fin, con las traducciones. Y me siento dichoso de poder decir que está hecho. Al comienzo de la semana he enviado a Petersburgo los últimos capítulos del texto ruso del libro, y ayer, muy tarde, terminé la redacción de los últimos capítulos del texto inglés, que han sido llevados esta mañana para Londres.

Hubo también un tantico de enfermedad: angina a la garganta. Ya va mejor.

Friedeberg no me ha dejado partir el 13 con Sacha. Me ha retenido por 3—4 semanas a fin de que no afrontara demasiado pronto los bruscos cambios de tiempo en Londres.

Me quedo, pues, y pienso partir el martes 4 de marzo — a menos que Friedeberg, que ha salido para reemplazar a un médico amigo en Rapallo y que vuelve dentro de ocho días, no se oponga. Pienso, por otra parte, que no se opondrá a ello.

Georges me comunica que los tres queréis venir a verme a Olten. No podría expresarte cuán dichoso me sentiría si eso ocurriera y si pasáramos algunos horas juntos.

El año próximo pasado, al partir de aquí a las 11 horas, pasé dos o tres horas con una amiga rusa en Olten y volví a tomar en seguida en Basilea el tren que parte de aquí a las 4 p. m. para Boloña.

Quisiera saber si no se podría pasar una o dos horas más partiendo por la mañana más temprano.

—Gracias por lo que me dices sobre la edición italiana.

(Para *El Apoyo Mutuo*, Agresti tenía ya un editor. Probablemente es Agresti el que demora el trabajo).

Es solamente necesario encontrar un buen traductor. Como yo mismo he hecho ces la codicia es [illegible] curso de una tercera parte de la [illegible]

Rosarondo. —¿Y se puede saber [illegible] es ese caballerete amado por mi hija?

Eulalia. —Ese caballerete es Saturnino Tobal.

Rosarondo. —Lo conozco.

alaban su traducción alemana, las traducciones inglesa y rusa caían a cada momento en errores garrafales, y eso que ambas son muy buenas, y la rusa comparte enteramente nuestras ideas. Y traduciendo yo mismo me he dado cuenta que es mucho más difícil de lo que parece — sobre todo en un estilo conciso que engloba toda una idea en un substantivo.

¿Conoces un BUEN traductor que conozca BIEN el francés?

—Desearía escribirte extensamente respecto a la idea que desarrollas en tu carta del 17 de abril: "El pueblo se equivoca menos, al creernos lo que no somos, que nosotros cuando pensamos no ser lo que él nos cree." Hay mucho de verdad en esto y pensaré seriamente en ello. Por el momento solamente hay una cosa: El pueblo no tiene una idea muy nítida de la *revolución. La masa no la cree posible.* Hablan al pueblo algunos jóvenes que generalmente cambian de idea al trasponer los 30 años y, después de haber sido bombistas de 20 a 25 se vuelven juiciosos a los 35. En Rusia, estos jóvenes han tratado de *obrar* y han hecho un *credo* del "terrorismo difuso" — lo que quería decir: "terrorismo contra los pequeños" (los polizontes, los capataces, etc., etc.). De éstos se han matado a millares, tal vez 3000 ó 4000 y no dió ningún resultado. Se han cometido innumerables "expropiaciones" en pequeña escala (latrocinios y pillajes) y... nada entre dos platos! Mientras que el movimiento de la masa el 22 de enero de 1905 y la huelga general del mes de octubre de 1905 (*sarcasmo*) han trastrocado todo en ese inmenso imperio. Han dado margen a una nueva Rusia. En cuanto a que se nos cree *repartidores* — ya es otra cosa. En la *repartición* el pueblo ve algo más que el hecho de poner en montón los sobretodos y repartírselos: comprende *la nivelación de las riquezas*, el cercenamiento de los privilegios de los ricos. Aquí *nosotros debemos seguirle*, nosotros *debemos*: es nuestra única razón de ser.

En cuanto al "bombismo" es siempre la exageración individualista del blanquismo. Es Malato escribiendo que si se arrojaran cien bombas sobre París se haría una revolución!... No se haría nada de nada. Numerosos jóvenes obreros piensan así. Por esto ¡cuántos han muerto en Rusia! ¡Una verdadera hecatombe!

En fin, volveremos a hablar de este asunto, ¿no es cierto? Y entonces tal vez escriba algo más extenso.

No podría expresarte el *profundo* placer que hube de recibir con el saludo fraternal de los camaradas de la Federación de las Uniones Obreras que me fué enviado desde Lausana. Qué feliz hubiera sido si hubiese podido encontrarme entre ellos, aunque sólo fuera por algunas horas.

Te ruego les digas cuánto me ha conmovido su buena y fraternal carta y dime a quién podría escribir para agradecerla.

Así, pues, hasta siempre, ¿no? Y te doy las gracias por las tres líneas de tu última carta, que me han conmovido hasta lo más íntimo de mi corazón. Si el *Journal de Genéve* y la *Gazette de Lausanne* hablan de mi libro, te ruego me envíes los números correspondientes.

La Gazette de Laussanne, *publicó, en efecto, un artículo elogioso de M. Milliout, salvo error.*

Para un hombre enfermo, trabajar a un tiempo en la revisión de dos traducciones de un volumen de 750 páginas es una tarea muy pesada. Y como si no bastara, piensa en una tercera traducción y halla el tiempo de esbozar una discusión de ideas.

A propósito de esta última, no tenemos necesidad de recordar que Kropotkin no ha desaprobado jamás los actos individuales, por el contrario; pero, para él, el esfuerzo principal debía tender siempre a arrastrar las masas después de haber comprendido las aspiraciones de éstas. En lo referente a Rusia, temía, sobre todo, los sacrificios no justificados de militantes cuya falta se haría sentir cruelmente el día de una revolución que él preveía próxima. Temor asaz fundado.

Locarno, 21 de mayo de 1910.

No podría expresarte cuánto he sentido la imposibilidad de volver a vernos los tres. Mi primer pensamiento fué el de telegrafiarte para saber si Lausana no sería mejor algún otro día. Si no hubiera estado tan falto de dinero hubiese quedado unos días más...

En fin, nos amamos, aunque a distancia, y ya es mucho. Como está descartado que paso el invierno en Inglaterra, tengo la esperanza de que nos veremos el año próximo.

Parto hoy.

Londres M. 22 de julio de 1910.

Excusa mi retardo — pruebas sin fin — y visitantes.

Acepto de buena gana la proposición del *Reveil* de publicar la obra en dos volúmenes a 1 franco (la edición popular alemana consta también de 2 tomos; está muy bien dividida). ¿Pero crees verdaderamente que saldrán 10.000? Esto solo bastaría para tentar la empresa.

Tu idea de enviarla a Guillaume es excelente — si nuestro querido viejo James *dispone de tiempo*. De otro modo la leeré yo. Leo el italiano bastante bien, y si hay error podré notarlo e indicarlo. Pero evidentemente no puedo juzgar el estilo.

La idea de poner hermosa cubierta es excelente. En efecto, la entrega por cuadernos no es buena sino para las obras que se venden por 50.000 o más.

¿Cómo va tu apelación contra la expulsión del cantón de Neuchatel?

Agradece, en mi nombre, a los camaradas que me envían sus saludos por tu intermedio. A los jóvenes y a los viejos. Di a los jóvenes, sobre todo, que hagan un buen esfuerzo de su parte y grandes cosas pueden realizarse en bien de la humanidad. ¡No es vergonzoso que en Inglaterra sea el gobierno quien tome la iniciativa de las reformas, porque la masa se calla! Es necesaria una generación de jóve-

nes abnegados, entusiastas. Qué hermosos horizontes se abren ante ellos si logran avanzar desde el principio. La ciencia, el arte, lo grande, lo hermoso les espera si consiguen una victoria seria.

Prepararé extractos de las críticas de *La Gran Revolución*. Los hay sorprendentes en Francia y Alemania. La del *Times* (Literary times) que dice que un conservador estaría tentado de arrojarla al fuego, mientras que el obrero la leerá con avidez; vale su peso en oro.

Londres, N, 22 de julio de 1910.

Querido George, mi querido hermano:

Sin duda — perfectamente de acuerdo, una vez que el *Reveil* se sienta con fuerzas para emprender la edición de *La Gran Revolución*.

Sólo que — no os engañéis! El libro es muy grueso. Devorará mucho dinero.

He trabajado mucho en estos dos meses, desde que he vuelto a Londres, en las pruebas de la edición francesa de *Campos, Fábricas y Talleres*. Ha sido menester revisar todas las estadísticas — y las hay. Y tú sabes que eso no compensa nada...

Ahora es necesario ponerse a la obra pronto para escribir el artículo siguiente (sobre el Lamarckismo) que debo entregar al *Nineteenth Century*.

Villa Rossa, Locarno, 7 de mayo de 1911

Gracias por tus cartas. Estoy muy contento de haberlas encontrado al llegar. Olten me sienta a maravilla. Quiero hacer como tú dices y escribiré a Georges.

Recibidas también las pruebas. Acabo de leer una que otra página con Bellerio — el viejo amigo de Bakunin — y su hija. Parece estar bien traducido.

—Pensaba hallar aquí *La Bataille*. Pero no. Me interesa mucho. ¿Qué piensas de ella?

Grave me ha aconsejado, de todos modos, la colaboración — lo que he hecho.

Ya veremos. Sería dichoso si pudiera lanzar allí algunas de nuestras ideas.

Nótese siempre en estas cartas la profunda confianza que en Kropotkin no se desmiente jamás, y su actividad verdaderamente asombrosa, que le hace llevar a un tiempo el trabajo de propaganda y el trabajo científico, a despecho de su avanzada edad y de su enfermedad.

Villa Lausanne, Minusio, cerca de Locarno, 3 de junio de 1911

Gracias por el volumen. Haré las correcciones pertinentes. Guillaume me envía cartas de 8—10 páginas a las que yo respondo de la misma manera. El terminará, así lo espero, por admitir que la ley del 14 de agosto de 1792 fué un golpe de Jarnac contra los campesinos y en favor de los "burgueses". Voy a enviarte mañana el texto definitivo que será menester aceptar para la traducción italiana.

Los berneses se impacientan por mi permanencia aquí. La policía ha venido a preguntar a mi médico, Tognola, si verdaderamente tengo necesidad de quedarme.

Villa Lausanne, Minusio,
28 de junio de1911

James Guillaume me envía una extensa carta, concerniente a los cambios que sería prudente hacer, según él, en mi libro, respecto a la ley del 14 de agosto de 1792 (de la Legislativa) y sus consecuencias. En este punto no estamos de acuerdo, pero hay que hacer, de todos modos, una corrección, indicada por Aulard (concerniente a Dalloz) y dos o tres palabras que cambiar.

Te ruego me envíes las dos páginas 535 y 536 (o bien todo el capítulo) para que pueda hacer las correcciones necesarias. Me será más fácil corregir sobre el texto francés que sobre el italiano.

—He escrito ayer extensamente a Guillaume, sin esperar mi regreso a Londres.

Pensamos permanecer aquí hasta el 10-15 de julio. La salud va bien. Empiezo a cobrar fuerzas. Nos veremos en Olten ¿no? El sábado cae justo en 15. Y Grave quiere venir a Amiens.

En una conversación, James Guillaume me había dicho que algunos errores se habían deslizado en el libro de Kropotkin, errores que yo le rogué me indicara para corregirlos en la traducción italiana. Esto fué la causa de una polémica inesperada de la que va a tratarse.

Inútil subrayar la odiosa insistencia de la policía suiza. —L. B.

Villa Lausanne, Minusio,
5 de julio de 1911.

Hasta ahora James Guillaume no me ha enviado nada aún que haga modificar mi opinión sobre la ley del 14 de agosto de 1792 (páginas 535 de mi libro), salvo sobre dos puntos que ya me había indicado Aulard hace un año y que agradecí a éste último en cuanto leí su apreciación sobre mi libro.

1) La palabra "ciudadano" en la ley no tiene sentido *político*, puesto que la distinción entre ciudadanos *activos* y *pasivos*, acababa de ser abolida después del 10 de agosto. (Queda la distinción *económica* entre *ciudadanos* y *habitantes* que Guillaume, Sagnac y Aulard deberán terminar por admitir a la postre).

2) Mi nota sobre Dalloz es el resultado de un error (no tengo evidentemente la obra y, en Canobio había utilizado una de mis notas mal copiadas: error de *mes*).

De ahí que te ruegue que leas la página 536.

... ...

Eso es todo por el momento.

Cuando esté de vuelta en Londres (a fines del mes) revisaré el montón de notas que no he utilizado a menudo sino para formarme mi opinión. Laterín, tal vez Guillaume, a quien he rogado muy encarecidamente lea, sea los informes del 8 de agosto de 1792 de Fabre, de Billaud-Varennes, de Lozeau, etc. que son mencionados en mi libro, sea, por lo menos, algunas obras sobre la cuestión de las tierras comunales (mencionadas en *El Apoyo Mutuo*) que le probarán que las palabras *ciudadanos* y *habitantes* no son empleadas indiferentemente, simple asunto de estilo — habrá encontrado algunos *hechos* al margen de sus apreciaciones relacionadas con la cuestión.

Por el momento sólo hay el error concerniente a Dalloz en la página 536 y la palabra *ciudadanos activos* a corregir.

Hazlo, te lo ruego.

Y si la impresión exige que esta página sea impresa en seguida, hazlo también.

Si es necesario, si alguna luz nueva es echada por Guillaume y sus amigos de la Sociedad de la Revolución Francesa sobre esta cuestión — yo agregaré una nota al fin del libro.

Es enojoso haber tenido esta discusión con todo un mundo de "especialistas" parisienses que, lo mismo que nuestro amigo Guillaume, no han estudiado la cuestión de las tierras comunales y en un momento en que estoy lejos de toda biblioteca.

Yo mismo quisiera ver otra vez eso para corregir lo que fuera necesario en la edición francesa; pero, en fin, lo hecho, hecho está.

Así, pues, hasta siempre. Acabo de recibir una buena carta de nuestro amigo Georges.

—Los berneses quieren forzar a los tessineses a significarme que estoy expulsado. Estos esquivan la cosa.

He suprimido la errata dada por esta carta. Kropotkin, de vuelta a Londres, me envió una nueva un tanto modificada. Hela aquí:

Página 534, línea 16: suprimir 1792
" " línea 20: reemplazar las ocho primeras líneas del párrafo que comienza "Cuando Mailhe, etc.", por el texto siguiente: "El 14 de agosto de 1792, a moción de François de Neufchateau, la Asamblea Legislativa ordenó lo que sigue: "1.o A partir de este año, etc."

Pág. 536: Modificar el párrafo que comienza en la línea 5 así: Nosotros comprendemos perfectamente el furor que este decreto debió provocar en Francia, en la parte pobre de las poblaciones rurales, Fué comprendido como la orden de repartir las tierras entre los "ciudadanos", con exclusión de los "habitantes", de los pobres. Eso era la expoliación en beneficio de los burgueses de la aldea. Este solo decreto, con su inciso 3, habría bastado para soliviar toda la Bretaña campesina.

La nota escrita al final de la página 356, línea 4: en lugar de "25 de agosto", componer "14 de agosto".

Pág. 538, línea 9: en lugar de "ley de agosto de 1792", componer "del 28 de agosto—14 de septiembre de 1792."

Brighton, 6 de diciembre de 1911.

Muchas gracias por esta bella edición. *La Grande Rivoluzione*, que acabas de llevar a feliz término. Te lo agradezco de todo corazón. La he hojeado mucho y en todas las páginas he visto que la traducción es verdadera, inspirada por el mismo sentimiento que el original — por lo tanto justo, doblemente justo. No me atrevo a juzgar el italiano; no hablo, pues, sino como autor, pero debe estar bien, estoy seguro de ello: es una obra hecha con amor.

El cuadro de Doré es hermosísimo — y está muy bien reproducido.

Permíteme que te abrace por todos los cuidados que has puesto en ella. Dime el nombre y la dirección del o la traductora para que pueda darle las gracias.

Si esto no te molesta, haz el favor de enviarme tres ejemplares más. ¿Enviaste uno a James Guillaume? Estará, sin duda, descontento que yo no haya aceptado su

interpretación de la ley del 14 de agosto de 1792. Pero es la verdadera. Ha terminado él mismo por encontrar que el inciso 2 de esta ley le fué *añadido* acto continuo en la Asamblea, lo que hace que la palabra *igualmente* signifique *también repartidos*. En cuanto a la distinción entre *ciudadanos* y *habitantes*, ella es patente para cualquiera que haya estudiado la cuestión de las tierras comunales. Yo he vuelto a encontrar la misma diferencia en la Italia meridional. Todo el tiempo en los siglos XVI y XVII los documentos distinguen entre "il Comune" y "gli abitanti".

—¿Cómo estáis los tres? ¿Cuál es la situación en Ginebra? Sé que estás muy ocupado. Pero si tienes algunos momentos libres, estaría tan contento de tener unas palabras tuyas!

—Como ves, hénos aquí establecidos todos en Brighton. El doctor especialista que me había ordenado no pasar más el invierno en Inglaterra, ha encontrado mis pulmones en tan buen estado que me ha permitido invernar aquí, pero no en Londres. Nos hemos aprovechado de ello, y hénos a todos establecidos en Brighton. Es sobre la costa sur de Inglaterra a una hora y quince minutos de Londres con trenes de precios reducidos tres veces por semana.

Los pulmones van bien, pero ahora son los riñones los que comienzan a molestar. He estado seriamente enfermo en septiembre. Fué cuestión de una operación seria.

Esperando que ésta se componga, he cambiado de régimen, y me siento enteramente enérgico para el trabajo. Sólo que no osaría hacer más como he hecho todo el mes de septiembre — trabajar doce horas por día: desde las 8 de la mañana hasta medianoche, con cuatro horas de interrupción en dos veces. Y en 5—6 horas se hace tan poco...

En fin — aquí hace sol más que en Londres, el mar es hermoso y el aire vivificante. Allá veremos

---

Brighton, 21 de enero de 1912

Me he reprochado todo el tiempo no haber respondido aún a tu buena carta, escrita de Zurich en diciembre.

Falta en Francia un conferencista que pueda periódicamente visitar las provincias y *remover* a los camaradas, inspirarles el deseo de hacer lo imposible,—pues no es sino haciendo lo imposible que se llega a algo, — es obvio decir esto. Eso no va. Hemos hablado que sería menester escribir para los pocos jóvenes que no saben cómo arreglárselas, algunos consejos cómo se hacen las conferencias. Desdichadamente los que se han ensayado en ellas con algún éxito no han puesto en ellas el fuego sagrado — y no han hecho nada. Para remover los espíritus es necesario removerse a sí mismo hasta el fondo del corazón.

Ahora, en cuanto a una nueva edición, tú hablas de *El Apoyo Mutuo*. Yo creo que en efecto, sería lo mejor. Pero eso no tendrá nunca el éxito de *La Gran Revolución*. Esa no es una obra histórica. Es una obra mixta: historia natural e historia sociológica.

En Francia, Hachette ha vendido 4000 en cuatro años. Pero a francos 3.50.

Ahora, tal vez si se explicara bien lo que representa este libro, porque es importante establecer cuánto el apoyo mútuo ayudó a la humanidad a hacer su camino; que no se trata de dulzuras filantrópicas, sino de probar cuánto (en qué medida) los gobiernos y los fundadores de religiones (o más bien los explotadores de las religiones) fueron bribones, que ensayaron de persuadir a los hombres que el mundo está sumergido en el mal, la crueldad, la guerra, para probar *su* necesidad. Si se dijera bien esto y también cuanto es necesario hacer resaltar el rol de este elemento en el desarrollo humano, para explicar el sentimiento moral, que existe en el hombre sin recurrir a una inspiración sobrenatural, en un prefacio escrito de una manera muy popular, o publicando esto *antes* de la aparición del libro, se llegaría a asegurar el éxito del mismo.

Pero de cualquier modo — un libro de historia interesa mejor y sobre todo la historia revolucionaria.

Si yo residiera en Francia, me hubiera puesto a recoger informaciones para una historia de la Comuna.

¡Pero se sabe tan poco sobre la modalidad de los espíritus en el seno del pueblo de esa época! Tan poca traza ha quedado de ella, en la literatura.

En fin, — te envío *El Apoyo Mutuo* y escribo a Stock para rogarle te envíe el otro libro, *Campos, Fábricas y Talleres*.

Este libro tuvo una suerte extraña en Inglaterra. Un editor me dió por él 500 francos (del que fué menester deducir mis gastos, alrededor de 200 francos) y lo publicó a 12 sh. 6 d. (alrededor de 15 francos) a pesar de que yo exigía que fuese publicado a tres francos.

Vendió de él, comprendida América, 250 ejemplares. Yo estoy encantado de ello.

Le volví a comprar el libro por 250 francos y lo edité a 1 franco 25 (con una edición encuadernada, a 2 fr. 50, para los aficionados).

5.000 ejemplares arrebatados en seis meses.

5.000 más.

Y 2.500. — (un amigo me había prestado para esto cerca de mil francos, que le fueron reembolsados y me fueron pagados algo así como 500 fr.).

Entonces, poseedores de los clichés, hicimos una edición a 6 peniques (60 cent) con una encuadernada a 7 fr. 25.

10.000 vendidos y aunque no contáramos con *ningún* beneficio (puesto que era menester entregar a 4 1|2 peniques), me caen de las nubes todavía de 500 a 600 fr.

Ahora un gran editor quiere tenerlo (eso está hecho) para su edición de "clásicos" a 1 shilling, encuadernado, y ofrece pagar por adelantado 8 o|o del precio de venta para 12.000 ejemplares. Como debo revisarlo enteramente (dos meses de trabajo) se me instó que aceptara. Y he aceptado.

Y bien, este libro es demasiado *inglés*. No se vendería así en Italia. En Inglaterra fué muy bien acogido por los que quieren arrebatar la tierra a los lores para hacerla valer. Los italianos *saben* lo que yo digo sobre lo que el suelo puede producir; a los ingleses que *no cultivan* siquiera la mitad de su suelo, era menester enseñárselo.

Conclusión: Dudo que este libro pueda tener un éxito serio en Italia.

En Francia, con Stock editor, no se vende, supongo; los social-demócratas están furiosos contra este libro que trastrueca sus enseñanzas más de lo que parece.

Así, pues —elige.

Si quieres tomar *El Apoyo Mutuo* estaré encantado. Pero, cuidado! costará caro y no tendrá el éxito de *La Gran Revolución*. No obstante, haré todo lo posible para mostrar su alcance e interés al pueblo.

¡Uf! ¿No me reñirás por esta carta tan extensa?

No es menester que olvide una cosa. Te agradezco mucho por el envío, y no te ocultaré que ha sido muy, muy bien venido (mi artículo no ha aparecido en el número de diciembre ni de enero de la *Nineteenth Century*. Atacar a Weismann que les dice que un "hijo de perro" será siempre un hijo de perro, cualquiera que sea el *medio*. ¡Hueso negro y hueso blanco! etc... Eso debe disgustarles. Pero es necesario absolutamente pagar al traductor. El mismo envío le habría sido bienvenido. Es menester que le hagas su parte, y reduzcas otro tanto la mía. El ha trabajado.

—Tengo de nuevo mucha correspondencia con James Guillaume a la continuación del artículo de Wintsch. Ha estado muy feliz cuando le he dicho, lo que es verdad, que, sin abdicar de nuestros principios, Georges y tú le guardábais toda vuestra simpatía y estábais plenos de buena voluntad a su respecto. Pero héte aquí. El, que ha sido el más duro de todos nosotros para atacar a "Social-demokraten", está siempre (lo había hecho ya en 1876) tentando un acercamiento — imposible.

Tanto más será imposible si ellos pueden creer que nosotros podemos abandonar la intransigencia de nuestros principios anarquistas. Su idea de centralización y de subordinación al Comité Central se hará más intransigente bajo su dirección.

Envíame, te lo ruego, *Die Politische Massenstreik*. No la he visto.

Grave me ha dicho que tú podrías venir a París. Ellos tienen ganas de invitarte. Eso sería, creo, muy útil, aunque fuera por 2-3 días.

Nos es necesario terminar. No fuerces demasiado la nota del trabajo excesivo.

P. S. No hemos ido al Mediodía. Eso resultaba demasiado caro. Imposible. Tanto más que el doctor especialista había encontrado que el proceso tuberculoso se había detenido enteramente después de 3 inviernos en el mediodía de Francia y me había permitido tentar el invierno en Inglaterra. El clima aquí es bueno. Hay sol (del verdadero: no como en Londres). Solamente, mucho viento. Hasta ahora — muy suave. Es de otra parte que ha llegado el peligro. En fin, yo trabajo siempre 3-4 horas regularmente. Termino el libro para Stock, *La Ciencia moderna y la Anarquía*.

Brighton, 1 de febrero de 1912.

Muchas gracias por tu carta concerniente a la confiscación. Eso me ha entristecido mucho, en efecto, cuando lo he leído en *Le Reveil*. Será, de todos modos, un gran impedimento para la difusión.

(*Sigue aquí la explicación del plan de* La Ciencia moderna y la Anarquía, *tal cual apareció en seguida*).

Mi idea es que se podría hacer preceder este volumen por otro que contendría:

La Anarquía en la evolución socialista;
Los Tiempos nuevos;
La Anarquía, su filosofía y su ideal;
La organización de la Vindicta llamada Justicia;
Las Prisiones;
La Moral anarquista.

Esto haría un buen volumen.

—Ahora, bien querido, elige lo que encontrarás mejor, *vistas las condiciones de venta*.

Es cierto que uno u otro de estos dos volúmenes sería confiscado. Y hay que preguntarse si no vale más continuar haciendo circular todo ello en folletos, tanto más que *Lo Stato* acaba de ser publicado en la biblioteca "Germinal".

En cuanto a *El Apoyo Mutuo*, es cierto que se podría hacer una excelente propaganda antes de su publicación.

En realidad, considero este libro como el programa de un curso sobre el desarrollo de las sociedades humanas, — hasta la fase Estado, puesto que contiene:

a) Las sociedades animales;
b) Las sociedades humanas primitivas: *la tribu;*
c) Las sociedades que los romanos llamaron bárbaras: *la comuna de aldea;*
d) Las *ciudades, libres repúblicas.*

Después de lo cual, naturalmente, escribiría:

e) *El Estado y su rol histórico.*

Escribiré una introducción al libro en este sentido, que nosotros podríamos publicar en *Le Reveil* previamente.

Si fuera llamado a trazar el programa de una Universidad verdaderamente *popular*, la habría planeado de acuerdo con estas líneas:

10 conferencias: Idea general del mundo, de los planetas y de los astros;
10 conferencias: Idea general de la tierra con su historia y el desarrollo de sus plantas y de sus animales;

Después de lo cual vendrían los capítulos de *El Apoyo Mutuo*:

2 conferencias: El apoyo mutuo entre los animales.
2 conferencias: El apoyo mutuo entre los salvajes.
2 conferencias: El apoyo mutuo entre los bárbaros.
4 conferencias: El apoyo mutuo en la ciudad de la Edad Media.
3 conferencias: El Estado histórico.
5-ó 6 conferencias: El Estado moderno, instrumento para enriquecer a los ricos, empobrecer a las masas y escamotear todo el progreso debido al desarrollo de las ciencias, de la técnica y de la inteligencia humana, en beneficio de algunos.

Lo que haría unas cuarenta conferencias, el curso de un año.

Para un segundo año, trataría en seguida:

Las tentativas de la humanidad para Desembarazarse de ese pulpo.
Las insurrecciones del siglo XVI;
La Gran Revolución;
Las revoluciones de 1848 y 1871.
La próxima Revolución. — Sus elementos esenciales:
a) La abolición del Estado: Anarquía.
b) La abolición de la explotación capitalista: Comunismo.

Las armas de los contrarrevolucionarios:
El parlamento;
La legislación obrera;
La corrupción;
El embrutecimiento por la escuela;
La policía y la "Justicia";
La masacre de tiempo en tiempo.

Excúsame esta digresión.

En todo caso, yo no tengo ninguna idea sobre lo que podría ser mejor. Ver mi *Apoyo Mutuo* en buen italiano, leído, y tal vez, apreciado, me sonreiría mucho. Pero temo que no se venda bastante rápidamente para cubrir los gastos.

En España, es verdad, ha aparecido una buena edición en un volúmen a 1 fr.

Dí, te ruego, a Georges que hace ocho días que me levanto por la mañana con la idea de escribirle una extensa carta — y las cartas de negocios y las visitas de amigos vienen a interponerse. Desde hace ocho días no he escrito una línea para terminar el libro destinado a Stock.

Comenzamos con Schapiro la publicación de una serie de folletos rusos. También, probablemente, la publicación de las obras de Bakunin en ruso.

La Grande Rivoluzione *acababa de ser confiscada en la frontera italiana. A continuación de la intervención del abogado Molinari, del cual se trata en la carta que sigue, el volumen fué libremente admitido, pero al comienzo de este año 1921 ha sido confiscado de nuevo y unas cincuenta encomiendas han sido rechazadas, ocasionándonos una pérdida de un centenar de francos de gastos de expedición.*

Brighton, 21 de febrero de 1912.

De nuevo debo excusarme de no haberte escrito más pronto. Siempre mil pequeñas cosas.

Soy feliz de saber que la confiscación no impedirá la venta. De todos modos, sería necesario que eso no se repita. Luigi Molinari me escribe que está listo para llevar el asunto ante un tribunal. ¿Qué piensas tú de ello?

Para el porvenir, — no sabría decirte cuánto os agradezco, a los tres, por la sugestión. Es justamente lo que me faltaba. Tú has notado, quizá, que durante este tiempo he comenzado diversas cosas en *Temps Nouveaux* sin terminar ninguna. *No tenía plan general* y lo buscaba. Nettlau me había propuesto uno y aun admirablemente elaborado, con "La lucha de la humanidad por la libertad". Pero, yo no sé, eso no me satisfacía. Y cuando revisaba últimamente mis *Estudios sobre la Revolución*, comenzados en 1896, (ellos fueron friamente acogidos entonces — período agudo — pero Nettlau los encuentra muy bien) yo pensaba en algo semejante.

Ahora, vuestro plan es justamente lo que me gustaría escribir. Voy a ponerme a la obra.

Solo hay una dificultad. Me he comprometido en esta polémica anti-weismanniana, y debo terminarla. Forma parte de mi *Etica*. Pienso, sin embargo, poder llevar las dos de frente.

El plan que habéis esbozado es muy lógico y amplio. Verdaderamente se podría

hacer sobre eso un libro soberbio. Voy a tratar de hacer lo posible.

En cuanto a lo que te propones para ayudarme a hacerlo, no te ocupes de ello por el momento.

Por el momento esto va bien: puedo bastar enteramente a las necesidades. Pero el apoyo moral me será inmensamente bien venido; la crítica fraternal sobre todo.

---

9 Chesham Street, Brighton 5 de julio de 1913.

Mi querido Luis,

¡El tiempo pasa tan veloz! No he respondido aún a tu buena y fraternal carta. En fin, héme aquí.

Si Sandron (1) acepta tu proposición, todo se arreglará, estoy seguro, muy bien. Yo, sólo protesto, *absolutamente*, sobre un punto, sobre la excesiva cantidad de dinero que tú me destinas en concepto de derecho de autor. La cuarta parte bastará. Y 300 francos para el traductor es demasiado poco. Sé por Mme. Bréal, la traductora francesa que posee una excelente educación literaria, que la traducción no tiene nada de fácil.

¿Tenéis en italiano una traducción de la *Vida de los animales* de Brehm? — Si la tenéis, el mejor medio para traducir los numerosos nombres de animales sería encontrar el nombre deseado en la traducción francesa de Brehm y de volverlos a hallar en la traducción italiana. Si es necesario, podría enviar a Fabbri mi ejemplar francés (nueve gruesos volúmenes) por 2 meses, más o menos. El traduciría durante este tiempo los dos primeros capítulos relativos al apoyo mutuo entre los animales.

La segunda dificultad sería para los "bárbaros". Sería menester que Fabbri leyera alguna obra de *derecho común* o de *derecho natural*. Mme. Bréal, con su educación francesa que solo conoce el derecho romano, se le hacía cuesta arriba familiarizarse con mi lenguaje de derecho común. Estaría casi tentado de releer ese capítulo en la traduccion italiana.

—Para *La Scienza moderna e l'Anarchia* todo está en orden. Voy a escribir las dos notas *metafísica* y *escolastica*. Tienes perfecta razón: una y otra son necesarias. Voy a escribir también: *Bergson*. Mach tiene el libro de Elliot que hace una excelente crítica de los *métodos* de Bergson. Le he puesto muchas acotaciones y me será fácil escribir (en francés, esto es lamentable) una nota que podrá ser útil también para *Temps Nouveaux*.

—La conferencia sobre el desenvolvimiento científico en el siglo XIX, la he escrito en inglés, pero necesita ser completada, revisada, tal vez, antes de publicarla. Y estoy sumido en este momento en el último artículo sobre *la herencia de los caracteres adquiridos por las plantas y los animales bajo la acción directa del medio*, que Darwin había aceptado enteramente y confirmado (cuando se puso a estudiar durante doce años la variabilidad — lo que no había hecho antes), pero que los sedicentes neodarwinistas (antidarwinistas estaría más cerca de la verdad, aunque hagan un dios de la selección natural) rechazan.

Sobre este punto estoy en guerra con los universitarios ingleses, y justamente ahora acaba de aparecer una obra *muy estudiada*, muy seria, de un profesor alemán Semen, que hará inclinar las ideas hacia el Lamarckismo y Buffon (y el

Darwin de la segunda
Esto facilitará mi ta
el autor, acicateado
en parte por mi cor
animado a hacer este
elaborado.

—El *motto* del libr
(2) está muy bien. Yo
vez olvido — no he p
gatorio, el fin del can
Libero, dritto, sano é
Non aspettar mio dir
E fallo fora non far
Perch'io te sopra te co
Dante, *Purgatorio*,

Se podría poner las
—¿Mi retrato? Si ín
mos uno (3). Pero ¿es
—¿Dónde has encon
sas palabras de Eliseo?
eso — y verdadero (4)
—Contesto a tus preg
la salud. Hemos tenido
madamente agradables
visto muchos amigos f
discutido la proposició
rusos de tomar la reda
dico en Zurich.

He visto a Bourtzeff y
nuevo vigoroso. Imagína
do. Empieza por denunc
tas revolucionarios a u
era archiamigo de su Co
vía con uno de ellos. Lo
a raíz de cierta coincide
do imposible, es evident
ese Tsitsin debe ser un
pruebas — pruebas escri
faltan. Los camaradas de
le dicen que se sospecha
con toda modestia, algun
— pero él a continuació

—He aquí, señor Bou
cuencia de vuestras con
rividen enteramente no eran
espías no se suicidan!
Y durante dos meses,
vivió en la angustia de
haber sido la causa de la
hombre honesto. El estaba
la acusacion era falsa. Pe
En fin, al cabo de dos
cuentran los papeles de es
sitados en casa de uno de
Y entre ellos se halla toda
dencia con la policía se
de dramas en todo es
los que aun habrá, tal vez
sos.

Al regresar hemos tenid
tad borrascosa entre Dieppe
Ya había sufrido *cuatro* en
dos en el Mar del Norte, d
tico — y jamás falté a un
Esta vez, estuve espantos
mo — hasta el punto de s
levantarme para ver a Sof
ble. Uno de los hombres de
fué herido, furiosamente ar
la borda. Atrapé allí, prob
resfrío, reforzado aquí por
cambios de tiempo y he aqu
tres semanas que no he podi
(Felizmente, no afecta a lo
En fin, desde hace 2—3 día
jor.

Te abrazo, mi querido Lui
corazón. Sofía id., id.

Tu P

Henri (*Malatesta*) me ha
está decidido a ir a Italia de
semanas. Yo he hablado de
garantía por el concurso de
gos. Eso es absolutamente ne
suscrición pública no sería p

---

(1) *Nosotros habíamos p*
editor Sandron publicar El A
en su serie de volúmenes L'I
derna, *donde hubiera estado*
pero se nos respondió con un
dependientemente de toda co

(2) *Nosotros propusimos*
las palabras del filósofo y juri
Bovio: "Anárquico es el pen
hacia la anarquía marcha la h

(3) *Este retrato, que nosotr*
mos hacer imprimir a la cabe
tras ediciones italianas, jamá
obtenerlo.

(4) *Se trata de esta frase e*
folleto La evolución legal y la
"¡Ah! amigos míos, nada dep
como el éxito! En tanto que nue
fo no sea, al mismo tiempo, el
tengamos la suerte de no log
éxitos ¡seamos siempre vencid

Darwin de la segunda mitad de su vida). Esto facilitará mi tarea. Me consta que el autor, acicateado por mis artículos, y en parte por mi correspondencia, se ha animado a hacer este nuevo trabajo bien elaborado.

—El *motto* del libro que tú propones (2) está muy bien. Yo no sé por qué, tal vez olvido — no he puesto este, del *Purgatorio*, el fin del canto XXVII:

Libero, dritto, sano é tuo arbitrio.
Non aspettar mio dir piú, né mio cenno:
E fallo fora non fare a suo senno;
Perch'io te sopra te corono e mitrio.
Dante, *Purgatorio*, canto XXVII.

Se podría poner las dos.

—¿Mi retrato? Si insistes, te enviaremos uno (3). Pero ¿es necesario?

—¿Dónde has encontrado esas hermosas palabras de Eliseo? Cuán hermoso es eso — y verdadero (4).

—Contesto a tus preguntas relativas a la salud. Hemos tenido cinco días *extremadamente* agradables en París. Hemos visto muchos amigos franceses y rusos; discutido la proposición de los obreros rusos de tomar la redacción de su periódico en Zurich.

He visto a Bourtzeff y le he hallado de nuevo vigoroso. Imagínate lo que ha vivido. Empieza por denunciar a los socialistas revolucionarios a un tal Tsitsin que era archiamigo de su Comité Central y vivía con uno de ellos. Lo denuncia, porque a raíz de cierta coincidencia, de otro modo imposible, es evidente para todos que ese Tsitsin debe ser un agente. Pero las *pruebas* — pruebas escritas, palpables — faltan. Los camaradas de este nuevo Azeff le dicen que se sospecha de él y le piden, con toda modestia, algunas explicaciones — pero él a continuación se suicida.

—He aquí, señor Bourtzeff, la consecuencia de vuestras continuas sospechas. Evidentemente no eran fundadas: ¡los espías no se suicidan!

Y durante dos meses, mi pobre amigo vivió en la angustia de ser acusado de haber sido la causa de la muerte de un hombre honesto. El estaba *seguro* que esta acusación era falsa. Pero — las otras!

En fin, al cabo de dos meses, se encuentran los papeles de ese Tsitsin, depositados en casa de uno de sus amigos. — Y entre ellos se halla toda su correspondencia con la policía secreta!... ¡Qué de dramas en todo este movimiento! Y los que aun habrá, tal vez mas angustiosos.

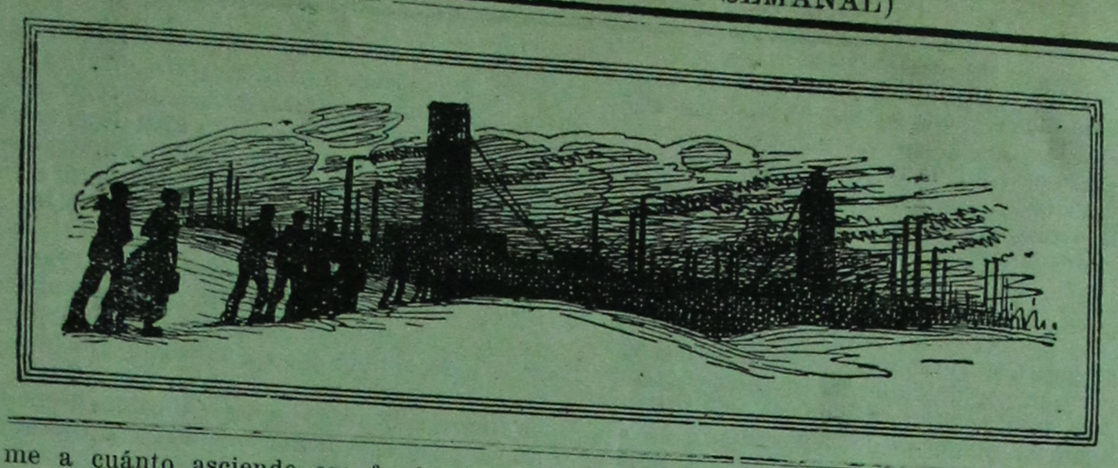
Al regresar hemos tenido una tempestad borrascosa entre Dieppe y Newhaven. Ya había sufrido *cuatro* en mis viajes — dos en el Mar del Norte, dos en el Atlántico — y jamás falté a una sola comida. Esta vez, estuve espantosamente enfermo — hasta el punto de ser incapaz de levantarme para ver a Sofía. Fué horrible. Uno de los hombres de la tripulación fué herido, furiosamente arrojado contra la borda. Atrapé allí, probablemente, un resfrío, reforzado aquí por los bruscos cambios de tiempo y he aquí que ya van tres semanas que no he podido reponerme. (Felizmente, no afecta a los pulmones). En fin, desde hace 2—3 días eso va mejor.

Te abrazo, mi querido Luis, de todo mi corazón. Sofía id., id.

Tu Pedro.

Henri (*Malatesta*) me ha escrito que está decidido a ir a Italia dentro de tres semanas. Yo he hablado de tu plan de garantía por el concurso *de algunos amigos*. Eso es absolutamente necesario. Una suscrición pública no sería prudente. Dime a cuánto asciende ese fondo de garantía. ¿Es necesario que contribuya con mi parte? Esto debe hacerse entre pocos amigos. Dí lo que sea menester que yo haga por mi parte.

Ese fondo resultó inútil. Malatesta volvió a Italia algunas semanas más tarde. A principios de junio de 1914, debió refugiarse de nuevo en Londres.



Brighton, 22 de marzo de 1912.

Excúsame por no haberte escrito más pronto. Me he resfriado un poco estos días; desde que el invierno se hizo sentir de pronto, con tempestades, terribles aquí, a orillas del mar. Constipación, tos, un poco de fiebre. Pero ya voy mejor.

Gracias por tu envío. Pero, querido, con esto debes detenerte. Ya es bastante. Emplearías mejor el dinero destinándolo a la propaganda. Y, por el momento, puedo trabajar tranquilamente — sin molestias pecuniarias.

Enquieres qué otra enfermedad me aqueja. Enfermedad de senectud y de vida sedentaria. Hasta han querido operarme. Pero espero prescindir de ello.

De todos modos, "eso" marchó bastante bien durante el invierno. Aunque no hemos tenido invierno.

El libro *La Ciencia moderna y la Anarquía*, revisado, rehecho, comprendido en él *Spencer*, el *Estado en la historia* y el *Estado moderno* (esto último es nuevo y doy un capítulo, *La Guerra*, en *Temps Nouveaux*) ya está en poder de Stock. Va a comenzar la impresión.

Estoy muy contento de saber que todo va bien, y sobre todo que Mussolini y Sagristá están en libertad.

Mándame la dirección de Mussolini, que quiero escribirle.

Aquí, como ves, la cosa no va mal. Lo que falta son algunos hombres tan bien inspirados como Tom Mann y que hubieran podido lanzar algunas *ideas*. Eso ya vendrá. El hecho mismo de haber logrado reunir un millón de mineros (más de 770.000 que han debido cesar el trabajo) —este solo hecho inspirará las ideas. La cosa marcha, queridos amigos. Los dos millones de obreros van a pensar y verán que no somos tan utopistas como parece!

Comienzo a publicar aquí, en ruso, una serie de folletos. Serán introducidos cien en Rusia. Si sólo se introdujeran veinte ya sería una buena ayuda para los que, allá lejos, no se dejan dominar por la desesperación.

Al mismo tiempo estamos comenzando una edición de las Obras Completas de Bakunin en ruso — siempre aquí ¡ay! nunca allá, en Rusia! Todo esto me lleva bastante tiempo.

Brupbacher escribe que ha terminado el resumen de la *Internacional* de J. Guillaume. Temo que sea voluminoso todavía.

Muchos abrazos a todos, queridos amigos, y recuerdos de parte de Sofía.

Mussolini nos había ayudado a traducir Palabras de un Rebelde *y también una parte de* La Gran Revolución. *Condenado, salvo error, por un delito de prensa de poca importancia y puesto en libertad en ese momento, Kropotkin quería darle las gracias. Nadie hubiera podido prever entonces en Mussolini al futuro jefe del fascismo.*

8 de enero de 1913

Mil gracias por tus dos cartas y el clichés.

Vuelve a escribirme cuando hayas obtenido las informaciones concernientes al terreno. Si encuentras un número del periódico alemán, envíamelo.

Seguiré tus consejos. He trabajado demasiado en estos últimos seis meses.

La convalecencia continúa. El pulmón parece estar enteramente aliviado. Pero... ocho días de cama aún.

Fuertes abrazos para tí, Georges, Francois.

Esta carta se refiere a la tumba de Bakunin en Berna.

Casa Avv. Respini. vía S. Francesco
Locarno, 3 de abril de 1913.

Desde que estamos aquí (seis semanas) hubiera querido escribirte. Pero, nunca he estado tan perezoso en mi vida como ahora (enfermedad, vejez, cambio de clima? ¿o los tres a la vez?) Y luego — las visitas.

En fin, ahora te escribo.

Comenzamos con Schapiro la impresión de la traducción rusa de mi *La Gran Revolución*.

Concluída ya en 1908 (la mitad por mí) ha rodado por las editoriales rusas que han querido publicarla, pero es imposible bajo la censura rusa. Demasiada actualidad. En fin, he logrado que vuelva a mi poder el manuscrito y ya tengo con qué empezar la impresión. Se hará en nuestra imprenta de Londres. Tengo, franco más, franco menos, los dos tercios de lo que costará la impresión.

Quiero, pues, pedirte un consejo.

1) Primero, el precio. Schapiro propone 3 fr. 25, 2 shill. 6 pence en Inglaterra, sin los gastos de flete. para la edición en un volumen. Sólo contamos con la base de 2000 ejemplares. Esto no cubrirá los gastos. Pero ya es demasiado caro para que los trabajadores puedan comprarla. Tenemos esperanzas, sobre todo, en los Estados Unidos, donde hay 200.000 rusos y un poco en Londres y en París.

Rebaja de 30 o|o a los que compren 10 ejemplares, comprendido el flete.

Ahora, dime, cómo organizaste la *suscrición* para la edición italiana: el precio, las condiciones, el número de suscritores, el gasto de envío a América, etc. Sofía hace hincapié para que se organice una suscrición. ¿Es práctico?

2) ¿Cuánto te ha costado la hermosa carátula con el cuadro de Doré? — ¿Has pagado los derechos de reproducción a los herederos de Doré? ¿o está libre de ellos?

Si se hace dos volúmenes, sería bueno tener una toma de la Bastilla un poco modificada (menos soldados — el pueblo) ¿Cuánto te ha costado ésta: dibujo e impresión?

—Esto es todo por el momento. Cuento con verte pronto, — dentro de unos días ¿no? ¿el 12? Pero el 12 cae en miércoles. Te espero con impaciencia, y lamento una cosa: no encontrarás aquí a Sacha y su marido. Ellos sólo han tenido 15 días de asueto y parten el domingo o a más tardar el lunes próximo, a las 9.

Karmin me escribe que ha visto a Georges y que va bien. Abrázale de mi parte

En ocasión de su 70 aniversario, en diciembre de 1912, Kropotkin había recibido la suma de una suscrición hecha entre amigos, camaradas y admiradores, que destinó enteramente a la publicación en ruso de su La Gran Revolución..

Esta carta contiene errores de fechas

Villa Nessi, Muralto — Locarno.
Lunes (12 de mayo de 1913)

¿Cuándo nos volveremos a ver? Hemos cambiado de alojamiento, pues el 2 de mayo han vuelto los jóvenes recién casados que la habían alquilado por 5 años.

Estamos en Muralto, la parte baja de la Villa Rossa (la pensión que tú conoces).

Se llega allí siguiendo la calle paralela a la vía del ferocarril y luego se pasa entre la vieja iglesia con su torre cuadrada a la derecha y las dos escuelas comunales a la izquierda. Esa es la calle Municipio, 12.

O bien se va en tranvía hasta Villa Diana, la última antes de Villa Rossa y se desciende en la calleja que está a la derecha.

Estarás enterado de la agitación suscitada a favor mío por el abogado Gianatelli, en el *Eco de Gotardo* del 25 de abril.

La Municipalidad y el alcalde Balli han convocado después de esto a los ciudadanos locarneses para enviar al Consejo federal una proposición de anular mi expulsión. Lo que fué hecho.

Hasta ahora — ninguna respuesta.

Me preparo para partir a más tardar después del 17. Y si el Consejo Federal me impone condiciones — no volveré más aquí.

Ven, estaré muy contento de poder abrazarte por los tres.

Ignoramos los términos exactos de la respuesta del Consejo Federal, pero ésta fué, en suma, negativa y Kropotkin prefirió abandonar Suiza.

12 de julio de 1913.

Te envío de vuelta las pruebas indicando donde podría entrar la cita y encuadrar con el resto. He tratado de traducirla, pero... prefiero dejártela: no doy con las palabras.

Trate, primero, reemplazar *coazione* por otro vocablo; me parecía que *coazione* podría prestarse a malentendido, ser comprendido como co-acción, cooperación. Pero veo que usas muchas veces ese vocablo. ¿Es que no hay otro? Ferrari dice, *coazione* — co-acción, coacción. ¿Qué quiere decir esto que tiene esos dos significados? En fin, tú verás lo que hay que hacer.

Te mando de vuelta la nota con el texto de la cita. En efecto, ésta es excelente y hay que reproducirla. Los que han leído la menor de las cosas de Fourier comprenderán que no se trata de *corporar* en política.

—La respuesta de Sandron me apena mucho. Antes de dirigirte a otro editor, ¿no sería bueno traducir al italiano las apreciaciones acerca de este libro? Tengo algunas muy halagadoras. Los alemanes son los que mejor la han acogido.

— Para *La Ciencia moderna y la Anarquía*, tienes perfecta razón. Omite de *Comunismo y Anarquía* y *El Estado y su rol histórico*. Eso está muy bien, tanto más que en Italia los folletos deben circular mejor que en Francia.

Pon solamente al comienzo de la parte II, *El Estado moderno*, la nota: ..... *Para el rol que el Estado ha jugado en la historia, ver el folleto* El Estado y su rol histórico, *publicado*, etc.

—En cuanto a la fotografía — eso se hará.

Preferiría darte una reducción de la grande y soberbia fotografía hecha por Nadar, 30 por 40 cm. Es un retrato verdaderamente.

Si no se hace a tiempo, tendrás a tu disposición, en todo caso, la más pequeña de Nadar, que está también muy bien.

Voy a ocuparme de la nota sobre Bergson. No he visto nunca nada de Sorel.

La salud — un poco mejor. El lunes voy por ocho días a Londres, a lo de Sacha, para trabajar en el British Museum. Siempre la herencia! Pero este será el

(1) *Nosotros habíamos propuesto al editor Sandron publicar* El Apoyo Mutuo *en su serie de volúmenes* L'Indagine moderna, *donde hubiera estado en su lugar, pero se nos respondió con un rechazo, independientemente de toda condición.*

(2) *Nosotros propusimos como* motto *las palabras del filósofo y jurista italiano Bovio: "Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia".*

(3) *Este retrato, que nosotroos queríamos hacer imprimir a la cabeza de nuestras ediciones italianas, jamás pudimos obtenerlo.*

(4) *Se trata de esta frase extraída del folleto* La evolución legal y la anarquía: *"¡Ah! amigos míos, nada deprava tanto como el éxito! En tanto que nuestro triunfo no sea, al mismo tiempo, el de todos, tengamos la suerte de no lograr jamás éxitos ¡seamos siempre vencidos!"*

último artículo sobre el mismo tema, tan terriblemente difícil.

Estrechos abrazos para los tres de nuestra parte.

Habíamos propuesto al gran editor italiano Remo Sandron publicar El Apoyo Mutuo *en su biblioteca científica* L'Indagine moderna (*La investigación moderna*), *donde figuraría en lugar adecuado.*

Desde mañana, 9 Chesham Street.
Brighton, 27 de agosto de 1913.

Te agradezco mucho que hayas respondido a ese "interwiewer" del *Avanti!* Ese animal vino a mi casa con De Ambris. Yo no le conocía, en absoluto. Le dije que si venía a hacerme un reportaje, no le recibiría y que no tenía nada que comunicarle. En seguida se deshizo en protestas asegurando que su presencia aquí nada tenía que ver con un reportaje. Si hubiese venido solo, me hubiera limitado a "buenos días" y "buenas noches". Pero estaba con De Ambris. Y en efecto, ha utilizado trozos de nuestra conversación sin relación visible, tanto más que yo debía hablar mitad en francés, mitad en italiano.

Los *Temps Nouveaux* ha interpretado muy bien mi idea y, por otra parte, yo te la he expuesto. Sólo que, agregaba yo allí, así como se lo dije también a Grave, nuestra conversación contigo, y tus argumentos, me han hecho reflexionar mucho. De todos modos, creo que bandas de franco-tiradores, revolucionarios, soliviando las masas y declarando la guerra campesina a los invasores *sean quienes sean* — alemanes, rusos, franceses — es aún el único medio de rechazarlos: a los rusos de Polonia, a los alemanes de Francia, a los franceses de Marruecos et sic de coeteris.

La guerra de brazos cruzados contra la guerra no bastará. Será necesario oponerse, armándonos, a las guerras. Armas al hombro, — con lo que tú hablas durante una huelga general. Esto les hará reflexionar diez veces. Los jefes militares saben muy bien en qué medida una guerra impopular se convierte, fatalmente, en una derrota. Bismarck lo sabía. Kropatkin se lo escribió al zar *antes* de la guerra. He aquí por qué yo haría lo posible por combatir *toda* guerra. Pero no bien un conquistador vendría a conquistar, yo le mordería como un buen perro.

Escribo esto para tí. Simple gana de hablar. — No sé de ningún grabado que represente a la ciencia como nosotros la entendemos. Y menos aún la Ciencia y la Anarquía unidas; a menos que, como tú dices, se simbolice una y otra.

La idea de seis retratos es *excelente*. Iré a Londres por algunos días en septiembre y allí hallaré, seguramente, un retrato de Godwin. Hay un libro sobre él escrito por Trübner, en el que debe estar su retrato.

Desde el 15 de julio al 14 de agosto me puse a trabajar a toda máquina en mi trabajo ("La acción directa y la lucha por la existencia", que será el último capítulo-artículo para la *Nineteenth Century*).

Pero se nos ha ofrecido un encantador cottage en medio de un bosque de abetos, no lejos de Brighton, por quince días. Y lo hemos aprovechado. Mañana volvemos a Brighton.

La salud no va bien. Aquí, no he hecho otra cosa que revisar la traducción rusa de *La Gran Revolución* y corregir las pruebas.

Sofía te envía muchos recuerdos, así como a nuestros amigos de Ginebra y yo os abrazo de todo corazón.

El reporter era el periodista italiano De Falco, quien había publicado un informe tendencioso de la conversación. Kropotkin estimaba mucho, en aquella época, a De Ambris, creyéndole un sincero sindicalista revolucionario. No se había hecho todavía "diputado antiparlamentario"

Brighton, 30 de agosto de 1913.

Dos palabras para responderte sin retardo.

Lo que me dices de Henri (Malatesta) me regocija profundamente. Hélo, por fin, en su medio, donde recobrará todas sus energías. Sólo será necesario que pueda desarrollar durante algún tiempo esta propaganda.

Te devuelvo la tarjeta postal.

Yo también he tenido una especie de vacaciones. Se nos ha ofrecido un cottage en el campo. Hemos aceptado y Tchernokesoff y su mujer han pasado quince días de vacaciones en nuestra casa de Brighton.

Henos aquí de regreso.

Pienso redactar lo más pronto posible la nota sobre Bergson.

Adjunta va la nota que se agregará al libro.

Te envío también una corrección relativa a *Saint Simon*, p. 360-361 de la edición francesa, y una nota sobre Roberto Mayer que por descuido no puse en el *Apéndice*, p. 359. Fíjate, a ver si sería útil insertarla. Si no — devuélvemela.

Tengo también unas cincuenta hojas del formato de ese papel azul, que había redactado para el Apéndice (después de *Spencer*). Versan sobre Tucker, Stirner, Will Thompson (robado por Marx) y dos notas sobre el rol del Estado. Pero creo que esto alargaría demasiado el libro, y las he guardado para releerlas.

Tu carta me ha llegado toda pegada en el interior. ¿Curiosidad postal?

Fuertes abrazos a los tres, buenos y queridos amigos.

Brighton, 5 de septiembre de 1913

He aquí una nota sobre Bergson y también lo que pienso de ella.

Me parece que es imposible ponerla en el Apéndice de *La Ciencia moderna y la Anarquía*, como parte del libro.

Es demasiado honor para Bergson ponerlo al lado de Spencer. Y luego, el artículo sobre Spencer es un análisis completo de un punto de vista de su filosofía. He querido tratar a Bergson en la misma forma. Pero es imposible. *El no es honesto.*

Cuando me volví a sumir en esas 400 páginas de falsedades, evasivas, ideas nebulosas, absurdos, carencia de sentido, tuve que rechazar con disgusto la tarea.

Pero, como *artículo de diario*, eso *puede* ir. Pero como parte del libro no puede ir en modo alguno; el todo es diferente.

He aquí, pues, lo que te propongo.

Hago publicar el texto francés en *Tems Nouveaux*, y tú insertas — *si te parece que vale la pena* — la traducción italiana ya en el *Risveglio* o al fin del libro después de *Herbert Spencer* (si posible fuera en caracteres un poco más pequeños), diciendo algo de esta guisa:

"Puesto que hay camaradas que se interesan por Bergson, agregamos aquí la traducción de un artículo publicado por P. K. en *Temps Nouveaux*"

Así quedará aparte este artículo del *libro;* de otro modo, el hecho que trate a este farsante sin cumplimientos podría dañar a la obra.

¿Qué piensas tú? Te mando dos duplicados a la vez. Así puedes guardar uno. Si crees que no vale la pena de ser publicada, puedes arrojarla, con plena conciencia, al canasto.

Estrechos abrazos para los tres, queridos y buenos amigos.

Los sindicalistas Labriola y Sorel acababan de elogiar las teorías bergsonianas; de ahí que hubiéramos pedido una nota a Kropotkin a ese respecto.

Brighton, 8 de octubre de 1913

Debo decirte francamente que el dibujo para la cubierta no nos gusta a nadie. Las dos figuras del centro no están bien (las líneas son desagradables). Propongo, pues, quitarlos sencillamente y poner en el centro el título del libro. Creo que será mejor. Sofía es del mismo parecer.

¿Qué opinas tú?

Los retratos están bien. Y luego, tú sabes que yo no habría dicho que la ciencia dará la tierra al trabajador. Es necesario para eso la Revolución.

Creo que será fácil reemplazar la doble figura del centro por el título. ¿Qué piensas tú?

Estrechos abrazos.

Se trata de la cubierta de la Scienza moderna e l'Anarchia, *con los retratos de Diderot, Darwin, Reclus, Godwin, Proudhon y Bakunin.*

Villa Ern. Imperiale, Bordighera.
(Es también 6, vía Bischoffsheim, muy cerca de la Iglesia Inglesa. Esto, para el caso que el viento te traiga, hasta aquí, por azar).

26 de enero de 1914

Nuevamente hace una eternidad que no nos hemos escrito. ¿Cómo te va? La salud ¿siempre buena? ¿Haces siempre la jira de conferencias cada domingo? Hénos aquí separados durante el invierno. Pero nosotros pensamos, antes de regresar a Londres, detenernos en el mes de mayo, en Locarno, para no pasar demasiado bruscamente de aquí a Brighton.

Hace muy buen tiempo por aquí y estuve muy contento de volver a ver en Niza a algunos viejos amigos rusos y de hacer conocimiento con algunas personas rusas venidas aquí para vernos. Pero, pese a todo, quiero más a Locarno. No puedo acostumbrarme al clima de aquí. Cuando hace sol, sufro con este calor húmedo — no puedo hacer mi paseo cotidiano a paso de carrera que me permite llenar de aire fresco mis pulmones. Apenas si tengo tiene ánimo para arrastrarse bajo el sol. Esto me incomoda: apenas si llego a hacer cada día, de cuatro a cinco horas de trabajo productivo. De tal guisa el trabajo no avanza nada.

¿O todo esto no será otra cosa qué vejez? Pero no — el clima es *demasiado dulce.*

He recibido la visita de un amigo italiano de San Remo, Moreno, amigo de Ettore Molinari. Hemos conversado mucho de todo. Me ha hablado del entusiasmo increíble que la elección de un socialista había suscitado en San Remo (hoy es el turno de Cipriani). ¡Pobres gentes! ¡qué de desilusiones les esperan aún! Ellos piensan: "¡Es nuestra victoria"! y no caen en la cuenta que la victoria es arrebatada por los burgueses *sobre ellos* — los insumisos de ayer, los domesticados de hoy y los sumisos de mañana! Pobre Cipriani, prestar su nombre honesto a esta farsa.

He preguntado a Moreno lo que se pensaba en Italia de *Volontá*. Su respuesta me ha asombrado. "Malatesta dice, sigue siendo siempre con el mismo entusiasmo, siempre Malatesta". Pero se juzga que el periódico no es bastante revolucionario de lenguaje.

Y a mí me parecía que al contrario, Malatesta había soliviado tantas cuestiones, sobre las cuales hacía pensar a sus lectores y que trataba esos problemas de una manera tan simple, tan comprensible precisamente para la masa de los trabajadores! —Veo que Georges tampoco está muy entusiasmado con el periódico, ¿Qué opinas tú?

—Veo en el último *Réveil* que habéis reproducido el artículo de Malatesta sobre los aprovisionamientos y la Revolución. Este es uno de los problemas más graves; me he ocupado de él, no mucho, por otra parte, en lo que concierne a Inglaterra y, si no me engaño, debe haberse publicado en *Temps Nouveaux* un artículo mío sobre este problema.

Me ha asombrado el describir, hablo de Inglaterra, cómo vive al día una gran sociedad bajo el régimen capitalista. Puesto que Inglaterra importa más de un tercio de su alimento, ha parecido que si la revolución estallaba más bien después de la cosecha, el trigo alcanzaría sólo para 6 u 8 meses y talvez para 4-6 meses (más bien 4 que 6 y aún con gran economía) de carne.

Parece increíble. *Inglaterra vive al día.* Jamás hay existencias de algodón bruto para más de tres meses y de todas las mil cosas necesarias para la producción industrial: se importa día por día. Para la mayor parte de los objetos *importados* (sea alimento, sea materias primas) no se tiene en depósito sino *para seis semanas.*

Este es uno de los argumentos que aducía también para evidenciar la necesidad en *todos* los países de producir por sí mismos *todo* su alimento y de desarrollar la cultura intensiva. Aquí, v. gr., el cultivo intensivo de las flores (con protección artificial para la noche: techos de paja sobre soportes y nubes artificiales de humo en caso de helada — así como se hace en el lado del cantón de Vaud). Por esto sólo se hace para un objeto de lujo, de exportación. Pero esto ya será útil, cuando sea menester producir apresuradamente alimento, como enseñanza y materia pródiga en invenciones futuras. Se estará familiarizado con la idea del cultivo intensivo.

De todos modos, el hecho está ahí. Que comience una revolución seria y el país donde empiece está obligado a producir su alimento por medio de procedimientos forzados. Los "rabiosos" habían sentido ya esa necesidad en 1793. Pero esto impondrá, forzosamente, el comunismo, — pese a los Girondinos del siglo XX — los social-demócratas.

¿Cuándo tendremos ocasión de *volver a conversar* de todo esto?

Soy siempre esclavo de mi trabajo lógico (acción directa del medio, etc.). Avanzo a paso de tortuga. Ante todo, los libros han llegado el 31 de diciembre (los pedidos el 28 de noviembre). Luego, el trabajo accidental que fué menester hacer para responder a un geólogo (¡si fuese el único!) que sigue el movimiento reaccionario en geología como, por lo demás, en todas las cosas. —Y por último, la falta de energía, un poco de fiebre, etcétera, etc.

—La impresión de *La Gran Revolución* en ruso va bien. Las dos terceras partes ya están impresas. Una hoja por semana. Lamento solamente el pensar que hubiera valido más escribir: "Las enseñanzas de la Gran Revolución". Temo que no sea fácil para los trabajadores la lectura de la obra. Es larga, complicada.

¿Se lee *La ciencia moderna y la Anarquía?*

Te había escrito antes de partir de Brighton, una extensa carta. ¿La has recibido?

Te abrazo muy estrecha, muy estrechamente, mi querido amigo.

Los que se obstinan en no ver en Kropotkin sino un idealista, harán muy bien en releer esta carta.

Bordighera, 5 de febrero de 1914

Sabiendo que gozas de buena salud, que estás vigoroso, siempre en la brega — que me quieres — esto es todo lo que necesito.

Me escribirás cuando dispongas de un claro en tu trabajo cotidiano. Nosotros nos leemos siempre con el periódico.

El artículo de Brupbacher en la *Ouvriére*: "Socialdemócrata *y* Asarquista", me disgusta soberanamente.

Todos los hombres del 48 tenían algo que decir contra el Estado. Nadie podía callarse después de Stirner y los otros. Pero lo que Marx y Engels han dicho de él, fué en la época en que se llamaban de *socialistas* y no eran aún social-*demócratas*, y también en una época en que no había todavía *anarquistas* en nuestro sentido de *abajo el Estado.*

Desde el punto y hora en que se constituyó un partido social-demócrata habiendo establecido en su programa la conquista del poder en el Estado actual, no se puede ser más social-demócrata y anarquista. Uno u otro. De otra guisa, sería sembrar la confusión.

Podrá, tal vez, presentarse una situación en la revolución, en la que social-demócratas y anarquistas podrán darse las manos — para marchar, digamos, al asalto del Palacio o del Parlamento burgués o de cualquier otra fortaleza. En Rusia, hubo dos o tres momentos de esta clase. Pero esto sólo podrá hacerse si se sabe *distintamente, nítidamente* lo que quieren unos y otros.

Pero basta — el trabajo me espera.

Sofía ha estado muy emocionada con motivo de las líneas afectuosas que le dirigés en tu carta.

Buenos y estrechos abrazos.

Cuán justo y profundo parece, después de la experiencia bolcheviqui, el consejo de no confundirnos jamás con los socialdemócratas! No somos nosotros los que subrayamos, sino Kropotkin mismo.

Bordighera, 19 de febrero de 1914

Gracias por tu carta. La he leído con el placer más vivo. Pero no te escribo estas líneas para responderte. Es para rogarte me envíes, a vuelta de correo, un ejemplar de la traducción italiana de *La Gran Revolución.*

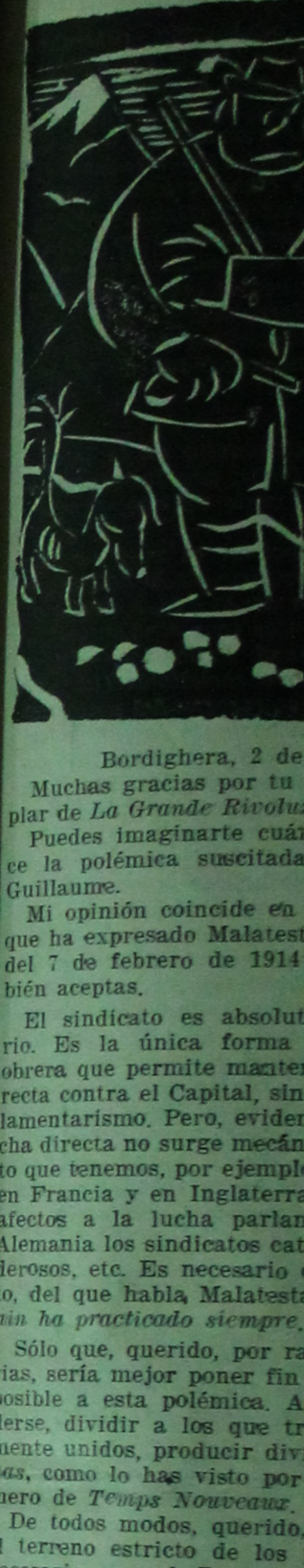
Voy, en la impresión de la traducción *rusa*, por la página 500 y quiero corregir en ella el texto del capítulo LI como ya lo he hecho en la traducción italiana. La prueba de esto vendrá de aquí a algunos días.

He pasado cinco días en cama, leve ataque de algo... era necesario reposar. Ahora ya voy bien, pero no salgo aún.

Muchas visitas: Mme. Sofía L., que Georges conoce bien, una sobrina mía (esposa de un sobrino) que es también segunda sobrina de Bakunin, y Juan Grave, quien, de Saint-Raphael donde estaba, vino aquí por ocho días.

Y luego — un telegrama de Schapiro de Londres: "Enviad manuscrito inmediatamente."

Te abrazo, pues, aprisa, así como a Georges y François.



Bordighera, 2 de

Muchas gracias por tu
plar de *La Grande Rivolu*
Puedes imaginarte cuá
ce la polémica suscitada
Guillaume.

Mi opinión coincide en
que ha expresado Malates
del 7 de febrero de 1914
bién aceptas.

El sindicato es absolut
rio. Es la única forma
obrera que permite mante
recta contra el Capital, sin
lamentarismo. Pero, eviden
cha directa no surge mecán
to que tenemos, por ejemp
en Francia y en Inglaterra
afectos a la lucha parlam
Alemania los sindicatos cat
derosos, etc. Es necesario
to, del que habla Malatest
nin ha practicado siempre

Sólo que, querido, por ra
rías, sería mejor poner fin
posible a esta polémica. A
derse, dividir a los que tr
mente unidos, producir div
nas, como lo has visto por
mero de *Temps Nouveaux*.

De todos modos, querido,
el terreno estricto de los
necesario que el *Reveil* y
veaux den el ejemplo de la
ludable discusión, sin ataqu

Tus argumentos — más
blemas que planteas, tanto
camaradas — así como son
Pierrot, — *están perfectame*
Cada uno debe planteárselos

Voy a escribir, en seguida
en este sentido.

Tiene sus defectos en la p
después de todo, *busca*, co
la solución revolucionaria
blema tan difícil, y ha gua
natural, esas cualidades qu
cían amar tanto en la Juras
natural el que yo hago resal
ta que he escrito en la *Vie O*
su 70 aniversario.

En una carta precedente
(no le he contestado a este
trata del artículo de Brupba
demócrata *y* socialista acerca
le escribí); me decía que la
sindicatos le parecía mal en
que él se pregunta cada maña
cia, si no habrá un golpe de
que el día termine, o si no
la guerra de un momento a

Para esta última eventuali
hay dos meses de plazo, y
ces muchas cosas pueden alla
venenarse. En cuanto a la po
un golpe de Estado, no lo hu
nunca probable. No obstante,
me habla de él, tal debe ser la
los franceses que frecuenta.

Pero, aparte de esto, están
interiores.

Esta carta la he escrito a
nemos aquí, con nosotros, a
Lavroff, de la que te he habla
do. Contando 72 años de edad,
do de Petersburgo (3 días y 3
vagón) para vernos; también
ve y su compañera; un ing
Clark, y visitas — y cartas sin
tre otras las concernientes a
das ilustraciones de la edició
de *La Gran Revolución* (varas
y todo el "bataclán" absurdo,
la historia de la Revolució

Bordighera, 2 de marzo de 1914.

Muchas gracias por tu carta y el ejemplar de *La Grande Rivoluzione*.

Puedes imaginarte cuánto me entristece la polémica suscitada contra tí por Guillaume.

Mi opinión coincide en absoluto con la que ha expresado Malatesta en la *Volontá* del 7 de febrero de 1914 y que tú también aceptas.

El sindicato es absolutamente necesario. Es la única forma de agrupación obrera que permite mantener la lucha directa contra el Capital, sin caer en el parlamentarismo. Pero, evidentemente, la lucha directa no surge mecánicamente, puesto que tenemos, por ejemplo, en Alemania, en Francia y en Inglaterra los sindicatos afectos a la lucha parlamentaria, y en Alemania los sindicatos católicos, muy poderosos, etc. Es necesario el *otro* elemento, del que habla Malatesta, *y que Bakunin ha practicado siempre*.

Sólo que, querido, por razones muy serias, sería mejor poner fin lo más pronto posible a esta polémica. Amenaza extenderse, dividir a los que trabajan actualmente unidos, producir divisiones *intestinas*, como lo has visto por el último número de *Temps Nouveaux*.

De todos modos, querido, mantente en el terreno estricto de los principios. Es necesario que el *Reveil* y *Temps Nouveaux* den el ejemplo de la verdadera, saludable discusión, sin ataques personales.

Tus argumentos — más bien los problemas que planteas, tanto tú como los camaradas — así como son expuestos por Pierrot, — *están perfectamente fundados. Cada uno debe planteárselos*.

Voy a escribir, en seguida, a Guillaume en este sentido.

Tiene sus defectos en la polémica, pero, después de todo, *busca*, como nosotros, la solución revolucionaria de este problema tan difícil, y ha guardado, en su natural, esas cualidades que nos le hacían amar tanto en la Jurasiana. Es ese natural el que yo hago resaltar en la nota que he escrito en la *Vie Ouvriére* para su 70 aniversario.

En una carta precedente él me decía (no le he contestado a este respecto: se trata del artículo de Brupbacher: social-demócrata *y* socialista acerca del cual yo le escribí); me decía que la crítica a los sindicatos le parecía mal encarada, porque él se pregunta cada mañana en Francia, si no habrá un golpe de Estado antes que el día termine, o si no va a estallar la guerra de un momento a otro.

Para esta última eventualidad, todavía hay dos meses de plazo, y hasta entonces muchas cosas pueden allanarse, o envenenarse. En cuanto a la posibilidad de un golpe de Estado, no lo hubiera creído nunca probable. No obstante, si Guillaume habla de él, tal debe ser la opinión de los franceses que frecuenta.

Pero, aparte de esto, están los peligros *interiores*.

Esta carta la he escrito a tirones. Tenemos aquí, con nosotros, a Mme. Sofía Lavroff, de la que te he hablado a menudo. Contando 72 años de edad, se ha venido de Petersburgo (3 días y 3 noches en vagón) para vernos; también Juan Grave y su compañera; un inglés, el Dr. Clark, y visitas — y cartas sin fin — entre otras las concernientes a las absurdas ilustraciones de la edición española de *La Gran Revoldción* (varas de líctores y todo el "bataclán" absurdo, tomado de la historia de la Revolución de Luis Blanc, edición ilustrada de Larousse). Cuán agradecido te estoy por la hermosa edición italiana! Nuestra edición rusa avanza: ¡496 páginas impresas!

En fin, he tardado en escribir esta carta. Interín, he recibido la tuya con 60 fr. del Brasil. Estoy perplejo. ¿Qué hacer con ellos? De todos modos, gracias.

Debo terminar. Vienen a interrumpirme.

Abraza estrechamente a Georges y François.

Te abrazo de todo corazón.

Kropotkin creyó siempre que la guerra no sería declarada sino después de las cosechas. Como se ve, ella no ha sido una sorpresa para todo hombre que estuviera un poco informado.

Bordighera, 30 de mayo de 1914.

Tu última carta me ha entristecido profundamente. Me consta cuánto amabas a tu madre y hemos sentido dolorosamente tu pérdida. Bien querido, pensábamos detenernos por quince días en alguna parte sobre los lagos, cerca de Como, antes de regresar, y pensábamos ir a ver a tu madre para testimoniarle el afecto que te guardamos: esto la hubiera complacido.

Como ves, estamos aún en Bordighera. Sacha ha venido aquí con su marido. El se ha ido ya para reiniciar su trabajo y Sacha se ha quedado. Pero no anda bien de salud y quiere ver a un amigo especialista, médico en Nervi, cerca de Ginebra. Este ha estado de viaje y Sacha no puede ir a Nervi sino el martes próximo. Interin, Sofía ha atrapado una fiebre gástrica y van para cuatro días que guarda cama. No podremos, pues, partir antes del jueves, el 4 de junio. Todo está embalado, los cajones con libros casi listos para expedirlos.

Te mando de vuelta la cubierta. El arreglo del cuadro de Doré que habías hecho para la edición italiana nos gusta mucho más, y yo te rogaría, si posible fuera, que hagas hacer una cubierta exactamente como para la edición italina. La hermosa figura de la mujer con el estandarte rojo, y ese grupo (condensado) a la derecha, es precisamente lo que hace la belleza de la cubierta.

He aquí fracasados nuestros planes de vernos. Todo debido a una secuela de pequeñas enfermedades. Ya es hora de regresar a nuestras brumas inglesas.

Te abrazo, mi muy querido Luis, de todo corazón. Sofía, id., id. Abraza a nuestros amigos por nosotros.

Brighton, 30 de noviembre de 1914.

Mi muy querido Luis,

Muchas gracias por tu excelente carta — me ha conmovido mucho.

Tienes razón. Nada es más doloroso para mí que estar en desacuerdo con vosotros tres. Y sin embargo, tengo para mí que si Vds. conocieran los entretelones de la guerra como yo los conozco y si hubieran *vivido*, como Sofía y yo hemos vivido aquí, lo que acaece en Bélgica y Francia, y conocido los verdaderos hechos de la atroz invasión como nosotros los conocimos por los refugiados belgas y las familias de campesinos — os hubiérais dicho como yo, esto: Si los trabajadores alemanes hacen los "Pinckerton men" de los capitalistas alemanes, nuestro deber es de combatirlos por todos los medios que la edad, la salud, las inclinaciones personales nos dicten, — en lugar de dejar planear la duda sobre nuestra actitud hacia la invasión. Si los franceses o los ingleses hubieran invadido y conquistado Bélgica, nuestro deber hubiese sido oponernos a ello, como nos oponemos ahora a los alemanes.

Los Pinckerton son también, la mayor parte, trabajadores; los soldados rusos e ingleses son, en su gran mayoría, obreros y campesinos.

Pero cuando los soldados ingleses van a conquistar a los Boers, los soldados rusos masacran a los Polacos y los "Pinckerton men" masacran a los obreros irlandeses, eslavos, etc., — yo me rebelo contra ellos. Yo los combato en la medida de mis fuerzas. Lo he hecho toda mi vida: lo continúo haciendo hoy. Sin esto, no habría jamás Internacional. Es así como comprendíamos la Internacional en 1872, y pienso, hoy, como pensaba en 1872 y lo he dicho desde 1877, que es la única concepción justa.

Y luego, querido, no hay que decir que no se sabe nunca quién es el agresor. El sentimiento popular no se ha engañado *jamás* sobre esto, no se engaña ahora tampoco.

No tengo una colección en orden del *Réveil* y te agradecería mucho me enviaras el número, en el que Georges respondió a un diario francés que yo había profesado siempre las mismas ideas sobre esta cuestión.

Habiendo reproducido la *Era Nuova* mi capítulo sobre la guerra (ese del que tú has reproducido un fragmento en vuestro manifiesto), yo les he enviado la carta de la que te envío una copia. Pero, confieso, mi querido Luis, que me sorprendí, viendo que al reproducir ese fragmento, tú agregabas:

"He aquí las causas fundamentales, reales de la guerra, tal como Kropotkin las había denunciado, hace dos años solamente."

Los lectores deducirán, sin duda, que yo digo otra cosa hoy. Pero, ¿has olvidado que más o menos en esa época, cuando viniste a Locarno, te desarrollé absolutamente las mismas ideas que te desarrollo hoy sobre la actitud que hay que asumir contra la invasión próxima de Francia por Alemania? Desdichadamente, tú y tantos otros no quisísteis saber nada. Habíais contado demasiado, creo, con la Social-democracia alemana.

Pero pasemos a otra cosa. La edición rusa ha aparecido ya con una cubierta gris enteramente ordinaria, pero bastante bien. Agradezco de corazón tu ofrecimiento.

En cuanto a la *Ciencia moderna y la Anarquía* temo que hasta el fin de la actual tormenta se va a impedir su circulación. Esto me incomoda a causa de las molestias que te pueda ocasionar.

La salud va bastante bien. El doctor hubiera querido que yo no me quedara aquí el invierno, tanto más que es espantoso. Tempestades, fríos, con lluvia y nieve, se suceden. Permanezco cuatro, cinco días sin salir. Pero en fin, la cosa no va del todo mal hasta ahora.

Cómo me hubiera gustado abrazaros a los tres, muy estrechamente, de todo corazón. Sofía, con jóvenes amigas, ha tomado la iniciativa de una "sopa comunista". Los obreros de aquí están encantados de ello. No, precisamente, como ayuda a los desocupados — hay muy pocos, por lo menos entre los hombres — sino como lección de cosas para el "régimen cooperativo".

¿Has visto mis artículos en la *Bataille Syndicaliste del* 18,19 de noviembre y otro número aún (no lo he visto todavía)?

Estrechos abrazos a los tres.

La carta a Era Nuova *apareció en el* Réveil, *n.o* 399 *del* 12 *de diciembre de* 1914.

Brighton, 25 de abril de 1915

Queridos amigos:

Mil y mil gracias por vuestras buenas cartas. Quería responder, sobre todo a tu extensa carta, querido Georges, — pero mis fuerzas no me lo permiten.

En fin, el restablecimiento ha progresado bastante, tanto que mañana el doctor se propone hacer la segunda y principal operación.

Sacha y su marido han partido para Rusia por seis meses.

Estrechos abrazos a los tres y muchos recuerdos de parte de Sofía.

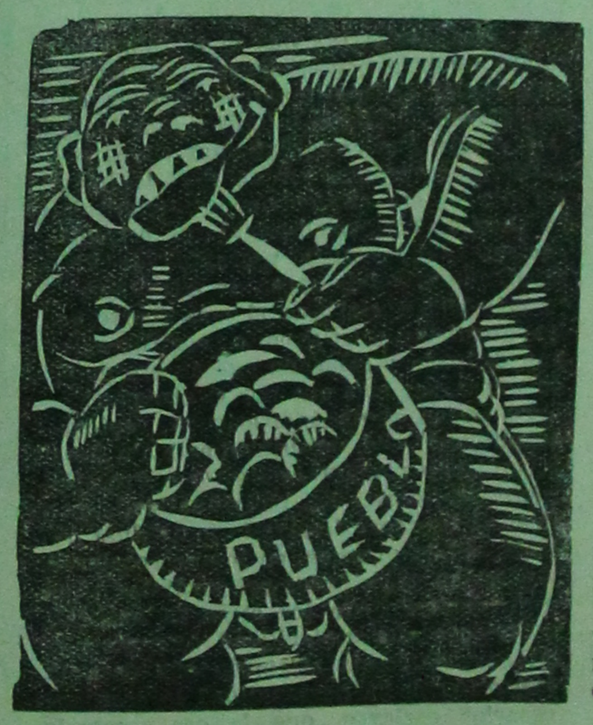
Pierre.

Esta fué la última carta que recibimos de Kropotkin.

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

Pienso que esta carta, que contiene un gran número de observaciones generales, presenta interés para los lectores anarquistas. Yo no importuné a menudo a Kropotkin con mis ideas personales, pues sabía que su tiempo era precioso, sus ideas más bien inmutables y su temperamento poco predispuesto a discusiones, al menos del género de las que yo hubiera querido proponerle y que se referían a algunos puntos que él creía firmemente establecidos. Pero por una vez, en el invierno de 1901-02, le propuse ciertas observaciones, el resumen de un largo manuscrito, compuesto en 1901, y con mi sorpresa se dió el trabajo de escribir esta larga carta, un deslomamiento completo, como había que esperar. Yo no tengo copia de mi resumen, pero puedo reconstruir las partes que Kropotkin toca en su respuesta, que no tiene por objeto ser completa, es decir entrar en todas mis observaciones y en el orden de su ordenación. Eso importa poco, pues el interés se refiere a lo que dice Kropotkin. He agregado explicaciones que subrayan algunas veces las diferencias cuando sus argumentos no me han convencido.

Había, escrito en el sentido de mis observaciones a Kropotkin en *Freedom* (Londres), N.o sep.-oct, 1900; más tarde escribí de nuevo en *Mother Earth* (New York), artículo nuevamente manejado un tiempo más tarde para *Les Temps Nouveaux* (París, etc. y continúo aún emitiendo esas herejías. Mi propósito es siempre este: ver las ideas anarquistas elevadas a otro nivel de la atención pública que aquel en que se encuentran desde hace mucho tiempo. Si se tomasen cien hombres en no importa qué país, sabrían probablemente en proporción mucho mayor cuál es el rey del foot-ball, el príncipe del box, la reina del cine en este momento y, espero, sabrán también muchas otras cosas más útiles, —que algo que valga la pena sobre la anarquía, sobre la inmensa protesta contra la autoridad en todas sus formas que entraña. Si el progreso anarquista consistiera de año en año *solamente* en que un periódico tire un millar más, que haya algunas docenas, más aún, de grupos nuevos, que haya algunos nuevos libros y folletos y un poco más de conferencias que el año anterior — esa prorrata de progreso no me basta, marcharíamos así siempre al margen de los acontecimientos — una idea tan grandiosa y bella exige que sea presentada de una manera un poco distinta que atraiga *en fin realmente* la atención del mundo. Su disfraz, posee esta atención: 99 hombres y más, por cada 100 en la calle, os dirán que el anarquista es un asesino, un loco, un soñador de lo imposible. Es preciso buscar los medios para luchar contra ese estado de cosas que no es pronunciado tal vez en los barrios populares de Barcelona, de Buenos Aires, de París y de algunas ciudades italianas, pero que en el resto es bastante general. No pretendo haber encontrado esos medios, pero quisiera que se tratase siempre de encontrarlos y en ese sentido escribí ya entonces a Kropotkin.



Para mí la cuestión queda en pié, a pesar de su larga respuesta.

MAX NETTLAU

8 diciembre, 1925.

Viola, Bromley, Kent, 5 marzo, 1902.

Mi querido amigo:

He leído su carta con mucho interés — personal y general — y quisiera poder responderle largamente, así como discutir uno de los puntos esenciales — el individualismo (1). Tal vez lo haré un día, respecto del individualismo, bajo forma de artículos. En todo caso, trataré de

responderle ahora sin entrar en detalles demasiado largos.

Abordo el punto central de su carta — aquél en que Vd. pregunta por qué la juventud no viene ya, como venía en 1890-94. "Es que entonces — dice Vd. — se estaba con todo ese movimiento de arte y de literatura libertaria"... etc.

Y bien, se continúa estándolo. Sólo que son ellos los que no quieren ya de nosotros nada, y que después de habernos dado algunos camaradas, son ahora lo que han sido siempre: epicúreos, individualistas muy burgueses, que encuentran evidentemente mejor su negocio, o más bien su excusa en Nietzsche, (como sus predecesores en "Darwin"), que en la anarquía.

El movimiento de 1890-94 se explica, en mi opinión, de este modo: La juventud obrera había creído (la agitación boulangista creó un ambiente inquietante) que bastarían algunas abnegaciones heroicas para provocar la revolución. Gentes serias e instruídas de la burguesía lo habían creído también. Se apercibió uno después que era una ilusión, y fué forzoso uncirse, en Francia como en todas partes, al lento trabajo de organización y de propaganda preparatorias en el seno de las masas obreras. Es la fase en que estamos actualmente.

En cuanto a la juventud burguesa, anuó siempre en Francia — entre la edad de 19 y de 30 años — las afirmaciones atrevidas *épatantes*. La negación, el "nihilismo" de la anarquía obrera, la sedujo. Por otra parte, la abnegación de la juventud obrera, su sacrificio y la inmolación de sí misma le impresionó. Y en fin, un movimiento semejante al del nihilismo de Bazarof — movimiento de *costumbres, Kulturbewegung* — para emanciparse de ciertas mentiras convencionales, está maduro en Francia. Se produjo. Con esta diferencia, que en Rusia el movimiento de costumbres nihilistas (1859-69) fué seguido del movimiento populista, *v narod* (2), — mientras que en Francia nada semejante se ha producido. Es por eso que el movimiento revolucionario no ha ganado nada directamente. ¿Dónde están los Mirbeau? ¿Dónde están los autores de ditirambos a Ravachol? ¿Quién ha venido a engancharse a la labor revolucionaria? Esa juventud ¿dió uno solo que viniese a relevar a los viejos? — *Nihil.*

Esa juventud es hoy nietzscheana, porque — como Vd. dice muy bien — el nietzscheismo es uno de los *spurions* individualismos (3). Es el individualismo del burgués, que no puede existir más que a condición de opresión de las masas y — nótelo bien — de lacayismo, de servilismo hacia la tradición, de *obliteración de la individualidad* en el opresor mismo tanto como en la masa oprimida. La "bella bestia rubia" es, en el fondo, un esclavo,— esclavo del rey, del sacerdote, de la ley, de la tradición — un número sin individualidad del rebaño explotador.

Es porque nos hemos vuelto trade-unionistas por lo que esa juventud nos abandonó (4). Atraída por lo pintoresco, tuvo bastante desde el momento que lo pintoresco, lo dramático se hizo raro, y fué preciso engancharse a la labor lenta de todos los días.— "He venido a vosotros porque creía que la revolución estaba próxima; pero veo ahora que un largo trabajo de educación es necesario". ¡Cuántas veces he oído decirlo desde hace 25 años! Se han divertido con lo pintoresco de Ravachol, de Vaillant, de Pauwels (5) — y han vuelto a su pequeño *train-train* cuando se apercibieron que se les exigía que demostrasen con sacrificios su sed de *libertad*. Yo no les pido actos de rebelión individual; los epicúreos no lo hacen. Pero incluso para defender la causa de los oprimidos (vea el último manifiesto de Grave), para la escuela libertaria, para las pequeñas tareas de la propaganda cotidiana — ¿dónde están? ¡Será preciso siempre encontrar trabajadores! ¿Conoce Vd. un movimiento, una toma de armas más improductiva en hombres para el movimiento subsiguiente? (6).

¿Por qué? — Porque el individualismo, estrechamente egoísta — tal como se ha presentado desde Mandeville (*Fable of the Bees*) hasta Nietzsche y los jóvenes anarquistas franceses — *no puede inspirar a nadie.*— No contiene nada de grande, de seductor.

Diría aun más,— y esto me parece de elevada importancia (una nueva filosofía a desarrollar): lo que se llamó hasta hoy "individualismo", no ha sido más que torpe egoísmo que lleva a la aminoración del individuo. Torpe porque no fué tal individualismo: no condujo a lo que se había planteado como fin: el desenvolvimiento completo, amplio, lo más perfecto *attainable* (7) de la individualidad. Nadie, salvo Ibsen, ha sabido, según me parece, elevarse a la concepción del verdadero individualismo; y él mismo, habiéndolo entrevisto por una visión del genio, no ha llegado a expresarlo de manera como para hacerse comprender. Sin embargo hay en Ibsen una cierta visión del individualismo del porvenir, que yo entreveo, y que será la superior afirmación de la individualidad — tan diferente del individualismo misántropo burgués como del comunismo cristiano, e igualmente hostil a uno y a otro, puesto que uno y otro son obstáculos para el pleno desenvolvimiento de la individualidad.

El individualismo que, yo creo, se convertirá en el ideal de la filosofía próxima, no buscará su expresión en la apropiación de *más* que la justa parte de cada uno, del patrimonio común de la producción (lo único que ha comprendido la burguesía); no estará en la creación por el mundo de una multitud de esclavos que sirven a la nación elegida (*Individualismus o Pro sibi Darwinianum*, o más bien *Huxleianum*) (8); no estará tampoco en el individualismo sensual y en "la emancipación del bien y del mal", que nos han predicado algunos anarquistas franceses — mezquinos reflejos de nuestros padres, los "estetas", los "admiradores de lo bello", los poetas byronianos y donjuanescos que lo predicaban también — no en la opresión del vecino (*Individualismus Nietzscheanum*) que humilla "la bella bestia rubia" al estado de buey en un rebaño de bueyes,— sino en una especie de *individualismus* o *personalismus* o *pro sibi communisticum*, que veo venir y que trataré de definir si pudiera darle el tiempo necesario.

Lo que se ha representado hasta aquí como individualismo, fué miserable, mezquino, pequeño — y lo que es peor, contiene en sí la negación, el desvanecimiento de la individualidad, o en todo caso la negación de lo que es necesario para obtener la más completa expansión del individuo. Se habían visto reyes que eran ricos y comían hasta reventar, y se apresuraron a representar el individualismo como la tendencia a ser rico como un rey, rodeado de esclavos como un rey, halagado por las mujeres (¡qué mujeres! ¿las querría Vd.?) como un rey, comiendo lenguas de ruiseñor (¡frías y siempre con la misma salsa!) en la vajilla de oro o de plata, como un rey. Y sin embargo— ¡Qué hay en el mundo de más banalmente burgués que un rey! ¡Y peor aún,— más *esclavo* que un rey!

La bestia rubia de Nietzsche me hace reír. Y sin embargo, gracias a toda una filosofía perversa que se ha establecido por la literatura, en la época (los años 1820 y 1830) en que esos señores, los estetas, querían hacernos creer que representaban un tipo superior de la humanidad,— se continúa creyendo ingénuamente que esos señores que pedían solamente que se les dejase abusar de los placeres (¡Para mí los placeres!", aire del Fausto de Gounod), representaban un desenvolvimiento superior de la individualidad, un progreso, un *desideratum*,— ¡las perlas de la raza humana!...

Hasta el presente, esos simuladores del individualismo no han tenido por oposito-res más que el predicador cristiano, que les predicaba el aniquilamiento de la personalidad. Así han tenido un hermoso juego. Demoliendo el cristianismo, Nietzsche, después de Fourier, es soberbio. Es lo mismo que cuando se oponía al *"egoísta"* — el *"altruista"*, y aquél tenía la parte bella para demostrar que el altruista se guiaba también por el egoismo; — mientras que el egoísta *tonto* — incapaz de comprender su propio interés y semejante al rey zulú que creía "afirmar su personalidad" devorando un cuarto de buey por día — era preciso oponer, (como lo ha hecho Tchernychevsky) el *perfecto egoísta*, el "realista pensante" de Pisaref, que se volvía capaz de infinitamente más bien social que el más fuerte de los altruistas cristianos o comtianos,— aun diciendo y sabiendo que no era guiado nunca por más que por el egoismo.

Por estas pocas indicaciones rápidas, comprenderá Vd. probablemente lo que yo entiendo por *personalismus* o *Pro sibi communisticum*:- la individualidad que llega al supremo desarrollo individual posible, por la práctica, en lo que concierne a algunas necesidades primordiales, y en sus relaciones con los otros en general, de la más alta sociabilidad comunista.— El burgués había afirmado que para la expansión de la personalidad le eran necesarios esclavos, que le era necesario sacrificar a los demás, — no a sí mismo, etc..., y el resultado fué la aminoración de la individualidad que presenta la sociedad burguesa moderna.— ¡He ahí el individualismo!... ¡Oh, cómo habría reído la "individualidad" Goethe!— Pero tome ese mismo Goethe, esa individualidad tan fuertemente definida. Si hubiera habido que hacer trabajo en común, ¿lo habría coceado? — No, habría hecho la felicidad de sus co-comunales! De tal modo habría aportado alegría de vivir, regocijo, ingenio, impulso comunista, sociable. Y al mismo tiempo, no habría perdido nada de su inmensa poesía personal, ni de su filosofía: habría ganado aún, conociendo un nuevo aspecto del genio humano: (¡Vea su alegría al conocer el apoyo mútuo!) la alegría de gozar de la naturaleza en un trabajo común. Su persona, su individualidad, desenvolviéndose así en esa nueva dirección (no siéndole extraño nada de humano), habría agregado una cuerda más al acorde de su lira. Y yo conocí en la vida comunal rusa personalidades de esas que, aun siendo lo que los rusos llaman *mirskoi tchelvek* (un hombre comunal) en el más alto grado, eran también personalidades que rompían con todos los prejuicios de su aldea y marchaban solos, aislados, por *su* camino,— sea por la rebelión política individual, sea por la rebelión personal contra las costumbres. sea por la rebelión anti-religiosa, amorosa, etc...

(Continuará)

---

(1) *Yo había dicho que, aun reconociendo el valor del comunismo anarquista y aceptando yo mismo esas ideas, eso no me impide ver el hecho que existen y se hacen oír aspiraciones individualistas,— que para nosotros no basta confiar en universalizar las ideas comunistas anarquistas, que habría más bien que encontrar un "modus vivendi" con el individualismo de buena ley, para poseer en él un aliado o un amigo en la lucha contra la autoridad, en lugar de tratarlo como enemigo o como indiferente y ser, necesariamente, considerados por él del mismo modo.*

(2) *Ir "al pueblo".*

(3) *"Spurions", adulterado, contrahecho; mi carta estaba escrita en inglés.*

(4) *Había escrito bajo la impresión de esa admiración ilimitada, ciega del sindicalismo de que he sido testigo a partir de 1895, cuando tantos camaradas han creído que nuestra causa estaba en buena vía de difundirse, de triunfar rápidamente gracias al sindicalismo; y cuando para algunos todo otro medio de propaganda y género de acción era un esfuerzo inútil, ocioso, despreciado. Insistí sobre la necesidad de restablecer el equilibrio de restaurar la universalidad de la propaganda.*

---

(5) *El camarada muerto en la iglesia La Madeleine de París, por la explosión de una bomba que tenía consigo.*

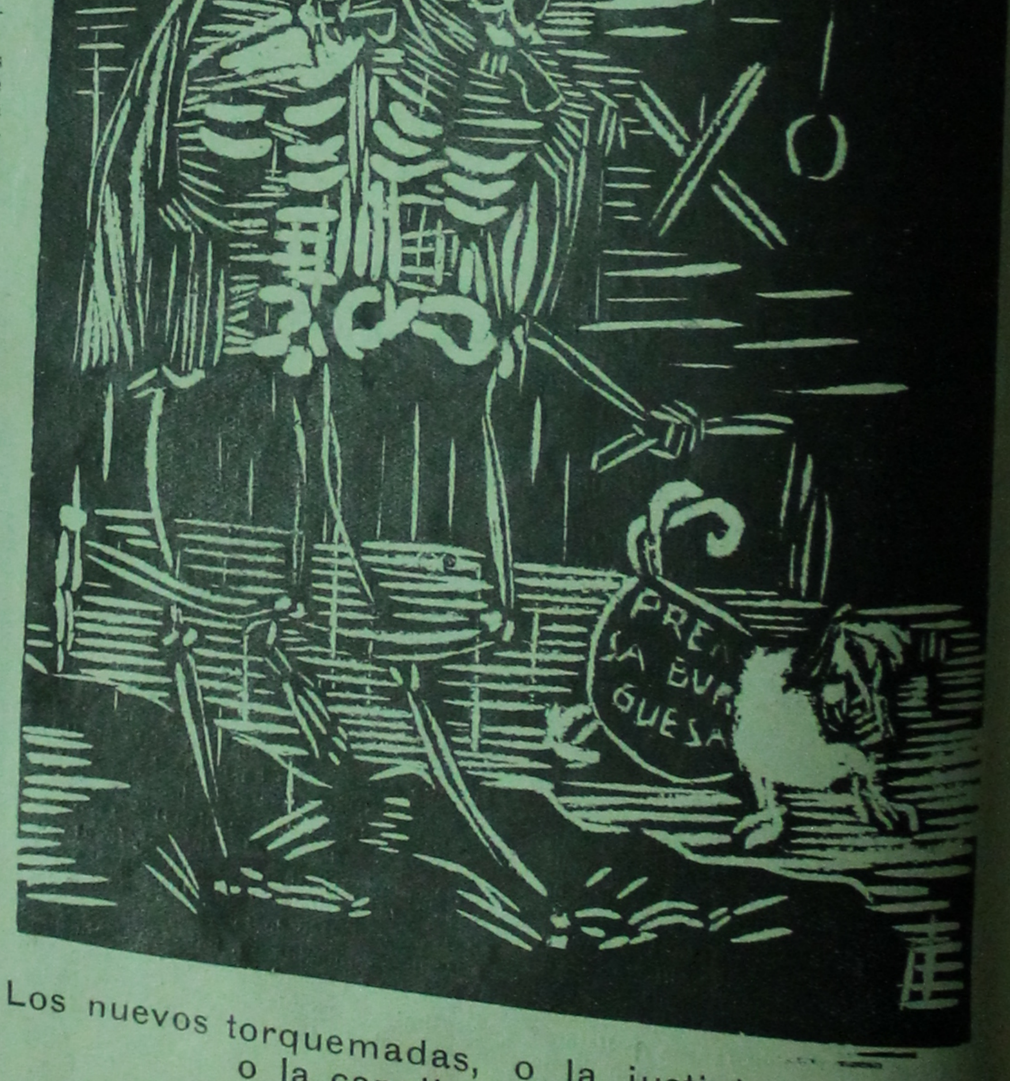
(6) *Esta observación es muy exacta, pero el cambio completo de la actitud de tantos anarquistas desde que, a partir de 1895, han visto todos esos sindicatos inspirados por Fernand Pelloutier, — también muchos obreros socialistas (los ex-manistas) se desinteresaron del parlamentarismo,— la idea bastante común entonces que en lo sucesivo por la vía del sindicalismo se llegaría directamente a la anarquía, ha debido interrumpir el esfuerzo propagandista dirigido no sólo hacia esos "amateurs" de lo pintoresco de que habla Kropotkin, sino sobre todo hacia aquellos que fueron atraídos por los vastos horizontes abiertos a toda la humanidad por la propaganda de Elisée Reclus, de Kropotkin mismo, y de otros hasta 1894. Desde que se creyó uno en posesión de la panacea sindicalista, se apresuró, por decirlo así, no tener necesidad de ellos. Es esta restricción, ese cardenal unilateral de la propaganda a partir de 1895 lo que yo deploré; había quien estaba convencido de que se había marchado por una vía falsa hasta 1895 — yo pensaba poco más o menos lo contrario.*

---

(7) *Inglés; que puede ser alcanzado.*

(8) *"Pro sibi", para sí mismo. Se reconoce la aversión profunda de Kropotkin hacia el profesor Huxley que había introducido el burguesismo más chato en el darwinismo.*

LA FABRICA DE DELICUENTES



Los nuevos torquemadas, o la justicia argentina o la canalla entorchada

AÑO V

BUENOS AIRES, 15 DE FEBRERO DE 1926

N.o 212

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMA[illegible]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

PRECIO: 10 cts.

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
SALTA

PATOLOGIA POLITICA

Es el cuento de nunca acabar. La última gran guerra, que según los múltiples pretextos invocados, fué conducida con toda la barbarie de la bestialidad humana, a fin de darle el golpe de gracia al imperialismo demente, está siendo semillero de todos los imperialismos, desde el liliputiense hasta el de tamaño gigantesco. El derecho de la violencia se halla ya establecido en todos los órdenes. Los *feroces* anarquistas, quienes solían manducarse los niños crudos, según fábulas burguesas, se les dejó atrás en algunas leguas de distancia. La heredera directa del espíritu guerrerista y cuartelero, que la Alemania del kaiser llevó a los dominios metafísicos, fué Francia, la republicana. A sus mariscales endiosados se les empleó como el cuco para asustar a los niños. En pocas palabras, el suelo francés se vió invadido por la peste militar, usuraria, católica, apostólica y romana, en una oleada de franca reacción. El fascismo triunfante en Italia, empezó a pisarle los talones a los imperialistas franceses, en un deseo inmoderado de transvasar las fronteras de su patria. Dejando a un lado la labor horrenda de los camisas negras en el interior de su propio país, la política internacional fascista tuvo su primer estallido en el incidente de Corfú. Mussolini, disfrazándose de Júpiter tonante, hizo oír sus gritos estentóreos entre el concierto diplomático de las ranas. Era una admonición para sus subsiguientes bravuconadas. Nadie la tuvo en cuenta. La Liga de las Naciones tuvo miedo, y dejó hacer. Inglaterra, a su vez, en la cuestión de las sublevaciones egipcias, por el asesinato del Sirdar, tomó como buen precedente la infracción italiana, y conminó al Consejo de la Liga que no se metiese en asuntos que sólo al Imperio Británico le atañía resolver.

Mussolini pudo creerse entonces libre de aullar, vociferar y ladrar internacionalmente, rotos los diques centenarios de una moralidad, aunque convencional, observada de cuando en cuando y casi siempre en casos de mutuas conveniencias.

El último discurso del jefe del gabinete, contestando a la interpelación de Farinacci, director del diario "L'Impero", sobre los asuntos del Tirol, cayó como una bomba de estruendo entre las suaves bandadas de palomas, que coaccionaban a Alemania con el fin de hacerla participar en las deliberaciones de la Liga. Lo inoportuno del golpe es lo que más provocó asombro, extrañeza, rabia, desatando las furiosas ansias de revancha.

Es así que, apagada momentáneamente la mecha del imperialismo alemán, surge la Italia fascista, al lado de Francia, con pujos insolentes de conquistador de cafres. Entre los franceses quizás se conservan aún las maneras, el *savoir faire*, mas entre los italianos, en el país del vino espumante y de la ópera, la sangre burbujea y se desboca desatinadamente. Y sobre todo, la gente itálica, sólo en contadas excepciones, suele padecer lamentablemente la falta de humor. Puede ser regocijada, alegre, jocosa; pero los ironistas, el humorista a lo Swift, a lo Quevedo, nunca ha abundado y únicamente recorriendo el pasado curso de los siglos encontraremos algunos de puros quilates.

La relación que esto, lo de la ironía, tenga con un incidente de largas repercusiones mundiales, se halla en cómo, alemanes e ingleses recibieron las energúmenas palabras del regente de Italia y supremo duce del bandidaje de camisa negra. Con sonrisas compasivas y de burla por todos esos denuestos, completamente innecesarios y fuera de lugar. Si toda exageración lleva en sí el inmanente ridículo, esta vez el payaso tragicómico del fascismo italiano estuvo grotesco, de un grotesco risible, tan risible que nos hace pensar en su pasión megalómana subiéndosele a la cabeza, madurándolo para una probable internación en un manicomio. Esas pasiones vehementes traen siempre un desequilibrio en detrimento de otras facultades más nobles. Mussolini ha de perderse algún día por ese estado continuo de patología política, que actuando en la exasperación de su sistema nervioso, le inculca ese delirio de grandezas, característica peculiar de todo pupilo de la casa de orates. Sus secuaces tampoco le van en zaga como frenéticos malvados y pillos aprovechados. Y es que hasta en la locura hay momentos lúcidos cuando se entra en los intereses personales.

Tiene él un famoso antecesor. Es el ex kaiser, pobre ser morboso, misérrimo degenerado, que, si la cordura reinara en el mundo, en vez de colocarle en un trono a fin de que gobernara 60 millones de seres, se le hubiera debido alojar en uno de esos asilos, muestrario de monstruosidades, entre las criaturas falladas a su destino, los marrados ensayos de la naturaleza. Y quizá lo bueno que poseyera de nacimiento, habría podido ser educado o, por lo menos, evitar el daño que pudo derivar de un hombre inconsciente, a merced de su furiosa megalomanía.

El caso de Mussolini está resultando idéntico. Y es más, por estar alimentado por una atmósfera de histeria y de incendiados apetitos y odios embravecidos. Basta hacer notar este hecho. Todo lo que pudo parecerles de heroico a los fascistas y a sus órganos de publicidad la oración mussoliniana, inculta, bravucona, contra el canciller bávaro y versando sobre la cuestión del Tirol, al transponer las fronteras cayó en el más tremendo ridículo. Hay diferencia entre hallarse en desacuerdo acerca de algo, o que, en cambio, produzca el efecto contrario al que su autor se propuso.

"L'Impero", dirigido por Farinacci, publicaba, a todo lo ancho de la página, este título: *¡Ningún comentario sobre el discurso de Mussolini! ¡Es necesario que lo conservemos en el corazón en toda su desnudez romana!* — En Berlín, según resúmenes cablegráficos, se anunciaba que casi todos los diarios, más bien que coléricos, se inclinaban a ser irónicos respecto a la grandilocuencia del primer ministro italiano.

Ni en serio quiso tomarlo cierto sector de la opinión alemana. Los pesados teutones, con un sentido endiablado del humor a largos alcances, podrían contestarle a Mussolini con las palabras de Tolstoy, hablando de la literatura de Andreief. Decía: "Andreief quiere espantarnos, meternos miedo; pero nosotros ni nos espantamos ni sentimos miedo alguno".

Mientras el supremo mandatario de Italia, por desgracia de la raza italiana, escupe centellas y lanza sapos, los que debían asustarse se ríen a carcajadas; y los que se ponen serios son precisamente los que en algo se parecen a él, y también por la obligación de sus funciones oficiales.

Nada; es el cuento de nunca acabar. La guerra engendra otras guerras, y de un imperio salen multiplicados otros tantos...

Energùmeno "poseur" o Mussolini el bravucón

***

Al oìdo

Camarada, vamos a pasar otros momentos de íntima conversación; es preciso que nos digamos cuatro verdades y que reconozcamos nuestros errores y nuestras vulgares aspiraciones; la anarquía debe volver por sus fueros y arrojar de nuestro corazón las pasiones envenenadas y los odios de políticos en competencia. Aparte del espectáculo que damos y que está tan lejos de obrar como factor de atracción proselitista, nuestras contiendas revelan sentimientos y mentalidades que creíamos superados en las filas de nuestro movimiento; nos estamos revelando como vulgares cazadores de puestos de relumbrón en los sindicatos y los periódicos y llevamos el asco y el cansancio a aquellos que comprenden el anarquismo como una colectividad de hermanos que tienda a la implantación de un orden social nuevo, algo así como la extensión de lo que debe ser ya hoy mismo nuestra convivencia.

Un socialista independiente, el profesor Robert Michels, ha escrito una obra voluminosa y erudita sobre las tendencias oligárquicas de toda agrupación; toma como base el movimiento obrero y socialdemócrata alemán y estudia la psicología del caudillismo, considerándolo, no como una enfermedad pasajera, sino como una ley inevitable de toda colectividad. Robert Michels reconoce sin embargo en el anarquismo una fuerza profiláctica contra el caudillismo en el movimiento obrero y presenta el ejemplo del "jefe" anarquista en Kropotkin, cuya "jefatura" es puramente moral o intelectual. Al leer esa obra nos hemos interrogado íntimamente si el anarquismo habrá perdido su virtud profiláctica contra el caudillismo y si los conflictos habidos en la Argentina no obedecen en primera línea a las leyes oligárquicas que ha creído descubrir el profesor Michels en el movimiento obrero.

¡Camarada, quien quiera que seas, amigo o enemigo! ¿No te ruborizas como nos ruborizamos nosotros al tener que designar a unos anarquistas como amigos y a otros como enemigos? ¿No es esa designación una manifestación bien triste de la moral que prevalece en nuestro ambiente? Reflexiona, mientras los anarquistas no podamos tratarnos como hermanos, toda propaganda caerá en el vacío, la vuestra y la nuestra y la de los otros. Las gentes que hubieran podido sentirse atraídas hacia nuestras ideas por su nobleza, por su justicia, por su espíritu de igualdad y de solidaridad, se apartarán de nosotros porque practicamos cada día una moral completamente opuesta a la

que se desprende de la anarquía. En el movimiento anarquista hay espacio libre para todos los anarquistas y para todas las manifestaciones del anarquismo; cuando no hay espacio libre es cuando nos obstaculizamos mutuamente la labor y cuando confundimos la lucha por un mundo mejor con la lucha contra los camaradas "enemigos", contra los que no se doblegan a nuestras imposiciones o no se convierten en instrumentos dóciles de nuestras petulancias. Entonces, naturalmente, el anarquismo es un campo demasiado estrecho que debemos disputarnos en una concurrencia asesina, con más apasionamiento que los candidatos se disputan un acta en las comedias electorales.

Créenos, camarada, si hace unos años hubiéramos previsto a costa de qué esfuerzos habríamos tenido que realizar nuestra labor, nos hubiéramos guardado de ocupar un puesto de responsabilidad en la propaganda; tal vez, como muchos otros, nos hubiéramos retirado apaciblemente hasta que el nivel moral de los anarquistas fuese otro; pero una vez en la brega, hemos bregado y, hoy, semi-abatidos, semi-cansados, podemos tener la satisfacción de echar una ojeada a una labor de propaganda respetable y que está dando y aun dará sus frutos. Tenemos la conciencia tranquila y sólo nos apesadumbraría que no hubiera camaradas suficientes para continuar nuestro esfuerzo.

No es por petulancia vana por lo que no renegamos de nuestra labor; creemos que ha llenado un vacío y que merece el reconocimiento de toda buena voluntad.

¡Pero qué has hecho tú, camarada! Primero estuviste con una fracción, luego te fuiste con otra y por fin quién sabe a dónde irás. Te llamaste amigo nuestro y enemigo de los otros; hoy te llamas amigo de los otros y enemigo nuestro. Una sola palabra de adulación basta para hacerte cambiar de casaca; en tí pesan más los factores de la demagogia que las convicciones anarquistas. Necesitas siempre un jefe, un caudillo; necesitas afiliarte a algún *ismo* de moda; para encontrar tu camino no examinas tu conciencia, sino tu sensualidad o tus vanidades; giras como una veleta por eso mismo, porque tus convicciones no están en tu corazón, porque tienes el hábito de hipotecar a otros la función de pensar por tí; no tienes valor para ser tú mismo y buscas sin cesar una voz de mando que llene el vacío de tu espíritu; o en el fondo aspiras a ocupar un puesto en primera fila y consideras las distintas fracciones de nuestro movimiento como un arribista electoral consideraría las probabilidades de triunfo de los distintos partidos.

¡Camarada! Los puestos en primera fila no existen entre nosotros o no deben existir; el anarquismo es una comunidad de iguales entre iguales; tarde o temprano volverá a reconocer esa característica o tendrá que desaparecer como factor de evolución social. Tú, camarada, lleno de vanidades y de pretensiones; puedes ser en tu oficio un buen obrero y serías un buen compañero si en lugar de dedicar todos tus esfuerzos a ocupar un puesto a la cabeza del movimiento, si en lugar de hacer converger todas las energías de tu espíritu a sobresalir de la masa a quien desprecias y a quien ahora halagas para montar sobre ella, te hubieras dedicado a estudiar y a comprender nuestras ideas, para poderlas sentir y amar mejor. Piensa en aquel pasaje del Quijote: un noble había invitado a un campesino a comer en su casa y le ofreció la cabecera de la mesa; el campesino quiso declinar ese honor y el noble le respondió que quedara allí, pues la cabecera de la mesa estaría siempre donde él, el amo de la casa y el noble por herencia, se sentara. ¿No entrevés que por tus cualidades intelectuales no ocuparás nunca el puesto en primera fila a que aspiras? Hay otros, de esos que tú combates con tanto encarnizamiento, que seguirán siendo la cabecera de la mesa, aunque abandonen toda su actividad pública y te cedan el puesto que consideras como un honor y de brillo y otros no consideran más que como un lugar de responsabilidad y de esfuerzo extraordinario. Tú quisieras estar allí porque abrigas aún sentimientos de mando envueltos en tu pereza mental: has visto cómo aquellos a quienes odias bajamente han afirmado desde esos puestos su independencia, su buen criterio, su energía. Tú crees poder hacer lo mismo, cuando hasta ahora no has dado más que una nota de servilidad, arrimándote al sol que te pareció calentar más. Pero el hombre independiente, íntegro, sincero, no obra como has obrado tú, y sobre todo el anarquista verdadero no se convierte nunca en un caudillo ni en un acaudillado, no rompe nunca el principio básico de libres y de iguales.

¡Pobre hombre! Necesitas ocupar un puesto de esos que te deslumbran para poder sobresalir de tu mediocridad; en tí no tienes las cualidades necesarias para sobresalir por ellas. Eres digno de compasión. Quieres sobreponerte a nosotros, como un gobernador o un reyezuelo y marcar el compás desde la comisión de un sindicato, de una federación o de un periódico. ¡Y te llamas anarquista! Sin embargo, camarada, el compás no habrás de marcarlo tú, sino aquellos que aman la anarquía de veras, que la sienten y no la emplean como pedestal para exhibir sus pasioncillas. Trepa a los puestos de brillo de los sindicatos, ya que no puedes trepar a las administraciones públicas del Estado o al parlamento! La cabecera de la mesa — la cabecera de la mesa que no rompe el principio de la igualdad y de la solidaridad — no estará donde tú te sientes.

Pero no creas que te odiamos, camarada; te tenemos lástima y sentimos compasión por tí, que no has matado en el alma los vicios de la moral del autoritarismo; como tú hay muchos que se dicen anarquistas; es doloroso. ¿Habremos de echarlos de nuestro ambiente? ¿No sería mejor recomenzar pacientemente la obra de educación libertaria para formar hombres nuevos que estén moralmente a la altura de las ideas a que dicen haberse adherido sin saber por qué?

Camarada, sé tú mismo, no nos creas a nosotros con los ojos cerrados ni a los otros; la verdad está en tí, ¡búscala, investígala! Piensas que serás otro cuando "llegues" a secretario o a redactor; no, amigo, serás el mismo; el puesto ese que te hace perder el equilibrio no da cualidades nuevas a quien no las tiene; pero si tanto te empeñas, haz la prueba; nosotros continuaremos siendo lo que somos en donde quiera que estemos.

I. K.

EL MOVIMIENTO OBRERO PURO

El artículo de Malatesta en *El Productor* de Barcelona (8 de enero de 1926), nos vuelve a poner en la necesidad de machacar en el hierro frío de una lamentable leyenda.

Creemos que nuestras objeciones al punto de vista de Malatesta y de Fabbri sobre la actitud de los anarquistas en el movimiento obrero han sido mal interpretadas por algunos camaradas a quienes habríamos dado la impresión de poco respeto hacia la personalidad de esos hombres tan meritorios en nuestro movimiento; sin embargo, tal vez nos haya movido en primer lugar nuestra simpatía con sus ideas generales y nuestro despecho por no tenerlos a nuestro lado en un campo de lucha tan importante como es el movimiento obrero. Cuando se fundó la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores, hemos creído que sería el punto de concentración de todas las fuerzas anarquistas del mundo y tácitamente esperábamos la contribución de Errico Malatesta, en la seguridad que ese incansable combatiente de la buena causa, nacido a la vida pública en el seno de la vieja Internacional, no nos rehusaría su concurso para continuar la misma obra a que él dedicó los primeros años de su vida siempre joven y siempre fecunda.

Constatábamos en el movimiento obrero revolucionario, incluso en muchos anarquistas, una tendencia suicida hacia un sindicalismo bebido en quién sabe qué fuentes. En nuestro fuero interno contábamos con Malatesta y con Fabbri para resistir esa desviación y plantar la bandera del anarquismo sobre una fracción al menos de los trabajadores. Nada de eso ocurrió, más bien lo contrario es lo que hemos visto. Nos hemos decidido, pues, a obrar por nuestra propia cuenta y hemos querido demostrar que Malatesta y que Fabbri fundan su actitud respecto del movimiento obrero en una leyenda o en una ilusión óptica.

Intervino otra causa: la Unione Sindacale Italiana actualmente está deshecha por el fascismo; en sus militantes hay quienes abrigan más simpatías por el sindicalismo de Leone que por nuestras ideas; la actitud de Malatesta entraña el desinterés de los anarquistas italianos por el movimiento sindical y por consiguiente, cuando llegue el día de una resurrección, podría darse el caso de que ese organismo siguiera un desenvolvimiento no siempre beneficioso para el anarquismo.

Además, las ideas sobre la unidad de clase y otras patrañas, defendidas y propagadas por Malatesta y Fabbri, se convertían en armas contra nuestro movimiento de los países hispanoamericanos y de España misma, en manos de los sindicalistas de la escuela de Amiens.

Por último, es esa misma anarquía de Malatesta la que constituye nuestro más alto ideal; estamos muy lejos de hallarnos dispuestos a hacer la menor concesión en ese punto; Malatesta hace más concesiones que nosotros, pues si es adversario del sindicalismo *como doctrina*, no lo es del *sindicalismo como hecho; nosotros somos adversarios del sindicalismo como doctrina y como hecho*, nuestra opinión es que el sindicalismo, por revolucionario que se pretenda, termina siempre en el reformismo.

Pero no confundimos el sindicalismo con el *movimiento sindical*, con el movimiento obrero, como parece hacerlo Malatesta.

Malatesta tiene una idea metafísica del movimiento obrero, como un fenómeno por encima de todos nuestros cálculos: su ideal es el *movimiento obrero puro*, un movimiento que no esté enfeudado a ninguna tendencia social, que tenga su finalidad en sí, algo como el *noumeno* kantiano posiblemente. Eleuterio Quintanilla, si no lo interpretamos mal, expresa el mismo pensamiento en *Solidaridad Obrera* de Gijón (8 de enero). Si las cosas son así como las imagina Malatesta, si fuera posible que se llegase a ese estado ideal de un movimiento obrero abierto a todas las tendencias, si la experiencia histórica nos mostrase que existió alguna vez semejante movimiento, entonces el asunto se prestaría a discusión. Entonces merecería ponerse en práctica la táctica recomendada por el querido veterano de las luchas sociales modernas.

Sin embargo, todo eso tiene un pequeño defecto, se basa en una pequeña ilusión: *el movimiento obrero puro no existió, no existe y no puede existir nunca.* ¡Que nos cite el camarada Malatesta un solo ejemplo de un movimiento obrero independiente o puro, presente o pasado!

Por consiguiente, *la discusión no debe girar en torno al asunto de la actitud de los anarquistas ante un movimiento obrero que no existió, ni existe y que tampoco existirá, antes del triunfo de la revolución social por lo menos, sino ante una realidad que pesa más en los destinos del porvenir que todas nuestras leyendas imaginarias.* Y esa realidad es un movimiento obrero disgregado en múltiples tendencias, desde la fascista a la anarquista. Contentémonos con ser espectadores pasivos de las luchas sociales o creémonos una fuerza proletaria capaz de decir su palabra. No hay otra salida.

Malatesta ha recorrido muchos países, ha intentado dar vida a muchas obras de propaganda, vivó muchos años en Inglaterra, pasó algunos años en la Argentina; comparemos: ¿qué queda de la acción de Malatesta en Inglaterra? Fervientes simpatías hacia su persona en cuantos le conocieron; pero esas simpatías no constituyen ningún gran factor revolucionario. En la Argentina ha contribuído a crear algunos sindicatos, como el de panaderos, por ejemplo, que existe todavía y que ha realizado una seria labor de propaganda y de defensa de la anarquía; antes de LA PROTESTA, era *El Obrero Panadero*, el órgano del sindicato, una de las mejores publicaciones anarquistas del país. La experiencia de la Argentina, como la de España, como la de otros países, es para nosotros de gran importancia, porque fueron los sindicatos los mejores exponentes del movimiento y porque ningún camarada podrá decir que al ingresar en ellos encontró la menor limitación a su pensamiento revolucionario. Cuando se nos quiere presentar la organización partidista del anarquismo como algo superior, más legítimamente anarquista que el sindicato obrero que reconoce la finalidad anarquista y procura inspirarse en sus luchas cotidianas y en su propaganda ideológica en nuestro ideal repetimos invariablemente: hemos advertido una mentalidad mucho menos anarquista en la mayoría de los pequeños grupos que en nuestros sindicatos. Hace unos días hemos asistido al congreso de la Federación de los anarquistas alemanes y nos hemos ruborizado profundamente, sintiendo ganas de llorar de vergüenza; un espectáculo semejante no lo hemos observado nunca en nuestros sindicatos. Hay mucho más peligro de que se forme en los "grupos de afinidad" un anarquismo de secta que de que se desarrolle en los sindicatos de finalidad anarquista inspirados por nuestras ideas, una corriente hacia el reformismo.

El anarquismo fusionado con un movimiento obrero propio, que sea su expresión de lucha y su vehículo de propaganda, tiene una ventaja incomparablemente mayor que la organización de los anarquistas al margen del mundo del trabajo; esa ventaja consiste en conservar el contacto con la vida, en trabajar sobre realidades vivientes, en influenciar la totalidad del movimiento obrero, no como filósofos o apóstoles que predican desde una torre de marfil o desde una cátedra consagrada, sino desde dentro del proletariado, desde sus lugares de trabajo.

La piedra de escándalo parece estar, según Malatesta, en nuestra afirmación en favor de un *movimiento obrero anarquista*, que creemos tan perfectamente posible como una Unione Anarchica Italiana o una Unión Anárquica Española. Y repitámoslo nuevamente: las objeciones que pueda hacer Malatesta al funcionamiento interno de un sindicato, las retrucaremos redobladas sobre el funcionamiento interno de un organismo específico del anarquismo. Malatesta dice en su artículo de *El Productor*: "Una organización obrera que se dijese anarquista y fuese y continuase propiamente tal y que estuviera — forzosamente — compuesta de anarquistas convencidos, podría ser en ciertas circunstancias utilísima como agrupación anárquica; pero no sería el movimiento obrero y faltaría a los fines del mismo"...

Al leer eso, no sabemos por qué asociación de ideas, se nos viene a la memoria el pasaje de una carta de Miguel Bakunin escrita desde París en 1845: "la libertad no es una teoría, es un hecho, es la vida misma."

Si el anarquismo es la idea de libertad, no puede nunca contrariar los fines del movimiento obrero, como los contrarían todas las demás tendencias. Todo lo contrario, es entonces cuando el movimiento obrero adquiere su verdadero significado, que es la propaganda y la conquista de la libertad. El anarquismo no es una idea extraña al movimiento obrero, no es una teoría que se anuncia desde las nubes como los mandamientos de Jehová, o, como escribió Bakunin, no es una teoría, es un hecho — es la vida misma. Cuando nosotros luchamos por la orientación anarquista del movimiento obrero no lo hacemos en la convicción de imponer un credo político o social a una masa mayor o menor de trabajadores, sino que queremos que esos trabajadores no sean desviados de su objetivo, la conquista de la libertad para todos, la lucha por la anarquía.

Camaradas Malatesta, Quintanilla y demás que pensáis que la afirmación anarquista en los sindicatos es un atentado a los fines del movimiento obrero! Allá en los tiempos prehistóricos en que Malatesta comenzó su actuación revolucionaria, posiblemente pudo justificarse la idea de un movimiento obrero puro, presunto objetivo de los sindicalistas de la *charte d'Amiens;* por aquella época el movimiento obrero era automáticamente un movimiento revolucionario; los obreros se agrupaban en las filas de la Internacional para la revolución; *organización obrera y revolución han podido ser sinónimos.* Hoy han cambiado un poco las cosas: organización obrera ya no es sinónimo de revolución, puede simbolizar también la contrarrevolución preventiva.

y efectiva. Diversos p
sociales se disputan
mundo del trabajo:
que el ideal de la ra
rezca por completo de
ideal de la revolució
periencia rusa, ¿puede
arquía? ¿Qué hacer?
seja respetar la unida
echamos por la borda
mos a Malatesta para
formar en cada país
revolucionaria o sea a
fuerza sindical estaren
poder contrarrestar po
sión del movimiento
cias y corrientes polít
revolución. Sin esa f
quedaremos a la luna
rando fatalísticamente
misma gire a nuestro
llos que en nombre del
culizan la intervención
tros camaradas en las f
do, no sólo como critico
ra una acción propia, s
determinantes, como fu
orgánica — asuman l
de su actitud!

Las luchas sociales n
rabinos y sacerdotes cat
discute con argumentos,
nen ideas,, se combate
puños. Vamos a exponer
la Argentina: en este pa
do poner un coto al ava
democracia en las filas
vayamos a creer que se
acción espontánea de que
be en primer lugar a qu

UNA CARTA

(*Continuaci*

He ahí por qué el indi
que nos hablaron los jóve
franceses durante un mo
cuentro mezquino, pequeño
to que carece precisamen
se propone. Y esa nota r
oído tanto más falsa cua
al lado — hombres que en
mismo, conscientemente, su
so por la causa común, des
afirmado altamente su per
sólo a causa de la confusi
sobre la concepción de l
que otros, que se llaman i
han creído pertenecer al
intelectual y político de eso
sacrificio. Los que se llam
dualistas" (en el sentido
nían tan poco derecho a co
"suyos" como los cristianos
dido tenerlo. Aquellos pert
variedad que veo venir y q
tratado de producir en sus

La carta se vuelve tan lar
forzado a pasar muy rápidam
puntos muy importantes de l
to aún que si el movimiento
cido en Francia, es porque
general no es ya tan revolu
mo lo era antes de 1894-95,
bieron que no se podría pro
volución en diez o en cien. E
imaginarse que por un fue
de algunos se conseguiría
llar la revolución: no hubo
sido preciso engancharse al
preparatorio que precede a tod
luciones. Es preciso, además,
para la revolución y — ¿podr
individualismo burgués? ¡No!
cuanto al comunismo anarqui
determinado bastante claramen
en el seno de los millones,
moslo, en el seno de los anarq
mos? — ¡No! (No puede de
más que en los ensayos práctico
tia). Es en ese movimiento pr
en el que hemos entrado desde
años,— la ausencia de cuestio
tantes, tales como el boulang
Dreyfuss, que permiten de nuev
unos años solamente) ese trab
¡Si pudiéramos, aprovechando
ma, explicar, como Vd. dice,

y efectiva. Diversos partidos y tendencias sociales se disputan el predominio en el mundo del trabajo; nosotros queremos que el ideal de la revolución no desaparezca por completo del proletariado — el ideal de la revolución, después de la experiencia rusa, ¿puede ser otro que la anarquía? ¿Qué hacer? Malatesta nos aconseja respetar la unidad de clase. Nosotros echamos por la borda esa ilusión y apelamos a Malatesta para que nos ayude a formar en cada país una fuerza sindical revolucionaria o sea anarquista. Con esa fuerza sindical estaremos en situación de poder contrarrestar poco a poco la invasión del movimiento obrero con tendencias y corrientes políticas adversas a la revolución. Sin esa fuerza sindical nos quedaremos a la luna de Valencia, esperando fatalísticamente que la historia misma gire a nuestro favor. ¡Que aquellos que en nombre del anarquismo obstaculizan la intervención decidida de nuestros camaradas en las filas del proletariado, no sólo como criticones impotentes para una acción propia, sino como factores determinantes, como fuerza autónoma y orgánica — asuman la responsabilidad de su actitud!

Las luchas sociales no son torneos de rabinos y sacerdotes católicos, no sólo se discute con argumentos, no sólo se exponen ideas,, se combate también con los puños. Vamos a exponer otro ejemplo de la Argentina: en este país se ha conseguido poner un coto al avance de la socialdemocracia en las filas obreras; pero no vayamos a creer que se debe sólo a la acción espontánea de nuestro ideal; se debe en primer lugar a que nuestros camaradas se propusieron no dejar prosperar ese movimiento, desbarataron en lo posible sus ensayos y en último término entraron en liza razones contundentes no siempre reducidas a declamaciones en las tribunas. En estos momentos quieren levantar los socialdemócratas la cabeza, aprovechándose de nuestras disidencias internas; pero sólo será hasta que se haya superado la crisis presente; luego veremos cómo resisten el ataque cerrado de nuestros camaradas. Si las luchas sociales fueran meros torneos oratorios, reconocemos con gusto que el movimiento anarquista de la Argentina no hubiera podido prosperar frente a un J. B. Justo, un distinguido economista que ha tenido tiempo para estudiar más que nosotros.

Cuando el movimiento obrero español se reanime, nuestros amigos habrán de dedicar tantos esfuerzos a la lucha contra la burguesía como a la destrucción del movimiento sindical socialdemócrata. ¿Es esto una herejía, camarada Malatesta? No, no. Si los anarquistas italianos hubiesen logrado destruir la Confederazione del Lavoro posiblemente el fascismo no habría triunfado. No queremos exponer a los sindicatos obreros reformistas alemanes y de todos los países. Creemos que lo que debe el capitalismo internacional esto es del dominio de todos y que no necesita explicaciones.

La lucha contra la reacción no puede dejar al margen la lucha contra aquellos movimientos proletarios que son sus más seguros vehículos.

D. Abad de Santillán

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

(*Continuación*)

He ahí por qué el individualismo de que nos hablaron los jóvenes anarquistas franceses durante un momento, lo encuentro mezquino, pequeño y falso, *puesto que carece precisamente del fin que se propone*. Y esa nota resuena en mi oído tanto más falsa cuanto que tenía al lado — hombres que en ese momento mismo, conscientemente, subían al cadalso por la causa común, después de haber afirmado altamente su personalidad. Es sólo a causa de la confusión que reina sobre la concepción del individualismo que otros, que se llaman individualistas, han creído pertenecer al mismo campo intelectual y político de esos hombres de sacrificio. Los que se llamaban "individualistas" (en el sentido burgués) tenían tan poco derecho a contarlos de los "suyos" como los cristianos hubieran podido tenerlo. Aquellos pertenecían a la variedad que veo venir y que Ibsen ha tratado de producir en sus dramas (9).

La carta se vuelve tan larga que estoy forzado a pasar muy rápidamente por los puntos muy importantes de la suya. Repito aún que si el movimiento se ha reducido en Francia, es porque la situación general no es ya tan revolucionaria como lo era antes de 1894-95, y se apercibieron que no se podría provocar la revolución en diez o en cien. Era hermoso imaginarse que por un fuerte impulso de algunos se conseguiría hacer estallar la revolución: no hubo nada, y ha sido preciso engancharse al movimiento *preparatorio* que precede a todas las revoluciones. Es preciso, además, un ideal para la revolución y — ¿podría serlo el individualismo burgués? ¡No! — Y en cuanto al comunismo anarquista, ¿se ha determinado bastante claramente, no digo en el seno de los millones, sino, digámoslo, en el seno de los anarquistas mismos? — ¡No! (No puede determinarse más que en los ensayos prácticos de la vida). Es en ese movimiento preparatorio en el que hemos entrado desde hace 5 o 6 años,— la ausencia de cuestiones irritantes, tales como el boulangerismo y Dreyfuss, que permiten de nuevo (por algunos años solamente) ese trabajo. (10).

¡Si pudiéramos, aprovechando esta calma, explicar, como Vd. dice, nuestras ideas! Pero nos encontramos frente a un problema, que no se ha presentado hasta ahora: *la ética de una sociedad de iguales, absolutamente libres*. La ética cristiana no tuvo más que copiar la ética budista, la de Lao-tse, etc., diluyéndola y empequeñeciéndola. Nosotros tenemos que crear la ética *nueva* de la sociedad futura socialista. *El ambiente anarquista obrero trabaja en la creación de esa ética.* El trabajo se hace en mil puntos. La idea general comienza a brotar. Pero, sea que nos falte un *genio*, sea que la no terminación de ese trabajo no lo permite aún — no hacemos más que entrever.— Sí, es preciso reanudar el hilo; sólo que no con los pocos "individualistas" de 1890, sino con los griegos de la Grecia antigua. ¡Muy lejos, como Vd. ve! (11).

En cuanto a sus apreciaciones sobre la misión de los trabajadores,— pasada y actual — debo tomar aquí con amplia mano la parte de la exageración de que Vd. me habla — la exageración inevitable de la brevedad. Temo sólo que aun dejando un gran puesto a esa exageración inevitable quede un substrato sobre el cual nos será difícil ponernos de acuerdo. (12).— Vd. ha mostrado la falta de solidaridad entre los obreros (13).— Muy bien. ¿Y qué? Por mi parte, y creo estar en el caso de millares de anarquistas y de 100.000 socialistas, no he tenido necesidad de exagerar las virtudes de los obreros para desposarme con la causa de la revolución social, eminentemente obrera. Sino que se fundó la Internacional, para forjar poco a poco la solidaridad entre diversos oficios y, más tarde, diversas naciones, para ampliar la idea de solidaridad, para permitirle ensancharla, hoy como lo ha hecho (14).

Es precisamente para despertar esa solidaridad — sin la cual sería difícil progresar — que hay que trabajar a fin de que los sindicatos y las trade-uniones no sean escamoteados por los burgueses que, después de haber fracasado como moderados, tratan de llegar al poder como avanzados (15).

No se trata para mí de saber "quién es mejor" — el burgués o el obrero" (16) — eso no me interesa, como no me interesa la cuestión de saber "¿quién es mejor — el hombre o la mujer?" — cuestión que apasionó de un modo muy divertido a los héroes en un nuevo engaño. Lo que sé es que el trabajador tiene, al menos, el hábito de hacer una cantidad de trabajo desagradable —de *trabajo*: no sólo de diversión — lo que es un punto importante para el porvenir; que, habituado al trabajo manual, no trata, en sus ensueños de porvenir, de reservarse un puesto entre los gobernantes, como hacen los social-demócratas (17); y que, siendo explotado hoy por bajo de la escala, tiene interés en reclamar la igualdad, que no ha cesado de reclamarla; que se batió y se batirá por ella; mientras que el burgués, ávido y torpe, cree que está en su interés el mantenimiento de la desigualdad. Para eso el burgués hace su ciencia, su política, forja su poder. Y siempre que hubo lucha por la igualdad, el burgués estuvo por la desigualdad, por el derecho de gobernar, mientras que el pueblo estuvo de la otra parte. Ninguna provisión de razonamientos ni ninguna estadística hará ahí nada y como se lo he dicho ya en mi última carta (18) — es aún el pueblo, el obrero el que se ha batido en la última toma de armas que me podría citar (1871) — y no veo ninguna razón para que sea de otro modo en la próxima, de cómo ha sido en 1871, en Milán, en Barcelona, en Trieste — ¡en todas partes! (19).

En cuanto a la tolerancia de que Vd. me habla — no puedo repetirle más que, según mi opinión, se ha ejercido demasiado tolerancia de la parte que ha estado en lo verdadero. Yo soy el bien agresivo y creo que predicar el *bien pasivo*, como lo ha hecho el cristianismo y como Vd. parece pedir (pero me recuerdo, al corregir, de la exageración de toda carta breve) es obstaculizar el progreso (20). Sí, hay en la sociedad actual supervivencias: todas las supervivencias desde el canibalismo, el período salvaje de la edad de piedra, la edad de bronce, las abominaciones de los despotismos orientales... todo, todo, desde el comienzo de la historia. (Vd. verá un hermoso espectáculo si viene en junio a Inglaterra: los Huxley de rodillas ante la reina recibiendo la investidura del G. C., ya, eso es hermoso para ver. Pero vamos a ver muchas cosas bellas todavía, en esa recrudescencia de las épocas más salvajes y más caníbales, que van a jugarse alrededor de Eduardo VII (21). Y bién, ¿qué es lo que se deduce de eso? ¿Que debo ver todo eso con una mirada condescendiente? No, querido amigo, el eclecticismo es la muerte — la peor de las muertes, la muerte intelectual.

Su comprensión de las revoluciones me parece absolutamente falsa. Vd. habla sin duda con los historiadores cuando dice: "Entonces al día siguiente (de derribar el gobierno de Rusia) los campesinos quemarán los castillos, etc." (22). Pero creo haber probado que esa concepción es *absolutamente falsa*.

---

(9) *Esto no es para mí, que no fuí fascinado nunca por ninguna variante de no importa qué variante del pseudo-individualismo, y que reconocí la belleza del individualismo comunista que Kropotkin entrevé. Pero incluso el hombre más altamente inspirado del sentimiento social y sociable, puede desear a veces proceder por vías más individuales, independientes, separándose por un tiempo de las de los otros. Es eso lo que era preciso decir altamente para disipar la impresión que el comunismo libertario absorbería automáticamente las iniciativas y los actos independientes individuales. Si todo individualismo sincero, altruista, encuentra satisfacción en el individualismo comunista de Kropotkin, tanto mejor para la realización de sus ideas, pero sólo la experiencia puede verificar eso.*

(10). *Según mi impresión esta ausencia de "cuestiones irritantes" no era sino una nueva razón para tratar de volver al primer plano. Se ha dejado el campo libre a esa reacción nacionalista que continuó el boulangerismo y el antidreyfusismo, que se apoderó entonces de la juventud, y representada por el neo-realismo, — catolicismo, — nacionalismo, luego en el socialismo mismo mediante la extraña perversión de George Sorel (véase su revista "L'Independance", a partir de 1911, una manumisión del espíritu de la juventud francesa, italiana también, que ha llevado directamente a la guerra y al fascismo de nuestros días. No se ha podido prever todo ese mal a comienzos de 1902, pero yo habría querido entonces ya que Kropotkin y otros hicieran un esfuerzo para volver a conquistar, para la idea anarquista, un puesto en plena luz del día. No se hizo y pronto los asuntos rusos, los acontecimientos que debían llegar a la revolución de 1905, han absorbido su atención en primer lugar.*

(11). *Aunque los primeros artículos sobre la "Etica" no aparecieron más que en 1904 (agosto) y 1905 (marzo) en el "Nineteenth Century", Kropotkin estaba ya entonces sumido desde hacía varios años en ese asunto que pronto, alternando con el de la revolución francesa, le absorvió mucho.*

(12). *Yo había dicho, pues, que dejaba a un lado tantos hechos y argumentos, sobre los cuales estábamos necesariamente de acuerdo, sin que eso quisiera decir que los ignoro o los refuto. En esas condiciones le proponía ciertas opiniones, con mis motivos y conclusiones.*

(13) *Y en la vida de todos los días, donde tal vez aun en este momento, la falta de solidaridad, me parece, en proporciones más frecuentes que los actos de solidaridad — o de lo contrario estaríamos ya más próximos del estado feliz de solidaridad y de libertad que deseamos. En tanto que el obrero esté dispuesto según la orden a arruinar la salud de otros obreros (produciendo productos nocivos), a ser su amo, su guarda-chusmas, etc. (como capataz, carcelero, etc.), a matarlos en el interior o en el exterior (como gendarme o como soldado), etc., la solidaridad se ejerce desmasiado poco, y no hay que hacernos ilusiones sobre este hecho. En ese sentido había escrito probablemente a Kropotkin.*

(14). *Alusión a mi conferencia* Responsability and Solidarity of the Labour Strugle, *en el* Freedom. *Discussions Group, 5 de diciembre de 1899, impresa en Freedom 1900, en folleto inglés (mayo de 1900) y como informe propuesto por el grupo Freedom al congreso internacional de 1900,* (Les Temps Nouveaux, Supplement litteraire), *1900; en folleto francés, París, 1903; en español, Barcelona 1904 y en otros idiomas.*

(15). *En esa época la lucha de los sindicalistas revolucionarios en Francia contra los reformistas no se había terminado y en Inglaterra no había casi ningún rasgo de espíritu sindicalista en el gran mundo del trabajo organizado.*

(16). *Yo había probablemente observado que tendencias e inclinaciones semejantes de elevarse unos sobre las espaldas de los otros y parecidas manifestaciones antisolidarias se encuentran hoy aún entre los obreros y entre los burgueses, a pesar de todo el esfuerzo moralizador del socialismo y de la organización obrera.*

(17). *Pero se podría observar aquí, ¿quiénes son los social-demócratas sino esa parte de los obreros de los cuales muchos, no amando mucho al trabajo manual, preferirían colocarse en las administraciones, etc.? El hecho de que se esté habituado a un trabajo, no implica siempre que se le ame, y que se esté dispuesto a continuarlo si hay medio de chafarlo. Aquí la realidad me parece en contradición con el pensamiento generoso de Kropotkin.*

(18). *La he conservado, pero no la tengo ante mí, ni en el recuerdo, en este momento.*

(19). *No soy ciertamente yo el que había expresado la menor duda al respecto. En tanto que me recuerdo, mis observaciones se referían a este asunto: que a pesar de las tendencias igualitarias y solidaristas de muchos obreros, la vida práctica de los talleres y fábricas conduce muy a menudo a su diferenciación según las capacidades, los carácteres especiales, etc., que hacen que unos avancen un poco, algunas veces mucho, y que los otros queden quietos. Esa selección no es siempre una eliminación de los menos solidarios (pues el más malvado se hace capataz, etc.), sino a menudo también una elevación de los más capaces (que el patrón tiene interés en tratar mejor, en atraer a su esfera de intereses, etc). Concluía que por esas diferenciaciones muchos buenos elementos eran continuamente arrancados del ambiente de sus camaradas, y que tales puntos me han parecido explicar la lentitud con la cual la gran masa comprende nuestras ideas, muchos talentos, que comprenderían más pronto y que sabrían y querrían obrar, son continuamente separados de esa ma-*

sa por los capitalistas que desean en primer lugar aprovechar esos talentos.— Me recuerdo que ni en esta carta ni en discusión alguna, entró Kropotkin en ese asunto. Pensaba que de todos los camaradas, los más útiles a la causa son aquellos que, aceptando las ideas, permanecen en medio de los obreros, sin querer salir de él, como hicieron tantos buenos camaradas en todas partes, Johann Neve, Sam Mainwaring, Lucien Guérineau y muchos otros! Yo habría querido entonces (1902) que se hubiera estimulado más ese género de propaganda que difería bastante de la tendencia, comprensible por lo demás, de muchos anarquistas, entonces, a abandonar los talleres y a vivir como pudieran. Algunas veces eso fué bueno para ellos, pero eso los separó de los obreros.

(20) Me fué imposible siempre hablar de la tolerancia con Kropotkin, sin que se haya incomodado. He escrito a menudo lo qué entiendo por tolerancia mutua; no es la no resistencia al mal ni una renuncia a emplear la fuerza. No es mas que la convivencia de personas, la coexistencia de instituciones que no son de las mismas opiniones o que no están basadas en el mismo sistema, pero que prefieren vivir en paz en lugar de vivir en conflicto y combate permanente hasta la destrucción de uno de ambos. Pienso que hoy mismo se hace un gran número de cosas en paz y la violencia es un último recurso que no prohibo a nadie, pero que yo vería con sentimiento que se volviera general. No se quema ya a los de otra religión, ni siquiera a los libres pensadores, y yo me atrevo a pensar que llegará en el mismo grado la tolerancia mutua para las cuestiones nacionales y sociales. Hablé entonces a Kropotkin sobre el ejemplo de los Cuáqueros y de aquellos que rehusan por principio tomar las armas — y la guerra ha mostrado que esta idea inspiró a muchos hombres, las conscientius objectors *de Inglaterra y de Estados Unidos, etc. En una palabra, no he comprendido nunca por qué Kropotkin, que buscaba y encontraba en todas partes tantos rasgos de ayuda mutua- considero imposible o no deseable que se llegase a plantear disputas sobre el nivel de la acción autónoma diferente de dos o más partes en litigio.*

(21) La coronación.

(22) Confieso que no he aceptado nunca completamente las cosas de Kropotkin que desarrolla también en la parte que va a seguir de esta carta. Hubo siempre actos de violencia social, pero no se generalizan y se convierten en impulso de una revolución irrevocable más que cuando es roto el hielo por algún acto colectivo valeroso, para expresarme así, cuando un sentimiento de seguridad, la conciencia de la solidaridad general con sus actos reafirma a los rebeldes. Así la revolución rusa de 1917 no se transformó en revolución social — los campesinos rusa de 1917 no expulsaron los propietarios y quemaron los castillos más que cuando fué levantado el bando del zarismo en marzo de 1917, no antes. Y los campesinos franceses de antes de 1789 no quemaron castillos en cantidad más que cuando en todas partes del país se supo que por esa vez la miseria de las finanzas, etc., puso a la realeza contra el muro y cuando todo el mundo se resolvió a pedir cuentas al sistema que estaba aun en vigor. Lo mismo en 1848,fué el 24 de febrero en París el que rompió el hielo; los acontecimientos de 1847 no tuvieron todavía repercusión. Es preciso siempre algo que dé el verdadero valor al pueblo; este no lo posee sin eso o de lo contrario habría hecho desde hace mucho en todas partes la revolución. — En mayo de 1789 los Estados Generales convocados dieron desde hacía mucho tiempo un impulso tal al valor de las masas, que los castillos han ardido fácilmente. Pero no fué a causa de los castillos quemados que se convocó los Estados Generales.

(Continuará)

Las artes plásticas polacas

Afirmar que existe un arte polaco no quiere significar que Polonia supo crear un arte propio, exento de toda influencia exterior. Una tradición artística, la posee desde largo tiempo, sustentada por una pléyade de artistas admirablemente dotados que se han sucedido sin interrupción. Indudablemente, para la mayoría, habituada a juzgar por las apariencias de las cosas más que por su valor intrínseco, se extrañará que un país de poca cuantía territorial y de habitantes, siempre teatro de hechos de guerra, esclavizado durante años, pudo conservar el gusto para las creaciones de arte.

Hubo un tiempo, que no se remonta sino a quince o veinte años, en el que Cracovia, que por entonces se hallaba en poder de Austria, era considerada como la *Florencia polaca*, por la intensidad de su movimiento de arte, que penetraba todas sus capas sociales. Hacía pensar en las repúblicas italianas del quinientos, por el grado de perfeccionamiento a que había llegado hasta en sus oficios manuales. A mitad camino de entre Viena y Praga, por un lado, y por el otro entre Kiew y Moscú, fué siempre el centinela avanzado de la cultura occidental hacia el Asia, y una ciudad como ella, por su posición y pletórica de tradiciones, debía dar nacimiento a una escuela moderna de arte. Uno de sus precursores fué Juan Matejko (1858-1893), uno de los hombres más grandes del siglo XIX, llamado el veneciano polaco y su obra prodigiosa sirvió para preparar el advenimiento de la escuela moderna. A su vez tiene sus continuadores, que son los decoradores de gran talento Estanislao Wyspianski y Jose Mehoffer, y entre ellos se halla Jan Stanislawski, el padre del paisaje polaco, quien trabajó entre Ukrania y Galitzia.

Pero estos maestros no han sido ejemplos aislados. Los antecesores de ellos dignos de mención pueden contarse en mas de una docena. En el 1800-1855 Pedro Machalowski, un buen pintor romántico de escenas ecuestres; I. Kossak — 1824-1859 —, retrotrae con su diestro pincel los retazos vividos y pintorescos de la vida oriental y cultiva la caricatura de las bestias y de los hombres; el retratista Arturo Grottger — 1837-1867 —, que dejo una excelente galería de personajes históricos y de su época; Podkowinski (1866-1895) tambien retratista; el acuarelista W. Gerson — 1831-1901 — de una gran sensibilidad en el color y de un sentimiento casi religioso en sus paisajes agrestes y aldeas, acurrucadas entre los peñascos de las montañas; Alejandro Gierymski — 1849-1901 — y Maximiliano Geryms — 1846-1874 — dos excelentes pintores que se acercaron mucho al arte moderno. De este modo, ni Wyspianski, ni Mehoifer, ni Eugenio Zak, que debían descollar con un arte vigoroso y dejar muchas obras de gran valía, son individualidades aisladas, que no surgen de la nada, sin un motivo, sino despues de una concatenación de esfuerzos sucesivos. Para no dispersarnos, ya que nuestra finalidad no es escribir la historia de las artes plásticas en Polonia, sino destacar dos o tres personalidades de las más representativas, hemos de atenernos sólo a ellos, y si es posible hasta arribar a los artistas que figuraron en la última exposición de artes decorativas realizada en París, hace apenas unos cuantos meses.

* * *

Lo que debía dar un poderoso impulso a las artes plásticas polacas fué la sociedad Sztuka, que se fundó en Cracovia en 1897, siendo los miembros propiciadores veinticuatro de los mejores artistas que entonces vivían. El presidente honorario fué José Chelmonski, uno de los buenos paisajistas de aquel tiempo, quien habiendo nacido en 1850, precedió a Jan Stanislawski, el que debía sucederle victoriosamente, llegando a superarlo. En sus cuadros no existe la figura humana, y cuando la emplea es como entidad multitudinaria. Solamente en una vista del Dnieper hay una muchedumbre azulada, como si fuese la vegetación musgosa de las orillas del río. Pero cuanto más desnudas son sus pinturas, más aliento subjetivo hay en ellas. Paisajes inmensos, horizontes infinitos nos dan la sensación de lo desolado, de ese vacío hipnótico por el cual la naturaleza nos absorbe y nos anula. La estepa desesperada que se dilata hasta perderse en los lejanos confines, tuvo un poeta en él. Le bastan una flora ción de cardos, algunos ramajes espinosos y secos para componer su emocionado motivo, casi siempre acordado con tonalidades ensordecidas y acromáticas. Huyen del efecto como si fuese su peor enemigo. Es ocioso decir que hizo escuela, con su pertinente séquito de discípulos. No los seguiremos.

Hablemos de esta personalidad inquietante, que llenó el escenario del arte en su tiempo, y se llamó Estanislao Wyspianski. Según uno de sus biógrafos, Xavery Dunikowski, fué un verdadero poeta en la busca de símbolos tangibles, que desgraciadamente se desviaba en lo absurdo, y, quién sabe, en esa *terribilita* que soliviantó a Miguel Angel. Sus ilustraciones a la *Divina Comedia* de Dante

J. F. RAFAELLI — "El leñador y su perro" (Obra existente en el Museo Nacional. Véase la crónica publicada en el número del primero de febrero).

atestiguan algo de eso y aun son consideradas como las ilustraciones de un pensador.

Que fué poeta, en la acepción formal del término, lo comprueba la obra poética que dejó escrita. El dinamismo de su temperamento le hizo abarcar todos los géneros. En sus dramas, él se ocupaba personalmente de las decoraciones, de los bocetos del vestuario de los actores; ilustraba sus libros y los encuadernaba; al mismo tiempo vestía las paredes de afrescos; decoraba los vitrales de las catedrales, y hacía apuntes al pastel a los niños que le rodeaban contemplándole trabajar en la calle. En una exposición de Viena se expuso tres poltronas robustas y bárbaras que tanto impresionaron al auditorio en la representación de *Boleslao el Temerario;* decoró el Círculo Médico de Cracovia, con tapicerías en estilo eslavo y supo en las tallas de madera lograr cierto carácter bárbaro, que se avecinaba mucho a las artes orientales. Además, en su estudio cuelgan los retratos hechos por él a los actores que representaron sus dramas. Es que Wyspianski no solamente dibujaba los vestidos de los actores antes de poner en escena las obras, sino que cuando estaba contento del trabajo de ellos los remuneraba con algunos trazos sumarios, sobrios y llenos de carácter.

Y después de todo esto, los últimos años de la existencia de este artista incomparable, quien pudo darnos obras de un gran espíritu brioso y de una vivacidad única, fueron una lucha contínua, valerosa, sublime bajo ciertos aspectos contra una muerte, la más horrorosa; por encima de la descomposición orgánica de este ser, todavía en su juventud, que los retratos de los veinte años nos lo presentan tan energético, domina una voluntad de hierro y un alma de fuego, que concibe y realiza, sin descanso, con apresuramiento febril, hasta su última hora.

Excepción hecha de su labor decorativa, son pocos los cuadros suyos que pueden decirnos dónde hubiese podido arribar este artista singular; entre estos se halla esa *Maternidad*, que aquí se reproduce, y ella en algo ha de bregar por los fueros de su autor.

Parece que el obstáculo a la pronta comprensión de su obra pictórica no estriba tanto en su dibujo, y sí en su colorido. Ofrece cierto parecido con el pintor suizo Hodler, ya clásico en su país, y desconocido absolutamente en estos lares; el dibujo es ya fuerte, con grandes trazos que redondean las formas, los paños y sus

ESTANISLAO
"Maternidad

pliegues, como sólo se le en las antiguas estampa vos en los rasgos del r nos, tanto de hacer rec y los precursores suizo con Hodler a través de aquél le tomó bastante d tructivo. Ahora, intervi deja transparentar la pr grafo, habituado a ejecu amarillos y marrones co litos, con un sentido de se halla fuera de lo que bido a la influencia qu dua frecuentación de los

El decorador que ha también sorprende, tant ción un poco arbitraria, nantes, como por la geni Es evidente que en Parí decoradores más moder set y etc. Pero al contra neses, se aleja de toda r mática y concibe una d trica que le permite oto a su fantasía. En la flora de las catedrales hay u tropical. Después viene la laboratorio de química, la el círculo médico de Cra inventa mitos científicos gorías el sistema de Copé do a colores que parecen ese infierno quirúrgico, q diariamente.

En ese instante vuelve vagante del pasado; pero un nuevo aspecto y parec se en un sentido anatómic sas gigantescas, proyecta ples arcos, con pliegues con la belleza conmovedora ferirles una imaginación profanar las peores miser

Conviene hacer notar intenta conferir la primac *logía científica en el arte* vo Francia con las admira nes de Besnard, es necesa seguida a Wyspianski, mu el decorador húngaro Klim no contiene muchos aspecto tomadas en calidad de pré tro polaco.

Su fantasía tiene algo d temerario, que entonces de panto y cólera. Es sólo des desaparecido el artista, que y los incomprensivos comi prender y sentir.

Hay una feliz media vuel ta reivindicar estudiando su sa, y emplear los cartones res que hizo para la catedr y que el público obligó a museo de Cracovia.

Tuvo la bellísima audacia cer los vitrales de la Capilla rición de dos momias, prese féretro abierto. "Visiones tr cía un crítico — reflejando e de sus ojeras vacías un pr rioso, idea atrevida, pero bi al lugar, como la ejecución g ple que atenuaba en lo que l podía tener de demasiado m nótono."

Retornemos otra vez a su nos grandiosas, más gentiles todos modos definitivas de es ta y pintor, a quien sólo le qu

ESTANISLAO WYSPIANSKI
"Maternidad" (Oleo)

pliegues, como sólo se les puede encontrar en las antiguas estampas chinas; expresivos en los rasgos del rostro y de las manos, tanto de hacer recordar el medioevo y los precursores suizos, incidiendo así con Hodler a través de Holbein, a quien aquél le tomó bastante de su carácter constructivo. Ahora, interviene el color, que deja transparentar la práctica del escenógrafo, habituado a ejecutar rojos, verdes, amarillos y marrones completamente insólitos, con un sentido de la armonía que se halla fuera de lo que solemos ver, debido a la influencia que ejerció su asidua frecuentación de los japoneses.

El decorador que hay en Wyspianski también sorprende, tanto por la coloración un poco arbitraria, de acordes disonantes, como por la genialidad de la idea. Es evidente que en París estudió con los decoradores más modernos, Mucha, Grasset y etc. Pero al contrario, con los japoneses, se aleja de toda regularidad matemática y concibe una decoración asimétrica que le permite otorgar libre vuelo a su fantasía. En la flora de las ventanas de las catedrales hay una exhuberancia tropical. Después viene la enfermedad; el laboratorio de química, la decoración para el círculo médico de Cracovia y el poeta inventa mitos científicos y traduce en alegorías el sistema de Copérnico, recurriendo a colores que parecen entrevistos en ese infierno quirúrgico, que ya frecuenta diariamente.

En ese instante vuelve a la flora extravagante del pasado; pero sus rosas toman un nuevo aspecto y parecen transformarse en un sentido anatómico o médico; rosas gigantescas, proyectadas en cuádruples arcos, con pliegues de vísceras y con la belleza conmovedora que puede conferirles una imaginación acostumbrada a profanar las peores miserias físicas.

Conviene hacer notar que cuando se intenta conferir la primacía de la *mitología científica en el arte pictórico*, salvo Francia con las admirables decoraciones de Besnard, es necesario recordar en seguida a Wyspianski, mucho antes que el decorador húngaro Klimt, cuya *Medicina* contiene muchos aspectos y hasta ideas tomadas en calidad de préstamo al maestro polaco.

Su fantasía tiene algo de grandioso y temerario, que entonces desencadenó espanto y cólera. Es sólo después de haber desaparecido el artista, que los renitentes y los incomprensivos comienzan a comprender y sentir.

Hay una feliz media vuelta, que intenta reivindicar estudiando su obra dispersa, y emplear los cartones de los vitrales que hizo para la catedral de Wawel, y que el público obligó a relegarlos al museo de Cracovia.

Tuvo la bellísima audacia de obscurecer los vitrales de la Capilla, con la aparición de dos momias, presentadas con el féretro abierto. "Visiones trágicas — decía un crítico — reflejando en las cuencas de sus ojeras vacías un presente inglorioso, idea atrevida, pero bien apropiada al lugar, como la ejecución grande y simple que atenuaba en lo que literariamente podía tener de demasiado macabro y monótono."

Retornemos otra vez a sus obras menos grandiosas, más gentiles e íntimas, de todos modos definitivas de este gran poeta y pintor, a quien sólo le quedó el tiempo justo para indicar lo que hubiese podido dar a luz.

Además de la *Maternidad* posee un cuadro que es la más curiosa creación de la pintura polaca, desde la *Dieta de Grodno*, de Jan Matejko, al *Jardín de la libélula*, de José Mehoffer. Es una mujer de belleza marchita, la nodriza típica, la madre en el sentido animal de la palabra; le da el seno a un niño raquítico y deforme; dos niñitas de siluetas graciosas del tipo eslavo, miran a su misérrimo hermanito, y parecen el símbolo de la ingenuidad, del primaveral candor, ante la desilusión brutal. Tras este grupo, algunos geranios en flor de coloración cálida.

Es algo así como el contraste entre la vida animal y la vida sentimental; entre la ignorancia legendaria y lírica y la realidad frustrada y fea; son dos períodos netamente opuestos en la vida de la mujer, y quizás de la humanidad.

Puestos en el camino, no se terminaría nunca de hablar de este artista, desventurado y glorioso. Citemos *Los Angeles Custodios*, armonías de grises azules y oros; *La Santa Salomé*, austera y rígida, de entre cuyas manos se escapa la corona real; una *Castidad* inquietante, de carnes cloróticas; las ilustraciones para *La Ilíada*, que hacen pensar en un Klim eslavo y más genial, más simpático y menos meticuloso.

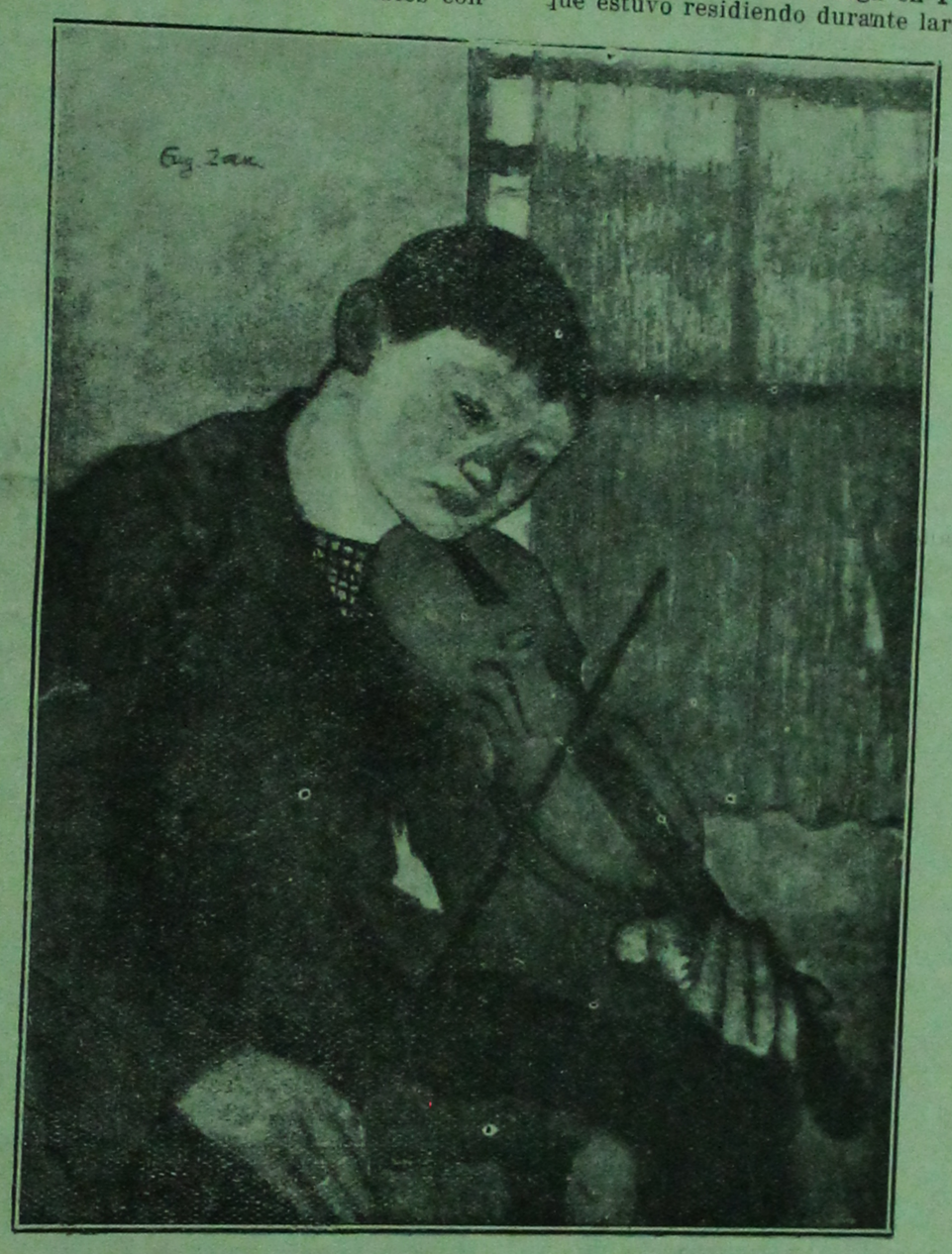
Jozef, o sea José Mehoffer, tiene innato el sentido de la decoración, como era comprendida en aquellos tiempos. Es por eso que está exento de esta nitidez gráfica que en otros parece una condición necesaria al arte monumental, ni de estos continuos cambios de estilo, que se los toma prestados a los antiguos en la escuela. Su gran virtud es la de evitar a toda costa las repeticiones, que en vez de aclarar como un leit-motiv armónico, confunden y embarullan el motivo. Por eso nunca dos formas que se parezcan, ni dos líneas que se repitan, mas sí se corresponden y se *contradicen*, como una lumbre inesperada, resultado precipitado de un continuo contraste de formas y colores. Es una contrapuesta mezcla de colores, de elementos contradictorios que se resuelven en explosiones furiosas de alegría, de hallazgos felices, subyugados por un firme y robusto talento. Son incontables las decoraciones que ejecutó; entre ellas está "Los elementos subyugados", para la Cámara de Comercio de Cracovia, inserta en estas páginas.

En la reproducción de sus cuadros *Primavera de ensueño*, es una fantasía shakespiriana, de la "Aventura de una noche de verano". Algunos niños y una niña de la campiña polaca se han disfrazado para imitar una ceremonia pontifical, usuales en Polonia en las fiestas de Navidad. Es un rapto de ilusión celestial sorprendido en los rostros infantiles, con un acento más grave en la niña coronada. De sus ricas armonías se desprende un gran encanto de frescura. Es una de las telas bien logradas de ese período de la pintura polaca. En "Los elementos subyugados" el atildamiento decorativo de la *Princesa de Ensueño* pasa de ese cuadro de caballete a la franca y plena decoración de los mitos, que le servirán de trampolín para sus vibrantes armonías. Es un joven gigante desnudo, que en un impulso irrefrenable y sonriente al mismo tiempo, subyuga con los pies y las manos cuatro mujeres: la Tierra, que pisotea, el Agua que una cascada de cabellos se hunde en el brazo, y el Fuego y el Aire, que aferra con la otra mano, por las alas y los vestidos fulgurantes. Parecen los cuatro tiempos de una armonía, sonando al unísono, o las cuatro alas de un molino a viento, movidas por un solo eje.

También fué un retratista insigne y tuvo la fortuna de poder retratar con su pincel las más bellas mujeres de Polonia, y algunos de sus hombres más eminentes. José Mehoffer sabe verlo todo a través de un ángulo decorativo y hasta de un monstruo podría hacer algo noble y grande, — por otra parte, virtud creadora inherente a todos los grandes artistas.

Al fin llegamos a uno de los más jóvenes de esta época, Eugenio Zak, que hace resentir en la pintura polaca las influencias más modernas en boga en París, ya que estuvo residiendo durante largo tiempo en esa capital, y pintó algunos años en Bretaña. Gauguin, Cézanne y los que después se apartaron de la escuela impresionista en un afán de una forma sólida y construída, tienen algo que ver con este rústico violinista, una buena muestra del talento, de este pintor. Tanto es así, que un crítico de entonces, al exponer en la Bienal de Venecia, este mismo *Violinista*, que se reproduce en estas páginas, decía lo siguiente: "Eugenio Zak combina la influencia de la modernísima pintura francesa con un querido estilo medioeval, dos órdenes de ideas justamente fuera de lugar, cuando se trata de retratos bretones, — y no se sabe bien si llamarle ultra-modernista o arcaico."

Y este artista, que se le encasillaba de esta manera, concluyó por enrolarse en lo más avanzado de la pintura francesa actual. Hace poco exponía unas acuarelas en un salón de París, conjuntamente con otro grupo de pintores. La crítica tuvo elogios que le ponían en el lugar que le corresponde.



EUGENIO ZAK. — "Violinista" (Tempera)

Congresos científicos

Parte de la ciencia, en estos últimos años ha sido la enemiga más terrible que tuvo la humanidad en su parte más débil, que es el proletariado mundial. Referirnos solamente a la ciencia oficial, nos parece ocioso. son contados los sabios de hoy que conservan su independencia espiritual. Por un motivo o por otro, los Nicolai, lo que fué en otros tiempos Reclus, Kropotkin y otros, no abundan precisamente en la actualidad. Necesitados de dedicarse a largas investigaciones, los hombres de ciencia aceptan las ayudas de donde vengan. Y como el Estado sigue reteniendo todos los monopolios, los mantiene a ellos para que sirvan sus exclusivos fines. Es así como la moralidad de la ciencia es la de no tener ninguna. Entendámonos sobre la calidad de esta moral. Hoy, que químicos, biólogos, geólogos, etc. son prietamente reaccionarios, y además católicos militantes, no sabemos cómo se las arreglan para poner de acuerdo las hipótesis científicas con el misterio bíblico de la génesis del hombre, hecho con la arcilla que modeló el hosco Jehová, para que luego pudiera proporcionarle una costilla, a fin de darle una compañera. Un buen católico debe tragar en silencio semejante patraña, y un hombre que estudió química, biología, etc. deberá sonreírse ante ocurrencia tan infantil. Pero posiblemente esos señores magnates de las academias de ciencias no son ni lo uno ni lo otro. Ni sinceros creyentes ni han profundizado la ciencia que intentan profesar.

"Les Nouvelles Litteraires" (Noticias Literarias) traía un reportaje de Pierre Termier, una grande autoridad (?) en Geología, adscripto a la sección minas, porque al mismo tiempo que la naciente ciencia geológica ensaya rastrear el "vasto poema de la evolución de la tierra", según palabras de ese sabio francés, se ocupa también en menesteres prácticos, descubriendo terrenos donde posiblemente haya yacimientos petrolíferos. De modo que en un altar ofician con la ciencia pura, y en otro con las grandes compañías financieras en armonía con el Estado, para lograr el predominio de los pozos de petróleo. Esta es la más emocionante carrera sembrada de toda suerte de obstáculos, que se ha de dirimir en este siglo, entre las potencias tiburones. Este hombre de ciencia, quien reside en París y pronuncia conferencias ante un público elegante, congregado en el Instituto de Oceanografía, tiene su inopinado ataque de euforia tropical y podría competir en los juegos florales con cualquiera de los mejores poetastros de aquí. Conmemorando el aniversario de la muerte de Eduardo Suess, un ilustre geólogo desaparecido en 1914 en Viena, lo corona con la siguiente letanía fúnebre: "poseía la inteligencia humana, que en su soberbio empuje sobrepasa todas las cimas, planeando más arriba de la creación; sobre la tierra informe y desnuda, sobre las tinieblas que velaban la faz del abismo; por encima de las aguas que *llevan el espíritu del Señor* (?); sobre las noches y los días que nadie contara jamás, donde durante siglos se reposa; sobre los seres que vivieron un momento y se convirtieron en polvo; sobre los tiempos de los cuales nada sabrá el comienzo y el fin".

Sin dejar de ser fieles al traducir las palabras del autor, hemos procurado de conservar el *espíritu* que las anima. ¿No es éste, acaso, el más señalado representante de esa ciencia oficial vacua, pedantesca, siempre al servicio de los negocios turbios? ¿No es también el arquetipo de los pseudo sabios de salón, que mezclan al *Señor* con la ciencia tectónica, o sea la arquitectura de la Tierra en sus conferencias *pour dames*? Ciencia falsaria, del más vasto parasitismo, pronta siempre a defender a los poderosos en contra de todos los conceptos de humanidad.

En un congreso celebrado en Grenoble (Francia), por iniciativa de *L'Association francaise pour l'Avancement des Ciences* — Sociedad francesa para el adelanto de las ciencias — en uno de los discursos inaugurales se pronunciaron estas palabras:

"Hoy, más que nunca, se puede esperar que, gracias al progreso científico, el esfuerzo humano podrá ser disminuído, reduciéndosele a un límite razonable, de modo que el trabajo físico no dañe el desarrollo intelectual y moral. Un gran filósofo de la antigüedad (1), cuyo genio no le impedía sufrir el influjo de los prejuicios de su época, no vaciló en considerar la esclavitud como una institución indispensable al sostenimiento y al progreso de la civilización. Afirmaba, sin el menor asomo de ironía, que cuando la lanzadera del telar funcionase sola, la esclavitud se hubiera podido suprimir. Y bien, hoy que la lanzadera marcha sola, merced al magnífico desenvolvimiento industrial, el cual quedará como una de las más fuertes características del siglo XIX, no obstante ello, la esclavitud no ha sido abolida por completo (2), puesto que en muchos países y naciones existen aún hombres, mujeres y niños sometidos a condiciones de trabajo duras e inhumanas. Es por el progreso incesante de las industrias que, substituyendo más y más el trabajo humano, en la sociedad del mañana permitirá a todos los hombres de colaborar, cada uno por su parte, a una obra de civilización, sin hallarse forzados a descuidar su desenvolvimiento personal. Semejantes esperanzas, ¿no son las más apropiadas para desechar todo escepticismo respecto al porvenir de la humana civilización y aptas a convencernos que, si los hombres cesan en su locura de consagrar sus mejores energías a las empresas de destrucción y muerte, será posible edificar rápidamente una sociedad donde no existirá un solo esclavo y todos los seres podrán tener su completo y libre desarrollo?"

El conferencista, mientras tanto, señala el grave peligro que podría nacer con el perfeccionamiento y la rapidez de ese prodigioso desarrollo industrial.

"¿No es de temer que las energías y los esfuerzos intelectuales, dirigidas hacia las ciencias aplicadas, traigan el desdén por la ciencia pura?

No hay que olvidar tampoco los modestos orígenes de ese espléndido impulso de la industria, del cual el siglo XIX se enorgullece a justo título. Para no citar sino la radustria eléctrica, cuya importancia puede evaluarse por cientos de millones, ya se trate de las cifras de los trabajos encargados y los salarios, lo mejor todavía por la economía realizada por el empleo de las fuerzas naturales, esa industria no hubiese existido, a principios del siglo XIX, sin hombres como Ampére en Francia, y Faraday en Inglaterra, quienes en sus modestos laboratorios descubrieron las leyes que rigen la acción recíproca de las corrientes eléctricas. La explotación, tan importante, de las corrientes alternadas, tampoco existiría si los instrumentos matemáticos necesarios a sus estudio no hubiesen sido imaginados por los matemáticos del siglo XVIII y sistematizados por Couchy en su magnífica teoría de las funciones analíticas de un variable imaginario."

Si hemos extractado las principales partes de esta disertación publicada en una revista francesa, es por lo que sintoniza con las inquietudes que están invadiendo actualmente el campo burgués. En todos los argumentos aducidos por este intelectual hay un desconcierto evidente y una ignorancia absoluta del momento histórico que se está viviendo. Se compadece de los *hombres, las mujeres y los niños sometidos a duras e inhumanas condiciones de trabajo*, y finca su única esperanza en la desaparición de la locura guerrera, con su pesada carga de armamentos. Es ya mucho, conseguir la abolición de las guerras, y consecuentemente la supresión de todas las industrias que le son afines. Pero esto, de hecho supone el derrumbe fragoroso de todos los Estados burgueses, y con ellos perecerán su ciencia y sus sabios. De allí, de esas ruinas, podrá salir algo que no será la ciencia de hoy, porque la humanidad, poniendo la proa hacia diversos y opuestos rumbos, quizá ya no la necesitará, o por lo menos lo quede de ese común patrimonio científico, será aplicado con otras miras de una idealidad más elevada. La ciencia, en su objetividad, debe ser *amoral* en el sentido que no debe participar de ninguna doctrina que la entrave y maniate; pero los hombres que la practican, que la manipulan, ellos sí, deben poseer las más alta moralidad personal, ya que son los depositarios de los destinos de la especie. Hoy existen monstruos que fabrican gases asfixiantes y materias químicas con la expresa finalidad de incendiar comarcas enteras o envenenarlas, y ponen todo su esfuerzo, su energía anímica, para que sus resultados, sus efectos sean más espantosamente devastadores y maten, desarticulen una mayor cantidad de personas; y a esos monstruos se les llama todavía sabios. ¡Sabiduría infernal por su cancerosa egolatría, que necesita un cauterio candente de una revolución libertadora!

Si los faraones usaron miles y miles de esclavos para construir las vastas catacumbas de las pirámides, el crecimiento industrial se tomó para sí millones y millones de parias, de ilotas — mujeres, niños, hombres — consubstanciando con las máquinas para elevar esas pirámides de una producción barata, ordinaria, fea, a veces nociva, que se hundía diariamente para surgir a la siguiente mañana en un continuo trabajo de Sísifo. Por eso se caracterizarán los siglos XIX y XX, por haber encadenado con su arrasador industrialismo a las tres cuartas partes de la humanidad al carro de los apetitos y de las ganancias inmoderadas. Dice Heinrich Mann, el dramaturgo alemán: *nunca llegó tan bajo esa morbosa furia de poseer, como en este período postbélico. Las jóvenes generaciones, así como las más maduras, están poseídas por esta locura: poseer, a toda costa y de cualquier modo.* —At.

---

(1) *Aristóteles — filósofo griego creador de la escolástica, en que se basaron los padres de la Iglesia para negar las teorías científicas de Galileo y etc.*

(2) *Es un eufemismo burgués que, no queriendo conceder el todo, otorga algo.*

ELISEO RECLUS

III

Eliseo Reclús habitó casi constantemente en Bélgica, desde 1894 hasta su muerte.

En 1892 la Universidad "libre" de Bruselas lo había nombrado doctor agregado y le había invitado a ir a dar un curso de geografía comparada. Pero cuando más tarde fué cuestión de fijar la fecha de la apertura del curso, el consejo de administración de la Universidad, en su sesión del 30 de diciembre de 1893, decidió postergarla para una fecha indefinida. Era un momento de conflictos agudos provocados por los atentados de propagandistas por el hecho. Los gobiernos burgueses, sobrecogidos de pánico como en todas las crisis, se entregaron al placer de las represalias feroces. En Francia toda la familia Reclus era perseguida porque algunos de sus miembros profesaban ideas anarquistas; en el correo se abrían todas sus cartas (lo que los empleados continuaron haciendo cinco años más tarde, por hábito (auténtico); Pablo, el sobrino de Eliseo, fué condenado bajo la inculpación de haber participado en atentados de que no había tenido jamás conocimiento, y como había tenido la prudencia de huir, se arrestó a su padre, Elías (1 de enero de 1894), a quien se debió poner en libertad en seguida, pues el escándalo sobrepasaba los límites.

Los buenos liberales belgas — siguiendo las tradiciones del país, que consisten en imitar siempre a Francia en lo que tiene de malo — no quisieron ceder en imbecilidad y en cobardía a sus hermanos del sur, y la Universidad llamada libre rehusó recibir a Reclus. Ese acto abyecto e idiota por el cual la Universidad llamada libre, que no abundaba precisamente en hombres de valor, se privaba del concurso de uno de los más grandes sabios de Europa, le valió el desprecio de todos los hombres inteligentes y ocasionó una sublevación de la juventud universitaria que, si hubiese sido dirigida más revolucionariamente, habría derribado los dignos sostenes del "libre examen". Pero los jóvenes belgas no están condicionados para tales luchas, y los profesores casi unánimemente se mantuvieron de parte de los amigos del orden. Los estudiantes, después de haber decidido que el curso de Reclús sería organizado bajo sus auspicios, tuvieron la debilidad de declarar que no habían querido ofender al consejo de administración: se dejaron envolver por los artificios jesuíticos de gentes habituadas a la política; en lugar de permanecer en un bloque compacto se dejaron dividir; hubo defecciones en sus filas y así se logró excluir a 18, para hacer un escarmiento, y los demás fueron suavizados. Pero todo lo que había de un poco libre y un poco honesto en el país se manifestó con los expulsados; los jóvenes que no eran por completo secos y estériles sintieron despertar su conciencia y el curso de Reclús tuvo lugar en el local de una de las logias masónicas, en presencia de una multitud enorme.

Entonces se vió a ese hombre a quien se había rechazado como defensor de teorías inmorales y sacrílegas. Su mirada expresaba todas las más altas virtudes que se celebran en el hombre: la bondad, la generosidad, la rectitud, la fe en el ideal sublime. Sobre el rostro aun lleno de fuerza de ese viejo, en sus ojos claros en que la evocación de toda cosa noble y bella hacía pasar centellas, se leía su vida pura, gastada entera en pro de la verdad, su vasta vida de sabio y de pensador en que no había puesto ni para la pasión mezquina ni para un interés estrecho.

Hablaba bien, pero sin artificio; hablaba como un sincero que arrastra el público y llega a los más bellos efectos oratorios por el solo calor de su corazon, por la sola fuerza de sus convicciones. Amaba íntimamente la humanidad, la amaba profundamente, y ese amor se sentía en todas sus palabras y hacía vibrar simpáticamente toda alma receptiva.

Todo lo que moralmente valía algo en Bruselas, aclamó a Reclús. Y en un ímpetu de entusiasmo, se fundó una Universidad nueva y un Instituto de altos estudios, empresa temeraria en un país como Bélgica, en que el interés por las especulaciones más elevadas del espíritu es tan débil. Pero en ese momento se estaba dominado por el entusiasmo: se acababa de producir una rebelión y Reclús estaba allí y comunicaba a todos su ardor, su fe en el triunfo de las ideas justas y generosas. Se aprendió por él a conocer la anarquía, a considerarla con atención, a respetarla como un ideal sublime, a amarla; y aquellos que no abrazaron la idea nueva fueron obligados a menudo a admirarla.

En la juventud hubo una multitud de conversiones: fué un momento admirable; camaradas que se habían perdido de vista algún tiempo, se volvían a encontrar, y después de cambiar las primeras palabras, sentían que existía entre ellos un lazo nuevo, que una creencia común les unía. Y se tenía el celo de los neófitos, se quería luchar, se hablaba de hacer propaganda activa, hasta de ir a la cárcel por defender su fe. Vivieron horas radiosas, pues los jóvenes que fraternizaron entonces sentían desvanecerse las dudas que oscurecían sus almas y despertar todo su ser a una vida nueva.

Muchos años han pasado desde entonces y quedan pocos combatientes de la primera hora: la mayoría han "evolucionado" gradualmente hacia opiniones mejor vistas y más provechosas; otros han quedado "simpatizantes", pero se callan y no hacen nada; esos son los anarquistas platónicos; los pocos que quedan firmes, han experimentado la tristeza de ver alejarse de ellos a quienes habían creído los más resueltos y los más constantes. Pero no importa. Gustan de recordase de esos tiempos de efervescencia en que todos parecían partir de un mismo impulso hacia la conquista del ideal revelado, en que el pequeño ejército de jóvenes de ambos sexos estaba lleno de esperanzas y alegre por los triunfos del porvenir; ven a los antiguos camaradas tales como eran entonces y prefieren ignorar sus figuras de hoy, suponer que no existen ya; se dejan tantos muertos en el camino!

Reclus amaba la juventud por las promesas de porvenir que lleva en sí; como todos los que están más allá de su época, confiaba en la generación creciente. También animaba a los hombres que habían sido impulsados a tomar parte en el movimiento anarquista; si uno de ellos manifestaba ante él la intención de obrar bremente, de entrar en lucha con la sociedad, de difundir con la palabra o el escrito las ideas libertarias, inmediatamente le decía: ¡Hazlo! ¡ponte al trabajo! ¡obra! En su vida, el pensamiento no había sido separado de la acción; hacia sus tergiversar lo que le parecía bueno y útil, no pesaba indefinidamente el pro y el contra antes de tomar una resolución; no se preocupaba de su comodidad y no tenía en cuenta los obstáculos materiales. Y con la confianza fundamental que tenía en los hombres, había sido llevado a creerlos capaces de realizar como él, en la vida, las ideas que manifestaban. Pero la mayoría de los jóvenes acudían a la anarquía por razones de sentimiento; por necesidad juvenil, por descontento del estado social actual, por admiración hacia un hombre como Reclus, por seducción. Muy poco numerosos eran los anarquistas por temperamento, los que tenían en la sangre esa necesidad de libertad y que trataban de documentar sus ideas por un estudio profundo de los fenómenos sociales. A los otros hubiese sido necesario reinfundir constantemente el espíritu anarquista. Reclus les había dado estímulos y consejos, pero no podía sino dejarlos volar con sus propias alas; el anarquismo no es una doctrina que se enseña; no es una religión que responde a todo. Es un conjunto de ideas que se modifican y se perfeccionan continuamente; un sentimiento nuevo de la vida, algo que crece con nosotros y aprovecha de nuestra experiencia, es una creación en la que debemos participar sin cesar.

La concepción amplia y elevada que tenía Reclus de la anarquía nos lo muestra el pasaje siguiente de una carta, de 1895: "Respecto a los libros, le diré que no importa estudiarlos para encontrar en ellos argumentos en la discusión. Lo que importa es aprender a fondo, fortificar las convicciones por fuertes estudios, crearse un ideal bien completo que abarque el conjunto de la vida, y vivir conforme a ese ideal en toda la medida de sus fuerzas adaptadas a las posibilidades del ambiente. Estudie, aprenda y no hable nunca de cosas serias más que con gentes de una perfecta sinceridad. Es preciso tener bastante altivez para no prodigar en conversaciones ligeras el tesoro de las convicciones. Por lo demás, si Vd. observa a los que discuten, sin tomar parte en el debate, notará fácilmente que la sinceridad perfecta es rara en ese género de torneos y que habitualmente los interlocutores tratan de llevar a su adversario a una cuestión secundaria, a una pequeña dificultad de detalle. Pueden procurarse así un triunfo aparente, que no significa nada, pero cuyo resultado es absolutamente contrario a la verdad. Haré Vd. bien en desconfiar de esas justas oratorias. Lo que es preciso es asegurar las convicciones y vivir de acuerdo a la propia fe: de esa manera hará la mejor de todas las propagandas.

Los jóvenes se imaginan de buena gana que las cosas pueden cambiar rápidamente, por bruscas revoluciones. No, las transformaciones se hacen con lentitud, y por consiguiente es preciso trabajar con tanta más conciencia, paciencia y abnegación. En el apresuramiento de una revolución inmediata se expone uno por reacción a desesperar cuando se constata el imperio de los prejuicios absurdos y la acción de las malas pasiones. Pero el anarquista consciente no se desespera.. ve el desenvolvimiento de las leyes de la historia y los cambios graduales de la sociedad. Y si no puede obrar sobre el conjunto del mundo más que de una manera infinitesimal, al menos puede obrar sobre sí mismo, trabajar en librarse personalmente de todas las ideas preconcebidas o impuestas y agrupar poco a poco a su alrededor amigos que vivan y obren de la misma manera. Es de prójimo en prójimo, por pequeñas sociedades amantes e inteligentes, como se constituirá la gran sociedad fraternal." Eran admirables consejos, pero no a todos les estaba dado el seguirlos, y en un cuadro tan bello era preciso tener algo que poner.

Lo que llamaba la atención en Reclus la primera vez que se le veía, era su actitud muy sencilla, pero impregnada de una elevada dignidad y de mucha reserva, actitud que era la expresión de una vida irreprochable, de un gran imperio sobre sí mismo y de la voluntad de obrar sobre

otro; por lo demás, era de una extrema cortesía, que no era en él una simple forma de educación, sino el resultado de la deferencia que sentía ante el hombre en general, de su respeto hacia la personalidad humana. No quería hacer sentir su superioridad; trataba a todo el mundo de igual a igual; tenía la modestia de obrar como si su tiempo no hubiese sido precioso; se podía ir a verlo a cualquier hora y se interrumpía en medio de su trabajo para conversar con gentes cuya conversación a menudo debía carecer de todo interés para él. Todo eso era conforme a sus ideas, pero en la práctica esa conducta tenía, más de un inconveniente: muchos jóvenes se comportaron con él de una manera desconsideradamente inverosímil y bajo pretexto de que era anarquista como ellos y un "camarada" como todos los demás, lo trataron sin ninguna consideración y dieron pruebas de una vulgaridad y de una falta de delicadeza que le entristecían. En sus últimos años no sentía gran simpatía hacia esos anarquistas cuya anarquía entera consiste en la desvergüenza del espíritu, en la grosería de las maneras y en un igualitarismo idiota de que se hace eco muy bien su pequeña vanidad que les impide reconocer toda su superioridad en otro.

Era preciso penetrar en su intimidad para sentir lo que había de profundamente humano en él, y apreciar sus cualidades de sentimiento: su bondad, su confianza ingenua, su entusiasmo, su amor, a la naturaleza, su alegría al aprender, todo lo cual le hizo hasta el fin amar la vida e interesarse en los acontecimientos que agitaban el mundo como en las emociones que hacían latir el corazón de los amigos. Aunque su salud hubiese estado fuertemente comprometida en esos últimos años y tuviese crisis cardíacas que le hacían sufrir terriblemente, aunque estuviese cargado de trabajo, — redacción de artículos y de libros, curso en la Universidad nueva, dirección del instituto geográfico que había fundado — no perdía el ánimo y no solamente había conservado confianza en la vida, sino que gozaba de ella plenamente. Como lo dijo en una carta escrita a principio de 1904, cuando se imaginaba con su eterno optimismo, que su hermano Elías había triunfado de la enfermedad que debía abatirlo: "Cada día es una lucha, pero qué importa, si esa lucha se termina, por una victoria, si cada día el organismo consigue adaptarse al medio, y hasta sacar provecho de él. La vida es buena, puesto que se aprende, puesto que se renueva, y sobre todo puesto que se ama. Soy feliz al detener de tanto en tanto mi pensamiento sobre aquellos a quienes amo. Es inútil que piense de una manera consciente en ellos; están allí, me ilustran y me regocijan, iluminan mi ser como un faro que esclarece todo el horizonte. No existe nueva política, hecho nuevo en geografía, en historia, en ciencia general que no adquiera un interés más alto para mí porque están allí los amigos y porque mi alegría será su alegría. El afecto es un eterno reparto."

Los últimos acontecimientos que agitaron a Rusia lo conmovieron profundamente. Sintió un entusiasmo enorme ante la idea de ese "grandioso drama de Rusia que avanza de rodillas hacia su emperador, que después se pone en pié, hace saltar sus consejeros y se prepara a hacerlo saltar a él también, esa alianza de todas las clases y de todos los pueblos del imperio en un mismo ímpetu, esa sencillez maravillosa en el abandono individual de la existencia, esa solidaridad en la abnegación, y después, allá abajo, como fondo, en las nieves y las brumas de la Mandchuria, esos dos ejércitos que se matan mutuamente y que no desean sino reconciliarse."

¡Qué calor en esas líneas, qué juventud! ¿Quién diría al leerlas que es un viejo, un hombre amenazado por la muerte el que las escribió?

En otra parte es su amor a la naturaleza el que se manifiesta; al regresar de su viaje al Jura, que hizo aún durante el verano de 1903, escribe: "A pesar de las lluvias frecuentes y de las tempestades, he podido marchar gallardamente y hacerme buena sangre de otro modo que por la risa, por la buena comunión con el cielo, las nubes, los espinos y el cesped." Y un año más tarde: "Aprecio siempre poderosa e íntimamente el buen calor del sol, el rumor del follaje, el soplo del viento, la noble sonoridad de un verso hermoso y sobre todo la acariciante penetración de una palabra amiga". Amor a la naturaleza, amor a la vida, amor al hombre, todo eso era para él una sola y misma cosa, y era por el amor al hombre por lo que se manifestaba más a menudo, amor no teórico, sino activo, real, sensible para todos. "El desprecio de los hombres no lo he tenido jamás, aun cuando el exceso de joven virilidad me había llenado de despreocupación La embriaguez causada por las mil lecturas e impresiones entremezcladas me ha hecho a menudo desbarrar, hasta ha podido desmoralizarme en apariencia, pero en apariencia sólo; las oscilaciones diversas me vuelven siempre al centro de gravedad que es "el violento amor a los hombres". En cuanto a las primeras páginas de mi Histoire d'une montagne, me pregunto si en el fondo del fondo no ha sido una falta, una ausencia de sinceridad. En tanto que me recuerdo, estaba entonces en la cárcel, y además sentía alrededor mío el muro espeso del odio, de la aversión del mundo entero contra la Comuna y los comunalistas. Quizás me he hecho inflexible y ese movimiento ha combatido mi verdadera naturaleza."

Así, al fin de su vida, se reprochaba casi uno de sus movimientos de amargura, — movimiento bien justificado, sin embargo, por las circunstancias — que tuvo contra los hombres. Los hombres habían debido abrumarlo con sufrimientos, para que llegase a eso, y les bastaba darle muy poco para que les estuviese reconocido: "Pido al que hace libros, que me dé una página, sino una línea, sino una palabra útil, y si me da esa palabra soy yo el que le debo gratitud, a pesar de los pantanos en que estuve a punto de caer." No pedía más que aprender, conocer el mundo y conocerse a sí mismo: era sincero ante él como ante los demás y hasta el fin fué perseguido por el deseo de perfeccionarse: "He tenido, tengo aún mis defectos y mis debilidades, pero tengo también mis amistades sinceras, mis altos deseos, mi ideal interior; trabajo siempre en la escultura de mi efigie del héroe que sueño y que es mi mejor yo". Admirable palabra de parte de un hombre que era tan superior ya a la inmensa mayoría de los hombres, palabra que resume mejor que nada las aspiraciones de todos los verdaderos anarquistas hacia un ideal de perfección moral del cual la sociedad que sueñan sería la realización viviente.

Reclus, ese bueno, ese sincero, ese honesto, que se nos aparece como un representante de esa humanidad mejor que soñamos, habría debido, parece, inspirar respeto a todos. Y sin embargo — lo digo para deshonra de la humanidad presente, — se encontraron en todo momento seres bastante bajos para abusar de su confianza, para engañarlo, para explotarle haciéndole relatos fantásticos, de los cuales su espíritu, a quien la mentira y la simulación eran extrañas, no desconfiaba. No se irritaba si descubría el fraude; experimentaba a lo sumo un poco de tristeza, se prometía precaverse un poco más, y en la primera ocasión se dejaba caer de nuevo por temor a no ayudar a alguien que hubiese necesitado realmente ayuda.

Los diez últimos años de su vida no fueron menos laboriosos que el resto. En la Universidad nueva daba sus lecciones dirigía los trabajos de sus alumnos, y más tarde, cuando se fundó el Instituto geográfico, se convirtió en el alma de él. A pesar de su salud tambaleante a menudo, iba a dar conferencias de una parte a otra, a Amberes, a Charleroi, a Londres, a Edimburgo. Escribía estudios en una multitud de revistas, tanto sobre cuestiones de geografía como sobre cuestiones sociales. En 1895, concibió el proyecto de un globo terrestre al cien-milésimo: ese globo estuvo a punto de convertirse en la clave de la exposición de París de 1900 y la empresa no fracasó más que por la mala voluntad de los capitalistas que no vieron en el asunto una fuente de beneficios suficientes. Al mismo tiempo no cesó de trabajar en la gran obra que debía formar la conclusión de los trabajos de su vida, la coronación de toda su obra. A fines de 1903 la obra estaba terminada; pero su eterno deseo de perfeccionar lo que hacía, le impidió estar satisfecho. En los primeros días de 1904, escribe: "He acabado mi libro, pero puesto que está acabado es preciso volverlo a comenzar, es decir, corregirlo, completarlo, prever la crítica de los amigos y conformarse con su opinión. Es el trabajo que hago en este momento, sin esperar tener en todo ese fárrago de 4.500 páginas un solo párrafo de un estilo tan firme, tan claro, tan puramente objetivo como ese de que me envió un extracto (se trataba de un pasaje de Maquiavelo), pero quizás sentirá allí, cuando me lea, un poco más de ternura humana, y eso no es de desdeñar."

Luego comenzaron para Reclus los hastíos que la publicación de un libro considerable ocasiona a menudo. Parecería que los editores hubiesen debido disputarse el favor de publicar la obra de un hombre tan universalmente conocido. No fué así Hachette, que había ganado sumas considerables con la publicación de la Geografía Universal, no quiso imprimir El Hombre y la Tierra, que es su conclusión, bajo el pretexto de que esa conclusión era anarquista. Reclus tuvo un editor en Londres antes de tener uno en París. Y no es sino el 15 de abril de 1905 cuando empezó a aparecer la edición francesa. Pero la puesta en marcha de la publicación era más bien una fuente de hastío que de placer para Reclus. El carácter puramente industrial y comercial que reviste hoy un trabajo semejante, le chocaba. El mes de marzo del mismo año, escribió: "En cuanto a mi libro, no me causa ningún placer; para que me interesara sería preciso que me sintiese vivir con el regente de la imprenta, con el compositor, con los correctores, que cada día tuviese su pequeño conflicto, su pequeña discusión, pero el trabajo se hace industrialmente, por decirlo así, yo no significo nada."

Sería preciso hablar largamente de un hombre semejante, y evocar a menudo su memoria. Felizmente, ahí están sus libros, que hablarán de él mejor que yo: se vuelve a encontrarlo en ellos, sino totalmente, como era en la intimidad, con sus laisez-faire y la fineza de sus sentimientos, al menos en los rasgos esenciales de su carácter. Porque no era de esos sabios (de que la Alemania moderna nos ofrece tipos acabados) que no tienen otro ideal que la objetividad, y no son apenas sino máquinas para estudiar hechos y distribuirlos en los casilleros según métodos invariables. De todas las páginas escritas por Reclus desborda su simpatía humana y en todas partes su pensamiento madre se hace sentir, su ideal se hace transparente en todas partes. No ha consagrado más que un número muy restringido de escritos a la exposición directa de las ideas anarquistas. También es menos conocido por la mayoría de los anarquistas que los autores que han publicado sobre todo libros de propaganda. Y no es justo: porque el anarquismo es en verdad menos un conjunto de ideas sociales que una actitud general del espíritu, una manera especial de encarar todos los fenómenos humanos, una concepción de la vida que reacciona sobre nuestra voluntad lo mismo que sobre nuestras representaciones. Y considerado así, debe necesariamente ser aplicado al estudio de todas las ramas del saber.

La influencia de Eliseo Reclus continuará ejerciéndose largo tiempo aún por una doble vía: por su obra que hará reflexionar a los espíritus serios y convencerá de la verdad de las ideas anarquistas a los que sean sinceros y estén exentos de prejuicios; por el ejemplo de su vida, que mostrará a qué grado de evolución moral, desconocida de todos los defensores de la religión y del "orden" puede llegar un hombre que no reconocía ni dioses ni leyes ni amos. Para nosotros, que hemos, desde hace mucho tiempo, adoptado esas ideas — cuyo origen remonta por lo demás al Renacimiento — es su vida sobre todo en la que debemos inspirarnos: como él debemos esforzarnos por no separar la teoría de la práctica, ser nosotros mismos el testimonio vivo de nuestras ideas, trabajar sin cesar en perfeccionarnos interiormente. Es así como honraremos más dignamente su memoria. Eliseo Reclus vive entre nosotros y en nosotros, su pensamiento continúa obrando y es una de las mil fuerzas que actúan en la transformación del viejo mundo.

JACQUES MESNIL

1905.

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(*Continuación*)

ESCENA V.

(*Dichos y Justa*)

(*Justa aparece por el portalón. Es bella y va elegantemente vestida. Sube al vestíbulo, alarga la mano a Saturnino que, inclinándose, la besa*).

Eulalia (*A Justa*). —Siéntate, hija; y escucha; te tenemos una noticia verdaderamente... algo...

(*Se sientan Justa y Saturnino*)

Saturnino. (*Impetuoso*) —Monstruosa, repugnante!

Justa. —Oh, Saturnino, me asusta.

Eulalia. —Es que la indignación lo ahoga, no puede sofrenarla.

Justa. —Hablen ustedes, no puedo más de curiosidad.

Eulalia. —Bien. Se trata... se trata del doctor Piedrabuela. Estuvo hoy, ¿sabes a qué, te puedes imaginar a qué estuvo aquí ese indigno?

Saturnino. (*Estruendoso*) —Ese usurero, ese reptil!

Justa. —Saturnino, no hable así de un amigo de mi padre.

Eulalia. —¿Sabes a qué estuvo? Ni imagináretelo puedes. ¡Estuvo a pedir tu mano, quiere casarse contigo, hija!

Justa. —¿Qué?

Saturnino. —¡Que quiere casarse con usted, esa alimaña de viejo momia!

Justa. —¿Conmigo? ¡Tiene gracia el doctor!

Eulalia. —¿No te indigna?

Justa. —¿Indignar? ¡no!

Eulalia. —Yo creí que te morirías del sofocón.

Saturnino. —Pero se da una idea de la pretensión de ese... de ese...

Justa. —Suprima los adjetivos, son poco sociables.

Eulalia. —¿Y no sabes aún lo más espantoso?

Justa. —¿Hay más aún?

Eulalia. —Tu padre apoya al doctor!

Justa. —¡Papá? Ja, ja, ja! ¡Qué humorista es papá!

Saturnino. —¿Qué me dice usted? Parece mentira que el señor Rosarondo!...

Justa. —Qué ha de parecer mentira, por el contrario, lo encuentro muy lógico...

Eulalia. (*Con espanto*) —¿Qué, qué dices?

Justa. (*Serena y burlona*) —Pero mamá, tú siempre con ese geniazo. Que encuentro muy lógico a papá.

Saturnino. —¿Por qué, señorita?

Justa. —¿Usted tampoco me ha comprendido? Digo que papá es un hombre de negocios exclusivamente y antes de padre es...

Saturnino. —¿Hombre de negocios?

Justa. —Así es.

Eulalia. —¡Pero un hombre de negocios indigno, un canalla que quiere negociar con el porvenir y la felicidad de la hija!

Justa. (*Reconviniéndola*) —Mamá!

Eulalia. —Tú eres demasiado buena, hija; tu juventud te hace explicar actos que sólo merecen condenación. Ah, hijita, hijita, muchas desazones te aguarda ese candor tuyo! (*La atrae y cariñosamente la besa.*)

Saturnino. —Sí, Justa, es usted demasiado buena. Su papá no tiene justificación.

Justa. —Pero si yo no justifico su conducta, yo me la explico, eso es todo; la comprendo.

Saturnino. —Sí, pero esa comprensión es una prueba más de su bondad, Justa.

Eulalia. —Ay, hija, hija, cuántas desilusiones te esperan, cuántas!

Saturnino. —Verdaderamente, esa inocencia suya la hará sufrir mucho, mucho!

Justa. (*Melindrosa*) —Cállense ustedes!...

Eulalia. —Sí, callemos. Es preciso concluir, debemos tener una explicación terminante. Tú misma, Justa, debes pedir a tu padre que no permita más la entrada del doctor a esta casa. Y ahora, Saturnino, le ruego nos deje solas; usted comprenderá, mi esposo puede venir, y debemos tener una explicación enojosa...

Saturnino. (*Levantándose*) —Tiene usted razón, señora, las dejo. (*A Eulalia*) Muy buenas tardes, Justa... (*La besa la mano*).

Eulalia. —Buenas tardes.

Justa. —Adiós, Tobal.

Saturnino. —Espero que me tendrán al corriente de cuanto ocurra.

Eulalia. — Pierda usted cuidado.

Saturnino. —Buenas tardes.

Eulalia y Justa. —Buenas tardes. Adiós.

(*Saturnino se retira, desde el portalón se da vuelta y saluda con la mano. Eulalia le responde. Justa permanece ceñuda, casi hosca.*)

ESCENA VI

(*Eulalia y Justa*)

Eulalia. —¡Qué joven tan simpático; qué pureza de sus sentimientos! ¡Cómo te ama! ¡Vieras su indignación!... ¿Pero qué tienes tú? ¡Estás rara!

Justa. —Mamá, escúchame, te pido reflexión y, sobre todo, serenidad; debo decirte algo que te causará asombro.

Eulalia. —¿Asombro? Habla.

Justa. (*Calmosa*) —Estoy dispuesta a casarme con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. (*Se incorpora con espanto y cólera*) —¡Justa!

Justa. (*Sonriente, fría*) —Te he pedido serenidad, reflexión.

Eulalia. (*Que se ahoga*) —¿Qué dices. Justa? ¿Qué dices?

Justa. (*De pié*) —Si piensas hacer un escándalo, me voy.

Eulalia. —¿Qué decías de Piedrabuela?

Justa. (*Segura de sí*) —Que estoy resuelta a casarme con él.

Eulalia. —A casarte con él! con ese viejo indigno!

Justa. —Sí.

Eulalia. —¡Pero Justa, estás loca?

Justa. —No, mamá, bien cuerda que estoy.

Eulalia. (*Implorante*) —Pero reflexiona, hija mía, reflexiona, hija querida, reflexiona lo que haces!

Justa. —Por reflexión doy este paso, mamá.

Eulalia. —¿Pero tú no puedes amar a ese viejo!

Justa. —Claro está que no lo amo.

Eulalia. —¿Entonces te casas por interés puramente?

Justa. —Tonto sería el negártelo. Ya sabes que el doctor es una bolsa de huesos repleta de oro.

Eulalia. (*Explotando*) —¡Cínica, cínica como tu padre! ¡Tú eres también una cínica! ¡Y a tu edad! ¡Eres más detestable todavía, más... Me repugnas!

Justa. —Serénate, mamá, no des espectáculos a la servidumbre.

Eulalia. —Es que no puedo contenerme, es que me ahogo de indignación, es que he engendrado una víbora! ¡víbora, eres una víbora!...

Justa. —Me voy a retirar si continúas; así no nos entenderemos. Escúchame.

(*Eulalia se desploma sobre un sillón, gimotea ruidosamente. Justa la contempla impasible con un dejo desdeñoso.*)

Eulalia. (*A los cielos en ademán de súplica y desesperación*) —¡Dios, Dios mío, qué desgraciada soy, qué desgraciada!

Justa. —¿Quieres tomar algo para los nervios, bromuro acaso?

Eulalia. —¡No, no... Qué desgracia, qué desgracia la mía! (*Llora*). (*Pausa*).

Justa. —Escúchame. ¿Crees que podremos seguir muchos meses del modo que seguimos? Papá está arruinado, lo sé muy bien.

Eulalia. —¡Qué me importa! ¿Pero tú vas a sacrificar tu amor por él? ¿Y Saturnino?

Justa. —Saturnino es un mozo inteligente, comprenderá mi determinación.

Eulalia. —¡Es capaz de matarte, te ama con locura!

Justa. —Esas son tonterías, mamá, romanticismo! Los hombres cultos de hoy no aman hasta matar. La tragedia ha quedado para los analfabetos, hoy los conflictos entre la gente de sociedad sólo dan tema para una comedia... cómica.

Eulalia. —Me espantas, te lo aseguro, hablas con un excepticismo de viejo; parece que tuvieras setenta años de experiencia.

Justa. —Las personas de mi temperamento heredan la experiencia, yo he heredado la de mis abuelos y la de papá. En tanto tú... eres una chiquilla, mamá.

Eulalia. —¿Pero tú te sacrificas por salvarnos?

Justa. —¿No ves que eres ingenua como una chica? Yo no me sacrifico por nadie, yo estoy harta de estrecheces y de simulaciones, yo no he nacido para vivir en esta terrible miseria dorada en que vivimos, yo quiero llevar joyas y que esas joyas no sean falsas; yo no quiero ir de sedas y en automóvil con lacayo, y no haber comido! (*Con energía*) ¡Soy capaz de todo con tal de no ser pobre, escúchalo bien: de todo!

Eulalia. —¿Qué quieres decir con eso: *de todo?*

Justa. —Yo me entiendo. Por ahora me caso con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. (*Fogosa*) —¡Jamás!

Justa. —¿Cómo jamás, es que aun no estás convencida?

Eulalia. —¿Convencida? Nunca me convenceré. Yo no puedo permitir ese crimen.

Justa. —No es crimen, mamá, es un capricho; ¿quién te dice que no llegue a enamorarme del doctor?

Eulalia. —¡Calla! ¡Me hielas, me horrorizas!

Justa. —Es que eres demasiado sensible, mamá, demasiado sensible y demasiado... honrada.

Eulalia. —¿Cómo demasiado honrada? ¿Qué es eso?

Justa. —Aunque te lo explicase no lo entenderías, tal vez sea eso muy complejo y tú siempre andas en línea recta.

Eulalia. —Y en línea recta hay que vivir.

Justa. —No, mamá, la vida es una línea curva muy complicada; es un laberinto de curvas. La habilidad está en saltar de una en otra, hasta dar con la que nos conviene. Yo hasta ahora he seguido la curva de papá, no me conviene y salto a la del doctor, eso es todo.

Eulalia. (*Otra vez arrebatada*) —Nunca! nunca! No lo permitiré! Tú no te casarás con ese viejo infame!

Justa. (*Serena; pero segura*) —Yo me casaré con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. —¿Me desobedeces, hija?

Justa. —¡Te desobedezco, mamá!

(*Eulalia, en medio de una espasmódica desesperación, gimoteando, llora. Justa hace un gesto despectivo y va a retirarse*).

Eulalia. (*Yendo hacia ella, implorándola*) —¡Justa, hija querida, por favor, por favor, (*Se abraza a ella*) ten compasión de tu madre, no me atormentes, te lo pido de rodillas. (*Va a arrodillarse. Justa se lo impide*) Por favor, tenme lástima! (*Queda abrazada a ella y llora. Justa tiene un marcado gesto de disgusto y desdén. Pausa*) Respóndeme, hija mía, dime que no te casas, dime, ¿eh, me lo dices?

Justa. —Siéntate, mamá. (*La sienta*) ¿Tú crees que no he meditado largamente acerca del paso que voy a cometer? ¿Tú crees que por tus escrúpulos candorosos voy a dejar de hacer lo que he premeditado y medido tan largamente?

Eulalia. —¿Entonces tú sabías?...

Justa. —Hace tiempo que el doctor me hace la corte. Bah, si lo sabía! Si hasta te diré que yo lo he alentado...

Eulalia. —Hija!

Justa. —Conque ya ves, mamá, estoy dispuesta a afrontar todo, inútilmente es que llores y me pidas o que grites y me amenaces. Yo me casaré con el doctor Piedrabuela. (*Se va a retirar*).

Eulalia. (*Iracunda*) —¡Tú no te casarás, no!

Justa. (*Con reconcentrada cólera*) —¡Me casaré! (*Desaparece*)

(*Eulalia se desploma en un sillón, abatida, llora largamente...*) (*Pausa*)

(*Continuará*)

LA PAZ DE ELLOS

Se necesitaron varios años y, más que el factor tiempo, la precipitada avalancha de los acontecimientos, casi todos desfavorables a la política internacional de los vencedores, para que la evacuación de la cabeza de puente de Colonia se produjese.

No son razones sentimentales las que provocaron ese hecho, aunque los políticos las invoquen, como un taparrabo sobre el impudor de sus no muy limpios intereses. El giro de las circunstancias está reivindicando en cierta manera a Alemania. Ese mentado ostracismo, con el cual la amenazara Clemenceau y Lloyd George, no pudo ponerse en práctica, como su férrea letra lo hubiese exigido. La vida, a veces, se mofa de muchas pretensiones absurdas y ridículas de personajes, quienes en un día se crecieron tanto hasta creer que, con sus tallas, llenarían la historia. Esas fieras actitudes condenatorias resultan risibles en la mayoría de las veces.

El quebranto de las finanzas europeas, por no decir mundiales; el tardo paso para lograr la reposición de las antiguas reservas que poseían los pueblos antes de la guerra, y la insumisión de las razas de color, pudo apresurar el fin de la sentencia dictada por el Consejo de los Cinco en la Sala de los Espejos de Versalles. Según el encanecido Tigre francés, Alemania, como nación culpable, debería quedar al margen del derecho de gentes por largos años. Si esta fórmula no fué tan explícita como la nuestra, en sí, era lo mismo por el esclavizador encadenamiento a que se la había sometido, con las numerosas cláusulas restrictivas y las cuantiosas exacciones extorsionadas en forma de pagos en especies y en metálico. De esta angustiosa y aflictiva situación, el martirio lo padeció el proletariado alemán, y con más pesadumbre el de condición más humilde A fuerza de soportar privaciones las familias obreras durante meses y años, el raquitismo, la variada serie de enfermedades y la desnutrición hizo presa en la infancia de los suburbios. Y en tanto una porción bastante grande del pueblo alemán enflaquecía inverosímilmente, otra menos numerosa se enriquecía también fantásticamente. Nunca el contraste fué más chocante y agudo. De un lado los espectros fantasmales del hambre; del otro el lujo insolente y el despilfarro criminal en la compra de placeres y vicios refinados hasta la degeneración. La moral del mamuth fué reeditada.

Si Alemania sufrió indeciblemente como pueblo y en su parte más desheredada, como nación siguió su engorde progresivo de ganado a establo, no obstante su chicana continua acerca de su pobreza. Los que, siendo abastecedores durante la guerra, acumularon millones de millones; después de ésta fueron los que, colocándose diferentes caretas, continuaron realizando los más pingües negocios. El industrialismo logró su máximo poderío, y sus magnates pudieron hacerse construir castillos en Suiza y otros deliciosos países de recreo a fin de escamotear sus fortunas a los impuestos y ponerlas a salvo de un posible revés. No dudamos que fué un patriotismo suculento y bien entendido. Mientras en Suiza, de ordinario, los turistas ingleses se registraban en la estadística en número de 3.000, los alemanes ascendían a la cifra de 370.000. No poseemos las cifras de Italia, predilecto lugar de placer para los teutones; pero podemos arriesgar la afirmación que el número de turistas no debe haber sido inferior a los de Suiza.

En todos los períodos turbios de la historia de la humanidad, y cuando la especulación subió de punto y llegó al paroxismo, las aves de rapiña y las bestias carniceras se desplomaban, se abalanzaban sobre sus hermanos los caídos, los extenuados, para sorberles toda energía, explotándola en el imperioso nombre de la ley del más fuerte. Y jamás esta antropófaga brega se presentó en la desnudez de su cinismo, como en Alemania; lo que con diferentes graduaciones sucedió y sucede en todas partes. Si allí adquirió estos aspectos francamente repulsivos, anotados por un hombre de gran renombre. Heinrich Mann, dramaturgo alemán, fué por casualidades especialísimas de la situación del ambiente alemán y por la psicología de esa nación, que nunca se avino a creerse vencida y rechazaba furiosamente su parte de dolor moral. De ahí el desquite de sus hombres más adinerados, encenagándose hasta el cuello en los goces materiales.

La desocupación del territorio de Colonia, por parte de las tropas inglesas, y la diminución de los efectivos franceses, plantea, simultáneamente, el problema, casi resuelto, del ingreso de Alemania en la Liga de las Naciones. Esa corporación sentía la urgencia de sentar a la mesa de las deliberaciones, la nación vencida, de más poderío. El hecho que estuviesen en su seno Austria, Bulgaria, países de reducida y mínima expresión, no servía al caso. La presencia de Alemania, además de otras cosas, daría una verosimilitud de justicia a sus fallos futuros.

A este acto se le quiere otorgar efectos y resultados de repercusiones mundiales. Con ello se pronostica un dilatado período de paz europea. Aunque dudosa de realizarse semejante profecía, enunciada por los sólitos engañabobos, ¿qué profundas significaciones trae en sí esa anhelada paz, sino las de perpetuar el *statu quo*, de las sucesivas etapas de denigrante miseria y de devastadora riqueza? Esas actuaciones del mundo oficial poco tienen que ver con la parte más grande de la humanidad; y es el inmenso núcleo de trabajadores de todas clases, los verdaderos Atlantes que llevan a cuestas esta gigantesca gusanera de barro y agua. ¿Cuál consideración se les da a esas grandes cantidades de hombres por parte de los administradores de la felicidad universal? Se les toma en cuenta como siervos o como soldados; matarifes o ganado de tiro. Y esta es la paz de ellos; sobre tales bases están edificando el suntuoso palacio que albergará la simbólica paloma, como la preciosa arca de los antiguos hebreos.

Supóngase que esta nueva era de pacificación, confeccionada expresamente por ellos, y a medida de sus voraces deseos, se podrá cumplir al pié de la letra. ¿En qué condiciones Alemania formará parte del Consejo de la Liga? Después de haber firmado, en el pacto de Locarno comprometiéndose a no intentar el recobro de los territorios que le fueron quitados por el tratado de Versalles; por este infame documento le toca, abandonar millones de alemanes bajo la férula de leyes extranjeras; al mismo tiempo, las generaciones futuras están gravadas por el peso de hipoteca en vigencia durante largos años; su ejército reducido a un estrecho límite en número y armamento, mientras el de sus vecinos aumenta en progresión geométrica; su flota yace en el fondo de los mares y su marina mercante a merced de las flotas de los conquistadores, que crecen en número y en poderío; sus industrias, obligadas en una espera forzosa contemplando cómo sus competidoras se reparten la materia prima, en el mundo, para que a las cansadas le toquen algunas sobras. ¿Es posible que soportando todas esas humillantes circunstancias, Alemania se avenga en eterno a los ensueños de paz y fraternidad con los que sus enemigos le quieren cargar en cuenta en su libro de debe y haber?

Parece que en vez de un largo período de paz europea, es sólo una larga preparación a nuevas guerras.

Y el día, problemático, que las potencias mayores se dediquen a reducir sus armamentos, jamás se pondrán al nivel de Alemania, y si lo harán será por su propia conveniencia y en vista de aligerar sus presupuestos de guerra y marina, a fin de competir con ella en los mercados mundiales.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. O

El deporte del heroísm

Hay un heroísmo físico y anímico. no hurtemos a los conceptos sus ma que los diferencian y gradúan. Nos ramos los instantes heroicos sólo com reverso, la contrahechura de estos mentos únicos del espíritu humano hallamos en el coraje animal del hom de la bestia herida o amenazada. En bos casos obrará bajo el imperio del pulso ciego, subitáneo, del instinto de servación.

Existen temperamentos, en cambio, yos valores morales se hallan en conti combustión. Viven en la perpetuidad un heroísmo latente, presto a subir punto, a encenderse en actos de abne ción y de un arrojo tan desinteres que si alguien los elogiase o aplaudiese sonrojarían o se indignarían. Creen cu plir una función natural. Parcial y rel vamente, ignoran su poder heroico. Y éstos no han abundado, existieron en suficiente cantidad para que el mar mano, perezoso e inerte, tuviera ta sal como el océano y se conservase quieto, alerta, vigoroso. Porque el hé moral, y el grande y verdadero amor mo el genio, son rarísimos y se dan pa monosamente, de época en época.

Y esta sal del mundo lo fueron los mos apóstoles, sabios y profetas que humanidad tuvo en el decurso de los glos. Eran la suprema abnegación hec carne, y también la protesta candent caldeadora de las eternas contamin ciones de nuestra especie.

De una graduación menor, de men elevada temperatura se dan siempre, todos los tiempos, estos aprendices de roes, y repentinamente surgen en u conmoción popular: o en los pequeños i cidentes de la vida cotidiana, en un olvi de sí mismos, para sacrificarse a los d más. Pero son de una sola estirpe, con misma catadura moral.

En los modernos tiempos que vamos viendo, se ha hecho un desfogue enorm del deporte del heroísmo. Son los dilet tes de la acción que se embarcan en e presas peligrosas, en un alarde de anim les sanos, gozosos de hacerse besar po el escalofrío del miedo en el riesgo sup rado. Son ellos, quizás, los héroes suba ternos, prontamente endiosados y tan di puestos a ametrallar una cabila de moro como a arrojarse al asalto de una trin chera. En estos trances, en que el mied interviene para requintar el placer en l cura o vértigo, poca estima pueden mere cernos los que las muchedumbres metro politizadas llevan en el pavés de sus an chos lomos.

En estos países subtropicales no se po see absolutamente el sentido de la medid ni el parvo límite de la discreción. Están siempre en la línea ondulante y aleatoria que va de lo sublime a lo ridículo con in creíble rapidez.

Por supuesto, no somos tan mezquinos de negar arrojo, valentía, temeridad, san gre fría, completo dominio sobre sus ner vios a los tripulantes del Plus Ultra. Has ta podemos brindarles gustosos nuestra admiración de hombres también de ac ción; aunque sea ésta de distinta calidad: mas desde allí al heroísmo, como filosó ficamente debe comprenderse, media un trecho asaz largo.

En buena hora acometan la chirinada de propiciar y luego construir cuantos mo numentos se les antojen en homenaje a Franco y a sus acompañantes: uno, dos tres y media docena, si esto es lo que les complace. Compliquen también en ello el entusiasmo popular para exprimirle su tanto por ciento: den pié al despertar de la ayuda reclamística de las grandes ca sas comerciales, las que harán donativos

AÑO V

BUENOS AIRES, 22 DE FEBRERO DE 1926

N.o 213

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEM

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
SALTA

El deporte del heroísmo

Hay un heroísmo físico y anímico. Pero no hurtemos a los conceptos sus matices que los diferencian y gradúan. Nos figuramos los instantes heroicos sólo como la ignición de los valores morales. Y su reverso, la contrahechura de estos momentos únicos del espíritu humano, lo hallamos en el coraje animal del hombre de la bestia herida o amenazada. En ambos casos obrará bajo el imperio del impulso ciego, subitáneo, del instinto de conservación.

Existen temperamentos, en cambio, cuyos valores morales se hallan en continua combustión. Viven en la perpetuidad de un heroísmo latente, presto a subir de punto, a encenderse en actos de abnegación y de un arrojo tan desinteresado que si alguien los elogiase o aplaudiese se sonrojarían o se indignarían. Creen cumplir una función natural. Parcial y relativamente, ignoran su poder heroico. Y si éstos no han abundado, existieron en la suficiente cantidad para que el mar humano, perezoso e inerte, tuviera tanta sal como el océano y se conservase inquieto, alerta, vigoroso. Porque el héroe moral, y el grande y verdadero amor, como el genio, son rarísimos y se dan parsimoniosamente, de época en época.

Y esta sal del mundo lo fueron los sumos apóstoles, sabios y profetas que la humanidad tuvo en el decurso de los siglos. Eran la suprema abnegación hecha carne, y también la protesta candente, cauterizadora de las eternas contaminaciones de nuestra especie.

De una graduación menor, de menos elevada temperatura se dan siempre, en todos los tiempos, estos aprendices de héroes, y repentinamente surgen en una conmoción popular; o en los pequeños incidentes de la vida cotidiana, en un olvido de sí mismos, para sacrificarse a los demás. Pero son de una sola estirpe, con la misma catadura moral.

En los modernos tiempos que vamos viviendo, se ha hecho un desfogue enorme del deporte del heroísmo. Son los diletantes de la acción que se embarcan en empresas peligrosas, en un alarde de animales sanos, gozosos de hacerse besar por el escalofrío del miedo en el riesgo superado. Son ellos, quizás, los héroes subalternos, prontamente endiosados y tan dispuestos a ametrallar una cabila de moros como a arrojarse al asalto de una trinchera. En estos trances, en que el miedo interviene para requintar el placer en locura o vértigo, poca estima pueden merecernos los que las muchedumbres metropolitanas llevan en el pavés de sus anchos lomos.

En estos países subtropicales no se posee absolutamente el sentido de la medida ni el parvo límite de la discreción. Están siempre en la línea ondulante y aleatoria que va de lo sublime a lo ridículo con increíble rapidez.

Por supuesto, no somos tan mezquinos de negar arrojo, valentía, temeridad, sangre fría, completo dominio sobre sus nervios a los tripulantes del Plus Ultra. Hasta podemos brindarles gustosos nuestra admiración de hombres también de acción; aunque sea ésta de distinta calidad; mas, desde allí al heroísmo, como filosóficamente debe comprenderse, media un trecho asaz largo.

En buena hora acometan la chirinada de propiciar y luego construir cuantos monumentos se les antojen en homenaje a Franco y a sus acompañantes: uno, dos tres y media docena, si esto es lo que les complace. Compliquen también en ello el entusiasmo popular para exprimirle su tanto por ciento: den pié al despertar de la ayuda reclamística de las grandes casas comerciales, las que harán donativos insignificantes, imponiendo colectas a sus empleados; y no reflexionen tampoco que los progresos de la aviación son tan rápidos que, de aquí a unos años, la nazana de Franco cobrará la misma risible proporción del crucero de Fels, quien, entonces, llegara en un solo vuelo a Montevideo. Y por cierto suscitando el ampuloso, desorbitado e idéntico entusiasmo de estos días.

Concebimos el heroísmo menos espectacular, aparatoso, rimbombante, y más subterráneo, en un silencio fecundo de secretas germinaciones. Estas hazañas íntimas de los héroes del intelecto labrando las entrañas de la arcilla humana, dejan surcos imborrables en el mundo y en la vida. Es por el ejercicio continuado del anonimato del heroísmo, que pudo llegar la humanidad a una cierta etapa de su civilización. ¿Contribuirán en algo, en cambio, estas explosiones esporádicas de los *record's* y de los *raid's*? Estamos convencidos que son de un valor convencional y en absoluto ficticio.

Se quiso comparar el vuelo transoceánico de Franco con el viaje azaroso de las desencuadriladas carabelas de Colón, que debía culminar el acontecimiento más grande de los siglos pasados. Fué una parodia bien grotesca, efectos turbios de un patrioterismo no siempre limpio de escoria.

Nosotros los anarquistas, sin apelar a nuestros héroes silenciosos, que esgrimieron como arma habitual el sacrificio de ellos mismos, recordamos a las excursionistas Irvine y Mallory, que después de repetidas y renovadas ascensiones, año tras año, a la montaña Everest, uno de los picos más altos del mundo, sucumbieron cuando les faltaba muy poco para llegar a la cumbre de sus ensueños.

Deporte por deporte del heroísmo, hemos de preferir el silencioso, el que se rige por el juego desinteresado de las pasiones.

A las muchedumbres humanas no les atrae esta *especie* particular de héroes, siendo ellos lo más puro, los más genuino del proyectado y utópico hombre de un futuro y lejano mañana.

Los eternos títeres

En esta metrópoli tentacular donde la gente asume una gravedad asnal o fúnebre, según las circunstancias; donde la gente *práctica* y *seria* abunda, y es la villa más aburrida y triste de la tierra, según pública confesión de numerosos viajeros, se pasa sin transición de la carcajada chocarrera al gesto ceñudo y de engreimiento. Aquí la risa y la sonrisa están pendientes del calendario. Se ríe y se sonríe a fecha fija. Rezagos de esclavitud siguen manteniendo este espíritu reñido. Lo más espontáneo que posee la criatura humana ha sido agostado, resecado en sus fuentes. La crudeza despiadada de la vida contemporánea ha hecho lo demás. Las escenas carnavalescas, resabios muertos de edades más o menos bárbaras como la nuestra, nos ha convencido de estos síntomas de esclavitud que aparecen y desaparecen. Se ha perdido el don de la alegría sana. Podemos afirmar que aquí, más que en ninguna parte, no hay pueblo. Es público, multitud y nada más. Algo sin cohesión, que no responde más que a bajas preocupaciones. Existirán grupos reducidos que se substraigan a esta ley general, y los que ningún influjo en el sentir colectivo pueden ejercer.

Por eso, no obstante los santos de guardar, las festividades patrias, amén de las circunstanciales; y no obstante que las diversiones libres y el libertinaje oficializado abran las puertas de par en par, el carnaval, con su carga pintarrajeada de máscaras y de disfraces estrafalarios, impregnado de fluidos de lujuria bestial, estalla cada año como un desahogo necesario a los apetitos por tanto tiempo contenidos y jamás satisfechos. Estalla entre el rasgueo de las serpentinas, el florecer de perversas pasiones, exasperadas por la abstinencia; y en los eternos comparsas de la tragicomedia universal late furiosamente el deseo interior de revolcarse en los más acres placeres, bestializarse de una vez, de regreso a una existencia ancestral. Sofrenados por las frágiles convenciones de una mentida urbanidad y bajo un continente de decencia, disimulan el desborde pasional pregonado por todos los gestos, hasta que la máscara se quiebra y se derraman en dichos chocarreros, furibundos por la impotencia de no poder ir más allá del verbo en su goce sensualista. Hartos, ricos, felices de la tierra, así como los pobres, todos se hallan en el mismo estado de erectismo.

Las cadenas que antaño dejaron sus sangrientas huellas en las carnes, siguen pesando invisibles en las actuales generaciones. Durante todo el año, y luego, sólo por tres o más días, tratan de olvidar las en la embriaguez idiotizadora de los sentidos. ¡Vaya una forma de libertarse en el regreso consciente a la primitiva animalidad! A las poblaciones no les queda otra válvula de escape: esta es la que les proporcionan sus amos en las jornadas bulliciosas de las carnestolendas. El sello de la esclavitud ha sido revelado siempre por el género de diversiones que tuvieron los pueblos. En los días de la antigua Roma, el pan y circo significaba la última degradación de la plebe romana.

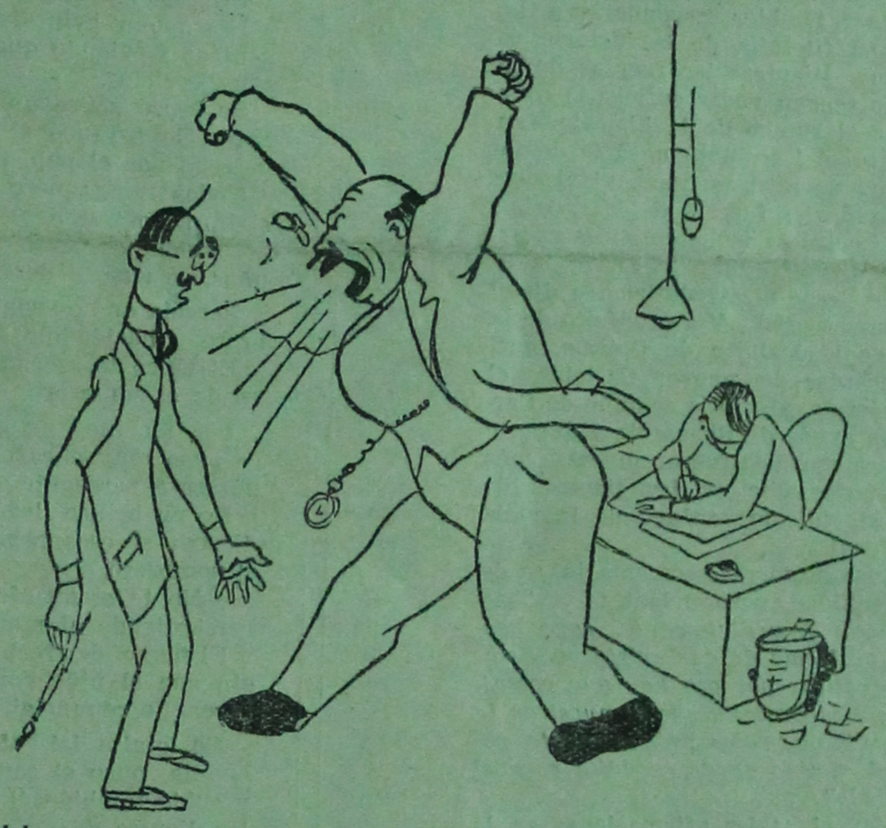
Hoy los gobiernos y las clases dominantes tienen infinidad de medios para embrutecer a los que quieren conservar en la explotación del taller y de la oficina. Pero cuando la salud colectiva llega a su plenitud, éllos, los desheredados, se rebelan a imposiciones extrañas y buscan sus diversiones según sus gustos viriles. Surgen entonces las festividades al aire libre, con danzas, representaciones dramáticas y audiciones musicales en una expansión total de todas las pasiones más nobles y fecundas. Fué el pueblo de la Comuna de París uno de los que supo organizar esos grandiosos espectáculos, en los cuales participaban doce, catorce mil expectadores y eran fiestas públicas donde todos eran actores y expectadores a la vez.

Rousseau decía al respecto:

"¿Que no son necesarios los espectáculos en una república? Al contrario: deben multiplicarse. Han nacido en ella, y en su seno debe brillar un constante aire de fiesta. Ya tenemos varias fiestas públicas; pero debemos crear más. No es suficiente haber establecido la fiesta de la infancia y de la adolescencia, hay que sembrarlas durante todo el año. Mas no adoptemos exclusivamente esos espectáculos que encierran un reducido número de personas en un antro oscuro, que las mantiene inmóviles, en el silencio y la inacción. Es al aire libre, es bajo el cielo que debéis reuniros..."

Son estos expectáculos, que hermanan los hombres en el unísono de una sola emoción, que deberán oponerse al remedo de estas lupercales modernas. Parodiando una sentencia, se podra decir que ésto matará aquéllo.

BAJO EL YUGO



—Una vez más le prohibo charlar y levantar la voz.-¡Trabaje en silencio y basta!
—¡Pero usted grita mucho más fuerte que yo!
—Es diferente... Yo soy el patrón...

La probidad y la delicadeza son dos virtudes más fáciles de practicar cuando nada nos falta que cuando nos hallamos desprovistos de todo. — MAGNAUD

Si se desea formar un pueblo libre, pacífico y sabio, es necesario que entre él se restablezcan costumbres simples, gustos sanos, el desprecio al dinero y, para emprender y realizar grandes cosas, tener por mira puntos de vista ideales.

Juan Jacobo ROUSSEAU

La verdadera enseñanza no es la que transmite las nociones ya hechas, sino la que hace que el discípulo sea capaz de formarse por sí mismo las buenas nociones.— GERANDO

EL HILO DE ARIADNA

Apostillas a la lectura de nuestra prensa

El grupo editor de la revista *Acción* de París, ha tenido la buena idea de recoger en esa publicación una serie de opiniones sobre una eventual revolución social en España; la intención es loable, sólo que si se propusieron darnos el hilo de Ariadna para salir del confusionismo en que nos debatimos, posiblemente el resultado final sea la creación de un inextricable laberinto. Por lo demás, no es la primera vez que caemos en un verdadero abismo mental precisamente cuando nos esforzamos por encontrar el hilo salvador.

Y ahora vamos a dar una breve ojeada al primer cuaderno de la revista *Acción* sobre el tema mencionado.

La redacción ve justamente el mal en la *europeización de España* y nos congratula esa afirmación, que contrasta con algunas autorizadas opiniones, no sólo republicanas, sino también libertarias. ¿Europeizar a España? ¡Muchas gracias! Es precisamente lo que España tiene de europeo lo que nos revienta; el capitalismo, el prusianismo, el colonialismo, etc. Por desgracia, España no tiene nada que aprender de la "democrática" Francia, ni de Italia, ni de Inglaterra, ni de Alemania. Estos países podrán tener maquinaria más perfecta para embrutecer y privar de todo espíritu personal al trabajo humano, pero eso está muy lejos de ser un motivo digno de imitación dentro del mundo capitalista. Bastante se preocupan nuestros dominadores y explotadores por la europeización de España, no nos impongamos nosotros esa tarea; al contrario, en la medida de nuestras posibilidades, procuremos impedir que España se europeice. El fuego de la revolución y el espíritu del industrialismo suelen estar en la relación del agua y el fuego; claro está, nos referimos a la revolución verdadera, la revolución que tiene escrito en su bandera el pan y la libertad para todos, y no la que se contenta con derribar a Pablo para poner a Pedro en su lugar.

En una palabra: ¡Nada de europeizar a España! Estamos de acuerdo.

* * *

El camarada Schapiro plantea la urgencia de considerar el problema de la organización, — un problema que en España apenas tuvo opositores, si descontamos el primer período de la difusión del comunismo anárquico frente al colectivismo: su gran inquietud está en asegurar la continuación de la producción y del reparto de los productos *al día siguiente de la revolución* y para ello la C. N. T., es decir, sus comisiones administrativas, deben apresurarse a tomar las medidas necesarias. Nosotros no hemos podido comprender nunca una revolución social canalizada desde arriba, desde algunos cuantos dirigentes, y menos canalizada previamente. Eso no sería una revolución emancipadora. Para Schapiro es un pensamiento trágico el de la poca preocupación por los problemas del mañana. Es tal su desconfianza en el pueblo, es tal su miedo a la libertad, que lo estamos oyendo preguntarse angustiado: ¿Y si la gente, al día siguiente de la revolución tiene la peregrina ocurrencia de tumbarse a la bartola y de contemplar la naturaleza desde la sombra de un árbol o de contentarse con ver lo que pasa por la calle desde la mesa del café? ¿Qué será de la revolución si no quita el látigo o el knut de manos de Nicolás Romanof para ponerlo en manos de hombres como Lenin o Trotzky?

Hemos visto siempre en esas preocupaciones, en esa desconfianza hacia el pueblo libre, uno de los escollos en que han de estrellarse nuestros esfuerzos. Schapiro no amenaza, pero Ottimo lo hace y su artículo de *Solidaridad Obrera* de Gijón nos anuncia ya que a los anarquistas no nos irá del todo bien, como no nos va hoy, en un régimen social en que Ottimo tuviese las riendas del poder estatal o confederal.

Hay que reconstruir la vida de abajo a arriba, pero sin llegar nunca a la cumbre, a la creación de un poder dirigente cualquiera, obrero o aristocrático. Es penoso tener que insistir sobre esto.

Nuestra revolución, camarada Schapiro, es una revolución que ha de *quebrantar los fundamentos económicos del capitalismo y no sólo sustituir la dirección y el monopolio de los capitalistas en el proceso de la producción*. Es decir, nuestra revolución no puede conservar el sistema capitalista en manos de los trabajadores o mejor dicho en manos de los *comisarios confederales*, porque los verdaderos trabajadores no tendrán mañana, en el régimen previsto por Schapiro, más derechos que el de sudar, obedecer y callarse. Sobre lo demás, la función de pensar, por ejemplo, ¡no hay cuidado, ya se encargarán Optimo y Pestaña de ella!

Nombramos a Optimo, porque nos ha llamado mucho la atención su artículo antianarquista citado, que podría firmar cualquier discípulo de Trotzky, por no decir más. También en la revista *Acción* escribe sobre la C. N. T. y la revolución. Optimo dice: "una revolución es una sucesión de problemas. Conocer el orden cronológico de éstos es la piedra de toque de la revolución"... ¿Qué quiere decir eso? Que es preciso dar rienda suelta a la fantasía e imaginarnos cada cual el orden cronológico de los problemas revolucionarios. Optimo nos sacará a relucir lo que pasó en Francia, en Rusia, etc. y nos expondrá una filosofía de la historia de su invención: *absolutismo, monarquía constitucional, democracia, gobierno sindicalista*. Así como Carlos Marx nos expuso la evolución *económica* que nos llevará al porvenir. Pero si los anarquistas, las bestias negras de Marx, han respondido a este nuevo Moisés que su legislación es una estupidez, también responderán a Optimo que su filosofía de la historia es una *macana*. Mientras las fuerzas de la libertad no tengan poder suficiente para determinar el rumbo de la historia, tan pronto se irá del absolutismo a la democracia como de la democracia al absolutismo; cuando las fuerzas de la libertad tengan voz en el capítulo, entonces se pasará de la democracia a la anarquía lo mismo que desde el absolutismo o dictadura desenmascarada. Y a propósito de la filosofía de la historia de Optimo, queremos recordar de nuevo: Castelar, el gran demócrata, abatió la comuna de Cartagena con ayuda de Bismarck, y durante la república española fueron muertos más revolucionarios que en los tiempos de Sagasta, el ridículo verdugo de la vieja Internacional.

Esta frase no merece comentario, es de una ingenuidad sorprendente: ..."hay *que plantear inmediatamente, para gastarlo, el problema de que exista un Estado democrático; por eso hay que conminar a los demócratas a que demuestren lo que son y lo que valen prácticamente, para que el camino quede expedito para el proletariado*"...

¡Por favor! ¿tales afirmaciones en la prensa obrera y anarquista?

En el mismo número de *Acción* hay un artículo del amigo Borghi sobre la *incapacidad revolucionaria de la democracia* que Optimo y los que por desgracia piensen como él no deberían dejar de meditar.

Pasemos a la *economía libertaria* según V. Orobon Fernández. Este camarada comienza por afirmar que todos los que habían blaron antes que él eran idiotas, soñadores, utopistas, etc., etc. ¡La salvación está en la *economía política!* Y a propósito de economía política, queremos dar a los lectores a quienes interese, una noticia sobre nuestro estado de salud: cuando se trabaja demasiado unilateralmente, el sistema nervioso se resiente y por nuestra parte hemos sufrido algún tiempo de insomnio. El método que hemos empleado para curarnos es original y queremos recomendarlo, que nos perdonen los discípulos de Kuhne por la concurrencia que les pudiera resultar. Entre ir a comprar algunos ingredientes a la farmacia y favorecer a algún librero, optamos por lo último y hemos encargado un gran tratado de economía política pura, en cuatro tomos, de cerca de quinientas páginas cada uno. ¡No hay que asustarse; no tenemos intención alguna de estudiarlos y de apropiarnos de las palabritas técnicas que contienen! Esos cuatro tomos nos sirven para calmar los nervios; apenas leemos una página nos entra un sueño bienhechor y dormimos como benditos. Por eso sentimos un gran cariño hacia la economía política.

Orobón, sin embargo, parece haber tomado en serio los camelos de los señores economistas; se advierte por la seriedad con que comienza a emplear tecnicismos económicos y a trazar planes de la sociedad futura. ¡Es lo que nos faltaba! ¡Planecitos! Es natural, nos dice, que su proyecto no quiere ser obligatorio, una regla inmutable, infalible. Lo creemos, pero si cada uno de nosotros tiene derecho a trazar un planecito de la sociedad futura y de la economía libertaria, terminemos de una vez y reconozcamos la fórmula fundamental del anarquismo rancio que Orobón menosprecia olímpicamente desde las alturas de sus grandes volúmenes de economía; digamos claro: *¡Haz lo que quieras!* y adelantaremos mucho más. Los problemas del futuro los resolveremos cuando se presenten. ¿Por qué ponernos a discutir ahora con Optimo si las ramblas de Barcelona se llamarán después de la revolución Anselmo Lorenzo o Salvador Seguí? Nosotros optaríamos por el nombre de Anselmo Lorenzo y entablaríamos una discusión que recordaría las cuentas de la moza de la cántara.

Si del ensayo de Orobón quitamos las palabritas difíciles, nos quedamos con una perogrullada más. Es lamentable ese apasionamiento y ese menosprecio del anarquismo histórico que, sin embargo, tiene una base superior a todas las recetas de los innovadores: ese anarquismo histórico es un movimiento proletario que se nutre en primer lugar de las *propias experiencias del proletariado*. Mientras Orobón no comprenda ésto, continuará lanzándonos recetas librescas y planecitos y continuará insultando y llamando idiotas a los que no comulgan con las ruedas de molino de los señores economistas y luego nos echará la culpa de los desastres del movimiento por no haber hecho caso de su novísima sabiduría. Pero no, amigo, los problemas de la revolución no se resuelven con el compás y la regla en el gabinete de un matemático, ni esperan su solución de los profesores de economía; los problemas de la revolución han de ser resueltos por los trabajadores que almacenan diariamente nuevas experiencias y que no tienen tiempo suficiente para abrir gruesos libros. Contra los imperativos: *¡el señor, tu dios, ha dicho que debes hacer esto o lo otro!* o *¡el profesor fulanito de tal dice esto o lo de más allá!* — el anarquismo dice a los hombres: *¡Haced lo que querais! ¡Obrad como os dé la gana!*

Y si alguna vez estallase la revolución, esperemos que los camaradas de la C. N. T. responderán a los que vayan a preguntarles lo que hay que hacer: "*¡Haced lo que os dé la gana!*"

D. Abad de Santillán

EL SALTO

Un barco había dado la vuelta al mundo y regresaba al puerto; el tiempo era hermoso, toda la tripulación se hallaba sobre cubierta.

Un mono grande divertía a los pasajeros.

Ese mono brincaba, saltaba, hacía muecas, imitaba a las gentes; y, viendo que se ocupaban de él, continuaba sin cesar sus ejercicios.

Se lanzó sobre un niño de doce años, hijo del capitán del barco, le arrancó el sombrero, que se colocó sobre la cabeza y trepó por el palo mayor.

Todos reían; pero el niño, con la cabeza desnuda, no sabía si llorar o reirse.

El mono se sentó sobre una gavia y con sus dientes, con sus uñas, se puso a destrozar el sombrero.

Parecía que quería hacer rabiar al chico mostrándole el sombrero y haciéndole señas.

El chico le amenazaba, le insultaba; el mono seguía destrozando el sombrero.

Los marinos no cesaban de reir; de repente, el muchacho se puso muy encarnado y rabioso, se quitó la chaqueta y dispúsose a perseguir al mono.

De un brinco llegó hasta él; pero el animal, más ágil y más diestro, se escapaba en el momento que el niño creía alcanzar el sombrero.

—No te escaparás — exclamó el chico — mientras trepaba persiguiendo al mono.

El mono, de trecho en trecho, lo llevaba cada vez más arriba, sin que el niño consiguiera su propósito; pero éste, lleno de furor, no renunciaba a la lucha.

En lo alto del palo, el mono sujetándose con una mano a una cuerda, puso el sombrero en el extremo de la gavia más alta y subió también él hasta arriba; desde allí se reía y enseñaba los dientes.

Desde el palo hasta el extremo de la gavia donde se encontraba el sombrero, había más de dos metros de distancia, de manera que no era posible apoderarse de él sin soltar la cuerda y el palo.

Pero el chico estaba muy excitado, soltó el palo y pasó a la gavia.

Todo el mundo miraba y se reía de aquella lucha entre el mono y el hijo del capitán; pero cuando vieron que el niño había soltado la cuerda y se colocaba sobre la gavia, todos los marineros se quedaron helados de miedo.

Al hacer cualquier movimiento en falso podía estrellarse contra el puente y si conseguía apoderarse del sombrero, no podría bajar.

Todos aguardaban con ansiedad lo que iba a suceder. De repente alguien dió un grito de terror.

El niño miró hacia abajo y se estremeció.

En aquel momento, el capitán del barco, el padre del niño, salía de su camarote armado de una escopeta, con intención de matar gaviotas; vió a su hijo en lo alto del palo y dirigió el arma contra él, gritando: ¡Al agua, échate inmediatamente, al agua o te mato! El chico vacilaba, no comprendía.—¡Salta o te mato! A la una, a las dos.—Y en el momento en que su padre gritaba: ¡A las tres! el niño se precipitó en el mar.

Al cabo de cuarenta segundos, que parecieron un siglo a los presentes, apareció en la superficie el cuerpo del niño. Lo alcanzaron y lo transportaron al barco; pocos minutos después el chico arrojaba agua por la boca y empezaba a respirar.

Cuando vió el capitán que estaba salvado, lanzó un grito, como si alguien lo ahogara, y huyó a su camarote.

LEON TOLSTOY

EDUARD W

EL HOM

II

La leyenda de Prome
temerario trajo el fuego
sol, ha excitado en tod
fantasía de los poetas
teria para sublimes poe
de las máquinas han si
tados en la poesía, y si
cho es digno del atrevi
meteo. Más aun: sus cr
un entrelazamiento muc
con nuestra vida, y se h
cisivas para nuestra exi
lle, llama traída por Pro
Su extensión no puede
mor en nosotros. Hemo
secreto del fuego y po
en todo tiempo y en tod
la supresión del maqu
rodea — incluída la
instrumental — quedar
do. Las ciudades sucu
bre en pocos días y t
vidad sería condenada
infecundidad, porque h
trabajar sólo con nuestra

Esta dependencia de
tuales de los instrumen
la mano del hombre m
también la diferencia
nuestra vida respecto a
blos antiguos. Lo que
con la mano o el cerebr
siglos, había sido supe
e ímpetu por hombres
llares de años antes de
tierra. Ni nuestras artes
samiento soportan una
lo que nos ha quedado
prehistóricos.

¿Cómo es que esos pu
cionados no pensaron n
otros, en hacer realizar
tidiano por instrumen
mente construidos y e
hombre de ese esfuerzo?
de esto la constituye la
didad de sus países que
verdadera preocupación
diano. Pero una segund
más completa, se encuen
que casi todos los pueb
prehistórico habían cedi
corporales a los esclavos.
paración del pueblo en u
plemente disfrutadora, y
forzada exclusivamente a
tinuó largo tiempo en
y fué finalmente superad
des de la edad media. Ta
medioeval elevó el trabaj
y ennobleció lo que ante
deshonroso.

Es también en ese tie
aparte de algunos rudim
to — nos encontramos co
ensayos de poner medio
ayuda al servicio del hom
primeros iniciadores en e
Leonardo De Vinci, que
Angel es la figura más so
Renacimiento. Ya antes d
menzado una verdadera fi
ciones. En todas partes se
y se investigaba. El espí
se volvió con preferencia
de absurdas contradiccio
cuadratura del círculo. Jun

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

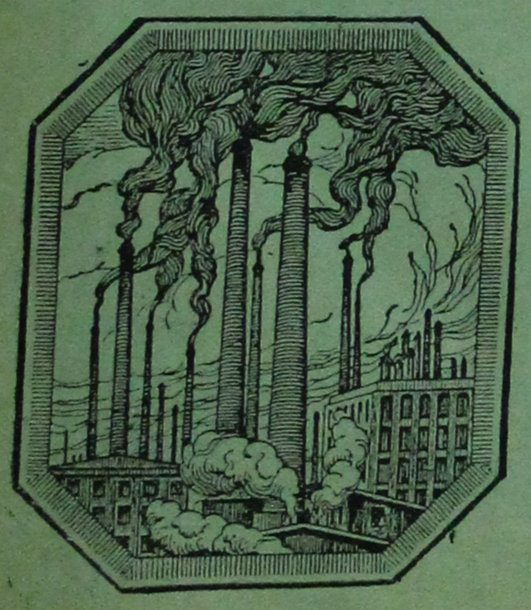
II

La leyenda de Prometeo que en un vuelo temerario trajo el fuego del alto carro del sol, ha excitado en todos los tiempos la fantasía de los poetas y les ha dado materia para sublimes poemas. Los creadores de las máquinas han sido raramente cantados en la poesía, y sin embargo su hecho es digno del atrevimiento de un Prometeo. Más aun: sus creaciones están en un entrelazamiento mucho más desigual con nuestra vida, y se han vuelto más decisivas para nuestra existencia que aquelle, llama traída por Prometeo a la tierra. Su extensión no puede ya provocar temor en nosotros. Hemos descubierto el secreto del fuego y podemos producirlo en todo tiempo y en todo lugar. Pero con la supresión del maquinismo que nos rodea — incluída la moderna técnica instrumental — quedaría todo paralizado. Las ciudades sucumbirían de hambre en pocos días y toda nuestra actividad sería condenada de repente a la infecundidad, porque hemos olvidado a trabajar sólo con nuestras manos.

Esta dependencia de los hombres actuales de los instrumentos creados por la mano del hombre mismo, constituye también la diferencia más acabada de nuestra vida respecto a la de los pueblos antiguos. Lo que hemos producido con la mano o el cerebro en los últimos siglos, había sido superado en belleza e ímpetu por hombres que vivieron millares de años antes de nosotros en la tierra. Ni nuestras artes ni nuestro pensamiento soportan una comparación con lo que nos ha quedado de los tiempos prehistóricos.

¿Cómo es que esos pueblos tan evolucionados no pensaron nunca, como nosotros, en hacer realizar el trabajo cotidiano por instrumentos complicadamente construídos y en descargar al hombre de ese esfuerzo? Una explicación de esto la constituye la frondosa fecundidad de sus países que no conocían la verdadera preocupación por el pan cotidiano. Pero una segunda explicación y más completa, se encuentra en el hecho que casi todos los pueblos del período prehistórico habían cedido los trabajos corporales a los esclavos. Esa severa separación del pueblo en una minoría simplemente disfrutadora, y en una mayoría forzada exclusivamente a la labor, continuó largo tiempo en nuestra historia y fué finalmente superada en las ciudades de la edad media. Tan sólo la ciudad medioeval elevó el trabajo a la libertad y ennobleció lo que antes se tenía por deshonroso.

Es también en ese tiempo cuando — aparte de algunos rudimentos en Egipto — nos encontramos con los primeros ensayos de poner medios técnicos de ayuda al servicio del hombre. Uno de los primeros iniciadores en este dominio es Leonardo De Vinci, que junto a Miguel Angel es la figura más sobresaliente del Renacimiento. Ya antes de él había comenzado una verdadera fiebre de invenciones. En todas partes se experimentaba y se investigaba. El espíritu inventivo se volvió con preferencia a la solución de absurdas contradicciones, como la cuadratura del círculo. Junto a eso el objetivo de todos los investigadores es el descubrimiento del Perpetuum móbile, del movimiento contínuo y de la fuerza eterna. Tampoco se pasa por alto en esas investigaciones la técnica de las armas. Desde que se hizo uso en la batalla de Crécy (1346) del descubrimiento de Bertoldo el Negro, en la guerra, se trabajó incesantemente en ese tiempo, rico en guerras, en el perfeccionamiento de las armas para la pólvora. Las invenciones en este dominio son significativamente las únicas que encontraron al mismo tiempo un empleo práctico digno de mención. Las demás invenciones son sólo en muy pocos casos aplicadas prácticamente.



Eso no sólo ha dependido de que el valor práctico de muchas invenciones de aquel tiempo de inquieta rebusca, estaban en evidente desproporción con las descripciones generalmente ampulosas de sus generadores, descripciones que recuerdan el reclame moderno. Más decisivo fué que la necesidad de artículos al principio quedó limitada, y faltaban también capitales necesarios para la introducción de métodos mejorados de producción. Sin embargo, entretanto habían tenido lugar acontecimientos que vencieron lenta, pero en el curso del tiempo cada vez más decididamente los cuadros económicos conocidos y obraron en el sentido de la ampliación de las necesidades y de la producción. Nos referimos a los grandes viajes marítimos de fines del siglo XV. Mediante ellos, se agrandó de un golpe el mundo, infinitamente. Las nuevas colonias exigían una afluencia ininterrumpida, y creciente de artículos de los países originarios y con el tiempo la piratería transatlántica se convirtió en navegación comercial.

Las nuevas necesidades cayeron, pues, en consecuencia, en una contradicción cada vez mayor con la economía urbana medioeval. Esta era una economía ajustada a las necesidades. La producción se regulaba estrictamente según las necesidades de la propia comunidad urbana. El comercio y el tráfico de artículos puede decirse que no existía.

En una gran lucha secular es vencida la contradicción y el orden económico de la ciudad medioeval, desechado en favor de la economía nacional o estatal. Naturalmente, esa transformación se realiza primeramente en aquellos países en donde se vierte más la corriente de oro de las nuevas partes de la tierra y cuyos intereses coloniales son más manifiestos. También es aquí donde encontramos los primeros comienzos de la forma fabril, la *manufactura*. Aunque fundamentada en la habilidad artesana, la manufactura, es ya una forma fabril capitalista. Recibe ese carácter justamente por dos singularidades: de los artesanos hace jornaleros y descompone la producción en muchos procesos de trabajo especiales. Lo que hasta entonces era realizado por un artesano, pasa ahora por las manos de muchos. La manufactura no hace ya uso, pues, de todas las habilidades del artesano, sino sólo de una parte de ellas.

En consecuencia tiene lugar también la modificación de las herramientas. Estas se adaptan a la actividad singular de cada obrero y esa "diferenciación de los instrumentos de trabajo" es la que lleva por sí misma en cierto modo al pensamiento de hacer pasar el movimiento de las herramientas simplificadas de la mano a la máquina.

Con eso se ofrecieron tareas concretas a los inventores que experimentaban sin plan alguno y así encontramos también con la difusión creciente de la manufactura un número cada vez mayor de innovaciones y desenvolvimientos técnicos prácticamente aplicables.

Pero tampoco la producción manufacturera podía cubrir las necesidades en aumento. No obstante toda la superioridad frente al artesanado puro, estaba sin embargo demasiado ligada a la voluntad de trabajo de los hombres. Pero los artesanos de aquel tiempo se atenían a las tradiciones medioevales. Según éstas, el

hombre no estaba allí simplemente para trabajar, sino ante todo para vivir. El "lunes azul" y el sábado libre después de mediodía, permanecieron en pié lo mismo que los innumerables días de fiesta. En vano intentó el patronato romper esas tradiciones y prolongar la jornada de trabajo.

Ante todo existía la aspiración de suplantar la fuerza física necesaria para poner en movimiento las máquinas. Donde existía agua corriente, pudo llevarse a cabo ese propósito por medio de las ruedas de agua primitivas, pero justamente en la minería, donde eran necesarias muchas fuerzas, la naturaleza había generalmente privado de ese socorro; se dependía en general de la energía de los músculos humanos. Era una labor indecible mente pesada. Diariamente debían trepar millares de hombres a la rueda que ponía en función la bomba absorbente del agua de las minas. A un inglés se le ocurrió el pensamiento de hacer pasar esos trabajos a una máquina que crease ella misma su fuerza. Ese hombre fué el inolvidable Thomas Savery, que transformó la energía del vapor, conocida desde hacía siglos, en fuerza motriz y construyó una máquina que levantaba y bajaba sola el brazo de la bomba. Su construcción tenía aún muchos inconvenientes — ante todo el excesivo empleo de carbón necesitado por la utilización ineconómica del vapor producido—, pero tenemos en ella la primera máquina de vapor destinada a un trabajo práctico, que luego, con los mejoramientos apropiados, debía llevar a una completa transformación de la producción y con ello de las condiciones económicas generales. Fué el desenvolvimiento que le dió Watt medio siglo más tarde, lo que dió a la marcha triunfal del vapor su tempestuosa celeridad.

La vía que seguía la manufactura fué definitivamente abierta. El músculo humano había encontrado un suplemento mil veces más poderoso. Con ello quedó libre el campo para la introducción de máquinas que exigían grandes y complicados empleos de fuerza. En todas partes donde los hombres actúan aparecen repentinamente nuevas combinaciones de herramientas. Ante todo en la industria textil producen una verdadera revolución los inventos del barbero Arkwright y del cura Cartwright, pues hicieron posible la producción en gran escala.

En vano se defienden los gremios contra el empleo de esas nuevas máquinas, en vano se refieren a la completa ruina del artesano independiente. Todas sus protestas se estrellaron en el poder del vapor a quien se somete toda la producción, llevándola definitivamente del taller y de la vivienda del artesano independiente a la fábrica. Esto, claro está, es sólo simbólicamente justo, pues el vapor no es ni voluntad ni dominador. Pero lo fué en las manos de aquellos que disponían de medios para utilizarlo.

Ya en las próximas décadas, la instalación de la primera máquina de Watt nos da una espantosa ilustración. Mientras que en la segunda mitad del siglo XVIII se había conseguido muy poco imponer a los trabajadores un aumento digno de mención en su jornada y ni siquiera las autoridades públicas a quienes se apeló pudieron favorecer esas aspiraciones, con la posibilidad de un empleo mayor de las máquinas a vapor mediante el invento de Watt, cambió repentinamente el aspecto de la cuestión. El primer efecto de su introducción, rápidamente multiplicada, fué que una gran parte de los trabajadores quedó sin trabajo y la carencia de brazos dominante en todo el período precapitalista, que se había agudizado especialmente con la aparición de la manufactura, se transformó en un cierto excedente. Por primera vez surgió una reserva de obreros, que ciertamente fué absorbida en su mayoría de nuevo por las industrias que nacían simultáneamente — ante todo por la industria de las máquinas y por la mayor obtención de metales exigida.

(El ímpetu con que la producción fabril desalojó la producción artesana puede calcularse por el hecho que ya en 1810 trabajaban en Inglaterra 5000 máquinas a vapor).

La máquina entrañó además otra consecuencia: ensanchó el círculo de los trabajadores. Con la descomposicion cada vez mayor del proceso de trabajo en actividades especiales y su ejecución por las máquinas, cesó su dependencia de la habilidad personal de los obreros. Para la vigilancia de las nuevas máquinas podían emplearse obreros sin oficio.

Cuan desconsideradamente se hizo uso de esa posibilidad nos lo dice una simple ojeada a las condiciones sociales de la clase obrera inglesa en la primera década del siglo pasado. En el curso de dos décadas se redujeron los salarios de los artesanos a una tercera parte.

Así pues, el primer círculo que la máquina obrera, imaginada como un beneficio, traza, no es un mayor bienestar y enriquecimiento de la vida por la liberación del trabajo, sino una miseria creciente, una mayor fatiga y — al menos en lo referente al artesano y a la industria — una violencia no conocida ya desde hacía mucho tiempo.

No es ningún milagro que el pueblo laborioso se opusiera con desesperación a esa esclavización y que en primera línea hiciera a las máquinas objeto de su furor. Comienza un movimiento colectivo. El proletariado se recuerda de su fuerza física y la descarga en las creaciones inanimadas del espíritu de inventiva que hizo cada vez más inútiles a sus manos. Es la época de los ludditas, aquellos desesperados tejedores e hilanderos que llevando en sí todavía el vivo recuerdo de un tiempo mejor, penetraron con el martillo y el hacha en las fábricas y defendieron en su sagrada locura el pasado contra el futuro, el tiempo del artesano basado en la "tierra dorada", contra la miseria de las masas creada por la época del maquinismo.

Se sabe qué conclusión sangrienta tuvo la lucha de aquellos hombres tenaces, que llenó los años 1811 y 1812. Dejando ya a un lado la ardiente intercesión de un poeta de la importancia de Lord Byron, tuvieron que subir por docenas al cadalso. Pues las máquinas estaban protegidas por leyes más severas que los hombres privados por ellas de su pan.

Con eso se decidió definitivamente el destino de los hombres y de las máquinas cima de cadáveres se abrieron éstas el camino como una potencia igualmente fecunda en creación y en destrucción, en bendición y en maldición, que todavía encanta y espanta continuamente a nuestra generación.

Pero así como en el maquinismo una creación puso fin a otra y preparó otra nueva, a aquella heroica sublevación de los ludditas siguió unos años más tarde un nuevo movimiento de los trabajadores. Estos no dscargaron ya su irritación contra aquellos muertos, sino que comprendieron cada vez más claramente que no eran las máquinas en sí, sino aquellos poderosos que disponían de ellas por la fuerza de su capital, los causantes de su fatalidad; aquellos poderosos que pudieron falsear la potencia destinada a servir a los hombres en una potencia que los dominó. Por primera vez reconocieron los obreros que también las máquinas rehusan producir cuando ellos les niegan el servicio de sus brazos en una decisión armónica. Vemos encenderse los primeros movimientos huelguistas, como símbolos luminosos de un poder nuevo, hasta entonces no comprendido y verdaderamente no comprensible: la agrupación del proletariado para la conquista de sus derechos económicos y políticos. El obrero no se

considera ya como un individuo, como un abandonado ineludiblemente a su destino, sino como miembro de una masa unida en el mismo destino. Ahora sabe también que una resistencia y una lucha individual es inútil y tiene que serlo, y que el valor y el sacrificio personales sólo son fecundos cuando se unen a la totalidad de sus compañeros de destino. Y lo que es más importante: la mirada no es ya dirigida al pasado, al tiempo que no puede resucitarse ya de los gremios o gildas, sino que es presentado un nuevo ideal como objetivo de lucha: la comunidad popular socialista.

El maquinismo no sólo ha dado así un arma a los capitalistas, sino también a los trabajadores, pues por esa agrupación de un número creciente de obreros en un establecimiento se dió también una base material importante para su asociación en una comunidad de lucha inspirada por una voluntad.

Pasaron aún años y décadas hasta que ese conocimiento pudo llevar a la formación de poderosas asociaciones. La clase dominante comprendió pronto la amenaza que debía significar la agrupación orgánica de los trabajadores para su dominación y trató de reprimirla con los párrafos de la ley que estuvieron pronto a su disposición. Primeramente tuvo que conquistarse el derecho de asociación en duras luchas. El proletariado inglés lo consiguió tan sólo en 1846.

Han pasado más de cien años agitados desde aquella sublevación elemental del proletariado contra los brazos férreos. De Inglaterra pasó la revolución industrial al continente europeo. En Alemania entró proporcionalmente tarde. Las continuas guerras habían cubierto este país, excluído de las fuentes coloniales, de espantosa pobreza y rehusado las condiciones materiales previas para la introducción de maquinarias costosas. Pero ya antes de la implantación de las primeras máquinas habían proyectado éstas su obscura sombra en Alemania y conmovido en ella una próspera industria artesana. Nada se ganó con que los laboriosos tejedores de Silesia prolongaran su jornada hasta la alta noche y con que obligaran a las mujeres y a los niños a trabajar en el telar y en la rueda de hilar; ni la fuerza unida de todos los brazos de la faminia pudo resistir la concurrencia con Inglaterra en donde predominaban las máquinas textiles a vapor.

El mismo destino de los hilanderos y tejedores tocó en el curso del tiempo a casi todo el resto de los artesanos. Ninguna rama de la actividad humana quedó inmune de las máquinas. En todas partes apareció como un ser misterioso y suprimió o destruyó los oficios que alimentaban las familias.

Como un acontecimiento de los más ricos en consecuencias se demostró la invención de Stephenson, que consiguió transformar el vapor en fuerza motriz y con ello superar el mayor obstáculo que se presentaba en el camino del ensanchamiento de la producción: la distancia. Sólo penosamente podían los hombres que vivían en un mismo país entrar en comunicación mutua y transportar por los caminos las materias primas y los productos. Ciertamente el país había sido cruzado en el siglo 17 y el 18 por una red de caminos, pero sin embargo desproporcional. En oposición a la tierra, el agua no había obrado nunca como factor de separación. Sobre las olas del mar emprendieron ya los fenicios atrevidos viajes comerciales a los países más lejanos. El agua se apareció incluso a todos los pueblos primitivos como algo que unía las distancias. Por eso tocó al invento de Stephenson una importancia desigualmente más decisiva que al barco de vapor construído unos años antes por el norteamericano Fulton (1807).

Pocos años después, la mayoría de los países europeos eran recorridos por los railes ferroviarios, por los cuales circulaban los trenes como arrastrados por caballos vaporosos. Los hombres se aproximaron entre sí, pero eso sólo fué un fenómeno accesorio del nuevo sistema de comunicaciones y de transportes. El ferrocarril no sirvió preferentemente a la comunicación de las ciudades y aldeas esparcidas por el país, sino más bien a su integración en la producción industrial. Donde fueron colocados railes que atravesaban vastos valles hasta entonces en el período anterior al maquinismo, allí levantaron pronto sus largos cuellos las chimeneas de las fábricas.

Simultáneamente las máquinas fueron mejoradas sin cesar, el giro de los volantes precipitado y creadas nuevas combinaciones que simplificaban cada vez más la vigilancia y el servicio de los hombres. Pero en oposición a los tiempos anteriores, donde los mejoramientos o innovaciones surgían más o menos de la intervención feliz de los profanos, la técnica se convirtió ahora en objeto de investigación especial. El inventor sin plan y que seguía sólo la conducción insegura de su fantasía, fué suplantado por la ciencia que procede por el cálculo y la observación estricta de las leyes de las fuerzas naturales y artificiales.

No se puede pensar aquí en dar un resumen, aunque sólo sea muy somero, de los innumerables mejoramientos que debe la técnica a esos numerosos hombres que han trabajado desde el comienzo del siglo pasado con un celo infatigable, sin vacilar ante los fracasos y las burlas, en el perfeccionamiento de los métodos de producción y en la invención de otros nuevos. En labor unificada han creado verdaderos monstruos mecánicos que, servidos por muy pocas manos, no sólo suplen un elevado número de artesanos instruídos de otros tiempos, sino que levantan como jugando las cargas más pesadas y doblan bloques de hierro como si fueran pasta de pan. Han surgido gigantes férreos del trabajo que no se habría atrevido a soñar la fantasía, más temeraria al comienzo de la revolución industrial.

Es una obra gigantesca la que ha erigido, en el curso de pocas generaciones, el hombre jamás en paz. Un moderno Prometeo, ha creado de las arterias roqueñas de nuestras montañas una nueva generación animada con vapor y electricidad, que se abre sin egoísmo como las creaciones de Dédalo o el trípode de Efeso para el trabajo sagrado y que mueve por sí misma sus mil brazos. La leyenda de la "fábrica sin obreros" no es ya ninguna broma. El ingenio humano ha desechado el sudor de los hombres, y no sólo ha desalojado la mano de la fábrica, moderna, sino también el espíritu humano.

Artes plásticas polacas

Fué en la pinacoteca Percier, de París, que Eugenio Zak expuso unas cuantas acuarelas con un núcleo de pintores rusos de vanguardia. La revista francesa "L'Art Vivant" reprodujo una de ellas entre los trabajos de otros artistas, los mejores de ese grupo, Tereschkowicht y Gloutchenko, ambos muy personales, no obstante la influencia experimentada por ellos y ya superada del cubismo en un sentido más realista. Hay que confesar que poco añaden de valor a su obra total estas sus nuevas producciones; a pesar de las críticas favorables y muy elogiosas de algunos cronistas parisienses de gran renombre.

El grupo de escultores de entonces, aunque numerosos, no estuvieron a la par de sus colegas, los pintores, y sobre todo no ofrecieron un conjunto tan homogéneo, ni una orientación definida en lo tocante a las características regionales; poseían facilidad, brío, abundaban en ideas plásticas, pero se hallaban demasiado cerca al occidente de donde tomaban todas las imspiraciones, sin que pudieran asimilárselas y en cierta manera hacerlas suyas. Faltó a la escultura polaca un escultor, un estatuario de gran estilo como Ivan Mestrowik; no escasearon los talentos exhuberantes, los virtuosos, más brillantes que profundos y más versátiles que firmes en la prosecución de un solo propósito, en el logro de un ideal de perfección nunca alcanzada, pero siquiera entrevista y puestas las miras en ella. Mientras los pintores paisajistas, retratistas y de todo género, tomando quien más, quien menos, lo que les convenía, venido de fuera, intentaban reproducirlo en acento vernáculo, los escultores practicaban un cosmopolitismo un poco desmedrador para ellos. De todos, el más hábil, el más elegante fué Eduardo Wittig, muy admirado en un tiempo en París, especialmente por parte de los ricos y los poderosos, a quienes pudo halagarlos con sus retratos un tanto adulones. Como la Gandara, Boldini y otros artistas, quienes hacen su fortuna con el mundillo de los felices, Eduardo Wittig tuvo su época de gran boga en los salones mundanos. Lo que prueba que sólo hubo de ser polaco de nacimiento. No obstante estar convencidos que al arte no puede encerrársele en las fronteras de un determinado país, deberemos reconocer que si el artista es sincero, debe empezar por expresar lo suyo, lo que se halla ante sus ojos, lo que él conoce mejor, lo que más haya vivido en su fuero interno. Y por más que adopte un lenguaje parecido en muchos contactos al empleado en otras tierras, siempre habrá algo de peculiar, identificándose donde más permaneció, ya siendo su aldea, o ciudad, o el lugar del país donde se aclimató. Tomemos, por ejemplo, tres escultores célebres, algunos geniales, que tuvieron y tienen todavía una gran significación en la escultura contemporánea; Rodin, Medardo Rosso e Ivan Mestrowik: los tres tienden a la universalización de sus conceptos plásticos, y a pesar de eso son tres tipos étnicos distintos y definidos, Hay algo de la italianidad en la conformación de uno y de los personajes que representa; como lo habra de gálico en el otro y de eslavo en el tercero. Es el límite hasta donde puede pedirse al artista que realice arte nativo. Se confunde ciegamente el nacionalismo con lo regional y vernacular; tres cosas, aunque parecidas, asaz diferentes. El arte nacionalista es una aberración, y un fenómeno semejante puede durar en estos países advenedizos, que instantáneamente quisieran poseer un arte propio, o sea en el curso de pocos años. Sin tradiciones; sin la impregnación cultural necesaria para adecuar el ambiente hacia los anhelos estéticos; sin un sedimento artístico de su antepasados, más que las sombras de las artes aborígenes, restos indecisos, borrosos, topográficos sensitiva de una raza ultimada, mal podría pretenderse un ligero asomo de originalidad en las manifestaciones colectivas de sus planteles de artistas. El nacionalismo en arte es la ficción patriótica que quiere engañarse a sí misma: completamente artificial cuando consigue acaparar algunos artistas, que son los más avejentados.

Estamos rebatiendo algo tan endeble y tan inconsulto, que, si no fuera por los adictos que tiene aquí, entre los artistas y los legos, no hubiésemos dicho una sola palabra. Lo regional, siendo la fisonomía viva de las poblaciones, es susceptible de infiltrarse en las producciones artísticas, por medio de las costumbres, el color peculiar, el lenguaje, y puede ser meramente pintoresco en la obra de arte. Lo vernacular es la esencia, lo íntimo de todo eso, color, lenguaje, costumbres y configuración arquitectónica de una determinada comarca. Si especialmente se refiere a los idiomas, es por ser ellos los depositarios de todos los tesoros de una raza. Quedamos en lo artificioso del nacionalismo artístico; en la viviente apariencia de lo regional; y en lo substancial de lo vernáculo. Como hasta ahora lo hicimos notar, el arte polaco se detuvo nada más que en el regionalismo, sin ir más allá. Sus escultores, como Estanislao Osztrowski, casi imitador de Canonica, uno de los buenos escultores italianos de aquel entonces, no supieron zafarse del influjo fascinador de ciertos maestros de occidente. Sin embargo, muchos de sus retratos femeninos están modelados con noble prestancia; con rasgos firmes, y son de un admirable color. A veces languidecentes y de un romanticismo muy de moda entonces, supieron llamar la atención por la delicadeza de su sensibilidad. Muy solicitado por la aristocracia de su país y por la burguesía rica, pasó como uno de los buenos artistas de su tiempo. Algunos discípulos siguieron sus huellas, sin que por eso pueda decirse hiciera escuela, como un Juan Matejko y Juan Stanislawsky, el paisajista. Enrique Hochmann es mucho más expresivo y se apega, está fuertemente adherido al terruño. Pudo concebir y realizar un "Hebreo orando", que en algo hace recordar al escriba egipcio acurrucado, y también algunas figuras incaicas

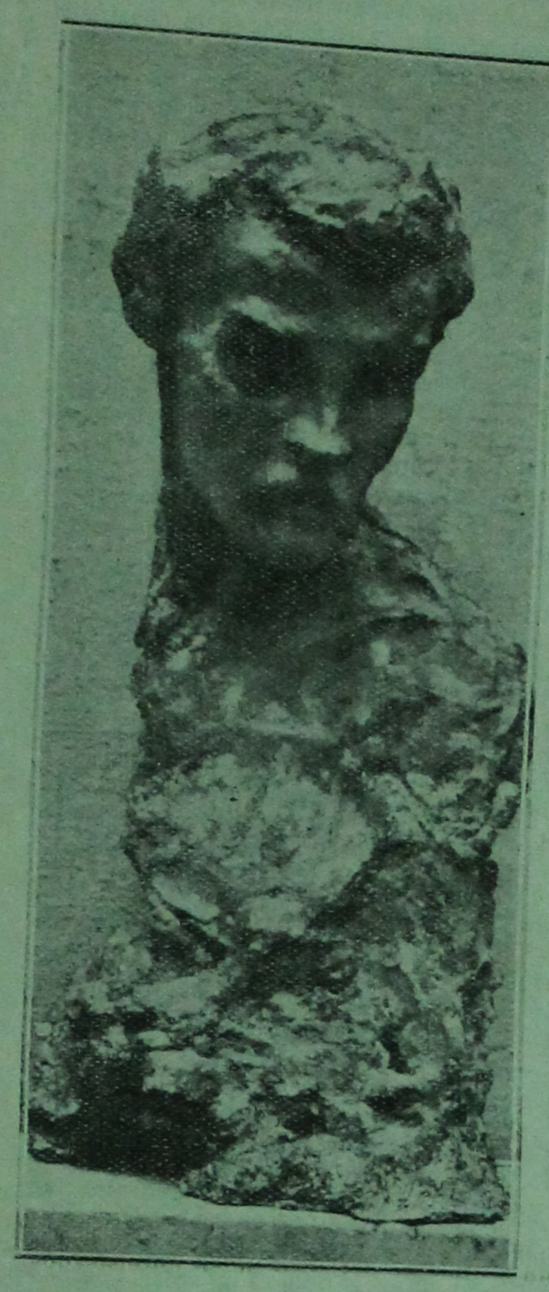
JOSE MEHOFFER — "Los elementos subyugados" (Decoración)

sobre el mismo tema. Es
litzia, de extraordinario
ño de una raza de cost
con una ritología religios
sus coetáneos de otras ra
dadero maestro, con u
más alemán que eslavo,
en este medio, dejando u
caras en las cuales se
deros estados de alma:
sis; otros de serenidad b
frenesí fetichista, autént
poseídos; facciones de hi
ocultación medrosa, como
esconde en los repliegues
sangre que virtió; perfi
narices corvas, con el sel
dad estampado en la ca
una galería de tipos de
naria que crece en todas
yerbajos en los barrancos,
entre las piedras, extendi
raigambres por doquier,
le el odio, el desprecio,
los hombres, la ingratitud
cielo católico romano, so
ciones, humillaciones sin
tura tosca, la ejecución
un sabor rústico que se
justeza con el sujeto trat
colorido, por la sobria aus
delado, que únicamente
der el fugaz y volandero g
una boca femenina, el ra
unos ojos, hay veces que
dicación sola de estos ras
un extraordinario relieve
que quiso traducir suma
su hábito se halló más bi
tos métodos impresionista
así. La necesidad que le i
delo, es lo que determina
bios de técnica. En los niñ
jeres parecía que apelara
ingenuos, más primarios p
En cambio, Constantino
cado exclusivamente a este
til, empleando otro tecnici
bezas de niños vivaces y
que pudiera llevarlas al
lograba hacerlo Enrique
vena fácil, pudo arrojar a
arte una producción abund
go podía ser reproducida
te. Dado un poco a la boni
lot, en ese género frívolo de
tación muchas veces bana
cumplió en cierta manera su
tista menor. Ya en su madu
cionó, mejorando mucho su
bustos y cabezas de cierta
Juan Scepanowski también
los mismos defectos de su co
aunque en su obra total
aventajándolo, siendo compa
trowski, el celebrado maes
tiempo. Su producción se co
mayoría de retratos. Atildad
pre de valores, frío, un poc
era, de una gran corrección,
tantemente le valió el favor
el mundo sabía que por lo me
do era exacto, y para el gus
da hay que lo complazca m
Lepla, de quien se publica
estas páginas, es el escultó
de este grupo. Ya en esta e
da a entender algo de esto.
nera de manipular la materia
efecto, del brusco contraste,
perfectamente con los ornat
fachadas, cuando eran los bu
en los cuales los artesanos
entregaban a tales menester
delación va, naturalmente, e
de la solidez. Si su estructur
lo salva de la frivolidad d
no hablamos solamente de es
se enfrasca, un poco en el a
el arabesco. Sus bajorrelieves
tamente celebrados por las e
pestres, así como por la agi
técnica. Hizo, además, grande
barro desbocando libremente
representando mitos, leyenda
siempre adornados con la fl
de su país. Tuvo el don de c
pecto decorativo de los eleme
seer ese otro poder, tan nec
perdurabilidad de la obra de
trañar tras lo aparente lo qu
En una palabra, de su inspira
contacto con la naturaleza,
leccionar entre lo valedero y
ro. Su vasta labor, sin ser
puede ser distinguida en lo q
rencia de la mayoría de sus
esa época.

Axentowicz es el escultor q
genio Zak, prolongándose m
sus coetáneos anuncia
ción de una forma nueva de ar
do en las modernas escuelas

sobre el mismo tema. Es un hebreo de Galitzia, de extraordinario carácter, retoño de una raza de costumbres extrañas, con una ritología religiosa casi opuesta a sus coetáneos de otras regiones. Este verdadero maestro, con un temperamento más alemán que eslavo, trabajó mucho en este medio, dejando una serie de máscaras en las cuales se retratan verdaderos estados de alma: místicos en éxtasis; otros de serenidad beatítica; unos de frenesí fetichista, auténticos rostros de poseídos; facciones de histeria; otros de ocultación medrosa, como del criminal que esconde en los repliegues de su alma la sangre que virtió; perfiles de garduña, narices corvas, con el sello de la rapacidad estampado en la cara, en fin, toda una galería de tipos de esta raza milenaria que crece en todas partes como los yerbajos en los barrancos, en las paredes, entre las piedras, extendiendo sus ávidas raigambres por doquier, no importándole el odio, el desprecio, la enemistad de los hombres, la ingratitud de un supuesto cielo católico romano, soportando privaciones, humillaciones sin cuento. De factura tosca, la ejecución Hochmann tiene un sabor rústico que se aviene con toda justeza con el sujeto tratado. Neutro de colorido, por la sobria austeridad del modelado, que únicamente busca sorprender el fugaz y volandero gesto o mohín de una boca femenina, el rasgado sesgo de unos ojos, hay veces que le basta la indicación sola de estos rasgos para darle un extraordinario relieve a la fisonomía que quiso traducir sumariamente. Pero su hábito se halló más bien lejos de estos métodos impresionistas, por decirlo así. La necesidad que le imponía el modelo, es lo que determinaba estos cambios de técnica. En los niños y en las mujeres parecía que apelara a medios más ingenuos, más primarios para expresarse. En cambio, Constantino Laszczka, dedicado exclusivamente a este género infantil, empleando otro tecnicismo realizó cabezas de niños vivaces y graciosas, sin que pudiera llevarlas al carácter, como lograba hacerlo Enrique Hochmann. De vena fácil, pudo arrojar al mercado del arte una producción abundante, que luego podía ser reproducida industrialmente. Dado un poco a la bonitura del bibelot, en ese género frívolo de una ornamentación muchas veces banal, descolló y cumplió en cierta manera su misión de artista menor. Ya en su madura edad, reaccionó, mejorando mucho su labor, dejando bustos y cabezas de cierta importancia. Juan Scepanowski también incurrió en los mismos defectos de su colega anterior, aunque en su obra total le sobrepasó, aventajándolo, siendo comparado con Oszkowski, el celebrado maestro de aquel tiempo. Su producción se compuso en su mayoría de retratos. Atildado, justo siempre de valores, frío, un poco fotográfico, era de una gran corrección, lo que constantemente le valió el favor público. Todo el mundo sabía que por lo menos el parecido era exacto, y para el gusto común nada hay que lo complazca más. Anastasio Lepla, de quien se publica un busto en estas páginas, es el escultor decorativo de este grupo. Ya en esta escultura nos da a entender algo de esto. Hay una manera de manipular la materia en vista del efecto, del brusco contraste, que condice perfectamente con los ornamentistas de fachadas, cuando eran los buenos tiempos en los cuales los artesanos artistas se entregaban a tales menesteres. Esta modelación va, naturalmente, en detrimento de la solidez. Si su estructura armoniosa lo salva de la frivolidad decorativa — no hablamos solamente de esta cabeza — se enfrasca un poco en el arabesco por el arabesco. Sus bajorrelieves fueron justamente celebrados por las escenas campestres, así como por la agilidad de la técnica. Hizo, además, grandes frescos de barro desbocando libremente su fantasía, representando mitos, leyendas, historias, siempre adornados con la flora peculiar de su país. Tuvo el don de captar el aspecto decorativo de los elementos, sin poseer ese otro poder, tan necesario a la perdurabilidad de la obra de arte: desentrañar tras lo aparente lo que es eterno. En una palabra, de su inspiración, de su contacto con la naturaleza, no supo seleccionar entre lo valedero y lo perecedero. Su vasta labor, sin ser desdeñable, puede ser distinguida en lo que se diferencia de la mayoría de sus colegas de esa época.

Axentowicz es el escultor que con Eugenio Zak, prolongándose más allá de sus coetáneos, anuncia la renovación de una forma nueva de arte. Instruído en las modernas escuelas francesas que partidas del noble realismo de un Rodin se internan en las profundas fórmulas geométricas, para obtener una mayor agudeza y sobriedad por sus ángulos múltiples, pudo crear algunas esculturas impresionantes por cierto sentido oculto que había en ellas. De todos, fué quizás el más poeta. El *Dante*, que llevara al último límite de la expresión de severo ensi-



ANASTASIO LEPLA — "Cabeza viril"

mismamiento ideal, ha sido calificado por la crítica contemporánea de concepcion filosófica. Eminentemente plástico, en el número mayor de sus obras, se complace todavía en el asunto anecdótico, sin que la robustez de la construcción se resienta por ello, y quizás gane.

Hubo un tiempo — así como lo hiciera Estanislao Wyspianski — que en el afán de la búsqueda tangible de ciertos símbolos, estuvo a punto de caer en lo mórbido y lo monstruoso. Era una de estas producciones, la de cuatro mujeres de edad indefinible, tocadas con indumentarias modernas, en que una está por caerse, otras danzan, y otra, decapitada, inclínase reverenciosa; y hay en todas ellas, particularmente en esa cabeza arrancada del cuello, como otras tantas testas de trágica historia caídas en el cesto del verdugo, tanta amargura y pavor como en los más terribles cuentos de Poe. Sin embargo no fué éste el género en que estuvo mejor ni dió todo lo que tenía en sí. Cuando un arte invade los dominios de otro, padecen ambos. En este período, un si es no es malhadado para él, no hizo buena escultura, y, por supuesto, ni una óptima literatura. En las postrimeras de su madurez la salud le volvió, emprendiendo una obra sana y activamente plácida.

Después de la emancipación nacional, Polonia y sus artistas, por el doble contacto de Rusia, donde impera en todo su vigor un novísimo módulo de arte, y de Francia, la originaria, evoluciona rápidamente, presentando en la última Exposición de Artes Decorativas uno de los pabellones que más atrajo todas las atenciones. Era una adaptación feliz y viva de las tendencias modernas con acentos propios de su alma eslava.

De ello y de los artistas que se distinguieron en esta singular ocasión, se hablará algún día. La visión retrospectiva se completará con la actual, haciendo posible una más intensa comprensión —At.

El espíritu necesita, lo mismo que el cuerpo, de una continua alimentación siempre adecuada a su capacidad asimiladora. — LA MOTHE LE VAYER

EL HORROR DE LA GUERRA

...Sí; hay algo que sobrepasa todos los horrores; existe una realidad que supera las más atroces pesadillas, y es esta:

Vivir, ver el sol, hallarse poseído plenamente de una fuerza viril, tener salud, alegría, reír abiertamente, caminar hacia la gloria, sentirse el pecho y los pulmones que respiran; un corazón que palpita, tener una voluntad poderosa; pensar; abrigar esperanzas; amar; tener una madre, una esposa, hijos; gozar de la caricia de la luz y, repentinamente, en un abrir y cerrar de ojos, caer, derrumbarse vertiginiosamente, viendo las mieses, flores, ramajes, los cielos, y no poder asirse a nada, comprobar la inutilidad del esfuerzo al esgrimir el sable; sentirse pisoteado por hombres y caballos; sentir que una coz os hace saltar el ojo de la órbita, sofocarse, retorcerse, quedar un instante quieto y pensar: **HACE UN MOMENTO YO ESTABA VIVO**...

VICTOR HUGO

HEROES DE AYER, DE HOY Y DE MAÑANA

La multitud necesita adorar. Si no tiene héroes — porque no existen o porque no es capaz de verlos —; se los crea. El comandante español Franco, es el último héroe salido del horno del entusiasmo público. La muchedumbre lo ha fabricado héroe, y lo lleva sobre sus lomos, acostumbrados a llevar cargas más pesadas, por cierto, que la de este idolillo fugaz y sonriente.

¿Qué clase de héroe es éste al que un público internacional y salido de todas las clases, aclama? ¿Cuál es su proeza?: No es nada más que un héroe del valor físico, colocado un tramo encima de un soldado, un boxeador o un torero. Y esa misma multitud internacional y salida de todas las clases sociales que hoy victorea a Franco, es la que victoreó a un soldado ebrio de pólvora, de alcohol y de inconsciencia que conquistara banderas al enemigo; es la misma que se enfurece rugiendo el nombre del torero que mata con habilidad a la bestia cansada y desangrada, y es la misma que se desgañita mugiendo por el boxeador que pega con la necesaria fuerza y precisión para desmayar a un semejante. A veces va más lejos la multitud traspasa los límites de lo humano, aunque en desmedro de ella misma, y adora, victorea y ruge entusiasmada por un caballo de carreras: El caso del caballo Botafogo, ídolo antes de ayer de la multitud de Buenos Aires, está demasiado reciente para que lo olvidemos. Y esa misma multitud es la que ayer ennegreció la Avenida de Mayo en loor del boxeador Firpo, un hombre de un valer intelectual y moral poco más arriba que el de un caballo. Hoy vibra por Franco. Bestia expansiva la multitud que tiene el grito y el aplauso siempre a flor de su entusiasmo: voz de su ingenuidad.

Esta vez no se admira sólo la hazaña, pues, de haber sido turco o japonés el aviador, Buenos Aires no se hubiera desbordado como lo ha hecho. Esta vez intervienen los factores de la soberbia racial y de la vanidad patriótica. La hortera que el Día de la Raza se echa a recordar la hazaña de Colón — discutida como tal por los historiadores sagaces —; se echa ahora, frenética, a vivar a quien pudo venirse, volando, de España a América, y eso siendo latino, más aún: ¡español! La raza se ha salvado. España ya ha salido de su decadencia, pese a sus frailes, sus toros, sus políticos, su monarquía, sus militares, su analfabetismo y su vergonzosa, lamentable guerra de Marruecos. España, porque Franco ha hecho lo que ha hecho, ya puede equipararse a las naciones más adelantadas del planeta. No importa que no tenga industria ni ciencia, no importa que su porcentaje de analfabetos y de tísicos sea pavoroso; no importa que su pueblo aborregado soporte mansamente, una dictadura militar y una guerra de rapiña; no importa que sus escritores — salvo Unamuno y Samblancat — se hayan mostrado una recua de cobardes, sin un grito contra los conculcadores del derecho, contra los violadores de la ley fatal de la evolución. Los latinófilos, los hispanófilos no ven, no pueden ver, borrachos de júbilo, todo esto; y prefieren cantar, chillar, pasear, brincar. ¿Una proeza española? ¡Hacía tanto tiempo que la multitud no veía una que ya se había olvidado que los españoles son capaces de hacer proezas! La de Unamuno, diciéndole todas las verdades al mequetrefe del rey y perdiendo sus cátedras, saliendo desterrado; no cuenta. La de Cajal, silenciosamente doblado 40 años sobre el microscopio; ¿es hazaña?, se preguntarán los patriotas españoles. Coincidente con Franco, está en Buenos Aires, Rey y Ortega, un gran histólogo español. ¿Qué patriota español lo conoce? Bien es cierto que Rey y Ortega — como Cajal — ya no son orgullo de una patria, su obra pertenece a la humanidad. Precisamente esto es lo que no han comprendido los que ven en la acción de Franco una hazaña de un hombre, de un hombre español, de un hombre latino. No ha habido aquí, hazaña de un hombre, de una nacionalidad, de una raza. Si ha habido hazaña, lo es de la ciencia; y la ciencia — como el arte, más que el arte — es internacional. El vuelo de España a América, tiene precedentes. Franco tiene precursores. Antes que se construyera — en Italia y por industria alemana, su prodigioso aparato; muchas tentativas se han hecho, mucha energía, mucho fósforo cerebral, hasta mucho valor físico ha gastado y malgastado la humanidad para que él fuese posible. Franco no brotó por generación espontánea. Es una consecuencia de todo lo realizado por españoles, ingleses, alemanes, yanquis, japoneses, italianos, rusos, americanos, etc., etc., por hombres de todas las nacionalidades, razas y continentes. Triunfa en Franco, no una raza ni una nación; sino la humanidad entera. Para que Franco llegara, victoriosa, fácilmente desde Palos a Buenos Aires; ha sido necesario sembrar mucho dolor humano, mucha angustia, mucha inquietud. Son millares el número de aviadores de todas las nacionalidades, muertos en la conquista pacífica del aire. ¿Para qué contar los que murieron matando?

Franco es un hombre con suerte. El ha realizado lo que otros muchos, hoy, son capaces de realizar. Esta no es una afirmación arbitraria. Recuérdese lo hecho por los aviadores yanquis en su vuelo alrededor del mundo, por De Pinedo — italiano — desde Roma a Tokio, por Pelletier — francés — desde París a Tokio, por Alcock y Brown — ingleses — desde Terranova a Inglaterra, por Zanni — argentino — desde Amsterdam a Tokio, por Sacadura Cabral — portugués — desde Lisboa a Noronha; y se verá que el raid del comandante español es una etapa, muy meritoria, de la aviación universal.

No quiero restarle méritos, sino ser justo. Y es justicia decir que Franco no merece la apoteosis personal que se le está haciendo. El es otro colaborador que se agrega al número de los tantos que están conquistando el aire para la humanidad, para que los pueblos se vinculen, se conozcan, se amen. No es ni el más glorioso ni el mejor. Ni es el pináculo de la aviación como esta ridícula apoteosis (en la que el periodismo mercader tiene tanta culpa y de la cual medra), como esta hiperbólica apoteosis pretende hacernos

creer. Dentro de cinco años, otro aviador, quizás congolés, quizás guatemalteco, habrá realizado tal cosa que el nombre de Franco será un eco débil, un reflejo pálido de la gloria, de esa misma que él creerá, en este momento, una hembra a él entregada.

Franco tiene este mérito: pese a su investidura militaresca, es un "héroe" de la paz. Es también un hombre valeroso, pero su valor es físico, puramente. ¿Y todavía la humanidad ha de estar postrándose ante los héroes del valor físico? Poco tiene que agradecerle a los tales. Ellos siempre la han oprimido — guerreros y gobernantes — o la han brutalizado — toreros y boxeadores. El valor físico es una cosa vulgar. La historia cuenta por millones a los héroes del valor físico. El hombre, por lo común, es un animal valiente, mata y se hace matar, todos los días, por motivos bien fútiles y muchas veces sin motivo, sin saber por qué: ahí está el caso del valientísimo pueblo español desangrándose en Marruecos. El valor físico es *útil*; pero siempre que esté al servicio de la razón o del espíritu. ¡Loado sea el valor de Lutero, desafiando al poder papal y exponiendo su vida por la verdad! ¡Loado sea el valor del anónimo abnegado que se tira al mar para salvar un prójimo que no conoce! El valor físico es necesario. Sin él, no puede haber valor intelectual ni moral, pero él solo, es un elemento animal que no merece la idolatría que la humanidad le viene prestando desde hace tantos siglos.

Ya es preciso que la humanidad comprenda que hay valores más altos que el brutesco valor físico. Existe el valor intelectual y más aún: el valor moral. Fabre, entomólogo francés, trabajando 40 años en la pobreza y el anónimo, es un héroe intelectual. Gandhi, renunciando a su carrera de abogado que lo hubiera podido enriquecer, por considerarla indigna: es un héroe moral. La multitud que aclama a Franco, a Firpo o al caballo Botafogo; comprende vagamente — cuando lo acompaña el éxito — a un héroe intelectual. La acción de un héroe moral — al que nunca acompaña el éxito — se le escapa completamente. No se ha perfeccionado lo bastante para comprenderla. Claro está que cuando la multitud pueda comprender a un héroe moral, habrá dejado de ser multitud: esa masa informe y berreante que se aglomera detrás del vencedor del momento.

El pueblo español cree héroe a Franco, porque tuvo el valor físico de probarnos que la mecánica internacional ha adelantado lo suficiente hasta hacer posible el vuelo de España a la Argentina en 5 etapas. Si un soldadito, de los muchos que llevan a carnearse en Marruecos, se le plantase al coronel del regimiento y le gritara: "¡Tome mi fusil!" "¡Yo no mato!"; el pueblo español no lo creería héroe, lo creería traidor. ¡Pobre pueblo! No sólo el español, sino todos los pueblos: porque los pueblos, todavía, están muy atrasados en su evolución. Todavía no piensan, se dejan conducir por los prejuicios; ni sienten, todavía se dejan arrastrar por las pasiones: La guerra mundial lo ha demostrado.

Y que Franco no es héroe de hoy — héroe intelectual — ni de mañana — héroe moral —; sino de ayer, un vulgar héroe del valor físico; lo prueba el hecho de que ningún poeta lo ha cantado. Todos los días, en todos los diarios, se publican millares de versos en su loor. Todos malos, pésimos. Todos tartamudeos. ya estén ellos firmados por el trivial Fernández Moreno que manosea los tópicos de la madre patria o por el mercachifle Villaespesa que, a cuatro patas, se encarama por los peldaños de la historia. Un poeta, poeta de verdad, con ideas nuevas y sentimientos nuevos, no puede cantar a Franco, héroe de ayer. Luego Franco no es un héroe. La humanidad no vive de sombras, no se nutre del pasado; sino de hoy y de mañana. Héroes aún: héroes capaces de arrancar el himno de un gran poeta, son los del valor moral, los que están dispuestos a su propio sacrificio para que la humanidad enderece un grado más sus vértebras, en su ascensión del oblicuo cuadrumano hasta el hombre.

Y, entre tanto, mientras el pueblo español, con el pretexto de Franco, se emborracha de palabras gruesas y de lugares comunes; siguen marchando soldaditos, a mutilarse y matarse en Africa, para defender las minas de los capitalistas españoles, de los ladrones de su trabajo, vampiros de su sangre.

Álvaro Yunque

Buenos Aires, febrero 1926.

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

(Conclusión)

Si los castillos no hubieran ardido desde mayo de 1879, no habría habido ni la toma de la Bastilla en julio, ni la noche del 4 de agosto. Y al decir eso tengo la ventaja de estar con Taine, — el único, salvo un poco Karcef (que es de la misma opinión) (23), que ha estudiado los movimientos que han precedido la revolución del 14 de julio. ("Conozco 300 motines antes del 14 de julio" dice Taine que no conocía forzosamente más que una pequeña parte — pues la mayoría de los "materiales feudales" había sido incendiada). La Jacquerie, comenzada desde 1788 (24) y que duró hasta 1792, las seis jacqueries de que habla Taine, fué el fondo sobre el cual se desarrolla la revolución *y sin el cual no habría habido revolución*. ¿Los individuos? ¿Cree que Bakunin no valía por un Danton y Guillaume por un Robespierre? Es ese fondo de la *jacquerie* campesina y obrera en todas las grandes ciudades del noroeste, del este y del suroeste lo que les faltó para llegar a ser las grandes figuras históricas de sus predecesores.

Su concepción de la Comuna es también absolutamente contraria a todo lo que yo oí decir a los comunalistas (25). El 18 de marzo, es todo París. Entre las elecciones — digamos entre el 1.o de abril y el 21 de mayo, día de la entrada de los versalleses —, la cifra de los defensores de la Comuna fué en disminución, y nunca — he preguntado especialmente sobre este punto a Lefrançais, Pindy, etc. — nunca tuvo la Comuna en abril y mayo más de 10.000 hombres para defender a París. Sobre este punto han sido muy afirmativos. El 21 de mayo, a la noticia de la entrada de los versalleses, el pueblo se ha sublevado a la voz de Delescluze: "¡Bastante de galones!" etc. Y como por lo bajo se masacraron 23.000, hubo por lo menos 50.000 en las barricadas.

En todas partes, siempre, TODAS las revoluciones — intelectuales y de hecho — se hacen por las minorías. Sólo que, ¿de dónde vienen esas minorías? ¿Quién da el primer impulso en la calle? ¡Ciertamente no los ambientes burgueses! (26). Siempre los ambientes obreros, incluso Barcelona.

(Más tarde Kropotkin insertó al margen lo que sigue:)

Esto se presta quizás a malentendidos. He aquí mi idea: Los motines vienen siempre de los oprimidos, del pueblo. Llega un momento en que el descontento del pueblo corresponde al descontento (nunca dispuesto a volverse activo) de la "inteligencia", de la burguesía (27). Entonces se produce la revolución (28).

Las *Jacqueries*, las guerras de los campesinos, Stenka Razin, Pugatschef; también Milán, Trieste (29), Lyon en 1830... etcétera, he ahí los grandes motines. Todo eso más el impulso de los descontentos burgueses, y tiene Vd. la revolución de 1789 (*Fin de la intercalación*).

Y es natural. Creía que para todo socialista, para todo anarquista, eso era un punto adquirido. ¿Vd. me hace pensar que habría que volver a escribir todo eso?

—Pasando con Vd. a otro asunto, no veo ninguna razón para su pesimismo. La revolución, como el industrialismo, marcha desde 1864 del oeste al este: Inglaterra, Francia... le toca a Alemania, ahora que se aproxima a su 1848, como Rusia se aproxima a su 1789 (un poco más avanzado). Entretanto Inglaterra y Francia aprovechan los frutos de la revolución en el país que les sigue en revolución, para dar un paso hacia adelante.

En tanto, en el siglo XIX intervino un nuevo factor: las facilidades del transporte, que permiten el comercio mundial, el comercio interior formidable (en América, en Francia, en Rusia), y la conquista de millones de esclavos en el continente negro y amarillo (30).

Además la derrota de Francia, Metz a las puertas de París (31), vuelven a Francia militarista. Todo eso tiene la revolución.

Sé que el período actual que atravesamos en Inglaterra dispone al pesimismo. Pero, sabe Vd. que nuestra tristeza, nuestro pesimismo debido al *failure of England* (32) no es más que el resultado de nuestra ignorancia? Eliseo no debe ver en la Inglaterra moderna más que lo que preveía hace tanto tiempo, cuando le predecía la muerte como a España. Por ignorancia protesté cuando me lo dijo un día en 1881. Pero era por mi ignorancia. ¿Cuándo tuvo Inglaterra en su política exterior una actitud menos abominable que en el presente? Las islas Jónicas (Gladstone) y Pretoria (*same* Gladstone) (33) son las únicas excepciones. Pero Pitt, pagando a Rusia, a Prusia, al Austria para combatir a Napoleón, el bombardeo de Copenhague y el de Alejandría, Inglaterra pagando a Polonia para insurreccionarse y a Turquía para combatir a Rusia y dejando aplastar a una y a otra, etc., etc. — Pitt, Palmerston, Disraeli, Chamberlain — ¿en qué es peor el cuarto del *quatuor* que los otros tres? ¿En qué hubo decadencia?

(Kropotkin agrega como *nota bene*:) ¡también el ascendiente de la bolsa, como en la Génova del siglo XVI, en Venecia, en Roma, en Cartago!

Inglaterra debe perecer, a menos que haga la "revolución de las Comunas", — la disgregación del Estado, — y tome la iniciativa (o siga a Francia) repitiendo la revolución del siglo XVII).

En cuanto a América, — vaya allá; vale la pena, y cambiará, yo creo, completamente de idea. "América país del dólar", es una aserción tan falsa como el "Puente Nuevo", que es el más viejo de los puentes de París. Elías Reclus me decía un día: "Si todo el mundo dice que una cosa es así, estad seguros de antemano que es absolutamente falsa". ¿País del dólar?... ¡País de los *cranks*, al contrario! y los *cranks*, son Vd. y yo, todos los rebeldes. Se compran bibliotecas y cuadros; pero les hacen falta algunos modelos para su arte, ya tan poderoso en escultura y arquitectura, aunque tan joven. He aquí mi opinión: En ninguna parte de Europa, tomando cien hombres al azar, encontrará tantos entusiastas dispuestos a avanzar por caminos completamente inusitados, como en América. En ninguna parte se atribuye tan poca importancia al dólar: ganado — perdido. En Inglaterra se estima y se *worships* el *pound* (34) — pero seguramente no en América. He ahí lo que es América. La comuna de Oregón está más próxima que la comuna de la menor aldehuela de Alemania (35).

Pero volviendo con Vd. al asunto de su carta, ¿Vd. dice que se ha cambiado de método en 1894? ¿Es verdad? (36).

El *tono* es ciertamente más calmoso que lo era entonces, lo mismo que el tono en los años 1884-90 fué más calmoso que lo había sido en 1881-82. Es uno de esos vaivenes que se encuentran en todo desenvolvimiento. El mismo tono elevado, pero ya más profundo, yendo ya más al fondo de las cosas, se volverá a encontrar cuando entremos de nuevo en un período más tormentoso. En hecho de cambio, no veo mucho.

Yo por mi parte, he sido siempre comunista, he predicado siempre — desde el *Bulletin* jurasiano a la *Révolte*, la participación activa en el movimiento obrero: *el movimiento obrero revolucionario*. Ultimamente hice mi colección de la *Révolte*. Y bien, en cada número encontré uno y a menudo dos artículos míos hablando del movimiento obrero revolucionario. Por tanto, al menos por lo que se refiere a la *Révolte*, no se puede decir que hemos cambiado. ¿Es de Pouget de quien Vd. habla, que hace la *Voix du Peuple* (37) en lugar del *Peinard*? Y bien, tiene perfecta razón si, después de haber trabajado en la *elaboración de la idea*, trabaja en *difundirla*, en hacer penetrar las ideas anarquistas y revolucionarias en el ambiente que será el único que tomará un día, el fusil para hacer la revolución. En cuanto a la juventud, que a veces ha hecho artículos muy anarquistas, aun quedando fuera del movimiento de todos los días, — los unos continúan ayudándonos por medio de la pluma y el lápiz en los periódicos y las escuelas; otros, parece, van pronto a poner su candidatura — para alcanzar el perfecto desarrollo, supongo, de su individualidad... ¡A éstos, buen viaje!

No hacer jamás ninguna concesión al principio burgués y autoritario — ciertamente, es lo que nosotros debemos tener presente. Pero pretender que quinquiera que sea pudiera permanecer más allá libertario limitándose a escribir o a hablar sobre la anarquía individualista, que tomando parte en el movimiento sindical (38) — es, querido amigo, una simple ilusión óptica. Permanecer *libre*, — para el *obrero* que *debe vender* su fuerza de trabajo — ciertamente es imposible y es precisamente porque es imposible que somos anarquistas y comunistas. Nietzsche ha podido permanecer muy libre — ¡y aún! — si tenía siervos para hacerle vivir y si se aprovechó de su trabajo para vivir. ¡Y aún! Precisamente a causa de eso no ha comprendido nada de la rebelión — permaneció *esclavo* del prejuicio burgués: ¡qué terrible ironía! En cuanto al burgués que pretende ser libre y conservar su plena independencia, cuando otros burgueses — acaba un día por venderse en cuerpo y alma a Rhodes o a Waldeck, y mientras escribe conmovedores artículos sobre Ravachol y el derecho al robo — ES ya más esclavo (de espíritu y de hecho) que el tonelero de Barcelona enrolado en la organización que firma "Salud y anarquía" y cuenta 100.000 obreros.

—Su utopía está muy bien. Es posible que pasemos por un período semejante. Pero *para llegar a él será preciso la revolución* — lo mismo que fué preciso la revolución anabaptista y luterana del siglo XVI, la revolución de Cronwell en 1648, y las proximidades de la revolución francesa para que se llegase a la tolerancia que reinaba en tiempos de los enciclopedistas. Su error principal es, según creo, atribuir a una evolución hecha por la *élite*, lo que fué conquistado totalmente por la fuerza de la revolución popular. Cien mil, por lo bajo, anabaptistas decapitados en Holanda y en la Alemania del norte (cifra dada por los historiadores recientes de la Reforma), — cerca de 100.000 campesinos muertos en la sublevación de 1525 — ¡todo eso está muy lejos de la evolución por los hombres de *élite!* Que éstos se hayan aprovechado de lo que conquistó el movimiento campesino y obrero — que hayan tenido inteligencia para hacer dar a Europa el paso siguiente hacia adelante — nada más verdadero. Pero para llegar ahí había sido necesaria la sublevación de las masas. Sin eso nada hubieran podido hacer (39).

Sí, para llegar a su idilio es preciso aun la revolución — y la cuestión está en saber: ¿qué es lo que permitirá prepararla? Ahí está todo el asunto, y Vd. convendrá que Barcelona, Trieste, Milán (40) la preparan; le dan el elemento que faltó en 1890-94: — el pueblo.

He ahí por qué considero que su comparación del movimiento anarquista unionista con el movimiento socialdemócrata es muy injusta (41). Evidentemente el movimiento español o sindical francés no presenta una limitación del ideal — no teóricamente, sino en su encarnación en tales hombres de tal fecha. Evidentemente toda realización en los hechos está por debajo del ideal de que toma su origen (esta carta, por ejemplo, está por debajo del ideal que me la hizo escribir). Pero ahí se limita la semejanza. Uno de esos dos movimientos es, en teoría y en la práctica, revolucionario; el otro es, en teoría y en la práctica, para las viejas supervivencias, lo contrario de revolucionario. Uno trata de precipitar la marcha de los acontecimientos, el otro de tenerlos a raya!...

Lo que podemos ver es que, dado nuestro ideal, todo lo que hagamos lleve el sello de ese ideal: que se inspire en él. Bajo este aspecto no tenemos nada que reprochar al movimiento de Barcelona que no podamos reprochar a toda actividad en 1890-94: incluso la publicación de artículos individualistas en los periódicos o también los actos individuales. (Esto — sin inspirarme en la idea emitida al comienzo de esta carta, — que el indivíduo

(23) *Historiador ruso que* París de acuerdo a los docu archivos los orígenes de francesa.

(24) *Hubo también la As notables en* 1787, *y en* 1788 *mientos que en ocasión de* en 1888, *se llamó La revolu finado de* 1788 (*Grenoble, mans*), *etc.*

(25) *Había dicho probabl diría aún, que en todo lo qu el 4 de septiembre — jornad valor a todos, después de los sión desde diciembre de* 1851 *nueve años, durante los cu de las numerosas protestas contró un verdadero eco en que en todo lo que ha pasa 4 de septiembre al* 18 *de ma mano de un gran número de de grupos o comités, y muy tiva popular. El pueblo dura ses se sintió conducido por e de los comités que por lo de piraban confianza, y hubo en pasó, mucho más iniciativa y ciente de un gran número que de esa espontaneidad pop ra mí es demasiado legenda se ha dado un golpe y ha tr tonces todo el mundo se remu gura pronto haberlo dado, pe mismo surge muy a menudo ciativa muy consciente.*

(26) *En* 1848 *al menos, y* 1830 *en París, obreros y bur ticiparon igualmente en los pr vimientos, — los burgueses en miembros de las sociedades se tanto que estudiantes. En la París, en los movimientos ins les de la Internacional en Ital paña, en todo lo que ha pasad hubo jóvenes burgueses entre y con ellos. En los movimient cientes que parten de una hu ralmente los obreros predomina rrer en* 1909 *y Malatesta en* 19 *también allí.*

(27) *Los jóvenes burgueses d bonnerie en Francia, más tard y Barbés, después de ellos Flo han ardido de impaciencia por motines, muy a menudo sin en concurso popular cuando bajaro lle?*

(28) *¿No hace falta aún a la un sentimiento casi unánime de bre de pensamiento alerta, de q tema es insostenible, de que est do comprometido, de que esta*

lismo que se predicaba entonces, a consecuencia de malentendidos, no se diferenciaba suficientemente del pseudo-individualismo de los burgueses que lleva a la aminoración del individuo).

—En cuanto a Tolstoy, si no hubiera sido *cristiano* al mismo tiempo que comunista y anarquista — no habría tenido más éxito que los anarquistas, — sin hablar de su formidable talento, que hace aceptar de él (por ejemplo la negación de la justicia) lo que no se habría jamás aceptado de nosotros.

¡Pero bastante! Es preciso sin embargo acabar esta carta. Y la termino bruscamente. Mañana deberé comenzar un trabajo y no podría escribirle.

Las mejores amistades de todos nosotros

Pedro (42).

"Viola, Bromley, Kent,
20 de abril de 1902.

Es preciso, querido amigo, que le envíe por fin esta carta. Sofía había querido leerla, y además quería copiarla, pues me propongo tratar un día seriamente esta cuestión del individualismo. Incluso he comenzado, pero como eso me llevaría mucho tiempo, y aquí los copistas franceses son muy malos, ha sido preciso renunciar. Pero en sus manos, la carta no se perderá.

Tal sólo el lunes hemos vuelto con Sascha de la isla de Wight, donde hemos pasado doce días escalando las *downs* (dunas) en los alrededores de Stanklin. La salud va bastante bien. Sólo que el trabajo cerebral me fatiga siempre muy pronto..

Las mejores amistades de parte de nosotros dos. ¿Ha recibido la traducción francesa de mis Memorias, que le envié a la calle Turbigo?

P. K."

Se trataba de Autour d'une Vie (*Paris, P. V. Stock*, 1902, *XXI*, 536 *pág. en* 8.o)

---

(23) *Historiador ruso que estudió en París de acuerdo a los documentos de los archivos los orígenes de la revolución francesa.*

(24) *Hubo también la Asamblea de los notables en* 1787, *y en* 1788 *los acontecimientos que en ocasión de su centenario en* 1888, *se llamó La revolución del delfinado de* 1788 (*Grenoble, Vizille, Romans*), *etc.*

(25) *Había dicho probablemente y lo diría aún, que en todo lo que pasó desde el* 4 *de septiembre — jornada que dió el valor a todos, después de los años de sumisión desde diciembre de* 1851, *casi diez y nueve años, durante los cuales ninguna de las numerosas protestas valerosas encontró un verdadero eco en el pueblo —, que en todo lo que ha pasado desde el* 4 *de septiembre al* 18 *de marzo hubo la mano de un gran número de hombres y de grupos o comités, y muy poca iniciativa popular. El pueblo durante esos meses se sintió conducido por esos hombres de los comités que por lo demás le inspiraban confianza, y hubo en todo lo que pasó, mucho más iniciativa y acción consciente de un gran número de hombres que de esa espontaneidad popular que para mí es demasiado legendaria; cuando se ha dado un golpe y ha triunfado, entonces todo el mundo se remueve y se figura pronto haberlo dado, pero el golpe mismo surge muy a menudo de una iniciativa muy consciente.*

(26) *En* 1848 *al menos, y también en* 1830 *en París, obreros y burgueses participaron igualmente en los primeros movimientos, — los burgueses en calidad de miembros de las sociedades secretas y en tanto que estudiantes. En la Comuna de París, en los movimientos insurreccionales de la Internacional en Italia y en España, en todo lo que ha pasado en Rusia hubo jóvenes burgueses entre los obreros y con ellos. En los movimientos más recientes que parten de una huelga naturalmente los obreros predominan, pero Ferrer en* 1909 *y Malatesta en* 1914 *estaban también allí.*

(27) *Los jóvenes burgueses de la Charbonnerie en Francia, más tarde Blanqui y Barbés, después de ellos Flourens, ¿no han ardido de impaciencia por precipitar motines, muy a menudo sin encontrar el concurso popular cuando bajaron a la calle?*

(28) *¿No hace falta aún a la revolución un sentimiento casi unánime de todo hombre de pensamiento alerta, de que un sistema es insostenible, de que está demasiado comprometido, de que esta vez la copa se vierte? Tal fué el fin de los Borbones en* 1830, *el de Luis Felipe en* 1848, *la decadencia de Bonaparte en* 1870, *etc.*

(29) *Hay tal vez un error; al menos no conozco motín en Trieste que haya repercutido. En Milán hubo las* cinque giornate *de* 1848, *en Lyon las insurrecciones de* 1831 *y* 1834.

(30) *Africa y Asia.*

31) *Este pensamiento de la proximidad de Metz, desde* 1871 *a* 1918 *fortaleza alemana, a París, agitaba continuamente a Kropotkin.*

(32) *Son palabras de mi carta que expresan la desilusión sobre el socialismo y aun sobre el radicalismo inglés que no supo impedir la destrucción de la independencia de los Boers, ni siquiera las crueldades de esa guerra, campos de concentración, etc.*

(33) *El mismo Gladstone. En esas dos ocasiones únicas Inglaterra abandonó un territorio ocupado o anexado por ella.*

(34) *Se hace de la libra esterlina un objeto de culto.*

(35) *Creo que comprendo mejor ahora que entonces lo que hizo hablar así a Kropotkin sobre América del Norte. En ese inmenso país, desembarazado de todas las preocupaciones que pesan sobre todos los pueblos de Europa, había puesto para todos, para el dólar tanto como para los* cranks *u hombres de ideas avanzadas. Es siempre así — el dólar prospera, los* cranks *no aumentan en la proporción igual a los* Babbitts, *pero continúan sin embargo. En la época de esa carta se hablaba aún de la idea que los trabajadores avanzados tomarían un día uno de los nuevos Estados del oeste para establecer allí una república del trabajo o Comunas, como dice Kropotkin. Hoy es precisamente allí donde existen más duras persecuciones. ¡El* crank *no ha vencido aún al dólar, por desgracia!*

(36) *Se trata del movimiento anarquista.*

(37) *Pouget había publicado de* 1889 *al* 15 *de abril de* 1900 *las diferentes series de su* Pére Peinard, *semanario anarquista en argot parisién, publicación única en la prensa anarquista, a excepción, quizás, de la* Freiheit *de Most, por su verba popular; al mismo tiempo, como Kropotkin, Pouget quedó siempre en contacto con los movimientos obreros. Y bien, esa voz admirable se calló en* 1900 *para siempre — los que no ayudaron bastante al* Pére Peinard *son probablemente la causa directa — y Pouget redactó en lo sucesivo, por no sé cuántos años, la* Voix du Peuple, *el gran órgano semanal publicado por la Confederation Générale du Travail, a partir del* 1.o *de diciembre de* 1900. *— No fuí el único en lamentar esa neutralización en un órgano oficial y oficioso de la C. G. T., de un hombre que durante once años había sido el escritor más independiente y poderoso del anarquismo francés. Sé bien que ejerció una cierta influencia en el ambiente sindicalista y que su corazón estaba ya en sus últimos años cuando hacía todavía el* Pére Peinard, *pero su desaparición, y fué completa, del movimiento anarquista militante, mostró la debilidad del movimiento en esa época y justamente a causa de eso, no habría debido abandonarlo. Si creyó que podía anarquizar el sindicalismo, debió ver que se engañó. Ha sido devorado, absorbido como tantos otros por un ambiente general que no entro a discutir aquí.*

(38) *No puedo figurarme que yo haya hablado entonces de una "anarquía individualista", sino que habría contrastado la independencia de Pouget en su* Pére Peinard *con la pérdida de esa independencia en la* Voix du Peuple, *donde fuí siempre penosamente afectado al verlo en ese pequeño departamento que compartía con otros — como un pobre pájaro enjaulado — rodeado de hombres que tenían otras preocupaciones que la anarquía, y hablando de ésta muy bajo y en tono resignado. Salí siempre con una impresión dolorosa. Quisiera agregar que no soy ciertamente yo el que hablé de Nietzsche, a quien tomé siempre por un autoritario y de quien no tenía ninguna razón para hablar en una discusión sobre los anarquistas. Pero Kropotkin tenía el hábito de identificar un poco precipitadamente (según mi opinión) las corrientes anarquistas que le desagradaban, con las ideas de Nietzsche, y luego combatirlas al combatir los aspectos débiles de Nietzsche.*

(39) *Esto responde a observaciones que hago a menudo a* mi utopía, *si se quiere, al preguntar si la humanidad no podría aprovechar para las luchas sobre el régimen político y social, la experiencia que ha adquirido a costa de grandes esfuerzos en el terreno de la ciencia, de la religión, etc. Se ha visto aquí que era imposible detener la expansión de la ciencia e igualmente generalizar una concepción religiosa cualquiera. He comparado el siglo XVIII en que los mejores espíritus, aun manteniendo muy alto el pensamiento libre, han sabido al mismo tiempo preconizar la tolerancia mutua, para preparar también el siglo XIX en el cual en suma las diferentes religiones se convirtieron en objeto de indiferencia general — con los siglos fantásticos, el XVI y XVII, que no sólo vieron revoluciones, sino tantas guerras y acciones de Estado crueles, miserables y sórdidas bajo pretexto religioso, lo mismo que el nacionalismo origina tantas revoluciones nacionales como guerras no menos crueles y sórdidas. Había preguntado a Kropotkin y a tantos otros, si sobre el terreno de los diferentes matices anarquistas — de ese movimiento de ideas libertarias que para algunos millares está aún en el papel o en las palabras, en algunos centenares, si no menos, de personas que toman la pluma — si no era posible llegar al menos en ese pequeño terreno — extendiéndolo luego — a un medio para cesar el entredesgarramiento, para cesar de querer cada cual universalizar su idea, o la idea de su grupo. Recibí siempre respuestas como ésta, el más rígido* non possumus. *Si falta de antemano la voluntad de hacer el menor esfuerzo, si además se considera absurdo tal esfuerzo, peligroso, ruinoso, ¿entónces? Pero observemos que las masas que han hecho las revoluciones del pasado estaban al menos unidas en su comienzo — y nosotros tenemos el mayor cuidado de estar desunidos de antemano....*

(40) *Milán en mayo de* 1898, *Barcelona en* 1901; *hubo también en* 1901—1902 *esfuerzos huelguistas bastante fuertes en Trieste, Bélgica, Estocolmo, Lemberg, entre los mineros franceses, los* dockers *holandeses, etc.*

(41) *Había dicho que creía ver en el sindicalismo — tal como lo consideraban a menudo entusiastas anarquistas — un peligro semejante para el anarquismo, como el parlamentarismo obrero (socialdemocracia) había sido para el socialismo autoritario — un abismo que nos traga o un mar que diluye nuestras ideas y las vuelve anodinas.*

(42) *Esta carta manuscrita, fechada el* 5 *de marzo, no me fué expedida hasta el* 21 *de abril con esta nota escrita a máquina:*

BIBLIOGRAFIA

Literatura sueca.

En la sección que le dedica una revista francesa a las literaturas nórdicas, y en especial a las escandinavas, hay una crónica del escritor sueco Evynd Johnson, que se propone resumir en unas cuantas líneas el movimiento literario de aquel país.

El autor de los "Cuadros extranjeros", novela traducida ya al francés, ha sido apodado *reagchsnerve*. Es una sensibilidad que reacciona inmediatamente contra toda nueva tendencia de la vida espiritual. El título "El arte de marchar en puntas de pies", es bastante sugestivo por su sesgo irónico. He aquí cómo se expresa de la nueva generación de literatos y poetas, advenida después de la gran contienda:

"La literatura sueca de post-guerra rebosa de salud. La esperanza eterna y un mucho celestial fué puesta a la moda, y en cambio de emprender algo para mejorar el paraíso terrestre, se apresuraron a pedir un abono para el cielo. De pronto y de una sola vez, la vida fué espiritual, nada más que espiritual. Un grupo de jóvenes partió para la siembra. Algunos sembraron rosas rojas, mas los tallos tenían espinas, y se sangraron las manos. Otros sembraron las flores azules de la esperanza celeste. Lo hicieron de tal manera, que se juraría que en su vida no han hecho otra cosa. No obstante que antes habían también sembrado rosas rojas. Hablaron también del paraíso terrestre del pueblo santo, que después de millares de años marchaba en las tinieblas hacia la luz.

Era la joven *literatura proletaria*, que pretendía comprender, ensalzar el obrero, y que muy pronto dió una media vuelta disgustada, se alejó de los hombres para contemplar las estrellas.

Dios dominó, Dios fué la única finalidad; al diablo se le echó del jardín de las almas. Se tuvo entonces visiones celestes. Se escuchó voces angelicales, desde las nubes; una voz para la primavera y la otra para el otoño, pues, en Suecia, la producción literaria no conoce más que dos estaciones: primavera y otoño.

Un solo hombre predomina en ese grupo de escritores *proletarios*, o sea de tendencias sociales. Es Gustavo Hedenvind-Eriksson. No se ha perdido en la soledad divina, como muchos otros, y no ayuna públicamente como alguno de los faquires de allá, del Norte. No escribe sobre su alma y sí para su alma o su espíritu; desde su yo interior y profundo emergen bizarras criaturas humanas que algunas veces se las encuentra entre las páginas de sus libros. Su experiencia de la vida abarca muchos horizontes. Durante muchos años viajó a pié, no solamente en las regiones nórdicas, dentro de los reinos de las florestas y de las nieves eternas, y sí también visitó los trópicos. Como marino, contempló varios mares. Hay tempestades en sus libros, la existencia que nos pinta es dura y difícil y los seres que nos muestra no son las criaturas de las solitudes divinas y de las flores azules. Es soñador y realiza a la vez. Su lengua es bella y muy original.

Sí; aun existe otra excepción, entre los jóvenes: Carlos Augusto Bolander. No se complajo en colocar a Dios en el lugar de los hombres, ni le plugo de ser de aquellos que caminan en puntas de pié por miedo de incomodar a los faquires, vestidos con blancas túnicas de lino. La obra de Bolander, como así la de Hedenvind, es social, en el concepto más bello de la palabra. Escribe valerosa y vigorosamente, hecho muy raro en Suecia, donde *Nuestro Señor* y el alma de la burguesía, así como los viajes a los baños de mar, ocupan un 90 o|o de la literatura sueca.

El arte de caminar en la punta de los pies no es más un arte en la literatura sueca; es ya una costumbre inveterada. No se habla de los viejos; ellos pertenecen a otra época, y sí de la juventud.

Algunos se van al campo para cantar las glorias de Dios; otros ensayan olvidar el pasado, probándose como filósofos de tendencia religiosa, publicando en la gran prensa... y así los demás.

La *joven* literatura sueca, camina prudentemente, sobre las puntas de sus pies.

"Puntas de Fuego" — Narración argentina). — Juan Ferro.

Si Zola, por su energía intelectual de cíclope, se pudo otorgar el soberano lujo y la penosa tarea de describir cíclicamente la historia de una numerosa familia y de su ambiente; y hacer de cada principal personaje una particular novela, confiriéndoles a todos una determinada actividad, desde el genio, profesando ciencias, al estadista, al artista, hasta llegar al obrero y reunirlos luego en un árbol genealógico de los Rougon Macquart, Juan Ferro, con más modestia y menos poder, hizo una miniatura de lo que el genial obrero hiciera, vastos frescos de dolor, de miseria y de barro y sangre.

Guardando las inmensas distancias, existe cierto paralelismo de intenciones. Ferro cuenta sucintamente y con suma llaneza la historia del jefe de una familia enriquecida, que en su juventud fué uno de esos inmigrantes que pisan el país sin más riquezas que sus vibrantes energías y una gran voluntad de apoderarse de algo, ya trabajando o haciendo cualquier cosa. La obsesión es *hacer la América* antes que América los sepulte, los aniquile. En esta lucha canibalesca no siempre triunfa ni logra éxito el más inteligente, ni el más fuerte en el sentido físico, sino el más astuto, el más carente de escrúpulos, en una palabra, el más pillo, qu sea suficiente avisado en guardar las apariencias y marchar al borde del código penal, sin caer en una de sus apretadas mallas. Las mayores fortunas, las más gigantescas, los blasones ganade-

ros y agrícolas de más copete, tienen los mismos orígenes espurios del pillaje, del robo legalizado, del despojo al pobrerío con arteras artimañas. Y son siempre quienes comercian *honradamente* en las colmenas donde todos trabajan y se confían a ellos que demuestran ser más *prácticos* que los candorosos y toscos productores.

Es el caso de un supuesto Juan Canal, personaje principal de este boceto novelesco. En un rincón de una provincia se funda una colonia con una cincuentena de familias. No poseían ellas más que un arado, una yunta de bueyes, una vaca, gallinas y buena disposición para el trabajo. "Todos trabajaron durante tres años, con suerte varia, y casi todos también hubieran seguido trabajando en las mismas condiciones quién sabe cuántos años más. Pero...hubo el jefe de una de ellas, llamado Juan del Canal, que más astuto, más audaz y con menos escrúpulos que ninguno, propuso a sus vecinos formar una cooperativa de consumo, demostrándoles que mediante acciones de $ 100 cada una, podía él venir a Buenos Aires y comprar todo lo necesario para la colonia. Se construiría un local central y él suministraría todo lo necesario a precios más bajos."

Así comienza esta narración que se tilda de argentina, no por las aparentes razones de un regionalismo pintoresco, si no por el color moral, o más bien por el matiz de la moralidad, que siendo la misma de todos los poderosos de la tierra, cambia precisamente por matices.

Ya puede imaginarse el lector lo que ha de suceder luego. Juan del Canal se instala en su nuevo local con sus cuatro varones y dos mujeres. Allí se recibe el correo, convirtiéndose en punto de reunión y don Juan es el consejero obligado de todos, sirviéndole esas preciosas informaciones para tender sus redes. Con las especulaciones en las mercaderías, con los descuentos y las comisiones pagadas por los acopiadores, puede en un par de años redondear una gruesa fortuna. Hay que esperar la perspectiva para quedarse como único dueño de la Cooperativa. Esta se presenta, en un año de absoluta carestía, entonces él hace vender sus acciones a mitad de su precio, manifestando se iba a una bancarrota segura, y cuyo señuelo induce a los colonos a desprenderse de las suyas por lo que les den, siendo compradas por un testaferro puesto por el mismo Canal.

Ya rico, envía los hijos a la universidad de la capital. Sigue, mientras sus vástagos estudian para doctores, a excepción de Roberto — quien representara el papel del rebelde de la familia — a consolidar su posición, "prestando dinero a los necesitados, simulando no tener ningún apuro para que le fuera devuelto, pero haciéndoles firmar "por fórmula", un documento que no tenía "ningún valor".

Breve, a la vuelta de veinte años, la colonia, como antes la cooperativa, pasaba a ser de su exclusiva propiedad. Su ensueño ahora es construir un suntuoso chalet en un barrio aristocrático, en la capital, para que no fueran a confundirlo "con cualquiera". Después de haber sido birlado a su vez tontamente por arquitectos, constructores, muebleros y costarle una verdadera fortuna ese palacete, toma posesión de Buenos Aires con su familia, crecida, hijas mozas e hijos diplomados. José, el mayor, se había recibido de abogado, Enrique en medicina y Raúl, habiendo ingresado en una gran casa de comercio, "había avanzado tanto en su carrera comercial que estaba pensando en eliminar a su socio y quedarse dueño absoluto." Roberto sigue estudiando agronomía libremente.

José, instalado lujosamente en la Avenida de Mayo, hace de su estudio un centro de reunión de "numerosos políticos, hombres sin escrúpulos, viviendo únicamente del chisme y de la intriga, siempre prontos a venderse al mejor postor, con tal de estar en el tapete, donde actúa la baraja política." De ese ambiente de turbias pasiones sale su candidatura a diputado, la que los ases políticos harán fracasar. Sus compañeros de francachela protestan, prometiéndosele un puesto de juez, para resarcirle. Al padre, que le insinuaba, que la diputación resultaría más *práctico*, José solía contestarle:

—No crean eso. A mí me parece que es lo es más *práctico*, porque como diputado puedo estar cuatro años y como juez, quién sabe cuántos, pues estos son puestos inamovibles, y no cometiendo alguna cosa que pueda tener trascendencia, se puede estar en el puesto durante años. Tu comprenderás, papá, aquello es una gotera continua; además yo pienso extremar la rectitud. Que no esperen los reos la menor indulgencia. Al primero que robe cualquier cosa y caiga bajo mis manos, ya verá cómo me encargo de aplicarle el máximum de la pena, sin miramiento de ninguna clase.

Para mí no hay delito mayor que el que comete un individuo apoderándose de lo ajeno, y si me gusta ser juez, es para castigar a los que se preocupan de explotar al prójimo: como el almacenero que te apunta de más en la libreta; el panadero que te roba en el peso; el carbonero que te roba en el peso y te entrega alguna bolsa de menos; el chofer, al que siempre le faltan las monedas para completar el vuelto; los sirvientes que te roban las cucharas y el azucar... ya verás cómo van a quedar esos.

Siguiendo con estas transcripciones, se abultaría demasiado esta crónica, sin que logremos dar la nota de conjunto. Destacar algunas muestras de la narración era necesario para que asomase la fisonomía del autor.

Resumamos la acción. Enrique, el médico, se halla al mismo nivel moral de su hermano José, como juez, y Arturo, como dueño de una gran casa comercial. Si este buen perillán se ingenia deshaciéndose de su socio y hace prender y condenar a un empleado suyo por haberle encontrado tres pares de medias en el sobretodo, Enrique sabe urdir ardides para hacer operar enfermos de apendicitis, que no tenían apendicitis, repartiéndose con el cirujano las exhorbitantes sumas cobradas a fin de reponer las pérdidas al pocker. El único que se salva de esa corruptela es Roberto, quien cada vez se engolfa más en la labor de agrónomo con definidos alcances sociales. Su ferviente preocupación por los desheredados le sindica como un simpatizante de las ideas anarquistas, y aun más por su radicalismo, arrancando de cuajo los prejuicios sociales. Dijérase que éste es un personaje simbólico, contrapuesto a figuras deleznables y de baja catadura ética. A pesar que no haya ni una sola acción, ni un solo detalle que no sea verosímil.

A la muerte del padre Juan del Canal, sobreviene la bifurcación de los dos caminos que emprenderán algunos miembros. José, encargado de la ejecución testamentaria, cobra en complicidad con un colega, una cantidad subidísima; Enrique, de acuerdo con el médico y Arturo con la empresa de pompas fúnebres, cargan la mano. Entonces Roberto, el más expoliado, entre las hermanas y la madre, renuncia a su parte de herencia para legársela a la Sociedad Nacional de Inventores.

Días después cita a la familia, descubriendo todas las infamias cometidas en ese trance por sus hermanos y tras de haberles relatado la historia de sus bajezas, se despide con estas palabras:

—Por fin, para terminar, os diré que sois una banda de ladrones, con quienes yo no quiero tener contacto. Quedáos con vuestras *cosas prácticas*, y dejadme vivir con mi idealismo, como lo llamáis vosotros, pues al menos tendré la satisfacción de saber que jamás hice mal a sabiendas.

Si esta historia moral y física de una familia lo serán también de 50.000 y es lo que explica sobradamente que se haya elevado al rango de una institución sagrada la *viveza criolla o extranjera*. Libro de pocas páginas, escrito sin pretensión alguna, literaria o estilista, por alguien que no es escribidor de oficio, sólo atento a expresarse lo más correctamente posible, sin importarle un ardite las repeticiones y las incorrecciones de sintaxis, tenso en su preocupación de acumular hechos, pruebas fehacientes de la corrupción que mina las altas clases sociales de aquí, diferenciándose de las de otros países por la, zafiedad de espíritu bajamente materialista.

Libros recibidos.—

"El Vencedor", por Pedro Giménez. Novela que obtuvo el primer premio en el concurso literario espiritista argentino. — Prólogo de Arturo Montesano Delchi.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(Continuación)

ESCENA VII

Eulalia, después Piedrabuela.

(Piedrabuela entra por el Portalón y sube al vestíbulo; se sorprende de ver a Eulalia)

Piedrabuela. —¡Eulalia!

Eulalia. (*Saliendo de su postración, súbitamente, hostil*) —¿Ya aquí, otra vez? ¿Qué buscas?

Piedrabuela. —¿Tu marido?

Eulalia. —Aun no ha vuelto.

Piedrabuela. —¿Estás sola?

Eulalia. —¿Qué quieres?

Piedrabuela. —Quisiera hablarte, quizás nos entenderíamos.

Eulalia. —¡Nunca!

Piedrabuela. (*Persuasivo*) —Oye, quizás...

Eulalia. —Vete!... Pero no, siéntate; hablaremos.

(*Piedrabuela se sienta*)

Piedrabuela. —No sé por qué te opones tan rotundamente...

Eulalia. —Me opongo porque, aunque no hubiese razones morales que hacen absurdo ese matrimonio, hay una razón material que lo hace imposible, monstruoso.

Piedrabuela. —¿Y cuál es esa razón?

Eulalia. —¡Justa es tu hija!

(*Estupefacción*). (*Pausa*).

Piedrabuela. —¡Mi hija?

Eulalia. —Tu hija, sí, nuestra hija!

Piedrabuela. —¡Eulalia!

Eulalia. —No tienes de qué asombrarte. Justa es el fruto de nuestros amores ilícitos; de mi amor, porque tú no amaste ni amarás, tú deseas simplemente; ayer a mí, hoy a mi hija, a tu propia hija.

Piedrabuela. —Tú siempre insultante para conmigo, eres rencorosa; a pesar de los años transcurridos aun me odias.

Eulalia. —Te odié porque te amé mucho, porque me hiciste faltar a mis deberes para abandonarme. Te odié, sí; pero hoy ya no te odio, hoy te desprecio, simplemente.

Piedrabuela. —¿Me desprecias?

Eulalia. —Con toda el alma. Aun cuando no mediara ese secreto, me opondría a que te casases con mi hija.

Piedrabuela. —Bien. Ese secreto es falso. Es una fábula que arguyes ahora

Eulalia. —Te juro que es cierto! Justa es el fruto de nuestros amores. Ni antes de conocerte ni después que me abandonaras tuve hijos. Justa no es hija de Rosarondo.

Piedrabuela. —No te creo.

Eulalia. —¿No me crees? ¡No quierés creerme, monstruo! ¡Qué, serías capaz de casarte con tu propia hija, aun sabiéndolo? ¡Vil!

Piedrabuela. —No me insultes, Eulalia.

Eulalia. —Ya te entiendo, sí; simulas no creerme para eludir la responsabilidad moral, es una vieja maña tuya; pero no importa. Sabré desbaratarte. (*De pié, con arrogancia, imperiosa*) ¡Vete!

Piedrabuela. (*Como subyugado toma su sombrero y bastón*) —¡Eulalia!

Eulalia. —¡Vete! Sacrificaré mi honra; pero impediré que cometas un crimen más, incestuoso! ¡Vete!

Piedrabuela. (*De pié*) —¿Me expulsas?

Eulalia. —¡Vete!

Piedrabuela. (*Ya en la escalianta, pronto a irse*)—Buenas tardes.

(*Ella no responde; soberbia, lo mira con un gesto de profundo desdén*). (*Larga pausa*) (*El se aleja, humillado. Eulalia se retira*).

ESCENA VIII

Piedrabuela, después Rosarondo y Saturnino.

(*Piedrabuela va atravesando el jardín, despaciosamente. Casi al cruzar el portalón se halla con Rosarondo y Saturnino que entran.*)

Rosarondo. —Piedrabuela! Feliz encuentro. Fracasó nuestra táctica, amigo. Ni usted dió con el joven ni yo con mi hija; y mi mujer ya ha hablado a los dos. Por casualidad lo hallé en el camino, y lo traía para que hablara con usted.

Piedrabuela. —El señor entonces estará enterado de mis pretensiones...

Saturnino. —Sí, caballero, estoy enterado de sus ridículas pretensiones; y le aconsejo que desista de ellas.

Piedrabuela. —Joven, es necesario que hablemos sin alterarnos.

Saturnino. —Es inútil, caballero. Amo a Justa y por nada en el mundo renunciaría a ese amor. Por otra parte, aun cuando fuese yo tan miserable, Justa no querrá casarse con usted. Acaba de decírmelo. (*Agresivo*) Está usted haciendo un papel bien triste, doctor Piedrabuela, bien triste y bien ridículo para un hombre de su edad!

Rosarondo. —Joven, joven; no es así como arribaremos a algo.

Saturnino. —¿Y cree usted que entre el doctor y yo podremos arribar a algo en este asunto? ¡No! Sólo hallo una solución: que el doctor abandone sus pretensiones, porque... (*Suspensivos amenazantes*).

Rosarondo. —¿Porque?...

Saturnino. —¡Porque estoy dispuesto a abofetearlo en público y obligarlo a batirse. ¡Y a matarlo!

Rosarondo. —Vea que es casi un anciano el doctor.

Saturnino. —Es casi un anciano con arrestos de joven. ¿No pretende a mi novia?

Piedrabuela. —Señores: todas estas son palabras, palabras vanas en medio de las cuales nos perdemos. Señor Rosarondo: usted me va a permitir que hable a solas con el joven. Vamos a retirarnos. ¿Quiere acompañarme usted, joven?

Saturnino. —Vamos, vamos. Señor Rosarondo (*Se saludan*)

Rosarondo. —Adiós, amigo Tobal.

Piedrabuela. —Amigo... (*Se dan las manos que mantienen unidas durante el diálogo*).

Rosarondo. —¿Y cómo sabré el resultado de la entrevista de ustedes ?

Piedrabuela. —El joven le traerá la respuesta, sí la respuesta... afirmativa. Je, je, je!

Rosarondo. —Ja, ja, ja! ¡Qué doctor este! (*Lo palmotea en la espalda, expansivo*).

Piedrabuela. (*Hosco*) —Adiós.

Saturnino (*Cordial*) —Buenas tardes.

Rosarondo. —Buenas tardes, mis queridos amigos! (*Los acompaña hasta el portalón. Ellos desaparecen. Los mira alejarse. Pausa. El sube al vestíbulo. Se destoca, llama la campanilla, enciende un habano. Pausa*).

Mucama. —¿Señor?

Rosarondo. —Llame a mi hija.

Mucama. —Está bien, señor. (*Se retira. Pausa*) (*Rosarondo fuma tumbado en un sillón*).

ESCENA IX

(Rosarondo y Justa)

Justa. —¿Me llamabas, papá? (*Se sienta*).

Rosarondo. —Sí, hija, deseo hablarte... Tú sabes, por tu madre seguramente, que el doctor Piedrabuela...

Justa (*Interrumpiéndole*) —Sí, ha venido a pedir mi mano.

Rosarondo. —Así es, hija mía, ¿y?

Justa. —Y que estoy dispuesta a casarme con él.

Rosarondo. —¿Dispuesta? ¿Sí? ¡Hija querida! (*Se levanta y va a abrazarla*)

Justa (*Con un gesto duro lo contiene*). —Ahórrate el abrazo.

Rosarondo. (*Sorprendido y disgustado*) —¡Hija!

Justa (*Como si no reparara en ello*). —Ya sabes que mamá se opone rotundamente.

Rosarondo. (*Sentándose*) —Yo la sé; pero tu madre siempre ha sido así: una tonta.

Justa. —No, papá, una mujer honrada.

Rosarondo. —¿Entonces tú crees que tu padre?...

Justa. —Sí creo, papá. Esa alegría tuya me lo demuestra una vez más aún.

Rosarondo. —Es alegría de padre, la sagrada alegría del padre!

Justa. —Sí, el padre salvado de la ruina.

Rosarondo. —¡Muchacha!...

Justa. —¿Y por qué te alegra tanto mi casamiento, entonces?

(*Concluirá*)

AÑO V

LA

PORTE PAG

U. Telefónica 0.47

EL PARAISO

Difícilmente las multi
renuncian a una fe colec
hesione. De cualquier cali
fe, sólo quieren de ella ja
que les hará más lleva
Los grandes caudillos y
gieron en jefes espiritual
hacer vibrar este sentim
hondamente arraigado en
na. La industria de los h
pías del régimen actual, p
a una muchedumbre de
los hurgando en ellos
felicidad que ansiamos to
goce superficial, epidérm
una acción tónica que
ardor de una convicción
cia, ya sea proyectándose
futuro de bienestar terre
dicha de ultratumba.

Como el paraíso católic
tá un poco desacreditado,
otros ardides de diversa
otros alcances.

¿Qué es entonces lo que
cerle los cabecillas comu
blo ruso, el más dado a
dades místico-religiosas, d
to turbulento capaz de g
cios como de crueles crí

Destruídos sus templos,
sacerdocio, el partido comu
volver sobre sus pasos pa
parcialmente los ritos de la
doxa. No poseyendo más
aldeas que celebraban al
funciones religiosas. La pe
parte de las autoridades
logró ahuyentar a los fiele
remonias.

Pero a los comunistas les
do prometer nada de lo que
gencia, directa o indirecta
ligiones. Por eso, desde el
mento, desde la estipulación
Brest-Litovsk, se agitó la b
revolución mundial. Y tan
tuvieron las huestes proletar
que se desesperaban de la
de los acontecimientos, que
esa revolución, les traían
carestía, hasta que los flage
fermedades, del hambre co
zaron las proporciones de
general. Quien quisiera leer
tos históricos que más fidedi
flejan la grandiosa tragedia
moralización de un pueblo,
rrir a las admirables cartas
ko, dirigidas a Lunacharsky,
requisitoria tan tremendame
fué lanzada a la faz de los
ñaron del poder en el afán
en autoridades supremas. L
justicieras de el autor de
Ciego" han de resonar larga
todavía, no es la hora para p
veredicto final contra quiene
laron la revolución, destruye
oportunidad para que el géne
avanzase un paso sobre el ca
emancipación, los vivos test
Korolenko y de otros han d
mudas, irrefutables acusacion
porta que sus historiadores o
sen los acontecimientos al pal
amos. La verdad, en definit
triunfar.

Entretanto, los hombres pr
del partido bolchevique siguen
do a las masas adictas el para
futura revolución mundial.

Zinowief, en el informe pre
Comité Ejecutivo de la Tercer
cional, como presidente del mi
de la lectura hizo esta declara

AÑO V

BUENOS AIRES, 1 DE MARZO DE 1926

No. 214

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

EL PARAISO DE LA REVOLUCION MUNDIAL

Difícilmente las multitudes humanas renuncian a una fe colectiva que las cohesione. De cualquier calidad que sea esa fe, sólo quieren de ella la parte de ilusión que les hará más llevadera esta vida. Los grandes caudillos y los que se erigieron en jefes espirituales, saben tañer, hacer vibrar este sentimiento recóndito, hondamente arraigado en el alma humana. La industria de los hacedores de utopías del régimen actual, puede entretener a una muchedumbre de lectores solazarlos hurgando en ellos la partícula de felicidad que ansiamos todos, mas es un goce superficial, epidérmico. Necesítase una acción tónica que les inculque el ardor de una convicción, de una creencia, ya sea proyectándose sobre un sueño futuro de bienestar terrenal, o de una dicha de ultratumba.

Como el paraíso católico y romano está un poco desacreditado, se recurre a otros ardides de diversa especie y de otros alcances.

¿Qué es entonces lo que podrían ofrecerle los cabecillas comunistas al pueblo ruso, el más dado a las morbosidades místico-religiosas, de temperamento turbulento capaz de grandes sacrificios como de crueles crímenes?

Destruídos sus templos, dispersado el sacerdocio, el partido comunista tuvo que volver sobre sus pasos para restablecer parcialmente los ritos de la religión ortodoxa. No poseyendo más iglesias, hubo aldeas que celebraban al aire libre sus funciones religiosas. La persecución, por parte de las autoridades soviéticas, no logró ahuyentar a los fieles de esas ceremonias.

Pero a los comunistas les estaba vedado prometer nada de lo que tuviese atingencia, directa o indirecta, con las religiones. Por eso, desde el primer momento, desde la estipulación de la paz de Brest-Litovsk, se agitó la bandera de la revolución mundial. Y tan engañadas estuvieron las huestes proletarias de Rusia, que se desesperaban de la marcha lenta de los acontecimientos, que, en vez de esa revolución, les traían carestía tras carestía, hasta que los flagelos de las enfermedades, del hambre colectiva alcanzaron las proporciones de una debacle general. Quien quisiera leer los documentos históricos que más fidedignamente reflejan la grandiosa tragedia de la desmoralización de un pueblo, deberá recurrir a las admirables cartas de Korolenko, dirigidas a Lunacharsky. Jamás una requisitoria tan tremendamente justa le fué lanzada a la faz de los que se adueñaron del poder en el afán de erigirse en autoridades supremas. Las palabras justicieras de el autor de "El Músico Ciego" han de resonar largamente. Y si todavía no es la hora para pronunciar el veredicto final contra quienes estrangularon la revolución, destruyendo así una oportunidad para que el género humano avanzase un paso sobre el camino de su emancipación, los vivos testimonios de Korolenko y de otros han de servir de mudas, irrefutables acusaciones. No importa que sus historiadores oficiales guisen los acontecimientos al paladar de sus amos. La verdad, en definitiva ha de triunfar.

Entretanto, los hombres preeminentes del partido bolchevique siguen prometiendo a las masas adictas el paraíso de una futura revolución mundial.

Zinowief, en el informe presentado al Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, como presidente del mismo, antes de la lectura, hizo esta declaración:

"Nuestros métodos podrán sufrir algunos cambios, pero no sucederá lo mismo con la revolución del proletariado, que es nuestro único objeto básico. La historia hace figurar en el orden del día la dictadura del proletariado."

Agregó luego que la Internacional Comunista tropezaba con grandes dificultades en Estados Unidos, y confesó que su situación era también muy débil en el Japón.

Es la ilusión más inmediata esta de la dictadura, del proletariado. Es la promesa a la vuelta de la esquina, tras de la encrucijada de cualquier suceso que ha de producirse por generación espontánea.

Y son precisamente los dirigentes de ese partido que alejaron poco a poco la probabilidad de esa ensoñada revolución, con esos *cambios de métodos;* obrando de la misma manera que los Estados burgueses, armándose hasta los dientes.

¿Qué fe le puede merecer a la gran parte sana, inteligente y sensata de la humanidad, que no persigue ningún fin político, si ellos adoptan las mismas armas, continúan perpetuando las viciosidades del régimen de sus presuntos enemigos? ¿Cómo diferenciarlos?

¿Cómo diferenciar de los sabios oficiales, a sueldo de los Estados de la caduca Europa, a este profesor ruso que declara haber inventado una proyección de rayos destructores?

He ahí la noticia cablegráfica:

"El profesor A. N. Boyko, del Observatorio Magnético Ruso acaba de anunciar el invento de un aparato mediante el cual, por la refracción de poderosísimos rayos de calor, se podrán destruir aeroplanos o dirigibles mientras estén en vuelo. Dice el profesor Boyko que mediante esos aparatos se podrán concentrar hondas de calor a una distancia de 50 kilómetros, sin que pierdan más de una tercera parte de su fuerza original, y que tiene el propósito de ofrecer su invento al Ejército de los Soviets."

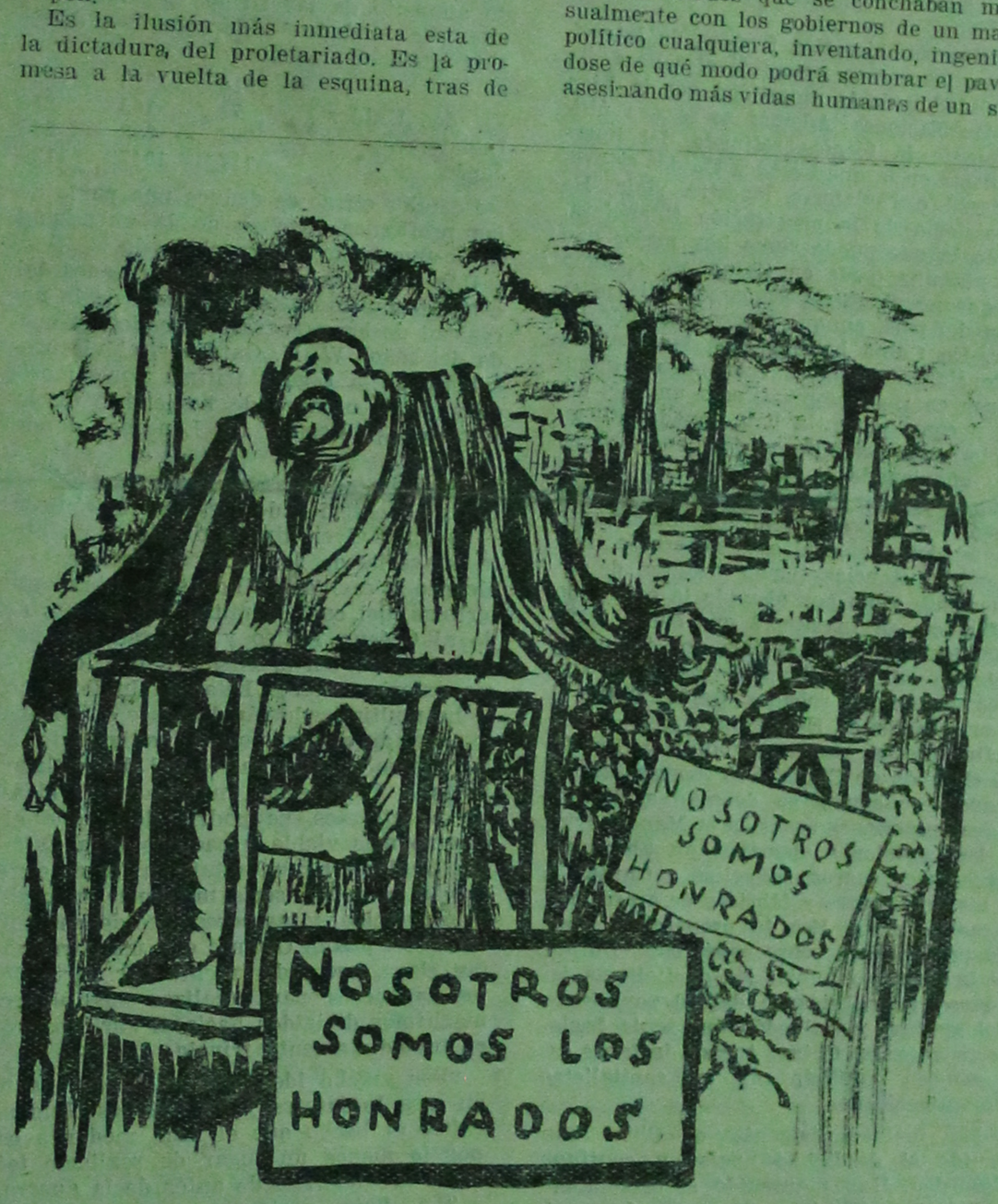
¿No es éste un monstruo como los demás monstruos que se conchaban mensualmente con los gobiernos de un matiz político cualquiera, inventando, ingeniándose de qué modo podrá sembrar el pavor, asesinando más vidas humanas de un solo envión? No valen sofismas para convencernos que los medios se justifican por el fin. La moral jesuítica no estará nunca con nosotros.

¿Y la condena a muerte de diez estonianos, supuestos espías, que vendieron a las autoridades norteamericanas los planos militares del ejército rojo? ¿No son acaso los mismos incidentes que presenciamos durante la guerra, asqueados?

¿Es que el comando de guerra teme una invasión del ejército o de la flota estadounidense? Por cierto que no.

Entonces son ellos que están tramando invadir Europa para imponerle el comunismo autoritario.

No es militarmente, *manu militari*, que se implantan nuevos ideales de vida.



¡LADRONES! ¡ESTAFADORES! ¡HIPOCRITAS! ¡CANALLAS! ¡FARSANTES!, son las calificaciones de menor calibre con que se tiran los políticos defendiendo sus futuros banquetes.—No votéis por ninguno, que todos se dicen la verdad recíprocamente.

Nunca han querido reconocer que no es con procedimientos torcidos, ni plagiados de sus aparentes enemigos, sino que todo fin santo requiere medios santos.

BANDOLERISMO OFICIAL

El bandolerismo oficial en el territorio del Chaco está campando por su fama bien conquistada de criminal con pocos riesgos, que puede apalear, encarcelar a quien quiera. Una noticia perdida entre el fárrago de los telegramas del interior, de un diario matutino, anunciaba que el actual gobernador empezaba a realizar gestiones para su reelección. Luego, al mes, aparecía en un órgano de la tarde una carta, suscrita por un grupo de colonos y comerciantes de Resistencia, solicitando se reeligiese el presente funcionario por su "inteligente labor administrativa y por su conducta honesta e intachable".

Se sabe cómo proceden las autoridades de campaña. Obtener firmas de los influyentes del lugar que lo está soportando, es algo tan común que ya entra en las acciones perfectamente normales y lícitas. A nadie tratan de engañar. Sólo se quiere dar un viso de verosimilitud a estas peticiones, y que encuadra dentro de una aparente legalidad.

Pero la reelección tan ansiada por el gobernador del Chaco, no pudo encontrar la unanimidad que él quería. Y tuvo que emplear medidas drásticas para doblar el ánimo de los remisos y de los que no opinaban que fuera ni tan honesto ni intachable en su conducta como él mismo se calificara por medio de algún periodista que se *comía* dos o tres vigilantes, inexistentes para la comisaría, pero vivitos y coleando para el cobro de la mesada.

Mandó a empastelar la imprenta de un diario, tal vez opositor; ordenó prender a cuanto cristo mostrara su disentimiento, o no se exteriorizase con palabras favorables a su reelección, hasta que estas quejas, venidas del lejano Chaco, pudieron encaramarse a las páginas de un diario matutino, de gran prudencia y peso sobre la opinión común, y aparecer en forma de macizo editorial. Ahí, en esa prosa espesa y densa, se habla de todos los lugares comunes, se apela a la acción del P. E. nacional para que envíe un comisionado en son de investigador, menos del pasado del Sr. gobernador bastante ennegrecido. En el Suplemento número 205, 28 de diciembre, por las denuncias documentadas de un periódico del interior, se publicaba la relación de las vergonzosas jornadas de Napalpí, donde la miljcada embravecida masacró un par de centenares de indios, entre hombres, mujeres y niños. El triste héroe de esa matanza a mansalva fué el gobernador Centeno, quien manifestara que quería hacer un escarmiento. No reeditaremos las causas fútiles que motivaron esos crímenes, en salvaguardia de los intereses de unos cuantos explotadores en connivencia con la policía, la magistratura y la administración toda de ese territorio.

Pero ese mismo periódico informa que las casas de juego, de tolerancia y algunas casas mayoristas son regenteadas por parientes y allegados del gobernador. Cita también que estas casas cambiaron, para despistar, varias veces de firma. Se las conoció y se las conoce por Centeno, Baraldi y Cía., más tarde Aloy.

De este modo, si el juego, la bebida y el amor, no acaban por dejar desnudos a los colones, peones e indios, la casa mayorista los despoja de sus cosechas, los esquilma con los enseres, útiles, ropa, alimentos que les vende a precios subidos para que todo quede en la misma familia.

Y a pesar de estos *antecedentes de honestidad y de intachable conducta*, de la

La próxima guerra contra el Asia

Nuevamente tendrá que ver el mundo otra hecatombe, una catástrofe en comparación con la cual parecerá insignificante la última guerra. El imperio norteamericano y el británico, las dos principales potencias económicas y políticas del mundo, las piedras angulares del sistema imperialista capitalista que tiene el mundo en sus garras, avanzarán en esa guerra contra el Asia.

Los preparativos para esa matanza dominan toda la acción política y económica de esos dos gobiernos, comenzando por la propaganda de la prensa sobre la raza y el color, hasta las maniobras marítimas en el gran océano, desde la concesión de nuevas reformas hindús hasta la construcción del gran punto de apoyo para la flota marítima y aérea de Singapur. Los preparativos se han vuelto más acelerados y amenazadores, porque el movimiento nacional chino contra las potencias imperialistas se ha vuelto más vigoroso y porque el Japón se ha convertido más y más en el concurrente comercial de Inglaterra y Estados Unidos en China.

Ante todo es necesario echar una ojeada a la situación económica y política de Asia para comprender las fuerzas que se ocultan tras esos preparativos bélicos. Asia es tanto una de las fuentes principales de las materias primas de la industria europea como un mercado para los artículos elaborados. Ofrece además un vasto campo al empleo de capital superfluo. Por lo que se refiere a la sumisión de los pueblos asiáticos por el imperio británico, se apoya en algunos puntos. En lugar de asegurarse materias primas y reservarlas para un enorme comercio exterior, India ha sido totalmente sometida, política y económicamente. Y una vez logrado eso, India se convirtió en el centro desde el cual fué cometida toda el Asia, incluso China y el próximo Oriente. La significación de la India para el imperio está resumida del mejor modo en un libro del profesor de la Sorbonne de París, A. Demangeon, *América y la concurrencia en torno al imperio mundial;* allí se lee:

"India es una colonia típica para la explotación. Extraordinariamente rica, fuertemente poblada, ofrece a sus amos al mismo tiempo riqueza y defensa. Por medio de India asegura Inglaterra su destino. India es el punto de apoyo del comercio británico para el lejano Oriente. India proporciona a la flota puntos de apoyo para su tráfico marítimo. India presenta al ejército legiones de soldados inteligentes: la población nativa combate en favor de la Gran Bretaña en China y Africa del sur. Durante la guerra mundial la India dió más de un millón de hombres, de los cuales 100.000 fueron muertos. India es un mercado gigantesco para la Gran Bretaña; dos terceras partes de su importación proceden de Inglaterra; proporciona el 51 por ciento de la producción total del imperio, 58 por ciento del té, 72 por ciento del café y casi todo el algodón. Enormes cantidades de dinero inglés han sido colocadas en las minas hindús, en las fábricas, en las plantaciones, en los ferrocarriles y en las obras de canalización de la India. India paga intereses por cerca de 350 millones de libras esterlinas. India ocupa un ejército de empleados ingleses, cuyo salario es pagado, y sus ahorros emigran anualmente a Inglaterra. Vierte los intereses de sus deudas de Estado, las pensiones de los funcionarios, sueldos, los gastos gubernativos de su administración en las cajas inglesas. Se estiman en más de 30 millones de libras esterlinas anuales las sumas que paga la India en el imperio Unido por su activo, sus funcionarios y sus accionistas. Además no sabemos cuánto procura a los comerciantes que negocian con élla, y a los barcos que transportan sus productos. Nunca fué mejor empleada que aquí la palabra *"explotación"*.

La guerra mundial aguzó el apetito de las grandes potencias en dominación y poder. En los Estados Unidos, por ejemplo, surgieron durante la guerra 23.000 nuevos millonarios. El imperio británico integró a su territorio 931.000 millas cuadradas de tierra africana — un espacio que forma aproximadamente una tercera parte de los Estados Unidos. Además confiscó los ricos países del Eufrates, Mesopotamia, Siria, Palestina y las costas orientales del Mar Rojo. Creó protectorados en torno a Egipto, pudiendo permitirse así dar a ese antiguo país la apariencia de una independencia política y sin embargo tenerlo sometido. Sus vías comerciales hacia el Asia son más vigiladas que nunca por mar y por tierra. La insignia británica es la primera en el mar.

Estos son ejemplos francos de latrocinio, a los que se imprimió el sello de la legalidad y de la moralidad por la Liga de las Naciones. Además se agrega últimamente la técnica refinada del imperialismo en la que Estados Unidos es profesional e Inglaterra maestra vieja. Es el sistema de la penetración financiera, como la que puede verse hoy mejor que en ninguna parte en China, un sistema al que no sigue necesariamente la posesión del país, aunque a menudo tiene lugar. En China han buscado las grandes potencias concesiones económicas, impusieron enormes empréstitos a un país débil y como garantía han tomado minas, yacimientos petrolíferos y aduanas. No se han anexionado el país; mantienen sólo sus condiciones vitales bajo garras mortíferas — y esto es mucho más importante que el derecho legal a la soberanía. Las grandes potencias tienen "esferas de influencia", como por ejemplo la esfera de influencia de Inglaterra que cubre el 28 por ciento de todo el país, con inclusión del rico valle del Yangtsé con los territorios británicos robados desde Tibet al puerto inglés de Hongkong.

Durante la guerra mundial se fortificó el Japón en China. Sus famosas 21 demandas exigieron su derecho a las antiguas posesiones rusas en la Mandchuria, a las posesiones alemanas en Shantung (que luego fueron devueltas a China) y a las fundiciones y fábricas de acero más ricas de Asia. Eso le proporcionó casi un protectorado sobre aquél país. Durante la guerra mundial los capitalistas japoneses se apropiaron del 50 por ciento del mercado de algodón que tenía Inglaterra antes en China. A cada instante cayeron en conflicto con los capitalistas norteamericanos.

Las fuerzas dirigentes en China han tenido el desdichado país en continuo desorden. Han mantenido el corrompido gobierno de Pekín y de ese modo consiguieron imponer al país formidables empréstitos y legalizar sus apropiaciones y favorecimientos de las fuentes naturales. Las infinitas guerras civiles tienen su origen en esa política.

Según Bertrand Russel, que escribe en *New Leader* sobre estas cosas, sólo es problema del tiempo "el que Inglaterra y Estados Unidos se pongan de acuerdo para establecer en China un "buen gobierno" con fines a la explotación" y llevar la paz "a un pueblo que ha sido conducido a la desesperación por las guerras sin fin". Un periodista inglés, el señor John A. Brailsford, que escribe desde Tokio un artículo en el número de diciembre de 1924 de la *Modern Review* de Calcuta, informa sobre los sucesos de China o el odio no disimulado de los chinos contra las potencias imperialistas de Occidente. El señor Brailsford habla también del conflicto entre el gobierno revolucionario del entretanto fallecido Dr. Sun Yat Sen en el Sur y las autoridades británicas. En agosto de 1924 intentó el Dr. Sun Yat Sen reprimir una insurrección inspirada por Chan Lim Pak, el más alto funcionario chino del Banco de Hongkong y Shanghay, la compañía financiera británica dominante en aquella parte del mundo. Cuando el cónsul inglés en Cantón amenazó bombardear Cantón en caso de que el plan se ejecutase, lanzó el Dr. Sun Yat Sen un manifiesto famoso al pueblo chino que da un cuadro bastante claro de las fuerzas beligerantes que fueron implicadas en la lucha próxima. Un párrafo de ese manifiesto dice:

"Veo un propósito nuevo e injusto en esa exigencia de la Inglaterra imperialista. Si la examino a la luz del apoyo diplomático y moral y de los millones de restauraciones y otros empréstitos que han dado las potencias imperialistas continuamente más de 12 años a la contrarrevolución, es imposible dejar de considerar esa acción del imperialismo como algo diverso de un ensayo habilidoso para destruir el gobierno Kuo-Ming-Tang, a cuyo frente estoy. Pues aquí se ha operado una sublevación franca contra ese gobierno por un agente de confianza de los más poderosos sostenes del imperialismo en China. Y un llamado gobierno obrero británico amenaza ultimar las autoridades chinas de Cantón en caso de que recurran a la única manera de obrar que podría capacitarlas para medirse con un movimiento que aspira a derribarlas."

Durante el último año la tensión entre Inglaterra y Estados Unidos por una parte y el Japón por otra se ha acrecentado. La proporción en que el Japón superó comercialmente a las potencias dominantes del mundo, puede verse por el rápido aumento de las firmas japonesas en una sola ciudad — Shanghay — desde 1914 hasta el presente:

	1914	1923	1924
Estados Unidos	71	165	216
Inglaterra	202	228	255
Japón	117	1047	1125

De tales cifras se deduce una parte de las profundas razones de la enemistad anglo-americana contra el Japón.

Una de las más secas descripciones del conflicto de intereses en Asia y de la necesidad de los preparativos bélicos procede del señor W. H. Gardiner, el vicepresidente de la Liga Marítima norteamericana en el número de noviembre de la *Fortnightly Review* de Londres, donde constata:

"Será bueno recordar que en 1923 el comercio exterior de las islas británicas — del cual viven directa o indirectamente la mayoría de los obreros ingleses — alcanzó a casi dos billones de libras esterlinas, del cual la mitad fué trasportado al Océano Indico y al Gran Océano, mientras que en el mismo año el comercio exterior de los Estados Unidos, que se ha multiplicado rápidamente en Oriente, era aproximadamente equivalente a las cuatro quintas partes del de la Gran Bretaña. Como están en juego tales ideales e intereses, se podría decir que el camino más viable y pacífico para Estados Unidos y Gran Bretaña, a fin de conservar su poder, sería mantener su posición principal y las posesiones dependientes en el lejano Oriente con una firmeza tan clara, que todo intento por parte de los japoneses para realizar sus planes marítimos dirigidos hacia el sur, aparezca inmediatamente frívolo.

"Por mucho idealismo que mantengan en casa Inglaterra y los Estados Unidos, existe el hecho que el Asia moderna es por lo menos un lugar de realismo tal como la Alemania de antes de la guerra.

"La flota norteamericana no es tan fuerte como debía serlo realmente. La flota británica no tiene ninguna base apropiada y de confianza en el Océano Pacífico... Corresponde indudablemente a los intereses de los norteamericanos y de los ingleses que se postergue lo menos posible la creación de un punto de apoyo británico, semejante al planeado para Singapur."

Un miembro del Congreso americano ha convocado a una conferencia de la población blanca de los países del Océano Pacífico, cuyo propósito, como se dice, es "producir una entente comercial, económica y política mejor y preparar una defensa general contra la raza amarilla." En consideración de esos hechos, China, Japón y Rusia han llamado a una conferencia de todos los pueblos asiáticos a fin de discutir medios y caminos para obtener y mantener su libertad. El Japón tiene su política respecto a China, que durante 30 años fué extremadamente usurpadora y hoy fué repentinamente revisada. Y después que Rusia y el Japón se han dado cuenta de los preparativos bélicos de la alianza anglo-sajona, han firmado un pacto de alianza, y se puede suponer con bastante seguridad que China se adherirá, si no lo ha hecho ya. En ese pacto el Japón y Rusia han convenido proteger la inviolabilidad de China. El Japón ha adquirido preciosas concesiones económicas, incluyendo los grandes depósitos de petróleo de la isla Sachalin, al norte del Japón, la única comarca carbonífera de importancia de toda la costa del Océano Pacífico. Además se agrega para el Japón mismo el descubrimiento de inagotables minas de hierro. Todos sabemos que de todos los artículos de guerra, el petróleo, el carbón y el hierro son los más importantes. La cólera de Inglaterra y de Estados Unidos sobre esa evolución económica sobrepasa toda medida, pues con eso obtiene repentinamente el Japón una aterradora potencia militar y su hierro, su carbón y su petróleo es completamente independiente de Inglaterra y de Estados Unidos.

En una discusión sobre el tratado ruso-japonés dice Tchitcherin, el ministro de relaciones exteriores de Rusia:

"El pacto con el Japón es más que una ordinaria constatación de problemas en discusión de dos países. Afirma la influencia de la Rusia de los soviets en el lejano Oriente y vierte una luz desfavorable en las complicadas relaciones políticas del mundo."

Por ese pacto vemos a Rusia de nuevo como una potencia en Asia. Sobre los propósitos de Rusia, podemos oír otra declaración de Tchitcherin en el congreso de los pueblos orientales, que se celebró en Bakú en la primera semana de marzo de 1924; dijo que "la política rusa tiende a destruir todo rastro de imperialismo británico en Asia". Puede ser que se proyecte suplantar el poder imperialista británico por el poder bolchevista ruso, aunque lo que Asia desea es la destrucción de todo rastro de imperialismo, cualquiera que sea.

El pacto ruso-japonés tiene amplios resultados. Hay que considerarlo en relación con la entente ruso-turca, que significa una alianza defensiva. Turquía, Afganistán y Persia están asociadas igualmente por alianzas defensivas, y sus relaciones con Rusia son muy cordiales. Vemos, pues, toda el Asia, comenzando por Turquía y Rusia hasta el Japón (con excepción de la India, apartada) formando un frente, un bloc asiático con el que los Estados Unidos e Inglaterra tienen que contar.

Los Estados Unidos convocaron una conferencia del desarme en Wáshington. Pero esa conferencia, como la de 1921, no sirve al desarme sino sólo al ensayo de desarmar al Japón. Esto equivale a las proposiciones de Haldane unos tres años antes de la guerra mundial — cuando Inglaterra intentaba limitar la marina de Alemania.

Estados Unidos ha hecho gigantescas maniobras marítimas en el Océano Pacífico — una provocación directa de guerra — y el Japón rehusó a recibir la flota americana sin dar una explicación. El Japón realizó contramaniobras, cuya misión era la protección de todo acceso al imperio. La flota norteamericana llevó consigo 250 periodistas para "mostrar al público americano lo que hace el gobierno y lo que intenta hacer".

La construcción del gran punto de apoyo para la flota aérea y marítima de Singapur por Inglaterra no tiene otro propósito que la preparación de la guerra. Estadistas ingleses han intentado decir, con su hipocresía usual, que aquella estación sólo debía ser una estación de permanencia. La *Nation* (Londres, dic. 1924) pregunta: "¿En qué circunstancias pensamos que nuestros barcos de guerra necesitarán aguas orientales? No necesitamos ningún barco de guerra para proteger nuestro comercio contra los cruceros piratas o de submarinos."

Según el plan de Singapur, construye Inglaterra ocho nuevos cruceros. Pero esos nuevos cruceros son sólo preparativos públicos. Existen preparativos secretos mucho más funestos, de los cuales recibimos un pequeño rayo de luz en el artículo últimamente aparecido en *Le Journal* de París y procedente de su corresponsal especial enviado al Asia para convencerse del estado de cosas. Ese escritor, dice:

"Después de notificada la construcción de la base naval y aérea de Singapur por el gobierno de Mac Donald, se desarrolló con gran celeridad y en el mayor misterio un nuevo punto de apoyo para la flota en la ensenada de Trinkomali en la isla de Ceylan. En aguas profundas, protegido contra los vientos del océano, rodeado de altos

---

cual se avergonzaría el criminal más empedernido, por la cobardía que se revela en todos ellos, el gobernador Centeno será elegido. No somos profetas, mas no es necesario serlo para acertar.

Ya encontrará un Zacconi como comisionado que a los cuatro meses largos vaya al Chaco con el doctor Palmaredo para hacer la autopsia de los indios y dar cuenta al Congreso que no habían sido mutilados, según versiones calumniosas. Claro, desenterraron algunos esqueletos, se elevó el informe pertinente y se anagaron todos los rumores en un silencio sepulcral.

montes, cumple en alto grado la misión de servir a la flota inglesa en toda forma en su camino hacia la India. Una línea ferroviaria estratégica le une por Dschungeln y los campos de arroz, con Colombo. Hace dos años y medio inauguró el príncipe de Gales esa estación de la flota, sin que el mundo supiera nada de ello. Actualmente es protegida por una escuadra entera de ocho cruceros. En el curso ulterior del viaje tuvimos ocasión de sufrir otra sorpresa muy interesante. En el estrecho de Malaca se oye repentinamente el grito: "¡Submarino visible!!" Y vimos realmente sobresalir de la superficie de las aguas, con los cañones dirigidos hacia nosotros, un hermoso submarino de 1200 toneladas, construído según las experiencias de la última guerra y al cual Inglaterra ha confiado la protección de sus posesiones. Este encuentro es significativo. Quiere decir que a pesar de todos los debates parlamentarios sobre la fortificación de Singapur el almirantazgo británico no se ha detenido nunca en sus febriles preparativos. Resumamos: Port Said, Suez, Perim y Aden son los vigilantes del Mar Rojo, Trinkomali protege el camino hacia la India, Penang y Singapur vigilan las vías marítimas malásicas y el último miembro de la cadena está en el Océano Pacífico, el misterioso Hong-kong".

Que Singapur no fué construído contra el Japón, como algunas gentes aseguran, lo demuestra el hecho que está a 3.000 millas del Japón y es el gran puerto de apoyo del sur del Asia, que vigila el golfo de Bengala y la India por una parte y por otra el mar del sur de China, con Hong-kong y la entrada en China por otra parte.

Qué papel dará Inglaterra en esa lucha a la India, se deduce claramente de la última guerra. Pero si los mercenarios se niegan a luchar contra el Asia, Inglaterra planea reducir el país a la impotencia en último resultado. Lor Reading, el virrey de la India, ha sido llamado repentinamente a una conferencia en Londres, cuyo objeto indudablemente fué la elaboración de nuevas reformas para la India y el intento de ganar para Inglaterra un gran número de personalidades hindús. Las reformas sólo pueden ser otorgadas a dos o tres provincias y así es destruída la conciencia nacional del país.

Además tenemos la labor continua de los agentes británicos para precipitar insurrecciones de los hindús mahometanos en la India. Esa situación de cosas hay que considerarla a la luz de los acontecimientos del cercano Oriente. Inglaterra se propone formar una Federación árabe semi-independiente bajo la "protección" británica, y esa Federación debe ser un baluarte contra Turquía por una parte y formar la sede del califato (el Vaticano de los mahometanos). Los mahometanos hindús son muy religiosos, e Inglaterra espera fortificar su fidelidad al califato, que no es ni más ni menos que una institución política de los ingleses.

Entretanto son fortificados los distritos fronterizos del norte de la India y se construyen allí bases aéreas y hospitales. El presupuesto para la flota aérea de Inglaterra se acrecentó extraordinariamente y el director del ministerio británico de la navegación aérea hizo un viaje por esa parte del mundo para trazar una vía aérea británica de Inglaterra a la India, de la India a Singapur, Hong-kong, Australia y Africa del sur. Si Inglaterra no puede retener la India de otro modo, puede, sin embargo, según las palabras de un miembro de la cámara de los Lores, al menos destruir el país desde el aire.

En la India ha aprobado Inglaterra repentinamente una ley para la protección de algunas ramas nacionales de industria. La *Industrie-und Handelsrevue für Indien*, que se publica en Berlín, pone esa ley en la picota, diciendo en un pasaje de sus comentarios:

"El acero de la Tata (Tata es una de las grandes compañías hindús del acero) proporcionó al gobierno británico durante la guerra mundial munición, y los rails de la Tata ayudaron, además de otras cosas, a la construcción de ferrocarriles en Mesopotamia, para proteger el despojo económico y político de aquel país por Inglaterra. Y no podemos menos de pensar que el acero hindú desempeñará un papel especial en la guerra inevitable en el Asia oriental unos años más tarde. La importancia de esa producción de acero en la India no puede ser menospreciada en relación a una guerra asiática, y esa nueva medida hay que relacionarla con la base marítima de Singapur y los preparativos bélicos de Inglaterra. Y cuando la guerra haya pasado, comprenderemos cómo fué hecha la política imperialista británica para armonizar con los intereses de la clase capitalista hindú."

Desde la guerra se ha llevado a cabo una obra de azuzamiento, no sólo por medio de las armas, sino también por la prensa y podemos observar una campaña de preparativos en Europa y en América. El "peligro amarillo" es vuelto a anunciar; se propagan visiones de la "piratería asiática como en lejanos tiempos". La prensa americana da a los japoneses el título de "hunos amarillos del Oriente". Odio, temor, terrible voluptuosidad son estimulados, y los libros que sirven ese objetivo tienen una llamativa difusión. "*El flujo creciente del color*", por Lothrop Stoddard es uno de esos libros que llama al mundo anglosajón "a sacudir los lazos del altruísmo arraigado, a poner a un lado el vano fantasma del internacionalismo y a escribir de nuevo en su bandera el orgullo de raza y el derecho a gobernar!"

La próxima lucha será una lucha por la posesión de la tierra, ventilada por la gran alianza de los capitalistas anglo-americanos. Los capitalistas ingleses y norteamericanos son bastante poderosos para enfeudar el destino de los trabajadores de sus países a la protección de sus caudales colocados en Asia. Como sabemos, el sistema capitalista es internacional, y si Inglaterra y Estados Unidos son complicadas en una guerra, todo el mundo debe tomar parte necesariamente en ella. Así entendemos la propaganda de las razas y del color en Alemania, Holanda y otros países, cuyo propósito es unir esos países con la alianza anglo-americana. A causa de hostilidades anglo-francesas en Africa, el próximo Oriente y la Indo-China, no se espera de Francia que se adhiera al llamado "mundo blanco", y los obreros franceses, cuyo campo de batalla no sólo es Indo-China, sino también el Africa, el cercano Oriente y Europa, son llamados en cambio a la lucha contra la alianza anglo-norteamericana. Hoy se dice a los obreros ingleses, norteamericanos y alemanes que los franceses son los "traidores del mundo blanco" y que no sólo hay que luchar contra ellos porque no tienen ningún prejuicio sobre el color, sino a causa de las relaciones amistosas entre el gobierno japonés y el francés. El odio franco-alemán es utilizado para que Alemania entre en los planes asesinos anglo-americanos y los obreros alemanes, que tienen aun abiertas las heridas de la última guerra y que viven todavía en la dependencia económica, son incitados de nuevo contra los obreros franceses, rusos y asiáticos; y como recompensa por ese servicio, se cederán tal vez a la clase dominante en Alemania algunas colonias francesas de Africa.

Los obreros holandeses tomarán parte directamente — pues la participación de Holanda al lado anglo-norteamericano es inevitable si Alemania se adhiere al grupo; en este caso está protegida Holanda en Europa contra un ataque alemán y las Indias holandesas contra un ataque norteamericano. Los famosos obreros holandeses no sólo deben asesinar a sus hermanos europeos, sino también a la población de las Indias orientales de donde proviene el bienestar económico de los capitalistas holandeses.

El objetivo del movimiento obrero internacional será postergado lejanamente si esa guerra tiene lugar. Significará la introducción de nuevas formas de servidumbre, no sólo para los pueblos asiáticos, sino para los propios obreros de Europa y de América que ventilarán la guerra. Si siguen ese curso del imperio, deben pagar también el precio del imperio, doble, triple, mil veces más con miseria y sangre. Tienen que prepararse para recibir como salario de su obediencia la esclavitud económica y la pobreza. Deben quedar a un lado con su miseria, sufrir todas las heridas de la guerra ineludible y contemplar cómo predomina la clase dominante en la riqueza del mundo.

Si no quieren ese destino, deben organizarse internacionalmente, no sólo contra la guerra próxima, sino para la revolución social. La guerra próxima, es sólo un accesorio en la lucha del mundo entero. La lucha fundamental que hay que llevar a cabo hasta la victoria es la de la clase obrera organizada por la toma de posesión y el control de los medios de producción y la creación de una sociedad libre.

AGNES SMEDLEY

Estados Unidos.

TEATRO POPULAR

La primera condición de un teatro popular es que sirva de sedante alivio. Que por principio haga un bien y sea de reposo físico y moral para el trabajador, fatigado de su jornada. Es un asunto que atañe directamente a los arquitectos del teatro futuro, quienes deberán velar a fin de que las localidades de precios modestos no resulten lugares de suplicio. También es algo que afecta a los poetas, quienes han de tratar que sus obras sean portadoras de alegría y no de tristeza, ni causa de tedio. Es preciso poseer una gran vanidad, sedienta de exhibirse, o ser de una infantilidad candorosa para que se ofrezcan los últimos rezagos de un arte decadente, que algunas veces les pudo causar bien o mal a las clases ociosas. En lo que toca a los sufrimientos de la élite, de sus angustias y sus dudas, bien pueden guardárselas para ellos, el pueblo ya tiene su parte y de sobra, es inútil que se le añada más. El hombre de nuestro tiempo que mejor comprendió y amó al pueblo fué Tolstoy, quien tampoco se escapó de esas encrucijadas del arte, a pesar que haya humillado muy duramente su orgullo, su vocación de apóstol, su imperiosa necesidad de imponer su fe, las exigencias de su realismo artístico, han sido más fuertes, creo yo, en "El Poder de las Tinieblas" que su admirable bondad. Semejantes obras me parece son más descorazonadoras que beneficiosas para el pueblo. Si nosotros no podemos más que ofrecerle esos espectáculos, tendrán todas las razones para volvernos la espalda y retornar a la taberna, a fin de aliviar sus penas. Es ser un poco despiadado pretender que, después de una vida triste, se les divierta todavía con un expectáculo triste. Si los raros espíritus se complacen en "sorber su melancolía como la comadreja sorbe un huevo", no se puede exigir al pueblo el estoicismo intelectual de los aristócratas. El ama los espectáculos violentos, con la condición que esa violencia no aplaste una vez más, en el teatro como en la vida, los héroes con quienes él se identifica. Resignado o desalentado como él puede ser para sí mismo, es de un exigente optimismo para los personajes de su ensueño; sufre ante un desenlace lúgubre. ¿Es decir que le es necesario el melodrama lacrimoso, el cual siempre termina bien? No, evidentemente. Esa mentira grosera es un soporífero, un estupefaciente más, como el alcohol que contribuye a mantener el pueblo en la inercia. El poder de solazarlo, que deseamos atribuir al arte, no debe ejercerse en detrimento de su energía moral. Muy al contrario.

El teatro debe ser una fuente de energía: es la segunda ley. La obligación de evitar lo que aplasta y deprime es también negativa; es necesaria la otra parte para restablecer el equilibrio: sostener y exaltar el alma. Que el teatro, solazando al pueblo, lo haga más apto para que obre al día siguiente. Seres simples y sanos, no tendrán, por otra parte, alegrías completas sin la acción. Que el teatro sea una verdadero baño de acción. Que el pueblo encuentre en su poeta un buen camarada de ruta, alerta, jovial, si es necesario, heroico, que pueda apoyarse en su brazo, y cuyo buen humor le haga olvidar las fatigas del camino. El deber de ese compañero será conducirlo rectamente a la meta sin que descuide enseñarle, durante el camino, que mire a su alrededor. Es esta la que me parece la tercera condición del teatro popular:

El teatro debe iluminar la inteligencia. Deberá contribuir a esclarecer los cerebros humanos, infiltrar rayos de luz en los que están llenos de sombras, de repliegues, de monstruos. Oportunamente llamamos la atención contra las tendencias de los artistas, quienes creen que todas sus ideas son buenas para el pueblo: No se trata de que no se le haga pensar. Los pensamientos del obrero se hallan ordinariamente en reposo, mientras su cuerpo trabaja: es entonces muy útil que se lo ejercite; y por poco que se le infunda el deseo y se pruebe a ello, le resultará un placer, como lo es para todo hombre robusto algún rudo ejercicio que relaja sus músculos entorpecidos por una prolongada inmovilidad. Que se le enseñe a ver y juzgar las cosas por él mismo y con toda claridad.

La alegría, la fuerza y la inteligencia: he ahí las tres condiciones de un teatro popular. En cuanto a las intenciones morales que se le quiera añadir, a las lecciones de bondad y de solidaridad social, que no se preocupen. El solo hecho de un teatro permanente con las elevadas emociones en común y repetidas durante un tiempo, crean lazos fraternales entre los expectadores. En lugar de una exajerada bondad, dadnos solamente un poco más de razón, más dicha y más energía; de la bondad ya nos encargaremos nosotros. El mundo es más estúpido que malvado y malvado, sobre todo, por estupidez. La gran tarea es hacer entrar un poco más de aire, de claridad y poner más orden en el caos del alma. Pero ya es mucho colocarlo en estado de pensar y de obrar: no tratemos de pensar ni de obrar por él. Evitemos a toda costa los sermones y las moralejas, que merced a ellos, los amigos del pueblo tuvieron el malhadado arte de hacer el arte repugnante a quienes más lo aman. El teatro popular deberá evitar estos dos excesos opuestos, que le son inherentes: La pedagogía moral, que de la obra viviente extrae frías lecciones, lo que es a la vez antiestético y torpe (pues el espíritu desconfiado ve llegar el anzuelo) — y el diletantismo indiferente que a toda costa quiere imponerse y divertir al pueblo: rol denigrante, del cual el pueblo no siempre se muestra agradecido, ya que es capaz de juzgar a sus bufones; y a menudo en su risa mezcla el desprecio cuando acoge las contorsiones, en las lecturas populares. Ni buscar la moral ni buscar el placer. Salud y nada más. La moral no es más que una higiene espiritual (1). Cread un teatro que desborde alegría y salud. "Alegría, recurso poderoso de la naturaleza eterna; la alegría que mueve los engranajes del reloj de los mundos... la alegría que hace rodar las esferas en los espacios... la alegría que hace nacer las flores de los gérmenes y los soles del firmamento."

Llama la atención que los genios que fueron más populares, aquellos que el mundo se complace en considerarlos como los más morales de todos, son también los que hablaron con más libre desdén de la moral:

"La bella y sana naturaleza humana — como bien lo dice usted — no necesita de moral, ni de derecho natural, ni de metafísica política; usted hubiera podido añadir que no necesita tampoco apoyarse en la divinidad, ni la inmortalidad. — (Schiller a Goethe, 9 de julio de 1796).

"He vuelto a sentir todo lo que hay de vacío en lo que se ha dado en llamar moralidad." (Schiller a Goethe, 27 de febrero de 1798).

"Ayer, con tus sermones, Zmeskall, me has puesto triste. Que el diablo te tuerza el pescuezo, no quiero saber nada con tu moral. La fuerza, la energía, he ahí la moral de las personas que se distinguen del común de los mortales. Es también la mía" (Beethoven).

ROMAIN ROLLAND

(1) *El bien inefable que experimentamos cuando nos sentimos perfectamente sanos de cuerpo y de espíritu* — (Schiller a Goethe, 7 de enero de 1795).

N. de R. — Traducido del libro "Le theatre du peuple", de Romain Rolland, del cual nos proponemos dar unos cuantos capítulos más, por considerarlo de gran utilidad en el actual desconcierto de lo que podría llamarse arte social; y también por ser completamente desconocido para los lectores que sólo pueden leer en castellano.

Las artes plásticas en el extranjero

José Bernard y su obra

Desde antiguo sucede que los escultores se olvidaron de lo que fué lo esencial de su arte: esculpir, ya sea empleando bloques de mármol, piedras maleables, pórfiro y hasta granito. En todas las academias de bellas artes, hace muchos años lo único que se enseña es vaciar calcos de los antiguos y a modelar en pastelina y en barro. Lo que fuera un arte, en su gran parte manual, se ha ido afirmando, evitando las tareas fatigosas hasta memarlo en el sentido de la materia, desconociendo el uso de las calidades, las cuales podrán adaptarse más a un asunto que a otro. A muchos escultores les es indiferente ejercer sus talentos de modeladores, en mármol, en bronce o tallando madera. Para esos muchos, todo es uno y lo mismo. No saben ni quieren hacer distingos. En lo que casi todos coinciden es en rehuir la tarea manual. Un esfuerzo prolongado les empavorece. Prefieren la cantidad. Se dicen: "Si debiéramos continuar los métodos primitivos de Miguel Angel, que esculpía la estatua, cincel en mano, del bloque mismo, deberíamos pasarnos toda nuestra vida en menesteres propios de faquines y no de artistas". Si no es el montón que así razona, ellos abundan bastante. Aunque abiertamente no se manifiestan de esta guisa, obran tácitamente en consecuencia con esa pereza mental: lo que es más efectivo que las palabras.

Es conocida la vieja querella de Leonardo da Vinci con sus colegas los escultores. El, que desdeñaba el arte escultórico, posponiéndolo a su predilecta, la pintura, por ser aquél un arte *poco pulito*, se encontraría hoy con escultores que no se manchan la punta de un dedo y quienes, para modelar, no se fatigan ni más ni menos que el pintor con sus pinceles y brochas. La verdad, estamos en el siglo del horror contra la fatiga física en los oficios y las profesiones, y se la evita a todo trance, aun teniendo que entramparse en faenas más árduas para esquivarla.

Si poco a poco la escultura ha ido perdiendo su carácter monumental, se debe a lo cómodo y fácil del modelado en barro, que ni constriñe ni impone limitaciones algunas. Es una materia amorfa que los antiguos habrían despreciado si no fuera para emplearla en la manufactura de cacharros y de tanagras, en el ejercicio de un arte menor. Se presta a lo que se quiera. Posee por eso sus grandes ventajas y sus numerosas desventajas. Contribuyó no poco a lo lamido, al alambicamiento de la escultura. Téngase en cuenta que cuando un arte insensiblemente se va despojando de su carácter monumental, cesa instantáneamente de ser popular para subalternizarse en el bibelot, en las quisicosas agradables, en frívolos juegos de retórica plástica: cosquilla y deleite de las clases privilegiadas. En el caso presente pueden existir excepciones, pero ellas son muy contadas. Están allí las pretéritas edades, con firmándolo con su arte colectivo que unía a los hombres en vez de separarlos, de distanciarlos como hoy acontece. Se tendía a lo monumental intuitivamente, por un deseo de magnificar las formas vivas de la naturaleza en un alarde grandioso y también para que cupiesen el ensueño y los afanes de todos. Nunca hubiera podido concebir la mezquindad, el escamoteo del esfuerzo en el arte. Es que entonces habría dejado de ser un supremo lujo del espíritu y la expresión más genuina de su desinterés. Indudablemente el tercer Estado, el mundo burgués, concluyó por empequeñecer, mermándoles su valor intrínseco, a las múltiples actividades artísticas. Si, en Europa, se dieron magníficos movimientos individuales con las varias escuelas, las que por etapas fueron renovando las bellas artes, no se pudo concertarlas en la creación de un estilo colectivo que anteriores civilizaciones poseyeron en la cumbre de su florecimiento. Las particulares condiciones sociales de despiadada explotación del hombre por el hombre, impuesta por un régimen con la exasperada ambición de enriquecerse rápidamente: la creciente industrialización de los descubrimientos científicos, absorbiendo, anulando los artesanos, y la quiebra total de la arquitectura, viviendo, vegetando en un *statu quo* de imitaciones y de pastiches, hizo imposible la unión de los hombres en un solo anhelo de arte. Una confusa, desordenada reacción contra todo lo que remede el pasado se está iniciando por sucesivos impulsos, como si se quisiera preparar un ambiente nuevo para las manifestaciones estéticas colectivas.

Es por eso que a los escultores se les fué exigiendo que tornasen a las formas arquitecturales — para una posible colaboración con los arquitectos, y al mismo tiempo se les pedía adaptaran sus concepciones a la materia que más secreta afinidad tenía con ellas. En una palabra, que hubiese un acuerdo completo entre la materialización que vestiría la idea plástica y su concepto, sin importar las dificultades ni el mismo tiempo empleado. Adolfo Wildt, escultor italiano de cierto renombre por su gran probidad, autor de un tratado sobre "El arte del mármol", hacía notar con desconsuelo cómo algunos muchachos recientemente egresados de la Academia de Bellas Artes venían a pedirle les enseñara las nociones más elementales y rudimentarias para aprender a esculpir. Ellos, ni por el nombre conocían lo que era un cincel.

Joseph Bernard, uno de los más calificados representantes de la escultura francesa, es el que mejor encarna este movimiento del retorno a la labor manual, expresando en la materia definitiva sus ideas y sensaciones plásticas.

De origen saboyano, es hijo de un obrero que tallaba piedra en las canteras. De buena hora empezó a esculpir. Se ejercitó en ejecutar leones y diversos animales, que quedaron en el jardín paterno. Fué alumno asíduo de la Escuela de Bellas Artes de Lyon, después en París. Adulto, entró en el taller de Rodin como vaciador y para repetir las figuras en grande, en yeso y mármol. Expuso regularmente en el Salón de Otoño. Tuvo varias recompensas oficiales. Tiene obras suyas en el Luxemburgo, en otros museos de Francia y del extranjero.

Dejemos la palabra a su biógrafo, el poeta Tristán Klingsor:

"He profesado siempre que, en arte, la técnica se impone a la estética. No conozco otro ejemplo más ilustre que el de Joseph Bernard. Hasta cuál punto de unidad alcanza la adaptación de la obra a la materia excogida, es lo que trataré de demostrar. Comprendo muy bien que existen leyes generales que se aplican a todos los medios expresivos: arquitectura o escultura, pintura o música, pero esas leyes no contradicen la ley particular de la adhesión, del sometimiento al oficio emplea-

JOSE BERNARD — "Adolescente"
(Ejecución directa en yeso — 1913).

do. Al contrario, un oficio usado antagónicamente, es algo desagradable: una tapicería que imita la pintura; una pintura con las tintas chatas de un tejido, me parecen anomalías poco justificadas. Una confusión se estableció en la escultura entre la piedra y el bronce: ambas materias fueron tratadas de la misma manera, o indiferentemente el mismo modelado fué ejecutado en metal o en mármol.

JOSE BERNARD — "Cabeza de faun"
(Granito — Talla directa).

Por suerte, el proceso a semejante tendencia ha sido ya llevado a cabo. Se comienza a comprender que a técnicas diferentes deben corresponder naturalmente también concepciones distintas. El bronce por su resistencia, por la comodidad de su fundición, permite formas esbeltas, destacadas, y si es necesario, gráciles y delgadas. El *Mercurio* de Juan de Bolonia demuestra muy bien hasta qué facilidad, con qué libertad se puede usar esa materia. La piedra no puede, sin un inconveniente, soportar la misma gracilidad o fineza. Es demasiado friable. Un brazo destacado, un dedo son cosas sujetas a romperse; la base misma debe poseer una solidez suficiente y el marmolista no podrá, como el fundidor, colocar una figura sobre la punta de un pié.

He ahí lo que comprendió Bernard, y alrededor de él ha reunido un grupo de escultores que hoy forman una verdadera escuela francesa de tallistas en piedra.

El artista tuvo sus mejores ejemplos en su propio país. La vieja ciudad de Vienne, sobre el Ródano y el Gére, se halla llena de antiguos vestigios de piedra. Hay el templo de Augusto y de Livio; la columna de Constantino; la torre de Felipe II, sin citar la Catedral. Poco a poco, Joseph Bernard retornó con naturalidad a las imágenes que tanto encanto ejercieron sobre su juventud. Poco a poco se apercibió que el oficio enseñado en las escuelas de bellas artes no era el que más convenía. Desconfió del peligro que entrañaba la facilidad del barro, como de Delacroix desconfiaba de la facilidad de la brocha. Las correcciones son demasiado fáciles, y la virtuosidad muy tentadora. El armazón de alambre que sostiene el modelado, permite los movimientos destacados que muy mal soportaría la piedra. Entonces el artista pensó que éstos deben unirse estrechamente, pero que era necesario aunar la prudencia a la audacia.

No desdeñó, por eso, los estudios preparatorios, solamente que los realizaba directamente con el yeso, en lugar de servirse del barro. Hace unos quince años que abandonó definitivamente esa materia. Primero, sobre el armazón colocaba la pasta de yeso diluída, que al secarse rápidamente permite los retoques indefinidos, ya sea que una forma deberá ser engrosada con la espátula, ya disminuída en sus proporciones con el raspador. Teniendo en una mano el yeso diluído en una copa, el modelador se acerca poco a poco a la obra imaginada. El modelo, por supuesto, le sirve sólo de apoyo, de guía más bien que de regla absoluta. No copia servilmente, traspone constantemente. Lo que desea obtener son bellos volúmenes, formas puras en las que la luz se deslice armoniosamente, curvas que obedecen a un estilo. No se puede decir que Bernard sea un realista. Lo es quizás menos que Despiau, menos todavía que un Rodin y que un Houdon. Seguramente, busca en la vida, en el modelo, todo la belleza que existe en ellos; pero como todo artista, es más probable que descubra la belleza que hay en su propio corazón. Es él quien se impone a lo exterior. Posee un gusto marcado por las líneas simples, graves, por cierta belleza particular.

Sin duda ese código de belleza no es absolutamente imprevisto. Hay en ello algo de antiguo y de arcaico. Es un hecho que las viejas civilizaciones y las nuevas se unen a menudo, como nuestras almas fatigadas de una complejidad creciente se complacen en gustar la frescura de las épocas primitivas. No sorprenderá que se encuentren secretas relaciones entre las obras de Bernard y los viejos maestros de Egipto. Se parecen justamente por la misma técnica, la única técnica normal para la piedra. Pero no existe ahí nada de vanos artificios. Porque era necesario evitar la esbeltez demasiado pronunciada, porque era necesario reunir todos los elementos en uno solo, sin que hubiera partes destacadas, y porque la piedra exige masas simples casi arquitecturales. Puesto que se parte del bloque para ahondar en lo interior, no se puede ir más allá de lo que basta para expresarse. Se comprueba así que el metal escapa completamente a esta regla. Mientras que en la piedra es imperiosa. Aplicada por los egipcios o por los modernos, se llega a idénticos resultados. Se abstendrán de apartar los brazos del cuerpo, aproximando las piernas; asimismo, para dar más estabilidad y solidez a la base escultórica, se engrosará las formas de las extremidades inferiores, aunque algunos escultores contemporáneos lo hagan sin una justa medida. Que la pantorrilla y el tobillo se conviertan en columnas, lo encuentro bien en tanto que la proporción permanezca feliz y el sentimiento de la vida no sufra con ello. Bernard posee, bien arraigado, el gusto de la naturalidad para que incurra en tales excesos.

Sin embargo, quien quisiese atacar la piedra directamente, se expondría a cometer errores irreparables, si antes no tuvo la completa concepción de lo que se proponía realizar. Por cierto que los estudios preparatorios sobre el yeso no pueden más que otorgarle más poder a esta seguridad. Va de sí que la técnica del yeso requiere un estudio particular. Mas el esfuerzo corresponderá a los resultados. El artista saboyano hace ya mucho tiempo que es maestro en esa ténica. Escojo entre otros, dos ejemplos de los más recientes, la "Victoria" y una *Joven* haciendo su tocado. El primer asunto, por causa de un glorioso precedente, era muy peligroso el intento. Supo, en cambio, evitar el influjo que podía ejercer sobre él la bellísima estatua griega. Su "Victoria Alada", revestida de velos de la cintura para abajo, marcha con la cabeza levantada; y con un brazo extendido. Las palabras no son capaces de dar la sensación de la belleza del movimiento, ni de revelar el encanto de la factura, al mismo tiempo temblorosa, y firme. Este juego delicioso de la herramienta vuelve a encontrarse en la "Joven" haciendo su tocado. Ella también está semidesnuda, y los paños sólo le envuelven las piernas, para cubrir todo vacío inútil. Se aprecia en ella la gracia general del movimiento y en esta escultura por lo menos está completamente exenta de todo arcaísmo.

Es hacia 1905 que el artista comenzó a tallar directamente la piedra. Su primera obra en ese sentido es el busto de una mujer joven, marcadamente estilizado, y al cual el autor le dió el título "Esfuerzo hacia la naturaleza". Otro busto, "Esfinge Moderna", es de algunos años anteriores, y apenas desgrosó la piedra en la cabellera buscando el contraste con el rostro pulido de facciones finas. Desde ese período las obras irán sucediéndose numerosas. Y son "La Fiesta de las Ninfas", el grupo de "Jóvenes danzando", la "Bacante", en la cual todas las formas se ciñen; "Joven", con un jarrón, que está en el Museo del Luxemburgo, quizás menos ampulosa de formas, por haber sido concebida en bronce. El monumento erigido en Ginebra a Miguel Servet le dará pretexto para crear una obra para el aire libre. Paralelamente ejecuta una serie de bajorrelieves. He ahí que la influencia egipcia se hace más perceptible. Una vez más, el gran dibujante se alía al escultor. Sobre la misma superficie de la piedra dibuja a grandes trazos su composición, y así, adoptando los procedimientos de los grabadores, grabará la materia hasta hacer resaltar el relieve. Así es como el pensamiento del artista progresivamente toma cuerpo, y me parece que es en este momento del trabajo, a través del primer boceto, que los detalles de la composición se fijan mejor en el espíritu. Existe en ello algo como una creación del poema o de la sinfonía, con otra técnica. Numerosos son los dibujos suyos, y es con el auxilio de ellos que ataca directamente la materia, sin inquietud alguna. Quien quisiese trabajar de este mismo modo deberá llevar en sí

JOSE BERNARD — "F
(Mármol rosa — Talla

Vergüe

La penuria de la

Conferencia en la

Gracias a las personalidades
dades competentes me ha sid
recoger material que — movido
el aliento vital — puede resisti
bargo la crítica y conducirnos
tados más hondos del edificio
de nuestra civilización. Describir
meros y palabras la miseria de
ción en la metrópoli de Berli
ciudades alemanas pequeñas y
y en el campo. Observaremos
bres que habitan en esa miseria,
remos su disposición para el ries
y físico, su consagración a los
a los malos hábitos y cómo la m
la habitación se convierte en f
destrucción del matrimonio y de
no de la juventud, de plagas
como la tuberculosis y las enfer
sexuales. Y comprenderemos cla
la significación de esa penuria y
plagas del individuo para la t
viendo en la lucha contra la pe
la viviendo la tarea más urgente
país y para la sociedad.

En la primavera de 1921 he
tografiar unas sesenta viviendas
lín, situadas en el estrecho don
Moabit. Cada una de esas fotogr
un documento de vergüenza soci
un Estado civilizado como Prusia
nia, una amarga acusación contr
ciedad que hace depender la sati
de las necesidades de la habitació
codicias de cualquiera que se
por ese medio hacer negocio, buse
su capital una renta aceptable y u
na especulación.

Los datos y descripciones que d
muestran cuán poco se preocupan
pietarios privados de casas de si la
taciones que alquilan satisfacen
gencias de la economía social hu
si pueden corromperse corporal y
mente en ellas o desarrollarse los
y los adultos. Ningún sereno o e
dor de linternas es colocado en una
cipalidad ordenada sin que haya si
minada previamente su capacidad
confianza; pero el destino de más d
habitantes de un cuartel de inquili
tá inescrupulosamente en manos
ñas sin preguntar en qué grado de
el bien general del estado de salud,
ral y espiritual, de muchos habit
Hay en Berlin edificios que tienen
mero de habitantes superior al de
ñas aldeas (hasta 1000 habitantes

Vds. reconocerán el efecto moral
giénico de las condiciones de la viv
Según y cómo habite un hombre,
vuelve, así es al fin. La miseria
vivienda es la causa más corriente d
el hombre vaya a la taberna para
car el olvido en el alcohol. Mi con
cia quiere convencerlos a ustedes d
es preciso fortificar la influencia
ca, por motivos morales y social-hi
cos, en la esencia de la vivienda. Lo
chos prueban que hoy son insuficie
las leyes existentes en el papel, los d

JOSE BERNARD — "Pureza"
(Mármol rosa — Talla directa).

un vasto repertorio de formas. Y es con el lápiz, por la pluma y la acuarela, que José Bernard las busca. Su preocupación es más bien por los volúmenes. La carbonilla, frotada sobre las asperezas del papel, creará una especie de clarobscuro, que, rápidamente modelado, hará surgir las formas, que se adivinan y se afirman en poderosa síntesis. Lo esencial ha sido logrado. Esos dibujos de escultor poseen una rara cualidad: la de que sus autores se hallan habituados a mirar los objetos en todas sus facies. Y eso es lo primordial para un artista que pretende engolfarse en los misterios de todo lo creado."

Por último, declaremos que como todos los verdaderos artistas posee una concepción personal de la belleza y su imponderable mérito estriba en cómo supo realizarla, volviendo al desdeñado trabajo manuel, adaptando sus concepciones a la materia adecuada, en un respeto sagrado para su arte y al cual virilizó con la rústica rudeza de su alma de obrero.

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlin

Gracias a las personalidades y autoridades competentes me ha sido posible recoger material que — movido aún por el aliento vital — puede resistir sin embargo la crítica y conducirnos a los estadios más hondos del edificio ostentoso de nuestra civilización. Describiré con números y palabras la miseria de la habitación en la metrópoli de Berlin, en las ciudades alemanas pequeñas y medianas y en el campo. Observaremos los hombres que habitan en esa miseria, reconoceremos su disposición para el riesgo moral y físico, su consagración a los placeres, a los malos hábitos y cómo la miseria de la habitación se convierte en fuente de destrucción del matrimonio y de abandono de la juventud, de plagas populares como la tuberculosis y las enfermedades sexuales. Y comprenderemos claramente la significación de esa penuria y de esas plagas del individuo para la totalidad, viendo en la lucha contra la penuria de la viviendo la tarea más urgente para el país y para la sociedad.

En la primavera de 1921 he hecho fotografiar unas sesenta viviendas de Berlín, situadas en el estrecho dominio de Moabit. Cada una de esas fotografías es un documento de vergüenza social para un Estado civilizado como Prusia-Alemania, una amarga acusación contra la sociedad que hace depender la satisfacción de las necesidades de la habitación de las codicias de cualquiera que se prometa, por ese medio hacer negocio, buscar para su capital una renta aceptable y una buena especulación.

Los datos y descripciones que daré demuestran cuán poco se preocupan los propietarios privados de casas de si las habitaciones que alquilan satisfacen las exigencias de la economía social humana o si pueden corromperse corporal y moralmente en ellas o desarrollarse los niños y los adultos. Ningún sereno o encendedor de linternas es colocado en una municipalidad ordenada sin que haya sido examinada previamente su capacidad y su confianza; pero el destino de más de cien habitantes de un cuartel de inquilinos está inescrupulosamente en manos extrañas sin preguntar en qué grado depende el bien general del estado de salud, corporal y espiritual, de muchos habitantes. Hay en Berlin edificios que tienen un número de habitantes superior al de pequeñas aldeas (hasta 1000 habitantes).

Vds. reconocerán el efecto moral e higiénico de las condiciones de la vivienda. Según y cómo habite un hombre, así se vuelve, así es al fin. La miseria de la vivienda es la causa más corriente de que el hombre vaya a la taberna para buscar el olvido en el alcohol. Mi conferencia quiere convencerlos a ustedes de que es preciso fortificar la influencia publica, por motivos morales y social-higiénicos, en la esencia de la vivienda. Los hechos prueban que hoy son insuficientes las leyes existentes en el papel, los decretos ministeriales y las disposiciones, o que carecen prácticamente de todo influjo.

Penetremos en el cuartel de inquilinos berlinés, guiados por los datos inéditos que me ha dado Albert Kohn, el director de la caja de socorros para enfermos de Berlin. Los números de Kohn dan un cuadro rosado, porque estas investigaciones sobre la vivienda se extendieron en 1922 sólo al estrecho círculo de unos 18.000 y en 1923 — a consecuencia de la reducción de empleados, necesaria también en la caja de enfermos — sólo a un 9 1|2 por mil de miembros de la caja de socorros para enfermos ineptos para el trabajo a causa de enfermedad. Siguiendo la misión terapéutica de la caja de socorros para enfermos, los casos más desesperados desde el punto de vista del saneamiento, que en su mayoría son también casos de la más extrema miseria de la vivienda, han sido excluídos de la investigación. Los resultados aparecen así más fáciles, mientras que la realidad es más tenebrosa. Sin embargo ¡cuánta miseria se refleja en esa estadística tamizada!

De los enfermos ineptos para el trabajo, controlados en 1922 y 1923, dormían de a cuatro por habitación, un 5 o|o; de a cinco por habitación, un 2 o|o; de a seis 1 o|o y de a siete y más, ½ o|o.

Los números crecen hasta lo grotesco si se tiene en cuenta que la estadística sólo incluye los casos de los mejor situados de entre los enfermos asegurados en la caja de socorros, es decir provistos de un trabajo regular. Si esa proporción extraordinariamente favorable se aplica a la población total de Berlin, se tendrá que sólo en Berlín — de 4 millones de habitantes (el 1 de febrero de 1925; 3, 960, 700) — hay 250.000 personas que duermen de a cuatro en una habitación.

Pero aquí se tiene sólo el número limpio y al que no ha vivido nunca en la estrechez de los cuarteles de inquilinos proletarios, eso le dice muy poco. Debo presentarles a ustedes una simple descripción.

Es un hecho establecido científicamente por muchas estadísticas que las habitaciones de los patios pobres de luz y de aire son las más pobladas. Son habitaciones viejas que no tienen ya nada agradable, en donde el aire de las exhalaciones de la cocina y de los resumideros es húmedo y pesado y sin embargo es respirado por muchísimos pulmones. Habitaciones con ventanas que pestañean como los ojos extenuados en la luz gris de la sombra de una muralla, y cuando son abiertas respiran dificultosamente como bocas asmáticas que absorben del pié del muro el hedor de los tachos de la basura en fermento. Habitaciones como celdas, como cajones, estrechas y sombrías, unas al lado y encima de las otras, en edificios de 4 y 5 pisos; oscuras en el cuarto piso, más oscuras en el tercero, más oscuras y más ruidosas todavía en

el segundo y en el primero y tenebrosas, aunque fuera brille el sol — en el entresuelo, cuevas para vivientes — incluso para niños: niños que juegan entre los tachos de la basura, cuya fantasía es manchada por la vida de esas habitaciones, en la más estrecha comunidad corporal y del sofocante placer de los que han envejecido en esos cuarteles de inquilinos; niños en cuyos rostros han impreso duramente su sello esos patios, las ventanas, las habitaciones — niños proletarios de la gran ciudad.

Los rosados números de Kohn señalan que en 1922 más del 10 o|o, en 1923 mas del 16 o|o de los enfermos controlados no tenían una cama para sí solos. Cuanto mayor es la familia, tanto mayor es la penuria de las camas. Mientras que en familias de dos personas más de un 91 o|o disponen de una cama para cada uno, el privilegio de dormir solos en una cama — "como el emperador", según decía un escolar — en familias de cuatro personas sólo es disfrutado por un 82 por ciento, en familias de cinco miembros sólo son 69 por ciento, en familias de seis miembros sólo un 60 por ciento, en familias de siete miembros todavía 50 por ciento y en familias de ocho miembros la cama de los "emperadores en la cama" baja a una tercera parte (un 30 o|o más o menos); cuando la familia es de más de 11 miembros, la cama "imperial" no existe.

Hay que recordar siempre que se trata aquí de una estadística que a consecuencia del radio restringido aparece más favorable de lo que es la realidad general. Hay que tener además en cuenta que es una estadística de enfermos y que entre los compañeros de cama se encontraban hombres y mujeres enfermos sexualmente: 45 hombres y 684 mujeres, en total 729 de los 9420 controlados, es decir, el 8 por ciento aproximadamente enfermos sexuales. Amplíese el radio de la estadística a la cifra de la población en Berlin y se obtiene un total que da escalofríos.

Y ahora agrego que de los 9420 controlados — es decir más de la mitad — tenían que utilizar un W. C. común en el patio o en el descansillo de las escaleras.

¿Cómo transcurre la vida de muchos proletarios — hombre y mujeres — que no integran el movimiento cultural general e instructivo sindical de los políticamente organizados y que en consecuencia actúan como elementos que podrían calificarse de asociales en la estrechez de la morada proletaria?

Un proletario de esta categoría habita en un lugar para dormir. Es decir alquila una de las diversas camas de la habitación posterior de un departamento de cuartel de inquilinos. Por la mañana — en el invierno antes de aparecer la luz del día — se levanta. Está desocupado, queda en la cama más que sus compañeros de cuarto, — tal vez hasta que la patrona lo echa. Ese echar de la cama se convierte poco a poco en un coqueteo y termina en la llamada "relación" corruptora del matrimonio. El favorito no sólo disfruta el privilegio de quedar en la habitación durante el día, sino que avanza a las cualidades de "tío" ante los niños de la patrona. Comienza a ser socorrido por ésta y así se inicia su mísera existencia de parásito. Pereza, horror al trabajo se vuelven poderosos en él y le llevan a un camino que lo pierde para la producción y lo convierte en nocivo, y para la familia en que habita naturalmente en el más peligroso. Y a su alrededor acecha el alcohol el momento favorable; verdadero Mefisto, conduce al semi-caído a la sociedad de los holgazanes, le oprime la botella de aguardiente en la mano. Toda la energía social se desvanece en él. Las privaciones, las relaciones sexuales no elegidas le producen graves enfermedades. El alcohol acrecienta el impulso sexual y afloja simultáneamente los frenos morales y de la comprensión. Hospital, prisión, asilo son las últimas estaciones.

Pero los otros abandonan la cama por la mañana temprano, pasan el día en el trabajo y vuelven por la noche al "cajón de dormir".

Por desgracia, la conversación de los obreros y de las obreras gira durante el trabajo demasiado a menudo en el dominio de la sexualidad. El "cierto algo" coquetea entre obreros y obreras, entre obreras y capataces hasta el omnipotente señor director, e igualmente entre las empleadas del escritorio comercial y los empleados; está en todas partes en el aire que se respira, y obra tanto más brutalmente cuanto más delgado es el barniz de la civilización; cuanto menos refrenada es la exigencia, tanto menos domado es el "animal" y cuantos menos obstáculos ofrecen las condiciones externas de vida, cuanto más compactamente habiten los hombres, tanto más difícil será poder salvarse recíprocamente unos de otros, tanto más flojamente será revestida la virtud, tantos más abandonos cotidianos serán forzados.

En el taller o en la fábrica se ejerce frecuentemente una violencia a veces muy persistente para que los obreros beban alcohol, especialmente en la industria de la construcción. El capataz se busca una fuente accesoria de entradas con la venta de bebidas, cerveza y tabaco en la construcción, y mientras los obreros que le compran mucho disfrutan de su benevolencia, el pan de aquellos que no se hacen sus clientes, aparece en peligro de antemano. Lo mismo están las cosas en otras industrias.

No sólo los grandes terratenientes, sino también los industriales se preocupan poco de las exigencias morales de los obreros. En los dormitorios de las grandes casas industriales domina a menudo una confusión sexual como en los famosos cuarteles de segadores, y la mujer es enviada de sala en sala.

Se ha afirmado mucho que en una gran parte del proletariado — incluso del intelectual — existe constante excitación sexual. Los recreos después del trabajo — lugar de reunión, cinematógrafo, taberna, danza — no dejan en descanso los nervios sexuales, excitan deseos y codicias que halagan los cansados cuerpos cuando caen abatidos en la cama alquilada. Incluso a aquellos a quienes atrae el movimiento sindical o político y los salva en el dominio más serio de las ideas.

Así están dispuestos física y psicológicamente los hombres que viven en las condiciones de habitación descriptas.

Los niños que tienen que dormir con adultos, con padres en un cuarto o en una cama, se vuelven acechadores. La sexualidad del niño es fácilmente excitable. ¡Un oscuro capítulo de la ciencia sexual todavía poco explorado!

¿Cómo viven y habitan los niños proletarios en la horrible confusión de los cuarteles de inquilinos — destino de la mayoría de los 730.000 menores de 14 años que contaba Berlín en 1923?

Adelanto cifras que podrían significar para las madres el reconocimiento de circunstancias atenuantes: entre los 9420 enfermos de la estadística de Kohn para 1923, se encontraban 2286 mujeres empleadas en la industria. De ellas 850 con 27 niños de pecho y 1184 niños menores de 14 años estaban todo el día ocupadas fuera de casa. 34 madres con 60 niños menores de 14 años estaban medio día ocupadas en la fábrica. 423 madres con 22 niños de pecho y 736 niños menores de 14 años estaban ocupadas fuera de casa algunas horas diarias. 2286 madres enfermas y empleadas en la industria tenían 2526 niños.

Extiendan Vds. esa proporción a la totalidad de las madres alemanas y calculen los niños que tienen que privarse de la dicha moralmente elevada de las atenciones y la proteción materna; y con eso serán Vds. indulgentes si les produjera horror un ejemplo de la vida proletaria.

Les doy unas descripciones de las habitaciones en donde tienen que vivir niños:

En Geheren, en el hermoso bosque de Turingia, he visto en el verano de 1924 el domicilio de una gran familia de siete miembros de un zapatero. Ese hogar se componía de una habitación y una cocina. La mitad de la cocina era taller; un sofá y una mesa ante él caracterizaban el centro como sala; luego venía el hogar de la cocina. Pero el sofá servía por la noche de cama a dos niños de 7 y 8 años. Junto al hogar de la cocina había una puerta que daba a la habitación. Un tenebroso agujero, sin estufa, sin ventana. En la pared posterior había sido quitada una piedra para hacer posible un respiradero. Bajo ese respiradero estaba fuera el pozo que servía de W. C. Las exhalaciones de la cocina producían transpiraciones de las frías paredes de la habitación. Junto a la pared más ancha había dos camas, tan apegadas una a otra que los que dormían en la posterior tenían que pasar por encima de la delantera. Bajo las camas había patatas de invierno. En la cama posterior, junto a la horrible pared, dormían dos hijas de 11 y de 13 años, y un hijo de 12. En la cama anterior dormía el padre y la madrastra, él de cincuenta años y ella de treinta. Se habían casado hacía dos años. La primera mujer y madre de los hijos, después de haber habitado 13 años en esas condiciones, había muerto tuberculosa.

¿Qué no habrán visto y experimentado ya esos niños?

VICTOR NOACK

(Continuará)

ENSAYO DE UNA BIBLIOGRAFIA ANARQUISTA ALEMANA

Raros son los idiomas en que la propaganda anarquista fué tan grande y los resultados tan pobres como en el idioma alemán; sería precipitado atribuir a una sola causa ese fenómeno; tal vez haya faltado el buen tino de fundir los destinos del anarquismo con una masa obrera revolucionaria, tal vez se haya abusado en un tiempo de la "propaganda por el hecho" y luego del especulativismo y de la manía teórica; todas esas podrían ser causas de la poca difusión de nuestras ideas en los pueblos de origen alemán; pero tampoco hay que desconocer que el socialismo autoritario halló en Alemania el terreno más favorable para su desenvolvimiento y que no ha podido ser obstaculizado ni por las tradiciones liberales de los pueblos latinos, ni por una masa proletaria habituada a una relativa independencia. Nuestras ideas chocaron en este país con impedimentos mayores que en ningún otro, impedimentos históricos y sociales que, al contrario, favorecieron el esplendor de la socialdemocracia.

Los focos principales de la propaganda anarquista en idioma alemán, aparte de Alemania y Austria, fueron Suiza, Londres, Estados Unidos y Bruselas. La enumeración de todas las publicaciones hechas en los diferentes focos de propaganda sería para nosotros imposible; bástenos dar un breve resumen, tomando los datos de la *Bibliographie de l'Anarchie* de Max Nettlau hasta 1896 y agregando más hasta nuestros días.

Para distribuir las materias numerosas, obraremos según el plan siguiente: daremos primeramente una lista de las publicaciones periódicas y luego clasificaremos por materias los libros y folletos, esbozando la bibliografía de algunos de los hombres sobresalientes en la propaganda, como Johann Most, Landauer, Nettlau, Rocker, etc.

Publicaciones periódicas

Hubo en el período de 1848, más bien antes que después de la revolución, una tendencia intelectual declaradamente anarquista; aparte de Max Stirner, hubo en ese período Edgar Bauer, Carl Grün, Moses Hess, Wilhelm Marr y otros, influenciados en gran parte por Proudhon. Wilhelm Marr fundó en Suiza una organización obrera revolucionaria, que editó un órgano mensual: *Blätter der Gegenwart für soziales Leben* (Lausana, 1844 a 1845, 8 números), el primer periódico anarquista. Otra publicación anarquista fué *Berliner Monatschrift*, bajo la redacción de L. Buhl, cuaderno primero y único, Mannheim, 1844, IV-332 págs. en 12°. Contiene artículos de Stirner y otros. — El mismo Marr publicó en Hamburgo, desde 1848 a 1852, un semanario satírico-político ilustrado, *Mephistopheles*, donde también se habrían expresado de tanto en tanto pensamientos anarquistas. También habría que mencionar la revista *Epigonen*, de Berlín, que sin ser precisamente anarquista abrió sus columnas a los anarquistas de la época.

Después de esa primera fase del pensamiento anarquista alemán, nuestras ideas desaparecieron de la superficie y de la discusión y tan sólo reaparecen un cuarto de siglo más tarde, como reflejo del movimiento encabezado por la Internacional.

El primer órgano anarquista del nuevo período fué:

Arbeiter-Zeitung (Berna), del 15 de julio de 1876 al 13 de octubre de 1877, 33 números. Los editores fueron A. Reinsdorf, Rinke y Werner. — Ya anteriormente había editado la Federación jurasiana un número único titulado *Sozialdemokratische Bulletin* (Chaux-de-Fonds, 24 de mayo de 1874) para la propaganda internacionalista en alemán.

Miembros del grupo del *Arbeiter-Zeitung* de Berna intentaron establecer en Berlín una imprenta clandestina para la edición de un periódico, *Der Kampf*, diciembre de 1879, pero la policía descubrió la imprenta y puso fin a ese ensayo.

El 3 de enero de 1878 se fundó en Londres la *Freiheit* por Johann Most, como órgano socialdemócrata; Most había estado ya en comunicación con August Reinsdorf y éste publicó en ella, el 10 de julio de 1880, el primer artículo anarquista; los jefes de la socialdemocracia iniciaron una guerra infame contra Most y la *Freiheit* y las polémicas apasionadas contra los magnates del partido y por otra la influencia de los anarquistas que como Reinsdorf y Víctor Dave vieron en Most un hombre sincero y muy afín a nuestras ideas, determinaron la evolución de Most hacia el anarquismo, creando así desde 1881-82 una de las publicaciones anarquistas más notables del mundo, sin igual, tal vez, en cuanto a su valor propagandista. Las persecuciones en Inglaterra y la prisión de Most en Londres motivaron el traslado de la *Freiheit* a Suiza, desde octubre de 1882; a partir del 9 de diciembre de 1882 apareció en New York, salvo un breve período en 1886-87 que fué trasladada a Buffalo, hasta la muerte de Most en 1906; durante más de un cuarto de siglo de vida fué el órgano representativo del anarquismo alemán.

Una funesta oposición contra Most, encabezada por Joseph Peukert y Otto Rinke, dió nacimiento a varios periódicos:

Der Bebell, Londres (N.o 1 en 1881 y N.os 2-16 en 1884-1885).

Die Autonomie, Londres (desde fines de 1886 al 22 de abril de 1893, 211 números).

Hubo otros periódicos de menos duración y difusión, como:

Der Communist, Londres (desde el 2 de abril en adelante, 19 números, de ellos dos en italiano y uno en francés).

Die Rache (La Venganza), Londres, 6 números.

Der Einbrecher (El ladrón), Londres (1 número).

Der Revolutionare (El revolucionario) Londres (5 números a partir del 6 de agosto de 1892).

Der Lumpenproletarier (El proletariado haraposo, Organo de los anarquistas, (Londres, 9 números en 1893 a partir del mes de abril y 2 en 1894); propugnaba la propaganda por el hecho; editor: Kempf.

Londoner Arbeiter-Zeitung (Gaceta obrera londinense), editada por C. Frohlich y Fabianovicz (22 números, desde el 2 de noviembre de 1895 a 1899).

En los últimos años de la ley contra los socialistas (1878-1890) surgió en el partido socialdemócrata una oposición denominada de los "jóvenes" o de los "socialistas independientes"; en 1891 los descontentos fueron expulsados del partido y se agruparón en torno al órgano creado por esa tendencia el 15 de noviembre de 1891, *Der Sozialist*, Berlín. En 1893 *Der Sozialist* estaba completamente en manos de los anarquistas, lo que motivó el retiro de los socialdemócratas y poco a poco su vuelta al viejo partido; la fracción encabezada por W. Werner, Landauer, Max Baginski, etc., proclamó y propagó el anarquismo entonces más libremente; *Der Sozialist* fué suspendido el 12 de enero de 1895 por un tiempo, hasta que el 17 de agosto del mismo año reaparece como nueva serie, con un suplemento y denominándose: "órgano para el socialismo-anarquismo", existió hasta fines de 1899.

Der arme Konrad, Berlín, editado también por *Der Sozialist* (desde el 20 de agosto de 1896 hasta septiembre de 1899.

En noviembre de 1893 apareció en Berlín un número de un periódico suprimido policialmente en seguida, *Arbeiter-Zeitung*, Organo de los anarquistas de Alemania.

Die Freie Gesellschaft, (La sociedad libre), Zurich (desde el 23 de abril de 1892, 7 números).

Freiheit (Libertad), Heilbronn, (1895-96), órgano de una oposición socialista cuyos miembros pasaron luego casi todos al anarquismo.

Los Estados Unidos fueron en las últimas décadas del siglo pasado un campo fecundo para el anarquismo y para la propaganda anarquista en idioma alemán. Nettlau menciona los siguientes periódicos:

Freiheit de Most (desde el 9 de diciembre de 1882 hasta marzo de 1906; después de la muerte de Most el periódico fué continuado hasta fines de 1908; el último año, quincenario, fué redactado por M. Baginski. August Spiess redactó en 1886 y antes en Chicago los siguientes periódicos: *Chicagoer Arbeiterzeitung, Vorbote y Fackel;* la sucesión de los redactores ha modificado varias veces la tendencia de esas publicaciones, pero antes de 1886 predominaron en ellas los anarquistas.

Die Zukunft (El porvenir), Filadelfia (algunos números a partir del 17 de febrero de 1884);

Die Parola (La consigna), San Luis, desde marzo de 1884 hasta 1890; en sus últimos tiempos no era anarquista ya);

New Jersey Arbeiter Zeitung (Gaceta obrera de New Jersey), Jersey City Hights, 1884?

New England-Anzeiger (El avisador de New England), New Haven, 1885; *Amerikanische Arbeiter-Zeitung* (Gaceta obrera americana), New York, 1886; *Der Anarchist* (Chicago, enero a mayo de 1886, cuatro o cinco numerosos; *Der Anarchist*, San Luis, Mo., (del 1 de agosto de 1889 a 1892); desde 1892 a 1895 apareció en New York; en la redacción tomaron parte Clans Timmermann, Otto Rinke y F. Peukert.

Die Branrfackel (La antorcha), New York (desde julio de 1893 a noviembre de 1894; 9 números?);

Freie Wacht (Guardia libre), Filadelfia (algunos números a partir de 1894);

Sturmglocken (Campanas de tempestad), Chicago, 28 de marzo al 18 de abril de 1896; 4 números; redactor: Max Baginski.

Der Kampfer (El combatiente), San Luis, desde el 25 de julio de 1896; redactor Otto Rinke.

Hubo también periódicos gremiales anarquistas, como el de los metalúrgicos (New York, 1888, 14 números) y el de los panaderos, etc.

También es digno de mención *Der arme Teufel* de Robert Reitzel, un periódico libertario independiente (Detroit, U. S. A., 1884-1894).

Austria ofreció en los primeros tiempos del movimiento socialista moderno un buen campo de propaganda libertaria; la socialdemocracia no pudo levantar la cabeza en ese país hasta que las terribles persecuciones contra los radicales o anarquistas no le dejaron el camino libre. He aquí los periódicos anotados por Nettlau desde el comienzo hasta 1895:

Die Zukunft (El porvenir), Viena, del 10 de octubre de 1897 al 24 de enero de 1884; le siguió *Die Zukunft*, Pest (Hungría), del 15 de febrero de 1884 y el *Zukunft, Organ der radikalen Sozialisten Oesterreichs*, cuyo primer número clandestino, en julio de 1885, y algunos manifiestos, proporcionó a los editores y repartidores un total de 92 años de trabajos forzados;

Sozialist, Pest (de enero a mayo de 1882, cinco números);

Communist, Pest (marzo a abril de 1882);

Volkesville (La voluntad del pueblo), Pest, 1882-83;

Radical, Pest (de marzo de 1883 a marzo de 1884; 13 números);

Erste Freie Presse Cisleithaniens (manifiestos volantes clandestinos, marzo mayo y diciembre de 1883; 3 números);

Der Radical, Reichenberg (desde el 1 de septiembre de 1883 hasta 1885);

Die Arbeit (El trabajo), Marburg, Styria (desde el 6 de agosto de 1885 desde el número 9, del 8 de diciembre de 1885 hasta el número 7 del segundo año, 16 de abril de 1886, en Graz);

Arbeit (Trabajo), Villach (3 de julio de 1886; luego en Linz y por último en Viena, 1888, donde la policía lo suspendió definitivamente);

Die Zukunft (El Porvenir), Viena, desde el 27 de agosto de 1892 hasta fines de 1895; apareció un número extraordinario en mayo de 1896; es uno de los primeros periódicos austriacos en que pudieron expresar abiertamente las ideas anarquistas;

Allgemeine Zeitung, Salzburgo, anarquista en sus últimos números, en 1893-94);

Die Freiheit, Graz, 5 de abril y 6 de mayo de 1894, 2 números.

En Alemania se formó entre los anarquistas una oposición al grupo del *Sozialist*, fundando en 1897 el semanario *Neues Leben*, Berlín, socialista anarquista, que duró hasta 1903.

Der arme Teufel, Berlín, de 1902 a 1904, redactado por Albert Weidner, uno de los redactores del *Sozialist;*

Der freie Arbeiter, Berlín, semanario, continuación de *Neues Leben;* el primer número apareció el 9 de enero de 1904, hasta agosto de 1914 apareció regularmente, siendo prohibido al estallar la guerra; reapareció al terminarse el conflicto y continúa su existencia; es órgano de la Federación comunista anarquista de Alemania, desde octubre de 1905 comienza a publicar los suplementos *Antimilitarismus*, *Die Canaille*, *Generalstreik*, *Freie Literature*, que suspenden a fines de 1906.

Der Revolutionare, Berlín, desde julio de 1904 hasta fines de julio de 1909; es fruto de una disidencia interna.

Der Anarchist, Berlín, 1903-1907.

Freie Generation, Dokumente zur Weltanschauung des Anarchismus, editada por Pierre Ramus, revista mensual, Londres-Berlín, desde junio de 1906 a noviembre de 1908; 32 páginas de texto en 8° mayor.

Wohlstand für Alle (Bienestar para todos), Viena, quincenario, desde enero de 1908 hasta estallar la guerra; redactor Pierre Ramus.

Das freie Wort (La palabra libre), New York, mensual, algunos números a partir de 1907.

Die Erkenntnis (El conocimiento), Mannheim, semanario, 1907.

En 1908 se funda la Alianza socialista por Landauer (Sozialistische Bund), que publica un órgano mensual:

Der Sozialist, Berlín, llamado el "Mercer Socialista", desde el 15 de enero de 1909 hasta 1915; redactor: Landauer.

Der Anarchist, Leipzig, órgano para la propaganda del anarquismo y del socialismo, semanario, desde el 2 de octubre de 1909 hasta 1912.

Weckruf, Colonia, órgano para el anarquismo y el sindicalismo, quincenario, con un suplemento mensual, *Die neue Gesellschaft*, de los anarquistas federados de Renania y Westfalia (desde el 1 de mayo de 1910 hasta mediados de 1911); redactor: E. Neugebauer.

Der Strom, Broux, New York, periódico individualista mensual; apareció algunos números a mediados de 1910.

Der Syndikalist, París, apareció un número o dos en 1911.

Kain, Zeitschrift für Menschlichkeit, Munich, obra personal de Erich Mühsam desde abril de 1911 hasta la revolución bávara de los consejos; apareció en varias series, muy irregularmente.

Der Antiautoritar (El antiautoritario), New York, algunos números solamente, 1911.

En el movimiento obrero localista se habían comenzado desde 1904 a manifestar síntomas de evolución hacia el anarquismo; la constante polémica entre *Einigkeit* y los diversos órganos anarquistas no debe inducirnos a error; a partir de noviembre de 1911 apareció un nuevo semanario editado por los localistas, *Der Pionier*, suspendido por las autoridades en agosto de 1914; el subtítulo es "socialista revolucionario", pero puede considerarse ya como un precursor del

Syndikalist, el órgano del movi
los antiguos localistas después
rra de 1914-18.

*Korrespondenzblatt für den
listischen Anarchismus*, Treptow
lin, desde mayo de 1911, tres o
meros; editor: B. Zack; — los
listas habían publicado ya en 1
*chriften für den individualistisc
chismus*, Berlín, 4 números; y
*Zeitschrift für den individualist
archismus*, Berlín, 4 números;
pre Zack con la cooperación de
Jahrbuch der freien Generatio
rio de la Generación libre), 191
redactor: Pierre Ramus, Brusel
de 128 páginas en 4° ilustradas,
do interesantes documentos y
5 números.

Kampf (Lucha), Hamburgo,
único el primero de mayo de 1
Kampf, Hamburgo, periódico
para el anarquismo y el sindica
partir del mes de julio de 191
agosto de 1914; redactor Paul S
26 números.

Después de la guerra hubo un
fiebre revolucionaria que se mani
el crecimiento asombroso de nues
sa; *Der frei Arbeiter* reapareció
Los antiguos localistas, durante l
publicaron una hoja informativa
lungsblatt, Berlín, desde el 15 d
de 1914 hasta junio de 1915; des
fecha hasta poco antes de novie
1918 apareció otra hoja quincenal
chreiben. El 14 de diciembre de 1
el primer número del semanario
dikalist, órgano de la F. V. D. G
chaften, con una orientación pu
anarquista; continúa hasta nuestr
sin interrupción.

Alarm, Hamburgo, periódico inc
lista, desde 1918; a partir de 19
con mucha irregularidad.

Der individualistische Anarchis
lin, quincenario, desde abril a sept
de 1919, revista de unas 50 página
número; 12 números; editor: B
Lachmann.

Errico Malatesta

EN EL C

PROLO

*(Traducción de la última
corregida por el autor)*

*Estos diálogos tienen su historia
ceptible de interesar al lector.*

*Errico Malatesta los comenzó en
do, clandestinamente, redactaba cas
periódico* L'Agitazione, *estando tod
cional en busca suya. Se tenía alg
presencia en Ancona y la pequeña c
de espías que, bajo los disfraces más
al "conspirador". El, sin otras preca
ber rapado su barba y no mostrarse
pañía de anarquistas conocidos, vivía
y tranquilamente circulaba por la ci
la boca, sonriendo a los amigos enc
rosos de comprometerlo, se apresura
beza hacia otro lado. Poco a poco
Ancona subversiva: no sólo los anarq
los socialistas y los republicanos sab
le habían hablado; sin embargo, och
la policía lo buscaba aún.*

*Fué descubierto por casualidad,
una persona extraña a la política qu
los transeuntes, habló, sin saber de
de un hombre que "vivía oculto" en
suyo, en su propia casa.*

*Por la noche, informados los ami
Malatesta cambiar de alojamiento, pe
tía ya la prescripción por su conden
había obligado a tantos años de vida
volver a vivir libre como todos los
menos libre, más vigilado y más expue
en la primera ocasión.*

*Al día siguiente por la mañana u
de la seguridad y un delegado no tuv
pujar la puerta de la habitación y el
en ella, tranquilamente, en tren de e
társele su nombre, respondió: "Soy
Conducido a la comisaría, fué puesto
de algunas horas.*

Syndikalist, el órgano del movimiento de los antiguos localistas después de la guerra de 1914-18.

Korrespondenzblatt für den individualistischen Anarchismus, Treptow bei, Berlin, desde mayo de 1911, tres o cuatro números; editor: B. Zack; — los individualistas habían publicado ya en 1898 *Flugschriften für den individualistischen Anarchismus*, Berlin, 4 números; y en 1903-4 *Zeitschrift für den individualistische Anarchismus*, Berlin, 4 números; es siempre Zack con la cooperación de Mackay.

Jahrbuch der freien Generation (Anuario de la Generación libre), 1910 a 1914; redactor: Pierre Ramus, Bruselas-Zurich, de 128 páginas en 4° ilustradas, conteniendo interesantes documentos y artículos; 5 números.

Kampf (Lucha), Hamburgo, número único el primero de mayo de 1912.

Kampf, Hamburgo, periódico mensual para el anarquismo y el sindicalismo, a partir del mes de julio de 1912, hasta agosto de 1914; redactor Paul Schreyer. 26 números.

Después de la guerra hubo un tiempo de fiebre revolucionaria que se manifestó por el crecimiento asombroso de nuestra prensa; *Der frei Arbeiter* reapareció en 1918. Los antiguos localistas, durante la guerra publicaron una hoja informativa, *Mitteilungsblatt*, Berlin, desde el 15 de agosto de 1914 hasta junio de 1915; desde esta fecha hasta, poco antes de noviembre de 1918 apareció otra hoja quincenal, *Rundschreiben*. El 14 de diciembre de 1918 sale el primer número del semanario *Der Syndikalist*, órgano de la F. V. D. Gewerkschaften, con una orientación puramente anarquista; continúa hasta nuestros días sin interrupción.

Alarm, Hamburgo, periódico individualista, desde 1918; a partir de 1923 sale con mucha irregularidad.

Der individualistische Anarchist, Berlín, quincenario, desde abril a septiembre de 1919, revista de unas 50 páginas cada número; 12 números; editor: Benedict Lachmann.

Erkenntnis und Befreiung, Viena, a partir de 1918; órgano del Bund herrschaftlosen Sozialisten; redactor: Pierre Ramus.

Der Anarchist, Viena, órgano de los anarquistas-socialistas y de los antimilitaristas revolucionarios, 1909.

Die Schopfung, Düsseldorf, órgano anarquista sindicalista, 1921-1923.

Die freie Jugend, Berlin, órgano de la juventud individualista, desde 1918 hasta nuestros das; desde mayo de 1925 edítase por el mismo grupo *Die schwarze Fahne*.

Junge Anarchisten, Berlin, órgano de la Federación de la juventud anarquista sindicalista de Alemania, revista mensual, desde diciembre de 1924.

Mitteilungsblatt aus Zarathustras, Hohle, Berlín, órgano anarquista comunista de La Kaverno di Zarathustra, 1920?, 3 números.

Diversos números únicos editados por Th. Plevier desde 1922 a 1925, Berlin, *Hunger*, *Aufbruch*, *Die Gefangenen*, donde se encuentran colaboraciones originales de Rocker y otros.

En Porto Alegre, Brasil, se publica un pequeño semanario anarquista, *Der freie Arbeiter*, desde 1918; redactor: F. Kniestedt.

Pasamos por alto en esta reseña los periódicos efímeros de la post-guerra, que apenas tuvieron influencia alguna.

En Leipzig, desde diciembre de 1925 se ha comenzado a publicar un periódico mensual heptografiado, *Der Bakunist* (el bakuninista).

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

Rosarondo. —¡Hija! Porque haces un buen partido, porque serás feliz; el doctor Piedrabuela es un hombre lleno de condiciones morales e intelectuales, es capaz de hacer feliz a una mujer, es rico...

Justa. —Y viejo!

Rosarondo. —Viejo? ¡Y qué importa!

Justa. —¿Cómo qué importa? Para el amor eso es importantísimo.

Rosarondo. —Pero...

Justa. —No protestes ni te aflijas; si eso no impedirá que me case con el doctor Piedrabuela. En nuestro casamiento, bien lo comprenderás, el amor...

Rosarondo. —Sí, será un intruso.

Justa. —Ni de intruso lo dejaremos entrar; yo por mi parte pienso sacudirle con la puerta en la cara, no bien se acerque.

Rosarondo. —Pero Justa, no te cases entonces.

Justa (*Burlona*) —¡Qué papito este!...

Rosarondo. —Sí, si no te hallas capaz de llegar a amar al que va a ser tu marido, no te cases.

Justa. —¿Cómo llegar a amar? ¡Ni aun de llegar a estimarlo!

Rosarondo. —Justa! El doctor Piedrabuela es...

Justa. (*Interrumpiéndole*) —Es un viejo despreciable, un usurero sin corazón, un pirata de guantes y galera!

Rosarondo. —Entonces te casas por... por...

Justa. —Por su dinero, sí, por su dinero. (*Burlona*) ¡Qué ingenuidad la tuya, papá, ahora comprendo por qué te has arruinado!

Rosarondo. —¿Arruinado?

Justa. —¿Qué, me lo quieres negar?

Rosarondo. —¿Les falta algo a ustedes?

Justa. —Sí, papá, a mí por ejemplo me falta un collar de perlas que deseo hace más de seis meses. No vale más que 2500 pesos. ¿Quieres comprármelo? (Pausa) ¿No puedes? Ya podrá el doctor Piedrabuela!

Rosarondo. —Eres desfachatada, hija.

Justa. —Lo soy, papá. Cuando una mujer cambia de estado, adquiere el derecho de ser como es; antes tuve que aparentar ser un vivero de virtudes... que no poseo. Toda soltera oculta al tigre en una hipócrita piel de cordero.

Rosarondo. —Pero tú aun eres una doncella.

Justa. —A título de ensayo te digo estas cosas. Te he dado las primicias de mi futuro lenguaje; lo mereces, papá.

Rosarondo. —Hija!

Justa. —Déjame hablar, que pronto volveré a ser la Justa hipocritilla que educaron las monjas; volveré a ser tu hija, papá. Por ahora escucha a la que no conocías. Hay un inconveniente: es Saturnino ¿lo conoces?

Rosarondo. —Sí, el joven Tobal.

Justa. —Saturnino me ama.

Rosarondo. —¿Y?

Justa. —Y podrá oponerse, hacer escándalo; y el escándalo es lo que debemos evitar, no me conviene; ya comprenderás tú las verdades que dirán no habiéndolo qué me dirán si lo hay!

Rosarondo. —El doctor quedó en hablarlo, y el doctor es hábil, te lo asegu-

Errico Malatesta

EN EL CAFÉ

(Traducción de la última edición italiana, corregida por el autor)

PROLOGO

Estos diálogos tienen su historia, modesta, pero susceptible de interesar al lector.

Errico Malatesta los comenzó en marzo de 1897, *cuando, clandestinamente, redactaba casi solo en Ancona el periódico* L'Agitazione, *estando toda la policía internacional en busca suya. Se tenía alguna sospecha de su presencia en Ancona y la pequeña ciudad estaba surcada de espías que, bajo los disfraces más grotescos, buscaban al "conspirador". El, sin otras precauciones que la de haber rapado su barba y no mostrarse en la calle en compañía de anarquistas conocidos, vivía allí tranquilamente, y tranquilamente circulaba por la ciudad, con su pipa en la boca, sonriendo a los amigos encontrados que, temerosos de comprometerlo, se apresuraban a volver la cabeza hacia otro lado. Poco a poco conoció casi toda la Ancona subversiva: no sólo los anarquistas, sino también los socialistas y los republicanos sabían su presencia, y le habían hablado; sin embargo, ocho meses más tarde la policía lo buscaba aún.*

Fué descubierto por casualidad, por imprudencia de una persona extraña a la política que, en la calle, entre los transeuntes, habló, sin saber de lo que se trataba, de un hombre que "vivía oculto" en el piso superior al suyo, en su propia casa.

Por la noche, informados los amigos, propusieron a Malatesta cambiar de alojamiento, pero se rehusó. Existía ya la prescripción por su condena de Roma que le había obligado a tantos años de vida errante y prefería volver a vivir libre como todos los demás o más bien menos libre, más vigilado y más expuesto a ser arrestado en la primera ocasión.

Al día siguiente por la mañana una nube de agentes de la seguridad y un delegado no tuvieron más que empujar la puerta de la habitación y el hombre que estaba en ella, tranquilamente, en tren de escribir, al preguntársele su nombre, respondió: "Soy Errico Malatesta". Conducido a la comisaría, fué puesto en libertad al cabo de algunas horas.

(I)

Estos diálogos En el café *fueron, pues, comenzados durante ese período de la vida de Malatesta, cuando su condición de fugitivo le impedía casi absolutamente salir de la ciudad para dar conferencias. Digo "casi" porque, a pesar de todo, hacía de tanto en tanto algún viajecito. Con el nombre de Giuseppe Binaldi había pronunciado en efecto diversos discursos de propaganda en Fabriano, Jesi, Filigno, etc. Pero debía moderarse y dedicar la mayor parte de su tiempo a la redacción del periódico.*

L'Agitazione, *que durante los pocos meses que fué redactada por Malatesta ejerció una influencia tan grande en la dirección que iba a seguir el movimiento anarquista, era más bien una revista que un periódico. Colaboraban en ella, firmando con su propio nombre o con pseudónimos o sin firma: Pietro Gori, Felice Vezzani, Rodolfo d'Ambrosio, Denunzio Bentini, Aristide Ceccarelli, Saverio Merlino, Nino Samaja, Emilio Recchioni, Vivaldo Laschini, Augusto Giardini, Giuseppe Ciancabilla — algunos muertos, otros retirados sin ruido del anarquismo, otros pasados a campos diferentes o enemigos — y varios más cuyos nombres se me escapan.*

Los camaradas de Ancona, y especialmente nuestro viejo Cesare Agostinelli, apremiaron a Malatesta para que escribiera diálogos. Es así como comenzó las Conversaciones en el café, *cuya idea debe haberle sido sugerida por sus visitas frecuentes a un café popular donde era el único "subversivo" — uno de los clientes asiduos era un delegado de la P. S. (policía de seguridad) que tuvo a menudo ocasión de conversar con Malatesta sin saber qué buena presa tenía al alcance de la mano — y donde el anarquismo debía ser ciertamente un asunto de discusión como lo era en todas partes en Ancona, porque los anarquistas hacían hablar entonces mucho de ellos a causa de su activa propaganda y de los frecuentes procesos que se echaban encima.*

Pero una vez descubierto e identificado por la policía, Malatesta comenzó sus giras de conferencias, descuidó un poco el periódico y los diálogos fueron interrumpidos. Por lo demás, tres meses después estaba ya en prisión, de donde pasó en julio de 1898 *al "domicilio coatto" y en marzo de* 1899 *se fugó al extranjero.* En el café *quedó así en el décimo diálogo y esos diez diálogos fueron reproducidos entonces por otros periódicos, después publicados en folletos en América, en Suiza y en Italia y traducidos en varias lenguas. Malatesta no pensó en completarlos hasta pasados quince años, en* 1913, *cuando volvió de Londres a Ancona a dirigir su nuevo periódico —* Volontá *— título encontrado por él y que hizo fortuna. Otros periódicos y revistas de las ideas más diversas se lo apropiaron sin escrúpulos. Malatesta reeditó en* Volontá *los antiguos diálogos revisados y corregidos y los hizo seguir de cuatro diálogos nuevos. Pero justamente después de un diálogo que terminaba por: "hablaremos la próxima vez", hubo una nueva y larga interrupción. Vino la "semana roja" de las Marcas y Romaña, en cuyos acontecimientos participó Malatesta y poco después debió refugiarse de nuevo en Londres.*

Pasaron cerca de seis años y Malatesta, después de la guerra, volvió a Italia del modo que todo el mundo conoce para ir a Milán al diario Umanitá Nova. *Tenía entonces, en* 1920, *otra cosa en la cabeza que los diálogos ya envejecidos y no pensaba ciertamente en volver a poner la mano en ellos. Pero alguien que la ofreció hospitalidad por una quincena de días a fin de que reposase de su trabajo febril, puso ante sus ojos los diálogos olvidados... con una suave violencia le impulsó a revisarlos otra vez, a completarlos agregando e intercalando otros diálogos que son publicados aquí por primera vez.*

Los lectores verán que el anarquista de los diálogos, Jorge, — o Errico Malatesta por decir mejor — termina sus conversaciones en el café saludando a todos sus interlocutores porque debe partir sin saber cuándo volvería. Al escribir sus últimas palabras Malatesta dijo al amigo en cuya casa se hospedaba: "Nadie sabrá nunca cuán literalmente verdadero es que debo partir sin saber cuando regresaré".

Era el sábado 16 *de octubre de* 1920. *La misma noche Errico Malatesta partió para Milán, y el día siguiente por la mañana era arrestado y recibía hospitalidad... en las prisiones de San Vittore. Dos días más tarde la casa en que Malatesta había pasado sus últimos días de libertad sufría una minuciosa investigación. Se buscaban armas ocultas y explosivos, pero no se encontró nada La única bomba de esa casa — el manuscrito del presente volumen — había sido confiado, por precaución, a otra persona... prevista de derecho de portar armas.*

Malatesta no ha revisado más sus diálogos. Al volver a salir de la prisión, tiene de nuevo otra cosa en la cabeza. Los verá ahora impresos. Aceptará, espero, que me haya permitido agregar éstas cuatro palabras explicativas y... semihistóricas.

Harán comprender sin duda el porqué de la diferencia de tono entre los primeros y los últimos capítulos, frutos de tiempos tan diversos y de circunstancias tan diferentes. Ciertas alusiones a la negra miseria de los obreros, de hace más de veinte años, correspondían entonces a la más exacta realidad; podrán parecer hoy hiperbólicas a quien no sabe establecer la relación entre ciertas afirmaciones y la desproporción persistente aún entre las necesidades acrecentadas y los medios insuficientes siempre para satisfacerlas. Y por otra parte, si la clase obrera no se dedica enérgicamente a conjurarlos, esos tiempos de dura miseria que parecían anticuados, podrían muy bien volver. Parece y todo que se aproximan a la carrera...

ro; quizás ofreciéndosele.... ¿Comprendes?, aceptará.

Justa. —Saturnino es un mozo inteligente, muy inteligente.

Rosarondo. — Sí, pero estaba tan indignado! casi provocativo. Su dignidad tal vez le impida.

Justa. —¿Su dignidad? La dignidad entre las gentes de mundo cabe dentro de la bolsa; se agranda o empequeñece su dignidad según se agrande o empequeñezca su bolsa. Yo hablaré a Saturnino si el doctor no lo convence.

ESCENA X

(Dichos y Eulalia)

Eulalia. (*Irrumpe arrebatadamente; su faz descompuesta y llorosa revela el dolor que la posee.*) —Ahora me van a oír, deben oírme!

Justa. (*Con fastidio*) —¿Más escenas?

Rosarondo. (*Burlón*) —¡Y trágicas!

Eulalia. (*A Justa*) —Sí, más escenas, más escenas. (*A Rosarondo*) Y trágicas: y trágicas serán hasta que impida este crimen.

Justa. —Pero, mamá, tú haces tragedia de lo que es un sainete!

(*Eulalia se la queda mirando terriblemente*).

Rosarondo. —Ja, ja, ja! ¡Qué mucha cha esta! ¡Te admiro, hija!

Eulalia. (*Con visible cólera y desprecio*) —¡Cómo serán de viles tus palabras para que te admire este miserable!

Justa. —Si así es, mamá, desde hoy tienes la palabra crimen en la boca, y aquí no hay crimen ninguno. ¿Acaso es un crimen que una joven se case con un viejo?

Eulalia. —Sí lo es cuando esa joven es hija de ese viejo!

Rosarondo —Hija!

Justa. —Hija, dices?

Eulalia. —Como lo oyen. (*A Rosarondo*) Justa es hija del doctor Piedrabuela.

(*Pausa de asombro*)

Rosarondo. —No puede ser!

Eulalia. —¡Así es, sin embargo; y estoy dispuesta a hacerlo público. Es un secreto que guardé en lo más profundo de mí misma, porque con él guardaba mi honor. ¡Ahora estoy dispuesta a divulgarlo, yo, yo misma, a gritarlo todo, a aparecer deshonrada delante de todos; mi conciencia me lo manda así, mi conciencia!

(*Pausa de anonadamiento*)

Rosarondo. —¿Tu conciencia?

Eulalia. —Indígnate, indígnate, quiero verte indignado una vez siquiera ¡razonador!, indígnate por tu amor propio de varón ya que no puedes indignarte por tu dignidad de hombre, ¡vil!, sí, te he engañado, te he engañado; tu esposa, la que creías fiel, te ha engañado; y esa hija no es tuya, te lo juro!

Rosarondo (*Amenazador*) —¡Eulalia, mientes!

Eulalia. —No miento, no; digo la verdad pura. ¿Qué me importa mi honor, si ese secreto me mataría?

Justa. ¿Y el doctor Piedrabuela lo sabe?

Eulalia. —Sí, lo sabe, se lo acabo de decir yo, yo misma!

Justa. — ¿Y qué dice?

Eulalia. —Dice que es falso, que es una invención mía para...

Justa. —¡Ja, ja, ja!

Eulalia. —¿De qué ríes?

Justa. —De que lo mismo se me había ocurrido a mí, ¡claro que es una invención tuya!

Eulalia. —¿Crees que miento?

Justa. —Sí, mamá, mientes.

Eulalia (*Furibunda*) —Indigna, indigna, te debía echar a la calle como he hecho con ese miserable de Piedrabuela; ¡indigna!

Justa. —Estoy harta de tragedias, mamá, hasta en el teatro me hacen bostezar.

Eulalia. (*A Rosarondo*) —¿Y tú que dices, crees que es mentira también tú?

Rosarondo. —Sí, mujer, sí; es mentira.

Eulalia. (*Quiere hablar; pero la indignación la ahoga, prorrumpe en entrecortados monosílabos, se deja caer en un sillón, se incorpora*); ¡Cínicos, infames! (*Se tumba de nuevo en el sillón, con las manos en la cabeza, desesperadamente*) ¡Dios, Dios mío, Dios mío! (*De nuevo se incorpora*). (*A Justa*) ¿Con que miento yo, yo miento?...

Justa. (*Calmosa, fría*) —Mientes o divagas, mamá.

Rosarondo. —Sí; y si no miente está loca.

Eulalia. (*A Rosarondo*) —¿Loca, loca dices, infame, eres capaz de hacerme pasar por loca? ¡Son capaces los dos, los dos, para realizar su crimen, para gozar el dinero del otro, los dos, los dos; pero yo te impediré gozarlo a tí, hija maldita! (*Va hacia ella con las manos crispadas*). (*Justa huye. Rosarondo se interpone*).

Justa. —Sí, está loca, loca; hay que encerrarla!

Eulalia. (*Luchando con Rosarondo*) —¡Loca, loca?

Justa. —Aquí está el escándalo ya, el escándalo que ella quería, ahora lo sabrán los criados.

(Llama la campanilla).

Rosarondo. (*Tratando de contener a Eulalia*). —Pero mujer, entra en razón, recapacita.

Eulalia. —¿Loca, loca! (*Poseída de frenesí, llora, ruge...*)

Justa. —¡Sujeten a esa, sujétenla!

(*Los criados se interponen. Eulalia se ahoga, sufre un espasmo y cae desmayada Los criados la sostienen, la sientan en un sillón, la mucama la abanica.*)

ESCENA ULTIMA

Dichos y Saturnino

Saturnino. (*Que entró por el portalón a Justa, desde la escalinata del vestíbulo*) —¿Qué ocurre?

Justa. —Que mamá está loca, que habrá que encerrarla. Fíjate que ha dado en decir que yo soy hija del doctor Piedrabuela!

Saturnino. —¡Qué disparate!

Mucama. —Ya vuelve en sí.

Rosarondo. —Llévenla a su lecho.

(*Los criados arrastran el sillón en que Eulalia está postrada.*) (*Mutis*).

Justa. —Sí, habrá que encerrarla... yo voy a casarme con el doctor Piedrabuela.

Saturnino. —Ya lo sé.

Justa. —¿Y tú qué dices?

Saturnino. —Supongo que no lo amas.

Justa. —No.

Saturnino. —¿Entonces volveré?

Justa. —Sí.

Saturnino. —¿Cuándo?

Justa. —Me casaré dentro de un mes, otro de luna de miel... Vuelve dentro de dos meses.

Saturnino. —Adiós.

(*Se dan las manos.*)

Justa. —Adiós.

(*Se besan.*)

(*Saturnino se retira. Del portalón saluda con señas a Justa que le responde. Mutis.. (Justa al dar vuelta halla al padre observándolos. Este sonríe, mueve la cabeza filosóficamente y entra en la casa. Mutis*) (*Justa vuelve a saludar por señas a Saturnino, que se supone ya lejos...*).

Se verá además que ciertas cosas que parecían, cuando fueron dichas, exageraciones o afirmaciones arbitrarias, son hoy verdades reconocidas, confirmadas por los hechos, admitidas más o menos por todos. Algunas pueden llamarse profecías realizadas.

Pero no quería escribir aquí más que esclarecimientos externos sin entrar en el asunto tratado por el autor. Los lectores se habrán dado cuenta por sí mismos de mis intenciones y harán las observaciones que, sobrepasando mi designio, comenzaba a expresar.

LUIS FABBRI

Bolonia, 25 de dic. 1921.

(Prefacio de la edición de *En el café*, hecha por "Volontà" en Ancona).

En el Café

I

Próspero. (*gordo burgués entendido en economía política y otras ciencias*). —Sí, sí... lo sabemos. Hay gentes que sufren hambre, mujeres que se prostituyen, niños que mueren por falta de cuidados. Dices siempre lo mismo... ¡al fin te vuelves aburridor! Déjanos sorber en paz nuestros helados... Sí, hay males en la sociedad: hambre, ignorancia, guerra, delito, peste, el diablo que te lleve... Y ¿en último resultado? ¿Qué te importa a tí?

Miguel (*estudiante que tiene relaciones con socialistas y anarquistas*). —¡Cómo! ¿Y en último resultado? ¿Que qué es lo que me importa? Usted tiene una casa cómoda, una mesa rica, criados a sus órdenes. Usted mantiene los hijos en el colegio, envía la mujer a los baños; para usted todo va bien. Y porque usted está bien, que se hunda el mundo, nada le importa! Pero, si tuviese un poco de corazón, si...

Próspero. —Basta, basta... no nos sermonees ahora. Y además, jovencito, termina con ese tono. Tú me crees insensible, indiferente a los males ajenos. Al contrario, mi corazón sangra (*mozo, un coñac y un habano*), mi corazón sangra; pero con el corazón no se resuelven los grandes problemas sociales. Las leyes de la naturaleza son inmutables, y no es con declamaciones ni con un afeminado sentimentalismo como pueden ser modificadas. El sabio se doblega ante los hechos y goza de la vida lo mejor que puede sin correr tras sueños insensatos.

Miguel. — Ah, ¿se trata de leyes naturales?... ¿Y si a los pobres se les metiera en la cabeza corregir esas famosas leyes de la naturaleza? Conozco gentes que pronuncian discursos verdaderamente poco tranquilizadores para esas señoras leyes.

Próspero. —Sí, sí, sabemos con quien andas. Dí de parte mía a esa canalla de socialistas y anarquistas, de quienes haces tu compañía predilecta, que para ellos y para los que incurran en la tentación de poner en práctica sus teorías malvadas, tenemos buenos soldados y óptimos carabineros.

Miguel. —Oh, si pone en medio los soldados y los carabineros, no hablo más. Es como si para demostrarme que estoy en un error me propusiera una partida de pugilato. Pero si no tiene más argumentos que la fuerza bruta, no se fíe de élla. Mañana podrán encontrarse ustedes los más débiles; ¿y entonces?

Próspero. —¿Entonces? Entonces, si sucediera eso desgraciadamente, habría un gran desorden, una explosión de malas pasiones, estragos, saqueos.. y luego se volvería a la vieja situación. Tal vez algún pobre se habría vuelto rico, algún rico habría caído en la miseria, pero en suma no se habría cambiado nada, porque el mundo no puede cambiar. Tráeme, tráeme alguno de tus agitadores anarquistas y verás cómo te lo arreglo. Valen para llenaros la cabeza de patrañas a vosotros que la tenéis vacía; pero ya verás si pueden sostener conmigo sus absurdos.

Miguel. —Muy bien, traeré algún amigo mío que profesa los principios socialistas y anarquistas y asistiré con placer y provecho a la discusión. Pero, entretanto, razone un poco conmigo, que no tengo aún opiniones bien formadas, pero veo, sin embargo, claramente que la sociedad tal como está organizada, es algo contrario al buen sentido y al corazón humano. Vamos, usted está tan gordo y florido que un poco de excitación no le hará mal. Le ayudará a su digestión.

Próspero. —Pues bien, sea, razonemos. Pero ¡cuánto mejor sería que pensaras en estudiar en lugar de lanzar juicios sobre cosas que preocupan a los hombres más doctos y más sabios! ¿Sabes que tengo veinte años más que tú?

Miguel. —Eso no demuestra que usted haya estudiado más; y si debo juzgar por lo que le oigo decir de ordinario, dudo que si estudió mucho lo haya hecho con provecho.

Próspero. —Jovencito, jovencito, un poco más de respeto, ¡eh!

Miguel. —Sí, yo le respeto, pero no me eche en cara la edad como hace poco me oponía los carabineros. Las razones no son ni viejas ni jóvenes; son buenas o malas, he ahí todo.

Próspero. —Bien, bien, adelante. ¿Qué tienes que decir?

Miguel. —Tengo que decir que no comprendo por qué los campesinos que aran, siembran y cosechan no tienen ni pan, ni vino, ni carne en suficiencia; por qué los albañiles que hacen las casas no tienen un techo bajo el cual reposar, por qué los zapateros tienen los zapatos rotos; por qué, en suma, los que trabajan, los que producen todo carecen de lo necesario, mientras los que no hacen nada útil nadan en lo superfluo. No puedo comprender por qué hay gentes que carecen de pan cuando hay tantas tierras incultas y tantas gentes que serían felices si pudieran cultivarlas; por qué hay tantos albañiles desocupados cuando tantas personas tienen necesidad de casas; por qué no tienen trabajo tantos zapateros, sastres, etc., mientras la mayoría de la población carece de zapatos, de vestidos y de todas las cosas necesarias a la vida civil. ¿Podrá decirme cuál es la ley natural que explica y justifica estos absurdos?

Próspero. —Nada más simple y claro.

Para producir no bastan los brazos, sino que se necesita tierra, materiales, instrumentos, locales, máquinas y se necesitan también los medios para vivir en espera de que se haga el producto y se pueda llevarlo al mercado; se necesita en suma capital. Tus campesinos, tus obreros no tienen más que brazos; por consiguiente no pueden trabajar si no le agrada a quien posee la tierra y el capital. Y como nosotros somos poco numerosos y tenemos suficiente aun dejando por un tiempo incultas la tierra e inactivos los capitales, mientras los obreros son muchos y están apremiados siempre por la necesidad inmediata, ocurre que éstos deben trabajar cuando y cómo nos plazca a nosotros y en las condiciones que querramos. Y cuando no tenemos necesidad de su trabajo y calculamos que no ganamos nada haciéndolos trabajar, son obligados a permanecer inactivos aun cuando tengan la mayor necesidad de las cosas que podrían producir.

¿Estás contento ahora? ¿Quieres que te hable más claramente aún?

Miguel. —Sí, eso es lo que se llama hablar claro. No hay nada que decir.

Pero, ¿con qué derecho pertenece la tierra a algunos? ¿Cómo es que el capital se encuentra en pocas manos y precisamente en manos de los que no trabajan?

Próspero. —Sí, sí, sé todo lo que puedes decirme y también las razones más o menos deficientes que otros te opondrían: el derecho de propiedad se deriva de las mejoras hechas en la tierra, del ahorro mediante el cual el trabajador se convierte en capitalista, etc. Pero a mí me gusta ser franco.

Las cosas, así como están, son el resultado de hechos históricos, el producto de toda la secular historia humana. Toda la vida de la humanidad ha sido y será siempre una continua lucha. Hay quienes salieron bien en ella y quienes salieron mal. ¿Qué puedo hacer? Tanto peor para unos y tanto mejor para los otros. ¡Ay de los vencidos! He ahí la gran ley de la naturaleza contra la cual no hay rebeldía posible.

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 —

LOS VERDUG

Vuelven a aparecer en la pre
cablegramas portadores de info
inevitablemente tendenciosas, re
pretendidas alteraciones del ord
na. Se principia por hablar de
cia religiosa. Los estudiantes
responsables directos. El gobie
república fué obligado, por insis
cuerpo diplomático, a promulg
creto para que cesara la propag
cristiana realizada por determi
ganizaciones. Se dijo que el cr
sería protegido en el territo
¿Es que un dios tan poderoso
hová necesita protecciones extr
siblemente, de tanto descansar
dió la costumbre de confeccionar
al gusto del consumidor, y los
de hoy se fían más en la boc
fusiles, en las cachiporras y en
mas igualmente contundentes, q
propia fé. Tienen un ojo en e
otro en los valores de la renta
do. Por eso piden refuerzos para
pas que guardan las iglesias
que hay en China.

El hecho es que el odio, que lo
jeros de toda laya y condició
acumulando durante más de un
fementido e irónico protectorad
tá revolviendo contro ellos en
un turbión de iras reconcentradas
truirlo todo a sangre y fuego, qu
ne miras de amainar todavía, po
tiempo. Aviva esas hogueras de
venganzas la vecindad contagios
Rusia de los Soviets. Pero su i
no es tan intensa ni tan difundi
quisieran dar a entender los cap
de allá, de Cantón, de Shangay
puntos de parecida importancia.

Esta situación de dependencia
masas obreras chinas, no podía se
definidamente... Poco a poco y a
que las vejaciones se harían más
sas, la conciencia nacional fué de
do y ella hubo de dar consecuen
los frutos sacrosantos del odio y
belión contra lo que la envilecia
ba de sumirla en la podredumbr
El letal, el deletéreo tóxico del
de sus derivados, cautelosa, y pre
damente infiltrados en las arteri
vitales del gigantesco organismo
la nación china, no es ya suficien
domeñar su alma, manteniéndola e
clavitud y en la humillación. Y el
poderes burgueses, los representa
las potencias imperialistas, se nieg
conocer los hechos consumados
cuales ellos contribuyeron en may
te en apresurar su consumación:
mismo se negarán a reconocer los
producirán fatalmente, a pesar de
taleos, calumnias y ridículas menti
auténticos avestruces, animalitos
esconder la cabeza se creen ya en
Y es precisamente por esas burdas
ras que se pierden en un absoluto d
tigio moral.

Se sigue propalando la solapad
sión de que las hilanderías de Sh
se hallan en trances sumamente
cos. ¡Pobrecitas ellas! ¿Qué les p
ellas, a sus dueños y a sus capa
Nada más que varios centenares de
ros se declararon en huelga. Clar
les perjudica, pero no tanto quizás
a los mismos huelguistas. A éstos
acusa de haber muerto a un capat
ponés y haber *deteriorado el ma*
Son todavía muy civiles, muy mans
huelguistas chinos que sólo matan
pataz y se contentan con deterior
material, en vez de destruirlo, qu
lo. Lo que habrá de cierto, la mil
parte de verdad que hay en estas

AÑO V

BUENOS AIRES, 8 DE MARZO DE 1926

N.o 215

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SE

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 15

0 cts.

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
SALTA

LOS VERDUGOS DE LA CIVILIZACION

Vuelven a aparecer en la prensa diaria cablegramas portadores de informaciones inevitablemente tendenciosas, referentes a pretendidas alteraciones del orden en China. Se principia por hablar de intolerancia religiosa. Los estudiantes serían los responsables directos. El gobierno de la república fué obligado, por insistencia del cuerpo diplomático, a promulgar un decreto para que cesara la propaganda anticristiana realizada por determinadas organizaciones. Se dijo que el cristianismo sería protegido en el territorio chino. ¿Es que un dios tan poderoso como Jehová necesita protecciones extrañas? Posiblemente, de tanto descansar, ya perdió la costumbre de confeccionar milagros al gusto del consumidor, y los creyentes de hoy se fían más en la boca de los fusiles, en las cachiporras y en otras armas igualmente contundentes, que en su propia fé. Tienen un ojo en el cielo y otro en los valores de la renta del Estado. Por eso piden refuerzos para las tropas que guardan las iglesias cristianas que hay en China.

El hecho es que el odio, que los extranjeros de toda laya y condición fueron acumulando durante más de un siglo de fementido e irónico protectorado, se está revolviendo contro ellos en forma de un turbión de iras reconcentradas, de destruirlo todo a sangre y fuego, que no tiene miras de amainar todavía, por mucho tiempo. Aviva esas hogueras de odios y venganzas la vecindad contagiosa de la *Rusia de los Soviets*. Pero su influencia no es tan intensa ni tan difundida como quisieran dar a entender los capitalistas de allá, de Cantón, de Shangay y otros puntos de parecida importancia.

Esta situación de dependencia de las masas obreras chinas, no podía seguir indefinidamente... Poco a poco y a medida que las vejaciones se hacían más numerosas, la conciencia nacional fué despertando y ella hubo de dar consecuentemente los frutos sacrosantos del odio y de la rebelión contra lo que la envilecía y trataba de sumirla en la podredumbre moral. El letal, el deletéreo tóxico del opio y de sus derivados, cautelosa, y premeditadamente infiltrados en las arterias más vitales del gigantesco organismo vivo de la nación china, no es ya suficiente para domeñar su alma, manteniéndola en la esclavitud y en la humillación. Y ellos, los poderes burgueses, los representantes de las potencias imperialistas, se niegan a reconocer los hechos consumados y a los cuales ellos contribuyeron en mayor parte en apresurar su consumación; y asimismo se negarán a reconocer los que se producirán fatalmente, a pesar de sus pataleos, calumnias y ridículas mentiras de auténticos avestruces, animalitos que al esconder la cabeza se creen ya en salvo. Y es precisamente por esas burdas mentiras que se pierden en un absoluto desprestigio moral.

Se sigue propalando la solapada versión de que las hilanderías de Shangay se hallan en trances sumamente críticos. ¡Pobrecitas ellas! ¿Qué les pasa a ellas, a sus dueños y a sus capataces? Nada más que varios centenares de obreros se declararon en huelga. Claro, eso les perjudica, pero no tanto quizás como a los mismos huelguistas. A éstos se les acusa de haber muerto a un capataz japonés y haber *deteriorado el material*. Son todavía muy civiles, muy mansos los huelguistas chinos que sólo matan un capataz y se contentan con deteriorar el material, en vez de destruirlo, quemarlo. Lo que habrá de cierto, la milésima parte de verdad que hay en estas informaciones casi siempre tendenciosas, es difícil averiguarlo desde aquí, a la distancia. Recordemos únicamente que allí, en las hilanderías, el capataz inglés o japonés es el amo indiscutible y la población china no es más que un rebaño de esclavos para ellos. Se les hace trabajar durante quince horas por una paga de dos francos diarios. Allí, para economizar salarios, se hacía, se hace y se hará todavía trabajar niños de cinco a doce años, y se les daba y se les da en salario un par de peniques. Allí han sido apaleadas brutalmente hasta el punto de necesitar varios días de hospital para reponerse, niñas de siete a doce años, sorprendidas por los capataces al cabo de doce horas de trabajo extenuante...

Esto, y el procedimiento de la manguera de agua para el chico que inopinadamente se quedaba dormido sobre la labor, es lo que se pudo averiguar en las pasadas huelgas que provocaron los grandes disturbios de Shangay y Cantón, cuando la policía inglesa, secundada por las guardias blancas y la milicia extranjera, disparó friamente sobre la multitud de hombres, mujeres y niños, dejando las calles cubiertas de cadáveres, que no eran de amotinados, sino de mártires.

¿Qué es lo que sucede ahora, en este preciso momento, que los directores de las grandes compañías hilanderas de seda y algodón de Shangay, levantan sus clamores en son de pedir auxilio al todopoderoso y a los cañones de las escuadras de sus naciones? Cuando los cocodrilos lagrimean es porque están por manducar se la presa. Es posible que aquéllos, los propietarios y gerentes de fábricas, después de tanto apretar el torniquete de las necesidades de sus trabajadores, quienes en la disyuntiva de dejarse ahogar sin protestar, optaron por rebelarse violentamente, les haya entrado un poco de miedo o finjen sentirlo para luego poder tomar la revancha sangrientamente.

De todos modos, la campaña antiextranjera en China, cunde con deflagradora rapidez para extenderse por casi todo el país.

Es que las aves carniceras, buitres y otras especies, que son las grandes potencias imperialistas, contaban nutrirse con una raza muerta para siempre en su vida nacional. Y malos estudiantes de historia y peores filósofos los estadistas europeos, no quisieron darse cuenta que la nación china, que por un milenio antés había sido civilizada en un sentido mucho más elevado que el concepto contemporáneo, conservaba una reserva de energías espirituales más intensa que sus presuntos conquistadores de hecho y no por derecho de una superior valía. Un país, con sus tradiciones filosóficas, morales e históricas; con una religión que por su substrato de amor panteísta dió nacimiento a todas las existentes; con un pasado glorioso de arte a cuestas, con todas estas preseas del intelecto humano elaboradas largamente ,entidades vivas, son organismos vivos que jamás podrán ser colonizados, porque además son el bloque indisoluble que constituye el alma, o si se quiere, la esencia de una raza. El alma de una raza no muere nunca; tiene sus períodos de sueño hipnótico. Y tarde o temprano despertará para reanudar el hilo de su vida con más fervor e intensidad. Es lo que está aconteciendo en China, y con algunos pueblos orientales más.

Si los factores económicos ejercen también su preponderancia, no es ni continuamente ni de una manera capital.

Los conocimientos que hemos adquirido no han de amontonarse sin orden ni concierto en nuestra cabeza, como las mercaderías de un gran almacén sin inventariar; debemos saber lo que poseemos para poderlo utilizar cuando lo necesitemos. — Leibnitz.

DESPUES DE LAS ELECCIONES

Aunque cambie de ginete, y èste transforme continuamente de indumentaria, el peso para el pueblo, es siempre el mismo, cuando no aumenta.

Alianzas secretas

Se ha dicho que la creación de la Liga de las Naciones, decapitaría de un solo tajo la antigua diplomacia, empedernida zurcidora de alianzas secretas. Ni los principales auspiciadores de ese organismo internacional creyeron que eso sería factible en la práctica. Ni Clemenceau, ni Lloyd George, ni Nitti, personajes y figurones de la antigua escuela, fundada por Talleyrand y perfeccionada por Bismarck, quien decía que los tratados se conciertan para violarlos cuando no le convengan al más poderoso de los contratantes, podrían creer en esa mentira exclusivamente destinada a, atemperar, mejor, a embaucar una porción del mundo, la más crédula. Hoy se ha olvidado todo recato, y las alianzas secretas se hallan hasta de moda.

En vísperas de la entrada de Alemania en la Liga, mientras se riñe una pelea que recuerda un poco a las comadres desocupadas, para saber si se le otorgará a este nuevo miembro un asiento permanente en el Consejo de esa institución, un diputado francés, en plena Cámara, en una discusión con Briand, le aconsejaba que en vez de celebrar el pacto de Locarno, hubiera podido buscar las alianzas protectoras de Estados Unidos, Inglaterra y Japón. El antiguo sindicalista, convertido en ministro por su ductibilidad ideológica, de la que más nutre y calienta, replicó que precisamente esos pactos "habían evitado la era de los tratados de mutua defensa, peligrosos para la paz inmediata de Europa", desbaratando así el pacto ruso-alemán casi a punto de celebrarse.

Cualquier criatura racional, aquí de... hasta ese antiquísimo filósofo que se llamó Pero Grullo, se plantearía esta simple y decisiva pregunta: ¿Está de más la Liga de las Naciones, con su burocrática arca de Noé, o lo están los tratados secretos?

Si las alianzas, tildadas de mutua defensa, y que en cambio son de contra-ata-

que o con meros fines imperialistas, se fraguan en la sombra de las cancillerías, en un solo anhelo de acogotar al más débil, fuera de la égida de las deliberaciones de ese mastodóntico organismo, razones de cordura deberían hacerlo desaparecer insensiblemente. Es que nunca la cordura abundó en este mundo. Pero no somos nosotros, los acérrimos enemigos de toda entidad oficial, quienes estamos solos en creer que es inútil, que está absolutamente de más, sino sus mismos principales miembros sostenedores, que fingen acatar la autoridad de sus fallos cuando más les conviene, están archiconvencidos de ello. Voluntariamente se han ido resbalando hasta sumirse en el cinismo más desvergonzado. Ya nada ocultan. Juegan con cartas vistas. Proclaman abiertamente sus chanchullos internacionales y se reparten el botín a regañadientes, como verdaderos cómplices. El Alto Adige hace que gruña Italia contra la posible ingerencia de la Liga, Siria le arranca ladridos a Francia. Inglaterra rebuzna contra las potencias que intentan desconcertar sus negocios de China y en muchas otras partes. En efecto, un incomparable cónclave de bandoleros y filibusteros de alto copete.

Ciertamente, desde la más remota antigüedad, todos los gobiernos medraron del crimen y de la rapiña a mano armada, pero hubo épocas de más templanza y de más discreción.

Lo grave, lo enormemente grave es que las víctimas de estos bandoleros tarden tanto en convencerse, en enterarse de esa inútil carga del mastodóntico organismo internacional que deberán soportar sobre sus anchos lomos, con las otras tantas que ya le pesaban. Mientras que los estadistas, los políticos, los jurisconsultos a sueldo de sus respectivos gobiernos, lo emplearán sólo como una amplia bayeta para enjugar sus asuntos sucios...

El duque de Northumberland

Acerca y referente a la campaña política y con indudables fines electorales, que iniciara el conocido malabarista Lloyd George, creímos oportuno traducir este simple cuelto de nuestro colega anarquista "Freedom". Seguramente se hallará más penetrado de la cuestión en debate que nosotros, y aunque no abra juicios definitivos sobre el asunto, nos da por lo menos la fisonomía moral de un típico terrateniente inglés, uno de los más grandes propietarios de tierras de Gran Bretaña.

El duque de Northumberland está olfateando el peligro que entraña la agitación contra los latifundios de la Gran Bretaña, y descolgó las armas de su panoplia nobiliaria en defensa de la clase a la cual pertenece. Replicando a Mac-Laren, M. del parlamento, niega la aserción de su contrincante, quien afirmaba que "los títulos de propiedad están basados sobre el esfuerzo del trabajo humano, que los creó y los fué valorizando." Esto, según el duque, es contrario a toda ley, humana o divina, y agrega que las riquezas de los propietarios "son el producto de la labor del espíritu público y de la contracción al deber de varias generaciones de terratenientes."

¿Existe alguien que haya notado esa generosidad del espíritu público en los propietarios de grandes extensiones de tierra cuando alguna institución pública necesitó algún pedazo de tierra para construir una escuela o para abrir un camino o para realizar otras obras similares?

Es notorio y es del dominio de todos que las municipalidades de cualquier lugar del país, tuvieron que pagar precios enormemente excesivos por la tierra empleada para esos casos. Cuando los ferrocarriles empezaron a invadir con sus rieles las campiñas, los propietarios de tierras pidieron sumas fabulosas para permitir que las vías cruzaran en sus campos, y algunos opusieron una negativa absoluta. Ellos llegaron a desalojar a sus colonos o a sus mediadores, echando abajo sus viviendas, porque argüían que les afeaban el panorama que rodeaba sus mansiones, sus castillos, y dejaban incultivadas y sin habitantes inmensas extensiones de sus dominios para dedicarlas exclusivamente a sus deportes. Como clase, los grandes terratenientes han sido los más sórdidamente rapaces, avaros y autocráticos en lo que concernía al bienestar colectivo. El duque habla del fundamento histórico y ético de la sociedad civilizada. La ética de la sociedad que él pretende defender se resumen en estas palabras: *todo lo que hago está bien hecho;* y cuando llegue el caso combatirán bajo esa bandera.

El duque apela al rey como el más autorizado para conceder las tierras "a los más capaces de cuidarlas y hacerlas producir". Pero las concesiones de bosques y campos que los posteriores reyes regalaron a sus queridas o sus sirvientes, despojando a los que las cultivaban, no es una evidencia en favor de la moralidad de los terratenientes. Dejando de lado este insignificante detalle, afirma que el valor de las grandes praderas es absolutamente nulo, y que "su presente valor ha sido creado, de una parte por la labor, y de la otra por espíritu de empresa y por la inteligencia y el capital del propietario."

Si a sus trabajadores se les antojase emigrar mañana mismo, las propiedades de tierra del duque habrían de convertirse en otras tantas praderas desiertas, cuyo valor es absolutamente nulo, según su propia confesión, a despecho de su espíritu emprendedor y de su gran inteligencia. El trabajo aplicado a la tierra es la única fuente de prosperidad y de riqueza, y este duque conoce esto tan bien como nosotros. Su defensa demuestra a todas luces el conocimiento de esta verdad y como se está difundiendo tan rápidamente es lo que no le resulta muy poco placentero. — *Freedom.*

FILOSOFIAS BARATAS

Se dirá que somos pendencieros, que buscamos desavenencias, que no somos tolerantes. Se han dicho de nosotros tantas cosas que no podemos ya tener en cuenta los pequeños adjetivos con que se trata de adornarnos, directa o indirectamente. Sin embargo estamos seguros de una cosa: no somos fanáticos, no somos sectarios, aunque nuestra manera de defender la causa que creemos justa nos lleve a ciertos extremos inevitables. La concepción de la anarquía que nosotros tenemos es amplísima, hay en ella espacio para innumerables manifestaciones, para todos los temperamentos y todos los gustos, siempre que no contravengan la base fundamental de la libertad para todos. Y nuestra amplitud en la concepción de la anarquía llega hasta el punto de no querer legislar el porvenir y someterlo al capricho de los dirigentes de tal o cual organismo obrero, dirigentes que pueden estar muy por debajo de la masa en su mentalidad y en su espíritu libertario. Queremos la libertad para todos, no como una frase que pueda adoptarse por un Thiers o un Poincaré, sino como una realidad perfecta en la cual el "¡Haz lo que quieras!" tenga su libre curso y su valorización. No hay hombre más responsable de sus actos que el hombre libre, no hay armonía más perfecta que la armonía en la libertad de cada uno.

Hasta aquí todos los ensayos de revoluciones se perdieron por el pecado original de la autoridad; es, pues, muy justo que nosotros queramos ensayar sin restricciones la revolución por la vida de la libertad. La libertad y la autoridad son términos absolutos, es decir no pueden marchar juntos simultáneamente; el que adopta el uno debe renunciar al otro, y renunciar no sólo exteriormente, en un discurso o en un artículo, sino interiormente, en toda la vida individual y colectiva.

Los que tratan de armonizar la libertad con la autoridad son nuevos impostores de los que es preciso huir más que de la peste, pues ellos son peor que la peste, son los que conspiran para perder y escamotear los frutos de la próxima revolución.

Se nos pide tolerancia a fin de no dar margen a conflictos internos. ¡Al diablo la tolerancia que deja crecer en el propio seno los buitres que nos sacarán los ojos, o los dictadores que nos harán fusilar cuando lleguen al poder! La tolerancia para con el mal es transigencia, es complicidad. Y como no queremos ser cómplices de la guerra al anarquismo, no somos tolerantes con los adversarios de nuestras ideas, aunque se hayan refugiado en nuestras filas.

En España tenemos un espectáculo de los más curiosos y de los más desconsoladores. Gentes que se dicen anarquistas predican el colaboracionismo con la burguesía y desean cooperar a la implantación de la república, porque se han formando una filosofía fatalista de la historia según la cual el porvenir tendrá que someterse en su advenimiento a tales y cuales leyes. Esas pobres gentes se meten en camisas de once varas. Poseen algunas nociones instructivas y además saben alinear frases, y con ello creen ya poseer el secreto de todo lo que existe y existirá. He ahí el resultado de una instrucción deficiente, mucho peor que la ignorancia, pues el ignorante de ciencias libreseas, el analfabeto puede poseer un buen sentido alerta y un instinto vivo de lo bueno y de lo malo, de lo posible y de lo imposible; el semi instruído, al contrario, por haber leído un par de libros, cree que la función del sentido común es impropia de su sabiduría y al alinear sus frases en un artículo o en un discurso trabaja con las vagas nociones librescas que ha prendido con alfileres en su cerebro, resultando un razonamiento sin pies ni cabeza, un parto ridículo de un cerebro desencajado.

En España tenemos, a consecuencia de ciertas pretensiones filosóficas y literarias, toda una gama de alquimistas de la revolución, para emplear la frase de Acha; unos pretenden que la cuestión social es un teorema de economía política, otros que es una cuestión de estética, otros que es un asunto que deben resolver los comités sindicales. Así todos esos alquimistas de la revolución se declaran anarquistas, pero anarquistas de días de fiesta; el anarquismo, según ellos, sería algo así como un traje dominguero para asistir solemnemente al club o al grupo de afinidad; para asistir al sindicato hay que cambiar de casaca; el anarquismo y el sindicato se repelen, según esos filosofillos, y en consecuencia es preciso separarlos y no consentir ese matrimonio excomulgado por los dictadores de Moscú o por los saltimbanquis del sindicalismo francés.

Lo peor, lo más irritante en todo, es que esa manifestación antianarquista no surje en el proletariado español, históricamente anárquico, por naturaleza y educación, sino que es un mero entretenimiento literario de ciertos anarquistas o supuestos tales. Se comprendería que esa oposición antianarquista surgiese de una fracción adversa, como la de los comunistas, o que fuera un fruto espontáneo de las masas proletarias ,convencidas ya de que la anarquía no es el norte hacia el cual deben dirigir sus pasos. Eso lo entenderíamos y procuraríamos esforzarnos por contrarrestar esa tendencia. Pero cuando son supuestos anarquistas los que quieren separar el anarquismo del movimiento obrero en donde actúan, debe dispensársenos de que nuestro tono sea poco amistoso, y también debe permitírsenos que dudemos de tales señores. Nuestra insistencia no trata de convencerlos a éllos, presentimos que tienen un interés especial en no ser convencidos.

Esos filósofos de pacotilla son amigos de las afirmaciones rotundas y son demagogos; para expulsar el anarquismo de la Confederación, se valen del sofisma de los sindicalistas de la *charte d'Amiens*, no quieren la intervención de los *partidos políticos* en el movimiento obrero, pero tras ese pensamiento no están los partidos políticos, pues la acción comunista en la Confederación es tan débil que no resistiría una semana la propaganda de nuestros camaradas; tras esos partidos políticos no están los burgueses separatistas de Cataluña, pues podríamos demostrar que los filosofillos de marras no rehuyen del todo la idea de una amorosa colaboración de clases; tras ese pensamiento, tras esa frase: *partidos políticos*, se subentiende el anarquismo. ¡Y la mayoría de los que maniobran así aprobaron en el congreso de la Comedia la finalidad anarquista de la Confederación! Dicen que los trabajadores de España "siempre acudieron a los sindicatos cuando la Confederación Nacional del Trabajo fué un organismo proletario de clase y no de *partido político*." Desde que se fundó la Internacional en España, el movimiento obrero de que la Confederación es lógica continuadora, fué un movimiento obrero que reconoció la anarquía como ideal de todas sus aspiraciones; se proclamó en los congresos, se divulgó por la prensa, por los manifiestos y se hizo carne en la táctica de las luchas cotidianas. Querer negar eso es oficiar de embusteros.

La obra de los anarquistas en España es una obra digna y merecedora de ser defendida con tesón y con un poco de orgullo también. Hay pocos países que puedan mostrar un historial proletario tan heroico y en donde la anarquía haya alcanzado tal grado de difusión. Pero si nuestros precursores hubiesen pensado como estos filósofos de última hora, ¿podríamos decir otro tanto?

Otro asunto que está en discusión es el de la legalización de los sindicatos obreros confederales. El argumento que exponen es el de los defectos de la clandestinidad. Creemos que todos o la inmensa mayoría somos adversarios de la clandestinidad; no tenemos nada que hacer en las sombras del misterio. Nuestras ideas no tienen nada que ocultar y la gran tragedia es que no dispongamos de fuerzas y de elementos suficientes para gritar bien alto nuestro ideal como para

que no fuese ignorado por t
es muy penoso constatar que so
mente más los que ignoran tod
tras ideas que los que han esc
go de ellas. En tanto que movi
cial, aspiramos a la luz del día,
to al sol, tanto más cuanto qu
revolución no es un golpe de
una conspiración de opereta.
los que no piensen así y prefiera
desticidad: es cosa que les af
cularmente a ellos y no al m
general; este debe salir de las
conspirativas. En España hub
el buen sentido de dirigirse a
des masas y de eludir los con
de la clandestinidad. Pero hub
tos en que la dureza de las pers
obligó a nuestros camaradas a
cer de la superficie para encer
decirlo así en las catacumbas.
ríodos fueron de simple defensi
do la posibilidad se volvió a pre
volvió a la actividad pública,
que permite crear un movimien
de algunas proporciones.

Sin embargo, una cosa es con
clandestinidad innecesaria — co
aquellos camaradas rusos que
mismo, en Estados Unidos, si
un periódico lo hacen ilegalmente
bito adquirido, aunque nadie les
ría si se ajustasen a las prescr
legales existentes, lo cual aliviar
bor — y otra cosa es el legalitari
1905, una conferencia de anarqui
sos resolvió seguir actuando c
namente en caso de implantació
régimen constitucional en Rusia,
siderar que si se aprovechaban d
bertades constitucionales de pren
reunión, cometían un delito de le
quía. Pero esa mentalidad no exis
te entre los revolucionarios esp

Ser adversarios de la clande
no equivale a ser partidarios de
lidad. La legalidad de un mov
obrero revolucionario es un cont
do; además, realmente, es imposib
camaradas de Gijón presentan e
plo propio. Hemos dicho ya que G
es Barcelona; el proletariado de
lona no podrá ajustarse jamás a l
tas que puedan convenir al de Gij
la razón comprensible que en Gi
existe una fuerza obrera revoluci
susceptible de provocar los conflic
provoca la clase trabajadora de
lona. Si se quiere la legalidad par
tribuir a matar el espíritu de re
del proletariado, hay que decirlo,
ramos cuáles son las condiciones
actual legislación en España; igu
ocurre con la legislación de tod
países; pero de una cosa estamos
ros: si los trabajadores españole
de continuar su tradición de luc
de organización, tendrán que seg
margen de la intervención direct
Estado en su seno, pues la legali
equivale a invitar un huésped inde
en la deliberación de nuestros as
Una vez los sindicatos legalizados
drán que someterse a los capricho
gobierno y de los legisladores;
la ley, hay huelgas legales e ilegale
tas muy numerosas y aquéllas muy
centes; si no se declaran más hu
que las legales, el capitalismo puede
mir tranquilo; si se declaran huelga
gales, entonces ¿en qué queda la l
dad de los sindicatos? El gobierno p
derá del mismo modo que hoy y le
sultados serán los mismos. Si ten
fuerza para resistir a las usurpaci
obraremos como mejor nos convenga
no tenemos fuerza para oponernos
intervención gubernativa, obraremos
mo podamos.

Y ahora, sin apasionamiento al

que no fuese ignorado por nadie. Nos es muy penoso constatar que son infinitamente más los que ignoran todo de nuestras ideas que los que han escuchado algo de ellas. En tanto que movimiento social, aspiramos a la luz del día, a un puesto al sol, tanto más cuanto que nuestra revolución no es un golpe de Estado ni una conspiración de opereta. Allá ellos los que no piensen así y prefieran la clandestinidad; es cosa que les afecta particularmente a ellos y no al movimiento general; este debe salir de las sombras conspirativas. En España hubo siempre el buen sentido de dirigirse a las grandes masas y de eludir los conventículos de la clandestinidad. Pero hubo momentos en que la dureza de las persecuciones obligó a nuestros camaradas a desaparecer de la superficie para encerrarse por decirlo así en las catacumbas. Esos períodos fueron de simple defensiva; cuando la posibilidad se volvió a presentar se volvió a la actividad pública, la única que permite crear un movimiento social de algunas proporciones.

Sin embargo, una cosa es combatir la clandestinidad innecesaria — como la de aquellos camaradas rusos que aun hoy mismo, en Estados Unidos, si publican un periódico lo hacen ilegalmente por hábito adquirido, aunque nadie les molestaría si se ajustasen a las prescripciones legales existentes, lo cual aliviaría la labor — y otra cosa es el legalitarismo. En 1905, una conferencia de anarquistas rusos resolvió seguir actuando clandestinamente en caso de implantación de un régimen constitucional en Rusia, por considerar que si se aprovechaban de las libertades constitucionales de prensa y de reunión, cometían un delito de lesa anarquía. Pero esa mentalidad no existió nunca entre los revolucionarios españoles.

Ser adversarios de la clandestinidad equivale a ser partidarios de la legalidad. La legalidad de un movimiento obrero revolucionario es un contrasentido; además, realmente, es imposible. Los camaradas de Gijón presentan el ejemplo propio. Hemos dicho ya que Gijón no es Barcelona; el proletariado de Barcelona no podrá ajustarse jamás a las pautas que puedan convenir al de Gijón, por la razón comprensible que en Gijón no existe una fuerza obrera revolucionaria susceptible de provocar los conflictos que provoca la clase trabajadora de Barcelona. Si se quiere la legalidad para contribuir a matar el espíritu de rebelión del proletariado, hay que decirlo. Ignoramos cuáles son las condiciones de la actual legislación en España; igual nos ocurre con la legislación de todos los países; pero de una cosa estamos seguros: si los trabajadores españoles han de continuar su tradición de luchas y de organización, tendrán que seguir al margen de la intervención directa del Estado en su seno, pues la legalización equivale a invitar un huésped indeseable en la deliberación de nuestros asuntos. Una vez los sindicatos legalizados, tendrán que someterse a los caprichos del gobierno y de los legisladores; según la ley, hay huelgas legales e ilegales, éstas muy numerosas y aquéllas muy inocentes; si no se declaran más huelgas que las legales, el capitalismo puede dormir tranquilo; si se declaran huelgas ilegales, entonces ¿en qué queda la legalidad de los sindicatos? El gobierno procederá del mismo modo que hoy y los resultados serán los mismos. Si tenemos fuerza para resistir a las usurpaciones, obraremos como mejor nos convenga; si no tenemos fuerza para oponernos a la intervención gubernativa, obraremos como podamos.

Y ahora, sin apasionamiento alguno, queremos plantear esta pregunta a los lectores del nuevo semanario de Barcelona, "Vida Sindical": *si la confederación Nacional del Trabajo siguiese al pié de la letra las recomendaciones de los editores de ese periódico. ¿En qué se diferenciaría de la Unión General de Trabajadores?*

D. Abad de Santillán

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

III

¿Ha perdido por fin la intervención de las máquinas sus peligros fatales para el proletariado, tales como nos son conocidos del comienzo de la revolución industrial? Sería un gran engaño querer afirmar positivamente esa pregunta. Somos de opinión que esos peligros continúan en pié en forma más bien agudísima que disminuída, y queremos declarar abiertamente que uno de los fines principales de este trabajo es llevar esa convicción a una mayor difusión. Indudablemente tenemos que reconocer que no nos es posible aquí demostrarlo en base a estadísticas. Eso podría únicamente hacerse en un trabajo que sobrepasaría los límites de este escrito, y además es problemático que los datos existentes den el material necesario. Debemos limitarnos, pues, en nuestras indicaciones a alguna mención de los fenómenos de nuestro tiempo y confiarnos luego a la guía de la lógica.

¿Qué nos descubre una ojeada al desenvolvimiento industrial de las últimas décadas? Primeramente hay que constatar que muestra menos impulsos que el comienzo de la era del maquinismo y que en la mayor parte de las industrias se ha producido una cierta estabilidad — que, al menos antes de la guerra, hizo hablar ya a alguien de un agotamiento del espíritu inventivo. "Los hombres de la ciencia — declaró el propio Kropotkin (*Campos, Fábricas y Talleres*) — no inventan nada más o sólo inventan muy poco." A esa manera de ver llevó el hecho de haberse vuelto más raras las invenciones visibles para todos y de gran trascendencia y de basarse las innovaciones técnicas en lo esencial en perfeccionamientos de principios conocidos ya hace mucho tiempo. Pero los inventores, sin embargo, no han dormido. Marcharon en general por caminos menos ruidosos y obtuvieron en silencio éxito tras éxito que en su conjunto significan una nueva revolución técnica.

¿O no es justo hablar de una revolución cuando oímos que, por ejemplo, la producción anual de los altos hornos en Estados Unidos desde 1850 a 1919 aumentó en la proporción de 100 a 6151 (es decir 61 y media veces), pero el número de los obreros, en el mismo período, sólo aumentó en la proporción 100 a 188 — es decir, ni siquiera el doble? (*Enquête sur la production*, tome 2, pág. 1248, edition de la Oficina internacional del trabajo de Ginebra). Además, el año 1919 es un año desproporcionalmente desfavorable para la comparación, que no permitió introducir aún los perfeccionamientos técnicos hechos durante la guerra.

Más claramente quizás se revela ese fenómeno en el último informe anual sobre el colosal aumento de producción de la Bethlehem Steel Corporation, fundada en 1904. Esa compañía ocupaba en el año de su fundación 9.500 obreros y producía 120.000 toneladas de acero. En 1924, el número de los empleados había ascendido a 70.000, es decir, la cifra de 1904 multiplicada por 7,3, pero la producción aumentó a 7.600.000 toneladas, es decir, la cifra de 1904 multiplicada por 63,3.

Tomemos otra industria americana sobre la cual tenemos cifras exactas, y no nos asombraremos menos del rápido desenvolvimiento del grado de productividad. Las fábricas norteamericanas de automóviles construyeron en 1899 con 2241 obreros, 3723 coches; en 1923 la producción alcanzó a 3.890.134 coches con 241.356 empleados. La producción aumentó, pues, en la proporción de 1 a 1044,4, pero el número de los obreros creció sólo en la proporción 1 a 107,6, es decir que manteniendo la misma proporción de obreros y producción de 1899, la producción de 1923 habría exigido aproximadamente diez veces más obreros. Hay que notar especialmente que la rápida multiplicación del grado de trabajo por obrero es menor en los últimos años. En 1909 la labor por obrero aumentó de 1,60 a 2,47 coches en el año, mientras que en 1914 alcanzaba 7,17, en 1921 11,15 y en 1923 16,11 coches.

Antes de examinar los medios por los cuales se obtuvo ese aumento de producción, quisiéramos prevenir expresamente sobre el error de pensar que el desenvolvimiento técnico se limita a las industrias aquí mencianadas. A donde quiera que dirijamos la vista, en todas partes vemos un avance continuo e incontenible en la mecanización de la producción y en la suplantación cada vez más vasta de los hombres por las máquinas. Incluso en la rama de producción primeramente capitalizada, la industria textil, se aspira continuamente a hacer superfluos los hombres y a acrecentar la productividad de cada obrero. Se encuentra, por ejemplo, hoy en las fábricas textiles de las conocidas ciudades textiles norteamericanas Lawrence y Lowell (Massachusett) que un sólo tejedor sirve a 40—60 telares en lugar de 6—8 antes de la guerra.

También en los ferrocarriles norteamericanos tiene lugar un aumento continuo del rendimiento. El mismo fenómeno se advierte por lo demás en los ferrocarriles canadienses. Como se desprende de una memoria de la asociación ferroviaria canadiense, 178.653 empleados servían en 1913 una red ferroviaria de 29.304 millas, mientras que en 1922 la red ferroviaria era de 39.773 millas y sólo ocupaba 165.652 personas.

Que se trata aquí de un fenómeno general y que se extiende a todas las industrias, es cosa que se desprende también de la memoria publicada por el National City Bank (New York). Según ella, la producción de 109 industrias americanas en 1923 aumentó en relación con 1921 un 52 por ciento, mientras que el número de las personas ocupadas sólo aumentó un 32 por ciento.

No hay ninguna exageración cuando Mr. Herbert Hoover, el ministro de comercio de Estados Unidos, en un discurso pronunciado el 8 de mayo de 1923 en la cámara de comercio de ese país, declara que el rendimiento por cabeza de la industria americana en los últimos diez años aumentó de 10 a 15 por ciento. Confirma también la exactitud de nuestro temor en relación con ese desenvolvimiento, la constatación de Hoover, según la cual la industria americana está en situación de asegurar a cada ciudadano el mismo confort a que estaba habituado antes de la guerra y simultáneamente pudo despedir dos millones de personas ocupadas antes.

No es una casualidad el haber hecho proceder la evolución de América en estas consideraciones. El desenvolvimiento industrial de América no sólo no fué perjudicado por la guerra, sino, al contrario, fomentado. Las modificaciones son allí más visibles que en otra parte y sólo puede ser problema de tiempo, la industria europea seguirá el camino indicado por América y se pondrá al nivel de la industria americana por el mejoramiento del aparato técnico de producción. En todo caso, la persistencia de la tensión actual es una imposibilidad hace mucho comprendida por los industriales europeos y ya por eso es importante para los trabajadores conocer el curso de la industria norteamericana. América prescribe, en ese aspecto, a Europa el destino.

Entretanto la técnica no ha estado paralizada en Europa. Las guerras por las necesidades que se presentan y por la falta simultánea de brazos han obrado siempre revolucionariamente en la técnica y han tenido por consecuencia transformaciones en el proceso de producción. Si ese fenómeno no apareció esta vez en Europa en su completa magnitud, sólo es porque el agotamiento económico y la inseguridad política no ha permitido aplicar en Europa prácticamente las experiencias acumuladas en la guerra para la producción de los tiempos de paz. Pero esa obstaculización es de carácter temporal y diversos síntomas muestran que el cambio brusco ha comenzado ya y que en todas partes se mueven cerebros y manos en el sentido de una considerable elevación de nuestro estadio productivo, que tal vez en el curso de la próxima década sobrepasará el adelanto norteamericano. Sabios y técnicos, filósofos y poetas hablan ya de una nueva ola poderosa de la revolución industrial.

Mejor que en ninguna otra parte se ve ya eso en la construcción de vapores, donde se realiza con una celeridad tempestuosa la transición de la maquinaria para carbón a la navegación a petróleo y a los motores Diesel. Mientras que todavía en 1914 había un 88 por ciento del tonelaje mundial de los vapores organizados para el consumo de carbón y sólo 2,6 por ciento para el consumo de petróleo, esa proporción es en 1925 de 64,8 para los primeros y de 27,5 para los segundos. En el mismo tiempo la parte del tonelaje de vapores a motor subió de 0,5 a 4,5 por ciento, y la parte de los barcos de vela, que en 1890 estaban en proporción de 2 a 3 respecto de los barcos a vapor, retrocedieron de 8,1 a 3,5 por ciento. Calcúlese lo que se ahorra de personal por esas transformaciones en la navegación, mediante estos ejemplos: un vapor con 24 fuegos, que antes debía ocupar 18 foguistas, 18 ayudantes y 6 engrasadores, con el empleo de petróleo sólo necesita 6 foguistas, 3 ayudantes y 3 engrasadores. Con el empleo de los barcos a motor, el ahorro de personal es mayor aún, pues no hacen falta ni foguistas ni ayudantes.

La electrificación de los ferrocarriles, comenzada realmente con la guerra, conduce igualmente en su avance a un notable ahorro de personal. Primeramente serán superfluos los cargadores de carbón, que han podido ser fuertemente limitados por las perfeccionadas instalaciones de carga. Pero simultáneamente, la electrificación permite la realización del servicio con un personal menor en todo lo demás, pues los trenes corren con gran velocidad y las cargas pueden ser aumentadas. Esto sin hablar de la desaparición del vasto transporte de carbón para el consumo ferroviario. Otras innovaciones ferroviarias amenazan grupos enteros de obreros. Mencionemos sólo la introducción del freno automático en los trenes de carga, lo cual por ejemplo sólo en Baviera deja en la calle 1.300 de los 2,400 freneros de los trenes de carga y al mismo tiempo algunos centenares de guardas e inspectores.

También en el resto de las comunicaciones y los transportes pueden señalarse amplias innovaciones que limitan considerablemente el número de los obreros. El aumento creciente de autos facilita el transporte de mercaderías y ahorra cargas y descargas. Para las cortas distancias, una gran parte de los envíos de mercaderías va directamente del remitente al destinatario. Los carros de caballos desaparecen cada vez más de la calle y tienen que ceder el puesto a los medios de transporte nuevos, más rápidos y menos exigentes de personal.

Notables modificaciones pueden comprobarse también ante todo en las mejoras técnicas de los puertos marítimos e internos. Numerosísimos guinches y elevadores se han vuelto desde hace mucho

signos familiares de esos lugares de trabajo. Pero esos aparatos férreos se han modificado mucho frente a aquellos que estaban en uso antes de la guerra. Han llegado a una prontitud de ejecución mucho mayor que sus antecesores. También aumentaron numéricamente. En la mayoría de los puertos modernos, el trabajo manual en la carga y la descarga — al menos en tanto que se trata de artículos en grandes cantidades, como carbón, metales, trigo, etc. — casi fué completamente suplantado. Casi todo el trabajo portuario se hace hoy por medio de máquinas. Llega un vapor con trigo al puerto, se acerca a él un elevador flotante de trigo que absorbe automáticamente todos los rincones del barco, pesa el trigo y lo distribuye en el depósito. Para la descarga de un vapor con 6.000 toneladas de trigo eran necesarios antes 150 obreros durante 7 u 8 días. Hoy ese trabajo es hecho por un moderno elevador en 20 horas y sólo exige de 12 a 15 personas.

Las máquinas para las cargas y descargas de metales aumentaron especialmente en los últimos años. En 1912 se limitaban, por ejemplo en el puerto de Roterdam, a su empleo para un 7 y medio por ciento de toda la importación y exportación de metales. Hoy casi no se usa el esfuerzo manual en ese trabajo. La descarga se opera por medio de aparatos que en una hora de actividad transportan 600 toneladas y más, es decir hacen en una sola hora más que antes 24 personas en una jornada de 10 horas.

Una significativa perfección la experimentó la técnica de los guinches por la introducción en los últimos tiempos del magneto. Este realiza verdaderas maravillas y substituye en puertos y fábricas grupos enteros de personas. Una fábrica inglesa dice al respecto (según *Totes der Technik*, de Hans Günther, Verlag Rascher und Co.) que un magneto elevador de 130 cm. descargó en 7 minutos un vagón de virutas de acero, cuya labor habría ocupado cuatro hombres en cinco horas. "Un magneto elevador de 125 cm. cargó virutas de acero del montón en un vagón ferroviario; en 12 elevamientos durante 7 minutos levantó 5.000 kilos, es decir 400 kilos por elevamiento, aunque las virutas de acero forman uno de los materiales más difíciles de transportar... Un magneto de las mismas proporciones transporta en 8 horas 45 minutos 600 toneladas de hierro en bruto de los vagones al depósito. En todos estos casos el guinchero era la única persona ocupada en esa operación."

No menos interesante es otro ejemplo: "En una fábrica norteamericana de acero, la descarga de un barco de 2.000 toneladas de hierro en bruto por 24 obreros exige 48 horas, lo que equivale a una tonelada y media por obrero. La fábrica se procuró dos magnetos elevadores de 160 cm. que sólo necesitaban para su servicio dos personas. Esos magnetos transportan las 2.000 toneladas del barco al depósito en 11 horas, amontonando allí la carga en perfecto orden. Con ayuda de las nuevas manos de hierro dos obreros liquidan continuamente en los sucesivo el trabajo de 28 en poco menos que una cuarta parte del tiempo empleado por éstos... Además se agregó la brevedad considerable de la estadía costosa del vapor, que repentinamente pudo hacer un cierto número de viajes más por año." Si se expresan esas ventajas en sumas monetarias, así dice el autor de donde tomamos estos datos — se advierte pronto que el magneto es una admirable caja de ahorro... El magneto elevador ha realizado en cierto sentido un pensamiento que constituía una broma favorita de la chocarrería: *la idea de un taller sin obreros*. El que visita hoy el depósito de una gran fábrica de acero, puede ver allí trenes enteros de hierro en bruto y elaborado, de lingotes y de columnas, que son descargados o cuya carga es depositada en estractos regulares, en los cajones de los hornos, llevados a la escotilla o metidos en la prensa de empaquetar sin que se advierta un solo obrero. Hace aún muy pocos años los vagones estaban rodeados de enormes grupos de obreros que sudaban bajo las pesadas cargas. La formidable diferencia entre antes y ahora la produjo el magneto elevador en relación con el guinche eléctrico, que se ve ir de un lado al otro velozmente. Un solo hombre sentado en la cabina del guinche, vigila y dirige todo el movimiento, una prueba evidente de la liberación del hombre por las máquinas."

Los acontecimientos de las otras industrias se manifiestan menos claramente. Pero permiten, sin embargo, algunas deducciones importantes. Por ejemplo el gobierno inglés responde a la Oficina internacional del trabajo (*Enquete de la production*, III, pág. 168-88) relativamente a la evolución de los instrumentos de trabajo desde el estallido de la guerra, que es innegable un aumento considerable en el ahorro de brazos humanos por la aplicación de máquinas. Es interesante la indicación que el empleo mayor de mujeres, ante todo en la industria de las municiones, llevó a la introducción de medios mecánicos de transporte, de planos inclinados y otras simplificaciones. En las minas, como ya se ha dicho, las cavadoras a vapor encuentran un empleo creciente (números más exactos no existen, pero podría interesarnos el hecho que en las minas de carbón de Illinois en 1912 trabajaban con pica 37.000 mineros y con máquinas 16.500, mientras que la proporción en 1923 ha cambiado así: 21.500 obreros con pica y 43.000 con máquinas). Sobre la fabricación de instrumentos ópticos y de artículos de vidrio, se dice: Ese oficio era considerado como el dominio por excelencia del artesano ejercitado, pero cuanto más imperiosas se volvieron las demandas de esos productos, tanto más debió intentarse acelerar la producción. Esto se ha conseguido. Se inventaron máquinas para sellar los instrumentos ópticos necesitados en la guerra, para elaborar prismas y soplar el vidrio. Un prisma de buena calidad para un telescopio puede ser hecho actualmente en menos de 50 minutos, sólo se necesita darle la última forma. Antes se necesitaban cuatro horas de un buen obrero que dispusiera por lo menos de una práctica previa de ocho años.

Según el mismo informe se ha operado una transformación completa en el empleo de máquinas para el trabajo de la madera. Se comunican igualmente mejoramientos que ahorran muchas fuerzas obreras en la industria de la fabricación de máquinas, en la industria textil, en el transporte, etc.

Sobre la evolución de la industria inglesa de la fabricación de botellas, dice John Thompson, el secretario general de la asociación inglesa de vidrieros, que en 1914 había cinco máquinas Owen de hacer botellas y que su cifra ascendió en 1924 a 24. Simultáneamente la productividad de esas máquinas aumentó por lo menos cinco veces, de manera que la producción anual puede estimarse en 275 millones de botellas (*A Brief History of the Glass Industrye*).

(H. E. Miles, presidente de la *Fair Tarif League*, calcula en un artículo sobre *The Tariff and the Miracle of American Production* — aparecido en el *Machinist Monthley Journal*, junio de 1924, — la producción diaria de una máquina de fabricar botellas en los Estados Unidos en 50.400, lo que da 15 millones en una labor anual de 300 días y que por tanto sobrepasaría el término medio aceptado por Thompson).

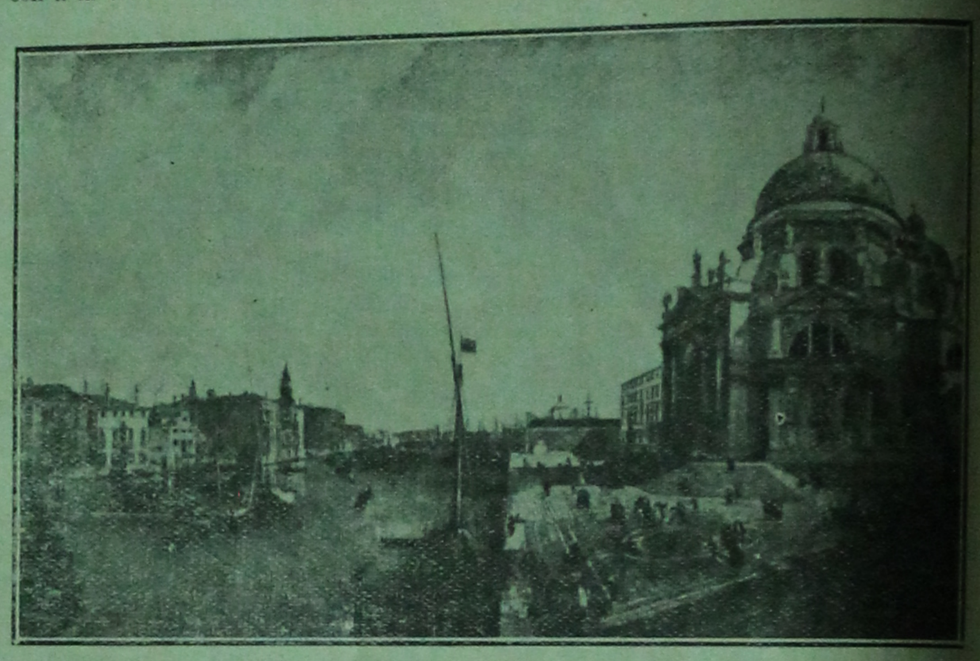
Todos los informes mencionados en la encuesta de la Oficina internacional del trabajo concuerdan, pues, sin excepción, que la transición a las ocho horas no ha provocado en ningún país una disminución de la producción por obrero y por día o semana. Más bien se establece generalmente que la reducción de la jornada ha sido más equilibrada por la intensidad del trabajo, por la introducción de nuevas máquinas o aceleración del curso o por otros mejoramientos técnicos y orgánicos de los métodos de producción. La reducción de la jornada estimuló en todas partes una mayor mecanización del trabajo. Un resultado digno de mención se informa de una fábrica de jabón holandesa. Mediante la instalación de cuatro máquinas empaquetadoras se ha conseguido suplantar el trabajo de 63 mujeres. Para la vigilancia exigían esas máquinas en conjunto sólo 6 mujeres.

Preciosos detalles sobre el mismo asunto fueron publicados por el ministerio francés del trabajo. Se refieren a los establecimientos de las diversas industrias y confirman completamente las experiencias hechas en otros países (*Bulletin du Ministére du Travail*, París, 1924).

Sobre Alemania existe muy poco material. Aquí no se emprendieron los más insignificantes esfuerzos por el perfeccionamiento técnico de los métodos de producción; lo que se explica por el hecho que durante el período de la inflación los salarios obreros han formado una parte mínima de los gastos de producción y en consecuencia no incitaron a la instalación de nuevas y costosas máquinas. Pero con la estabilización de la moneda es otra cosa. Ahora la industria alemana dirige mayor atención al aparato técnico de producción y trata de alcanzar y sobrepasar el adelanto hecho por otros países. La discusión detenida en la prensa capitalista de los métodos de Ford es una prueba al respecto.

CANALETTO

El paisaje es para el pintor el mejor medio de lograr plenamente la expresión de su sensibilidad. Parece que la naturaleza le sirva como texto o pretexto o un instrumento sobre el cual describiera el juego de la melodía que resuena en su interior. El retrato obliga al artista a descender a la profundidad de elementos extraños; en cambio el paisaje le prodiga la ocasión de desarrollarse plenamente sobre amplias superficies en el arabesco de la luz y del color, con la diversidad del follaje, la incesante metamorfosis de los cielos y la aparición subitánea de los monumentos y de las figuras que introducen a la criatura humana en la naturaleza habitada, antiguamente por las tinieblas. El paisaje no es una simple descripción; es, al contrario, un tema, sobre el cual Giorgione escribirá melodías en tonos menores, turbias y de una pasión ardiente, Vinci vastas sinfonías que desde la tierra se enlazan con las estrellas; y Turner crea coros de ángeles con lampos rutilantes que giran alrededor del sol. El paisaje es lazo más directo y al mismo tiempo más flexible, de la realidad de la vida a la fantasía del artista. El pintor se pierde y se encuentra, viendo en las florestas mirajes de los atornasolados verdes de la fronda y una caída de sol, que son los reflejos de la divinidad. Merced a concordancias extrañas, vuelve a hallar bajo lo exterior y bajo lo visible, presencias que animan las cosas y se acercan a nosotros. Es por eso que encontramos en un paisaje el motivo, el pintor y a nosotros mismos, con nuestros recuerdos y ensueños...



CANALETTO. — La Iglesia de la Salud. (Venecia)

Y ninguna ciudad mejor que Venecia ofrecía a los artistas la tentación de abandonarse, de anularse en ella. Los acordes del liuto de Cima de Corneliano, los *lieder* de Carpacio, el contralto del Ticiano, las fanfarrias del Tintoretto, surgían de la ciudad y del paisaje, de piedras rosas, verdes, de las aguas inquietas, de la laguna irisada, del mar agitado, fantasmagoría que juega con el aire, la nube y el sol. Lo pintoresco de las calles, los variolados colores, desteldo las loas, las adulaciones cortesanas, se consagraron al paisaje solamente, y escribieron piadosamente en sus telas las maravillas de Venecia — la ciudad feérica. —Canaletto nació el 16 de octubre de 1697. Se le aplicó el pseudónimo de Canaletto, que heredara su sobrino Bernardo Bellotto, al mismo tiempo que el amor a los paisajes venecianos y el arte de pintarlos. Su padre, pintor de teatro, le hizo trabajar a su lado en esas composiciones barrocas, que bien se acordaban al gusto de la época. Después se trasladó a Roma, donde Pannini le reveló las ruinas históricas y su melancólica belleza. Seducido por su calma grandiosa, recorrió la Ciudad Eterna, copió los antiguos, reprodujo monumentos romanos, el Arco de Constantino, el Coliseo, el Foro, el Panteón, la obra maestra de Bernini, y las fuentes de la plaza Navona. Pero llegó a aburrirse, sintiendo nostalgia de la coloreada vida de Venecia, el destello de sus cielos y de sus aguas. Impaciente de regresar a su villa natal, abandonó a Pannini y sus discípulos en medio de sus ruinas y columnas rotas, y huyó hacia el esplendor cambiante que le atraía.

Llegado a Venecia no se cansa de recorrer sus calles y plazas, vagabundeando detrás de los cortejos y las fiestas observando los motivos arquitectónicos, el ir y venir de las barcas y góndolas, y absorbiendo todos los detalles de la vida popular. Empieza a pintar, y lo hace con pasión, siguiendo los juegos del sol sobre las aguas, sobre los muros de tonos ocres y los mármoles de color. Sus temas principales son la Plaza de San Marcos, el Palacio Ducal, el Gran Canal. Se complace en variar su expresión con una asombrosa virtuosidad, según el día y la hora, si la plaza se halle de fiesta o no, la hace revivir con una feria o una procesión que la cruza. El éxito vino hacia él inmediatamente. Los venecianos admiran al pintor de su ciudad y los extranjeros se inclinan ante su talento que acaba de ser consagrado por una celebridad que traspone las fronteras de su patria. Entre ellos el cónsul de Inglaterra, José Smith, se entusiasma y expande tan lejos su gloria que en Londres se buscan sus cuadros y reclaman la presencia del pintor. Se resiste, al fin obedece a tanta insistencia y ante las numerosas invitaciones que le dirigen los aficionados ingleses, hélo aquí en un país extranjero, festejado como un huésped predilecto. Aprovecha para estudiar el paisaje inglés y pinta algunas telas. Entre la relevante colección de las obras de Canaletto que se conservan en Windsor, figuran dos telas con vistas del Támesis. ¿Volvería a encontrar el recuerdo de su Gran Canal, o le retendrían contrastes o más bien ciertas semejanzas sutiles?

Adora y se siente atraído por la atmósfera gris, un poco opaca, tan diferente de la atmósfera plateada y transparente de Venecia. Abandona Inglaterra, donde debía volver una vez más, y se dirige al Adriático. Es en Venecia donde muere el 20 de abril de 1768.

Aunque haya abandonado durante algunos años la villa de San Marco, permaneciendo en Roma y en Londres, Venecia fué siempre la preferida. No se cansa de pintarla, no solamente para inclinarse ante los pedidos de sus admiradores, sino porque descubrirá una variedad prodigiosa de motivos. Todas las ciudades se transforman, según las horas y las estaciones que las esclarecen o ensombrecen, pero Venecia es un espejo particularmente sensible por las aguas que la rodean, la penetran, arrancándola de la irrealidad, que es el destino ordinario de las ciudades de piedra, para darle esta sensación del balanceo de las embarcaciones amarradas y mantener en esta escuadra detenida la esperanza de una nueva partida. Para Canaletto, gran *vagabundeador* de calles, como todo veneciano, esta ciudad se metamorfosea por el movimiento incesante de sus barcazas cargadas de flores, de frutos, deslizándose en los canales, fiesta cotidiana para el pintor, y también a menudo, las grandes embarcaciones ornamentadas, usadas en ceremoniales brillantes con sus magistrados de ropajes fastuosos, guiando cortejos o paseando las reliquias. Los grandes personajes recibidos en audiencia en el Palacio, desembarcan en las terrazas de los Esclavones, con su séquito de góndolas amarradas. Canaletto, que gustaba de la calma de los barrios solitarios, de los pequeños lugares desiertos, los canales ignorados, se aviene a veces a fijar el recuerdo de las recepciones, la imagen de góndolas decoradas con un lujo extravagante, el lento paseo de las procesiones magestuosas, indispensables a ese decorado magníficamente teatral que fué siempre Venecia.

Se pretende que ciertos personajes de sus cuadros fueron dibujados por Tiepolo. Lanzi, en su *Storia pittorica dell'Italia*, reproduce esa aseveración. En realidad, esas pequeñas figuras, como las de su sobrino, Bellotto, el otro Canaletto, recuerdan la manera de Tiepolo. Sería absurdo, por otra parte, inferir por su talento de paisajista su incapacidad en componer sus personajes. Los mismos grandes maestros del paisaje fueron también admirables pintores de figuras, Poussin, por ejemplo, o de Breughel, y las de Canaletto se unen tan perfectamente a la construcción del paisaje, que ellas manifiestamente llevan la firma del artista que las colocó. Imaginar aquí la colaboración de dos pintores, es suponer que por reciprocidad, ciertos paisajes de Tiepolo han sido pintados por Canaletto, lo que sería asaz inverosímil. Cada uno tuvo su talento original, grande y personal, y nada nos autoriza a creer en los diceres

Lunes 8 de Marzo de 192

CANALE

mo un huésped predilecto. Aprovecha para estudiar el paisaje inglés y pinta algunas telas. Entre la relevante colección de las obras de Canaletto que se conservan en Windsor, figuran dos telas con vistas del Támesis. ¿Volvería a encontrar el recuerdo de su Gran Canal, o le retendrían contrastes o más bien ciertas semejanzas sutiles?

Adora y se siente atraído por la atmósfera gris, un poco opaca, tan diferente de la atmósfera plateada y transparente de Venecia. Abandona Inglaterra, donde debía volver una vez más, y se dirige al Adriático. Es en Venecia donde muere el 20 de abril de 1768.

Aunque haya abandonado durante algunos años la villa de San Marco, permaneciendo en Roma y en Londres, Venecia fué siempre la preferida. No se cansa de pintarla, no solamente para inclinarse ante los pedidos de sus admiradores, sino porque descubrirá una variedad prodigiosa de motivos. Todas las ciudades se transforman, según las horas y las estaciones que las esclarecen o ensombrecen, pero Venecia es un espejo particularmente sensible por las aguas que la rodean, la penetran, arrancándola de la irrealidad, que es el destino ordinario de las ciudades de piedra, para darle esta sensación del balanceo de las embarcaciones amarradas y mantener en esta escuadra detenida la esperanza de una nueva partida. Para Canaletto, gran *vagabundeador* de calles, como todo veneciano, esta ciudad se metamorfosea por el movimiento incesante de sus barcazas cargadas de flores, de frutos, deslizándose en los canales, fiesta cotidiana para el pintor, y también a menudo, las grandes embarcaciones ornamentadas, usadas en ceremoniales brillantes con sus magistrados de ropajes fastuosos, guiando cortejos o paseando las reliquias. Los grandes personajes recibidos en audiencia en el Palacio, desembarcan en las terrazas de los Esclavones, con su séquito de góndolas amarradas. Canaletto, que gustaba de la calma de los barrios solitarios, de los pequeños lugares desiertos, los canales ignorados, se aviene a veces a fijar el recuerdo de las recepciones, la imagen de góndolas decoradas con un lujo extravagante, el lento paseo de las procesiones magestuosas, indispensables a ese decorado magníficamente teatral que fué siempre Venecia.

Se pretende que ciertos personajes de sus cuadros fueron dibujados por Tiepolo. Lanzi, en su *Storia pittorica dell'Italia*, reproduce esa aseveración. En realidad, esas pequeñas figuras, como las de su sobrino, Bellotto, el otro Canaletto, recuerdan la manera de Tiepolo. Sería absurdo, por otra parte, inferir por su talento de paisajista su incapacidad en componer sus personajes. Los mismos grandes maestros del paisaje fueron también admirables pintores de figuras, Poussin, por ejemplo, o de Breughel, y las de Canaletto se unen tan perfectamente a la construcción del paisaje, que ellas manifiestamente llevan la firma del artista que las colocó. Imaginar aquí la colaboración de dos pintores, es suponer que por reciprocidad, ciertos paisajes de Tiepolo han sido pintados por Canaletto, lo que sería asaz inverosímil. Cada uno tuvo su talento original, grande y personal, y nada nos autoriza a creer en los diceres

CANALETTO. — El Arno en Florencia.

mo un huésped predilecto. Aprovecha para estudiar el paisaje inglés y pintar algunas telas. Entre la relevante colección de las obras de Canaletto que se halla en Windsor, figuran dos telas con vistas del Támesis. ¿Volvería a encontrar el recuerdo de su Gran Canal, o le retuvo los contrastes o más bien ciertas semejanzas sutiles?

Adora y se siente atraído por esa atmósfera gris, un poco opaca, tan diferente de la atmósfera plateada y transparente de Venecia. Abandona Inglaterra, donde debía volver una vez más, y se dirige al Adriático. Es en Venecia donde morirá el 20 de abril de 1768.

Aunque haya abandonado durante algunos años la villa de San Marcos, permaneciendo en Roma y en Londres, ella fué siempre la preferida. No se cansa de pintarla, no solamente para inclinarse ante los pedidos de sus admiradores, y sí porque descubrirá una variedad prodigiosa de motivos. Todas las ciudades se transforman, según las horas y las estaciones que las esclarecen o ensombrecen; pero Venecia es un espejo particularmente sensible por las aguas que la rodean y la penetran, arrancándola de la inmovilidad, que es el destino ordinario de las ciudades de piedra, para darle esta ilusión del balanceo de las embarcaciones ancladas y mantener en esta escuadra detenida la esperanza de una nueva partida. Para Canaletto, gran *vagabundeador* de calles, como todo veneciano, esta ciudad se metamorfosea por el movimiento incesante de sus barcazas cargadas de flores, de frutos, deslizándose en los canales, fiesta cotidiana para el pintor, y también a menudo, las grandes embarcaciones doradas, usadas en ceremoniales brillantes, con sus magistrados de ropajes fastuosos, guiando cortejos o paseando las reliquias. Los grandes personajes recibidos en audiencia en el Palacio, desembarcan en las terrazas de los Esclavones, con su séquito de góndolas amarradas. Canaletto, que gustaba de la calma de los barrios solitarios, de los pequeños lugares desiertos, los canales ignorados, se avenía a veces a fijar el recuerdo de las regatas y de las recepciones, la imagen de las góndolas decoradas con un lujo extravagante, el lento paseo de las procesiones, magestuosas, indispensables a ese cuadro magníficamente teatral que fué siempre Venecia.

Se pretende que ciertos personajes de sus cuadros fueron dibujados por Tiepolo. Lanzi, en su *Storia pittorica dell'Italia*, reproduce esa aseveración. En realidad, esas pequeñas figuras, como las de su sobrino, Bellotto, el otro Canaletto, en nada recuerdan la manera de Tiepolo. Sería absurdo, por otra parte, inferir por su talento de paisajista su incapacidad en componer sus personajes. Los más grandes maestros del paisaje fueron también admirables pintores de figuras, Poussin, por ejemplo, o de Breughel, y las de Canaletto se unen tan perfectamente a la construcción del paisaje, que ellas manifiestamente llevan la firma del artista que las colocó. Imaginar aquí la colaboración de dos pintores, es suponer que por reciprocidad, ciertos paisajes de Tiepolo han sido pintados por Canaletto, lo que sería asaz inverosímil. Cada uno tuvo su talento original, grande y personal, y nada nos autoriza a creer en los díceres de Lanzi. En efecto, los cuadros del paisajista, o más bien del marinista veneciano, son de una perfecta unidad. La armonía que agrupa los personajes entre las arquitecturas, o simplemente quien magistralmente hizo jugar los reflejos de la luz sobre las casas, sobre las aguas, queda como la característica más pronunciada de este pintor. Su dibujo preciso, a veces un poco seco, pero que no busca en la curva de la sola improvisación de efectos fáciles, posee más pureza y una agudeza más pronunciada que la de Guardi, a quien es necesario compararlo, ya que los dos trabajaron en la misma época y pintaron las mismas telas. Desde el momento que Guardi nos atrae violentamente por el lado impresionista de su factura y nos cansa en seguida, por lo que tiene de blando y facticio, los lienzos de Canaletto, más fríos quizás, más compuestos, se imponen a nuestra atención. La verba fácil de Guardi puesta paralelamente con la sobriedad algunas veces severa de Canaletto, puede parecernos superficial y vulgar. En éste, al contrario, se afirman una nobleza de pensamiento, una distinción en la ejecución que atestiguan su superioridad. Pocos como él supieron bañar en una atmósfera plateada los nobles volúmenes de los palacios, de las iglesias, el movimiento de las barcas, la vida de la muchedumbre, sin ceder a la tentación de describir o de contar. Su colorido posee gamas de grises extraordinariamente ricos, que le llevan a refinamientos y nuevos virtuosismos. Hay fragmentos de Canaletto que anuncian los buenos paisajistas de la escuela de 1830, con Corot y etc. Pero cuando coloca tonos claros o cálidos, cuando pone algunas rosas, rojas o azules, es con una seguridad y una justeza tal que el color toma la plenitud de su valor, y toda la potencia de expresión. Sus cuadros, colocados en una atmósfera delicada y sin brusquedades luminosas, centellean en un burbujeo de matices y nos proporcionan inagotables descubrimientos. Su influencia sobre cierta época de Turner, es muy significativa. Los años en que se esfuerza por librarse de la influencia de Claudio de Lorena, son aquellos en que su personalidad pudo llegar a una florida madurez, y que al pintor inglés le hicieron conocer Venecia a través de esa producción, enseñándole así el arte de traducir la dulzura de ese cielo, la límpida transparencia del aire, y la visión feérica de las aguas.

Había en el pintor veneciano, a pesar de haberse aplicado a reproducir la exactitud de los objetos y de la vida, un corazón de poeta que penetraba la verdadera realidad de las cosas, y por la cual se expresa la vida interna de los paisajes.

M. BRION

La obra de los gobiernos es cien veces peor que la del bandido de Sierra Morena. El bandido despoja preferentemente a los ricos; los gobiernos a los pobres, y además favorecen a los ricos, que les ayudan al crimen. El bandido no recluta a nadie por la fuerza, los gobiernos, sí.

TOLSTOY

Los trabajadores y la guerra

LA primera y fundamental razón de todas las guerras, que pretexta la necesidad de la defensa nacional, es que la mayoría de las personas, elevadas o bajas, son nada más que ladrones con un corazón que codicia la tierra, la riqueza y la fama de sus vecinos. Pero a más de ladrones, son locos de atar. Y estos ladrones culpables, y la fuente única de todas las guerras más terribles, son precisamente los capitalistas. Mientras que en el suelo europeo la otra, y la verdadera guerra, se halla establecida entre éstos y el trabajador, tal como ellos la quisieron.

Tú tendrás que realizar tu trabajo lo mejor posible, tanto si has de vivir largo tiempo o morirte mañana. Y puede muy bien que se te condene a ello más temprano o más tarde. Pues, hombres han muerto por su país, sin reportarle bien alguno; tú prepárate a morir y, haciéndolo, sea para asegurarle un más alto bienestar, y así a todos los demás países con el tuyo. Pon todo tu ser, tu alma y tu corazón en la labor que te toque desempeñar; mas antes mira si ella es productiva y fructífera para los demás seres. Esto es, si es trigo, tela y etc., y no pólvora para los cañones y arsénico para usos mortíferos y ponzoñosos.

Pon atención y graba, fija en tu memoria estas palabras: *Antes deberás de afrontar la muerte más bien que dejarte doblegar, aviniéndote a construir, a fabricar mecanismos guerreros y artefactos micidiales.*

En estos tiempos no existe crimen físico y material que se halle más lejos de todo perdón — sin ningún paralelo en la culpabilidad — como el de prestarse a la fabricación de la maquinaria de guerra, o a practicar la invención de substancias tóxicas, letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la locura y pelearse como dos prostitutas; tú, que de la mesa les alcanzas el cuchillo para que del suelo levanten los seis peniques, ¿qué merced, qué perdón hay para tí?

JOHN RUSKIN

VII carta dirigida a los trabajadores de Gran Bretaña (julio, 1871). "Fors Clavigers", Parte II.

J. Fabre, por Henryk Hollard

Los dos años que Fabre permaneció en Córcega pudieron aportarle otras revelaciones al naturalista. Es trepando a los peñascos, visitando las ensenadas de las costas rocosas de la isla cuando más se apasiona por la maravillosa variedad que ofrecen las espirales y las volutas de los caracoles. La conquiliquilogía, se convierte en su campo de experimentación. Conchas y caracoles de agua dulce o de mar, y luego, de regreso al continente, coquillages fósiles de todas las edades, son reunidos en una bella colección para sus estudios comparativos. Geómetra consumado, experto en la espiral logarítmica, fué en Córcega donde estudió el genio arquitectural del molusco, lo mismo como estudiara el arte geométrico de la araña, tejedora de sus telas. "Los cálculos infinitesimales de Leibnitz, le escribía a su hermano, te demostrarán que la arquitectura del Louvre es menos sabia que la del caracol; el geómetra eterno enroscó sus trascendentes espirales sobre el cascarón de este caracol, que no conoces, lo mismo como los profanos, sazonado con espinacas y queso de Holanda."

El matemático se hallaba doblado de poeta. Es en Ajacio (Córcega), que abriendo la exclusa del entusiasmo poético, en la contemplación de los cielos inmensos y de los torbellinos errantes en playas del vacío, escribió "El Número", ese bello y sólido poema que canta el *arithmos*, armonía creada por el "geómetra eterno", "llave del dombo del universo", "regulando a la vez el tiempo y el espacio".

Es, en efecto, en 1855 que apareció en los "Annales des Ciencies Naturelles", el estudio de Fabre sobre el *Cerceris* tubérculo. La historia maravillosa de esta avispa gigante produjo gran sensación en el mundo científico. Carlos Darwin se detiene a meditar, en el momento que concebía y redactaba "El origen de las especies", ante el bello descubrimiento de quien llamara "el observador inimitable", y fué obligado, en su lealtad científica, a principiar su capítulo sobre el instinto, por esta frase:

"Son numerosos los instintos que causan asombro y su desarrollo al lector le parecerá que son dificultades suficientes para derribar toda mi teoría."

He ahí lo que Fabre logró descubrir después de una larga serie de experiencias, —¡y de cuántos fracasos! — desgraciadamente demasiado extenso de contar en el corto espacio de esta biografía.

La cerceris tubercola, la avispa gigante, alimenta su larva con gorgojos del género curculionido. Ella cava, en el terrón reservado a su larva en la pared vertical del talud. Concluído el alojamiento, se va de caza y en algunos minutos encuentra el gorgojo que le hace falta, mientras Fabre, en varios días, apenas si encon-

traba dos o tres. Se abalanza sobre su presa, le inmoviliza la cabeza, después, curvando su abdómen encima de su víctima, le introduce su aguijón, siempre en el mismo sitio, entre los dos segmentos del tórax. El gorgojo cae fulminado, completamente inmovilizado, pero no muerto, simplemente paralizado. Entonces la depredadora, da vuelta su presa más pesada que ella, la ase de las patitas, vientre con vientre, la transporta al terrón y la arrastra para acostarla en el alojamiento preparado. Y allí la avispa pone un huevo, teniendo cuidado de colocarlo en el lugar más tierno de la faz ventral del gorgojo, en un punto especial, en las primeras bocas del gusano, no adherido sino a los tejidos adiposos y no a los órganos esenciales sobre la nueva vida que incubará. En tanto, la madre cierra el orificio y parte nuevamente de caza. Es que es necesario que la larva de la avispa se nutra no solamente de carne fresca, sino viviente. El gorgojo no morirá así más que cuando la larva se haya alimentado hasta sus últimos bocados. Se comprende entonces la doble necesidad de la parálisis total: la parálisis significa la inmovilidad absoluta, indispensable a la vida de la larva, la que, incapaz del menor acto vital, sería lanzada lejos de su alimento por cualquier movimiento del gorgojo. Y la parálisis también es la vida, la carne viviente asegurada hasta el último momento del período larvar de la avispa.

DEL ORDEN CAPITALISTA

Cuando se reconoce el principio de autoridad, pueden tenerse las más santas intenciones, puede aspirarse realmente a un reino de Jauja en la tierra, no por eso la realidad será menos de opresión y de dominación del hombre por el hombre, con el cortejo de bellezas que acompañan necesariamente ese estado de cosas.

A últimos de enero, los tribunales bolchevistas de Zaryzin condenaron en nombre del orden público a un grupo de obreros, acusados de pertenecer a una organización con propósitos de provocar huelgas, a penas monstruosas. Siete acusados fueron condenados a cinco años de prisión y a destierro perpetuo en el distrito de Transbaikalia, 16 personas fueron condenadas a destierro a Siberia. Los acusados no pudieron nombrar siquiera defensores.

Estos hechos no son nada raros en Rusia. Pero no es obstáculo para que existan todavía en todos los países trabajadores lo suficiente débiles de espíritu, por no decir más, que prefieren la cuchilla del verdugo bolchevista a la del verdugo monárquico o burgués. ¿Qué podemos hacer para abrir los ojos a los que quieren ser voluntariamente ciegos? Dejemos a los ciegos voluntarios con su ceguera, pero al menos impidamos que se prediquen las bellezas del régimen cuartelero implantado por Lenin y compañía en Rusia como dignas de ser preferidas a las bellezas del régimen autoritario de cualquier otro país.

En Alemania la situación general presenta contrastes sumamente instructivos. Pero la servidumbre voluntaria no es conmovida en modo alguno. En 1848 un campesino deseaba una república con un gran duque a la cabeza; esa república la tenemos hoy; el mariscal Hindenburg es presidente de la república alemana, y ciertamente aun no hemos advertido la diferencia que puede haber entre Ebert e Hindenburg, ni nos explicamos por qué se forman en las elecciones dos partidos o más. Sin embargo, la presidencia de Hindenburg nos ha dado oportunidad para conocer muchas cosas que la socialdemocracia hubiese silenciado, de estar en el poder. Por ejemplo el asunto de las reclamaciones de los ex príncipes reinantes, que suman muchos centenares de millones, palacios, tierras, etc. El gobierno socialdemócrata ha pagado en todos estos años rentas formidables a los príncipes, a sus queridas, a sus sirvientes, a sus numerosos hijos legítimos e ilegítimos. Los príncipes han mantenido con esas sumas todo un ejército clandestino fascista. Es algo que pone los pelos de punta: hay que conocer la miseria extrema del proletariado alemán durante los últimos seis años para comprender lo que significan los millones de rentas pagados a los príncipes, y eso se hacía por un gobierno socialdemócrata, que sabía perfectamente que esos millones eran el principal alimento de la reacción. Ahora se intenta recurrir a un referéndum popular sobre la expropiación de los antiguos príncipes reinantes, sin indemnización. Estemos seguros que de haber estado la socialdemocracia en el poder, esa decisión no hubiese sido aceptada.

Acaba de celebrarse en Munich un interesante proceso contra los acusados del asesinato de doce obreros en Perlach, en los primeros días del mes de mayo de 1919, durante la derrota de la república bávara de los consejos de obreros y soldados por las tropas de Noske. Ese episodio merecería un libro bien documentado. El Dr. Gumbel menciona el asesinato de los 12 obreros de Perlach por una banda militarista en su libro interesante sobre los cuatro años de asesinatos políticos en Alemania, advirtiendo que ninguno de los autores de esos hechos fué molestado y cuando es inevitable un proceso, como en este caso, los tribunales absuelven unánimemente a los acusados. Y lo más curioso es que el argumento principal que presentan los asesinos en su descargo es que obraban según órdenes de Noske; en las órdenes de Noske se apoyaron los asesinos de 505 presos durante la toma de Munich, de ellos 390 presos civiles. En esta cifra no se cuentan, claro está, los muertos en las luchas callejeras, ni los fusilados por habérseles sorprendido con las armas en la mano. Esa cifra se refiere sólo a los presos, a los arrestados como sospechosos de abrigar simpatías por la revolución.

La absolución de los dos oficiales procesados por los asesinatos de obreros inermes de Perlach, Polzing y Prüfert, es un signo legítimo del orden capitalista. ¿Tenemos derecho a protestar cuando toleramos el capitalismo de Estado?

Otro hecho interesante que nos proporciona la prensa alemana es el del amotinamiento de marinos en octubre de 1918, cuando los magnates de la flota alemana se disponían a perturbar las negociaciones de paz con una batalla naval desesperada. Los marinos rehusaron obedecer cuando se les dió la orden de partir, los fogoneros apagaron los fuegos de las calderas. Esa rebelión a última hora fué un hecho grandioso; algunos cabecillas fueron fusilados, suponiéndoseles en comunicación con el partido socialista independiente. Uno de los jefes de ese partido, Dittmann, acaba de demostrar que el partido socialista independiente no tenía nada que ver con esa rebelión, que fué un gesto espontáneo de los marinos. En el proceso de la puñalada por la espalda, en Munich, se ha demostrado hasta la convicción el patriotismo de la socialdemocracia mayoritaria; el discurso de Dittmann en el comité parlamentario para la investigación de los sucesos de la marina de 1917-18, ha demostrado que el partido socialista independiente no estaba peor inspirado que los mayoritarios para la defensa de la patria y el aseguramiento del orden público. Para todos los matices del socialismo alemán, el fomento de una insurrección contra la guerra o contra el orden capitalista está muy lejos de ser un honor y una nota de sus sentimientos proletarios; ahí están sus discursos apasionados contra la acusación que se les ha hecho de haber sido los causantes, con su agitación, de la pérdida de la guerra!

Sobre el orden capitalista no terminaríamos nunca de hablar. Sin embargo, hay que mencionar los progresos hechos por la Alemania republicana. En 1913 el presupuesto del Estado nacional, sin tener en cuenta los presupuestos particulares de cada una de las monarquías federadas, era de 3520 millones de marcos; el cambio de Guillermo II por Ebert o por un Hindenburg con gorro frigio, cuesta nada más que 2.000 millones de marcos más al año.

Sólo las pensiones dan una cifra elocuente; en 1913 se pagaban al año 146 millones en concepto de pensiones nacionales; hoy la cifra es de 1.400 millones, de ellos 1.135 son pensiones militares. Es también curioso saber a quién van a parar una parte de esas pensiones: a nueve ministros del viejo ejército imperial, a 107 generales comandantes y almirantes, a 358 tenientes generales y vicealmirantes, a 958 mayores generales y contraalmirantes, a 1.498 coroneles y capitanes, a 2.729 mayores, a 9.514 oficiales superiores y a 18.501 oficiales de otras categorías. Esas cifras son sólo del viejo ejército imperial. El nuevo ejército nacional tiene también sus pensionistas: 4 generales, 28 tenientes generales, 52 mayores generales, 134 coroneles, 162 tenientes superiores, 207 mayores, 379 capitanes y 1.152 oficiales de otras categorías.

De la administración general del país retiran pensiones 21 secretarios de Estado, 6 de ellos de la cancillería nacional, 15 directores ministeriales, 27 presidentes y embajadores; el viejo ejército reclama de la administración general retiros y pensiones para 3.850 personas.

¿No es un honor trabajar para todos esos personajes que adoptaron el oficio de explotar y oprimir al proletariado?

Cuando se trata de inventar nuevas instituciones de Estado, hay que ser sinceros, los socialdemócratas marxistas son los supremos maestros. No queremos negarles ese título de gloria. Tampoco queremos rehusarles el honor de haber creado la república alemana y dentro de la república alemana un soberbio ministerio de finanzas. Ese ministerio de finanzas es algo maravilloso, genial, digno de sus creadores. Ocupa nada menos de

90.872 personas!

Supongamos que esos 90.872 funcionarios del ministerio de finanzas tienen mujer y dos hijos por término medio, tenemos la hermosa cifra de 363.488 personas que se nutren de los garabatos hechos en un solo ministerio nacional. Y los trabajadores piadosos dirán luego, al oir a un orador anarquista: ¡estáis locos! ¿qué sería de nosotros sin el Estado.

¿Es posible que no entren en la cabeza de los productores esas nociones del orden capitalista? ¿Es posible que pueda considerarse este régimen social como algo digno de ser conservado? Nada nos extrañaría que dijesen los generales y oficiales pensionistas que vivimos en el mejor de los mundos, nada nos asombraría que los 90.872 funcionarios del ministerio nacional de finanzas de Alemania se aferrasen al orden actual; pero los pobres diablos que sudan de sol a sol para alimentar parásitos y vestir holgazanes, esos pobres diablos, ¿qué tienen que perder más que sus cadenas al intentar fundar una nueva vida?

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(*Continuación*)

En un viaje de estudio que emprendí en 1921 por la comisión de socialización se me quejaron las oficinas de la habitación en todas las ciudades que visité sobre el empeoramiento de la moralidad a consecuencia de la carencia de viviendas. Se hacía resaltar que no era posible ordenar los W. C. de modo que correspondieran a las más elementales exigencias de la moral y de la higiene, que en el reparto de las habitaciones no podía tenerse en cuenta la separación de los sexos y de las edades según los conceptos normales de decencia.

En Senftenberg encontré familias viviendo en las cocinas para lavar, en buhardillas, en sótanos y chozas de madera. Dormían en un cuarto de a cuatro y de a cinco, en cuartos tan pequeños que dos camas tenían que ser superpuestas: en la de arriba dormían los niños, en la de abajo los padres. Jóvenes matrimonios vivían tras paredes de madera agujereadas y agrietadas. Se había perdido el hábito de molestarse en disimular sus actos más íntimos. En una barraca vivía un matrimonio con cuatro hijos del primero y del segundo matrimonio, en solo dos cuartos, uno de ellos tan pequeño que no podía colocarse en él una cama; dormían pues seis personas en una habitación: los padres, dos hijas de 8 y 22 años, dos hijos de 12 y 24 años. En las barracas de la sucursal Marga de la Ilse-Bergban A. G. de Senftenberg los tabiques interiores eran tan delgados que el vecino oía todo murmullo. Solteros y familias vivían vecinos y se habían agujereado diversamente los tabiques. Se había por fin cesado de taparlos con papel: "No tiene objeto", decían. En Magdeburg encontré una habitación de patio en el entresuelo. Cuarto y cocina. El marido de 31 años, la mujer de 27, el hijo menor de medio año, el mayor, una muchacha, de 9 años. La muchacha de 9 años dormía con un cuñado de 19. En la misma ciudad se quejaba amargamente la inquilina de una habitación de la vieja playa de los pescadores, una viuda, de que sus hijos, una muchacha de 12 años y un niño de 11 podían ver y oír la vida y los manejos de las prostitutas que vivían en la misma casa. De la oficina de la habitación de Magdeburgo oí que la hija de 12 años de un propietario de casa había sido extraviada sexualmente por el hijo de 9 años de la familia alojada allí por la oficina de la habitación. En la casa de la calle Lodischehof, 25|27 había en el estrecho patio tres excusados para 27 familias. En Burg, cerca de Magdeburgo, encontré en la calle Brüder, 39, una familia de nueve miembros, los padres y siete hijos cuya edad variaba entre 9 semanas y 21 años; toda la familia disponía sólo de una habitación con cuatro camas; el hijo mayor, de 18 años, las hijas de 16, 17 y 21. En Brandenburg (Havel) habitaba en la calle Linden un matrimonio con cinco hijos ,dos hijas de 9 y 11 años y tres hijos de 15 a 19). El problema de la cama se resolvió acostando juntos al joven de 17 años son la mocha de nueve.

Ustedes podrían decir: esas son circunstancias que ha provocado la revolución. Pero escuchen cómo estaban las cosas mucho antes de 1914:

En un escrito aparecido en el "Neuen Frankfurter Verlag" describe Nicolaus Joniak la miseria de la habitación obrera en el distrito industrial de Renania y Westfalia.

"Entramos en uno de los famosos cuarteles de inquilinos de los que existen tan abundantes en el distrito industrial de Renania-Westfalia. Toda la casa se compone de departamentos de dos y tres habitaciones. Casi el 40-50 o|o de las viviendas obreras están formadas por dos habitaciones, habitadas por familias de seis y diez miembros y que además alojan dos o tres huéspedes. En una habitación de dormir con dos camas, raramente aireada y limpiada y cuya ropa de cama se parece a trapos malolientes, duermen a menudo hasta 10 personas. Cuatro niños en una cama, dos a la cabecera y dos a los pies, sin consideración al sexo ni a la edad. ¡Cuántos dormitorios hay además en que se duerme en sacos de paja en tarimas de madera! La situación es empeorada aún por el hecho de que además de los miembros de la familia son albergados algunos huéspedes que, arrojados de todos los países, están en el más bajo nivel de cultura. La brutalidad contra las mujeres apenas salidas de la niñez se manifiesta en toda su desnudez y llega al punto culminante cuando en la familia hay hijas mayores. Los padres toleran que sus hijas hagan vida de burdel con los huéspedes. Me son conocidos innumerables casos en que mujeres de casa mantienen relaciones sexuales con los huéspedes con anuencia de sus maridos. Si los esposos trabajan de noche, los huéspedes substituyen sus funciones conyugales en su ausencia.". — "Hace unos años, dice Joniak, se ordenó policialmen-

te que los hospederos deben p
posición de cada huésped un
un lavatorio y que sus dorm
ben estar separados de los del
Antes era regla que una habi
dos camas fuera habitada por
por cuatro, pero muy frecuente
seis y ocho personas. Si una
éllas trabajaba de noche, ocupa
mas por el día la otra y al
cuando ésta trabajaba ocupaban
los demás. ¡Familias con una
cena de niños y además un núm
cido de huéspedes en un domic
lo sumo tres habitaciones! La
za quedó en su generalidad en

Joniak describe: "En el pueb
trial B. junto al Rhin, poblado
clusivamente por obreros extranj
llamada la partera a altas hor
noche para prestar su ayuda. Es
lo: una vivienda obrera compu
dos habitaciones, cuyo dormitor
partía la madre (el padre estab
tiempo en prisión), una hija cre
daba a luz, dos hijas menores y d
pedes polacos. La madre y los d
cos terriblemente borrachos. La
de licor giraba. Camas no exis
dormía sobre paja. La hija mayor
en los dolores del parto, la meno
zaba de miedo y de vergüenza. C
dos individuos respondieron con
la incitación de la partera de que
jaran, tuvo que marcharse sin
su ayuda, a informar al médico
tente."

Joniak cuenta: "Un obrero pol
sorprendido in flagranti al regre
trabajo nocturno de su colega y co
ro de pieza, con la mujer de éste.
bo irritación alguna —¡Camarad
te cuesta medio litro!" — fué la t
la objeción del marido."

Esto ocurría antes de la guerra.
alguien entre nosotros que crea q
guerra y los años siguientes de m
y de subversión han mejorado las
ciones de la habitación en Renania

Errico Malatesta

EN EL CA

¿Qué querrías tú? que me despojase
para podrirme luego en la miseria mien
de mi dinero?

Miguel. —No quiero precisamente e
¿si los trabajadores, aprovechándose de
y apoyándose en su teoría de que la vio
que el derecho se deriva de los hechos, s
cabeza la idea de hacer un nuevo "hec
de quitarles a ustedes la tierra y el cap
un derecho nuevo?

Próspero. —¡Eh! es verdad, eso podr
poco nuestros negocios.

Pero... continuaremos otra vez. Aho
al teatro.

Buenas noches a todos.'

II

Ambrosio (*juez*). —Escuche, señor P
que estamos entre nosotros, todos buenos
La otra noche, cuando hablaba con ese ca
Miguel, no quise entrometerme; pero, ¿es
defender las instituciones? ¡Casi casi par
arquista!

Próspero. —Oh, ¿y por qué?

Ambrosio. —Porque decía, en sustancia
organización presente de la sociedad está
fuerza, dando así razón a los que quisier

te que los hospederos deben poner a disposición de cada huésped una cama y un lavatorio y que sus dormitorios deben estar separados de los del hospedero. Antes era regla que una habitación con dos camas fuera habitada por lo menos por cuatro, pero muy frecuentemente por seis y ocho personas. Si una parte de éllas trabajaba de noche, ocupaba las camas por el día la otra y al contrario cuando ésta trabajaba ocupaban la cama los demás. ¡Familias con una media docena de niños y además un número parecido de huéspedes en un domicilio de a lo sumo tres habitaciones! La ordenanza quedó en su generalidad en el papel."

Joniak describe: "En el pueblo industrial B. junto al Rhin, poblado casi exclusivamente por obreros extranjeros, fué llamada la partera a altas horas de la noche para prestar su ayuda. Espectáculo: una vivienda obrera compuesta de dos habitaciones, cuyo dormitorio compartía la madre (el padre estaba hacía tiempo en prisión), una hija crecida que daba a luz, dos hijas menores y dos huéspedes polacos. La madre y los dos polacos terriblemente borrachos. La botella de licor giraba. Camas no existían; se dormía sobre paja. La hija mayor gritaba en los dolores del parto, la menor sollozaba de miedo y de vergüenza. Como los dos individuos respondieron con risas a la incitación de la partera de que se alejaran, tuvo que marcharse sin prestar su ayuda, a informar al médico competente."

Joniak cuenta: "Un obrero polaco es sorprendido in flagranti al regreso del trabajo nocturno de su colega y compañero de pieza, con la mujer de éste. No hubo irritación alguna —¡Camarada, eso te cuesta medio litro!" — fué la tranquila objeción del marido."

Esto ocurría antes de la guerra. ¿Hay alguien entre nosotros que crea que la guerra y los años siguientes de miseria y de subversión han mejorado las condiciones de la habitación en Renania-Westfalia, que han ennoblecido a los hombres? Respondo que el *Neue Tageblatt* de Waldenburg escribe así sobre las condiciones de la habitación en el distrito industrial de Waldenburg (20 de marzo de 1925): "El tipo predominante de vivienda es la vivienda de una habitación: obsérvese bien, una habitación sin cocina ni otro espacio adyacente. En esa habitación transcurre la vida entera, desde el engendramiento hasta la muerte. Y con frecuencia se suceden en esa vivienda dos o tres generaciones. El número de las viviendas de una habitación era, antes de la guerra en algunas localidades mayor del 90 o|o, en la ciudad de Waldenburg, que está culturalmente muy elevada, esa cifra es de 76-80 o|o.".

Eso en provincias. Para Berlin les cito sólo dos casos que me han sido comunicados hace unos días por gentes de confianza:

"En la calle Zorndorfer, 37, primer cuerpo interior, habita en una habitación con una pequeña cocina un matrimonio y dos hijos, una muchacha de 10 años y un muchacho de 8. Como subinquilinos habitan allí la hermana menor de la mujer y su esposo. La hermana, está en cinta. Esos seis personas duermen en dos camas. El marido es cerrajero, pero sin trabajo desde hace mucho; padece de gonorrea. Ha infectado a su hija de diez años.

En la calle Konisberger, 37, primer cuerpo lateral, habitaron en 1920 nueve personas en una habitación y una cocina: el padre de 48 años, la madre de 46, cuatro hijas de 20, 19, 18 y 15 años, tres hijos de 16, 11 y 8 años. Sociológicamente es muy interesante ver lo que ha sido de esa familia en el curso de estos cuatro años — en primer lugar a causa de la miseria de la habitación.

El padre abusó de su hija de 17 años y cayó en la cárcel por delito de incesto; actualmente se encuentra en el manicomio de Herzberge. La madre se alimenta como trapera. La hija mayor se casó y vive en el domicilio mencionado de sus padres. La segunda hija, hoy de 23 años, está también casada; habita en el sótano del cuerpo interior de la misma casa, no trabaja y busca su vida durante la noche. Su esposo está en la cárcel. Con ella vive la tercera hija de 22 años: prostituta con cartilla y desaparecida desde hace poco. La menor, de unos 20 años, ha escapado del correccional de menores. La última noticia suya vino de Italia, donde ambula con un grupo como danzarina. El mayor de los hijos, de unos 20 años, está cobijado en un buen puesto en el campo de Pomerania. El hijo menor, de 14 años, estuvo también en el campo, pero hoy se encuentra con la madre que habita en un sótano tenebroso de la calle Konisberger con su abuela de 86 años y un hermano. Las cuatro personas duermen en dos camas.

Según las noticias de la Beneficencia pública tales casos no son raros

Las cifras de Alberto Kohn, mencionadas al comenzar mi conferencia, demuestran cómo están las cosas en Berlín Esos números son más tristes cuando sabemos que los médicos escolares de Berlín han calificado al 25 por ciento de los escolares berlineses como necesitados de reponerse

"En un cuerpo sano vive un alma sana." Vieja verdad que, naturalmente, tiene sus excepciones. Pero la regla es que la salud corporal y la capacidad de resistencia presta también fortaleza moral. Leamos desde este punto de vista el escrito aparecido en 1923 del alcalde de Berlin Boss: *Die Not in Berlin*, como han sufrido los niños por falta de alimento durante y después de la guerra:

Los signos de la disminución de la capacidad espiritual e intelectual fueron dados a conocer por las escuelas y establecimientos de enseñanza: mareos, dolores de cabeza, irascibilidad y movilidad excesiva, falta de capacidad de concentración y de fuerza de voluntad, disminución de la capacidad perceptiva, desvanecimiento de los conceptos morales, propensión a la mentira y deshonestidad, defectos sexuales — a veces noticias conmovedoras de las maestras de la escuela

¡Esos son los niños expuestos en Berlin a los peligros morales de la miseria de la habitación!

¿Y cómo están las cosas en el campo?

He inspeccionado viviendas de obreros del campo en Calau. En una finca de Geisendorf, cerca de Neu-Petershaim, perteneciente al barón von Muschwitz, habitaba un jornalero con mujer y siete hijos una casa de tablas, compuesta de una habitación que era al mismo tiempo cocina, y un cuarto. Las paredes y el techo son tales que el viento llena de polvo la vivienda, entre las rendijas y en la mesa llueve. El hombre de 43 años vive con una mujer en matrimonio libre. Los hijos proceden de diversos orígenes. Todos duermen sobre la paja, sin saco alguno, en tarimas de tablas clavadas de cualquier modo. En la cocina duermen en una tarima, tres hijos, de 6, 10 y 12 años. En el sofá, junto a la cama de los padres, duerme la hija de la mujer, de 18 años. En la habitación duermen tres hijos, de 13, 18 y 19 años, el de 18 años solo, porque tiene la costumbre de hacer sus necesidades en la paja.

Un par de casas más adelante habita una familia obrera de ocho cabezas: los padres de 45 y 48 años, cuatro hijos, de 6 a 23 años y dos hijas de 18 y 22 años. Es significativo que el padre tenía que contar repetidamente con la mujer para establecer el número de sus hijos y que la madre tenía que reflexionar cómo se llamaban. También esa familia duerme sobre montones de paja en una habitación, que al mismo tiempo sirve de cocina y de estancia Una muchacha de 18 años duerme en una cama, con un hermano de 10. Las ventanas no pueden abrirse, porque los marcos caerían. Los vidrios han sido substituídos parcialmente por papel. Como falta un chiquero, el cerdo ha sido alojado en la habitación: el estrecho umbral de la puerta está lleno de estiércol. La puerta de la habitación se puede abrir por fuera mediante una

Errico Malatesta (2)

EN EL CAFÉ

¿Qué querrías tú? que me despojase de lo que tengo para podrirme luego en la miseria mientras otro gozaría de mi dinero?

Miguel. —No quiero precisamente eso. Pero pienso: ¿si los trabajadores, aprovechándose de que son muchos y apoyándose en su teoría de que la vida es lucha y de que el derecho se deriva de los hechos, se metiesen en la cabeza la idea de hacer un nuevo "hecho histórico", el de quitarles a ustedes la tierra y el capital e inaugurar un derecho nuevo?

Próspero. —¡Eh! es verdad, eso podría embrollar un poco nuestros negocios.

Pero... continuaremos otra vez. Ahora tengo que ir al teatro.

Buenas noches a todos.

II

Ambrosio (juez). —Escuche, señor Próspero, ahora ne estamos entre nosotros, todos buenos conservadores. a otra noche, cuando hablaba con ese cabeza hueca de liguel, no quise entrometerme; pero, ¿es aquél modo de efender las instituciones? ¡Casi casi parecía usted anrquista!

Próspero. —Oh, ¿y por qué?

Ambrosio. —Porque decía, en sustancia, que toda la rganización presente de la sociedad está fundada en la ierza, dando así razón a los que quisieran destruirla con la fuerza. Pero los supremos principios que rigen las sociedades civiles, el derecho, la moral, la religión, ¿no los cuenta para nada?

Próspero. —Sí, usted tiene siempre la boca llena con su derecho. Es un vicio que procede del oficio.

¡Y decir que si mañana el gobierno decretase, supongamos, el colectivismo, usted condenaría a los partidarios de la propiedad individual con la misma impasibilidad con que condena hoy a los anarquistas... y siempre en nombre de los supremos principios del derecho eterno e inmutable!

Usted ve bien que es cuestión de nombres. Usted dice derecho, yo digo fuerza, pero al fin lo que decide de veras son los sacrosantos carabineros y tiene razón el que los tiene de su parte.

Ambrosio. —¡Vamos, vamos, señor Próspero! Parece imposible cómo en usted el amor al sofisma sofoca siempre los instintos del conservador. No comprende de qué mal efecto es ver una persona como usted, uno de los más pudientes de la región, dar argumentos a los peores enemigos del orden. Créame; dejemos de disputar entre nosotros, al menos en público, y agrupémonos para defender las instituciones que por la malignidad de los tiempos están sufriendo rudas sacudidas... y para defender nuestros intereses en peligro.

Próspero. —Estrechemos las filas, bien; pero si no tomamos medidas enérgicas, si no se acaba con el doctrinarismo liberal no se hará nada.

Ambrosio. —Oh, sí, eso es verdad. Son necesarias leyes severas y severamente aplicadas.

Pero eso no basta. Sólo con la fuerza no se tiene largo tiempo sujeto al pueblo, máxime en los tiempos que corren. Es preciso oponer la propaganda a la propaganda, es preciso persuadir a las gentes de que tenemos razón.

Próspero. —¡Estará fresco entonces! Pobre amigo mío, por los comunes intereses, le ruego que se guarde bien de la propaganda. Es una cosa subversiva aunque se haga por conservadores; y su propaganda se volvería siempre beneficiosa para los socialistas, los anarquistas o como diablos se llamen.

Vayamos a persuadir a uno que tiene hambre de que es justo que no coma; ¡tanto más cuanto que es él mismo el que produjo los alimentos! Mientras no piense, y marche bendiciendo a dios y al patrón por lo poco que le dejan, está bien. Pero desde el momento que comienza a reflexionar sobre su condición, todo acabó: se convierte en un enemigo con el que no será posible reconciliarse.

¡Sí, sí! Es preciso evitar a todo precio la propaganda: sofocar la prensa con o sin o aun contra las leyes...

Ambrosio. —¡Seguramente, seguramente!

Próspero. —Impedir toda reunión, disolver las asociaciones, meter en la cárcel a todos los que piensan...

César (negociante). —Poco a poco, no se deje llevar de la pasión. Recuerde que otros gobiernos y en tiempos más propicios han adoptado los métodos que usted aconseja... y han precipitado su caída.

Ambrosio. — Silencio, silencio; he ahí a Miguel que viene con un anarquista a quien condené el año pasado a seis meses de cárcel por un manifiesto subversivo. En realidad, sea dicho entre nosotros, el manifiesto estaba hecho de modo que las leyes no habrían podido echarse encima, pero, ¿qué quieren? La intención delictuosa estaba allí... ¡y además la sociedad debe ser defendida!

Miguel. —Buenas noches, señores. Les presento un amigo anarquista que ha querido aceptar el desafío lanzado la otra noche por el señor Próspero.

Próspero. —¿Qué desafío, qué desafío? Se discute así entre amigos para pasar el tiempo. Por tanto, usted se explicará sobre lo que es esa anarquía de la cual no hemos podido comprender nunca nada.

Jorge (anarquista). —No oficio de profesor de anarquía y no vengo a darles un curso de anarquía; pero en suma, mis ideas puedo defenderlas. Por lo demás aquí está ese señor (*señalando a Ambrosio en tono irónico*) que debe saber más que yo. Ha condenado tanta gente por anarquismo y como, ciertamente, es hombre de conciencia, no lo habrá hecho sin haber estudiado previamente el argumento.

César. —Vamos, vamos, no hagamos cuestiones personales... Y ya que debemos hablar de la anarquía, entremos pronto en el asunto.

Vea, yo reconozco que las cosas van mal y que es preciso remediarlas. Pero no hay que caer en utopías y sobre todo hay que huír de la violencia. Ciertamente el gobierno debería preocuparse más a fondo de la causa de los trabajadores; debería procurar trabajo a los desocupados, proteger la industria nacional, estimular el comercio. Pero...

Jorge. —¡Cuántas cosas quisiera usted hacerle hacer al pobre gobierno! Pero el gobierno no quiere preocuparse de los intereses de los trabajadores y se comprende...

César. —¿Cómo se comprende? Hasta ahora el gobierno se ha mostrado verdaderamente incapaz y tal vez poco voluntarioso para remediar los males del país, pero mañana ministros instruídos y celosos podrían hacer lo que no se hizo hasta aquí.

Jorge. —No, querido señor, no es cuestión de un ministerio o de otro. Es cuestión del gobierno en general; de todos los gobiernos, del de hoy como del de ayer y como del de mañana. El gobierno emana de los propietarios, sus miembros son ellos mismos propietarios: ¿cómo podría, pues, obrar en interés de los trabajadores?

Por otra parte el gobierno, aunque quisiera, no po-

tranca de madera. No se ha hecho el pequeño esfuerzo para poder cerrar por dentro a fin de protegerse contra las sorpresas, por ejemplo, de los segadores polacos alojados bajo el mismo techo.

¡Y los cuarteles de segadores polacos en las fincas! Eso es bastante conocido para que necesite ser descripto aquí. Revelan — como por ejemplo el siguiente caso que me comunica hoy el Hauptausschuss fuür Arbeiterwohlfahrt — un desprecio criminal del hombre en la mísera figura del proletario del campo:

(Continuará)

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

(1803-1864)

Mencionamos a continuación, no sólo las obras originales, sino también las traducciones en idioma alemán de los precursores del anarquismo en otros países.

Godwin William. — Untersuchung über politische Gerechtigkeit... (Investigación sobre la justicia política...), traducción de Georg Michael Weber. Wurzburg, 1803, primer tomo.

Bauer Edgar. — Der Streit der Kritik mit Kirche Staat (La lucha de la crítica contra la Iglesia y el Estado), Charlottenburg, 1843, 325 páginas en 8.o; esta edición fué confiscada; una segunda apareció en Berna, 1844, 287 páginas. — Sobre el proceso a que dió lugar esta obra véase:

..Pressprocess Edgar Bauer's (Proceso por delito de prensa contra Edgardo Bauer). Berna, 1845.

Sobre el transporte de Edgardo Bauer a la fortaleza de Magdeburgo:

Reise auf Offentliche Kosten (Viaje a costa del Estado), en la revista *Epigonen*, volumen V, 1847, Berlín.

Del mismo autor podría consultarse aún:

Die liberalen Bestrebungen in Deutschland (Las aspiraciones liberales en Alemania. Primer cuaderno. La oposición de la Prusia oriental, 69 págs. Segundo cuaderno. La oposición badense, 136 págs.). Zurich y Winterthur, edición de literarischen Comptoir, 1843.

Hess Moses. — Socialismus und Communismus y Philosophie der That, artículos en Eunundzwanzig Bogen aus der Schweiz, publicación del poeta Herweg. Zurich y Winterthur, 1843; — un año más tarde, en un libro editado por Karl Grün en Darmstadt sus opiniones no son las mismas.

Max Stirner. — Der Einzige und seine Eigentüm (El Unico y su Propiedad), Leipzig, O. Wigand, 1845 (apareció en noviembre de 1844); segunda edición en 1882; reimpresa en 1892 en la biblioteca de Reclam; traducciones en francés, italiano, ruso, inglés, español, danés, holandés, sueco.

Relativamente a esta obra tienen un gran interés los escritos sobre sus críticos. Trabajos de ese período están reunidos en el tomo editado por J. H. Mackay, *Kleinere Schriften* (Escritos menores), 1842-184, Berlín, 1898; segunda edición aumentada, 1914.

De 1845 a 1847 hizo traducciones de obras de J. B. Say y de Smith.

Su última obra es:

Geschichte der Reaktion (Historia de la reacción), 2 volúmenes, Berlín, 1852.

En aquellos años se distinguió entre los obreros alemanes de Suiza *Wilhelm Marr*, editor de *Blater der Gegenwart für soziales Leben*, Lausana 1844-1845. A él se debea:

Das Junge Deutschland in der Schweiz. Ein Beitrag zur Geschichte der geheimen Verbindungen unserer Tage (La joven Alemania en Suiza, una contribución a la historia de las relaciones secretas de nuestros días), Leipzig, 1846, 364 páginas;

Der Mensch und die Ehe vor dem Richterstuhl der Sittlichkeit (El hombre y el matrimonio ante el tribunal de la moral), Leipzig, 1848, 336 págs.;

Anarchie oder Autoritat? (¿Anarquía o autoridad?), Hamburgo, IX—132 págs.

Proudhon P. J. — Was ist Eigenthun? (¿Qué es la Propiedad.), trad. de F. Meyer, Berna, 1844, en 8.o; hay nueav traducción en 1895-6, por A. F. Conn, Berlín.

Proudhon P. J. Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria, dos traducciones en 1847, una por Karl Grün, Darmstadt, otra por W. Jordan, Leipzig.

En 1848 y 1849 algunos artículos del *Peuple*, París; en 1849 se publica también *Demostración teórica y práctica del socialismo o la revolución por el crédito*, edición de Th. Opitz, Leipzig. En el mismo año se publica, *El Banco del Pueblo*, traducido, prologado y explicado por el conocido político Ludwig Bamberger, Francfort.

Arnold Ruge traduce en 1850 *Confesiones de un revolucionario*, Leipzig, dos volúmenes, nueva edición en Berlín, 1923. 1 tomo.

La revolución social demostrada por el golpe de Estado del 2 de diciembre, aparece en Bremen, 1852; segunda edición en 1871; Ludwig Pfau publica *La Justicia en la revolución y en la iglesia*, Hamburgo, 1858, dos volúmenes. — *Los Mayorazgos literarios...* se publican en Leipzig, 1862. — La polémica entre *Proudhon y Bastiat* es traducida y prologada por el conocido proudhoniano Dr. A. Mühlberger, Jena, 1895.

El libro del cabetiano anarquista Theodore Dezamy, *Le Jesuitisme vaincu et anéanti par le socialisme*, 1845, es traducido al alemán con el título *Der Sieg des Socialismus über der Jesutismus*, trad. de Weller, Leipzig, 1846.

No habría que olvidar voces individuales de un momento en favor de la anarquía, como:

Karl Heinzen, un republicano alemán; Karl Vogt (*Untersuchungen über Thierstaaten*, Francfort, 1851, donde canta himno a la anarquía), Ricardo Wagner (un artículo del 8 de abril de 1849, *Die Revolution*; también en *Die Kunst und die Revolution*, Leipzig, 1850; *Das Kunstwerk der Zukunft*, Leipzig).

El doctor S. Englander, un refugiado austriaco en Alemania, da a luz en 1844 Hamburgo, una obra en cuatro volúmenes *Geschichte der Franzosischen Arbeiterassoziationen* (historia de las asociaciones obreras francesas) que revela honda simpatías por el socialismo libertario. del mismo autor se publicaron algunas partes de esa obra con agregados nuevos sobre el federalismo en España en inglés bajo el título *La abolición del Estado, esbozo histórico crítico de los partidos que recomiendan el gobierno directo, la república federativa o el individualismo* (Londres, 1873); traducción italiana por F. S. Merlino.

Siguiendo simplemente la bibliografía se observa una laguna de un tercio de siglo, en cuyo transcurso la voz de la anarquía en Alemania, que era tan vigorosa en el período de 1848, como prueba el hecho de que los tres primeros trabajos de importancia de Karl Marx están dirigidos contra los hermanos Bauer, contra Stirner y contra Proudhon, dejó el puesto al radicalismo burgués y a los propagandistas de los partidos obreros. esa laguna está en con raste precisamente con la abundancia de literatura anarquista en ese período en los países latinos. — Para volver a encontrar una propaganda anarquista mediante el libro y folleto hay que dar un salto hasta la década 1880-90.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

---

dría resolver la cuestión social, porque ésta depende de causas generales que no pueden ser destruídas por un gobierno y que al contrario determinan ellas mismas la naturaleza y la tendencia del gobierno. Para resolver la cuestión social es preciso cambiar radicalmente todo el sistema que el gobierno tiene precisamente por misión defender.

Usted hablaba de dar trabajo a los desocupados. Pero, ¿cómo puede hacer eso el gobierno si no tiene trabajo? ¿Debe realizar obras inútiles? ¿Y quién las pagará luego? ¿Debería hacer producir para proveer a las necesidades insatisfechas de las gentes? Pero entonces los propietarios no encontrarían modo de vender los productos que usurpan a los trabajadores, al contrario, deberían cesar de ser propietarios, pues el gobierno, para poder hacer trabajar a la gente tendría que quitarles la tierra y el capital que tienen monopolizados.

Eso sería la revolución social, la liquidación de todo el pasado, y usted comprende bien que si eso no lo hacen los trabajadores, los pobres, los desheredados, el gobierno, ciertamente, no lo hará nunca.

Proteger la industria y el comercio, dice usted: pero el gobierno no puede a lo sumo más que favorecer una clase de industriales en perjuicio de otra clase, los comerciantes de una región en perjuicio de los de otra; y por consiguiente, en resumen, no se habría ganado nada y se tendría un poco de favoritismo, un poco de injusticia y muchos gastos improductivos de más. En cuanto a un gobierno que protegiera a todos, es una idea absurda, puesto que el gobierno no produce nada y por lo tanto no puede hacer más que cambiar de lugar la riqueza producida por los otros.

César. —¿Pero entonces? Si el gobierno no quiere y no puede hacer nada, ¿qué remedio queda? Aun si ustedes hicieran la revolución será preciso que formen otro gobierno; y como usted dice que todos los gobiernos son lo mismo, después de la revolución se estará lo mismo que antes.

Jorge. —Usted tendría razón si la revolución que nosotros queremos fuese un simple cambio de gobierno. Pero nosotros queremos la completa transformación del régimen de la propiedad, del sistema de producción y de cambio; y en cuanto al gobierno, órgano parasitario, inútil y nocivo, no lo queremos de ningún modo. Consideramos que mientras haya un gobierno, es decir un ente sobrepuesto a la sociedad y provisto de medios para imponer con la fuerza la propia voluntad, no habrá emancipación real, no habrá paz entre los hombres.

Usted sabe que soy anarquista, y anarquía quiere decir sociedad sin gobierno.

César. —¿Pero cómo? ¿Una sociedad sin gobierno? ¿Cómo se haría para vivir? ¿Quién haría las leyes? ¿Quién las haría ejecutar?

Jorge. —Veo que no tiene ninguna idea de lo que queremos nosotros. Para no perder el tiempo en divagaciones, será preciso que me deje explicarle breve, pero metódicamente, nuestro programa y así podremos discutir con utilidad recíproca.

Pero ahora es tarde, comenzaremos el día próximo.

César. —Así, pues, ¿nos explicará esta noche cómo se hará para vivir sin gobierno?

Jorge. —Haré lo que pueda. Pero ante todo examinemos un poco cómo se está en la sociedad actual y si es verdaderamente necesario cambiar su constitución.

Observando la sociedad en que vivimos, los primeros fenómenos que llaman la atención del observador son la miseria que aflige a las masas, la incertidumbre del mañana que pesa más o menos sobre todos, la lucha encarnizada que llevan a cabo todos contra todos por la conquista del pan...

Ambrosio. —Señor mío, usted puede continuar un buen rato describiendo los males sociales; la materia no falta. Pero eso no sirve para nada y no demuestra que se estaría mejor poniendo las cosas al revés. No es sólo la miseria la que aflige a la humanidad; existen también pestes, terremotos, cólera... y sería curioso que usted quisiera hacer la revolución contra esos flagelos.

El mal está en la naturaleza de las cosas...

Jorge. —Pero quiero precisamente demostrarle que la miseria depende del modo actual de organización social y que en una sociedad más equitativa y más razonablemente organizada debe desaparecer.

Cuando no se conocen las causas de un mal y no se sabe cómo remediarlo, paciencia; pero en cuanto se descubre el remedio está en el interés y el deber de todos el aplicarlo.

Ambrosio. —Ahí está su error; la miseria depende de causas superiores a la voluntad y a las leyes humanas. La miseria depende de la naturaleza avara que produce insuficientemente para los deseos de los hombres.

Vea entre los animales, donde no hay que acusar al capital de infame ni al gobierno de tiránico; no hacen más que luchar por el alimento y a menudo mueren de hambre.

Cuando no hay, no hay. La verdad es que somos demasiados en el mundo. Si la gente supiese contenerse y no hiciera hijos más que cuando pudiese mantenerlos... ¿Ha leído a Malthus?

Jorge. —Sí, un poco; pero si no lo hubiese leído sería lo mismo. Lo que yo sé, sin tener necesidad de leerlo en parte alguna, es que se necesita una buena cara dura, perdóneme, para sostener esas cosas.

La miseria depende de la naturaleza avara, dice usted, y sin embargo sabe que hay tantas tierras incultas...

Ambrosio. —Pero si hay tierras incultas, eso quiere decir que son incultivables, que no pueden producir bastante para pagar los gastos.

Jorge. —¿Lo cree usted?

Pruebe un poco y regáleselas a los campesinos y verá qué jardines harán de ellas. Por lo demás, ¿es que razona usted en serio? Muchas de esas tierras han sido cultivadas en otros tiempos, cuando el arte agrícola estaba en la infancia y la química y la mecánica aplicadas a la agricultura no existían apenas. ¿No sabe que hoy se pueden transformar en tierras fértiles incluso los pedregales? ¿No sabe que los agrónomos, aun los menos entusiastas, han calculado que un territorio como Italia si fuera cultivado racionalmente, podría mantener en la abundancia una población de cien millones?

La verdadera razón por la cual las tierras fueron dejadas incultas y no se saca de las cultivadas más que una pequeña parte de lo que podrían dar si se adoptasen métodos de cultivo menos primitivos, está en que los propietarios no tienen interés en aumentar los productos. Estos no se preocupan del bienestar del pueblo: hacen producir para vender, saben que cuando se tienen muchos artículos los precios bajan y el provecho disminuye y puede acabar siendo, al fin de cuentas, menor de lo que obtienen cuando los productos escasean y pueden ser vendidos al precio que les agrada.

Esto no ocurre sólo en lo que se refiere a los productos agrícolas. En todas las ramas de la actividad humana pasa lo mismo. Por ejemplo: en todas las ciudades los pobres son constreñidos a vivir en tugurios infectos, amontonados sin preocupación alguna por la higiene y la moral, en condiciones en que es imposible mantenerse limpios y vivir una vida humana. ¿Por qué ocurre eso? ¿Tal vez porque faltan las casas? ¿Pero por qué no se construyen casas sanas, cómodas y hermosas en cantidad suficiente para todos?

Las piedras, la tierra para hacer ladrillos, la cal, el hierro, la madera, todos los materiales de construcción abundan; abundan los albañiles, los carpinteros, los arquitectos sin trabajo que no desean nada mejor que trabajar; ¿por qué se dejan, pues, inactivas tantas fuerzas que podrían ser empleadas con ventaja para todos?

La razón es simple, y es que si hubiera muchas casas los alquileres disminuirían. Los propietarios de las casas hechas, que son los mismos que tendrían medios para hacer otras, no tienen ninguna voluntad de ver disminuir sus rentas por los bellos ojos de la pobre gente.

César. —Hay verdad en lo que usted dice; pero se engaña al explicar los hechos dolorosos que afligen nuestro país.

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 —

LA COMEDIA

Terminaron por fin las carne
electorales. Tras de la mascara
apoteosis de Franco, las lupe
micas, hemos debido presenciar
rrero expectáculo de la larga, y
caterva de los energúmenos polí
teándose, fogueándose con los g
xiantes de su verborrea, donde
los más gruesos y soeces califi
su repertorio de gorilas enlevita
la comedia del rugido electoral
como buenos cómplices que se e
rán en la misma pesebrera, se
reído a carcajada tendida de ha
empeñado tan bien sus roles e
comedieta de la mendicidad de
espaldas y a costillas del pueb
por desgracia, conserva aún una
lidad paleolítica. Podrá comprobar
tuas acusaciones de los diversos
echados al reñidero, condecorándo
procamente con los títulos de la
de concusionarios, de prevaricad
barruntando que mucho de cierto
existir en ello; nunca llegará a de
absteniéndose de votar.

Consciente o inconsciente, o de
abúlico, se determina a elegir la
que habrá de golpearle los lomos
pulpo que le sorberá hasta los tu
ya sea en la forma viviente de dip
senadores o funcionarios.

Se halla más infiltrado en las
del sentimiento y del cerebro el
cio de la autoridad y de la ley, que
ligioso. Habrá muchos que no cre
Dios, escasos son, al contrario, lo
dejen de creer en un jefe, en una a
dad cualquiera. Es el terror miste
mente presentido de quedar en la
dad, que ha de arrojarles en un a
to desamparo, abandonados a la m
de ellos mismos. Les parece que
pentinamente desapareciera la autor
las instituciones del orden vigente —
sa causorum de todo desórden — se
vertirían de pronto en imbéciles, co
tamente paralizados, incapaces de
por propia cuenta, ignorando cómo
ducirse en los problemas más elemen
de la existencia.

El *homo* de la democracia liberal,
los reinos constitucionales, sigue si
esclavo, tan poco dueño de su perif
anímica como hace mil años. Si
evolución, fué lentísima, imperceptible
Más aparente que real. Su conquista
soria finca en que podrá escoger el
dugo que lo enviará a la guerra, al
que irá al parlamento, quien se conce
rá con otros tantos amos para mejor
plotarlo. A todo eso se reduce el pro
so moral y cívico del *homo* democrático
que muchos tanto se enorgullecen. A
guamente los esclavos, siendo ellos
elegidos, los escogidos por el propieta
podían por lo menos consolarse pensan
que no eran la causa de su mayor da
de la pérdida de su libertad. Ahora
en cada época de elecciones, aunque e
pérdida de libertad no sea evidente, t
palpable, la gente la toma como al
muy natural, u otros como pretexto
holgorio.

No le basta conocer al pueblo, haber
carmentado en carne propia y compr
bar que al mandatario que enarcaron
la presidencia los hizo masacrar duran
la alucinante semana de enero de 190
no le basta saber cómo se le roba en t
das partes, desde la Caja de Ahorros Po
tal hasta los caseros, que muchos se sie
tan en el senado; él continúa en su apat
votando, temeroso de reflexionar, de ado
tar una decisión ante él y por sí.

AÑO V

BUENOS AIRES, 15 DE MARZO DE 1926

N.o 216

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

PRECIO: 10 CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

LA COMEDIA DEL RUGIDO ELECTORAL

Terminaron por fin las carnestolendas electorales. Tras de la mascarada de la apoteosis de Franco, las lupercales mómicas, hemos debido presenciar el chocarrero expectáculo de la larga, y abundosa caterva de los energúmenos políticos venteándose, fogueándose con los gases asfixiantes de su verborrea, donde flotaban los más gruesos y soeces calificativos de su repertorio de gorilas enlevitados. Era la comedia del rugido electoral. Luego, como buenos cómplices que se encontrarán en la misma pesebrera, se habrán reído a carcajada tendida de haber desempeñado tan bien sus roles en la vil comedieta de la mendicidad de votos a espaldas y a costillas del pueblo. Este, por desgracia, conserva aún una mentalidad paleolítica. Podrá comprobar las mutuas acusaciones de los diversos partidos echados al reñidero, condecorándose recíprocamente con los títulos de ladrones, de concusionarios, de prevaricadores y barruntando que mucho de cierto ha de existir en ello; nunca llegará a decidirse, absteniéndose de votar.

Consciente o inconsciente, o de modo abúlico, se determina a elegir la tranca que habrá de golpearle los lomos, y el pulpo que le sorberá hasta los tuétanos, ya sea en la forma viviente de diputados, senadores o funcionarios.

Se halla más infiltrado en las raíces del sentimiento y del cerebro el prejuicio de la autoridad y de la ley, que el religioso. Habrá muchos que no crean en Dios, escasos son, al contrario, los que dejen de creer en un jefe, en una autoridad cualquiera. Es el terror misteriosamente presentido de quedar en la orfandad, que ha de arrojarles en un absoluto desamparo, abandonados a la merced de ellos mismos. Les parece que si repentinamente desapareciera la autoridad, las instituciones del orden vigente — *causa causorum* de todo desórden — se convertirían de pronto en imbéciles, completamente paralizados, incapaces de obrar por propia cuenta, ignorando cómo conducirse en los problemas más elementales de la existencia.

El *homo* de la democracia liberal, y de los reinos constitucionales, sigue siendo esclavo, tan poco dueño de su periferia anímica como hace mil años. Si hubo evolución, fué lentísima, imperceptible. Más aparente que real. Su conquista irrisoria finca en que podrá escoger el verdugo que lo enviará a la guerra, al amo que irá al parlamento, quien se concertará con otros tantos amos para mejor explotarlo. A todo eso se reduce el progreso moral y cívico del *homo* democrático de que muchos tanto se enorgullecen. Antiguamente los esclavos, siendo ellos los elegidos, los escogidos por el propietario, podían por lo menos consolarse pensando que no eran la causa de su mayor daño, de la pérdida de su libertad. Ahora no; en cada época de elecciones, aunque esta pérdida de libertad no sea evidente, tan palpable, la gente la toma como algo muy natural, u otros como pretexto de holgorio.

No le basta conocer al pueblo, haber escarmentado en carne propia y comprobar que al mandatario que enarcaron a la presidencia los hizo masacrar durante la alucinante semana de enero de 1909; no le basta saber cómo se le roba en todas partes, desde la Caja de Ahorros Postal hasta los caseros, que muchos se sientan en el senado; él continúa en su apatía votando, temeroso de reflexionar, de adoptar una decisión ante él y por sí.

¿Cuántos siglos se necesitarán para que aparezca sobre la faz de la tierra domesticada por la ciencia moderna, el hombre libre, como anárquicamente debe comprenderse?

Ignoramos si serán siglos, pero estamos seguros que pasarán numerosas décadas antes que se produzca ese bello fenómeno. Razones hay para pensar así.

Nada propende para que haya hombres libertados de todo prejuicio, de toda falsa moral y que conserven por norma la única cifra ética que emana de la salud del espíritu, suprema higiene espiritual. Hoy, y casi siempre, esos ejemplares son tan raros como el genio, y a veces se llaman Reclus, Schiller — para citar a una personalidad que se llamó anarquista — Barrett y tantos otros de la misma y parecida talla. Reconocemos que abundan infinitamente los libertados a medias, y que son los combatientes de esos abanderados, aunque no existen todavía en la proporción necesaria para equilibrar las grandes masas amorfas.

El cultivo de la esclavitud es practicado en el hogar, en la escuela, en el taller y en el cuartel más que en ninguna institución, y, en fin, en todos los lugares que están regidos por el ideario burgués. Si se añaden las taras hereditarias, se ha de comprender por qué escasean las mentalidades independientes.

Es ahí donde el ariete de la propaganda de nuestras ideas debe golpear infatigablemente. Ya con el ejemplo doctrinario, con la conducta nuestra, con el folleto, el libro, inculcando el libre examen, atrayendo por la inteligencia y la bondad y no por el encono y la rencilla odiosa. Hay que libertar los espíritus de sus cadenas seculares, sin descuidar de liberar los cuerpos de sus condiciones opresoras y humillantes. En ello tendremos tarea para rato. Conocido es que de todos los reductos burgueses, de todos los prejuicios enquistados en el alma popular, la idea de autoridad es la más difícil de extirpar.

Confesemos por otra parte que, según cómputos de la prensa rica, desde 1912, que se dictara la ley electoral del voto secreto, en los catorce años de su vigencia hubo un descenso de 21 por ciento en la proporción de votantes. La ley, considerada como una verdadera panacea democrática, en vez de acuciar a las masas para cumplir con sus deberes cívicos y carneriles, fué desmayándolas en el desgano. Su desengaño sobre el sistema parlamentario se está haciendo sentir tanto, que los partidos socialista y comunista, no prosperan electoralmente como se da en otros países. No tomamos tampoco esto como un síntoma halagador, sino como una mera constatación de hecho. Esta apatía no es el reflejo de una conciencia que rechaza lo que hiere su dignidad de ente pensante e insumiso, sino que trata de evitar se le trastorne la tranquilidad de su digestión.

"La Prensa", diario paquidérmico si los hay, también ella hace una constatación de hechos. Comprueba con desolación cómica que el malevaje de los comités políticos perdió el culto al coraje, cuando en otros tiempos de más neto criollismo se realizaban esos duelos singulares a facón limpio, y deplora en cambio se empleen las armas de fuego, "muy poco nobles."

Y la pobrecilla no se da cuenta que son los avances de la civilización, que se traslada del asfalto al arrabal. Claro que

En todas partes, pero especialmente aquí y en Francia, los políticos están ofreciendo un singular parecido con los cerdos... Gruñen, patalean, se mordisquean peleando a quien llega primero a hozar en la pesebrera oficial... Pero calumniamos vilmente a los útiles animalitos: Son ellos los chanchos, mientras éstos son solamente cerdos.

sí... De la civilización que predica ella también.

Goya, hace unos doscientos años, en una de las mordaces y agrias aguafuertes de sus famosos "Caprichos", ya había definido el *gobierno de los mejores*, o de los más aprovechados e inaptos, representando un campesino, quien en su lomo llevaba de ginete a un burro. Era el candidato a las cámaras.

Esta es, para nosotros, la imagen exacta del votante, del elector democrático: un inconsciente, un tonto de capirote.

***

Oquedad mental

En cierto plano de la vida y del mundo parece que se ha entronizado la estulticia, la orfandad anímica y mental. Por lo menos, donde creció siempre en terreno fecundo y propicio, está adquiriendo proporciones alarmantes y muy graves. Nos referimos a las clases dominantes y sus respectivos gobiernos, cuando precisamente logran su máximo hartazgo, su máximo engorde. La idiotez urbanizada, con barniz destellante, tapará la decadencia, la oquedad mental interna, y por ende una existencia animal sobresaltado de apetitos, de vicios y de corrupción.

Recuérdese a ese Luis XVI — citado también por Barrett no sabemos en cuál de sus escritos — quien desde adolescente había sido acostumbrado a llevar una especie de dietario, anotando en sus páginas todas las menudencias de su vida cotidiana. Aficionado a las aventuras cinegéticas, siendo su ocupación favorita la caza mayor y menor, debía, naturalmente, registrar todas las piezas capturadas. La estadística preparada por él nos revela que durante trece años mató 189.251 faisanes y derribó 1.274 ciervos. En el 24 de junio de 1784 ultimó 200 golondrinas. Anota además en su diario los 43 baños que le recetaron en 26 años de indigestiones, varios resfríos y ataques de hemorroides. Cuando no hay caza, audiencia ni indisposiciones, se contenta con escribir esta sola palabra: "Nada". Se suceden las convulsiones de Francia en su despertar revolucionario, que no llegan a él. En todas las fechas famosas desde 1789 a 1791 se encuentra la sempiterna palabra: "Nada".

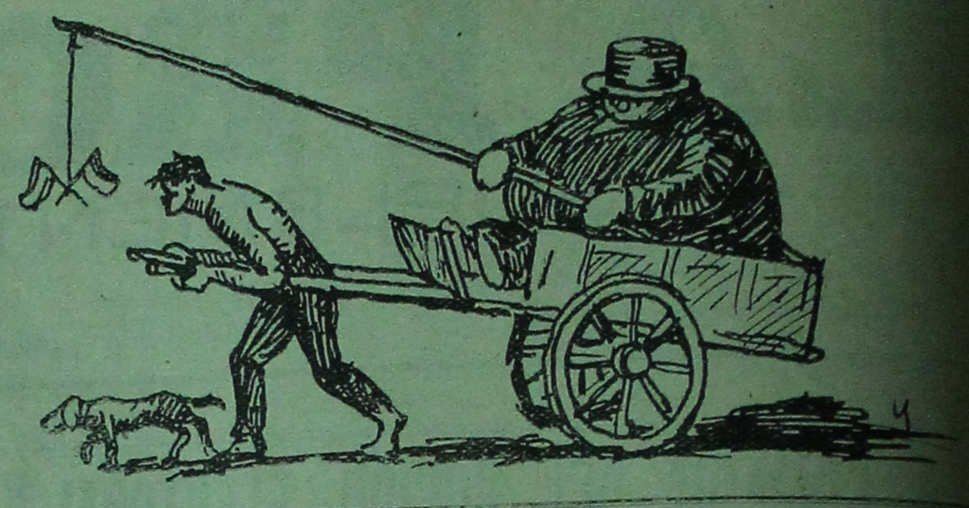
No obstante, este rasgo tan marcado de inopia mental, de ausencia absoluta de sentimiento, no es únicamente privativo del Capeto ese. Las testas coronadas no han sido nunca muy fuertes. Nicolás de Rusia reedita la tragedia palaciega del Borbón, por la misma abúlica incomprensión, por el odio declarado a toda actividad mental y por el mismo dominio que el elemento femenino tuvo en la corte del

rey Luis XVI. ¿Y el ex kaiser, criatura digna de algún reformatorio, más que de ocupar un trono?

Pero quien está más cerca del Luis ese es Alfonso de España. En el suplemento dominical de "La Nación", en la sección en rotogravure, quizás retribuyendo el favor que le hiciera el rey recibiendo en palacio al retoño de la dinastía Mitre, en viaje, se publica una página entera sobre las proezas cinegéticas del soberano que padece la misma idiotez urbanizada, la idéntica grosería barnizada del que debía entregar su cabeza al verdugo. Los venados muertos en el coto de Hontanares son exhibidos, mientras los soldaditos de Marruecos hacen el oficio de venados para los moros. El paralelo cabe perfectamente. España quizás se halla cruzando por el período más grávido de acontecimientos revulsionadores, y el rey seguirá apuntando seguramente en su carnet la palabra: "Nada". Y preparando la estadística del producto de sus cacerías. Y el Primo de Rivera que está a su lado, como dios penate y genio tutelar en francachelas de casino, al referirse a la pretensión de que España entre al Consejo de la Liga de las Naciones, como miembro permanente, dirá:

—Creo que este país, por su historia, representa a la madre de una raza extendida por el mundo.

Después, si surje un ajusticiador, quien, adelantándose al verdugo, haga suyo el dolor colectivo de esas madres que le arrancan los hijos para que hagan de venados para los moros, se clamará al asesino, al crimen horrendo. Y nadie se detendrá a reflexionar en todos los crímenes que se cometieron en el nombre de ese rey y de los propietarios de minas en Marruecos, entretanto que él, impasible, continuaba diciendo tonterías en compañía de su compinche y matando animalitos inocentes.



La expropiación de los príncipes alemanes

La insolencia de los ex príncipes reinantes, ocho años después de la comedia revolucionaria de 1918, puede llevarnos tanto a la indignación como a tristes consideraciones. La indignación se refiere más a la inexplicable pasividad del proletariado de Alemania y a su espíritu de disciplina que a las exigencias descaradas de los ex príncipes. Los trabajadores no han querido hacer la revolución, han pensado que bastaban Ebert, Scheidemann y Noske para hacerla y aquí tenemos uno de los frutos de ese imperdonable descuido. Puede ser muy cómodo y muy demagógico poner ahora el grito en el cielo y mostrarse asombrados por el cinismo de los viejos tiranos — al fin y al cabo ya no existe el peligro de incurrir en delito de injurias a Su Majestad, — pero es un recurso bastante inocente para justificar lo injustificable: la crédula infantilidad de los trabajadores alemanes, que supusieron en 1918 y 1919 que la revolución era cosa de los políticos marxistas y no cosa del pueblo, de la iniciativa de cada uno y de la acción personal de todos los desheredados. Los trabajadores alemanes sufren toda clase de privaciones, ven perdidos todos sus derechos, todas sus pequeñas conquistas; son entregados como mercancías inanimadas a los explotadores y como gleba sumisa a la innumerable casta de los jefes políticos; en esa situación de miseria popular, las exigencias fabulosas de los ex príncipes son insultos bien dolorosos, pero a juzgar por la forma pasiva en que el pueblo reacciona, siempre a la voz de mando, hay que dar gracias a dios si los ex príncipes no agregan a sus reclamaciones jurídicas su acción directa con la fusta en la mano. Este pueblo parece haber perdido la capacidad de pensar y de sentir por cuenta propia. Ha presenciado metafísicamente, hambriento y burlado, los procesos de Magdeburgo (1924) y de Munich (1925) y todavía no ha comprendido nada. ¡Oh, maravillas de la educación marxista!

Pero el hecho de las reclamaciones de los ex príncipes reinantes, de sus familias, de sus amantes, de sus lacayos, etc., tiene una íntima conexión con la situación internacional. La reacción domina en todas partes soberanamente, se siente fuerte y maniobra en íntima solidaridad para restablecer y afianzar sus posiciones tambaleadas por el fuego fatuo del subversivismo post-bélico. Si en el resto de Europa no hubiese levantado triunfalmente la cabeza la reacción, los ex príncipes alemanes no se habrían atrevido a mostrarse tan insolentes.

Para nuestro movimiento esa situación tiene sus consecuencias, que no podríamos pasar por alto. La socialdemocracia, después de haber salvado el país del peligro revolucionario, ha recibido el pago merecido y quedó fuera del gobierno nacional. Alemania ha realizado el ideal de aquel campesino de 1848 que quería una república con un gran duque a la cabeza. El puesto de Ebert fué ocupado por Hindenburg. El orgulloso partido de gobierno de Scheidemann y Noske ha tenido que tragar la píldora, viendo de día en día decrecer su influencia en la política nacional; la reacción ya no necesita esconderse tras la socialdemocracia. Esa ingratitud hizo que el gran partido obrero volviera a emplear frases de partido de oposición y cuando se produjo el escándalo de las reclamaciones jurídicas de los ex príncipes, los socialdemócratas, con fines demagógicos, en lugar de decidir ese asunto de tanta trascendencia en el parlamento, resolvieron proponer se consultara al pueblo su opinión por medio de un referéndum. Esa proposición fué aceptada por los partidos obreros, por los sindicatos reformistas, por los burgueses radicales. Los socialdemócratas han silenciado que fueron ellos los que impidieron en 1918 y 1919 la confiscación de los bienes de las ex familias reinantes; han silenciado que durante los años de su gobierno han consentido en satisfacer religiosamente pingües rentas a los ex príncipes, y eso en el período de la depreciación de la moneda, una de las épocas más tristes de la miseria popular alemana. Gracias al triunfo de Hindenburg y a la presunta oposición de la socialdemocracia, se ha creado un movimiento en favor de la expropiación de los ex príncipes, sin indemnizaciones. Ese movimiento existe porque los diversos partidos piensan explotarlo para engrosar sus filas con las masas obreras que comienzan a desilusionarse. Una prueba de que es algo superficial la tenemos en esta verdad innegable: si los jefes socialdemócratas dieran la orden de torcer el rumbo, entregando en manos de la reacción absolutamente la regulación de las demandas de los príncipes, las masas, por sí mismas no darían un solo paso más y continuarían satisfaciendo las deudas de la guerra, las monstruosas cargas de su burocracia sin par, las rentas de los bienes de sus antiguos amos, etc. Pero en fin, aunque el movimiento sea artificialmente sostenido por las aspiraciones partidistas y demagógicas, es posible que se llegue al referéndum popular, que luego serviría de base para una ley. Hay muy pocas probabilidades de triunfo para el pensamiento de la expropiación; en las mismas masas obreras hay considerable número de gentes que consideran como una gran ingratitud esa expropiación de los viejos tiranos; además tenemos la burocracia estatal y privada, la población agraria, en casi su totalidad en las filas de la reacción militante, la burguesía industrial de todos los matices, etc., etc. Es muy dudoso que el referéndum de un resultado favorable a la expropiación. Sin embargo es un hecho que plantea para nuestro movimiento, repetimos, ciertos problemas.

Nosotros, los anarquistas, los antiestatistas, los antiparlamentarios, ¿debemos o no tomar parte en el referéndum popular sobre la expropiación de los ex príncipes sin indemnización alguna? Nuestros camaradas alemanes han tenido que decidirse a fijar su actitud. La juventud anarquista sindicalista fué la que primero manifestó su inclinación en favor de la participación de los anarquistas, de los sindicalistas revolucionarios, de los antiparlamentarios en ese referéndum. Las débiles objeciones que se hicieron oír no resistieron el examen desapasionado de los hechos. Ese referéndum popular puede ser un recurso demagógico de los partidos obreros, pero no es parlamentarismo. Se trata sólo de saber si la mayoría del pueblo alemán quiere o no la expropiación de los ex príncipes o si desea, como hasta aquí, mantenerlos en la opulencia y sostener con las rentas de sus bienes un verdadero ejército de mercenarios de la reacción. No se trata de hacer la revolución, es un mero problema del día, cuya solución, de acuerdo al derecho vigente de propiedad, hiere todos los sentimientos de justicia. Si se desea la expropiación, hay que manifestar esa voluntad de algún modo y en este caso sería acudiendo a las urnas el día fijado para la decisión. Nosotros sabemos de antemano que será probablemente inútil o inutilizada la decisión popular si se manifiesta por la expropiación sin indemnizaciones. Sin embargo, ¿qué hacer? La comisión administrativa de la F. A. U. D., después de algunas consultas y de tantear el ánimo de sus miembros, resolvió recomendar la participación en el referéndum. Pero al revés de los otros partidos y fracciones del proletariado, fiel a sus ideas antiestatistas y antiparlamentarias, en lugar de hacer la pantomima de exigir los bienes de los ex príncipes para el pueblo, para tales o cuales fines de beneficencia, de educación, etc., la F. A. U. D. no pide nada, no propone ninguna condición, no se interesa por codeterminar el destino de los bienes expropiados, pues sabe perfectamente que no serán empleados en provecho de los que trabajan. Además rehusa sistemáticamente todo compromiso con las demás fracciones que están conformes con el fin inmediato de la expropiación; su fórmula es: *marchar separados y pegar juntos.* Es una repetición, en otra forma, de los acontecimientos del putsch de Kapp. Las fuerzas que querían evitar la restauración monárquica declararon la huelga general e hicieron espontáneamente lo que pudieron por impedir el triunfo de las bandas monárquicas. Ningún compromiso concertaron entonces nuestros camaradas con los que accidentalmente se encontraron a su lado. Lo mismo se hará ahora. Nosotros hemos combatido todos estos años por asegurar a nuestro movimiento en los diversos países esa autonomía de la acción, rechazando absolutamente la mentira de los frentes únicos protocolares, aunque no sean más que pasajeros. En ese punto nos identificamos por completo con la táctica de los camaradas alemanes de la F. A. U. D.

Respecto a la participación en el referéndum popular, en la forma que la F. A. U. D. se propone hacerlo, si nuestras organizaciones latinas de América se encontrasen en la misma situación, es casi seguro que, aun velando por su consecuencia anarquista, habrían hecho lo mismo. En tal circunstancia importa más la táctica a seguir que todo lo demás, y la táctica de la F. A. U. D. garantiza íntegramente su autonomía. Es todo lo que se puede pedir en ese caso.

Se ha acentuado bastante que no podemos pasar por alto ninguno de los problemas cotidianos de interés general. Malatesta mismo ha insistido en estos años diversamente en eso. El folleto de Rocker, *La lucha por el pan cotidiano*, traducido al español, al sueco, al holandés, al ruso, al esperanto, ha encontrado la más simpática acogida, incluso entre los anarquistas individualistas italianos; en ese folleto se sostiene la tesis de nuestra participación activa en las luchas de todos los días como un requisito para tener derecho a considerarnos combatientes de la revolución social y forjadores de un mundo nuevo. Por desgracia, ese punto de vista tan fecundo ha llevado en algunos países a singulares aberraciones, como por ejemplo a la unión y a los compromisos con la burguesía liberal para combatir la dictadura.

Ultimamente se han hecho oír entre los miembros de la F. A. U. D. algunas protestas contra la actitud recomendada en ocasión del referéndum o más bien de la consulta popular sobre la expropiación. Sus argumentos son sumamente deplorables e inconsistentes.

Según nuestra manera de ver, el mal no está en participar en el referéndum, sino en no aprovechar suficientemente esas oportunidades para mayor intensificación de la propaganda. Sean o no expropiados los príncipes, nuestros camaradas pueden, antes y después del referéndum, obrar con argumentos efectivos, vivientes, en favor de nuestras ideas. Su aislamiento o su abstencionismo en este caso, además de ser explotado por los demagogos de todos los colores marxistas, representaría una nota de sectarismo muy poco beneficiosa para el movimiento.

D. Abad de Santillán

EDUARD WECK

EL HOMB

IV

En el comienzo de la era de nas, las aspiraciones de la técn da tendían casi exclusivamente tar la fuerza física de trabajo d bres. Ahora la máquina amplía de acción y ejecuta hasta las del cerebro. Y aquí pensamos aquellas grandiosas instalacion emplean por ejemplo en el trá viario y que en cierto modo se vertido en controladoras de los de las señales; tampoco pens ejemplo en aquellos maravillos mentos que superan en precisión las navegaciones, a los sentidos citados de los capitanes. Todos e ramientos son complementos téc ra el aumento de la seguridad, h dispensables, ciertamente, por el vimiento enorme de las comuni Lo que tenemos presente ante los instrumentos que se aplica grandes establecimientos fabril merciales, donde suplantan, en jovencillos apenas ejercitados en sar, a los calculadores más expe dos y a los profesionales de la lidad. A la máquina de escribir mos acostumbrado ya tanto co máquina de coser. Y sin embargo mucho que "una hermosa escritu la mejor recomendación para la a una oficina. La escritura a n las grandes casas de comercio s mitado, en el mejor de los cas contabilidad. Pero también de la lidad desaparece más y más la e a mano. Ya se han introducido e des oficinas las máquinas para l contabilidad (procedimiento de jetas agujereadas). Una compañ menos importante la tiene la máq escribir en la máquina de conta los últimos tiempos es la máquina raciones que escribe al mismo y en la que bastan algunos movi para resolver jugando, con una seg insuperable y con la mayor precis das las operaciones matemáticas, tengan que cooperar las células de bro humano. Aparatos de reprod máquinas para escribir direcciones quinas para abrir y cerrar las car ra estampillarlas, etc., encuentran pleo creciente y reducen a los obre telectuales en su actividad a proi y a servidores de máquinas. Un i suplanta al otro, incluso en el d burocrático y transforma aquellas nas, llenas de personal, en salas quinas. Ya se anunció una máqui escribir que hace superflua la maqu y que transforma directamente el la palabra en escritura a máquina.

En qué medida puede ser supla el trabajo del personal por esa m zación, nos lo muestra un informe el cual en la casa central y en las su les de un Banco berlinés quedaría santes del setenta al ochenta por del personal y por el empleo de la quinas se piensa "en otra disminuci personal ya reducido en un 15 ó 2 ciento" (Handelsblatt der Frankf Zeitung, 1.o de enero de 1925). De de estas experiencias sólo puede ser blema de tiempo la transición de oficinas a los nuevos métodos de tra Un obstáculo para ello está actual te en la circunstancia que las ofi que han hecho las buenas experien procuran silenciar los detalles de sus cedimientos, por temor a la concu cia. Eso puede paralizar tal vez un po la evolución, pero no imposibilit tanto más cuanto que la literatura s la "mecanización" en las oficinas au ta rápidamente y se conocen ya los todos empleados en el extranjero. vez que se hayan roto en una seri establecimientos las tradiciones, el pleo de los nuevos métodos progresará lozmente y no dejará inmune una repartición.

Mencionemos aún otro dominio de tividad: el correo, los telégrafos y fonos. También aquí ocupan en med creciente el puesto de los hombres a matas ingeniosamente construídos y ducen diariamente las posibilidades

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

IV

En el comienzo de la era de las máquinas, las aspiraciones de la técnica aplicada tendían casi exclusivamente a suplantar la fuerza física de trabajo de los hombres. Ahora la máquina amplía su radio de acción y ejecuta hasta las funciones del cerebro. Y aquí pensamos poco en aquellas grandiosas instalaciones que se emplean por ejemplo en el tráfico ferroviario y que en cierto modo se han convertido en controladoras de los vigilantes de las señales; tampoco pensamos por ejemplo en aquellos maravillosos instrumentos que superan en precisión, durante las navegaciones, a los sentidos más ejercitados de los capitanes. Todos esos mejoramientos son complementos técnicos para el aumento de la seguridad, hechos indispensables, ciertamente, por el desenvolvimiento enorme de las comunicaciones. Lo que tenemos presente ante todo son los instrumentos que se aplican en los grandes establecimientos fabriles y comerciales, donde suplantan, en mano de jovencillos apenas ejercitados en el pensar, a los calculadores más experimentados y a los profesionales de la contabilidad. A la máquina de escribir nos hemos acostumbrado ya tanto como a la máquina de coser. Y sin embargo no hace mucho que "una hermosa escritura" era la mejor recomendación para la entrada a una oficina. La escritura a mano en las grandes casas de comercio se ha limitado, en el mejor de los casos, a la contabilidad. Pero también de la contabilidad desaparece más y más la escritura a mano. Ya se han introducido en grandes oficinas las máquinas para llevar la contabilidad (procedimiento de las tarjetas agujereadas). Una compañera no menos importante la tiene la máquina de escribir en la máquina de contar, y en los últimos tiempos es la máquina de operaciones que escribe al mismo tiempo y en la que bastan algunos movimientos para resolver jugando, con una seguridad insuperable y con la mayor precisión, todas las operaciones matemáticas, sin que tengan que cooperar las células del cerebro humano. Aparatos de reproducción, máquinas para escribir direcciones, máquinas para abrir y cerrar las cartas, para estampillarlas, etc., encuentran un empleo creciente y reducen a los obreros intelectuales en su actividad a proletarios y a servidores de máquinas. Un invento suplanta al otro, incluso en el dominio burocrático y transforma aquellas oficinas, llenas de personal, en salas de máquinas. Ya se anunció una máquina de escribir que hace superflua la maquinista y que transforma directamente el eco de la palabra en escritura a máquina.

En qué medida puede ser suplantado el trabajo del personal por esa mecanización, nos lo muestra un informe según el cual en la casa central y en las sucursales de un Banco berlinés quedarían cesantes del setenta al ochenta por ciento del personal y por el empleo de las máquinas se piensa "en otra disminución del personal ya reducido en un 15 ó 20 por ciento" (Handelsblatt der Frankfurter Zeitung, 1.o de enero de 1925). Después de estas experiencias sólo puede ser problema de tiempo la transición de otras oficinas a los nuevos métodos de trabajo. Un obstáculo para ello está actualmente en la circunstancia que las oficinas que han hecho las buenas experiencias, procuran silenciar los detalles de sus procedimientos, por temor a la concurrencia. Eso puede paralizar tal vez un tiempo la evolución, pero no imposibilitarla, tanto más cuanto que la literatura sobre la "mecanización" en las oficinas aumenta rápidamente y se conocen ya los métodos empleados en el extranjero. Una vez que se hayan roto en una serie de establecimientos las tradiciones, el empleo de los nuevos métodos progresará velozmente y no dejará inmune una sola repartición.

Mencionemos aún otro dominio de actividad: el correo, los telégrafos y teléfonos. También aquí ocupan en medida creciente el puesto de los hombres autómatas ingeniosamente construídos y reducen diariamente las posibilidades de ocupación para los hombres dependientes del trabajo.

El obrero observa confuso esos brazos de hierro que crean ahora, con una rapidez mucho mayor y en el ritmo de un bronco ruido que sofoca toda voz humana, lo que él creaba antes con sus manos hábiles y estimuladas por una canción alegre. El espacio que se le deja se vuelve cada día más estrecho para poder conservarse como hombre creador e inspirarse en la conciencia de su diligencia creadora. Los resultados de su trabajo hace mucho que no los ve. Diariamente realiza sólo un movimiento único e igual, mortífero por su monotonía. No es más que un accesorio del maquinismo que se ha humanizado y está expuesto a volverse superfluo por la aplicación de una palanca o de una rueda.

La habilidad personal no vale nada ya y se desvaloriza completamente. Más aún: todo el proceso de producción se separa más y más de su centro anterior, el hombre laborioso, y coloca en su centro el maquinismo en torno al cual el hombre gira, como una rueda inanimada. Desde hace mucho, en un moderno establecimiento el hombre no dirige ya la máquina que se le ha confiado, sino al contrario: la máquina lo dirige a él. La máquina determina la frecuencia y el ritmo de sus movimientos, quiera o no quiera: tiene que ajustarse a los giros de sus volantes; la máquina es su capataz y su controlador de reposo. El obrero no es ya un creador en servicio, sino un esclavo de la máquina mantenido con férrea violencia.

El más vasto desarrollo de esa mecanización del hombre lo encontramos en los Estados Unidos y naturalmente en su extrema aplicación en las modernas industrias, como la del automóvil. Cómo se procede aquí, nos lo ha contado el rey norteamericano del automóvil en su libro "Mi vida y obra", con una sobriedad norteamericana y sin oropel alguno. Séanos permitido por lo tanto quedar más tiempo en esta parte de sus exposiciones.

En el capítulo V de su libro "Mi vida y obra", escribe Ford:

"Si hubiera un medio para ahorrar el diez por ciento de tiempo o para aumentar los resultados un diez por ciento, la no aplicación de ese medio significa un impuesto de diez por ciento (en toda la producción). Si la vida de un hombre, es, digámoslo, cincuenta cent. la hora, un ahorro de diez por ciento de tiempo significa una mayor ganancia de cinco cent.". Y más adelante: "Se ahorran a 12.000 personas diariamente diez pasos, y se obtiene un ahorro de fuerza y de camino de 80 kilómetros. Estos fueron los métodos según los cuales fué organizada la producción en mi empresa. Todo se desprendía casi por sí mismo."

Siguiendo estos principios, Ford instala en su fábrica las máquinas unas junto a otras, más que en ningún otro establecimiento del mundo, aplica railes que transmiten el chassis en un ritmo exacto y penosamente calculado de un obrero a otro, que luego coloca en el movimiento el tornillo o la tuerca correspondiente, etc., o realiza la acción de la mano concerniente hasta que el coche, al llegar al número 45 sale listo.

Resumamos aquí brevemente algunos de los ahorros de trabajo obtenidos por esos métodos:

La confección del magneto, que antes era obra de un solo hombre, fué descompuesta en 29 labores especiales y así se redujo el empleo de tiempo por magneto de 20 minutos a 5.

El montaje de un chassis estacionario exigía 12 horas y 8 minutos. Con la ayuda de experimentos científicos, entre otros por "el acercamiento de la plancha de trabajo a la altura del brazo y por la división de los diversos trabajos, de manera que cada hombre tuviera que hacer cada vez menos movimientos", se redujo el tiempo a una hora 33 minutos por chassis.

"La composición del motor, antes obra de un solo obrero, se hace hoy por 48 la-

bores especiales, y los obreros correspondientes hacen tres veces más que antes."

Apenas pasa una semana sin que se anuncie algún progreso en las máquinas o en los procedimientos de la producción, incluso en oposición directa con los usuales "mejores métodos de fabricación".

Sin embargo, el ahorro de tiempo no es la única ganancia. Por la división científica del trabajo y su descomposición es posible renunciar casi completamente a los obreros de oficio y suplantarlos por obreros sin oficio. "Obreros de oficio — dice Ford — no los necesitamos, pues todo conocimiento es suplantado por la máquina" (The skill is in the machine). En este concepto es de interés lo que constata Ford en otro pasaje de su libro: 43 por ciento de los trabajos realizados en los establecimientos Ford no exigen más de un día de aprendizaje, 36 por ciento de 1 a 8 días, 6 por ciento de 1 a 2 semanas, sólo el 14 por ciento de un mes a un año y un uno por ciento (por ejemplo la fabricación de instrumentos y la soldadura) de 1 a 6 años.

En la fundición sólo hay un cinco por ciento de fundidores y modeladores, el resto, 95 por ciento, son peones, "o, para ser más exactos, no tienen que aprender más que un solo movimiento de la mano, que incluso el más torpe puede aprender en dos días. La fundición se opera sin excepción por medio de máquinas."

Toda parte que debe ser fundida tiene una unidad del grupo unitario — según el número previsto en el plan de producción. Las intalaciones necesarias están adaptadas al chorro que les concierne; los obreros que pertenecen a la unidad no tienen, por consiguiente, más que hacer sin cesar repetidos movimientos de la mano.

El montaje del freno del alambique se hacía antes por 28 hombres en tres minutos. El preparador analizó los distintos movimientos con el reloj de Stopp y halló que en una jornada de nueve horas se perdían cuatro por el ir y venir. Era el tiempo que necesitaban los obreros para buscar el material y para retirar la pieza terminada. El proceso de trabajo fué descompuesto y el resultado fué que siete hombres en una jornada de ocho horas montaban 2.600 frenos de alambique mientras que antes el máximo de 28 hombres en una jornada de nueve horas era sólo de 175 piezas.

Lo mismo se procedió con todo proceso de trabajo y se indicó siempre cómo por la descomposición y la introducción de nuevas máquinas se volvían superfluas las fuerzas obreras instruídas.

Sobre los ahorros obtenidos con esos métodos, escribe Ford: "Aunque la comparación cojea algo, el resultado es sin embargo desconcertante. Si en nuestra cantidad actual de producción necesitáramos el mismo número de empleados que en 1913 — la fundación de nuestro establecimiento — eran utilizados sólo para el montaje, tendríamos que ocupar hoy más de 200.000 obreros. Realmente el número de los obreros ocupados en el momento que nuestra producción alcanzó 4.000 coches por día, no llega a 50.000."

Pero Ford no es el único propietario de esos secretos de la producción. Toda la industria americana del automóvil trabaja según esos principios descriptos por él. Se observa bien en el estudio llevado a cabo por el Bureau of Labour Statistics sobre el sistema de producción en esa industria, (en Monthly Labour Review, octubre, 1924). Citemos algunos ejemplos de ese trabajo:

"Para la confección de caballetes de los coches se construyó una nueva máquina que asocia hoy automáticamente todas las piezas y las remacha. Esa máquina, servida por un solo hombre, termina en un minuto seis y en 10 horas 3.600 caballetes, una labor que exigía antes 175 obreros.

El remache desaparece cada vez más. Las piezas de acero son por lo general soldadas a máquina. Con una máquina para soldar construída para ese fin, un solo obrero realiza la labor anterior de ocho remachadores a mano.

Un nuevo procedimiento para soldar permite que un hombre lleve a cabo 20 veces más labor que antes. Un nuevo taladro ha cuadruplicado doce veces la producción de los tornos anteriores.

Idénticos ejemplos se mencionan por decenas. Se emplean siempre nuevos métodos para elevar el rendimiento de cada obrero y extirpar el trabajo improductivo. Se dice de una fábrica de automóviles que suprimió seis mensajeros de la fábrica, proveyendo a un muchacho de patines con los que puede hacer fácilmente todas las idas y venidas de los mensajeros anteriores.

Tampoco se limitan esos métodos a la industria del automóvil. Los encontramos en todas partes y en lugares inesperados para un europeo.

Por ejemplo: el injeniero Martín Wagner (*Gewerkschaftszeitung*, 6 de diciembre de 1924), notifica sobre el movimiento en los mataderos de Chicago:

"En cada uno de esos mataderos trabajan más de 6.000 hombres. Cada uno de ellos se ocupa de repetir todo el día un sólo movimiento de la mano, tres o cuatro mil veces. Un carnicero de oficio no podría hacer ver su arte en esa fábrica. Es suplantado por un ejército de peones cuyo aprendizaje no exije ya 3 años, sino a lo sumo tres días. Una huelga que estallara en esa fábrica, no llenaría de perplejidad al propietario. Algunos trenes llenos de negros pueden suplantar a los huelguistas, y la fábrica continúa. En la fábrica de Ford la suplantación de los huelguistas es algo más difícil. Pero la diferencia es sólo gradual, no de principio".

Otro ejemplo elocuente nos lo da la panadería norteamericana. Todavía en los años anteriores a la guerra estaba la panadería en manos de pequeños establecimientos. Ahora la industria de la fabricación del pan pasó a manos de poderosas compañías en todas las grandes ciudades que elaboran el pan mecánicamente, y han dejado sin trabajo a millares de panaderos y a decenas de millares de ayudantes. En esas panaderías mecánicas, se instalaron hornos con una capacidad para varios millares de panes por hora, en los cuales, según A. Burkhardt, secretario de la federación americana de los obreros de la industria alimenticia, a lo sumo apenas es ocupada una docena de panaderos de oficio.

¿Y Europa? Lo repetimos: Europa seguirá el ejemplo norteamericano y está ya en vías de seguirlo. Emprenderá la misma atomización del proceso de trabajo y pasará a la labor mecánica especializada, en que el obrero apenas es más que una ampliación del autómata, un accesorio viviente de una máquina, inanimada, elevada a la categoría de controladora del hombre.

Así aumentan los resultados del trabajo más y más, con la desvalorización simultánea de los conocimientos personales y de la habilidad personal. Los cinco sentidos de que ha provisto la naturaleza al hombre, son en lo sucesivo para los capitalistas, dones supérfluos. No los necesitan ya, sino que piensan sólo en aquél movimiento que se repite automática y eternamente, y cuyos fragmentos de segundo son medidos con el reloj de Stopp para simplificarlos aun más. Las consecuencias de esa moderna explotación del hombre por el capitalismo armado de un maquinismo diabólico, son

UNA BOFETADA

El viejo Manuel trabajaba agobiado por un cansancio atroz, mortificado por el sol ardiente de las diez de la mañana...

Representaba unos sesenta y cinco años de edad. Era delgado, casi decrépito; su rostro moreno, cruelmente arrugado; sus ojillos, incoloros y brillantes, delatores de un cansancio que databa de muchos años, de estatura mediana y miembros nervudos.

Había nacido en una oscura aldehuela española. A los nueve años ya comenzó a trabajar con sus padres. A los quince era un fuerte mocetón, lleno de vida, de ingenuidad y de ignorancia; apenas si fué a la escuela durante dos años, una escuela que tenía por único director y maestro a un ceñudo sargento retirado. Al cabo, sólo conservó el recuerdo de los castigos y reglazos del maestro.

Después, los padres murieron: padre partió el primero, luego madre, de pesar, a poco de caer José, el hijo mayor, soldado en Marruecos. Dejaron los padres una muy corta hacienda: una legua de campo, tierra trabajosa y poco fecunda; un mulo y un toro añejos y una casucha de piedras.

No fué posible a todos los hermanos vivir de aquella hacienda. Hubo disputas, surgieron cuestiones, se consultó al cura, opinó el maestro de escuela, intervino el alcalde; y una mañana Manuel, que tenía diez y ocho años, partió para Madrid, inflado de ambiciones, de curiosidad, y satisfecho de sus fuerzas y de su juventud.

Sufrió mucho en la ciudad, trabajó jornadas penosas y largas. Se desilusionó. Un pesimismo doloroso llegó a vencerlo. Luego oyó hablar de América: una tierra preciosa, donde todos se enriquecían, donde los hombres no sufrían miseria, donde todo era abundancia, un paraíso. La casualidad hizo que en Madrid se encontrase con un antiguo vecino de su aldea, lo encontró cambiado: vestía como señor, usaba bastón, tenía casa en Madrid, sirvientes y dinero... Manuel casi no creyó lo que vieron sus ojos. Pero el amigo se le acercó sonriendo, le tendió la mano; estuvieron conversando un buen rato. Entraron en un café lujoso. Allí el amigo historió el origen de su fortuna: había ido a América, trabajó muchos años en los bosques del Brasil; es verdad que sufrió bastante, pero al fin se hizo rico y volvió a España triunfalmente. Los ojos de Manuel brillaban de ambición cuando se despidió de su amigo...

Un día, meses después, Manuel se embarcó para Buenos Aires...

* * *

¡Desembarcó con tantas ilusiones!

Pero por la noche, después de haber recorrido Buenos Aires, sintió que el desaliento volvía a él. Buenos Aires era igual que Madrid, la gente era la misma que la de allá. La misma frialdad, igual egoísmo. También aquí se explotaba, también aquí había pobres. Su amigo le mintió, su amigo debió haber sido un canalla para conseguir hacerse rico, debió explotar.

Y presintió Manuel que nunca llegaría a ser rico; porque no se creía capaz de emplear los medios de su amigo el de Madrid. El no podía hacer sufrir a otros para obtener su bienestar...

Fué ligera. Trabajó los campos como allá en su aldehuela. Pero ¡cuán diferente era ahora!; antes trabajaba su tierra, ahora laboraba la de otros. Ahora lo hacía por una paga miserable: un jornal que no llegaba a un peso, cama en un galpón y comida de bestias.

Luego tuvo otros oficios. Por último fué albañil. Vivió un poquillo más acomodado. Se casó. Tuvo cinco hijos de una mujer que acabó tuberculosa. Volvió más tarde a la miseria. Cuatro de sus hijos se le murieron tísicos. El más pequeño, el que sobrevivió, comenzó a trabajar en una fábrica. Un día se lo trajeron con la cabeza destrozada por una máquina. Manuel debió seguir trabajando. Ya no servía para albañil, pues unos mareos espantosos amenazaban hacerlo caer del andamio.

Ahora formaba parte de la cuadrilla de una empresa de pavimentación.

* * *

El sol quemaba, implacable. El viejo Manuel conducía adoquines en una carretilla. Todos sus miembros hacían un gran esfuerzo para conducirla.

Aquellos miembros que habían desplegado fuerzas indomables, que habían sentido correr dentro de ellos sangre fuerte, estaban ahora exhaustos. Todos ellos temblaban inseguros a cada trepidación de la carretilla. Esta a menudo desviábasele, y el viejo Manuel oía entonces las advertencias de sus compañeros:

—¡Eh!, gallego, casi me pisás!... Fijáte por dónde vas...

Manuel excusábase con un gesto y seguía conduciendo la carretilla.

Aquel día el viejo sentíase más cansado que nunca; precisamente cuando quería mostrarse más animoso, cuando el ingeniero estaba inspeccionando los trabajos.

El ingeniero tenía fama de tiránico e irascible para con los obreros, y Manuel temía que al reparar en sus pocas fuerzas tratara de despedirlo. Este temor hacíalo más torpe aún.

En una ocasión, en que Manuel conducía su carretilla cargada, el ingeniero y el capataz pusiéronsele en medio del camino. El viejo no tuvo tiempo ni fuerzas para desviar la carretilla y, a no ser que aquéllos se hubieren apartado rápidamente, los habría atropellado.

El ingeniero lanzó una maldición. Iracundo, dió un formidable puntapié a la carretilla, que la hizo tumbarse hacia un lado. El viejo Manuel fué arrastrado en la caída de la carretilla, cayó con ella.

Se levantó, lastimado, y sintiendo la vergüenza de su humillación.

—¡Eh, imbécil!... ¿No miras por dónde andas?, ¡Animal!... — mugía el ingeniero.

Enardecido por el dolor, el viejo sintió cólera; sintió un odio inmenso contra el ingeniero.

Este continuaba maldiciendo.

—¡Estúpido, estúpido, por poco me estropea!...

Manuel no podía más, reventando de rabia, rojo de la ira de los humillados, dejó escapar un gruñido de fiera. ¡Aquel hombre lo insultaba y tuteaba canallescamente, después de haberlo hecho caer!

En un instante, como un relámpago, con la rapidez de los árboles y las cosas que vemos pasar desde un tren expreso, pasaron por su cerebro todas las penurias de su existencia, toda su vida de esclavo escarnecido, de humillaciones increíbles, de injusticias feroces. ¡Sintió una rabia! Y por primera vez en su vida, a los sesenta y cinco años, quiso vengarse de sus opresores. Devolver por lo menos su última humillación.

Acercóse al ingeniero, retador, con el coraje y la potencia de sus lejanos veinte años. La rabia le ahogaba, le bullía en su ancho pecho, le quemaba. Aquel viejo de sesenta y cinco años era todo cólera y odio. Y explotó en un gesto colosal, en un grito sublime:

—¡Canalla!...

Y le dió una bofetada...

ARMANDO ENEAS

---

fáciles de prever: completo achatamiento de las fuerzas intelectuales, psicológicas y morales del hombre. No es ya un síntoma espantoso de la decadencia cultural general, la vulgaridad de los recreos ofrecidos a las masas y exigidos por ellas, — el círculo, las carreras, el cine, el deporte convertido en oficio e industria, etc —. No nos ilusionemos con los fenómenos aislados que hacen reconocer la aspiración al rejuvenecimiento y a la elevación de nuestras fiestas y festividades. El que una hora y otra, un día y otro día, un año y otro año, mueve siempre la misma palanca en eterna repetición; el que durante toda su vida no emplea más que un solo músculo, ve amortiguársele en vida los otros, y sólo pueden ponerlos en tensión las fuertes sensaciones sensuales.

Y tras ese desvanecimiento del contenido de la vida en el proletariado industrial, hay todavía otro peligro: en el mismo grado que la masa se pierde espiritualmente, aumenta el influjo intelectual del capitalismo. Fueron siempre los obreros instruídos, y especialmente los que estuvieron al frente de los movimientos políticos y económicos, los precursores en torno a los cuales se adherían paulatinamente los obreros sin oficio. Esa tropa de iniciadores es diezmada hoy, y con ella pierde el proletariado sus mejores guías en la lucha por su liberación.

¿Y las consecuencias económicas para los trabajadores? Trataremos de examinarlas.

El movimiento campesino en México

En 1891 se celebró en Córdoba, España, un congreso campesino anarquista; desde entonces no nos depara la historia un acontecimiento semejante hasta mediados de diciembre de 1925, en que tiene lugar, del 15 al 18 de dicho mes, en Guadalajara, Jalisco (México) el primer congreso campesino de la C. G. T. Unos 80 delegados estuvieron presentes, hombres de trabajo, de rostro curtido por el sol ardiente del campo, animados por un vivo entusiasmo de lucha y deseosos de conquistar para sí y para sus hijos la tierra y la libertad que nos han robado las castas privilegiadas de todos los tiempos.

Precisamente en México, donde el fenómeno obrerista de otros países asumió allí un carácter agrarista, dando pábulo al nacimiento de diversas bandas de aventureros políticos, la creación de un movimiento campesino de tendencias teóricas y prácticamente revolucionarias, es de una trascendencia formidable. Hemos saludado con júbilo sincero la convocación de ese congreso y con júbilo saludamos también sus resoluciones y sus resultados generales. Ese naciente movimiento campesino de México puede influenciar la marcha de todo el movimiento obrero del continente. Nos interesa, pues, no perderle de vista y cooperar lo más estrechamente posible con él, porque su fuerza y su arraigo será la fuerza y el arraigo de nuestras ideas en la población agraria de México y de América.

Se fundó en ese congreso una Federación General Campesina de Comunidades y Sindicatos: su base ideológica es la siguiente:

"Los trabajadores del campo y de la ciudad tienen un derecho: el de organizarse para su defensa contra los explotadores y opresores del pueblo; y un deber: el de unirse mutua y estrechamente para derribar el capitalismo y el Estado.

"Al organizarse los campesinos en comunidades o sindicatos, lo hacen para luchar diariamente par su bienestar, fuera de toda acción política, declarando que esta acción inmediata por la conquista de la tierra es la misma revolución social, que llevará a todos los humanos al comunismo anarquista".

En estos dos párrafos está concentrado el pensamiento director del nuevo organismo campesinos: la organización para la conquista de la tierra al margen de toda acción política, lo cual es ya la revolución social, primer paso decisivo hacia la anarquía.

Respecto a los salarios se acordó:

"Organizar a los medieros en sindicatos de resistencia; los sindicatos de medieros lucharán por el tercio, esto es, por dar sólo un tercio de sus cosechas a los terratenientes; lo restante deberá pertenecer a los medieros o tercieros. Exigir de los terratenientes que los tercieros puedan construir chozas en las tierras de sembradío. Los sindicatos campesinos lucharán por un salario no menor de tres pesos diarios."

La proposición de la comunidad agraria de Tlajomulco, Jalisco, sobre la lucha simultánea con los trabajadores de las ciudades por la jornada de seis horas, fué aprobada unánimemente.

Frente a las bandas armadas de los terratenientes, fomentadas ya en los tiempos de Porfirio Díaz y que se han vuelto a renovar por obra de los presidentes socialistas del último período, se adoptó esta actitud clara y enérgica:

"Los obreros del campo y de la ciudad han de emprender una campaña contra las guardias blancas o las llamadas "acordadas". El primer congreso campesino excita a todos los campesinos de la república a armarse contra las constantes agresiones de los terratenientes y de la autoridad."

Otro punto importante es el siguiente:

"La finalidad de la Federación de Comunidades y Sindicatos es la conquista inmediata de la tierra, usando para ello de la acción directa. — Se excita a los campesinos a ocupar las tierras, a constituir comunidades libres y a federarlas a la mayor brevedad. — Las comunidades libres, una vez constituídas, tienen la obligación de ayudarse mutuamente y de una manera directa, en caso de que sean

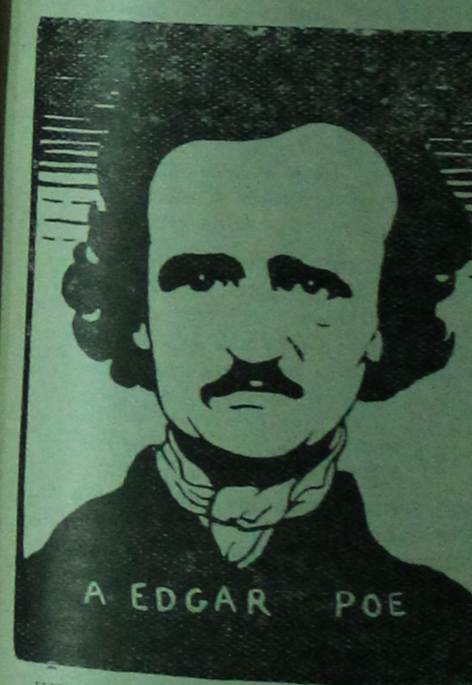
atacadas por las fuerzas federa
bandas de los terratenientes."

Como se ve por lo transcripto,
miento campesino de México m
una tendencia bien marcada a
la teoría a la práctica. ¿Habrá
para obrar en el sentido de las r
nes? Esta es la cuestión. Pero si
ten fuerzas para obrar según el
go se tiene ya con tener ese desec
zarse por materializarlo. Lo que
atrae hacia la población camp
precisamente ese sentido de la acc
tica; si la población del campo in
movimiento revolucionario, no po
tentarse con la mera filosofía
tras ideas; por instinto y por n
za tratará de demostrar práctic
en la acción constructiva, su con
ideológica. El campesino revolu
será siempre un factor positivo y
co y no un simple adepto platón
una doctrina, como suelen serlo l
ría de los obreros de las ciudades.
racterística daría a nuestro mov
una potencia y una vitalidad inso
das.

Félix Valloton, pi

Una escueta noticia de escasas
ahogada entre el maremagnum de
blegramas de la prensa cotidian
anuncia la muerte de Félix Vallot
signe grabador en madera, uno de l
grandes ilustradores de libros de Fr
Perteneció a la pléyade batallado
los impresionistas franceses, y cuyo
de grabadores intentaron con toda
dad reaccionar contra el histrionism
nico de los contemporáneos de Au
Lepère, uno de los mejores discípul
Daniel Urralreta, Vierge, quien a s
anteriormente, iniciara otro período
novación, combatiendo contra el ado
miento y el industrialismo mercan
do de los grabadores de su época.

No hubo un solo diario, una sol
vista de esta metrópoli, que se comi
a informar al público quien fué Vall
y cuál rol desempeñó en el arte franc
las postrimerías del siglo pasado
que va del presente. Los críticos de
los grandes sacerdotes del period



FELIZ VALLOTON — "Egard Poe"

agro-ganadero, dejaron descansar sus p
mas en sus correspondientes espeteras.
trataba de un artista que tuvo sus d
vios sociales y casi anarquistas. En ef
to, ya en 1909 el proletariado argenti
pudo conocer el arte austero, rudo y si
pático de Valloton. *Ideas y Figuras*,
revista de Alberto Ghiraldo, exornaba l
páginas de un número entero con los gr
bados del artista suizo de nacimient
pero francés por aclimatación definitiv
Se titulaba "Crímenes y Castigos", y e
una burda sátira y un amargo reproch
al régimen imperante y que sigue siend
lo. Eran "La educación cristiana", dond
el cura le suministra una azotaina al pú
vulo, reacio al catecismo; "Protegiendo
pudor", en el cual dos polizontes lleva
preso a un hombre astroso, para que n
muestre lo que no debe a las señoras

atacadas por las fuerzas federales o las bandas de los terratenientes.'"

Como se ve por lo transcripto, el movimiento campesino de México manifiesta una tendencia bien marcada a pasar de la teoría a la práctica. ¿Habrá fuerzas para obrar en el sentido de las resoluciones? Esta es la cuestión. Pero si no existen fuerzas para obrar según el deseo, algo se tiene ya con tener ese deseo y esforzarse por materializarlo. Lo que más nos atrae hacia la población campesina es precisamente ese sentido de la acción práctica; si la población del campo integra el movimiento revolucionario, no podrá contentarse con la mera filosofía de nuestras ideas; por instinto y por naturaleza tratará de demostrar prácticamente, en la acción constructiva, su concepción ideológica. El campesino revolucionario será siempre un factor positivo y práctico y no un simple adepto platónico de una doctrina, como suelen serlo la mayoría de los obreros de las ciudades. Esa característica daría a nuestro movimiento una potencia y una vitalidad insospechadas.

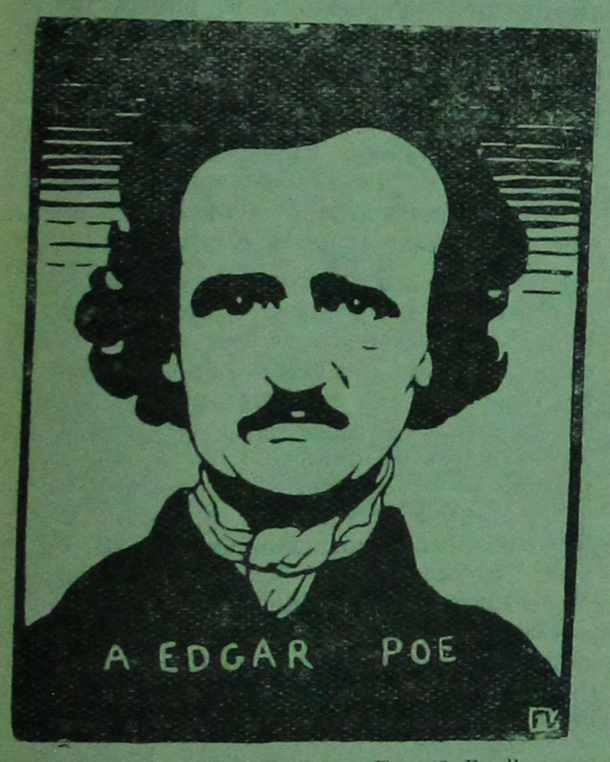
Lo que nos interesa también aquí es que la Federación campesina de comunidades y sindicatos de México está compuesta por peones y obreros arrendatarios o medieros, confundidos todos en una comunión de ideas, de intereses y de aspiraciones. No sabemos cómo los camaradas de México resolverían prácticamente los conflictos entre peones y arrendatarios, según han sido expuestos por algunos camaradas de la Argentina; la situación, sin embargo, no es la misma en ambos países. De ahí que no podría copiarse el mismo modelo de organización, sino crear una organización propia en cada país, de acuerdo a las características regionales. En esta situación es peligroso continuar. Si en la Argentina no es posible la organización única de peones y arrendatarios agrícolas, organícense separadamente y la práctica dará luego los consejos decisivos. Somos de opinión que nuestra doctrina debe surgir más de la realidad y de la acción cotidiana que del pensamiento puro de los filósofos.

I. K.

Félix Valloton, pintor y grabador en madera

Una escueta noticia de escasas líneas ahogada entre el maremagnum de los cablegramas de la prensa cotidiana, nos anuncia la muerte de Félix Valloton, insigne grabador en madera, uno de los más grandes ilustradores de libros de Francia. Perteneció a la pléyade batalladora de los impresionistas franceses, y cuyo grupo de grabadores intentaron con toda felicidad reaccionar contra el histrionismo técnico de los contemporáneos de Augusto Lepére, uno de los mejores discípulos de Daniel Urralreta, Vierge, quien a su vez anteriormente, iniciara otro período de renovación, combatiendo contra el adocenamiento y el industrialismo mercantilizado de los grabadores de su época.

No hubo un solo diario, una sola revista de esta metrópoli, que se comidiera a informar al público quien fué Valloton, y cuál rol desempeñó en el arte francés en las postrimerías del siglo pasado y lo que va del presente. Los críticos de arte, los grandes sacerdotes del periodismo



FELIZ VALLOTON — "Egard Poe"

agro-ganadero, dejaron descansar sus plumas en sus correspondientes espeteras. Se trataba de un artista que tuvo sus *desvíos* sociales y casi anarquistas. En efecto, ya en 1909 el proletariado argentino pudo conocer el arte austero, rudo y simpático de Valloton. *Ideas y Figuras*, la revista de Alberto Ghiraldo, exornaba las páginas de un número entero con los grabados del artista suizo de nacimiento, pero francés por aclimatación definitiva. Se titulaba "Crímenes y Castigos", y era una buída sátira y un amargo reproche al régimen imperante y que sigue siéndolo. Eran "La educación cristiana", donde el cura le suministra una azotaina al párvulo, reacio al catecismo; "Protegiendo el pudor", en el cual dos polizontes llevan preso a un hombre astroso, para que no muestre lo que no debe a las señoras; "El nuevo himno", donde una turba de policías persigue posiblemente a un anarquista o a un revolucionario; "Los disciplinados", cuyo dibujo representa una niña bajo las ruedas de un automóvil, mientras dos guardias saludan, primero y ante todo, por ser el auto del jefe; "Defensores de la propiedad", donde puede verse un propietario, con cartuchera y fusil, y solamente los botines de un probable difunto; el bicornio de un carabinero, mientras el propietario, presunto asesino, exclama:

—Sí. Está muerto. Entendido! Pero, ¿estaba o no dentro de mi terreno?

Una de las últimas *charges*, o sea caricaturas, es un empleado que llega tarde, y su principal lo intima:

—La una y diez. Queda despedido.

Otro. "La libertad de pensamiento". Un primero de libros, un joven en actitud de leer, el comisario y dos polizontes que exclama:

—Libros de Kropotkin y de Reclus ¡eh! Está usted dentro del Código penal, como subversivo y por conspirar contra el régimen vigente. En marcha...

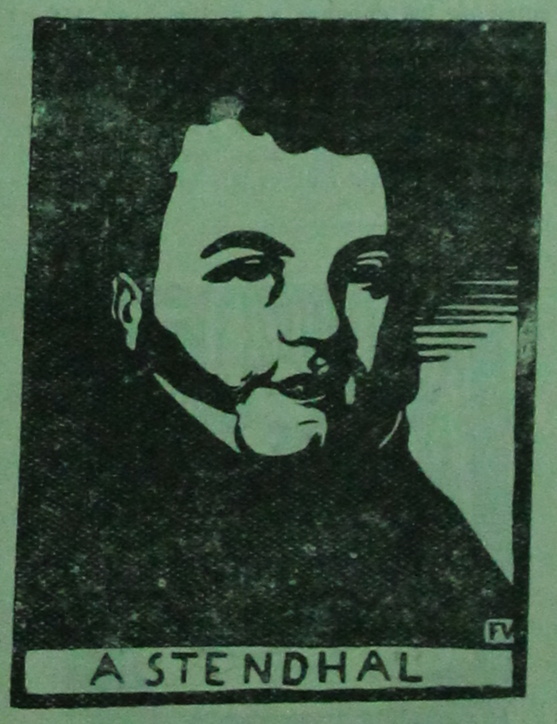
Y así son todas sus concepciones transcriptas a una rica y noble materia de arte, expresiva, severa, y en su centro vital, en su esencia, palpita una idea, una intención — castigat ridendo mores — siempre el agror corrosivo de una sátira. Continúa la gran línea de los grabadores imbuídos de preocupaciones sociales, y cuyo epígono, entre otros, es Daumier. Es indudable el parentazgo artístico y sociológico con este maestro, amigo de los pintores de la escuela de 1830, quienes también traían un soplo innovador a la pintura, y al paisaje franceses, agotada por tanto yerto clasicismo, convertido en las manos de los repetidores en banalidad elegante.

He aquí unos someros datos biográficos, los únicos en nuestra posesión. Félix Valloton nació en Lucerna el 25 de diciembre de 1865, trasladándose a los 17 años a París, con el deliberado propósito de perfeccionarse en la pintura, por la cual se sentía atraído desde niño. Durante tres años trabajó en los estudios de Lefebre y Boulanger, mediocres pintores, pero por fortuna la influencia de ambos académicos fué absolutamente nula, dejando intacto su robusto temperamento.

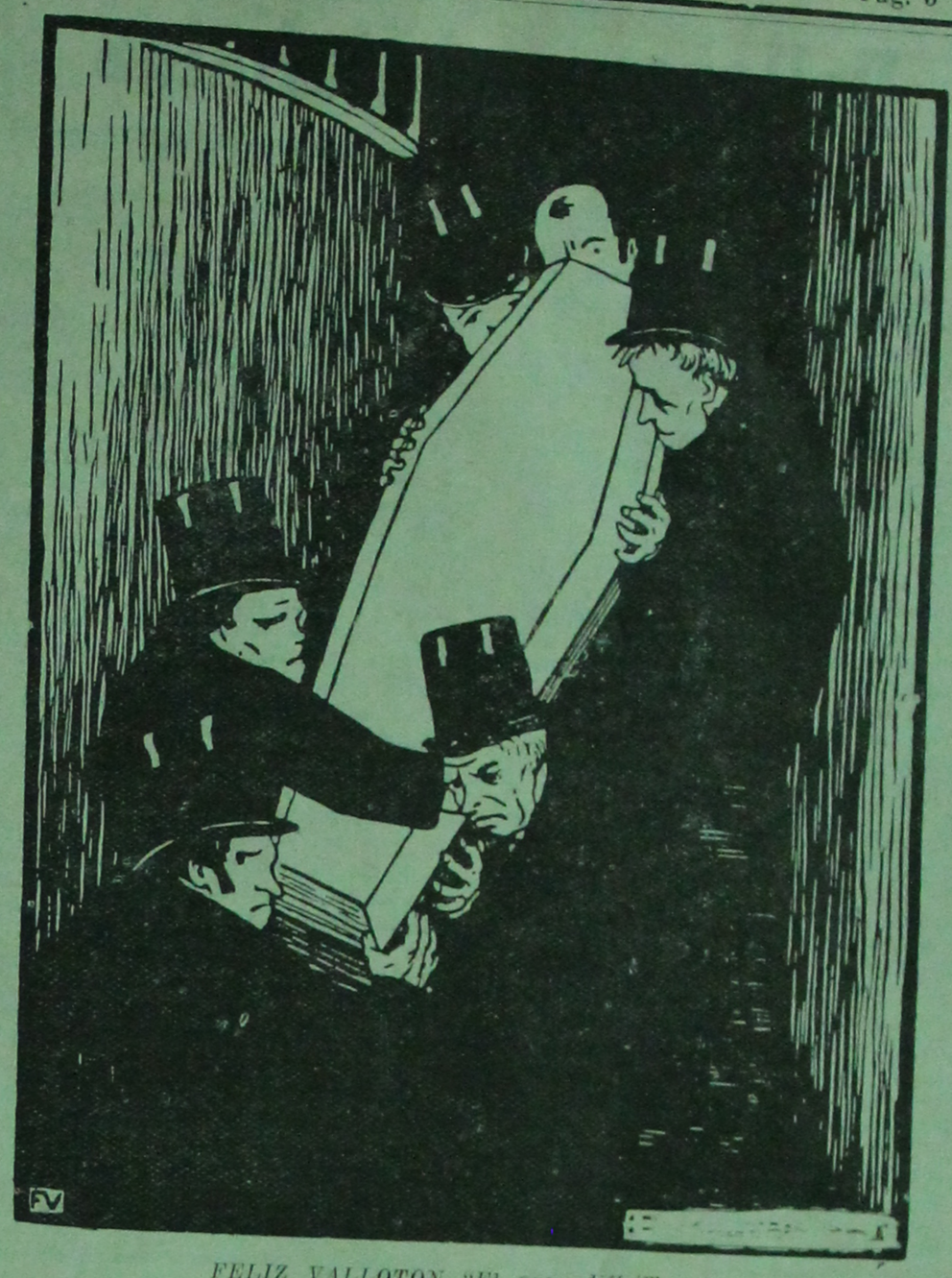
Un vigoroso retrato de viejo fué el comienzo de una labor honesta, reflexiva, que debía acrecentarse en belleza viril hasta la vejez Esta primera obra estuvo expuesta en el salón de 1885; no solamente no pasó desapercibida, sino que le fué discernida una mención honorífica. Otros retratos de colorido un tanto acre y violento, de dibujo rudo y de grandes líneas, se subsiguieron en los salones de 1886, 1887 y 1889. Pero, obligado por la imperiosa mano de la necesidad, hubo de entregarse a la vorágine de la tarea mal remunerada y casi anónima, trabajando para periódicos y revistas. En esa obra dispersa, atenta sólo a las pulsaciones de una actualidad ingrávida, insubstancial en la mayoría de las veces, publicó numerosas litografías, y entre las cuales hubo algunas de grato interés, de verdadera valía. Ello, no obstante el apremio y la inadaptabilidad de los métodos empleados, en una técnica que no correspondía a su índole temperamental ni a su visión artística.

Es en 1891 que empezará a ejercitarse en el grabado sobre madera, comprendiendo inmediatamente que al fin había dado con el camino vocacional que haría vibrar al unísono sus facultades. El retrato de Verlaine inauguró una serie magnífica de máscaras, ilustrando un libro de Remy de Gourmont, titulado "Les Masques", colección de estudios de los poetas del movimiento simbolista. Poco a poco, mediante su tesón, su inteligencia, su amplia percepción de la vida contemporánea, se le fué colocando entre los artistas de vanguardia y de los de más valer. Sigue un período de fervorosa labor, de producción cerrada que, comprendiendo doce o trece años, se resuelve en varios cuadros, algunos carteles, numerosos dibujos a pluma de gracioso carácter xilográfico, y no menos de trescientos grabados sobre madera.

De la total cantidad de su obra no se posee cifra exacta aunque se puede asegurar que ha de competir con las de los más fecundos artistas de su época.



FELIZ VALLOTON — "Stendhal"



FELIZ VALLOTON "El paso difícil"

Ya los lectores del Suplemento hubieron de conocer a Valloton por un estudio que apareció en el año 1922. Era un trabajo meditado, escrito por quien poseía una vasta penetración del tema a dilucidar.

Firmaba Zero, pseudónimo del camarada Giambiagi, pintor y grabador. Por ser del oficio, y por ende creyéndole más autorizado que nosotros, hemos de cederle la palabra, reproduciendo algunas opiniones emitidas en aquel entonces.

Después de historiar sucintamente y eficazmente la evolución del grabado sobre madera,, dice:

"Su aguda observación y penetrante psicología se revelan en una serie de máscaras. Son caracterizaciones sintéticas de amplia y ruda armonía plástica; inquietante esta de Poe, el fantástico poeta del Norte; en cambio bonachona y sonriente la del fino y sutil disecador de almas que se llamó Stendhal.

Difícilmente con elementos tan reducidos podrá darse una sensación más vehemente y profunda de un tipo.

Pero esta manera de encarar el asunto, con un simple contraste de blanco y negro y pocas líneas escuetas, ha producido toda una recua de imitadores anodinos que confunden la síntesis con la nada, y la simplicidad, difícil, con la simpleza.

Donde a mi ver Vallotón afirma sus cualidades de pintor y de notable grabador, es en la "Ejecución". Hay en esta estampa simplicidad de medios: ¡pero qué riqueza en los tonos, qué negros profundos, qué luminosas medias tintas!, y esto sin salirse del carácter especialísimo del grabado en madera, sin hacer la menor concesión a su destreza en el oficio.

Es sobrio y alcanza un máximo de eficacia. Su escena espeluznante es trágicamente grotesca. El hombre no quiere morir y mira la horca con una cara idiotizada por el terror, mientras las manos rudas, toscas de los verdugos lo empujan. Detrás, una hilera de gendarmes a caballo. El dibujo es preciso y elocuente. Espléndido como sabia distrubución de masas y como expresión, es la macabra y humorística visión del *Paso Difícil*.

Observemos la composición: ese fértro, contrastando con los negros aterciopelados de los levitones, constátase cómo los hace degradar en las medias tintas de los muros. Rico de color y rico de expresión, es una prueba elocuente de los vigorosos resultados que puede dar un simple cor-

Bellezas capitalistas

EL AUTOMOVIL Y LA SALUBRIDAD. — El *Journal of the Medic. Amer. Assoc.* nos da, según el *Illinois Neath News*, una estadística significativa para apreciar la alegría de vivir en el tiempo del cinema, de los automóviles y de las doctrinas pacifistas. Se trata de una estadística de la mortalidad en Chicago y en Illinois. Primer premio: las cardiopatías; segundo premio: el cáncer; tercer premio: las violencias. Meditemos un poco sobre ese grupo. Seis mil ochocientos sesenta y siete muertos (6867), o sea la quinta parte de la cifra total, debidos a la violencia: accidentes automovilísticos, caídas accidentales, accidentes ferroviarios, suicidios, cuya cifra pasó de 886 a 1012 y en fin, asesinatos que, de 709 en 1923, han pasado a 821 en 1924.

Todo no es tal vez perfecto en el país que con justo título puede enorgullecerse de haber realizado mejor el ideal moderno.

El automóvil, del que acabamos de ver algunas consecuencias catastróficas, no sólo tiene en su pasivo, por lo demás, accidentes graves, da margen a toda serie de desórdenes de los órganos genitales femeninos.

Esos desórdenes "sobrevienen de modo insidioso, al margen de las caídas, de los choques violentos, a consecuencia de un apacible viaje desprovisto de todo accidente, bajo la sola influencia de la trepidación continua y de las sacudidas repetidas del coche, difícilmente evitables, que turban singularmente la estática de los órganos pelvianos, y la circulación útero-ovarial."

En otro tiempo, agrega el señor Siredey, el coche de caballos no se empleaba mas que para pequeños recorridos: con el automóvil las distancias no se tienen en cuenta ya, las excursiones se prolongan indefinidamente y, circunstancia agravante, se reptien en serie, varios días, varias semanas seguidas: al aumentar su atractivo, las viajeras olvidan sus incomodidades, se dejan llevar hasta el límite extremo de su resistencia.

Es también difícil defenderlas, al partir, contra las seducciones que se les ofrecen bajo las apariencias del confort mas completo, lo mismo que detenerlas en el curso del viaje, en despecho de su cansancio.

1. En el curso de las salpigo-ovaritis agudas o crónicas, los viajes en automóvil son peligrosos porque exponen a las enfermas al sufrimiento y porque las trepidaciones, las sacudidas bruscas, pueden implicar la ruptura de adherencias y el derramamiento de pus en el peritoneo.

Es excepcional que una mujer atacada por una afección anexial aguda se arriesgue a semejante aventura, pero no ocurre lo mismo en las formas crónicas, cuando una calma prolongada hace creer en una curación. De esas dos eventualidades el autor da ejemplos: recaldeamiento y extensión de las lesiones, estado grave, necesidad de exeresis total ulterior.

2. Las metritis con catarro purulento, hasta entonces toleradas sin repercusión anexial, dan lugar, bajo la influencia de un viaje en automóvil, a dolores vivos y a la salpingitis. Estos hechos se ven en particular en el curso de los viajes de boda. Los grandes úteros mal involucionados, post partum o post abortum, que a menudo son atacados por una endometritis crónica discreta, pueden, rapidamente, complicarse con infección de las trompas;

3. Los quistes ováricos móviles tuercen a menudo su pedúnculo;

4. Los fibromas pueden hacerse sensibles o sangrar.

"Accidentes análogos sobrevienen aún al margen de fibromas debidamente reconocidos, en las mujeres de 40 a 50 años, neuro-artríticas, sujetas a retoños congestivos en los años que preceden a la menopausia. Algunas presentan un útero grande y duro; en otras los órganos conservan apariencias normales. Bajo la influencia de fatigas, tienen reglas abundantes y de duración mayor. Ahora bien, el automóvil les proporciona todas las condiciones que pueden aumentar la congestión pelviana: la posición prolongada, la trepidación, las sacudidas. Resulta de ello una recrudescencia marcada de las hemorragias y todos los años en la época de las vacaciones, o en el momento de la vuelta, los ginecologos ven un cierto número de esas víctimas del automóvil."

La retroversión favorece en toda edad esas menorragias congestivas, lo mismo que la anteversión exagerada o el descenso del útero. Por lo demás, los viajes en automóvil favorecen la aparición de la retroversión;

5. Un viaje en automóvil, emprendido durante la convalescencia de una operación ginecologica, puede comprometer los resultados. Puede ocurrir lo mismo despues de los tratamientos radioterapicos.

6. Los abortos: "No vacilo en considerar este accidente, dice el señor Siredey, como muy frecuente, e insisto tanto mas sobre el peligro que presenta cuanto que las familias, aun las más instruídas, no parecen sospecharlo.

7. En fin, el señor Siredey, con Lejars, pregunta si no hay que incriminar a los abusos del deporte y en particular a los abusos del automóvil como una causa frecuente del aborto tubal" (*Progrés Medical*, enero 1926)

LOS ACCIDENTES DE TRAFICO DE UNA GRAN CIUDAD.— Según una estadística de la comisión principal de tráfico de la presidencia de policía de Berlín, el número de los accidentes de tráfico en los últimos tres meses de 1925, a consecuencia del aumento de la circulación, aumentó de 3034 a 3249. En esos tres meses han muerto en dichos accidentes 36 personas (contra 33 en los tres meses anteriores) y 1339 fueron lesionadas más o menos (contra 1369 en el trimestre anterior). A la cabeza de los causantes de esos accidentes están los automóviles con 718 casos. Le siguen los 5945 autos de carga con 675, los 8309 camiones con 389, las motocicletas con 281, los carros de caballos con 274 accidentes. El número menor de accidentes lo señalan los autobuses, unos 300, que no han producido en tres meses más que 81 accidentes. Los autos aumentaron, del tercer trimestre de 1925 al cuarto, de 14.283 coches a 14.970. La culpa de los choques se atribuye en 448 casos a los autos, en 258 a las motocicletas de tres ruedas, en 243 a los camiones, etc. A embriaguez se atribuyen 63 casos.

¡Más de cien accidentes de tráfico diarios en una ciudad como Berlín! Es un pequeño impuesto al orden capitalista.

---

tapiumas en la mano de un artista compenetrado de los secretos de su arte.

¡Qué lejos estamos de la caligrafía anodina que campea en nuestras revistas!

El arte del grabado en madera está hecho de renunciaciones: renunciación sobre todo a lo superfluo, a lo no esencial, a la elegancia amanerada, — y ahí Vallotton es maestro. Ha sabido adoptar, con claro talento, su visión moderna de multitudes turbulentas, de sentimientos complejos y actividades febriles, de pleno aire y de ambiente caliginoso, no desprovisto de cierto sentimiento penetrante de lo grotesco, al molde austero y alegre, simple y sintético del grabado primitivo.

En el tronco del árbol secular ha hecho retoñar una rama, donde florece una nueva primavera; que tal es su obra de grabador, y ciertamente una de las pocas manifestaciones del grabado sobre madera de los tiempos actuales."

BIBLIOGRAFIA

"Los viajeros de los sitios vacíos"— Martin Andersen-Nexoe.

Son pocos los novelistas en la literatura mundial que se hayan decidido a escribir la historia epopéyica de la clase obrera, en el ininterrumpido calvario de su obsesionante miseria. Salvo papá Hugo, con "Los Miserables", que intentó petrificar en su destellante prosa, la epopeya de la pobreza, según palabras de Lucien Descaves y después Rosny *aîné*, o sea el mayor, que en su juventud se le dió por la novela social, pocos, repetimos, surgidos de las turbas de Job, pudieron escribir estos grandes frescos que se desdoblan en 1.500 páginas, y que es la novela "Pedro el Conquistador", como lo hiciera Martin Andersen-Nexoe.

De ahí la razón de esta noticia bibliográfica con el solo fin de que se conociera siquiera la existencia de semejante obra, que en breve será compilada en francés, coleccionando los folletines publicados en "L'Humanité" cuando se hallaba aún bajo la dirección de Jaurés. Se hablará primero del libro de cuentos "Los viajeros de los sitios vacíos, o sea los viajeros *sitio*", y luego se ensayaría dar una idea pálida de esa novela.

El rápido huye a través de la llanura. Todos los días los trenes rápidos parten de todos los rincones del globo hacia destinos lejanos, conduciendo a innúmeros hombres hacia los lugares más deseados por ellos. Existen, sin embargo, millares de seres que experimentan un anhelo violento de volver a un sitio donde se refugian sus más caros recuerdos, y, no obstante, se les rehusan los asientos *vacíos* de esos numerosos convoyes. Pues, por lo que se pudo notar, en ese tren rápido que rueda a la más grande velocidad hay muchos asientos vacíos.

Por violenta que sea la voluntad de partir de cualquier hombre, la sociedad le exige que pague su asiento, sino el rápido se irá sin él y con un sitio vacío más. Los proletarios que languidecen en las grandes ciudades, soñando confusamente en su tierra natal, en un país lejano y misterioso, fatigándose desde el alba hasta el crepúsculo en las gigantescas usinas de bocazas ardientes y devoradoras, apenas ganando lo imprescindible para subvenir a las necesidades más perentorias de sus familias, son los viajeros sin sitio, sin asiento. Jamás obtendrán la suma necesaria para emprender ese viaje que sería la alegría inefable, el coronamiento de una vida misérrima, y eso que cada día ponen de lado algún dinero, esperando siempre llegar al término de sus calvarios y alcanzar la soñada finalidad, pero la decepción sobreviene en el momento mismo que creían terminar la larga espera. Recomienzan otra vez, menos valerosamente que la primera, pero siempre con la misma esperanza en el fondo del corazón, hasta el día que, a través de mil sufrimientos y desilusiones, se aprestan para partir hacia el último viaje, del cual no se vuelve más y cuya meta era otra que la tan deseada.

Si en los trenes que parten llevando en su interior a muchos hombres felices, y con numerosos sitios vacíos, en la existencia cotidiana acontece generalmente lo mismo. Por todas partes y alrededor de nosotros hay millares y millares de *sitios vacíos*, y a los cuales siempre os rehusarán el acceso si no poseéis los medios con que pagarlos. Ensayad solamente de meteros en un tren sin antes muniros del correspondiente billete; os harán descender a la primera estación por haber estafado a la compañía! ¡Estafar, robar! —Sí ya no he robado — gritará el defraudador — ya que ocupé un puesto vacío, un sitio que nadie habría ocupado y que nada os hubiera reportado. —Qué quiere, mi querido estafador, no debe olvidar que los ferrocarriles no fueron construídos para los viajeros de los pueblos vacíos.

Es un resumen apresurado y aproximado de la filosofía del novelista Martin Andersen-Nexoe. Nació en uno de los barrios más pobres de Copenhague hacia el 1870. Niño aún, conoció el proletariado que describe en sus libros. Después de haber ensayado y aprendido el oficio de zapatero, hizo un poco de todo, y tuvo en mismo la ocasión de estudiar, debutando en la literatura en la verde edad de 21 años. Es solamente hacia 1910 que se le reconoce como un gran escritor: era entonces el autor de "Pedro el Conquistador".

Es una obra de grandes dimensiones, porque también trata un vasto sujeto: la historia de la clase obrera. Si en la colección de cuentos y nobelas "Los viajeros de los sitios vacíos" demuestra un pesimismo desesperante y algunas veces un verdadero odio contra las clases poseedoras, en su anterior libro da prueba de un optimismo invencible y de una fe inquebrantable. Pedro, que se convertirá en un conquistador, viene al mundo sin que cubrirse sus carnes friolentas. A la muerte de su madre, emigra con su padre a la isla Bornholm, territorio danés, abandonando Suecia para siempre. La infancia de Pedro es asaz penosa; su padre es obrero agrícola en la *masia* de un rico agricultor, y sólo gana algunas coronas por año, alimentado y alojado. Ambos viven en una especie de esclavitud.

Pedro crece. Abandona a su padre para partir y caminar por la vastedad de la tierra. En la ciudad vecina, entra como aprendiz con un zapatero. Es allí donde oye hablar de los socialistas, quienes viven en la capital, — gente peligrosa que merecia ser fusilada toda, segun sus palabras infantiles. Al final de su período de aprendiz es puesto a la puerta. Se dirige a Copenhague y se conduce de tal modo que le hurtan todo el poco dinero que tiene. La capital le espanta en el primer momento. Se refugia en los extremos de la ciudad y vive entre los mas pobres. Allí sus ideas van formándose poco a poco. Frecuenta los sindicatos y decide reorganizar el de zapateros.

El movimiento obrero hace su camino. A pesar que las huelgas están fuera de la ley, los patrones declaran el *lock-out* en pleno período de crisis. Los trabajadores responden con la huelga general; las defecciones son numerosas. Después de largos meses de hambre y de continuas privaciones, los obreros no pueden seguir en su resistencia, y capitulan. Pedro, sobre una acusación, desprovista de todo fundamento, es encarcelado y sólo se le liberta después de mucho tiempo.

Pedro se retira de sus camaradas al salir de la prisión y se consagra únicamente a su familia. En ciertos momentos difíciles duda de los socialistas y a veces del socialismo. Pero siempre vuelve a las ideas que le son queridas. Desgraciadamente no cree en la revolución, sino en una lenta evolución, que sólo está en no sigamos al autor en sus conclusiones la masa obrera el precipitarla. Aunque sociológicas, o algo parecido, este conquistador lo es por haber sabido vencerse a sí mismo, escudándose para servir a sus hermanos en las luchas contra sus opresores.

El último libro, "Los viajeros de los sitios vacíos", ha sido traducido al francés y, según se deduce de las críticas, achacándole su pesimismo y el odio contra los que todo lo poseen, debe señalar una evolución en sentido de profundidad. Pero no estamos juzgando a un sociólogo, sino a un novelista, que aunque de tendencias sociales, no se le puede pedir un cuerpo compacto de doctrina. Por lo que vale en su creación de individua-

idades y de ambientes, es con le tomarlo en cuenta.

Martin Andersen-Nexoe, sobre fundizó la psicología de los ni por eso que el primer tomo de Conquistador" es uno de los m una de las obras más notables teratura danesa. No se puede idea, ni siquiera de una aparie tasmal, de una novela que consta páginas. Es una verdadera epo la clase proletaria. Vivió con los más humildes; sufrió con ellos l ciones y los malos tratos, nutrió mas esperanzas y odios; y es por se convierte en una punzante y e requisitoria, no sólo contra la s sino contra los hombres en gene

Esa novela apareció como foll el periódico socialista "L'Humani Jaurés la consideraba una obr tra, y la recomendó para el pre bel. Llamado que no tuvo eco y vano, ya que esos señores de la mia Sueca siempre desconfiaron escritores de las izquierdas y se la actitud de Anatole France dur guerra para reconciliarlos con ell dersen-Nexoe no se molesta por cuando la implantación de los Sovi Rusia se declaró en favor de ello ca obtendrá ese premio de una de académicos, que juzgan más convicciones políticas del autor q el valor intrínseco de su obra, mente están de acuerdo con un pa bañado en agua de rosas.

De ese libro, en pocos años se h tiraje, en Dinamarca, de 70.000 ej res, para una población de 3.000.0 habitantes.

V.

En toda la república, la suscri mensual del diario y del SU PLEMENTO, es de 2 $

Errico Malatesta

EN EL CA

La causa de las tierras mal cultiv la paralización de los negocios, de es que nuestra burguesía no es emp pitalistas son miedosos e ignorantes saben desarrollar las industrias, los p rras no saben hacer más que lo que los y por otra parte no quieren molest tes no saben abrirse nuevos mercados su fiscalismo y su estúpida política a de estimular las iniciativas privadas, las sofoca en la cuna. Vea en Francimania.

Jorge. —Que nuestra burguesía se norante, no lo pongo en duda, pero s plica sólo por qué es derrotada por la otros países en la lucha por la conqu mundial: no explica de ningún modo miseria del pueblo. Y la prueba evide seria, la falta de trabajo y todo el r sociales existen en los países donde más activa e inteligente que en Italia: les son generalmente más intensos en la industria está más desarrollada, salv hayan sabido conquistar mejores con con la organización, la resistencia o las

El capitalismo es el mismo en tod necesidad, para vivir y prosperar, d permanente de semi-carestía; tiene n para mantener los precios y para e hambrientos dispuestos a trabajar en ción.

idades y de ambientes, es como hemos de tomarlo en cuenta.

Martin Andersen-Nexoe, sobre todo profundizó la psicología de los niños, y es por eso que el primer tomo de "Pedro el Conquistador" es uno de los mejores y una de las obras más notables de la literatura danesa. No se puede dar una idea, ni siquiera de una apariencia fantasmal, de una novela que consta de 1.200 páginas. Es una verdadera epopeya de la clase proletaria. Vivió con los obreros más humildes; sufrió con ellos las privaciones y los malos tratos, nutrió las mismas esperanzas y odios; y es por eso que se convierte en una punzante y elocuente requisitoria, no sólo contra la sociedad, sino contra los hombres en general.

Esa novela apareció como folletín en el periódico socialista "L'Humanité".

Jaurés la consideraba una obra maestra, y la recomendó para el premio Nobel. Llamado que no tuvo eco y fué en vano, ya que esos señores de la Academia Sueca siempre desconfiaron de los escritores de las izquierdas y se necesitó la actitud de Anatole France durante la guerra para reconciliarlos con ellos. Andersen-Nexoe no se molesta por eso, y cuando la implantación de los Sovietse en Rusia se declaró en favor de ellos. Nunca obtendrá ese premio de una reunión de académicos, que juzgan más por las convicciones políticas del autor que por el valor intrínseco de su obra, y solamente están de acuerdo con un pacifismo bañado en agua de rosas.

De ese libro, en pocos años se hizo un tiraje, en Dinamarca, de 70.000 ejemplares, para una población de 3.000.000 de habitantes.

V. V.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(*Continuación*)

"El terrateniente Schroder de Braunsfelde, distrito de Friedeberg, provincia de Magdeburgo, se hace enviar segadores. Unos días más tarde una de las segadoras dió a luz y precisamente en un cobertizo de abono sobre un montón de paja, por la mañana, entre 8 y 9. Después de mediodía, a las 5, la recién parida tuvo que andar un cuarto de hora hasta el patio de la finca, donde fué alojada en un chiquero desalojado, pero sin más comodidades que un montón de paja. Las ratas y otros animales compartían el chiquero."

Los cuadros de miseria que he dado de Berlin, de otras ciudades alemanas pequeñas y medianas y del campo demuestran que nuestro pueblo sufre en todas partes de la república, que sucumbe por causa de la penuria de la habitación. Un síntoma de esa enfermedad está en el manifiesto público de los primeros días de agosto de 1925, lanzado por la comisión urbana, eclesiástica y privada del socorro a la juventud de la ciudad de Pforzheim:

"800 familias de bebedores de Pforzheim, completamente arruinadas, están inscriptas en la previsión de los bebedores de la oficina de beneficencia urbana. Más de 3.000 niños de Pforzheim sucumben corporal y espiritualmente en estas familias. En 10 familias de alcohólicos se han establecido 13 abortos, 1 nacido muerto y 26 muertes prematuras de niños. Un elevado porcentaje de las prostitutas registradas por la policía a causa de su impudicia profesional, son jovencitas. El tribunal de menores debe ocuparse constantemente de numerosas muchachas, apenas salidas de la escuela. Más jóvenes aún han sido llevadas al hospital por segunda o tercera vez a causa de enfermedades sexuales. Todas las medidas educativas de la escuela, de la oficina de menores, del tribunal de menores y del tribunal tutelar, se estrellan ante la indiferencia de los padres, que en su mayoría no ofrecen un ejemplo mejor. La miseria de la habitación corrompe a menudo los niños antes de ir a la escuela."

Así se lee textualmente en el manifiesto de Pforzheim.

Según Wulffen y el juicio de otros famosos sexólogos, el instinto sexual está latente en la edad más tierna. Puede ser despertado de su latencia por descuido de los adultos, por factores que apenas observan los padres. "Una sonrisa, una mirada, un acto irreflexivo dicen al niño todo lo que debía quedarle en silencio", dice Rousseau en el *Emilio*.

Por tales causas ocasionales puede recibir el instinto sexual del niño, todavía indefinido, una dirección funesta. Con la sexualidad prematura se une luego generalmente una superexcitabilidad sexual. El instinto superexcitado experimenta un fuerte acrecentamiento y el centro sexual del cerebro reacciona a todas las excitaciones posibles, aun a las sexualmente indiferentes.

Si ese peligro existe ya para los niños normales, aumenta enormemente, es natural, en las naturalezas psicopáticas. Ferriani publica la carta de un muchacho de nueve años impulsado por el medio criminoso de su familia a una vía evolutiva anormal. Ese niño escribe a su amante entregada a sus vicios:

"Tú sabes cuánto te quiero; pero si insistes siempre en decir que no, te rompo las costillas. Entre tanto te beso."

Ustedes ven al delincuente sexual violento. En condiciones sanas, moralmente puras, podría ser prevenida tal vez la completa degeneración, ser fortificada la posibilidad de refrenamiento; pero en la estrechez del cuartel de inquilinos hay poco que esperar.

Los pedagogos sexuales dicen: la madre no debe mostrarse al niño semidesnuda. Ese aspecto lleva, lo mismo que las lecturas eróticas, al onanismo. Yo pregunto: ¿cómo puede evitarse en los estrechos cuarteles proletarios de inquilinos que los niños observen a los adultos al levantarse, al acostarse, al vestirse o desvestirse, al lavarse, etc.?

El niño proletario, dice Wulffen, cae en la onanía más fácilmente que un niño educado esmeradamente. Cuando leemos que — según una estadística de la policlínica Neisser de Breslau — de 170 estudiantes 121 son onanistas, es decir un 71 por ciento, y según una investigacinó del médico Marcusse de Munich 99 por ciento, o según el profesor Berger hasta el 100 por ciento o según Rohleder 90 por ciento — ¿cuán elevado debemos suponer el porcentaje de los niños proletarios caídos en esa enfermedad popular difundidísima y condicionada esencialmente por la miseria de la habitación, por nuestra manera antinatural de vivir?

Bloch escribe: "El egoísmo de los onanistas en el aspecto sexual aumenta el egoísmo, la frialdad de corazón, embota los finos sentimientos éticos. La lucha contra la onanía es una lucha eminentemente social por el altruísmo, despierta y fomenta la participación de la juventud en todos los problemas del bien común."

Errico Malatesta

(3)

EN EL CAFÉ

La causa de las tierras mal cultivadas o incultas, de la paralización de los negocios, de la miseria general, es que nuestra burguesía no es emprendedora. Los capitalistas son miedosos e ignorantes y no quieren o no saben desarrollar las industrias, los propietarios de tierras no saben hacer más que lo que hicieron sus abuelos y por otra parte no quieren molestias, los comerciantes no saben abrirse nuevos mercados y el gobierno con su fiscalismo y su estúpida política aduanera, en lugar de estimular las iniciativas privadas, las obstaculiza y las sofoca en la cuna. Vea en Francia, Inglaterra, Alemania.

Jorge. —Que nuestra burguesía sea negligente e ignorante, no lo pongo en duda, pero su inferioridad explica sólo por qué es derrotada por la burguesía de los otros países en la lucha por la conquista del mercado mundial: no explica de ningún modo el por qué de la miseria del pueblo. Y la prueba evidente es que la miseria, la falta de trabajo y todo el resto de los males sociales existen en los países donde la burguesía es más activa e inteligente que en Italia: incluso esos males son generalmente más intensos en los países donde la industria está más desarrollada, salvo que los obreros hayan sabido conquistar mejores condiciones de vida con la organización, la resistencia o las sublevaciones.

El capitalismo es el mismo en todas partes. Tiene necesidad, para vivir y prosperar, de una condición permanente de semi-carestía; tiene necesidad de ella para mantener los precios y para encontrar siempre hambrientos dispuestos a trabajar en cualquier condición.

Usted ve, en efecto, que cuando en un país cualquiera es impulsada activamente la producción, no es para dar a los productores el medio de consumir más, sino siempre para vender en un mercado exterior. Si el consumo local aumenta es sólo cuando los obreros han sabido aprovechar las circunstancias para exigir un aumento de salario y han conquistado así la posibilidad de comprar más; pero luego, cuando por una razón o por otra el mercado exterior para el que se trabaja no compra más, viene la crisis, el trabajo se detiene, los salarios se reducen y la negra miseria vuelve a comenzar sus estragos. Y sin embargo en el país mismo la gran mayoría carece de todo ¡y sería tan razonable trabajar para el propio consumo! Pero entonces, ¿qué ganarían los capitalistas?

Ambrosio. —¿Así, pues, usted cree que toda la culpa es del capitalismo?

Jorge. — Sí, o más generalmente, del hecho que algunos individuos han acaparado la tierra y todos los instrumentos de producción y pueden imponer a los trabajadores su voluntad de tal manera que, en lugar de producir para satisfacer las necesidades de la población, y en vista de esas necesidades, se produce para el beneficio de los patrones.

Todas las razones que podría imaginar para salvar los privilegios burgueses son otros tantos errores, u otras tantas mentiras. Hace poco decía usted que la causa de la miseria es la escasez de los productos. En otro momento, puesto ante el problema de los desocupados, habría dicho que los almacenes están repletos, que los artículos no se pueden vender y que los patrones no pueden hacer trabajar para arrojar luego los productos del trabajo.

Y en efecto, tal es el absurdo del sistema: se muere de hambre porque los almacenes están repletos y no hay necesidad de cultivar, o más bien los propietarios no tienen necesidad de hacer cultivar la tierra; los zapateros no trabajan y sin embargo van con los zapatos rotos porque hay demasiados zapatos... y así por el estilo.

Ambrosio. —¿Por consiguiente son los capitalistas los que se deberían morir de hambre?

Jorge. —¡Oh, no! de ningún modo. Deberían simplemente trabajar como los demás. Eso le parecerá un poco duro, pero no lo crea, cuando se come bien el trabajo no es el diablo. Le podría demostrar aún que es una necesidad y una alegría del organismo humano.

Pero, a propósito, mañana tengo que trabajar y es ya demasiado tarde. Hasta otra vez.

IV

César. —Me agrada razonar con usted. Tiene una manera de presentar las cosas que parece tener razón... y no digo que se equivoque del todo.

En el presente orden social hay ciertamente absurdos reales o aparentes. Por ejemplo una cosa imposible de comprenderse es la de la aduana. Mientras que entre nosotros la gente muere de hambre o de pelagra por no tener pan bueno y abundante, el gobierno dificulta la recepción del grano de América, que tiene más de lo que es necesario y no quiere nada mejor que vendérnoslo. ¡Es como uno que, teniendo hambre, rehusara comer! Sin embargo...

Jorge. —Sí, pero el gobierno no tiene hambre; y tampoco la tienen los propietarios de granos de Italia, en interés de los cuales pone el gobierno derechos de entrada sobre el trigo. ¡Si decidiesen los que tienen hambre, usted vería si rehusarían el grano!

César. —Lo sé, y comprendo que con esos argumentos logre usted abrir camino en el pueblo, que ve las cosas en conjunto y por un solo lado. Pero a fin de no engañarse es necesario examinar todos los aspectos de la cuestión y yo me preparaba a hacerlo cuando me interrumpió.

Es verdad que los intereses de los propietarios influyen mucho en la imposición de las tarifas de entrada. Pero por otra parte, si las fronteras fuesen abiertas, los americanos que pueden producir el grano y la carne en mejores condiciones que nosotros, acabarían por abastecer completamente nuestro mercado; y entonces, ¿qué harían nuestros campesinos? Los propietarios serían arruinados, pero los trabajadores estarían peor aún. El pan podría venderse a cinco céntimos el kilo, pero si no hubiera manera de ganar esos cinco céntimos, se moriría de hambre lo mismo que antes. Por otra parte los americanos querrían que fuera pagada más cara o más barata la mercadería que envían; y si en Italia no se produjese, ¿con qué se pagaría?

Me dirá que en Italia se podrían cultivar aquellos productos para los cuales son más propicios el suelo y el clima y cambiarlos con los de otras comarcas: el vino, por ejemplo, las naranjas, las flores y ¡qué sé yo! Pero, ¿si esas cosas que nosotros podemos producir a buen precio no las quieren los otros, porque no tienen empleo para ellas o porque las hacen ellos mismos? Sin contar que para transformar el cultivo se necesitan capitales, conocimientos y sobre todo tiempo: ¿qué se come entretanto?

Jorge. —¡Perfectamente! Usted ha puesto el dedo en la llaga. El libre cambio no puede resolver la cuestión de la miseria como no puede resolverla el proteccionismo. El libre cambio favorece a los consumidores y perjudica a los productores, y viceversa, el proteccionismo favorece a los productores y perjudica a los consumidores; de modo que para los trabajadores, que son al mismo tiempo productores y consumidores, en definitiva la cosa es la misma siempre.

Wulffen observa al respecto que la debilidad de voluntad y la disminución del sentimiento ético por una parte, sensibilidad acrecentada para las excitaciones del ambiente, codicia, nerviosa por otra, abren acceso sin más al delito como hecho antisocial. La transición la constituye diversamente la propensión a la mentira, que se desarrolla en todo joven onanista, ya de su insinceridad forzada para con su ambiente.

La vida en la naturaleza es considerada como el mejor medicamento contra la onanía. Casi rabiosos tragamos esa sabiduría. Pero allí se levanta el cuartel de inquilinos, tras cuyas fachadas grises y sin atractivo se anida la miseria de las masas. ¡El hogar de los niños de la gran ciudad!

Una estadística hecha en las escuelas populares de Berlín entre niños de seis y de más años, dió: setenta por ciento no tenían idea alguna de una salida de sol; 54 por ciento no conocían ninguna puesta de sol, 76 por ciento no sabían lo que eran palomas, 82 por ciento no habían oído nunca una alondra, 49 por ciento no sabían lo que era una rana, 53 por ciento no conocían ningún caracol, 87 por ciento no conocían el abedul, 59 por ciento no sabían lo que era un campo de espigas, 66 por ciento no habían visto nunca una aldea, 67 por ciento no vieron nunca una montaña, 89 por ciento no vieron nunca un río. Varios escolares pretendían haber visto un lago: cuando se examinó su noticia resultó que se referían a una pecera de la plaza del mercado. Una circular entre 120 niños de Hamburgo de 10 a 16 años no dió mejores resultados.

Los números proceden del médico doctor Ebeling y del año 1912 o menos. Hoy los paseos de los escolares han mejorado un poco las condiciones. Pero también hoy son raros los paseos de los escolares que llevan al niño proletario de la gran ciudad al campo libre. ¡Pero lo que aconseja la higiene sexual contra la degeneración del instinto sexual infantil es la vida constante en la naturaleza! El medio para ello sería el traslado de la familia proletaria del cuartel de inquilinos a la colonia prevista por la ley de 1920. ¿Es esto posible?

El profesor W. Sombart estableció (1906) que así como los obreros alemanes viven ordinariamente en cuarteles de inquilinos, los norteamericanos por lo general viven en casas de una o dos familias y sin embargo el obrero norteamericano no paga más caro ques el alemán su habitación, sino más bien menos. En cambio la vivienda del norteamericano tiene por término medio cuatro habitaciones, la del alemán sólo dos. Hemos visto que el norteamericano no paga más caro que el alemán comparte su estrecha vivienda con subinquilinos extraños a la familia. El consejero de gobierno Kolb en su libro "*Als Arbeiter in Amerika*", aparecido en 1909, cuenta cuánto le ha costado en América encontrar un albergue como sub-inquilino en una vivienda obrera." Las familias obreras de Chicago no necesitan económicamente aceptar un extraño como subinquilino, y menos aún alquilar una cama, no una habitación. De esa categoría desconsoladora de los inquilinos de una cama, descompositores de la vida familiar, que crecen en Alemania con el progreso de la industria, como una planta venenosa, no encontré nada allí", escribe Kolb, y concluye: "Está fuera de duda que el obrero vive en Chicago considerablemente más sano y más baratamente que, por ejemplo, en Berlín. Una gran ventaja consiste en que faltan los cuarteles de inquilinos."

Cuarteles de inquilinos tras cuyos muros viven plantitas de asfalto, florecitas descoloridas, niños pálidos, de mejillas descarnadas, cuya plaza de juegos son los patios obscuros o las callejuelas tan rumorosas y sin embargo tan tétricas, sobre los cuales está tendido en lo alto un trozo de cielo gris. Eso hace que los niños, instruídos por lo que vieron sus propios ojos en las obscuras viviendas, prueben la imitación en las escaleras interiores, en los rincones, en las buhardillas de lo que han aprendido en la insalubre comunidad de habitación y de dormitorio y que ha intranquilizado prematuramente su fantasía. Esos cuarteles de inquilinos dan los niños lascivos, para quienes los subinquilinos extraños son un continuo peligro, las muchachas de doce o trece años que saben seducir al hombre; dan los niños que se someterán complacientemente al subinquilino, al "señor amueblado", al "tío", y callan.

Y con esto entro en la parte más oscura de nuestro problema, las enfermedades sexuales de los niños.

El Dr. Erik Langer, médico superior de la sección dermatológica del hospital Rudolf Vichow de Berlín, comunica en febrero de 1925 a la asociación médica forense de Berlín que las enfermedades sexuales entre las muchachas de edad escolar se multiplican desde la terminación de la guerra:

En el departamento para niños sexualmente enfermos del Hospital de Hanover antes de la guerra eran tratados diariamente. En el hospital Rudolf Virchow año de la guerra (1918) más de 40 diariamente. En el hospital Rudolf Wirchow de Berlín, fueron tratados, en 1921, 133 niños sexualmente enfermos, pero en 1924 la cifra ascendió a 250. Es decir, un aumento de 49 por ciento o sea casi la mitad. De esos niños padecían:

	1921	1924
Gonorrea	26	67
Sospecha de gonorrea	27	101
Lues congénita	33	35
Condyloma latum	17	20
Sospecha de lues	30	27

Pero hay que tener presente que en el período siguiente ha disminuído la afluencia a los hospitales a causa del seguro familiar y de los ambulatorios.

El Dr. Martin Gumpert, en la misma sección del hospital Rudolf Virchow, elabora actualmente un vasto material que demuestra que las enfermedades sexuales de los niños en las pequeñas ciudades y en el campo no son más raras que en las grandes ciudades. Una parte de los casos tratados en el hospital Virchow han sido traídos del campo. En la Deutsche Medizinische Wochenschrift informa Schoenfeld sobre la difusión de la gonorrea y del lues entre los niños de Pomerania.

Esas enfermedades adquieren proporciones aterradoras cuando son introducidas en establecimientos cerrados, hospicios, colonias de vacaciones, casas de educación. El doctor Langer comunica que en un hospicio renano 33 por ciento de los niños se volvieron sifilíticos. En Hanover fueron atacadas 15 muchachas por una infección en el hospital. En la sección de bronquitis del hospital Eppendorf se comprobó en 20, de entre 28 muchachas, gonorrea. De cuarenta muchachas enviadas en 1909 de Stuttgart a Soobald, volvieron 15 con gonorrea. Esta infección partió de una niña de ocho años que, según se comprobó, había padecido de gonorrea antes de ir a la escuela.

La hiigene social exige, en consideración a tales casos, una profilaxia radical. Es necesario que colaboren estrechamente comisiones especiales dermatológicas y escuelas, padres, instituciones de beneficencia. La investigación sistemática por médicos specialistas, especialmente de los niños recién entrados en la escuela antes de su envío a las colonias de vacaciones, de la recepción en los establecimientos, en los jardines infantiles, en la escuela de juego, es necesaria. Los niños enfermos deben ser separados de inmediato de la comunidad con otros y sometidos a un tratamiento especial. Eso no debe depender de la iniciativa de determinadas autoridades, sociedades, médicos escolares, maestras, etc., sino que exige más bien una acción sistemáticamente conducida contra las enfermedades sexuales con médicos entendidos, con enfermeras, etcétera.

(*Concluirá*)

Y será siempre así hasta que sea abolido el sistema capitalista.

Si los obreros trabajasen por su cuenta y no para beneficio de los patrones, entonces toda región podría producir lo suficiente para sus necesidades y después no tendría más que ponerse de acuerdo con los otros países para distribuirse el trabajo de producción según la calidad del suelo, el clima, la facilidad para tener las materias primas, las disposiciones de los habitantes, etc.; de manera que todos los hombres podrían tener el máximo de disfrutes con el mínimo de esfuerzo posible.

César. —Sí, pero esos no son más que sueños dorados.

Jorge. —Serán sueños ahora; pero cuando el pueblo haya comprendido que de aquel modo se estará mejor, el sueño se transformará pronto en realidad. No hay más obstáculos que los opuestos por el egoísmo de los unos y la ignorancia de los otros.

César. —Hay muchos obstáculos, amigo mío. Usted se imagina que una vez expulsados los patrones, nadarán en la opulencia...

Jorge. —No digo eso. Al contrario, pienso que para salir del estado de penuria en que nos mantiene el capitalismo y para organizar la producción de modo que satisfaga ampliamente las necesidades de todos, será preciso trabajar mucho; pero no es la voluntad de trabajar la que falta al pueblo, es la posibilidad. Nosotros nos lamentamos del sistema actual, no tanto porque nos toca mantener a los ociosos en el confort — aunque esto nos causa muy poco placer — como porque son los ociosos los que regulan el trabajo y nos impiden trabajar en buenas condiciones y producir en abundancia y para todos.

César. —Usted exagera. Es verdad que a menudo los propietarios no hacen trabajar para así especular sobre la escasez de los productos, pero más a menudo aún es porque carecen ellos mismos de capitales.

La tierra y las materias primas no bastan para producir. Necesitamos, usted lo sabe, instrumentos, máquinas, locales, medios para pagar los obreros mientras trabajan, es decir, capital; y eso no se acumula más que lentamente. ¡Cuántas empresas permanecen en proyecto, o comenzadas, y fracasan, por falta de capitales! ¡Figúrese además si, como usted quisiera, viniera una revolución social! Con la destrucción del capital y el gran desórden que se sucedería, no llegarían ustedes más que a la miseria general.

Jorge. —Ese es otro error, u otra mentira de los defensores del orden presente: la falta de capital.

El capital puede faltar a ésta o aquélla empresa a causa del acaparamiento hecho por otros, pero tomada la sociedad en general, encontrará que hay una gran cantidad de capital inactivo, lo mismo que hay una gran cantidad de tierras incultas.

¿No ve cuántas máquinas se herrumbran, cuántas fábricas permanecen cerradas, cuántas casas están deshabitadas o poco habitadas, mientras la masa de la población no encuentra casa y los albañiles no encuentran trabajo?

Se necesita alimento para los obreros mientras trabajan; pero en suma, esos obreros deben comer aunque estén desocupados. Comen poco y mal, pero quedan con vida y dispuestos a trabajar en cuanto un patrón tenga necesidad de ellos. Por lo tanto no es porque faltan los medios para vivir por lo que los obreros no trabajan; y si éstos pudiesen trabajar por su cuenta, aceptarían también — si fuese verdaderamente necesario — el trabajo viviendo como viven cuando están desocupados, porque sabrían que con aquel sacrificio temporal saldrían después definitivamente del estado de miseria y de sujeción.

Figúrese, lo que se ha visto muchas veces, que un terremoto destruye una ciudad, arruina una comarca entera. En poco tiempo la ciudad es reconstruída más bella que antes y en la comarca no quedan rastros del desastre. Como en tal caso los propietarios y los capitalistas tienen interés en hacer trabajar, los medios se encuentran pronto, y se reconstruye en un abrir y cerrar de ojos una ciudad entera, donde tal vez antes se había dicho continuamente durante decenas de años que no había medios para fabricar alguna "casa obrera".

En cuanto a la destrucción de los capitales que acontecería en tiempo de revolución, es de esperar que en un movimiento consciente hecho con el fin de poner en común las riquezas sociales, el pueblo no querrá destruir lo que va a convertirse en cosa suya. De cualquier modo no causará más mal que un terremoto.

No, habrá, ciertamente, dificultades antes de que las cosas se pongan en marcha; pero impedimentos serios, sin vencer los cuales no se puede comenzar, no veo más que dos: la inconsciencia del pueblo y... los carabineros.

Ambrosio. —Pero diga un poco: usted habla de capital, de trabajo, de producción, de consumo, etc.; pero de derecho, de justicia, de moral y de religión no habló nunca.

Las cuestiones sobre el modo mejor de utilizar la tierra y el capital son muy importantes; pero más importantes aún, por ser más fundamentales, son las cuestiones morales. Yo desearía que todos estuvieran bien; pero si para alcanzar esa utopía hubiera que renegar de los principios eternos del derecho, sobre los cuales debe fundamentarse toda sociedad civil, oh, entonces prefiero mil veces que continúen para siempre los sufrimientos de hoy.

Y además, piense que debe haber una voluntad suprema que regule el mundo. El mundo no se ha hecho por sí mismo y debe haber un *más allá* — no digo dios, paraíso, infierno, porque usted sería capaz de no creer en ello, — debe haber un *más allá* que explique todo y en el cual las aparentes injusticias de aquí abajo deben encontrar su compensación. ¿Cree usted que puede violar la armonía preestablecida del universo? Usted no puede, y nosotros no tenemos más remedio que inclinarnos.

Cese pues de una vez de sobornar las masas, cese de suscitar quiméricas esperanzas en el alma de los desheredados, cese de soplar sobre el fuego que está bajo la ceniza. ¿Quieren ustedes, oh bárbaros modernos, destruir en un terrible cataclismo social la civilización que es gloria de nuestros padres y nuestra? Si quiere hacer buena obra, si quiere aliviar lo que es posible los sufrimientos de los míseros, dígales que se resignen con su propia suerte; pues la verdadera felicidad está en contentarse. Que, por otra parte, cada cual lleve su cruz; todas las clases tienen sus tribulaciones y sus deberes, y no siempre los más felices son los que viven en la riqueza.

Jorge. —Vamos, honorable magistrado, deje a un lado las declamaciones sobre los "grandes principios" y las indignaciones convencionales; no estamos en el tribunal y, en este momento, no tiene que pronunciar sentencia alguna contra mí.

¡Cómo se adivina, al oírle hablar, que usted no está entre los desheredados! Y es tan útil la resignación de los míseros... para quienes viven sobre sus hombros.

Ante todo, déjese, le ruego, de argumentos trascendentales, religiosos, en los cuales ni usted mismo cree. De los misterios del universo no sé nada y usted no sabe más que yo; por eso es inútil traerlos a discusión. Por otra parte, considere que la creencia en un supremo autor, en un dios creador y padre de los hombres no sería un arma segura para usted. Si los sacerdotes, que estuvieron siempre y están al servicio de los señores, deducen el deber de los pobres de resignarse a su suerte, otros podrían deducir (y en el curso de la historia lo han deducido) el derecho a la justicia y a la igualdad. Si dios es nuestro padre común, todos nosotros somos hermanos. Dios no puede querer que algunos de sus hijos exploten y martiricen a los otros; y los ricos dominadores, serían los Caínes malditos por el padre.

Pero dejemos eso.

Ambrosio. —Bien, dejemos la religión, porque con usted sería inútil hablar de ella.

¡Pero admitirá seguramente un derecho y una moral superior!

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B.

Las guerras y trabajadore

Entre los que quisieran sincer terminar con las guerras se ha repetido hasta el cansancio que so los trabajadores podrían y deberí bar con ellas, porque es al prole en general que le afectan direct Las víctimas inmoladas por el capitalista, en la protección de su culares intereses, son tomadas en ta proporción entre las clases rosas.

No ha habido artista, pensador, fo que no haya denostado, malde locura guerrera. Recordad a Volt a todos los enciclopedistas; much cerca, recordad a Eugenio Carri pintor de las maternidades proleta de los barrios obreros, en su famos testación del *Worwaerts*, el diario scialdemocracia alemana en la en sobre las matanzas colectivas. El decía: *En todas las casas deberia birse: no peguéis, no maltratéis a ños; porque la violencia individual dra la violencia colectiva;* etc. ¿Y triarca Ruskin, en sus cartas dir a los trabajadores de Gran Bretañ el 1871? He aquí con qué palabra qué apóstrofes candentes los empla "En estos tiempos no existe crimen ni moral que se halle más lejos de perdón — sin nigún paralelo de cu lidad — como el de prestarse a la fa ción de la maquinaria de guerra o ticar la invención de sustancias tó letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la l y pelearse como dos prostitutas; tú de la mesa les alcanzas el cuchillo que del suelo levanten los seis peni ¿qué merced, qué perdón hay para t

Estos apóstrofes de grave dramati deberían repetirse continuamente com tribillos; las crudas verdades sobre l vilecedora fagina del cuartel y del tarismo, que con ella quieren conver los hombres en brutos con hocicos rras, habria que servirlas en todos condimentos, hacerlas rebrillar en sus matices a fin de que los trabajadore las estereotipasen en la conciencia, ne dose rotundamente a ser víctimas o dugos. Hay que predicar el odio sa la guerra y también a la idea de au dad, los dos prejuicios más intoxicad de la mentalidad humana. No necesita desperdigarnos, dispersarnos en la pr ca de múltiples puntos de vista. Q mucho abarca poco aprieta. Nos son s cientes dos o tres ideas básicas, y l dir en esos dos o tres surcos la reja arado hasta cavar profundamente en mentes y en las conciencias y en la se bilidad de los individuos.

Una de ellas, la principal, es la que fué entrevista por Ruskin, y la que no haber sido realizada en la medida cesaria, hizo acaecedera la gran guer Hay, pues, que desarmar las concienci Y para ello debemos dar la voz de ord a los trabajadores a fin de que se rec cen, no interviniendo, no inmiscuyéndo en cualquiera industria guerrera. Ya sa mos: es fácil decirlo, aconsejarlo; pe para hacerlo, llevarlo a la práctica ya imprescindible tener una resistencia roica, que no todos los parias poseen d graciadamente.

No importa. Lo mismo debemos ar ciar. Se empieza siempre por las palabra y luego ellas irán madurando los hech Inculquemos el asco, el aborrecimiento la violencia, a la organizada sobre tod como la más baja cobardía que puede c meter un ser humano, y después los r sultados morales irán asomando.

Si en todos esos arsenales y astillero donde se construyen armas y naves

AÑO V

BUENOS AIRES, 22 DE MARZO DE 1926

N.o 217

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

10 CTS.

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
SALTA

Las guerras y los trabajadores

Entre los que quisieran sinceramente terminar con las guerras se ha dicho y repetido hasta el cansancio que solamente los trabajadores podrían y deberían acabar con ellas, porque es al proletariado en general que le afectan directamente. Las víctimas inmoladas por el Moloch capitalista, en la protección de sus particulares intereses, son tomadas en infinita proporción entre las clases menesterosas.

No ha habido artista, pensador, filósofo que no haya denostado, maldecido la locura guerrera. Recordad a Voltaire y a todos los enciclopedistas; mucho más cerca, recordad a Eugenio Carriére, el pintor de las maternidades proletarias y de los barrios obreros, en su famosa contestación del *Worwaerts*, el diario de la scialdemocracia alemana en la, encuesta sobre las matanzas colectivas. El artista decía: *En todas las casas debería inscribirse: no peguéis, no maltratéis a los niños; porque la violencia individual engendra la violencia colectiva;* etc. ¿Y el patriarca Ruskin, en sus cartas dirigidas a los trabajadores de Gran Bretaña, en el 1871? He aquí con qué palabras, con qué apóstrofes candentes los emplazaba: "En estos tiempos no existe crimen físico ni moral que se halle más lejos de todo perdón — sin nigún paralelo de culpabilidad — como el de prestarse a la fabricación de la maquinaria de guerra o practicar la invención de sustancias tóxicas, letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la locura y pelearse como dos prostitutas; tú, que de la mesa les alcanzas el cuchillo para que del suelo levanten los seis peniques. ¿qué merced, qué perdón hay para tí?"

Estos apóstrofes de grave dramaticidad deberían repetirse continuamente como estribillos; las crudas verdades sobre la envilecedora fagina del cuartel y del militarismo, que con ella quieren convertir a, los hombres en brutos con hocicos y garras, habría que servirlas en todos los condimentos, hacerlas rebrillar en sus mil matices a fin de que los trabajadores se las estereotipasen en la conciencia, negándose rotundamente a, ser víctimas o verdugos. Hay que predicar el odio santo a la guerra y también a la idea de autoridad, los dos prejuicios más intoxicadores de la mentalidad humana. No necesitamos desperdigarnos, dispersarnos en la prédica de múltiples puntos de vista. Quien mucho abarca poco aprieta. Nos son suficientes dos o tres ideas básicas, y hundir en esos dos o tres surcos la reja del arado hasta cavar profundamente en las mentes y en las conciencias y en la sensibilidad de los individuos.

Una de ellas, la principal, es la que ya fué entrevista por Ruskin, y la que por no haber sido realizada en la medida necesaria, hizo acaecedera la gran guerra. Hay, pues, que desarmar las conciencias. Y para ello debemos dar la voz de orden a los trabajadores a fin de que se rechacen, no interviniendo, no inmiscuyéndose en cualquiera industria guerrera. Ya sabemos: es fácil decirlo, aconsejarlo; pero para hacerlo, llevarlo a, la práctica ya es imprescindible tener una resistencia heroica, que no todos los parias poseen desgraciadamente.

No importa. Lo mismo debemos arreciar. Se empieza siempre por las palabras, y luego ellas irán madurando los hechos. Inculquemos el asco, el aborrecimiento a la violencia, a la organizada sobre todo, como la más baja cobardía que puede cometer un ser humano, y después los resultados morales irán asomando.

Si en todos esos arsenales y astilleros donde se construyen armas y naves de guerra se pudiese proclamar la deserción de los operarios, no sería el fin de las guerras, pero sí se daría un paso gigantesco hacia la terminación de ellas. Habría represalias por parte del Estado y de los capitalistas, lo natural de esperarse; caerían también muchas víctimas, quedando, en cambio, un precedente aleccionador, una prueba elocuente de la conciencia de los trabajadores. Y el ejemplo no tardaría en cundir.

Apresurémonos a declarar, por otra parte, que los únicos con ideas sociales que ansían con todas las energías de sus pobres humanidades la desaparición total de la guerra, arrancándola, de cuajo, somos nosotros los anarquistas. Somos nosotros, que no tenemos ningún interés creado para regarlo y cultivarlo con la sangre ajena. Los políticos, mancomunados, desde los conservadores de cuantos países existen en el orbe hasta los socialistas de cualquier laya y pelaje, y los comunistas, todos esquivan y aplazan la, cuestión. Y nosotros somos pocos. Y de estos pocos hacen número los que descuidan las ideas básicas, generales, por sus ideucas personales.

Lo inevitable de siempre. A ello debe imputarse un poco la lentitud del progreso del odio contra la guerra. ¿Que somos escasos y que no estamos todos los que somos? Tampoco esto importa. Son crisis pasajeras a las que hemos de sobreponernos.

Por lo pronto nos toca, desempeñar el rol del espectador pasivo ante los innumerables síntomas preanunciadores de nuevas contiendas sangrientas entre los pueblos. Aquí, por ejemplo, hubo una riña entre los ministros del Estado por el famoso gasto autorizado en ley secreta por el Congreso para, la modernización de los armamentos del ejército. Se pelean seguramente para saber quien escamoteará una mayor cantidad de dinero de esa suma astronómica. No llevan, por cierto, estos ladronzuelos de millones, ningún fin bélico, sino el de redondear sus respectivas fortunas.

Hay, sin embargo, otra noticia que nos inquieta más. La industria de Eibar se halla atravesando una crisis. Entonces, los armeros de todas clases acordaron constituir un sindicato de la industria armera, para tratar de conseguir se le permita la fabricación de armas de guerra.

Es nada más que una gota de agua en este mar de la fabricación de armamentos. No obstante, nos hace vislumbrar el estado de la conciencia contemporánea. Suponemos que, entre los patrones, quienes gestionan el asunto de la, confección de los chismes bélicos, habrá también numerosos trabajadores.

La gente que sabe instruirse no toma al azar sus materiales, sino que los selecciona. — Mme. De Lambert.

Un buen libro, un buen discurso, pueden hacer mucho bien; pero un buen ejemplo es lo que habla con más elocuencia al corazón. — Confucio.

El terror de la Liga de las Naciones

EXCESOS DE CELO ENFADOSOS

Las religiones oficiales, así como las no oficiales, se apoltronaron dentro del geroglífico de sus dogmas: imagen exacta de la serpiente mordiéndose la cola. Esto ha sido su mejor fuerza, y ahora está siendo su más claudicante debilidad. El estancamiento absoluto había de traer inevitablemente la podredumbre interior. Los engañosos signos de vida que ostenta orgullosamente en los modernos tiempos post-bélicos, son únicamente los últimos impulsos de un cuerpo paralítico. Podrá vivir indefinidamente para las funciones animales. Y nada más.

Por eso no caben las figuras sinceras, los verdaderos creyentes, rarísimos de hallar; quienes, por una disposición especial de su mecanismo interno, podrán representar el simulacro de anacronismo viviente, en pugna con las verdades científicas de la hora; pero siempre poseerán el mérito de engañarse en pleno candor y sinceridad. Por ende, son seres respetables. Estos ya rebasan del límite estrecho y retorcido del dogma, y se verán aislados como personajes raros, propicios pensionistas de cualquier Opendoor, o manicomio.

Los pregonadores de los milagros celestiales son quienes creen menos en ellos, y precisamente cuando se aparecen en forma de espíritus selectos, inquietos de nuevas verdades, revestidos de carne y músculos a la par de cualquier simple mortal. Los que se dicen descendientes de los mitológicos e hipotéticos doce apóstoles, constituyen los peores y más mortales enemigos de los apostolados, cuando éstos son capaces de escalar el verdadero heroísmo silencioso, en el sacrificio de ellos mismos.

Van Gogh, el pintor enamorado de la dorada luz de Provenza, estuvo un tiempo en Bélgica, en la época en que estallara una epidemia de tifus. Sus sentimientos nazarenos, de un altruísmo pocas veces superado, le improvisaron enfermero. Y fué tanta la diligencia que desplegó en atender y cuidar a los enfermos, que un inspector del *Cómité de Evangelización* constató "su enfadoso exceso de celo". Poco después se hizo misionero entre los mineros, quienes le tomaron un gran cariño y afición, y otra vez sus desbordes de misticismo, o más exacto, de bondad, provocaron las amonestaciones del obispado holandés haciéndole desistir de su empeño. Tuvo que renunciar a la, carrera religiosa. En suma, la iglesia no quiere que se la perturbe sus digestiones.

Del mismo país de nacimiento de este artista nos llega una noticia casi parecida. No se constata el enfadoso exceso de celo y sí la independencia mental, nociva y perjudicial a la virginea integridad del dogma. Y todavía se trata de un pastor reformista.

Parece que el síndico general de las Iglesias Reformadas de Holanda suspendió por un trimestre al *reverendo* W. E. Geelkerken, quien, en unos sermones pronunciados recientemente, puso en duda la leyenda de Eva y de la serpiente; además, este pastor se negó a firmar un pacto comprometiéndose a interpretar *ad pedem literam* — al pié de la letra — los Evangelios y todo lo que dice el Génesis.

El mayor y el pecado capital para la "Santa M[illegible]" es el pecado de la [illegible] pera[illegible]entado, sino el que se refiere al espíritu.

Se ha dicho que si Cristo hubiese existido y se le hubiese ocurrido la humorada de resucitar verdaderamente, el clero y todo el mundo le volvería a crucificar.

¿Pero es que diariamente no crucifican o ayudan a crucificar todos ellos a los pobres cristos que surgen del pueblo en un incontenido afán de rebeldía?

LA JUSTICIA DEL RATON

¿Dónde se hallan radicados la mayoría de los intereses capitalistas norteamericanos, representados por poderosas empresas de minas, de ferrocarriles, de la aduana y del monopolio de las comunicaciones cablegráficas, del correo, del tabaco, los alcoholes, la luz, las aguas corrientes, etc.? ¿En Chile o en Perú?

No negamos la razón ni la justicia platónica al país que la posee por derecho propio. Tampoco simpatizamos con la fuerza bruta que es Chile contra el derecho reivindicativo e inerme del Perú.

Pero la buena fe no se halla en ninguna parte. No es Estados Unidos, ni los peruanos ni los chilenos quienes dan pruebas fehacientes de rectitud y honestidad. Chile — o sus autoridades — hizo todo lo que pudo para hostilizar a los nativos que debían intervenir en la votación del plebiscito; deportó a algunos, haciéndoles firmar un protocolo como que emigraban del territorio cautivo por su propia voluntad; y azuzó a la muchedumbre del lugar, instigándola a cometer actos de vandalismo contra residentes sospechosos de peruanismo. En fin, por el derecho o por la fuerza, como reza su lema, quiso que las condiciones le fueran tan favorables que el triunfo se lo aseguraba antes de votar.

Perú, por su parte, no se quedó a la zaga. Abultó los más insignificantes sucesos; hasta inventó otros y, comprobando que su rol de víctima le era más proficuo, adoptó la actitud del mártir ante el continente americano, con el expreso deseo de inspirar lástima, mezclada con un poquito de piedad. Las autoridades norteamericanas de la comisión plebiscitaria, también ellas, desempeñaron su papel en falsete. Ciertamente, los hechos daban la razón a los representantes peruanos, pero había, además, los alicientes de las promesas de Leguía, las minas en Arica y los intereses de sus compatriotas que salvaguardar, asentados en el Perú. Entonces se conciliaba el espíritu de justicia con los fines utilitarios tan caros a los yanquis.

Supongamos que, a pesar de todo, los capitales estadounidenses se hubiesen arraigado en Chile, ¿serían los miembros de la comisión plebiscitaria tan escrupulosamente justos, obedeciendo instrucciones de su gobierno?

Sin que queramos prejuzgar, nos parece que no. En las relaciones internacionales mucho menos que con las individuales, no se tienen en cuenta los escrupulillos, la hidalguía, la magnanimidad. El ejemplo se halla en Méjico. Hay, pues, una justicia particular, con pesas falsas para la nación azteca, y otra con pesas aparentemente leales para el país de los araucanos.

No habiendo buena fe en ninguna de las partes, imposible imponer el respeto con un fallo justiciero. Fuertes las autoridades chilenas de la malicia y el fraude de sus adversarios, se aprovecharán para ganarles de mano.

Por eso, al proponer tímidamente el general Lassiter una prórroga de doce días, aplazando el empadronamiento, el gobierno de Chile le replicó insolentemente con estas palabras:

"La incertidumbre que se crea con las postergaciones del acto plebiscitario, no hace sino agravar la situación internacional que el árbitro trató de resolver".

¡Esperaron durante un año, y ahora, por doce días, creen que se les desploma el mundo encima!

Lo que hay es que la justicia del ratón, el cual con la excusa de pesar el queso se lo iba comiendo a dentelladas, está en decadencia. Poca gente la respeta, y menos las naciones, a no ser que se la impongan por la fuerza de los cañones.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

D. A. DE SANTILLAN

LA CRISIS DE LA DESOCUPACION

La crisis de la desocupación, que ha sido siempre un fenómeno crónico del régimen capitalista, alcanzó después de la guerra proporciones desorbitadas en los países más industriales del mundo. Pero los millones de desocupados en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, etc., ya no siembran el pánico en las esferas del privilegio, al contrario, ofrecen un soberbio ejército industrial de reserva que permite a los capitalistas maniobrar a su antojo y dictar imperativamente a los trabajadores, las condiciones de trabajo. Hace cincuenta años, una desocupación tan formidable como la actual hubiera sido un factor revolucionario; hoy, gracias a Dios, el socialismo científico ha sabido adiestrar los instintos populares y domar los impulsos de las masas. Esa desocupación favorece los planes de la reacción internacional.

Gentes poco más o menos bien intencionadas se preocupan de hallar una solución a esta crisis inaudita; pueden leerse tratados enormemente grandes, recetas científicas, exposiciones económicas reveladoras de esfuerzo mental y de paciencia; pero todo eso tiene un defecto capital: quiere hallar la solución dentro del sistema capitalista y forzosamente pone una cataplasma a un mal y fomenta otro peor. El capitalismo tiene ya una potencia tal que se rige por sus propias leyes inherentes, más poderosas que la voluntad de tal o cual capitalista. Y así se va de contradicción en contradicción y los economistas y sociólogos marchan a la zaga de las evoluciones de ese funesto sistema económico, que no se deja guiar ni determinar más que por la propia esencia antihumana que le dió vida.

Quien sabe si al fin y al cabo, Marx haya tenido algo de razón al establecer el desenvolvimiento suicida del capitalismo, no en la forma prevista por él, la acumulación del capital, sino en el sentido del agotamiento de la especie humana en sus rodajes incontrastables.

Nunca ha sido más evidente que hoy el poder del sistema capitalista, y nunca se vió con más claridad hasta qué punto son absurdos los esfuerzos por aliviar las consecuencias del funcionamiento de ese terrible aparato económico. Tampoco fué el proletariado más impotente que hoy, ni estuvo más desorientado ni se mostró más sumiso en espera del maná bíblico que en esta hora.

Son, precisamente, el socialismo científico y el movimiento sindical reformista, los que consideran como la misión capital de su existencia el descubrimiento de cataplasmas para aliviar el dolor y la penuria presentes. Y por desgracia no pueden hoy recurrir al recurso de otros tiempos, cuando se salían por la tangente y explicaban la infecundidad de sus panaceas por las intemperancias y locuras de los anarquistas. Los anarquistas se han vuelto gentes bien educadas y reservan, parece, sus energías para la hora decisiva, desdeñosos de gastarse en animar con su fé y su pasión las luchas proletarias de todos los días. Esto es, también, un síntoma de la hora.

Cuando propusimos en el congreso de Amsterdam la campaña de la jornada de seis horas, teníamos presente el malestar insoportable de la post-guerra y la impotencia de los reformistas para producir un alivio pasajero a la situación del proletariado; una reducción de la jornada, hubiera significado automáticamente, por algún tiempo, el trabajo para todos, disminuyendo así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, y sin embargo, cada día tenemos conflictos y realidades más tristes y cada día se reduce más la energía combativa de los trabajadores. El hambre, o mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos, la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida no encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados, pero en esos países el grueso del ejército proletario está dirigido por los reformistas y los socialistas científicos, que quieren solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo, de forma que no salga nunca perdiendo el capital.

La última invención marxista es la concurrencia de los continentes, Europa contra América, por ejemplo. Se quisiera dar vida a una Confederación de Estados europeos semejante a los Estados Unidos de América, a fin de evitar la mortal concurrencia entre los pequeños Estados rivales de Europa y formar un núcleo poderoso que tenga sus ventajas para la explotación de Africa y de Asia y de los países de la América latina frente a Estados Unidos. Los Estados Unidos se han puesto en situación de competir con toda Europa y los marxistas siguen este desarrollo de su pensamiento: si los Estados Unidos pueden concurrir con toda Europa, es porque Europa está disociada por sus numerosos Estados; formemos los Estados Unidos de Europa, y las fuerzas comerciales e industriales tal vez se equilibrarán o se inclinarán a favor de Europa. Esos señores no quieren salir del capitalismo, y en tanto que queden en él no debe extrañarnos que cada día se manifiesten más integrados en la ideología y en el engranaje del sistema. ¿No vemos a los socialistas ingleses reconocer el imperio británico con sus numerosas colonias y protectorados como un todo, y defenderse rabiosamente contra la idea de su posible desmembramiento por la revolución?

Sobre la crisis de la desocupación, no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

1.—*La jornada de seis horas*, silenciada generalmente como una utopía inocente, incluso por la mayoría de la prensa anarquista;

2.—La tesis de los capitalistas europeos, según la cual, para concurrir con los Estados Unidos, no hay más que una salida: *reducir el costo de la producción*. Por reducción del costo de la producción se entiende disminución de los salarios y aumento de la jornada de trabajo. Esta tesis es tan convincente que los sindicatos reformistas alemanes dieron su consentimiento a la implantación de esa táctica por los grandes industriales de Alemania.

3.—La tesis del *aumento de la capacidad de compra de los trabajadores*, invención de los capitalistas norteamericanos. Según ellos, para superar una crisis industrial, el recurso más estúpido es reducir los salarios obreros; con ello se reduce la capacidad de compra del proletariado, que es el mayor consumidor y se produce el fenómeno de una crisis en que los depósitos están abarrotados, las fábricas tienen que paralizar su producción y las grandes masas consumidoras mueren de hambre y sufren toda suerte de privaciones.

De esas tres soluciones, la de los capitalistas europeos nos parece la más impotente y la más manifiestamente inútil, pues ella tiene por primer efecto aumentar la desocupación y reducir más aún el consumo. Y la crisis actual es crisis de consumo ante todo; las fábricas se cierran porque no encuentran consumidores, mercados para sus productos, y los consumidores mueren de hambre y tiritan de frío porque no pueden adquirir los elementos necesarios a la satisfacción de sus necesidades. Y esto no es de hoy, es un elemento integrante de todo el sistema capitalista, desde su aparición.

La solución dada por los capitalistas de Estados Unidos es más sensata. Los salarios son, en ese país, cuatro o cinco veces mayores que en todos los demás países, se trabajan menos horas y sin embargo pueden concurrir con sus productos por doquiera. Ese fenómeno merece ser tenido en cuenta. El ministro de trabajo de los Estados Unidos, James J. Davis, en un artículo de la *Montly Labor Review* (mayo de 1925) resume así la solución de los capitalistas norteamericanos: "*Aumento de la productividad, pero no reducción de los salarios*". Y la perspicacia de ese ministro de trabajo llega hasta este punto en sus consejos a los capitalistas: si los trabajadores son bien pagados, nace en ellos la virtud del ahorro, depositan sus ahorros en los bancos, compran acciones, etc., y de esa forma se interesan en el sistema capitalista mismo por una parte y por otra ponen sus fondos a disposición de los industriales que pueden proseguir así cómodamente sus negocios! ¡Esa gente especula con todo! ¿Qué más podría decir el socialismo científico? Ha sido necesario que los capitalistas mismos comenzaran a descubrir que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada no es una solución apropiada a una honda crisis industrial y comercial para levantar un poco las aspiraciones socialdemócratas. Pues indudablemente, en teoría al menos, los socialistas se inclinan a favor de los Estados Unidos y comienzan a recomendar calurosamente a los capitalistas europeos que los imiten.

Como solución provisoria, tiene su valor ese aumento de la productividad en lugar de la reducción de los salarios; pero tiene el defecto capital de ser un paso más en la evolución capitalista, lo que equivale a un nuevo paso hacia atrás en la involución del sentimiento y del pensamiento humanos.

Una cosa parece estar en el ánimo de todos: hay que buscar una solución práctica inmediata a la crisis que se prolonga demasiado. ¿Cuál es la que más puede fomentar los intereses de la revolución?

JUAN GRAVE

Cómo se mata

Es siempre aburridor — para al menos — el abrumar con las cuestiones personales, y yo le he tado ya tantas que habré podido creer que soy el ser más agrio del

Se me dirá que no se conoce ca bastante a sí mismo. Sin emb no creo ser agrio. Mis disidencias camaradas fueron producidas siem razones de propaganda que no — por mi parte — nada de person las que creo estar en lo justo.

"En una disputa nadie cree esta error", se me retrucará. ¡Eviden te! Por lo tanto, habiendo empr el relato de un rincón de propa creo deber dar todos los hechos. público juzgue.

Por diferentes razones, nuestro a Francia — de mi mujer y mío retardado en diferentes circunsta fué epistolarmente cómo comencé venirme con Pierrot y Guerin re del periódico a aparecer.

Estos se habían adherido a lo q les había propuesto, habiéndoles ad do que no podría ya, como en el pa dar todo mi tiempo al periódico. La administrativa debía ser tomada por camarada. Yo me reservaría la par la redacción. Se había convenido ap madamente que sería Guerin el qu encargaría de la administración.

Por otra parte tengo la convicción soluta que un periódico no es verda mente bien hecho más que si el que la cocina tiene la mano libre para es "A condición de que sea capaz", está.

Si los artículos deben ser discutidos comité, si cada cual debe hacer sus ciones, hacer prevalecer su idea, se l a la mediocridad para contentar a el mundo.

Que, para obviar los inconvenien que presenta el abandono a uno solo, dudablemente, exista un pequeño grupo individuos que tengan poder para in venir cuando el secretario de redacc se extravíe, nada mejor. Pero incluso grupo director no debe estar compue de más de cinco o seis individuos, y e individuos deben estar unidos para sal concertarse sin que intervengan decis nes de mayoría.

Es lo que creí haber hecho compre der a Pierrot y a Guerin. Pierrot me zo observar que si el periódico perma cía una propiedad particular, podía o rrir, dada mi edad sobre todo, que, con todo el mundo, rompiese mi pipa y q eso ocasionaría inconvenientes, no pudie do prever lo que sería del periódico e ese caso.

Fué esa objeción la que me hizo inse tar en el programa que les envié, la exis tencia de un grupo director, explicando Pierrot que se me había reprochado bas tante en otros tiempos que los *Temp Nouveaux* era yo y que no desearía nad mejor que ponerlo en manos de un gru po. Les expliqué las razones por las cua les ese grupo debía ser poco numeroso rogándoles a él y a Guerin que no comu nicaran el asunto a nadie antes de haber nos visto y entendido sobre la elección de aquellos a quien nos dirigiríamos.

Había que evitar la lesión de los amo res propios y no solicitar gentes que por una razón o por otra podríamos luego de jar a un lado. Hay muy buenos camara das, estimables desde todos los puntos de

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

Es siempre aburridor — para el lector al menos — el abrumar con las propias cuestiones personales, y yo le he presentado ya tantas que habré podido hacerle creer que soy el ser más agrio del mundo.

Se me dirá que no se conoce uno nunca bastante a sí mismo. Sin embargo yo no creo ser agrio. Mis disidencias con los camaradas fueron producidas siempre por razones de propaganda que no tuvieron — por mi parte — nada de personal y en las que creo estar en lo justo.

"En una disputa nadie cree estar en el error", se me retrucará. ¡Evidentemente! Por lo tanto, habiendo emprendido el relato de un rincón de propaganda, creo deber dar todos los hechos. Que el público juzgue.

Por diferentes razones, nuestro regreso a Francia — de mi mujer y mío — fué retardado en diferentes circunstancias; fué epistolarmente cómo comencé a convenirme con Pierrot y Guerin respecto del periódico a aparecer.

Estos se habían adherido a lo que yo les había propuesto, habiéndoles advertido que no podría ya, como en el pasado, dar todo mi tiempo al periódico. La parte administrativa debía ser tomada por otro camarada. Yo me reservaría la parte de la redacción. Se había convenido aproximadamente que sería Guerin el que se encargaría de la administración.

Por otra parte tengo la convicción absoluta que un periódico no es verdaderamente bien hecho más que si el que hace la cocina tiene la mano libre para eso.

"A condición de que sea capaz", claro está.

Si los artículos deben ser discutidos en comité, si cada cual debe hacer sus objeciones, hacer prevalecer su idea, se llega a la mediocridad para contentar a todo el mundo.

Que, para obviar los inconvenientes que presenta el abandono a uno solo, indudablemente, exista un pequeño grupo de individuos que tengan poder para intervenir cuando el secretario de redacción se extravíe, nada mejor. Pero incluso ese grupo director no debe estar compuesto de más de cinco o seis individuos, y esos individuos deben estar unidos para saber concertarse sin que intervengan decisiones de mayoría.

Es lo que creí haber hecho comprender a Pierrot y a Guerin. Pierrot me hizo observar que si el periódico permanecía una propiedad particular, podía ocurrir, dada mi edad sobre todo, que, como todo el mundo, rompiese mi pipa y que eso ocasionaría inconvenientes, no pudiendo prever lo que sería del periódico en ese caso.

Fué esa objeción la que me hizo insertar en el programa que les envié, la existencia de un grupo director, explicando a Pierrot que se me había reprochado bastante en otros tiempos que los *Temps Nouveaux* era yo y que no desearía nada mejor que ponerlo en manos de un grupo. Les expliqué las razones por las cuales ese grupo debía ser poco numeroso, rogándoles a él y a Guerin que no comunicaran el asunto a nadie antes de habernos visto y entendido sobre la elección de aquellos a quien nos dirigiríamos.

Había que evitar la lesión de los amores propios y no solicitar gentes que por una razón o por otra podríamos luego dejar a un lado. Hay muy buenos camaradas, estimables desde todos los puntos de vista, pero que no siempre son apropiados para ciertas labores.

Todo eso era claro. Y más tarde, cuando vi que Guerin y Pierrot habían decidido no esperar mi regreso, haciendo aparecer el periódico y llamando a toda suerte de gentes para la redacción, les escribí que eso no era lo que habíamos convenido. Pierrot, en la respuesta a mi carta, me escribía: "No hay nada demolido, nada destruído. Está claro, por otra parte, que se esperará su regreso para entenderse sobre todas las cosas. Pero yo creí bueno, y Guerin también, reunir algunos camaradas para recaldear el celo desfalleciente de los amigos. Ya en la segunda reunión, aparte de Guerin y de mí, no había más que Cornelissen y P."

Esta carta está fechada el 16 de febrero de 1919.

—

Envié a Pierrot y a Guerin el programa siguiente:

Programa para la reaparición de *Temps Nouveaus*.

1. Encontrar 5 ó 6 camaradas capaces de resistir las influencias de capilla, que sepan también juzgar las cosas y las gentes para asegurar un aspecto claro y lógico al periódico, que sepan imponerse a las ingerencias indeseables y apartar toda desviación.

2. El grupo deberá componerse de camaradas que se conozcan, que tengan un fondo común de ideas que les permita entenderse después de la discusión sin tener que repartirse en mayoría y minoría.

3. Ese grupo organizará la redacción y administración, decidirá sobre el modo de publicación y apelará al concurso de todos los que aprueben este programa, que les será sometido.

No es preciso decir que, aparte de la redacción, la colaboración en el periódico estará abierta a todas las buenas voluntades que valgan para ser utilizadas.

4. Un fondo de 5.000 francos será reunido antes de lanzar el primer número.

5. Ese fondo será constituído por suscriciones, producto de reuniones, conferencias, etc. — lo que implica la organización de grupos activos — los camaradas harán, pues, bien, desde el momento, encarando ese aspecto de la propaganda. Es la falta de organización y de cohesión lo que nos ha hecho impotentes ante los acontecimientos y fué causa del confusionismo en que están en tren de suicidarse los anarquistas.

Un medio para cooperar a formar ese fondo sería el ayudarnos a liquidar las existencias de folletos, volúmenes y libros que nos quedan de la antigua administración. El 50 por ciento de esa venta se destinaría a liquidar las deudas de dicha administración, el otro 50 por ciento sería vertido en el fondo de caja y para suplir los gastos de propaganda y de organización.

6. Creación de un grupo de suscritores permanentes que se comprometan a donaciones regulares.

7. En todas partes donde tengamos camaradas que, con nosotros, piensan necesaria la reaparición de *Temps Nouveaux* que nos hagan saber desde el momento el número de ejemplares cuya venta pueden asegurar, y la cifra de suscriciones que pueden reunir. Eso nos ayudaría grandemente a calcular las probabilidades de éxito que podemos tener. El pago de las suscriciones y donaciones no se pedirá más que al aparecer el periódico.

8. Cuando los fondos lo permitan, será bueno organizar, por medio de viajes circulares, visitas a los camaradas de provincia — y del extranjero si es posible — por medio de camaradas que, sin ser necesariamente oradores, sepan exponer nuestros fines, y organizar en todas partes donde sea posible, grupos de propaganda.

(Esos viajes, si se pudiesen repetir, serían una fuerza para el periódico, pero también para la propaganda en general).

9. Si llegamos alguna vez a tener con nosotros camaradas que puedan ser otra cosa que molinos de palabras, podríamos organizar jiras de conferencias, y aprovechar el pasaje de los conferencistas para organizar en las localidades en que se detengan, y en las localidades vecinas, grupos que se encargarían de enviar al periódico todo lo que podría ser útil. Pero no tendría que ser esa la única misión. Hasta aquí se nabló demasiado de iniciativa, de asociación, sin practicarla nunca. Sería bueno que los camaradas se asocien en vista de poner en pié algunas obras de propaganda.

Si quiere persistir, un grupo debe tener algún propósito de propaganda, que realizar. Son los grupos ya existentes los que en el momento de la revolución, asegurarán su triunfo, siendo capaces de sustituir a las organizaciones capitalistas que se trata de destruír, de organizar la sociedad nueva.

Estas formas de agrupación no faltan si se encuentran individuos para darles vida: Defensa social, resistencia a los abusos, ligas de consumidores, grupos de cambio o de producción, basados, o acercándose lo más posible, en la forma comunista a que aspiramos, etc.

Este programa, aparte de Pierrot y de Guerin, lo comuniqué a aquellos camaradas con quienes estaba en relaciones y a quienes suponía que nos podían ayudar.

Nadie hizo objeciones. Ni Pierrot ni Guerin.

Como la realización de ese programa habría exigido algún tiempo antes de estar dispuestos a aparecer, sugerí a Pierrot y a Guerin que podríamos, mientras tanto, continuar el Boletín cuya iniciativa había tomado Guerin — había agregado un párrafo en ese sentido — con la libertad de ampliarlo a medida de las posibilidades. Así se podía preparar la aparición del periódico.

Ese programa debía ser publicado en uno de los próximos números del Boletín; ellos publicaron la primera parte, pero no el fin. Además fueron hechas algunas correcciones. Sin gran importancia por lo demás. Yo sabía que Pierrot tenía la manía de las correcciones. En cuanto a lo que no publicaron, apareció en el número siguiente: yo encaré por lo demás una campaña de manifiestos y exposiciones, antes de conseguir algo serio.

Pero, siguiendo el Boletín, una corta nota anunciaba que *Temps Nouveaux* reaparecería en forma de revista.

Comprendí que se desviaban demasiado del programa convenido y publicado, decidiendo una cosa importante sin consultarme, en una reunión donde todo el mundo había sido invitado. La línea de conducta de un periódico de propaganda no debe ser subordinada a un voto de una reunión pública.

¿A qué quedaba reducido el compromiso de no aparecer antes de haber creado un fondo de caja, encontrado bastantes abonados y haber organizado la venta que nos permitiera tener bastante resistencia para superar las primeras dificultades?

Mis buenos hombres obraban demasiado ligeramente con los compromisos libremente aceptados.

Además, si soy de opinión que un periódico debe estar abierto a todas las buenas voluntades, que debe insertarse en él todo lo que vale la pena, aunque a veces sus puntos de vista sean diferentes de los vuestros, el redactor responsable debe ser elegido con discernimiento.

No he conservado copia de toda la correspondencia cambiada con Guerin y Pierrot. Sería por lo demás incurrir en excesivas repeticiones el reproducirla. Pero he conservado la carta siguiente, que resume aproximadamente todas mis objeciones y da una idea de las suyas.

"Weston-super-Mare, 8|5-1919.

Mi querido Pierrot,

"No hemos, Guerin y yo, cambiado de opinión, es la situación la que nos ha llevado a la aparición", — dice Vd.

Invocar el cambio de situación o de circunstancias para justificar un cambio de actitud, es, a falta de algo mejor, la razón más plausible. Pero el cambio de circunstancias, ¿justifica el cambio de actitud? Las circunstancias, ¿han cambiado realmente?

Cuando hemos encarado la posibilidad de reanudar la publicación del periódico, la situación era ésta: es preciso dinero no lo tenemos. Además, la experiencia de treinta años nos ha demostrado que un periódico que no tiene un fondo de reserva no tiene más que una existencia precaria, que la necesidad de luchar cotidianamente con dificultades pecuniarias le crea una situación inferior, forzando a los que o al que se ocupa de él, a concentrar todos sus esfuerzos para hallar los medios de hacerlo vivir, mientras que esos llamados a la bolsa de los lectores, cuando se repiten muy a menudo, acaban por no ser oídos.

Por tanto, era necesario ante todo hacer una campaña para:

1. Asegurarse un número respetable de promesas de suscricion.

2.o Pedir donaciones para formar un fondo de reserva estimado necesario.

Yo pedía 5.000 francos; sólo para que no pareciera una gran suma y no porque yo la juzgase suficiente. Vosotros mismos la habéis hecho subir a 8.000.

Juzgaba necesario, antes de la aparición, hallar en todas partes donde fuera posible, camaradas que se encargaran de difundir nuestras publicaciones y formar, de ser posible, pequeños grupos a fin de hacer más eficaz y más duradera su acción.

No veo que ninguna de esas condiciones haya sido cumplida. El mundo tiene aspecto de marchar muy bien sin nosotros y nada hace sentir que no pueda aun continuar así algún tiempo sin apercibirse de nuestra ausencia.

Todo lo que veo de cambiado, es que os habéis vuelto por desplegar vuestras alas y mostrar vuestra fuerza. No creo que eso sea suficiente para justificar una acción precipitada que, estoy convencido, no demuestra más que nuestra debilidad.

Si el fracaso previsto no tuviera otro efecto que ser un fracaso momentáneo, decía yo, arriesguemos el paquete. Pero ese no es el caso. Una tentativa abortada en las circunstancias presentes sería funesta para todo nuevo comienzo — de nuestra parte al menos. — Yo no quiero arriesgarlo.

Dejo a vuestra conciencia el juzgar si, para satisfacer algunas impaciencias que no tienen otra justificación que sus propios deseos, es preciso arriesgar un mal paso que se puede evitar con más paciencia, y si, para no asociarme a lo que considero como una locura, debo ser puesto en la necesidad de excluirme de una obra que fué toda mi vida.

Por tanto, ¿tenéis un número de promesas de suscripción capaz de cubrir los gastos de la nueva publicación? — ¿tenéis los 5.000 francos al menos, que yo pedía? Sí, si las circunstancias han cambiado. Si no, es sólo vuestra opinión la que ha cambiado. La mía es la misma.

Advertid que un número suficiente de abonados, al comenzar, no es una prueba segura de éxito.

(Continuará)

Como solución provisoria, tiene su valor ese aumento de la productividad en lugar de la reducción de los salarios; pero tiene el defecto capital de ser un paso más en la evolución capitalista, lo que equivale a un nuevo paso hacia atrás en la involución del sentimiento y del pensamiento humanos.

Una cosa parece estar en el ánimo de todos: hay que buscar una solución práctica inmediata a la crisis que se prolonga demasiado. ¿Cuál es la que más puede fomentar los intereses de la revolución?

¿SON PRACTICOS LOS INTERNACIONALES?

Por A. Reinsdorf, nacido el 31 de enero de 1849, muerto en el cadalso el 7 de febrero de 1885 a consecuencia de la propaganda anarquista. Este artículo es tomado de la Berner Arbeiter-Zeitung, *16 de noviembre de 1876.*

No, los revolucionarios no son prácticos, pues todos los reaccionarios e imbéciles, todos los escribidores liberales y radicales de periódicos, los "también socialistas" y cazadores de puestos lo dicen — ¿y quién podría dudarlo ya?

En Suiza hay 22 cantones y en todos gobierna el "pueblo". Así se dice, pero consideremos ese "régimen popular". El pueblo, es decir el pueblo que trabaja, es explotado en todos los 22 cantones, lo mismo que en Prusia o Rusia; no tiene qué comer, habita pésimamente, muere de muerte prematura, estropeado, está mal educado, mal instruído, bebe aguardiente en lugar de vino, comete delitos forzado por la miseria y otras causas, va al presidio, etc. — lo mismo que en Prusia y en Rusia. Pero sin embargo "gobierna" el pueblo — así se dice, y sólo los internacionalistas no quieren creerlo.

En algunos cantones son los radicales los que tienen las riendas del poder, esos "amigos del pueblo", como en el cantón de Berna, por ejemplo, pero a pesar de todo el pueblo, el que trabaja, sufre, es maltratado y hasta golpeado por la policía — en el cantón de Uri (el cantón más archirreaccionario de Suiza) no se está peor, y en Prusia y Rusia se apalea tam-

bién al pueblo — sin embargo en el cantón de Berna gobierna el pueblo — sólo los internacionalistas no quieren creerlo.

En el cantón de Zurich están los demócratas, esos "amigos del pueblo", en el poder, pero, con todo, al pueblo laborioso no le va bien y suspira sobre los malos tiempos que corren; la policía usa para domar a los contraventores una verga — pero sin embargo gobierna el pueblo — sólo los internacionalistas son de otra opinión.

En el cantón de Vaud hay un gobierno radical, pero hace encarcelar a los obreros en huelga, y la policía, como signo de su dignidad, lleva un gran garrote — pero el pueblo gobierna — solo los internacionalistas dicen que no.

En el cantón de Ginebra han vuelto a ser elegidos los radicales, los mismos radicales que han empleado tan provechosamente para el pueblo los 50 millones de herencia (del duque Wilhelm von Brauschweig a la ciudad de Ginebra; Brauschweig fue expulsado en 1830) que solo los ricos vieron algo de esa suma. Pero el pueblo muere de hambre y es agobiado por la labor, y los joyeros desocupados (obreros de la industria de las joyerías) pican piedras. Ahora bien, los radicales pertenecen al pueblo y éste "gobierna," — los internacionalistas no quieren saber nada de eso.

Los internacionalistas no son prácticos. Cuando hay que elegir en alguna parte un candidato obrero, dicen: eso no engorda la hortaliza, pues "muchos perros son la muerte de las liebres", y con el tiempo se comprará guantes de piel, nabiara de "evolución" y se volverá burgues— tenemos ejemplos! — o, si permanece rojo, no será reelegido — podemos obsequiar con ejemplos — ¡pero los internacionalistas no son prácticos!

Si hay que hacer una ley obrera, dicen los internacionalistas: eso no tiene importancia, tendrían que ser hechas centenares de leyes obreras para obtener algún provecho, y luego importa su manejo y su ejecución — pues tenemos ejemplos — además que la deliberación de una ley obrera dura ordinariamente tres años — y luego es chapuceada — ¡pero los internacionalistas no son prácticos!

Cuando son asesinados obreros en el tunel de San Gotardo, a pesar de la república y de la dominación popular, a pesar de la democracia y del radicalismo, a pesar de la Asociación obrera y de la sociedad de Grütli, dicen los internacionalistas: "Hasta que no se modifiquen las condiciones sociales, será siempre así" — ¡pero los internacionalistas no son prácticos!

Y cuando los gobiernos de Ginebra y de Berna expulsan a los curas ultramontanos y en cambio traen otros curas que no se distinguen de aquellos más que en el hecho de ser doblemente caros, dicen los internacionalistas: "Un cura es un cura, el clericalismo es absurdo, sea ultramontano o "católico viejo" y tal lucha contra los curas es malabarismo radical — pero los internacionalistas no son prácticos.

Si, los internacionalistas debían tomar parte también en todo ese malabarismo — entonces serían "prácticos" — así sostienen los imbéciles, los escribidores liberales de periódicos, los "también socialistas" y los burgueses.

Pero los internacionalistas quieren la abolición del engendro económico existente, la instauración de la igualdad económica, la comunidad de los medios y del producto del trabajo, la abolición de la explotación privada, de la explotación del hombre por el hombre. Entonces el pueblo laborioso de Suiza no morirá de hambre, no sufrirá bajo una labor agobiadora, no será estropeado y mal educado, no beberá un mal aguardiente en lugar de vino, no será apaleado ya por la policía. Pero entonces habrá pasado también la dominación de los liberales y de los radicales, de los imbéciles y de los burgueses, etc. — y eso es ser prácticos.

Sí, porque los internacionalistas son tan prácticos, por eso gritan los escribidores de periódicos reaccionarios: "Los internacionalistas no son prácticos", aunque saben que tal vez no pase mucho tiempo sin que el practicismo de los internacionalistas les haga poner los pelos de punta.

AUGUST REINSDORF

Pier della Francesca

No se comprende bien cómo en la hora actual el nombre de Pier della Francesca no es tan célebre, ni su obra alabada como lo puede ser el nombre y la obra de cualquier pintor de su misma época, por ejemplo: Fran Angélico, un poco mayor que él, Botticelli o Gozzoli, sus iguales en los veinte años. Se trata de Piero quizás como uno de los más grandes pintores de Italia. Su personalidad posee un poderoso carácter. Está compuesta de contrastes: por una parte una indecible dulzura de coloración y de modelado, por la otra un sentimiento naturalmente noble y de grandeza estática.

Las obras de este pintor no son muy numerosas. A excepción de dos cuadros conservados en la Galería de Londres, todos los demás han quedado en Italia. Y asimismo, el viajero que visita Italia no conocerá a Piero sino por el doble retrato del duque de Urbino y de su mujer, vistos uno y otra de perfil y que son los más puros tesoros de la Galería de los Oficios de Florencia. Para conocer bien a este artista y para experimentar una de las más fuertes emociones que puede darnos la pintura, es necesario detenerse en Arez-

P. DELLA FRANCESCA — "Hércules" (Afresco)

zo, ciudad importante de la Umbria septentrional. Allí se busca lo más valioso de su labor, que es un conjunto de frescos relatando historias sagradas. En la península itálica, además de dos telas, una en el Museo de Brera de Milán y la otra en la Academia de Venecia, sus otras obras quedaron todas en su villa natal y en la región donde transcurrió toda su vida.

Umbría del norte dió nacimiento a tres grandes artistas que, sin asemejarse, ofrecen, sin embargo, rasgos comunes: Piero della Francesca, Melozzo de Forlì y Lucas Signorelli; los tres nacen entre 1420 y 1440, añadiendo a la gracia tierna de los cuatrocentistas, quienes por la misma época trabajaban en Florencia, en Perusa y en Siena, un elemento de pasión patética que, caracterizándoles, los aislaba. Los guerreros y las extrañas princesas tranquilas que Piero pintaba en Arezzo, los condenados, ya miguelangelescos, que pintaba Signorelli en Orvieto y los grandes ángeles líricos que Melozzo pintaba en Loreto, nos llevan muy lejos de las figuras adorablemente perfectas que se pintaban en Toscana y en Umbría. Estos tres misteriosos artistas son retoños de un país montañoso, de austeridad y de soledad. Poco tienen que ver con el arte deliciosamente civilizado, aquel que se aplicaba a las descripciones familiares de un Benozzo Gozzoli o de un Ghirlandajo.

Visitamos antaño Borgo San Sepolcro, donde Piero nació. Pobre ciudadela campesina, huraña, situada al margen del camino, con sus grandes casas desnudas, velando e inclinadas sobre pequeños porches plantados en cada puerta, y adornadas por sus pequeñas lechuzas cautivas, de ojos de topacios claros.

No se sabe mucho de la vida de Piero. Fué discípulo de Domenico Veneziano, que, con Andrés del Castaño y Paolo Ucello, representan el elemento másculo, viril, atormentado, del primer renacimiento florentino. En los principios trabaja con su maestro en Perusa y en Florencia, después vino a realizar en su ciudad natal, en 1425, una de las primeras obras originales que se poseea de él: una Virgen de la Misericordia, en la cual asoma ya su poderosa personalidad. En seguida va a Rímini a trabajar en el templo de los príncipes de Malatesta, y después emprende y concluye, en 1453 y 1469, los afrescos de Arezzo, su obra capital. Entre este tiempo, se cree que fué a Roma, — pues las fechas que se posee son inciertas, y en la ciudad eterna pinta para el papa Nicolás V dos afrescos en la Estancia de los Sellos. Cincuenta años después debía ser sacrificados al genio irradiante de Rafael.

Después, hasta su muerte (1492), trabajará, sea en San Sepolcro o en las inmediaciones, ya en Urbino, donde se pueden ver pequeñas telas, infinitamente preciosas y que anuncian, por la delicadeza unida a la densidad, las obras finales: dos obras de altares tan finamente pintadas como si fueran miniaturas, hallándose una en Londres y la otra en el Museo de Milán. Ciertos eruditos niegan que sean suyas, aunque sin ninguna causa fundamentada.

No es posible emprender, en pocas páginas, el estudio y la descripción de las obras de este maestro asombroso.

Está colocado en la gran línea de los compositores serenos, tranquilos, enemigos de los movimientos acentuados y que buscan en el estilo un agenciamiento de formas serias, dulces, equilibradas. Debe tener un sitio en la noble familia, en la cual figura Giotto y Masaccio, Giorgione y Rafael, Veermer y Poussin, Ingres y Chassériau, Corot y, puede ser, Puvis de Chavanne y Gauguin. Está lejos de la plévade atormentada, tenebrosa, que guía Miguel Angel y que tiene por capitanes a Tintoretto, Rembrandt y Delacroix.

PIER DELLA FRANCESCA "Leyenda de la cruz" (Arezzo).

El tipo humano de Pier della Francesca es un gran cuerpo estable, casi petrificado, de las curvas lentas y que por su estatura, su construcción, sus volúmenes acusados, hace pensar en unas arquitecturas vivientes. Esos cuerpos tranquilos y fuertes son, cuando están desnudos, o revestidos de amplios mantos, macizos, y los más de pié, evocan majestuosas e indestructibles columnas. Sus rostros son redondos y despojados de todo accidente superfluo. Toda la importancia reside en la conformación de la cabeza. Las frentes bombeadas, las mejillas levemente cavas; las bocas turgentes, los párpados convexos y la mirada fija, atenta, apoyada de modo que comba los ojos salientes, que hacen pensar en las máscaras arcaicas. Se pueden aproximar curiosamente algunos rostros de Piero, con los egipcios, chinos y ciertas máscaras negras o peruanas.

Nadie es menos sensible a la realidad anecdótica y particularizada, como él. Los seres humanos son para él casi signos que emplea casi de una manera abstracta, para elaborar combinaciones equilibradas de líneas y cuya ción poco a poco nos llena los go el espíritu, de una serenidad activa, noble y gravemente Ciertas figuras suyas, por ejemplo dalena de Arezzo, el Hércules, ex afiebrar y nos hacen entrar en do superior del arte y del pen enriquecido, y despojado de la p mérica, dantesca de la *La Escuela nas* de Rafael.

Pero lo que le confiere a las Piero della Francesca su atrac piamente milagrosa es que en ria de la pintura es una producci *lítica*, por así decirlo; es que a la profunda y adivinatoria de la lín la forma, se añaden los dones del ta de una sorprendente moderni es un colorista que procede por mías, como el Veronés o Rubens, buscan imponer una embriaguez p a la de las polifonías de una orq

Fija los juegos delicados y su luz, no sobre el color, y sí sobre e No conoce la luz bruscamente co da que exige, para hacerla valer, boración de las sombras; pero acu luz igual, que cae del cielo en nap ras y que vienen a acariciar suave minuciosamente, formas sin asper guna, las dulces e insensibles con des de las esferas. Bajo la luz rep marida el contorno y el modelado.

Puede ser que ni antes ni despu die pintó de esa manera las cosas cas: la lencería, las perlas, los ac las armaduras. Se podría llamar el b Piero, como se dice el verde veroné te blanco nunca es enteramente blanc susceptible de variaciones imperce e infinitas. Esas armonías infinite les no son nunca banales ni ñoñas. cen una seducción confidencial.

Para hablar de él, Bueckhardt e la palabra inimitable. En efecto, al ta de Arezzo, si nadie lo anunció ahora, tampoco nadie pudo seguirle. curiosa, las analogías, las semejanza su arte esencialmente plástico, no giere, no caen en los dominios de la tura; se piensa antes que en esos a cos y esos paneles en los que reina

PIER DELLA FRANCESCA — "Leyenda de la reina Saba y del rey Salomón (Fragmento)

paz celestial o inmaculada, en ciertos p ductos naturales absolutamente indep dientes de las manos del hombre: p las, algas marinas verdes, rubias o a lencas, rizadas por las olas y las aren lisas y compactas de las playas. Ese a tan sabio, tan clarovidente, tan espi tualizado, solicita y obtiene del expec dor una ingenuidad virginal.

Sin proceder como Angélico, por medi extrapictóricos, Piero della Francesca llena de una emoción ultraterrenal, g cias al milagro puramente técnico de u materia que en sí misma encuentra idealización.

J. L. VAUDOYER

Anatomía, teoría de los colores, cienci perspéctica. Asimilarse esos conocimie tos según las capacidades de cada uno, e lo más cuerdo. Téngase en cuenta, qu Arte y Ciencia avanzan en dos líneas qu no tienen punto de contacto, sino de lle gada, quizás; y que asimismo el ansia d nuestro instinto anhela conocer. Est punto en común es, como en las matemá ticas, un punto sobre el infinito. Esto es las dos rectas jamás se encontrarán.

La vida universal y los artistas

La vida, tomada en su sentido universal, no es la aplicación de tal o cual teoría humana o divina, es una creación; y esto lo hubiéramos dicho de buena gana si no temiésemos dar lugar á un malentendido con esa palabra. Comparando los pueblos creadores de su propia historia a los artistas, preguntaríamos si los grandes poetas han esperado jamás que la ciencia descubriese las leyes de la creación poética para crear sus obras. ¿No han hecho Esquilo y Sófocles sus magníficas tragedias mucho antes de que Aristóteles hubiese calcado sobre sus obras mismas la primera estética? Shakespeare, ¿se ha dejado nunca inspirar por una teoría? Y Beethoven, ¿no amplió las bases del contrapunto por la creación de sus sinfonías? ¿Y qué sería de una obra de arte producida por los preceptos de la más bella estética del mundo? Una vez más: una cosa miserable. Pero los pueblos que crean su historia no son, probablemente, ni menos ricos de instintos, ni menos poderosos creadores, ni menos independientes que los señores sabios o artistas.

(Del libro en prensa: *Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.* — Tercer volúmen de las Obras Completas de Miguel Bakunin. — Editorial LA PROTESTA).

ta, para elaborar combinaciones muy equilibradas de líneas y cuya contemplación poco a poco nos llena los ojos, luego el espíritu, de una serenidad poderosa, activa, noble y gravemente consciente. Ciertas figuras suyas, por ejemplo la Magdalena de Arezzo, el Hércules, exaltan sin aflebrar y nos hacen entrar en ese mundo superior del arte y del pensamiento enriquecido, y despojado de la poesía homérica, dantesca de la *La Escuela de Atenas* de Rafael.

Pero lo que le confiere a las obras de Piero della Francesca su atracción propiamente milagrosa es que en la historia de la pintura es una producción *aerolítica*, por así decirlo; es que a la ciencia profunda y adivinatoria de la línea y de la forma, se añadea los dones del colorista de una sorprendente modernidad. No es un colorista que procede por policromías, como el Veronés o Rubens, quienes buscan imponer una embriaguez parecida a la de las polifonías de una orquesta.

Fija los juegos delicados y sutiles de luz, no sobre el color, y sí sobre el matiz. No conoce la luz bruscamente contrastada que exige, para hacerla valer, la colaboración de las sombras; pero acude a la luz igual, que cae del cielo en napas puras y que vienen a acariciar suavemente, minuciosamente, formas sin aspereza alguna, las dulces e insensibles convexidades de las esferas. Bajo la luz reposada, marida el contorno y el modelado.

Puede ser que ni antes ni después nadie pintó de esa manera las cosas blancas: la lencería, las perlas, los aceros y las armaduras. Se podría llamar el blanco Piero, como se dice el verde veronés. Este blanco nunca es enteramente blanco y es susceptible de variaciones imperceptibles e infinitas. Esas armonías infinitesimales no son nunca banales ni ñoñas. Ejercen una seducción confidencial.

Para hablar de él, Bueckhardt emplea la palabra inimitable. En efecto, al artista de Arezzo, si nadie lo anunció hasta ahora, tampoco nadie pudo seguirle. Cosa curiosa, las analogías, las semejanzas que su arte esencialmente plástico, nos sugiere, no caen en los dominios de la pintura; se piensa antes que en esos afrescos y esos paneles en los que reina una

PIER DELLA FRANCESCA — "Leyenda de la reina Saba y del rey Salomón (Fragmento)

paz celestial o inmaculada, en ciertos productos naturales absolutamente independientes de las manos del hombre: perlas, algas marinas verdes, rubias o azulencas, rizadas por las olas y las arenas lisas y compactas de las playas. Ese arte tan sabio, tan clarovidente, tan espiritualizado, solicita y obtiene del expectador una ingenuidad virginal.

Sin proceder como Angélico, por medios extrapictóricos, Piero della Francesca os llena de una emoción ultraterrenal, gracias al milagro puramente técnico de una materia que en sí misma encuentra su idealización.

J. L. VAUDOYER

Anatomía, teoría de los colores, ciencia perspéctica. Asimilarse esos conocimientos según las capacidades de cada uno, es lo más cuerdo. Téngase en cuenta, que Arte y Ciencia avanzan en dos líneas que no tienen punto de contacto, sino de llegada, quizás; y que asimismo el ansia de nuestro instinto anhela conocer. Este punto en común es, como en las matemáticas, un punto sobre el infinito. Esto es, las dos rectas jamás se encontrarán.

J. H. FABRE Y PASTEUR

Aquellos que en el año 1857 pudieron leer las dos memorias en los *Annales d'histoire naturelle* — la segunda serie de los *Recuerdos* — se dieron bien cuenta que acababa de surgir un sabio excepcional. Ese naturalista, en efecto, sabía aunar a la observación — para la cual tuvo asimismo sus grandes maestros (1) — la experimentación. Solamente leyendo esos "Recuerdos de un entomólogo" se podrá asociar la experiencia realizada en el laboratorio y la llevada a cabo en plena naturaleza. Podríase seguir así sus investigaciones, con sus éxitos y fracasos, que le fueron necesarios a Fabre para arribar a esclarecer esos problemas de psicología animal que el insecto le presentaba al sabio doblado de filósofo, en una palabra, al biólogo.

De la naturaleza, donde se mueven libremente los insectos, hacía su gabinete de trabajo, un verdadero laboratorio al aire libre. Provocaba los actos esenciales de sus vidas empleando los más sutiles artificios para hacerlos repetir tantas veces como le era necesario para conocer su interior mecanismo: la caza, sus presas, su aprovisionamiento, su fecundación y etc. Nada se le escapaba del proceso de sus acciones, a veces infinitamente complejas, como la de la progenitura, cuando ha de ponerla en contacto con la fuente de la vida.

En otras ocasiones esa progenitura, al contrario de hallarse limitada por su debilidad, había sido armada para alcanzar el alimento a través de mil dificultades que muestran al experimentador toda la serie de sus maravillosos actos de una seguridad infalible: actos y metamorfosis que no son más que adaptaciones sucesivas a las diversas circunstancias.

No se sabe qué admirar mejor: si el genio del instinto que revela repentinamente el animal, o el genio del observador que se supera en su ingeniosidad, en su imaginación y en su perseverancia en el escrúpulo de sus verificaciones.

Nada tiene de asombroso que el profesor de Aviñón le inspirase a los sabios que supieron descubrirle, esa sorpresa conmovedora que se experimenta cuando se encuentra un genio. Lo que ya puede parecer más extraño, provocando un franco estupor, es la ignorancia y la indiferencia que continuaron rodeándole, en su ambiente inmediato, en el mismo liceo, donde él profesaba. Había sido elogiado con altura por Darwin, por Dufour (2) y por Milne Edwards. Ahora veremos cómo se comportaría con él el gran maestro Víctor Duruy. No obstante, seguirá siendo siempre el famélico profesor de física, cargado de una familia numerosa, aislado, silencioso — salvo con sus alumnos — evitando toda ceremonia mundana oficial o de las otras, y asimismo, las visitas obligatorias, siempre y cuando podía encontrar una excusa para evitar el compromiso.

Rara vez perdona el mundo que se haga a menos de él. La gloria es una coqueta que quiere que se la busque, pero Fabre tenía otras preocupaciones. Para decir la verdad, eran dos: la ciencia, servida con el más noble desinterés, y el pan cotidiano para el hogar.

Más tarde, pensando en el largo séquito de esos años de apremiante carestía, de los cuales aun no se había librado y sólo pudo librarse definitivamente a la edad de 86 años — escribirá a propósito de un infatigable amasador de píldoras para su cría, el escarabajo, denominado Sísifo, recordando al de la mitología:

"Ese mito me complace vivamente. Es un poco la historia de todos nosotros, nosotros los odiosos malvados, dignos de tormentos eternos, pero gente de bien, laboriosa, útil al prójimo. Un solo crimen deben expiar: la pobreza. Durante casi un medio siglo dejé girones de mi carne en las aristas de la áspera cuesta; sudé mis médulas, agoté la sangre de mis venas, gasté sin calcular las reservas de mi energía, para hizar a lo alto, en lugar seguro, mi aplastante fardo, el pan de cada día: la hucha, el presupuesto medio equilibrado, he ahí que se deshace, se desliza, se precipita, se abisma. Recomienza de nuevo, pobre Sísifo, recomienza hasta la raíz, nuevamente, hasta que el bloque, precipitándose por última vez, te rompa la cabeza, liberándote para siempre" (3).

Hay que conocer este detalle para comprender que quien no había leído los trabajos del genial entomólogo no podía ver más que el humilde profesor de física del liceo de Aviñón, y en consecuencia pasase al lado suyo sin advertir el resplandor del intelecto que emanaba de esa personalidad. Así le sucedió también con Pasteur, genio también él, gran genio, pero conocido, reverenciado, glorificado, justamente glorificado. Conmueve ver frente a frente a esos dos sabios, tan bien conformados para entenderse. Desgraciadamente, Pasteur, sentado confortablemente en la cómoda y justa gloria, no conocía, al pobre y oscuro profesor y al sabio de gran magnitud, ignorando completamente quien era y lo qué valía en realidad.

Dejemos que hable Fabre. Escuchemos el relato que nos da de ese encuentro, que data de 1865, cuando Pasteur fué a informarse sobre la plaga del gusano de seda. Después del sucinto resumen de la entrevista sobre las enfermedades de esos insectos, durante la cual Pasteur confesó su perfecta ignorancia, añade:

"Genial luchador contra la plaga de los viveros de gusanos, acudía a la batalla corriendo, desnudo como los púgiles de la antigüedad, es decir desprovisto de la más simple noción acerca del insecto que se trataba de salvar. Me hallaba estupefacto, mejor dicho, me sentía maravillado.

Lo fuí un poco menos después de lo que se sucedió. Una cuestión preocupaba a Pasteur: el mejoramiento de los vinos por la calefacción. De repente, casi bruscamente, cambiando de conversación, me interpeló:

—Muéstreme su bodega.

¡Enseñarle mi bodega! Mi bodega, una solamente mía, yo, de mezquina apariencia, que en el pasado, con el irrisorio emolumento de profesor no podía permitirme el gasto de un poco de vino y fabricaba una suerte de aguapié, poniendo a fermentar un puñado de pasas y un par de docenas de manzanas mondadas! ¡Mi bodega! ¡Mostrar mi bodega, con mis toneles, mis botellas con telas de araña y polvo, etiquetadas según la edad y la calidad de la vendimia! ¡Mi bodega!

Confundido y embarazado, esquivaba la pregunta, buscando desviar la conversación. Pero él, con una rara tenacidad, insistía:

—Le ruego que me muestre su bodega.

Ante tanta insistencia, no había más remedio que ceder. Con el dedo señalé, en un rincón de la cocina, una damajuana, sobre una silla de paja:

—He allí mi bodega, señor!
—¿Esa es su bodega?
—Sí, *eso* es todo. No tengo otra.
—Sí; ¿es todo?
—Helás.. sí, todo.
—¡Ah!

Ni una palabra más; nada de parte del sabio. Pasteur, eso se veía muy bien, no podía conocer ese plato fuerte de especias que popularmente se llama la *vache enragée*, (modismo francés intraducible que entendería expresar algo así como miseria en extremo).

Si mi bodega, la vieja silla y la damajuana, sonaban a vacío, callándose sobre los fermentos combatidos por la calefacción, hablaba de otra cosa que mi ilustre visitante pareció no comprender. Un microbio se le escapaba: aquel de la mala suerte, la pobreza, la miseria, estrangulando la buena voluntad".

(Traducido: *L. H. Fabre* por Henri Hollard, biografía de reciente aparición, de la que ya dimos un capítulo precedente, en un número del Suplemento; y que seguirán reproduciéndose según el mayor o menor interés que posea cada uno de ellos, que más se adapte para una labor divulgadora).

---

(1) *El verdadero predecesor de Fabre fué Réamur, quien vivió unos cien años antes que él.*

(2) *León Dufour, médico y entomólogo, notable observador de las costumbres de los insectos, y que por la lectura de uno de sus trabajos, Fabre tuvo la visión del camino vocacional que debería emprender, quedando este inesperado hallazgo como uno de los acontecimientos de huella más honda en su existencia.*

Años después, León Dufour se hizo uno de sus grandes admiradores y defensor denodado de sus hipótesis y descubrimientos y del cuerpo de su doctrina científica, aunque Fabre no se propusiera precisamente eso.

(3) J. H. *Souvenir entomologique* (6.a serie, capt. I) Edición definitiva e ilustrada.

La conjugación del verbo "gobernar" en los períodos de reacción

¡Oh, cuán dulce y fácil será gobernar cuando nuestros "grandes estadistas" tengan a su disposición leyes de excepción! La conjugación del verbo gobernar se hará como describe el último número del periódico humorístico "Wespen":

1.—Presente: Yo ordeno, tu confiscas, él arresta; nosotros encarcelamos, vosotros condenáis, ellos prohiben.

2.—Imperfecto: Yo disolví, tu clausuraste, él acusó, nosotros hemos confiscado, vosotros habéis cerrado el sindicato, ellos han expulsado.

3.—Perfecto: Yo he deshecho la composición, tu has confiscado las formas, él ha inutilizado los clichés, nosotros hemos impedido la circulación, vosotros habéis rechazado las reclamaciones, ellos han confirmado las medidas tomadas.

4.—Pluscuanperfecto: Yo había dispuesto la policía, tu habías confiscado provisoriamente, él había prohibido una colecta, nosotros no habíamos investigado mucho, vosotros habíais hecho un rápido proceso, ellos habían medido a todos con un mismo rasero..

5.—Futuro: Yo protegeré el Estado, tu salvarás la sociedad, él echará mano al sujeto, nosotros ampliaremos el ministerio para las asociaciones y la prensa, vosotros confiscaréis los fondos de las sociedades obreras, ellos los dedicarán a la caja de pobres de la localidad.

6.—Imperativo: ¡Detén la ruina! ¡Intervenid! ¡No vaciléis!

7.—Participio: ¡Salvad! ¡Ajusticiad!

(*De la "Berliner Freie Press", agosto de* 1878, *antes de la ley contra los socialistas en Alemania*).

La religión de la utopía.-Tosltoy y Gorki

Según una información cablegráfica, Gorky habría abandonado su posición intelectual de humanista revolucionario y ateo, por la conversión a las ideas religiosas. En su refugio de Capri se llamó a un pope para bautizar a uno de sus vástagos, no se sabe si de poca o mucha edad. De pronto, la lectura nada nos sugirió, no obstante la sorpresa que nos causara. Lejos estábamos de imaginar que el autor rebelde de los *Ex Hombres* pudiese retroceder sobre sus pasos y sufrir un cambio tan brusco en sus primitivos sentimientos. Porque en estas cuestiones de cultos y fetiches, poco o nada se debe nombrar a la razón. Ella, la pobrecita, apenas si podrá desempeñar el papel de mudo testigo.

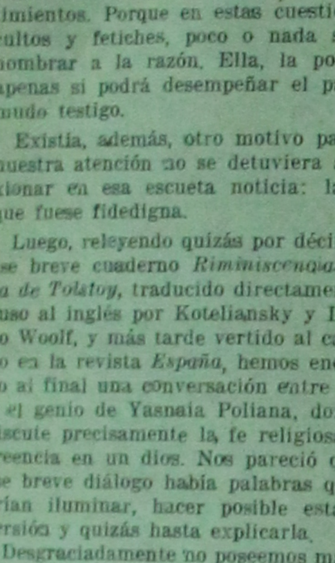
Existía, además, otro motivo para que nuestra atención no se detuviera a reflexionar en esa escueta noticia: la duda que fuese fidedigna.

Luego, releyendo quizás por décima vez ese breve cuaderno *Riminiscencias acerca de Tolstoy*, traducido directamente del ruso al inglés por Koteliansky y Leonardo Woolf, y más tarde vertido al castellano en la revista *España*, hemos encontrado al final una conversación entre Gorky y el genio de Yasnaia Poliana, donde se discute precisamente la fe religiosa y la creencia en un dios. Nos pareció que en ese breve diálogo había palabras que podrían iluminar, hacer posible esta conversión y quizás hasta explicarla.

Desgraciadamente no poseemos más que el texto inglés y la traducción de ciertos giros y modismos no es lo más fácil para trasponerlos en castellano, conservando su prístino sabor.

Ambos escritores, con Suler, íntimo amigo de los dos, se hallaban en Crimea veraneando y convaleciendo. Paseaban apaciblemente por un bosque que bordea el mar, y conversaban. Tolstoy habla: se dirige a Gorky:

—Ahora cuénteme una historia. ¡Sabe contarlas tan bien! Algo sobre los niños o acerca de su infancia. No es muy fácil creer que usted fuese niño alguna vez. Es usted una criatura extraña, exactamente como si hubiese nacido ya adulto. En sus ideas hay mucho de ingenuidad, de infantil, o más bien algo de inmaduro, pero conoce bastante sobre la vida y nadie tampoco puede pedirle más. Bueno, cuénteme una historia...



L. Tolstoy.

Y se sentó sobre las desnudas raíces de un pino, mientras contemplaba el tráfago de las hormigas moviéndose diligentes entre las briznas de las matas de gramilla. Hubo una larga pausa. De pronto, como si quisiera propinarme un puñetazo, me preguntó:

—¿Por qué no cree en Dios?

—Es que no tengo fe, Leo Nicolayevitch.

—No es verdad. Por naturaleza es usted un creyente y no podrá andar mucho sin acudir a Dios. Lo comprobará algún día. Su descreimiento proviene de su obstinación por haber sido herido profundamente: el mundo no es como usted quisiera que fuese. Existen otras personas que no creen por timidez, por cortedad de espíritu; lo mismo les sucede a los jóvenes: adoran una mujer, pero no desean demostrárselo por el temor de no ser comprendidos, y también porque carecen de valor. La fe, lo mismo que el amor, requiere coraje y audacia. Uno debe decirse *yo creo*, y todas las cosas toman un curso natural, apareciendo ante nuestros ojos como las quisiéramos, revelándonos, descubriéndonos a nosotros mismos y atrayéndonos incontrastablemente.

Ahora, que usted ha sabido amar intensamente, y la fe no es más que un gran amor. Debe amar todavía más, y entonces este sentimiento se tornará en fé. Cuando se ama a una mujer, infaliblemente es la más buena y la más bella del mundo; y cada uno ama a la mujer más buena y bella del mundo, y eso es lo que constituye la esencia de la fe.

Un descreído, en cambio, es incapaz de un gran amor y hasta de amar: hoy se prendará de una mujer, y al año siguiente, si no antes, de otra. El alma de semejante hombre es de las almas astrosas, vagabundas que van viviendo vidas estériles.

Pero usted no. Es un creyente innato, y es inútil que continúe torturándose, yendo contra sus verdaderos sentimientos. Usted podrá decirme que ama la belleza. ¿Qué es la belleza? La más elevada y perfecta se encuentra en Dios.

—

Era muy difícil que llegara a hablarme sobre este asunto de Dios y de religión, y el tono de seriedad repentina me sobrecogió tanto que me dejó en silencio. Permanecí un largo rato callado.

El se hallaba sentado sobre esas raíces desnudas, con sus piernas en cuclillas, y luego sonrió triunfalmente y apuntando su dedo hacia mí, me dijo:

—¿A que no es capaz de romper ese silencio... ¿A que no?

Y yo, que no creo en Dios, lo miré cautelosa y tímidamente, no sé por cuales razones y mirándole fuí pensando:

—El hombre tiene algo de Dios.

—

Hasta aquí la prosa de Gorky, cuya versión, si no resultó fielmente literaria, hemos procurado de conservar la esencia de sus ideas como trató de expresarlas. Lo que era importante.

Se ha de constatar que la desilusionadora profecía de Tolstoy, gran catador de caracteres y de atisbos introspectivos, pronunciada hace unos veinte años y quizás más, al cabo vino a cumplirse con la fatalidad que cae la piedra lanzada al vacío. Nos explicamos claramente la fuga del anciano pensador en el desesperado anhelo de evadirse de una vida social que le repugnaba profundamente para vivir otra vida acordada con su prédica, y no esta extemporánea conversión del escritor ruso. Ella ha de ser cierta y acaecida.

¿Cómo explicarse estos fenómenos psíquicos y sentimentales en estos viejos luchadores, tras de una brega tan valiente? ¿Será la debilidad inherente a la edad anciana? ¿Cansancio de los antiguos ideales, que ya no logran avivar los rescoldos de una fe semi apagada?

¿Pero cómo creer en un Dios, depositar lo mejor de uno mismo en una entelequia supraterrenal, en un supremo director cuya batuta desencadena tantos males y, si no es causa directa de ellos, los mira con fría y burguesa impasibilidad? Es demasiado grosero el infucidio para poderlo trasegar con toda calma. Hasta ahora los dioses que inventaron los hombres fueron a su imagen y semejanza: vengativos, odiosos, autoritarios, con una bondad que escancian con cuentagotas, derramándose sobre los más obedientes y serviles, ¿Cómo una personalidad tan compleja y de una fortaleza única, como la que se desprende de sus libros, pudo adorar y apegarse a un dios cual nos lo pinta el catecismo cristiano? Es que en nuestros libros proyectamos lo que quisiéramos ser y no lo que en realidad somos.

Es lo inexplicable. ¿Acaso no es más racional, más indeciblemente bella, más noble y reconfortadora la religión de la utopía, la creencia en un hombre infinitamente superior en su plena virilidad e inteligencia, y trabajar para su lejanísimo advenimiento?

Este ensueño es mucho más embriagador que las religiones terrenales y prosaicas que nos han tocado en suerte. Y este ideal, ensueño, utopía o lo que sea, hace vibrar las fibras del misticismo innato que toda criatura contiene en sí como su tesoro más preciado. Bastaría afinárselas, descubrírselas a cada individuo, para que considerara burda toda otra creencia simbolizada en imágenes de palo y cera, inertes chirimbolos de un fetichismo peor que el de los salvajes.

No le inferimos el insulto a Gorky de no creer en la sinceridad de su conversión; pero sí permítasenos creer que entre las sinceridades hay también calidad, las videntes y las cadavéricas: unas engendran la vida, las otras dejan tras de sí miasmas letales; son sembradoras de innumerables muertes, bajo sus credos de conformidad y resignación y un amor hacia un pasado fenecido, que intenta resucitarlo, sin lograr que vegete nada más que la materia.

¿Es hacia esa religión que se inclinó Gorky en una oración interminable para pedir bienes de ultratumba?

Esperemos que una próxima obra suya nos revele la verdad de lo acontecido, y sepamos, si la profecía del taumaturgo de Yasnaia Poliana—quien fué creyente menos por fe que por convicción que se le debía imponer una doctrina de fraternidad al mundo — ha sido cumplida de una vez.

Entonces podremos juzgar con conocimiento de causa y explicarnos los dédalos que ha de recorrer el sentir de un hombre para renegar del patrimonio más precioso: la libertad anímica, del sentimiento y de la razón que sólo halla su ulterior perfeccionamiento en un constante devenir, en las religiones por crearse la religión de la eterna utopía. — At.

Las consecuencias de la guerra

La figura principal, Marte, quien saliendo del templo de Juno — según la costumbre romana estaba cerrado en tiempo de paz — se abalanza con el escudo y la espada ensangrentados, amenazando al pueblo con las mayores calamidades. El dios de la guerra no se cuida de Venus, que rodeada de Amores, se esfuerza, con besos y caricias, por retenerlo.

Por el otro lado, Marte es atraído hacia adelante por la furia de Alecto, quien empuña una antorcha.

Aquella mujer vestida de negro, con el velo desgarrado y desnuda de todo ornamento, es la desgraciada Europa, que desde hace años está sufriendo los mayores ultrajes, devastaciones, hambre y miseria por causa del azote de las guerras.

PABLO RUBENS

Anversa, 12 de marzo de 1638.

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(*Conclusión*)

Los niños sexualmente enfermos no pueden quedar en la escuela y en locales limitados, especialmente cuando existen allí más niños, ni tampoco en el domicilio; deben ser tratados en el hospital mientras puedan convertirse en portadores de la enfermedad para otros. Por desgracia, en Berlín sólo hay un departamento especial, el Kinderheilanstalt Buch.

En este momento (abril de 1925), en la sección para la gonorrea de ese hospital hay 56 niños, según me ha comunicado antes de ayer el Dr. Rosenstern, dos *seguramente* y otros 2 *probablemente* infectados por contacto sexual especial. De los otros 52 niños, 21 habrían sido infectados en la familia; de los 21 han dormido solos 11, y 10 han compartido la cama con otros miembros de la familia.

El consejero municipal del grupo administrativo III de la ciudad de Viena, me informa el 30 de marzo de 1925:

De los 130 niños que se encuentran actualmente en tratamiento, 60 casos son lues congénita y 70 gonorrea adquirida. Entre los últimos se establecieron 24 casos, es decir un 34 por ciento, en que los niños dormían en una misma cama con sus padres enfermos o con sus hermanos.

Ustedes ven cuán justa es la demanda: Retirar de la familia los niños sexualmente enfermos.

También debe tenerse en cuenta el tratamiento terapéutico posterior. Hoy es tratada sólo una pequeña parte de los niños sexualmente enfermos cuya elección depende del azar.

Como fuente de infección es nombrado siempre el W. C. común en las escuelas, que en su tiempo ha originado en Hamover una epidemia en niñas de 6 y 7 años. Ese W. C. había sido infectado por soldados que habían sido alojados en el edificio de la escuela. Recuerden ustedes los números de Kohn sobre el W. C. en los cuarteles de inquilinos de Berlín.

El doctor Langer califica los cuarteles de inquilinos como lugares ideales de cultivo de las enfermedades sexuales, los cuarteles de inquilinos donde los niños duermen en una misma cama con los adultos y en donde las hijas de diez y doce años son acostadas con los subinquilinos por falta de espacio, como se deduce de las declaraciones infantiles ante los tribunales.

La miseria de la habitación crea niños que buscan prematuramente el contacto sexual. Langer conoce una larga serie de casos en que niñas de 12 y 13 años se venden a escolares y en parte los infestaron. Se recuerda de un caso de su propia práctica médica en que una niña de 11 años que había sido violada previamente y había adquirido gonorrea, estuvo con 20 jóvenes.

En la sociedad alemana para el tratamiento de los psicópatas juveniles, comunicó el Dr. Gumpert en noviembre de 1924 un número de casos observados en la sección dermatológica del hospital Virchow en el transcurso de 1924.

De ellos doy sólo siete casos, y eso en el estilo lacónico de los expedientes que se usa allí:

2. L. Ll., 7 años, padre muerto, 2 hermanos, una hermana de 13 años con la cual duerme. La familia habita un cuarto y cocina. El cuarto es alquilado, el subinquilino abusó de la niña y la infestó.

3. Erna I., 10 años, la madre divorciada, vive con otro hombre, sin trabajo. La familia habita un solo cuarto. Una hermana de 8 años, con la cual duerme. La paciente ha sido violada por el "tío" que habita en la casa e infestada.

4. Erna F., 11 años, padre obrero, hermano de 17 años. La familia vive en un cuarto y cocina. Un amigo del hermano

violó a la niña hace diez días. L
te tiene relaciones sexuales con e
no, el hermano con la madre.

5. Lotte R., 9 años. Padre mu
hermanos no habitan en la cas
to y cocina. La paciente ha sido
por el sub-inquilino de 48 años
tada.

7. Hilda G., 11 años. Padre sin
cuatro hermanos. La familia ha
un cuarto solamente, la madre ha
festada hace dos años por el mari
cuatro hijos, que duermen en una
dos a la cabecera y dos a los pie
infestados.

9. Hans S., 10 años, gonorrea.
forme del médico escolar se hace re
el padre ha ganado siempre, pero
co dinero a la casa. La madre mur
14 días de tuberculosis. Ocho hijos,
cuales algunos trabajan, espantos
en la miseria. En dos muchachas
y de 8 años) han sido encontrados g
cos positivos. Toda la familia viste
pos. Vive en un domicilio compue
habitación y cocina. Dos camas, u
ma infantil sin ropa alguna. En
tres camas duermen 9—10 persona
tre ellas la madre tuberculosa has
muerte y los tres niños gonorreico

11. Else R., 13 años, tres hermana
hermanos. La familia dispone de d
bitaciones. La paciente ha sido sup
mente infestada en la escuela por
amiga. Tiene un hermano de 11 año
festado, que muestra igualmente s
sifilíticos."

En total, observa Gumpert, en el
so de 1924 hemos observado unos 5
sos por el estilo, atribuíbles a viola
incesto, infección familiar o relac
sexuales entre los niños.

Lo poco que conocen, incluso los e
los profesionales, esas condiciones l
muestra la comunicación de Gumpert,
asombró enormemente a médicos de
tológicos cuando conocieron las propo
nes y los tristes detalles de ese mate
También los círculos de la benefice

Errico Malatesta

EN EL CA

Jorge. —Escuche, si fuese verdad q
justicia, la moral exigieran y consagrar
la infelicidad, aunque fuera de un solo
diría de inmediato que derecho, justicia
más que mentiras, armas infames forja
fensa de los privilegiados; y tales han
entienden como usted las entiende.

Derecho, justicia, moral deben tender
estar posible de todos, o de otro modo s
prepotencia y de injusticia. Y es tan cie
cepto responde a la necesidad de la exist
arrollo del consorcio humano, que se ha
siste en la conciencia humana y va adqui
más fuerza a pesar de todos los esfuerz
aquellos que hasta ahora gobernaron el

Usted mismo no podrá defender más
sofismas las presentes instituciones social
cipios de la moral y de la justicia com
tiende cuando habla abstractamente.

Ambrosio. —Usted es ciertamente mu
No le basta negar, como me parece que h
de propiedad; pretende que nosotros se
de defenderlo con nuestros propios princ

Jorge. —Justamente. Si quiere se lo
próxima vez.

V

Jorge. —Por tanto, señor magistrado, s
ño, quedábamos en la cuestión del derecho

Ambrosio. —Efectivamente. Y siento

violó a la niña hace diez días. La paciente tiene relaciones sexuales con el hermano, el hermano con la madre.

5. Lotte R., 9 años. Padre muerto, los hermanos no habitan en la casa; cuarto y cocina. La paciente ha sido violada por el sub-inquilino de 48 años e infestada.

7. Hilda G., 11 años. Padre sin trabajo, cuatro hermanos. La familia habita en un cuarto solamente, la madre ha sido infestada hace dos años por el marido. Sus cuatro hijos, que duermen en una cama, dos a la cabecera y dos a los pies, están infestados.

9. Hans S., 10 años, gonorrea. Del informe del médico escolar se hace resaltar: el padre ha ganado siempre, pero da poco dinero a la casa. La madre murió hace 14 días de tuberculosis. Ocho hijos, de los cuales algunos trabajan, espantosamente en la miseria. En dos muchachas (de 14 y de 8 años) han sido encontrados gonococos positivos. Toda la familia viste harapos. Vive en un domicilio compuesto de habitación y cocina. Dos camas, una cama infantil sin ropa alguna. En esas tres camas duermen 9—10 personas, entre ellas la madre tuberculosa hasta su muerte y los tres niños gonorreicos.

11. Else R., 13 años, tres hermanas, tres hermanos. La familia dispone de dos habitaciones. La paciente ha sido supuestamente infestada en la escuela por una amiga. Tiene un hermano de 11 años infestado, que muestra igualmente signos sifilíticos."

En total, observa Gumpert, en el curso de 1924 hemos observado unos 50 casos por el estilo, atribuíbles a violación, incesto, infección familiar o relaciones sexuales entre los niños.

Lo poco que conocen, incluso los círculos profesionales, esas condiciones lo demuestra la comunicación de Gumpert, que asombró enormemente a médicos dermatológicos cuando conocieron las proporciones y los tristes detalles de ese material. También los círculos de la beneficencia pública fueron hallados en casi desconocimiento completo de esas causas, así como del curso y del tratamiento de las enfermedades sexuales en los niños; esto sin hablar de la incomprensión de los parientes. Exhorta, por tanto, a ensanchar esa misión de la salubridad más allá del horizonte puramente médico, para que abarque a todos los que quieren cooperar, por razones pedagógicas, social-políticas o simplemente humanas.

Según un informe del comisario de policía Müller, los delitos contra la moralidad aumentaron un 60 por ciento en 1924 en comparación con el año anterior. La previsora de la oficina juvenil central de la ciudad de Berlin, Charlotte Meyer, informa en la "Revista para la ciencia del derecho penal" (Vol. 45) que la oficina juvenil central en el período de febrero de 1922 hasta marzo de 1924 (es decir en dos años) ha tomado conocimiento de 25 casos de delitos contra la moralidad y en el período del primero de marzo de 1924 al 15 de julio del mismo año se ocupó de 34 casos. Indudablemente hay que calcular un número considerablemente mayor de tales deleites en los tribunales, pasando por alto los numerosos casos que pasan desapercibidos o que no son dados a conocer a las autoridades.

Y en la mayoría de los casos han sido complicados varios niños. Charlotte Meyer publica una estadística de 46 casos en que se abusó de 71 niñas y de 16 muchachos de 5 a 16 años. Los malhechores suelen ser los padres, los padrastros, los amantes de la madre, los subinquilinos. En parte los autores de esos delitos y los niños vivían juntos.

Charlotte Meyer se ocupa hondamente desde el punto de vista psicológico, de las víctimas de esos delitos y llega a la conclusión que la estructura mental de esos niños se explica por las condiciones generales de la sociedad. En los casos investigados por ella reaparece la miseria de la habitación. Doy unos casos solamente del material de Meyer, como prueba:

3. Ottilie K., nacida fuera del matrimonio, 14 años; poco después de su nacimiento se casaron los padres. En 1914 murió la madre. Ottilie fué con una tía y se educó allí. Después de ser licenciada de la escuela, Ottilie concurrió a una escuela comercial. Un viejo conocido, que no había estado en relaciones muy legítimas con ella, pagó los gastos de la enseñanza. Pasajeramente habitó la muchacha en su casa. El subinquilino de la tía, una vez que ésta no se hallaba en casa, violó a Ottilie.

6. Margarete F., 13 años, la madre había abandonado ya al padre a causa de su brutalidad y vivía con sus hijos, Margarete y un hijo menor; había aceptado un puesto de sirvienta. Después de la muerte del patrón quedó sin domicilio y tuvo que volver con su marido. Este vive con una muchacha de 18 años que queda en la casa después del regreso de la mujer y de los hijos (la casa se compone de una pequeña habitación y de la cocina), pero abandona la casa porque en sus borracheras se vuelve cada vez más brutal. Poco después el marido abusa de su hija Margarete. La madre da cuenta a las autoridades; no puede salvarse ya de las violencias; el marido es arrestado, pero en el juicio, según el párrafo 51, es absuelto.

9. Vera R., 10 años, el padre caído en la guerra. La madre cambia de oficio, lleva una pésima vida. Desde febrero de 1921 a diciembre de 1923 ha vivido en concubinato con cuatro hombres, pues una vez cedido su domicilio se veía obligada a habitar con quien la admitía; una vez habitó en una casa de prostitutas, donde Vera vió por la ventana los manejos de éstas: luego imitaba con los muchachos de la casa lo que había observado.

En una circular enviada por el Deutsche Archiv für Jugendwohlfahrt en enero de 1924 a las oficinas para la juventud, se indica que en el último tiempo la sección de los tribunales de menores de la oficina juvenil central de Berlin ha tenido conocimiento de casos crecientes en que niños y adolescentes son interrogados como testigos en procesos por delitos sociales. Hasta niños menores de cuatro años son interrogados policialmente.

¿Debo mencionarles cifras que demuestran que el alcohol juega un papel terrible en esa desdicha nacional, y que una parte de los delitos contra la moralidad sólo se explican porque el alcohol ha suprimido los frenos morales del hombre normal y ha obrado excitadoramente en los nervios sexuales?

El conocido sexólogo Leffler da una estadística de los delitos contra la moralidad. Según ella, tales delitos han sido cometidos en Viena en esta forma: domingos, 299, lunes, 190, martes, 128, miércoles, 100, jueves, 86, viernes, 100, sábado, 128. Wulffen, que reproduce estas y otras estadísticas semejantes en su obra *"Der Sexualverbrecher"*, observa: "Que los domingos son perpetrados la mayoría de los delitos, es cosa que depende del elevado disfrute de alcohol que se bebe esos días. Desde el domingo al lunes hay un fuerte decrecimiento, que se sostiene hasta fines de semana. El sábado, cuando termina el trabajo y es cobrado el salario, comienza el aumento."

Según Bar — un famoso tratadista del alcoholismo — el delito sexual aparece en un 66—67 por ciento de los casos de delincuencia originada por el alcohol. Escribe: "La influencia del alcohol en el hombre, como se sabe, precipita la disolución de las esferas motrices, aumentando especialmente en un cierto estadio el impulso volitivo, pero aflojando o suprimiendo totalmente los frenos éticos e intelectuales que han establecido en el individuo la conformación ética social y la educación. Pero el alcohol obra, sobre todo como afrodisíaco en la esfera sexual del hombre."

Forel escribe: "El alcohol tiene la virtud de paralizar la actividad cerebral y de oprimir los frenos psicológicos como sentimiento del honor, sentimiento del deber, razón, reflexión y recuerdo de decisiones anteriormente adoptadas, y esa paralización de las trabas instintivas hay

Errico Malatesta

(4)

EN EL CAFÉ

Jorge. —Escuche, si fuese verdad que el derecho, la justicia, la moral exigieran y consagraran la opresión y la infelicidad, aunque fuera de un solo ser humano, le diría de inmediato que derecho, justicia, moral, no son más que mentiras, armas infames forjadas para la defensa de los privilegiados; y tales han sido cuando se entienden como usted las entiende.

Derecho, justicia, moral deben tender al máximo bienestar posible de todos, o de otro modo son sinónimos de prepotencia y de injusticia. Y es tan cierto que este concepto responde a la necesidad de la existencia y del desarrollo del consorcio humano, que se ha formado y persiste en la conciencia humana y va adquiriendo cada vez más fuerza a pesar de todos los esfuerzos en contra de aquellos que hasta ahora gobernaron el mundo.

Usted mismo no podrá defender más que con pobres sofismas las presentes instituciones sociales con los principios de la moral y de la justicia como usted los entiende cuando habla abstractamente.

Ambrosio. —Usted es ciertamente muy presuntuoso. No le basta negar, como me parece que hace, el derecho de propiedad; pretende que nosotros somos incapaces de defenderlo con nuestros propios principios...

Jorge. —Justamente. Si quiere se lo demostraré la próxima vez.

V

Jorge. —Por tanto, señor magistrado, si no me engaño, quedábamos en la cuestión del derecho de propiedad.

Ambrosio. —Efectivamente. Y siento verdadera curiosidad por oírle defender en nombre de la justicia y del derecho sus propósitos de expoliación y de rapiña.

Una sociedad en que nadie estuviera seguro de lo suyo, no sería ya una sociedad, sino una horda de lobos dispuestos siempre a devorarse entre sí.

Jorge. —¿Y no le parece que sea ese propiamente el caso de la sociedad actual?

Usted nos acusa de querer la expoliación y la rapiña; pero al contrario, ¿no son los propietarios los que expolian continuamente a los trabajadores y les arrebatan el fruto de su trabajo?

Ambrosio. —Los propietarios emplean sus bienes como mejor les parece y tienen el derecho de hacerlo, del mismo modo que los trabajadores disponen libremente de sus brazos. Patrones y obreros contratan libremente el precio de la obra y cuando el contrato no es violado, ninguno tiene derecho a quejarse.

La caridad podrá aliviar los dolores demasiado agudos, los sufrimientos inmerecidos, pero el derecho debe permanecer intangible.

Jorge. —¡Pero qué dice usted de contrato libre! Si el obrero no trabaja no come, y su libertad se parece a la del viajero asaltado por los ladrones, que da la bolsa para que no le quiten la vida.

Ambrosio. —Admitámoslo; pero no por eso puede negar el derecho a cada cual de disponer de lo suyo como le plazca.

Jorge. —¡Lo suyo, lo suyo! Pero, ¿cómo y por qué puede decir el propietario agrícola que la tierra y los productos son suyos y cómo puede llamar bienes suyos el capitalista a los instrumentos de trabajo y a los demás capitales creados por la actividad humana?

Ambrosio. —La ley les reconoce el derecho.

Jorge. —Ah, si no es más que la ley, entonces también el bandolero de los caminos podría sostener el derecho a asesinar y a robar: no tendría más que formular algunos artículos de ley que le reconociesen ese derecho. Y por lo demás, eso es precisamente lo que han hecho las clases dominantes: o han hecho la ley para consagrar las usurpaciones ya perpetradas, o la han hecho como medio para usurpaciones nuevas.

Si todos sus "supremos principios" están fundados en los códigos, bastará mañana que una ley decrete la abolición de la propiedad privada, y lo que usted llama rapiña y expoliación se convertirá repentinamente en un "principio supremo".

Ambrosio. —¡Oh, pero la ley debe ser justa! debe conformarse con los principios del derecho y de la moral y no ser simplemente el efecto del capricho desenfrenado, de otro modo...

Jorge. —Por lo tanto no es la ley la que crea el derecho, sino el derecho el que justifica la ley. Y entonces, ¿cuál es el derecho según el que toda la riqueza existente, tanto la natural como la creada por el trabajo del hombre, pertenece a pocos individuos y les da derecho de vida y de muerte sobre la masa de los desheredados?

Ambrosio. —Es el derecho que tiene, que debe tener todo hombre a disponer libremente del producto de su actividad. Es un sentimiento natural del hombre, sin el cual no habría sido posible civilización alguna.

Jorge. —¡Hola! he aquí cómo se convierte en defensor de los derechos del trabajo. ¡Muy bien! pero dígame ahora, ¿cómo es que aquellos que trabajan son los que no tienen nada, mientras que la propiedad pertenece precisamente a los que no trabajan?

¿No le parece que el resultado lógico de su teoría sería que los actuales propietarios son los ladrones, y que, en justicia, sería necesario expropiarlos para devolver las riquezas usurpadas a sus legítimos propietarios, los trabajadores?

Ambrosio. —Si hay propietarios que no trabajan es porque han trabajado antes, ellos o sus antepasados, y tuvieron la virtud de ahorrar y el ingenio de hacer fructificar sus ahorros.

Jorge. —¡Sí, imagínese usted un trabajador, que en general apenas gana para sostenerse en pié, ahorrando y amontonando riquezas!

Usted sabe bien que los verdaderos orígenes de la propiedad están en la violencia, en la rapiña, el robo legal o ilegal. Pero admitamos que uno haya hecho economías sobre el producto de su trabajo, de su propio trabajo personal: si las quiere disfrutar más tarde, cuando y cómo le parezca, no hay nada que objetar. Pero la cosa cambia completamente de aspecto cuando comienza lo que usted llama hacer fructificar los ahorros. Eso significa hacer trabajar a los demás y robarles una parte de su trabajo; significa acaparar mercaderías y venderlas más caras de lo que cuestan; significa crear artificialmente la carestía para especular sobre ella; significa quitar a los otros los medios para vivir trabajando libremente a fin de obligarles luego a trabajar por un salario mezquino, y tantas otras cosas semejantes que no corresponden ya al sentimiento de justicia y que demuestran que la propiedad, cuando no deriva de la rapiña franca y abierta, deriva del trabajo de los demás, que los propietarios han hecho girar de un modo u otro en su propio beneficio.

¿Le parece a usted justo que un hombre que, concedámoslo, con su trabajo y con su ingenio ha reunido un poco de capital, pueda después robar a los otros los productos de su trabajo y además asociar a todas las generaciones de sus descendientes el derecho a vivir ociosas sobre las espaldas de los trabajadores?

que atribuirla a que el instinto sexual, una vez despertado y excitado, tiende a aumentar hasta su satisfacción y en el estado de borrachera se conserva vivaz."

En la estrechez y la superpoblación de la vivienda proletaria, el bebedor se convierte en la hiena que cae arteramente sobre las víctimas del cuartel de inquilinos, paralizadas en su fuerza de resistencia por condiciones de vida que matan todo sentimiento de rubor y que corrompen los hábitos morales.

Si dada la falta actual de viviendas, no podemos despoblar ya los cuarteles de inquilinos, debemos, al menos, combatir el alcoholismo, para expulsarlo de la vivienda proletaria.

Veamos retrospectivamente el material expuesto: vemos amontonados hombres en viviendas insanas, viejas, y esos hombres son predispuestos por su situación a los desvíos morales que a consecuencia de la estrechez de la vivienda son enormemente peligrosos en sus consecuencias. Hemos reconocido la miseria de la habitación como una fuente apestada de plagas para el cuerpo y para el alma del pueblo.

La penuria de la habitación disminuye las zonas de defensa en muchos casos hasta el extremo. Diversos miembros de la familia duermen en una cama; la hija de diez y seis años duerme entre el padre y la madre en una misma cama: Hans v. Henting da cuenta de un caso parecido en relación con una estadística sobre los delitos de incesto: según la estadística de éste, que abarca 95 casos, el lugar del incesto en la habitación, en especial el dormitorio en 73 casos, la cocina en 5, el bosque en 4, el establo en 2, el sótano, el taller, la buhardilla, la taberna, los viajes, el jardín, la carretera, etc., en una vez cada una.

El señor von Henting observa: "En el dormitorio debemos suponer casi siempre penuria de espacio, pues sólo en la mayor estrechez podría pasar desapercibido el delito para la madre u otros miembros de la familia."

Creo haberles hecho comprender en mi conferencia la urgencia de combatir la penuria de la habitación, pues apenas habría una tarea social más apremiante para nuestro pueblo y nuestros gobiernos.

Hemos visto que la miseria de la habitación no ha surgido de la guerra o de la revolución, sino que es una vieja pena, causada por nuestro orden social al revés, ante todo porque la tierra, que necesitamos ineludiblemente para poder vivir, y que no puede acrecentarse a voluntad, lleva en sí el carácter de monopolio y sin embargo es negociada, como cualquier artículo producible a voluntad.

Las condiciones urbanas de la vivienda están dadas por el orden de edificación de la comuna, por los principios político-agrarios y la práctica comunal. Los concejos deliberantes y parlamentos provinciales, así como los órganos de administración estatal y comunal son los creadores de las leyes referentes a la comuna. Pero en última instancia, deciden abierta o simuladamente en las corporaciones legislativas los propósitos del capital financiero y terrícola.

El cuartel berlinés de inquilinos es, por ejemplo, el producto esencial del viejo plan de edificación de 1858. Entonces se eligieron diputados al parlamento provincial en base a un sistema electoral, sobre el cual el propio *Kreuzzeitung* escribió el 18 de abril de 1866: que no "testimonia otra cosa que la representación del capital financiero con la apariencia mentirosa de ser una representación de todo el pueblo"; — la "formación de una moderna aristocracia del dinero" significa "que todo lo elevado y lo noble es hundido en el polvo del más vulgar materialismo"! El sistema comunal electoral de entonces contenía todavía el privilegio de los propietarios de casas, según el cual la mitad de los puestos de concejal eran reservados a los caseros, es decir se asegu-raba la mayoría a aquellos partidos que estaban interesados contra el interés público en los altos alquileres (que significan también un alto precio de la tierra), en la edificación elevada, en los cuarteles de inquilinos, es decir en el aprovechamiento inescrupuloso más rentable posible de la tierra y en la lenta ampliación de las ciudades, es decir en la más grande densidad de la población, en el agudizamiento de la demanda de viviendas. Llevaría muy lejos la demostración con ejemplos del sistema de corrupción de entonces.

La tierra no debe abandonarse a particulares como objeto comercial privado. No puede quitársele sencillamente a los propietarios que la adquirieron de una manera judicialmente inobjetable, pero el Estado puede forzar económicamente a los propietarios de tierra, por medio de impuestos, a que sometan su tierra a la finalidad social natural (1).

Estos días me decía el propietario de algunos cuarteles proletarios de inquilinos: "Para mí es completamente igual si tengo en mis casas viviendas para hombres o chiqueros, siempre que sea indemnizado debidamente". Esa expresión aclara meridianamente la situación...

VICTOR NOACK

---

(1) *Al transcribir documentos como estos, naturalmente, pasamos por alto las partes en que los autores insinúan medidas para remediar el mal descripto; nuestros lectores harán seguramente lo mismo, pues nosotros no sólo rechazamos fundamentalmente la intervención del Estado en la vida social, sino que combatimos la institución misma del Estado.*

N. de R.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

BIBLIOGRAFIA

"Almanaque A Batalha" — porta voz da organizacao operaria portuguesa.

Es un volumen bien presentado tipográficamente, y de texto variadísimo. Su sumario nos dará una idea aproximada de la riqueza de información y de sus relatos, sus divulgaciones de conocimientos científicos, históricos, literarios: Almanaque o Calendario del año, con el detalle de todos los meses; datos para la historia del movimient sindicalista de Portugal; resumen diario de hechos notables de la vida obrera; militantes y propagandistas muertos; ciencia, sociología, arte, literatura y crítica; curiosidades históricas y científicas; anécdotas, pensamientos; organizaciones sindicalistas; legislación obrera; direcciones de las organizaciones obreras nacionales.

Está ilustrado con grabados que aluden en su mayoría a las gestas revolucionarias del proletariado portugués, y a los hechos vandálicos cometidos contra el local de "A Batalha" con el empastelamiento de su imprenta — sucesos ocurridos hace algunos años. También trae la lista de toda la prensa, social-anarquista y sindicalista que ve la luz pública en Lisboa.

Aprender bajo la dirección de un maestro, me fué rehusado. Sin embargo haría muy mal quejándome de ello. El estudio solitario tiene también su valor. No nos obliga a moldearnos con el troquel oficial; deja intacta nuestra originalidad. El fruto silvestre, cuando llega a su plena madurez, posee otro sabor que el que producen las tierras de los invernaderos.

J. H. FABRE

¿Le parece justo que porque haya habido unos pocos hombres laboriosos y económicos — hablo así para ponerme en su manera de ver — que han acumulado capital, la gran masa de la humanidad deba ser condenada a la perpetua miseria y al embrutecimiento?

Y por otra parte, aun cuando uno haya trabajado por sí mismo, con sus músculos y su cerebro, sin explotar a nadie; aun cuando contra toda posibilidad concebible hubiese uno podido producir mucho más de lo que le es necesario, sin el concurso directo o indirecto de toda la sociedad, no podría por eso ser autorizado para causar mal a los demás, para quitarles los medios de vida. Si alguien hiciera un camino a lo largo del litoral no podría reivindicar por eso el derecho a impedir a los otros el acceso al mar. Si alguien pudiese desmontar y cultivar por sí solo todo el territorio de una provincia, no podría por eso pretender condenar al hambre a todos los habitantes de la provincia. Si uno hubiese creado nuevos y poderosos medios de producción, no tendría derecho a usar de su invención de modo para someter a los hombres a su dominio y menos aún el de asociar a toda la serie infinita de sus descendientes el derecho a dominar y explotar las generaciones futuras.

Pero, ¿cómo suponer, aunque sólo sea un instante, que los propietarios son los trabajadores o descendientes de trabajadores? ¿Quiere usted que le cuente los orígenes de la riqueza de todos los señores de nuestra comuna, tanto de los nobles de vieja estirpe como de los comendadores recién enriquecidos?

Ambrosio. —No, no, por favor, dejemos a un lado las cuestiones personales.

Si hay riquezas mal adquiridas, no es esa una razón para negar el derecho de propiedad. Lo pasado, pasado y de nada sirve remover los vicios originales.

Jorge. —No los removamos si así lo desea. Para mí la cosa no tiene importancia. La propiedad individual debe ser abolida, no sólo porque puede haber sido más o menos mal adquirida, sino porque da el derecho y los medios de explotar el trabajo ajeno y, desarrollándose, acaba siempre por poner la gran masa de los hombres bajo la dependencia de unos pocos.

Pero, a propósito, ¿cómo puede justificar usted la propiedad individual de la tierra con su teoría del abo rro? De ella no puede decirse que ha sido producida por el trabajo de los propietarios o de sus antepasados!

Ambrosio. —He aquí la cuestión. La tierra inculta, esteril, no tiene valor. El hombre la ocupa, la abona, la hace fructífera, y naturalmente tiene derecho a los frutos que sin su obra no habría producido la tierra.

Jorge. —Perfectamente: ese es el derecho de los trabajadores a los frutos de su trabajo; pero ese derecho cesa apenas cesan de cultivar la tierra. ¿No le parece?

Ahora bien, ¿cómo es que los propietarios actuales poseen territorios a menudo inmensos, que no trabajan ellos mismos, que no han trabajado nunca y que, a menudo, no hacen siquiera trabajar a los otros? ¿Cómo es que pertenecen a personas privadas tierras que jamás fueron cultivadas? ¿Cuál es el trabajo, cuál es la mejora que puede haber dado origen, en tal caso, al derecho de propiedad?

La verdad es que para la tierra, como para lo demás, y más todavía, el origen de la propiedad es la violencia. Y usted no logrará justificarla si no es aceptando el principio de que el derecho es la fuerza, en cuyo caso... ¡ay de ustedes si un día son los más débiles!

Ambrosio. —Pero en suma, usted pierde de vista la utilidad social, las necesidades inherentes al consorcio civil. Sin el derecho de propiedad no habría seguridad ni trabajo ordenado: y la sociedad se disolvería en el caos.

Jorge. —¡Cómo! ¿ahora habla de utilidad social? ¡Pero si en nuestras primeras conversaciones yo no me ocupaba más que de los males que la propiedad privada produce, y usted me recordó la cuestión del derecho abstracto!

Pero basta por esta noche. Discúlpeme, debo marchar. Volveremos a hablar.

VI

Jorge. —Y bien, ¿han visto lo que ha sucedido? Alguien comunicó a un periódico la conversación que tuvimos la vez pasada, y por haberla publicado, aquel periódico ha sido secuestrado (1).

Ambrosio. —¡Ah!

Jorge. —No, usted no sabe nada, claro está... No comprendo cómo puede pretender tener razón cuando tiene tanto miedo de que el público oiga discutir sobre sus ideas. En aquel periódico estaban fielmente reflejados sus argumentos y los míos. Usted debería estar contento de que el público pueda apreciar las bases racionales sobre las cuales se apoya la presente constitución social, y hacer justicia a las vanas críticas de sus adversarios. ¡Pero al contrario, usted cierra la boca a la gente, confisca!

Ambrosio. —Yo no intervengo en eso para nada; pertenezco a la magistratura judicial y no al ministerio público...

Jorge. —Sí, sí, pero son todos colegas y el mismo espíritu les anima.

Si mis conversaciones le aburren, dígamelo... e iré a hablar a otra parte.

---

(1) *Algunos de estos capítulos fueron escritos en* 1897 *y publicados en* L'Agitazione *de Ancona, que era frecuentemente víctima del secuestro.*

Ambrosio. —No, no, al contrario. Le confieso que me interesan mucho. Continuemos, y en cuanto al secuestro, diré una palabra al procurador del rey. Después de todo, tal como es la ley, nadie puede negarle el derecho a discutir.

Jorge —Continuemos, pues. La otra vez, si me recuerdo bien, al defender el derecho de propiedad usted tomó por base primero la ley positiva, es decir el código, después el sentimiento de justicia, y por lo tanto la utilidad social. Permítame que recapitule en pocas palabras mis ideas al respecto

Según mi opinión, la propiedad individual es injusta e inmoral porque está fundada o bien sobre la violencia abierta o sobre el fraude, o sobre la explotación legal del trabajo ajeno; y es nociva porque obstaculiza la producción e impide que se obtenga de la tierra y del trabajo todo lo necesario para satisfacer las necesidades de todos los hombres, porque crea la miseria de las masas y engendra el odio, los crímenes y la mayor parte de los males que afligen la sociedad moderna. Por eso la quisiera abolida para substituirla por un régimen de propiedad común, en el cual todos los hombres, dando su justa contribución de trabajo, obtuviesen el máximo bienestar posible.

Ambrosio. —Pero verdaderamente yo no veo con qué lógica llega usted a la propiedad común. Usted ha combatido la propiedad porque, según su opinión, se deriva de la violencia y de la explotación del trabajo; ha dicho que los capitalistas regulan la producción en vista de su beneficio y no para satisfacer lo mejor que se pueda las necesidades del público con el menor esfuerzo posible de los trabajadores; usted ha negado el derecho a obtener una renta de una tierra que no se cultiva con las propias manos, de prestar a interés el propio dinero o de sacar un beneficio empleándolo en la construcción de casas y otras industrias; pero el derecho del trabajador al producto del propio trabajo lo ha reconocido usted mismo; más aún, se ha hecho su paladín.

Por consiguiente, en lógica estricta, usted puede reclamar la verificación de los títulos de propiedad hecho según su criterio, la abolición del interés del dinero y de la renta; puede incluso pedir la liquidación de la sociedad presente y la división de las tierras y de los instrumentos de trabajo entre los que quieren servirse de ellos... pero no puede hablar de comunismo. La propiedad individual de los productos del trabajo personal deberá existir siempre; y si quiere que su trabajador emancipado tenga la seguridad del mañana, sin la cual no se hace trabajo alguno que no da un fruto inmediato, debe reconocer también la propiedad individual de la tierra y de los instrumentos de producción que uno emplee, al menos mientras los emplee.

AÑO V

LA

PORTE PAGO $

U. Telefónica 0.478 — B.

La Liga del ganso

Al fin, la institución paquidérmi apolillada vetustez, se partió en do la respectiva desolación de los escu nes de burócratas, convertidos en m tones: presuntos hacedores de una cidad internacional, y en realidad mios manipuladores de guisos y sals cretas. Había que contentar el gust tragado de la clientela antigua, ver ros *gourmets* para la intriga subt nea de las catacumbas de la diplom donde el empleo de la linterna sord de rigurosa necesidad. Esta vez el tr zo ha sido formidable, por más que ra el único final esperado por un nú de hombres sensatos.

Felicítese la idiotez universal, por to largo no tendrá Liga de las Nacio Para nosotros nunca existió. Poseía t las cualidades repugnantes del feto i lectual. Algo a medias, en una anfibie completamente estéril. Era el vivo re to de sus padres putativos y espiri les. Era, además, un verdadero *tour force* el hecho de pretender amasar, c ciliar concepciones mechadas de un id lismo trasnochado, con otras imbuídas franca rapiña. Wilson, en su choche quiso realizar lo de un fraile del med evo: el híbrido injerto de una paloma, un ganso y de una águila.

Eso demuestra elocuentemente la co fusión, el caos de la mentalidad burgu sa. Son mentes complicadas, no comp jas. Por eso enriedan, complican, entu bian las visiones más claras de la vid Esto, cuando existe una elemental sinc ridad, como pudo haberla en el caso Wilson, pues pagó ese esfuerzo con quebranto mortal de su salud. Convert do demasiado tarde a la idea del liber lismo, agobiado por prejuicios secular y con un bagaje de normalista, esa Lig fué su auténtico aborto. Y de ese aborto los politiqueros de la extenuada Europe se aprovecharon para convertirlo en su catacumbas y tramar la red con que están aprisionando el mundo.

Asombra, causa intensa estupefacción comprobar cómo la bestiezuela humana trabaja, se agita, se revuelve para hacer de los asuntos más simples, madejas de los inhallables; afligiéndose luego y angustiándose solamente porque no quiso tomar el camino más recto y corto por parecerle demasiado sencillo, demasiado llano. Un hombre ignaro siempre desconfiará de la sencillez, como si hubiese una trampa, un engaño escondido. Es a ese patrón que se ajusta la mentalidad, o más bien la psicología del politicante burgués. Es su más fiel servidor y explotador al mismo tiempo.

Pero cuando esas mentalidades se trepan a las altas esferas de la política y se adhieren a los asuntos internacionales, hay que añadir a esa vieja manía de complicar las cosas la mala fe y la doblez de

AÑO V

BUENOS AIRES, 29 DE MARZO DE 1926

N.o 218

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Modesto Yañez
Bartolomé Mitre y Gilemes
SALTA

La Liga del ganso, del águila y de la paloma

Al fin, la institución paquidérmica de apolillada vetustez, se partió en dos, con la respectiva desolación de los escuadrones de burócratas, convertidos en marmitones: presuntos hacedores de una felicidad internacional, y en realidad eximios manipuladores de guisos y salsas secretas. Había, que contentar el gusto estragado de la clientela antigua, verdaderos *gourmets* para la intriga subterránea de las catacumbas de la diplomacia, donde el empleo de la linterna sorda es de rigurosa necesidad. Esta vez el tropiezo ha sido formidable, por más que fuera el único final esperado por un núcleo de hombres sensatos.

Felicítese la idiotez universal, por rato largo no tendrá Liga de las Naciones. Para nosotros nunca existió. Poseía todas las cualidades repugnantes del feto intelectual. Algo a medias, en una anfibiedad completamente estéril. Era el vivo retrato de sus padres putativos y espirituales. Era, además, un verdadero *tour de force* el hecho de pretender amasar, conciliar concepciones mechadas de un idealismo trasnochado, con otras imbuídas de franca rapiña. Wilson, en su chochera, quiso realizar lo de un fraile del medioevo: el híbrido injerto de una paloma, de un ganso y de una águila.

Eso demuestra elocuentemente la confusión, el caos de la mentalidad burguesa. Son mentes complicadas, no complejas. Por eso enriedan, complican, enturbian las visiones más claras de la vida. Esto, cuando existe una elemental sinceridad, como pudo haberla en el caso de Wilson, pues pagó ese esfuerzo con el quebranto mortal de su salud. Convertido demasiado tarde a la idea del liberalismo, agobiado por prejuicios seculares y con un bagaje de normalista, esa Liga fué su auténtico aborto. Y de ese aborto, los politiqueros de la extenuada Europa, se aprovecharon para convertirlo en sus catacumbas y tramar la red con que están aprisionando el mundo.

Asombra, causa intensa estupefacción, comprobar cómo la bestiezuela humana trabaja, se agita, se revuelve para hacer de los asuntos más simples, madejas de hilos inhallables; afligiéndose luego y angustiándose solamente porque no quiso tomar el camino más recto y corto por parecerle demasiado sencillo, demasiado llano. Un hombre ignaro siempre desconfiará de la sencillez, como si hubiese una trampa, un engaño escondido. Es a *ese* patrón que se ajusta la mentalidad, o más bien la psicología del politicante burgués. Es su más fiel servidor y explotador al mismo tiempo.

Pero cuando esas mentalidades se trepan a las altas esferas de la política y se adhieren a los asuntos internacionales, hay que añadir a esa vieja manía de complicar las cosas la mala fe y la doblez de las intenciones en todo el despliegue de la astucia ruin. Entonces todas las tragedias, malentendidos, las catástrofes son posibles y hacederas. Y la Liga ha sido el vivero de todas ellas. Al terminar una, tenía preparada otra. No estaba propiamente en el mecanismo, ya de por sí viciado, sino en los hombres de un ideario en abierta pugna con las conquistas de la dignidad y del ingenio humano.

Poco o nada importa esta última tramoya de las potencias tiburones. Ellas, Gran Bretaña, Francia y Cía., después de haber conjurado el peligro de un posible concierto de Alemania con la diplomacia moscovita, buscaron un ardid para dejarla sin asiento en la Liga, obligando ahora a perpetuarse en un statu quo que, vedándole temporalmente la alianza con Rusia, podía favorecerlas a ellas en sus posteriores maniobras en el seno del Consejo. Brasil, por supuesto, fué el motivo visible de la definitiva ruptura. Lo único es el cacareo jactancioso de estos pobres diablos de gobernantes y políticos brasileros, quienes sólo sirvieron de instrumento.

Pero, como decimos, poco importa esta incidencia, porque cualquier acontecimiento de parecida índole podía provocar de idéntica manera el quebrantamiento de esa institución internacional. En su calidad de feto, ya llevaba el germen de la muerte.

Se pretende resucitarla dentro de un plazo prudencial. Vano intento, — aunque para la vieja farsa política de los merodeadores internacionales, todo esto es un suculento negocio.

Vano intento, repetimos, de estos enterradores de la paz mundial. ¿Cómo pueden los representantes de un régimen general de ignominia, los Briand, los Chamberlain, los Mussolini — no obstante los nombres sean lo de menos, — organizar siquiera una paz temporal que dure una cincuentena de años, si sus secretos designios son los de continuar armándose, aplastando a los pueblos con tremendos presupuestos de guerra y marina. ¿Cuántos trabajos no se dan, no se cargan encima en un andar y venir de Sísifo para huirle a ese eterno problema de desarmar los espíritus?

La misma atmósfera moral que presidió la catástrofe sigue siendo la de estos tiempos. Y peor quizás. Desatadas las bridas del instinto carnicero de la fiera humana, sigue subsistiendo y subsistirá por mucho tiempo todavía, azuzado como se halla por todos los gobiernos de fuerza.

No es en ellos, los decrépitos estafermos que hoy por hoy rigen los destinos de la menguada Europa; los reaccionarios disfrazándose de palomos, que depositaremos nuestra fe de soñadores, por cierto. Lejos de esto. Es una fuerza oscura que está gestándose, dispersa energía, ejército todavía invisible de almas sedientas de justicia, quienes aparecen siempre en los momentos más turbios de la humanidad. No se hallan en una sola clase, la de los desheredados solamente, en las milicias del hambre, se encuentran en todas partes. Y ese es el signo más manifiesto de que mientras se está forjando nuevas matanzas colectivas, hay paralelamente otra parte de la humanidad que piensa en contrarrestarlas. Es la labor lenta del libro, de la educación personal, la prédica cotidiana de todos los hombres que sinceramente odian el presente porque aman el porvenir. Podríamos dar ejemplos de este reguero de fe que recorre subterráneamente la base de las sociedades contemporáneas roídas por el lujo monstruoso, lupercálico, por el alcohol y los tóxicos.

Basta leer el libro "Realities of War" — *Realidades de la guerra* — para comprender que en esas palabras melancólicas — al comprobar que los viejos com[illegible]es de la guerra reniegan ahora de la [illegible]ón que prometieron hacer con sus p[illegible]anos, como ejemplar escarmiento [illegible] vívida, una esperanza de futura reden[illegible].

Riamos de estas carcasas matusalénicas, de un Mussolini, que habla de paz internacional y hace asesinar a destajo en su querida patria; confeccionando así un caldo de cultivo donde toda la flora microbiana de la guerra está pronta a saltar; riámonos de los Poincaré y de todos los que abogan por la violencia sangrienta en casa, que fuera se presentan como corderos pascuales.

Creen que con decretar en un congreso el desarme siempre parcial y la paz futura, se podrá cumplirla, antes, sin arrancar de raíz todos los métodos que apuntalan la patria, la iglesia, es decir todas las ignominias, que procuran convertir a los hombres en tantas manadas de lobos contra los lobos mismos.

FABULA QUE NO LO ES

Tanto elogió el zorro la voz del cuervo, que éste, por pagar su vanidad, graznó y se le fuè el queso, que es lo que esperaba don Juan.

(La Argentina es el cuervo. El zorro, la Liga de las Naciones)

D. A. DE SANTILLAN

De la revolución y la contrarrevolución

LOS SUCESOS DE LA MARINA ALEMANA EN 1917

De la mano de los documentos sacados a la luz pública recientemente por el diputado socialdemócrata Wilhelm Dittmann, queremos resumir los sucesos de la marina alemana en 1917, que [illegible] ser prodigios de enseñanza para los trabajadores si éstos quisieran abrir los ojos a la realidad.

El diputado Dittman es una personalidad prominente de la socialdemocracia y fué uno de los dirigentes del partido socialdemócrata independiente que se formó durante la guerra en oposición al grueso del partido, reaccionario hasta la médula y más patriota que la corte imperial. Dittman pertenece al comité parlamentario de investigación de los sucesos de la marina, y como tal ha promovido gran escándalo periodístico con sus descubrimientos, que no constituyen más que una parte mínima de los crímenes de la oficialidad imperial y que no son más repugnantes que los crímenes socialdemócratas contra la revolución.

La misión principal de Dittman consistió en probar que el partido socialdemócrata independiente, no ha tenido ninguna participación en los amotinamientos militares, como se ha sostenido por sus adversarios políticos. El proceso de Munich demostró hasta la saciedad que era una gran injusticia acusar a la socialdemocracia en general de haber abrigado pensamientos revolucionarios. Dittman reivindica a su anterior partido de toda sospecha de revolucionarismo. La franqueza con que los socialdemócratas todos confiesan su amor a la patria y sus deseos fervientes de servir al capitalismo y al emperador, es ciertamente conmovedora. Esa franqueza los reivindica a nuestros ojos. Más vale un enemigo declarado que un amigo traidor. Si alguna vez hemos odiado cordialmente a los jefes socialdemócratas alemanes, después de los procesos de Magdeburg y Munich, y del discurso de Dittman mencionado, todo nuestro odio ha desaparecido. En cambio sentimos sólo un infinito desprecio hacia las masas obreras que esperan majaderamente su salvación de esos convictos y confesos servidores del capitalismo que ofician de jefes de millones de trabajadores.

Según las actas del ministerio de la marina, desde el comienzo de la guerra hasta fines de 1917, se dictaron en las unidades navales de la marina imperial, las siguientes condenas: 180 años y 5 semanas de prisión, 18 años y un mes de presidio y 10 sentencias de muerte (dos de ellas ejecutadas). Entre las penas de presidio figuran fallos de 10, 12 y 15 años contra algunos condenados.

En el verano de 1917 ocurrieron en la marina algunos disturbios y amotinamientos, al parecer sin ningún carácter político; la causa principal era el mal trato dado a los marineros, la escasez de alimentos y la insolencia creciente de la oficialidad. Los oficiales tenían en los barcos una cocina especial y en provecho de esa cocina se esquilmaba hasta el extremo la provisión de los marineros y del personal de a bordo. El fogonero Sachse, condenado a muerte y luego agraciado con 15 años de presidio, declaró a Dittman que en el presidio de Rensburg se comía mucho mejor en 1918 que en el barco Friedrich der Grosse en 1917. Y no contentos los oficiales con saquear las provisiones de los marineros, robaban a la luz del día los mejores alimentos para sus familias. A eso se agregó aún el placer evidente de martirizar a los pobres marineros, regateándoles las vacaciones y exponiéndoles a un exceso de maniobras, para las cuales no estaban suficientemente alimentados. Ya el 6 de junio de 1917 se produjo una huelga del hambre en el Prinzregent Luitpold; el 19 de julio nueva huelga del hambre como protesta contra la pésima alimentación, que contrastaba con la de los oficiales enormemente. Y así en todos los barcos. La situación era insoportable. En vista de la prohibición sistemática de bajar a tierra, los marineros y fogoneros decidieron obrar por su propia cuenta. El 1 de agosto de 1917 abandonaron 49 hombres del Prinzregent Luitpold el barco para ir a tierra; estuvieron en Deich y regresaron después de dos horas. De esos 49 hombres, 11 fueron arrestados. Como protesta por ese castigo parcial, al día siguiente a las siete de la mañana, abandonaron el barco, que estaba en el astillero, 400 hombres de la tripulación; unas horas después fueron hechos volver sin violencia alguna.

Pero los consejos de guerra nombrados para investigar los acontecimientos del Prinzregent Luitpold del 1 y 2 de agosto, es decir, el hecho de bajar a tierra sin permiso, quisieron hacer, de un gesto de descontento tan infantil, todo un mundo de conspiraciones revolucionarias. La investigación presentó las cosas como si los sucesos fuesen inspirados por el partido socialdemócrata independiente y tuvieran por fin una negativa de la obediencia y una paz sin anexiones. La formación de comisiones para las provisiones, formadas por soldados y marineros, con la anuencia del gobierno central, dió motivo a un movimiento de agrupación de las tropas en defensa de sus intereses contra la oficialidad. En la marina fueron el foguista Sachse, el marinero Reichpietsch y el marinero Weber, los que más se distinguieron en el fomento de esas comisiones. La tripulación de los diversos barcos de la flota halló modos de comunicarse entre sí. Las injusticias y arbitrariedades de la oficialidad irritaron más y más los ánimos.

La investigación judicial, en donde se distinguieron dos personajes que ascendieron después considerablemente en su carrera burocrática, Dr. Dobring y Dr. Loesch, encontró en la revisación de las cosas de los marineros y fogoneros arrestados, algún periódico socialdemócrata, cartas de la familia, manifiestos, y se quiso fundar en ese sólo hecho un castillo de naipes. Pero la lectura de los periódicos socialdemócratas era permitida por las autoridades. El material confiscado circulaba libremente y no podía considerarse como subversivo. Lo poco que se encontró de propaganda clandestina procedía, según Dittman, de los radicales de izquierda (espartaquistas, grupo Internacional, radicales de izquierda de Bremen, etc.), adversarios decididos de los socialdemócratas independientes lo mismo que de los socialdemócratas mayoritarios, porque ambos partidos estaban en el mismo terreno legal y guerrerista. En ocasión de la conferencia socialista de Stockholmo se manifestó en la flota una tendencia a expresar en alguna forma su adhesión a una paz sin anexiones y sin indemnizaciones de guerra. Fué un pensamiento espontáneo y no una maniobra política. La conferencia de Stockholmo fué una miserable comedia de los social-patriotas que no ha tenido ningún valor. Pero los jueces de la investigación y la oficialidad, no tuvieron por mucho tiempo la comprensión de las fundamentales diferencias que existen en el movimiento socialista y confundieron a los espartaquistas, por ejemplo, con los mayoritarios y los independientes, lo cual es, sin duda, un honor que los independientes y mayoritarios sintieron como una injuria. La realidad ha demostrado que la paz deseada por los independientes era mucho más sensata que el pangermanismo de la oficialidad del ejército y de la marina; el gran error ha consistido en querer ver en ese deseo de paz sin anexiones, una maniobra revolucionaria.

Se estableció que los marineros Sachse, Reichpietsch y Salmus habían estado en relación con algunas personalidades de los partidos socialdemócratas. Y en efecto, así fué; aprovechando sus permisos para visitar a la familia, se entrevistaron con algunos diputados a fin de inquirir noticias sobre asuntos relacionados con la marina y simultáneamente para presentarles algunas quejas relativas al tratamiento, a la comida y al servicio de a bordo. Era un hecho natural y que no implicaba ningún propósito subversivo. Pero sirvió a los jefes y a la oficialidad pangermánica, para ocultar tras esas apariencias de conspiración, sus maldades e insolencias y sus robos de la comida de la tripulación de los barcos de la flota. La actitud de los jefes socialdemócratas era, muy diversa a la que les suponían la mayoría de las personas oficiales del viejo régimen. Por ejemplo, Dittman asegura abiertamente que previno en favor de la moderación y la precaución, a todos los que se quejaban "sobre los males en el ejército y la flota, que sacudían su corazón y daban rienda suelta a su justificada indignación"... Cuando algún soldado o marinero se acercaba a los diputados socialdemócratas y les presentaba hechos insoportables, y buscaba consejo y ayuda, no recibía más que una razonable advertencia para que continuara sufriendo en silencio y obedeciendo las órdenes de sus superiores. Más aún: aquellos soldados o marineros que, después de haber leído un discurso socialdemócrata en el Parlamento, o por simple inclinación instintiva al socialismo, manifestaban su deseo de ingresar en alguno de los partidos reconocidos como obreros y socialistas, recibían una diplomática negativa de los jefes socialdemócratas. Más todavía. La historia enseñó a los dirigentes del partido socialdemócrata independiente, dice Dittman, que los motines, aunque sean justificadas explosiones de indignación, son nocivos para la causa de los oprimidos, porque entregan a los gobernantes el pretexto para las represiones sangrientas. "Por eso tratamos durante la guerra, de dirigir la justa indignación de las masas por la vía de la lucha política legal contra la dictadura militar pangermanista, que dominaba al gobierno y la dirección de la guerra..." (*Die Marine Justiz-Morde von* 1917, página 38).

La lucha del partido socialdemocrático independiente, agrega Dittmann, era una lucha política y no tenía nada de común con el sabotage militar ni con la propaganda de la deserción, ni con los amotinamientos de los miembros de la marina y del ejército. En el libro donde se recogen las pruebas de la inculpabilidad de los socialdemócratas independientes se lee (*Die Marine Justiz-Morde* von 1917, pág. 39) un fragmento de las declaraciones de la señora Zietz, personalidad dirigente de ese partido, en el interrogatorio a que se la sometió el 10 de octubre de 1917, contra todo propósito revolucionario. Dittmann proclama después de haber citado esas declaraciones: "*Cualquiera que nos hubiese hablado entonces de negativa a hacer el servicio militar, habría sido considerado y tratado por nosotros como un espía. Hasta tal punto estaba lejos de nuestras representaciones, nacidas en décadas de educación socialista, el pensamiento del sabotage militar*". Esa confesión es sincera y puede confirmarse con citas de casi todos los jefes socialdemócratas, desde Bebel y Liebknecht a los burócratas socialistas de nuestros días. Siempre estuvo lejos de la socialdemocracia el pensamiento de obrar en forma peligrosa para la estabilidad de la sociedad del privilegio.

Que en los procesos contra los supuestos insubordinados se echó mano a todos los recursos del terror judicial para forzar confesiones y declaraciones, eso es tan comprensible y tan lógico que no merece que se citen pruebas para demostrarlo.

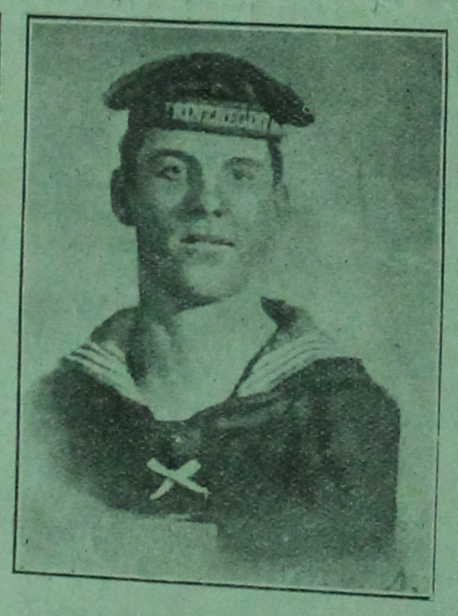
Es también muy curioso el material probatorio del sistema de espionaje introducido en la flota por las autoridades. También los agentes provocadores han sido puestos en acción. Por otra parte, eso tampoco puede asombrarnos. Lo que es doloroso es que haya siempre pobres diablos dispuestos a oficiar de Judas y traidores de sus camaradas. Pero tampoco es motivo de asombro eso. ¿No estamos viendo todos los días y a todas horas cómo se reclutan los agentes de policía y de más lacayos del Estado y del capitalismo de entre los trabajadores mismos?

Por los inocentes sucesos del 1 y 2 de agosto de 1917 en el Prinzregent Luitpold y otros hechos parecidos, fueron dictadas sentencias de muerte a granel. El 26 de agosto se dictaron cinco contra los siguientes: el fogonero Sachse, el marinero Weber y el marinero Reichspietsch del barco Friedrich der Grosse, el fogonero Becker y Koebis del Prinzregent Luitpold. Los fiscales en ese proceso eran Dobring, Loesch y Breil. Hubo autoridades que reconocieron que esas sentencias de muerte eran inmotivadas y absurdas, pero el almirante Scheer confirmó las penas recaídas, por lo que se refiere a Kóbis y a Reichpietsch; a Sachse, Weber y Becker les agració con conmutación de la pena de muerte por la de 15 años de presidio. El 5 de septiembre fueron fusilados Kóbis y Reichpietsch, víctimas de un sistema estúpido de violencia y de sangre. Eran completamente inocentes de los propósitos que se les atribuían y además no hubo hecho alguno que justificase, no solo las bárbaras sentencias, sino el proceso mismo.

El diputado Dittmann ha demostrado que su partido no ha tenido que ver con los conatos de desobediencia ocurridos ya en 1917 en la flota; asegura que los social demócratas independientes, lo mismo que los mayoritarios, no querían más que

Víctimas de la justicia de los Hohenzollern

MAX REICHPIETSCH



ALBIN KOEBIS

Fusilados el 5 de septiembre de 1917 en mérito de una conspiración imaginaria

---

las vías legales, la moderación [illegible] todo, que todo intento de sabotaje tar era rotundamente condenado Con eso quiere decir que ese sis fame que juega tan livianamente vida humana, merece sin embargo petro de todas las personas educa escuela socialista.

El cretinismo parlamentario h tales progresos, que los socialdem en lugar de sentirse avergonzado haber hecho nada por la revol por obstaculizar los planes de la lla militar omnipotente, se van y proclaman con orgullo que han siempre sabotear la justa indigna pueblo, canalizándola por la la vi mentaria y apagar a todo precio go de la revolución. Eso lo afirm toda claridad. Debemos estarles a dos. Hombres que confiesan sus nes tan claramente, no son traido ro aquellos que confían en ellos en sus manos la causa del soc están fuera de toda calificación

---

***

Lord Weir y Ramsay Macd

Del último suplemento del "The de Londres, nos complacemos en d este juicio de un conservador cu sea encarnizado, como puede se Lord Weir, sobre el líder laborist Donald, muy conocido también mansedumbre, que se vuelve fur cuando habla en el Parlamento, do berá rugir a gusto del consumidor.

Habla Lord Weir, naturalmente glés:

"Toda mi vida de actividad ind ha, sido asociada con el tradeunio de este país, y mal puedo ignorar na de sus alternativas como [illegible] nizaciones del trabajo en las indu Siempre las he defendido y las s defendiendo en los límites de lo p Por otra parte, esto no implica, qu da callarme sobre lo que he de cons peligroso y defectuoso en su tácti lucha. Quien quiera preocuparse de probar lo que ahora digo, podrá re a mis discursos de 1919, y se encon todo a lo largo de mis peroraciones, un tema continuamente desarrollad indicaciones acerca de las respons dades de las Trade-Union y también las responsabilidades de los indu les hacia ellas y hacia el mismo des llo industrial. He señalado ejemplo los cuales he deducido fracasos, tando las causas y las consecuencias

Cuando critiqué el trade-unionism lo fué acerca de su inflexible rigide sus cláusulas y reglamentos y la fal elasticidad para adaptarse a los cam y a los sobresaltos de las condicione las industrias. También con mucha cuencia he incitado a los empleadores ra que desarrollen sus imaginaciones los sistemas de empresas, de métod procedimientos, facilitando el proces trabajo manual.

Querer leer en mis peroraciones e seo de destruir las Trade-Uniones, es estúpido como tomar los discursos Mac Donald y decir que desea la des cinó total de la presente sociedad."

Esta última frase, o más bien este gio por parte de un conservador a "socialista" — que tampoco quiso ser ca un destructor de sociedades — e punto a donde deseábamos llegar. que muy notorios los puntos de vista jefe del laborismo inglés y refrendado su obra cuando pasó fugazmente po poder, este reconocimiento por un es de todo punto significativo.

Nos parece, sin temor a equivocar que los políticos tienen un parecido as broso con los comediantes. En escena gen, se insultan, se tiran de estocadas una vez bajado el telón, van a cenar tos en alegre parranda. En los cómicos natural y lógico que no prolonguen pasiones del tablado hasta la realidad tampoco nadie les pide eso; pero en c bio en los políticos, procediendo de la m ma manera no es tan lógico ni natu porque el pueblo bobalicón cree verda ras esas riñas de mentirijillas que si pre se desarrollan en el Parlamento, y ra la galería.

¿A que Lord Weir y Mac Donald, a salida de esa sesión, irán a beber una

las vías legales, la moderación y, sobre todo, que todo intento de sabotaje militar era rotundamente condenado por ellos. Con eso quiere decir que ese sistema infame que juega tan livianamente con la vida humana, merece sin embargo, el respeto de todas las personas educadas en la escuela socialista.

El cretinismo parlamentario ha hecho tales progresos, que los socialdemócratas, en lugar de sentirse avergonzados de no haber hecho nada por la revolución y por obstaculizar los planes de la camarilla militar omnipotente, se vanaglorian y proclaman con orgullo que han querido siempre sabotear la justa indignación del pueblo, canalizándola por la la vía parlamentaria y apagar a todo precio el fuego de la revolución. Eso lo afirman con toda claridad. Debemos estarles agradecidos. Hombres que confiesan sus traiciones tan claramente, no son traidores. Pero aquellos que confían en ellos y ponen en sus manos la causa del socialismo, están fuera de toda calificación.

***

Lord Weir y Ramsay Macdonald

Del último suplemento del "The Times" de Londres, nos complacemos en destacar este juicio de un conservador *enragé*, o sea encarnizado, como puede serlo un Lord Weir, sobre el líder laborista MacDonald, muy conocido también por su mansedumbre, que se vuelve furibunda cuando habla en el Parlamento, donde deberá rugir a gusto del consumidor.

Habla Lord Weir, naturalmente en inglés:

"Toda mi vida de actividad industrial ha sido asociada con el tradeunionismo de este país, y mal puedo ignorar ninguna de sus alternativas como grandes organizaciones del trabajo en las industrias. Siempre las he defendido y las seguiré defendiendo en los límites de lo posible. Por otra parte, esto no implica que pueda callarme sobre lo que he de considerar peligroso y defectuoso en su táctica de lucha. Quien quiera preocuparse de comprobar lo que ahora digo, podrá recurrir a mis discursos de 1919, y se encontrará todo a lo largo de mis peroraciones, como un tema continuamente desarrollado, las indicaciones acerca de las responsabilidades de las Trade-Union y también sobre las responsabilidades de los industriales hacia ellas y hacia el mismo desarrollo industrial. He señalado ejemplos, de los cuales he deducido fracasos, apuntando las causas y las consecuencias.

Cuando critiqué el trade-unionismo no lo fué acerca de su inflexible rigidez en sus cláusulas y reglamentos y la falta de elasticidad para adaptarse a los cambios y a los sobresaltos de las condiciones en las industrias. También con mucha frecuencia he incitado a los empleadores para que desarrollen sus imaginaciones en los sistemas de empresas, de métodos y procedimientos, facilitando el proceso del trabajo manual.

Querer leer en mis peroraciones el deseo de destruir las Trade-Uniones, es tan estúpido como tomar los discursos de Mac Donald y decir que desea la destrucción total de la presente sociedad."

Esta última frase, o más bien este elogio por parte de un conservador a un "socialista" — que tampoco quiso ser nunca un destructor de sociedades — es el punto a donde deseábamos llegar. Aunque muy notorios los puntos de vista del jefe del laborismo inglés y refrendados en su obra cuando pasó fugazmente por el poder, este reconocimiento por un tory es de todo punto significativo.

Nos parece, sin temor a equivocarnos, que los políticos tienen un parecido asombroso con los comediantes. En escena rugen, se insultan, se tiran de estocadas, y, una vez bajado el telón, van a cenar juntos en alegre parranda. En los cómicos es natural y lógico que no prolonguen las pasiones del tablado hasta la realidad, y tampoco nadie les pide eso; pero en cambio en los políticos, procediendo de la misma manera no es tan lógico ni natural, porque el pueblo bobalicón cree verdaderas esas riñas de mentirijillas que siempre se desarrollan en el Parlamento, y para la galería.

¿A que Lord Weir y Mac Donald, a la salida de esa sesión, irán a beber una copa de Whisky celebrando el *spirit* mutuo en las réplicas? Nada hay que más ate los lazos de la camaradería como la olla en común, cuando esa olla nos resulta gratis et amoris.

Y si esto no rezara estrictamente con los parlamentarios y políticos ingleses, la politiquería criolla es un ejemplo que tenemos siempre a la vista.

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

I

¿Dónde quedan y cómo se reparten los acrecentados resultados del trabajo para los cuales estamos hoy capacitados gracias a los coadyuvantes inanimados que nos han ofrendado los inventores y los técnicos? ¿Se reparte el valor de ese acrecentamiento de la fuerza humana de trabajo igualmente a todas las capas de la población o se bifurca la corriente de esa riqueza en su desembocadura en diversos brazos desiguales, y a quién se dirigen? ¿Cuál es, en especial, la parte de aquellos cuyo trabajo cotidiano no ha perdido nada de su dureza, como hemos visto, porque la disminución de los esfuerzos físicos e intelectuales tiene lugar a costa de una monotonía que sofoca el placer de vivir y trabajar? En una palabra: La introducción de ese formidable maquinismo, ¿ha elevado la situación material de la clase obrera, y el progreso técnico está acompañado de una mejora económica y social para la masa del pueblo?

Si consideramos el lejano pasado, ese problema es suficientemente aclarado. No necesitamos más que recordar la conmovedora descripción de la clase obrera inglesa en el siglo pasado por Engels y los resultados mencionados de las investigaciones oficiales de aquel tiempo para justificar la afirmación que el primer resultado de la industrialización fué la creación de una miseria popular jamás conocida en tiempos anteriores. El mismo fenómeno se ha repetido en cualquier otro país en donde la máquina penetró conquistadoramente, y se repite todavía continuamente hoy en los países que adoptan el industrialismo. El terror y la miseria, son considerados desde hace mucho tiempo como los compañeros obligatorios de las máquinas. Incluso los círculos amigos del capitalismo conocen ese hecho, aunque no con la asombrosa franqueza de aquel estadista japonés de quien S. y B. Webb (*The Decay of Capitalist Civilisation*) citan el proverbio siguiente: "La introducción del sistema capitalista en el Japón ha creado una clase en continuo crecimiento de personas que sufren la penuria, una clase que era completamente desconocida en el viejo Japón de las castas nobles y de los cultivadores de arroz. Ese proceso de empobrecimiento, así agregó con sonrisa filosófica el japonés, es el precio que tuvo que pagar el Japón por el aumento de la riqueza personal de sus ciudadanos dirigentes y por la ascensión a la categoría de potencia mundial".

Pero — y sólo este problema nos ocupa aquí — ¿no barre de nuevo el industrialismo, una vez conseguida la dominación, la miseria creada en sus comienzos? o al menos, —la cumbre de su progreso técnico ¿está unida a una elevación social consiguiente?

Antes de intentar una respuesta, citemos algunos juicios recientes.

En ocasión de su salutación al congreso sindical panruso en Moscú, el 11 de noviembre de 1924, el secretario de las Trade Unions inglesas, Fred Bramley, dijo entre otras cosas:

"Nos damos cuenta que el amontonamiento de riquezas, la invención de máquinas para ahorrar trabajo humano, los progresos de la ciencia y la evolución de la electricidad no han aliviado de ningún modo la situación de los trabajadores y que éstos llevan una existencia tan mísera como hace 200 años".

A idénticos resultados llegaron S. y W. Webb en el escrito ya citado. Sostienen que deben confesar que desde el fin del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX la dominación capitalista ha creado "más bueno que malo", pero declaran que "los éxitos de esa dominación en la segunda mitad del siglo XIX son dudosos y que en el siglo XX, precisamente al examinar el aumento de las cifras nacionales (lo mismo que Ruskin evitamos intencionadamente la palabra "riqueza"), sus desventajas superan a sus ventajas."

Es digna de mención en este lugar la contestación del norteamericano Harry W. Laidler:

"La tarifa en cuerpo y alma que exigió la industria americana durante la segunda década del siglo XX, sobrepasa las pérdidas nacionales de la guerra desde la declaración de la independencia hasta hoy" (*Now America Lives, a Handbook of Industrial Facts*, by Harry W. Laidler).

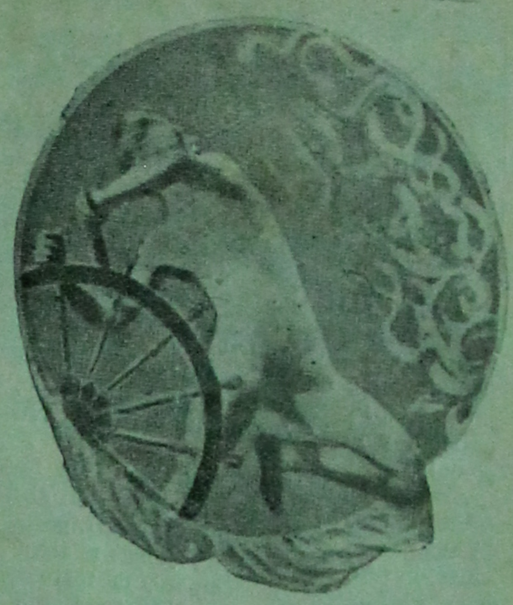
Estas voces merecen tanta más atención cuanto que nos vienen de países en que no pesa la losa de una guerra perdida y cuyo nivel de vida despierta la envidia de casi todo el proletariado continental.

¿Qué ley explica esa contradicción aparente?

La explicación se relaciona del modo más íntimo con la transformación de los medios de producción que hemos señalado ya. Pues, ¿cuál es, en último resultado, el verdadero sentido de ese armamento industrial incesante y de la continua introducción de nuevas máquinas y de nuevos métodos simplificados de trabajo? El aumento de la producción solo no impulsa necesariamente a seguir el camino elegido. En todos los países — incluso los Estados Unidos — hay desde la terminación de la guerra grandes masas obreras para cuyas manos no existe ocupación alguna y cuya reintegración a la producción daría a ésta de inmediato y sin grandes gastos para maquinaria un enorme impulso. Pero el hecho que el mecanismo industrial de la producción del mundo sólo es utilizado hoy en sus dos terceras partes, demuestra ya que la actual perturbación económica no está de parte de nuestra capacidad de producción, sino de parte de la capacidad de compra y de consumo.

Pero, ¿qué otra fuerza motriz es entonces eficaz? Ninguna más que la que domina en general toda la producción capitalista, es decir *la aspiración al beneficio y a su continuo acrecentamiento*. Este moderno maquinismo en manos de los capitalistas no se propone más que la reducción de la parte del producto que corresponde a los trabajadores y el aumento de la cuota de los capitalistas.

Respecto de este hecho no deben inducirnos a engaño los supuestos elevados salarios de un Ford y menos aún sus tesis del salario impresas en una gran parte de la prensa obrera continental, demasiado desprovistas de crítica adecuada. Indudablemente Ford considera el problema del salario desde un punto de vista más alto que aquel a que nos tienen habituados nuestros capitalistas. Incluso encontramos en su libro *Mi vida y obra* frases que hacen aparecer a Ford como un bolchevista enmascarado entre la clase capitalista. Así por ejemplo cuando escribe: "Los salarios más elevados pagados hasta aquí están aun lejos de ser bastante elevados", o: "La reducción de los salarios es la manera más liviana y simultáneamente la más ridícula para dominar una situación difícil, dejando ya a un lado su inhumanidad". Pero al mismo tiempo Ford no vacila en cometer diariamente ese ridículo y esa inhumanidad. Lo que lo distingue de los capitalistas por él censurados, es sólo la grandiosa elección de los medios, no el efecto, el resultado. Ford no anuncia que desde mañana el salario cotidiano será reducido en un dólar. Al contrario, consigue implantar un aumento de salario y simultáneamente disminuir la parte de producción que le correspondía al obrero hasta entonces y confiscar una nueva parte de su trabajo. Los medios para llegar a esos resultados son la introducción de nuevas máquinas y el mejoramiento del proceso de producción. Ambos pueden ponerlo en situación de aumentar la productividad del personal mucho más allá de los cuadros conocidos. Si por ejemplo aumenta la suma total de los salarios en un 10 por ciento y consigue simultáneamente acrecentar la producción un 20 por ciento mediante una nueva automatización del proceso de trabajo, entonces no solo no ha perdido nada, sino que ha hecho beneficio extra del 10 por ciento.



El obrero ciertamente ve al principio solamente el aumento de dinero que obtiene. No examina más e ignora que su parte en el producto, sin embargo, en comparación con la anterior, ha disminuido.

Tenemos aquí una de las leyes más importantes y por parte del proletariado más desconocida que ninguna otra en su importancia; no es de ningún modo nueva, sino que fué objeto de la más seria atención en los comienzos del movimiento socialista. Karl Marx ha llamado expresamente la atención sobre ella: "La evolución de la fuerza productiva del trabajo persigue — escribe en *El Capital* — la reducción de la parte de la jornada que el obrero debe trabajar para sí mismo, a fin de prolongar precisamente por eso la otra parte de la jornada que puede trabajar gratis para los capitalistas." También en el *Manifiesto Comunista* encontramos idénticos pensamientos: ..."en la misma medida que aumentan el maquinismo y la división del trabajo, en la misma medida también aumenta la masa del trabajo, sea por el aumento de las horas de trabajo, sea por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, por la rotación acelerada de las máquinas, etc."

Rosa Luxemburg se ocupó detenidamente de ese efecto del aumento individual de la producción (*Einführung in die Nationalokonomie*):

"A cada nueva invención de la técnica, a cada nuevo mejoramiento de las máquinas, a cada nueva aplicación del vapor y de la electricidad en la producción y el tráfico, la parte de los trabajadores en el producto se empequeñece y la parte de los capitalistas aumenta. El salario relativo cae más y más, incontenible e ininterrumpidamente, la plus-valía, es decir la riqueza de los capitalistas, no pagada, exprimida de los trabajadores, se acrecienta incontenible y continuamente más y más."

El efecto aquí señalado del aumento de la productividad por el empleo de métodos perfeccionados de producción halla en la reciente evolución una espantosa confirmación que nos queda oculta en toda su magnitud sólo porque nuestra mirada se dirige a cuadros particulares y porque pasamos demasiado fácilmente por alto que las medidas principalmente empleadas para la valuación de la parte de la producción de la clase obrera, es decir el salario y la jornada de trabajo, han perdido en el curso del tiempo, en particular bajo la influencia de la mecanización creciente, toda significación comparativa. Por eso nos parece necesario penetrar más en esas conexiones.

Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual.

El anarquista, ensanchando la idea cristiana, mira en cada hombre un hermano, pero no un hermano inferior y desvalido a quien otorga caridad, sino un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa.

M. GONZALEZ PRADA

ARMANDO ENEAS

CUENTOS

La caridad

Atilio Casas era un fornido obrero, tan fornido como miserable. Trabajaba en la fábrica de Próspero Ruy, gran filántropo, patriota y propulsor de la industria nacional.

Atilio trabajó muchos años en la fábrica de Ruy. Dejó allí su juventud, allí le alcanzó la edad madura y le atrapó la vejez. Perdió sus fuerzas y jamás le abandonó la miseria. En cambio, la fortuna del filántropo Ruy mejoró considerablemente.

Ya no prestaba Atilio sus servicios con la competencia de antes, ya no servía, ahora robaba el sueldo. Este fué menguado poco a poco; hasta que por fin Próspero Ruy se decidió: no servía y lo echó a la calle. No sólo a él lo perjudicaba, sino que también obstruía el progreso de la industria nacional.

Atilio Casas, viejo, sin trabajo, con su mujer tan vieja como él y sin hijos, sufrían hambre. Pensaban morir así. Pero un día Atilio supo que existía una "Sociedad de Beneficencia" que socorre a los pobres, a ella se dirigió con esperanzas de solucionar la situación de él y de su esposa.

La "Sociedad de Beneficencia" los socorrió, efectivamente. Todos los días pasaba el viejo a retirar dos raciones de comida.

Próspero Ruy, filántropo piadoso, era presidente de la "Sociedad de Beneficencia". El fué quien, apiadado de la situación de Atilio, propuso a la comisión aquella medida de ayuda. Agregó así, con su generoso acto, una buena acción a las mil que ya había hecho.

El estilista

Alberto Proto era un ingenioso fabricante de juguetes.

En un principio los construyó de todas clases y tamaños: lindos caballitos, vistosos soldaditos, graciosos carneros, borriquillos rellenos de aserrín, carretillas diminutas, carritos. Pero lo que mejor hacía eran los borricos rellenos de aserrín, y los que más vendía. En descubriendo ésto, Alberto Proto se dedicó exclusivamente a sus borriquitos; se hizo especialista.

Hicieron furor sus borriquitos, que fabricaba en gran cantidad. Más luego cansaron a los chicos, y la venta fué disminuyendo paulatinamente, hasta no venderse casi los juguetes de la especialidad de Proto.

Alberto Proto se apesadumbró. Se sintió herido en su amor propio de especialista, porque amaba su profesión, y, sobre todo, su especialidad, en la que había llegado a adquirir un estilo propio. Por fin, viendo que su negocio ya no le daba beneficios, resolvió fabricar carneritos. Los hacía muy bien, casi como los borriquillos rellenos de aserrín.

Pero Alberto Proto era estilista, y quiso conservar su estilo en los carneritos. Y sucedió que sus carneros llevaron orejas de burro.

El delito

La oficina estaba alborotada. Se había descubierto un robo. Mas no era el descubrimiento del hecho lo que más contribuía a este alboroto, a este interminable murmurar de comentarios, sino el motivo de ser Julián Salcedo el delincuente.

Julián Salcedo, el empleado más viejo de la casa, el que merecía más confianza a sus jefes, el más puntual, el más trabajador, ¡había robado! La noticia era increíble.

—Yo practiqué un arqueo anoche, antes de irme: nada faltaba; — declaraba el cajero — esta mañana me encuentro con que faltan quinientos pesos. El robo debe haberse cometido anoche, a la hora de salida.

Los empleados y los jefes habían estado muy lejos de sospechar de Salcedo. Pero el infeliz apareció por la tarde, todo sofocado y lloroso, llevando en el alma un remordimiento horrible. Parecía que sus canas se habían hecho más numerosas en pocas horas, que su rostro exangüe se había cubierto de arrugas, sus ojos hundidos y apagados, su cuerpo encorvado.

Y la confesión, hecha en medio de sollozos, cayó entre los empleados — hasta entre los más indiferentes — como la noticia de un cataclismo, de un descarrilamiento. Este género de noticias sorprende dolorosamente a la multitud y despierta compasión, aunque ésta apenas dure unos instantes. Así sorprendió la confesión de Salcedo.

Traía los quinientos pesos intactos, tal como los había sacado de la caja. Había obrado en un instante de ofuscación. Fué fascinado por aquellos quinientos pesos mientras pensaba en uno de sus cinco hijitos que estaba enfermo, en cama. Pensó en su mujer que debía lavar ropa para ayudarle, uniendo algunos pesos a sus ciento cincuenta de sueldo. En todo esto pensó. Y robó...

Se reconocía culpable, arrepentíase de su delito. Su conciencia lo atormentaba. No mencionó atenuantes, no les dijo que su mujer se mataba lavando, que su hijita estaba muy enferma, que sus hijos llevaban los botines rotos; nada de ésto les dijo porque íntimamente se consideraba culpable, porque su conciencia le gritaba que había hecho algo muy malo...

Julián Salcedo era un ladrón. No es ladrón aquel que "roba" — es decir, que se restituye lo que le han robado — con plena conciencia de su acción, pensando en su mujer, en sus hijos, en su miseria, sin temor a las leyes. Este es un hombre honrado y no es posible le remuerda la conciencia.

En los hombres que temen la ley no existe conciencia. Su conciencia es la ley misma. Está tan apagada en ellos esta luz, que al temor de faltar a la ley lo llaman remordimiento.

Esto último sucedía a Julián Salcedo. Por eso era un ladrón...

LA UNICA ORIGINALIDAD

En cuanto a la preocupación de la originalidad, esfuérzate en lo posible en no poseer ninguna. La que te quede como resultado de ese esfuerzo, será la única valiosa, la sola que hay interés en conservar. Y ella, quieras que no, será el substrato de tu fisonomía anímica, lo que pretendiste ser, no lo que eres y has sido.

Es por la intensidad, no por lo excepcional del sentimiento, que el hombre surge, se eleva de su mediocridad circundante y cotidiana hacia los ciclos eternos de lo poético.

At.

Charles Louis Philippe.-Una carta inédita

El recuerdo de este escritor, hijo genuino del pueblo, a quien representa en su más noble esencia, vuelve a flotar sobre las oleadas caprichosas de la realidad literaria contemporánea. Lo recuerda Eugenio Monfort en su libro "Quelques romanciers de la generation de 1895" (Algunos novelistas de la generación de 1895); lo recuerda también, sin querer, Jean Giraudoux, poeta y novelista, — poeta estandarte de la novísima generación post-bélica — entregando a la publicidad una carta absolutamente inédita del desaparecido maestro, quien plugo llamarse a sí mismo, *obrero de la pluma*.

Les Nouvelles Litteraires la trae en la entrevista a que se le somete a Giraudoux, por el famoso reporter literario Federico Lefevre — Esopo — quien hizo hablar a las más célebres cabezas de París, del mundillo de las bellas artes, las letras y las ciencias.

Desconocido en absoluto en nuestro ambiente intelectual y artístico, apenas difundido por una revistucha rosarina — Bohemia — en 1913, con un par de traducciones de su libro póstumo *Charles Blanchard*, nos es imprescindible formular algunos de sus singulares rasgos que componen su personalidad artística y moral, antes de dar la traducción de su carta. — Fallecido en 1909, Charles Louis Philippe había renovado en la literatura francesa el sentimiento de fraternidad con los humildes que Hugo ensayara, pero con énfasis. Hijo de un galochero, conoció el pueblo como jamás ningún literato lo ha conocido, porque llevaba en su corazón sus aspiraciones y sus quebrantos.

"Yo hubiera escrito tus evangelios", dice en una de sus narraciones. En verdad, sus libros lograron la grave y enternecida solemnidad de los evangelios, por donde desfilan los mansos de corazón y las Magdalenas. "Con la precisión de un miniaturista — glosa un biógrafo suyo — con la exacta y lúcida visión de un Dickens, sin humorismo, los ha descrito: y de los labios descoloridos por el hambre, en donde se perpetúa el grito acerbo de Job, parecen exhalarse las palabras del autor de "Oliverio Twist": "Vosotros, los felices, los poderosos, los repletos, pensad en los que sufren en la sombra y son vuestros hermanos."

Vino del pueblo un pordiosero de genio. No era airada su voz, ni amenazaba con grandes tardes de hecatombes. Pero su acento sencillo y resignado dijo del delito del mundo, de la cotidiana y grosera afrenta del lujo, ante tantos desarrapados.

En el año 1913, en vísperas de la catástrofe que sumiría a la humanidad en una semibarbarie, Bourdelle, quien fuera el discípulo predilecto de Rodin, y su más útil colaborador, modeló un busto de Charles Louis Filippe, que fué inaugurado bajo los auspicios de sus íntimos amigos, capitaneados por Mirbeau, en el barrio tan amado por él, Montparnasse, la rica cantera de donde extrajera sus mejores episodios y las bellas creaciones de sus personajes.

Y hoy fueron desapareciendo los innumerables jóvenes que en aquel entonces imitaban el estilo tembloroso y cortado de ese *obrero de la pluma*, para dejar el boquete, la brecha abierta al paso de otra generación más deportiva, pindárica y chiflada de un pirronismo que sólo aturde y divierte a veces. Es el afán exasperado y rabioso de olvidar todas las preocupaciones sociales, humanitarias y de sentimiento que embargaran a sus antecesores, entretenidos en un diletantismo anarquista — para embriagarse en el vértigo, en la velocidad del torbellino de la mecánica moderna.

El mencionado Giraudoux, y otros de su misma promoción, son los buenos y palpables personificadores de ese movimiento, que va desde el cubismo pictórico y el suprarrealismo literario al neoclasicismo de Ingres, en la parte plástica, y en las letras al siglo de oro de los poetas, con Góngora a la cabeza.

Eugenio Monfort, en cambio, pertenece a la época de Charles Louis Philippe, y cuyo estudio bastante extenso y sesudo traduciremos en el próximo número del Suplemento.

Demos, por lo pronto, la carta del novelista.

—

Habla Giraudoux:

"El hecho de escribir debería ser un accidente en la vida de un poeta" (1). Es lo que muy bien comprendió Rimbaud, quien, después de haber tanteado y tratado a los escritores que escriben, se calló para siempre.

Esta atracción más viva por la persona que por la obra, es lo que tuvo que sucederme con Charles Louis Philippe, de quien nunca leí nada y supe que era escritor cuando ya me hallaba en el Liceo.

La casa de su padre se encontraba casi al lado de la mía. Philippe salía del negocio de galochero del padre todas las mañanas, para instalarse sobre un banco de carpintero. Durante horas seguidas le miraba trabajar.

Ese espectáculo del escritor me incutía un sentimiento mucho más conmovedor que la misma lectura de una de sus obras. Era una orientación que nosotros los jóvenes solicitamos de los escritores de mayor edad y avezados; es por eso que un día le escribí pidiéndole algunos consejos y tuve bastante razón en hacerlo, porque me respondió con la carta siguiente:

"París, 30 de noviembre 1898. Estimado señor:

Hube de demorarme un poco antes de contestarle, porque debo trabajar durante todo el día, porque mis veladas me las llevan mis libros y porque tengo ciertas molestias que no me dejan esa calma de espíritu que yo quisiera poseer para escribirle.

Por lo pronto me toca manifestarle que su carta me proporcionó un *bello plaser* (beau-plaisir). Desde que un joven acude a otro para pedirle consejos a fin de que contribuya a la formación de su alma, es algo que dice de su clarividencia y al mismo tiempo muy grave. Es hermoso ser joven. Conserve aun por mucho tiempo ese candor confiado, el cual le hace creer que un hombre sabe y puede dirigir a otro. Le voy a decir algunas palabras, pero no les atribuya sino muy escasa importancia. No pueden más que expresar un concepto personal de la belleza humana. Me complacería sobremanera comprobar que en nada lo influenciaron.

Me habla de sus lecturas y las encuentro excelentes. Desde mi punto de vista todas las lecturas son buenas. Sería necesario adquirir la mayor suma de conocimientos posibles, pero se habría de adquirirlos con excesiva serenidad, sin dejarse convencer fácilmente. Nosotros llevamos nuestra verdad, que es la combinación de una multitud de otras verdades, apuradas en los demas; y por eso no debemos permitir que sus vidas penetren en las nuestras, sino llegaríamos hasta caer en la fealdad de la imitación. Hay que ser uno mismo, es lo que yo digo. Y la única manera para lograr serlo es dejarse madurar en completa soledad, al sol como un bello fruto en verano. No debo ser muy claro. En pocas palabras, he ahí: trate que todos los conocimientos entren en su cerebro, y ellos caminarán tanto hasta ocupar el lugar que les pudo corresponder.

Yo quisiera, no obstante, indicarle algunas lecturas poderosas para que formara su corazón. Lea a Tolstoy y sobre todo a Dostoyevsky. Dostoyievsky contiene toda la piedad humana: por aquellos que sufren, por aquellos que hacen el mal y por aquellos que son feos. Quisiera que su gran bondad penetrara en su corazón, para hacer de usted un hombre simple y vibrante. Quisiera, en fin, que hiciera de usted un hombre bueno. Vivimos entre los hombres y la bondad me pareció siempre como una gran virtud social. Es también una fuente de felicidad. Deberíamos amar todo lo que nos rodea. Deberíamos aproximarnos a las criaturas humanas con una gran piedad, pensando: son seres deleznables como yo, simples, y cuyas almas están llenas de vida. Comprender esas existencias, amarlas y embellecer-

las con mi vida personal, es un
al cual aspiro.

También yo tuve los estudios, las
los celadores y los profesores
durante ocho años. Hay cosas que
tan fuertemente que su recuerdo
todavía amargo. Algunos hombres
malos conmigo. ¡Pero qué importa
siento que han sido útiles a mi
Sus villanías me enseñaron a estim
hombres, desprendiendo de ellos
ciones. Pude aprender que un alba
le tanto como un abastecedor o co
prefecto. Sus manías me enseña
compadecerlos. Conocí pobres h
llenos de dolor, que me castigaron
los comprendo, no los odio más, le
go piedad y los amo. Quisiera abra
alguno de los celadores que me
guieron.

Yo no le cuento todas esas cosa
querido señor, para expresar esa
verdad que para todo colegial es u
necesario, sino para demostrarle có
puede aprovechar nuestras desgraci
bien de nuestro espíritu y corazón

Quisiera todavía decirle miles de
cosas, pero estoy escribiendo esta
en la oficina y debo terminarla.
bro "La Buena Magdalena y la pobr
réia" acaba de aparecer. Podría en

En el refect

se atrevían a tanto. Ellos, si
inmediata y directa de la que
la cuestión, comprobando que
Europa, no habían hecho más
amasando y erigiendo sobre el
do centuplicado y las alianzas
de las multitudes, que habían
turbiado los ánimos con menti

—Los políticos son los úni
—Yo estoy por la revolucio
ta masacre... Con extricta im
todos los políticos, los diplomá

—Sí; yo estoy por el pueb
blo al que siempre se le ha man
clases dominantes creen llegado
se de nuevos territorios, robárs
tanza: y también por que sus ej
do la guerra que dará galones,
a él siempre al que le toca la pe

—¿Y la religión? — pregun

—¿Qué hizo la Iglesia para
evangelios de Cristo? Tanto el
de Canterbury, no son más que
dores de cañones y banderas...
Me hartan de rabia y de odio!

¡Extrañas y asombrosas pa
de oficiales! ¡Turbador tumulto
las mismas palabras que pude es
chachos londinenses, quienes se
te como aquéllos.

Pero todos estos gentilhomb
hablaban con tanta sinceridad, si a
petir lo que ellos dijeron, muchos
rían redundamente haber jamás
cuestiones.

(Del libro "Realities of War")

las con mi vida personal, es un anhelo al cual aspiro.

También yo tuve los estudios, las clases, los celadores y los profesores ceñudos, durante ocho años. Hay cosas que detesto tan fuertemente que su recuerdo me es todavía amargo. Algunos hombres fueron malos conmigo. ¡Pero qué importa! Hoy siento que han sido útiles a mi destino. Sus villanías me enseñaron a estimar los hombres, desprendiendo de ellos sus funciones. Pude aprender que un albañil vale tanto como un abastecedor o como un prefecto. Sus manías me enseñaron a compadecerlos. Conocí pobres hombres llenos de dolor, que me castigaron: hoy los comprendo, no los odio más, les tengo piedad y los amo. Quisiera abrazar a alguno de los celadores que me persiguieron.

Yo no le cuento todas esas cosas, mi querido señor, para expresar esa banal verdad que para todo colegial es un mal necesario, sino para demostrarle cómo se puede aprovechar nuestras desgracias en bien de nuestro espíritu y corazón.

Quisiera, todavía decirle miles de otras cosas, pero estoy escribiendo esta carta en la oficina y debo terminarla. Mi libro "La Buena Magdalena y la pobre María" acaba de aparecer. Podría enviarle un ejemplar. ¿Debería dirigirlo al liceo de Chateauroux? Hasta luego, mi querido señor; escriba cuando le plazca. Yo trataré de contestarle.

Crea en la sinceridad de mis sentimientos de simpatía

Charles-Louis Philippe.

8, rue Mauvais Garçons, París."

---

(1) *Giraudoux, al declarar que el fenómeno de escribir debe ser un accidente en la existencia de un poeta, coincide involuntariamente en una de las verdades cardinales de Tolstoy, quien detestaba que se hiciera del arte una profesión. Y el glorioso anciano, en la mitad de su vida literaria, practicó en todo lo posible esa verdad.*

En tanto que Girardoux, al citar a Rimbaud, la belleza de esa alma desorbitada, revela con los hechos que una cosa es predicar y otra sembrar trigo. Su nueva novela Bella, *no demuestra más que la obra de un perfecto artífice profesional, quien se pasará la vida escribiendo y nunca poseerá la heroicidad de callarse definitivamente a los treinta años, como lo hiciera el autor de* Iluminaciones en la Sombra, *en una absoluta renunciación de su gloriosa personal.*

En el refectorio de un cuartel

En el refectorio donde cenaban unos oficiales de caballería, escuché una interesante y curiosísima conversación. Esos galonados descendían, casi todos ellos, de las más antiguas familias de Inglaterra, pertenecientes a la más rancia aristocracia. Pero el estúpido y enloquecido ultraje de la guerra — ultraje contra los ideales de civilización —, los había inclinado a detenerse a pensar sobre la estructura de la vida social, y también acerca del problema insoluble de la familia. Algunos, por cierto, era la primera vez que se atrevían a tanto. Ellos, si odiaban a Alemania como la causa más inmediata y directa de la guerra, intentaban penetrar más a fondo la cuestión, comprobando que los jefes de las grandes naciones de Europa, no habían hecho más que sostener la filosofía de la fuerza, amasando y erigiendo sobre ella las avalanchas de los odios, el miedo centuplicado y las alianzas celebradas por encima de las cabezas de las multitudes, que habían inflamado de pasiones perversas, y enturbiado los ánimos con mentiras y falsas promesas.

—Los políticos son los únicos culpables, afirmó un teniente.

—Yo estoy por la revolución, después que se acabe esa sangrienta masacre... Con extricta imparcialidad me propondría colgar a todos los políticos, los diplomáticos y a esos llamados estadistas...

—Sí; yo estoy por el pueblo, — dijo otro. Sí, con el pobre pueblo al que siempre se le ha mantenido en la ignorancia, y cuando sus clases dominantes creen llegado el momento oportuno para apoderarse de nuevos territorios, robárselos a sus vecinos, lo llevan a la matanza; y también por que sus ejércitos a veces se aburren, apresurando la guerra que dará galones, charreteras... En todos los casos, es a él siempre al que le toca la peor parte...

—¿Y la religión? — preguntó un tercero.

—¿Qué hizo la Iglesia para impedir la guerra?... ¿Predicar los evangelios de Cristo? Tanto el arzobispo de Londres como el obispo de Canterbury, no son más que patrioteros y convencionales bendecidores de cañones y banderas... ¡Uf, Dios, cómo cansan todos ellos. Me hartan de rabia y de odio!

¡Extrañas y asombrosas palabras que pude oír en una reunión de oficiales! ¡Turbador tumulto en el alma de esos hombres! Y eran las mismas palabras que pude escuchar también en Ipres por los muchachos londinenses, quienes se expresaban tan amarga y crudamente como aquéllos.

Pero todos estos gentilhombres, todos esos muchachos que hablaban con tanta sinceridad, si alguien les volviese a recordar, a repetir lo que ellos dijeron, muchos se habrían olvidado y otros negarían rotundamente haber jamás pronunciado una palabra sobre esas cuestiones.

Sir PHILIPP GIBBS

(Del libro "Realities of War")

EL TEATRO POPULAR

Capítulo V

Otros géneros de teatro del pueblo: drama social, drama rústico.— Leyenda, cuentos y circo.

Si he insistido en la Epopeya Histórica, es por preferencias personales, porque no está prohibido de hablar de lo mejor que se conoce — y para reaccionar contra el descrédito (no de un género que en Francia es desconocido y se halla todavía por crearlo) sino de un nombre galvanizado por ridículos fantoches románticos. No es esto más que una zona del teatro; que otras se abran ante nosotros.

Ante todo, está el drama social, ensayado vigorosamente por una generación de dramaturgos audaces. En séquito de los poetas del Norte, de Ibsen, de Bjoerson y de Hauptmann (1), Jean Jullien, Descaves, Mirbeau, Ancey, Hervieu, F. de Curel, Brieux, Emile Fabre, demostraron la vitalidad de ese género, que sobre los demás posee la ventaja de ser uno de los más necesarios: porque hizo florecer sufrimientos, dudas y aspiraciones presentes, y por eso forma parte de la acción. Hay quienes le infirieron algunos reproches, entre ellos como si quisiera descartar el ideal del desinterés en el arte.

Por mi parte los alabo, y ya he dicho mis razones. ¡Felices las épocas y las obras serenas! Pero cuando las épocas se enturbian y la nación combate, es el deber del artista de combatir a su lado, de inflamarla, de guiarla, de disipar las tinieblas y aplastar los prejuicios que obstaculizan su camino. He escuchado gemir sobre las violencias que este arte arriesga traer, y traerá puesto en este camino. Estas violencias no pueden atribuírselas a él, sino a las iniquidades contra las cuales la conciencia de la humanidad choca, y es necesario que las destruya. El arte no tiene por objeto suprimir la lucha, sino centuplicar la vida, de hacerla más fuerte, más grande y mejor. Es enemigo de todos los que son enemigos de la vida. Y si el amor y la unión es su meta, el odio podrá ser en ciertos días su arma: "El odio es muy bueno — decía un obrero del barrio de San Antonio a un conferencista que se desgañitaba en inculcarle que todo odio es malo. El odio es justo, es el que subleva a los oprimidos contra los opresores. Cuando yo veo un hombre que se impone y brutaliza a los otros, esto me indigna y lo odio y siento que tengo razón."

Quien no sabe odiar el mal tampoco sabe amar el bien. Y quien presencia la injusticia sin que intente combatirla, no es artista ni hombre.. Uno de los más dulces poetas, Schiller, quien tuvo la idea más serena de su arte, no tuvo temor de lanzarse en la refriega y proponerse como finalidad atacar los vicios, vencer a sus enemigos la religión, la moral y las leyes sociales (2). Después de todo, no se obra en favor de su arte oponiendo el mal al mal, sino la luz. El mal que se reconoce, que se le mira en la cara y sabe uno que lo ve, es un mal vencido a medias. Es el rol del drama social arrojar sobre el platillo de la balanza indecisa la fuerza imperiosa de la razón.

Quedan otros géneros dramáticos que el teatro empleó aun muy poco. El drama campesino, poema de la tierra, impregnado del perfume saludable del campo y del humorismo de las provincias de habla sabrosa; Arte inapreciable, puesto que salvó la vida poética de las *patrias chicas* y sus características que desaparecen. Pouvillon, en algunas de sus tragedias pastorales; Pottecher en sus comedias de los Vosgos; el suizo René Morax, en sus dramas vendeanos de un vigoroso y tranquilo sentimiento popular (3), todos ellos nos dieron un ejemplo. Y el más grande de todos, el Homero provenzal, Mistral, del lenguaje armonioso como su alma de otros tiempos.

Sobre todo esforcémonos, arando nuestros campos, en desenterrar el rico tesoro céltico, que está desapareciendo. Examinemos las leyendas y los cuentos adormecidos. No existe un país que posea un acervo tan nutrido de romances fabulosos y de bellas historias poéticas y burlonas. El pueblo de las grandes ciudades hace tiempo que rompió los lazos con el pasado; no es más de la familia. Es muy diferente en su mayoría el que quedó en nuestras campiñas. Esas razas, que a menudo se las encuentra en toda su pureza, los tipos que encontramos esculpidos en los portales de sus iglesias góticas, se parecen moralmente a ellos, más de lo que se puede pensar. Quién sabe en qué proporción en esas almas vive el rumor de las florestas, de las hadas, donde duerme la Bella del Bosque, donde Lancelote y Ginebra o Tristán e Isolda encuentran el gato calzado con grandes botas y la pequeña Caperucita, y donde pasa la cabalgata de los cuatro hijos de Aymon, oyéndose el cuerno de Rolando! Resucitad nuestras historias del pasado. Pequeñas o grandes, ¿quiénes no se alegrarán en escucharlas? Todas ellas siguen vivientes. Después de María de Francia, hace siete siglos que todos nosotros esperamos, sin decirlo, que vuelva el Pájaro Azul.

La leyenda en el teatro autoriza y pide el empleo de la música. Esta cabe no menos en el gran drama poético y rústico, y cuyo modelo admirable es la *Arlesiana*. De una manera general se debe confesar que la música en Francia no llegó al rango que le pertenece en el teatro. Los poetas se han privado de su concurso, una mitad por ignorancia y la otra por la vanidad del que no quiere compartir su arte. Sus piezas padecieron bastante. Al que se despoja de una u otra, su vuelo le resulta desigual.

¿Por qué omitir así, tan desdeñosamente, de nuestro teatro la mímica y la acción, que se la ha relegado al circo? El espectáculo de la acción es de un magnetismo poderoso tanto para el bien como para el mal; es una tontería desdeñarlo. Los juegos de los circos mantuvieron en Roma el gusto por la acción, tan necesaria a los grandes pueblos. Los griegos cultivaron conjuntamente los juegos físicos y los del espíritu. Demos al cuerpo un lugar en el arte, un amplio lugar. Nuestro teatro debe ser teatro de hombres, no de escritores.

¡Cuántas nuevas formas, apenas intentadas, podrían florecer en el teatro popular! Pero sería una labor vana describir las sombras del porvenir. Sólo cuentan las obras. Abordamos a un continente desconocido. Que cada uno se lance a la ventura; ya volverá con las manos plenas de botín. Osemos sobre todo, osemos elevar nuestro arte a la altura de la tragedia, que en estas horas se juega en el mundo. Hagamos nuestras las palabras de Schiller en la representación del "Campo de Wallestein", el 12 de octubre de 1798:

"La nueva era que se inaugura hoy, enardece al poeta para que abandone los

caminos trillados y rebase el estrecho círculo de la vida burguesa para crear un teatro que no sea indigno de esta hora sublime en la cual se agitan nuestros esfuerzos.

Solamente un gran asunto puede remover profundamente las entrañas de la humanidad; en los círculos reducidos, el espíritu se va empequeñeciendo. El hombre, en cambio, se enaltece en la medida que su finalidad resulta más elevada. Es ahora, con el sentido serio de la vida que este siglo ha desarrollado, que la misma realidad prosaica se convierte en poesía. Por eso vemos luchar naturalezas poderosas a fin de alcanzar premios importantes en el combate librado por los grandes intereses de la especie humana: la tiranía y la libertad. Es ahora que el arte, también en el teatro, donde siempre evocara un cúmulo de sombras, puede intentar vuelos de valentía y audacia; es más, debe realizarlos, si no quiere desaparecer cubierto de vergüenza ante ese otro teatro, el de la vida."

No debemos, pues, quejarnos de nuestro destino. No nos escatimó el trabajo.

¡Felices las épocas como la nuestra, que les queda una inmensa tarea para llevarla a buen término! ¡Felices los hombres que sucumben bajo el peso de una gloriosa fatiga! Ello es mucho mejor que sucumbir bajo el tedio de la nada, o contemplando tristemente las obras realizadas por los otros. No diremos, como el melancólico autor de *Los Caracteres*, fino y frágil reflejo de una época agotada: "Todo se ha dicho y uno ha llegado demasiado tarde."

Nada ha sido dicho aún para la nueva sociedad. Todo está por decirse. Todo está por hacerse. ¡Manos a la obra!

---

(1) *No olvidemos el rol desempeñado por Edmundo Goncourt, precursor de Hauptmann—nuestro Hauptmann francés—y la punzante piedad que se exhala de sus obras, de un realismo implacable, desdeñoso de los efectos retóricos: "La Rumera Elisa" y "Germinia Lacertaux".*

(2) *Unas palabras solamente de un género que no cuenta casi para nada en Francia:* la Improvisación. *En las provincias, donde el espíritu es vivaz y la raza más despierta, no es necesario que el teatro sea todo escrito. Esta muy bien dejar, asimismo, que la fantasía popular tenga la ocasión y el placer de jugar libremente sobre un canevá determinado, como existe todavía en Italia, en la que la* Commedia dell'arte *continúa bajo formas rústicas. Y para aquellos que encuentran que la improvisación no es arte, citaré solamente a Michelet, diciendo: "que sería una lástima el darle a los espíritus espontáneos de los meridionales piezas completamente hechas; un texto somero les bastará; ellos mismos buscarán de desarrollarlo. Y Goethe, que escribió en el "Campo de Wallenstein": "el género de esta pieza exigiría que a cada representación se viese algo nuevo a fin de que los espectadores no pudiesen orientarse" (5 de octubre de 1798, a Schiller).*

(3) *El magnífico llamamiento de Mazzini a los poetas del siglo XIX (Ai poeti del Secolo XIX)* 1832.

***

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Gustav Landauer (7 de abril 1870—2 de mayo 1919).

An den Züricher Congress. Bericht über die deutsche Arbeiterbewegung. (Al congreso de Zurich. Informe sobre el movimiento obrero alemán) 20 págs. en 8o., Berlin (s. a., 1893).

Ein Weg zur Befreiung der Arbeiterklasse (Un camino para la liberación de la clase obrera), 30 págs., Berlin, 1905; se tradujo también al holandés.

Aus meinem Gefangnis Tagebuch (De mi diario de prisión), en Socialistische Akademiker, Nos 13-18, Berlin 1895.

Von Zürich nach London, en el *Sozialist* (1896) y en folleto, Berlin, 1896, — traducción francesa: *De Zurich a Londres, Rapport sur le mouvement ouvrier allemand au Congrès international de Londres*, Paris, julio de 1896, 12 págs.; traducción española en *El Corsario*, 3 de septiembre de 1896 y siguientes; traducción inglesa: *Social Democraty in Germany*, Londres, 8 págs.; traducción italiana, Forli, 1896; traducción portuguesa, Lisboa 1914.

Der Todesprediger, Roman, Dresden und Leipzig, Verlag H. Minden, 259 págs 1893; segunda edición 1903; tercera edición Marcan-Block-Verlag, Colonia, 1923.

Durch Absonderung zur Gemeinschaft (Por el apartamiento a la comunidad), Eugen Diederichs, Jena, 1901.

Ekepsis und Mystik. Versuche in Anschluss an Mauthners Sprachkritik (Escepticismo y mística. Ensayos en relación a la crítica del idioma de Mauthner), Verlag F. Fontane und C.o, 154 págs. en 8o., Berlin, 1903; segunda edición.

Mach und Machten. Novelen, Verlag E. Flischel und C.o, 238 págs. en 80.

Die Revolution, Verlag Rütten und Loning, Franfort a. Main, 1908, 119 páginas; segunda edición en 1919.

Aufruf zum Sozialismus. Edición Der Sozialist, Berlin, 1911; segunda edición, Paul Cassirer, Berlin, 1919; quinta edición Marcan, Colonia, 1925.

Ein Weg deutschen Geistes. (Un camino del espíritu alemán), 34 págs. Fórum-Verlag, Munich, 1916.

Rechenschaft, Paul Cassirer, Berlin, 1919; segunda edición Marcan-Verlag, Colonia, 1924.

Wilsiam Shakespeare, dos volúmenes, Rütten und Loning, Francfort a. Main, 1920.

Briefe aus der franzosischen Revolution. (Cartas de la revolución francesa) 2 volúmenes, Rütten und Loning, Francfort, 1918.

Der werdende Mensch. Aufsatze über Lebenund Schrifttun (El hombre del porvenir. Artículos sobre la vida y las letras) Hersg. von Martin Buber, 63 páginas, G. Kiepenhuer, Postdam, 1922.

Beginnen. Aufsatze über Sozialismus. (Iniciativa. Artículos sobre socialismo) Marcan-Block Verlag, Colonia, 1924.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

Libros y folletos publicados

Sebastián Faure

"Mi Comunismo" (La felicidad universal) — Un tomo de 440 págs. En rústica, $ 2 00 , encuadernado en tela, $ 3.50.—

Max Nettlau

"Errico Malatesta" — La vida de un anarquista. — Un tomo de 270 págs. En rústica, $ 1.20; encuadernado en tela, $ 3.50.—

C. Lombroso y Ricardo Mella

"Los Anarquistas" — estudio y réplica. Un tomo de 170 págs., $ 1—

Miguel Bakunin

"La Revolución Social en Francia" —Primero y segundo volumen de las Obras Completas.— En rústica $ 1.50; en tela, $ 3.50 c/ uno.—

Pedro Kropotkin

"El Estado, su rol histórico — El Estado Moderno — En rústica $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Luis Fabbri

"Cartas a una mujer sobre la anarquía" — En rústica, $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Agustín Souchy

"La Ukrania Revolucionaria *(impresiones de un viaje de estudio desde abril a octubre de* 1920) **$ 0.30.—**

J. Guillaume

"Miguel Bakunin" — Noticia Biográfica — $ 0.20.—

Errico Malatesta

"Entre Campesinos" — $ 0.15.—

Juan Crusao

"Carta Gaucha" — $ 0.10.—

"Hijos del Pueblo" — Nuevo Cancionero — En rústica, $ 0.30 — Encuadernado en tela, $ 1.00.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España", por Max Nettlau — Primer tomo de la BIBLIOTECA de LA PROTESTA.— Un tomo en rústica, $ 0.50

Por más de diez ejemplares, se hará el 25 o/o de descuento.

LA PROPAGANDA DEL EJEMPLO

El 9 de febrero publica el *Avanti!* de Milán, órgano del partido socialista, — la tendencia turatiana, — una corta entrevista con Malatesta, firmada en Roma por Guido Mazzali. El hecho merece ser rememorado, pues habría hoy muy pocos ejemplos semejantes de sinceridad en la vida partidista. Por desgracia eso no es ningún síntoma de evolución revolucionaria en el partido de Turati; pero en el dolor común bajo la dictadura fascista, incluso los marxistas han tenido necesidad de templar el ánimo visitando a nuestro indomable camarada, requiriendo su opinión valiosa y constatando su firmeza y su juvenil fogosidad.

Malatesta, como Salvochea, como Reclus, es un tipo tan noblemente humano que sus palabras y el ejemplo de su vida hacen olvidar a los adversarios toda pasión de partido, todo prejuicio sectario. Por encima aun de las ideas que se profesan está la vida del hombre sincero, bueno y noble. Nosotros nos inclinamos respetuosos también ante esas grandes figuras ideales, sin importarnos el partido o la clase a que pertenecen. Sin embargo, y esto es una gran desdicha para la humanidad, un Malatesta, un Salvochea, un Reclus, un Kropotkin, no se suelen encontrar más que entre los anarquistas y como anarquistas, al lado de los perseguidos y los débiles, perseguidos ellos también, encarcelados y temidos por los que viven del privilegio y la injusticia.

¡Dichosos los tiempos del porvenir, cuando, sin amos ni esclavos, las jóvenes generaciones serán educadas ya desde el hogar en el respeto y la admiración hacia esos combatientes de la libertad, la fraternidad y la justicia, en lugar de serlo como hoy, en los manuales de historia patria, donde se exalta el crimen y se rinde culto a la expoliación del hombre por el hombre.

Somos iconoclastas, pero un Reclus o un Malatesta serán siempre para nosotros un ideal de perfección a que aspiramos y a que desearíamos que todos aspirasen. Muy clara y muy brillantemente han expuesto esos hombres la esencia de nuestras ideas; muchísimo tienen que enseñarnos desde el punto de vista intelectual, pero si les llamamos maestros y evocamos su nombre en las horas trágicas y en los momentos tristes, es por lo que tiene de consolador y de alentador su significación moral, el ejemplo de su vida.

Es una gran satisfacción poder gritar al rostro de nuestra época de dictaduras, de ambiciones personales de riqueza y de mando, el nombre de Malatesta.

Volvamos a la entrevista del *Avanti!* Guido Mazzali lo encontró a Malatesta en un "modesto cuartito lleno de libros, sentado a una mesita hostil y fría en su devastada pobreza lineal, encorvado, recogido, presente y ausente a un mismo tiempo". Hablando sobre la situación política, Malatesta dice: "¿Crisis de conciencia, revisiones?; ¡por favor! Nuestras ideas encuentran en los hechos su confirmación. No tenemos nada que cambiar o que renegar." Oyendo el modo de hablar vivo de nuestro camarada, el firmante de la entrevista escribe: "Este hombre, que es un compendio de historia revolucionaria, que ha meditado sobre todas las insuficiencias de la vida italiana, que ha sufrido todas las sutilizaciones del pensamiento, que ha vivido ardientemente desde 1868 hasta hoy todas las tentativas de insurrección, que ha jugado la propia vida, en temerarias aventuras como la de Benevento, conserva aún intacta la energía de un *condottiero* y la seguridad de un profeta".

Interrogado sobre la violencia anarquista, responde: "No hemos sido nunca (violentos). Somos adversarios de la violencia, de todas las violencias, en acto o en potencia. Admitimos, teorizamos y predicamos sólo el derecho, y el deber, de la defensa..." "Bolchevismo y fascismo son dos aspectos del mismo error, dos manifestaciones del mismo mal que lacera y abruma a la humanidad. Donde hay autoridad hay dolor. Donde hay gobierno hay esclavitud. El comunismo ruso ha sofocado la revolución que podía, que debía culminar en el ordenamiento anarquico de la vida. ¿Sabe vd. cuantos menos los anarquistas rusiados en Rusia? ¡Cuantos de mis amigos, desterrados como en Londres, fueron violentas y bárbaramente suprimidos!"

Y Malatesta reafirma su eterna confianza en el porvenir:

"Pero yo tengo fé, porque la sola realidad visible y conquistable es la utopía, lo que vosotros llamáis utopía. No es posible que el dolor de estos años haya sido sufrido en vano. Todos los sistemas de pensamiento han cedido al hacer irrupción el renacimiento burgués. ¿Dónde están ya el sindicalismo y el socialismo? Admiro vuestros esfuerzos, pero no puedo tomar parte en vuestro camino..."

Y el periodista termina así sus comentarios: "Estuvo y está entre los perseguidos, en Italia como en Rusia. El anarquismo de Errico Malatesta no se discute. Se acepta o se niega. Pero se respeta ¡siempre!"

El mismo juicio suscriben en Italia todas las personas honestas, de todos los partidos. Se rechazan o se aceptan las ideas de Malatesta, pero nadie dejará de respetar y de admirar al hombre. ¿Cuántos son los hombres actuales en la vida pública que pueden ponerse al lado de Malatesta desde el punto de vista del respeto que su personalidad impone a amigos y enemigos? No conocemos a nadie. Y si echamos una mirada a las grandes figuras del socialismo autoritario se nos presentan personalmente tan ruines, tan pedantes, tan poco elevadas moralmente, tan llenas de ambiciones de mando y tan exentas del carácter del noble apostolado, que no podemos menos de enorgullecernos de contar en nuestro movimiento con hombres tan puros, tan abnegados y tan nobles como los Reclus, los Salvochea, los Malatesta y muchos otros.

Aquella Biblioteca de biografías iniciada por LA PROTESTA con la publicación del libro de Max Nettlau, no es una caprichosa determinación, ni quiere fomentar el culto a los héroes; es una iniciativa de un incalculable alcance educativo y consideramos que servirá como una palanca poderosa para elevar el nivel moral del movimiento.

Volvamos a repetir nuestra eterna predica. Las ideas que amamos más que todo en el mundo, son infecundas si no guían nuestros pasos cotidianos, si no determinan nuestra conducta pública y privada, si no se imponen a nuestros contemporáneos a través del ejemplo de nuestra vida. Entre un anarquista que acepte solo intelectualmente la anarquía y que en su vida pública y privada, obra de modo contrario a ese ideal y un adversario de la anarquía que demuestra con el ejemplo su honestidad, su desinterés, su espíritu solidario y fraternal, nos inclinamos respetuosos ante ese adversario y reagaremos del presunto camarada.

Todo lo que Malatesta ha escrito y ha dicho, con ser preciso en alto grado, puede olvidarse sin mayor perjuicio; pero lo que Malatesta representa como símbolo moral, eso es un valor imperdurable, tanto más brillante y sublime cuanto más se aparta la humanidad de una más elevada concepción de la vida.

Se habitúa generalmente a considerar que se hace propaganda sólo por la palabra, por la prensa, por la organización. nos parece que no hay más propagandistas que los que hablan en las tribunas o escriben en los periódicos. Sin embargo el mejor de los propagandistas, el respecto más sólido y esencial de la propaganda, es la propaganda del ejemplo. La influencia de nuestra vida personal en el radio de nuestra actuación cotidiana. La gran desgracia está en que también en ese terreno, asequible a todas las capacidades, son raros, muy raros los buenos propagandistas.

Las grandes figuras históricas del anarquismo desaparecen; aquellos hombres que imponían respeto a los adversarios por sus valores intelectuales se nos van más rápidamente de lo que quisiéramos.

después de la guerra hubo un verdadero desastre en nuestras filas: Kropotkin, Landauer, Neno Vasco, Flores Magón, Nella Tscherkesof, Osugi...

Esas pérdidas son insustituibles. Por lo menos no se advierte aún en nuestro movimiento la posibilidad de llegar pronto día a llenar el vacío dejado por esos hombres. Eso es triste. ¡Pero a grandes males, grandes remedios! Si intelectualmente no existe siquiera la lejana posibilidad de llenar el vacío dejado por nuestros viejos que se nos van, procuremos fortalecernos moralmente, seguir las grandes líneas inspiradoras de una vida sincera y honesta para nosotros y nuestro ambiente. De ese modo, aquellos que recibirán nuestras ideas, no podrán menos de apreciarlas y apetarnos como hombres. Tan trágica como la muerte de nuestros reconocidos mentores y maestros espirituales, la decadencia moral del movimiento anarquista, sus desviaciones, su desprecio por la acción por vivir más elevadamente, su desprecio o su desconocimiento del valor de la propaganda del ejemplo. ¿No es doloroso comprobar que cada día se aplican menos nuestras ideas y el movimiento anarquista se desprestigia más?

He aquí un mal al que hay que poner remedio. Si no demostramos prácticamente la virtualidad de nuestras ideas en el ambiente de nuestras relaciones cotidianas, de nuestra vida privada y pública, los adversarios tienen derecho a dudar de nuestras ideas y de nosotros mismos.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes paqueteros del interior.

Errico Malatesta

EN EL CA

Jorge. —Muy bien, continúe; se di usted está afectado de socialismo. Es u rente de la mía; pero en fin es siempre magistrado socialista es un fenómeno int

Ambrosio. —No, no, nada de socialis para sorprenderle en contradicción y mos camente debería ser no un comunista, si dor", un partidario de la división de los

Y entonces le diría que el fraccionami piedad haría imposible toda gran empres la miseria general.

Jorge. —Yo no soy un repartidor, u la división de los bienes, ni, que yo sepa socialista moderno No creo que dividir l peor que dejarlos unidos en manos de los e ro sé que esa división, si fuera posible, se para la producción. Además no podría du de nuevo a la constitución de las grandes proletarización de las masas y a la miseria tación a outrance.

Digo que el trabajador tiene derecho a tegro de su trabajo: pero se reconoce qu no es más que una fórmula de justicia abs nifica, en la práctica, que no debe haber que todos deben trabajar y todos disfrutar del trabajo, según los modos que convengan

El trabajador no es un ser aislado en vive por sí y para sí, sino un ser racional q cambio continuo de servicios con los demás y debe coordinar sus derechos con los derech

después de la guerra hubo un verdadero desastre en nuestras filas: Kropotkin, Landauer, Neno Vasco, Flores Magón, Melia Tscherkesof, Osugi...

Esas pérdidas son insustituibles. Por lo menos no se advierte aún en nuestro movimiento la posibilidad de llegar algún día a llenar el vacío dejado por esos hombres. Eso es triste. ¡Pero a grandes males, grandes remedios! Si intelectualmente no existe siquiera la lejana posibilidad de llenar el vacío dejado por los viejos que se nos van, procuremos elevarnos moralmente, seguir las grandes líneas inspiradoras de una vida sincera y honesta para nosotros y nuestro ambiente. De ese modo, aquellos que rechazan nuestras ideas, no podrán menos de respetarnos como hombres. Tan trágica aun como la muerte de nuestros reconocidos mentores y maestros espirituales, es la decadencia moral del movimiento anarquista, sus desviaciones, su despreocupación por vivir más elevadamente, su menosprecio o su desconocimiento del valor de la propaganda del ejemplo. ¿No es doloroso comprobar que cada día se respeta tan menos nuestras ideas y el movimiento anarquista se desprestigia más?

He aquí un mal al que hay que poner remedio. Si no demostramos prácticamente la virtualidad de nuestras ideas en el ambiente de nuestras relaciones cotidianas, de nuestra vida privada y pública, los adversarios tienen derecho a dudar de nuestras ideas y de nosotros mismos.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(*Continuación*)

Al aparecer *Temps Nouveaux* llegamos a un tiraje de 17 a 18.000 ejemplares. El periódico cubría sus gastos. Pero sea que la curiosidad de las gentes se amortiguó — lo que me complazco en creer por amor propio — sea que no hayamos sabido satisfacerla, el tiraje se redujo poco a poco para llegar a lo que ustedes saben.

Pero con un número suficiente de suscriptores, y un fondo de caja al comienzo, estamos asegurados un año o dos. Es todo lo que podemos esperar para intentar la experiencia que vale la pena, mientras que yo me rehuso a ir a aumentar el número de las publicaciones nacidas muertas que hemos visto nacer y morir, sino en el espacio de una mañana, al menos después de una carrera ridículamente corta.

Vd. dice aún:

1. — "Si continuamos haciendo aparecer el Bulletin, gastaremos el dinero a medida que llegue, desalentando al mismo tiempo a los suscriptores".

¡Buen dios! actualmente no cubrís los gastos de una publicación de exigencias reducidas y queréis, con la misma falta de medios, intentar una obra más dispendiosa. Yo habría pensado que, al contrario, la razón que Vd. aduce les habría demostrado cuán artificial es toda esa impaciencia.

2. — Los suscriptores preguntan por su dinero. Vd. agrega: "¡Qué importan los lectores que no pagan!" Y yo digo: "¡Al diablo los suscriptores que quieren que se les dé por su dinero!" De toda mi propaganda, lo que más lamento es el haber apelado demasiado a menudo a los motivos egoístas del lector para decidirle a comprarnos publicaciones que nos costaban más de lo que ellos daban. Empecinándome en darle 12 páginas cuando nuestros medios no nos permitían más que 8; organizando tómbolas en que los compradores de boletos recibían más de lo que pagaban.

Es verdad que, apremiado por la situación, no podía elegir los medios ni tenía el tiempo de apreciar el valor moral o de propaganda. "Todo lo que podía sin comprometer prolongar la vida del periódico, era bueno para mí".

Y bien, no, todo no era bueno, en vista de la propaganda misma. No se puede contar con un público como ese. El público que debemos tratar de conquistar es el que, como nosotros, está afectado por el "prurito" de la propaganda, y que sabe imponerse algunos sacrificios para cooperar a su desarrollo. Y cuando digo sacrificios, es por falta de una palabra más exacta. No es un sacrificio lo que se hace para realizar la obra que uno juzga útil.

En nuestro primer manifiesto hemos dicho en qué condiciones queríamos marchar. O bien parece justo a los que nos dirigimos o no responde a su manera de ver.

Si les parece justo, deben darnos crédito y, como nosotros, tener paciencia hasta que hayamos reunido los medios de salir con alguna probabilidad de éxito.

Si no les parece justo, que hagan ellos mismos algo mejor.

Si por el hecho de haber dado 50 céntimos a la propaganda, y estar impaciente por asegurarse de que esos 50 céntimos no han sido gastados en mantener danzarinas en la Opera, el suscriptor debe forzarnos a cambiar nuestros planes, volvemos a caer bajo el yugo del capitalismo. Un capitalismo muy reducido, es posible pero tan exigente y desagradable como el otro. A los que hoy ayudan, a los que nos leen, les reconozco el derecho a intervenir sólo en este caso: cuando salgamos del programa por el cual hemos recurrido a su concurso.

En suma, es la cuestión de confianza entre nosotros y los que nos proporcionan su concurso. Si tienen confianza, que la demuestren dejándonos obrar del mejor modo, siempre que permanezcamos en el cuadro de nuestras promesas. Y es porque no quiero abusar de su confianza que no quiero obrar de otro modo a como hemos prometido en nuestro primer manifiesto, yendo hacia un fracaso inevitable.

Que el boletín viva o desaparezca, eso no tiene más que un valor de indicación. Publicación de circunstancia o permanente, su desaparición, — por desagradable que sea, — no implicaría ninguna consecuencia desastrosa. Pero debiendo ser la publicación futura, en nuestra intención al menos, una publicación duradera, su fracaso sería un desastre — para nuestra actividad futura — que nos obsaculizaría el camino por largo tiempo para toda tentativa nueva.

Indicad a los lectores la necesidad de mantener la publicación de eso para preparar la publicación de ésto, la ventaja de desarrollarlo como medio de transición de una publicación a otra.

Si ese llamado no tiene eco, será ya un signo de que nuestra reaparición no es tan impacientemente esperada como Vd. parece creer. Entonces no publiquen el Boletín más que cuando tengan dinero para hacerlo, contentándose, en caso de necesidad, con reducirlo a una simple circular, para no perder totalmente el contacto con el público.

Errico Malatesta

(5)

EN EL CAFÉ

Jorge. —Muy bien, continúe; se diría que también usted está afectado de socialismo. Es una escuela diferente de la mía; pero en fin es siempre socialismo. Un magistrado socialista es un fenómeno interesante.

Ambrosio. —No, no, nada de socialista. Lo hacía sólo para sorprenderle en contradicción y mostrarle que lógicamente debería ser no un comunista, sino un "repartidor", un partidario de la división de los bienes.

Y entonces le diría que el fraccionamiento de la propiedad haría imposible toda gran empresa y produciría la miseria general.

Jorge. —Yo no soy un repartidor, un partidario de la división de los bienes, ni, que yo sepa, lo es ningún socialista moderno No creo que dividir los bienes sería peor que dejarlos unidos en manos de los capitalistas; pero sé que esa división, si fuera posible, sería perjudicial para la producción. Además no podría durar y llevaría de nuevo a la constitución de las grandes fortunas, a la proletarización de las masas y a la miseria y a la explotación a outrance.

Digo que el trabajador tiene derecho al producto íntegro de su trabajo: pero se reconoce que ese derecho no es más que una fórmula de justicia abstracta; y significa, en la práctica, que no debe haber explotadores, que todos deben trabajar y todos disfrutar de los frutos del trabajo, según los modos que convengan entre sí.

El trabajador no es un ser aislado en el mundo, que vive por sí y para sí, sino un ser racional que vive en un cambio continuo de servicios con los demás trabajadores, y debe coordinar sus derechos con los derechos de los demás. Por lo demás, es imposible, máxime con los métodos modernos de producción, determinar en un producto cuál es la parte exacta de trabajo que cada trabajador ha proporcionado, como es imposible determinar en la diferencia de productividad de cada obrero o de cada grupo de obreros, qué parte se debe a la diferencia de habilidad y de energía desplegada por los trabajadores y qué parte depende de la diferencia de fertilidad del suelo, de la calidad de los instrumentos empleados, de las ventajas o dificultades dependientes de la situación topográfica o del ambiente social. Y por lo tanto, la solución no puede encontrarse en el respeto al derecho estricto de cada uno, sino que debe buscarse en el acuerdo fraternal, en la solidaridad.

Ambrosio. —Pero entonces no existirá la libertad.

Jorge. —Al contrario, es entonces solamente cuando habrá libertad. Ustedes los llamados liberales, llaman libertad al derecho teórico, abstracto, de hacer una cosa y serían capaces de decir, sin reir ni ruborizarse, de un hombre que ha muerto de hambre por no haber podido procurarse alimento, que estaba libre de comer o no. Nosotros, al contrario, llamamos libertad a la posibilidad de hacer una cosa o no hacerla — y esta libertad, que es la única verdadera, se vuelve tanto mayor cuanto más crece el acuerdo entre los hombres y el apoyo que se dan entre sí.

Ambrosio. —Usted ha dicho que si se dividieran los bienes, se reconstituirían pronto las grandes fortunas y se volvería al estado de antes. ¿Por qué?

Jorge. —Porque desde el principio sería imposible ponerlos a todos en estado de perfecta igualdad y conservar luego esa igualdad. Las tierras difieren grandemente entre ellas, las unas producen mucho con poco trabajo y las otras poco con mucho trabajo; las ventajas y desventajas de toda especie que ofrecen las diversas localidades son grandes, y grandes también las diferencias de fuerza física e intelectual entre hombre y hombre. Ahora bien, en el momento de la división surgiría naturalmente la rivalidad y la lucha: las mejores tierras, los mejores instrumentos, los mejores lugares irían a manos de los más fuertes o más inteligentes o más astutos. Por consiguiente, encontrándose los mejores medios materiales en manos de los hombres mejor dotados, éstos se verían pronto en posición muy superior a los demás y, partiendo de estas ventajas primitivas, fácilmente aumentarían en fuerza, volviendo a comenzar así un nuevo proceso de explotación y expropiación de los débiles que reconstituiría la sociedad burguesa.

Ambrosio. —Pero eso se podría impedir con buenas leyes que declarasen inalienables las cuotas individuales y circundasen a los débiles de serias garantías legales.

Jorge. —¡Uff! Usted cree siempre que se puede remediarlo todo con leyes. ¡No es en vano magistrado! Las leyes se hacen y se deshacen según el capricho de los fuertes.

Los que son un poco más fuertes que el término medio, las violan; los que son mucho más fuertes aún las suprimen y hacen otras en su interés.

Ambrosio. —¿Y entonces?

Jorge. —Entonces, se lo he dicho ya, es preciso substituir la lucha entre los hombres con el acuerdo y la solidaridad, para eso es preciso ante todo abolir la propiedad individual.

Ambrosio. —En resumen, seriamente, ¿es usted comunista?

Todo es de todos, trabaja el que quiere y el que no quiere hace el amor; comer, beber, divertirse. ¡Qué país de Jauja! ¡Oh, qué hermosa vida! ¡Oh, qué bello manicomio! Já, já, já.

Jorge. —Al ver el aspecto que usted ofrece al querer defender con razonamientos esta sociedad que sólo se rige con la fuerza bruta, no me parece verdaderamente que tenga mucho de qué reir.

Sí, señor, soy comunista. Pero usted parece tener nociones muy extrañas sobre el comunismo. La próxima vez trataré de hacérselo comprender. Por hoy, buenas noches.

VII

Ambrosio. —Y bien, ¿quiere explicarme lo que es su comunismo?

Jorge. —Con mucho gusto.

El comunismo es un modo de organización social en que los hombres, en lugar de luchar entre sí por acaparar las riquezas naturales y explotarse y oprimirse recíprocamente, como en la sociedad actual, se asociarán y se pondrán de acuerdo para cooperar todos al mayor bienestar de cada uno. Partiendo del principio de que la tierra, las minas y todas las riquezas naturales pertenecen a todos y que a todos pertenecen también los productos acumulados y las adquisiciones de todo género de las generaciones pasadas, los hombres, en el comunismo, se entenderán para trabajar cooperativamente y producir todo lo necesario.

Ambrosio. — He comprendido. Usted quiere, como decía un periodicucho que he tenido en manos en un proceso de anarquistas, *que cada uno produzca según sus fuerzas y consuma según sus necesidades;* o bien *que cada uno dé lo que pueda y tome lo que necesite.* ¿No es eso?

Jorge. —Efectivamente, esas son máximas que solemos repetir a menudo; pero para que representen correctamente lo que sería una sociedad comunista tal como nosotros la concebimos, habría que saberlas inter-

3. — "La excusa de la guerra no existe ya para continuar guardando el silencio".

Vd. toma aquí el efecto por la causa.

En lo que me concierne al menos no fué porque vino la guerra por lo que cesó de aparecer el periódico, sino porque la guerra vino a empeorar una situación económicamente insostenible. No veo de ningún modo que esa situación haya cambiado.

"Hemos "caldeado" al público y espera que hagamos algo", — me dice Vd. en su carta precedente. Permítame que ría un poco de esa broma.

Vds. tuvieron dos reuniones que les pusieron en contacto con una cincuentena de camaradas; recibieron, tal vez, no es seguro, medio cuarterón de cartas de camaradas a quienes conocen más o menos, y Vd. llama a eso haber "caldeado la opinión pública". ¡Temo que si Vd. escuchara un lenguaje parecido de alguno de sus enfermos, le catalogaría de inmediato en el caso de megalomanía aguda! ¿No toma sus deseos por realidades?

4. — Vds. no harán más que la suscripción; por consiguiente, cada número dejará un beneficio en lugar de una pérdida. ¡Muy bien calculado! A condición, sin embargo, que el número de los suscriptores permita fijar la suscripción a un precio abordable.

Ahora bien, Vd. no me ha dicho cuál es la cifra exacta de las promesas de suscripción que han recibido.

Sin duda no tenemos contacto más que con un pequeño público, sin duda, aún, el género revista responde mejor a nuestro género de talento (!). Pero no hay que olvidar que la mayoría de los camaradas preferirán cien veces más el periódico que una revista; que tarde o temprano ese puesto del periódico deberá ser ocupado. Deseo ardientemente que ese puesto sea ocupado un día por el mayor bien de la propaganda (1).

Y además, ¿qué es lo que impide a un periódico o a una revista limitar su tiraje a la cifra de sus suscriptores!

En cuanto a la venta en la calle, se podría intentar organizarla. Es por eso que yo pedía que antes de salir se encontrasen camaradas en el mayor número de localidades posible, que se encargasen de organizar esa venta y se hicieran responsables de un cierto número de ejemplares.

Eso no puede organizarse más que después de un intercambio de correspondencias. Me he propuesto para hacerlo. No he visto aún una sola de las cartas recibidas. Habría tenido alguna utilidad el conocer lo que ocurre, lo que se nos responde.

No buscar más que el lector que paga es muy práctico desde el punto de vista comercial. Pero yo no veo la utilidad de un periódico semejante, salvo para satisfacer algunas vanidades, algunos casos de enfermedad plumífera. Si para existir ese periódico debe cortarse los medios de hacer propaganda, permaneciendo órgano de una pequeña capilla, equivale a contemplarse el ombligo. Es del mismo modo imbécil. Nosotros no podemos aumentar nuestra propaganda más que aumentando nuestro público. Es por eso que el suscriptor, lector que paga, debe pagar para el lector nuevo.

Hay ahí dos puntos de vista que parecen inconciliables, lo sé; hacer vivir nuestra publicación al mismo tiempo que se hacen los gastos necesarios para permitir ensanchar la propaganda. Se pueden llenar ambos fines si sabemos organizarnos. Es esa organización la que quiero comenzar antes de comprometerme en una empresa que no nos dejaría, ya ningún medio de volver a comenzar si abortase.

Habiendo pasado treinta años de mi vida en realizar una obra que, a pesar de su derrota aparente, ha hecho, quiero creerlo, algún bien, sería duro para mí verme excluído de la que pretende continuarla, forzado, como estaría, a rehusar participar en la tentativa de sabotage, que es lo que sería en realidad vuestra celeridad imprevisora. Pero yo no puedo impedir que lo intenten si persisten en ello.

No pediría más que una cosa, y sería, puesto que he firmado el primer manifiesto, que se hiciera una declaración diciendo que no formo parte de la combinación, con una exposición de motivos.

"¡Esa combinación será una prueba más de mi obstinación, de mi insociabilidad, de la imposibilidad de hacer algo conmigo!" Eso no tiene importancia, estoy habituado a ese género de crítica.

Cordialmente.

Jean Grave."

Para justificar esa precipitación, se invocaba que yo había retardado mi viaje varias veces, como si mi ausencia fuese una razón para aparecer más pronto. Lo que, bien reflexionado, fué, en efecto, su única razón. Actualmente yo habría sabido bien impedir que se tomara el título de los *Temps Nouveaux* al menos.

A pesar de todo yo había esperado que, en último momento, reflexionarían y volverían a una comprensión más sana de la situación. Mi regreso estaba decidido para los primeros días de julio, les pedía que esperasen mi llegada. Esperaba, a pesar del anuncio que habían hecho de reaparición el 16 de julio, que retrocederían a última hora.

Una vez reinstalados en nuestro domicilio, mi mujer y yo fuimos a visitar a Guerin. En esa visita cambiamos una multitud de recuerdos. Al partir solamente le dije a Guerin: "Espero que habreis reflexionado. Volveré para discutir la cuestión a fondo.

"Sí, sí", me dijo Guerin. Algunos días después supe que en ese momento tenía ya en casa el primer número impreso.

No sólo habían pasado por sobre mi resistencia, sino que, si hicieron desaparecer mi nombre, se habían cuidado de indicar, como les había pedido, que dieran las razones por las cuales me había opuesto a la tentativa, o de cambiar el título, como les había pedido en otras cartas.

Así, cuando recibí el primer número, redacté una protesta en donde, lo más cortesmente posible, historiaba nuestras disidencias, dando las razones de mi oposición y diciendo que, a creerlos, Fracia estaba perdida si su publicación no veía la luz inmediatamente; pero que, sin embargo, yo creía que se engañaban.

Se rehusó insertarla. Fué Pierrot el que sirvió de portavoz a los disidentes. "Si insertamos su protesta — me decía — pasaríamos por vanidosos."

—Yo no les hice duques, les respondí.

Yo, que durante treinta años que dirigí *La Révolte* y *Temps Nouveaux* no les rehusé un artículo, ni modificado una palabra en el original que me enviaron, encontré un poco amargo que se me rehusase, en una revista que llevaba un título que desde todos los puntos de vista, tenía derecho a considerar como algo propio, la inserción de una protesta escrita todo lo moderadamente posible, sin oponer más que hechos, y que, si hubieran sido simplemente honestos, habrían insertado sin vacilación.

Pero me era duro romper con los últimos camaradas de lucha que habían quedado y aislarme. Reduje mi protesta a esta última forma, de que encuentro copia:

"Mis queridos camaradas,

Me es penoso encontrarme en contradicción con vosotros, pero considero prematuro haber anunciado, como reaparición de *Temps Nouveaux*, lo que no puedo considerar más que como continuación del Boletín agrandado.

1.—Se debía crear un fondo de reserva de 8.000 francos. — Ese fondo de caja no existe.

2.—No se debía salir más que cuando se tuviese una cifra suficiente de suscriptores.

(Continuará)

---

(1) *Los hechos, ¡ay!, han demostrado bien que veía claro.*

---

pretar. No se trata, evidentemente, de un derecho absoluto a satisfacer todas las necesidades propias, pues las necesidades son infinitas, crecen más rápidamente que los medios para satisfacerlas, y por consiguiente su satisfacción es siempre limitada por las posibilidades de la producción; no sería ni útil ni justo que la colectividad, para satisfacer las necesidades excesivas, o mejor dicho los caprichos, de algún individuo, se sometiese a un trabajo desproporcionado con la utilidad producida.

Y no se trata tampoco de emplear en la producción todas las fuerzas personales, puesto que eso, tomado literalmente, significaría que es preciso trabajar hasta el agotamiento, es decir, que para satisfacer mejor las necesidades del hombre habría que destruir al hombre.

Lo que nosotros queremos es que todos estén lo mejor posible; es que todos alcancen el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo penoso. No podría darle una fórmula teórica que represente exactamente tal estado de cosas; pero cuando se haya quitado de en medio a los patrones y a los gendarmes, y los hombres se consideren hermanos y piensen en ayudarse y no en explotarse unos a otros, la fórmula práctica de la vida social sería encontrada pronto. De cualquier modo, se obrará como se sepa y se pueda, salvo modificar y mejorar a medida que se aprendiese a hacerlo mejor.

Ambrosio. —He comprendido: usted es partidario de la *prise au tas*, como dicen sus camaradas franceses: cada cual produce lo que mejor le parece y lo *echa al montón* o, si usted quiere, lleva a los almacenes comunales lo que ha producido; y cada cual *toma del montón* todo lo que necesita y le place. ¿Es así?

Jorge. —Advierto que usted está decidido a informarse un poco sobre la cuestión y supongo que ha ido a leer los documentos de los procesos más atentamente de lo que lo hace cuando se trata de enviarnos a la cárcel. ¡Si los magistrados y los policías hicieran como usted, lo que se nos roba en los allanamientos a nuestros domicilios serviría al menos para algo!

Pero volvamos al argumento. Tampoco esa fórmula de la *toma del montón* es más que un modo de hablar, que expresa la tendencia a querer substituir el espíritu mercantil de hoy por el espíritu de fraternidad y de solidaridad, pero no indica ciertamente un modo concreto de organización social. Tal vez encuentre entre nosotros quien toma esa fórmula al pié de la letra, porque supone que el trabajo hecho espontáneamente será siempre superabundante y los productos se acumularían en tal cantidad y variedad que harían inútil toda regulación en el trabajo y en el consumo. Pero yo no pienso así: pienso, como le he dicho, que el hombre tiene siempre más necesidades que medios para satisfacerlas y me alegro de ello, porque ese hecho es causa de progreso; y creo que, aunque se pudiese, sería un derroche absurdo de energía el producir a ciegas para colmar todas las necesidades posibles, en lugar de calcular las necesidades efectivas y organizarse para satisfacerlas con la menor fatiga posible. Por lo tanto, una vez más, la solución está en el acuerdo entre los hombres y en los pactos, tácitos o expresos, a que llegarán cuando hayan conquistado la igualdad de condiciones y estén inspirados por el espíritu de la solidaridad.

Trate de penetrar en el espíritu de nuestro programa y no se preocupe demasiado de las fórmulas, que, en el nuestro, como en todos los otros partidos, no son más que una manera concisa e impresionante, pero casi siempre vaga e inexacta, de expresar una tendencia.

Ambrosio. —¿Pero no se apercibe que el comunismo es la negación de la libertad, de la personalidad humana? Tal vez haya podido existir en los tiempos primitivos de la humanidad, cuando el hombre, poco desarrollado intelectual y moralmente, estaba contento cuando podía satisfacer en la tribu sus apetitos materiales; tal vez es posible en una sociedad religiosa, monástica, que se propone la supresión de las pasiones humanas, que se vanagloria de la absorción del individuo en la comunidad conventual y hace de la obediencia el primer deber. Pero en la sociedad moderna, en tanto florecimiento de civilización producido por la libre actividad individual, con la necesidad de independencia y de libertad que atormenta y ennoblece al hombre moderno, el comunismo, si no fuese un sueño imposible, sería el regreso a la barbarie. Toda actividad sería paralizada; toda fecunda emulación para distinguirse, para afirmar la propia individualidad se extinguiría...

Jorge. —Y así sucesivamente...

Basta, no derroche su elocuencia. Esas son frases hechas que conozco desde hace mucho tiempo... y no son más que otras tantas mentiras, descaradas e inconscientes. ¡La libertad, la individualidad del que muere de hambre! ¡qué cruel ironía! ¡qué profunda hipocresía!

Usted defiende una sociedad en donde la gran mayoría vive en condiciones animales, una sociedad en donde los trabajadores mueren de hambre y de miseria, donde los niños perecen a millares y a millones por falta de cuidados, donde las mujeres se prostituyen para tener qué comer; una sociedad donde la ignorancia entenebrece los espíritus, donde el que es instruído debe vender su saber y mentir para comer, donde ninguno está seguro del mañana — ¿y se atreve a hablarme de libertad y de individualidad?

Tal vez la libertad y la posibilidad de desarrollar la propia individualidad existirán para usted, para una pequeña casta de privilegiados... ¡y ni siquiera! Los mismos privilegiados son víctimas del estado de lucha entre hombre y hombre que corrompe toda la vida social, y ganarían viviendo en una sociedad solidaria, libres entre libres, iguales entre iguales.

¿Cómo puede usted sostener que la solidaridad perjudique la libertad y el sentimiento de la individualidad? Si discutiésemos sobre la familia — y de ella hablaremos algún día — no dejaría usted de entonar uno de los himnos habituales a esa santa institución, base, etc., etc. Ahora bien, en la familia — en aquella al menos que se glorifica, no en la que existe realmente — reinan el amor y la solidaridad. ¿Sostendría usted que los hermanos serían más libres y desarrollarían mejor su individualidad si, en lugar de quererse bien y de trabajar todos de acuerdo por el bienestar común, se pusieran a robarse mutuamente, a odiarse y a darse bastonazos?

Ambrosio. —Pero para regular la sociedad con una familia, para organizar y hacer marchar una sociedad comunista, se necesita una centralización intensa, un despotismo de hierro, un Estado omnipotente. ¡Figúrese qué potencia opresiva tendría un gobierno que dispusiera de toda la riqueza social y asignase a cada uno el trabajo que debe hacer y la parte que puede consumir!

Jorge. —Ciertamente, si el comunismo tuviera que ser como lo concibe usted y alguna escuela autoritaria, sería imposible o, si fuera posible, se resolvería en una colosal y complicadísima tiranía, que provocaría necesariamente después una gran reacción.

Pero nada de todo eso hay en el comunismo que nosotros queremos. Nosotros queremos el comunismo libre, *anarquista*, si la palabra no le ofende. Es decir, queremos que el comunismo se organice libremente, de abajo a arriba, comenzando por los individuos que se unen en asociaciones y continuando poco a poco por federaciones cada vez más complejas de asociaciones, hasta abarcar toda la humanidad en un pacto general de cooperación y de solidaridad. Y como ese comunismo se habrá constituído libremente, libremente también deberá mantenerse, por la voluntad de los interesados.

Ambrosio. —¡Pero para que todo eso fuese posible sería necesario que los hombres fueran ángeles, que fuesen todos altruístas! Y, al contrario, el hombre es por naturaleza egoísta, malo, hipócrita, haragán.

Jorge. —Ciertamente, para que sea posible el comunismo se necesita que los hombres, en parte por impulso de sociabilidad y en parte por una justa comprensión de sus intereses, no se odien entre sí y quieran ir de acuerdo y ayudarse mutuamente. Pero esto, lejos de ser una imposibilidad, es ya hoy un hecho normal y general. La presente organización social es causa permanente de antagonismos y conflictos entre las clases y los individuos; y si, no obstante, la sociedad puede mantenerse y no degenera literalmente en una horda de lobos que se devoran entre sí, es precisamente por el

---

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B

Diario de un soldado

El general del ejército británico Frederick Maurice, estampó a manera de prefacio, en la portada de este diario de guerra del soldado Ralph Scott, entre otras razones justificativas de la publicación del libro, estas palabras:

El único y poderoso medio para combatir la guerra, residiría en que los hechos y episodios revelados en este diario, fuesen narrados en los libros de historia de las escuelas a fin de romper de una vez con la mentira de las valerosas carreras de retorno victorioso y de las rubias damiselas arrojando rosas a los pies de los conquistadores. Cada soldado sabe demasiado que si se rehicieran los textos de historia, colocando cuidadosamente el polvo de las mentiras y de la falsedad sobre las acciones guerreras, la escueta verdad, desnudándola en todo lo que tiene de horrible se podría destruir el espíritu de guerra más efectivamente que con todas las convencionales ligas concebidas por políticos de cerebros agotados.

Otro de los métodos quizás más eficaces según esta mosca blanca del militarismo de su patria, consistiría en un arbitraje internacional para que cada nación conviniese a que su ejército se compusiera extrictamente del personal del gobierno. Una idea bastante original y rara, por que brote de la cabeza de un general, atreviéndose a la supresión completa de los organismos militares, por su misión trata de obligar a los que fraguan las catástrofes guerreras a intervenir en ellas. No hemos de discutir seriamente esta idea, porque expresa solamente un punto de vista, personal y todavía encarado a medias. Si la presentamos fué para revelar un aspecto ignorado en ciertos ambientes que están en un campo contrario al nuestro.

No dudamos que una de las tácticas de mayor resultado es minar la romántica concepción de la guerra anidada aún en millones de cabezas, sobre todo en quienes nunca tomaron parte en ella. La última contienda no logró debelar esta leyenda del falso heroísmo de la bestia carnicera.

En este sentido, este libro no escrito por un profesional del pacifismo, sino por un vigoroso deportista de inteligencia práctica, quien no discurre contra la guerra por principio y sí por dura y cruel experiencia, es una verdadera exposición de testimonios de muda elocuencia. Justamente los que actuaron en esas horrorosas jornadas, prolongadas durante cuatro años de matanza continua, no les parecerá exagerada la furia y la amargura que se desprende de ciertas escenas terribles y macabras, comprobando, en cambio, que era la realidad normal de todos los días.

Pero donde Scott alcanza el sumo de la indignación *patriótica*, por decirlo así, contra los falsos cultivadores del heroísmo guerrero estándose en sus casitas, contra los parásitos de los estados mayores, oficiales de academia y de salón, que nos amontonan disparates sobre disparates, sin importarles un ardite de la vida de los hombres. Se horroriza al pensar que todos esos sacrificios, todos los martirios padecidos por hombres mansos de corazón y valientes de espíritu — quienes nunca pensaron fuera posible una conflagración de tal magnitud a estas alturas — fueron en vano y nunca influirán en la balanza de los acontecimientos universales, a fin de alejar posibles contiendas armadas. Exclama:

¡Y lo lastimoso de todo esto es que nadie llegará a comprender, ni nadie logrará compenetrarse de estas ideas! Es haber vivido varias estaciones en el infierno el hecho de conocer esos largos y lanci-

AÑO V

BUENOS AIRES, 5 DE ABRIL DE 1926

N.o 219

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 153

CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

Diario de un soldado (1)

El general del ejército británico Sir Frederick Maurice, estampó a manera de prefacio, en la portada de este diario de guerra del soldado Ralph Scott, entre otras razones justificativas de la aparición del libro, estas palabras:

El único y poderoso medio para ir contra la guerra, residiría en que los hechos y episodios revelados en este diario, fuesen narrados en los libros de historia de las escuelas a fin de romper de una vez con la mentira de las valerosas cargas, del retorno victorioso y de las ruborizadas damiselas arrojando rosas a los pies de los conquistadores. Cada soldado sabe demasiado que si se rehicieran los textos de historia, colocando cuidadosamente, en vez de las mentiras y de la falsedad de las acciones guerreras, la escueta verdad descarnándola en todo lo que tiene de horrible se podría destruir el espíritu de la guerra más efectivamente que con todas las convencionales ligas concebidas por políticos de cerebros agotados .

Otro de los métodos quizás más eficaces según esta mosca blanca del militarismo de su patria, consistiría en un arreglo internacional para que cada nación se aviniese a que su ejército se compusiera extrictamente del personal del gobierno. Una idea bastante original y rara, para que brote de la cabeza de un general. No atreviéndose a la supresión completa de los organismos militares, por su método trata de obligar a los que fraguan las catástrofes guerreras a intervenir en ellas. No hemos de discutir seriamente esta idea, porque expresa solamente un punto de vista personal y todavía encarado a medias. Si la presentamos fué para develar un aspecto ignorado en ciertos ambientes que están en un campo contrario al nuestro.

No dudamos que una de las tácticas de mayor resultado es minar la romántica concepción de la guerra anidada aún en millones de cabezas, sobre todo en quienes nunca tomaron parte en ella. La gran contienda no logró debelar esta leyenda del falso heroísmo de la bestia carnicera.

En este sentido, este libro no escrito por un profesional del pacifismo, si no por un vigoroso deportista de inteligencia práctica, quien no discurre contra la guerra por principio y sí por dura y cruel experiencia, es una verdadera exposición de testimonios de muda elocuencia. Solamente los que actuaron en esas horrorosas jornadas, prolongadas durante cuatro años de matanza continua, no les parecerá exagerada la furia y la amargura que se desprende de ciertas escenas terribles y macabras, comprobando, en cambio, que era la realidad normal de todos los días.

Pero donde Scott alcanza el sumo de indignación *patriótica*, por decirlo así, es contra los falsos cultivadores del heroísmo guerrero estándose en sus casitas y contra los parásitos de los estados mayores, oficiales de academia y de salón, quienes amontonan disparates sobre disparates, sin importarles un ardite de la vida de los hombres. Se horroriza al pensar que todos esos sacrificios, todos los martirios padecidos por hombres mansos de corazón y valientes de espíritu — quienes nunca pensaron fuera posible una conflagración de tal magnitud a estas alturas, — fueron en vano y nunca influirán en la balanza de los acontecimientos universales, a fin de alejar posibles contiendas armadas. Exclama:

¡Y lo lastimoso de todo esto es que nadie llegará a comprender, ni nadie logrará compenetrarse de estas ideas! Es haber vivido varias estaciones en el infierno el hecho de conocer esos largos y lancinantes momentos, donde agazapada la muerte estaba cien veces en acecho, pero solamente han transcurrido un par de años y han olvidado toda esa avalancha de trágicas circunstancias.

—Ya pasó — dirán — es necesario que olvidemos, fué tan terrible!

Y ellos, los queridos compañeros míos de las trincheras, retornarán a la vieja rutina de los años pasados, sin honor, sin ideales, sin heroísmo, y volverán a ser las bestias de carga del taller, la oficina y de las usinas.

Una escena de las más características:

Los sargentos hallaron un excelente lugar para plantar sus carpas, pero por allí había un muerto alemán. Decidieron enterrarlo, y en consecuencia ahondaron un hoyo ya cavado por un proyectil de grueso calibre. Luego se presentó el problema. ¿Cómo colocar el cadáver dentro de ese hoyo? El sargento mayor lo tomó por sus botas, y el furriel le agarró muy tímidamente por las mangas. Al izarlo, los brazos del muerto se le escaparon de las manos al furriel. Entonces éste se colocó la máscara que se usa contra los gases asfixiantes, y a palazos lo embutió dentro del hoyo. ¿Pro patria?

Este no es un pasaje de los menos impresionantes y macabros que posee este libro tan denso de episodios de una elocuencia que ninguna palabra ni ningún comentario podría intensificar.

Por cierto Ralph Scott no nos ahorra horrores; sin que su intento finque en agrandar, melodramatizar las visiones de la guerra, porque proceder de manera contraria, sería falsificar la realidad, escamotear lo más punzante de ella por miedo de herir nuestras fibras sensibles. Y hace muy bien; es necesario que toda la repugnante fealdad de los hechos de guerra sea puesta en evidencia cada vez con más frecuencia, a fin de que entren en las mentalidades, se alojen en ellas y, si es que se puede, para siempre. Más pronto se olvidan los horrores guerreros, más pronto se producirán otras guerras. Hay que repetir y repasar hasta la saciedad estos episodios desdorosos para la especie humana; hay que hilar sin descanso la contraleyenda del romanticismo guerrero.

Y este libro — que infortunadamente no ha sido vertido del inglés al castellano — presentando solamente hechos sin argumentos y sin discusión, cumple su finalidad de recordarle a todo el mundo lo que es en sí la matanza a destajo de los campos de batalla.

Y nosotros, si apelamos a testimonios, situados a veces en un bando opuesto al nuestro, es por mantener viva con los más diversos medios la propaganda contra la caverna del militarismo.

(1) *A Soldier's Diary by Ralph Scott. London: Collins.*

EL GRABADO LO DICE

La Central Obrera Argentina como organización práctica y actual, atraerá a los elementos disciplinados, para bien de sus pastores.

ANTORCHAS VIVIENTES

La pantomima, que por voltad del régimen fascista, plugo caprichosamente denominarse proceso judicial, en el que se debería enturbiar la memoria de Matteotti, fué jugada y finalmente rematada en Chieti por una compañía de saltimbanquis. El veredicto no pudo sorprender a nadie. Al contrario, era esperado *urbi et orbi*, por tirios y troyanos, por rojos y blancos. Pero se necesitó para llegar al resultado previsto un año y más de vastas elucubraciones para tramar su éxito, asegurándose que todos los que intervendrían en la pantomima supiesen de memoria y a maravilla los respectivos papeles. La compañía en pleno tuvo varios ensayos a fin de lograr lo que se llamaría en caló teatral *affiatamento*, es decir evitar toda pifia, toda disonancia comprometedora.

Durante la vista del proceso, todos los personajes recitaron sus partes como escolares que dicen una lección, moliendo las palabras cual loritos de juguetería con cuerda automática. El fiscal estuvo sublime en sus acusaciones hipócritas y reticentes, que asomaban y desaparecían para volver a asomar sólo la punta de la nariz, poniendo luego a su vehemente peroración ese fastial que suscitara calurosos aplausos. Helo aquí: *El dolor de la señora Matteotti nada tiene que ver con lo que se había dicho y hecho contra del hombre que toda Italia aclama ahora como su único dirigente.* Un fiscal, encargado de representar la parte civil, quien muestra cierta severidad efectista para la galería contra los acusados materiales del crimen y cubre con sus palabras de [illegible] al asesino moral, se merece por ser, de todos, el fantoche [illegible]ento de veracidad inimitable [illegible]rte.

Fué p[illegible]e por eso, por hallarse seguros de [illegible]ción, que los acusados tuvieron pronta y lista sus coartadas; por eso Dumini pudo dar con la receta que explicaría la naturalísima muerte de Matteotti, diciendo que falleció a consecuencia de una hemoptisis, es decir por falta de respiración, como morimos casi todos. Hasta le habían abastecido de un

término técnico, a fin de otorgar más visos de realidad a sus versiones falsas y antojadizas. Y por eso, también, un corresponsal extranjero pudo constatar que en Chieti flotaba un aire de fiesta que no condecía ni poco ni mucho con el proceso, cuyas sesiones se iniciarían para revestir con el sello de la legalidad una infamia más de ese régimen de crímenes. Además, hubo de hacer constar que los acusados se hallaban rozagantes, alegres y sonrientes por el excelente trato culinario, como si en vez de ir a un lugar donde estaría en juego la libertad de cada uno, asistieran a una fiesta celebrada en su propio honor.

La pantomima llevada a término final, no nos interesa en sus detalles — glosados en la prensa periódica y diaria por la nuestra y la ajena — sino en su conjunto y en su significado de proyecciones sociales.

Son escasos los que vieron en ella un síntoma más de un estado de alma colectivo que amenaza convertirse en mundial. Si este hubo de ser uno de los tantos síntomas, por su teatralidad y por su repercusión liberticida los resume a todos. Revela que la descomposición moral de las sociedades, logrando su pirato álgido, es un hecho tangible que ya no puede rebasarse ni ir mucho más allá.

La impasibilidad con que la atención de todo el mundo siguió el desarrollo de este grotesco simulacro de justicia, demuestra haber establecido de una vez que la regla universal e inflexible es el crimen, el latrocinio, la extorsión de la libertad por medios tiránicos en nombre de entidades abstractas, creadas a gusto y paladar de las clases dominantes del momento.

Han hecho tanto camino las ideas de violencia, de tiranía, de dictadura; han determinado todas ellas de tal modo numerosas las masacres, las expoliaciones a mano armada, y han propagado la guerra tácita por todos los ámbitos del globo, que el drama civil, teniendo como personaje principal a la figura sangrienta de Matteotti había de pasar desapercibido ante la complicidad gozosa y la indiferencia glacial de los demás gobiernos. Y, asimismo, todos están contestes en la perpetración de un nuevo crimen, sobre el ya cometido: crimen contra los derechos inermes y reivindicativos de una justicia mucho más alta que la fascista y que reside en la conciencia de la historia de la humanidad.

¿Pero, cuál nación, cuál colectividad podía erigirse en juez de la Italia fascista?

Están lejos los tiempos en que la tragedia de Montjuich sublevaba de ira todos los pechos. Protestas platónicas o no marcaban un precedente, que los tiranos eran obligados a tomarlo en cuenta. ¿La ejecución de Ferrer, acaso no guarda parecido con la de Matteotti? Y quizás en el sentido peorativo. Pues si uno fué fusilado por un gobierno tras el desarrollo de una parodia judicial, el otro fué arrancado al hogar, secuestrado por sicarios a sueldo de un gobierno, y nadie sabrá nunca las torturas físicas y morales que le hicieron padecer a la desventurada víctima antes de ultimarla. ¡Pero qué diferencia entre el silencio de esta tragedia y la vindicación mundial de aquella!

Y no obstante que en aquellos tiempos dominaran idénticos sistemas de gobierno que hoy y el régimen societario fuese el mismo, agazapados en su seno se mantenían incólumes grupos dispersos que concretaban en sí una conciencia colmada de sentimientos altruistas y de una cultura humanitaria que gravitaba, influía en el nivel moral de las sociedades. Era un débil freno, roto en última instancia, cuando los poderosos se imponían a sangre y fuego; y a pesar de ello, los precedentes de las ignominias quedaban escritos en obras candentes. Han hecho época. Se han registrado indeleblemente en el martirologio del proletariado.

¿Cómo contar una por una, ahora, las víctimas? No hay ya tiempo. No nos dan lugar ni tregua para labrar estadísticas. Es que la reacción capitalista y autoritaria, con el concurso del peso muerto de las masas amorfas, ha emprendido la carrera que conducirá al paroxismo de los procedimientos tiránicos, extorsionadores de la pequeña parcela de libertad individual que nos queda, acompañada con todas las aberraciones, en una total descomposición ética, la cual el régimen fascista elevó al rango de ciencia infusa.

Ahora bien: en nuestro ambiente anarquista se ha clamado por la falta de hombres eminentes, que surgieran o ingresaran en nuestras filas, o de neófitos militantes modestos que las engrosaran. Nunca la humanidad atravesó una oleada tan densa de grosero materialismo. Contemporáneamente no existe ninguna actividad que no se se dirija al fin práctico de engordar — engordar intelectualmente, física y psicológicamente. Hasta en los sentimientos, los humanos se hacen más adiposos con la consecuente hipertrofia de ellos.

¿De qué modo podríamos esperar nosotros, con nuestro ideal de sacrificio, de altruísmo y desinterés — que no ofrece más ganancias que los sinsabores inherentes a toda lucha sincera — vinieran cerebros esclarecidos, o los modestos artesanos de ideas para amasar el pan cotidiano de nuestra doctrina?

No se ha comprendido aún que cuando ese aleatorio nivel moral que proporciona oxígeno a las sociedades y las limpia somera y periódicamente, llega a su nivel más bajo, ideales como los nuestros son los que tendrán menos adeptos. Nuestras más nobles visiones, en los pizarrones de la conciencia contemporánea se cotizan muy bajo.

Ante la realidad de los hechos, puestos de relieve más que nunca por los sucesos que confluyen en el triste sainete del proceso Matteotti, no son quejas ni jeremiadas las destinadas a desmentirlos, a remediarlos, ni contrarrestarlos, sino el silencio de la labor centuplicada en la ascensión de la nueva cuesta.

¿No creen algunos que un mal conocido es más susceptible de embotar sus efectos que otro desconocido en absoluto?

Todo se halla en adecuar la propaganda para arrancar individuos, muchedumbres al Moloch materialista, que ahoga toda ansia de elevación hacia una dignidad moral. Comprendamos de una vez que frente al vertiginoso, arrasador progreso mecánico, cientificista y económico, nosotros, con nuestro credo anarquista, encarbolamos un problema hondamente moral, de puras y pristinas fuerzas éticas. Encarnar, revivir estas fuerzas como tantas antorchas vivientes, a fin de inflamar a las masas humanas, es nuestra más ingente tarea.

D. A. DE SANTILLAN

EL DERECHO DE LOS TRABAJADORES

Supongamos lo siguiente. Perico el de los Palotes es un pequeño caudillo sindical con infulas revolucionarias. Teoriza sobre la lucha de clases, sobre el gremialismo puro, se forja un sistemita cómodo para su malabarismo y sobre todo odia a los anarquistas más que Martínez Anido, Carlés o Trotzky. Ese odio le costó una desdicha muy grande: ocupaba un puesto rentado en un sindicato, y la mayoría de los miembros resolvió un día cortarle el pienso. Quedó en la calle. Buscó trabajo y entró en una fábrica de armas del Estado. Una vez allí intentó propagar su revolucionarismo. Por el día sudaba honestamente ocho o diez horas y por la noche hablaba en los locales obreros de la revolución. Según la teoría de la lucha de clases, — ese concepto de goma, que puede estirarse y encogerse a voluntad, según las circunstancias, — Perico el de los Palotes es un obrero que tiene un puesto legítimo en su sindicato metalúrgico. Sin embargo por encima de la lucha de clases hay un concepto humano de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto y de acuerdo a esa interpretación humana de las cosas, cuando Perico el de los Palotes, el que fabrica armas para la guardia civil y los soldados del ejército, acude a organizarse en su sindicato, se le da con la puerta en las narices, y cuando habla de revolución se le tapa la boca de un cantazo.

¿Y la lucha de clases? Dejadnos de pamplinas. ¿Qué comunidad de intereses puede surgir entre el obrero y el guardia civil? Ninguna. Entre el obrero de la fábrica de municiones o de armas y el obrero de un oficio socialmente útil, existe la misma relación.

Aun suponiendo que los sindicatos tengan por misión defender a los obreros nada más que contra los abusos patronales ¡qué diablos nos importa que el Estado explote a los gendarmes, haga trabajar tantas y cuantas hora a los agentes de policía o azote a los trabajadores de las fábricas de armas? El concepto de solidaridad proletaria no puede estirarse tanto, y que nos perdonen los teóricos de la lucha de clases. Se podrá argüir que las necesidades materiales apremiantes, que los hijos, la madre y la abuela, piden pan, que ésto y lo de más allá! Lo comprendemos todo. No queremos tampoco llevar nuestra afirmación al extremo, entonces caería en el ridículo, pero sí decimos que aquellos hombres que han perdido la dignidad hasta el punto de vender su fuerza de trabajo para labores tan abiertamente nocivas como la guardia civil o la de la fabricación de armas de guerra, están en un plano opuesto al de los demás trabajadores y lejos de quejarnos y de socorrerles cuando nos dicen que se les explota excesivamente, pensaremos siempre que se les explota poco. Una buena tunda de palos del capataz o del teniente todos los días no estaría fuera de lugar.

La idea de la lucha de clases se quiso llevarla en Buenos Aires hacia 1919 y 1920 por algunos desequilibrados a su más grande extensión. Hubo algún sujeto que nos propuso en la prensa misma la sindicación de los ladrones y otros querían la sindicalización de los vigilantes. Si hubiéramos sido partidarios de la lucha de clases en la forma que la defienden algunos filósofos de Barcelona, habríamos formado una grandiosa Federación de la industria del robo, tal vez el mayor de nuestros organismos. En la Argentina, más que en ningún otro país, nuestros camaradas activos en el movimiento obrero están habituados a pasar una buena parte del año de prisión en prisión y como no existen allí departamentos especiales para presos políticos, se ha trabado una magnífica camaradería entre anarquistas y presos por delitos comunes; los anarquistas y los ladrones son la población habitual de las cárceles del país. En consecuencia, nos hubiera sido muy fácil formar la Federación de la industria del robo, imponer en ella una elevada cotización e incluso hacer reconocer por unanimidad el comunismo anárquico, entendido en sus más simples postulados: negación de la propiedad privada... de los capitalistas y abolición de los gendarmes.

Eso no debe causarnos risa. El hecho no se presta a tomarlo a la ligera, y a reír simplemente. Es un caso muy parecido, por lo que se refiere a la solidaridad proletaria, al caso de los obreros de las fábricas de armas de guerra. ¿Hermanos nuestros? ¡Muchas gracias!

Si los que fabrican las armas con que nos asesinan los cancerberos del privilegio son hermanos nuestros, entonces también lo son los ministros y los burgueses. ¡Hermanos ministros! ¡hermanos burgueses!

El diablo es sabio porque es viejo. A nosotros nos está ocurriendo lo mismo. Cada día observamos algo nuevo. Si nos hubiéramos echado a soñar, jamás habríamos visto cosas tan morrocotudas como las que nos ofrece el espectáculo del mundo revolucionario. ¡Vivir para ver!

Los propios anarquistas, y algunos de renombre mundial, nos aseguran que los trabajadores no pueden ni deben ser anarquistas y obrar como tales. Más exactamente: ellos hablan de los sindicatos, pero como los sindicatos se componen de trabajadores, suponemos que su punto de vista relativo al conjunto de trabajadores que forman un sindicato se aplica también a cada trabajador aisladamente.

Pero entre los que así hablan hay dos especies o categorías: unos niegan que los trabajadores puedan ser anarquistas porque el anarquismo es un elevado ideal filosófico cuya comprensión no está al alcance de los simples mortales. Para comprender el anarquismo hay que ser pedante, razonador, haber leído un montón de majaderías y disponer de una cabeza tan grande como una calabaza. En consecuencia, trabajadores semianalfabetos o alfabetos, ignorantes que sois capaces de confundir a Sócrates con Julio César, vosotros debeis despediros de llegar a comprender lo que quiere el anarquismo!

Los otros razonan más o menos así: Tú, trabajador, si eres anarquista entonces dejas de ser trabajador; elige, uno o lo otro. Pero sus palabras son: Un sindicato obrero anarquista deja de ser un sindicato obrero. Un movimiento obrero anarquista no es un movimiento obrero (¿?).

Esa sabiduría nos deja turulatos. No sabemos qué responder a tanta profundidad de pensamiento — profundidad que por ser tal no alcanzamos a verle el fondo. Que se nos perdone nuestra dificultad para entender esas cosas y que aquellos a quienes nos referimos nos digan si hemos entendido bien o si nuestro anarquismo varía substancialmente del anarquismo por ellos defendido.

Nosotros no concebimos el anarquismo como un traje de día de fiesta que nos quitamos y nos ponemos a voluntad, según las circunstancias. Tampoco es para nosotros la anarquía un sistema filosófico que podemos debatir en el club apasionadamente, sin sentirnos ligados a él en nuestra vida privada o pública. La anarquía, a nuestro entender, no es tampoco un crimen, como la autoridad o la explotación. Aspiramos a que la humanidad entera sea anarquista y trabajamos todo lo que nos permiten nuestras fuerzas en ese sentido. Y nos hacemos también esta reflexión: Si la montaña no va a Mahoma, irá Mahoma a la montaña. Nosotros no nos contentamos con gritar nuestras ideas de cara al desierto, como el muezin desde lo alto del alminar. No nos conformamos con la propaganda pura, con arrojar la buena semilla con los ojos cerrados. Nos decimos: si la humanidad no viene a nosotros, vamos nosotros a la humanidad y sembremos allí donde hay perspectivas de buena cosecha: el mundo del trabajo, de los que sufren y de los que tienen hambre de pan y de justicia. Y constatamos una cosa: que en esa parte de la humanidad nuestras ideas son jubilosamente acogidas por una minoría consciente y más espiritualmente despierta que el resto de los productores; y son acogidas, no como un credo que se les anuncia proféticamente, sino como algo inherente a ellos mismos, como algo que dormitaba en ellos mismos y que nosotros no hicimos más que estimular. Con esa minoría obrera que ha reconocido en nuestras ideas y aspiraciones sus propias aspiraciones e ideas, echamos las bases de un organismo de propaganda y de lucha defensiva y ofensiva, para que el esfuerzo individual sea más proficuo en resultados. Nuestras fuerzas personales se multiplican en la asociación; por eso fundamos nuestros organismos obreros. Y con esos organismos obreros, en medio del resto del proletariado organizado o desviado, propagamos en la vida cotidiana nuestras aspiraciones y luchamos para que la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Eso no es ningún delito desde el punto de vista humano, aunque lo sea desde el punto de vista legal. Nosotros no queremos explotar ni dominar a nadie, pero no queremos que nos exploten y nos dominen a nosotros tampoco, y más aún: no queremos que existan en forma alguna la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Si encaminar el movimiento obrero hacia esa finalidad — la finalidad de la anarquía — es conspirar contra el movimiento obrero, entonces confesamos que nuestra inteligencia no da para tanto, es decir para atar esas moscas por el rabo.

Se nos replica airadamente: ¡Pero vosotros quereis imponer el anarquismo a todo el mundo! Nosotros no queremos imponer el anarquismo a nadie; pero no queremos que otros nos impongan sus sistemas o sus cuadraturas de círculo. Luchamos porque la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Y luchar no es entretenerse en hacer papirotes de papel. Luchar es luchar. Los obreros textiles de San Angel, México, se proclaman anarquistas y no por eso han dejado de ser obreros. No quieren imponer sus ideas, pero si la organización de rompehuelgas del ministro Morones se pone en medio, dan una paliza a los pobres diablos que se dejan manipular tan bobamente por los sinvergüenzas. Y si en defensa de los rompehuelgas vienen los soldados de Calles, los reciben a balazos.

¡Qué horror! — gritará un pobre filósofo de Barcelona que reclama los derechos de los trabajadores, — eso no es lucha de clases, eso es desnaturalizar el movimiento obrero! ¡Todos

dores son hermanos!

Los miembros de la C. R. tan obreros y tan explotados la C. G. T., con la diferencia bendicen la explotación y los dicen. Según Pestaña, el que que los obreros tienen derech a decidir sobre sus destinos, ta, un malvado, un ser sospec chas gracias! Los obreros de Mexicana decidan servir de g toral y el hecho de tener ministros les llena el estómag derecho a ello! ¡Son obreros, se proponen ofrecerse a los p los establecimientos en que la claró la huelga. ¡Son obreros, recho absoluto a disponer de su Pero entonces ¡también son miembros de la C. G. T. y las dan a sus adversarios bien da En ese terreno de los derechos otros entra a decidir la fuerza que los discursos o las teorías lucha de clases.

¡Ah, — se dirá — es que las *berían* ser así o asao! Pero, am las cosas son como son, y mient modifique la estructura social en que vivimos, no hay que es las cosas serán como deberían algo queremos la anarquía! Si estuvieran como deberían esta cir según la libertad y la res dad de todos y de cada uno, en necesitaríamos pensar en la revol

¡Pestaña es enemigo de la dict los sindicatos! Así escribe en dicos. El quiere la democracia rioso es que los que se dicen de de esa tesis son los que han im una dictadura insoportable en deración y los que hacen y desh su cuenta como les da la gana y compromisos y pactos con nuest mortales enemigos. Para que Pes viera derecho a hablar así, deb comenzar a exigir que saliera de bras de la clandestinidad y de la ra el sistema de las connivencia cas con tirios y troyanos en nom proletariado organizado. Pero este asunto. Lo que decimos es que lo jadores tienen derecho a regir s tinos de acuerdo al principio d bertad y no de acuerdo al princip esclavitud. O al menos, si los tra res tienen derecho a resolver en dicato por mayoría que la salva de esperarse de una serie de pe ciones a la virgen del Pilar o de tauración de un gobierno "obrero pesino", nosotros también tenemos recho a sabotear todo lo posible es pósitos, a imposibilitarlos con toda tras fuerzas. El ser obrero no es b para obrar bien, ni nos exime de versarios de la revolución. Por eso mos que si la mayoría de los sin resueiven suicidarse, reconocer la católica, apostólica y romana o tadura moscovita, nuestro deber conocer esos derechos y contra es viaciones oponemos la finalidad a ca de la vida. Mientras no se nos que el ideal de la anarquía desvi humanidad de su lógico desenvolv to, mientras no se nos demuestre anarquismo es un régimen de vida que el régimen de vida presente que las panaceas bolcheviquis, n deber es impulsar a la humanidad la anarquía. Para ello hay que propagar, organizar, hay que recur todos los medios que no están en tradicción con nuestros fines. Esa revolucionaria supone dar y recibi pes. ¡Luchar por la revolución no tretenerse en hacer papirotes de ni masturbarse filosóficamente en sa del sindicalismo puro! Es el colm la sofística o de la imbecilidad volve los fueros del sindicalismo puro e país como España y en un period que el sindicalismo puede decirse falmente que ha pasado a la histo

¿Pero no es también un colmo los anarquistas sostener la tesis per na que los obreros no deben ser quistas y que no pueden serlo, po entonces dejarían de ser obreros?

Otrosí digo: que el camarada Blas ñez que nos quiere dar en un perió sindicalista de Barcelona una lecció historia social, no conoce la histori por los forros.

movimiento obrero! ¡Todos los trabajadores son hermanos!

Los miembros de la C. R. O. M. son tan obreros y tan explotados como los de la C. G. T., con la diferencia que unos bendicen la explotación y los otros la maldicen. Según Pestaña, el que no reconoce que los obreros tienen derecho absoluto a decidir sobre sus destinos, es un idiota, un malvado, un ser sospechoso. ¡Muchas gracias! Los obreros de la C. R. O. Mexicana deciden servir de ganado electoral y el hecho de tener compañeros ministros les llena el estómago. ¡Tienen derecho a ello! ¡Son obreros¡ Otro día se proponen ofrecerse a los patrones de los establecimientos en que la C. G. T. declaró la huelga. ¡Son obreros, tienen derecho absoluto a disponer de sus destinos! Pero entonces ¡también son obreros los miembros de la C. G. T. y las palizas que dan a sus adversarios bien dadas están! En ese terreno de los derechos de unos y otros entra a decidir la fuerza más bien que los discursos o las teorías sobre la lucha de clases.

¡Ah, — se dirá — es que las cosas *deberían* ser así o asao! Pero, amigos míos, las cosas son como son, y mientras no se modifique la estructura social y política en que vivimos, no hay que esperar que las cosas serán como deberían ser. ¡Por algo queremos la anarquía! Si las cosas estuvieran como deberían estar, es decir según la libertad y la responsabilidad de todos y de cada uno, entonces no necesitaríamos pensar en la revolución.

¡Pestaña es enemigo de la dictadura en los sindicatos! Así escribe en los periódicos. El quiere la democracia. Lo curioso es que los que se dicen defensores de esa tesis son los que han implantado una dictadura insoportable en la Confederación y los que hacen y deshacen por su cuenta como les da la gana y entablan compromisos y pactos con nuestros más mortales enemigos. Para que Pestaña tuviera derecho a hablar así, debería por comenzar a exigir que saliera de las sombras de la clandestinidad y de la dictadura el sistema de las connivencias políticas con tirios y troyanos en nombre del proletariado organizado. Pero este es otro asunto. Lo que decimos es que los trabajadores tienen derecho a regir sus destinos de acuerdo al principio de la libertad y no de acuerdo al principio de la esclavitud. O al menos, si los trabajadores tienen derecho a resolver en el sindicato por mayoría que la salvación ha de esperarse de una serie de peregrinaciones a la virgen del Pilar o de la instauración de un gobierno "obrero y campesino", nosotros también tenemos el derecho a sabotear todo lo posible esos propósitos, a imposibilitarlos con todas nuestras fuerzas. El ser obrero no es bastante para obrar bien, ni nos exime de ser adversarios de la revolucion. Por eso pensamos que si la mayoría de los sindicatos resuelven suicidarse, reconocer la iglesia católica, apostólica y romana o la dictadura moscovita, nuestro deber es desconocer esos derechos y contra esas desviaciones oponemos la finalidad anárquica de la vida.Mientras no se nos pruebe que el ideal de la anarquía desvía a la humanidad de su lógico desenvolvimiento, mientras no se nos demuestre que el anarquismo es un régimen de vida peor que el régimen de vida presente o peor que las panaceas bolcheviquis, nuestro deber es impulsar a la humanidad hacia la anarquía. Para ello hay que luchar, propagar, organizar, hay que recurrir a todos los medios que no están en contradicción con nuestros fines. Esa labor revolucionaria supone dar y recibir golpes. ¡Luchar por la revolución no es entretenerse en hacer papirotes de papel ni masturbarse filosóficamente en defensa del sindicalismo puro! Es el colmo de la sofística o de la imbecilidad volver por los fueros del sindicalismo puro en un país como España y en un período en que el sindicalismo puede decirse triunfalmente que ha pasado a la historia.

¿Pero no es también un colmo oír a los anarquistas sostener la tesis peregrina que los obreros no deben ser anarquistas y que no pueden serlo, porque entonces dejarían de ser obreros?

Otrosí digo: que el camarada Blas Núñez que nos quiere dar en un periódico sindicalista de Barcelona una lección de historia social, no conoce la historia ni por los forros.

Cosas de Rusia

La habitación.—

Transcribimos de *Pravda*, 24 de enero de 1926, lo que sigue, sin comentario alguno:

"El comisario del pueblo para asuntos interiores, compañero Beloborodof, comunicó que los factores principales, característicos de la situación actual, son los siguientes: un enorme déficit de habitación, la destrucción progresiva de las casas existentes y por fin una débil actividad edificadora.

La fórmula sanitaria mínima de ocho metros cuadrados es actualmente en una gran serie de distritos un ideal inaccesible. Hay casos en que la vivienda de un obrero se reduce a 2,50 metros cuadrados. Tal es la situación real del problema de la vivienda.

La crisis de la habitación es aumentada por la circunstancia de tener una destrucción progresiva de los edificios. En Tula tenemos solamente un 10 por ciento de las casas que no necesitan reparaciones. En Ural hay un 7 por ciento de las casas totalmente destruídas y en consecuencia inapropiadas para habitarlas, y 80 por ciento exigen una reparación continua y seria. Esa situación es el resultado de nuestra falsa política en el dominio de la vivienda.

Como el problema más importante de la política de la vivienda, el compañero Belodorof indica el problema del alquiler. El comisariado del pueblo para el interior dispone en este momento de un gran material tomado de la elaboración de una encuesta sobre la vivienda en las provincias. Ese material demuestra ante todo que el aumento del alquiler llevado a cabo por el verano no ha producido ningún mejoramiento esencial en la vivienda. Mientras que en marzo (antes del aumento del alquiler), un espacio de 4,50 metros cuadrados era pagado por término medio 44,50 kopeks, en septiembre, después del aumento del alquiler costaba 60 kopeks. Ni la primera ni la segunda cifra corresponden con mucho al precio de costo, que es de dos rublos más.

El compañero Bolodorof caracteriza además el problema de la nueva edificación. Declara que si permanecemos en el ritmo actual de la nueva edificación, no seremos capaces de conservar la vivienda existente. Por estos motivos debe examinarse el asunto de la nueva edificación, pero simultáneamente emprender una comprobación de nuestros materiales de construcción, pues la nueva edificación puede ser paralizada por la falta de materiales de construcción.

La única salida de esa situación la ve el compañero Bolodorof en un aumento del alquiler de la vivienda, en tal medida que cubra los precios de costo. Es de opinión que el consejo de los comisarios del pueblo tiene que modificar fundamentalmente su política de la vivienda, que tiene que renunciar a la política de la beneficencia y pasar al principio de la economía (en otros términos, rentabilidad capitalista. Redacción.), como se hizo ya en los otros dominios de nuestra vida económica.

Después de un largo debate resolvió el consejo de los comisarios del pueblo adoptar una serie de medidas que deben paralizar la destrucción del capital en el ramo de la vivienda. Para impedir la limitación de la habitación existente, el consejo de los comisarios del pueblo resolvió, en base a la necesidad de llegar a un estado de la vivienda satisfactorio, una nueva regulación de los alquileres (aumento de los mismos). El alquiler conservará aún un fundamento clasista. Para los trabajadores y empleados de las categorías de salario reducido el alquiler de la habitación debe basarse por ahora en los gastos para el mantenimiento y la renovación de la vivienda, para las categorías superiores el alquiler debe hacer posible una amortización y una rentabilidad del capital empleado en la construcción.

La vida obrera.—

De un periódico socialista, bien documentado tomamos lo siguiente:

"Las quejas sobre la protección obrera completamente insuficiente en la república obrera y campesina son generales. Casi en todos los números del órgano central de las asociaciones sindicales sovietistas, "Trud", hay rico material sobre este tema. Hace poco, por ejemplo, se quejaban los delegados al congreso de Odessa de los empleados de correos y telégrafos, así: "La protección obrera no existe. Las condiciones de la habitación son simplemente imposibles. Los obreros duermen en las oficinas sobre las mesas" (*Trud*, 24 de enero). Incluso en un centro industrial como Petersburgo fracasan las comisiones de protección obrera, lo mismo que los inspectores de fábrica. Las primeras no hacen nada para velar porque las exigencias de los inspectores de fábrica sean cumplidas. No comunican siquiera a esos inspectores los males y las contravenciones a esas leyes de protección obrera. Los inspectores mismos, a menudo no comunican a la comisión de protección obrera los resultados de sus constataciones (*Trud*, 22 de enero). La consecuencia de ello son los accidentes de trabajo y las enfermedades profesionales. El número total de los accidentes en Leningrado en 1925 es casi tres veces más con respecto al de 1924, con una afluencia de sólo 50 por ciento de obreros ocupados; 7608 accidentes de trabajo en 1924 están frente a 21.889 en 1925. Sólo en los talleres tranviarios hubo desde mayo 78 accidentes de trabajo. Las causas de ese acrecentamiento las explica, entre otros, un artículo de *Trud* del 20 de enero. Describe las condiciones sanitarias increíbles en una gran fábrica de goma de Leningrado que ocupa 10.000 obreros. El trabajo se ejecuta a una temperatura insoportable, en un aire cargado de gases venenosos — la ventilación se organizará tan sólo en el curso de 1926 —, a las máquinas les faltan las instalaciones protectoras más elementales. Por eso hubo que registrar en la primera mitad de 1925 no menos de 576 accidentes de trabajo, frente a 568 en todo el año 1924. El número de las enfermedades obreras aumentó en un 9,5 por cierto (*Trud*, 20 de enero). Las mismas quejas llegan de todas partes. Donde la situación es peor es en las minas del distrito del Don. Casi al mismo tiempo dan la alarma la Economitscheskaya Shin, el órgano oficial del supremo consejo económico, del 14 de enero, y el *Trud*, del 9 de enero. Una comisión especial estudió allí desde octubre a diciembre la situación técnica de las minas. Ahora bien, sobre la base del trabajo de la comisión ha llegado el comité central de la federación minera al convencimiento que las minas desde el punto de vista técnico significan un peligro y exige la realización inmediata de una serie de medidas. Ventilación, ayuda médica, agua, baños y otras condiciones elementales, faltan. Las leyes obreras relativas a la jornada, a las pausas, al trabajo de los jóvenes, a las horas extras, etc., no son observadas. La inspección fracasa. La Ekonomitscheskaya Shin describe impresiones del centro minero "Stalino" — denominado así en honor a Stalin, el hombre actualmente más poderoso de Rusia. La localidad constituye una vergüenza para el nombre, y su actividad honra poco al pueblo ruso. Se lee al comienzo del informe: "Hay 18.000 obreros aquí. Un poderoso establecimiento metalúrgico, fábrica química y minas. La ciudad no se puede comparar a nada. Sin agua, sin canalización, por todas partes barro impenetrable y pantanos; las habitaciones en cierto modo aceptables faltan por completo. Y una carestía como en Moscú". Tal es el paraíso obrero, verdaderamente ni envidiable ni digno de imitación. Y luego siguen los cuadros de la indecible miseria de la habitación, la "embriaguez de los obreros", etc. El obrero mira lleno de envidia cómo los campesinos de las localidades vecinas viven hartos y limpios y los campesinos miran con menosprecio a los obreros sans-culots. — Obreros "sin pantalones" — esos son los obreros de la república obrera y campesina?...

Los problemas del salario están naturalmente en el centro de los intereses obreros. Se sabe que el retardo en el pago de los salarios ha producido numerosísimas huelgas. Pero *Trud* acaba de declarar que está nuevamente en peligro la provisión de dinero para el pago de los salarios en las empresas del Estado (9 de enero). Han ocurrido ya casos en que los salarios obreros han quedado sin pagar. Con una cierta envidia constata *Trud*, el 20 de enero, que los salarios en las empresas privadas son más elevados que en las del Estado. Sin embargo, tampoco los salarios de las empresas privadas bastan para satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida. El resultado es que los obreros piden adelantos a los capitalistas y de este modo llegan a una insoportable dependencia de ellos. El autor pide que las federaciones sindicales acojan finalmente a los obreros de las empresas privadas y que instauren cajas de ahorro. Pero en el mismo número de *Trud* se queja un obrero porque en el gran centro textil de Orjeskevo Suevo, los obreros de una gran fábrica, a pesar del enorme frío del invierno han tenido que andar sin abrigos y calzado correspondientes a la dureza de la temperatura, porque la caja no pudo satisfacer todas las demandas, y adelantos a cuenta del salario no se dieron. Por lo tanto la compra de ropa abrigada a plazos es imposible...

Todos estos hechos no son más que fragmentos, fragmentos insignificantes. ¿Qué es lo que vieron de esto las delegaciones obreras? ¿Y qué han contado de ello a los obreros europeos?"

***

Dostoyevski condenado a trabajos forzados

En uno de los últimos números de la revista siberiana mensual "Sibirskiyl Ogni" aparecen estudios históricos del escritor Viatkin, conocido investigador de la vida y la obra de Dostoyevski. Uno de los documentos sacados a relucir es una lista de los delincuentes políticos que se encontraban en junio de 1850 en el presidio de Omsk. En la lista figuran siete personas, entre ellas cuatro polacos (desterrados a Siberia por su participación en el movimiento polaco), luego se leen los nombres de Pawelaristof, Sergio Durof, Fedor Dostoyevski. Sobre cada uno de los presos se llenaba un formulario especial. Sobre Dostoyevski se encontró el siguiente formulario:

Nombre del preso: Fedor Michailovitsch Dostoyevski.

Señas personales: Rostro blanco, puro, ojos grises, nariz ordinaria, cabellos rubios, un rasguño pequeño en la frente, sobre el ojo izquierdo.

Talla: vigoroso y firme.

Oficio: Ex-oficial en pensión.

Motivos del destierro: Participación en una organización revolucionaria dirigida contra la iglesia griega-ortodoxa dominante, ataca al zarismo. Intento de excitación contra el poder imperante por medio de proclamas compuestas en litografías clandestinas.

¿Por resolución de quién es desterrado?: Por orden suprema en base a un informe del gobernador general.

Castigo: Pérdida de todos los honores y derechos civiles.

Conducta: Se porta muy bien.

Duración del destierro: Cuatro años de presidio y entrega posterior al ejército como soldado raso.

¿Qué oficio conoce el preso, sabe leer y escribir?: El condenado a trabajos forzados sabe leer y escribir...

Ese condenado a trabajos forzados, que según el formulario de la prisión sabía leer y escribir, se había conquistado ya fama imperecedera por algunas de sus novelas.

¡Qué diferencia! Ved los escritorcillos de nuestros días, en cuerpo y alma al servicio de la tiranía política y económica dominante. Sobre ninguno de ellos recae desgraciadamente la "deshonra" de las persecuciones, de la cárcel, de las condenas monstruosas. Y es inmensamente triste que en un período tan trágico como el que vivimos, con dictaduras y crímenes autoritarios en todas las zonas del planeta, aquellos hombres que suponen marchar a la cabeza de la humanidad por su sensibilidad estética, hayan llegado casi unánimemente al punto de negociar con el arte literario y a no conocer las prisiones más que por fuera. Más aún que triste, es una vergüenza para la literatura.

PABLO PICASSO

Haciéndole un flaco favor a Picasso, sus corifeos, literatos y poetas, le están aplicando adjetivos que le quedan un poco grandes al maestro indubitable de la pintura contemporánea en su faceta más rabiosamente moderna. André Salmon empieza por decirle: "Quel artiste, parmi les grands autentiquement de ce siécle, plus salutaire apportant le redoutable tresor du Cubisme" (Qué artista, entre los grandes autenticamente de este siglo, fué más saludable, trayendo el tesoro del Cubismo?"). Otros más arriesgados y quizás más neófitos, se abalanzan a tildarle de genio. No discutiremos por ahora la personalidad plástica del ingenioso inventor del cubismo. Ya una vez lo hicimos; aunque no se hallara fuera de lugar ajustar la calidad de los valores que le corresponden por derecho propio. Ello, siempre deteniéndonos alrededor de la sectaria definición de sus partidarios voluntariamente enceguecidos.

Primero de todo, Picasso surgió al ejercicio del arte marcado por el don de la oportunidad, en la confluencia de todas las más propicias condiciones. Algo así como el fenómeno napoleónico, en quien se maridan tanto las circunstancias terrenas como las potenciales virtudes de su temperamento, que parece realizarse el milagro de la fatalidad para enarcarlo en la grupa de la fama mundial. También algo así como Rafael, que llega a tiempo para cumplir, cerrar un ciclo de arte, favorecido extraordinariamente por su versátil temperamento y las experiencias de sus predecesores; mientras que Picasso, igualmente afortunado y favorecido, arriba a tiempo, estando destinado a abrir, a iniciar una reacción, debido a ciertos factores de la evolución pictórica. A todas estas personalidades no se puede despojarlas de la ayuda que les presta la suerte, sin verlas palidecer.

Ciertamente, por esas condiciones de versatilidad y erudición, resultó ser un gran receptor, acogiendo el fluído de las ideas que circulaban, impregnando el ambiente parisino literario y artístico. Mas si Picasso pudo ser el padre del cubismo, el verdadero abuelo, sin pensarlo ni saberlo, fué Cézanne, quien confesaba ver las formas más puras de la naturaleza bajo el desnudo aspecto de cubos, conos y esferas. Esa simple *trouvaille*, o mejor constatación de uno de los más grandes trabajadores de la pintura moderna, no había más que exasperarla con la teoría plástica y la metafísica para que resultase una tendencia novadora.

Pero el maestro de Aix todavía estaba empachado con el sentimentalismo del color, embebido por los vericuetos del arte pictórico, debíase desembarazar de esta grave impedimenta sometiendo la composición a la disciplina del ingenio, del oficio friamente ejecutado: así todas las paradojas plásticas eran posibles y nacederas de los metafisiqueos estéticos. Nadie más apto que Picasso para este funambulismo malabar. Y si Picasso en ese tiempo fué el Dios máximo de las teorías cubistas, Apollinaire — el autor de "El poeta asesinado" — se hizo su profeta. De este modo, *coté a coté*, surgía una escuela literaria para auxilio mutuo.

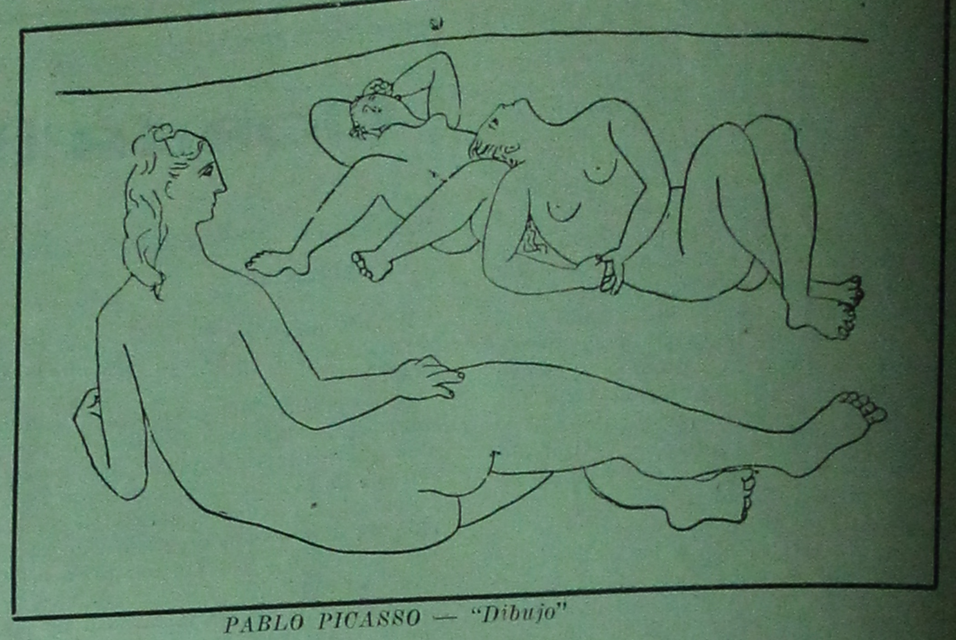
Otro hombre ingenioso de vasta cultura personal — Ramiro de Maeztu — invocó las palabras de Platón cuando pone de patitas en la calle y fuera de su ideal república a los pintores, diciéndoles:

Tú, pintor, me muestras una realidad de tercer orden: porque la primera es la realidad inteligible — la esencia de las cosas: la idea; el objeto sensible es ya la copia de la idea: una realidad de segundo orden; y tú me das la copia de la copia, la sombra de la sombra, una larva de otra larva, — es decir una realidad de tercer orden. Por lo tanto, propagador de las sombras, dos veces mendaz, te destierro de mi República."

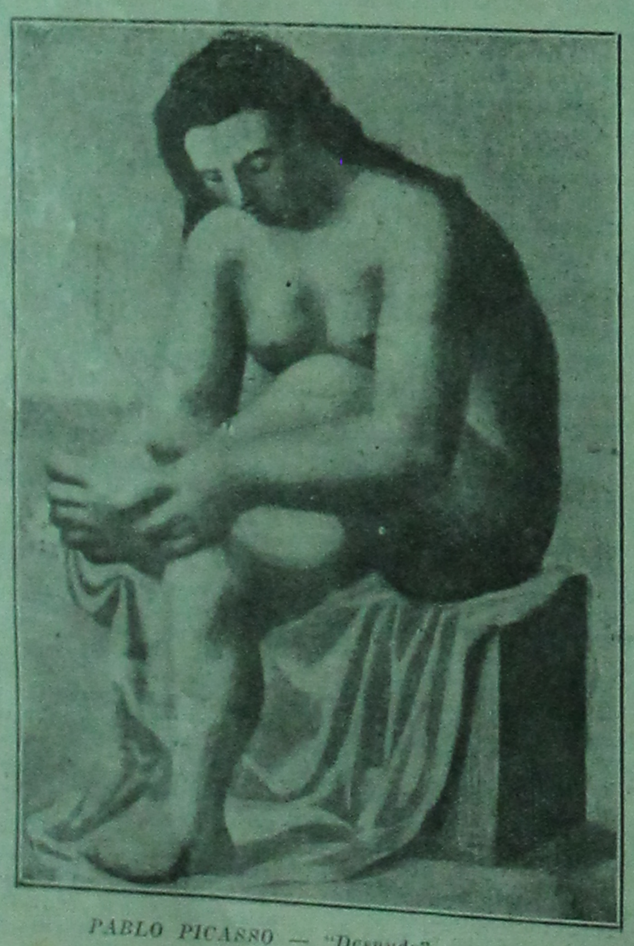
Con esto que Maeztu escribió a raiz de un artículo sobre Picasso, se quería justificar con testimonios antiquísimos el cubismo. Era un menester innecesario. La tendencia cubista tuvo mejores defensores; y asimismo se justifica sola, por ser un síntoma de una época eminentemente deportiva en todos los órdenes de las actividades humanas. Lo que nunca se le ocurrió a Don Ramiro es que, a la par que Platón echaba a los pintores, también quería recluir a los poetas en una isla de clima delicioso, expuesta a algún cataclismo para que los vates perecieran siquiera en belleza. El filósofo griego detestaba las dos ramas por igual, y tal vez entendiera de versos — o más bien sentiría tanto la pintura y la poesía como muchos de nuestros filósofos, quienes intentan poner en retortas sus sensaciones estéticas.

¿Qué mejor se podría compenetrar con el espíritu deportivo y burgués de la época que este dinamismo impresionista de volúmenes y planos? A Picasso le cabe siempre la felicidad del hallazgo. Si no hubiese sido él, otro le habría descubierto El torbellino del ambiente lo exigía. Ahora que el cubismo ha sido absorbido en la medida de lo más útil y ha invadido la arquitectura y las artes decorativas y aplicadas, no hay por qué discutirlo ni apasionarse. Quedará lo bueno que tenga, y basta. Y ahora que su autor pinta cubísticamente en ratos de expansión, y se ejercita durante todo el año en un neo clasicismo derivado de Ingres, — quien se inspiraba en Rafael — se puede decidir serenamente si no primó en su vasta labor el ingenio, un ingenio endiablado, fortificado por una gran erudición de museos, o si verdaderamente en ella fué un creador con rasgos geniales.

Ardua cuestión. Terminemos con este epíteto, aplicado al dilecto Picasso por Salmón: *Artiste Neronien*. Nada más, ni menos. — At.



PABLO PICASSO — "Dibujo"



PABLO PICASSO — "Desnudo"

Algunos novelistas de la generación de 1895

CHARLES - LOUIS PHILIPPE

Charles Louis Philippe es uno de los novelistas más singulares de la llamada generacion de 1895. Le colocaría de buena gana en uno de los polos, poniendo en el otro a los hermanos Tharaud. Representaba la sensibilidad, la intuición, cierto desborde, y dentro de esos elementos los dones de la composición, la conciencia del arte y la voluntad. En cambio, los Tharaud nacieron siendo ya clásicos: lo son por temperamento y cultura. Philippe fué un bárbaro, un rebelde, y muy rico de la materia humana que debe ser vaciada en la obra clásica.

Hijo de un galochero, nieto de un mendigo, venía de la viva entraña del pueblo. Criado por su madre en la aldea de Cérilly, tuvo una niñez enfermiza y en extremo sensitiva. Cuando llegó a París — alrededor de los veinticinco años — se había convertido en un hombre de pequeña estatura, fornido, de "mirada aguda y penetrante tras los anteojos de gruesos cristales, que parecía hundirse en vuestro pensamiento, descendiendo en seguida en vuestro corazón para desnudar el alma" (1). Había adquirido una apariencia apreciable de salud. Era petizo, *pero morrudo*, como él se complacía en repetir. Pudo sostenerse mediante un modesto empleo en la municipalidad. Vivía solo en una casa de huéspedes, calle de los *Mauvais Garçon;* leía mucho. Al fin hubo de encontrar camaradas y amigos, formando parte del grupo *L'Enclos* (1896) conoció a los naturistas y trabajaba con fiebre. Por lo pronto se halló con Maliarmé y René Ghil, Mas prestamente se desembarazó de esas influencias, de las cuales conservó cierto amaneramiento, una afectación literaria que le fué frecuentemente reprochada (2). Su emoción, que es profunda, se complica de un verbalismo artificial que desluce la expresión, aunque de pronto un centelleo súbito os esclarece hasta el fondo de vuestro ser.

"La buena Magdalena y la pobre María", "La Madre y el Niño" (3), pequeños volúmenes de páginas enternecidas, donde se desprende mucha dulzura y tristeza, por la frescura de su poesía ya se había atraído la atención de los escritores, antes de publicar *Bubu de Montparnasse* (1901), historia de una pobre muchacha y de su amante. La sobriedad patética, en determinados pasajes, y la poderosa originalidad, conmovió a un mundo de refinados, a pesar de su tinte popular. Se había despojado de todo artificio y por instantes alcanzaba la pura y austera simplicidad que él buscaba con tanto ahinco.

Le Pére Perdrix (El padre Perdiz) de asunto más ingrato, pertenece también a la buena época del escritor. Atraviesa en seguida un período turbio, vacilante, durante el cual se esfuerza en desarrollar su arte, profundizarlo y ademas endurecerlo; desde la lectura de Dostoyevski había llegado a Nietzsche; verdadera dolorosa etapa de búsquedas, de donde hubiese salido victorioso de no haber naufragado antes (*Maria Donadieu, Croquignole*) desapareciendo, apresado por la muerte prematuramente (1909). Muchas de sus novelas escritas durante los últimos años de su vida y reunidas en volumen bajo el título *Dans la petite Ville* (En la pequeña ciudad), demuestran que se hallaba en el preciso punto de realizarse enteramente. Obtiene efectos sin ningún esfuerzo, solamente enfrentando dos personajes, creando minutos psicológicos con una simplicidad sublime y escenas de una unción intensa admirable. Pone al desnudo los corazones. Esta obra es superior a *Charles Blanchard*, novela póstuma, dando, no obstante, con este libro la promesa de una perfección continuamente renovada.

La pérdida de Charles Louis Philippe a los treinta y ocho años ha sido deplorable. Su obra, lejos de hallarse terminada, habría realizado no solamente su personalidad, sino una de las posibilidades, una de las tendencias más profundas de nuestra generación. Expresaba con plenitud un aspecto. Francis James, Mme. de Noailles (4) se maravillan ante la naturaleza; en cambio Philippe, ante la selva de los sentimientos, experimenta las mas maravillosas sensaciones de aquellos, y quizás más intensamente. Era hondamente humano. Intuitivo, adivinaba de una manera casi femenina los sentimientos de sus personajes, y al traducirlos los compartía.

A menudo repetía que era un novelista de clase, pero si amaba a los humildes y los pobres, es porque se sentía más cerca de ellos; y sin embargo no dejaba de ser un artista refinado. Añadía aún: "No creo que el escritor necesite de una vasta cultura. Yo lo veo, al contrario, como un bárbaro, un salvaje. Es necesario que tenga el gusto de un salvaje" (5).

Eso es el sentimiento naturalista: la urgencia de sentir y ver directamente, de experimntar snsaciones simples y poderosas, de sentirse vivir intensamente: sentimiento que caracterizó a sus contemporáneos, haciéndoles amar a Walt Witman y a Gauguin. Es la glorificación del instinto como un medio de comprender, — de ese instinto que más o menos conscientemente fué adorado por esa generación, y que le hizo aportar algo nuevo al arte

en general. En Philippe ese instinto impelía a descubrir en la existencia cotidiana cosas que para nosotros humanos permanecido en el mismo misterio que envuelve. De un solo impulso se dirige centro de los seres, percibiendo sus notas esenciales de vivir. Fué al conocerlo desde ese ángulo, que León Bloy pudo decir que tuvo genio (6). "No obstante — escribe Michel Arnauld — el alma de los pobres, concentrando su visión, se detiene en un círculo muy estrecho. El mundo donde se mueve Philippe no es mundo a lo Balzac, donde criaturas conteniendo a todas las clases sociales en grado su desemejanza, conservan el mismo aire de realidad" (7).

Esto es muy cierto, aunque principalmente es lo que nos pareció más en las novelas de Charles Louis Philippe. Habla de los pobres y de los humildes, mostrándonos verdades que no ignorábamos en absoluto, y fuera de lo convencional. Su punto de vista fué enteramente suyo. Rompió completamente con el realismo; su arte no es ni imparcial; arrancó sus libros de la razón. Escribe con sangre — dijo Bloy — y sentirás que la sangre es ritual.

Alrededor de Charles Louis Philippe

Si Philippe fué un novelista de como el mismo quiso serlo, se podría rejarle a otros escritores de identica dencia, como León Frapié (*La Ma*) Emilio Guillaumin (*La Vie d'un ple*) — Vida de un simple — Lucien rell, Henri Bachelin y Pierre Ham

Enrique Bachelin tuvo un cariño ñable por Philippe, y también a Jule nard le profeso una admiracion gr por la perfección de su arte. Si sus najes son pobres y humildes com de su camarada, no es por el amor concibe por ellos.

En el prólogo que puso al libro d nard *Les Cloportes*, con tono de ligeproche escribía: "esa simpatía por los pios héroes, que nos fué importada desia, a menos que nos haya venido de lo." Pues, nada de amor, y sí res Es lo que dice Marcel Coulon (8), diendo: *Respetar un ser es aceptar lo nos ofrece y juzgar lo ofrecido tal s en sí.* Es en consecuencia, una calidad de novelista el hecho de trantario en toda su verdad, que uno es perfecta, y no tener predisposición na para embellecerlo o afearlo." que Bachelin es un objetivo. Prata aldeanos como los ve, sin enternecer satirizarlos. Se emociona, sin emba en el relato de un "Serviteur" — vidor — que es la narración de la de su padre, que a propósito de q escribió en *Bajo los techos humildes*: es una especie de hurto a tu pasad que yo me propongo, ni nada reclam tí. Los pobres no son todo en el mun Bachelin, cuyo espíritu es fuerte y só posee una filosofía menos frágil qu de Philippe. Se halla dotado de razón mo de sensibilidad en un singular e librio. Como *novelista de una clas* se lo quiere definir así, surgido del humilde pueblo, que describe y co muy bien, no defiende ninguna doct social, así como tampoco lo hace Ph pe (9), y si sus orígenes y sus gustos lo dujeron a un arte de *clase*, se convi ahora en una lucha de clases con Pi Hamp.

Sus producciones *Marea Fresca* (1 fueron acogidas con favor por el mu de las letras. *Marea Fresca* es la hist de un sollado, desde el momento que pesca en alta mar hasta que será serv a la mesa en un gran restorán. Solame cuántos sufrimientos humanos entre partida y la llegada. Pescadores, desgadores, arrastradores hombres, muje niños, la lluvia, el frío, las esperas terminables, para terminar en esos quis de la vida mundana tan acerbo corrosivos como los de Forain (10). mismo procedimiento tratándose champáa o de perfumes." Pierre Ha ha considerado especialmente la in tria como puesta al servicio del luj de los goces de las clases adinerad oposición brutal entre los episodios de producción dolorosa y del consumo es frívolo" (11).

Piere Hamp, fué a los doce años apr diz de pastelero, después cocinero; en guida entra en las empresas de los fer

en general. En Philippe ese instinto le impelía a descubrir en la existencia cotidiana cosas que para nosotros hubiesen permanecido en el mismo misterio que las envuelve. De un solo impulso se dirigía al centro de los seres, percibiendo sus razones esenciales de vivir. Fué al considerarlo desde ese ángulo, que León Bloy pudo decir que tuvo genio (6). "No obstante — escribe Michel Arnauld — el amor de los pobres, concentrando su visión, lo detiene en un círculo muy estrecho. El mundo donde se mueve Philippe no es el mundo a lo Balzac, donde criaturas pertenecientes a todas las clases sociales, malgrado su desemejanza, conservan el mismo aire de realidad" (7).

Esto es muy cierto, aunque precisamente es lo que nos pareció más nuevo en las novelas de Charles Louis Philippe. Habla de los pobres y de los humildes, mostrándonos verdades que nosotros ignorábamos en absoluto, y fuera de todo lo convencional. Su punto de vista fué enteramente suyo. Rompió completamente con el realismo; su arte no es ni imparcial; arrancó sus libros de su corazón. Escribe con sangre — dijo Nietzsche — y sentirás que la sangre es espiritual.

Alrededor de Charles—Louis Philippe

Si Philippe fué un novelista de clase, como el mismo quiso serlo, se podría aparejarle a otros escritores de identica tendencia, como León Frapié (*La Maternelle*) Emilio Guillaumin (*La Vie d'un simple*) — Vida de un simple — Lucien Jean, Xell, Henri Bachelin y Pierre Hamp.

Enrique Bachelin tuvo un cariño entrañable por Philippe, y también a Jules Renard le profeso una admiración grande, por la perfección de su arte. Si sus personajes son pobres y humildes como los de su camarada, no es por el amor que concibe por ellos.

En el prólogo que puso al libro de Renard *Les Cloportes*, con tono de ligero reproche escribía: "esa simpatía por los propios héroes, que nos fué importada de Rusia, a menos que nos haya venido del cielo." Pues, nada de amor, y sí respeto. Es lo que dice Marcel Coulon (8), añadiendo: *Respetar un ser es aceptar lo que nos ofrece y juzgar lo ofrecido tal como es en sí.* Es en consecuencia, una alta calidad de novelista el hecho de transportarlo en toda su verdad, que uno estima perfecta, y no tener predisposición alguna para embellecerlo o afearlo." Enrique Bachelin es un objetivo. Pinta los aldeanos como los ve, sin enternecerse ni satirizarlos. Se emociona, sin embargo en el relato de un "Serviteur" — Servidor — que es la narración de la vida de su padre, que a propósito de quien escribió en *Bajo los techos humildes*: "No es una especie de hurto a tu pasado el que yo me propongo, ni nada reclamo de tí. Los pobres no son todo en el mundo". Bachelin, cuyo espíritu es fuerte y sólido, posee una filosofía menos frágil que la de Philippe. Se halla dotado de razón, como de sensibilidad en un singular equilibrio. Como *novelista de una clase*, si se lo quiere definir así, surgido del más humilde pueblo, que describe y conoce muy bien, no defiende ninguna doctrina social, así como tampoco lo hace Philippe (9), y si sus orígenes y sus gustos lo condujeron a un arte de *clase*, se convierte ahora en una lucha de clases con Pierre Hamp.

Sus producciones *Marea Fresca* (1909 fueron acogidas con favor por el mundo de las letras. *Marea Fresca* es la historia de un sollado, desde el momento que se pesca en alta mar hasta que será servido a la mesa en un gran restorán. Solamente, cuántos sufrimientos humanos entre la partida y la llegada. Pescadores, descargadores, arrastradores hombres, mujeres, niños, la lluvia, el frío, las esperas interminables, para terminar en esos croquis de la vida mundana tan acerbos y corrosivos como los de Forain (10). "El mismo procedimiento tratándose del champán o de perfumes." Pierre Hamp ha considerado especialmente la industria como puesta al servicio del lujo y de los goces de las clases adineradas, oposición brutal entre los episodios de la producción dolorosa y del consumo que es frívolo" (11).

Piere Hamp, fué a los doce años aprendiz de pastelero, después cocinero; en seguida entra en las empresas de los ferrocarriles en las obras de explotación: más tarde irá a la Escuela de los trabajos públicos, de donde egresa con el título de ingeniero y se convierte en inspector de trabajo. Su mérito principal, según Cremieux (12), sería el de haber sido el primer obrero, quien al hablar de sí mismo lo hizo con su alma de obrero. "Toda la vida humana se le aparece en función de trabajo y la fatiga de los hombres." Así el autor de los *Metiers Blessées* es un socialista apasionado y se hizo de la misión del escritor una idea mística. "Su verbo requiere la acción."

---

(1) *Charles Max, en el número de* Cahiers nivernais *sobre Ch. L. Philippe.*
(2) *Pierre Lasserre*: Portraits et discusions.
(3) *Paul Souday.* — Les livres du temps.
(4) *Le Cardennel et Vellay*: La Litterature contemporaine, pág. 168.
(5 *Idem., idem., página* 219.
(6) Michael Arnauld en el número de la Nouvelle Revue Française *sobre Ch. L. Philippe.*
(7) *En* Les Marges, *del* 15 *de junio de* 1919.
(8) *"Philippe está con los pobres. Digo los pobres, y me asombra que* L'Humanité *ose enrolarlo en el partido socialista unificado".* — Nouvelle Revue Française, *el mismo número citado.*
(9) *Fernand Vanderem.* Les Miroirs des Lettres.
(10) *Pierre Lievre,* Les Marges, *octubre* 1923.
(11) *B. Cremieux.* XX Siecle.
(12) *Artículo sobre Charles Louis Philippe en* Vers et Prose, (*Enero marzo de* 1910).

(*Concluirá*)

ALVARO YUNQUE

¡ADELANTE!

De frac y en automóvil con lacayo,
van los siete pecados capitales
tirando sífilis por los suburbios
y oro al asfalto de los bulevares.

*

Todos los ven pasar y todos callan,
aunque la boca a todos se les transforme en crácter.
Callan, mas la puteada que no dicen
les pone ácido nítrico en la sangre.

*

¡Si la voz no saliera desde la misma boca
por la que es imperante
comer todos los días,
qué verdades se oirían, qué verdades!

*

¿La verdad? Todos saben cuál es. ¡Todos sabemos!
Cualquier Juan Pérez o José Fernández,
la podría subir hasta las nubes
si no tuviese miedo de reventar de hambre.

*

¿La verdad? Pues, la grita Barrett aunque reviente
de puro miserable
que, al fin, bien observados, no hay otra diferencia
entre él y Don Juan Pérez o Don José Fernández:
Su verdad callan éstos, y mascan el mendrugo;
el otro se las tira a la cara, y muere de hambre.

*

Y, entre tanto, podridos de riquezas y de sífilis
van los siete pecados capitales...
No hay tiempo de llorar sobre estas cosas,
¡adelante, adelante!..

El teatro de la nueva Alemania

I

No es ninguna "arrogancia teutónica" el afirmar que durante mucho tiempo ha sido Berlín la ciudad del mundo que poseía un arte teatral más universal y progresivo. Pero hay que añadir al mismo tiempo que este teatro comienza a ofrecer ya señales de decadencia. ¿La causa? La infame, repugnante, estúpida guerra.

El inmortal Francisco Goya describió hace un siglo en una serie de admirables aguafuertes "Los desastres de la guerra". De vivir hoy debería completarlos con una nueva lámina simbólica que tuviese este subtítulo: "Antes y después".

La lámina representaría a la izquierda un "Teatro de antes de la guerra". En las plateas, espectadores idealistas, serios; en el escenario, rostros llenos de honda concentración... Como contraste, a la derecha, un "Teatro después de la guerra". En el escenario, griterío, ruido, sensacionalismo; en las plateas, el rastacuerismo internacional mezclado con los ostensibles nuevos ricos alemanes, con los beneficiados de la guerra — esa terrible casta humana que en Italia llaman "pescecani", en Francia "mercantis", en Inglaterra "profiteers" y en Alemania "schiebers" —. El cuadro de la izquierda debería llevar una inscripción: "Platea, 10 marcos"; el de la derecha: "Platea, 9.000 marcos".

Este aguafuerte no sería aplicable a todos los teatros de Berlín pero sí, desgraciadamente, a la mayoría.

II

¡Ah! Los desastres de la guerra no son siempre sangrientos. Hay también otra clase de desastres — desastres civiles de la guerra — que produce amarga melancolía. Uno siente un dolor punzante al ver cómo una alta cultura estética... no perece, es cierto; pero, por el momento, decae.

Y, a pesar de todo, podría jurar (sin chauvinismo, basándome únicamente en los escenarios de otras partes) que Berlín sigue teniendo el teatro más rico en variaciones, más universal, más desarrollado del mundo. Todavía hoy Berlín es la única ciudad donde a veces se representan simultáneamente los siguientes dramaturgos: Shakespeare Schiller, Moliere, Calderón, Tirso de Molina, Goldoni, Plauto, Sófocles, Ibsen, Shaw, Maeterlinck, Strindberg, Echegaray, Rostand, Tagore, Tolstoi, Chejov, Kleist Heber, Hauptmann, Shnitzler, Wedekind... y Verneuil. En Berlín se encuentra hoy todavía sitio (¡y valor!) para todo nuevo experimento teatral.

Ahora, que los experimentos de los últimos tiempos no siempre resultaron valiosos. De ellos tiene la culpa la guerra, no la revolución, que en último término fué sólo su consecuencia lógica. La guerra, que ha transformado la mentalidad del público de los teatros, haciéndola más grosera, más estúpida, más aficionada al escándalo y a la "sensación". E igual ha ocurrido con la mentalidad del "regisseur". Quiero mostrar brevemente el proceso del teatro de entonces... y del de hoy.

III

En la escena alemana la persona más importante no es el actor, sino el "regisseur". Lo principal no es el virtuosismo del actor aislado, sino la representación en conjunto. El "regisseur" alemán precisa y determina la entonación de cada palabra que se pronuncia, en la escena. Ordena su "concepción" del drama. El es quien resuelve, por ejemplo, si "Hamlet" ha de representarse como una balada del Norte, o como obra psicológico-filosófica. A él le corresponde decidir si la timidez de Hamlet debe arrancar de un conflicto de conciencia, o de una neurastenia. Si Shilock debe ser interpretado como un criminal cómico o como un mártir trágico. El "regisseur" es el cerebro de la representación.

Los autores le siguen, como los músicos los movimientos de la batuta del director de orquesta. (El alemán es disciplinado y obedece; en la política hasta

el año 1914 obedeció por desgracia excesivamente.)

Alrededor del "regisseur" se concentra la crítica en la Prensa alemana. Se le juzga con mucha mayor severidad que a los actores. ¡Pobre de él si el tono del diálogo en Ibsen fué demasiado ligero, o en Dumas demasiado pesado! ¡Pobre de él si en los "Tejedores" de mi amigo Hauptmann no acierta a destacar suficientemente el crescendo del cuarto acto! El "regisseur" alemán es responsable, como el general de su brigada.

IV

Este estado de cosas existe entre nosotros sólo desde hace treinta años, desde que Otto Brahm emprendió su gran reforma del teatro. Brahm obligaba casi violentamente al público a aceptar a Ibsen y Hauptmann... del mismo modo que a un bebé se le hace tomar la leche contra su voluntad. Así consiguió intensificar el gusto de todo un pueblo. Fué, en una palabra, el creador de una escena europea espiritual. A través de Berlín la obra de Ibsen llegó al mundo. Hace diez años que Brahm ha muerto. El gran "regisseur" ruso Stanislawski aprendió de él. Y de Stanislawski, a su vez, aprendió el sucesor de Brahm, Max Reinhardt.

Pero Reinhardt no era un "regisseur" para lo íntimo humano, sino para la vista. Dominaba mejor los efectos que las profundidades del alma. Era, respecto de Brahm, lo que la efectista Sarah Bernhardt respecto de la honda Eleonora Duse.

Hoy día Reinhardt resulta en Berlín una concepción rebasada. El "regisseur" de un nuevo presente — —Leopoldo Jessner, director de la republicana "Staatsbühne" — se ha adelantado en el camino.

V

Partiendo del teatro espiritual de Brahm y del teatro pictórico de Reinhardt, Jessner nos da el teatro expresionista. Sin caer, no obstante, en las extravagancias de dicha orientación, como un maestro que posee el sentido de la proporción. ¿En qué consiste su arte? Siguiendo en ello a algunos predecesores suyos, Jessner renuncia a las decoraciones pomposas. ¿Por amor a la sencillez? Acaso también porque no tenemos dinero. (Gracián, traducido por Schopenhauer aconseja: "convertir los defectos en adornos, como César cubría su defecto físico con la corona de laurel".) Jessner nos ofrece una escena espartana, sin adornos. En el medio una escalera en la cual se desarrollan los acontecimientos principales. Esta escalera igual puede servir para representar una sala del trono que un campo de batalla, cubierto en el último caso por un paño rojo bermejo. En "Guillermo Tell" representa la montaña... de forma que ante nuestra vista, aparece una Suiza matemática, estilizada. (Un símbolo sólo de Suiza.)

¿Por qué la escalera? Jessner quiere comprimir simbólicamente el contenido de algunas escenas, valiéndose de ciertas actitudes estatuarias del acto, y cree que la mejor manera de lograr la repartición simétrica, casi geométrica, de los actores dentro del escenario es sirviéndose de una escalera... Durante dos años esta escalera estuvo de gran moda en Berlín, pero las grandes cualidades de Jessner no residen en tales caprichos.

Posee la facultad de condensar, como embrujándolo, en una sola escena el carácter de todo un drama. Por ejemplo, bajo la "regie" de Jessner el protagonista de "Richard III", de Shakespeare, se asoma al principio sobre la concha del apuntador, como un buitre sobre un pedestal. Este fugaz momento cruel se convierte en un símbolo para todo el drama. Jessner da una visión sinóptica del drama. Exprime su esencia; de ahí la palabra "expresionismo".

VI

Otro caso. En "Fiesco", de Schiller, el héroe, al volver de la victoria recibe la noticia de la muerte de su mujer. En la representación que nos da Jessner se ve arriba, en los peldaños de la escalera, al vencedor seguido de su séquito; las banderas triunfales ondean simétricamente en derredor del cortejo; pero el aire que envuelve el cuadro es turbio y siniestro de tal modo, que allí no sólo se representa una escena determinada de una obra concreta, sino que se expresa a la vez todo el concepto de "Triunfo y tristeza". Símbolo-expresionismo.

O cuando Richard III sube al trono, se percibe a lo largo de la escalera, a izquierda y derecha, una serie de dignatarios sobre todos los peldaños, hasta el fondo, como un símbolo de "Súbditos y autocracia". El lector comprende; ya no se trata aquí de la representación de una obra, sino de una fantasía sobre una obra. Jessner fantasea sobre Shakespeare, como un pianista sobre un tema de Bach. El "regisseur" expresionista no reproduce sólo las escenas de un poema, crea una serie de viñetas con el poema como fondo. La vanidad de Jessner no está sólo en ofrecer el drama, sino el extracto del drama. ¿Sofistería? Acaso. Pero Jessner es, además, un gran "regisseur", por la admirable concentración que logra dar a la palabra hablada. Por la intensidad del "tempo", que domina como si lo tuviera bajo un látigo. Apresurémonos a decir (y ahí reside el lado humorístico de todo esto) que Jessner ha renunciado ya hoy al expresionismo, lo mismo que [illegible], desde hace cuatro años, no pinta a lo cubista, sino a lo razonable... En tales casos viene a mi memoria una riña de gallos que presencié en Sevilla. El gallo vencedor corría la misma suerte que el vencido: ambos eran degollados. El expresionismo ha triunfado sobre el impresionismo, pero también el expresionismo será degollado.

VII

Jessner no es en la Alemania de hoy el único "regisseur" expresionista, aunque sí el mejor. (Berger, K. Martin, Fehling, merecen ser nombrados.) A su sombra florecen el desorden y la locura — locura expresionista y de otras clases —. Sólo lo paradógico se cultiva. El caso es "épater" a cualquier precio. Les da ahora por representar el "Tartufo" con vestidos modernos de calle. Los hombres de Moliere fuman cigarrillos egipcios y llevan los pantalones con vueltas, a la última moda. Si se trata de "Hamlet", los personajes visten con toda modernidad; pero en Strindberg se ve a los obreros de las fábricas con trajes color lila, rojo, verde o amarillo. De este modo las figuras de la balada de Hamlet se pasean por la escena como si anduvieran por "Unter der Linden", mientras los personajes de la época industrial parecen pájaros de la leyenda del paraíso. Todo esto no es en el fondo sino señales de la degeneración.

Se hace mover las masas con la regularidad de muñecos mecánicos, convirtiendo así la escena en una serie de cuadros sistemáticos. Es un principio descabellado el que los momentos culminantes de un drama únicamente pueden desarrollarse en el centro mismo del escenario. Y hasta hay quien pide que el personaje o los personajes que encarnan en la obra la bondad y la moral aparezcan colocados un medio metro más alto que la canalla. Es la vuelta a un arte infantil, a un arte de los pueblos primitivos.

VIII

Max Reinhardt, que, aunque dotado en muchos sentidos, se deja arrastrar a menudo por su caprichoso deseo de nuevas sensaciones, ha preparado la decadencia del teatro. Sería un poco injusto llamarle el "Barnum de la escena", como alguien ha dicho; pero (la pluma se resiste a escribirlo) él fué quien representó "Hamlet" en un circo. ¡Un drama de pensamientos en un circo para 5.000 espectadores!... Una barbaridad. En este "Mammuth Theater" no cabe hablar. Hay que berrear. Imposible lograr ninguna sutileza de tono, ningún matiz. Las figuras trágicas tienen que correr por el circo; no pueden andar a causa de las distancias. Todo esto no es sino un asesinato del noble arte dramático. Un producto de la destinada obsesión del reclamo. El fracaso de dicha tentativa obligó a Reinhardt a irse de Berlín.

Los actores confundíanse con el público. La mímica se extendía entre las filas de butacas. Espectadores y actores debían formar una "comunidad"; de esta manera pretendíase crear una "intimidad mayor". En realidad sólo se conseguía perturbar la imaginación del espectador. La bancarrota moral de semejante empresa era inevitable. En el "Teatro de los cinco mil" han comenzado ya ahora a representar operetas...

En general puede considerarse el expresionismo escénico como rebasado en Alemania. Y por eso me asombró el ver hace algunos meses en los teatros de Nueva York (en la representación del drama de Eugen O'Neil "The Hairy Ape") que este estilo expresionista, ya medio abandonado entre nosotros, se festejaba allí como una novedad revolucionaria...

IX

Berlín ofrece todavía en algunos de sus teatros un arte dramático serio y valioso. Pero la principal virtud de la escena alemana, la armonía en la representación de conjunto, ha sido en los últimos tiempos muy descuidada. La situación económica obliga al actor a trabajar hoy en un teatro, mañana en otro. El "cine", que paga más, los desvía de su camino. Un público bien diferente del de antes. los "nouveaux riches", llena hoy los teatros; un público de instintos más toscos y al que no le interesa la interpretación de conjunto, sino el "virtuosismo" de tal actor o tal actriz. Pide cosas truculentas. Llevan todavía consigo, en los nervios, el ruido de la guerra, o las excitaciones de la Bolsa. Y puesto que se trata sobre todo de complacer a este público internacional, en Berlín se representa ahora obras obscenas, sin ningún valor literario, para los extranjeros que no entienden el idioma, pero sí la pantomima...

Sí; la guerra tiene la culpa de todo. Seiscientos años antes de la era cristiana, Lao-Tse, el filósofo chino escribía ya:

Donde hubo guerra, crecen espinas,
y el año no ofrece cosechas.

Y no cabe dudar de su sabiduría, pues, según la convicción de los chinos, él era "el hijo de un rayo de sol y de una muchacha campesina". (Al menos la muchacha campesina lo afirmaba así).

ALFRED KERR

BIBLIOGRAFIA

Alexandra Kollontay — "Wege der Liebe" (Caminos del amor). Tres relatos, 410 págs. en 8.o — Malik Verlag, Berlín (1925).—

Los magnates bolchevistas sufren casi todos alguna desviación mental hacia la literatura, la teoría socialista, el comercio, la diplomacia, etc. Desde que están en el poder consideran como una de las misiones más esencialees la de emborronar cuartillas; los libros de los dictadores bolchevistas en estos últimos años son incontables; todos creen tener algo que decir y como disponen de los medios para hacerse oir, es decir para someter las imprentas de la república sovietista a sus ambiciones literarias, los libros se suceden a los libros y en la montaña de papel impreso que nos transmite la Rusia oficial, apenas encontramos con muchos esfuerzos algo que esté destinado a quedar en la memoria de las generaciones futuras.

El ministro de instrucción pública, Lunatscharsky, entre decreto y decreto, ha escrito un drama con el título *El Don Quijote Liberado;* nada tendríamos que objetarle si el drama fuera bueno y si no hubiese hecho servir a nuestro Don Quijote para sus fines partidistas, haciendo una caricatura de una de las más nobles figuras humanas, tan caracterizadas por Cervantes como el Hanlet de Shakespeare o el Fausto de Goethe. Hay derecho a tomar una de esas figuras universales del espíritu humano, pero a lo que no hay derecho es a poner en sus labios y en su conducta palabras y actos diametralmente opuestos a los que son lógicos en el carácter magistraimente definido de esos personajes. El Don Quijote que nos ofrece Lunatscharsky es una infamia ministril y nosotros reivindicamos tanto más al héroe de la Mancha, cuanto que su espíritu no nos es desconocido ni ajeno. Por lo demás el ministro ruso ha querido simbolizar en el Don Quijote, parece, el espíritu anarquista y demostrar que si la revolución no fué más lejos la culpa está en la chifladura de Don Quijote que no quiso apoyar la dictadura proletaria.

Un libro que se lee con placer y con provecho es el de Alejandra Kollontay, traducido recientemente al alemán con el título de *Wege der Liebe*. Son tres relatos interesantes desde el punto de vista, del valor literario y de los problemas que plantea y que, naturalmente, no resuelve. Esos tres relatos equivalen a todo un curso sobre ética amorosa; reflejan los comienzos de una moral erótica nueva. La revolución rusa ha contribuido mucho a quebrantar los viejos dogmas del amor y ha planteado conflictos espirituales que todavía no fueron fijados en leyes bolchevistas.

Desde el punto de vista sexual hubo en Rusia, más que desde el punto de vista económico y político, un innegable progreso revolucionario; las viejas leyes morales han sufrido un formidable quebranto, las nuevas generaciones pasaron por sobre los prejuicios anacrónicos de la hipocresía social y los comisarios no han podido canalizar o echar o perder totalmente esa vida del corazón como canalizaron y echaron a perder la vida política y económica rusa. El libro de Kollontay plantea en bella forma los conflictos y tragedias del parto de la nueva moral amorosa. La poligamía, la poliandria, la maternidad sin paternidad responsable, el aborto, el placer físico sin el amor, etc. Es interesante leer esos relatos para ensanchar el espíritu en estas cuestiones en que todos, más o menos, tenemos nuestros prejuicios.

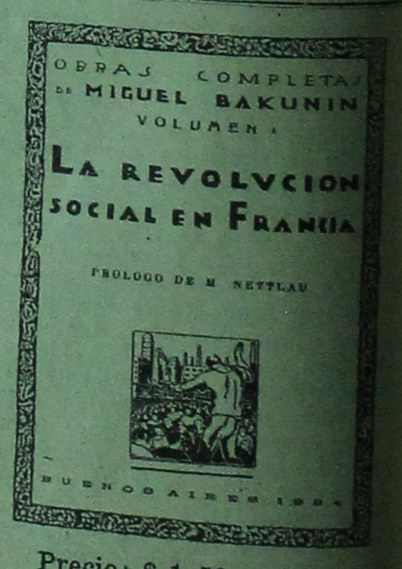
¿Cuál es la forma de la convivencia social mejor? ¿Cuáles son los límites de lo bueno y lo malo, de lo permitido y de lo repudiado en la moral del amor? Es muy difícil decirlo y apenas se puede prever para el porvenir una solución puramente individual y una amplia tolerancia mutua.

En el relato titulado *Wassilissa Malygina*, sin embargo, encontramos uno de los tantos efectos del sentimiento antianarquista de los bolcheviquis de derecha y de izquierda y del centro; Alexandra Kollontay nos presenta un anarquista de su invención, buen revolucionario en los días de peligro para los soviets, en lucha implacable contra los enemigos de la revolución, pero que a cada paso choca con los bolchevistas en nombre de su carácter indisciplinado; luego ingresa en el partido comunista y es enviado como director de un gran establecimiento, donde revela su carácter profundamente burgués, aunque continúa siempre con la revolución. Una de sus ambiciones es vivir principescamente, comer y beber bien, vestir con elegancia, etc. Nosotros no sabemos en qué ha podido consistir su anarquismo. Pero para un comunista, cualquiera que sea, no existe ningún reparo ni ningún escrúpulo cuando se trata de poner en ridículo la anarquía o los anarquistas.

Por lo demás, los relatos de la Kollontay, a quien hemos conocido ya por su crítica a las desviaciones comunistas mismas, como cabeza principal de aquel movimiento de la oposición obrera, hoy en otras manos y denominado comunismo de izquierda, esos relatos son muy instructivos y no disimulan el asco ante la burocracia sovietista, la insolencia de los especuladores de la Nueva Política Económica, la corrupción administrativa ni dejan de revelar el desencanto de los bolchevistas de buena fé de la primera hora, hondamente inspirados por sentimientos proletarios, pero sin embargo impotentes para dar un nuevo curso a la vida política del país.

Si un anarquista se permitiera en Rusia decir la mitad de lo que dice Kollontay en los relatos que comentamos, sería inmediatamente enviado a Siberia.

D. A. de S.



Precio: $ 1.50 m|n
Encuadernado en tela, $ 3.50

JUAN GRAVE

Cómo se mata un

(Continuación)

Según mi opinión, el número de los críticos recogidos no es suficiente hacer de la publicación actual un verdadero órgano de propaganda. Su condición actual me parece ser un obstáculo su desarrollo.

3.—Se debía reunir igualmente un número suficiente de suscritores permanentes a fin de prevenir los déficits, si hubiese, o para ampliar la propaganda esa condición no se ha cumplido tampoco.

4.—Nada se hizo para asegurar una colaboración suficiente, de modo que sean siempre los mismos nombres los que se repitan.

El movimiento social internacional, fué preocupación constante de los que fundaron la *Révolte* y los *Temps Nouveaux* no ha sido organizado.

Si debemos reconstituir los *Temps Nouveaux*, debemos poner en pié algo al menos igual a la antigua publicación. Y nos es imposible estar seguros de triunfar, sepamos poner de nuestra parte la mayor suma de probabilidades posibles. Esas probabilidades las veo en las medidas enumeradas más arriba.

Por mi parte, no puedo asociarme más que a la obra que las cumpla. Si queréis reflexionar un poco al respecto, sereis de mi opinión.

Cordialmente. — Jean Grave."

Tampoco eso fué insertado, pero se lo envió a Tcherkesof y a Paul Reclus que vinieron a explicarme que "por el bien de la propaganda debíamos quedar unidos". Tal vez los camaradas tuvieron el error

Errico Malatesta

EN EL CA

profundo instinto social humano que p
ctos de solidaridad, de simpatía, de abn
rificio que se realizan en todos los mom
ar siquiera en ellos, y que hacen posibl
ad perdure no obstante las causas de
eva en su seno.

El hombre es al mismo tiempo egoíst
es en su misma naturaleza, diré así, bi
al. Si no hubiese sido egoísta, es decir
enido el instinto de la propia conservac
odido existir como individuo; y si no h
uísta, es decir si no hubiese tenido el ins
earse por los demás, cuya primera ma
nenentra en el amor a la prole, no habrí
r como especie ni, con mayor razón, lle
cial.

La coexistencia del sentimiento egoísta
iento altruísta y la imposibilidad en la
al de satisfacerlos a ambos hace que hoy
ntento, ni siquiera los que ocupan una
legiada. Al contrario, el comunismo es
al en donde el egoísmo y el altruísmo se
enden a confundirse — y todos los hom
rán, porque originará el bien suyo y el
más.

Ambrosio. —Será como usted dice; ¿p
los querrán y sabrán adaptarse a los deb
ne una sociedad comunista? ¿Si, por ejem
no quisiera trabajar? Si, usted lo acomod
imaginación, como mejor le agrade, y m

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(*Continuación*)

Según mi opinión, el número de los suscritores recogidos no es suficiente para hacer de la publicación actual un verdadero órgano de propaganda. Su conformación actual me parece ser un obstáculo a su desarrollo.

3.—Se debía reunir igualmente un número suficiente de suscritores permanentes a fin de prevenir los déficits, si los hubiese, o para ampliar la propaganda; esa condición no se ha cumplido tampoco.

4.—Nada se hizo para asegurar una colaboración suficiente, de modo que no sean siempre los mismos nombres los que se repitan.

El movimiento social internacional, que fué preocupación constante de los que hicieron la *Révolte* y los *Temps Nouveaux*, no ha sido organizado.

Si debemos reconstituir los *Temps Nouveaux*, debemos poner en pié algo al menos igual a la antigua publicación. Y si nos es imposible estar seguros de triunfar, sepamos poner de nuestra parte la mayor suma de probabilidades posible. Esas probabilidades las veo en las medidas enumeradas más arriba.

Por mi parte, no puedo asociarme más que a la obra que las cumpla. Si quereis reflexionar un poco al respecto, sereis de mi opinión.

Cordialmente, — Jean Grave."

Tampoco eso fué insertado, pero se me envió a Tcherkesof y a Paul Reclus que vinieron a explicarme que "por el bien de la propaganda debíamos quedar unidos. Tal vez los camaradas tuvieron el error de ser tan precipitados, pero al obrar así habían creído obrar del mejor modo, que lo hecho hecho estaba y que había que pasar la esponja y tratar de trabajar juntos."

Yo fuí bastante tonto para dejarme convencer. — ¿Convencer? No, pero prometí hacer lo que pudiera para marchar con ellos.

Se debía enviarme el original, yo debía corregir las pruebas.

Durante varios números me encontré con Pierrot en casa de Guerin donde examinaba el original que se quería remitirme.

Eso era una pura comedia, porque al leer las pruebas encontraba artículos que no se me había mostrado o contra los cuales yo había hecho objeciones.

Una sola vez, antes del incidente con motivo del artículo necrológico sobre Guerin, pedí que se suprimiese un artículo que me pareció demasiado derouledista, se me rehusó. Pierrot alegó que no encontraba nada que decir en él, que además lo dió "a leer a su hija, que lo juzgó excelente"! ¿Era serio Pierrot? Yo le dejé hacer. Había prometido hacer lo posible por ayudar.

Lo que había en el fondo es que el autor era un amigo de regimiento de Guerin. Era la "redacción de los camaradas" lo que comenzaba. Cosa que yo había evitado toda mi vida.

Llegó el incidente Guerín. Fué preciso la cruz y la bandera para hacer insertar mi protesta, que se rehusó incluír en el cuerpo de la revista, haciéndolo en una hoja aparte.

Para llegar a esa inserción he debido someter dos o tres textos y cambiar gran número de cartas.

He aquí el esbozo de una de esas cartas que vuelvo a encontrar:

"Robinson, 2—3.

Mi querido amigo,

Estoy rodeado de amigos — es lo que se me asegura en diversas cartas que están llenos de estima hacia mí, claro está. Solo que le confieso que en el caso presente habría preferido tener que ver con enemigos declarados — no habrían obrado de otro modo que mis "buenos amigos" — desde hace mucho tiempo habría sabido como obrar yo mismo.

No se quiere insertar mi rectificación. Sea.— Le advierto que, de una manera o de otra, llegará a los que debe llegar. Eso no hará más que envenenar las cosas. Si es eso lo que se quiere, se obtendrá.

Más que nadie tengo derecho a hablar porque se trata de lo que concierne a *Temps Nouveaux*. Los treinta años que les he consagrado me dan ese derecho.— Y venir a decir que es gracias a otro — cuando es falso — que han podido reaparecer, es tratarme demasiado como cantidad insignificante. Yo no lo acepto. Si dejase las cosas, dejaría aclimatarse esa leyenda, aceptando su veracidad.

"No se discute una nota necrológica".— Justamente, yo reprocho a su autor el haber tenido el jesuítismo de colocar esa mentira en líneas consagradas a Guerín, para quitarme el derecho a rectificarla.

¿Por qué esos famosos amigos no han suprimido antes de que llegase al público el pasaje incriminado? Eso no era ninguna injusticia para con Guerín y me daba satisfacción.

Se ha rehusado suprimirlo, porque el autor — que es el que mueve los titeres — pensó que ese sería un comienzo de justificación del golpe de Estado que él no ha realizado. Es insinuar, sin tener el aire de hacerlo, que si no se me hubiera forzado la mano, *Temps Nouveaux* no habrían reaparecido.

En *Temps Nouveaux* hareis lo que querráis, no seréis tomados como traidores. Si el debate no se liquida entre nosotros, se liquidará en público.

Si se inserta, continuaré mi colaboración, pero eludiré toda responsabilidad en la composición de los números donde se insertan cosas absurdas.

Si se me rehusa, se publicará sin embargo y yo seré eliminado del periódico.

Es sin duda lo que se quiere.

Cordialmente.

J. Grave".

Se ejecutaron, pero de mala gana, como lo expliqué.

Entre tanto una compañera que marchaba con ellos vino a verme "para hacerme entrar en razón".

He aquí un esbozo de carta que vuelvo a encontrar referente a esa visita.

Robinson, 15-5-1920.

Mi querido compañero,

G. ha sido perfectamente injusto al detener la composición de mi protesta, visto que me atengo a lo que he dicho.

En cuanto a mi aspereza, cuando vosotros hayáis sido tratados como yo lo he sido, volveréis a hablarme. G. ha dicho que esa discusión no era digna de nosotros. Soy de su opinión. No por las mismas razones.

Desde que comenzó no hago más que chocar en contradicciones, en desmentidos de los hechos más patentes, en escapatorias, en deformaciones, de mis palabras y de mis pensamientos. Seamos pues naturales sin buscar el mediodía a las 2 de la tarde.

Los que dieron a luz el periódico sin haber cumplido ninguna de las condiciones requeridas, no tienen más que una excusa, y es que creían necesaria su reaparición inmediata.

Buscar otras es ponerse en la postura de las gentes que, cogidas in fraganti, se

---

Errico Malatesta

(6)

EN EL CAFÉ

profundo instinto social humano que provoca los mil actos de solidaridad, de simpatía, de abnegación, de sacrificio que se realizan en todos los momentos, sin pensar siquiera en ellos, y que hacen posible que la sociedad perdure no obstante las causas de disolución que lleva en su seno.

El hombre es al mismo tiempo egoísta y altruísta y lo es en su misma naturaleza, diré así, biológica, presocial. Si no hubiese sido egoísta, es decir si no hubiese tenido el instinto de la propia conservación, no habría podido existir como individuo; y si no hubiese sido altruísta, es decir si no hubiese tenido el instinto de sacrificarse por los demás, cuya primera manifestación se encuentra en el amor a la prole, no habría podido existir como especie ni, con mayor razón, llegar a la vida social.

La coexistencia del sentimiento egoísta y del sentimiento altruísta y la imposibilidad en la sociedad actual de satisfacerlos a ambos hace que hoy ninguno esté contento, ni siquiera los que ocupan una posición privilegiada. Al contrario, el comunismo es la forma social en donde el egoísmo y el altruísmo se confunden o tienden a confundirse — y todos los hombres lo aceptarán, porque originará el bien suyo y el bien de los demás.

Ambrosio. —Será como usted dice; ¿pero cree que todos querrán y sabrán adaptarse a los deberes que impone una sociedad comunista? ¿Si, por ejemplo, la gente no quisiera trabajar? Sí, usted lo acomodará todo, en su imaginación, como mejor le agrade, y me dirá que el trabajo es una necesidad orgánica, un placer, y que todos rivalizarán para tener la mayor parte posible de ese placer.

Jorge. —Yo no digo eso precisamente, aunque esa sea la opinión de muchos de mis amigos. Según mi manera de ver, lo que es una necesidad orgánica y un placer es el movimiento, la actividad tanto muscular como nerviosa; pero el trabajo es actividad disciplinada en vista de un fin objetivo, exterior del organismo. Y yo se muy bien que uno puede preferir los ejercicios ecuestres cuando, al contrario, sería necesario plantar coles. Pero creo que el hombre sabe adaptarse y se adapta muy bien a las condiciones necesarias para llegar al fin que persigue.

Dado que los productos que se obtienen del trabajo son necesarios para vivir, y nadie tendría los medios para obligar a los demás a trabajar para él, todos reconocerían la necesidad de trabajar, y preferirían la organización donde el trabajo fuese menos penoso y más productivo como es, según mi opinión, la organización comunista.

Considere además, que en el comunismo son los mismos trabajadores los que organizan y dirigen el trabajo, y por consiguiente, tienen el mayor interés en hacerlo agradable y fácil; considere que en el comunismo se formaría naturalmente una opinión pública que condenaría la ociosidad como perjudicial a todos y comprenderá que aunque hubiera ociosos, no serían más que una minoría insignificante que se podría compadecer y soportar sin daño sensible.

Ambrosio. —Pero supóngase que, apesar de sus previsiones optimistas, los ociosos fuesen muchos, ¿qué harían? ¿Los mantendrían lo mismo? ¡Entonces sería lo mismo mantener a los que llama burgueses!

Jorge.— En verdad existiría una diferencia y grande; pues los burgueses no sólo nos quitan una parte de lo que producimos, sino que nos impiden producir lo que queremos. Yo no digo de ningún modo que habría que mantener los ociosos cuando fuesen tan numerosos como para originar perjuicios; tanto más cuanto que el ocio y el hábito de vivir a su capricho les daría también la idea de mandar. El comunismo es un pacto libre; el que no lo acepta, o no lo mantiene, queda fuera.

Ambrosio.— ¿Pero entonces habría una nueva clase de desheredados?

Jorge. —De ningún modo. Todos tienen derecho a la tierra, a los instrumentos de trabajo y a todas las ventajas de que puede gozar el hombre en el estado de civilización a que ha llegado la humanidad. Si uno no quiere aceptar la vida comunista y las obligaciones que implica, es cuestión suya. Se acomodará como crea con aquellos con quienes esté de acuerdo, y si se encuentra peor que los demás, eso le demostrará la superioridad del comunismo y le impulsará a unirse con los comunistas.

Ambrosio. —¿Pero entonces uno sería libre de aceptar o no el comunismo?

Jorge. —Ciertamente: y tendría los mismos derechos que tendrían los comunistas sobre las riquezas naturales y sobre los productos acumulados por las generaciones pasadas. ¡Qué diablo! ¿No le hablé siempre de libres acuerdos, de comunismo libre? ¿Cómo podría haber libertad si no hubiese alternativa posible?

Ambrosio. —¿Por tanto usted no quiere imponer sus ideas con la fuerza ?

Jorge. —¿Está usted loco? ¿Nos toma por carabineros... o por magistrados?

Ambrosio. —Entonces bien, nada hay de malo. Cada cual es libre de soñar lo que quiera.

Jorge. —Cuidado, sin embargo, con equivocarse; una cosa es imponer las ideas y otra es defenderse de los ladrones y de los violentos, y reconquistar los propios derechos.

Ambrosio. —¡Ah, ah! por consiguiente para *reconquistar los derechos* emplearán la fuerza, ¿no es así?

Jorge. —Eso no se lo diré. Usted podría tejer sobre mi respuesta una requisitoria contra nosotros en algún proceso. Lo que le diré es que, ciertamente, cuando el pueblo tenga conciencia de sus derechos y quiera terminar... ustedes correrán el riesgo de ser tratados un poco rudamente. Pero eso dependerá de la resistencia que opongan. Si ceden de buena gana, todo será paz y amor; si en cambio, se obstinan, y yo estoy convencido que se obstinarán, tanto peor para ustedes.

Buenas noches.

VIII

Ambrosio. —¿Sabe usted? Cuanto más pienso en su comunismo libre más me persuado de que es usted... un hermoso original.

Jorge. —¿Y por qué?

Ambrosio. —Porque habla siempre de trabajo, de disfrute, de acuerdos, de pactos, pero de autoridad social, de gobierno no habló nunca. ¿Quién regulará la vida social? ¿Quién será el gobierno? ¿Cómo será constituído? ¿Quién lo elegirá? ¿Cuáles serán los medios de que dispondrá para obligar a respetar las leyes y para castigar a los contraventores? ¿Cómo serán constituídos los varios poderes, legislativo, ejecutivo y judicial?

Jorge. —De todos esos poderes suyos nosotros no sabemos qué hacer. Nosotros no queremos gobierno. ¿No sabe aún que soy anarquista?

Ambrosio. —¿No le digo que es usted un original? Comprendería aún el comunismo y admito que podría ofrecer grandes ventajas, pero si todo fuese regulado por un gobierno instruído que tuviese la fuerza de im-

sirven de la primera mentira que se les ocurre para excusarse.

Mi ausencia no tenía nada que ver en la aparición o no reaparición del periódico. La propaganda que había que hacer para posibilitar su reaparición, yo podía hacerla desde no importa donde.

Creer que un periódico que se dirige a 300 suscriptores — pongamos 500 si Vd., quiere — que no tienen — podrá tener la menor influencia en el curso de los acontecimientos, hay que estar inflado de fatuidad para imaginarlo, o haber perdido todo sentido de las proporciones.

Se puede tener el deseo de decir la propia opinión sobre lo que pasa. Todos tenemos ese prurito y todos estamos convencidos que lo que decimos puede tener alguna influencia. Solo que no hay que exagerar. Esa influencia no puede hacerse sentir más que a la larga, en el curso de la evolución. Que lo que tenemos que decir sea dicho hoy, dentro de seis meses o de dos años, eso no tiene la menor importancia.

Y yo continuo afirmando que, para satisfacer algunas pequeñas vanidades, no tenemos el derecho de comprometer el porvenir.

A otros les está permitido pensar de otro modo. Sin duda.

Pero los que aceptaron las condiciones que yo propuse para la reaparición de *Temps Nouveaux*, que las firmaron conmigo en el primer manifiesto, no tenían el derecho de cubrirse con ese manifiesto y obrar contrariamente a lo que habían firmado. Sin constatar al menos ese nuevo giro de su pensamiento.

Como he dicho, yo no rompo; pero quiero una situación clara para cada uno. Continuaré enviando artículos — que se podrá rehusar — pero no aceptaré ninguna corrección que no me haya sido sometida.

Continuaré proporcionando folletos y expidiendo a medida de las necesidades, pero a condición de que se me tenga al corriente de lo que se hizo para liquidar las deudas. Su venta ha superado ya el importe de esas deudas. Yo quisiera saber donde están las sumas obtenidas.

Cordialmente
J. Grave."

Después de todas estas tiranteces enumeradas en la carta transcrita, mi error fué no haber roto de inmediato. Como he explicado al romper con ellos me encontraba solo y el aislamiento no facilita el trabajo en la propaganda. Continué todavía. Sufrí un montón de pequeñas picaduras que al fin me hicieron comprender que teníamos bastante los unos de los otros.

Cuando hacíamos *Temps Nouveaux* se juzgaba el periódico aburrido, no vivaz, demasiado teórico, sin tenerse bastante al corriente de la vida cotidiana.

Teniendo tiempo para leer las publicaciones, resumía en el curso de mis lecturas todos los hechos interesantes desde un punto de vista cualquiera. Eso era regularmente echado al canasto.

No interesándose nadie por la bibliografía, se me dijo. Eso me interesaba. Traté de hacerla a conciencia. Llegó a la redacción un solo volumen interesante. Se me le remitió al fin de seis meses a pesar de mis reclamaciones reiteradas.— Un camarada, de Guerín lo había tomado para leerlo...

No queriendo pasar por un farsante ante el autor y los editores, dí, en mi resumen, las razones de mi retardo en hablar del libro. Se suprimió el pasaje.

En fin, el colmo, llegó a mis oídos que el señor Bertrand — siempre él — volviendo con la idea que lo había podido desviar al comienzo — la idea de poner el periódico por acciones — iba a fundar una cooperativa de librería y que la edición de la revista sería confiada a esa cooperativa.

Yo no tenía ninguna objección contra la cooperativa misma, pero mi modo de ver sobre la organización de un periódico, que expliqué más arriba, hará comprender a cada uno la cólera que me invadió al saber esa noticia.

Escribí a Pierrot que estaba cansado de todo eso, que convocase a sus cómplices. Que a título de conciliación quería que se abandonase el título de *Temps Nouveaux*. Con esa condición sólo continuaría colaborando con ellos, sino tendríamos la guerra.

La reunión tuvo lugar. Estaban presentes una docena de camaradas entre ellos el llamado Bertrand. Un personaje muy encumbrado. Quiere saberlo todo, conocer cada cosa mejor que aquellos que se dedican especialmente a ella, capaz de dar lecciones de medicina a un médico, de arquitectura a un arquitecto y así por el estilo. La señora P. le llamaba "Yo sé todo".

Siempre lleno de proyectos y de promesas, salvo olvidarlas en cuantos las hizo.

Estaba acompañado de su hijo, demasiado joven para haber estado mezclado en la propaganda de antes de la guerra, pero sin embargo lleno de suficiencia como su padre.

Bertrand comenzó a pontificar. Era por solidaridad hacia mí que se tomó el nombre de *Temps Nouveaux*. Eran pagados con la más negra ingratitud. Pero eran bastante magnánimos para pasar por sobre eso, sin olvidarse de hablar de los sacrificios que pretendía haber hecho por la propaganda.

No habiendo venido para escuchar al señor Bertrand, le interrumpí cuando ví que iba a hablar toda la sesión.

Dí mis razones por las cuales no podía continuar con ellos. Enumeré todos los hechos capaces de interesar a los lectores, hechos resaltar por mí en diversas publicaciones y regularmente enviadas al canasto sin explicación. La supresión de la nota en mi bibliografía — la puesta del periódico bajo el control de una cooperativa, etc.

Una voz de falsete se hizo oír desde un rincon, proclamando que la supresión era cosa del que hablaba, que era preciso, después de todo, tener en cuenta al lector.

Dejé pasar, expliqué que habiéndoles hecho convocar la reunión para discutir el abandono del título, era eso lo que yo quería que se discutiera. Y levantándome, salimos de la habitación mi mujer y yo.

Pierrot — era en su casa donde pasaba eso, corrió ante nosotros, diciéndome que no me marchara, que las cosas se arreglarían, y que esperase el fin de la sesión. Diciendo eso nos hizo pasar a otro cuarto.

La pieza en que nos hizo entrar era adyacente a la que reunía el areópago. Fragmentos de la discusión llegaban a nuestros oídos.

—Si renunciáis al título decía Bertrand, viene el fracaso seguro, mientras que os prometo 1500 suscriptores antes de tres meses...

¡Olá! no era solamente por mis bellos ojos que se habían acaparado del título de *Temps Nouveax*.

Murmullos de voces, algunas palabras que no entendí. Otros cuchicheaban, después la voz de C.— que no había hecho nada nunca por el periódico — dijo: "Después de todo Grave no era más que nuestro mandatario en *Temps Nouveaux*!" —El colmo.

Otros murmullos. La sesión había terminado. Pierrot vino a libertarnos, declarando que no se había tomado decisión. Que nos haría saber. Pero al día siguiente recibí una carta diciéndome que le había sido desagradable decírmelo verbalmente, pero que los camaradas habían decidido conservar el título.

Eso, pues, era la ruptura.

Pero como de los 300 suscriptores que habían reunido había 275 que eran antiguos suscriptores de *Temps Nouveaux*, hubo algunos a quienes pareció extraña mi exclusión y escribieron para protestar y pedir explicaciones.

Dos de ellos me comunicaron las que habían recibido.

(*Concluirá*)

---

poner a todos el respeto a la ley. ¡Pero así, sin gobierno, sin leyes! ¿Que maremagnum no sería?

Jorge. —Lo preveía: antes era contrario al comunismo diciendo que éste tiene necesidad de un gobierno fuerte y centralizado; ahora, después de oír hablar de una sociedad sin gobierno, aceptaría incluso el comunismo siempre que hubiese un gobierno de puño de hierro. En suma, es la libertad la que le causa miedo.

Ambrosio. —Eso querría decir que para huir de un escollo se va a dar en otro. Lo que es cierto es que una sociedad sin gobierno no puede existir. ¿Cómo quiere que las cosas puedan marchar sin regla, sin norma de conducta de ninguna especie? Sucedería que uno querría ir a la izquierda, otro a la derecha y la barca quedaría quieta, o más bien iría al fondo.

Jorge. —Yo no le he dicho que no quiero ni reglas ni normas. Le dije que no quiero gobierno, y entiendo por gobierno un poder que hace la ley y la impone a todos.

Ambrosio. —Pero si ese gobierno es elegido por el pueblo no representa más que la voluntad del pueblo mismo. ¿De qué podra usted quejarse?

Jorge. —Eso no es más que una mentira. Una voluntad popular, genérica, abstracta, no es más que una patraña metafísica. El pueblo está compuesto de hombres, y los hombres tienen mil voluntades diferentes y variables según la diversidad de temperamentos y de circunstancias, y querer obtener de ellos, con la operación mágica de las urnas, una voluntad general, común a todos, es simplemente un absurdo. Sería ya imposible para un hombre solo encargar a otro que siguiera su voluntad en todas las cuestiones que pudieran presentarse durante un determinado tiempo; porque ese hombre no podría decir él mismo anticipadamente cuál sería su voluntad en las diversas ocasiones. ¿Cómo podría decirlo una colectividad, un pueblo, cuyos miembros están en desacuerdo en el momento mismo de dar el mandato?

Piense sólo un momento en el modo de hacer las elecciones — y advierta que entiendo hablar del modo cómo se podrían hacer cuando todos los hombres fuesen instruidos e independientes y por consiguiente el voto perfectamente consciente y libre. Usted, por ejemplo, vota por el que estima más adecuado para defender sus intereses y aplicar sus ideas. Eso es ya conceder mucho, porque usted tiene tantas ideas y tanta diversidad de intereses que no podra encontrar un hombre que piense como usted siempre y sobre todas las cosas; pero, además, aquel a quien le da su voto, ¿será el que le gobernará? De ningún modo. Ante todo su candidato podrá fracasar y por lo tanto su voluntad no tendrá ya parte alguna en la llamada voluntad popular: pero supongamos que triunfe.

¿Será, por eso, su gobernante? Ni en sueños. No será más que uno entre tantos (en el parlamento italiano, por ejemplo, uno entre 335) y usted será realmente gobernado por una mayoría de personas a quien no ha dado mandato alguno. Y esa mayoría (cuyos miembros han recibido tantos mandatos diferentes o contradictorios, o mejor dicho no han recibido más que una delegación general de poderes, sin ningún mandato determinado), imposibilitada, aunque quisiera, para expresar una voluntad general que no existe y para contentar a todos, hará como le parezca o como les parezca a aquellos que dominen momentáneamente.

Vamos, es mejor dejar a un lado esa vieja ficción del gobierno que representa la voluntad popular.

Hay ciertas cuestiones de orden general sobre las cuales, en un momento dado, todo el pueblo se encuentra de acuerdo. Pero entonces, ¿para qué sirve el gobierno? Cuando todos quieren una cosa no necesitan más que hacerla.

Ambrosio. —Pero, en suma, usted admitió que necesitamos reglas, normas de vida. ¿Quién deberá establecerlas?

Jorge. —Los mismos interesados, aquellos que deban seguir esas normas.

Ambrosio. —¿Y quién impondrá ese respeto?

Jorge. —Nadie, porque se trata de normas libremente aceptadas y libremente seguidas. No confunda usted las normas de que le hablo, que son convenios prácticos basados en el sentimiento de la solidaridad y en la preocupación que todos deberán tener por el bien colectivo, con la ley, que es una regla prescripta por algunos e impuesta por la fuerza a los demás. Nosotros no queremos leyes, sino pactos libres.

Ambrosio. —¿Y si alguien viola el pacto?

Jorge. —¿Por qué habría de violarlo si el pacto le conviene? Por lo demás, si fuera violado, eso serviría para advertir que el pacto no satisface a todos y que hay que modificarlo. Y todos buscarían un arreglo mejor, porque todos tienen interés en que nadie esté descontento.

Ambrosio. —Por lo tanto, según parece, usted sueña con una sociedad primitiva en la que cada cual haría lo que necesita por sí mismo y las relaciones entre los hombres serían pocas, restringidas y elementales.

Jorge. —Nada de eso. Desde el momento que la multiplicidad y la complejidad de las relaciones produce a los hombres mayores satisfacciones morales y materiales, nosotros trataremos de tener las relaciones más numerosas y complejas posibles.

Ambrosio. —Pero entonces tendrán necesidad de delegar funciones, de dar encargos, de nombrar representantes para establecer los acuerdos.

Jorge. —Ciertamente. Pero no crea que esto equivale a nombrar un gobierno. El gobierno hace la ley y la impone, mientras que en una sociedad libre las delegaciones no tienen más que encargos determinados, temporales, para hacer ciertos trabajos, y esos encargos no dan derecho a ninguna autoridad y a ninguna compensación especial. Y las resoluciones de los delegados están siempre sujetas a la aprobación de los mandantes.

Ambrosio. —Pero usted no supone que todos estarán de acuerdo. Si hay gente a quien no convenga el orden social de ustedes, ¿qué harán?

Jorge. —Esa gente se arreglará como crea mejor, y nosotros y ellos tomaremos acuerdos para no perjudicarnos recíprocamente.

Ambrosio. —¿Y si los otros quieren molestarles?

Jorge. —Entonces... nos defenderemos.

Ambrosio. —Ah, ¿pero no ve que de esa necesidad de defensa puede nacer un nuevo gobierno?

Jorge. —Ciertamente que lo veo. Es precisamente por eso que le he dicho siempre que la anarquía no es posible más que después de haber sido eliminadas las mayores causas de conflicto, y cuando el acuerdo se haya convertido en interés de todos y el espíritu de solidaridad esté bien desarrollado entre los hombres.

Si se quisiera realizar hoy la anarquía, dejando intacta la propiedad individual y las otras instituciones sociales que se derivan de ella, pronto estallaría tal guerra civil, que un gobierno, aunque tiránico, sería acogido como una bendición.

Pero si al mismo tiempo que establece la anarquía suprime la propiedad individual, las causas de conflicto que subsistan no serán insuperables y se llegará al acuerdo, porque con el acuerdo todos serán beneficiados.

Por lo demás se entiende que las instituciones valen lo que valen los hombres que las hacen funcionar, — y que la anarquía especialmente, que es el reino del libre acuerdo, no puede existir si los hombres no comprenden los beneficios de la solidaridad y no quieren ponerse de acuerdo.

Para eso hacemos propaganda.

IX

Ambrosio. —Déjeme volver sobre su comunismo anárquico. Francamente no puedo tragarlo...

Jorge. —Oh, lo creo. Después de haber pasado toda la vida entre los códigos y las pandectas defendiendo el derecho del Estado y el del propietario, una sociedad sin Estado y sin propietarios en donde no habrá rebeldes y hambrientos que condenar a galeras le debe parecer algo del otro mundo.

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B.

LA USA Y

O por un copetin,
chero, los borr
mutuamente.

Bombas lacrimógenas

La nación yanqui es la tierra clá
de varios hermosos *productos*: dejand
lado sus excentricidades y sus mult
llonarios, existen, entre otros, los lyn
mientos de negros y las represiones
roces, bestiales contra la masa ob
al rebelarse a veces. Cuando la digni
proletaria se enardece, sube de punt
estalla en llamaradas de ira y re
contra sus explotadores — quienes en
ces adoptan aires angelicales y de m
tires con miras de conmover la opin
pública, — el gobierno de los barones
la industria, por su parte, arbitra to
los medios, desde los más ruines ha
los más inicuos, para doblegar, rom
la protesta airada y nobilísima de
eternamente despojados que aspiran a

AÑO V

BUENOS AIRES, 12 DE ABRIL DE 1926

N.o 220

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Modesto Yañez
Bortolomé Mitre y Güemes
SALTA

...ores y giros a M. TORRENTE

LA USA Y LOS SOCIALISTAS...

O por un copetin, que hará el contento del bolichero, los borrachos hasta se destriparán mutuamente.

Bombas lacrimógenas y asfixiantes en las huelgas

La nación yanqui es la tierra clásica de varios hermosos *productos*: dejando de lado sus excentricidades y sus multimillonarios, existen, entre otros, los linchamientos de negros y las represiones feroces, bestiales contra la masa obrera al rebelarse a veces. Cuando la dignidad proletaria se enardece, sube de punto y estalla en llamaradas de ira y rencor contra sus explotadores — quienes entonces adoptan aires angelicales y de mártires con miras de conmover la opinión pública, — el gobierno de los barones de la industria, por su parte, arbitra todos los medios, desde los más ruines hasta los más inicuos, para doblegar, romper la protesta airada y nobilísima de los eternamente despojados que aspiran a ser verdaderamente hombres y no bestias de carga, embrutecidas y estúpidas.

La plutocracia de porcolandia tiene un honrosísimo antecedente en su haber: la tragedia de Chicago, que dió fundamento a la protesta del 1.o de Mayo, empalidecida y lavada con agua de rosas por todos los Judas del proletariado mundial. Poetas tímidos, de un lirismo platónico, lo apodaron el suelo de Calibán, en oposición a Ariel. Se trataba de gente muy respetable por cierto, que veía ciertas antinomias espirituales del país yanqui a través de un temperamento personal, considerándolas como ofensas directas a su enfermiza o afinada sensibilidad; ejemplo: Rodó y otros. Incapaces de partir de lo particular a lo general — como le acontece a todo pensador de raza — se quedaron a mitad de camino, circunscribiendo a una dada escuela literaria o pseudo-filosófica lo que atañía por igual a toda la humanidad. Por eso sus alegatos contra la democracia del dólar no tuvieron trascendencia alguna. Hasta ahora la cruda, la dura y cierta verdad acerca de la nación tentacular de yanquilandia, ningún cronista ni escritor la dijo. Sin embargo, si existe un pueblo y un país que debe apasionarnos a nosotros más que a nadie, son los Estados Unidos de América del Norte. Allí se están forjando los destinos más cercanos de la humanidad. Y para vencer a un enemigo hay que conocerlo a fondo y a conciencia. Allí, donde a las ideas sociales se las persigue todavía como si fueran alimañas feroces, es el lugar más adecuado para dirigir nuestros esfuerzos, no solamente intensificando nuestra propaganda, sino, más que todo, estudiándolo en los múltiples aspectos de su vida societaria frente a la concepción de nuestras ideas. Allí, donde se organizó científicamente los provocadores de huelgas; los fraguadores de atentados; se implantó el espionaje en los talleres, en las oficinas, en todos los lugares de trabajo, y se hizo de los rompehuelgas una industria proficua y montada en vasta escala, es donde se nos ofrece un vasto panorama para alimentar nuestra literatura subversiva.

Alguien nos dijo que la próxima guerra se producirá entre el grupo de las potencias sajonas, Norte América y Gran Bretaña, y otras adyacentes formando un bloque, y Francia, Italia, España y otros países latinos oponiendo la otra masa enemiga. Del modo como se desenvuelven los advenimientos y el cariz que están tomando a toda velocidad, nadie sabe bien quiénes lucharán contra quiénes; pero se barrunta que una conflagración más intensamente destructora que la pretérita no tardará en aparecer. Hay que prepararse desde ya para afrontarla, si no nos es posible conjurarla ni desbaratarla con nuestras escasas y débiles fuerzas. Lo que se leerá luego son los prodromos de aquélla probable gigantesca contienda.

La huelga que a principios de marzo se produjera en Clifton y en Passaic, New Jersey (Estados Unidos), es un ejemplo que debería convertirse en enseñanza para los trabajadores sobre los métodos represivos que, generalizándose, les serán aplicados en el futuro, aquí y en otros países.

Entre las incidencias acaecidas en esa huelga, no solamente los *policemen* golpearon con sus clavas a los trabajadores sino que contra ellos se empleó bombas lacrimógenas y asfixiantes y la manguera alternando el agua helada y caliente.

Este es otro precedente bastante honroso para la plutocracia de Porquilandia. Han sido los primeros en emplear tan seráficas armas en la defensa de sus sagrados derechos de casta ególatra explotadora, y lo fué contra una masa inerme de hombres, ancianos, niños y mujeres. Hubo muchos contusos, otros ciegos y numerosos semi-asfixiados. Hasta no se pudieron conocer las cifras aproximadas de los lesionados.

Un policemen rompiendo la máquina fotográfica de un repórter.

Por supuesto, no existen las almas cándidas y capaces de sorprenderse al sabe. que la prensa de la metrópoli del otro bando, rica y chantagista no haya publicado ninguna noticia alrededor de tan graves sucesos. Es la conspiración del silencio tejida alrededor del globo, saboteando toda información que pueda perjudicar los intereses de las clases dominantes poniendo en descubierto sus métodos de terror contra sus víctimas, los eternos Abeles, sofocados por el amor fraterno de los burgueses.

La huelga de Clifton y Passaic, debió producirse a fines de febrero, ya que el *Daily Mirror* (Espejo cotidiano) de New York, trayendo las crónicas y documentos gráficos sobre los sucesos, lleva la fecha del día jueves 4 de marzo de 1926.

Empecemos a dar unos extractos literales, que lograrán ser más fidedignos que nuestras versiones:

Dicen las grandes titulares: *Reina el terror en las calles de Passaic.* Luego, como acápite, un proverbio, posiblemente bíblico: *quien oprime a los pobre, reprocha a su creador.*

La policía de Clifton y Passaic, ayudada por pesquisas y escuadrillas de gentes de mal vivir, atacó a tres mil huelguistas desarmados, que en orden y pacíficamente transitaban por los calles. Los atropelló con las clavas en alto, que caían inexorablemente sobre las cabezas, las espaldas y los brazos. Hubo varios heridos y contusos. No sólo no se contentó con esa hazaña, sino que continuó avanzando para golpear a los huelguistas y no huelguistas, a comerciantes y a transeuntes pacíficos, infundiendo terror y vergüenza en ambas ciudades.

Las salas (saloons) de bebidas, han sido abiertas. El whisky se vende a diez y quince céntimos la copa (drink), y los pesquisas alquilados por los dueños de las fábricas de tejidos, se emborrachan libremente y con permiso de las autoridades locales.

Varios hombres de negocio y propietarios del lugar, tratan de obtener una audiencia del gobernador Moore, solicitándole pida al gobierno central el auxilio de

los tropas nacionales, o el mismo envío de la policía de la capital del Estado de New Jersey.

Entrevistado el gobernador por un reporter del *Daily Mirror*, declaró:

"—Yo estaría dispuesto a actuar en esta emergencia muy grave, como árbitro, pero como hasta ahora nadie dió señales de querer esto, debo observar una actitud equidistante. La policía local pudo terminar de manera pacífica la huelga hace tiempo, si se hubiese conducido menos brutalmente.

Por otra parte, acudir como a un remedio heroico a la milicia nacional, sería agravar los sucesos y el conflicto presente, empeorando de rechazo la situación, desesperada de sí, de los huelguistas."

Piquetes de huelguistas

"Hoy los piquetes de huelguistas que deberán recorrer las calles se protegerán, llevando máscaras y cascos de acero que les servían a los soldados norteamericanos en las trincheras. Es necesario se defiendan de las clavas de los policemen y de las bombas de los pesquisas. Nosotros nos mantendremos firmes, — dijo el líder del movimiento. El desórden y las revueltas han sido provocados por la policía. Las palizas suministradas a los reporteros y la destrucción de las máquinas fotográficas, prueban el aserto de que la policía no deseaba se conociese la verdad de los hechos. Los atacados por los pesquisas fueron unos treinta fotógrafos y periodistas. El capitán Anthony-Batillo gritaba: "Quitenles las máquinas".

En otro sitio de esta crónica se cuenta que, habiéndose refugiado los corresponsales de diversos diarios en un edificio, para evitar los malos tratos, la policía llevó repetidos asaltos a las puertas de entrada, y al fin, cuando pudo penetrar en el interior, empezó a romper muebles, vidrios, sacar las ventanas de sus marcos, e intentando detener a cuanto cristo había allí, logró hacerlo solamente con tres del grupo acosado.

Los nombres de los maltratados y apaleados y de los que sufrieron detención, se publican en una larga lista, sumando una cuarentena, en este diario ilustrado. Transcribirlos para aportar una mayor cantidad de testimonios, sería tarea ociosa. Nos basta consignar el dato y la nota gráfica, donde se ve que un policeman estrella la máquina contra el suelo.

La policía arrojando bombas de gases asfixiantes contra un grupo de huelguistas. Nótese la humareda.

Referente al empleo de bombas lacrimógenas y de gases asfixiantes, así como la manguera de agua helada contra un grupo relativamente numeroso de huelguistas, parece que el salvaje incidente aconteció por la tarde de un martes 2 de marzo.

Las cosas sucedieron así. Un tal Preiskel, jefe de la Seguridad Pública de Clifton y Passaic, — quien tendría grandes capitales colocados en las industrias textiles del lugar — en compañía de otro jefe policial de alta graduación, habrían mandado personalmente el ataque contra los obreros en huelga, que se habrían estacionado en la calle sin demostrar actitudes hostiles ni actos descompuestos. Entre ellos había mujeres y niños. Se dice también que cuando los bomberos dirigieron la bomba a vapor para suministrarle la rociadura a la masa proletaria, se hallaban completamente borrachos, como lo estaban los pesquisas a sueldo, encargados de arrojar las bombas.

Hemos consignado los hechos en un cuadro sinóptico de fiel y estricta síntesis. La causa del estallido del movimiento huelguista, respondió a la repentina poda de los salarios. En algunas fábricas se importó de Méjico y del sud mano de obra de color, contratada a bajos precios, haliándose en pleno vigor el sistema del espionaje y la oficina dactiloscópica.

Uno de los ataques de la policía contra los huelguistas

D. A. DE SANTILLAN

LA LIBERTAD CON FRENO

Nosotros, los entusiastas de la acción revolucionaria, los predicadores incansables de la acción coordinada, de la autodisciplina, los adversarios irreconciliables del amoralismo y del particularismo, los que afirmamos abiertamente que nuestro movimiento es un movimiento social, con un centro de gravitación social y no individual, los que llevamos una guerra sin cuartel al capillismo y al pontificismo, nosotros precisamente hemos tenido que recordar las palabras inmortales de Rabelais: "¡Haz lo que quieras!" Teníamos el presentimiento de una desviación vergonzante en la concepción del anarquismo de muchos camaradas de ambos mundos, y hemos repetido las palabras de Rabelais para que no se olvidase la esencia del anarquismo: "¡Haz lo que quieras!! ¡Obra como te dé la gana!" En nombre de mil supuestas inquietudes, en nombre de la economía, de la historia, de la filosofía, se intenta introducir en la doctrina anarquista una concepción de la *libertad con freno*, algo así como la libertad que nos deja el mundo capitalista siempre que no sacudamos las piedras angulares de su existencia. Diversos periódicos han protestado contra nuestra repetición del "¡Haz lo que quieras!" El que más y el que menos quisiera poner restricciones a ese punto de vista y, hasta ahora, los comentarios que hemos leído fueron de corte puramente burgués. Uno de ellos queremos transcribirlo. La revista *Acción* de París se ha sentido movida a protestar contra un artículo nuestro sobre ciertos puntos de vista antianarquistas publicados en ella y de paso dice: "En cuanto a la caprichosa teoría del "haced lo que querais", demasiado conocidos son los funestos resultados que su uso y abuso ha producido en nuestros medios, por cuyo motivo consideramos erróneo y peligroso el preconizarla" (febrero de 1926). Esta confesión nos asombra realmente. ¿Qué quiere decir eso sino que es preciso desconfiar de la libertad y sustituirla de forma que el "Haz lo que quieras!" se convierta en el *"¡Haz lo que yo te mande o lo que te mande el comité central!"* Sin embargo no son sólo los camaradas que se han sucedido tan a menudo en la redacción de nuestra revista parisién los únicos que tienen miedo a la libertad; casi todo el movimiento obrero revolucionario y anarquista de España parece adolecer del mismo mal. Hace poco se celebró en Madrid una conferencia de delegados de regionales adherentes a la Confederación del Trabajo. Sobre su valor no somos nosotros los que debemos juzgar. Tampoco podemos detallar las resoluciones tomadas, aunque este silencio repugna a nuestra conciencia. Pero una cosa sí queremos traicionarla: los delegados a esa conferencia eran todos unánimemente adversarios del "¡Haz lo que quieras!" y si fuéramos a buscar un equivalente del espíritu centralista y autoritario que en ella prevaleció, tendríamos que recurrir a los ejemplos de la dictadura sobre el proletariado ruso. Nosotros entendemos que combatir la dictadura de Primo de Rivera para poner en su lugar la de un comité confederal es patinar sobre el mismo lugar. También entendemos que nuestro camino es el de la libertad y el de la educación libertaria y toda táctica y todo sistema que atente a esa educación libertaria son obstáculos que ponemos a la revolución.

Nuestra revolución, nuestra propaganda, nuestra ideología, nuestras aspiraciones son libertad y solidaridad. Si un partido político intenta sustituir a otro en el poder, sea por medio del golpe de Estado o de unas elécciones reñidísimas, nosotros nos lavamos las manos y nos las metemos en el bolsillo. Pero en las acciones en que intervenga y se comprometa nuestro movimiento, exigimos el reconocimiento y la práctica de la libertad y no aceptamos dictadura alguna, proceda de Primo de Rivera, de Lenin o de un comité confederal cualquiera. Toda dictadura es lo contrario de la revolución; la revolución social que nosotros anhelamos no prospera más que con la libertad, pero no con esa libertad que interpreta la burguesía francesa en tal forma que puede esculpir la palabra en los frontispicios de las prisiones y de los cuarteles; la libertad a que nosotros nos referimos es la que se traduce por la iniciativa libre y la solidaridad, la que no se supedita a las órdenes de ninguna corporación legislativa burguesa ni proletaria, la que abre nuevas rutas y crea nuevas formas de vida según las necesidades y aspiraciones del pueblo mismo, la que rompe diques y da puntapiés a los que se proponen canalizarla, ponerle diques y montarla después con botas militares y sofismas marxistas. La libertad para nosotros no debe ser una palabra vana, una trampa habilidosa para papar moscas y embaucar incautos. Si basamos toda nuestra propaganda en la doctrina de la libertad, no lo hacemos para explotar la sed inextinguible de la humanidad de vivir una vida libre; no predicamos la libertad como predican los curas la castidad con el pensamiento fijo en el ama o en la sobrina o en la mujer de fulano o zutano; no predicamos la libertad con la idea fija de montar en un sillón de gobernador o vestirnos los hábitos diplomáticos de un Tschicherin. Nuestra libertad no admite comisariocracia alguna y cuando hablamos de élla, cuando hablamos de nuestra revolución se nos viene al pensamiento la lucha despiadada contra la autoridad, pero no la implantación de una autoridad nueva. Por eso tratamos desde ahora mismo de inculcar en el ánimo de todos que la edificación del porvenir de libres y de iguales no ha de hacerse por decretos, por órdenes externas en nombre del derecho divino, del éxito de un golpe de Estado o del pueblo. Hemos advertido más de una vez en los momentos de posibilidades de triunfo de nuestras fuerzas y de pánico de la burguesía, que la inmensa masa de los trabajadores no sabe qué hacer, espera órdenes de algún centro cualquiera de autoridad. En grandes huelgas, en grandes conflictos entre nuestro movimiento y el Estado capitalista, hemos constatado nuestra derrota porque, en el momento oportuno para la acción general, los combatientes esperan impacientes la orden de alguien que les diga lo que deben hacer. En enero de 1919 en Buenos Aires y en todo el país, si hubiéramos formado un gobierno *obrero*, habría sido probable la implantación de la dictadura proletaria, es decir nuestra dictadura, la de los anarquistas. No hemos formado el "gobierno obrero y campesino" y la burguesía se repuso del pánico del primer momento y verificó en el país 55.000 arrestos. ¿Es que debemos llorar ahora la pérdida de aquella probabilidad? Creemos que no. Si el triunfo de la revolución tenía que ser por medio de la instauración de un gobierno formado con camaradas nuestros, habríamos hecho lo que hicieron los bolchevistas en Rusia y para ese viaje eran vanas las alforjas. El reproche

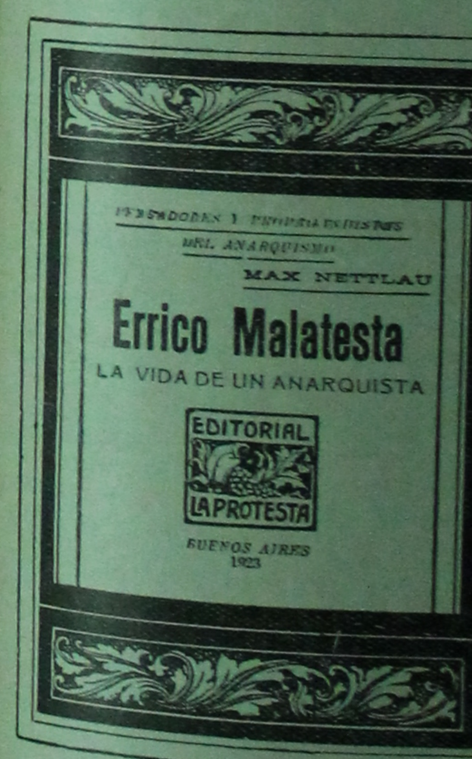
---

Comprobamos una vez más de cómo la ciencia oficial, a cuyo mantenimiento y elaboración contribuyen los oprimidos, se revuelve contra éllos en manos de sus verdugos. El principal enemigo para el capitalismo no está fuera de las fronteras — ya que a la burguesía internacional nada la separa y todo la une — y sí adentro, cuando los explotados se yerguen en rebelión y tienen la inconcebible estupidez de creer en la legalidad y en la compostura que no pretende alterar en nada el orden presente.

Pero si a los norteamericanos se les ocurrió echar mano de medios repelentes y posiblemente repudiados hasta por un orangután de la selva, a las autoridades argentinas puede caberles el honor de matar indios desde un aeroplano y con ametralladoras.

El número correspondiente
mero de Mayo contendrá 16
y valdrá diez centavos — ¡A
ralo usted, camarada!

de no haber hecho la revolución
nos grave que la acusación de hal
fiscado y asesinado la revolució
De esa probabilidad de revolució
Argentina en 1919 los autoritaria
con: *es preciso regimentar masa*
que en el momento dado obren s
les mande desde los comités ce
Nosotros decimos: *es preciso cre*
mentalidad libertaria en masas po
cada vez mayores, para que en el
lo dado obren por sí mismas, sin
órdenes de nadie, y hagan lo que q
lo que les dé la gana, lo que se le
je, lo que mejor les parezca.
¿Cómo queremos hacer una rev
libertaria con una mentalidad au
ria, con el eterno *ordeno y mando*
Nuestra época está tan envenen
autoritarismo, que incluso entre an
tas se habla menospreciativamente
libertad y ya se advierten muchos
mas entre los anarquistas absorbid
el sindicalismo que en lugar del
dioso *"¡Haz lo que quieras!"* de Ra
quisieran proclamar: *la libertad*
prejuicio pequeño-burgués!" — las
bras sacramentales de Lenin.
¡Amigos de la revista *Acción*,
aquellos que protestais contra nuest
petición del "haz lo que quieras", "
que te dé la gana"! La anarquía
doctrina de la libertad, de la verd
libertad que se fundamenta sobre
inquebrantable en la humanidad y e
destinos. Si no aceptais el "¡Haz l
quieras!" aceptareis por supuesto
hermosa perspectiva: ¡Haz lo que
mando o lo que te ordena el comité
tral!" No hay términos medios. O qu
la libertad con frenos o quereis la
tad sin freno. O interpretais la lib
como la burguesía francesa o la inte
tais como los anarquistas. Elegid.
tros hemos elegido. En cambio vos
quedais en una situación ambigua.
siérais burlaros de la libertad come
nin, pero no teneis el valor de ocup
posición consiguiente. Eso habla mu
co en favor de una clara comprensió
la anarquía.
Y la respuesta que tendríamos der
a esperar a estas observaciones, no s
quida con algunas intemperancias de
guaje. Nuestra pregunta es clara: *¿*
reis la libertad con freno? Tampoco
le salirse por la tangente y menci
hechos de camaradas que hicieron lo
les dió la gana y causaron muchos
ños. De antemano presentamos nue
guerra al amoralismo y a la irrespo
bilidad, lo que quiere decir que la li
tad sin la responsabilidad no ha sido
ca prestigiada por nosotros ni por
guna persona normal. Pero la respo
bilidad no es un freno, no es un
que se nos impone desde fuera de
tros mismos, es la base, el fundamento
condición del florecimiento y la comp
sión de la libertad.



Un tomo en rústica, $ 1.20
Edición especial, papel pluma ... „ 2
„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3

El número correspondiente al primero de Mayo contendrá 16 páginas y valdrá diez centavos — ¡Adquiéralo usted, camarada!

de no haber hecho la revolución es menos grave que la acusación de haber confiscado y asesinado la revolución.

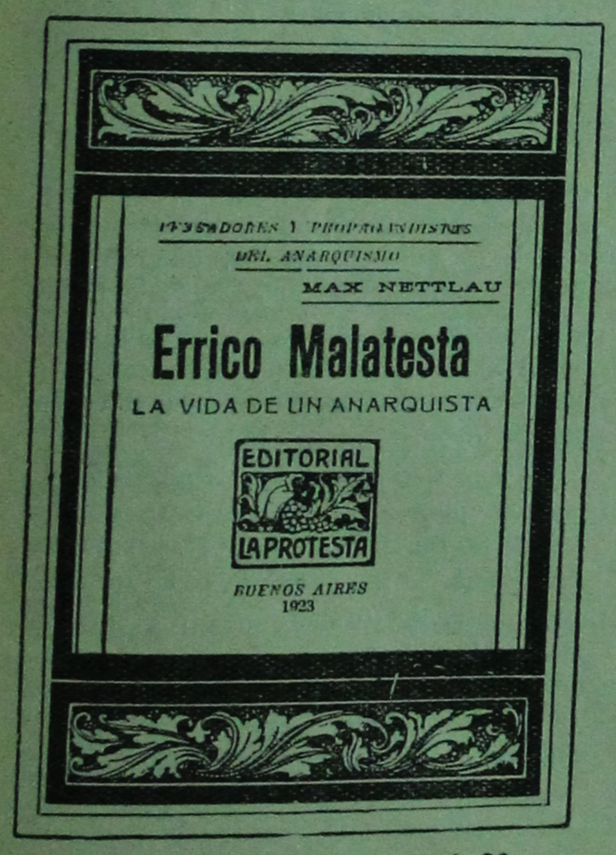
De esa probabilidad de revolución en la Argentina en 1919 los autoritarios dedujeron: *es preciso regimentar masas para que en el momento dado obren según se les mande desde los comités centrales.* Nosotros decimos: *es preciso crear una mentalidad libertaria en masas populares cada vez mayores, para que en el momento dado obren por sí mismas, sin esperar órdenes de nadie, y hagan lo que quieran, lo que les dé la gana, lo que se les antoje, lo que mejor les parezca.*

¿Cómo queremos hacer una revolución libertaria con una mentalidad autoritaria, con el eterno *ordeno y mando?*

Nuestra época está tan envenenada de autoritarismo, que incluso entre anarquistas se habla menospreciativamente de la libertad y ya se advierten muchos síntomas entre los anarquistas absorbidos por el sindicalismo que en lugar del grandioso "*¡Haz lo que quieras!*" de Rabelais, quisieran proclamar: *la libertad es un prejuicio pequeño-burgués!*" — las palabras sacramentales de Lenin.

¡Amigos de la revista *Acción*, todos aquellos que protestais contra nuestra repetición del "haz lo que quieras", "haz lo que te dé la gana"! La anarquía es la doctrina de la libertad, de la verdadera libertad que se fundamenta sobre la fé inquebrantable en la humanidad y en sus destinos. Si no aceptais el "¡Haz lo que quieras!" aceptareis por supuesto esta hermosa perspectiva: ¡Haz lo que yo te mando o lo que te ordena el comité central!" No hay términos medios. O quereis la libertad con frenos o quereis la libertad sin freno. O interpretais la libertad como la burguesía francesa o la interpretais como los anarquistas. Elegid. Nosotros hemos elegido. En cambio vosotros quedais en una situación ambigua. Quisiérais burlaros de la libertad como Lenin, pero no teneis el valor de ocupar la posición consiguiente. Eso habla muy poco en favor de una clara comprensión de la anarquía.

Y la respuesta que tendríamos derecho a esperar a estas observaciones, no se liquida con algunas intemperancias de lenguaje. Nuestra pregunta es clara: *¿Quereis la libertad con freno?* Tampoco vale salirse por la tangente y mencionar hechos de camaradas que hicieron lo que les dió la gana y causaron muchos daños. De antemano presentamos nuestra guerra al amoralismo y a la irresponsabilidad, lo que quiere decir que la libertad sin la responsabilidad no ha sido nunca prestigiada por nosotros ni por ninguna persona normal. Pero la responsabilidad no es un freno, no es un bozal que se nos impone desde fuera de nosotros mismos, es la base, el fundamento, la condición del florecimiento y la comprensión de la libertad.



Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... „ 2.00

„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3.50

MAX NETTLAU

El anarquismo en la antigüedad

De los carpocráticos a los Hermanos del espíritu libre

En los doce o quince siglos después de la última floración de la antigüedad griega, en cuyo período se desarrollaron precisamente las ideas libertarias de los estoicos, imperaba toda suerte de autoridad. A la dictadura temporal de los macedonios siguió la dictadura férrea y constante de Roma, que sólo fué quebrantada por la locura cesarista en que cayeron los pueblos del oriente y del centro de Europa. Entretanto el misticismo orientental entenebreció los espíritus y adquirió, en una derivación que se servía de argumentos primeramente democráticos y hasta comunistas, el cristianismo, un poder sobre el espíritu y la moral de casi toda la humanidad que persiste aún, de manera que ésta, se encuentra todavía en mísera ignorancia y fanática borrachera, una tutela espiritual que aprovechó todo gobierno a través de los siglos. Toda buena disposición inicial de los nuevos pueblos que entraban en el escenario de la historia, sucumbió al contacto con la autoridad política, y pronto también espiritual, concentrada en Roma, y la explotación social intensiva, favorecida en el más alto grado por esa autoridad, degeneró y el resultado fué una serie ininterrumpida de guerras y de intrigas de los Estados europeos desde las llamadas emigraciones de los pueblos hasta hoy, imitando cada cual a Roma y siendo cada uno enemigo de todos — y las fuerzas libertarias fueron siendo impotentes para modificar lo más mínimo ese estado de cosas. Sin embargo actúan, pero su corriente es un pequeño arroyuelo en comparación con la corriente de la autoridad, a la cual están dispuestos pueblos enteros en todo instante a llevar el tributo de su sangre, mientras que la libertad no dispone más que de pequeñas minorías, que contribuyeron con muchos sacrificios. No obstante, esperamos que la humanidad se abrirá el camino hacia la libertad.

Así ocurrió que en esos muchos siglos incluso la indignación social adquirió generalmente formas autoritarias; encontramos ese carácter en las luchas sociales y políticas de los plebeyos romanos, en los tiempos de Mario, de los Graccos y de Catilina, de las guerras de los esclavos con Spartaco y hallamos humildad espiritual y resignación en el cristianismo primitivo comunista y sus retoños, el monaquismo, — fanatismo doctrinario en las sectas religiosas, los heréticos de toda naturaleza, a quienes sólo su impotencia impidió convertirse en perseguidores, — inextricable confusión en las esperanzas de muchos, los creyentes del año milenario, etc., y extenuado apartamiento del mundo en los creyentes que intentaban realizar entre sí algún ideal religioso, a menudo con la comunidad de bienes dentro del grupo. Para la libertad, todos esos no se cuentan, porque en ellos mismos el fanatismo habría sofocado siempre el respeto a la libertad de los demás. Un Juliano el Apóstata, que anhelaba la libertad de espíritu de los griegos vale por todos ellos.

Pero seguramente hubo en todos esos numerosos movimientos o ambientes que se desviaban de la rutina algunos que evolucionaron más por medio de ellos o junto a ellos, que siguieron su propia vida, y que en todo caso fueron tan odiados por las sectas como éstas eran odiadas por sus perseguidores. O hubo gentes que tomaron su destino en sus manos, se batieron y fueron aniquilados como rebeldes o bandidos. O bien algunos se dedicaron a estudios, investigaron el pristino pensamiento de la antigüedad, lo que en el tiempo del entenebrecimiento cristiano era peligroso, experimentaron y se elevaron por sobre la superstición de su tiempo, desearon entenderse con otros de lejanos países, por medio de sociedades secretas o relaciones instructivas que pudieron llegar al mundo árabe-africano, en el que se estudiaba fervientemente; por todos esos continuó viviendo la libertad. No pudieron escribir libros y transmitir sus doctrinas a discípulos, tuvieron que obrar privada y secretamente, y nosotros no sabemos más que de aquellos que fueron descubiertos y se convirtieron en víctimas de sus ideas. Tampoco entonces se nos transmite más que raramente su "crimen", su "herejía", y por tanto estamos en la ignorancia sobre sus verdaderas ideas. No sabemos si algunos de ellos, espíritus sosegados, no en estado de exaltación, han reflexionado sobre las ideas de la libertad hasta el fin, pero muchos hicieron lo más posible y el sistema imperante tuvo en ellos sus enemigos mortales que lo combatieron incesantemente en voz alta o en silencio.

Habría que revisar el infinito material histórico de esos tiempos en todas sus formas para constatar entre los muchos que aparecen de algún modo como enemigos de la situación de terrible opresión espiritual y material, los elementos conscientemente antiestatales, efectivamente libres, — una labor que todavía no ha sido hecha. Por consiguiente no puedo referirme más que a pocos detalles.

Es mencionado así el gnóstico Carpócrates de Alejandría (1), cuyo hijo Epifanes resumió sus doctrinas en el libro *Peri dikaiosynes* (Sobre la justicia); pero de esa obra no nos quedan más que fragmentos en los escritos cristianos contra los heréticos. La justicia divina se manifiesta, según Carpócrates, como una comunidad con igualdad (*Koinonia met' isotetos*); dios asegura *igualmente* todo a todos. "Como de la luz del sol nadie puede tener más o menos que los demás, así debe procederse con todas las cosas y disfrutes. Y así ocurre efectivamente en toda la naturaleza. Por doquier vemos que son aseguradas al ser vivo todas las comidas en común para el disfrute igual, y que ninguna ley perturba esa condición querida por dios, que produce el acuerdo de todos"... Tampoco (sobre la generación) hay ley alguna escrita, que se documente de dios... Aquí como en todas partes ha ofrendado dios igualmente todos los bienes a todos". — Dios, que sembró en nosotros los apetitos, ordenó que los empleemos y no los extirpemos en ninguna parte, como tampoco ningún otro ser vivo refrena sus apetitos...

Los carpocráticos pertenecen a los primeros que reconocieron el derecho de todos a todo hasta sus extremas consecuencias y los primeros que trataron de realizarlo, fueron perseguidos y aniquilados, lo que no impidió que desde aquel tiempo, a mediados del siglo II, se continuaran difundiendo las mismas ideas por algunas comunidades locales o por sectas que formaban internacionales secretas, realizándolas en su ambiente. La religión la constituía aquí el derecho natural, la forma pura, a la que se apelaba contra la corrupción de la religión sacerdotal dominante. Para los que pensaban un poco más allá, dios y la naturaleza eran idénticos, y la ciencia que no había muerto enteramente era su guía. La propaganda y también la precaución, así como el hábito general produjeron el encubrimiento religioso. Era peligroso para la vida el dudar sólo de la religión oficial, habría sido mortal y habría quedado incomprendido el negar desde el comienzo toda religión. No sabemos hasta qué punto llegaron los círculos más íntimos de las sectas. En todo caso la idea de que dios o la naturaleza habían puesto en cada uno la capacidad de formarse su propia ley, es decir de ser libre y de libertar a los otros, estaba tan vulgarizada como la del más libre comunismo, la disposición libre de todos sobre todo. Pero no todos llegaron a esa consecuencia y junto a las sectas anarquistas hubo quizás en idéntica proporción que hoy, sectas moderadas de toda especie, que — lo mismo que hoy, desgraciadamente — se demostraron como el mayor obstáculo: en el camino del ateísmo y del anarquismo de aquellos tiempos estaban las sectas reformistas, el posterior protestantismo y la burguesía aspirante al dominio, tan funestamente como la socialdemocracia, e idénticas tendencias se colocan hoy entre el sistema imperante y la revolución.

Es infinitamente difícil hacer resaltar en la historia de las revoluciones de las sectas y de los herejes de los últimos períodos del mundo antiguo y de la edad media, los elementos realmente libertarios, pues apenas se ha comenzado a extraer de su envoltura religiosa o de la desfiguración de sus hechos por los cronistas siempre reaccionarios, los elementos sociales, políticos, independizadores en general (2).

Por ejemplo, hace muchos años me trajo el doctor Arabekian, de la historia de Armenia, en tres volúmenes, Venecia, 1190, II, pág. 884 y siguientes, lo que se contaba allí de *Smbate*, de la aldea de Zarenavan, que, influenciado por los paulistas neo-maniqueos y por un persa Mususik, habría difundido en el distrito de Thondrak, bajo la máscara cristiana, herejías. Negaba la vida futura, la providencia, el espíritu santo, todos los ritos eclesiásticos, todas las doctrinas de la existencia de los pecados y del castigo, "negaba todo y toda ley y autoridad... y era como una encarnación del diablo transformado en angel luminoso." — Por consiguiente en todo caso un hombre magnífico, cuyo fin, que no conozco, ha debido ser bastante triste, tal vez un anarquista convencido — o sólo un rebelde nacionalista, a quien el cronista, al ocuparse de él, atribuye mecánicamente la lista entera de los pecados contra la superstición sagrada y sus representantes; sólo una investigación especial podría aclarar este caso, y así ocurre con todo el resto del material casi inexaminado (3).

Segurísimo parece ser que, refiriéndose a las palabras de Pablo a los galateos: "Pero si gobernais el espíritu, no estais bajo la ley", la idea panteísta, dios penetra toda la naturaleza, el alma del hombre es una parte de dios — surgió en algunos la convicción de una unidad con dios que los ponía por encima de la ley humana. Compartían más o menos el punto de vista de los carpocráticos y llegaron, como éstos, al reconocimiento y, donde pudieron, a la práctica del más libre comunismo, que, como no les eran permitidas las demás manifestaciones, como colonias, se limitó a su vida privada.

Razón suficiente para entregarlos a la más aniquiladora persecución. Esas ideas fueron expuestas en una forma moderada por Amaury de Bena, un profesor de la Universidad de París (muerto en 1204). Propagadas por sus discípulos, llevadas por Ortlieb de Strasburgo a Alemania, encontraron esas ideas los partidarios más convencidos y dispuestos al sacrificio en los círculos místicos sensibles, los llamados *Hermanos y hermanas del espíritu libre*, que se pusieron fuera de la sociedad y de sus leyes, de sus usos y costumbres y fueron combatidos a muerte por la sociedad (4). En los últimos siglos de la edad media la parte sud de Francia, el país de los albigenses, partes de Alemania hasta Bohemia y el Bajo Rhin hasta Holanda y Flandes, junto a partes de Inglaterra, Italia y también de Cataluña en España, fueron lugares de vivaces movimientos de sectas, pero en las cuales predominaron con mucho los elementos místico-religiosos y los autoritarios. Las ideas más libres han debido ser abrigadas por algunos pensadores e investigadores, los mencionados grupos del *Espíritu libre*, y ciertos grupos techecos de consciente pacifismo, de espíritu persistente de asociación y de renuncia a la dominación temporal que se desarrollaron en oposición a los husitas nacionalistas-autoritarios. Pedro Schelcicky ha debido ser una especie de Tolstoy de su tiempo, y las ramificaciones de ese movimiento, los hermanos bohemio-moravos, se mantuvieron largo tiempo agrupados, pero perdieron el espíritu antiautoritario que parece haber animado realmente a Schelcieky y a sus más íntimos compañeros (5).

Holanda y Flandes se convirtieron poco a poco en un asilo para las sectas moderadas; pero las libertarias fueron perseguidas también allí terriblemente. Una de ellas ha debido ser la de los *Krompdraggers* o *Kloeffers* de fines del siglo XIV (6). Allí se desarrolló también el movimiento de los *loistas* o *libertinos* de Amberes, que ha descripto Georges Eekhoud tan intuitivamente en su libro *Les Libertins d'Anvers. Légende et Histoire des Loistes* (París, 1912, 403 págs.).

Mas no quisiera tratar de penetrar en este terreno inseguro.

---

(1) *G. Adler*, Geschichte des Sozialismus und Kommunismus von Plato bis Zur Gegenwarta, *págs.* 77-80: *El comunismo*

anarquista de los carpocráticos, utiliza la Ketzergeschichte des Urchristentums *por Hilgenfeldm* (1884.

(2) *Junto a algunas fuentes de los últimos tiempos del paganismo o islamitas y algunos escritos moderados de las sectas teológicas, todo el material fué conservado sólo por fanáticos cristianos, padres de la iglesia, cronistas, y en actas de procesos de los últimos tiempos de la edad media. Con ellos se componen desde hace siglos historias de dogmas y de herejes de las que se extrajo todo el léxico herético en donde se notifican mecánicamente innumerables detalles; por ejemplo* Pansebeia: or a Wiew of all Religions... also, a Discovery of all known Heresies..., *por A. Ross, un vasto catálogo de herejías* (*cuarta edición, Londre*, 1762); *Kritische* Geschichte des Chiliasmus (*Francfort y Leipzig*, 1781-83); Le Pantheisme... *por François Bauvier* (*Mons, hacia* 1883); Dictionnaire universel des Rerésies, des Erreurs et des Schismes, *por el abate M. T. Guyot* (*Lion; Paris* 1847) *etc.* — *Pero también librepensadores acumularon ese material e intentaron examinarlo; por ejemplo Pierre Bayle en su famoso* Dictionnaire historique et critique, *cuya tercera edición, más de 3.000 páginas en folio, fué impresa en Rotterdam*, 1714-20 *en cuatro volúmenes, y el anarquista Sylvain Maréchal en su* Dictionnaire des Athées anciens et modernes (*Paris, año VIII, LXXVI* — 524 *págs. en* 8.°); *ese diccionario de los ateos contiene también muchos precursores anarquistas. Una reimpresión ampliada apareció en Bruselas en* 1833 (*de esta edición del título en París*, 1853). — *Naturalmente esas acumulaciones no críticas fueron profundizadas por investigaciones especiales teológicas e históricas, y en ellas nuevamente continúan edificándose resúmenes socialhistóricos y librepensadores. Así por ejemplo la historia del socialismo del profesor Georg Adler, ya mencionada, e incompleta* (1899), *la* Geschichte des Sozialismus in Einzeldarstellungen, *marxista, trabajos diversos de Karl Kautsky y la primera parte de la pequeña* Allgemeinen Geschichte des Sozialismus un der sozialen Kampfen (1922) *por M. Beer, una introducción muy informativa en ese dominio. De parte de los librepensadores tratan de penetrar en el asunto por ejemplo W. E. H. Locky,* History of the Rise and Influence of the Spirit of Rationanalism in Europe, *reimpresión de la "Rationalim Press", Londres*, 1910, *2 volúmenes; Edward Clodd,* Pioneers of Evolution, From Thales to Huxley (*Londres*, 1907), *la gran historia del ateísmo por Fritz Mauthner; véase también* Biographical Dictionary of Freethinkers, *por J. M. H. Wheeler* (*Londres*, 1889). *De parte de los anarquistas no se ha investigado ni cosechado persistentemente aún.*

(3) Un précurseur anarchiste *es por ejemplo la reimpresión del artículo de un diario en el* Supplément des Temps Nouveaux (*Paris, vol., pág.* 556-57), *en el que el turco Dr. Abdullah Dyevdet habla del poeta sirio Ebu-Ala-el Muarri, que fué diversamente transcripto, sin que se demuestren de algún modo ideas anarquistas; ciertamente no conozco un trabajo ulterior puesto en perspectiva sobre ese poeta. — O se cuenta que el poeta sueco Lasse* (*Lars*) *Johannsson, llamado* Lucidor (1638-1674) *es tal vez un precursor del anarquismo en Suecia, sin aportar pruebas al respecto; véase Haakon Lercage en* L'Idée anarchiste, *París*, 10 *de abril de* 1924. — *Hay numerosos poetas socialeríticos y entusiastas de la libertad, pero sin embargo distanciados del anarquismo, porque a pesar de todo eran autoritarios. Juvenal, François Villon y Byron escribieron probablemente más avanzadamente que Lucidor, para mí desconocido, y sin embargo nadie les llama precursores anarquistas. Sólo el que rechaza conscientemente la autoridad en todo caso es anarquista. El hecho de que innumerables gentes, de que todo hombre razonable, pisoteen a cada paso la autoridad, sólo prueba que la libertad es el elemento vital del hombre y que el autoritario consecuente es un monstruo.*

(4) *Véase Haupt,* Beitrage zur Geschichte des Sekte vom freien Geiste (Zeitschrift für Kirchengeschichte, *vol. VII, cuaderno I, Gotha*, 1884); *Jourdain,* Sources philosophiques des hérésies d'Amaury de Béne et David Dinant, *en* Actes de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres, I, 26; *Jund,* Histoire du panthéisme populaire au moyen age (*Paris*, 1875); *los escritos de W. Preger, etc., todo inaccesible para mí.*

(5) *No puedo resolver si los llamados* adamitas, *que en* 1421 *fueron aniquilados en su isla del Naser por Ziska, el jefe husita, eran afines realmente a los Hermanos del espíritu libre, con su ejercicio efectivo de la idea que el hombre, como parte de dios, está libre de todo pecado y por tanto debe obrar según sus impulsos, o si constituían sólo uno de los grupos husitas nacionalistas-comunistas fanatizado. Los continuadores de esa secta trataron de acercarse a los hermanos bohemio-moravos. Véase Josef Svátek,* Kulturhistorischer Bilder aus Bohmen (*Viena*, 1879, *págs.* 97-117: *adamitas y deistas en Bohemia*).

(6) *E. Armand en* l'en dehors *de Orleans (número* 44, 1 *de octubre de* 1924) *llamó la atención hace poco sobre éstos según la* Geschiedenis von Antwerpen. *por Mertens y Torfo.*

(7) *Parcialmente aparecieron antes en la* Societé Nouvelle (*Mons*, 1908-10). — *Véase también Julius Frederich,* De Secte der Loisten of Antwerpsche Libertijnen (1525-1545). Eligius Praystinsk (*Loet de Schaicdecker* (*Loiet le Couvreur*) en zinj aanhangers (*Gante; Haya*, 1891, *IX*, 64 *páginas*).

Gregorio Sciltian - Pintor armenio

En Roma existe una casa de arte, en cuyas aulas se aceptan todas las tendencias artísticas, siempre que ellas sean el exponente de una personalidad definida, cuajada y madura, pero que no llegue a la decrepitud. Se llama *Bragaglia's House of Art;* porque además del nacionalismo cultivado con cierta intensidad, se abrigan designios de hacer de la ciudad eterna un centro cosmopolita para las cuatro artes. Algo así como un motejo de París. Los catálogos que nos enviara quizás una mano amiga y anónima, están en su mayoría redactados en inglés o en francés, excepción hecha por la revista teatral *Index* y el prospecto de una muestra de un pintor armenio.

Esa casa fué fundada — creemos — hace unos seis o siete años, por los hermanos Bragaglia, pintores, escritores, escenógrafos y creadores del teatro de los Independientes.

Bajo el título *ce que nous avons donné*, o sea, lo que nosotros hemos realizado — nos informan en los términos siguientes:

"Efectuamos 116 exposiciones y numerosas reuniones artísticas. Representamos 43 novedades teatrales entre las más valiosas de la literatura dramática; emprendimos una propaganda activa en el extranjero por medio de varias publicaciones, y exposiciones personales de artistas italianos, participando en los certámenes internacionales; publicamos folletos, revistas, diarios que llamaron la atención por su originalidad; a nuestras propias costas refaccionamos las Termas Romanas, haciendo de ellas un centro de reunión para los artistas, creando un anexo a nuestro círculo de *Las Crónicas de Actualidad;* siendo todas estas iniciativas de una gran utilidad desde el punto de vista de las relaciones intelectuales de los italianos con los extranjeros, y mucho más prácticas que cualquier ministerio o comisión de bellas artes.

SCILTIAN — Hombre peinándose

Para el año que se inicia, a la apertura de nuestro teatro, volveremos a iniciar la publicación de nuestras revistas, y diarios y libros, dando un fuerte impulso a nuestras otras iniciativas, y organizaremos manifestaciones útiles al movimiento artístico y a los mismos artistas."

Aunque el íntimo sentir de quienes regentean la casa o sea esa industria de la producción artística italiana se pronuncie por las escuelas avanzadas, la mayoría de los expositores entran en todas las clasificaciones que poco o nada tienen de pintura o escultura de vanguardia.

Elijamos, por ejemplo, a Romeo Costetti, amanerado pintor y dibujante, quien apenas excede de la mediocridad común: su hermano Giovanni, mejor que él, excelente aguafuertista muy dado a representar escenas rústicas del agro toscano, con la representación de sus robustos campesinos y picapedreros como substanciaciones de la tosquedad del suelo. El Suplemento publicó una punta seca suya, que sin ser de un valor extraordinario, le revelaba como un talento sólido y constructivo. También en esa larga lista de nombres hay un argentino, apenas conocido en su país. Se trata de G. Socrate, discípulo de Romeo Costetti — con Thibon, Caggiano y Ballerini — quien luego se dedicó a la escenografía, distinguiéndose en ese vasto plano del arte. Luego expuso Climt, el conocido decorador y retratista húngaro, Sachetti el caricaturista, Boccioni y varias exposiciones colectivas de pintura italiana y extranjera.

La transigencia era forzosa y necesaria, ya que las huestes futuristas no podían hacer todo el gasto de la temporada.

Referente a las actividades teatrales, se dió preferencia a los autores novadores. Se halla Pirandello, con *L'Uomo del fiore in bocca*, Bernard Shaw, con *L'Imperatrice Bolscevica, La Morte e il Diavolo* de Wedekind, *La Metempsicosis*, de You-Ceu, de Yupetuen, — comedia china en cinco actos; *Fedra*, de Unamuno y vienen después los Marinetti, Soffici y compañía.

Como se deducirá, es un teatro dirigido solamente a un número restringido de espectadores, y, para decirlo francamente, confeccionado a medida de una determinada élite, compuesta de artistas y de ricos burgueses que pueden otorgarse el lujo de asistir a funciones catadas a medias u oídas dormitando.

SCILTIAN — Vendedora de pescado

La parte plástica tal vez se ha de dirigir a un círculo más vasto, por incluir varias manifestaciones artísticas, distintas y contrapuestas en magníficos contrastes, altamente aleccionadoras para quienes saben aprovecharlas con inteligencia y tino.

No se vacilará en afirmar que todo esto tiene un aire de odioso aristocratismo, que no podrá nunca atraer a uno que se nutra de un concepto humano del arte, donde todos los hombres comulguen por igual, según la propia capacidad emotiva. Pero mientras no haya pueblo en el sentido lato del término, y sigan imperando los gustos discutibles de un público mordido por sus instintos sensuales, deberemos seguir separando lo poco bueno que haya entre tantos esfuerzos malogrados, inútiles y hasta perjudiciales.

Por lo pronto, el pintor armenio que citáramos al comenzar estas líneas, es de recia contextura y legible en su escritura plástica.

En el prólogo que escribe Roberto Longhi, en el catálogo de esta exposición, son pocas las indicaciones que se ofrecen para guiar al lector en el conocimiento del artista. Se nos informa vagamente que es armenio y vive y trabaja en el islote de San Lázaro, a poca distancia de Venecia; también hay la noticia que expuso un par de telas en la Bienal de esa ciudad en 1924. Espiguemos en lo que podamos y en lo de más utilidad para el caso de fijar su filiación plástica.

Comienza Longhi:

"Mis notorias preferencias históricas me indujeron a señalar la concreta afinidad de Sciltian con el círculo de la buena y gran pintura; mientras que mi habitual indiferencia por el estado civil y los certificados concedidos por la municipalidad artística de París, me hacen olvidar la historia moderna que pueda contener en potencia estos cuadros.

Lo que más pesa en su concepción de arte es que, — así como el Caravaggio o el Velázquez joven — ante sus ojos se halla una verdad palmaria como un constante cronómetro para medir la naturaleza y la vida.

Se entiende que la realización de arte no se alcanza con meras referencias, extractadas del natural, ni niego tampoco que esas referencias se nos aparezcan en ese común modelo, casi innoble, — salvo nuestra solidaridad con los oprimidos — del portero del hotel "Del Mundo", como un poderoso asunto de arte. Pero aquí

donde han sido pintados a la buena mo jugando los pies y algunos o resultan vigorosamente acentuados ambiente severo y limpio de todo mento inútil: se trata de un pedazo bón ligeramente deformado por ciente inmersión, y de dos cepill dientes. Se podría discutir si dismi su valor por hallarse en un bodeg villano del mil setecientos veinte.

No es solamente la tercera par ascendencia española que el pinto de ostentar. He ahí, en el retrato cido a feliz término por Sciltian, de de una especie de infante marqu hermano espurio de Felipe IV, con hundirse enérgicamente de los zanc curos sobre la fibra clara del fond preciso.

Los asuntos habituales del artist gen a través de la incidencia que entre lo sevillano y lo romano. La ra, la pescadora de Campo dei Fiori herencia del seiscientos internacion mano, donde Herrera el Moro se lla el *español de los peces.*

Los objetos, a veces, por eso m parece que salen de la fabricación d manos, las que empuñan el pincel más empeño de lo que ocurre para resulten tan nuevecitos.

Sin embargo, no hay ninguna dud bre el vigor de los tonos eminenten fabriles, como acontece especialm con la tela de *Los enseres de cocin*

SCILTIAN

P. BECQUEREL

LOS LIMITE

Grave cuestión que divide y apasio a los astrónomos, formando dos band los newtonianos y los einstenianos. Si poseemos datos y medidas positivas, conoce que nuestro universo galileano muy pequeño. Aunque los últimos son jes efectuados por los sabios Seares Van Rhign hayan establecido que el mero total de estrellas es de doscient mil millones a trescientos treinta y cin mil millones, y que el diámetro del u verso, según nuevas mediciones, sea el orden de 300.000 años de luz, no co tiene el cielo entero. No es más que u ínfima parte, puesto que él mismo se h lla perdido dentro de la inmensidad, el medio de una muchedumbre de u versos lejanos, tan poblados de astros en una extensión tan vasta, que las n bulosas en espiral han sido avaluadas p millones. ¡Y estamos muy lejos de habe las contado todas! Nuestros gigantesco telescopios todos los días descubren a gunas.

Como los universos son separados e tre ellos por una distancia siempre má grande que su diámetro, como después d

donde han sido pintados a la buena y como jugando los pies y algunos objetos, resultan vigorosamente acentuados por el ambiente severo y limpio de todo aditamento inútil: se trata de un pedazo de jabón ligeramente deformado por la reciente inmersión, y de dos cepillos de dientes. Se podría discutir si disminuiría su valor por hallarse en un bodegón sevillano del mil setecientos veinte.

No es solamente la tercera parte de ascendencia española que el pintor puede ostentar. He ahí, en el retrato conducido a feliz término por Sciltian, derivado de una especie de infante marquesano hermano espurio de Felipe IV, con aquel hundirse enérgicamente de los zancos oscuros sobre la fibra clara del fondo impreciso.

Los asuntos habituales del artista surgen a través de la incidencia que existe entre lo seviliano y lo romano. La frutera, la pescadora de Campo dei Fiori son la herencia del seiscientos internacional romano, donde Herrera el Moro se llamaba el *español de los peces*.

Los objetos, a veces, por eso mismo, parece que salen de la fabricación de las manos, las que empuñan el pincel con más empeño de lo que ocurre para que resulten tan nuevecitos.

Sin embargo, no hay ninguna duda sobre el vigor de los tonos eminentemente fabriles, como acontece especialmente con la tela de *Los enseres de cocina*, en la cual no se extienden sobre los objetos, y sí los substancian, formándose una amalgama que se ensimisma en la fosa del clarobscuro. Se distinguen los marrones, los amarillos, las tierras plúmbeas, extraídas de las vísceras de la madre naturaleza, con la certeza y la clarividencia de quien sabe de cómo el pincel es la varita mágica a cuyo conjuro florece el milagro de la belleza.

Creemos sinceramente que también esta rápida y enérgica transposición de la vida en la pintura, sea un ennoblecimiento suficiente para el arte. Opinamos que se trata de un sentido transportado por el procedimiento parvo de las transferencias. No obstante, entrevemos que suele vivir en las raíces cargadas de savia de la fantasía figurativa, en vez de residir en el cáliz de las flores más elevadas y más frágiles, donde podrán habitar las almas fantasistas, abigarradas, y más risueñas.

Pero Sciltian queda óptimamente al pié del árbol de copa sonora por el trinar de los ruiseñores. Una veracidad palmaria, un portento de evidencia se halla ante sus ojos como constante metro para medir la naturaleza y la vida.

A su talento sólo le pedimos que nos ofrezca más puros, más nítidos los simples consuelos de la realidad.

¡Oh buen *mechitarista!* (En armenio, el que reconforta y consuela).

SCILTIAN. — Enseres de cocina.

P. BECQUEREL

LOS LIMITES DEL CIELO

Grave cuestión que divide y apasiona a los astrónomos, formando dos bandos: los newtonianos y los einstenianos. Si no poseemos datos y medidas positivas, se conoce que nuestro universo galileano es muy pequeño. Aunque los últimos sondajes efectuados por los sabios Seares y Van Rhign hayan establecido que el número total de estrellas es de doscientos mil millones a trescientos treinta y cinco mil millones, y que el diámetro del universo, según nuevas mediciones, sea en el orden de 300.000 años de luz, no contiene el cielo entero. No es más que una ínfima parte, puesto que él mismo se halla perdido dentro de la inmensidad, en el medio de una muchedumbre de universos lejanos, tan poblados de astros y en una extensión tan vasta, que las nebulosas en espiral han sido avaluadas por millones. ¡Y estamos muy lejos de haberlas contado todas! Nuestros gigantescos telescopios todos los días descubren algunas.

Como los universos son separados entre ellos por una distancia siempre más grande que su diámetro, como después de millones de siglos ellos atraviesan los espacios en todos los sentidos, alejándose o aproximándose con una velocidad oscilante de 500 a 1.000 kilómetros por segundo, es necesario que el cielo posea una formidable extensión para que esos universos no hayan encontrado todavía su fondo y sus límites.

Y después de todo, el cielo, ¿será verdaderamente limitado? No; nos dirán los partidarios de Newton. Nosotros no podemos poner límites al tiempo y al espacio, puesto que somos incapaces de concebir regiones y espacios substraídos a las leyes de la gravitación. Debe haber un infinito en el espacio sin límites, universos islas, vías lácteas lejanas, como la nuestra, donde sus soles y planetas nacen, evolucionan y se pulverizan desde el fondo misterioso e incognoscible de la eternidad.

Es imposible — responden los discípulos de Einstein. El cielo no es geométricamente euclidiano en el infinito de su conjunto. Su substancia, su espacio, su tiempo forman un todo indisoluble, finito, limitado, de cuatro dimensiones, tomando la forma de hiper-esfera, donde el espacio tiempo es cilíndrico. Es muy difícil de representarnos visualmente esa concepción geométrica para nosotros que no poseemos más que tres dimensiones.

Pero, como tan claramente se expresó Jean Becquerel en su bello libro sobre la relatividad y el principio de la gravitación, representemos un hombre inteligente dejado en completa ignorancia acerca de la forma de la tierra, y que se halle a orillas del mar mirando cómo se aleja un navío.

La desaparición progresiva del casco del barco y luego de su arboladura, será para él una revelación. Habiendo comprendido que es una curvatura lo que oculta al navío, y en consecuencia la superficie es curva, ese hombre concebirá la posibilidad de una superficie limitada, finita, de un mundo esférico, donde él se encontraría. Parecida revelación nos es dada por la teoría de Einstein, por el simple hecho que un rayo luminoso no se propaga en línea recta en el vacío, sino encorvándose. El espacio, el cielo, debe ser finito, bien que ilimitado, ya que se puede dar indefinidamente la vuelta alrededor de él. ¡El tiempo, pues, sería lo único infinito! Por esa hipótesis, la curvatura de conjunto del espacio sería determinada por la curvatura del conjunto de la materia universal. Los astrónomos buscaron de comprobar esa concepción, ensayando avaluar la masa de la materia conocida.

Es así que Eddington, valuando la masa del sistema estelar de nuestro universo galileano en un mil millones de veces de aquel del sol, y admitiendo que las nebulosas en espiral tienen otro millón de veces de esas masas, habría obtenido un rayo de cielo de un orden de tres mil millones de kilómetros, lo que importaría algunas centenas de años de luz.

Ante ese resultado demasiado débil, contradecido por el término medio de las medidas de las distancias estelares, otro astrónomo, Kapteyn, se apoyó sobre una base más sólida. Admitió que la masa

contenida en 1000 parsec cúbicos (medida astronómica, que representa 3 años y 25 días de luz), es en media 80 veces más que la masa del sol, obteniendo empero un rayo del cielo del orden de cinco mil millones de kilómetros.

Esa cifra, habiendo sido superada por la medición de las distancias de las nebulosas, Einstein propuso un rayo de 150 millones de años de luz, la que fué notoriamente insuficiente, como se habrá notado, pues la última nebulosa en espiral que Shapley concluía, de medir, se halla a una distancia aun más grande con unos 160 millones aproximadamente de años de luz.

Y como se está haciendo necesario conocer las distancias de las nebulosas más alejadas, ¿qué es lo que nos reservan las próximas mediciones?

Adivinamos que algún día se nos pueda dar el diámetro de toda la materia del cielo llamado una formidable *hiper esfera*, ¿esto solucionará el gran enigma celeste?

Pues nuestro espíritu prosternado ante esa prodigiosa realidad, siempre se preguntará: ¿más allá de los cuatrillones de kilómetros, del otro lado de los límites de esa masa material que obedece a las leyes de Einstein, qué habrá?

Hamlet y Mefistófeles

Hamlet encarna el elemento de la negación, elemento que otro poeta nos ha presentado bajo el tipo de Mefistófoles. Hamlet es Mefistófoles encerrado en el más pequeño círculo de la naturaleza humana, por donde, en el héroe de Shakespeare, la negación no es un mál, pues lucha contra el mal. El excepticismo del príncipe duda del bien, pero no pone en tela de juicio la existencia del mal contra el cual emprende una lucha a muerte. Hamlet duda del bien, o mejor dicho, no se fía de él; no cree en su realidad, en su sinceridad; lo ataca, no porque es el bien, sino porque lo toma por un falso bien; un disfraz bajo el cual se esconden el mal y la mentira.

No es la de Hamlet la risa diabólica y sin compasión de Mefistófeles; en su sonrisa más amarga se transluce la melancolía, una tristeza que nos revela sus dolores y con él nos reconcilia.

El escepticismo del príncipe dinamarqués no es la indiferencia, sino lo que constituye su valer y su trascendencia. El bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo hermoso y lo feo se confunden para él en algo accidental, ciego e inconsciente. Hamlet, a la par que se niega a creer en la inmediata realización de la justicia, entabla una lucha encarnizada contra la injusticia y se convierte en uno de los principales campeones de la verdad, en que no puede creer enteramente. Pero, como el fuego, la negación encierra una fuerza devastadora; y ¿cómo mantener esta fuerza en sus justos límites? ¿Cómo mostrarle en dónde ha de detenerse y qué ha de respetar cuando ambas cosas están unidas por un indisoluble lazo?

Aquí es donde, como se ha observado con frecuencia, se descubre la parte trágica de la naturaleza humana. Para obrar es preciso querer y pensar; pero la voluntad se ha separado del pensamiento, y este divorcio es cada día más profundo.

Así es cómo el vivo color de la voluntad natural desaparece al pálido reflejo del pensamiento — dice Shakespeare por boca de Hamlet.

IVAN TURGUENEFF

Algunos novelistas de la generación de 1895

CHARLES - LOUIS PHILIPPE

(*Conclusión*)

La inclinación de esos escritores por los humildes, los personajes y los medios que de ellos describen, parecieran reanudar la tendencia naturalista. ¡Sin embargo, qué lejos están! ¡Qué naturalismo más transformado, desarrollado, esclarecido aquí por el amor, allá fortificado por una documentación precisa, fundada sobre sólidos conocimientos técnicos!

Ese naturalismo nuevo, como el de un Fouqnell (*Nono*), el de Viollis, de un Geniaux, el de un poco más tarde, de un Jean-Richard Bloch, lo mismo que el naturalismo católico de Baumann (*L'Immolé*).

Existe en Juan Viollis un poeta de una sensibilidad delicada y un observador de raza. El poeta se revela en su primer cuento *L'Emoi* y luego en su *Petit Coeur* (pequeño corazón). Habiendo meditado mucho en su arte, no aborda la novela sino después de haberse ejercitado pacientemente, después de haber probado sus fuerzas. Escribe entonces *Monsieur le Principal*. Habló de sí mismo para enunciar una "fórmula de novela que permita escapatse de lo que el naturalismo tenía de pesado y de glacial, manteniendo siempre sus métodos de documentación (13). Fórmula que se podría aplicar a casi todos los novelistas de esa generación. Después de esos breves volúmenes un poco tímidos, crece, se agranda y se desarrolla, toma amplitud, se enriquece, profundiza su observación y produce en fin *La Flûte d'un sou* (La flauta de un centavo), novela poderosa, que algún día se le otorgará su justo lugar y que yo no puedo más que citar, porque aun escrita antes de la guerra, la fecha de su publicación es posterior al período estudiado aquí.

Carlos Geniaux, que después de la novela de *L'Homme de Peine* (1907), se ha hecho un novelista excelente, situó los episodios de sus narraciones en paisajes opuestos y diferentes. Su *Ocean* es el drama áspero del mar bretón.

Juan Vignaud (*La terre ensoncelée* — La tierra embrujada), Gaston (*Champi-Tortu*, Paul Reboux (*Maison de danses*), Charles-Henri Hirsch (*Eva Tumarché*), son buenos escritores y perfectos letrados.

* * *

Colocando a Charles-Louis Philippe en uno de los polos de la generación de 1895, indicamos que en el otro se encontrarían los hermanos Tharaud.

Aquél, el primero, en efecto se abandona a su sensibilidad. Se deja gobernar por ella y proclama que un escritor debe ser un salvaje, y por lo pronto *sentir*. Este título es el carácter representativo de una tendencia dominante de su época literaria: la subordinación de la razón a los instintos, la soberanía de los sentidos.

Mas los segundos ponen por encima de la sensibilidad la razón. Son equilibrados. Opuestos a todo desórden, a todo azar, quieren poseer un dominio sobre sus sensaciones, pensar. Metódicos, practicaron un arte donde prima la composición. En una entrevista declararon: "Lo que nos interesa es la emoción intelectual: todo lo que se evade de la sensiblería, de la sentimentalidad, a menos que sea intelectualizada. Nos repugna sobre todo la literatura de la gente excitada" (14).

Mientras que Charles-Louis Philippe y los novelistas que le rodean intentan modernizar el naturalismo prosiguiendo la tradición de un arte de libertad, de verdad y de humanidad, en suma de tendencia popular, los Tharaud anhelan vivificar el clasicismo, reintegrar cierto intelectualismo en la novela. Para eso adoptan fórmulas antiguas, que ellos renuevan sin embargo, con el estudio de la vida contemporánea, por la curiosidad de sus almas viajeras, por sus encuestas a través de Europa y del Africa del Norte (15) y por el gusto del exotismo. Tienden así hacia un arte aristócrata.

En sus romances aportan la seriedad de las aulas universitarias, pareciendo que se hallan mejor preparados para estudiar piezas de archivos, para el examen de documentos históricos, que para descifrar las pasiones de los hombres. Sus obras, las más logradas, poseen siempre un aire de segunda mano, y frecuentemente uno siente que son más historiadores que novelistas. Así, poco a poco abandonan la novela, que al principio parecía ser uno de sus principales objetivos, y se abocan a la confección de trabajos de observación política, de grandes investigaciones realizadas en el extranjero a fin de explicar el desarrollo de acontecimientos históricos (*La Batalla de Scutari, Cuando Israel sea Rey*).

Pero en 1913 decían: "Nosotros buscamos ante todo una historia, un suceso viviente para narrar (16). Historia que fué *Dingley el ilustre escritor*, pequeño libro muy bien hecho, pero frío, apareciendo más como una reconstitución contemporánea que como una narración novelada.

Este aspecto confitado, libresco y artificial se encontrará en la mayor parte de sus novelas, en las cuales la perfección es laboriosidad. La anécdota trama de la obra "La querida sabia", puede ser verdadera, mas es inverosímil, fuera de la verdad humana. En la *Fiesta Arabe*, al contrario, en que la inclinación de los Tharaud es por lo pintoresco oriental, se hacen apreciar bastante los autores.

Son descriptores visuales más bien que psicológicos. Sobre la manera de describir de los Tharaud, el juicio de más acierto ha sido enunciado por Armando Praviel: "Ellos ven maravillosamente, ciertamente, más su pintura demasiado sabia no posee la asombrosa vida de un croquis realizado en el apresuramiento y la fiebre de quien comulga, hondamente, con el paisaje. Saben ver con una singular agudez desfilar ante ellos los pueblos más diversos; no dejan escapar un bucle ni una joya, ni un par de espuelas; saben estudiar los hombres y las razas con el paciente método de los etnólogos e historiadores, y, no obstante tantos alardes de ciencia, algunos de sus volúmenes de viajes, donde intentan hacer centellear con sus plumas bellos soles, son un poco fríos. No se puede menos de recordar que si los Tharaud tuvieron entre sus antecesores algunos marinos, son también profesores."

Por otra parte, se les reprochó a los Tharaud su sobriedad excesiva. "No confundamos sobriedad con elipses", escribía respecto a ellos Lasserre.

Confesemos, a pesar de todo, que uno de los trabajos donde la sobriedad no aparece como signo de pobreza, como escasez de vena verbal, y al contrario cual la realización perfecta de su arte, de su particular concepción del arte, es en "El Relevo", una pequeña narración de guerra que es una pequeña obra maestra. En efecto, los Tharaud pueden llegar al alto rango de la obra maestra. Poseen movimiento, fluidez, y saben expresarse en una bella prosa. Son autores para antologías, "un poco o demasiado conscientes, quizás, pero seriamente organizados" (17)

Si su arte es más intelectual que sensitivo, es también arte. Por su ejemplo trajeron el recuerdo de la importancia, de la composición. Siempre se aplicaron a hacer de la novela una obra de arte. Ejercieron una influencia bienhechora entre los novelistas de su generación y se les debe situar en el rango de los artistas más respetables.

EUGENE MONFORT

(13) "*Existe un abismo entre esa atracción hacia la realidad y la antigua documentación naturalista. Esos* reporter *de genio, — pues bien a menudo no son otra cosa los hermanos Tharaud — poseen un espíritu demasiado claro, la calidad del talento y la fineza del sentido artístico demasiado desarrollado para que se dejen arrastrar hacia esas historias chatas de la libreta de apuntes. Si ellos se desplazan y viajan, es que les es necesario impregnarse de la realidad, de penetrarla por un esfuerzo de simpatía y, como diría Bergson, instalarse en ella para siempre.* —Jules Bertrand. — *Le Roman nouveaux.*

(15) *Muller y Picard.* — Les tendances presents de la Litterature Française.

(16) *En* Le Correspondant: *Dos grandes literatos, los hermanos Tharaud.*

(17) *Paul Souday.* — Les livres du temps.

EUGENIO MONTFORT

El autor del estudio de "Algunos novelistas de la generación de 1895" fundó hace veinte años la revista de crítica y de arte "Les Marges", publicada en París, en cuyas páginas colaboraron y fueron redactores efectivos todos los escritores que triunfaron en las primeras décadas de este siglo.

Personalmente su tendencia literaria se caracteriza por un señalado humanitarismo, que contrasta abiertamente con las generaciones actuales, de la cual algunos escritores todavía ahora contribuyen con sus producciones a sostener el nivel intelectual de la mencionada publicación, que sigue apareciendo.

Bastará este fragmento, que nosotros extractamos de uno de sus artículos insertados en su misma revista, antes de la guerra, en 1913, para dar una muestra de cuáles eran sus preocupaciones sobre el porvenir de los humanos en relación con las sociedades contemporáneas:

"En ningún momento de la historia los hombres se han sentido tan lejos como ahora del pasado. La sociedad parécenos en vísperas de transformarse. Algo tiembla, algo palpita en las entrañas del mundo. Vivamos, pues, en nuestra época, tratando de comprenderla, amándola, ayudándola. Y, sobre todo, no nos agarremos a las bellas formas del pasado."

Si la realidad se cargó con la tarea de aplazar la prematura profecía del poeta, los anhelos no son por eso menos nobles.

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(*Conclusión*)

"31—7—1920

Mi querido...

¿Cree Vd., que la separación no nos ha sido penosa? Hemos intentado todo para evitarla. Paul Reclus sobre todo, que tiene un alma de cristiano. En cuanto a mí, yo habría roto hace mucho tiempo.

No tenemos ni ambición ni vanidad. Hemos vuelto a tomar *Temps Nouveaux* a instigación de Grave. Pedía que se le descargase de deudas y de toda la cocina del periódico, adminitración, etc.

Guerin aceptó todo.— Yo me embarqué en la galera sin ninguna especie de entusiasmo. Retardando sin cesar su regreso de Inglaterra y apremiándonos los camaradas, Guerín y yo lanzamos el primer número en junio de 1919, con gran furor de Grave. Después la vida continuó siendo imposible. Grave habita en los alrededores, no quiere molestarse para venir a París y quiere que todo marche según sus órdenes, como cuando hacía él solo el periódico. Nuestro grupo hacía lo que podía, todos estabamos singularmente molestos y cansados.

Felizmente el viejo Tcherkesof y Paul Reclus intervinieron para decir a Grave que no tenía la propiedad exclusiva de la propaganda ni de los *Temps Nouveaux*. Y eso lo decidió a marchar más o menos bien.

Pero eso no fué más que un apaciguamiento. Grave ausente, trabajado por la enfermedad de la desconfianza. Guerin muerto, Grave insinuó que se le había querido dejar al margen. Ninguna prueba lo satisfizo. Nos envió lo insertado en el número 9, declarando desinteresarse de la revista.

Habiendo sucedido Jacques Reclus a Guerin, encontró las mismas dificultades. En fin, paso por sobre los detalles. No siendo suficientes los fondos pensamos crear una cooperativa de librería, para hacer vivir el periódico. Grave es también partidario de ello, pero exige ahora que se abandone el título. Eso era descabellado. No habíamos conservado al comienzo el título más que para no abandonar a Grave. Ahora es demasiado tarde.

Afectado por la enfermedad de las persecuciones, Grave se retira. Pero quisiera que el periódico muriese con él. Por honestidad hemos querido que el público fuese prevenido de la escisión.

Salud...

Grave no hará, por otra parte, más que escribir libros. Habría querido que la revista desapareciese con él".

No queriendo abrumar a un viejo camarada de lucha he suprimido su firma, pero los lectores que tienen algún sentido crítico juzgarán entre mi exposición y sus afirmaciones. Que vean de dónde salen las mentiras. Sin embargo, atraeré su atención sobre estos cuatro puntos:

1—El firmante dice que les había escrito que quería se me desembarazara de deudas, de la cocina del periódico, etc.; que al comienzo no conservaron el título del periódico más que por no abandonarme, y por fin que es por honestidad que publicaron la pequeña nota anunciando mi ruptura definitiva con ellos. Como hábil discípulo de jesuíta, el autor de esa carta sabe servirse de semi-verdades para formar grandes mentiras.

Es verdad que les había escrito que en lo sucesivo, teniendo que ocuparme de mis cosas personales, no me sería ya posible consagrarme a la redacción. La carta a Pierrot, publicada más arriba, y no es más que una muestra de todas las que hemos cambiado, no podía dejarles ninguna duda sobre mis intenciones.

2.— La fecha de la misma carta juzga esta otra afirmación: "que es por solidaridad hacia mí que han conservado el título". Antes de aparecer la revista sabían que yo no estaba con ellos. Eso no les impidió aparecer y conservar el título sin decir una palabra de esa escisión. Al contrario, rehusaron insertar mi protesta.

3.— La inserción de la nota que anunciaba mi ruptura definitiva, con ellos no tuvo nada de espontáneo de su parte. No se hizo sino a instancia mía. Sabiendo que era inútil pedírsela, me dirigí a la camarada de que he hablado y que era un poco más honesta que ellos, le pedí que hiciera comprender a sus compinches que debían al menos tener el pudor de anunciar que me retiraba de la revista, y dar las razones.

Mi salida se anunció, pero sin dar las razones.

4.—Al descargarme de la administración es verdad que les decía que esperaba que el camarada que se hiciera cargo de ella, querría encargarse también de ver mis antiguos acreedores y regular las cuentas con ellos. Pero, ¿en qué condiciones? Es lo que explicaré después de haber dado la segunda carta que se me comunicó, procedente del mismo individuo:

"19|8 — 20.

Camarada,

¿Por qué acusarnos de robo sin pruebas? Los camaradas que trabajan en la aparición de *Temps Nouveaux* no tienen, ni unos ni otros, ninguna vanidad, ninguna ambición. Le damos todo nuestro tiempo y nuestro dinero; trabajamos para ganar nuestra vida y no tenemos absolutamente nada que ganar aquí.

Es Grave el que nos ha incitado después de la guerra a tomar el periódico. Confieso que eso no me tentaba demasiado. Lo hice por amistad hacia grave y por la propaganda.

Grave declaró que no quería ocuparse de la administración ni de la cocina (jesuita) del periódico. Nos comprometió a crear un comité de redacción cuyos nombres nos dió (mentiroso) y nos pasó las deudas del periódico (tres veces mentiroso).

Hemos tratado de hacer aparecer *T. N.* como revista mensual, por no tener tiempo de hacerlo de otro modo. Pero como Grave habita en los alrededores, no fué posible entenderse, porque no vino jamás a las reuniones del comité.

En realidad hubo algunas tr
que fueron allanadas por la inter
de Paul Reclus y del viejo Tche
Después de la muerte de Guer
ve se volvió más y más descon
"imaginó" (no puedo decir otra p
un complot que habríamos forma
desembarazarnos de él. Quedamo
pefactos, tratamos de convencerle
error, fué en vano. No habíamos
el título de los *T. N.* más que para
rizarnos con Grave. Nos apenam
cho por la ruptura impuesta. Pero
ve el que la originó.

Sin embargo no habíamos cambi
hombro nuestro fusil ni renegado
tras ideas. Henos aquí metidos e
revista, que no habíamos querido,
dos por nuestros compromisos, e
obligados a aparecer. Quisiéramo
cambiar el título, dar satisfacción
ve. Es todo lo que podemos hace
que comprendo bien que Grave no
hacer aparecer una publicación m
a condición de ser el amo absolut
lud..."

Aquí, si quedan las mismas me
reforzadas por otras nuevas, el tono
cambiado un poco.

Se constata que es a instancias
— lo que es verdad — que pensar
hacer reaparecer el periódico — ¡no
cuestión de Guerin, sin el cual el
dico no habría aparecido! — y qu
he molestado luego. Que soy yo e
les he forzado a establecer un c
de redacción, cuyos nombres habrí
do.

Mi carta, publicada más arriba,
ponde victoriosamente a todas estas
tiras.

Tienen en brazos una revista qu
querían. ¿No lo habían querido así

En cuanto a las reuniones del co
en efecto, no niego que no fuí nunca
biendo sido formado contra mi cons
miento, no he querido jamás recon
lo. Pero he ido siempre a las cita
Pierrot y de Guerin.

Errico Malatesta

EN EL C

Pero si quisiera hacer abstracció
si tuviera energía para vencer sus h
y quisiera reflexionar sobre la cosa
comprendería fácilmente que, admitid
sociedad debería ser el mayor bienes
dos, el comunismo anárquico es la solu
ga necesariamente. Pero si, al contra
que la sociedad ha sido hecha para
pocos pillos a expensas de todos, enton

Ambrosio. —No, no, admito que la s
ponerse el bien de todos, pero no por
su sistema. Me esfuerzo verdaderame
en su punto de vista, pues he tomado
cusión y quisiera al menos darme una
que ustedes quieren; pero sus conclus
de tal modo utópicas, de tal modo...

Jorge. —Pero, en suma, ¿qué es
oscuro o inaceptable en la exposición q

Ambrosio. —He ahí la cuestión...
sistema.

Dejemos a un lado la cuestión del
cual no podremos entendernos; suponie
usted sostiene — todos tengan un derecho
la riqueza existente, comprendo que el
parecer el orden más simple y tal ve
lo que no me parece de ningún modo p
ciedad sin gobierno.

Usted funda todo su edificio sobre
tad de los asociados...

En realidad hubo algunas tirantecos que fueron allanadas por la intervención de Paul Reclus y del viejo Tcherkesof.

Después de la muerte de Guerin Grave se volvió más y más desconfiado, e "imaginó" (no puedo decir otra palabra) un complot que habríamos formado para desembarazarnos de él. Quedamos estupefactos, tratamos de convencerle de su error, fué en vano. No habíamos tomado el título de los *T. N.* más que para solidarizarnos con Grave. Nos apenamos mucho por la ruptura impuesta. Pero es Grave el que la originó.

Sin embargo no habíamos cambiado de hombro nuestro fusil ni renegado nuestras ideas. Henos aquí metidos en una revista, que no habíamos querido. Ligados por nuestros compromisos, estamos obligados a aparecer. Quisiéramos sólo cambiar el título, dar satisfacción a Grave. Es todo lo que podemos hacer, porque comprendo bien que Grave no podrá hacer aparecer una publicación más que a condición de ser el amo absoluto. Salud..."

Aquí, si quedan las mismas mentiras, reforzadas por otras nuevas, el tono se ha cambiado un poco.

Se constata que es a instancias mías — lo que es verdad — que pensaron en hacer reaparecer el periódico — ¡no es ya cuestión de Guerin, sin el cual el periódico no habría aparecido! — y que les he molestado luego. Que soy yo el que les he forzado a establecer un comité de redacción, cuyos nombres habría dado.

Mi carta, publicada más arriba, responde victoriosamente a todas estas mentiras.

Tienen en brazos una revista que no querían. ¿No lo habían querido así?

En cuanto a las reuniones del comité en efecto, no niego que no fuí nunca. Habiendo sido formado contra mi consentimiento, no he querido jamás reconocerlo. Pero he ido siempre a las citas de Pierrot y de Guerin.

A fin de cuentas, ellos querían tener un periódico propio, de que fueran los amos, a eso no tendría ninguna objeción que oponer si me lo hubiesen dicho francamente. Estaban en su derecho.

Pero desde el comienzo, es de la reaparición de *T. N.* de lo que se trataba, de los *T. N.* que existían antes de la guerra y no de otros.

Sin duda habrían existido las mismas objeciones en cuanto a la oportunidad de la aparición, del fondo de caja y de la necesidad de organizar la venta y la suscripción; viniendo de ellos la iniciativa, es a ellos a quienes les habría afectado y no a mí.

Eso es lamentable, porque los pocos que habíamos quedado del viejo movimiento nos desuníamos, nos reducíamos a la impotencia.

Ahora, por su parte hacen un periodiquito, yo tengo mis folletos de aparición lenta, no tenemos ninguna influencia en el movimiento actual; mientras que reunidos nos habría sido posible tal vez volver a ocupar nuestro puesto en el movimiento, echar las bases de una agrupación capaz de hacer algo.

Oh, yo no me ilusiono. En este período de rebajamiento espiritual debe ser difícil hacer obra seria, pero, sin duda, habríamos podido echar las bases para un trabajo futuro, intentar, al menos, combatir esa corriente de achatamientos y de demagogía en que el movimiento anarquista está en vías de sumergirse.

Como lo preveía en mi carta a Pierrot, si no rehacíamos el puesto de un periódico de propaganda seria, tarde o temprano ese puesto sería ocupado y tal vez no en bien de la propaganda.

Mi predicción se ha realizado, ay, al pié de la letra.

Pero queda la mentira de las deudas antiguas de que yo les habría encargado.

Veamos cómo me he descargado de ellas:

Cuando el periódico cesó de aparecer, se debía:

al impresor del periódico, alrededor de . . . . . francos	1.300
al camarada Prouvost, resto de los 3.000 francos que me había prestado para salvar el periódico . . . . . "	501.50
al almacén de papel . . "	60.—
La Productrice (impresión de folletos) . . . . . "	160.—
Total, francos	2021.50

Pero si había esas deudas, había mercaderías y fondos para pagarlas.

Guerin me había proporcionado un estado de las entradas y gastos que había hecho para los *T. N.* en mi ausencia.

Había recibido incluso 365 francos que le remitió Girard . . . 1.735,10 francos

Al contrario había, gastado . . . . . 1.283,70 "

En esta última suma estaban incluídos los 501,50 debidos y pagados al camarada Prouvost, 407,30 para el cambio de domicilio de rue Broca. Quedan, pues, en caja 451,40 francos.

Contra todas mis recomendaciones vendieron como papel viejo todo lo que quedaba de "Guerre-Militarisme", Patriotisme-Colonisation", de "Terre Libre" y de "Coin des Enfants", y otros diferentes folletos cuyo total era de 1.400 francos.

Nos había quedado papel para un folleto, por el cual el impresor me pagó 160 francos.

Dí a Guerin por un venta de litografías hecha por mí, 500 francos.

Bertrand había comprado (a buena cuenta) las planchas de la instalación de la rue Broca por 250 fr.

Guerin había vendido litografías de Naudin por 200 fr.

Habían recibido, pues, en total, 1.520 francos.

Pagadas las deudas les quedaban a su favor 1441,40 francos.

Pero eso no era todo. Habían quedado al menos, si no más, 100 litografías de Naudin que podían venderse a 20 francos por lo menos la pieza, varias colecciones completas de nuestras litografías (valuación moderada, 5 fr. el ejemplar — cada colección de 30 ó 31 litografías) — Los Pissarro, había dos que podían venderse a 100 francos cada uno, sin contar los Meunier, Steinlen, Nouvant, que podían también venderse a buen precio.

Durante todo el tiempo que colaboró con ellos he proporcionado los pedidos de folletos y litografías que me transmitían y cuyo total representa algunos centenares de francos.

Eso es lo que esos señores llaman haberles dejado la carga de las antiguas deudas.

No agregaré más que una palabra, ignoro qué transacciones han sido hechas para pagar esas deudas.

Que el lector juzgue.

***

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Procesos — Prisiones — Hechos revolucionarios

Bauer Edgar. — *Pres process Edgar Bauer's* (Proceso por delito de prensa contra Edgardo Bauer), Berna, 1845.

Edgar Bauer. — *Die Reise auf Offentliche Kosten* (El viaje a costa del Estado), en la revista *Epigonen*, vol. V, 1847, pág. 9—112, Berlin.

Der erste Hochverrathsprocess vor dem deutschen Reichsgericht (El primer proceso por delito de alta traición ante el tribunal nacional alemán), Leipzig, 1881, 118 págs. en 8o. — contra Dave y compañeros.

Errico Malatesta

(7)

EN EL CAFÉ

Pero si quisiera hacer abstracción de su posición, si tuviera energía para vencer sus hábitos de espíritu y quisiera reflexionar sobre la cosa sin prevenciones, comprendería fácilmente que, admitido que el fin de la sociedad debería ser el mayor bienestar posible de todos, el comunismo anárquico es la solución a que se llega necesariamente. Pero si, al contrario, usted piensa que la sociedad ha sido hecha para engordar algunos pocos pillos a expensas de todos, entonces...

Ambrosio. —No, no, admito que la sociedad debe proponerse el bien de todos, pero no por eso puedo aceptar su sistema. Me esfuerzo verdaderamente por ponerme en su punto de vista, pues he tomado interés en la discusión y quisiera al menos darme una idea clara de lo que ustedes quieren; pero sus conclusiones me parecen de tal modo utópicas, de tal modo...

Jorge. —Pero, en suma, ¿qué es lo que encuentra oscuro o inaceptable en la exposición que le he hecho?

Ambrosio. —He ahí la cuestión... no sé... todo el sistema.

Dejemos a un lado la cuestión del derecho, sobre la cual no podremos entendernos; suponiendo que — como usted sostiene — todos tengan un derecho igual a gozar de la riqueza existente, comprendo que el comunismo pueda parecer el orden más simple y tal vez el mejor. Pero lo que no me parece de ningún modo posible es una sociedad sin gobierno.

Usted funda todo su edificio sobre la libre voluntad de los asociados...

Jorge. —Justamente.

Ambrosio. —Y este es su error. Sociedad significa jerarquía, disciplina, sumisión del individuo a la colectividad. Sin autoridad no hay sociedad posible.

Jorge. —Todo lo contrario. La sociedad propiamente dicha no existe más que entre iguales; y los iguales tienen hábito de entenderse entre sí cuando hallan placer y conveniencia en ello, pero no se someten uno al otro.

Sus relaciones de jerarquía y sumisión, que le parecen la esencia de la sociedad, son relaciones de esclavo a patrón; y usted admitirá, creo yo, que el esclavo no es, propiamente hablando, el asociado del amo, como el animal doméstico no es el asociado del hombre a quien pertenece.

Ambrosio. —Pero, ¿cree verdaderamente posible una sociedad en donde cada cual haga lo que quiera?

Jorge. —A condición, se entiende, de que los hombres quieran vivir en sociedad y se adapten por consiguiente a las necesidades de la vida social.

Ambrosio. —¿Y si no quieren?

Jorge. —Entonces no habría sociedad posible. Pero como es sólo en la sociedad donde el hombre, al menos el hombre moderno, puede encontrar satisfacción a sus necesidades materiales y morales, es extraño suponer que quiera renunciar a lo que es para él condición de vida y de bienestar.

Los hombres se ponen difícilmente de acuerdo cuando discuten en abstracto; pero apenas hay algo que hacer que es necesario hacer y que interesa a todos, siempre que nadie tenga medios de imponer a los demás su voluntad y de obligarles a obrar como desea, pronto cesan las obstinaciones y las tiranteces del amor propio, se vuelven conciliadores y la cosa se realiza con la mayor satisfacción posible de cada uno.

Se comprende: nada humano es posible sin la voluntad de los hombres. Todo el problema para nosotros está en cambiar esa voluntad, es decir en hacer comprender a los hombres que combatiéndose uno a otro, odiándose, explotandose recíprocamente, pierden todos, y en persuadirlos a que quieran un orden social fundado en el apoyo mutuo y en la solidaridad.

Ambrosio. —Por consiguiente, para establecer su comunismo anárquico deberán esperar a que todos estén persuadidos y tengan la voluntad de establecerlo.

Jorge. —¡Oh, no! ¡Buenos estaríamos! La voluntad es determinada en gran parte por el ambiente, y es probable que mientras duren las condiciones actuales la mayoría continuará creyendo que la sociedad no puede ser organizada diversamente a como lo está.

Ambrosio. —¿Y entonces?

Jorge. — Entonces el comunismo y la anarquía serán establecidos entre nosotros... cuando seamos un número suficiente para establecerla — convencidos de que si los demás ven que nos encontramos bien, harán pronto como nosotros. O al menos, si no pudiéramos realizar el comunismo y la anarquía, trabajaremos para que las condiciones sociales cambien de modo como para determinar la voluntad en el sentido que nosotros queremos.

Comprenda bien: se trata de una acción recíproca de la voluntad sobre el ambiente y del ambiente sobre la voluntad... Nosotros hacemos y haremos lo que podamos para que todo se encamine hacia nuestro ideal.

Lo que debe entender bien es esto. Nosotros no queremos violentar la voluntad de nadie; pero no queremos que otros violenten la nuestra o la del público. Nos rebelamos contra aquella minoría que explota y oprime al pueblo con la violencia. Una vez conquistada la libertad para nosotros y para todos, y, claro está, los medios para ser libres, es decir el derecho a servirnos de la tierra y de los instrumentos de producción, no contaremos ya más que con la fuerza de la palabra y del ejemplo para hacer triunfar nuestras ideas.

Ambrosio. —Muy bien; ¿y cree llegar así a una sociedad que se rija simplemente por la voluntad concordante de sus miembros? Sería el caso de decir que eso sentaría un caso sin *precedente!*

Jorge. —No tanto como lo imagina. En realidad ha sido siempre así, si se considera que los vencidos, los dominados, las bestias de carga y de matadero del consorcio humano no forman propiamente parte de la sociedad.

En los Estados despóticos, donde todos los habitantes son tratados como un rebaño al servicio de uno solo, ninguno más que el soberano tiene voluntad... y aquellos de quienes el soberano tiene necesidad para tener sumisa a la masa. Pero a medida que otros consiguen emanciparse y entrar en la clase dominadora, en la sociedad propiamente dicha, sea por medio de la participación directa en el gobierno, sea por medio de la posesión de la riqueza, la sociedad se va plasmando de manera como para satisfacer la voluntad de todos los dominadores. Todo el aparato legislativo y ejecutivo, todo el gobierno con sus leyes, sus soldados, sus esbirros, sus jueces, etc., no sirve más que para regular y asegurar la explotación del pueblo. De otro modo los patrones encontrarían más simple y más económico ponerse de acuerdo entre sí y pasarse sin el Estado. Los burgueses mismos lo dicen... cuando olvidan por un momento que sin los soldados y sin los esbirros el pueblo iría a aguarles la fiesta.

Destruya las divisiones de clase, haga que no existan esclavos para el freno e inmediatamente el Estado no tendrá razón de ser.

Process gegen den Anarchisten Hermann Stellmacher (Proceso contra el anarquista Hermann Stellmacher), Viena, 1884.

Der Hochverrathsprocess und die Affaire Merstallinger (El proceso de alta traición y el asunto Merstallinger), Viena, 1883, 238 págs. en 16.° — publicación socialista.

Der anarchistische Prozess Reinsdorfs und Genossen. Con retrato de los 8 acusados. Edición de S. Werner, Leipzig, 1884.

Bericht über die Schwurgerichtsverhandlung von 29 Juni bis 1 Juli 1885 gegen Julius Lieske... (Informe sobre el proceso del 29 de junio al 1 de julio de 1885 contra Julio Lieske...), Leipzig, 1885, 40 págs. en 8.°.

Most Johann. —*August Reinsdorf und die Propaganda del That* (A. R. y la propaganda del hecho), New York, 1885, 79 páginas.

Müller Eduard. — *Berich über die Untersuchung getreffend die anarchistische Umtriebe in der Schweiz...* (Informe sobre la investigación referente a los actos de los anarquistas en Suiza...), Berna, 1885, 186 págs. — publicación oficial del gobierno suizo.

Most Johann. — *Die Hölle von Blackwell's Island* (El infierno de Blackwell's Island), New York, 1887.

Most Johann. —*Zwischen Galgen und Zuchthaus* (Entre el cadalso y el presidio), New York, 1887.

Anonymus Veritas (Most). — *Acht Jahre hinter Schloss und Riegel* (Ocho años tras cerrojos), 80 págs., New York, 1896; segunda edición, New York, oct. 1890.

Landauer G. — *Aus meinem Gefangniss-Tagebuch*, en el "Sozialistische Akademiker", números 13—18, Berlin, 1896.

Schütte Max. — *August Reinsdorf und die Niederwald-Verschworung* (A. R. y la conspiración de Niederwald), Berlin, 1902.

Oerter Sepp. — *Acht Jahre im Zuchthaus*, (ocho años de presidio), Verlag Anarchist, 1905-1906, Berlin; nuevas ediciones.

Paul Koschemann. Das Attenta auf dem Polizieobersten Krause in Berlin (Paul Koschemann. El atentado contra el coronel de policía Krause en Berlín), Verlag Der freie Arbeiter, Berlín, diciembre de 1906, 32 págs.

Oestereich Rud. —*Wegen Hochverrats im Zuchthaus* (En presidio por delito de alta traición), 32 páginas, Verlag Tribune, Berlin, 1913.

Ramus Pierre. — *Friedenskrieger des Hinterlandes.* (El combatiente por la paz de tierra adentro, novela), 400 págs., Viena, 1924.

Rocker Rudolf. — *Hinter Stacheldrath und Gitter* (Tras rejas y alambre de pua), Verlag Syndikalist, Berlin, 1925. — Describe la prisión durante la guerra en Londres.

——— *** ———

EDITORIAL "LA PROTESTA"

Libros y folletos publicados

Sebastián Faure

"Mi Comunismo" (La felicidad universal) — Un tomo de 440 págs. En rústica, $ 2 00 , encuadernado en tela, $ 3.50.—

Max Nettlau

"Errico Malatesta" — La vida de un anarquista. — Un tomo de 270 págs. En rústica, $ 1.20; encuadernado en tela, $ 3.50.—

C. Lombroso y Ricardo Mella

"Los Anarquistas" — estudio y réplica. Un tomo de 170 págs., $ 1—

Miguel Bakunin

"La Revolución Social en Francia" —Primero y segundo volumen de las Obras Completas.— En rústica $ 1.50; en tela, $ 3.50 c| uno.—

Pedro Kropotkin

"El Estado, su rol histórico — El Estado Moderno — En rústica $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Luis Fabbri

"Cartas a una mujer sobre la anarquía" — En rústica, $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Agustín Souchy

"La Ukrania Revolucionaria (*impresiones de un viaje de estudio desde abril a octubre de* 1920) **$ 0.30.—**

J. Guillaume

"Miguel Bakunin" — Noticia Biográfica — $ 0.20.—

Errico Malatesta

"Entre Campesinos" — $ 0.15.—

Juan Crusao

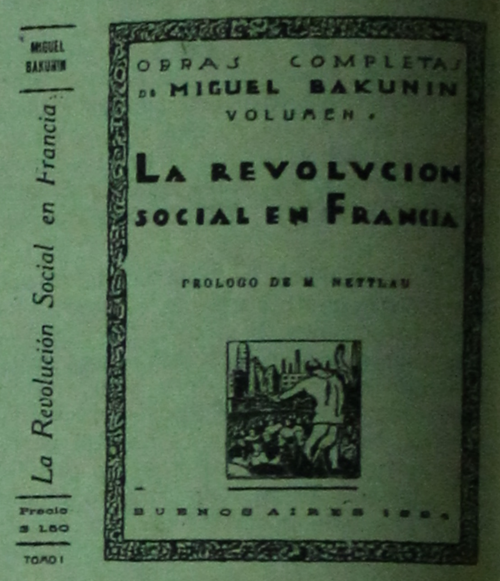
"Carta Gaucha" — $ 0.10.—

"Hijos del Pueblo" — Nuevo Cancionero — En rústica, $ 0.30 — Encuadernado en tela, $ 1.00.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España", por Max Nettlau — Primer tomo de la BIBLIOTECA de LA PROTESTA.— Un tomo en rústica, $ 0.50

Edición en papel pluma $ 1.00
Encuadernado en tela " 2.50

Por más de diez ejemplares, se hará el 25 o|o de descuento.



Precio: $ 1.50 m|n
Encuadernado en tela, $ 3.50

¿Ha leído Vd. "El anarquismo en el movimiento obrero, de los compañeros Arango y Santillán? No debe faltar en su biblioteca, trabajador.

Por lo demás, aun hoy la parte esencial de la vida social, tanto en la clase dominadora como en la dominada, se realiza por acuerdo espontáneo y a menudo entre individuos: por costumbres, punto de honor, respeto a la palabra dada, temor a la opinión pública, sentimientos de honestidad, de amor, de simpatía, reglas de buena conducta — sin ninguna intervención de la ley y del gobierno. Ley y gobierno se vuelven necesarios sólo cuando se trata de relaciones entre dominadores y dominados. ¡Entre iguales todos tienen vergüenza de llamar al esbirro, de recurrir al juez!

Ambrosio. —No exagere. El Estado realiza también cosas útiles a todos, da la instrucción, vela por la salud pública, defiende la vida de los ciudadanos, organiza los servicios públicos... ¡No dirá que éstas son cosas inútiles o perjudiciales!

Jorge. —Oh, hechas como el Estado suele hacerlas, se podría casi decirlo. Lo cierto es que quien hace realmente esas cosas es siempre el trabajador, y el Estado, erigiéndose en su regulador, no hace más que transformarlas en instrumentos de dominación y volverlas en provecho especial de los gobernantes y de los propietarios.

La instrucción se propaga si existe en el público el deseo de instruirse; la salud pública es próspera cuando el público conoce, aprecia y puede poner en práctica las reglas de la higiene y cuando existen médicos capaces de aconsejar bien a la gente; la vida de los ciudadanos está segura cuando los hombres son habituados a considerar como sagrada la vida y la libertad humanas y cuando... no hay jueces ni gendarmes para dar el ejemplo de brutalidad; los servicios públicos se organizan cuando el pueblo experimenta la necesidad de ellos.

El Estado no crea nada; en la mejor de las hipótesis no sería más que un rodajo superfluo, un derroche inútil de fuerzas. ¡Pero si no fuese más que inútil!

Ambrosio. —Basta. Pienso que me ha dicho suficientemente; quiero reflexionar.

Hasta la vista.

X

Gino (*obrero*). — He sabido que se discute aquí por la noche sobre la cuestión social y he venido para hacer, con permiso de estos señores, una pregunta a mi amigo Jorge.

Dime, ¿es verdad que vosotros los anarquistas quisiérais que no hubiese policía?

Jorge. —Ciertamente. ¡Oh, qué es eso! ¿no estás de acuerdo? ¿De cuando acá te has vuelto amigo de los policías y de los carabineros?

Gino. —No soy su amigo, tú lo sabes. Pero no soy tampoco amigo de los ladrones y de los asesinos y quiero que mi bien y mi vida sean guardados y bien guardados.

Jorge. —¿Y quién te guarda de los guardianes?...

¿Crees que los hombres se vuelven ladrones y asesinos sin causa alguna?

¿Y que el mejor modo de proveer a la propia seguridad es el de echarse al cuello una banda de gentes que, con el pretexto de defendernos, nos oprime y nos desuella y hace mil veces más daño que todos los ladrones y todos los asesinos? ¿O no sería mejor destruir las causas del mal obrando de manera que todos pudiesen estar bien sin quitarse uno al otro el pan de la boca, y que todos pudieran educarse y desarrollarse de manera como para desterrar del corazón las malas pasiones de la envidia, del odio y de la venganza?

Gino. —¡Qué dices! los hombres son malos por naturaleza y si no hubiese leyes, jueces, soldados y carabineros para imponerles respeto, nos devoraríamos entre nosotros peor que los lobos.

Jorge. —Si fuese así, habría una razón de más para no dar a nadie el poder de mandarnos y de disponer de la libertad ajena. Obligados a luchar contra todos, cada cual con las propias fuerzas, correríamos el riesgo de la lucha y podríamos ser de tanto en tanto vencedores o vencidos; seríamos salvajes, pero gozaríamos al menos de la libertad relativa de las selvas y de las ásperas emociones de la bestia de presa. Pero si diésemos voluntariamente a algunos el derecho a imponernos su voluntad, según tu opinión por el solo hecho de ser hombres, dispuestos a devorarnos, sería equivalente a entregarnos nosotros mismos a la esclavitud y a la miseria.

Pero tú te engañas, amigo mío; los hombres son buenos o malos según las circunstancias. Lo que es común a todos es el instinto de conservación, la aspiración al bienestar y al desarrollo de sus propias facultades. Si para vivir bien es preciso causar el mal a los demás, pocos y con muchos esfuerzos resistirán a la tentación. Pero haz de modo que los hombres encuentren en la sociedad de sus semejantes las condiciones de su bienestar y de su desenvolvimiento y habrá tanta dificultad en ser malos como la que existe hoy para ser buenos.

Gino. —Supongámoslo. Pero en espera de que llegue la transformación social, la policía impide que se cometan delitos.

Jorge. —¿Lo impide?

Gino. —En fin, impide un gran número y entrega a la justicia los autores de los delitos que no pudo impedir.

Jorge. —Ni siquiera eso es verdad. La influencia de la policía sobre el número y la importancia de los delitos es casi nula. En efecto, cualesquiera que sean las reformas que se hagan en la organización de la magistratura, de la policía y de las prisiones, y por mucho que se aumente o se disminuya el número de los esbirros, mientras no cambien las condiciones económicas y morales del pueblo, la delincuencia permanecerá inalterada o poco menos.

Al contrario, basta la más ligera modificación de las relaciones entre propietarios y trabajadores, o una alteración en el precio del trigo o de los demás alimentos de primera necesidad, o una crisis que deje a los obreros sin trabajo, o la propaganda de una idea que abra al pueblo nuevos horizontes y le aporte la sonrisa de nuevas esperanzas, para que pronto se observen los efectos en la disminución o en el aumento de la delincuencia.

La policía, es verdad, envía a la cárcel los delincuentes, cuando puede echarles mano; pero ésto, puesto que no sirve para evitar nuevos delitos, es un mal agregado al mal, un sufrimiento más infligido inútilmente a seres humanos.

Y aun cuando la obra de la policía consiguiera evitar algún delito, eso no bastaría, ni con mucho, a compensar los delitos que provoca y las vejaciones que impone al público.

La función misma que ejercen hace que los esbirros tengan sospechas de todo el mundo; haciéndolos cazadores de hombres, se les induce a poner su amor propio en el descubrimiento de los "bellos" casos de delincuencia, creando en ellos una mentalidad especial que acaba a menudo desarrollando instintos absolutamente antisociales. No es raro el hecho de que el policía, que debería prevenir y descubrir el delito, lo provoca, al contrario, o lo inventa, en interés de su carrera o simplemente para darse importancia y hacerse necesario.

Gino. —¿Pero entonces los policías serían ellos mismos los malhechores! Eso puede ser verdad algunas veces, tanto más cuanto que el personal de policía no es reclutado siempre en la flor y nata de la población; pero en general...

Jorge. —En general el ambiente obra inexorablemente, y la deformación profesional alcanza aun a aquellos que habrían sido llamados a cosas mejores.

Dime, ¿cuál puede ser o cuál puede llegar a ser la moralidad de uno que se compromete, por un salario, a perseguir, arrestar, martirizar a cualquiera que le sea indicado por sus superiores, sin preocuparse si es un reo o un inocente, si es un malhechor o un apóstol?

Gino. —Sí... pero...

Jorge. —Déjame que te diga algunas palabras sobre el punto más importante de la cuestión; es decir sobre lo que son los llamados delitos que la policía se encarga de prevenir y reprimir.

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 —

"La Naci

El congreso inaugurado en ...tin, de la prensa panamericana ...do como característica principa... la de reunir a la hez y la espu... lusterismo universal. *A tout s... honneur.* Jamás se podría ... la famosa frase que hay ... narse el saco para que no no... reloj, porque ellos, los empr... tahonas periodísticas y directo... luminosos rotativos, no se ded... industria de menor cuantía. ... alto y más hondo. De esto, que... el mundo se ha enterado a me... teras, y casi nadie se da por ... es lo que se llama una indust... Tanto puede serlo, como lo son ... de tolerancia. La diferencia n... cha, aunque se crea lo contrar... bemos qué puede ser más repu... la dignidad de la especie, la p... física o la mental. Ambos han ... con gradación máxima o mínim... más o menos intensos alcances ...

Estos señores, después de ... puesto sus respectivas *ponencia*... en la manía de siempre: de que ... con sus organitos u organillos de... pender al establecimiento de la ... mundo. Es claro, cuanto más ci... deben encubrirse con palabrota... tonas.

Constatemos de paso que no ... congreso agrícola-ganadero, médi... giene, de odontología y de o... donde no se haya apelado al ... tópico de la paz mundial. No ... bien de qué modo puede acon... esa inmensidad de deseos no con... sola o muchas voluntades a fin... car siquiera un poquito esa paz ... no la nuestra, muy lejana todavía... grullo, famoso filósofo florenti... antigüedad, deduciría que esa in... de deseos son aparentes y falsos.

Mas hemos repetido tanto es... guisadas de diferente forma, que... intención no fué desarrollarlas, si... tar la incongruencia, o más bien ... ño a sabiendas de estos directores... seurs de empresas de publicidad, ... con sus agencias cablegráficas, ... y revistas contribuyeron en gra... matanza de millones de hombres ... sada catástrofe y ahora nos salen ... do una falsa palinodia de propó... gelicales. ¡Ellos, los grandes fin... especuladores que fueron pres... los organizadores de cuanta gue... en el curso de una cincuentena ... Pensamos que entre los de la pau... paz mundial se hallará ese cond... fascista de Alemania, dueño de lo... pales diarios conservadores, entre... *Tageblatt*, fábricas de papel, etc. ... palabra, un lord Northcliff, junke... cista.

AÑO V

BUENOS AIRES, 19 DE ABRIL DE 1926

N.o 221

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

PRECIO: 10 CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

"La Nación" y su grumete

El congreso inaugurado en Wáshington, de la prensa panamericana, ha tenido como característica principal y única, la de reunir a la hez y la espuma del filibusterismo universal. *A tout signeur tout honneur.* Jamás se podría pronunciar la famosa frase que hay que abotonarse el saco para que no nos roben el reloj, porque ellos, los empresarios de tahonas periodísticas y directores de voluminosos rotativos, no se dedican a esa industria de menor cuantía. Pican más alto y más hondo. De esto, que casi todo el mundo se ha enterado a medias o enteras, y casi nadie se da por entendido, es lo que se llama una industria lícita. Tanto puede serlo, como lo son las casas de tolerancia. La diferencia no es mucha, aunque se crea lo contrario. No sabemos qué puede ser más repulsivo para la dignidad de la especie, la prostitución física o la mental. Ambos han de serlo, con gradación máxima o mínima, y con más o menos intensos alcances sociales.

Estos señores, después de haber expuesto sus respectivas *ponencias*, cayeron en la manía de siempre: de que cada uno con sus organitos u organillos debían propender al establecimiento de la paz del mundo. Es claro, cuanto más cínicos más deben encubrirse con palabrotas hipocrtonas.

Constatemos de paso que no se celebró congreso agrícola-ganadero, médico, de higiene, de odontología y de obstetricia, donde no se haya apelado al socorrido tópico de la paz mundial. No se sabe bien de qué modo puede acontecer que esa inmensidad de deseos no contenga una sola o muchas voluntades a fin de acercar siquiera un poquito esa paz de ellos, no la nuestra, muy lejana todavía. Perogrullo, famoso filósofo florentino de la antigüedad, deduciría que esa inmensidad de deseos son aparentes y falsos.

Mas hemos repetido tanto estas ideas, guisadas de diferente forma, que nuestra intención no fué desarrollarlas, sino apuntar la incongruencia, o más bien el engaño a sabiendas de estos directores y *regisseurs* de empresas de publicidad, quienes, con sus agencias cablegráficas, diarios y revistas contribuyeron en mucho a la matanza de millones de hombres de la pasada catástrofe y ahora nos salen cantando una falsa palinodia de propósitos angelicales. ¡Ellos, los grandes financistas, especuladores que fueron precisamente los organizadores de cuanta guerra hubo en el curso de una cincuentena de años! Pensamos que entre los de la *ponencia* de paz mundial se hallará ese conde junker fascista de Alemania, dueño de los principales diarios conservadores, entre ellos el *Tageblatt*, fábricas de papel, etc. En una palabra, un lord Nortcliff, junker y fascista.

También el retoño de la dinastía Mitre abogó por la paz y la fraternidad de este continente.

No hemos leído las *ponencias* de los otros miembros. Pero la del presunto director de "La Nación" nos la comimos con los ojos de cabo a rabo. ¡Y decir que aún nos hallamos vivos!

Si Barrett opinaba del abuelo que era un tartamudo pensando y escribiendo, y solamente un hábil hacedor de lugares comunes, no se podría adivinar cuál epíteto le merecería el nietezuelo o el tataraniето de marras. Conocemos las ideas de aquél pensador, por haberlas expresado a menudo, acerca del periodismo, y siempre lo consideró de la misma importancia ideológica de un catálogo de avisos. Hoy lo es más que nunca. De eso y de lo otro: es decir, del chantaje encubierto, indirecto, o a la vista.

Don Jorge Mitre, como él mismo lo dijo hace algunas semanas, prefiere el periodismo objetivo. No entendemos bien claro lo que quisiera decir; si imparcial, equidistante, o el de un espectador imposible, que anota los sucesos, los hechos y etc., mecánicamente, sin aumentarlos en sus proporciones ni disminuirlos un ápice. Ya comprendemos: será el que se circunscribe a lo noticioso. ¿Nadà más que ésto?

Incapaz del esfuerzo de generalizar — lo que supondría razonar con cabeza propia y no ajena — se contempla a la gran distancia que es un inepto mental, nacido sólo para la vida social y decorativa.

Demos un ejemplo. Este:

La crisis del editorial, se decía durante el curso de la gran guerra, cuando se aludía a la escasa parte que le cupo a la prensa en definiciones parciales de gran trascendencia y en decisiones finales. Apenas si algunos artículos de The Times *que precedieron a la caída de Kitchener podrían haber creado una impresión diferente; pero habría sido de recordar que acaso fueron de mayor eficacia que los ataques al ministerio y la comprobación del hecho concreto que los motivaba: el escaso alcance de las municiones británicas. Aquí, en este país, me fué dado asistir al espectáculo de desaprobación que acogió a un editorial de* The New York Times *propicio a las primeras proposiciones de paz alemanas, a pesar de que su buena dosis de sentido común y los sucesos posteriores mostrasen que merecía ser sustentado con una postura más firme y recibido con una reacción menos violenta.*

Afirmemos de paso que la crisis del *editorial* existió siempre, por su sabiduría de enciclopedia Larrousse, por la gravedad grotesca de sus posturas. Pero este no es el caso. Larvas, infusorios de ideas nadando en formas veladas, opacas, son las suyas.

El resto del exordio equivale al principio. Hay, sin embargo, un hallazgo de expresión... metafórica. Discurriendo del restablecimiento del *ritmo regular de la vida internacional*, dice:

Es como si al lograrse el silencio quedara restaurada la oquedad autoritaria con que suele resonar la voz de los grandes jefes, aun cuando el periodismo goza del privilegio de no desmedrarse por la insubordinación y la desobediencia a los dictados de su cátedra.

Conocemos de vista esa cátedra; quizás la más pingüe y jugosita es la del turf...

Confesemos, en atenuante a Don Jorge A. Mitre, que cuando enumera y detalla hechos materiales, su escritura es expedita, menos gangosa.

Es cuando se mete con el arte, donde llega a la infantilidad ridícula y bisoña. He aquí una "opinión":

Aunque todos estos esfuerzos sólo representan por hoy una promesa, resulte conformador el espectáculo de nuestra juventud buscando su personalidad artística en las fuentes puras de la tradición americana, mientras en el Viejo Mundo el arte, en plena decadencia, vive al acecho del snobismo y del escándalo.

Wistler, el ático pintor, en su famosa conferencia "Nine's o clock of the Morning", afirmaba que el renacer y la decadencia, en el arte, no eran más que una mera ilusión: existía, empero, un constante morir y nacer, sólo visto por observadores de un doble fondo, o sea de inteligencia muy penetrante. Opiniones discutibles ambas, admitimos que la decadencia, el snobismo y el escándalo, allá en el viejo mundo, son hechos positivos: en cambio, el pseudo arte americanista, inexistente, es apenas una débil rama subsidiaria, nutriéndose con toda la escoria del arte europeo. Lo que se da en estos pagos como arte escultórico y pictórico, es, en general, algo amorfo e impersonal. Bernaldo de Quirós, a quien cita como algo de soberbio y excelente, algo como lo mejor de aquí, trabajador infatigable, que sólo después de diez años de trabajo se resuelve a afrontar la crítica neoyorquina, es uno de los peores ejemplos. Es un pintor como tantos. Hace mucho tiempo que fabrica pintura para la exportación. Por eso pintarrajea sus cuadros de

ESPECIALIDAD PARA DICTADORES

—¿Le hago herraduras señor?
—Nó, hombre, nó. Una de esas fundas, pero de buen acero ¿eh?

D. A. DE SANTILLAN

CÓMO NACE UNA NUEVA CASTA

El capitalismo ha creado el moderno proletariado de las ciudades con su sistema de producción, su técnica y su forzosa especulación. Es también el capitalismo el que da nacimiento a una nueva casta social que debe ser tomada ya en serio y que, por más que en los efectos de su ejercicio no constituyen más que una ramificación del gran complejo de los explotadores del trabajo, tiene sin embargo, sus características propias y es, indudablemente, más peligrosa para la difusión y la fuerza del pensamiento revolucionario que todas las demás fracciones enemigas de la libertad. Nos referimos a la casta de los *funcionarios obreros*, de los que han hecho un oficio de la administración y la dirección de las organizaciones proletarias. En un país latino es muy difícil darse una idea aproximada de la importancia y del poder de la casta de los funcionarios sindicales y de los partidos obreros. Por mucho que se haya visto, por mucho que se haya hablado de aventureros como Largo Caballero, como Morones; por mucho que se haya gritado contra la corrupción y la venalidad de los dirigentes de las sociedades ferroviarias de la Argentina, o contra cazadores de puestos rentados del camaleonismo, todo eso es agua de borrajas en comparación con lo que ocurre a diario en los países esencialmente industriales de Europa y de Estados Unidos. Los sueldos de los personajes de primera fila de la American Federation of Labor, no tienen nada que envidiar a los de un ministro del gobierno nacional argentino. Y, sin embargo, no es lo peor esa retribución principesca de los jefes obreros; el mal está en el funcionarismo mismo, que termina siempre por crearse sus derechos, adquiridos para consolidar su situación y para pasar de la categoría de servidor a la categoría de amo del proletariado.

En los países más industriales, el funcionarismo obrero constituye todo un Estado administrativo dentro del Estado político general; son millares y millares las personas que viven de la cómoda ocupación de administrar los organismos proletarios. Podrían formarse grandes ciudades en Rusia, en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, etc., con el solo personal burocrático de las organizaciones obreras y de los partidos socialistas . Y contra esa avalancha aplastadora, contra esa casta que se forma sobre las espaldas de los que producen, en nombre de los intereses mismos del trabajo, es ya inútil e impotente nuestra voz de alarma y nuestra crítica despiadada. La casta de los burócratas obreros aparece en un cierto grado del desenvolvimiento del capitalismo; nuestro ejemplo y nuestra resistencia podrán oponer algunos obstáculos a la aparición y a la consolidación de esa casta funesta, pero no pueden impedir definitivamente que arraigue entre el proletariado. Esa constatación de la impotencia de nuestro esfuerzo aante los fenómenos inherentes a la esencia de la vida capitalista y autoritaria, puéde ser bien triste, pero tenemos que reconocer que es verdadera. Nos queda sólo un recurso: luchar contra el capitalismo y su expresión política por una nueva sociedad. Los paliativos que pudiéramos condicionar por una resistencia heroica a los males cotidianos, serán siempre muy frágiles si nuestro esfuerzo no logra algún día poner un fin a la marcha triunfal de un sistema de producción y de vida que atenta a la esencia de la naturaleza humana.

Una condesa inglesa, miembro del Labour Party, Barwick, ha regalado a las Trade Uniones un magnífico palacio que cobijará una *Universidad sindical*. Hay en Inglaterra diversas instituciones obreras y privadas que se dedican a la instrucción proletaria y son algo así como Universidades populares, por ejemplo el Ruskin-Collegge, la Liga de educación obrera, el consejo nacional del Labour College, el comité de educación de las cooperativas, etc. Todas esas instituciones se esfuerzan por ampliar el radio de la instrucción y llevar a aquellos mejor dotados de la clase obrera algunas migajas de ciencia. A iniciativa de las Trade Uniones todas esas instituciones cooperarán de una manera u otra a la fundación de la Universidad sindical, sobre la base del palacio de la condesa Barwick en Easton Lodge. "Por primera vez — decía el consejo general de las Trade Uniones en *The Labour Press Service* — en la historia del movimiento sindical se ha ofrecido la posibilidad de instaurar una Universidad que pertenece enteramente a los sindicatos y es controlada por ellos, y cuyo fin exclusivo es instruir a los militantes para el servicio dentro de su organización."

El consejo de las Trade Uniones espera que pronto podrán concurrir a la nueva Universidad planeada 200 estudiantes, con su respectivo cuerpo de profesores.

He aquí algo que puede llenar de alegría a los que piensen que la revolución nos vendrá de la Universidad o de los conciliábulos doctorales. Alguien podrá palmear de júbilo y decirnos: ¡He ahí cómo se trabaja! ¡Tomad el ejemplo de los tradeunionistas ingleses! — Pero el asunto no es como para alegrarse ni palmotear las manos estúpidamente. El asunto es muy grave. No es el espíritu de la revolución el que saldrá ganando con esas instituciones culturales; es la reacción, es el privilegio, es el capitalismo, etc. Son todas las fuerzas del pasado las que pueden regocijarse. Esos 100 ó 200 estudiantes que nos entregue cada año la Universidad sindical, serán los más eficaces bomberos de la rebelión popular. Y no puede ser de otro modo. La Universidad sindical de las Trade Uniones no tiene otro objeto que fortificar la nueva casta de los funcionarios obreros, de los secretarios sindicales, de los leaders rentados. Y hay que conocer un poco el mecanismo y la extructura de los gigantescos aparatos administrativos de los grandes sindicatos de los países industriales, para saber hasta qué grado es impotente toda protesta contra ese estado de cosas. Una cosa es procurar instruirnos lo más posible para servir la causa de los trabajadores, la causa justa y la causa digna, y otra cosa es instruirnos para ascender en el escalafón de la burocracia sindical y tener más probabilidades de hacer carrera en el aparato administrativo y propagandista del moderno movimiento obrero. ¡Cuán pocos son aquellos que, poseyendo un gran caudal científico, se resignan a compartirlo, como iguales entre iguales, a los trabajadores: la inmensa mayoría explotan sus conocimientos y hacen cálculos sobre ellos, como un vulgar comerciante con sus mercancías.

La nueva Universidad sindical será un semillero más de funcionarios de las Trade Uniones y de los partidos socialistas: se propone serlo. Por eso no nos regocijamos, por eso no batimos palmas, y en cambio se nos llena el corazón de tristeza, pues vemos cómo cada día son más los obstáculos opuestos a la revolución y más fuerzas que trabajan por la consolidación del mundo actual y por la explotación progresiva y en todas las formas de la paciente masa de los productores.

¿Qué hacemos nosotros frente a todo ese mundo que remacha cadenas y rinde culto a la autoridad y a las más bajas pasiones? Somos pocos, en algunos países somos menos que un cero a la izquierda, y en aquellos donde podríamos ser algo, las vanidades de los ambiciosos, los envenenados de burguesismo y los sedientos de autoridad, cobijados por error o por malicia en nuestras filas, no hallan ocupación más digna de ellos que la de tirarnos piedras y poner obstáculos en nuestro camino. Es verdad que somos tercos, pero la ola autoritaria que invade los corazones en esta hora, no puede menos de llevar a nuestra alma un sentimiento de amargura, de pesimismo y de desaliento.

No somos enemigos de la instrucción de los trabajadores: ¿a qué se reduce toda nuestra obra, sino a llevar a la convicción de todos los que lean nuestras publicaciones un concepto más elevado de la vida? Pero queremos evitar simultáneamente que la instrucción de algunos sirva de pedestal a sus aspiraciones egoístas. Para ello nuestro sistema se basará siempre en la elevación de la mentalidad colectiva, más que en el cultivo de algunas individualidades. ¿No tiene la Editorial LA PROTESTA la significación de una verdadera Universidad proletaria? Con la diferencia a su favor que no tiende a formar una camarilla para ocupar los puestos dirigentes del movimiento, sino que se dirige a todas las buenas voluntades, a todos los que quieren ensanchar sus horizontes y fortificar sus inclinaciones y desvanecer sus dudas y enriquecer su caudal ideológico. Por desgracia, esa obra avanza lentamente y las fuerzas autoritarias se multiplican cada día más. Sin embargo es algo, es un primer paso, y un primer paso bien dado. Algún día podremos darle más amplitud, acrecentar su intensidad cultural y entonces podremos reirnos de las condesas que ceden palacios y de los organismos obreros que erigen universidades en concepto de almácigos de su futura burocracia. Con nuestra Editorial trabajaremos sólidamente para la revolución, creando, no una minoría privilegiada, sino un vasto movimiento de un elevado nivel mental. Nuestra Editorial será una Universidad abierta para todos y más pródiga en ideas y más rica en verdadera ciencia, que la Universidad sindical mejor montada. Trabajemos porque ese sueño se convierta en realidad. Sostengamos nuestras posiciones sitiadas y amenazadas por todos lados hasta que una parte de las masas hoy seducidas por la sirena de las dictaduras vuelva los ojos a la realidad. Entonces llegará nuestra hora, pero no llegará nuestra hora jamás si desaparecemos como movimiento social y ocupa enteramente nuestro puesto un retoño del autoritarismo. ¡Hay que pasar de la pasividad mortífera al esfuerzo creador, aunque no sea más que para mantener nuestras posiciones!

---

un gauchaje carnavalesco y en tonos efectistas y chillones.

Basta. No le pidamos a un director de diario que piense ni que escriba. Sería un craso error. No obstante, causa asombro que con tan escaso bagaje intelectual se descubra impudorosamente en público.

Alguien, al referirse a Don Jorge A. Mitre, respecto al puesto ocupado por él en "La Nación", decía que era un grumete piloteando un *dreadnouth*. Para un diario burgués, tanto vale el grumete como su portero, siempre hablando del puesto directorial.

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

Las consideraciones que comenzamos hoy a publicar, se deben a la pluma de Néstor Machno, el famoso guerrillero de Ukrania, que ha escrito en su acción heroica el mejor de los programas revolucionarios. Podremos disentir en tal o cual punto de detalle y también en algunas afirmaciones y puntos de vista generales, eso no priva a este trabajo de su alto valor para juzgar el esfuerzo de ese bravo camarada. Por lo demás, hay dos maneras de armonizar: una en la discusión teórica y otra en la acción práctica. Por desgracia, en este triste período, a falta de otro campo de acción, debemos contentarnos con tratar de armonizar todo lo posible en la teoría, presintiendo, sin embargo, que si algún día llegase el momento de la acción revolucionaria, seremos más, muchos más, los que nos pondremos de acuerdo de inmediato que los que hagan rancho aparte en el culto a la disputa bizantina, a la vanidad y a la discordia. Leed, camaradas, las consideraciones que siguen, de un hombre sencillo, bueno, y siempre dispuesto a trabajar por el triunfo de sus ideas, que son también las nuestras. — *Nota de Redacción.*

El anarquismo es vida libre y labor creadora independiente de los hombres.

El anarquismo no es la doctrina de una teoría y el programa artificialmente creado en base a esa teoría, que hacen el intento de abarcar completamente la vida humana. El anarquismo es una doctrina de la vida en todas sus sanas formas, de la vida real, que sobrepasa todas las formas artificiales, una vida que, en último resultado, no se deja comprimir en esas formas.

La fisonomía político-social del anarquismo, es una sociedad libre, sin gobierno, de libertad, de igualdad y de solidaridad en la vida de sus miembros.

El fundamento del anarquismo está en la responsabilidad libre del hombre, que es idéntica en todos y en todos los tiempos. — es decir una responsabilidad que significa por sí misma el aseguramiento de la libertad y de la justicia social siempre en la misma medida para todos y para cada uno de los seres humanos.

De ahí nace el comunismo.

El anarquismo será integrado por la naturaleza de los hombres en la vida humana. El comunismo por el desenvolvimiento lógico del anarquismo.

De ahí resulta la necesidad de formular teóricamente, por medio del análisis científico y del material efectivo, los postulados fundamentales del anarquismo, una necesidad que condujo a unos, — es decir, los enemigos de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la vida de los miembros de la sociedad humana — al sofocamiento de la naturaleza del anarquismo y a una calumnia de ese gran ideal, pero que condujo a los combatientes por el derecho de cada uno a una existencia humana, a un múltiple desenvolvimiento y a un esclarecimiento de ese ideal humano general.

Godwin, Proudhon, Bakunin, Most, Kropotkin, Malatesta, S. Faure y muchos otros en este camino, según me parece, no han creído de ningún modo ni creen poder uncir el anarquismo, por el desenvolvimiento teórico que le dieron, a los cuadros de dogmas científicos inconmovibles.

El dogma científico del anarquismo es la aspiración a demostrar su naturalidad en la naturaleza humana, la naturalidad que no suprime el hombre en su propio interior, en todos los tiempos y en todas sus conquistas creadoras.

Lo inconmovible en el anarquismo científico es su esencia natural, expresada en sus rasgos fundamentales en la negación de todas las cadenas, de toda esclavitud humana.

En lugar de las cadenas y de la esclavitud que dominan la vida del hombre y que el socialismo autoritario no destruye, siembra el anarquismo la libertad y el derecho ilimitado de los hombres a la libertad.

Como anarquista revolucionario habiendo participado en las actividades prácticas del pueblo revolucionario de Ukrania, un pueblo que sintió instintivamente las demandas vivientes de las ideas anarquistas, y que expresó ese sentimiento en sus actos, un pueblo que ha hecho sacrificios incontables en esa dura ruta y que sin embargo no cesó nunca de hablar de su libertad, y de la libertad y de la ausencia de gobierno de su vida social, he tomado sobre mí, perseverante e inconmoviblemente, todas las cargas de esa ruta, junto con él. Como yo era débil y no tenía la fuerza para abarcar y for-

mular todo a tiempo en esa ruta, he dado traspiés a menudo; pero como comprendí justamente el objetivo final a que yo mismo aspiraba y hacia el cual llamé a los hermanos que me rodeaban, vi en la vida el influjo natural del anarquismo sobre las masas en su lucha por la libertad y la independencia del hombre. Sobre la base de la experiencia, de la lucha práctica puedo confirmar que el anarquismo es tan revolucionario y tan multiforme y poderoso en sus formas de aparición, como la vida creadora del hombre. Aunque sólo descubra en tí una sola chispa de solidaridad espiritual con el destino de un anarquista revolucionario, te llamaré siempre al combate por el ideal del anarquismo, hermano esclavizado.

Unicamente si luchas y afirmas en la vida el ideal de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la familia humana, en la humanidad, comprenderás el anarquismo.

El anarquismo ha surgido así de la naturaleza del hombre. El comunismo — por el desenvolvimiento del anarquismo.

En consecuencia, el anarquismo es un fruto natural en el hombre. Al libertar el anarquismo al hombre de la esclavitud psicológica que ha sido artificilmente inyectada en él, hace de él un combatiente consciente contra toda esclavitud.

Tanto por este como por otros conceptos, el anarquismo es revolucionario.

Cuanto más consciente es el hombre, cuanto más hondamente penetra en sí mismo en el dominio del pensamiento y reconoce como una infamia la servidumbre que se le ha impuesto, tanto más revolucionario se expresará en él el espíritu anárquico de la voluntad, del pensamiento, y también de la acción en relación con ese pensamiento.

Esto se refiere a todo individuo — al hombre y a la mujer — aunque no hayan oído jamás una palabra de anarquismo. La naturaleza humana es anárquica; se resiste a todo lo que la restringe.

Esa esencia de la naturaleza del hombre se expresa, según mi manera de ver, con el término "anarquismo".

El anarquismo desempeña ya, como ideal de la vida humana, una misión notable en la evolución de la vida del hombre. Tanto los opresores como los oprimidos, comienzan paulatinamente a observar ese hecho; unos — es decir los primeros —, tienden a desfigurar con todos los medios imaginables, sin retroceder ante ninguno, ese ideal; pero los otros — los últimamente nombrados — tienden a comprenderlo más claramente y a desenvolverlo más.

La civilización de esta sociedad, ha contribuido considerablemente a que el ideal del anarquismo sea cada vez más sensible, tanto para el amo como para el esclavo de la sociedad actual. Esta civilización no ha podido realizar sus fines en ese tenebroso destino de su misión, (ha intentado adormecer y apagar la protesta de la naturaleza humana contra la propia ignominia).

En su circulación no ha podido aniquilar los espíritus independientes de la ciencia, — que descubrieron al hombre su descendencia, le probaron la inexistencia de Dios (al que apelaron, como al creador de los hombres, aquellos que instauraron los dioses terrestres correspondientes), etc. Con la demostración de esas verdades cayó, claro está, fácil e ineludiblemente, la artificiosidad de los "divinamente" ungidos en la tierra, demostrando las vergonzosas relaciones creadas por ellos entre los hombres.

Todos estos fenómenos han contribuido en una medida importante al desenvolvimiento del anarquismo consciente. Ciertamente, con la evolución del anarquismo, se han creado también nuevas ideas: el liberalismo y el llamado socialismo "científico" de Estado, y además el comunismo. Pero esas doctrinas se demostraron, no obstante su poderosa influencia en la psicología de la sociedad actual, o al menos sobre una gran parte de esa sociedad, artificiales, y no se desarrollaron en su camino hasta el fin; esas doctrinas, repetimos, se demostraron en un plano inclinado y tendientes a formas de vida anacrónicas.

El hombre libre, — que se ha reconocido a sí mismo y reconoció a sus semejantes en su ambiente, — ha enterrado, junto con la violencia brutal y el engaño que se le impusieron, junto con la podredumbre repulsiva y la baja esclavitud de lo viejo, todo el pasado que avergüenza al espíritu humano.

En la masa, el hombre se ha libertado ya un poco de la atmósfera de la mentira y de la villanía a que ha sido esclavizado desde su nacimiento, por los dioses terrestres con ayuda de la fuerza brutal de las bayonetas, del dinero y de la jurisprudencia, por una parte, y de la ciencia hipócrita, por otra.

Al libertarse el hombre de esa ignominia, se reconoce a sí mismo; pero una vez que el hombre se ha reconocido, se abre ante sí el mapa de su vida, en donde percibe en primera línea su existencia pasada, repulsivamente rastrera, infame, esclavizada, una vida que, como está ligada a cuadros artificiales, ahoga en él, en un cuadro servil, todo lo puro, lo luminoso, lo inmaculado con que ha venido al mundo; una vida que lo transforma al mismo tiempo en un burro de carga, en un esclavo, por lo que se refiere a unos, y en un señor, por lo que se refiere a otros, pero en un señor estúpido, en un loco que rompe y pisotea todo lo que hay de más noble en los hombres, que rompe y pisotea también eso mismo en sí y en los demás, y hace todo eso por orden de otros. Y aquí despierta por fin en el hombre la libertad de su verdadera naturaleza, que no depende de nadie, que arroja de sí todo lo artificial, todo lo que perturba la maravillosa hermosura y la pureza de su naturaleza, que se revela y se desarrolla en la creación independiente.

Aquí tan sólo vuelve el hombre a sí mismo y pronuncia el fallo de muerte de su pasado, rompiendo con él toda la solidaridad psicológica en que se fundó su vida injusta, heredada, de sus predecesores, pero en particular desarrollada por él mismo, artificialmente, por lo afirmado por los sacerdotes de la ciencia, tanto en el aspecto social como en el individual.

De ese modo se mueve el hombre, — antes de generación en generación, ahora de año en año —, en el proceso de su evolución hacia un elevado fin moral: no ser uno mismo sacerdote, ni proclamador del poder sobre otros seres, ni soportar que esos ídolos lleguen por él a la dominación.

El hombre libre, libre de dioses terrestres y "celestes" y de todas sus prescripciones, libre de las supuestas leyes "morales" que resultan de esas prescripciones, levanta su voz, tanto en la palabra como en la acción, contra la esclavización de los hombres y la deformación de su naturaleza, cuya esencia consiste siempre invariablemente en la aspiración a la independencia y a la libertad, en la aspiración al perfeccionamiento.

Ese hombre rebelde, que ha vuelto a sí mismo, y que ahora ve con los ojos abiertos — ese hombre que puede ver con su espíritu en su corazón las ignominias humanas; ese hombre — el anarquista revolucionario, ese ser solidario, libre, que tiene sed de libertad, de abundancia y de perfección en la vida para sí y para sus semejantes, que pisotea la servidumbre y el idiotismo social madurados históricamente en la rapiña y en el empleo de la violencia, — ese hombre, impulsado por su honda fé y por su abnegación en la ruta trazada, crea grupos de hombres libres, soldados por la idea de su objetivo final y por la acción para la consecución de ese fin. Tales grupos se fortificarán idealmente en su desenvolvimiento y se ensancharán desde el punto de vista de la organización, manteniendo una línea de conducta verdaderamente comunista en todas las conquistas creadoras en ese grande y difícil camino.

Los hombres que pertenecen a esos grupos, se libertan de la tutela imbécil y, en la mayoría de los casos, criminal, de otro hombre sobre ellos, en tanto que el individuo llega a sí mismo en esos grupos como personalidad propia, es decir, llega a ser un hombre que condena el lacayismo ante otros seres. Ese hombre ordinario, que abandona el arado o vuelve de la fábrica, o viene del banco universitario o del gabinete del sabio, reconoce que el ser lacayo ante otros hombres, el llevar diariamente sobre las espaldas la carga del esclavo, del desheredado, es indigno. El que es obrero debe crear como hombre libre, el sabio no debe convertirse en un funcionario ni vender toda su sabiduría por dinero, pues el lacayo no es el ideal de la vida humana.

En tanto que el hombre se acerca a la verdadera personalidad, desechará de sí aquellas ideas imaginarias, las ideas que pisotean los derechos de la personalidad; las ideas de que viven forzosamente el amo y el siervo de la sociedad actual. En tanto que el hombre pone en primer término los elementos puros y luminosos de su libertad, por medio de los cuales habrá de nacer una sociedad nueva, libre y humana, se convertirá en un anarquista revolucionario y comunista consciente.

De ese modo será conquistado el anarquismo como un ideal de vida del hombre, inconscientemente por éste, es decir, el hombre libre lo concibe como es en realidad: profundo, puro y claro en el sentido humano, en armonía siempre con la vida libre, con la creación del hombre, con la naturaleza humana misma, con el ideal social aceptado libremente para su propia dicha y la de los demás.

(Continuará)

LO QUE ES EL FASCISMO

En el *National Liberal Club*, el profeso Cayetano Salvemini pronunció una extensa conferencia, *Che cosa é il fascismo*, que fué un proceso inteligente, sin encono, pero hondo en sus miras al régimen que humilla a Italia frente a quienes creen que los bienes morales deben salvarse por encima de todo.

Se explican las causas del nacimiento del fascismo y cómo, sin los procedimientos terroristas y mazorqueros, de destruirlo todo a sangre y fuego, la Italia burguesa de la casa Saboya se hubiese salvado de la revolución comunista, que fué siempre un mito. La baja cobardía de la burguesía tiburonesca de postguerra ha sido la más culpable de todo el martirio sufrido por el pueblo proletario italiano.

En la imposibilidad de dar una traducción íntegra de este documento de severidad y serenidad extraordinaria, reproducimos algunos pasajes llamativos.

Los trenes llegan a horario.

Ante estas tragedias morales, nosotros, que nos esforzamos en mantener vivo el sentido de dignidad humana en nuestro pueblo, nos quedamos mortificados cuando algún forastero nos dice tranquilamente:

—Pero los trenes llegan a horario.

Este señor no se pregunta si bajo el régimen fascista la justicia llega a horario; si la libertad llega a horario, si la dignidad humana llega a horario.

También la seguridad de la justicia, también la garantía de la libertad, también el respeto por la dignidad humana, son servicios públicos en los países civiles. El forastero que sólo se cuida de los trenes, y no de los otros servicios públicos del régimen fascista, juzgará quizás que el pueblo italiano se ha degradado tanto de no merecer un buen funcionamiento de los servicios públicos de carácter moral? ¿O es que él se ha degradado al punto de solamente apreciar los servicios públicos de carácter material?

A nadie le es lícito permanecer alejado.

A nadie se le permite retirarse inobservado e independiente en su pequeño rincón; todos deben adherirse al régimen, formal o explícitamente. Aquellos que no poseen opiniones políticas o conciencia moral, pueden hacer acto de adhesión sin dificultad alguna, prestos a cambiar de fé apenas muden las circunstancias. Pero quien tiene sus convicciones, que posee un pasado político, se encuentra en una situación espantosa. Deberá traicionar la propia fé o avenirse a ser arruinado.

Quien no tiene hijos, quien no se halla ligado con vínculos indisolubles a la tierra, podrá encontrar trabajo en el exterior, emigra y comienza su vida. Pero pocos pueden afrontar lo ignoto. Los más se hallan atados a la tierra. Piensan que no es el caso de continuar una resistencia que antes o después será rota; una madre, una esposa, esperan en silencio la decisión. Hacen un primer acto apenas perceptible de aquiescencia. Puestos en el camino, no pueden detenerse más. Millares y millares de conciencias son violadas de esta manera.

Hay gente que se deslumbra.

Existe gente que deslumbrada por el triunfo del fascismo, augura una propia dictadura para su país. Se sienten incapaces de resolver con sus fuerzas, bajo el régimen de libertad, ciertos problemas que parecen insolubles; pierden toda fe en la libertad, y esperan ser salvados por un dictador, como el enfermo busca un remedio a su dolencia en los estupefacientes. Esta gente carece sobre todo de imaginación. Juega con la palabra dictadura, sin darse bien cuenta de la realidad concreta, escondida en esa palabra. Mudarían de parecer si comprendieran cual precio de humillación debe pagar un pueblo que deja destruir sus libertades.

Cuando ustedes dicen que en Italia no existe más libertad de prensa, ustedes emiten una breve proposición de nueve breves o más letras; y luego pasan a conversar de otras cosas. Ustedes ven más bien los inconvenientes de la prensa libre, y se sienten disgustados. Quizás consideren a los diarios como un flagelo de la civilización moderna, y piensan que no sería nada de extraño que ciertos periodistas llevasen un bozal.

¡Pero cuanto mayores, infinitamente mayores son las desventajas de una prensa amordazada y suprimida, o monopolizada por el gobierno!

Nosotros, italianos, sabemos de qué sabor es esta experiencia. Sin prensa libre uno se convierte en ciego, sordo y mudo. Nada sabe, ni nada puede pensar. También el pueblo italiano aprenderá. La primera impresión que produce un régimen semejante es una sensación de estupor, de humillación y de intenso desaliento. De un momento a otro, cesa toda actividad política. Los partidos son anulados. Las conversaciones espiadas, ¿de qué conversar? Es el retorno a la vida del clan. Es una especie de noche perpetua, donde errán los espíritus vacíos de ideas.

La libertad es como el aire. La libertad es como la luz. Hasta que gozamos, poco o mucho de ella, no nos preocupa. Sólo cuando se comienza a perderla, es que advertimos que no podemos vivir sin ella. La libertad es necesaria a nuestro desarrollo moral, como el aire y la luz lo son al desarrollo físico.

GAETANO SALVEMINI

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

FELIX CASORATI

Durante cuatro años, desde el 14 hasta el 18, las más poderosas y monstruosas máquinas de guerra han revuelto la tierra, el aire y el agua. Todas las energías y todos los espíritus de los hombres se hallaban en vigilante tensión hacia aquella obra de destrucción. Nada era sagrado ni nada podía ser digno de vivir. Las casas eran violentadas, las iglesias derribadas, y el mismo hombre convertido en blanco del tiro de la artillería. Recuerdo haber visto en el Piave, en Caposi-

FELIX CASORATI — "Retrato"

le, los soldados intentando destruir en una villa afrescos del buen siglo veneciano, para utilizar las tablas y las bigas en la construcción de un barracón. Nada podía decir: a la mañana siguiente el cañon habría hecho todo aquello añicos y polvo. El arte también tuvo que combatir y padecer la guerra. Y también los artistas.

Creo que la guerra influyó sobre el arte de estos diez años, más de lo que se ha podido notar.

Combatientes o no combatientes, pueblos beligerantes o neutrales, asistieron o colaboraron a la orgiastica, frenética obra de destrucción. ¡Pensad si es posible que el artista hubiese podido permanecer ileso, ausente y exento! Cuando el pintor volvió a tomar en su mano el pincel para representar la imagen del mundo, debió reproducir una serie de convulsiones y escombros. Hemos presenciado así el desarrollo victorioso de las teorías cubistas en Francia, futuristas en Italia, expresionistas en Alemania: las tres, todas, tienden, aunque de diferentes modos, a la descomposición del objeto sensible, al aniquilamiento de la criatura.

Se fué todavía más allá. Se ha intentado proclamar un arte absoluto, *sin objeto*, una pintura negativa, cuales fueron la metafísica y la alquimia.

Estuvieron de moda las impresionantes mascaras polinesias y las esculturas negras; se busco una paternidad y un apoyo en la plástica terrible de la época románica, en la espasmódica escultura gótica. Al horror de la civilización se añadió la tortura del arte salvaje.

También Italia hubo de sufrir estas crisis; pero en la ley y en los ejemplos que le venían de tras los Alpes, fué ella la primera en detenerse en la loca carrera hacia el caos, hacia la nada.

Pudo oponer a la descompuesta manía de lo *nuevo*, su innato, su indestructible instinto de orden e intrínseco clasicismo. El artista italiano es necesariamente un clásico: no puede hacer a menos del objeto sensible, de una plácida relación de aquél a la forma. En toda la historia de la pintura italiana no existe un monstruo, una mueca que verdaderamente incuta terror: porque lo atormentado, lo lúgubre, lo quimérico, el desorden es la antípoda de la concepción que los latinos poseen de la vida y del arte.

Guillermo Hansenstein, uno de los críticos más audaces y más brillantes, intenta definir las contemporáneas tendencias del arte europeo, dictando la ley suprema: "El arte es verdadero y auténtico cuando es la función substanciada de materia, de objeto.

La medida de la objetividad substancial será la medida evidente del arte."

La posición de Félix Casorati en el arte italiano de estos tiempos es clara y definitiva. Si hay un artista, entre los de la última aventura, que se halla convencido de encontrarse en el recto y único sendero a seguirse, que jamás titubeó ni se desvió, fué precisamente él. Desde su primera obra, desde la naturaleza muerta, desde el cuadro "Las Viejas" hasta el retrato de René Gualino, se notará la característica, de las sucesivas transformaciones de sus medios, pero se deberá reconocer que es único el temperamento.

Desde los 25 años, su rudo y tenaz cerebro de piamontés se halla en continuo trabajo para resolver el complejo problema de crearse un estilo, una personalidad que al ser completamente moderna, introduzca, profundamente sus raíces en la milenaria tradición de la raza.

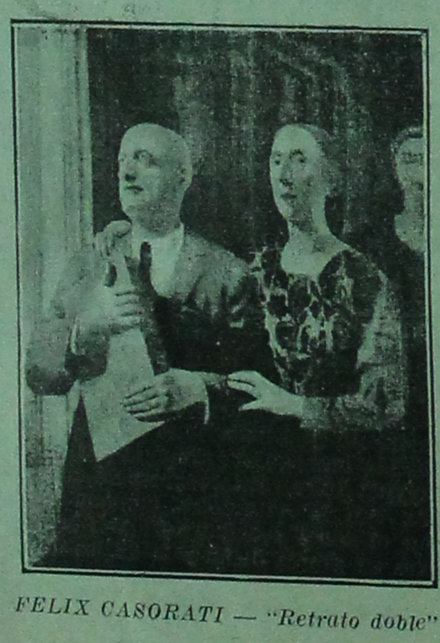
Decididamente anti-impresionista, aun en aquellos tiempos en que se difundía y se anegaba a Italia de las fáciles teorías traídas de tras los Alpes, impuso a su vena de artista los cepos de un programa de estudio severo, que luego prosiguió durante todo el curso de su existencia artística. El objeto, o el sujeto, posee para él un valor esencialísimo; tiene contornos sólidos, definidos, sintiendo naturalmente como lo sentían los clásicos. Preocupado por la composición, a fin de realizar con máxima evidencia los volúmenes y la profundidad, surgió la tortura entre el concepto y la forma. Especialmente las primeras obras son, más que todo, antes, que pinturas, arquitecturas: y puedo saber que él mismo se complacía en esa definición.

Se cuenta de un maestro del tiempo antiguo, que sometía sus telas y las de los otros a un temible y curiso experimento: para examinarlas y descubrir los defectos, les daba vuelta en todo sentido, colocándolas de lado y poniéndolas cabeza para abajo. Si el equilibrio de los colores, de las masas y de las líneas no se rompía; si la composición, aunque dada vuelta, subsistía, juzgaba que la obra poseía la calidad esencial de una buena pintura.

No quisiera, que con Casorati se hiciera lo mismo, ni creo que tampoco lo haya hecho, pero su pintura resistiría a la prueba.

Ni la crítica ni el público lo amaron. Le acusaron de ser cerebral, e indudablemente las férreas leyes de la disciplina esterilizaron su inspiración. Dijeron que la factura era fría, leñosa, y en realidad se siente el esfuerzo de abandonarse a la sensual alegría de pintar. Se afirmó, además, que su estilo era árido y rebuscado, y en verdad sus primeras obras se caracterizan por la búsqueda de las particulares simetrías de elementos mecánicos o geométricos.

Más que el pintor humano era el estudioso; pero el deseo de definir una certidumbre, la necesidad de adquirir una técnica segura, la exigencia de determinar un estilo, le mantuvieron firme a lo largo del camino que se había trazado, indicándole la pintura como un terrible fin, y no todavía como un medio para expresarse.



FELIX CASORATI — "Retrato doble"

De año en año, de trabajo en trabajo, su personalidad ha ido afirmándose, en tanto que la materia se purifica, se esclarece, y ya ha desaparecido la fatiga, de la construcción.

Y hoy, que él posee las cualidades de técnica y de sabiduría, que pueden reconocerse en los lejanos maestros de nuestra pintura, sabe también que podrá dar libre desahogo en los límites severos de su concepción pictórica, a los impulsos de su alma, a los sentidos, a la emoción.

De este modo completa su figura, ya comienza, no solamente a interesar, sino a ser querida. Hoy son muchos los que lo aceptan y lo aprecian, sin reticencias en las obras que exhibe y lo que él declara.

S. PIANTANIDA

FRANCISCO DE GRANADA

AÑO DE GUERRA

"Cantando pasan los quintos,
y cantando marcharán.
si regresan es seguro
que cantando no vendrán"

Llovió mucho y fuerte,
hasta hacerse más blanda que sopa la tierra,
la mustiés sequerosa del campo,
verdeó en promesa,
y los labradores,
que antes no querían
ni arar los rastrojos,
uncieron sus yuntas; la reja
se limpió de herrumbre, abriendo los surcos
y brilló volteando la tierra.

Principiaron a sembrarse los campos;
ya no había pesares, ya no había tristezas;
cantaban los mozos coplas amorosas,
gozosas reían las mozuelas;
las calandrias en los olivares
trinaban sin tino, locas de contentas;
todo sonreía celebrando el año
que en bien de los pobres Cristo corrigiera.
Por lo que decían los viejos —¡Qué cambio de tiempo!
—¡Dis está allá arriba! — proferían las viejas
—¡Qué año más hermoso! — exclamaban todos.
—¡Completo sería, si no hubiera guerras!

De aquel pueblecito,
un montón de casas al pié de la sierra,
solían llevar siempre
mozos al servicio: mozos a la guerra;
algunos volvían, más no regresaban
tan puros e ingenuos como antes lo eran;
hablaban de muertes, decían de enemigos;
hombres que siguiendo un trapo cualquiera,
conquistaban lauros a fuerza de sangre
y creaban fronteras;
palabras extrañas que allí se escuchaban,
como sanguinarios aullidos de fieras.

¡Qué año más hermoso fué ese año, Dios mío,
para la cosecha!
¡Y qué dolor trajo para el pueblecito,
la maldita guerra!...

Reclamó la patria toda la mozada;
en ciudades, pueblos, villorrios y aldeas,
juntaban los hombres, el juez y el alcalde,
como a las ovejas.
¡Qué cuadro más triste ofrecían los mozos,
que días antes fueran
la alegría del campo por su trajineo
en dulces faenas;
¡ya dejar el campo, dejar el trabajo
para ir a la guerra!...
Algunos lloraban,
otros, los más fuertes, cantaban sus penas,
los de más coraje protestaban todos,
preguntando el por qué de la guerra.

. . . . . .
. . . . . .

Con dolor los viejos, recuerdan el año.
No se levantó; se perdió en la tierra
la cosecha grande. ¡Murieron los mozos!
¡Si no hubiera habido...! ¡Maldita la guerra!

CHARLES LOUIS PHILIPPE

EL PAN

Fué un día del mes de Agosto, cuando ella se levantó de la silla sin que nada hubiese anunciado de antemano que iba a decidirse. Se levantó sin vacilar; cogió una cesta grande. El niño estaba a su lado, y ella le dijo:

—Vamos, Carlos, ven conmigo.

Cerró cuidadosamente la puerta: quedó en la calle. El niño la miraba con sorpresa; quizá ella temiera sus preguntas. Entonces le dijo con voz de mando:

—¡Vamos!

En seguida, caminó; su vida comenzaba.

Tomó por el camino real; andaba ya con ese paso igual y algo lento de los que desde largo tiempo frecuentan las grandes rutas. Llevaba la cesta en el brazo izquierdo. Se inclinaba a la derecha para hacer contrapeso; bajaba la cabeza y se acordaba de esas mendigas que, sabiendo que nada les pertenece de cuanto ven por los caminos, pierden las ganas de mirar lo que hay en torno. El niño era aún muy joven. Caminaba como las potrancas, junto a su madre, alargando el paso, corriendo, retozando, deteniéndose algunas veces. Miraba a su madre por delante, de soslayo, por detrás, dando vueltas. Acabó por cansarse de aquel juego y le dijo:

—¿Ande vamos, madre?

A buen seguro que no iba ella muy contenta. Le contesto con sequedad:

—No me fastidies, ya veras.

Algo mas lejos volvio a la izquierda y echo por una vereda que al punto sedujo al nino por sus escabrosidades, por sus vallados, y por algunas encinas que, plantadas en los bordes de los campos, daban tan grata sombra que iba corriendo a gozarla. De encina en encina, fué por el camino. El cielo estaba puro, el sol calido. De encina en encina refrigerábase; la sombra, tenía el sabor de un vaso de agua. Los pájaros hacían como él, y cuando se encaramaban entre hojas, celebraban en su lenguaje la victoria que acababan de ganar contra el sol ávido. Vio a uno que, con la cabeza erguida balanceaba la cola, y parecía presa de tan grande alegria, que al mirarlo entraban ganas de volverse, como él, un pajarillo.

Hablo a su madre, quiso enseñárselo, y preguntó:

—¿No es a ese pájaro que llaman ruiseñor?

Ella ni aún lo miró y contestó en seguida:

—No lo sé.

Sólo al estar algo más lejos pareció menos ensimismada. A fuerza de andar por los caminos, llegaron junto a una casa. Entonces ella sintió la necesidad de armarse de valor, y para ver si era capaz de hacerlo, como el chico no dijera nada, empezó a hablar de esta manera:

—Mira: llegamos a la alquería del Coto Redondo. Vamos a casa de la tía Renón.

La tía Renón, que estaba en el patio dando de comer a las gallinas y demás aves, vióles llegar con sorpresa; aun no sabía nada. En seguida, les gritó:

—¡Oh! ¿Es usted Solange? ¿Y viene con ese buen mozo?

Solange comenzó sin preámbulos:

—No me queda más remedio, tía Renón: ha sido preciso que me decidiera a venirla a ver.

La tía Renón era una campesina de vientre voluminoso, senos abultados y espaldas anchas. Había tenido hijos, habíalos amamantado, había puesto mano en mil quehaceres. Pero ahora era anciana, su puesto no era ya el de antes; no iba a los campos, quedábase en la casa. Llamábanla la Tía. Daba de comer a las vacas, daba de comer a los puercos, daba de comer a las gallinas. Ordeñaba las vacas, preparaba la comida para los mozos.

—Mire Vd., Solange, le hace falta así de pan? Si hubiese venido algo más tarde, habría encontrado peras. De todos modos, tome usted este queso! Aquí tiene usted unos cuantos huevos, pero que no se enteren los mozos. Vuelva Vd., por allá en el tiempo de las castañas, habrá peras y nueces... ¡Ah, si quiere usted aguardar hasta las cuatro y media, iré a ordeñar las vacas. ¿No querrías tú, chiquito, un trago de leche?

Solange contestaba:

—No, tía Renon; nos ha dado usted lo que hacia falta, y ahora nos toca irnos.

Y en el umbral de la puerta recapitulo todos los motivos que la impulsaron a venir:

—Ya lo ve usted, lo he probado todo. He tratado de buscar trabajo, pero como quiere usted que encuentre? Bien lo tengo ya. Luego trate de comer menos, pero me caia de flaqueza. Ademas cuando una se ha pasado todo el dia llorando, yo le aseguro a usted que por la noche tiene ganas de comer! ¡En fin, a la mano de Dios! Mire usted, voy en busca del pan.

Ella buscaba el pan. Es un empleo duro. Cuando le lograba, se daba cuenta de que en la vida hay cosas que importan tanto como el pan.

No la recibían mal en las alquerías, sin embargo. Los perros ladraban, pero no se le echaban encima. Las mujeres, al verla venir, abrían la puerta y gritaban al perro:

—¡Cállate, so animal!

Luego decían:

—¿Y qué me tocaría hacer a mí, pobre Solange, a mí, que tengo dos chicos, si llegara a perder a mi hombre? También tendría que buscarme el pan.

Ademas, aunque fuera bien recibida, nunca estaba segura. Un antojo, un capricho cualquiera, o que por una vez hubiese dado las gracias con menos fervor que de costumbre, habrían bastado para ofender a las gentes, pues quienes hacen el bien quieren que los demás lo noten. No habrían tenido miramientos para decirle:

—No puedo darle a usted nada. El pan que tengo lo necesito para mí.

Después de todo, el pan que recibía no le causaba gusto alguno. Lo ponía en la mesa, lo dejaba un buen rato; sentíase algo triste, sentíase algo avergonzada, se decía:

—Seguramente es bueno este pan, pero no tengo ánimos para comerlo. Dábanle pedazos grandes. Algunas veces cachos de pan dorado, sin salvado ni centeno, hecho de harina sola. Bastaba tener saliva. El pan se deshacía en la boca; el pan se comía sin sentirlo.

El niño era dichoso. No se daba cuenta aún, acababa de descubrir que se puede comer algo bueno. A veces, sin motivo, sólo por gusto, exclamaba:

—Mamá, tengo hambre.

Ella le cortaba grandes rebanadas. El echaba a andar por la casa para comérselas paseando. Luego se ponía a cantar. A ella no le gustaba esto. Le decía:

—No debes estar contento, hijito, es el pan que hemos mendigado...

(Del libro póstumo "Charles Blanchard").

***

Goethe y su concepción teogónica

"Es natural al hombre — decía Goethe— considerarse como el fin de la creación y no dar valor a las demás cosas más que en relación consigo mismo y en cuanto le sirven y aprovechan. Se apodera del mundo vegetal y animal, y cuando ingiere otras criaturas, como alimentación adecuada, se muestra reconocido a su Dios y alaba su bondad, que tan paternalmente cuida de él. A la vaca le toma la leche; la miel a la abeja; a la oveja la lana, y porque da a estas cosas un fin útil para sí, cree que han sido creadas para eso. No puede pensar que ni aun la más mínima hierba no ha sido hecha para él, y si actualmente no ha reconocido su utilidad, espera que en lo futuro le descubrirá alguna.

"Y pensando así en lo general, piensa del mismo modo en lo particular; lleva a la ciencia su idea de la vida corriente, y pregunta el fin y la utilidad de cada una de las partes de los seres orgánicos.

"Esto puede pasar durante algún tiempo, y durante algún tiempo la ciencia puede satisfacerse así; pero pronto se encontrará con manifestaciones que no pueden explicarse con un punto de vista tan mezquino y en las cuales necesita el apoyo de una concepción más elevada para no perderse en un cúmulo de inextricables contradicciones.

"Estos maestros utilitarios dicen: el buey tiene cuernos para defenderse. Pero ahora pregunto yo: ¿Por qué no los tienen las ovejas? y si los tienen, ¿por qué los tienen tan retorcidos que no les sirven para nada?

"La cosa cambia de aspecto si digo: el buey se defiende con los cuernos porque los tiene.

"La cuestión del fin, la cuestión del *para qué*, no es científica. Mucho más fecunda es la cuestión del *cómo*. Pues si pregunto: ¿Cómo tiene cuernos el buey?, esta pregunta me conduce al estudio de su organización y me enseña en seguida por qué el león no tiene cuernos ni puede tenerlos.

"Así el hombre tiene en su cráneo dos partes vacías, huecas. La cuestión del *para qué* no nos serviría de gran cosa en este punto, mientras que la cuestión del *cómo* me enseña que estos huecos son restos del cráneo animal, que en las organizaciones inferiores son muy grandes y que el hombre, a pesar de su elevado nivel, no los ha perdido del todo.

"Los profesores utilitarios creerían haber perdido a su Dios si no pudiesen adorar a aquel que ha dado cuernos a los bueyes para que se defiendan. Pero a mí permítaseme adorar al que fué tan grande en la riqueza de sus criaturas, que, después de haber hecho miles de plantas diversas, hizo una, en que todas las demás estaban contenidas, y después de haber creado miles de animales diversos, creó un ser que los compendia a todos: el hombre.

"Venere quien quiera a aquel que les da alimentos a los animales y a los hombres toda la comida y bebida que pueden necesitar. Yo adoro al que ha puesto en el mundo tal fuerza productiva que basta la millonésima parte de ella para que hormiguee la tierra de criaturas, de modo que ni guerra, ni peste, ni agua, ni fuego puedan nada contra su fecundidad. Ese es mi Dios."

1830. GOETHE

(*Conversaciones con Goethe*, S. P. Eckermann).

LOS MEDICOS

... Los médicos han estudiado y conocen muchas enfermedades; pero para curar un enfermo, hay que examinarlo con el instinto que da una gran bondad. En los hospitales, los cirujanos internos, viejos y jóvenes, practican la ciencia de las escuelas; sin embargo mueren muchos hombres, y es porque no se les sabe cuidar con amor. La bondad es más fuerte que la ciencia humana. Sería preciso que la medicina fuera un sacerdocio, y que los médicos profesaran su oficio como quien cumple un sagrado deber. Haría falta que cada día el médico, lejos de los placeres del mundo, penetrara dentro de su pensamiento y de su corazón para recogerse y fortificarse.

El cerebro es suficiente para conocer las enfermedades; pero un cerebro aunado con un gran corazón, ¡ésto es lo que hace los milagros! Se adivina lo que se había comprendido y el amor, sobrepujando a las ideas, guía en todos los dédalos. Isaac Newton descubrió la gravitación, no porque fuera un sabio, sino porque tenía alma de poeta.

Los médicos que recorren los campos, con su sangre espesa y sus ideas serenas, entran en las casas y miran las enfermedades como un ingeniero contempla un terraplén que hay que desmoronar. Los hombres son, para ellos, simple materia donde ejercer su oficio, y la medicina es una ciencia que no se puede aplicar a los hombres como la que se aplica a las piedras.

CHARLES-LOUIS PHILIPPE
"La Madre y el Niño"

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

II

Mientras que en la ciudad medioeval prevalecía el "salario justo", en el sistema capitailsta la valorización de la fuerza de trabajo está sometida a las mismas leyes que todo otro artículo, con la diferencia que el valor de los artículos consiste en los gastos de producción, de material y de cambio, pero el valor de la fuerza de trabajo, corresponde a la suma de los gastos necesarios para su conservación.

¿Qué hay que comprender por "conservación de la fuerza de trabajo?" Ese término quiere decir más que la suma de las meras necesidades materiales de la vida del obrero individual. Incluye también los gastos para la suplantación correspondiente por las generaciones nuevas. El obrero debe poder mantener también a su mujer y a sus hijos. Además están involucrados en él los gastos de aprendizaje de los obreros de oficio, el costo de los estudios para los obreros intelectuales y demás. Toda modificación en el costo de uno o de todos estos componentes lleva, pues, también a una modificación del precio de la fuerza de trabajo.

Tampoco las "necesidades materiales de la vida" son cantidades fijas y permanentes. Pueden mostrar en diversas regiones grandes diferencias y modificarse también en períodos mayores o menores en una misma localidad. Nos referimos aquí en especial a las oscilaciones de los hábitos de vida y de las necesidades vitales.

Es significativo que el capitalista, que —lo expresa ocasionalmente con franqueza y lo demuestra diariamente al paralizar una importante función económica, cuando no es rentable para él — es el único a quien guía la aspiración de la ganan-

cia, intenta siempre, incansablemente, modificar de tal modo las condiciones mencionadas, que el precio del trabajo baja sin que, como sería por ejemplo el caso de una redución de los precios de los artículos, obtenga de ello una ganancia. La aspiración de los capitalistas está dirigida, despues, especialmente a rebajar el nivel de vida del obrero y aquí se le ofrecen los medios más diversos, de los cuales muchos han sido aplicados en tal proporción, que han llevado parcialmente a la formación de ramas especiales de la industria. Un gran rol es jugado aquí por la falsificación de los alimentos, que ha llegado, por los progresos de la ciencia química, a su prosperidad culminante y a lo cual estamos ya tan habituados que apenas las advertimos. También la vivienda pertenece a esos empeoramientos del nivel de vida de la clase obrera. Hasta la aparición de la industria era algo completamente desconocido ese amontonamiento de masas humanas. En general, todas las condiciones de nuestra vida están expuestas a continuos empeoramientos. No tenemos más que referirnos a la uniformación de la habitación y de la indumentaria. Todo se ve desde el punto de vista de la produción en gran escala y mecánica.

En el mismo sentido obra también la suplantación del trabajador de oficio. El empleo en grandes proporciones de esos medios de reducción que hacen las industrias norteamericanas, ha sido indicado ya. Con ello se libra el capitalismo del pago de un premio para los conocimientos profesionales y al mismo tiempo para los gastos de aprendizaje de la prole. Otra ganancia está en que la fuerza humana de trabajo puede utilizarse completamente desde la adolescencia o antes. Pero la ventaja más directa, más decisiva, es que los establecimientos, con un proceso de producción de tal modo mecanizado, no son dependientes ya sólo de fracciones del mercado del trabajo, sino que pueden dirigirse a todo el mercado del trabajo para encontrar suplantación de las fuerzas de trabajo consumido o que abandonan el establecimiento. Esto es tanto más importante cuanto que el precio de la fuerza de trabajo, lo mismo que el precio de los artículos—es sometida a la ley de la oferta y la demanda.

Pero esa ley no se comporta lo mismo ante la fuerza de trabajo que ante las mercaderías, lo que se explica por la desigualdad económica general entre el productor de artículos o propietario de artículos y el propietario o vendedor de fuerza de trabajo. La mercadería puede ser retirada fácilmente cuando su venta no parece ventajosa. La ley de la oferta y la demanda puede hasta excluirse completamente de ella, cuando los capitalistas se asocian en un cartel de precios o cuando restringen la producción. Tales influencias en la oferta, no son posibles o sólo muy condicionadas en la fuerza de trabajo. No sin razón se ha dicho de los obreros que están continuamente en situación de bancarrota y que deben liquidar su fuerza de trabajo a todo precio.

Es verdad que los obreros se han agrupado en todos los países industriales en sindicatos que intentan ejercer, en ciertas circunstancias, por los medios de la negativa organizada y corporativa del trabajo, una influencia en el precio del trabajo y hasta un cierto grado pueden también ejercerla, pero esa asociación tiene, sin embargo, límites muy restringidos.

Un abaratamiento de la fuerza de trabajo, puede, además, ser alcanzado por el hecho que el costo del mantenimiento de la vida, no depende ya sólo del padre de familia, sino de los demás miembros — mujeres e hijos — integrados en la vida industrial, que de ese modo se hacen cargo de una parte del mantenimiento del hogar.

Esa ruta del abaratamiento del costo de trabajo ha podido realizarse con la aparición de las máquinas y la simplificación del trabajo conseguido por ellas con una disminución simultánea de los esfuerzos físicos, y ha conducido ya, tras breve tiempo, a un formidable empleo de mujeres y de niños. No en último término ha contribuido la confiscación de toda la fuerza de trabajo de la familia obrera, sin consideración a la labor casera de la mujer y a los niños necesitados aún de atenciones, a la fuerte reducción de los salarios en el primer tercio del siglo pasado.

El medio más decisivo y en todos los tiempos el más discutido para la reducción de los gastos de trabajo, es el aumento y la prolongación de la jornada. Esa discusión es, justamente considerada, la disputa en torno a la parte de la vida que el obrero sacrifica al capitalista. Aquí están diametralmente opuestos los intereses de dos partidos. Cada cual defiende su derecho: el obrero lidia por el derecho a afirmar el propio poder de disponer sobre una parte lo mayor posible de su vida; el capitalista por el derecho de utilizar en su provecho una parte todo lo mayor posible de la vida del obrero. Pues cuanto más tiempo pueda forzar el capitalista al obrero en su servicio, tanto menor será el porcentaje que necesita asegurar al trabajador por el producto de su propio trabajo.

La lucha por la jornada ha dominado ya en las épocas anteriores al capitalismo y se ha inflamado repetidas veces en el período de las manufacturas. Sin embargo los capitalistas consiguieron sólo lentamente ampliar la jornada. Si finalmente pudieron los capitalistas imponer a los trabajadores la jornada "natural", es decir, desde la salida a la puesta del sol, y hoy nos parece terrible, hay que tener presente que frente a la larga jornada en el verano, está la corta jornada del invierno y que el trabajo del verano era interrumpido por muchas y largas pausas. Otro alivio de esa jornada "natural" son los incontables días de fiesta de aquel tiempo. "De la amplitud de los días de fiesta — dice Sombart en su historia del moderno capitalismo — nos damos una idea difícilmente aproximada: todavía en el siglo XVII apenas se trabajaba, en la industria del hierro de algunas localidades, cien jornadas de ocho horas. En París, donde en el año 1660, se quería reducir los ciento tres días de fiesta a ochenta, estallaron disturbios y se agregaron seis más". "Así encontramos, en la época inicial del capitalismo, aquella rara circunstancia de la incompensabilidad temporal que nos asombra tanto en el trabajo de la edad media: junto a jornadas infinitamente largas, (generalmente de la salida a la puesta del sol, incluso en el verano), innumerables días festivos, aumentados aun por el hábito del lunes "azul" (y también del martes) y de lo que hoy se llama "sábado inglés": Vauban contaba aun solo 180 días efectivos de trabajo al año."

Esa situación casi idílica ha durado íntegramente hasta el estallido de la revolución industrial y fué quebrantada definitivamente sólo con la implantación de las primeras máquinas.

Del último tercio del siglo XVIII data la gran confiscación de la vida del obrero y su transformación en un esclavo de la fábrica, a quien ni siquiera le está deparada la protección de las leyes del agotamiento natural. El punto culminante de esa explotación de la fuerza de trabajo, que va hasta la piratería franca de la vida, está en la mitad del siglo XIX, pero el curso ulterior sólo aporta un lento mejoramiento gradual, y la satisfacción de la demanda hecha ya en 1866 en el congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, las ocho horas, se acerca a su realización, aunque incompleta, medio siglo más tarde.

Pero no hay que olvidar que la implantación efectiva de las ocho horas, en la segunda y tercera década del siglo XIX, no tendría la misma significación que una regularización idéntica de la jornada en 1870-80 del siglo pasado. Entretanto, se ha producido una intensidad del trabajo apenas sospechada hace medio siglo, lo cual hace que la fuerza de trabajo se agote más rápidamente. Por ese aceleramiento del ritmo del trabajo, es artificialmente reducido el período activo de la vida, es decir, el período vital del obrero, durante el cual posee su completa fuerza creadora, y acelera el advenimiento de la edad inepta para el trabajo. En otras palabras: El horror civilizado del exceso de trabajo, es sustituido, en el mejor de los casos, por el horror peor aún de la intensidad del trabajo, tal como ha encontrado hasta ahora su realización clásica en los grandes establecimientos norteamericanos y como entra de contrabando en Europa bajo la denominación inocente de "dirección científica de las fábricas." De ese modo amenaza convertirse todo éxito de los obreros, en la lucha por la limitación de la jornada, en una victoria de Pirro, en una ilusión, si no se consigue al mismo tiempo imposibilitar un tráfico más rápido de la fuerza de trabajo.

También hay que tener en cuenta otros factores en la valorización de la jornada. El desenvolvimiento industrial — para dar un ejemplo — ha llevado a la formación de poderosos centros de trabajo, que se han distanciado cada vez más de los centros de la vivienda obrera. Eso significa que el empleo de tiempo del obrero, para ir y venir del lugar del trabajo, es mayor y la disposición real del obrero sobre su jornada, ha decrecido más aún. Es verdad que con ese desenvolvimiento ha tenido lugar también un aumento de los medios de comunicación, (trenes, bicicletas, tranvías, y últimamente el pequeño auto), pero todo esto no ha acortado correspondientemente el empleo de tiempo del obrero.

Las distancias que tienen que recorrer hoy, a menudo, los obreros para llegar al lugar de trabajo, son ilustradas por tres cuadros estadísticos del informe anual de los funcionarios sajones de la inspección industrial para 1923-24, cuyos datos resultan de las estadísticas hechas en 23 grandes establecimientos. Según ese documento, de cada 100 obreros, sólo 16,3, habitan en la localidad del establecimiento; 23,3 por ciento a una distancia de 2 kilómetros; 30,5 por ciento a una distancia de hasta 5 kilómetros; 13,6 por ciento hasta 7 kilómetros; 7,3 por ciento hasta 10 kilómetros; 5 por ciento hasta 13 kilómetros; 1,9 por ciento hasta 20 kilómetros; 2 por ciento hasta 30 kilómetros y 0,1 por ciento a una distancia mayor de 30 kilómetros. Sólo para el 51 por ciento era el tiempo empleado en ir o venir, de media hora o menos. 32,7 por ciento necesitaban hasta una hora; 11,4 por ciento hasta hora y media; 3,5 por ciento hasta dos horas, y 1,3 por ciento más de dos horas para ir y otro tanto para regresar del lugar del trabajo. Con dos excepciones esas estadísticas se refieren a establecimientos situados fuera de la ciudad. Puede parecer que los ejemplos expuestos son especialmente desfavorables para los trabajadores. Pero consideremos las cifras de los dos establecimientos situados en la gran ciudad y se observará que la diferencia no es muy grande. En esas dos fábricas las condiciones son aún más desfavorables que en el término medio citado, pues sólo el 44,3 por ciento de los obreros necesitaban media hora y menos, mientras que el 36 por ciento necesitaban hasta una hora, 11 por ciento más de dos horas para acudir al establecimiento y otro tanto para regresar.

Sin haber agotado todos los factores que hay que considerar para la valuación de la jornada, creemos sin embargo poder deducir la siguiente conclusión: También la jornada es, como el salario, algo muy distinto en diversas épocas y bajo diversas circunstancias. Por eso no hay que medir con la misma medida la jornada del período de las manufacturas y la jornada de una fábrica de la mitad del siglo XIX, o ésta con la jornada de nuestros días. Las doce horas que pasaba el zapatero del siglo XVIII en su labor son — aun cuando se pase por alto los numerosos días festivos de aquel tiempo y el tradicional "lunes azul" — algo distinto de las ocho horas durante las cuales el zapatero actual es encadenado en la moderna fábrica de calzado, en su efecto sobre los obreros, y no podría ser considerada esa diferencia con la simple proporción 12 a 8. Eso se revela ya en el cuadro externo de una vieja habitación de zapatero y en la sala de trabajo de una fábrica de calzado de nuestro siglo. Allí oficiales alegres que silban y cantan, ganteniéndose recíprocamente despiertos en el trabajo por la conversación y las bromas, aquí los movimientos mecánicos de los esclavos de las máquinas — las ocho horas son una eternidad — que no pueden esperar una redención de esa monotonía más que en la muerte. En ese ambiente no hay ya espacio para conversaciones animadas y canciones alegres.

Aquí domina sola la sorda rotación de los monstruos de hierro que sofocan pronto, también el pensamiento humano.

El tiempo en que el canto acompañaba el trabajo ha pasado, ha pasado el tiempo del zapatero versificador y el del fundidor de campanas filósofo. Por la especialización y la mecanización se ha privado al trabajo de todo sentido interior para la actividad creadora. No es ningún milagro que no tropecemos ya con aquel tipo del inventor obrero de que se conocen tantos ejemplos en el siglo pasado, pues no existe ya ninguna relación interna más entre la obra y el creador. Para el moderno obrero fabril la máquina no es una ayuda, sino un instrumento de tortura del cual sólo conoce en casos rarísimos sus leyes funcionales. Por eso no hay que medir la diversidad de la jornada de trabajo sólo en base a su duración.

En el libro de Ford, ya varias veces citado, inténtase negar ese efecto aterrador de su sistema de producción y se quiere demostrar con algunos ejemplos que sus obreros se sienten muy bien en el trabajo que se les entrega y sólo raramente piden un traslado a otro lugar. Pero algunas cifras que menciona en otro capítulo de su libro son apropiadas para refutar perfectamente su propia afirmación. Así por ejemplo, sabemos que en 1914, a pesar de que los salarios pagados por Ford eran generalmente más elevados que el salario usual y de que la jornada de trabajo fué reducida desde enero de ese año de 9 a 8 horas, han tenido que ser incorporadas 53.000 personas para mantener el contingente obrero en la cifra de 14.000 hombres. En otros términos, eso quiere decir que en el curso de un año han sido empleadas cuatro veces más personas de las que ocupaba por término medio el establecimiento. Esta es la mejor prueba de que los métodos de Ford han tenido que obrar como una plaga en los trabajadores. Espontáneamente, como Ford dice, no ha debido ser resuelta la disminución de la jornada y la elevación de los salarios. Es claro que un cambio tan formidable como el que existía en 1914, debía ser fatal para la empresa. Cuáles son hoy las condiciones bajo ese aspecto, no lo sabemos exactamente. Ford advierte que no se lleva ya ninguna estadística sobre el cambio del personal, pues entre tanto ese problema ha perdido todo interés para el establecimiento. Pero el cambio de personal es siempre importante, pues Ford mismo lo calcula en 3 a 5 por mes, lo que al año daría el asombroso porcentaje de 36 a 72.

Pero aunque el cambio anual de personal no merezca ser hoy nombrado sobre el término medio de la industria americana, con eso se ha probado muy poco. Hay que tener presente que el espectro de Ford se presenta hoy al obrero en todo establecimiento industrial. Muy probable es también la gran desocupación que después de la guerra ha mantenido continuamente casi seis millones de obreros sin trabajo en los Estados Unidos, disminuyendo así la perspectiva de... en otros establecimientos, lo ... dejado de tener su influencia ... permanencia del personal de la Ford.

En ningún caso puede negarse ... amplia metodización del proceso ... bajo que incluso controla fragmentos ... segundo de los obreros, está ... agotamiento prematuro y a un ... más rápido de la fuerza de trabajo ... indicación bien clara al respecto ... tienen todas las estadísticas ... a la duración de la vida humana ... tadístico de la *Metropolitain Life Insurance Co.* de New York ha calculado ... la vida del obrero industrial en ... del mismo nombre no llega más ... años, mientras que la duración ... da de los demás obreros es de ... (*Monthly Labor Review*, Washington, enero de 1925). Más desfavorable aún el cuadro si la estadística se refiere, no a la duración de la vida, sino a la duración de la capacidad de trabajo, pues ésta se agota indudablemente antes. (Un ingeniero americano — Walter Polakow — ha declarado en una conferencia, en ocasión de una reunión conjunta de la sociedad Taylor y de la sociedad americana de ingenieros mecánicos de New York, que la fuerza de trabajo de un obrero ocupado según el sistema Taylor es agotada ya a los 45 años y que cada diez obreros son incapaces de soportar la proporción del trabajo prescripta.)

BIBLIOGRAFIA

"IDEARIO" — Ricardo Mella

Los camaradas de España, ... tiempo, desde la desaparición ... do Mella, se propusieron llevar ... una labor que ha de resultar ...

Errico Malatesta

EN EL ...

Ciertamente entre los actos ... hay algunos que son y serán ... pero son excepciones, y dependen ... tecimiento y de desesperación a ... a los hombres.

Pero en general los actos ... sionan los privilegios que los ... los que atacan al gobierno en el ... Por consiguiente, la policía, ... teger, no la sociedad entera, sino ... sometido al pueblo.

Tú hablabas de ladrones. Pero ... que el propietario que se enriquece ... del trabajo de los obreros?

Hablabas de asesinos. Pero, ... que los capitalistas que, por no ... de mandar y vivir sin trabajar, ... caciones atroces y de la muerte ... de trabajadores, sin hablar de ... de niños?

Estos ladrones y estos asesinos ... bles y mucho más peligrosos que ... pulsados al crimen por las ... que se encuentran, no son ... ¡más bien!...

Gino. — En resumen, tú crees ... ción, los hombres se volverán ... a la cabeza, angelitos. Todos ... derechos ajenos; todos se querrán

cluyendo así la perspectiva de ocupación en otros establecimientos, lo cual no ha dejado de tener su influencia en la gran permanencia del personal de las obras de Ford.

En ningún caso puede negarse que la amplia metodización del proceso de trabajo que incluso controla fragmentos de segundo de los obreros, está ligada a un agotamiento prematuro y a un desgano más rápido de la fuerza de trabajo. Una indicación bien clara al respecto la contienen todas las estadísticas referentes a la duración de la vida humana. Un estadístico de la *Metropolitain Life Insurance Co.* de New York ha calculado que la vida del obrero industrial en la ciudad del mismo nombre no llega más que a 62 años, mientras que la duración de la vida de los demás obreros es de 70 años (*Monthly Labor Review*, Wáshington, enero de 1925). Más desfavorable sería aún el cuadro si la estadística se refiriese, no a la duración de la vida, sino a la duración de la capacidad de trabajo, pues ésta se agota indudablemente antes. (Un ingeniero americano — Walter N. Polakow — ha declarado en una conferencia, en ocasión de una reunión común de la sociedad Taylor y de la sociedad norteamericana de ingenieros mecánicos en New York, que la fuerza de trabajo de un obrero ocupado según el sistema Taylor es agotada ya a los 45 años y que 9 de cada diez obreros son incapaces de resistir la proporción del trabajo prescrito).

BIBLIOGRAFIA

"IDEARIO" — Ricardo Mella.—

Los camaradas de España, hace un tiempo, desde la desaparición de Ricardo Mella, se propusieron llevar a cabo una labor que ha de resultar el más bello homenaje al escritor, al hombre de saber y al luchador de fé inquebrantable.

Se procura recoger todas las páginas dispersas que con generosidad intelectual ejemplar, sembró su talento robusto y siempre bien informado.

Se anuncia, por lo pronto, el "Ideario", en que, debidamente clasificados, se recogerán sus trabajos más notables, que se publicaron en diversos periódicos y revistas. Esta colección de artículos y estudios que próximamente será puesta en venta, consta de un volúmen de 400 páginas, pliego más o menos, en tamaño 4o. estrecho, o sea 22 x 14 centímetros. Fuera de texto, llevará un retrato de Ricardo Mella, impreso en papel *couché*.

Además de las secciones que tendrá el libro con texto conocido, se añadirá al final otra nueva titulada "Fragmentos inéditos", en la que los editores se proponen insertar, por lo menos, un hermoso trabajo escrito por Mella en los últimos tiempos, que se pudo conseguir después de comenzada la tirada. Si no se lograra obtener otros trabajos igualmente desconocidos, este a que se refieren los editores consiste en cinco cuartillas, el cual procurarán darlo en facsímil.

Los editores de "Ideario" esperan, por todo ello, que cuantos se educaron y deleitaron con los escritos de Ricardo Mella presten interés a esta empresa de fervoroso homenaje a la memoria del maestro. Al efecto, ruegan a cuantos piensen adquirir el libro que envíen el importe del mismo por adelantado, para así hacer frente en mejores condiciones a los gastos de edición. En reciprocidad se les servirá el tomo a cuatro pesetas, en vez de a cinco a que se venderá luego en las librerías.

Para todo cuanto se relacione con "Ideario" dirigir la correspondencia a José Villaverde, Velázquez Moreno, 49, Vigo; y a "Solidaridad Obrera", Cabrales, 88, Gijón.

EL RETABLO DE MAESE PEDRO

¿A quién no le ha llamado la atención en las grandes ciudades, de cualquier país que sean, bajo cualquier forma de gobierno que vivan, y sea cualquiera que sea el color de la piel de sus habitantes, esos corrillos que se forman espontáneamente en las esquinas de las calles o en las plazas, en torno a un vendedor de específicos milagrosos para hacer crecer el cabello, para componer platos rotos o para cualquier otro menester? Se da uno cuenta de que se le estafará, de que nada hay de cierto en lo que el charlatán pregona, sin embargo nos paramos, escuchamos con la boca abierta tantas maravillas, que acabamos por comprar el específico para componer los platos rotos. ¿Hay cosa más estúpida y más insulsa que un gitano que hace bailar un oso o que un titiritero que hace piruetas? Sin embargo allá vamos y formamos corro y damos nuestro óbolo. La humanidad parece que no se compusiera más que de bobos que admiran el retablo de Maese Pedro y de Maeses Pedro que viven de la estupidez de los demás.

Pero al fin y al cabo, los charlatanes de feria que nos sacan algunos centavos por sus panaceas infalibles, son los Maeses Pedro más inofensivos; hay otros más peligrosos, más fatales para nuestro bienestar y nuestra libertad, y también nos paramos a escucharles y también nos dejamos engañar por ellos. Nos parece que en resumidas cuentas nada perdemos con formar en el público de un diputado ni con darle lo poco que nos pide, una simple papeleta electoral cada cuatro años poco más o menos; son tantos los espectáculos de la vida, son tantas las atracciones que se nos ofrecen, que raramente nos paramos a meditar sobre nosotros mismos; por eso no comprendemos los males que hemos contribuido a crear con sólo haber formado parte por un momento del público de un candidato a diputado.

Tradicionalmente se nos ha educado en esa concurrencia a todos los tablados de la farsa y hasta se nos ha impuesto esa concurrencia como una especie de deber, — religioso, cívico. ¿Cuán trágico no ha sido durante milenios y sigue siéndolo aún el retablo religioso? ¿Hay cosa más idiota que la invención del catolicismo y su liturgia? Y el sacerdote, ¿no es un ser repulsivo por todos conceptos, como simulador taimado y como explotador de la inconsciencia pública? Sin embargo, no falta nunca público para esos redomados Maeses Pedro de la farsa religiosa. El pobre diablo de feligrés se dice: "¡en resumidas cuentas nada se pierde si al morir no encontramos ni el infierno ni el paraíso de las santas escrituras!" — y es tal su celo en el cumplimiento de los deberes para con la iglesia, que no se para a reflexionar que al dar su persona a esa farsa, pierde hasta el sentido de la vida.

Y eternamente bobos, eternamente inclinados a admirar los retablos de la picardía y de la mentira, hemos dado existencia al militarismo, al rey, al presidente, etc., etc. Por todas partes, en todas las latitudes, en todos los climas, una parte de la humanidad, — desde el charla-

Errico Malatesta

(8)

EN EL CAFÉ

Ciertamente entre los actos que el Código castiga hay algunos que son y serán siempre malas acciones; pero son excepciones, y dependen del estado de embrutecimiento y de desesperación a que la miseria reduce a los hombres.

Pero en general los actos castigados son los que lesionan los privilegios que los señores se atribuyeron y los que atacan al gobierno en el ejercicio de su autoridad. Por consiguiente, la policía, eficaz o no, sirve para proteger, no la sociedad entera, sino a los señores y a tener sometido al pueblo.

Tú hablabas de ladrones. Pero, ¿quién es más ladrón que el propietario que se enriquece robando el producto del trabajo de los obreros?

Hablabas de asesinos. Pero, ¿quién es más asesino que los capitalistas que, por no renunciar al privilegio de mandar y vivir sin trabajar, son la causa de las privaciones atroces y de la muerte prematura de millones de trabajadores, sin hablar de la continua hecatombe de niños?

Estos ladrones y estos asesinos, mucho más culpables y mucho más peligrosos que los pobres diablos impulsados al crimen por las miserables condiciones en que se encuentran, no son molestados por la policía: ¡más bien!...

Gino. —En resumen, tú crees que, hecha la revolución, los hombres se volverán de inmediato, de los pies a la cabeza, angelitos. Todos serán respetuosos de los derechos ajenos; todos se querrán bien y se ayudarán; no habrá ya odios ni envidias... el paraíso terrestre, ¿no es así?

Jorge. —De ningún modo. Yo no creo que las transformaciones morales tengan lugar repentinamente. Es verdad, un cambio grande, inmenso lo habrá por el solo hecho del pan asegurado y de la libertad conquistada; pero todas las malas pasiones, que se encarnaron en nosotros por la acción secular de la esclavitud y de la lucha de cada uno contra todos, no desaparecerán de un golpe. Existirá por largo tiempo aún quien se sentirá tentado a imponer con la violencia la propia voluntad a los demás, quien querrá aprovecharse de las circunstancias favorables para crearse privilegios, quien conservará hacia el trabajo la aversión que le han inspirado las condiciones de esclavitud en que está constreñido a trabajar hoy, etc.

Gino. —Por tanto, ¿aun después de la revolución será preciso defenderse contra los malhechores?

Jorge. —Muy probablemente. Bien entendido que entonces serán considerados malhechores no los que no desean morir de hambre sin rebelarse, y menos los que atacan la organización social actual y tratan de sustituirla por una mejor, sino aquellos que causen mal a todos, los que atenten a la integridad personal, a la libertad y al bienestar ajenos.

Gino. —En consecuencia se necesitará siempre una policía.

Jorge. —De ningún modo. Sería verdaderamente una imbecilidad si, para guardarse contra algún violento, algún haragán y algún degenerado, se abriese escuela de haraganería y de violencia constituyendo un cuerpo de bandidos que se habitúan a considerar a los ciudadanos como carne de esposas y de prisión y a hacer de la caza al hombre su principal y única ocupación.

Gino. —¡Y entonces!

Jorge. —Entonces nos defenderemos por nuestra cuenta.

Gino. —¿Y crees que eso sea posible?

Jorge. —No sólo creo que sea posible que el pueblo se defienda por sí mismo sin delegar a nadie la función especial de la defensa social, sino que estoy convencido que es el único modo eficaz.

¡Dime! Si mañana llega a tu casa alguien perseguido por la policía, ¿lo denunciarás?

Gino. —¡Estás loco! Ni aunque fuese el peor de los asesinos. ¿O es que me tomas por un policía?

Jorge. —¡Ah, ah! debe ser un buen oficio el de policía si todo hombre que se respeta se estimaría deshonrado ejerciéndolo, aun cuando lo considere útil y necesario a la sociedad.

Y ahora, dime otra cosa. Si llegase a tu casa un enfermo de enfermedad infecciosa o un loco peligroso, ¿lo llevarías al hospital?

Gino. —Ciertamente.

Jorge. —¿Incluso por la fuerza?

Gino. —Pero... ¡comprende! ¡si se le dejase libre podría hacer daño a tanta gente!

Jorge. —Ahora explícame, ¿por qué te guardarías bien de denunciar a un asesino, mientras llevarías al hospital, incluso con la fuerza, a un apestado o a un loco?

Gino. —Pero... ante todo porque me repugna ofi ciar de policía, mientras que considero cosa honrosa y humanitaria hacer de enfermero.

Jorge. —Por tanto tú ves que el primer efecto de la policía es el de desinteresar a los ciudadanos de la defensa social, más aún: el de ponerlos de parte de aquellos a quienes, con razón o sin ella, persigue la policía.

Y además, cuando llevo alguien al hospital sé que lo dejo en manos de los médicos, los cuales tratan de curarlo para ponerlo en libertad en cuanto se haya vuelto inofensivo para sus semejantes. En todo caso, aunque sea incurable, tratan de aliviar sus sufrimientos y no le infligen nunca un tratamiento más severo del que es estrictamente necesario. Y si los médicos no cumpliesen con su deber, el público les obligaría a ello, porque se entiende que la gente está en el hospital para ser curada y no para ser martirizada.

Mientras que al contrario, si se consigna a alguien en manos de la policía, ésta considera cosa de amor propio el hacerlo condenar, importándole poco que sea reo o inocente; además lo encierra en una prisión donde, en lugar de tratar de mejorarlo a fuerza de atenciones afectuosas, hace todo lo posible para hacerlo sufrir y lo exaspera cada vez más, poniéndolo luego en libertad como enemigo mucho más peligroso para la sociedad de lo que lo era cuando entró en la cárcel.

Gino. —Pero eso se podría modificar con una reforma radical...

Jorge. —Para reformar, amigo mío, o destruir una institución, lo primero que hay que hacer es no crear una corporación interesada en conservarla.

La policía (y lo que digo de la policía se aplica también a la magistratura) al ejercer el oficio de enviar la gente a la cárcel y de masacrarla cuando se presenta la ocasión, acaba siempre por considerarse y por estar en lucha con el público. Se encarniza con el delincuente verdadero o supuesto con la misma pasión con que el cazador persigue la caza, pero al mismo tiempo tiene interés en que haya delincuentes, porque ellos son la razón de su existencia; y cuanto más crece el número y la nocividad de los delincuentes, más crece el poder y la importancia social de la policía!

tán de feria hasta el rey o el supremo comisario del pueblo—, mantiene los retablos de la farsa, y la otra, la inmensa mayoría, trabaja y suda y se paga con la satisfacción de ver bailar un oso, de recibir la bendición de un cura o de escuchar el chorro de la elocuencia de un candidato.

Nosotros queremos transformar el mundo, crear el hombre del porvenir, el hombre nuevo que comprenda que es tan indigno formar corro a un Maese Pedro impudente, como oficiar de Maese Pedro y explotar la estupidez de las gentes. Para eso es insuficiente dar un golpe de Estado o hacer conspiraciones bufas. Nuestra propaganda tiene que plantar su piedra angular en la educación del hombre para la libertad, la igualdad y la solidaridad. De lo contrario no edificaremos nada sólido con los materiales actuales que nos presenta la humanidad, — pillos que explotan y bobos que se dejan explotar.

En este trágico período histórico que vivimos, nuestro concepto de la revolución y de la propaganda tiene que experimentar saludables variaciones. La revolución catastrófica que soñaron y que sueñan muchos anarquistas jacobinos, o mejor dicho, muchos supuestos anarquistas, no se volverá a reivindicar. Ha pasado ya al museo de las antiguallas, a la historia de los errores humanos.

En el cotidiano tráfico de nuestra propaganda, hemos hecho muy poco hincapié en el valor moral del movimiento, en la significación revolucionaria de una vida pura y ejemplar. Y prevemos que de esta crisis tendremos que deducir una valiosa enseñanza: *seamos o no, en el porvenir, una fuerza social poderosa, si el anarquismo no propulsa y no practica desde ya una moral superior, será impotente como creador de un mundo nuevo.*

¿Es que hemos desterrado de entre nosotros mismos el retablo de la farsa?; ¿es que nos hemos educado en el sentido de la libertad y de la igualdad, lo suficiente como para haber superado ya el triste estadio de la división del movimiento en público dispuesto a formar corro y en charlatanes dispuestos a explotar el público? Creemos que no, continuamos la farsa en el movimiento mismo; si no damos nuestra papeleta de voto a un candidato al Parlamento, la damos al jefe de capilla que por una razón u otra, ha sabido atraernos a su lado; quién en nombre de una panacea ideológica genial, quién en nombre de sus bajas pasiones o de lo que sea, lo cierto es que sigue viviendo entre nosotros Maese Pedro y el público idiota que le aplaude y le paga. Hasta podríamos decir que hay en el movimiento anarquista, actualmente, más afición al retablo y más titiriteros de feria, que fuera de él, proporcionalmente al número de los adeptos. Y en general, no tenemos por qué enorgullecernos del espectáculo internacional que presenta el anarquismo en esta hora y habría razón para dudar que haya en él un rasgo cualquiera de superioridad, frente al resto de la sociedad, frente al público que acude al retablo de la iglesia, al del Estado o que hace corro al vendedor de específicos. Que cada cual eche una ojeada a su alrededor para convencerse que, desgraciadamente, no exageramos.

Nos produce muy pocas inquietudes la fuerza numérica del movimiento, el número vendrá algún día, cuando la acción de nuestra propaganda y la prédica de nuestro ejemplo aparten a los hombres de los tablados de la farsa y los orienten hacia la reconquista del derecho a la libertad y al bienestar; lo que nos inquieta y lo que nos angustia es la convicción de haber perdido el título moral a creernos en un estadio de evolución social superior. Entre nosotros tienen curso las mismas pasiones, los mismos odios, las mismas ambiciones que fuera del movimiento, — entre el público que compra un frasquito milagroso al charlatán de feria o acude en la seguridad de cumplir un deber a presenciar la pantomima eclesiástica o la carnavalada militar. Eso, eso sí que nos desconsuela y nos desalienta. El ser pocos no es un mal, pero el no ser nosotros mismos, el estar siempre dispuestos a formar corro a un titiritero, y a fundar una capilla del odio y la rivalidad, eso es un signo inquietante de veras. El anarquismo debiera haber superado ese estadio de evolución.

¿Qué derecho tiene a hablar en nombre de la anarquía el charlatán que oficia de pastor de un rebaño mayor o menor? Nos parece que tiene el mismo derecho que el rebaño, es decir, ninguno. Se usa y se abusa hoy de la palabra *anarquía*, como antes de las palabras *república y democracia;* todos quieren ser anarquistas y poco a poco habrá en nuestro movimiento, de seguir así, espacio para todas las bellaquerías y todos se encubrirán con el manto del anarquismo.

Esto no puede seguir así. Que aquellos que comprenden toda la magnitud de la desviación creciente a que asistimos, dirijan todo el esfuerzo de su voluntad a poner remedio al mal, sin levantar un tablado frente a otro, sin formar un rebaño frente al otro rebaño, poniendo valientemente frente a las funestas desviaciones el ideal y la práctica moral de la anarquía!!

EL TERMINO MEDIO

Antes de ir más allá, permítaseme decir algo en completa oposición al muy legendariamente famoso proverbio latín: IN MEDIO TUTISIMIS IBUS: tú te encontrarás más a salvo, adoptando el justo medio.

Hablando de dos distintas tendencias literarias, ustedes no esperarán otra cosa de mí, sino que les diga que el punto de mira del estudioso, deberá ser evitar los extremos, tratando de no ser liberal ni conservador. Error craso, si los hay. Y es precisamente el consejo que nunca les daré. Al contrario, yo pienso que el citado proverbio es el más dañino, malicioso y uno de los más absurdos que jamás pudo inventar este mundo.

Yo creo muy firmemente en los extremos, — ¡en violentos extremos! —. Y estoy muy seguro que el progreso mundial, ya sea literario o científico, religioso, social y político, se obtuvo mediante la asidua colaboración de los extremos.

LAFCADIO HEARN

(Fragmento de una carta).

Para que el delito sea tratado racionalmente, para que se investiguen las causas y se haga realmente todo lo posible para eliminarlo, es preciso que este trabajo sea confiado a los que están expuestos a sufrir las consecuencias del delito, es decir al pueblo entero, y no ya a aquellos para quienes la existencia del crimen es fuente de poder y de ganancia.

Gino. —¡Eh! puede ser que tengas razón. Hasta la vista.

XI

Ambrosio. —He reflexionado sobre lo que me ha dicho en nuestras conversaciones... y renuncio a discutir. No es porque me confiese vencido; pero... en suma, ustedes tienen las mejores razones y el porvenir podría ser bien de ustedes.

Yo en tanto soy magistrado, y mientras exite la ley debo hacerla respetar. Usted comprende...

Jorge. —¡Oh, comprendo muy bien! Continúe, continúe. Será misión nuestra abolir las leyes y libertarlo así de la obligación de obrar contra su conciencia.

Ambrosio. —Poco a poco, no he dicho eso... pero pasemos adelante.

Quisiera algunas explicaciones de usted.

Podríamos quizás entendernos en las cuestiones referentes al régimen de la propiedad y a la organización política de la sociedad; después de todo son formas históricas que han cambiado muchas veces y que tal vez cambiarán aún.

Pero existen instituciones sagradas, sentimientos profundos del alma humana que ustedes ofenden continuamente: ¡la familia, la patria!

Por ejemplo, ustedes quieren poner en común todas las cosas. Naturalmente pondrán en común también las mujeres y harán así un gran serrallo, ¿no es verdad?

Jorge. —Escuche; si quiere discutir conmigo, hágame el favor de no decir tonterías y de no hacer chistes de mal gusto. Es demasiado seria la cuestión que tratamos para esmaltarla con bromas vulgares.

Ambrosio. —No... yo hablaba en serio. ¿Qué harán ustedes de las mujeres?

Jorge. —Entonces tanto peor para usted, porque es verdaderamente extraño que no comprenda el absurdo de lo que ha dicho.

¡Poner en común las mujeres! ¿Y por qué no dice que queremos poner en común los hombres? Lo que únicamente puede explicar ese concepto suyo es que ustedes, por hábito inveterado, consideran a las mujeres como seres inferiores hechos y puestos en el mundo para servir de animal doméstico y de instrumento de placer para el señor varón. Usted considera la mujer como una cosa y supone que es preciso asignarle el destino que se asigna a las cosas. Pero nosotros, que consideramos a la mujer como un ser humano semejante a nosotros y que debe disfrutar de todos los derechos y de todos los medios de que goza o debe gozar el sexo masculino, encontramos simplemente vacía de sentido la pregunta: ¿qué hareis de las mujeres? Pregunte más bien: ¿qué es lo que harán las mujeres? y le responderé que harán lo que quieran y que, así como, lo mismo que los hombres, tienen necesidad de vivir en sociedad, es seguro que querrán convenirse con sus semejantes machos y hembras para satisfacer sus necesidades con la mayor ventaja propia y de todos.

Ambrosio. —Comprendo; ustedes consideran la mujer como igual al hombre. Sin embargo muchos hombres de ciencia, examinando la extructura anatómica y las funciones fisiológicas del organismo femenino sostienen que la mujer es naturalmente inferior al hombre.

Jorge. —¡Oh, se sabe bien! Siempre que haya alguna cosa que sostener, habrá algún hombre de ciencia dispuesto a hacerlo. Hay hombres de ciencia que sostienen la inferioridad de la mujer, como hay otros que sostienen, al contrario, que las facultades de la mujer y sus capacidades de desenvolvimiento son equivalentes a las del hombre, y que si hoy generalmente las mujeres son menos inteligentes que los hombres, eso depende de la educación que reciben y del ambiente en que viven. Si investiga bien encontrará también hombres de ciencia, o al menos mujeres de ciencia, que sostienen que el hombre es un ser inferior, destinado a libertar a la mujer de los trabajos manuales y dejarla entregada a sus vocaciones geniales. Sé que en América se ha sostenido esa tesis.

Pero qué importa. Aquí no se trata de resolver un problema científico, sino de realizar un voto, un ideal humano.

Proporcione a las mujeres todos los medios y toda la libertad de desenvolvimiento y resultará únicamente lo que puede resultar. Si la mujer será igual al hombre o si será más o menos inteligente, se verá en los hechos. y saldrá aventajada la ciencia misma, que tendrá entonces hechos positivos para sacar sus deducciones.

Ambrosio. — Por lo tanto, ¿ustedes no toman en consideración las facultades de que están dotados los individuos?

Jorge. —En el sentido que deban crear derechos especiales, no. En la naturaleza no encontrará dos individuos iguales; pero nosotros reclamamos para todos la igualdad social, es decir los mismos medios, las mismas oportunidades — y creemos que esta igualdad no sólo responde al sentimiento de justicia y de fraternidad que se ha desarrollado en la humanidad, sino que redunda en beneficio de todos, sean fuertes o débiles.

También entre los hombres, entre los varones los hay más y menos inteligentes, pero no por eso se admite que uno debe tener más o menos derechos que el otro. Hay quien sostiene que los rubios están mejor dotados que los morenos y viceversa, que las razas de cráneo oblongo son superiores a las de cráneo ancho o viceversa; y la cuestión, si tiene un fundamento en la realidad es ciertamente interesante para la ciencia. Pero dado el estado actual de los sentimientos y de las idealidades humanas, sería absurdo pretender que los rubios y los dolicocéfalos deben mandar a los morenos y a los braquicéfalos, o al contrario.

¿No le parece?

Ambrosio. —De acuerdo; pero volvamos a la cuestión de la familia. ¿Quieren ustedes abolirla u organizarla sobre otra base?

Jorge. —He aquí. En la familia es preciso considerar las relaciones económicas, las relaciones sexuales y las relaciones entre padres e hijos.

En cuanto a la familia como institución económica es claro que una vez abolida la propiedad individual y por consiguiente la herencia, no tiene ya razón de existir y desaparece de hecho. En este sentido, por lo demás, la familia es abolida ya por la gran mayoría de la población compuesta de proletarios.

Ambrosio. —¿Y para las relaciones sexuales? Ustedes quieren el amor libre, la...

Jorge. —Vamos. ¿O es que cree usted verdaderamente que pueda existir un amor esclavo? Existirá la cohabitación forzosa, el amor simulado por la fuerza, por el interés o por la conveniencia religiosa o moral; pero el amor verdadero no puede existir, no se concibe si no absolutamente libre.

Ambrosio. —Eso es verdad. Pero si cada cual siguiese los caprichos que le inspira el dios amor, no habría ya moral y el mundo se convertiría en un lupanar.

Jorge. —¡En lo que se refiere a la moral, ustedes pueden vanagloriarse verdaderamente de los resultados de sus instituciones! El adulterio, la mentira de todos, suerte, odios largamente incubados, maridos que matan a las mujeres, mujeres que envenenan a los maridos, los infanticidios, los niños crecidos en medio de escándalos y las querellas familiares... ¿es esa la moral que usted teme amenazada por la libertad en el amor?

Hoy sí que el mundo es un lupanar, porque las mujeres están obligadas a menudo a prostituirse por hambre; y porque el matrimonio, con frecuencia contraído por puro cálculo de intereses, es siempre en toda su duración una unión donde el amor o bien no entra de modo alguno o bien entra sólo como un accesorio.

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 —

MENOS PAN Y

A través del fárrago de dec
de todos los matices políticos, d
e informes panorámicos, intent
nos un cuadro sinóptico de las
causas que provocaron la huelg
en Gran Bretaña, una sola u
diáfana y evidente. Es esta:

"Los mineros fueron puestos
situación pavorosa del lock-out,
les el salario que necesitaban
ducir una existencia precaria.
mas proposiciones recibidas por
ministro Baldwin, se relacionab
reducción de los salarios y la
ción de las horas de trabajo."

Y el *impasse* advino, haciend
ble toda negociación entre los d
minas y los representantes de l
unions. Habiendo el gobierno
do los subsidios a las industrias
bón, los capitalistas que las exp
plearon el procedimiento clásic
pertorio burgués, imponiendo
men y el sacrificio a su masa ob
nos pan y más horas de trabaj
justicia era tan flagrante, tan
que por un momento la negra m
bre de los mineros tuvo de su
simpatías de casi todo el pueblo
co. Asumida la actitud insurrecc
el paro general, estas simpatías
clinando. El conservatismo ingl
un poderoso fondo de infantil y
animalidad. Le irritan las amen
pueden perturbar sus funciones
vas. Explica esto, que la reclut
voluntarios para atenuar los efec
huelga general, sea cada vez m

Pero por encima de los argum
los políticos de todo pelo y calañ
lla, pues, el derecho de esta ma
fenderse. Es su mismo instinto
servación que se lo dicta. No qu
más miserable de lo que ya es; s
a embrutecerse más de lo que y
tá, con una jornada de labor m
que nunca. En fin, quisiera tam
disfrutar humanamente de esta v
ra negarle ese ínfimo derecho, la
cos conservadores, liberales, la
invocaron otra multitud de sofis
niéndosela a esa muchedumbre
viriente y hambrienta. Veámoslo

Empecemos por Baldwin, en su
so pronunciado en la Cámara de
munes. Extractaremos sus puntos
pales. Confesó que en la conferen
alemanes hostiles manifestados
delegados de los mineros, determi
gobierno a no tolerar imposiciones
excusa para no otorgar justicia.
parte reprocha *el espíritu de intra*
cia que caracteriza a los dos
pecialmente a los mineros, que no
que la comunidad está por encima
entidades particulares. Pudo agre
rey y la patria. Más allá, se enc
los laboristas, y les dijo:

Pero los autores del movimi
pueden dejar de darse cuenta de qu
amenazando al gobierno organiz
puede creer que los dirigentes h
accedido a la proclamación de u
ga general si se hubiesen adverti
lanzaban un desafío a las auto
constituídas y que nos llevaban a
ca de la guerra civil de lo que he
todo durante tantos siglos.

Sin embargo, el derecho legal de
rarse en huelga existe todavía en
terra, con la misma razón para
trones de decretar el lock-out. No
te, éste fué la causa y el otro el

AÑO V

BUENOS AIRES, 10 DE MAYO DE 1926

N.o 222

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

PRECIO: 10 CTS.

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

MENOS PAN Y MAS HORAS DE TRABAJO

A través del fárrago de declaraciones de todos los matices políticos, de noticias e informes panorámicos, intentando darnos un cuadro sinóptico de las probables causas que provocaron la huelga general en Gran Bretaña, una sola se destaca diáfana y evidente. Es esta:

"Los mineros fueron puestos ante la situación pavorosa del lock-out, negándoseles el salario que necesitaban para conducir una existencia precaria. Las últimas proposiciones recibidas por el primer ministro Baldwin, se relacionaban con la reducción de los salarios y la prolongación de las horas de trabajo."

Y el *impasse* advino, haciendo imposible toda negociación entre los dueños de minas y los representantes de las trade-unions. Habiendo el gobierno suspendido los subsidios a las industrias del carbón, los capitalistas que las explotan emplearon el procedimiento clásico del repertorio burgués, imponiendo el gravámen y el sacrificio a su masa obrera. Menos pan y más horas de trabajo. La injusticia era tan flagrante, tan palpable que por un momento la negra muchedumbre de los mineros tuvo de su parte las simpatías de casi todo el pueblo británico. Asumida la actitud insurreccional con el paro general, estas simpatías están declinando. El conservatismo inglés posee un poderoso fondo de infantil y primitiva animalidad. Le irritan las amenazas que pueden perturbar sus funciones digestivas. Explica esto, que la reclutación de voluntarios para atenuar los efectos de la huelga general, sea cada vez mayor.

Pero por encima de los argumentos de los políticos de todo pelo y calaña, se halla, pues, el derecho de esta masa a defenderse. Es su mismo instinto de conservación que se lo dicta. No quiere ser más miserable de lo que ya es; se rehusa a embrutecerse más de lo que ya lo está, con una jornada de labor más larga que nunca. En fin, quisiera también ella disfrutar humanamente de esta vida. Para negarle ese ínfimo derecho, los políticos conservadores, liberales, laboristas, invocaron otra multitud de sofismas oponiéndosela a esa muchedumbre obrera viviente y hambrienta. Veámoslo.

Empecemos por Baldwin, en su discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes. Extractaremos sus puntos principales. Confesó que en la conferencia, *los ademanes hostiles manifestados por los delegados de los mineros, determinaron al gobierno a no tolerar imposiciones.* Débil excusa para no otorgar justicia. En otra parte reprocha *el espíritu de intransigencia que caracteriza a los dos bandos*, especialmente a los mineros, que no piensan que la comunidad está por encima de los entidades particulares. Pudo agregar, el rey y la patria. Más allá, se encaró con los laboristas, y les dijo:

Pero los autores del movimiento no pueden dejar de darse cuenta de que están amenazando al gobierno organizado. No puedo creer que los dirigentes hubiesen accedido a la proclamación de una huelga general si se hubiesen advertido que lanzaban un desafío a las autoridades constituídas y que nos llevaban más cerca de la guerra civil de lo que hemos estado durante tantos siglos.

Sin embargo, el derecho legal de declararse en huelga existe todavía en Inglaterra, con la misma razón para los patrones de decretar el lock-out. No obstante, éste fué la causa y el otro el efecto.

Sus últimas palabras han sido estas: *Los obreros tienen una discusión con los propietarios de las minas, y cualquier forma de arreglo a que se llegue deberá implicar una reducción de salarios.*

Por las buenas o las malas, los mansos de corazón han de ser las víctimas. Se hallan a la vista los sofismas de la mansedumbre, de la buena educación para los explotados, y no por los explotadores. Ni siquiera es novedoso este primer ministro, en defender lo indefendible. Disculpémosle, hace su oficio y desempeña su papel.

Tengamos también compasión por Thomas, quien, rodeado por una muchedumbre que le reclamaba noticias, contestó con los ojos llenos de lágrimas:

—Ha comenazdo la huelga general. Yo no puedo más...

Pero Mr. Puhg, el terrible Puhg, bestia negra de Baldwin, es completamente inexcusable. En respuesta a la nota del primer ministro, acerca de la huelga de los tipógrafos del *Daily Mail*, escribía: *referente a la libertad de prensa, el Consejo General no tiene conocimiento que se la haya violado, y la decisión adoptada por los tipógrafos está formalmente prohibida, pues ellos no pueden adoptar tal actitud independientemente y sin previa autorización.*

Declara que no acepta la responsabilidad de ese hecho y tomará prontas medidas para evitar actos de indisciplina.

Y este hecho que repudian los laboristas es el más espontáneo, el más hermoso y más valiente que se produjo al empezar la huelga. La dirección del *Daily Mail* quiso publicar un editorial titulado: *Por la patria y por el rey.* Demos su texto íntegro:

"Los mineros, tras semanas de negociaciones, han rechazado las propuestas que les han sido hechas, y las minas de hulla de Gran Bretaña han suspendido su funcionamiento. El consejo ejecutivo del congreso de las Trade Unions, que representa a todas las uniones obreras del país, ha decidido apoyar a los mineros, yendo a la huelga general, que es la medida extrema.

"Esa decisión hace que la situación cambie por completo de aspecto. La industria hullera, que pudo haber sido organizada con buena voluntad de parte de todos, ahora se ha convertido en el objeto de una gran lucha política, que la nación no ha preferido, pero a la que hace frente con la más grande frialdad y firmeza.

"La huelga general no es una medida de protesta industrial. Es un movimiento revolucionario que hace que sufra una gran masa de inocentes, y, por consiguiente, pone en situación violenta al gobierno. Es un movimiento que solamente puede triunfar derrocando al gobierno y anulando los derechos de los pueblos libres. No puede ser tolerado por ningún gobierno civilizado y debe combatirse con todos los recursos con que cuenta la comunidad. Se ha proclamado el estado de emergencia y las leyes exigen que hombres y mujeres se pongan al servicio de su rey en este momento de emergencia."

Para impedir la salida del diario, 600 empleados, comprendiendo los departamentos administrativos y talleres, abandonaron el trabajo. La sucursal de Manchester, empero, mantuvo la circulación. Operarios y tipógrafos de otros rotativos de tanta y más importancia que el *Daily Mail*, tambin se declararon en huelga porque las direcciones respectivas intentaron reproducir el editorial en disputa. Entonces el consejo general del congreso de las Trade Unions resolvió declinar toda responsabilidad sobre este incidente. Hay más. Por su parte Mr. Cook, de la Federación de Mineros, le expresó a un corresponsal de una agencia noticiosa que *la huelga duraría una quincena y que el resultado de unas elecciones generales nuevas seguramente llevaría al poder a los laboristas.* Mientras las familias de los mineros padecen necesidades y estrecheces, por no decir abiertamente hambre y sufrimiento, Mr. Cook piensa en la banca parlamentaria o en la cartera de un ministerio.

¿No son estos sofismas de diferentes colores, sofismas laboristas o conservadores, sofismas de la disciplina, sofismas parlamentarios, que tratan de enredar a los trabajadores que se echarón a la calle a la conquista de un poco más de pan, de descanso y de bienestar para los suyos?

En tanto el gobierno pone en práctica todas sus mañas y medios de difusión para hacerle creer a la mayora de la población inglesa que se halla frente a un movimiento revolucionario, al borde de la guerra civil.

Y obrando en consecuencia, acuarteló sus tropas, armó su policía secreta, o sea los pesquisas de Scotland Yard y lanzó por las calles camiones cargados de soldados con equipo de guerra y cascos de acero. En vano Lloyd George dijo que *esta huelga no estaba destinada a violar la Constitución, y sólo tenía como objeto la solución de un conflicto comercial;* inútiles fueron las lágrimas de Thomas, quien en tono patético exclamaba que si se hiciera un plebiscito entre las masas de la población para saber si querían la revolución, ni un dos por ciento votaría por ella. Hasta los más reaccionarios, los tory, coinciden en afirmar lo mismo. No obstante la ley de emergencia, o sea el estado de sitio fué puesta en vigor.

No ocultamos la extraordinaria importancia del movimiento iniciado por el proletariado británico y las repercusiones mundiales que pudiese tener en caso de triunfar. Lo malo es que se deje guiar por la burocracia laborista y politiquera, disciplinados y genuinos bomberos que apagan todo acto espontáneo, todo acceso

"Optimismo británico"

JOHN BULL—¿Miedo yó?...No me asustan estas cosas...Tengo crumiros, rompehuelgas, socialistas políticos y la clase media, que -aunque no sirven para nada- aprovecharè en esta emergencia... ¿Miedo yó? ¡Miren como rio! Si me hace una gracia enorme esta huelga obrera...

D. A. DE SANTILLAN

Problemas del día

El movimiento obrero y el anarquismo

No es culpa nuestra si tenemos que machacar hasta el aburrimiento sobre el mismo asunto, perdiendo en él un tiempo precioso, sin la perspectiva, tal vez, de llegar a un acuerdo práctico. Volvamos a resumir una vez más nuestros puntos de vista, que hasta hoy no encontraron más que una opinión serena y razonada, la de Malatesta, aunque esa opinión vale por muchas. En las objeciones de los sindicalistas hay tal cúmulo de contradicciones, que en lo único que concuerdan es en el gruñido rencoroso y en la frase hiriente. De esa manera se podrá sentar cátedra de demagogia, pero así no se destruye nuestra argumentación.

Examinemos, pues, las afirmaciones de Malatesta, no contra Malatesta mismo, en quien no podemos menos de admirar la unidad de criterio de toda su vida, y con el cual esa disidencia no impide de ningún modo la más íntima cooperación, sino contra aquellos titiriteros que se valen de los argumentos malatestianos para combatir la anarquía y restarle influencia en las filas del proletariado. El propósito final de Malatesta es idéntico al nuestro, sólo que nosotros aseguramos que nuestra táctica es mejor que la suya, que nuestra intervención en el movimiento obrero es más prometedora que la intervención por él recomendada. Sin embargo, ni nosotros ni él divagamos en las regiones de la metafísica, todos queremos ser realistas y tener en cuenta las perspectivas que nos ofrece el medio en que actuamos.

Y el medio ambiente que tenemos ante nosotros en más de veinte países de habla española, con una población de unos 120 millones de habitantes, es el siguiente:

En casi todos esos países el anarquismo no se concibe como un mero entretenimiento filosófico; nuestras ideas están ligadas a los más fuertes movimientos de masas y polarizan las actividades de la parte más despierta del proletariado. La palabra anarquía no causa miedo a nadie y los trabajadores que la temen o que la rehuyen, o bien son aquellos pocos envenenados por la propaganda de la iglesia y del Estado o por la de los partidos políticos, y esos trabajadores, por lo general, no suelen formar parte en las filas de la guerra social. Podemos permitirnos el lujo de pasarnos sin el concurso de aquellos que tienen horror a la palabra anarquía, lo cual no impide que nuestra propaganda se dirija a ellos como a todo el mundo para convencerles de su error.

En una palabra, en todos los países de habla española, — y portuguesa también, — los anarquistas forman o pueden formar organizaciones obreras mayoritarias, es decir, concentrar las fuerzas más numerosas del proletariado militante bajo la bandera de la anarquía. ¿Es que Malatesta puede recomendarnos que no lo hagamos? Su preocupación es quedar en contacto con las masas. ¿Es que nuestro método no es más eficaz para quedar en contacto con las masas que el suyo?

Malatesta nos acusa siempre de no haber interpretado bien su manera de pensar; transcribamos, pues, sus opiniones: "*Sostengo que, no siendo anarquista la masa de los obreros, una organización obrera que se titula anarquista, o debe componerse sólo de anarquistas y por tanto no ser más que un simple e inútil duplicado de los grupos anarquistas, o bien permanecer abierta a los obreros de todas las opiniones y por consiguiente reducir la etiqueta anarquista a un simple adorno, bueno sólo para comprometer a los anarquistas en las mil transacciones a que es constreñido un sindicato que lucha en el ambiente actual y quiera defender los intereses inmediatos de sus miembros*"...

Primeramente: en todos los países de habla española, la inmensa mayoría de los obreros organizados o con deseos de organizarse tienen ya sus nociones que les permiten distinguir lo blanco de lo negro; los obreros que no distinguen lo blanco de lo negro no se organizan o caen bajo el radio de influencia religioso o político de sus preferencias o de sus tradiciones. La propaganda revolucionaria y la propaganda reaccionaria han llegado a tales proporciones que no hay rincón donde los obreros no hayan escuchado ya algo al respecto y así se van formando las opiniones. Porque nuestros camaradas han sido más activos en los países de habla española que las demás escuelas y partidos que se disputan la orientación del movimiento obrero, ellos fueron y son aún los que forman las primeras organizaciones de lucha proletaria y, claro está, desde el comienzo proclaman que en religión son ateos, en política anarquistas y en economía comunistas Una activa propaganda no tarde en agrupar en torno a nuestros postulados fundamentales un organismo obrero central que orienta más o menos las luchas proletarias de la región de su influencia. Esta es una realidad en todos los países de habla española o puede serlo. En Centro América y en la costa del océano Pacífico no ocurre todavía eso, pero es porque los anarquistas son allí muy poco numerosos aún. La A. I. T. tiene un delegado por esos países y no está lejano el día en que también ellos muestren el ejemplo de un movimiento obrero inspirado por la anarquía; hoy no tienen movimiento obrero alguno, porque las organizaciones obreras patrióticas, políticas, etc., no son obreras más que de nombre. En una palabra el movimiento obrero revolucionario en los países de habla española es anarquista, y donde no existe ese movimiento obrero anarquista no existe tampoco ningún movimiento obrero digno de tal nombre.

La etiqueta anarquista no da convicciones anarquistas a quien no las tiene. Naturalmente. Pero si nosotros defendemos esa etiqueta y procuramos que sea el signo distintivo de todas nuestras organizaciones, es porque: a) eso no nos impide constituir organizaciones obreras mayoritarias, como no impidió a los socialdemócratas formarlas en Alemania y Austria en nombre de sus doctrinas autoritarias; b) una bandera, aunque no sea un arma, es un símbolo que puede representar todo un mundo; c) no nos interesa un movimiento obrero que no se encamine hacia la anarquía, hacia la lucha contra el capitalismo y el Estado, hacia la destrucción del principio de autoridad. Queremos oponer nuestras ideas al mundo del privilegio y esas ideas se expresan con algunas palabras: la *anarquía* es la expresión de lo que queremos; por eso nos esforzamos por hacer ostentación de ese nombre; no ignoramos que se puede ser un buen anarquista sin llamarse tal, pero nuestro movimiento existe ya y mientras estemos en lucha contra el mundo actual, no sólo debemos ser anarquistas ante nuestra conciencia, sino ante la sociedad entera. La palabra anarquía dentro del mundo capitalista es una consigna de guerra, no de paz y de masturbación espiritual. Los obreros sanos de espíritu, los que no fueron envenenados irremisiblemente por el autoritarismo, no tardan en amar la anarquía, más o menos luchando en primera fila contra la injusticia presente y ejerciendo la más amplia y noble solidaridad con los oprimidos y los explotados, sean miembros o no de nuestros sindicatos. En casi todos los países de habla española, los obreros que acuden a la organización van ya preparados de algún modo por la propaganda previa y con un fondo de confianza en la anarquía y en los anarquistas. No todos son filósofos, claro está, no todos pueden dar conferencias sobre el anarquismo; pero el mismo caso es el de los componentes de los grupos de afinidad anarquistas, cuya inmensa mayoría no tienen más que algunas vagas nociones sobre la significación de nuestra idea, lo cual no les impide luchar y sacrificarse y morir por ella. Tenemos en México cien mil obreros organizados en nombre de la anarquía, para la instauración de una sociedad libre; muchos de ellos, campesinos, no saben leer ni escribir; pero cuando se trata de sacrificio y de lucha por esa idea nada tienen que reprocharle los anarquistas más literarios y filosóficos.

En cuanto a que los sindicatos compuestos de anarquistas o simpatizantes no serían más que un duplicado inútil de los grupos de afinidad, nosotros podríamos decir también lo contrario, pues estamos viendo en varios países como se fundan sindicatos que recomiendan la propaganda de la anarquía y en cambio no existen en ellos grupos o no existen más que para organizar sindicatos y orientarlos desde el principio de acuerdo a nuestras ideas y tácticas. En casi todos los países de habla española, repitámoslo, el centro de gravedad de nuestra propaganda está en el movimiento obrero, y en ellos la anarquía va unida a la concepción de un movimiento social de masas oprimidas y explotadas, por eso se explica el que querramos mantener nuestro predominio en la orientación del proletariado. La experiencia demuestra que en los países a que nos referimos, el obrero desorganizado no acude al sindicato en tanto que obrero, sino en tanto que obrero revolucionario; el obrero que no piensa ni quiere la revolución, no acude tampoco al sindicato.

Estimamos que, desde el punto de vista práctico, derrocharíamos inútilmente fuerzas si primero nos dedicásemos a organizar obreros puros, para propagarles luego la anarquía. Tenemos el mismo trabajo para llevar a un obrero puro al sindicato que para llevar a un obrero impuro, es decir, infectado de anarquía. Por tanto, le inficionamos la anarquía simultáneamente con la organización, nos esforzamos por sintetizar ambas cosas y no por dividirlas absolutamente. Y es tal la influencia de nuestro movimiento en los países de habla española que incluso el reformismo sindical, en otros países cacareador de la neutralidad de los sindicatos, o bien quiere hacernos competencia aprobando declaraciones de principios libertarias o bien rompe con la idea de la neutralidad. (Este es el caso de la Unión General de los Trabajadores, *afiliada* al partido socialista español).

Otra preocupación de Malatesta es la desviación a que se ve forzado un sindicato que se interese por las luchas actuales. Tampoco esto nos convence. Nosotros consideramos las luchas actuales por las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores como susceptibles de educar y de fortificar el sentimiento revolucionario de los obreros; no las consideramos como un mal necesario, sino como una acción preparatoria ineludible; el que se desentiende de las luchas del día por el mejoramiento de la suerte de los que trabajan o bien es que su situación personal le permite una existencia libre de inquietudes materiales, o bien es un revolucionario muy platónico. En la mayoría de los países de Europa la acción de los sindicatos se entiende de un modo singular que no compartimos de ninguna manera. Nuestros sindicatos no corren el mismo peligro, porque la lucha entre nosotros no se reduce a negociaciones de comités sindicales con los capitalistas o el gobierno; no vemos por qué el presentar un pliego de condiciones al patrón y declarar la huelga si no lo acepta implicaría un desdoro para el anarquista. Lejos de ser perniciosas las luchas cotidianas de los sindicatos revolucionarios o anarquistas, es en ellas donde se nos ofrece la mejor ocasión hoy para probar nuestras tácticas y métodos y educar las masas en sentimientos de solidaridad, recordándoles siempre sus derechos a las riquezas sociales y su posibilidad de una vida libre, de igualdad y de solidaridad.

El caso de España merece una mención especial. En ella la tradición más vieja del moderno movimiento obrero, es una tradición anarquista por una parte, y por otra socialdemócrata. El anarquismo no fué nunca un obstáculo a la organización obrera, al contrario, fué su aliciente, su razón de ser, el que dió sentido y estímulo a las luchas heroicas de los trabajadores españoles desde hace más de medio siglo. No obstante la finalidad anarquista, nuestra organización obrera de ese país, fué siempre un organismo mayoritario, el eje de las luchas sociales de los trabajadores. Hoy que ha fracasado el sindicalismo en todas partes, como doctrina incongruente y como hecho reformista y traidor, surgen algunos individuos que oficiaron de jefes obreros en estos últimos siete u ocho años y que, para no perder el puesto en primera fila, achacan los errores de que ellos mismos son responsables directos, a la anarquía y a los anarquistas. Uno de sus pretextos para iniciar la reorganización de lo que esos individuos desorganizaron a causa de su irresponsabilidad y de la embriaguez de la fuerza númerica, es que la anarquía aleja de los sindicatos a los trabajadores. Eso es una mentira. Los trabajadores que se alejaron de la Confederación fueron aquellos a quienes se sindicó por el terror de las bandas que servían de instrumentos a los actuales negadores del anarquismo; en nombre de la anarquía la Confederación será siempre un organismo de mayoría, y aunque no lo fuera, no por eso tendría menos razón de ser. Lo que pasa no es más que una vulgar lucha de ambiciones, de predominio personal; los que quisieran alejar de la Confederación la etiqueta anarquista, se esfuerzan de un modo u otro por atribuir al anarquismo todos los males que ellos mismos causaron, para lograr así deslumbrar por un momento a las masas semi-desalentadas después de tantos descalabros y volver a ocupar los primeros puestos del movimiento... y cumplir de ese modo los compromisos contraídos con los políticantes al margen de los trabajadores organizados. Y se han dado maña para hacer aparecer a los anarquistas que se oponen a sus maniobras como perturbadores del orden y aprovechadores de un momento difícil del movimiento para quebrantar la unidad por ellos deseada. Los comunistas podrían decir lo mismo cuando se reacciona contra sus golpes de mano arteros. Pero digan lo que quieran, los únicos perturbadores son aquellos que atentan en este momento contra las tradiciones del movimiento, merecedoras de la más encarnizada defensa. Es ciertamente dolorosa la contienda cada vez más irreconciliable entre los anarquistas negadores de la anarquía dentro de la Confederación española; pero los anarquistas que pueden estar orgullosos de su obra no tienen por qué ceder el puesto a los políticos comunistas o sindicalistas. Y sea cualesquiera que sea el resultado final, de todo desastre originado por estas disidencias, son responsables los que quieren torcer caprichosamente el rumbo del movimiento obrero español.

---

de entusiasmo y de arrojo, que a veces no es más que la sabiduría de los valientes.

Por eso abrigamos escasas esperanzas en la victoria de los huelguistas. Tanto más que las maniobras gubernativas llevan el escondido propósito de destruir las Trade Unions, o por lo menos debilitar en todo lo posible su poder efectivo. Y para eso cuentan con suficientes fuerzas y con feroces recursos.

Pero la conferencia Baldwin-Thomas,, que se celebrara al final de la sesión de la Cámara de los Comunes, con el fin de que los propietarios desistiesen del lock-out y las corporaciones obreras diesen por terminada la huelga general, podría volver la situación al stato quo de antes.

Después de haber mostrado a Malatesta que, si los anarquistas deben quedar en medio de las masas y actuar en las organizaciones obreras numéricamente más fuertes, en los países de habla española tenemos la circunstancia especial que las organizaciones obreras numéricamente más fuertes son las de los anarquistas. Con etiqueta o sin ella, son obra de los anarquistas y serán orientadas por ellos, por consiguiente, si son orientadas de acuerdo a las ideas y tácticas del anarquismo, démonos la satisfacción de ponerles la etiqueta, es decir, de plantar en ellas el símbolo de nuestras aspiraciones, tanto más cuanto que somos de opinión que la revolución será anarquista o no será. Si una media docena de obreros se van, vendrán dos docenas a sustituírlos, porque el proletariado militante no pone los ojos exclusivamente en el presente, quiere también avanzar a la conquista del porvenir y el porvenir por nosotros soñado no repugna al obrero, sino que lo atrae.

¿Es que nuestra táctica — porque el problema, como Malatesta mismo dice, es un problema de táctica — varía sustancialmente, o debiera variar en los países en que somos minoría en el proletariado organizado? Creemos que no. Malatesta dice:

"De acuerdo con los compañeros españoles y sudamericanos sobre la finalidad anárquica que debe guiar toda nuestra actividad social, estoy en contraste con algunos de ellos sobre si conviene o no imponer a los sindicatos obreros el programa, o más bien, la etiqueta anarquista — y, no consiguiendo hacer aceptar de la mayoría dicho programa, se convenga mejor en quedar en el seno de la organización general para hacer propaganda y ejercer obra de control y de oposición en ella contra las tendencias autoritarias y colaboracionistas que se manifiestan generalmente en toda organización obrera, o bien separarse y formar organizaciones de minoría."

Habiendo expuesto las condiciones de nuestro movimiento en los países de lengua española, no volvemos a insistir sobre el mismo asunto. Malatesta cree que donde la mayoría no nos quiere, es mejor quedar allí que retirarnos y fundar organizaciones minoritarias para llegar a ser mayoría gracias a nuestra propaganda. Puede haber casos en que eso sea conveniente, cuando la esperanza de conquistar la mayoría tiene alguna razón de ser. En general, la situación es esta: cuando quedamos perdidos en esos grandes organismos reformistas que agrupan en algunos países de Europa el grueso del proletariado organizado, la eficacia de nuestra acción se reduce a cero, absolutamente a cero. Eso de controlar y de hacer oposición a las tendencias autoritarias y colaboracionistas, no son más que palabras sin realidad alguna. Si queremos sanear un pantano, es mejor que comencemos por fuera, pues si nos empantanamos también en él, estamos perdidos. La iglesia no se combate entrando en los conventos o haciéndonos curas; los partidos políticos, tampoco; las organizaciones obreras reformistas, tampoco. He aquí la realidad: en algunos países, cuando somos una minoría inofensiva en los grandes sindicatos reformistas, se nos deja hablar en las asambleas y hasta escribir algún artículo en la prensa sindical. El camarada Rocker nos ha contado varias veces sobre la gran tolerancia que hay en las Trade Unions inglesas; en ellas puede cualquier anarquista hacer uso de la palabra sin que se le tape la boca de un patatazo; pero esos buenos ingleses oyen hablar a un anarquista como si oyeran llover, y luego obran según los dictados de los magnates del movimiento trade-unionista. Por nuestra parte, entre ir a pronunciar un discurso a una asamblea trade-unionista e ir a hacer lo mismo a la costa del mar, frente al murmullo de las olas, como hacía Demóstenes para ejercitarse, creemos que no hay mucha diferencia. Esa tolerancia es la tolerancia de las arenas del desierto; también allí podemos pronunciar discursos impunemente. En todas partes, sin embargo, no existe la tolerancia de los trade-unionistas ingleses, y tratar de hacer oposición a las tendencias autoritarias y colaboracionistas de los grandes sindicatos equivale a salir con la cabeza rota y eso será todo lo meritorio que se quiera, pero vale más un asno vivo que un sabio muerto. Podríamos contar millares de casos para demostrar a Malatesta que nunca estaremos más aislados de las masas que manteniéndonos en un sindicato reformista incorregible, aunque abarque la mayoría del proletariado organizado. Podríamos invitar a Malatesta a que venga a Alemania a hacer propaganda anarquista dentro de las organizaciones socialdemócratas, que son los organismos obreros mayoritarios, para que pruebe realmente la imposibilidad material de levantar en ellos la voz. Todos los anarquistas que intentaron seguir esa vía, o se convencieron de su error o terminaron siendo burócratas y reformistas. Y es natural, porque en un pantano no se conserva fácilmente la salud; esa es una de las razones por las que no vamos tampoco al parlamento. A propósito de parlamento, estamos tentados a oponer a Malatesta, cuando habla de hacer propaganda en los grandes organismos reformistas, la misma argumentación malatestiana contra el parlamentarismo.

Felizmente, la experiencia práctica de la impotencia de toda acción en el movimiento obrero reformista ha llevado a nuestros camaradas a la idea de organizar un movimiento sindical propio, minoritario, y por medio de ese movimiento se mantiene mucho más el contacto con las grandes masas que de la manera recomendada por Malatesta, y sobre todo permite el desenvolvimiento de una propaganda nuestra para ir minando poco a poco las ciudadelas en que se hizo de los trabajadores soldados de la reacción y del colaboracionismo. Lo que nos diferencia de las organizaciones minoritarias de estos países es que, en lugar de inspirarse en la anarquía, pretenden, como en Suecia, como en Holanda, como en Noruega, basamentarse en las doctrinas del sindicalismo revolucionario, una mixtura que no tiene la consistencia ideológica del anarquismo para hacer frente a las corrientes de autoridad. Hay que prever que nuestra organización sindical sueca llegará a ser mayoritaria dentro de unos años; el núcleo más importante de sus orientadores es sindicalista. Estimamos que habría podido avanzar un poco más y substituir el sindicalismo por el anarquismo con los mismos resultados finales: la descomposición de la hegemonía socialdemócrata en el movimiento obrero y la constitución de una fuerza proletaria para la libertad. Si los iniciadores de ese movimiento hubiesen quedado en los organismos socialdemócratas, hubiesen cantado a la luna y no contaríamos hoy en los países escandinavos con ninguna posibilidad de la vasta propaganda que se realiza en ellos. En cuanto a Alemania, nuestras fuerzas son pocas, pero lo que hay se debe a la organización anarco-sindicalista, un nombre que nos agrada poco, es verdad, pero que no es entendido más que en sentido del comunismo anárquico. Viendo la obra realizada por nuestros camaradas en esos países las recomendaciones de Malatesta nos causan una verdadera pena, porque nos duele ponernos frente a él, cuando son tantos los lazos que nos unen en la concepción de la anarquía.

¿Es que Malatesta quiere cerrar los ojos a estas realidades? Nosotros no discutimos por placer de discutir, sino porque nos es imposible comprender por qué Malatesta difiere de nosotros en una cuestión táctica tan palpable, tan simple, cuya solución se cae de su peso.

Terminemos por hoy: en vista de que Malatesta no confunde el sindicalismo con el movimiento obrero, según se advierte textualmente, dejemos a un lado el sindicalismo, que no lo queremos ni como doctrina ni como hecho, y veamos lo que es el movimiento obrero:

Examinad en cualquier país que se os antoje la situación efectiva: el movimiento obrero se os presenta por una parte como sindicalismo de Estado, por otra como organismos políticamente neutrales en su doctrina y colaboracionistas en la práctica, por otra como apéndices económicos de los partidos obreros, por otra como sindicatos anarquistas organizados y dirigidos por los anarquistas. Un movimiento obrero al margen o por encima de las diversas tendencias que actúan en nombre de la revolución y del socialismo o de la reacción entre las masas proletarias, no existe, y este hecho no hizo reflexionar a Malatesta lo suficientemente como para darnos una respuesta satisfactoria. Y en general, el proletariado organizado es casi en todas partes una minoría, raramente una mayoría. Malatesta, el voluntarista, tiene que reconocer que el movimiento obrero, ese hecho universal no nace por generación espontánea, sino por el esfuerzo de las minorías que actúan en la propaganda y la organización desde diversos puntos de vista. Aunque se diga lo contrario, para cazar incautos, nadie quiere los sindicatos neutrales, y nosotros tampoco los queremos; de ahí que el movimiento obrero para nosotros, no sea una noción abstracta que existe independientemente de nosotros, y de los otros, sino una creación de nuestro esfuerzo y del esfuerzo de todo el que quiera intervenir en las filas de los trabajadores, bien para que lo elijan diputado, bien para buscar en las secretarías rentadas de los sindicatos un modus vivendi, bien para preparar a los hombres por la propaganda, la educación y la acción para salir de este valle de lágrimas y entrar en la tierra de promisión de la anarquía. Otra interpretación del movimiento obrero tendrá que demostrarnos ante todo que se basa en experiencias reales. Nosotros no queremos el movimiento obrero que no quiere la revolución, y si podemos destruirlo, lo destruímos; ahora bien, por revolución se entienden muchas cosas, pero en cuanto se desea un movimiento obrero revolucionario, nosotros, los anarquistas, trataremos de que por revolución se entienda la anarquía y no un gobierno obrero y campesino como el de los bolchevistas o una flamante república alemana — orgullo de los socialdemócratas — con un gran duque a la cabeza.

El mal de estas discusiones es que no se dirigen al gran público, sino a una minoría de camaradas iniciados y esto no es lo que nos haría falta hoy; pero, ¿qué hemos de hacer?

R. TELLEZ BLACUTT

Las virtudes negativas del hombre mediocre

El mediocre, (para Ingenieros y para todos los que hemos leído a Ingenieros), es el hombre prototipo de las muchedumbres, el que sintetiza perfectamente el modo de ser de las turbamultas, el incapaz de sobresalir el medio por estar íntegramente plasmado para formar la parte amorfa, densa y pastosa de los pueblos.

El mediocre, es algo más que una bestia, pero es algo menos que un hombre; es el tipo por excelencia del adaptable y del plasmable, no piensa por sí, y, en su manera de ser, es el reflejo del medio que lo rodea. Es incapaz de levantar la cabeza más alto que los demás, porque toda dominación le es profana; incapaz para sostenerse sin apoyo, porque la soledad y el abandono le causarían vértigo; incapaz para obrar de conformidad a los dictados de su conciencia (siempre rudimentaria), porque la "conciencia plena de las cosas" no es de su dominio...

Resumiendo su aptitudes, se podría decir de él, que es el "imitativo" con todas las serviles virtudes de la adaptación.

En Zoología y Biología, se llama *mimetismo* a la propiedad que tienen todos los animales de tomar para sí alguna o algunas de las propiedades más notables del medio en que viven, con objeto de preservarse de la destrucción...

El mediocre, al amoldarse perfectamente a los prejuicios y mentiras convencionales de su época, ejerce instintivamente el mimetismo psicológico, es decir, disfraza convenientemente su insuficiencia para no perder el equilibrio en el torbellino de la vida; débil e impotente por temperamento o efectos de educación, tiene necesidad de someterse enteramente a la "corriente general", por mucho que no ignore que ésta lo empuja por la pendiente fatal de los prejuicios hacia las profundidades ensombrecidas del error.

De ahí que, no siendo más que una célula pasiva en un organismo viciado, una molécula incipiente en un conjunto que obra bajo el influjo de fuerzas poderosas, no puede poseer la "virtud de la verdad" y viva siempre, de un modo anormal, en medio de las ciénegas inmundas de la hipocresía y la falsía, dos fantásticos biombos detrás de los cuales se ocultan siempre las almas desprovistas de todas las "virtudes de la fuerza"...

De ahí que, no pasando de ser un ente asustadizo y tembloroso, incapaz de oponerse ni marchar en dirección contraria a la de todos, el mediocre, es arrastrado por las turbamultas en dirección de un cementerio de almas fracasadas por un camino de claudicación contrario al de toda dignidad, encarnando, en sus ideales y en sus aspiraciones, (si así puede llamarse a su bastarda manera de pensar y sentir) todas las flaquezas y deplorables debilidades que han caracterizado, en todo tiempo, a los grandes cretinizados "rebaños humanos".

El mediocre, al pensar como piensan todos, y al sentir como sienten todos; al eclipsar completamente su personalidad dentro del poder aplastante de los pueblos y las leyes contradictorias e ineficaces de los hombres; es decir, al hacer el papel de célula muerta en un organismo vivo, viene a resultar como un cuerpo sin alma, o mejor: como un alma llena de falsías y de perversidades encerrada en una caparazón acromática. Porque, "pensar como piensan todos", implica falsear la razón de las cosas, dando a éstas un valor relativo y falso basado en las menos eficaces de sus propiedades, y, "sentir como sienten todos", es erigir en suprema razón de ser de los ideales, a los más bajos instintos de conservación animal y a los más inconcebibles extravíos del afán noble de la "distinción verdadera".

El mediocre, *cree*, (porque no sabe razonar), en la sinrazón de los prejuicios; confunde los valores positivos con los negativos; labora en un sentido perfectamente inútil; piensa en lo que no debe pensar, y, finalmente, sueña y aspira con lo que pudiera constituir la vergüenza y la anulación de una "personalidad superior"... Es esencialmente práctico y odia al soñador; es enemigo de todos los que aspiran y pueden más que él, y tiene un rencor salvaje y brutal para todo lo que brilla con mayor persistencia que las cenizas grises de sus pensamientos.

El mediocre, es característicamente envidioso, rastrero y cobarde; no tiene mayor virtud que la mentira y se sostiene milagrosamente sobre el "tinglado de la farsa", (que es como conviene llamar a esta época de oscurantismo), gracias a la forma perfectamente servil con que se arrastra ante los que pueden más que él y lo dominan.

El mediocre, es uno de los enamorados más pertinaces de la figuración y el renombre efímeros que adjudican los pueblos a los individuos que mejor los encarnan; no desperdicia resquicio alguno para colocarse en planos que no debe estar colocado y, por esto, es capaz de todas las villanías para aparentar la contextura de un hombre honrado.

El mediocre, tiene el culto del oro y del relumbrón efímero de las cosas brillantes y puede amoldarse a las mayores incongruencias ante la fascinación de un montón de libras esterlinas; la comodidad, la holganza y los ficticios placeres de todos los tiempos carentes de la plena vida de la naturaleza, son el ínfimo poderoso hacia el cual convergen todas sus aspiraciones, por todos los caminos, menos por el de la dignidad.

El mediocre, es adorador de su propia pequeñez, y, por eso, la forma más ruda del egoísmo humano, impera, como un fetiche mongólico, en su podrido y deformado corazón. Se admira a sí mismo sobre todas las cosas, y es incapaz del menor gesto ante la tragedia dolorosa de los grandes derrumbamientos sociales.

Desconocedor de la vida, de la verdadera vida del que ha arrastrado sus huesos por todas las playas del inmenso mar del dolor humano, sin haber visto nunca mayores horizontes que los que circuyen su terruño, viendo todas las cosas y la razón de todas las cosas como a través de unos lentes ahumados, juzga, como el juez que no sabe de lo que juzga, y todo

lo considera pequeño, ruín y despreciable como la ruina incolora de su espíritu.

El mediocre, considera sus actos como la voluntad incontenible e invencible que gobierna y dirige los engranajes del universo mundo, no con la serenidad del que se sabe superior a todos los que le rodean, sino con la fatuidad del que cree a todos por debajo de su propia pequeñez.

El mediocre, es siempre ignorante, y, su juicio sobre los seres y las cosas, las causas y los efectos, casi siempre marra... Critica acerbamente al que no sabe calarse bien los guantes, sin fijarse nunca que jamás tuvo un rasgo de piedad, o que nunca supo de la resolución de un problema sobre el por qué de los "diferendos generales".

Conservador y retardatario por excelencia, es el primer escollo que se presenta ante las grandes innovaciones sociales; adorador ferviente de todos los mitos creados y esclavo sumiso de todas las viejas instituciones, se presenta ante los iconoclastas y reformadores, como la barrera infranqueable dispuesto a cerrar el paso aun al mismo carro alado del sol...

Adulador y farsante, verboso y galante, sumamente flexible, se arrastra de rodillas, con la misma maestría tanto ante los vientres galoneados, como ante las prostitutas encumbradas, sin un sonrojo en el rostro, sin una protesta en los labios.

Además, como nunca puede permanecer de pie por el temor de encolerizar al "número" que se encuentra siempre de rodillas, se busca un amo para encadenarse a sus pies y ejercitar las acrobáticas virtudes que posee en las vértebras de su esqueleto de caucho, hecho a todas las genuflexiones y a los más difíciles rastrerismos... Como quiera que su alma, (y con mayor razón que su cuerpo), necesita de las cadenas de la esclavitud para poder vivir respirando el aire viciado del servilismo, (único respirable para sus pulmones), aparte de forjarse sus amos, crea en su mente un ente descabalado y deforme, prototipo de la imperfección, fiel reflejo de su impotencia, para luego colocarlo en el altar supremo de las máximas adoraciones, como al "Supremo Creador" de su triste orfandad y vida miserable... y adora a "Dios" en el mito simiesco que brota de su cuadrada cabeza.

En fin, es el enemigo declarado del Genio, porque éste lo desprecia: grotesco y deforme en su alma, es el antípoda del grande: un hiperbóreo en las riberas de la mentalidad superior... Acostumbrado a las tinieblas, la luz lo mata, y por eso la escupe sin pensar que nada puede la baba inmunda del gusano ante el vuelo prepotente del águila caudal que pasea sus miradas de fuego por sobre un mundo en escombros, desde las escarpadas rocas de una cima rocallosa e inaccesible.

PANORAMA PLASTICO

Nos hallamos hartos de negaciones. No nos es muy grata al espíritu esta función crítica, que rara vez tropieza con motivos donde prender su admiración en un vuelco generoso. Ingrata faena, a fe, la que nos hemos impuesto como un penoso deber.

No obstante la inusitada actividad de las exposiciones, personales y colectivas, el año fenecido fué de una vacuidad desoladora. Las artes plásticas argentinas se hallan en un punto muerto, en una crisis dilatada y que tiene miras de prolongarse aun por mucho tiempo.

Jamás hubo mayor número de triunfadores y jamás esos triunfadores fueron más baladíes y efímeros. Si diésemos oído a las voces laudatorias venidas del extranjero, el enorgullecimiento sería inevitable. Fígari, consagrado por cierto sector de la crítica de París, y también Quintor de la crítica madrileña, por quien se celebró una esquela Martín, por quien se celebró una especie de apoteosis; José Fioravanti alabado sin mesura por la crítica madrileña, la que pudo incluir hasta a Larrañaga y María Elena Bertrand, caen todos ellos en los dominios diplomáticos. Si exceptuamos a Fígari, en quien es reconocible algún valor, los demás no sobresalen del nivel de lo mediocre y de lo pésimo. Estos sucesos de estima, por los cuales se adula la prosperidad agropecuaria del país, los patrioteros, además de bebérselos en serio, se marean con ellos.

Se objeta, en disculpa del raleo de personalidades originales y de la presente flacidez de la labor pictórica y escultórica de aquí, que el fenómeno de la decadencia del arte es mundial. Se citó, por un personaje influyente, — quien ciertamente opinaba con cabeza ajena — que las artes del viejo mundo se hunden en el esnobismo y el escándalo.

Concedamos una pequeña partícula de verdad en todo ello; ya que los manejos de los *marchands* parisienses se están volviendo cada vez más dañinos y perjudiciales contra la auténtica valía de la producción artística; mas no solamente la disculpa se halla fuera de lugar, sino que quienes la invocan son los que menos creen en ella. Al contrario, consideran que nosotros somos superiores, y si no dicen precisamente eso afirman que estamos destinados a inyectar un renovado vigor en la reseca rama del arte occidental.

La exposición ambulante de artistas argentinos, organizada por el normalista Nazar Anchorena, al parecer tuvo por fin principal demostrar a los europeos cultos, que bien poco les quedaba por enseñarnos aún. Hubo hasta el pensamiento *epatante* de asombrar. Y a pesar de los frenos diplomáticos, ni la crítica madrileña ni la parisiense le fué muy favorable, y algunas verdades han sido dichas acerca de esa peregrina muestra, que, entre dos o tres excepciones de real valer, los otros descienden vertiginosamente desde lo mediocre para abajo.

Notamos, así, un gran movimiento para la exportación. No se exporta ganado en pié, ni trigo, ni frutos del país solamente, también exportamos doctores, disertantes sobre los más variados tópicos, y, aún lo más calamitoso: arte autóctono y artistas idem. Uno de éstos, quienes expusieron y se pasearon por el extranjero, descubrió, en compañía de otros colegas del mismo caletre, que nuestros pintores y escultores nada podían ya aprender de sus coetáneos de Europa. El magnífico artista suizo Hodler les mereció el calificativo de affichista.

Se comprenden, pues, las causas del notable atraso en que vegetamos aquí en relación con las cuestiones de arte. Primeramente: esa racha *pour l'exportation* está generando una pintura que apresa y viola burdamente los motivos de la tierra con el fin de labrar mal o bien una especie de *arte argentino* que por lo banal pintoresco llame la atención del extranjero snob a la pesca de exotismos. Segundo: con tan delicioso método para cazar incautos que paguen suntuosamente esos cuadrazos, se falsea, se desvía la verdadera ruta del arte, para convertirla en mera industria. Tercero: esos coronados tan fácilmente por el éxito, allá en el viejo mundo, repantigados sobres sus lareles, no se hallan dispuestos a estudiar, observar y luego nos espetarán espontáneamente esos juicios superficiales, hijor verdaderos de una irreductible ignorancia.

Por otra parte, quienes asomaban un despunte novedoso u original, agotada la primera vena, retrogradaron o se estatizaron en un amaneramiento que decía de la impotencia de renovarse. Los que figuraron como *maestros* antiguos, los Colivadino, Ripamonte, De la Cárcova, los Quiroz y otros, temiendo peligrosas comparaciones no exponen, o exponen muy poco, y algunos prefieren hacerlo en el extranjero, donde con una hábil estrategia diplomática les está asegurada la venta. Los egresados de la Academia de Bellas Artes parece que se conforman con su diploma de profesores de dibujo, y su única mira es explotar la carrera, ya tratando de conseguir una cátedra u optando por dedicarse a menesteres comerciales.

El hecho es que nunca como ahora, hubo menos renovación, para suplantar a los desertores, a los agotados. La explicación es obvia: hace unos cuatro o cinco años, fueron numerosos los jóvenes que representaban incitantes promesas y bellas esperanzas, y como aquí la victoria es fulmínea y tempranera, todas las promesas y esperanzas se malograron definitivamente. La mayoría de estas juventudes, guiadas por el instinto o una milagrera intuición, dieron frutos agridulces — simpáticos por la frescura de sentimientos e intenciones, realzada por una factura franca y resuelta — ya que todavía en esa edad la duda no nos muerde y no nos hace vacilar, — pero un poco más tarde, cuando empezaron a abordar obras de aliento, les faltó una preparación sólida, y se vieron en la dolorosa obligación de claudicar. Puede ser que haya quien se rehaga con el andar del tiempo, si se somete a una disciplina férrea de estudio, aunque ello parezca un tanto improbable. Uno de los ejemplos más típicos y que resume todos los vicios y defectos de nuestra educación artística, es el de *un pintor*. A los ventiún años pintó un retrato, de pié, de manera casi magistral, y en este último salón, después de unos nueve o diez años, presentó un cuadrazo sin calidades pictóricas ni estro, algo así como una horrorosa oleografía. Se supone que un artista en plena juventud, de haberse ceñido a un estudio severo, aun insignificantemente hubiese evolucionado, siquiera en la parte formal y exterior de la pintura. Y casos como éste, abundan. Son incontables en la muchachada artística, por ser la pereza mental uno de los achaques más difundidos entre ella.

Son muchos los que creen en el ejercicio continuado a lo faquín, acarreando pintura de la paleta a la tela, y no comprenden que es una calistenia como cualquier otra, obrando únicamente en las facultades mecánicas. La culpa más grande se halla en los maestros. Ninguno de ellos les indicó la necesidad de los estudios paralelos, en los libros, en el natural, en el taller, en los museos, poniendo a contribución, simultáneamente, los sentidos más vivos de la criatura humana. Por eso hemos combatido la academia y los académicos, y pregonamos la urgencia de la creación de talleres libres, dirigidos y profesados por artistas independientes, quienes inculcarían los métodos más modernos, que renovaron la enseñanza de las artes plásticas en Rusia, en Bélgica, Italia y Francia.

Es una iniciativa factible de realizar, pero son demasiados los intereses creados para que algún día se la ponga en práctica.

SANTIAGO L. PALAZZO — "Interior"

¿Cuál acontecimiento pudo tener las resonancias de un verdadero espectáculo de arte? En las muestras colectivas de artistas extranjeros, la más homogénea, la más depurada, denotando un esclarecido discernimiento y un innegable buen gusto, fué la organizada por Domingo Viau. Nos trajo un Monet, de la época de Londres, una marina de grises nacarados, de armonía suavemente ensordecida; dos Raffaelli, un paisaje urbano de atorbellinada coloración, con toda la vivacidad de un gran croquis y una colección de Carriére, dibujos y óleos, algunos de una bella ternura y de sabio arabesco de luz y sombra.

Las demás exhibiciones colectivas de arte extranjero, casi todas respondieron a puros fines comerciales, sin la excelencia de las producciones. No vale la pena nombrarlas. Las personales de artistas europeos, la de Lucien Simon, resultó después de todo, la más valiosa, desde el exclusivo punto de vista pictórico. Eran acuarelas magistralmente tratadas resintiéndose de una superficialidad que no penetraba más allá del elemento pintoresco. Los Palmaiola, los B. Gili Roig y otros más o menos como ellos, representaron la pintura corriente y moliente, algo así como un depurativo y una reacción para incitarnos a gustar de las buenas telas de los grandes maestros.

Las exposiciones personales de los artistas argentinos, casi ninguna rebasó de una línea común. Excepto Irurtia, con sus cabezas femeninas, los demás no sobrepasaron, en sentido de progreso, la labor realizada en otros años. Parmozzi, Octavio Pinto, Cordiviola, todos pintores de cierta expectabilidad, no lograron superarse. Vena, siempre extático en su manera y Botti perdiendo un poco la frescura de sus primeros años juveniles, en la perfección de un minucioso oficio, la retórica del pintor velando la elocuencia de la emoción. Confesaremos, pues, que la muestra Pettoruti, al finalizar el año, en los "Amigos del Arte", fué forzosamente la mejor, por la armoniosa corrección de sus cuadros, admirablemente

compuestos en un orden decorativo; es decir, sacrificando el análisis profundo y emocionado del color, por la extensión a decorarse con el arabesco del dibujo.

El Salón Nacional nos sorprendió, como siempre, por la descabellada adjudicación de los premios, salvo Guillermo Butler y Macaya, y también por la inesperada revelación de dos personalidades desconocidas, y de una singular originalidad. Nos referimos a Juan del Prete y Víctor Pissarro. Juan Tapia envió un paisaje que fué incontestablemente uno de los de más valor pictórico del Salón. Reducido en tamaño, pero lleno de sugerencias en su armonía de grises dorados, El Tabaquillo, demostró de una vez las relevantes condiciones plásticas de este pintor, quien posee el escondido sentimiento de un poeta. Falcini y Caratella Manes fueron las dos notas más poderosas del Salón, en la sección escultura. No hemos de repetirnos, lo que dijéramos en otra oportunidad. En arquitectura, sólo dos nombres se destacaron en una obra común: Alberto Presbich y Ernesto Vautier.

La sala de independientes, alevosamente organizada por la comisión de Bellas Artes, se inauguró semanas después del cierre del salón oficial. Los concurrentes chocaban irrisoriamente contra ese título, quienes, no teniendo nada de independencia mental y artística, se cubrían con ese rótulo como con una hermosa hoja de parra. Era para despistar, aunque las obras los contradijeran. Y entre lo malo y lo aberrativo, hubo dos expositores que atrajeron la atención, en cierta manera. Juan Antonio, con un retrato y dos paisajes; uno de ellos, un panorama de techumbres, una vista urbana, que constituía un hallazgo de armonía fría y dibujo esquemático apropiado a la expresión tediosa del tema. Xul Solar, el otro; espíritu verdaderamente culto e independiente, exponía tres acuarelas. La emoción del color se aunaba a la ideación fantástica del asunto: sensaciones cerebralizadas, engastándolas en una atmósfera de cuentos de hadas.

Esta es la suma y cifra de las ruidosas manifestaciones artísticas del año fenecido. Es un desalentador resumen, y tememos que nos toquen temporadas peores. Esto sucederá hasta que no sea barrida toda la caterva de señores que hicieron de la cosa de arte una función burocrática.

Y para ello deberán transcurrir años, puesto que los viejos *maestros*, cargados de puestos vitalicios, cátedras y otras gangas parecidas, son reemplazados por jóvenes *maestros* con iguales o más intensas ansias de medrar.

Requiescat in pace. Es nuestro responso, escanciado sobre el cráneo de tantos cadáveres que comen, beben y andan. La mezquina corruptela del régimen vigente, hace nacederos estos fenómenos. Los que nos conservamos incólumes al margen de ellos, nos dejan en absoluta indiferencia; ni pasión ni celo experimentamos contra tanto *triunfador*.

Billibalb Krain — **SIN HOGAR**

Los hermanos Palazzo, pintor y escritor

Los hermanos Palazzo, Santiago y Juan, pintor uno y el otro escritor, son uno de los casos artísticos más extraordinarios que se produjo hasta ahora en la Argentina. Hemos dicho extraordinario, y añadiremos también único, por las circunstancias de precocidad artística, de pobreza y de vida empavorecida por todas las grandes desventuras.

Enquistados entre las paredes sonoras de ese gran corazón del pueblo, hecho de roña y barro, que es el conventillo, carne de conventillo y de miseria ellos también, se diferenciaban de sus coetáneos de galera por la sensibilidad finísima y una inteligencia ávida de aprender. Se diferenciaban, además, de los otros pensionistas del inquilinato, por esa capacidad de absorber el dolor ajeno en cantidades inusitadas para el común de los mortales. Habían nacido en el duelo y en la pena; la desnarigada les solía visitar a menudo para conducir suavemente al reino de los abismos siderales algunos de los suyos, y éllos podían sobrecargar, enjugar los dolores de los demás y vivir aún con la sonrisa en los labios, engolfados, embebidos en sus tareas de arte: dichosos solamente en el acto de la creación.

Y el abscóndito valor de sus obras se halla ahí: en haber amado mucho, haber sufrido mucho, sin jamás exhalar una queja ni lagrimear sobre sus íntimas lacerías, ni dar el traspié fatal de los miserandos: es el silencioso, el secreto heroísmo que nos endurece, ennobleciéndonos. Un amor, cuando es activo e iluminado, abre la exclusa de la clarovidencia y nos baña el mundo con una luz nueva, y el caso de los Palazzo es un caso de un gran amor, hasta el delirio, por su arte, y amor por todas las cosas más ínfimas, terrenales, feas y humildes, abrazando a todos los seres que les rodeaban. Y también odio, odio contra lo vulgar, lo malo, lo perverso. Quizás nunca se ha comprendido bien que el árbol del gran amor, cuanto más intensa es su floración, más necesita hundir sus raíces en el limo salobre de los odios enardecidos por injusticias irritantes.

Se cuenta, por ejemplo, de Santiago que malquería y rara vez le dirigía la palabra a un pintor pariente suyo, de cierto renombre, — premiado en algunos certámenes — por el simple hecho de merecerle su obra pictórica una pésima opinión. Pudo ser una chiquillada, pero demuestra su altiva intransigencia y que con encendidos celos velaba cándidamente por los fueros de su querida pintura.

De los dos, la labor más honda y compleja fué alcanzada por Juan, el escritor, con su único libro de novelas y cuentos, "La Casa por Dentro". Santiago tiene en su atenuante la circunstancia de la furiosa brevedad de su ejercicio plástico en unos pocos años de trabajo, y que murió muy joven, a los veintiún años, siendo casi un niño.

En una visita que hiciéramos a la casa de la familia hace unos dos meses, con dos pintores y un escritor, quienes algunos conocieron en vida a los malogrados hermanos, hubimos de maravillarnos a conciencia, pensando: ¿qué no hubiese podido realizar ese muchacho pintor, si en edad tan temprana logró acertar con notas tan justas de carácter, de color y de composición? Le era innato el sentido del dibujo, algo instintivo de quien dibuja con la naturalidad absoluta con que respira y habla. Veía todo por masas, que agrupaba con graciosa proporción. Se dice que jamás frecuentó academia alguna y todo lo aprendió al margen del obligado trabajo cotidiano. Hemos contemplado algunos carbones, y nos han sugerido la medida de la potencialidad de su temperamento. Nada desnuda tanto el alma de un artista como esos apuntes febriles donde se entrega y se abandona totalmente. Un cuadro, una composición, siempre se la trabaja con vistas al público o a la próxima exposición; en cambio, los bocetos, los apuntes, se hacen ante la realidad, urgidos por el instinto pictórico. Por eso son indiscretos. A veces descubren calidades, que en las grandes telas se hallarían ocultas, difusas y desperdigadas. Pero si la cartera íntima de un artista, con sus fracasos y aciertos, nos deja adivinar lo que podría ser, los cuadros con la materialidad del procedimiento, nos dicen lo que en realidad es, con sus limitaciones y defectos.

Y sus cuadros de gran tamaño, donde aborda la composición, son esfuerzos de un verdadero pintor de raza. Se evidencia una personalidad que intenta andar sola. Se notan rezagos de admiración hacia Zuloaga en el lienzo con la figura de mujer sentada y el violinista de pié. En la otra composición, que es posterior y quedó inconclusa, existe más libertad de factura, y los verdes crudos y los tonos gritones se amalgaman en una armonía primaria y ruda, pero placentera por la sana franqueza. Se nota que Santiago tenía prendida en los ojos la imagen plástica con la cual revestiría el retazo de naturaleza elegido, otorgándole una modulación nueva: la suya. Hay cuadritos tan sentidos, de una gracia natural y de un equilibrio de tal modo armonioso, que se dirían pequeñas obras maestras. Por ejemplo, el "Interior" representando una velada de muchachos, sumido en una atmósfera de calidez, en cuyo fondo sonoro canta el color quedamente.

A pesar de todo, este muchachuelo permaneció todavía en el aspecto exterior del problema plástico. Le inquietaba el movimiento y el color: el movimiento, no por el carácter existente en él, sino en función dinámica, y el color, como manchas felices, mas no como una armonía total. Esto, en tal verdor de juventud, era irremediable. El arte pictórico es el que menos soporta las precocidades.

Sin embargo, su labor pictórica, vista en conjunto, alcanzó a poseer el grado de perfección necesaria para que resultase una verdadera obra de arte. Es un valor duradero dentro de la pintura argentina de hace unos quince años, y que se irá aquilatando con el tiempo. Hagamos notar que, modesto como fué, ejerció una saludable influencia entre los artistas que trabajaron con él. Se lo imitó un poco en la particularidad de sus escenas y en el movimiento de sus personajes.

Santiago Palazzo fué una pérdida irreparable para nosotros, los artistas independientes, y también para el arte nativo. Quedará definitivamente con los de Malharro, Silva, Navazio, Lamanna; no como otros ilustres difuntos, y sí como artista de vida perenne. El Museo no posee una sola obra suya. Debe poseerla; por lo menos una tela grande y chica. La monografía documentada y amorosamente escrita, la emprenderemos el día que alguien se comida, proporcionándonos los documentos y datos necesarios.

Distribución de los frutos del trabajo...

Juan Palazzo, no sabemos si por mayor edad, demostraba la madurez intelectual de un escritor que sabe lo que quiere y lo realiza de acuerdo con sus medios de expresión, superando en alcances profundos a su hermano Santiago.

En el proceso de creación, asistidos ambos por la misma musa de dolor y miseria, Juan es más completo que Santiago. Penetra más a fondo sus temas de arte. Los desarrolla armoniosamente en un intento de componer y situar las figuras en sus respectivos planos. Los caracteres surgen nítidos, y un rasgo le es suficiente para hacerlos inolvidables. Tómese la novela *Redención*, la mejor, la más completa y equilibrada del libro. Carola, muchacha del pueblo, por su rústico sentido de poesía parece que su alma la amasó el autor con las palabras más fraganciosas, dictadas por sentimiento innato de poeta. Siendo pura, tierna, sensitiva, *primorosamente sensitiva*, "con las manos alargadas en todos los momentos para acariciar al recién llegado", era fatal padeciese el calvario de ser engañada; que se casara venciendo invencibles repugnancias, con el repulsivo Plano, para cumplir el mandato de la madrastra, quien, a punto de morir deseaba verla a salvo de toda contingencia; y luego siguiera la trayectoria de la caída final, obligada por su marido, Plano, y redimirse a medias por la amistad de Palleros.

Todos los personajes que actúan en esta novelita se desenvuelven en una esfera de acción única, destacándose con poderoso vigor en virtud de los contrastes. Ya sea el Gastón Bordenave, *romántico* enamorado, quien toma lo que le parece, y cuando se harta se despide con una bofetada; o el canalla Plano, la madrastra, y el redentor Palleros, de carácter bueno e inofensivo, son figuras bien estudiadas. Por eso, ni por un instante tienen un gesto en falso, ni se escapan de su esfera de naturalezas vivientes.

Percibimos muy bien que si se trata de ciencia y de estudio, de enconadas búsquedas por las tremantes veredas de la vida, este muchacho heroico se arrancó los héroes de su corazón y les insufló la sangre de su espíritu. De ahí la profunda naturalidad con que blasfeman, se putean, se embriagan, se entregan, aman toda esta galería de seres tristes, trashumantes polichinelas de la sentina social. Y las demasías de lenguaje, las palabras que hieren y golpean como guijarros, ¡cuán oportuna y fuertemente colocadas! Nos hallamos lejos de las exageraciones realistas, de las truculencias y de la acumulación cuantitativa de calamidades y catástrofes de los maestros de la joven generación.

Es extraño y curioso, teniendo un modelo tan cerca y a mano, como es el libro de Palazzo, se recurra a fuentes extranjeras en demanda de nuevos patrones y modelos literarios. Nos referimos, exclusivamente, a quienes hacen profesión de literatura realista. Mucha gente ha perdido el don de leer y catar, discerniendo entre lo bueno y lo malo. En una palabra, la mayoría lee con fines de saquear

la paja y el trigo, y siempre se le huye al elemento interior.

Este elemento interior, esta atmósfera poética que impregna todo el libro "La Casa por Dentro", es lo que debería adoptarse como modelo ideal. No la letra ni el ritmo exterior, ni las posturas sentimentales de los personajes. No obstante que, como procedimiento literario de sobriedad y de acción verbal, podía ofrecer más de un buen ejemplo.

En fin, existe un acuerdo absoluto y armonioso entre las ideas, las sensaciones y los sentimientos y la expresión que las corporiza, cuajándolas verbalmente.

El ángulo moral que Juan Palazzo empleó para contemplar la vida, es de un pesimismo salobre, de un amargor que, si momentáneamente nos acibara los labios y nos infunde asco y vago terror, por ciertos aspectos demasiado crudos de la existencia proletaria, nos tonifica con el aletazo de latente rebeldía. Existe una sorda protesta, una muda protesta, que así como se dirige directamente contra los hombres lo hace también contra el destino ciego, creador inconsciente de tanta y tanta inútil fealdad y humanas monstruosidades.

Hay finales de novela hondamente desoladores, que no so son por voluntad explícita del autor, sino por la concatenación inevitable de una serie de circunstancias: es decir, está muy lejos del cálculo y del efecto buscado para impresionar al lector, y no intentando enmendar los incongruentes designios de la vida, deja que el ciego destino de cada criatura se cumpla libremente. El preconcepto está descartado; el afán de catequizar, de adoctrinar, también. Es un realismo, a veces de inaudita desnudez y crudeza subjetivado por un temperamento reflexivo de poeta.

De lo más oscuro del informe bloque del pueblo se desprendieron, se elevaron y se desencantillaron en un esfuerzo hercúleo, estos muchachos de faz macilenta y de ojos de iluminados, para reflejar en el azogue tembloroso y brillante de su arte el dolor, las angustias, el sufrir incesante, la arrasadora y embrutecedora miseria de sus hermanos en pobreza.

Crearon héroes porque ellos fueron heroicos en todos los trances de sus no muy gratas existencias. Es la suprema ley, para todo verdadero creador: ser héroe, cotidianamente contigo mismo, entonces la materia heroica será dúctil arcilla en tus manos.

"La Casa por Dentro" sigue siendo, para nosotros, uno de los valores únicos de la literatura argentina, en su faz vernacular, y a Juan Palazzo lo colocamos en el cielo de nuestra admiración, con Evaristo Carriego.

At.

***

Huelga de esposas...

Una breve noticia cablegráfica, leída al azar en un diario, nos informaba que en Inglaterra millares de mujeres se declararon en huelga contra sus respectivos maridos, hermanos y padres, obreros de las minas, porque perseveraban en la huelga emprendida ante sus patrones.

Glosemos con tiento esta información, dada la afición extraordinaria de los corresponsales en abultar cualquier hecho, y si fueron una centena estas mujeres huelguistas, las convertirán en muchos millares.

Un suceso de esta laya es probable, acaecible y posee innegables visos de verosimilitud. El mecanismo cerebral de la mujer vive constantemente en el presente; se nutre de lo inmediato y de todo lo que es apariencia, contemporaneidad. El hombre, hasta el de un talento mediano, vive más en el futuro, que en lo actual. Tiene capacidad para proyectarse más allá de las preocupaciones cotidianas y domésticas. Además, su función de progenitor es accidental. Frecuentemente el hogar y la familia le absorbe menos dedicación y tiempo que su trabajo, o lo que pueda ser su tarea vocacional. Recurramos a los arquetipos de la especie para ser más claros y convincentes.

Carlyle, en una confesión póstuma, declaró que hallándose bajo el mismo techo con la que fué compañera de toda su vida, rara vez se veían. Es decir, se encontraban en las horas prescriptas del desayuno, del almuerzo y de la cena, pero en realidad no se *veían*. La labor ciclópea de pensar y crear hubo de abstraerlo durante la mayor parte de su existencia. Entre ellos nunca medió más que una amistad platónica. Al final de su vida, conversando con Frank Harris, su biógrafo, se reprochaba de haber sido tan inhumano y de no haberse percatado del crimen cometido al sacrificar esa criatura a un mito como puede serlo el arte frente a la vida y el hecho de escribir libros. Y, quejoso, exclamaba en italiano:

—¡Ah, povero di me!

Si citamos este episodio que constituye uno de los casos extremos y no comunes, es para poner un ejemplo típico, del cual se podrá derivar infinitas gradaciones. La entelequia hombre podrá ser un animal sociable como lo es en general la criatura humana, pero doméstico lo será a regañadientes, obligado por necesidades sexuales, más que paternales. Y este fenómeno se verifica con más evidencia por las condiciones que ofrece la sociedad actual constriñendo, ahogando el amor desinteresado, espontáneo y libre.

Al contrario, la mujer, por su constitución fisiológica, es una bestiezuela eminentemente hogareña, doméstica. Toda su vida la llenará un hombre o varios, según las circunstancias o el temperamento. Su incesante preocupación es el amor y la maternidad.

Por ello se habló de inferioridad, con respecto al hombre, cuando la misión que les fué asignada a ambos por la naturaleza, los hizo distintos en su conformación fisiológica. Por fisiología, la mujer es ultraconservadora, dejando de lado numerosas excepciones de marimachos. El hombre lo podrá ser en otro orden, intelectualmente, pero nunca lo será por la fuerza fatal que le encadena irremediablemente a la roca de su estructura fisiológica. Y ellas son así, a pesar suyo, a pesar de las protestas de su ser pensante y sentimental, porque obedecen a una ley inflexible, como son las leyes naturales.

En este incidente huelguístico, si es cierto que aconteció — hubo esa fuerza oscura, avasalladora, que impele a ese millar de mujeres a ponerse de lado de sus enemigos, los patrones de minas, al tratar de contrarrestar la acción reivindicadora de sus maridos, hermanos y padres.

Debíamos explicarnos esta extraña traición, que sacrifica lo temporal, el alimento de unos días, a un futuro mejor, y al sentir necesidad de razonarlo, lo hicimos aun a riesgo de proferir algunas perogrulladas.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

(*Continuación*)

La idea del anarquismo como doctrina de la nueva vida humana en su evolución social e individual y en su creación, se encuentra en tanto que idea, por la cual es fundamentada teóricamente la verdad indiscutible de la naturaleza del hombre y en base a hechos irrefutables, indestructibles es descubierta toda pústula de la injusticia de la sociedad contemporánea; la idea del anarquismo, decimos, se encuentra en los cuadros de la vida presente en la mayoría de los casos en situación ilegal, raramente en forma semi-legalizada: pero completamente legal no existe el anarquismo en ninguna parte.

Esto se explica por el hecho que en el período actual del desenvolvimiento de la sociedad no vive su propia vida, sino la vida del amo y del esclavo: del Estado. Sí, más aún: la sociedad se ha despersonalizado completamente. En realidad no existe. Todas las funciones, toda la edificación y creación en todos los dominios de los asuntos sociales han pasado al Estado. Este es tomado hoy por la sociedad misma. Un grupo de hombres que, dejando a la humanidad entera desnuda, se ha elevado por encima de los demás y ha creado "leyes de vida" artificialmente para esa humanidad, se presenta ahora como sociedad humana. El individuo en la masa que cuenta tantos centenares de millones, no es nada en comparación con ese grupo de ociosos que llevan el nombre de gobernantes y de dominadores de la política, de la explotación y de la opresión. Esos chacales que han perturbado y subyugado el mundo — los gobernantes de la derecha y los de la izquierda — los burgueses y los socialistas de Estado — esos no quieren comprender la gran idea del anarquismo.

Los primeros, es decir los burgueses, también los socialistas de Estado de todas las tendencias, incluso los colectivistas que se han puesto el nombre de comunistas o bolchevistas, están dispuestos a cambiar mil veces los nombres de la dominación de los unos y de la esclavitud de los otros en esta sociedad, modificando esos nombres según las circunstancias en sus programas, pero sin embargo lo esencial permanece en pié y se reconoce claramente el ensayo para encontrar una reconciliación de las contradicciones naturales en la asociación de dominación y esclavitud. Y aunque saben que esas son contradicciones irreconciliables, las conservan para que no se manifieste prácticamente en la vida el gran ideal de verdad de los anarquistas comunistas.

Los socialistas y los comunistas de Estado han decidido en sus absurdos programas que hay que libertar ineludiblemente a los hombres desde el punto de vista "social"; en este dominio se puede admitir también un desenvolvimiento de su vida social. Pero que el hombre obtenga la completa libertad espiritual, que el hombre sea libre en el sentido humano y no sea súbdito más que de su conciencia, de las leyes naturales de la naturaleza humana, sobre eso no hablan; pero se ocupan, en cambio, con los burgueses de que no se realice una tal liberación del hombre especialmente sin la tutela de su poder, bajo ninguna circunstancia.

Pero una "liberación" bajo la dirección suprema de un poder cualquiera, en especial de un poder político, sabemos muy bien qué clase de sofisma es.

El burgués, que no ha puesto nunca las manos en el trabajo efectivo de la producción de todo lo útil y lo hermoso que necesita la humanidad, dice ordinariamente de los que trabajan: el esclavo debe seguir siendo esclavo. Nosotros, que tenemos un capital tan grande a disposición, en la industria y en la agricultura, no podemos realizar ningún nuevo principio de la vida social. La vida actual es para nosotros completamente buena. Ante nosotros se inclinan todos: reyes y presidentes, gobiernos y la mayoría de los sabios; pero los esclavos son vasallos suyos...

No — dicen, al contrario, los socialistas burgueses y los comunistas de Estado, — en eso no estamos de acuerdo. Y se dirigen a los que trabajan y los organizan en partidos, los llaman a la insurrección, a la sublevación, y dicen: arrojad de su poder a los burgueses y dadnos a nosotros los socialistas y comunistas de Estado, el poder; queremos obrar en vuestro favor, queremos libertaros.

Y los trabajadores, que por su naturaleza odian el poder más que a los ociosos que se sirven de él, sienten arder en sí el odio al poder. Se levantan, hacen revoluciones, destruyen el poder, derrocan a aquellos que lo representan.

Y luego, sea por ingenuidad, sea por torpeza, dejan que los socialistas lleguen al poder. En Rusia se ha dejado a los comunistas de Estado apoderarse del poder político.

Y luego, esos vulgares jesuítas, esa inmundicia humana, esos verdugos de la libertad matan, fusilan incluso a hombres inocentes. Fusilan lo mismo que hicieron los burgueses y parcialmente aun se muestran peores.

Fusilan a los hombres para subordinar a los que piensan de otro modo, como individuos o como masa, a su poder; para sofocar para siempre el espíritu de la libertad y la voluntad creadora en los hombres; para hacer de ellos esclavos espirituales y lacayos físicos para un grupo de canallas que han montado en el trono de los poderosos derribados y se crean sin remordimiento de conciencia una guardia para su protección, y para asesinar a los hombres libres. Y con ayuda de los asesinos subordinan a sus caprichos la vida del hombre y la gobiernan.

Y bajo el peso de las cadenas, del nuevo "gobierno obrero" socialista, el hombre sufre y suspira. En otros países suspira bajo el yugo de los socialistas que se aliaron con la burguesía, y suspira bajo el yugo de la burguesía misma. Suspira en todas partes, y suspira como individuo y como masa de millones y millones de seres.

Suspira toda la especie humana bajo el yugo de la violencia y de su locura política y económica.

Suspira — pero raramente se preocupa alguien desinteresadamente de sus suspiros. Los verdugos nuevos y viejos son fuertes, son fuertes intelectualmente, son fuertes también físicamente y los medios para el mantenimiento de sus fuerzas son eficaces en ellos. Todo lo que se les opone saben apartarlo a tiempo.

Y el hombre, que manifestó por un momento su voluntad creadora, que se levantó por sus derechos a la vida, para lidiar por una vida libre y dichosa, cae de nuevo bajo el yugo de la opresión y bajo la desesperanza nacida de la opresión; deja caer las manos ante sus verdugos, aun cuando los verdugos le echan el lazo al cuello.

Y el hombre cierra servilmente los ojos cuando los verdugos, para completar su triunfo, hacen poner la cuerda en su cuello.

Sólo el hombre que se ha forjado sus convicciones de las graves condiciones de su vida personal y de las observaciones de la vida espantosa de la especie humana, es decir, las convicciones de que los demás hombres son sus hermanos, que la libertad del hombre no debe ser menos intangible que su vida; sólo el hombre que está dispuesto a conquistar esa libertad y a defenderla, que está dispuesto a poner fin a la existencia de todo gobernante y verdugo (si no renuncian voluntariamente a su infame oficio de abreviar la vida de los demás), sólo ese hombre es libre. Un hombre que, como objetivo de su lucha contra el mal de la sociedad actual, no quiere un cambio del poder del verdugo burgués en un verdugo socialista o comunista, ni una "república obrera" (como se llama ampulosamente esa villanía por los bolchevistas), sino la instalación de una sociedad verdaderamente libre, or-

ganizada sobre los principios ponsabilidad personal y que todos en la misma medida la libertad y la justicia social. Sól bre tal es un anarquista revo Contempla sin temor los actos de verdugos y de igual modo pr sentencia de muerte con estas "No, así no puede ser. Rebela nos esclavizados, arriba, a la re tra todo poder, destruid el po burguesía y no toleréis que s el poder de los socialistas y c Destruid todo poder y arrojad a sus representantes. Vuestros debéis buscarlos entre ellos".

El poder de los socialistas tas de Estado no es menos i el poder de la burguesía.

Incluso hay momentos en qu de los socialistas o de los com Estado es más infame que el p burguesía. Entonces se rompe xión con la idea de la vida. E sotea también sus propias ideas las ideas del comunismo de Es socialismo.

Se divorcia de todo sano pe y luego echa mano en secreto diciones fundamentales del po burguesía. Y porque echa mano to a ellas, no quiere mostrarlo sas gobernadas por él. Y como las masas en nombre del soci peor que cualquier otro gobi las masas humanas observan e dignación nace en ellas. Luego se arroja sobre los rebeldes c furor de su impunidad y los oprime sangrientamente y los supuestamente, en el nombre ideas, las ideas del socialismo munismo estatal. Pero en re ideas habían sido arrojadas ya dar, interviene como poder de ese momento, sean cualesquier las ideas de aquellos a costa de e impuso y contra los cuales

Errico Malatesta

EN EL

Asegurad a todos los medio mente, dad a las mujeres liber de su persona, destruid los prej que vinculan a hombres y mujer tenencias que se derivan de la petúan — y las uniones sexu amor, durarán tanto cuanto du rán más que la felicidad de los de la especie.

Ambrosio. —Pero en suma, las uniones perpetuas o tempor separadas y la variedad de las promiscuidad completa?

Jorge. —Nosotros queremos

Hasta aquí las relaciones s to la presión de la violencia económicas, de los prejuicios cripciones legales, que no es p modo de relaciones sexuales qu estar físico y moral de los indi

Ciertamente, una vez elimin hacen hoy artificiosas y forza hombre y mujer, se constituirá ral sexuales que serán respetad sino por la convicción, funda que satisfacen el bienestar prop

¡Pero eso no puede ser má bertad.

Ambrosio. —¿Y los hijos?

ganizada sobre los principios de la responsabilidad personal y que asegure a todos en la misma medida la verdadera libertad y la justicia social. Sólo un hombre tal es un anarquista revolucionario. Contempla sin temor los actos del Estado de verdugos y de igual modo pronuncia su sentencia de muerte con estas palabras: "No, así no puede ser. Rebelaos, hermanos esclavizados, arriba, a la rebelión contra todo poder, destruid el poder de la burguesía y no toleréis que se instaure el poder de los socialistas y comunistas. Destruid todo poder y arrojad de vosotros a sus representantes. Vuestros amigos no debéis buscarlos entre ellos".

El poder de los socialistas o comunistas de Estado no es menos infame que el poder de la burguesía.

Incluso hay momentos en que el poder de los socialistas o de los comunistas de Estado es más infame que el poder de la burguesía. Entonces se rompe toda conexión con la idea de la vida. Entonces pisotea también sus propias ideas, es decir, las ideas del comunismo de Estado y del socialismo.

Se divorcia de todo sano pensamiento y luego echa mano en secreto a las condiciones fundamentales del poder de la burguesía. Y porque echa mano en secreto a ellas, no quiere mostrarlo a las masas gobernadas por él. Y como engaña a las masas en nombre del socialismo, es peor que cualquier otro gobierno. Pero las masas humanas observan eso y la indignación nace en ellas. Luego el poder se arroja sobre los rebeldes con todo el furor de su impunidad y los abate, los oprime sangrientamente y los degüella supuestamente, en el nombre de sus ideas, las ideas del socialismo y del comunismo estatal. Pero en realidad sus ideas habían sido arrojadas ya al muladar, interviene como poder de Estado en ese momento, sean cualesquiera que sean las ideas de aquellos a costa de los cuales se impuso y contra los cuales se dirige ahora con ayuda de los viejos medios desfigurados de la burguesía. En tales momentos el gobierno de los socialistas o de los comunistas es más infame aún que el de la burguesía; pues en tales momentos no tiene su propio cauce; y mientras que el poder de la burguesía hace subir al cadalso a los revolucionarios que no le reconocen, el poder de los socialistas o comunistas los mata a traición, simuladamente, o los degüella durante el sueño. Sólo en el acto son ambos infames; pero por la forma como lo realizan — el poder de los socialistas y comunistas es más infame.

Como la mejor confirmación de todo lo dicho puede considerarse toda revolución política, cuando la burguesía, los socialistas y los comunistas estatales luchan en el respectivo país por el predominio político, atrayéndose en ese camino las masas populares.

La confirmación más luminosa e instructiva de lo dicho sobre el poder gubernativo está en las consecuencias de la actividad de los socialistas y de los comunistas rusos en las dos revoluciones rusas, la de febrero y la de octubre.

Cuando las masas laboriosas de la Rusia imperial se sintieron semilibertadas, en el concepto político, de la reacción zarista y de los terratenientes, aspiraron a la completa liberación. Expresaron parcialmente su aspiración en la forma de expropiación de la tierra de los terratenientes y de los conventos y cediendo esa tierra expropiada al usufructo de aquellos que querían trabajarla sin fuerzas asalariadas, parcialmente por la declaración de algunas fábricas, establecimientos, imprentas y otras empresas sociales como posesión de aquellos que trabajaban en ellas, después de lo cual se hizo el ensayo de crear entre el campo y la ciudad relaciones libres y fraternales de cambio. Y naturalmente no querían tener en cuenta para sus planes y su sana aspiración que había en Kiew, en Karkof o en Petersburgo algún gobierno.

El pueblo aspiraba independientemente a echar los cimientos de una nueva sociedad por intermedio de sus organizaciones obreras, que a los ojos del pueblo expulsaría de sí en el desenvolvimiento de dicho organismo social todo lo parasitario y lo gubernativo, — el poder absurdo de unos sobre otros, que los trabajadores no necesitan de ningún modo. Una sana aspiración popular existía especialmente en Ukrania, en el Ural y en Siberia. Se sentía también en los centros de los poderes gubernativos que sucumbían y que renacían en otra forma y con otro nombre: en Petrogrado y en Moscú, en Kiew y en Tiflis. Mientras tanto, los socialistas y los comunistas tenían en todas partes numerosos partidarios de su idea de gobierno y asesinos asalariados a su disposición. Por desgracia hay que constatar que no sólo tenían consigo más que asesinos asalariados; también tenían gentes de nuestras filas, de las filas de los trabajadores, y en especial con ayuda de esos asesinos a sueldo consiguieron sofocar en germen las libres aspiraciones del pueblo.

¡Y cómo han sabido dominarlas y con qué medios!

¡La inquisición de la edad media podría tenerles envidia! Pero nosotros, que conocemos la naturaleza de todo gobierno, gritamos a los jefes del socialismo y del comunismo bolchevista: "¡Infamia y vergüenza!" Habéis escrito tanto y habéis disputado con la burguesía sobre las crueldades que cometían con sus súbditos. Os habéis declarado con verdadera furia por la pureza revolucionaria y os habéis entregado a la liberación de los que trabajan. Una vez llegados al poder, os demostráis exactamente como los vulgares lacayos — en un caso lacayos de la burguesía misma, en otro lacayos de sus medios, volviéndoos a menudo a la burguesía, de manera que ella misma se asombra y a menudo sonríe...

La burguesía por lo demás, conservando en los últimos años las experiencias del comunismo bolchevista, ha comprendido muy bien que esa quimera de un socialismo estatal científico no puede salir adelante nunca sin sus medios, sin ella misma. Ha comprendido que no le corresponde reir de sus propios retoños. Ha comprendido que en el sistema de ese socialismo está de moda una explotación y una opresión de la mayoría trabajadora de las masas humanas como no puede desearse mejor — la vida viciosa de los parásitos no ha sido suprimida, en el sistema de ese socialismo, no ha hecho más que recibir otros nombres y se desarrolla y echa nuevas raíces.

(*Continuará*)

El espíritu insurreccional

Leemos en una interesante tesis de doctorado sobre la fiesta del primero de mayo, por Friedrich Giovanoli (*Die Maifeierbewegung*, Kalsruhe, 1925, pág. 102) estas palabras significativas:

"La organización lisa, sin choques, a menudo digna de admiración de las mayores demostraciones de masas que haya visto jamás el movimiento social, llena a la socialdemocracia y a los sindicatos (reformistas) con no poco orgullo y satisfacción"...

Ningún partido ha llevado hasta tal punto la noción del orden y de la disciplina en las filas obreras; hay que reconocerlo. Aun no hace muchos años, cuando los anarquistas de la Argentina convocaban una manifestación, la policía dis-

Errico Malatesta (9)

EN EL CAFÉ

Asegurad a todos los medios para vivir convenientemente, dad a las mujeres libertad completa de disponer de su persona, destruid los prejuicios, religiosos y demás, que vinculan a hombres y mujeres a una cantidad de *conveniencias* que se derivan de la esclavitud y que la perpetúan — y las uniones sexuales serán hechas por el amor, durarán tanto cuanto dure el amor, y no producirán más que la felicidad de los individuos y el bienestar de la especie.

Ambrosio. —Pero en suma, ¿usted es partidario de las uniones perpetuas o temporales? ¿quiere las parejas separadas y la variedad de las relaciones sexuales o la promiscuidad completa?

Jorge. —Nosotros queremos la libertad.

Hasta aquí las relaciones sexuales han sufrido tanto la presión de la violencia brutal, de las necesidades económicas, de los prejuicios religiosos y de las prescripciones legales, que no es posible deducir cuál es el modo de relaciones sexuales que mejor responde al bienestar físico y moral de los individuos y de la especie.

Ciertamente, una vez eliminadas las condiciones que hacen hoy artificiosas y forzadas las relaciones entre hombre y mujer, se constituirán una higiene y una moral sexuales que serán respetadas, no porque sean leyes, sino por la convicción, fundada en la experiencia, de que satisfacen el bienestar propio y el de la especie.

¡Pero eso no puede ser más que el efecto de la libertad.

Ambrosio. —¿Y los hijos?

Jorge. —Comprenderá que una vez admitida la propiedad común, y establecido sobre sólidas bases el principio de la solidaridad social, el mantenimiento de los niños corresponde a la comunidad, y su educación estará a cargo y en interés de todos.

Probablemente todos los hombres y todas las mujeres amarán a todos los niños; y si, como creo seguro, los padres tuvieran un afecto especial por los nacidos de ellos, no tendrían más que motivos para regocijarse sabiendo que está asegurado el porvenir de sus hijos y teniendo el concurso de toda la sociedad para su mantenimiento y educación.

Ambrosio. —¿Pero respeta al menos el derecho de los padres sobre los hijos?

Jorge. —El derecho sobre los niños está hecho de deberes. El que más derecho tiene sobre ellos, es decir, el que más derecho tiene a guiarles y a cuidarles, es el que más los ama y más se ocupa de ellos: y así como los padres ordinariamente aman más que todos a sus hijos, es a ellos a quien compete principalmente el derecho a proveer a sus necesidades. En esto no hay que temer contestaciones, porque si algún padre desnaturalizado ama poco a sus hijos y no los atiende, estará contento de que otros se ocupen de ellos y lo desembaracen de ese cargo.

Pero si por derecho del padre sobre los hijos entiende usted el derecho a maltratarlos, a corromperlos, a explotarlos, entonces, ciertamente, niego de un modo absoluto ese derecho, y creo que ninguna sociedad digna de ese nombre lo reconocería y lo toleraría.

Ambrosio. —Pero, ¿usted no piensa que esa manera de confiar la responsabilidad del mantenimiento de los niños a la colectividad provocaría un tal aumento de la población que no habría ya de qué vivir todos? Usted no quiere sentir hablar de malthusianismo y dice que es una cosa absurda.

Jorge. —Le he dicho ya otra vez que es absurdo pretender que la miseria presente depende del exceso de población y absurdo el querer ponerle remedio con las prácticas malthusianas. Pero reconozco voluntariamente la gravedad de la cuestión de la población, y admito que en el porvenir, cuando todos los que nazcan tengan asegurado el sostén, la miseria podría renacer por exceso real de población. Los hombres emancipados e instruidos pensarán, cuando lo estimen necesario, en poner un límite a la multiplicación demasiado rápida de la especie; y agrego que no pensarán en serio sobre ello más que cuando, eliminados los acaparamientos, los privilegios, los obstáculos opuestos a la producción por la avidez de los propietarios y todas las causas sociales de la miseria, aparezca a todos sencilla y evidente la necesidad de proporcionar el número de los seres vivos a los posibilidades de la producción y también al espacio disponible.

Ambrosio. —¿Pero si los hombres no quieren pensar en eso?

Jorge. —¡Tanto peor para ellos!

Usted no quiere comprenderlo: no hay ninguna providencia, sea divina o natural, que se ocupe del bien de los hombres. Su bien es necesario que los hombres se lo procuren por sí mismos, haciendo lo que juzguen útil y necesario para conseguir el fin.

Usted dirá aún: ¿pero si no quieren? En ese caso no conseguirán nada y permanecerán presa de las fuerzas ciegas que les circundan.

Lo mismo pasa hoy: los hombres no saben cómo hacer para ser libres, y si lo saben, no quieren hacer lo que es preciso hacer para libertarse. Y por eso siguen siendo esclavos.

Pero esperemos que más pronto de lo que usted cree sepan y quieran.

¡Entonces serán libres!

XII

Ambrosio. —Usted concluía el otro día que todo depende de la voluntad. Si los hombres quisieran ser libres, decía, si quisieran hacer lo que es preciso para vivir en una sociedad de iguales, todo marcharía bien; si no, peor para ellos. Eso estaría muy bien si todos quisieran la misma cosa; pero si los unos quieren vivir en la anarquía y los otros prefieren la tutela de un gobierno, si los unos están dispuestos a tomar en consideración las necesidades de la colectividad y los otros quieren gozar de los beneficios que se derivan de la vida social, pero no quieren adaptarse a las necesidades que nacen de la vida social, y quieren obrar a su modo sin ocuparse del daño que puede resultar para los demás, ¿cómo harían si no hay un gobierno que determine e imponga los deberes sociales?

Jorge. —Si hay gobierno, triunfa la voluntad de los gobernantes, de su partido, de los cointeresados — y el problema, que es el de satisfacer la voluntad de todos, no es resuelto. Al contrario, la dificultad es agravada. La fracción que gobierna no sólo puede ignorar o violentar la voluntad de los demás con medios propios, sino que dispone, para imponerse, de la fuerza de todos. Es el caso de la sociedad actual, en donde la clase obrera proporciona al gobierno los soldados y las riquezas que sirven para tener esclavizados a los obreros.

Creo haberlo dicho ya: queremos una sociedad en que todos tengan los medios para vivir como les parezca, pero en que ninguno pueda obligar a otro a someterse a su voluntad. Aplicados esos dos principios: la libertad pa-

ponía que la Asistencia Pública tuviera listas las ambulancias para los heridos inevitables. Y en general fueron los anarquistas los que dieron por mucho tiempo a las demostraciones del primero de mayo en todos los países su carácter de protesta proletaria y no de simple fiesta del trabajo. Los socialdemócratas alemanes educaron los millones de obreros que cayeron bajo su influencia en una concepción del primero de mayo que se redujo siempre a hacer excursiones familiares por los parajes más hermosos de los alrededores de las grandes ciudades, donde el buen obrero socialdemócrata manifiesta sus sentimientos respecto de los mártires de Chicago tomando café al aire libre, en las posadas y restaurants. Esa educación nos explica toda la historia presente de Alemania.

Pero el caso de Alemania es el de casi todos los países. En nombre del socialismo se ha tratado de castrar todos los impulsos insurreccionales del pueblo; del París heroico de las barricadas tradicionales no queda más que una serie de metafísicos del sindicalismo y de funcionarios rentados de los sindicatos. El pueblo ha sido educado como para no incurrir fácilmente en el pecado de la exteriorización violenta de sus sentimientos. Y en esa obra de castración sólo una fuerza ha podido hacer maravillas en todos los países: el socialismo marxista.

He aquí como hablaba un diario socialdemócrata de Viena sobre la demostración del primero de mayo de 1922, en que tomaron parte 300.000 obreros: "¡No menos admirable que la enorme participación fué la *disciplina irreprochable!* Ese desfile lo había organizado el partido socialdemócrata, lo habían organizado nuestros magníficos ordenadores y no sólo hay que hacer resaltar gloriosamente que no hubo ni un solo incidente, ni el más mínimo motivo de consuelo y de alegría para la prensa antiobrera; no sólo hay que hacer resaltar lo negativo, sino también lo positivo, el arte grandioso de traer esos centenares de millares desde todas partes a la plaza del Ayuntamiento, sin choque alguno, y el hacer disolverse nuevamente esa infinita concentración humana sin contratiempos, sin incidente"...

Ese es el orgullo del socialismo marxista: ha sabido domar los impulsos de las masas, ha sabido reunir sin peligro de revolución y de derramamiento de sangre enormes masas obreras, manipular con ellas como Maese Pedro con los títeres sin que ocurra ninguna desgracia. Ciertamente es todo un arte digno de admiración el de los socialdemócratas: sus manifestaciones obreras dan la sensación de procesiones eclesiásticas. El espíritu rebelde es sofocado por los discípulos de Marx en las masas proletarias como ningún poder de la reacción podría hacerlo. Hay que reconocerles ese mérito que tanto les llena de orgullo; hay que rendirles homenaje y declarar en nuestra prensa que, en efecto, pueden estar satisfechos de su obra. Pero recordemos al mismo tiempo estas palabras de Proudhon: "Toda sociedad en donde la potencia de insurrección es comprimida, es una sociedad muerta para el progreso: no hay en la historia verdad más probada". Que esa potencia de insurrección sea comprimida por el knut del zar, el manganello fascista o el arte socialdemócrata de domesticar las masas, el resultado es siempre el mismo: una sociedad muerta para el progreso.

***

Pensamientos de Tolstoy

Hay personas que entran en el ejército sin saber lo que hacen; es posible encontrar también quienes desean hacer la guerra contra los pueblos extranjeros, o que esperan perpetuar la esclavitud de los trabajadores; u otros que aman así, simplemente, el homicidio por el homicidio. Y estos hombres precisamente pueden ser soldados. Pero esos hombres ya no pueden ignorar que existen otros, y los mejores del mundo, cristianos o musulmanes, fieles a Brahma o discípulos de Confucio, a los cuales, sin excepción de fé, la guerra y los soldados les inspiran repugnancia y desprecio, y que el número de estos hombres crece de hora en hora. Los más sutiles razonamientos no pueden nada contra esta simplísima verdad, esto es: que un hombre que se respeta no tiene el derecho de hacerse el esclavo de un desconocido, o conocido, cuyo único fin es matar. Ahora bien, servicio militar o disciplina militar no tienen otra finalidad. — (*Los tiempos se acercan*).

* * *

La mayoría de los monumentos se levantan hoy en día, no a hombres de Estado, a generales, y menos aún a los ricos, sino a artistas, sabios, inventores, a hombres que lejos de tener comunidad alguna con el gobierno, han luchado a menudo en su contra. Y éstos precisamente son glorificados por la poesía y el arte.

* * *

Los hombres que no comprenden la vida, no pueden no temer a la muerte.

* * *

El rasgo distintivo del hombre civilizado es el de obedecer a lo que se considera por los más como inicuo, es decir, a la conciencia.

* * *

Es necesario obrar en la vida según la razón y la conciencia, puesto que es la ley del ser razonable, ya sea tomado singularmente, o sea considerado en la humanidad entera.

* * *

Al hombre que en sí siente la fuerza de cumplir una gran acción, le son inútiles las palabras.

* * *

Las palabras tienen siempre un sentido clarísimo hasta que nosotros no les damos a propósito un sentido falso.

* * *

Ni el hombre ni la humanidad pueden volver atrás.

* * *

La razón es independiente del corazón y a menudo sugiere ideas que chocan con los sentimientos, ideas incomprensibles y crueles para el corazón.

* * *

El estado de la humanidad, con sus fortalezas, cañones, dinamita, fusiles, torpedos, prisiones, horcas, iglesias, fábricas, aduanas es verdaderamente terrible; pero ni las fortalezas, ni los cañones, ni los fusiles tiran por sí mismos, las horcas no ahorcan, las iglesias no engañan a nadie solas.

Todo esto es hecho por los hombres. Y cuando los hombres comprendan que no debe hacerse, todo esto no existirá más. Ya comienzan a comprenderlo. Si no todos, por lo menos "los hombres de vanguardia", los que serán seguidos por todos los otros. Y dejar de comprender lo que se ha comprendido una vez es imposible y lo que ha sido comprendido por "los hombres de vanguardia" puede y debe ser comprendido por todos los otros.

---

ra todos y los instrumentos de producción para todos. todo el resto viene naturalmente, por la fuerza de las circunstancias, y la nueva sociedad se organizará del modo que mejor convenga a los intereses de todos.

Ambrosio. —¿Y si algunos quieren imponerse con la fuerza material?

Jorge. —Entonces serían el gobierno, o los aspirantes a gobernar, y nosotros los combatiríamos con la fuerza. Usted comprende que si queremos hoy hacer la revolución contra el gobierno, no será para someternos dócilmente mañana a nuevos opresores. Si éstos vencieran, la revolución sería vencida, y habría que volverla a hacer.

Ambrosio. —Pero en suma, ¿admitirá principios morales, superiores a la voluntad, al capricho de los hombres y a los cuales todos están obligados a conformarse... al menos moralmente?

Jorge. —¡Oh! ¿qué es esa moral superior a la voluntad de los hombres? ¿Por quién es prescripta? ¿de dónde procede?

La moral cambia según las épocas, los países, las clases, las circunstancias. Expresa lo que los hombres reputan la conducta mejor en un momento dado y en circunstancias dadas. En suma, para cada cual es conforme a la buena moral lo que le agrada y le parece bueno, por razones materiales o sentimentales.

Para usted la moral implica el respeto a la ley, es decir la sumisión a los privilegios que disfruta su clase; para nosotros todas las prescripciones morales se compendian en el amor entre los hombres.

Ambrosio. —¿Y los delincuentes? ¿Respetarán ustedes su libertad?

Jorge. —Para nosotros delinquir significa violentar la libertad de los otros. Cuando los delincuentes son muchos y poderosos, y tienen organizado su dominio de una manera estable, como es hoy el caso de los propietarios y de los gobernantes, es preciso una revolución para librarse de ellos.

Cuando al contrario, la delincuencia es reducida a casos individuales de inadaptación o de enfermedad, tratamos de descubrir sus causas y de aplicarle los remedios oportunos.

Ambrosio. —¿Y entonces? Necesitaríamos una policía, una magistratura, un código penal, carceleros, etc.

Jorge. —Y por consiguiente, dirá usted, la reconstitución de un gobierno, el regreso al estado de opresión bajo el cual estamos hoy.

En efecto, el mal mayor del delito no es tanto el hecho singular y transitorio de la violación del derecho por algún individuo, como el peligro de que sirva de ocasión y de pretexto para la constitución de una autoridad que, con la apariencia de defender la sociedad, la someta y la oprima.

Sabemos ya para qué sirven la policía y la magistratura, y cómo ellas son causas en lugar de ser remedio de innumerables delitos.

Es preciso, pues, tratar de destruir el delito eliminando sus causas; y aun cuando quedase un residuo de delincuentes, las colectividades directamente interesadas deberán pensar en ponerlos en la imposibilidad de perjudicar, sin delegar en nadie la función específica de persecutor del delito.

¿Conoce la fábula del caballo que pidió protección al hombre y lo hizo montar sobre su lomo?

Ambrosio. —Bien, bien. En lo sucesivo hablaré para informarme y no para discutir.

Otra cosa. Dado que en esa sociedad todos son socialmente iguales, todos tienen derecho a los mismos medios de educación y de desenvolvimiento, todos tienen libertad plena de escoger la propia vía, ¿cómo haría para proveer a los trabajos necesarios? Hay trabajos agradables y trabajos penosos, trabajos sanos y trabajos insalubres. Naturalmente, todos escogerán los trabajos mejores: ¿quién haría los otros, que son a menudo los más necesarios?

Y además tenemos la gran división entre el trabajo intelectual y el manual. ¿No le parece que todos quisieran ser doctores, literatos, poetas, y que ninguno querría cultivar la tierra, hacer zapatos, etc., etc.? ¿Y entonces?

Jorge. —Usted quiere prever la sociedad del porvenir, sociedad de igualdad, de libertad y, sobre todo, de solidaridad y libre acuerdo, suponiendo que persistan las condiciones morales y materiales de hoy. Naturalmente, la cosa parece, y es, imposible.

Cuando todos tengan los medios, todos alcanzarán el máximo desenvolvimiento material e intelectual que sus facultades naturales permiten: todos serán iniciados en las alegrías intelectuales y en los trabajos productivos; el espíritu y el cuerpo se desarrollarán armónicamente; en grados diversos, según las inclinaciones y la capacidad, todos serán hombres de ciencia y literatos, y todos serán obreros.

¿Qué sucedería entonces?

Imagínese que algunos millares de médicos, ingenieros, literatos, artistas, fuesen transportados a una isla vasta y fértil, provistos de instrumentos de trabajo y dejados a sí mismos.

¿Cree usted que se dejarían morir de hambre antes que trabajar con sus manos o que se matarían entre ellos antes que concertarse y dividirse el trabajo según las inclinaciones y las capacidades? Si hubiera trabajos que ninguno quisiera hacer, los harían todos por turno, y todos buscarían los trabajos insalubres y duros.

Ambrosio. —Basta, basta. Tendría otras mil preguntas que hacerle, pero usted ambula en plena utopía y encuentra modo de resolver con la imaginación todos los problemas.

Preferiré que me hable un poco de los medios y del camino que se proponen para realizar sus sueños.

Jorge. —Con mucho gusto, tanto más cuanto que, según mi opinión, aun siendo el ideal útil y necesario como faro que indica la meta final, la cuestión urgente es la de lo que se debe hacer hoy y en el porvenir inmediato.

Hablaremos de ello la próxima vez.

XIII

Ambrosio. —Por tanto, esta noche nos hablará de los medios con los cuales se propone realizar sus ideales: establecer la anarquía. Yo me los imagino ya. Serán bombas, masacres, fusilamientos sumarios; y además saqueos, incendios y otras dulzuras por el estilo.

Jorge. —Señor mío, usted ha errado la dirección simplemente; usted ha creído hablar con algún oficial de esos que mandan a los soldados europeos cuando van a *civilizar* el Africa o el Asia, o cuando se *civilizan* entre sí en Europa.

Yo no pertenezco a esa categoría, le ruego que lo crea.

César. —Creo, señor presidente, que nuestro amigo que en resumidas cuentas nos ha mostrado que es un joven razonable, aunque demasiado soñador, espera el triunfo de las ideas de la evolución natural de la sociedad, de la propagación de la instrucción, del progreso de la ciencia, del desenvolvimiento de la producción.

Y, después de todo, no hay nada de malo en eso.

Si la anarquía debe venir, vendrá; es inútil romperse la cabeza para evitar lo inevitable.

Además... ¡es una cosa tan lejana! Vivamos en paz pues.

Jorge. —¡Sí, no habría verdaderamente razones para requemarse de bilis!

No, señor César, yo no cuento con la evolución, con la ciencia y con lo demás. ¡No habría poco que esperar! Y lo que aun es peor, ¡se esperaría en vano!

La evolución humana marcha en el sentido en que la impulsa la voluntad de los hombres y no hay ninguna ley natural que deba fatalmente llevar a la libertad más bien que a la división de la sociedad en dos castas permanentes, casi diré en dos razas, la de los dominadores y la de los dominados.

Todo estado social, desde el momento que ha encontrado las razones suficientes para existir, puede también persistir indefinidamente si los dominadores no encuentran una oposición consciente, activa, agresiva de parte de los dominados. Los factores de disolución y de muerte espontánea que existen en todo régimen, aun

AÑO XXIX

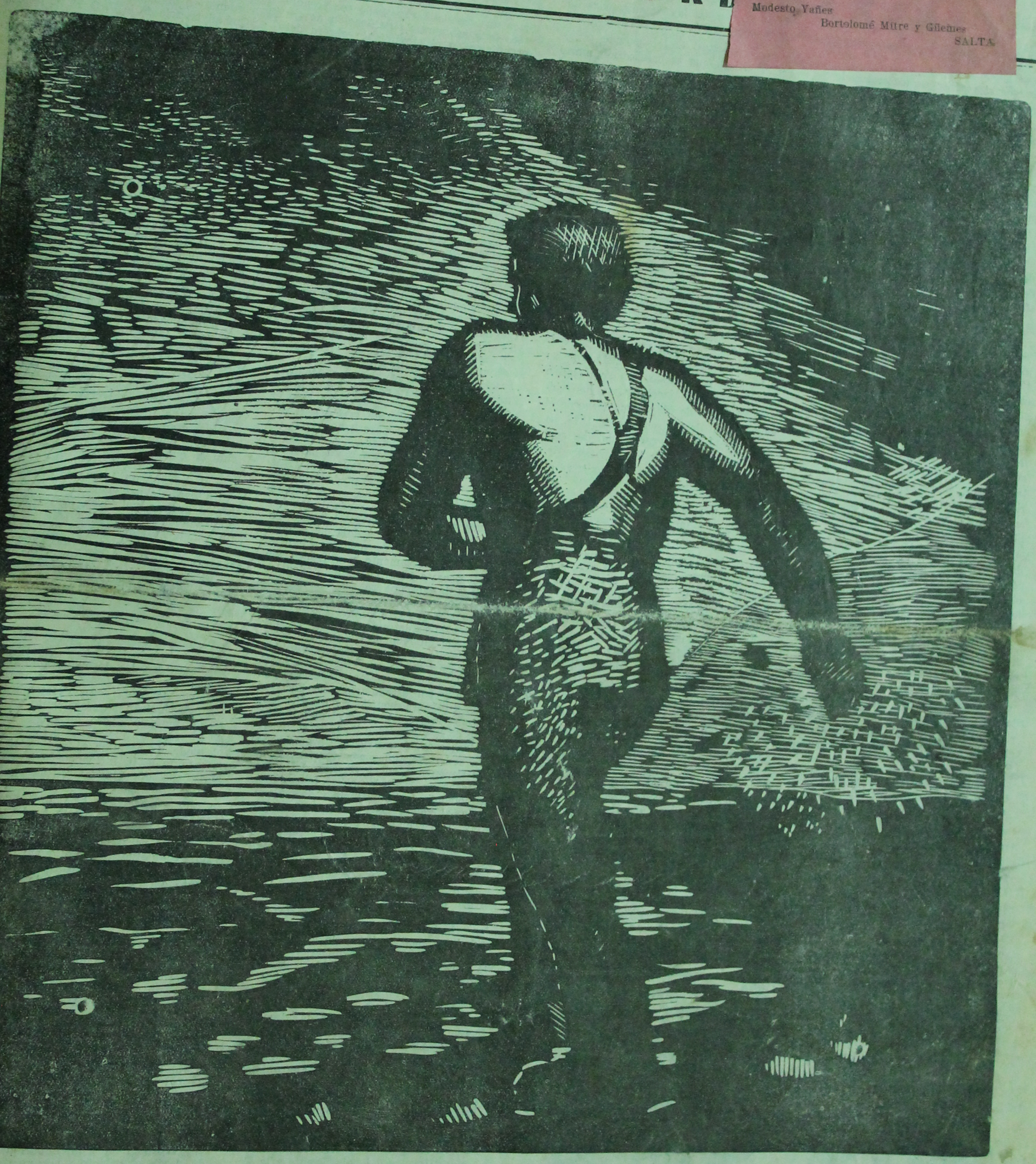
BUENOS AIRES 1.° de MAYO DE 1926

SUPLEMENTO AL N. 5819

LA PROTESTA

EDICION EXTRAORD

Modesto Yañez
Bortolomé Mitre y Gilenes
SALTA



1886 - 1.° DE MAYO - 1926

Fechas históricas

EL SIGNIFICADO DEL 1.° DE MAYO

Contra la tendencia de los políticos marxistas a convertir en fiesta la rememoración de la tragedia de Chicago, perdura en el espíritu de los trabajadores organizados la sensación dolorosa, año tras año renovada, de los ya lejanos acontecimientos cuyo epílogo dió su alta significación al 1.o de Mayo. La propaganda del socialismo de Estado tiende a desfigurar los motivos sentimentales y las razones éticas que dieron su primer impulso a esa sistematización de la protesta del proletariado mundial. Y en cierto modo, con la complicidad de los gobiernos, los partidos reformistas consiguieron desfigurar el símbolo trágico que recuerda el crimen de la plutocracia yanqui, síntesis del orgullo, la avaricia y el terror que dominan al mundo del privilegio.

Hay, sin embargo, en la entraña de esa tragedia, algo que no pueden borrar los años de la memoria de los trabajadores. Con caracteres rojos — rojos como la sangre de todas las víctimas inmoladas al terrible Moloch capitalista — está escrita esa página en la historia del proletariado. Y Chicago será siempre, para los anarquistas y para los hombres dignos, la personificación de las ciudades tentaculares, insolentes en su fiebre de riquezas, que oprimen a los pueblos y amordazan el pensamiento fecundo de la libertad.

Si la fecha histórica del 1.o de Mayo, despojada de su trágico simbolismo, sirve sólo para recordar una jornada de los obreros organizados — la iniciación de la lucha por las ocho horas —, claro está que los marxistas están en su papel al festejar ese día según su ritualismo político. Pero no existe la consagración de una conquista efectiva, porque la demanda formulada en 1886 por los trabajadores del Estado de Illinois sigue siendo la preocupación constante del proletariado. ¿Qué es, pues, lo que rememora y glorifica el socialismo autoritario con su Fiesta del Trabajo?

Despojar de su valor simbólico la fecha del 1.o de Mayo, significa desvirtuar el altruísmo de un martirologio que representa, en la sucesión de las luchas de los pueblos contra toda clase de tiranías, lo que tiene de perdurable el espíritu de rebeldía del proletariado. Los sucesos de Chicago adquirieron excepcional importancia por el móvil que los determinó y por las consecuencias que de ellos se derivaron. De ahí que se recuerde como ejemplo un crimen cien veces superado por el salvajismo gubernamental, teniendo más en cuenta las circunstancias que rodearon el proceso y la condena de aquellas víctimas de la naciente plutocracia yanqui que la calificación moral del delito sancionado por los representantes de la justicia histórica.

Para los anarquistas sigue en pié el objetivo que llevó a la horca a los revolucionarios de 1886, en la ciudad de Chicago. La misma tragedia se repitió en todos los países, la misma aspiración emancipadora impulsó a la lucha a millones de parias, idénticas causas gestaron la protesta del mundo del trabajo en el transcurso de estos últimos 40 años. Y, como corolario de tantos sacrificios, los trabajadores siguen reclamando el cumplimiento de la jornada de ocho horas, legalizada por la burguesía con el concurso de los jefes de la social-democracia.

Reivindiquemos, pues, el simbolismo de la fecha trágica. Chicago es la personificación del régimen capitalista, con su sistema de explotación, con su máquina jurídica con sus jueces y con sus esbirros. Y el 1.o de Mayo, que recuerda el martirologio de los rebeldes de 1886, no puede ser la consagración de una conquista que, a pesar de los sacrificios demandados, está aún en el comienzo de su realización.

El día de la protesta universal no puede ser confundido con la fiesta pascual de los jesuitas del socialismo. No podemos cantar al año nuevo en un mundo donde imperan las tinieblas y el dolor domina soberano sobre el infortunio del pueblo. Debemos, sí, ver en cada 1.o de Mayo la esperanza de una aurora social y la promesa de días mejores, pero sin olvidar que es la memoria de los mártires de Chicago la que reivindican los trabajadores al exponer su descontento con la paralización de todas las energías productoras.

Contra la grotesca farsa socialista contra esa ritual consagración de la "fiesta del trabajo", legalizada por los gobiernos más jesuítas —, debemos oponer el origen de la tragedia de Chicago y el valor simbólico del 1.o de Mayo.

Hoy es día de recordación y de protesta: la fecha luctuosa que recuerda el crimen de la plutocracia yanqui y todos los crímenes cometidos por el capitalismo en medio siglo de explotación y tiranía. Tened bien en cuenta esto, trabajadores: hoy es el día de la protesta universal de todos los hijos dignos del trabajo.

D. A. DE SANTILLAN

El 25 aniversario de la fundación de la F. O. R. A.

La F. O. R. A. cumple en este mes el 25 aniversario de su fundación. Si echamos una ojeada a su pasado comprendemos toda la enorme significación de ese organismo en el movimiento obrero del país. En el cuarto de siglo de existencia que lleva, las más heroicas y las más memorables luchas obreras han estado ligadas a la F. O. R. A., a su influencia directa o indirecta. Ninguna otra fracción revolucionaria puede presentar un historial tan pródigo en hechos y tan combativo como el de la F. O. R. A.

Pero hay aún algo en la Federación que vale tanto como la organización misma, que vale más, nos atreveríamos a decir: sus ideas, su doctrina teórica y práctica. La F. O. R. A. como organización puede desaparecer y ha desaparecido más de una vez; como idea es imperecedera. como doctrina estará siempre en pié.

Se nos dirá que este 25 aniversario de su fundación, nos sorprende en una situación de disgregación interna, de relativa impotencia material. Esta vez no son las hordas patrióticas, como en 1910, las que dan un golpe mortal a su existencia; los que ahora conspiran contra ella, son supuestos amigos, y los adversarios de enfrente lanzan gritos de júbilo, la burguesía supone que el fantasma del anarquismo desaparecerá por fin, los mercenarios de Moscú esperan ansiosos recoger algunos de los restos de la F. O. R. A., los aventureros del obrerismo viven en la esperanza de obtener más cotizantes para alimentar la nueva casta parasitaria de los funcionarios sindicales. ¿Hasta cuando durarán esas piadosas ilusiones? La Federación no muere, la Federación no puede morir; la moda de las oposiciones y de las escisiones tiene que pasar, las masas que se dejaron seducir un momento por falsos mentores, han de reaccionar forzosamente y volverán sin sus mentores a la F. O. R. A.; todos los que levantaron bandera de guerra contra la Federación y LA PROTESTA desde 1920 hasta hoy, han carecido de una base ideológica definida; los que se desviaron por un momento siguiendo sofismas imbéciles o apetitos mal reprimidos, no han conseguido poner frente a la F. O. R. A. y al movimiento representado por ella y por este diario, una doctrina consistente para justificar su actitud; y ese es el mejor triunfo y el mejor exponente de la virtualidad de la F. O. R. Argentina; esos adversarios del propio seno, para poder continuar con apariencias de vida tienen que hacer ver que defienden las ideas de la Federación; los que en un momento de impudencia y de malevolencia, al volver las espaldas a la F. O. R. A., volvieron también las espaldas a las ideas de la F. O. R. A., esos han cambiado de casaca, esos no pertenecen ya a ninguna variedad del anarquismo, esos han muerto para nosotros.

Pero, ¿cuántos de los actuales adversarios, dejando ya a un lado los caudillos que buscan laureles aun a costa de los principios más elementales de la dignidad personal, cuántos de sus actuales adversarios no saben explicarse por qué lo son? El campo de las ideas está bien definido, de una parte está la F. O. R. A y de otra parte los enemigos de la libertad, los enemigos de la anarquía. No hay términos medios; se puede desarrollar un esfuerzo independientemente de la F. O. R. A., se puede preferir otro campo cualquiera de acción, pero, adheridos o no de la Federación, ¡los anarquistas son todos amigos suyos, ningún anarquista es su enemigo!

Es preciso ver la realidad por encima de las pasiones del momento. La F. O R. A. es un cuerpo de doctrina que conexionará siempre las fuerzas anarquistas y simpatizantes del país. Frente a la Federación no ha podido surgir nunca un sistemita de ideas susceptible de fundamentar una escisión del anarquismo regional. ¡Y no se han hecho pocos ensayos en los últimos 15 años! Esa impotencia para negar las ideas fundamentales de la F. O. R. Argentina, es la clave que explica su vitalidad. El que se declaró adversario de las doctrinas de la Federación, no tardó en mostrarse de cuerpo entero: pescador de puestos públicos, comerciante o político vulgar. ¡Camaradas que conocéis un poco la historia del movimiento en los últimos veinticinco años! ¿Qué adversario de la F. O. R. A. ha continuado fiel al anarquismo? Ninguno.

He ahí por que no tienen motivos para regocijarse ni los burgueses ni los moscovitas, ni los aventureros del obrerismo La inmensa mayoría de los que ahora parecen volver las espaldas al movimiento, en el fondo no tienen razón alguna para la lucha intestina; todas las guerrillas se hacen en *nombre de la F. O. R. A.*, aparte, naturalmente, de los tres o cuatro caudillos repletos de vanidades y de apetitos incalificables, y de los charlatanes que no han sabido ni sabrán jamás decirnos lo qué quieren, ni lo que son. Por eso la situación no tiene nada de desesperada. La muerte de la F. O. R. A. estaría en su desviación de su ideología tradicional; entonces sí que los burgueses, los moscovitas y los aventureros del obrerismo, tendrían razón para regocijarse. Como eso no ha ocurrido, como los mismos que la combaten no pueden encubrirse en otras ideas que en las ideas de la Federación, ¿qué nos importan las desmembraciones del momento? Llegará la hora en que los que cometieron el pecado de seguir a un caudillo, reconocerán su error y, fieles a sus ideas, volverán a ocupar su puesto en el lugar que les corresponde. De eso estamos segurísimos, porque de lo contrario tendríamos que tener la convicción de que todos sus presuntos adversarios del momento, han vuelto las espaldas al anarquismo, lo que no es posible.

Un poco de paciencia. Aquellos adversarios que no volvieron las espaldas al anarquismo, cuando adviertan que hacen un papel estúpido, que se dan golpes a sí mismos, que se condenan ellos mismos a la impotencia, seguirán los impulsos de sus afinidades ideológicas y volverán a ocupar su puesto.

Pero no es bastante abrigar la seguridad de que la F. O. R. A. no sufre mayormente con los desmembramientos actuales que no se basan en ninguna diferencia de ideas; esos desmembramientos la reducirán pasajeramente en su potencia material, pero no afecta la raíz de su vida. Lo que nos importa es hallar el modo de ampliar el radio del movimiento y de la influencia del anarquismo. Cada día tendremos que combatir más contra un enemigo terrible, que hasta ahora apenas se ha manifestado tal cual es: el industrialismo moderno. Nosotros no creemos en las leyes económicas marxistas, pero no por eso dejamos de sentir inquietudes ante el avance del moderno industrialismo, con su acrecentamiento del ejército obrero de reserva y con su empobrecimiento y su reducción del nivel material de la vida de las grandes masas.

Vemos que en todos los países europeos de gran industria, el movimiento obrero quedó en manos de los reformistas porque supieron crear instituciones sólidas, un aparato administrativo inamovible desde el punto de vista material: el proletariado afluye a esas instituciones sin sentirse atraído de ningún modo por las ideas reformistas, al contrario, dispuestos a la adopción de ideas de reivindicación: pero una vez allí se pierden irremisiblemente para la revolución.

Cuando estudiamos el ejemplo de Alemania, de Bélgica, de Austria, de Inglaterra, etc., vemos que si los reformistas hoy inexpugnables, no hubiesen procurado desde el principio basamentar materialmente su movimiento, jamás habrían logrado el inmenso poder de inercia que poseen. Ahora ya es tal vez tarde para echar las bases de un sólido movimiento nuestro en esos países; tendremos siempre que ser una pequeña minoría. En todos los países latinos, la situación varía, en ellos nos es posible edificar el movimiento sobre bases cada vez más firmes y más vastas.

Tomemos un ejemplo: el
en la Argentina tuvo una id
cias a la generosidad de Ju
primero, luego a la solidari
vimiento entero: la fundac
PROTESTA con su imprenta.
PROTESTA sin la imprenta
do posible tanto tiempo? ¿
movimiento habría alcanzad
porciones sin LA PROTEST
R. A. misma habría sido prob
el apoyo del diario. Si no
llevar por la ceguera momen
les pequeños odios, tenemos
cer unánimemente que si
de LA PROTESTA se debe al
anarquista de la Argentina,
miento mismo es en gran pa
LA PROTESTA. Pero sin la
rial de la imprenta que se
su labor no habría podido s
y su persistencia no habría
asegurada.

¿Es que no podría edificars
tido también la base materi
O. R. A.? Existe la garantía
sistencia, de su triunfo final
las reacciones y todas las di
ternas. Pero tropezará con ob
da día mayores a su desen
en la invasión misma del in
y del capitalismo modernos.
rística de los movimientos so
líticos de nuestros días no
tes, — un campo libre, una
a quien no une más que el
toral de una hora cada var
las necesidades de las lucha
y ofensivas del día. Un mo
cial y político en nuestros
más y más, por la fuerza d
a constituir un ambiente es
soldado por mil vínculos de
terial e ideológico. El indi
do, el que no se adhiere a n
ción revolucionaria o política
ro, tiene que sufrir, tarde o te
consecuencias de su situació
dencias conservadoras son má
que nunca y no sólo ejercen
práctica del apoyo mutuo, sí
dencian un espíritu solidario
menos, está en el interés n
tar. Más o menos numeroso
quistas seremos acorralados
más, las circunstancias mism
rán estrechar filas, hasta dif
no sólo por las ideas, sino m
te del resto de la sociedad. Es
rramos o no, tendremos que
especie de sociedad dentro d
dad general. Esa caracterís
conocida antes, y ahora adve
es inevitable. Las luchas ent
tad y la autoridad, se volverá
das, y no serán sólo luchas
como quisieran suponer algu
apostólicas e ingénuas. Se trat
rrotar nuestro movimiento po
como se hizo ya en varios pa
do desde todos los puntos de
tras posibilidades de expansió
sa contra ese ataque la verán
la dispersión; pero la dispers
metismo, nos salvará individua
ro nos matará como movimient
opondríamos a ese ataque, d
mente ya llevado a cabo en ta
la concentración, la fortificaci
tra *pequeña sociedad*.

Quisiéramos que nuestro mo
definiese y se formase como
familia, pero no como una fa
y dispersa que no dispone de
y que no puede palparse mat
Necesitamos sentir el contacto
dos y vernos juntos y aseg
todas las horas que no estamo

Cuando un movimiento com
vive en la inseguridad de su p
mediato, se vacila en fundame
terialmente, porque toda obra
dría ser un castillo en el aire.
do el movimiento ha echado
no se siente ya ninguna inseg
su persistencia, una base m
lida es el mejor medio de
y de asegurarle su labor cot
F. O. R. A. debería estudiar
lidad de instauración de una
Pueblo propia, en cada ciudad
tancia por lo menos. Esa tácti
plearon los socialistas en casi
países, y si no se hizo así en
lina por ellos mismos, se del
mer lugar a la inseguridad de
miento obrero y al peligro de
día cayese en nuestras manos.
partido socialista español y a
General de Trabajadores de su

Tomemos un ejemplo: el anarquismo en la Argentina tuvo una idea feliz, gracias a la generosidad de Juan Creaghe, primero, luego a la solidaridad del movimiento entero: la fundación de LA PROTESTA con su imprenta. ¿Es que LA PROTESTA sin la imprenta hubiese sido posible tanto tiempo? ¿Y es que el movimiento habría alcanzado tales proporciones sin LA PROTESTA? La F. O. R. A. misma habría sido problemática sin el apoyo del diario. Si no nos dejamos llevar por la ceguera momentánea y por les pequeños odios, tenemos que reconocer unánimemente que si la existencia de LA PROTESTA se debe al movimiento anarquista de la Argentina, éste movimiento mismo es en gran parte obra de LA PROTESTA. Pero sin la base material de la imprenta que se le ha dado, su labor no habría podido ser tan vasta y su persistencia no habría sido nunca asegurada.

¿Es que no podría edificarse en ese sentido también la base material de la F. O. R. A.? Existe la garantía de su persistencia, de su triunfo final sobre todas las reacciones y todas las disidencias internas. Pero tropezará con obstáculos cada día mayores a su desenvolvimiento en la invasión misma del industrialismo y del capitalismo modernos. La característica de los movimientos sociales y políticos de nuestros días no es la de antes, — un campo libre, una colectividad a quien no une más que el interés electoral de una hora cada varios años, o las necesidades de las luchas defensivas y ofensivas del día. Un movimiento social y político en nuestros días tiende más y más, por la fuerza de las cosas, a constituir un ambiente estrechamente soldado por mil vínculos de interés material e ideológico. El individuo aislado, el que no se adhiere a ninguna fracción revolucionaria o política, si es obrero, tiene que sufrir, tarde o temprano, las consecuencias de su situación. Las tendencias conservadoras son más insolentes que nunca y no sólo ejercen entre sí la práctica del apoyo mutuo, sino que evidencian un espíritu solidario que, por lo menos, está en el interés nuestro imitar. Más o menos numerosos, los anarquistas seremos acorralados cada día más, las circunstancias mismas nos harán estrechar filas, hasta diferenciarnos, no sólo por las ideas, sino materialmente del resto de la sociedad. Es decir, queramos o no, tendremos que formar una especie de sociedad dentro de la sociedad general. Esa característica no era conocida antes, y ahora advertimos que es inevitable. Las luchas entre la libertad y la autoridad, se volverán más agudas, y no serán sólo luchas de ideas, como quisieran suponer algunas figuras apostólicas e ingénuas. Se tratará de agarrotar nuestro movimiento por la fuerza, como se hizo ya en varios países sitiando desde todos los puntos de vista nuestras posibilidades de expansión. La defensa contra ese ataque la verán algunos en la dispersión; pero la dispersión, el mimetismo, nos salvará individualmente, pero nos matará como movimiento. Nosotros opondríamos a ese ataque, desgraciadamente ya llevado a cabo en tantos países, la concentración, la fortificación de nuestra *pequeña sociedad*.

Quisiéramos que nuestro movimiento se definiese y se formase como *una gran familia*, pero no como una familia vaga y dispersa que no dispone de un hogar y que no puede palparse materialmente. Necesitamos sentir el contacto de los codos y vernos juntos y asegurarnos a todas las horas que no estamos solos.

Cuando un movimiento comienza y se vive en la inseguridad de su porvenir inmediato, se vacila en fundamentarlo materialmente, porque toda obra sólida podría ser un castillo en el aire. Pero cuando el movimiento ha echado raíces y no se siente ya ninguna inseguridad por su persistencia, una base material sólida es el mejor medio de fortificarlo y de asegurarle su labor cotidiana. La F. O. R. A. debería estudiar la posibilidad de instauración de una *Casa del Pueblo* propia, en cada ciudad de importancia por lo menos. Esa táctica la emplearon los socialistas en casi todos los países, y si no se hizo así en la Argentina por ellos mismos, se debe en primer lugar a la inseguridad de su movimiento obrero y al peligro de que algún día cayese en nuestras manos. Privad al partido socialista español y a su Unión General de Trabajadores de su Casa del Pueblo, de Madrid, y veréis cómo se reduce a bien poca cosa. Privad al partido socialista belga de sus casas del Pueblo y le quitaréis una de las piedras angulares de su poder, etc. Y eso se entiende. La parte del proletariado un poco despierto, busca la agrupación instintivamente, y afluye a esos lugares llamados *obreros*; una vez allí es envenedado espiritualmente de tal forma que raramente vuelven a salir con el espíritu libre y el pensamiento independiente. Los anarquistas de la Argentina han conseguido hasta aquí que los socialistas no levantaran sus añagazas para cazar carne electoral. Es mucho. Ahora deberían completar su obra haciendo que esas Casas del pueblo que sirven en otros países, en manos de los reformistas, para desviar a los trabajadores del pensamiento de la revolución, se conviertan en poder de los anarquistas en factores de agrupación de fuerzas obreras y focos de propaganda y de educación libertarias.

Si algún camarada quisiera tomarse el trabajo de hacer un resumen de lo que paga anualmente nuestro movimiento en Buenos Aires solamente en concepto de alquiler de locales y teatros, nos daría seguramente una sorpresa que conduciría al pensamiento de una Casa del Pueblo anarquista en Buenos Aires, obra de tres o cuatro años a lo sumo.

No hablamos de esto precipitadamente, como de una idea repentina. La hemos meditado, nos hemos hecho objeciones y no hemos podido vencerla en nosotros mismos. El estudio de las realidades proletarias de otros países nos ha fortificado en el pensamiento de la conveniencia de fundamentar el movimiento anarquista en los países que se sostiene aún, de la forma más sólida posible.

Gracias a los esfuerzos y sacrificios de nuestros precursores, no necesitamos ya vivir en las sombras ni jugar a las conspiraciones de opereta. Somos un movimiento revolucionario que nada tiene que hacer en el misterio; necesitamos, al contrario, salir a la luz, desvanecer la leyenda de inclinaciones terroríficas; nosotros combatimos la civilización capitalista y el principio de autoridad frente a frente, y en los países que sumamos una respetable fuerza numérica, deberíamos apresurarnos a aprovecharnos de esa situación para consolidar nuestra posición material, ya adquiriendo una imprenta para un diario o levantando un edificio para nuestros sindicatos, un teatro para nuestros camaradas o lo que sea.

Camaradas, nuestra revolución no es un golpe de Estado ni resultará de una conspiración misteriosa de tres o cuatro docenas de ilusos. Requiere una obra seria y responsable de propaganda y proselitismo sistemático; tal vez tenemos ante nosotros un largo período histórico de prevalencia reaccionaria, en el cual la idea de revolución no se pondrá a la orden del día de las grandes masas. Es preciso prepararnos para esa eventualidad de un largo trabajo de varias generaciones. Aliviemos la obra de los que nos sucedan, dejémosles un aparato de propaganda mucho más eficaz que el encontrado por nosotros.

En resumen: en este 25 aniversario de la fundación de la F. O. R. A. podemos decir tranquilamente: la F. O. R. A. es una idea definida, frente a la cual no prosperan más que las tendencias autoritarias del movimiento obrero. En medio del confusionismo y del hibridismo internacional, la F. O. R. A. dispone de una doctrina incommovible, ante la que se rinden tarde o temprano todos sus adversarios que no son simultáneamente adversarios del anarquismo. Forjemos ahora la palanca para que esa idea, para que esa doctrina tenga más eficacia, más fuerza, y cobre nuevo vigor expansionista. Y esa palanca es la fundamentación del movimiento en bases materiales de concentración y de propaganda.

EMILIO LOPEZ ARANGO

EL ANARQUISMO Y LAS PREOCUPACIONES DEMOCRATICAS

Causa asombro la desorientación del movimiento anarquista, dividido en "grupos afines" y en capillitas específicas, frente a los acontecimientos de esta hora. Identificados en un principio filosófico que carecería de base si no se expresara en la realidad social — contestes en reconocer como inicuo el sistema burgués y como generador de violencias e injusticia al Estado, en cualquiera de sus aspectos jurídicos y económicos —, los anarquistas no llegamos aún a plantear teóricamente la solución de los problemas sociales contingentes. Menos, pues, podemos ofrecer un método preciso para preparar al pueblo para la revolución, hecho histórico que no podrá acontecer mientras predominen en el proletariado las preocupaciones autoritarias y el espíritu de servidumbre renovado por la estatolatría marxista.

De esa falta de método para juzgar los sucesos cotidianos, que no por ser vulgares dejan de tener mucha importancia en el encadenamiento de los hechos que forman la historia, se resiente mucho la propaganda anarquista. Se cree generalmente que con declarar la necesidad de destruir el sistema capitalista se formula un programa revolucionario. Pero es evidente hoy que, en el juego de la lucha del pueblo contra sus opresores la ilusión liberalista y democrática juega un importante papel y la promesa de fáciles conquistas económicas desvía al proletariado de los objetivos finales... entregándolo a los reformadores y a los demagogos.

¿En qué medida logran los anarquistas neutralizar esa influencia castradora de los políticos que ofrecen el pan y la libertad mediante fórmulas específicas que no alteran la substancia del Estado? ¿Qué fuerza de sugestión ejerce nuestra propaganda en las grandes masas, fáciles al descontento pero también propensas a dejarse conformar con deslumbradoras promesas? ¿Qué elementos de juicio aportamos a las luchas del proletariado, tanto en su acción cotidiana como en los periódicos estremecimientos del monstruo que dormita encadenado a los potentes pilares del régimen capitalista y que en sus bruscos despertares logra a veces romper las cadenas que lo maniatan?

He ahí los interrogantes que nos hemos formulado muchas veces al constatar la carencia de objetivos reales en la mayoría de los anarquistas. Porque en las condiciones presentes de la propaganda revolucionaria, que señalan una decadencia en continua progresión tanto en el espíritu de beligerancia del proletariado como en la resistencia moral de los hombres que se creen emancipados de los prejuicios más funestos, se llega a dudar de que en realidad exista una corriente anarquista, de cauces propios, independiente del oportunismo subversivo de los políticos marxistas y opuesta al grosero materialismo de los que explican la historia mediante este precepto: "el hombre vive para comer".

* * *

En el anarquismo puro — así llamado por algunos teorizantes de la metafísica libertaria porque se desenvuelve en los estrechos límites del grupo de afinidad, lejos de las *impurezas* del movimiento obrero —, predominan casi siempre las abstracciones espiritualistas — de un espiritualismo antideísta, pero no por eso menos metafísico — y las preocupaciones democráticas. Y es ese empecinamiento por conservar el ritualismo de los primeros revolucionarios, que por la hostilidad del pueblo y por efecto de las persecuciones se veían obligados a discutir en las logias los problemas sociales y a decidir sus acciones subversivas en comités secretos, el que mantiene alejados del movimiento obrero a no pocos anarquistas.

Como especulación filosófica, como escuela literaria o como simple exponente de snobismo subversivo, la anarquía no vive ni palpita al unísono de los acontecimientos sociales. Los anarquistas encerrados en su capilla y preocupados de sus "fórmulas científicas", de su ritualismo y de sus trascendentalismos metafísicos, ajenos siempre a las luchas, aspiraciones y miserias del proletariado, de las que a lo sumo conocen el límite de la extrema penuria, ¿cómo pueden en un momento de convulsión comprender el móvil que inspira las protestas populares y descubrir en los acontecimientos que los toman de sorpresa la entraña de un problema que jamás abordaron?

Se explica que los teorizantes más empedernidos de la abstracción espiritualista y los más reacios a identificarse con el proletariado, frente a un fenómeno excepcional como la revolución rusa, hayan creído ver la realidad de las posibles conquistas sociales. Esos hombres, despertados bruscamente de su sueño rosado, confundieron las exterioridades subversivas del bolchevismo con el nervio que había gestado e impulsado el movimiento subversivo de 1917. Y fueron cultores de la dictadura, posiblemente porque se creían ellos los genios tutelares del pueblo y los llamados a orientar y dirigir la lucha contra la odiada burguesía.

En la misma medida, partiendo de una base igualmente falsa, se opera, hoy una reacción en el espíritu de los que creían factible vencer a la burguesía con las armas del bolchevismo. Trasladada la violencia al campo capitalista, agotadas las mejores energías del proletariado y convertidos los jefes de revoluciones catastróficas en los más decididos pregoneros del equilibrio social, los sistemas dictatoriales ofrecen la otra cara de Jano: la verdadera faz del despotismo y de la injusticia históricas, reencarnadas en los regímenes de naturaleza proletaria con todos sus vicios y corruptelas.

La reacción espiritual contra los hábitos y costumbres del hombre de la ante guerra, señala un cambio en la conducta de los revolucionarios. Pero la vuelta a las condiciones anteriores, que se empeñan en reivindicar como otras tantas conquistas del pensamiento eterno... los teóricos marxistas, constituye una negación de las ideas de progreso y del espíritu creador del pueblo. Si la lucha contra la dictadura, ahora que se nos revela como un monstruoso instrumento de opresión capitalista, debe encararse siguiendo el viejo método histórico de los políticos burgueses y de los estatólatras del socialismo, ¿en qué medida proyecta sus propias conquistas el proletariado consciente? Retornar al punto de partida no significa en modo alguno poner en movimiento las energías revolucionarias de los trabajadores organizados. De ahí que todo lo que signifique un reajuste de la máquina capitalista, un apuntalamiento del sistema económico vigente — del que son fruto los ensayos gubernamentales de los que rinden culto a la violencia —, aun cuando tienda a modificar los aspectos de la cuestión social y a limitar el abuso del poder, constituya una nueva entrega de los pueblos a sus seculares tiranizadores.

Si la oposición a la dictadura lleva a los anarquistas a coincidir con el formulismo mecánico — de mecánica estatal — de los burgueses liberales; si en el juego de los acontecimientos políticos de un país las minorías revolucionarias renuncian a su propio programa para cooperar al triunfo de un partido avanzado; si en la lógica sucesión de gobiernos bajo el imperio de crisis tan profundas como la que perturba la estabilidad del capitalismo en esta hora difícil, se dejan en olvido los fundamentos éticos de la anarquía, y se tiene únicamente en vista el problema contingente de las necesidades económicas; y si, finalmente, la personalidad del movimiento revolucionario desaparece absorbida por el factor oportunidad o posibilidad, ¿con qué elementos de juicio podremos intentar un movimiento de avance una vez restaurado el Estado de acuerdo con las viejas fórmulas democráticas?

Intervenir en la gestión política de los partidos opositores — enemigos de la dictadura por pura fórmula, puesto que en la práctica estuvieron siempre con las medidas de excepción y fueron los contumaces transgresores de los principios

constitucionales que ahora proclaman santos —, tomar parte en un ordenamiento de las instituciones capitalistas a título de gestores de un mayor bienestar colectivo, ofrecer a la oposición burguesas el apoyo de los trabajadores con la vana promesa de libertades y derechos jamás respetados, es perder la posibilidad de una intervención directa en el ajuste de cuentas con la misma burguesía. La crisis del Estado se apura facilitando su descomposición, no acudiendo en ayuda de los que tratan de apuntalarlo con nuevas ilusiones redentoristas. Y el anarquismo se niega como doctrina si sus intérpretes y defensores lo mediatizan a la influencia de los partidos extremos y lo hacen servir a los intereses del capitalismo.

Señalamos hoy la creciente influencia democrática en el movimiento anarquista europeo, porque entendemos que ese proceso de regresión constituye un peligro tanto o más grande que el que representó en los últimos años la práctica dictatorial del bolchevismo. Por el empleo de la dictadura obrera... se operó el monstruoso parto de la reacción. El fascismo nació en Rusia, por el aborto de un sistema comunista primario. Pero la lucha contra los sistemas reaccionarios, reducida a un simple cambio de formulismos en el ordenamiento político del Estado, carece de valor histórico si se opera en la esfera de los partidos despojados del poder o aspirantes a formar con sus adeptos la nueva casta gobernante.

La democracia será, en esta crisis moral que lleva al hombre al borde del abismo, una solución perentoria. Aceptarla como una necesidad del momento será cuerdo y razonable. Mas, ¿debemos los anarquistas entregarnos a esa labor de reconstrucción exigida por los políticos divorciados con los gobiernos de fuerza que ellos mismos contribuyeron a gestar? Dejemos a la burguesía liberal y a los taumaturgos del Estado-juez, que trabajen en sus propios medios la liquidación de los sistemas dictatoriales. Nuestra labor no puede detenerse en esas preocupaciones políticas, más mecánicas que espirituales, de los que defienden una sociedad basada en el robo legal, en los privilegios hereditarios, en el derecho a la explotación y al usufructo del trabajo ajeno. Y si preferimos un régimen de garantías jurídicas a un sistema despótico impuesto por una minoría audaz, ese hecho no debe obligarnos a colaborar con quienes lo aceptan con el carácter definitivo de las únicas posibles conquistas.

* * *

Rechazamos como perniciosas las preocupaciones democráticas difundidas por el extravío ideológico, la mentecatez y la ignorancia, en el movimiento anarquista de Europa. Ni a título de transitoriedad, como lo reclaman algunos libertarios mesiánicos, aceptamos la intervención de los anarquista en el ajuste de cuentas de la burguesía liberal. Menos, pues, podemos aceptar el compromiso de alianzas con partidos políticos que, explotando el peligro de la dictadura, buscan en el proletariado la argamasa que necesitan para levantar nuevos puntales para el afianzamiento del Estado.

Una revolución sujeta al proceso reconstrutor que tratan de operar los explotadores del mito democrático, toma del pueblo la potencia física, la fuerza animal, el impulso instintivo; pero una vez triunfante el partido que la dirige, debe cesar toda beligerancia subversiva para dejar campo libre a los políticos encargados de legalizar el nuevo gobierno. Quiere decir, pues, que el proceso revolucionario, en los dominios de la política estatal, cesa en cuanto se consigue la restauración del Estado, y todo propósito de continuidad histórica, en ese aspecto de la lucha de los pueblos contra sus dominadores, constituye un acto condenado por las leyes revolucionarias... que dictan los caudillos victoriosos.

Si el problema se plantea bajo otros aspectos, si por la caída "natural" de la dictadura los partidos democráticos asumen la tarea de la reconstrucción del Estado — que puede derivar a la república en un régimen monárquico, pero sin que se alteren los fundamentos históricos del sistema capitalista —, la intervención de los anarquistas en la asamblea constituyente llamada a definir el carácter político de la restauración institucional, queda también subordinada al interés de la burguesía. Y poco importa que señalen, frente a la complicidad de todos los partidos de orden, el engaño de las reformas sociales y la mentira de las garantías legales subordinadas al interés de la clase privilegiada. Al colaborar en ese ajuste de la máquina estatal, aun cuando rechacen compromisos con los enemigos del proletariado, delegan facultades de independencia que no reconocerán en lo sucesivo los mismos trabajadores a los que no supieron conservar su influencia moral en los momentos en que más necesaria era una afirmación de las ideas.

* * *

La independencia del movimiento obrero será posible cuando los trabajadores se compenetren de un ideal social integralista. Pero la clase trabajadora organizada, unida por necesidades materiales y sujeta a la influencia de contradictorias doctrinas, no puede encontrar por sí misma, por el imperio de los instintos, el camino de la revolución. ¿Conseguimos los anarquistas, con esa táctica ambigua de los que subordinan los medios a los fines, fijar una línea, recta el proceso revolucionario de los pueblos? ¿Demostramos siquiera la independencia de juicio que reclama el estudio de los fenómenos sociales que escapan a la comprensión de la masa ignorante? Los hechos demuestran que en el anarquismo se desarrollan tendencias negativas y florecen escuelas de filosofastros empeñados en deducir de cada lucha vulgar la cuadratura del círculo... económico. Y las preocupaciones democráticas de los libertarios, decepcionados por el ejemplo ruso, son la más cruda confirmación de la impotencia ideológica y de la carencia de objetivos revolucionarios en las tendencias anarquistas situadas en la esfera política del liberalismo burgués y en el círculo vicioso de la metafísica materialista de los discípulos de Marx.

Para fundamentar una oposición irreductible al Estado, hay que definir la trayectoria de un movimiento antiestatal que no esté expuesto a las influencias políticas y a las crisis económicas de cada momento histórico. Y el fundamento de la ética anarquista no puede extraerse de los hechos contingentes, de la gestión particular de las oposiciones extremas que juegan al cambio de sistemas, sino que surge de la concepción integral de la idea de justicia y del grado de resistencia que los verdaderos revolucionarios sepan oponer a las realidades presentes.

He ahí, pues, la forma en que nosotros trazamos la trayectoria del movimiento revolucionario en esta hora crítica. La dictadura es un mal, pero la democracia es un engaño. No queremos, en consecuencia, evitar a los pueblos el dolor de las humillaciones violentas para hacerlos caer en el sometimiento voluntario de los despotismos de mano enguantada. Deseamos, sí, proyectar sobre el escenario social la solución teórica del problema humano, valorizando las fuerzas populares con las ideas anarquistas.

LA TRAGEDIA DE CHICAGO FRENTE A LA POSTERIDAD

Discurso de Spies, Fischer y Lingg ante el tribunal que los condenó a muerte

Discurso de Spies

¡Señores! Al hacer uso de la palabra ante este tribunal, lo hago como representante de una clase a los de otra.

Comienzo con las palabras con que se aproximó ante el verdugo el dux de Venecia Marino Fallieri, hace 500 años: —"¡Mi defensa es vuestra acusación! Las causas de mi supuesto delito: ¡vuestra historia!"

He sido acusado de asesinato — como cómplice o ejecutor. En base a esa acusación se me ha sentenciado... Las pruebas de mi culpabilidad no las presentó "el Estado". De los testimonios expuestos no se desprende que yo tenga algo que ver en el lanzamiento de la bomba ni que sepa quién la arrojó — por consiguiente, ustedes pesan las declaraciones de los cómplices del fiscal y de Bonfield, las declaraciones de Tompson y de Gilmer según los precios que pagaron por ellas. Si no existe prueba alguna que evidencie que soy *legalmente* responsable de aquel hecho, entonces una condena o la ejecución de la sentencia no es nada menos que un asesinato preconcebido, un asesinato malvado y a sangre fría! Asesinato planeado tan infame y canallescamente que no hay que buscar casos de precedencia más que en la historia de las persecuciones religiosas y políticas... Asesinatos judiciales han sido perpetrados en muchos casos cuando los representantes del Estado obraron en la buena fé que sus víctimas eran culpables del delito que se les acusaba. Pero en el caso actual, los representantes del Estado no pueden disculparse con ese subterfugio y eso porque ellos mismos han fabricado aquellos testimonios que fueron utilizados como pretexto para nuestra condena — como pretexto fueron utilizados por un jurado escogido para condenarnos... Ante este tribunal y ante el pueblo que forma, supuestamente el Estado, ¡acuso de conspiración criminal al fiscal y a su digno compañero Bonfield!

Para ilustrar esa acusación no quiero mencionar aquí más que un pequeño acontecimiento. La noche en que la guardia pretoriana de la laudable *Citizien Association* — conspiración de magnates ferroviarios, comerciantes y bancarios — cayó sobre el mitin obrero del Haymarket con propósito criminal, aquella noche, hacia las 8, encontré a un joven de nombre Legner, un miembro de la sociedad deportiva *Aurora*. Nos acompañó a mí y a mi hermano, y permaneció durante toda la noche a mi lado, hasta que, unos segundos antes de la explosión, salté del coche. El sabía que aquella noche no encontré al señor Schwab; sabía que no tuve con nadie una conversación como la que pretende haber oído Tompson, el protegido del mariscal Fieldsche; sabía que no había bajado del coche para dar una cerilla encendida al arrojador de la bomba. No es socialista. ¿Por qué no lo trajimos como testigo...? Los apreciables representantes del Estado, Grinnell — Bonfield, lo han quitado de en medio a tiempo. Esos apreciables señores estaban informados de todo lo que Legner sabía. Sabían que sus testimonios marcarían a los "intangibles" Gilner y Thompson como canallas perjuros. El nombre de Legner apareció en la lista de los testigos del Estado. Pero por motivos comprensibles no fué llamado como testigo.

"No,—ha contado a varios amigos—se me ofrecieron 500 dólares con tal de que abandonase la ciudad y se me amenazó con todo lo posible en caso de que compareciese como testigo de la defensa." Replicó que no se dejaba ni comprar ni amaestrar para servir de instrumento a una conspiración sanguinaria tan cobarde y despreciable. Ahora bien, cuando nosotros necesitábamos a Legner, había desaparecido. Interrogamos, y entonces respondió el señor Grinnell — ¡y Grinnell es un hombre "respetable"! — que también él había buscado al joven y no lo había encontrado.

Tres semanas más tarde supe que ese joven había sido asaltado aquí y llevado violentamente a Buffalo, New York, por dos ilustres sostenes de la ley y del orden, dos policías secretos de Chicago. Haced responder al señor Grinnell, haced responder a su mandataria, la Citizien Association, de esa inculpación. ¡Y que el pueblo juzgue a esos asesinos complacientes!

¡No! Repito que la acusación no ha podido demostrar nuestra culpabilidad legal, ni siquiera por los testigos comprados y perjuros; ni siquiera por la originalidad con que han sido conducidos los debates judiciales, la obra artística no les ha resultado. Si no consiguen eso y sin embargo pronuncian sobre nosotros el fallo de un jurado nombrado con el fin de declararnos culpables, mientras no consigan eso — digo — son ustedes, los representantes y altos sacerdotes de la ley, los verdaderos, no, los únicos contraventores de la ley! En este caso: ¡los asesinos!

Es deseable que el pueblo sepa esto.

Y si hablo del pueblo, no entiendo con esa palabra un par de docenas de cómplices de Grinnell, — ni a nuestros honestos patricios que han extraído sus millones de la miseria de las masas. Esos zánganos pueden significar el Estado; pueden controlar el Estado; pueden tener sus Grinnell, sus Bonfield y sus mercenarios. No, cuando yo hablo del pueblo, hablo de la gran masa de las abejas del trabajo, que por desgracia no han comprendido aún qué monstruosidades se cometen en su nombre, "en nombre del pueblo"... El asesinato planeado de ocho hombres, cuyo único delito consiste en haberse atrevido a decir la verdad, debería abrir los ojos a esos millones de seres deslumbrados y llevarlos a la conciencia. ¡En efecto, he observado que nuestra condena ha obrado ya milagros en ese sentido! Y obrará más aún.

La clase que está ávida, con bestial codicia, de nuestra sangre, la clase de los buenos y piadosos cristianos, ha intentado por medio de su prensa y por todos los modos imaginables, ocultar cuidadosamente los hechos tales como son y mantenerlos en secreto. Y eso lo consiguió en parte, añadiendo a los odiados acusados el calificativo de "anarquistas" y describiéndolos como una tribu recientemente descubierta o como una especie de caníbales; además inventando tenebrosas y espeluznantes leyendas de conspiraciones misteriosas y obscuras, y difundiéndolas contra ellos. Esos buenos cristianos trataron de encubrir así el hecho de que en la noche del 4 de mayo 200 hombres armados bajo el comando de un matón notorio y sin conciencia, cayeron sobre un pacífico mitin de ciudadanos — ¿con qué propósito? ¡Con el propósito de asesinar o de matar así a tantos de ellos como les fuera posible! — Apelo a las deposiciones de dos testigos.

¡Los jornaleros de esta ciudad se irritaron un poco, por la desvergüenza de sus benéficos amos! Comenzaron a decir ciertas verdades que sonaron desagradablemente en los oídos de los patricios. Hasta se atrevieron a presentar sólo algunas demandas comedidas. Sostuvieron que ocho horas de trabajo intensivo por día por sólo dos horas pagadas era bastante... Ese populacho sin leyes tenía que ser reducido al silencio, y era la cosa más fácil hacerlo por la intimidación. Asesinando al menos a aquellos a quienes distinguían como jefes... Sí, a esos perros extranjeros había que hacerles ver de una vez para siempre que no tienen que ocuparse, en el porvenir, de las honestas maquinaciones de bandidos de sus benéficos amos cristianos...

Bonfield, el hombre que haría enrojecer de vergüenza a los héroes de la noche de San Bartolomé, el ilustre Bonfield, con un rostro que habría prestado a Doré inapreciables servicios como modelo para los demonios de Dante — él — Bonfield — fué el hombre apropiado para ejecutar la conspiración de la *Citizien Association* de nuestros patricios.

Si yo hubiese arrojado la bomba o incitado a que se arrojara — ni un momento vacilaría en declararlo aquí... Es verdad, se consumieron algunas vidas humanas. Muchos fueron heridos. Pero centenares de vidas humanas fueron salvadas así. Si no hubiese caído la bomba, habría hoy cien viudas y algunos centenares de huérfanos allí donde no hay más que algunos... Hemos sido acusados

y condenados a causa de [illegible] los verdaderos conspirado instrumentos.

Esa es, señores, la raz no debía sentenciarnos u esa denominación tiene en significado!

"Pero — dijo el Esta habeis publicado artículos ración de dinamita y de b se me muestre uno solo d esta ciudad que no haya culos idénticos. Me recue te de un artículo en la *Tr* febrero de 1885. Ese diario cripción y dibujos de div infernales y bombas. Me pecialmente porque comp en el tren y tuve tiempo leerlo. Desde entonces el blicado a menudo artícul bre ese objeto. Algunos sobre la dinamita encontr *heter-Zeitung*, son artíc del *Times*, escritos por J Fritz John Porter y en l comendaban las llamadas namita como el medio m los obreros en huelga. T preguntar: ¿por que no dos y declarados culpab ros de ese periódico? ellos recomendaban sólo esos explosivos destructor pulacho? Quisiera que se al respecto. ¿Por qué n Stone entre los acusados Se encontró una bomba Además, el señor Stone p proximo pasado un artícu nstrucciones detalladas s ción de bombas. Según es nes, se habría podido con un costo de 10 centav *News* tiene una difusión yor que la *Arbeiter-Zeit* mible que la bomba lanz yo fué hecha según la rec Hasta que esos señores n de asesinato y hechos c mo, excelencias, que esa favor del capitalismo no justicia y que la sentenc pronunciada.

Se nos conden somos extran

El principal argumento tra los acusados, fué: " no son ciudadanos". No p los demás. Hablo por mi bitado al menos tanto tie nell en este Estado y he ciudadano tan bueno co al menos no deseo que con él.

Grinnell, como nuestr constatado ya, apeló al jurado. A eso replico y labras de un escritor in tismo es el último refug Mis esfuerzos en favor desheredados y privados propaganda en ese conce zacion de doctrinas eco palabra, la instrucción es declarada conspiració ciedad. La palabra "soc sabe bien, ha sustituido tal como lo representan hoy. Siempre ha sido op ses dominantes que las mantenidas en la ignor quiere que su servidumb y su obediencia, ante pierdan en la medida cia crece. Hace un cua consideraba un crimen mientos a los esclavos Porque el esclavo intel cadenas a todo precio. derada hoy la instrucció por una cierta clase com tra el Estado? Por las El Estado, por lo demá este caso, como se sabe tervenir ese punto en el testimonios que present rentar que en nuestros tos no habríamos predi destrucción y la dinamit

El tribunal dijo hoy p no hay en la historia u He notado durante este señores de la profesión iniciados en la historia los casos históricos de presente, la verdad ha los sacerdotes del poder tiempo.

y condenados a causa de conspiración por los verdaderos conspiradores y por sus instrumentos.

Esa es, señores, la razón por la cual no debía sentenciarnos un tribunal ¡si esa denominación tiene en general algún significado!

"Pero — dijo el Estado — vosotros habeis publicado artículos sobre la preparación de dinamita y de bombas". — Que se me muestre uno solo de los diarios de esta ciudad que no haya publicado artículos idénticos. Me recuerdo exactamente de un artículo en la *Tribune* del 23 de febrero de 1885. Ese diario daba una descripción y dibujos de diversas máquinas infernales y bombas. Me recuerdo eso especialmente porque compré el periódico en el tren y tuve tiempo bastante para leerlo. Desde entonces el *Times* ha publicado a menudo artículos parecidos sobre ese objeto. Algunos de los artículos sobre la dinamita encontrados en la *Arbeiter-Zeitung*, son artículos traducidos del *Times*, escritos por John Mulligan y Fritz John Porter y en los cuales se recomendaban las llamadas bombas de dinamita como el medio más eficaz contra los obreros en huelga. Tengo derecho a preguntar: ¿por que no han sido acusados y declarados culpables los redactores de ese periódico? ¿Tal vez porque ellos recomendaban sólo la aplicación de esos explosivos destructores contra el populacho? Quisiera que se me informase al respecto. ¿Por qué no está el señor Stone entre los acusados de este proceso? Se encontró una bomba en su posesión. Además, el señor Stone publicó en enero proximo pasado un artículo que contenía instrucciones detalladas sobre la fabricación de bombas. Según esas descripciones, se habría podido fabricar bombas con un costo de 10 centavos por pieza. La *News* tiene una difusión diez veces mayor que la *Arbeiter-Zeitung*. ¿Es presumible que la bomba lanzada el 4 de mayo fué hecha según la receta de la *News*? Hasta que esos señores no sean acusados de asesinato y hechos comparecer, afirmo, excelencias, que esa parcialidad en favor del capitalismo no concuerda con la justicia y que la sentencia no debía ser pronunciada.

Se nos condena porque somos extranjeros

El principal argumento de Grinnell contra los acusados, fué: "Son extranjeros, no son ciudadanos". No puedo hablar por los demás. Hablo por mí mismo. He habitado al menos tanto tiempo como Grinnell en este Estado y he sido tal vez un ciudadano tan bueno como Grinnell — al menos no deseo que se me compare con él.

Grinnell, como nuestros abogados han constatado ya, apeló al patriotismo del jurado. A eso replico y cito sólo las palabras de un escritor inglés: "El patriotismo es el último refugio de los pillos". Mis esfuerzos en favor de los hombres desheredados y privados de derecho, mi propaganda en ese concepto, la popularización de doctrinas económicas, en una palabra, la instrucción de los obreros es declarada conspiración contra la sociedad. La palabra "sociedad", como se sabe bien, ha sustituído aquí al "Estado", tal como lo representan los patricios de hoy. Siempre ha sido opinión de las clases dominantes que las masas deben ser mantenidas en la ignorancia, si no se quiere que su servidumbre, su modestia y su obediencia, ante los poderosos se pierdan en la medida que su inteligencia crece. Hace un cuarto de siglo se consideraba un crimen inculcar conocimientos a los esclavos negros. ¿Por qué? Porque el esclavo inteligente rompe sus cadenas a todo precio. ¿Por qué es considerada hoy la instrucción de los obreros por una cierta clase como un crimen contra el Estado? Por las mismas razones. El Estado, por lo demás, ha eludido en este caso, como se sabe bien, el hacer intervenir ese punto en el debate. Según los testimonios que presentó, tuvo que aparentar que en nuestros discursos y escritos no habríamos predicado más que la destrucción y la dinamita.

El tribunal dijo hoy por la mañana que no hay en la historia un caso como este. He notado durante este proceso que los señores de la profesión legal no estan muy iniciados en la historia mundial. En todos los casos históricos de la naturaleza del presente, la verdad ha sido alterada por los sacerdotes del poder dominante en su tiempo.

¿Què hemos dicho en nuestros discursos y escritos?

Hemos explicado al pueblo su situación y sus relaciones con la sociedad. Le hemos aclarado diversos fenómenos y leyes sociales y las condiciones bajo las cuales se producen. Hemos demostrado por la vía de la investigación científica irrefutablemente y llevado al conocimiento público que el sistema del salariado es la raíz de las actuales injusticias sociales — injusticias tan monstruosas que claman al cielo. Hemos dicho además que el salariado como forma especial de la evolución social debe ceder el puesto a consecuencia de lógica necesidad a formas más elevadas de civilización, que el salariado debe abrir el camino y dar el fundamento a un sistema de comunidad social, es decir al socialismo. Dijimos que esta o aquella teoría, éste o aquél plan en lo concerniente a la instauración futura de las cosas no es una cuestión de libre elección, sino una necesidad histórica, y que nos parecía que el progreso marcha en dirección al anarquismo, por el cual entendemos una sociedad sin reyes, castas y clases, una sociedad de soberanos de sí mismos, en la que se creará un equilibrio inconmovible como fundamento del orden natural por medio de la libertad y de la igualdad económica de todos.

No es probable que los honorables señores Bonfield y Grinnell puedan imaginarse un orden social que no sea mantenido por el bastón y la pistola del agente de policía, ni una sociedad sin prisiones, cadalsos y fiscales. En una sociedad semejante, tal vez no encontrasen un puesto para ellos mismos. Pero, ¿es esa una razon para hacer del anarquismo una doctrina tan digna de repudio y tan peligrosa?

Un proceso al anarquismo,

Grinnell nos ha dado a entender que aquí se procesa al anarquismo. La teoría del anarquismo pertenece al dominio de la filosofía especulativa. En el mitin de Haymarket no se pronunció una sílaba de anarquismo. En aquél mitin se habló del tema muy popular de la reduccion de la jornada de trabajo. Pero — "el anarquismo es procesado" — erupta el señor Grinnell. Si ese es el caso, Excelencias, muy bien, entonces pueden condenarme, pues soy anarquista. Creo con Bukle, con Paine, con Jefferson, Emerson, Spencer y muchos otros grandes pensadores de este siglo, que el Estado de las castas y las clases, que el Estado en que una clase domina a la otra que vive de su trabajo, y se llama a eso *orden* — sí, creo que esa forma bárbara de organización social que está consagrada a la muerte junto con vuestro sistema de asesinato y de saqueo santificado por las leyes, que tiene que ceder el puesto a una sociedad libre, a una asociación voluntaria. Vds. pueden anunciarme la pena de muerte, pero dejen que el mundo sepa que en el Estado de Illinois en 1886, han sido condenados a muerte ocho hombre, sólo porque no han perdido la fé en un porvenir mejor y en la victoria final de la libertad y la justicia.

"Habéis predicado la destrucción de la sociedad y de la civilización", — dijo Grinnell, el servidor y agente de la Asociación de banqueros y burgueses. — Ese hombre tiene que aprender aún lo que es la civilización, de lo contrario no hablaría así. ¡Es un argumento tan viejo, tan sobado contra el progreso de la humanidad! ¡Ved la historia de Grecia y de Roma, leed la de Venecia! Echad una ojeada a las obscuras páginas de la historia de la iglesia y seguid el sendero espinoso de la ciencia: — Siempre y eternamente gritan las clases dominantes: "¡Nada de cambio, nada de modificación! ¡Queréis destruir la sociedad y la civilización! — Ellas se encuentran tan cómodamente en el sistema imperante, que la más mínima alteración les llena de miedo y de temor. Aman sus privilegios tanto como su vida, y toda modificación amenaza esos privilegios. Pero la civilización es una escalera cuyas gradas son monumentos de tales modificaciones. Sin esos cambios sociales, realizados todos contra la voluntad y el poder de las clases dominantes, no habría hoy civilización alguna. Por lo que se refiere a la destrucción de la sociedad, cuya aspiracion se nos atribuye, eso suena como una fábula esopica del zorro astuto. Nosotros hemos puesto nuestra vida en el juego para salvar la sociedad de su enemigo mortal, de su enemigo mortal que la mantiene sujeta por el cuello, que absorve su sangre vital, que devora sus hijos — queríamos curar sus heridas sangrientas, queríamos librarla de los lazos con que ha sido ligada, de la miseria en que la habeis sumido — ¿y nosotros seríamos sus enemigos? Honorables jueces, ¿ois las risas burlescas del infierno? ¿Hemos predicado la dinamita? No, hemos deducido de las enseñanzas de la historia mundial que las clases dominantes actuales no oirán la voz de la razon como no lo hicieron sus predecesores; que intentarán oponer a la ola del progreso la violencia brutal. ¿Era eso una mentira o hemos dicho la verdad? ¿No funcionan las grandes industrias de este país ya bajo la vigilancia de la policía, del detective, del sheriff? ¿No es cada día más evidente el regreso al militarismo? ¡Soberanos americanos, reflexiónese! ¡trabajan como esclavos de las galeras bajo la vigilancia militar! Hemos predicho eso y predecimos ahora que esas circunstancias tienen que volverse pronto insoportables. ¿Qué hacer entonces?

Inculparnos de haber hecho el 4 de mayo un intento de derribar violentamente el sistema actual, a fin de "introducir un sistema anarquista", es una afirmación demasiado absurda, incluso para ser hecha por un funcionario político. En caso de que Grinnell creyese que hubiéramos hecho un ensayo tal, ¿por qué no hizo que el doctor Bluthard nos investigase para ver cual es nuestro plano mental? Solo locos habrían podido imaginar un plan tan glorioso, y a los locos no se les puede acusar de asesinato. En caso de que hubiese existido algo así como una conspiracion o un plan meditado de antemano, ¿no creen ustedes que las cosas habrían tomado aquella noche y después otro curso?

La base de mi delito

Toda esa conspiración se basa en un discurso que pronuncié el aniversario del nacimiento de Wáshington hace más de año y medio, en Grand Rapids, Michigan. Había sido invitado con ese objeto por los Caballeros del Trabajo. Dije que nuestro país estaba lejos de ser lo que habían querido que fuera los revolucionarios del último siglo. Dije que esos hombres, si viniesen hoy, barrerían con escobas férreas los establos de Augías y que indudablemente también se les declararía socialistas. No es improbable que yo haya dicho que Wáshington habría sido ahorcado si la revolucion hubiese fracasado. Grinnell hizo de esa blasfemia su flecha capital contra mí. ¿Por qué? Porque se propuso aguijonear contra nosotros el espíritu de la ignorancia. Pero ¿quién pondrá en duda la exactitud de la afirmación? Que yo me haya comparado por eso con Wáshington, esa es una mentira rastrera. Pero, y en caso de que lo haya hecho, ¿sería eso un crimen? He podido decir al individuo que se presentó aquí como testigo que los obreros debían procurarse armas, pues según toda la probabilidad, el último golpe lo daría la fuerza. He podido decir que en Chicago están armados tantos y cuantos. Pero que nosotros queríamos iniciar la revolución social, eso no lo he dicho nunca. Déjenme decir aquí que las revoluciones no pueden hacerse caprichosamente, como no se hacen los terremotos y ciclones. Las revoluciones son los efectos de hechos determinados. Yo hice de la ciencia social desde hace más de diez años, mi estudio especial y no habría podido decir tal absurdo. Creo que la revolución está ante las puertas, que en realidad ha comenzado ya. Pero el médico, ¿es responsable de la muerte del paciente porque la predijo? En caso de que alguien sea responsable de la próxima revolución, será la clase dominante, que se rehusa tenazmente a hacer concesiones, mientras son necesarias reformas; que se aferra al pensamiento de poder paralizar el progreso y ordenar la quietud a los eternos poderes de que ella misma es también insignificante criatura.

La actitud que se asumió generalmente es que somos responsables *moralmente* del desórden policial del 4 de mayo.

Hace cuatro o cinco años estuve en esta misma sala como testigo. Los obreros habían intentado procurarse apoyo por vías legales. Habían votado y elegido entre otros su candidato municipal en el 14 Wards. Pero el hombre no fue del gusto de la compañía tranviaria. Eso lo supieron dos de los tres jueces electorales de su distrito y se llevaron las urnas a su casa, donde corrigieron los resultados de las elecciones de modo que los constituyentes del candidato elegido fueran privados de su representante legal y la eleccion resultó a favor de la criatura de la compañía tranviaria. Los obreros expendieron para la persecucion de los ejecutores del delito 1.500 dolares. Las pruebas eran tan convincentes, que éstos confesaron haber modificado el resultado de las elecciones y falsificado las listas electorales. El juez Gardner, que presidió en este tribunal, los absolvió, considerando que los acusados no habían obrado notoriamente con proposito criminal. No quiero hacer ningun comentario a eso, pero si entramos en el campo de la responsabilidad moral, se abre para nosotros un horizonte enorme, y tambien aquel suceso tiene una gran importancia. Todo el que coopero en el pasado a frustrar los esfuerzos tendientes a provocar reformas, es tambien responsable de que haya hoy revolucionarios en esta ciudad. Pero aquellos que intentaron llevar a cabo reformas, deben ser absueltos de esa responsabilidad, — y a ese numero pertenezco yo también. En caso de que el fallo se base en la adopcion de la responsabilidad moral, Excelencias, mencione eso como una razon por la cual no deberia pronunciarse sentencia.

En caso de que la decisión dada por el tribunal esta mañana sea legalmente justa, entonces no hay en este país nadie que no pueda ser legalmente ahorcado. Les aseguro que si yo fuera el ejecutor de la ley, no habria en esta sala quien no pudiera ser ahorcado "legalmente y en derecho", segun las mismas leyes exactamente que se leyeron en esta sala esta mañana. El ministro de policía de Napoleon, Fouché, dijo a aquel: "Deme usted una línea que haya escrito alguien, y yo llevo al correspondiente autor al cadalso". Este tribunal ha dicho lo mismo en el sentido. Segun las leyes citadas, toda persona de este país puede ser acusada por conspiracion y, segun la situacion del caso, por asesinato. Todo miembro de un sindicato, de los Caballeros del Trabajo o de alguna otra organizacion, puede ser declarado culpable de conspiracion, de asesinato y hecho responsable de violencias que no ha cometido, como ocurrió con nosotros. Una vez creado ese caso de precedencia, impulsan ustedes a las masas que se ocupan de la pacífica agitacion, hacia la revolución trágica. Con ello cierran la última válvula de seguridad. Y la sangre que sea derramada entonces, la sangre de los inocentes, caerá sobre ustedes.

La ley del talión

"Siete policías han muerto — dijo Grinnell mirando al jurado para exigirle comprensión. — "Pedimos por vida", y se declaró culpables a un número igual de hombres, de los cuales no puede decirse verídicamente que hayan tenido lo más mínimo que ver con la muerte de las víctimas de Ponfield. Los mismos principios de derecho los encontramos entre los salvajes. Entre ellos, las injusticias son equilibradas, por decirlo así. Los árabes, chinos y otros pueblos exigen por cada uno de los suyos caído por mano enemiga, la vida de un enemigo. De las personas no se preocupan mucho, siempre que reciban una vida por otra vida. Ese principio rige aún entre los autóctonos de las islas Sandwich.

Si debemos ser ahorcados de acuerdo a ese principio, que se nos diga, y que sepa el mundo qué país cristiano y civilizado es éste en donde los Gould y los Vanderbilt, los Stanford y los Armour acuden en ayuda de la libertad y de la justicia.

Grinnell ha hecho resaltar repetidamente que en este país imperan la inteligencia y la civilización. ¿Quién puede ponerlo en duda después de lo dicho?

El veredicto contra nosotros es el anatema de las clases ricas sobre sus víctimas expoliadas — el gran ejército de los obreros y los campesinos. Si vuestras excelencias no desean que se deduzca de él esa conclusión, si no quieren infundir-

les (a los campesinos y a los obreros) la fé a que hemos llegado con el senado espartano, el areópago ateniense, el consejo veneciano de los diez, etc. — entonces no deben pronunciar sobre nosotros la sentencia.

Si ustedes creen que al ajusticiarnos pueden extirpar el poderoso movimiento obrero, — el movimiento de cuya victoria definitiva esperan su redención millones y millones de obreros y obreras pisoteados y en la miseria, si ustedes creen eso, ¡pueden ajusticiarnos!... Pisará aquí una avispa, pero... aquí y allí y en todas partes, se levantarán enjambres. Es como un fuego subterráneo ese movimiento obrero que ustedes no pueden apagar. La tierra en que ustedes están arde, ustedes no comprenden eso; no creen, como sus antepasados, que consideraban un deber civilizar la quema de los brujos, en el encantamiento — ¡pero creen en conspiraciones! Creen que todos estos sucesos de los últimos tiempos son obra de conspiradores. Lo que ustedes ven y tratan de asir no es más que el reflejo engañoso de las combinaciones de la mala y temerosa conciencia.

¡Ustedes quieren extirpar a los conspiradores y a los agitadores! Ah, no se extirpan más que así: echad mano a todo propietario de fábrica que amontonó riquezas con el trabajo no pagado de sus esclavos, echad mano a cada terrateniente que ha llenado sus cajas de caudales con el dinero de sangre exprimido a sus víctimas; extirpad toda máquina que revoluciona la industria y la agricultura, que aumenta la producción y deja a los obreros sin pan, que aumenta la riqueza general y mientras el creador está en medio de sus tesoros y es martirizado por el tormento de Tántalo del hambre! Destruid los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, el vapor, la mina, destruíos a vosotros mismos — ¡pues todo, todo tiene el carácter de nuestro período revolucionario!

La revolución está en vuestro régimen

¡Ustedes, señores míos, son los revolucionarios! Ustedes se rebelan contra los efectos de las condiciones sociales en que fueron arrojados a un magnífico paraíso por la mano de la Fortuna! Ustedes se imaginan que, aparte de ustedes mismos, nadie tiene derecho a ese lugar. Afirman ser los elegidos, los únicos propietarios... Pero los poderes por los que ustedes llegaron al paraíso, las fuerzas industriales, continuan su obra. De día en día se vuelven más fuertes y activos. Su aspiración es elevar la humanidad entera a esa altura, hacer de nuestra tierra un paraíso para todos. En su ceguera, ustedes piensan poder paralizar la ola de la civilización y la aspiración humana a la libertad por un par de policías, un par de cañones Gatling y algunos regimientos de milicia apostados a la orilla del mar. Ustedes creen poder volver las olas tempestuosas al abismo mediante la violencia brutal, haciendo levantar un par de horcas. ¡Ustedes son los verdaderos revolucionarios, pues obstaculizan la marcha natural de los acontecimientos! Ustedes solos son los conspiradores y destructores.

Ayer dijo el tribunal, relativamente a la demostración ante la Bolsa: "Esos hombres marcharon con el fin exclusivo de saquear la Bolsa". Aunque no puedo comprender qué sentido habría en tal atrevimiento, aunque sé que aquella demostración fué empleada simplemente como medio de propaganda contra el sistema que legaliza los honestos negocios que se llevan a cabo allí, quiero suponer que aquellos tres mil obreros que había en la demostración hayan tenido realmente el propósito de saquear la Bolsa. En ese caso no se habrían distinguido de los honorables bolsistas más que por tratar de recuperar por vías ilegales la propiedad que se les ha robado, mientras los otros, los bolsistas, saquean el país entero con ley o sin ella — pues ese es un elevado y magnífico oficio. Este tribunal "del derecho y la justicia, ante el cual todos son iguales y no vale en modo alguno la apariencia de la persona", declara, pues, este principio: "Cuando dos hacen lo mismo, no es lo mismo". Agradezco al tribunal por esa confesión. Contiene, por decirlo así, todo lo que hemos predicado y por lo cual vamos a ser ajusticiados. El robo perpetrado por las clases privilegiadas es un oficio decente. Es un delito cuando es ejercido por las demás clases en su propia ayuda.

El robo, el asesinato y la expoliación constituyen el "orden" de una cierta clase de señores que prefieren adquirir el sostenimiento de su vida de ese modo, en lugar de trabajar honestamente... Esa especie de "orden" — es verdad — ha sido combatido por nosotros y su destrucción ha sido por nosotros deseada. Confesamos ese crimen... ¡Contemplad el campo económico de batalla! ¡Ved el país devastado por el robo y el saqueo de los cristianos patricios! ¡Acompañadme a los barrios de los creadores de riqueza de esta ciudad! ¡Venid conmigo a los mineros semi-muertos de hambre del valle de Hockin y dirigid una mirada a los parias del valle Monogahela! ¡Viajad en los trenes del ciudadano mejor de este país y el más amante de la ley, Jay Gould, y decidme si la persistencia de ese "orden" se puede justificar con argumentos de la moral! ¡Yo digo que la persistencia de ese orden es criminal, asesina! Su persistencia significa la persistencia de la esclavización sistemática de nuestras mujeres y nuestros hijos en las fábricas: la persistencia de la desocupación de millones de hombres laboriosos, y su degradación. Su persistencia significa la persistencia de la intemperancia, de la prostitución sexual y espiritual: la continuidad de la miseria, de la penuria y de la servidumbre por una parte y del peligroso amontonamiento del botín del robo, así como del parasitismo, de la crapulosidad y de la tiranía, por otra parte. Significa la continuidad del vicio en toda forma; la continuidad de la lucha de clases, de la huelga, de los levantamientos y de los derramamientos de sangre... (sarcásticamente):

¡Ese es vuestro orden, señores míos! Sí, y ustedes son dignos de ser sus defensores. Están eminentemente calificados para ese papel. No les hago cumplimientos.

Grinnell habló de Víctor Hugo. Lo que él dijo no necesito repetirlo. Quiero responderle en el idioma de uno de nuestros pensadores alemanes: "Nuestros ciudadanos bien cebados levantan estatuas en honor de los clásicos. Si hubiesen leído sus obras las quemarían". Pues entre los artículos de la *Arbeiter-Zeitung* leídos aquí y utilizados por el Estado como material de cargo para convencer a los jurados del carácter peligroso de los anarquistas acusados, se encuentra una cita del *Fausto* de Goethe:

"Se heredan ley y derechos, — como una eterna enfermedad..."

E Ingham ha contado en su discurso a los cristianos jurados que nuestros compañeros, los comunalistas franceses, derribaron en 1871 al dios todopoderoso y pusieron en su lugar una baja ramera.

¡El efecto fué soberbio! Los buenos cristianos se indignaron. Yo hubiese deseado que vuestra excelencia hubiese informado a estos instruídos señores que el citado episodio tuvo lugar en París hace casi un siglo y que los criminales profanadores del templo fueron contemporáneos de los padres de esta república, y que entre ellos se encontraba Thomas Paine. La mujer no era tampoco una prostituta, sino una noble ciudadana, que en aquella ocasión representó alegóricamente la diosa de la razón.

El terror de arriba

Respecto a la carta de Most que se leyó aquí, el señor Ingham dijo:

"Esos (se refería a Most y a mí) habrían podido ultimar con dinamita millares de seres inocentes".

Todo lo que yo sabía sobre esa carta lo he dicho en las declaraciones, pero quiero agregar aquí que hace dos años estuve como corresponsal en el valle Hocking. Durante mi permanencia allí vi cómo eran asesinados centenares de hombres, lentamente, gradualmente. No era la dinamita, ni los anarquistas los que realizaban la obra diabólica. Era la obra de una banda de muy respetables monopolistas (*burlescamente*), "ciudadanos amantes de la ley", ¡con su permiso! Es innecesario, según mi opinion, decir que esos asesinos no fueron nunca acusados. La prensa tuvo muy poco que decir al respecto, y el Estado de Ohio estaba con ellos.

¡Qué horror habría provocado si las víctimas de ese complot infernal hubieran opuesto resistencia y hubiesen hecho volar algunos de esos degolladores!

Cuando en East St. Louis los asesinos a sueldo de Jay Gould ("los hombres con engrudo") mataron a tiros a sangre fría seis hombres y mujeres, se tuvo muy poco que decir, y el gran jurado se rehusó a acusar a ese gentlemen. Lo mismo ocurrió en Chicago, en Milwaukee y en otros lugares.

Un fabricante de muebles de Chicago (Bruschke) tiró e hirió mortalmente en la primavera pasada a dos obreros. Fué hecho comparecer ante el gran jurado pero éste se rehusó a acusar a ese "Gentlemen".

Pero si en una ocasión un obrero opuso resistencia a los intentos criminales de la policía, arrojó una bomba y derramó sangre de una parte y de otra — entonces se desencadenó un monstruoso alarido en todo el país — "una conspiración atacó nuestras más sagradas instituciones" — y se exigen en cambio de ese hecho ocho víctimas. Mucho se ha dicho sobre la opinión pública, mucho sobre la indignación pública. Ahora bien, es un hecho que ningún ciudadano se atrevió a pronunciar otra opinión que la dictada por las autoridades del Estado; si se hubiesen permitido tener otra opinión, se les habría simplemente encarcelado. Se les habría llevado al cadalso. Eso se hace pasar por "opinión pública".

Nuestros principios

Estas gentes, dijo Grinnell, no tienen principios; son asesinos, ladrones comunes, etc. Confieso que nuestras aspiraciones y objetivos serán siempre incomprensibles para los rufianes sin principios, pero de eso no se nos puede hacer responsables.

Si no me equivoco, esa afirmación se basaba en el hecho de querer nosotros destruir la propiedad. No sé si esa desfiguración de los hechos se hizo a sabiendas, pero deseo constatar aquí, para poner en su lugar nuestra doctrina, que esa afirmación es una infame mentira.

Se han leído aquí artículos de la *Arbeiter-Zeitung* y de la *Alarm* para hacer ver el carácter peligroso de los acusados. Los artículos que aquí se dieron a conocer hablaban sólo de las ignominias ordinarias de la policía, llevadas a cabo por ésta contra los obreros en huelga. Otros artículos no han sido leídos, sólo aquellos que convenían al fiscal. Y refiriéndose a esos artículos, dijo el fiscal — sabiendo que mentía — "estas gentes no tienen principios".

Pocas semanas antes de ser arrestado y de ser acusado del crimen por el que se me condena, fuí invitado por los sacerdotes de la iglesia congregacionista a pronunciar una conferencia sobre el socialismo, y a debatir con ellos. Esto ocurrió en el Grand Pacific-Hotel. No puede decirse, pues, que he aceptado mis principios después del arresto, después de ser acusado y después de ser condenado, para justificar mis actos. Quiero leer aquí lo que dije allí:

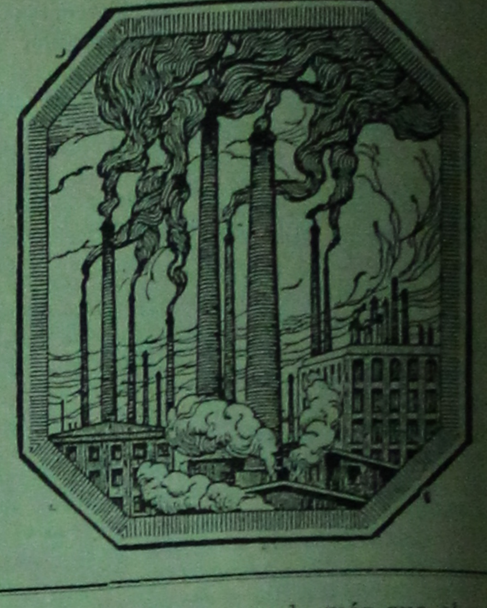
Defensor Black: Díganos la fecha del periódico.

Spies: 9 de enero de 1886.

Black: ¿Qué periódico es?

Spies: *Alarm*.

Spies: (*continuando*) Cuando fuí preguntado en esa ocasión por lo que significa el socialismo, declaré lo que sigue:



"El socialismo no es nada más que el resumen de los fenómenos de la vida social del presente y del pasado examinados en sus causas y presentados en su conexión causal. Esto se basa también en el hecho establecido que las condiciones e instituciones económicas de un pueblo, o de los pueblos, forman el fundamento de todas las instituciones sociales, ideas y hasta religiones, y además que todas las modificaciones en los órganos económicos, etc. y todo progreso nacieron de las luchas debatidas en las diversas épocas entre las clases dominantes y las oprimidas.

Ustedes, señores, no pueden ponerse en ese punto de vista del conocimiento empírico; su profesión hace que se coloquen en el punto opuesto, es decir en aquel que no quiere saber nada de lo que es y que quiere saberlo todo sobre las cosas que son incomprensibles para los hombres. Por eso no pueden ser ustedes socialistas (Voces: ¡Oh!).

Como temo que no me entiendan, hablaré ahora algo más claramente.

No debería serles desconocido que en el curso de este siglo se hicieron una infinita cantidad de invenciones y descubrimientos que produjeron grandes, asombrosas transformaciones en la elaboración de las necesidades y comodidades de la vida. El trabajo de las máquinas ha suplantado en gran parte a los hombres. La máquina tuvo por consecuencia la reunión de muchas fuerzas de trabajo y una productividad cada vez mayor. Las ventajas que resultaron de esa concentración de las fuerzas de trabajo fueron de tal naturaleza que ensancharon más y más éstas. De ese proceso de la concentración de los medios y fuerzas de trabajo resultó, con la conservación del anterior "sistema de la división", la desproporción que sufre la sociedad.

Los medios de producción llegaron a las manos de un número de personas cada vez menos numerosas, mientras que los obreros expropiados y sin trabajo a causa de las máquinas, cayeron en el pauperismo, el vagabundaje, en el llamado crimen y en la prostitución — males todos que ustedes, señores míos, se proponen extirpar del mundo con su librito de oraciones.

Los socialistas no los toman por eso ya en serio, sino sólo en broma (rumores). O díganme, si les place, lo que han hecho hasta aquí con sus predicaciones de moral cristiana para aliviar la suerte de los míseros, de los llevados al crimen y al vicio por la amarga miseria. (*Algunos se ponen de pié: ¡En algunos casos hemos hecho mucho!*). En algunos casos han dado tal vez una limosna. Pero, ¿qué influencia tiene eso, si puedo preguntar, en las condiciones sociales y en la transformación de las mismas? ¡Ninguna, absolutamente ninguna! Confiesen, señores, que no pueden mencionarme un solo ejemplo.

Pero bien. Aquellos proletarios condenados a la miseria y al hambre por el ahorro de trabajo de la gran producción, cuyo número en este país se estima en millón y medio por lo menos — es improbable que ellos y los millares que se agregan diariamente a ellos, y los millones que trabajan por salarios miserables de hambre toleren tranquilamente y con resignación cristiana su aniquilamiento por la mano de los amos ladrones y asesinos, pero al mismo tiempo muy cristianos. Se defenderán; vendrá la lucha. La necesidad de la posesión común de todos los medios de trabajo se convierte en realidad y la era del socialismo, del trabajo colectivo comienza.

Cómo se soluci problema

La expropiación de las c ras, la socialización de esa pr trabajo cooperativo general fines especulativos, sino para ción de las exigencias que h vida: es decir, trabajo comú de mantener la vida y el di dos — eso es, en grandes l cialismo. Pero esto no es, c tal vez suponen, "un plan te imaginado", cuya realizac seable si fuera posible — no zación de los medios de pr las vías de comunicación, de no sólo es algo deseable, ¡se do en una necesidad imperi encontramos en la historia convirtió una vez en una mos siempre que la supresió sidad por la producción de h indispensable fué el primer tras grandes fábricas, minas municación y de transporte do grandes desde hace tiemp ministración privada, dejan lado todo lo demás. El indivi controlarlas ya. En todas donde quiera que dirijamo chocaremos con lo antinatu ventajoso de la producción gular. Vemos cómo un hombro de hombres no sólo ha minio de su propiedad priv descubrimientos técnicos, s bién confiscaron para su ap to exclusivo todas las fuer empleables, como el agua, electricidad. Toda nueva in descubrimiento les pertenec

El mundo existe sólo para observan que aniquilan a otro a sus semejantes; con una buena acción y una mente cristiana el hacer el de oro por sus máquinas co de tiernos niños. Se asesi dicho, tiernos niños y mujer trabajo y mientras tanto s de hambre a hombres vigor de ocupación. Esos fenóme res de otros más nos llaman

Se pregunta uno cómo es semejante, y se encuentra la la culpabilidad del estableci do. El pensamiento de la fá tiva, común, racional, se im blemente en el observador. de ella son tan convincentes a la vista — ¿y dónde habrí

Según las leyes físicas, mueve consciente o inconsc la dirección en que men encuentra. Lo mismo la s conjunto. La vía del trabaj to cooperativo fué allanada tración de los medios de tra tema capitalista privado; por ella. No podemos retr aunque quisiéramos. El pod cunstancias nos lleva al s

Un sacerdote me pregun do debe realizarse ese est dijo que al parecer yo orga volución. Era poco antes d y respondí:

"Eso no se puede organi lución es una ebullición convulsión del cuerpo soci Preparamos a la sociedad incitamos a que los obreros mantengan listos para la mejor armados estén los más fácilmente se ventilará to menos derramamiento brá!"

¿Suena eso — como se n como si yo hubiera organi tiempo una revolución — social, que debía ocurrir e y los días siguientes? ¿Sue yo hubiera querido poner lo. de mayo en lugar del del presente? Yo creo que

El socialismo no exige la la sociedad. El socialismo que ordena, que construye truye. Mientras el capitali su propiedad a las masas favor de una clase privile tras el capitalismo es aque la economía que enseña c vive del trabajo, es decir, d de otra, el socialismo ens pueden ser "propietarios" más que cada cual debe tra mente en pro de su mante

Cómo se soluciona el problema

La expropiación de las clases poseedoras, la socialización de esa propiedad y el trabajo cooperativo general — no para fines especulativos, sino para la satisfacción de las exigencias que hacemos a la vida: es decir, trabajo común con el fin de mantener la vida y el disfrute de todos — eso es, en grandes líneas, el socialismo. Pero esto no es, como ustedes tal vez suponen, "un plan hermosamente imaginado", cuya realización sería deseable si fuera posible — no, esa socialización de los medios de producción, de las vías de comunicación, de la tierra, etc. no sólo es algo deseable, ¡se ha convertido en una necesidad imperiosa! Y donde encontramos en la historia que algo se convirtió una vez en una necesidad, vemos siempre que la supresión de la necesidad por la producción de lo lógicamente indispensable fué el primer paso. Nuestras grandes fábricas, minas, vías de comunicación y de transporte son demasiado grandes desde hace tiempo para la administración privada, dejando ya a un lado todo lo demás. El individuo no puede controlarlas ya. En todas partes, hacia donde quiera que dirijamos la mirada, chocaremos con lo antinatural y lo desventajoso de la producción privada irregular. Vemos cómo un hombre o un número de hombres no sólo ha llevado al dominio de su propiedad privada todos los descubrimientos técnicos, sino que también confiscaron para su aprovechamiento exclusivo todas las fuerzas naturales empleables, como el agua, el vapor, la electricidad. Toda nueva invención, todo descubrimiento les pertenece.

El mundo existe sólo para ellos. Apenas observan que aniquilan a diestro y siniestro a sus semejantes; consideran como una buena acción y una obra legítimamente cristiana el hacer elaborar piezas de oro por sus máquinas con los cuerpos de tiernos niños. Se asesina, como he dicho, tiernos niños y mujeres por el duro trabajo y mientras tanto se deja morir de hambre a hombres vigorosos por falta de ocupación. Esos fenómenos y centenares de otros más nos llaman la atención.

Se pregunta uno cómo es posible algo semejante, y se encuentra la respuesta en la culpabilidad del establecimiento privado. El pensamiento de la fábrica cooperativa, común, racional, se imprime ineludiblemente en el observador. Las ventajas de ella son tan convincentes, saltan tanto a la vista — ¿y dónde habría otra salida?

Según las leyes físicas, un cuerpo se mueve consciente o inconscientemente en la dirección en que menos resistencia encuentra. Lo mismo la sociedad como conjunto. La vía del trabajo y del reparto cooperativo fué allanada por la concentración de los medios de trabajo en el sistema capitalista privado; marchamos ya por ella. No podemos retroceder ya, ni aunque quisiéramos. El poder de las circunstancias nos lleva al socialismo.

Un sacerdote me preguntó de qué modo debe realizarse ese estado de cosas; dijo que al parecer yo organizaba una revolución. Era poco antes de mi arresto, y respondí:

"Eso no se puede organizar. Una revolución es una ebullición repentina, una convulsión del cuerpo social febriscente. Preparamos a la sociedad para ella e incitamos a que los obreros se armen y se mantengan listos para la lucha. Cuanto mejor armados estén los obreros, tanto más fácilmente se ventilará la lucha, tanto menos derramamiento de sangre habrá!"

¿Suena eso — como se me reprocha, — como si yo hubiera organizado en aquel tiempo una revolución — una revolución social, que debía ocurrir el 1o. de mayo y los días siguientes? ¿Suena eso como si yo hubiera querido poner la anarquía el 1o. de mayo en lugar del orden "ideal" del presente? Yo creo que no.

El socialismo no exige la destrucción de la sociedad. El socialismo es una ciencia que ordena, que construye y no que destruye. Mientras el capitalismo priva de su propiedad a las masas del pueblo en favor de una clase privilegiada — mientras el capitalismo es aquella escuela de la economía que enseña cómo una clase vive del trabajo, es decir, de la propiedad de otra, el socialismo enseña que todos pueden ser "propietarios" y enseña además que cada cual debe trabajar honestamente en pro de su mantenimiento y no

tiene derecho a jugar al "respetable comerciante", "banquero", "bolsista", etc., como los magnates que aparecieron en el Box del jurado y declararon que debíamos ser ajusticiados. (No dudo en manera alguna que tal era la opinión de los señores). En una palabra, el socialismo quiere introducir un sistema general del trabajo colectivo y hacer llegar así a todo miembro de la familia humana los resultados y beneficios de la civilización, que en el capitalismo son monopolizados por una clase privilegiada y no son empleados como debieran serlo, sino en favor del egoísmo brutal de una clase avariciosa. Bajo el capitalismo, los grandes descubrimientos del pasado están lejos de ser una bendición para la humanidad, han sido transformados en una maldición. Bajo el socialismo se realizará la profecía del sabio griego Antíporas, que gritó ante el descubrimiento del primer molino de agua: "Este es el emancipador de los esclavos masculinos y femeninos", y lo mismo la profecía de Aristóteles: "Si en el futuro todo instrumento realiza su labor a la voz de mando, como el artificio de Dédalo o como el trípode de Efeso, que iban instintivamente a su labor sagrada — si los telares tejen así por sí mismos, amos y esclavos no serán mucho tiempo necesarios".

Vivimos la era de las grandes transformaciones sociales

Los socialistas afirman que ese tiempo ha llegado... ¿Y pueden ustedes negarlo? "Sí, dicen ustedes, esos paganos ¡qué sabían ellos de economía nacional, de civilización y de cristianismo!" Tienen ustedes razón. No tenían ninguna noción de eso, de que por medio de esas máquinas ahorradoras de esfuerzo se podía prolongar la jornada de trabajo y hacer más insoportable aún la carga del esclavo. Disculpaban la esclavitud de los unos porque ofrecía a los demás la ocasión del desenvolvimiento humano. Pero predicar la esclavitud de las masas para que unos advenedizos semi-instruídos lleguen a ser "fabricantes influyentes", "grandes propietarios de mataderos" o "prominentes comerciantes de zapatos de charol", para hacer eso hacían falta los órganos cristianos específicos.

El socialismo enseña que las máquinas, los medios de transporte y de comunicación, son el resultado de la acción común de la sociedad pasada y presente, y por consiguiente pertenecen íntegros a la sociedad, lo mismo que la tierra, las minas y todos los instrumentos de trabajo deberían pertenecerle. Esa explicación implica que los que se apropiaron de esas riquezas, aunque de manera legal, deben ser expropiados ahora en beneficio de la sociedad. La expropiación de las masas por los monopolistas llegó a tal grado que la expropiación de los expropiadores se ha vuelto una necesidad ineludible, un acto de autoconservación. La sociedad reclamará su propiedad aunque levanten ustedes un cadalso en cada calle. Y el anarquismo — ese *enfant terrible* — concluye: que bajo la libertad individual y la igualdad económica el Estado político tiene que desaparecer como una antigualla bárbara — luego seremos todos libres y no habrá ya amos y esclavos. Entonces no habrá puesto para la policía y la milicia a fin de mantener la "paz y el orden", de las cuales telegrafió un general ruso a su zar, después de haber masacrado media Varsovia: "la paz reina en Varsovia".

¿Què es el anarquismo?

El anarquismo no significa derramamiento de sangre, ni robo, ni veneno, ni puñal, etc. Esas monstruosidades, al contrario, son los signos característicos del capitalismo. El anarquismo y el socialismo significan la reorganización de las sociedad sobre principios científicos y la abolición de las causas que crean los vicios y los crímenes. El capitalismo crea primeramente las enfermedades sociales y luego quiere curarlas con castigos.

El tribunal ha sabido decir mucho sobre el carácter excitante de los artículos de la *Arbeiter-Zeitung* leídos aquí. Permítanme leerles un artículo de fondo que apareció en *Commonwealth* en Fond du Lac, octubre de 1876. El periódico es republicano, y si no me equivoco, el tribunal es también republicano:

"¡A las armas, republicanos! En toda pequeña ciudad de Visconsin hay trabajo para gentes que no temen marchar con el fusil ni tienen miedo a la sangre y a los cadáveres cuando se trata de mantener la paz.

(Esa es la misma paz de que hablé ya) El artículo continúa: "Para mantener la paz, para eludir una lucha de partido, para que la administración de los intereses públicos no caiga en manos tan repugnantes como las de James G. Jenkin, todo republicano de Visconsin debe armarse antes de ir el próximo día de elecciones a las urnas. Los graneros, casas y demás bienes de los demócratas activos deben ser incendiados para que sepan que el partido republicano tiene el derecho a gobernar, que es el partido por el cual debe votarse o es mejor que no acudan con sus huesos inmundos".

"Pero, si no obstante, insisten en querer votar y no se separan de su Jenkin, salidles al camino, echaos en los bosquecillos, tras las colinas o en alguna parte y disparad contra esos perros cobardes y agitadores. Si en alguna localidad son demasiado fuertes y consiguen recoger sus votos de oposición, romped las urnas y romped las papeletas que respiran odio. Ha llegado el momento del trabajo efectivo. La fiebre amarilla no quiere atacar a esos demócratas a lo Morrison, por consiguiente debemos echar mano a medios menos ruidosos, pero tanto más eficaces; los propagandistas deberán ser abatidos, y el que se oponga, que lo haga por su cuenta y riesgo. Republicanos, id a las urnas según las indicaciones anteriores y no os dejeis asustar por un poco de sangre. Lo que consolidó el Sur, debe consolidar también el Norte!"

Aquí hay un ejemplo, Excelencias, que no tiene comparación con ninguna de nuestras publicaciones.

El libro de John Most traído ante el tribunal, no lo he leído nunca y confieso que aquí se leyeron pasajes de él que eran repulsivos, que tenían que ser repulsivos a todo el que posea un corazón. Sin embargo, quisiera llamarles la atención sobre el hecho que esas repulsividades han sido ejecutadas por el ex prefecto de policía, Andrieux en París. ¡Su colega, señores! Los representantes de vuestro orden, ¿retrocedieron jamás ante sacrificios sangrientos? ¡Nunca!

Nuestra conspiración es una burda patraña.

Se ha dicho que maquinábamos una conspiración. Replico que a mi amigo Lingg lo he visto sólo dos veces en ocasión de reuniones de la Central Labor Union, a donde acudí como orador. Lo he visto sólo dos veces antes de mi arresto, y no le hablé nunca.

Con Engel hace un año que no he tenido contacto alguno. Y Fischer, mi supuesto lugarteniente, anduvo dando vueltas para agitar contra mí. Nada más de eso.

Sus excelencias han dicho hoy por la mañana que tenían que juzgar nuestros propósitos de acuerdo a lo que hemos hablado y escrito. — Si yo tuviese tanto poder como el tribunal, condenaría a este seguramente por las advertencias hechas durante el proceso. Menciono el lenguaje exacto del tribunal: "No se deduce que todas las leyes son estúpidas y malas porque lo sean muchas". ¿No es eso un escarnio a la ley, no es un delito de alta traición? Y además, yo no puedo comprender en qué se diferencian las leyes malas de las buenas. No, seguramente no. Si no obedezco a una ley mala y soy llevado ante un mal juez, seré indudablemente condenado.

Por lo que concierne al informe de la *Arbeiter-Zeitung* sobre la demostración ante la Bolsa, leído igualmente esta mañana, quiero decir — y esto es lo único que aporto en mi defensa, que no supe nada de ese artículo hasta que no leí el periódico. El que lo escribió lo hizo como respuesta a unos ataques hechos por un periódico de la mañana. El lenguaje empleado en aquel artículo no hubiera sido nunca permitido, si yo lo hubiese visto antes.

Ahora bien, si no se nos puede relacionar directamente con el lanzamiento de la bomba, ¿dónde está la ley que prescriba que estas gentes deben ser elegidas y castigadas? Muéstrenme la ley, si es que existe. En caso de ser justo el punto de vista del tribunal, entonces media ciudad, la mitad de la población, tendría que ser ahorcada, pues es tan responsable del suceso del 4 de mayo como nosotros, y si la mitad de la población de Chicago no es ahorcada, entonces muéstrenme la ley según la cual debemos ser ahorcados nosotros. No existe tal ley. ¡Su decisión, el fallo que nos declara culpables no son más que actos arbitrarios! Es verdad, la ciencia jurídica no conoce ningún caso de precedencia de esta especie.

Nuestra responsabilidad

Es verdad que hemos incitado al pueblo a armarse. Es verdad que hemos proclamado siempre que el gran día para una modificación de las cosas se aproxima. No deseábamos ningún derramamiento de sangre, pues no somos bestias. Si fuéramos bestias no seríamos socialistas. Nuestro sentimiento humanitario nos impulsa a ese movimiento para la emancipación de los oprimidos y de los que padecen la miseria.

Es verdad que hemos incitado al pueblo a armarse, a prepararse para el día que llega. Eso parece ser la razón por la que se mantiene el veredicto. "Pero cuando existe una larga serie de insanidades y de opresiones, que indudablemente confluyen al mismo fin — a maltratar al pueblo y a llevarlo en brazos del absoluto despotismo, entonces es derecho y deber del pueblo derrocar esa forma de gobierno y tomar medidas de seguridad para el futuro". — Esa es una cita de la declaración de independencia de este país. ¿Hemos contravenido a alguna ley al mostrar al pueblo que las injusticias que se manifestaron en los últimos veinte años han perseguido continuamente un objetivo único, es decir: la instalación en este país de una oligarquía tan fuerte, tan poderosa, tan monstruosa como jamás existió en país alguno? Comprendo muy bien por qué ese individuo Grinnell no inpulsó al gran jurado a acusarnos de alta traición. Comprendo eso exactamente. No se puede acusar a alguien de alta traición por defender la constitución contra aquellos que la pisotearon. No habría sido un trabajo fácil, señor Grinnell, inculpar a esas gentes de asesinato.

Finalmente

En conclusión: esas son mis ideas. Constituyen una parte de mí mismo. No puedo desprenderme de ellas, y si pudiera no lo haría. Si ustedes creen poder aniquilar esas ideas, que ganan cada día más terreno, al enviarnos al cadalso — si ustedes hacen sufrir la pena de muerte de nuevo a gentes que se atrevieron a decir la verdad — nada más tenemos que decir. No hemos dicho más que la verdad.

¡Demuéstrennos una sola mentira! Y si por proclamar la verdad hay que sufrir la pena de muerte, adelante — ¡orgullosa y altivamente pagaré el precio! La verdad — por ella murieron Sócrates, Cristo, Huss, Giordano Bruno, Galileo, por ella murieron legiones de los más nobles y de los mejores. Ellos nos precedieron: ¡estamos dispuestos a seguirles!

Discurso de Adolf Fischer

Excelencias: me interrogáis por qué no debía ser pronunciada contra mí la sentencia de muerte. No quiero decir mucho, solo algunas palabras, y esas son que protesto contra mi condena a muerte, porque no he cometido ningun delito. Aquí, en esta sala he sido procesado por asesinato y convicto de anarquismo. Pero si tengo que morir por ser anarquista, por mi amor a la libertad, a la fraternidad y a la igualdad, no quiero resistirme. Si la muerte es el castigo por nuestro amor a la libertad de la especie humana, digo francamente que he perdido mi vida. Pero asesino no lo soy. Aunque estuve en Haymarket, tuve tan poco que ver con el lanzamiento de la bomba, como tal vez el fiscal Grinnell mismo. No niego que fuí uno de los convocadores del mitin de Haymarket, pero el mitin no había sido convocado con fines violentos y para la perpetración de crímenes.

No, ese mitin fué convocado para protestar contra las brutalidades y crímenes cometidos por la policía en día anterior en el establecimiento de Mac Cormick. El testigo del Estado, Waller, y otros, han declarado aquí y yo no necesito mas que repetirlo, que el lunes por la tarde tuvimos una reunión en donde, naturalmente, el asunto de Mac Cormick, que había tenido lugar pocas horas antes, se puso a discusión y decidimos convocar el mitin de protesta. Waller presidió la mencionada reunión y propuso el mismo que el mitin tuviera lugar en la plaza del mercado, pero finalmente se decidió como lugar de mitin el Haymarket. Como presidente de la reunión se me comisionó para hacer imprimir manifiestos e invitar oradores; eso hice y nada mas.

Al día próximo fuí a casa de Wehrer y Klein, hice imprimir 25.000 circulares e invité a Spies a hablar en el mitin. Es un hecho, y yo no lo niego, que tenía en el manuscrito original la frase "¡Trabajadores, acudid armados!" y tenía motivos para ello, pues no quería que los obreros fuesen asesinados como en otros mitines. Cuando esa circular fué impresa y se me llevó a la *Arbeiter Zeitung*, vió el compañero Spies una de las circulares. Yo le había invitado antes a hablar. Me mostró la circular y dijo: "Fischer, si estas circulares se reparten no habló." Comprendí que era mejor borrar esa frase y Spies habló. Esto es todo lo que tuve que ver con el mitin. Llegué un cuarto de hora despues de las ocho al Haymarket y permanecí allí hasta que Parsons interrumpió el discurso de Fielden. Parsons vino al coche y dijo que amenazaba lluvia y que sería mejor que el mitin se trasladase al local de Zepf. En ese momento llegó un amigo mío, que declaro aquí entre los testigos, y nos fuímos al local de Zepf, nos sentamos a una mesa y bebimos un vaso de cerveza. Al sentarme llegó mi compañero Parsons con otras personas y cinco minutos despues tuvo lugar la explosión. No tuve idea alguna de que hubiera ocurrido algo parecido, pues, como los testigos mismos de cargo declararon, no hubo entre nosotros convenio alguno para llevar a cabo esa noche alguna violencia. Era única y simplemente un mitin de protesta.

Ahora bien, como he dicho antes, el veredicto dictado en esta sala por un tribunal de jurados, no fué por asesinato, sino contra el anarquismo. Sé que estoy condenado a muerte porque soy anarquista y no porque soy un asesino. No he cometido nunca un asesinato, no he cometido en mi vida un delito, pero conozco un cierto individuo que esta en camino de ser un asesino — un asesino alevoso, y ese individuo es Grinnell, — el fiscal Grinnell,— pues hizo comparecer como testigos a gentes de quienes sabía que jurarían en falso, y acuso públicamente a Grinnell de asesino, de asesino alevoso si soy ajusticiado. Sin embargo, si la clase dominante cree que extirpa por la ejecución a los anarquistas y al anarquismo, se encuentra en un gran error, pues para los anarquistas sus principios son más queridos que su vida. Un anarquista está siempre dispuesto a morir por sus principios. Pero en este caso estoy acusado falsamente. Soy condenado por ser anarquista. Esto es todo lo que tengo que decir.

Discurso de Lingg

¡Tribunal! Con la misma ironía que se opuso en mi aspiración a crearme una existencia humana digna en este "país libre", se me permite ahora, después de haber sido condenado a muerte, la libertad de hablar aun. Si hago uso de esa libertad, lo hago para poner en la picota la injusticia, las mentiras y vilanías que se amontonaron sobre mí. Se me ha acusado de asinato y condenado. ¿Que pruebas se han aportado contra mí? Se ha traído al individuo Seliger para declarar en contra mía.

A ese hombre le ayudé a fabricar bombas. Se ha demostrado ademas aquí, que las he llevado con ayuda de un tercero al número 58 de Clybourn Av. Pero ni siquiera con el testigo de cargo Seliger, se ha podido probar que una de esas bombas haya sido llevada a Haymarket. Han comparecido dos químicos como peritos, pero no pudieron constatar mas que el metal de que se componía la bomba de Haymarket tenía alguna semejanza con el de mis bombas. El señor Ingnam intento aquí negar en vano que las bombas fueron diversas. Tuvo que confesar que hay una diferencia de pulgada y media, pero no dijo que la diferencia del espesor del casco es de un cuarto de pulgada.

Esas son las pruebas por las que soy condenado a muerte. Pero no soy condenado por asesinato, el juez lo ha constatado hoy por la mañana en su resumen, Grinnell ha declarado infinidad de veces que no somos procesados a causa de asesinato, sino a causa del anarquismo y soy condenado porque soy anarquista.

¿Qué es anarquismo? Los que hablaron antes que yo se han expresado al respecto bastante claramente y es innecesario para mí volver sobre ello. Mis compañeros han mostrado bastante claramente lo qué queremos.

El fiscal no ha dicho eso, sino que ha criticado y maldecido nuestra tactica.

Grinnell nos ha indicado las elecciones en el movimiento obrero, Ingnam considera justo incluso un movimiento por las seis horas.

Pero en toda extensión de alguna elección o movimiento sindical se ha empleado la violencia brutal, el knut de la policía.

Se me ha reprochado el menosprecio de la ley, del orden. ¿Cuál es ese orden? Es representado por la policía que tiene ladrones en sus filas. Aquí está el capitan Schaack. El mismo me ha confesado que en su oficina han sido robados mi sombrero y mis libros, robados por policías.

¡Esos son los protectores de la propiedad!

Los detectives que me han arrestado, han penetrado como criminales en mi habitación: con falsos disfraces — como el carpintero Lorenz de la calle Burlington, — se me presento uno de ellos. Esos eran perjurios. No se ha hecho comparecer a la señora Klein, que estaba presente, ella habría podido testimoniar que los detectives han penetrado en mi habitación con falsas patrañas, que sus declaraciones son perjuicios. Sin embargo, continuemos.

El capitan Schaack es un capitán de la policía. Ha jurado en falso, ha jurado que le había confesado que estuve en el mitin el lunes, y yo le expliqué claramente que estuve en un mitin de carpinteros en Zepfs Halle.

Ha jurado que le he dicho que aprendí la fabricación de bombas en el libro de Most. Es un nuevo perjurio.

Subamos un estadio mas en los representantes de ese orden. Grinnell y consortes, han hecho jurar en falso, a sabiendas digo. La prueba la han dado los señores defensores.

Yo mismo he visto cómo Grinnell hizo conocer aquí a Gilmer a las personas respectivas sobre las cuales tenía que declarar, ocho días antes de que compareciese como testigo.

Grinnell ha hecho jurar en falso, a sabiendas, por su policía y demás pillos. Es el asesino de siete hombres, entre los cuales me encuentro yo.

Grinnell tiene el triste valor de llamarme cobarde en esta sala del tribunal, donde no puedo hacer nada. ¡Un canalla que se ha liado a sujetos comprados, viles, para llevarme al cadalso! ¿Y por qué? Por egoismo villano. Para recibir un puesto superior, por dinero. Y un tan canalla, que quiere asesinar siete hombres, por falso juramento de otros pillos, un tal canalla, me llama cobarde... Y se me atribuye el crimen de despreciar tales representantes del orden, tales bellacos.

Anarquía quiere decir sin gobierno; fué interpretada aquí como desorden. Un sistema sin semejante "orden", representado por canallas, ladrones, etc., es llamado aquí desorden. El juez mismo ha tenido que confesar que el fiscal no ha conseguido implicarme en el lanzamiento de la bomba. Pero se sabe hallar recursos: se me acusa de conspiración. Y ¿cómo se prueba esa conspiración? Se declara simplemente a la Asociación Internacional de los Trabajadores, una conspiración. Yo era miembro de ella — en consecuencia estoy implicado en la conspiración. Sí, nada sobrepasa a la habilidad del fiscal.

Apenas es necesario para mí volver a decir en qué relaciones he estado con mis compañeros de dolor, pues mi amigo Spies ha dicho ya cómo nos hemos conocido. Puedo decir francamente que no conozco a mis compañeros de dolor más que al capitán Schaack. La miseria general, el furor de la bestia capitalista nos ha asociado en nuestra agitación, no personalmente, sino en la misma acción.

Esa es la conspiración de que se me acusa.

Protesto contra la sentencia, contra la decisión del juez. No reconozco la ley que ha sido hecha hace centenares de años por alguien ¡No reconozco el fallo de hoy del juez! Mis defensores han demostrado perfectamente, con decisiones de tribunales de la misma categoría que este, que se nos debe conceder un nuevo proceso.

El fiscal ha demostrado con tres veces más fallos de tribunales, tal vez de mayor categoría aún, lo contrario, y estoy convencido que si en otro proceso ese fallo se dictara con ayuda de 15 volúmenes, se nos traerían cien volúmenes que demuestran lo contrario cuando se trata de condenar anarquistas.

Y ni siquiera de acuerdo a tales leyes, que un escolar tiene que despreciar, ni siquiera con tales medios se me ha podido hallar culpable legalmente, se necesitó para ello el falso juramento.

Repito que soy un enemigo del "órden" actual y repito que combatiré ese orden con todas las fuerzas hasta el último momento.

Les aseguro que muero alegremente en el cadalso, porque estoy convencido que los centenares y millares a quienes he hablado, se recordarán de mis palabras.

En esa esperanza les digo: ¡Os desprecio, desprecio vuestras leyes, vuestro "orden", vuestra sociedad!

¡Ahorcadme por eso! ¡ahorcadme!

LEONARD D. ABBOT

El anarquismo de Walt Whitman

En vista del movimiento que propicia la ereccion de una estatua a Walt Whitman, en Nueva York, es interesante recordar que entre todas las supremas figuras de la literatura estadounidense el autor de *Briznas de hierba* resulta ser el único más o menos estrechamente ligado con el anarquismo. Verdad que se puede también hallar algunas huellas de sentimientos anarquistas en los libros de Emerson y de Thoreau; pero ninguno de estos dos escritores es conocido por sus significativas inclinaciones hacia la anarquía, mientras que Whitman, al contrario, leía diariamente *Liberty*, de Benjamin Tucker, y contaba numerosos anarquistas entre sus mas intimos amigos.

Uno de ellos fué William Douglas O'Connor, autor del folleto "The Good Gray Poet". Su anarquismo, si no ha sido muy acentuado se revela con claridad meridiana en los tres volúmenes "With Walt Whitman in Candem". Libros que fueron escritos con amorosa devoción por Horacio Traubel. No existe episodio más dramático en la existencia del genial poeta, que en los que figuró O'Connor. El vate cívico estaba empleado, en 1865, en una oficina del Estado, en Wáshington. Un día, despues de las horas de trabajo, un superior suyo, secretario del ministerio del interior, James Harlan, descubrió en el escritorio de Witman una copia destinada a la imprenta de "Leaves of Grass" (Briznas de hierba), para emprender una nueva edición. La desnudez de la expresión y la ruda franqueza de "Children of Adan" (*Hijos de Adán*), fué un poco demasiado para la burocrática alma prudente y pudorosa de Mr. Harlan. A la mañana siguiente despidió a su subordinado por *perder su tiempo escribiendo libros inmorales*. Entonces O'Connor tomó la defensa de su amigo poeta con una convicción y elocuencia tan ardiente que aún podría conmover al lector si pudiera leerla. Parece que éste empezó siendo abolicionista, pero pronto amplió el panorama de sus ideas y sentimientos, hasta adoptar espontáneamente la prédica anarquista de Benjamín Tucker. Se puede decir que el resumen total de su vida fué el de un llameante libertarismo. Otro de los amigos anarquistas de Whitman fué un escultor, Sidney H. Morse, quien modeló el busto del poeta, y además dirigía una editorial con Tucker, que editaba una revista quincenal, "The radical Review", publicada en New Berford, Mass. Desde que apareciera esta publicación, en 1877, se insertó una muy cordial y justa crítica sobre los poemas whitmanianos, firmada por Joseph B. Marvin.

Cuando Ezra Heywood, de Princeton, fuera procesado en el mismo año por haber sido el autor de "Cupide Yokes" (Juegos de Cupido), y condenado a sufrir pena de prisión, Whitman defendió los derechos del escritor para expresar libremente sus opiniones, y objetaba al mismo tiempo las ligeras censuras formuladas por su íntimo O'Connor referentes a este libro y al autor. Y tambien "The Radical Review" publicaba un artículo firmado por Sidney Morse, simpatizando con el prisionero.

Cinco años después, Tucker hubo de indignarse tanto cuando Oliver Stephens, juez de distrito, intentara suprimir la *Edicion Osgood* de los poemas de "Leaves of grass", que quiso editarlo por su propia cuenta, cargando con todas las responsabilidades, e ir a la cárcel si era necesario, solamente por defender los principios de la libertad de imprenta. Por su parte, Whitman se decidió a comprar la composición en tipos de su libro, haciéndolo imprimir en Filadelfia, pero nunca olvidó el valiente y el hermoso gesto de fraternal afección nacia él, de Tucker, y su actitud en esos momentos críticos.

En el año 1887, cuando en Chicago fueron ejecutados los anarquistas, sucedió que era el mismo año que Sidney hospedábase en el campamento en Nickle Street, Candem, y se hallaba modelando el busto del anciano bardo. Ambos discutían fuertemente acerca del falso aparato de ese proceso y sobre sus desastrosas consecuencias para la opinión sana de Norte América. Morse ardia todo entero de ira y odio contra la inicua farsa. Por su parte Whitman, no participando del mismo ardor de su camarada, exclamaba: "Quisiera que no se cometiera semejante crimen y que los anarquistas de Chicago fuesen absueltos."

Nuestra información acerca de los últimos años del genial poeta se reduce en su mayoría a los escritos del citado Horace Traubel, y no necesitamos recordar que éste, en los últimos tiempos, abrazó el comunismo, escribiendo para publicaciones socialistas, y fué amigo íntimo de Eugenio V. Debs. Socialistas, anarquistas, partidarios del impuesto único, libre pensadores, todos iban a visitar a Whitman. Siempre se rehusó a embanderarse exclusivamente en una sola doctrina o tendencia social, pero su espíritu templado en el libre examen, vivifica de un sopio libertario sus más viriles cantos. Respecto a la censura, le decía a Traubel:

"—Necesito la más amplia libertad para mí y para los otros, — hasta lo más *licencioso* me parece justificable — antes que toda censura: el espíritu de censura es siempre ignorante y malo: que el censor sea un hombre de grandes virtudes o un hipócrita, no hace diferencia alguna: el mal siempre es mal".

En otra ocasión, al discutir sobre las expurgaciones que perpetraban ciertos censores ignaros, se puso a
perado:

"—¡Al diablo los libros
¡Sí, al diablo con todos ello
libro más sucio y malicioso
bro expurgado.

No se casó. Decía que *la pasión por la libertad* y l
había influído poderosamente
varlo soltero. Al fin de su
escribirle al profesor inglés
ton Symonds, le hacía est
"Mi vida, tanto en mi ju
en mi florida madurez, se
siempre en la alegría de lo
les, sin dar pié a crítica alg
berme casado, he sido padre
—dos han muerto — y un
un nieto que vive en el su
me comunicaba ocasionalm
cunstancias en conexión con
de fortuna nos distanciaro
mente y nuestras íntimas r
daron suspendidas."

Los hijos de Walt Whitm
tado ser tan legendarios co
Jacques Rousseau, y si cit
ta es por la analogía que
poema *Children of Adam*,
ne a demostrar de cómo s
te al problema del casamie
árquica — en el sentido m
palabra — como fuera po
hombre.

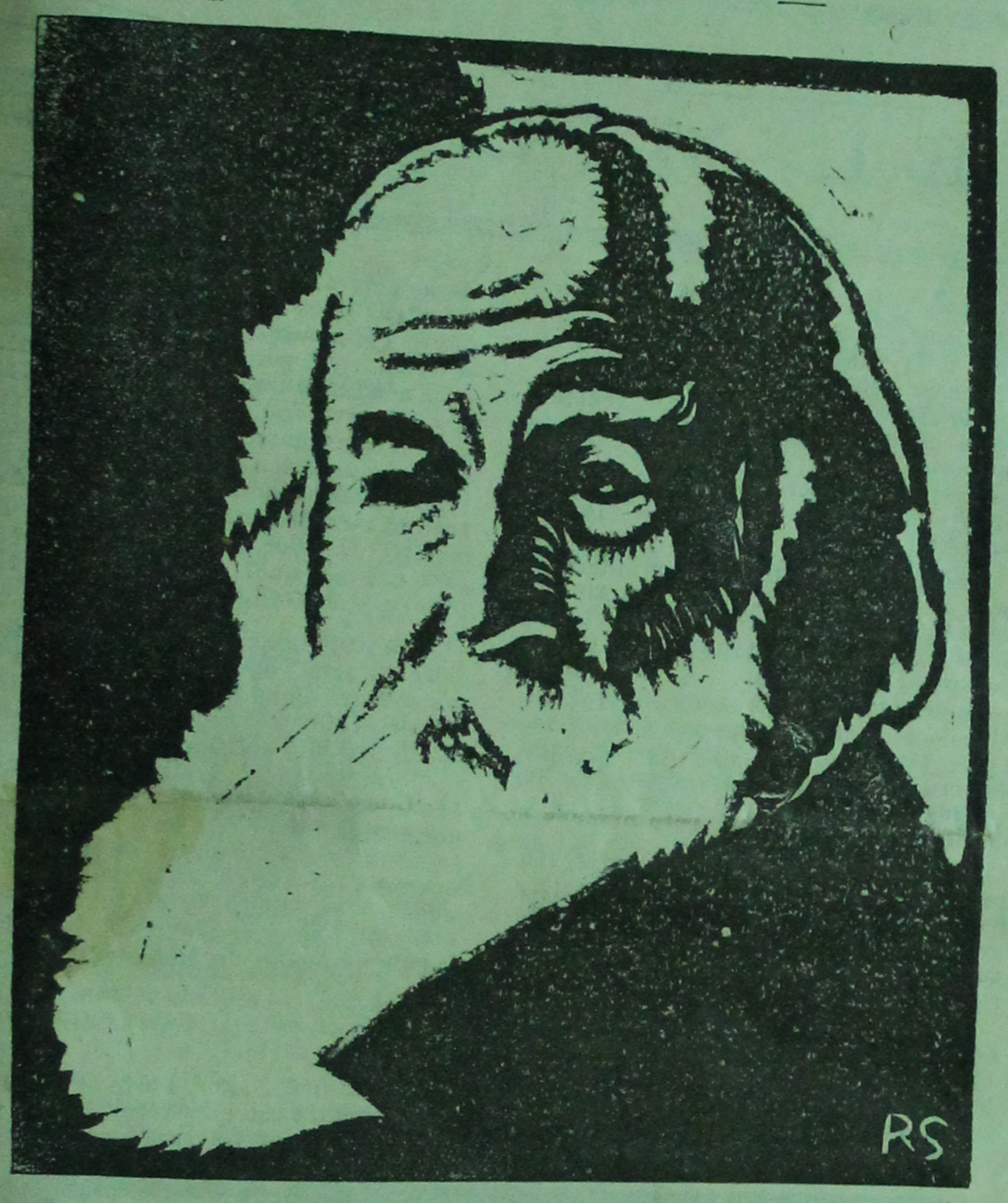
Walt Whitman supo amar
tanta intensidad, que él mis
en algunos de sus cantos,
razón era obscurecida por l
quiso no solamente en inst
nadas de optimismo, sino t
mentos de turbia tristeza,
de cómo se hizo enfermero
riñoso de la juventud her
tórica guerra civil de sec
de los hechos más memora
toria cívica de este país. Cu
le escribió, no mucho ante
te, preguntándole qué p
"ese amor de los camarada
clase de amores que los a
permitían sostener entre l
ros, jóvenes y adolescente
"Calamus" le replicó que
terpretación entrañaba un
dad, y no era tampoco
der de sus escritos una n
sentimientos sobre esos es
Mas a despecho de su n
que los hechos hablan po
sor Emory Hollaway, que
autoridad en la materia,
de los más punzantes poe
de *Hierba* — "Una vez cr

censores ignaros, se puso a gritar exasperado:

"—¡Al diablo los libros expurgados! ¡Sí, al diablo con todos ellos! No existe libro más sucio y malicioso que el libro expurgado.

No se casó. Decía que *la irrefrenable pasión por la libertad* y lo espontáneo había influído poderosamente para conservarlo soltero. Al fin de su existencia, al escribirle al profesor inglés John Addington Symonds, le hacía esta confesión:

"Mi vida, tanto en mi juventud como en mi florida madurez, se sumió casi siempre en la alegría de los goces viriles, sin dar pié a crítica alguna. Sin haberme casado, he sido padre de seis hijos, —dos han muerto — y uno de ellos es un nieto que vive en el sur, con quien me comunicaba ocasionalmente, — circunstancias en conexión con los intereses de fortuna nos distanciaron insensiblemente y nuestras íntimas relaciones quedaron suspendidas."



Los hijos de Walt Whitman han resultado ser tan legendarios como los de Jean Jacques Rousseau, y si citamos esta carta es por la analogía que guarda con el poema *Children of Adam*, — lo que viene a demostrar de cómo su actitud frente al problema del casamiento fué tan anárquica — en el sentido más noble de la palabra — como fuera posible para un hombre.

Walt Whitman supo amar al hombre con tanta intensidad, que él mismo nos cuenta, en algunos de sus cantos, que a veces su razón era obscurecida por la emoción. Los quiso no solamente en instantes y en jornadas de optimismo, sino también en momentos de turbia tristeza, y los episodios de cómo se hizo enfermero paciente y cariñoso de la juventud herida en la histórica guerra civil de secesión, son uno de los hechos más memorables en la historia cívica de este país. Cuando Symonds le escribió, no mucho antes de su muerte, preguntándole qué podía significar "ese amor de los camaradas", si era de la clase de amores que los antiguos griegos permitían sostener entre hombres maduros, jóvenes y adolescentes, el autor de "Calamus" le replicó que semejante interpretación entrañaba una patente maldad, y no era tampoco lícito desprender de sus escritos una morbidez tal de sentimientos sobre esos asuntos.

Mas a despecho de su negativa, parece que los hechos hablan por sí. El profesor Emory Hollaway, que puede ser una autoridad en la materia, afirma que uno de los más punzantes poemas de *Briznas de Hierba* — "Una vez crucé a través de una populosa ciudad" — no fué inspirado por una mujer, como generalmente se cree, sino por un hombre. Es esa una versión aceptada por muchos, a pesar de todo. También existe una fotografía de Whitman con Pet Doyle (reproducida en el tercer volumen de *Whit Walt Whitman in Candem*), que alguien la presentó paralela a otra parecida donde se ven retratados juntos Oscar Wilde y Lord Alfred Douglas. Los *homo-sexuales* del mundo entero parece que le adoptaron como uno de sus líderes naturales. Por su parte, Edward Carpenter, autor de un opúsculo que publica a los ochenta años — *Some Friend's of Walt Whitman* — "Algunos amigos de Walt Whitman" — trata de descubrir con nobles intenciones la verdad fiel y escueta de las achacadas anomalías del poeta (*Walt Whitman's anomaly*) (1).

La substancia anárquica se halla implícita en su temperamento; es el substrato íntimo de su poesía en la variación y la libertad de ritmos. *Briznas de Hierba* ha sido considerado unánimemente como el libro más poderosamente original aparecido en los tiempos contemporáneos. No es solamente diferente, opuesto a lo que el mundo se hallaba acostumbrado a admirar, y sí fundamentalmente lo contrario a todo lo publicado a su alrededor. Ilumina una ancha ruta con infinitas y nuevas probabilidades.

El anarquista se revela en casi todas las páginas que escribió. No es necesario hacer hincapié en que su anarquismo está empapado de amor, no es destructivo y conserva una fe inquebrantable en el mito de la inmortalidad. El se identifica con los adalides de la rebelión, con aquellos *que harán sonar el gong de la revuelta*. Uno de los primeros poemas de *Briznas de Hierba* posee por llave mayor este motivo: "Resístete mucho" y obedece muy poco". En el magnífico canto "Song of the open Rodd", grita: *Mi llamado es una llamada de batalla; es en mí que nutro una incesante rebelión*. Y también comprendió muy bien la deserción de los falsos revolucionarios.

Ningún patriotismo pudo satisfacerle: "Mi espíritu se halla transfigurado de compasión y de voluntad para las criaturas del mundo entero".

Ciertamente, pudo prestar indirectamente su apoyo a la causa de la Guerra de Secesión, pero al final de ella logró comprender que "en total, el maldito negocio de la guerra es en sus 999 partes diarrea, (interprétese por cobardías, acciones turbias) y una ínfima parte gloria."

Su visión de América, la América soñada poemáticamente, debía ser limpia de toda esclavitud, limpia de la división irritante de castas, y, ¡quién lo duda!, limpia de la gangrena de las leyes.

En el "Song of the Broad Axe", nos ofrendó una imágen grandiosa de la ciudad ideal. Es un poema que nunca perecerá.

He aquí la traducción del poema que transcribe el autor del artículo. Es un pálido trasunto, más bien moral que rítmico, lo que nos fué posible alcanzar con la pobreza lancinante de nuestra prosa. Es verdaderamente el tapiz al revés, de que habla Hurtado de Mendoza. Da una idea de la importancia del dibujo, y no de la infinita matización del color.

Que el lector juzgue:

"Donde la ciudad se levanta, con la casta de los valientes, pléyades de oradores y bardos. — Donde la ciudad se levanta, ardientemente amada por esos bravos, y ella les devuelve ese amor fortaleciéndolos con su comprensión. — Donde no existe monumento alguno, porque el heroísmo vive en los hechos y en las palabras. — Donde la frugalidad se halla en su sitio y la prudencia en su propio lugar. — Donde la mujer y el hombre piensan ligeramente de la ley escrita. — Donde cesa el esclavo y el propietario del esclavo también cesa. — Donde el populacho se encrespa iracundo contra la inacabable audacia de las personas elegidas. — Donde la autoridad exterior siempre entra después que la autoridad interior.—Donde el ciudadano es siempre sagrado y el supremo ideal, y los presidentes y gobernadores, si los hay, son sirvientes pagos. — Donde los niños son enseñados a aprender la propia ley, bastándose a sí mismos. — Donde la armoniosa ecuanimidad ilumina los negocios. — Donde las especulaciones del espíritu son alentadas. — Donde las mujeres caminan como en pública procesión por las calles, lo mismo que los hombres. — Donde ellas entran en las públicas asambleas y toman asiento lo mismo que los hombres. — Donde se levanta la ciudad en que la limpia belleza de los amores sexuales flamea. — Donde se levanta la ciudad de los padres sanos. — Donde se levanta la ciudad de las buenas madres de vientre fecundo. — Esa es la gran ciudad."

---

(1) *Aunque lectores asíduos de la literatura inglesa y norteamericana, no nos hallamos suficientemente informados sobre la bibliografía biográfica del bardo americano. De ahí que desconociéramos en absoluto, y con nosotros muchos lectores de aquí, lo que Leonard Abbot indica como parte homo-sexual en la vendimia de la poesía cívica whitmaniana.*

Un poema que insertamos de las traducciones de Armando Vasseur, nos ofrece este sentimiento de camaradería amorosa y está tan viralmente expresado y es de una desnudez tan inmaculada, que compararlo con Oscar Wilde nos pareció completamente fuera de lugar.

En uno pudo ser vicio, desviación, cualquier cosa, puesto que era algo escondido, privado y nunca lo dejó asomar a la superficie de su literatura; el otro, el vate épico, lo hace el centro de todos sus cantos, lo flamea como cien banderas agitadas por vendabales, vientos y brisas, y este amor al hombre, el amor a su semejante, más simpático, más valiente y más bello, lo abriga bien adentro de su corazón.

Lo que se esconde puede apodarse vicio; lo abierto, lo que se hace a la vista de todo el mundo, se desprende de la categoría de los vicios. Un griego de la antigüedad, que tomó una mujer en medio de la calle, la echó al suelo, y cuando fué sorprendido por el escándalo y el revuelo, exclamó: "estoy plantando un hombre", pudo pertenecer a la calaña de los cínicos, de los sin pudor, pero nadie podrá tildarlo de vicioso. En efecto, era un secuaz de Diógenes.

Es para demostrar que si Oscar Wilde pudo serlo, Walt Whitman nunca lo fué.

ALVARO YUNQUE

Un cuento para el 1.° de Mayo

Los empleados de la casa Juan Berraondo y Compañía, importadores, reuniéronse el 30 de abril. Eran diez. Deliberaron largamente. Al fin decidieron que dos de ellos, Cándido Gómez y Tomás Paredes, se presentaran al amo, a exponer el petitorio de los demás. Se trataba de algo verdaderamente espantable dentro de las costumbres del comercio: Al día siguiente era 1o. de Mayo, el día de los trabajadores, y ellos pretendían no trabajar. Los más timoratos, los viejos, el tenedor de libros, por ejemplo, en cuya cabeza los cotidianos lugares comunes de treinta años de noria, amontonaban "la nieve de los años", como decía él mismo, incapaz de decir nada nuevo acerca de las canas; se había extremecido de pavor ante la perspectiva de solicitar del amo ese día, ¡el día rojo!... Mas la idea había partido de Cándido Gómez y de Tomás Paredes; justo era que ellos fueran ante el amo, a peticionar... Fueron. Don Juan Berraondo, un hombre cetrino, flaco, de ojos saltones, como si se hubiesen salido de las órbitas a fuerza de irse tras de todos los papeles que ante ellos pasaron, por ver si en ellos estaba escrita la palabra "pesos", don Juan Berraondo los recibió de pié, con los lentes en la mano, contraída la boca... Antes de entrar al escritorio, los empleados en comisión, habían echado a la suerte cuál de los dos hablaría al patrono. Tocóle a Cándido Gómez. Era éste el más nuevo y el más joven de todos, un mozo pálido, de ojos húmedos y sin movilidad, como los de un ternero. Hablaba con voz opaca, dulcemente; pero a pesar de su aspecto nada revolucionario, por el color de sus ideas, competía con Tomás Paredes, el que al hablar ponía los pelos de punta al pobre tenedor de libros. Tomás Paredes era un joven rubio, de ojos inyectados que le daban un aspecto iracundo. Hablaba a gritos y con una facundia de recipiente que se está vaciando. Esta era la sensación que daba al oírlo: que sacara de sí, atropelladamente, en chorro continuo, todas las palabras de los muchos libros que hacía diez años viniera arrojando en su cerebro. Quien lo oía por primera vez, quedaba encandilado; mas otras veces que se le oyera, no producía el mismo efecto. Sonaba a cosa oída ya. Tomás Paredes se repetía. Con habilidad de prestidigitador, levantaba él, seguramente, las palabras que antes arrojara a los cuatro vientos en continuo chorro y las volvía a meter en su cerebro, para arrojarlas otra vez en cuanto la oportunidad se le presentare. Y las arrojaba, a modo de chaparrón, sobre los lomos de algún empleado viejo y con más hijos que ideas: El tenedor de libros era su víctima cotidiana. Al comisionarlos ante el patrono, tácitamente quedó convenido que el elocuente Tomás Paredes se haría voz del deseo de todos; mas casi al llegar a la oficina de don Juan Berraondo, propuso aquel echar la suerte, aceptó Cándido Gómez; y a él le tocó hablar. Por eso el patrono, lo escuchaba ahora de pié, con los lentes en la mano y contraída la boca. Parecía que, trago a trago, — palabra a palabra — le estuviera haciendo sorber alguna cosa muy agria. Tal era su mueca.

—... Y los compañeros han creído — terminó el empleado-orador — han creído que era justo, ya que el 1o de Mayo es el día de los trabajadores, han creído que era justo no trabajar ese día...

Con el gesto y el ademán furibundos, don Juan Berraondo lo hizo callar. Los ojos se le revolvían en las órbitas, las manos le temblaban. La cólera y el asombro, insuitada combinación química, hacíanle hervir la poca sangre de su flaco cuerpo. Enrojeció, tornóse lívido otra vez; y tartajeó al fin:

—¡A la calle, a la calle! ¡Prefiero que se vayan a la calle todos antes que dar ese día! ¿Ustedes son revolucionarios o empleados de comercio? ¿Ustedes son anarquistas?

Cándido Gómez intentó explicarle:

—No es que seamos anarquistas ni revolucionarios. Somos trabajadores, simplemente. Hemos creído que siendo trabajadores, era justo que gurdásemos nuestro día, como los patrones guardan el 25 de mayo o los cristianos el 25 de diciembre...

—¡Era justo!, gritó el patrono... Y calló, atorado, la palabra "justo" se le quedaba en el gaznate atravesada. Era un hueso demasiado grande. ¿Justo? ¿Pero hasta entonces, en los treinta y cinco años que llevaba al frente de su casa importadora, qué había sido lo justo?

¿No había sido su voluntad lo único que lo dictaminara? ¿Y ahora?... ¡Oh! ..

—¿Justo? — gritó — ¿Justo?... Oiga bien esto, dígaselo a sus compinches: El que mañana, 1o de Mayo, no falte a la casa, será suspendido quince días. ¡Quince días por holgazanear, y sin sueldo, tendrá el que falte mañana! ¿Oye? ¡Bueno! Ahora vaya a decir esto a sus compañeros. ¡Faltar al trabajo el 1o. de Mayo, significa rebelión, rebelión, rebelión!...

Sin inmutarse, Candido Gomez, repuso:

—¿Por qué darle tanta trascendencia? Significa solo hermanarse con los demás trabajadores. Y usted, que es cristiano, ¿por que ha de ver mal que los hombres se hermanen?

Don Juan Berraondo, de súbito, sintió miedo. Sintió que aquel mozo de hablar lento y opaco, venía terriblemente armado de razones, sintió que la hoja punzante de su lógica le había entrado en la carne del corazón; y acorazose de violencia. Comprendió en seguida que esta se hallaba hecha del mismo material que su caja de hierro. Se parapetó en ella. Golpeando con los puños en el escritorio, gritó:

—¡Significa rebelión, rebelión, rebelión! ¡Y nada mas! ¡No acostumbro a discutir con mis empleados! Lleve mi respuesta a sus compañeros. Les dió las espaldas. Lentamente, Candido Gomez y Tomas Paredes, salieron.

No necesitaron decir nada a los demás. Ya éstos habían oido la voz temible del amo que gritaba.

Tomás Paredes, tomó su sombrero y, con ademan mosqueteril, saludo a sus compañeros que se hallaban meditativos:

—¡Muchachos, hasta pasado mañana! ¡Que mañana trabajen los carneros, yo no trabajo!... Salió. Los demás se anudaron más aún.

—¿Qué hacemos? — preguntó uno.

El tenedor de libros, levantando los brazos al techo, respondió:

—¡Y lo pregunta todavía!...

—¡Quince días!, dijo otro, medio mes de sueldo. Yo gano doscientos pesos. Tengo cuatro hijos. ¿Dígame usted, Cándido Gómez, respóndame usted, Cándido Gómez, cómo haré, si falto, para arreglármelas con cien pesos? De casa nada más gasto noventa...

—No falte, respondió el otro, venga a trabajar.

—¿Pero qué dirá de mi Paredes?...

—Paredes no tiene cuatro hijos.

—¡Ya lo creo, ya lo creo!—volvió a gritar con los brazos arriba el tenedor de libros. Yo tengo una nieta delicada, está tomando un tónico que me cuesta cinco pesos la botella; ¡y cada dos días una botella, cada dos días! Si falto, mi nieta se quedará sin tónico...

—No falte, volvió a decir Cándido Gómez, venga a trabajar.

—¡Sí, vendré, vendré, sí!... ¡Qué me importan todos los Tomás Paredes del mundo! ¡Mi nieta primero, mi pobrecita nieta primero!...

—A Tomás Paredes, habló otro, le es muy fácil faltar. ¡El es soltero!!

—¡Es verdad!, asintió otro aún, él y Cándido Gómez son los únicos solteros. Los demás tenemos hijos, obligaciones...

—Yo tampoco faltaré mañana. Yo vendré mañana, aseguró Cándido Gómez.

Esto los decidió definitivamente: Resolvieron trabajar el 1o. de Mayo, no hermanarse con los demas trabajadores. Ya afuera, casi al doblar la esquina, Cándido Gomez oyo que lo chistaban. Se volvió. Era el tenedor de libros. Se llego a él, le apretó la diestra con las dos manos, fuerte, efusivamente, conmovidamente:

—¡Gracias, gracias, muchas gracias!, le dijo.

Y se volvió para seguir su camino.

—¿Por qué?; pregunto el mozo.

—Yo sé por qué. Ya me entiende usted. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

* * *

Cándido Gómez fué hasta la casa de Tomás Paredes. No le habló, pero dejóle un papel comunicándole lo resuelto: no faltar.

Tomás Paredes faltó, sin embargo. Fué suspendido los quince días. Al cabo de ellos volvió, arrogante y despreciativo. Habló a los demás, altanero como si sus pies pisaran una peana de martirio. Sentíase estatua. Los quince días de suspensión, lo elevaban quince metros sobre la cabezas gachas de sus humillados compañeros. Habló tres días consecutivos, ante el silencio de los demás:

—El gesto me ha costado ciento veinte pesos. ¡No importa! ¡Mi dignidad no se llama ciento veinte pesos!

Los demás callaban, mustios. Cándido Gómez, varias veces intentó hablarle. El otro exasperado, le gritaba:

—¡Aquí hay un revolucionario y nueve carneros!

Una tarde se discutió, al fin:

El tenedor de libros —Es fácil hablar y gritar cuando como usted se es soltero y no se tienen obligaciones. Aquí unos tienen hijos, yo tengo una nieta enferma. Medio mes de sueldo me hubiese partido...

Tomás Paredes —¡Bien! Ya que ustedes son esclavos de su situación material, pase. ¿Pero por qué trabajó Cándido Gómez?...

Todos callaron. En realidad ellos habían sido los primeros en asombrarse de su decisión de trabajar aquel día. Tomás Paredes, no cesaba de rugir:

—¿Por qué trabajó Cándido Gómez? ¿Por qué trabajó ese revolucionario?

Cándido Gómez. —Trabajé precisamente por eso, porque soy revolucionario.

El otro rió estrepitosamente, pero la cólera le resquebrajaba la risa. Creyó que el otro se quería defender con una paradoja; y él, ducho en ellas, él que sabía cuánto desconciertan a los ingenuos, encolerizábase que se le tomara por tal y se le quisiese combatir con paradojas.

Tomás Paredes. —¡Jo jo jo! ¿Revolucionario? ¡Jo jo jo!... ¿Paradojas a mí? ¡Jo jo jo!...

Cándido Gómez. —No es paradoja. Yo no quería hablar; pero su actitud demasiado heroica, me obliga a hablar. Escúcheme. Yo gano igual que usted: 240 pesos. No tengo, igual que usted, mayores obligaciones. Medio mes de salario de menos no me habría colocado la soga al cuello, igual que a usted. Sin embargo, decidí trabajar. Usted se ha dado el lujo, óigame bien, ¡el lujo!, de no trabajar. ¿Y por darse un lujo se siente héroe? Su heroicidad le ha costado bien barata!: 120 pesos. Y 120 pesos que usted malgasta en diversiones o en el café todos los meses. Yo, en cambio, aunque me hubiera podido dar ese lujo, no me creí autorizado para dármelo. ¿Sabe usted por qué? Pues, porque nuestros compañeros, que tienen hijos, no se podían dar ese lujo. Ellos no estaban en condición de comprar su heroicidad por la mitad de su sueldo, porque éste les es imprescindible, porque de él comen sus hijos. Usted se ha dado ese lujo sacrificando lo superfluo; pero a la vez también se ha dado usted el lujo de humillar a sus compañeros. Y repare usted qué cruel lujo, más cruel que el de exhibir riquezas y felicidad a que nos tienen acostumbrados los burgueses. Yo trabajé para no humillarlos.

Le digo estas cosas que no hubiera querido decir nunca, porque su vanidad me obliga. Yo trabajé humillándome para hermanarme con la desgracia común. Por eso le dije que yo trabajé el 1o. de Mayo, porque era revolucionario, precisamente. Usted humilló a sus compañeros y yo me hermané con ellos. De nosotros dos, ¿cuál es el revolucionario?

ARMANDO ENEAS

EL MILAGRO

"Entra el hombre en la vida llorando. ¿Por qué?... ¿Porque sale de las tinieblas, de la nada, de lo ignoto? ¿Porque al primer contacto con ella comprende que lo hará sufrir mucho?... ¿Son gemidos de dolor; los gemidos primeros, aunque no — ¡ay! — los últimos?... ¿O son de felicidad, por pasar de la nada, — ¿qué es la nada? — del *no ser* al ser?... ¡Misterio!...

Después de estos primeros gemidos — pero aseguran que los produce el aire al entrar en los pulmones: ¿será que el aire ya está emponzoñado de la maldad de los hombres y causa daño?... — Después de estos gemidos, el niño es un ser vivo. El alba de este ser es la Inconsciencia. Vive. Crece. ¿Por qué crece, cómo crece, para qué crece?... Es la vida... Pero ¿qué es la Vida? ¿Para qué es la Vida?... ¡Misterio!...

Llega la infancia. Ríe, canta, corre, llora. Teme el dolor físico. Teme morir. ¡No quiere volver a la nada!... Quiere vivir y no sabe aún qué representa eso. ¿Por qué? ¿Qué fuerza lo impulsa?... ¡Misterio!...

La adolescencia. Primeras amarguras; descubrimiento de injusticias. Amor, — ¿qué es esto, dónde está, de dónde viene? — desilusiones... Y todo ¿por qué y para qué?... ¡Misterio!...

Aquí el camino del hombre — ¿qué camino, en qué consiste "eso"?... Lo llamo así porque no sé cómo expresarme, es una palabra sin sentido que empleo para no perder el pensamiento — Aquí el camino del hombre se bifurca. Son infinitas sus ramificaciones. Unos comienzan a vivir alegremente... ¿Por qué?... Otros comienzan a ser desdichados... ¿Por qué?... Otros viven alegres y hacen desdichados... ¿Por qué?... Otros son desdichados y hacen desdichados. Unos son malos y otros son buenos — ¿qué es ser "malo", qué es ser "bueno"? — Unos obran y otros no. Unos mandan y otros obedecen. Unos son rebeldes, otros resignados. Todos aman la Vida. ¿Todos aman la Vida?.. ¿Y por qué?... ¡Misterio!...

La edad madura. El hastío de la Vida; el disfrute — ¿disfrute? — de la Vida. La muerte voluntaria; el temor a la muerte. Los que temen la muerte ¿temen volver a la nada, aman su dolor, temen el postrer sufrimiento?... ¿Por qué se quiere vivir?... ¿Por qué se quiere morir?... ¿Por qué, por qué?... ¡Misterio!... ¡Misterio!... Misterio!"...

Juan Antonio, el hombre a quien torturaba la duda, apretábase la cabeza con las manos, al punto de hacer crujir su cráneo ardiente y caótico. Tenía cincuenta años. Había sufrido mucho. Desde que tuvo razón sufrió. Podía decirse que su razón y su vida nacieron al unísono, porque siempre dudó. Había dudado cincuenta años ¡y aun dudaba! Estudió mucho, aprendió otro tanto. Estudiando pasó sus años — estudiando y dudando — y no conoció el amor, y no conoció alegrías. Y seguía viviendo, sin embargo...

¿Por qué?... ¿Qué le retenía a la vida? ¿Sabíalo él, acaso? ¡Había estudiado tanto, y no lo sabía!...

—¿Por qué?, ¿Por qué?, ¿Por qué?... — preguntábase, desesperado hasta el extremo de temer volverse loco.

Una voz hosca y fría, respondíale implacable, gozosa:

—¡Misterio!, ¡Misterio!, ¡Misterio!...

¡Qué tortura aquella!... Hondo sufrimiento es la duda, hondo y horrible. Sólo comparable a lo que se siente en el momento de ahogarse: después de haber nadado mucho tiempo se cansa el náufrago, sus músculos adoloridos van cediendo, ya no avanza el infeliz, sólo da vueltas en el agua, manoteando desesperado; y este es el instante horroroso; el hombre tiene la certidumbre de que va a morir, de que ya

nadie ni nada le salvará, no tiene esperanza alguna... ¿no tiene esperanza? Sí; el hombre, en un trance tal, la tiene. Es una débil llamita, casi imperceptible, ignorada por él; pero que le hace dar desesperados manotones, retardar el instante funesto. A veces se ahoga. Otras veces encuentra un objeto salvador. Y este objeto en la vida del hombre, este algo a que se aferra después de manotear en la duda, después de temer morir en ella; es la fé. Quien lo mantendrá dócilmente en la superficie, en un dulce balanceo, hasta dejarlo en playa segura.

Pero Juan Antonio no tenía fé, ignoraba lo que era, nunca la había tenido. Sólo dudaba...

—¿Para qué vivo? ¿Qué objeto tiene mi vida? ¡No sirvo de nada! En esta situación, mi vida se hace insoportable... Pero los demás hombres sufren como yo y, no obstante, se muestran satisfechos, alegres. ¿Cómo pueden ocultar tan bien sus penas?.. ¿O no padecen este suplicio que a mí me mata?... Ellos son felices y yo, yo, ¿por qué no soy feliz?... — se retorcía frenético en el paroxismo de su duda.

Pero sólo el silencio le respondía. Alrededor suyo todo era silencio, dentro de sí también sentía el silencio, el vacío. Tuvo la impresión de que ya no tenía órganos, de que era una enorme vejiga que flotaba en el espacio, silencioso. El pánico se apoderó de él.

Se levantó, enajenado, con la vista extraviada. Abrió la puerta y salió corriendo.

—Mejor morir; abandonar la vida, que es tortura.. ¡Morir, morir en seguida!...

Corría como un loco; la poca gente que transitaba por las calles miraballo sorprendida. Era de noche. Un vigilante lo atajo, se apartó y dejó de correr, yendo a paso rápido: ¡Un coche, un tranvía, un automovil, un río o un precipicio donde acabar con su maldita existencia!... Vió un automovil, quiso tirarse debajo de él... y no lo hizo...

Repasó su vida. Recordaba y andaba andaba siempre, sin rumbo determinado. Tenía cuatro años cuando el dolor lo alcanzó. ¡Como lloró aquel día! Perdió a su madre... su padre era un borracho que le daba palizas terribles. Lo mandó a trabajar a los nueve años. Sufrió...

—Otro auto, ¿me arrojo?... No, después, mas tarde, un instante mas... siguió recordando; porque sentía gran necesidad de ello. ¿En qué pensaba?... Sufrió... Luego murió el padre y él quedó solo... Los hombres se encarnizaron con él... Vino el desaliento... un intento de suicidio... luego quiso estudiar para saber por qué vivía... Schopenhauer, Nietzsche, Goethe, mil otros sabios... ¡cincuenta años!... La duda y el desaliento... ¡Siempre duda y desaliento!...

En esto detúvose con sorpresa. Se encontraba a la orilla de un río.

Estaba desierto. El momento era propicio para lanzarse al agua. Llenóse los bolsillos de guijarros... Sentíase feliz, se creía en posesion del secreto de la felicidad. Ya no más dudas, no más sufrimiento. La calma, la calma absoluta. El reposo inefable, sin fin... Se figuró la voluptuosidad de sentirse muerto. En aquel instante sonreía dichoso. Por primera vez, según sus recuerdos.

* * *

Se oyó un grito lastimero. Otro!.. Gemidos ahogados... ¿Qué ocurría?

Juan Antonio se volvió. Escrutó; vió a pocos pasos de él un bulto blanco, parecía una mujer. ¿Sería una alucinación provocada por su espíritu alterado? Pero no, aquello era realidad. Corrió hacia el bulto, horrorizándole lo que vió.

Una mujer trataba de estrangular, con sus propias manos, a un pobre ser de pocos meses.

—¡Eh!... ¿Qué haces?... ¿Qué haces, maldita?... — le gritó, dándole un brutal puñetazo, que desmayó a la desdichada.

Tomó apresuradamente a la criatura, la levantó en brazos. ¡Vivía aún! Le insufló su aliento... Quedaba salvada.

Durante esta escena se olvidó completamente de su situación, sólo pensaba en asegurar la vida a aquel naciente ser. Pero las piedras que llenaban sus bolsillos volviéronle a la realidad. Una sonrisa amarga contrajo sus labios. Se admiró de su acción. ¿Por qué había hecho aquello? El, que odiaba la vida, que consideraba una felicidad el morir, salvó una existencia. ¿Qué fuerza extraña lo dominó? Y no se arrepentía...

—¡La mujer está aún en el suelo!...

Pasaba de una idea a otra, sin transición alguna, febrilmente. Parecíale que estaba soñando, que era víctima de un sueño espantoso.

Levantó la mujer del suelo, la hizo volver en sí. El primer movimiento de ella fué tratar de huir, espantada ante el mirar de Juan. Pero éste se dulcificó, tuvo lástima de ella, y la dijo palabras tranquilizadoras.

Contó una historia dolorosa. Había sufrido grandemente, le habían engañado, no tenía padres, la gente la execraba a causa de aquella criatura; era la prueba de su "delito" y, desesperada, pensó en hacerla desaparecer. Lloraba.

En Juan Antonio se realizaba un proceso rápido y extraño.Se sorprendió de su idea de quitarse la vida, hasta parecióle que no era él quien la había tenido. Apreciaba ahora su existencia. Reflexionó en la acción que acababa de llevar a cabo y sintió que la misma fuerza poderosa y oculta que le hizo salvar al niño, empapaba toda su alma. Corría por todo su ser una alegría, un bienestar infinito. Ahora se espantaba ante el propósito que había abrigado hasta un momento antes. Ahora, que poco a poco se hacía la claridad de su espíritu, deseaba vivir; lamentaba sinceramente no haberse dado cuenta hasta ese instante. Pero estaba dispuesto a recomenzar su vida, ya que la comprendió al fin. Horrorizábase al pensar que estuvo a punto de morir sin conocer aquella sensación dichosa, que de pronto se le revelaba...

Lloró de dolor y de dicha, mientras escuchaba a la mujer; pero esta vez de dicha verdadera. ¡Se sintió tan bueno!... Se había iluminado su existencia, la duda de cincuenta años había sido vencida, solamente un segundo bastó. ¡Comprendió la Vida, comprendió el objeto de su existencia!... Y él había intentado destruirla, sin reparar en el tesoro inmenso que una vida encierra. ¡Oh, dicha!...

La criatura, que dejó en el suelo, lloraba. Juan se la alcanzó a la desconocida, sin decir palabra; ella lo comprendió. Tomó su hijo, lo estrechó contra su seno y le dió de mamar.

Un milagro se produjo en Juan Antonio. Encontró la fé. ¡Qué amor sintió por la vida, por la verdadera Vida! ¡Cómo amaba a los hombres!... Habló a la mujer cariñosamente, como hermano, pues sentíase hermano de todos. La habló largamente.

Balbuceaba:

—¡Gracias, Dios mío; gracias, Dios!... — en medio de un júbilo inefable llamaba Dios a su conciencia.

Y agregaba, dirigiéndose a la mujer:

—Vivirás en mi casa; tu vida te dá derecho a ello, y comerás de mi pan, que también te pertenece...

Lloraba dulcemente. Porque su conciencia, tanto tiempo apagada entre las tinieblas de su vida, había surgido como un enorme foco de luz.

JOSE M. ACHA

ETIOLOGIA DEL DELITO

LA JUSTICIA DISTRIBUTIVA

La idea de la justicia distributiva ha tenido, sin duda, un origen convencional. Fué la expresión de la necesidad de conservar intereses regulando las manifestaciones del derecho, según la condición material del hombre.

Pero no es cosa que deba preocuparnos en demasía; lo esencial es contemplar hasta qué grado el sistema responde a una necesidad social y hasta qué extremo la satisface. Se sutiliza tanto sobre la virtud del procedimiento, como sobre otras tantas prácticas sociales, que no llenando el objetivo que las determina, están pendientes del juicio de los hombres y sufren el examen de la crítica. Un ensayo de siglos no ha demostrado la eficacia del método. Resulta tanto más ineficiente, cuanto más se lo corrige.

Es que la mentalidad colectiva realiza progresos ascendentes, evoluciona en el orden de las concepciones y busca expresión para sus deducciones dentro del círculo estrecho de la ética corriente, debiendo chocar con una realidad inconmovible, refractaria a las innovaciones, que atenten contra los intereses creados. A no ser así, el derecho de castigar hubiera sido abolido tiempo hace, una vez que su inutilidad es reconocida hasta por muchos de los encargados de aplicarlo.

Ya no se cree en el exito de las terapéuticas actuales para curar males milenarios, después que se ha descubierto su origen. Conformes en reconocer sus fuentes verdaderas, sociologos y revolucionarios, no lo están, sin embargo, en la necesidad de secar sus manantiales. Hay una razón de interés y otra de rutina que lo impiden. Se eluden los fundamentos del problema con un argumento muy supino, bastante difundido entre cierta clase de gentes. Si la medicina preventiva no extirpa en absoluto las enfermedades, si apenas las limita y, por otra parte, no evita la muerte de los organismos, es fantástico pensar en el saneamiento de las almas. No se repara en que existe una ciencia superior, precisamente porque no es de laboratorio, cuyos designios son irreplicables y se imponen por imperativos de equilibrio biológico.

El hombre no puede superar su propia función como célula del universo, pero puede transformarla como entidad moral y social. Puede elevar su vida a las cumbres más inconmensurables, sin pretender conservarla con carácter de infinita, porque eso sería provocar el desequilibrio del Cosmos. No ha de proponerse nada de lo que salga del orden de la actividad universal, porque sería anhelo intrascendente.

No obstante, ha corregido muchas leyes de la Naturaleza y le restan muchas mas que rectificar, a tal grado ha ascendido su capacidad creadora. Pero no ha hecho sino aprovechar, por medio de su ingenio fecundo, aquellos elementos que esta brinda generosamente a quienes sean dignos de usufructuarios. El sentido del progreso parece no ser extraño ni aún a las fuerzas que calificamos de inconscientes, pues son más prodigas en bienes para la humanidad, cuanto mayor es el esfuerzo que ésta verifica para descubrir su dinamismo y canalizarlo por corrientes destinadas a fertilizar los campos áridos y mustios en que vegeta. Parece que lejos de resentirse en su función el gran mecanismo universal, ante el afan del hombre por penetrar sus misterios, se vigorizara, identificandose en un todo tangible y sensible mediante la comprension mutua entre el individuo y las cosas que lo rodean. Parece, en fin, fuera el ente humano el reflejo de la solidaridad infinita que traduce la actividad perenne de los elementos naturales y va descubriendo, con la develación de sus secretos, una trayectoria ascensional, siempre hacia planos de mayor elevacion, hacia etapas de mayor belleza, hacia lo no previsto o apenas soñado por las imaginaciones inquietas.

No se ha establecido, ciertamente, un paralelismo entre esta evolucion del pensamiento y el desarrollo de las formas sociales. Estas se han cristalizado en los moldes de la tradición. Se conmueven al impulso de fuerzas extrañas a su propia naturaleza, las sacuden los acontecimientos borrascosos, pero no se diluyen ni se renuevan. En ese aspecto, el progreso es una paradoja. De ahí esa evidente contradicción entre la teoría y la práctica de determinadas doctrinas.

En efecto, la noción del delito ha sufrido rectificaciones fundamentales. Para conciliar las conclusiones derivadas de su génesis, estudiada a la luz de la razón, se han modificado los sistemas penales sin resultados positivos. Ni frío ni caliente: la panacea para ese mal aun está sin descubrir. La benignidad de las leyes fué tan estéril en resultados como su rigurosidad. Los tuteladores de la sociedad han querido ponerse a tono con las deducciones de la ciencia, sin extirpar las raíces de ese cáncer devastador. Han pretendido limitar su extensión podando las ramas viciadas del árbol del mal, mientras se abona el suelo en que descansan sus raíces, para vigorizarlo.

Sin embargo, el problema ha dejado de ser una incógnita. Es uno de los muchos cuya solución no admite réplica. Hay que devolver a la personalidad humana derechos arrebatados por un sistema de despojo criminal, de todos los elementos de conservación y desarrollo inherentes al individuo como actividad funcional, y progresista. Es vana la pretensión de trazar un camino para todos, mientras permanezcan cerrados los de la libertad de vivir y de progresar para la mayoría. A través de esa ruta se va flotando sobre charcos de sangre. No hay manera de trasponerla sino a tan caro precio. En ello convienen aún muchos de los que no comparten nuestras concepciones sociales, pero no se preocupan por rectificarlas.

Tampoco nos mueve ningún empeño en decidirlos por esa conducta. Las líneas están bien tendidas entre el espíritu de la revolución y el de la conservación. Pero como intérpretes de una nueva concepción de la justicia, nos corresponde encarnarla en el mayor número de conciencias, vulgarizando ideas extrañas a la mentalidad colectiva.

Tiene demasiados cultores el espíritu de la venganza, que a eso se reduce la práctica de lo que, por una de las muchas aberraciones de la razón, se viene llamando justicia. Y el secreto del porvenir no depende de los que se insurgen sino de los que piensan.

Hay que ver cuáles son los que se agitan por la presión de fuerzas extrañas a sus propias decisiones, y cuántos lo hacen por impulso de su propia reflexion. No es difícil que del balance resulte menor el número de los convencidos al de los impulsivos. Abundan los que no tienen ninguna fe en la naturaleza del alma humana aun allí sobre el plano de la actividad revolucionaria. Bien lo dice el hecho corriente de que se malogren los más, en ese plano de acción, y se conserven en él los menos.

La razón está en la inercia mental. Han observado mucho mejor ciertos problemas a través de la complicada maraña de las pasiones, las tendencias y los errores del hombre actual, muchos refractarios a las ideas nuevas, que una buena parte de sus cultores. Lo dicen las trabas en que se enrieda el pensamiento anarquista para avanzar sobre los principios consagrados como hábitos de vida, a causa del criterio simplista de bastantes de sus propagandistas. Se dogmatiza sobre generalidades y rara vez se analizan cuestiones de fondo como para hacer comprender al mundo profano que no somos pregoneros de una fe irracional, de una creencia mística o de una tendencia empírica, sin elementos de convicción en que fundar nuestros proyectos constructivos, nuestras arquitecturas sociales. Hay objeciones vulgares que no se refutan con argumentos simplistas, aunque exceda en simplicidad el criterio corriente sobre la noción del bien y del mal, del delito y de la pena. Conviene observar que al prejuicio encarnado en la mentalidad popular en torno a esta cuestión, se añaden otros mas en complicadísima red de preceptos morales absurdos y no puede atacarse uno sin herir a todo su conjunto, provocando, o el choque con las preocupaciones arcaicas, o despertando las inteligencias a la reflexión y por ende al examen de un problema social en su aspecto más nítido, más serio y fundamental.

Convengamos en que la vieja falsa noción de la naturaleza del hombre, es hoy más propicia a las masas sin educación intelectual que a las clases dirigentes, aquellas que por necesidad más que por ciencia social, sostienen el monstruoso armatoste de la presente civilización. El concepto teológico del castigo, reflejado en la expresión "ojo por ojo, diente por diente", ha sido excluido teóricamente de las concepciones éticas presentes, pero prevalecen los odios emergentes de una aberrativa organización de la vida y sus explosiones traducen a la práctica esa cruel y bárbara sentencia. Mientras la honradez consista en la sumisión a las formas estatuídas, mientras el derecho de crítica y su derivado indefectible, el de progresar, no sea reconocido al hombre, poco han de servir las más bellas deducciones extraídas de su naturaleza moral, ya que se la sigue obligando a deforma-

ciones criminales o salvajes para conservar la materia en lucha desigual con el privilegio y la violencia que los ampara. Nadie cree a una hora dada que tiene por amigo al criminal de la primera ocasion, no es posible que una naturaleza inclinada al mal necesite de los excitantes de una ocasión para despertarlo.

Si comprobamos, pues, que la ocasión hace al ladrón y a la vasta gama de delincuentes, es preciso que la aplicación de la justicia empiece por ser justa, es decir, por imponerse al autor real y no al instrumento ejecutor de sus designios. Mas, ¿donde buscarlo cuando no hay responsabilidades particulares, y si existen, se comparten entre todos los hombres? ¿Ante qué tribunal, como no sea el de la razón, han de presentarse las quejas contra un delito colectivo, en el cual ni un solo miembro de la sociedad humana deja de tener su poca o mucha participación?

Falta aún distinguir con absoluta precisión la naturaleza del bien y del mal, pues ni todas las acciones reputadas malas lo son en igual grado para todos los hombres y sí útiles para unos y perniciosas para otros, ni todos los actos calificados de altruistas, humanos y generosos, son totalmente beneficiosos a la colectividad. Hay quienes, eliminando la vida de un ser por obra del azar, proporcionan alegria a una cantidad, determinan el bien de otros, lesionan los intereses de otros más y provocan el dolor de algunos corazones y la satisfacción en otros. Hoy por hoy, la solidaridad humana es una ficción, y la desgracia de unos suele representar la felicidad de otros, tal como la entiende este mundo metalizado y pervertido por la exacerbación de apetitos.

Y donde la solidaridad no existe, el concepto de la justicia debe ser una sangrienta irrisión. Lo que no es inmanente de las propias relaciones entre los hombres y se decide por la voluntad de unos cuantos, lleva en sí el sello de la arbitrariedad, una vez que no ha de imponerse sino menoscabando el derecho de alguien.

Pero para eso se dice que los derechos están perfectamente definidos en la sociedad y ampliamente garantizados por la justicia, no por la justicia resultante de la armonía de esos derechos, que es lo que eluden esbozar los legistas y predicadores de moral al uso, sino por la violencia organizada, expresión negativa de la justicia e irritante motivo de injusticias, de todas las injusticias presentes y pretéritas, que han ensombrecido la vida humana, escarneciendo la razón y ultrajando la dignidad de la especie, reducida a un sistema de relaciones bestiales, que avergonzarían a nuestros antecesores legendarios, al hombre prehistórico.

Hasta ahora a nadie se le ha ocurrido, excepto a los anarquistas, que el mundo podria ser regido de otro modo. Ninguna escuela social o científica aborda el problema en su verdadera entraña. Ninguna excluye el castigo y la recompensa, de entre el consenso humano, bajo ningún sistema social, por una explicable desviación de criterio, elaborada en toda esa oscura noche de los siglos que nos han precedido, más que por el afán de conservar prácticas monstruosas, que en el fondo de las conciencias más o menos sensibles a la repercusión del dolor, opera sensaciones desagradables.

Prevalece, no obstante, una corriente, que no tenemos por qué calificar de mal intencionada, bastante demostrativa de la evolución del criterio público, no ya legal, por la cual se llega insensiblemente a la verdadera etiología del delito, cuando se pide mayor difusión de la cultura como un medio de desbrozar los espíritus de malas pasiones, se aboga por la represión del vicio, por la protección de los infortunados, colocados en los umbrales de la delincuencia al impulso de circunstancias insuperables, que exigen al individuo matar o morir, desconocer derechos ajenos, legítimos o no, e imponer su propio derecho a conservarse, y se insiste en la necesidad de curar las almas más que en la de castigar los cuerpos. La teoría es humanitaria, pero su aspecto superficial, excluyente de los fenómenos determinantes de esa dolencia colectiva, la torna intrascendente. Empieza por diagnosticar sobre la enfermedad, sin remontarse a su origen, eludiendo el estudio de las causas que la producen.

"Todo crimen es una dolencia", según una definición muy antigua. Y todo remedio actual no obra siquiera ni como paliativo. No escasean los medios de elevar la noción del respeto entre los hombres, la del horror por el mal recíproco, la del sentimiento de solidaridad social, desde que el libro adquirió su portentoso desarrollo y llega a todas las manos, hasta constituir una verdadera necesidad de estos tiempos, que no rehuyen la mayoría de las personas, sin que el espectro trágico del crimen deje de atormentar el alma de la humanidad.

Es que el esfuerzo universal por conservar la vida y engrandecerla erró su ruta, y en vez de integrarla en una función armónica, la disgrega en tantas potencias aisladas como individuos existen, librando cada cual su batalla para no malograrse, según puede y contra quien puede.

La justicia que no interpreta las necesidades de todos, tiene que ser manifestación general y arbitraria de las necesidades de unos cuantos.

A eso se limita la que hoy se dispensa en forma distributiva, ahondando el abismo espantoso de las irritantes injusticias, sobre las cuales cifra su existencia el orden social imperante y deprimente de la dignidad humana.

JOSE DE CORES

La lentitud proselitista del anarquismo

ALGUNAS DE SUS CAUSAS

La lentitud con que penetran nuestras ideas entre las multitudes asalariadas, se presta al equivoco de creer que el ideal anarquista, por sus valores filosoficos y morales, no es susceptible de ser comprendido y asimilado por los trabajadores, en razon del poco desarrollo de su mentalidad. Pero si así fuera, ¿a qué se debe que los cultores del intelecto no se declaren anarquistas, máxime si, como es de suponer, adquieren nociones de todas las manifestaciones del pensamiento? Por ignorancia no puede ser. Porque exista otro ideal superior en valores de todo orden, tampoco. ¿Sera entonces, acaso, por "impedirselo" el peso de los intereses creados, o el de hereditarios prejuicios de orden moral? Indudablemente. Inutil seria buscar otra causa. Pero en tanto que para nosotros el mismo razonamiento aplicado al intelectual es aplicable al obrero, hay muchos que se resisten a esto último atribuyendo únicamente a la ignorancia de los asalariados el que no se encaminen con mas presteza y denuedo a la senda abierta por el anarquismo.

Como podrían escandalizarse de nuestra afirmacion los que por suficiencia intelectual se consideran a muchas codos por encima de las masas, no estará demas que apelemos a algun ejemplo para mejor ilustracion del criterio expuesto.

Supongamos que queremos hacer conocer nuestras ideas a dos hombres, doctorado uno, y semianalfabeto, o analfabeto del todo el otro. Al primero lo elegimos, siempre hipoteticamente, entre el corto número de los que se dedican por entero a las actividades intelectuales, sin inmiscuirse para nada en la política. Al segundo lo vamos a traer también de entre otro corto número de obreros: de aquel que, bien que vote rutinariamente en su pueblo, no ha sido aún tocado ni influenciado por las luchas sociales y políticas modernas. No obstante, uno y otro representan apreciables fracciones de opinion como se verá por sus conclusiones. Conste que no queremos fantasear y sí exponer razones que puedan ser comprobadas en todo momento, por quien quiera que considerara caprichosos o arbitrarios nuestros argumentos.

Ya con nosotros, los tomamos por separado y les explicamos, idénticamente en forma y fondo, cómo el privilegio de autoridad genera la casi totalidad de los males sociales, y cómo, por qué medios éticos y revolucionarios, queremos destruirlo — y con el Estado, de que es orígen — para que surja en su lugar la "anarquía", el no gobierno. Involucramos en esa explicación el rol de las religiones, el del militarismo, el de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial; el de los sistemas carcelarios y capitalista; el de las escuelas gubernamentales y religiosas; el matrimonio y la familia, etc... A la vez que le damos esas explicaciones, procuraremos hacerles comprender que la concepcion "comunista", es, para nosotros, inseparable de la de no gobierno, anarquía, por reflejar esta nuestro pensamiento en el orden político y moral, y ser aquella, su inevitable complemento en el terreno económico.

Y ahora que uno y otro tienen ya una ligera nocion de los principales obstaculos que deben ser destruidos, y en que forma, para poder labrar la felicidad humana; ahora que saben que el comunismo anarquico es un regimen de convivencia, social basado en el libre acuerdo y en el apoyo mutuo, en el que cada uno producirá según su voluntad y consumira segun sus necesidades, sin que la ley ni autoridad alguna pueden influir en contrario, puesto que no existiran, ¿qué nos dicen, que contestaran a nuestras razones y sugestiones proselitistas el docto y el ignaro?

El último empezaría por pedirnos ciertas aclaraciones de términos empleados por nosotros — cosa inecesaria al primero — y seguramente terminaria por decirnos: "todo lo que me dice de los ricos, de los politicos, de los cuarteles, de las leyes, de las carceles y de los curas es mas que cierto: todo lo que me dice del comunismo anarquista es muy bonito, es el propio paraiso terrenal; pero me parece que eso tardara mucho en llegar, si llega, porque sin una autoridad que castigue al ladron y al asesino, me parece que nadie trabajaria y que terminariamos por matarnos unos a otros antes de entendernos."

Si esta contestación nos desalienta y renunciamos a insistir o a ampliar lo dicho para convencerlo, quedaremos ante el ni mas ni menos que como unos locos lindos, que discurren maravillosamente sobre cosas que nos han hecho perder la cabeza. Pero si, por el contrario, insistimos en atraerlo a nuestras ideas ayudándolo con nuestra opinion a salir de tales dificultades, podemos dar por seguro que este hombre será de la anarquia y que luchará por ella, en la medida que su temperamento y el ambiente que lo rodea se lo permitan. Es mas, cualquiera que sea el rendimiento de sus actividades, podrá notarse que ni bien abrace nuestro ideal, será asaltado por una insaciable sed de saber que irá ensanchando su mente día a día. La conclusión es clara, pues: no es el gran desarrollo de su mente lo que lo inclina a las ideas, y si estas las que lo llevan a desarrollarla.

A su vez el docto nos diría: "Admiro vuestras teorías en cuanto a la profundidad y extensión de su espíritu crítico se refiere, pero, humanamente, no puedo admitir vuestra prédica de violencia, ni los desastres que implicarían las revoluciones catastroficas que perseguis, llevadas a la realidad. No comprendo por qué necesariamente se deba de destruir para crear. Pues, si bien es cierto que en los regimenes sociales contemporáneos existen muchas injusticias que deben ser reparadas suprimiendo de un lado y agregando en otro (reformando, remendando) ello debe quedar librado a la cultura general (estatolatra y de quien pueda pagarla) a objeto de que la evolución efectuada no rompa el equilibrio (de las leyes) llamado a encadenar los acontecimientos ordenadamente, biológicamente. Más allá de esto están los enconos, las venganzas, la fiereza, la regresión al hombre primitivo en fin. Por lo demás, para que vuestras concepciones de futuro, tan bellas como ingénuas, llegaran a realizarse algún día, sería menester que los hombres se convirtieran en ángeles, cosa sumamente difícil en virtud de que los ángeles no sienten necesidad de albergue, ni de vestido, ni de alimentarse, ni de trabajar, ni de sexo opuesto etc., y los hombres sí. Seguíd, pues, entregados si así os place, a vuestras ensoñaciones de ilusos visionarios que, mientras no exhortéis ni apeléis a la violencia, sedimento de barbarismo salvaje, podréis contar (como muertos que caminan) con mi mejor buena voluntad."

He ahí, en síntesis, el tenor y el alcance de la acogida que dispensaría a nuestras declaraciones de fé anárquica. Su capacitacion intelectual, aun presentado en el mejor de los casos, en lo tocante a estas cuestiones, no lo distrague en nada del mas vulgar reformista. Otro es la que nosotros podríamos rebatir una por una, todas sus apreciaciones y, quizá de hacerlo explicándole que evolucion y revolucion son términos inseparables, que la violencia por nosotros admitida no tiene otros alcances que los de repeler la que con nosotros se ejerce, que el concepto "destruir para crear" equivale al científico "transformar" o al de "desintegracion e integración", y así por el estilo todos los demas tópicos, que zas, decimos, acabara por acoger como lógicas todas o casi todas nuestras conclusiones. Empero nos haría aun una nueva objeción, y con ésta, parodiando a Voltaire respecto de dios, consciente o inconscientemente volveria al punto de partida exclamando, referente al Estado, que si este no existiera habría necesidad de crearlo. Y a nosotros nos quedaría en último término la respuesta que Bakunin dió a Voltaire — siempre respecto a la existencia de Dios — diciéndole que si el Estado existiera después de la actual civilización habría necesidad, como en esta de destruirlo. Otro temperamento sería tan inútil como estériles resultarían para convencerlo nuestras más ingeniosas y elocuentes apelaciones.

Parecería, por tanto, que la inteligencia distancia al intelectual de nuestras ideas. No es así sin embargo; pero como quiera que sea — procuraremos explicarlo más atras — es indispensable tener presente estas manifestaciones espirituales de dos tipos generalizados y característicos como los descriptos para tratar, partiendo de las mismas, de buscar las causas que vienen dando al anarquismo un cariz de movimiento populachero, plebeyo, bien que ello disguste a los que sostienen el absurdo de que el obrero, el populacho, esta mentalmente incapacitado para extasiarse con las bellezas de la filosofía anarquista.

Una de las primeras cosas que en tal sentido debieran tenerse presentes es que la cultura y la ética anarquistas no son, figurativamente, menos opuestas a la cultura y a la ética predominantes que la explotación es a la miseria, la tiranía a la servidumbre, etc.

El obrero, inteligente o no, antes de albergar en su mente y en su pecho un ideal superior no tiene otra moral ni desea otra cultura, en el caso de desearla, que no sean las reinantes por tradicion; espiritualmente en nada difiere de sus opresores por más que su situación sea de lo mas precaria y humillante imaginable; pero al albergarlo, si su sensibilidad y fortaleza de ánimo lo inclinan a ser consecuente con los postulados del nuevo ideal elegido, de hecho su cultura tomará una direccion opuesta a la ambiente, y lo mismo su moral, repitiendo esta suerte en el orden espiritual la irreconciliacion que en el economico y político. Faltando esta sensibilidad y fortaleza, el conocimiento íntimo y profundo de un ideal mas, le servirá únicamente para ser más útil a la vieja moral en que caerá de nuevo si logra desprenderse del amoral escepticismo que ha de torturarlo y esterilizarlo arrastrándolo de una a otra idea, de uno a otro credo, de uno a otro placer o deporte.

No otra cosa sucede a los intelectuales. Cuando no se abrazan a una idea o a un partido con el mismo pensamiento íntimo con que abrazan a la mujer que el gen por su rica dote, saltan de uno a otro conocimiento sin decidirse por ninguna corriente social o partido "porque en todas hay alguna parte de verdad y en ninguna hay contenida la verdad absoluta; porque todas son necesarias, inelu dibles como consecuencia obligada, inelu dible y fatal también, de la diversidad más o menos eslabonada o escalonada de las facultades psíquicas que constituyen los distintos caracteres y grados de inteligencia. Y puesto que todo sucede así por la simple razón que no podria suceder de otro modo, ¡"allá penas!" — se dicen para eludir compromisos con las ideas superiores y extraer del ambiente hipócrita y corrompido en que viven, la mayor cantidad posible de placeres materiales, de goces viciosos.

Los mismos capitalistas y gobernantes en su casi totalidad no piensan de otra forma. Con tal que las ideas no impi

quen agresividad a sus intereses, los, ni merma de sus placeres todas serán para ellos justifica ta razonables: eruptarán un con su tema" y se quedarán dos. Y lo que aún es peor tos proletarios antes y después cer los ideales anarquistas, a pués de desarrollar su intelec san y obran a ese respecto idéntica al intelectual y al b su salario le ofrece perspecti vitalicio o duradero, si le forma regular cubrir las nece hogar, si le facilita la frecu la taberna o del café y todav za para llevar una migajas prostíbulo y a los restantes corrupción, "lo demás son par ra él y nos dirá que hágamos dejarlo tranquilo.

No es, no, la ignorancia barrera que deba salvarse al proletariado a nuestras id necesario, pero no suficiente, nada nos servirá inundar s luz para que conozca lo de injusto de su situación y pue vislumbrar el futuro que sinó logramos conmover su su sensibilidad atrofiada o para la sumisión es imperme y a los sentimientos frater Ese es, y no la ignorancia, obstáculo con que tropiez ideas en su desenvolvimiento las conocen — y son muchos esferas sociales — dedicaran esfuerzo; si muchos que se dedican a estorbar su p combatirlas por intereses sul concretaran a una pasividad nes; si muchos otros que d

GABRIEL BIAGIOT

DISQUISICIONES

Lo qué es e

La vida en sociedad está ineludibles necesidades, co factores de igual y necesa las relaciones y la economí que la anarquía signifique de la primera y el comunis do. Anarquía en lo relativo nes sociales, y comunismo producción y al consumo.

Como el presente régimen de irritante desigualdad so na con la lógica y en oposi yes de la naturaleza, de ahí quismo enarbole la defens ble derecho de la humanida trono de todas las injusti minan el presente y profun versal.

Si los hombres no vege peso de seculares atavismos bres tuviesen un conocimie proceso histórico y de todo que se han operado a través pos, su rebelión sería inco derrumbe de todas las tiran

Pero, desgraciadamente, la yoría de los hombres desco yectoria recorrida, principa describieron los hombres audaces. Cuando el hambr y el sufrimiento golpean del oprimido, una ligera re le a meditar sobre las caus estar: pero su mente pron habitual resignación y a s mase la burda y vulgar se le va a hacer si el mund así y así siempre lo será".

Hombres resignados y la bestia de carga, y con equivocado de la historia pueden acelerar la evolució tad del hombre. Es necesa de la constante, humana y dica, pulverizar la falsa d das enseñanzas inculcaron de los hombres, demostrarl mente que el mundo no f y menos podrá en tal form

Mientras los privilegiado por sostener la falsedad, d *pre fué así*, los anarquista en demostrar lo contrario comentar el proceso evol

quen agresividad a sus intereses materiales, ni merma de sus placeres viciosos, todas serán para ellos justificadas y hasta razonables: eruptarán un "cada loco con su tema" y se quedarán tan orondos. Y lo que aún es peor ¡ay! ¿cuántos proletarios antes y después de conocer los ideales anarquistas, antes y después de desarrollar su intelecto, no piensan y obran a ese respecto en forma idéntica al intelectual y al burgués? Si su salario le ofrece perspectivas de ser vitalicio o duradero, si le permite en forma regular cubrir las necesidades del hogar, si le facilita la frecuentación de la taberna o del café y todavía le alcanza para llevar una migagas al juego, al prostíbulo y a los restantes lugares de corrupción, "lo demás son pamplinas" para él y nos dirá que hágamos el favor de dejarlo tranquilo.

No es, no, la ignorancia la principal barrera que deba salvarse para atraer al proletariado a nuestras ideas. Ello es necesario, pero no suficiente. De poco o nada nos servirá inundar su mente de luz para que conozca lo deprimente e injusto de su situación y pueda a la vez vislumbrar el futuro que perseguimos, si no logramos conmover su corazón, si su sensibilidad atrofiada o conformada para la sumisión es impermeable al bien y a los sentimientos fraternos.

Ese es, y no la ignorancia, el principal obstáculo con que tropiezan nuestras ideas en su desenvolvimiento. Si cuantos las conocen — y son muchos en todas las esferas sociales — dedicaran a ellas algún esfuerzo; si muchos que conociéndolas se dedican a estorbar su progreso o a combatirlas por intereses subalternos, se concretaran a una pasividad sin negaciones; si muchos otros que diciendo reconocerlas como las más bellas y perfectas no pretendieran justificar su apego a las costumbres alegando que es un ideal muy lejano y que antes deben ser vistas y vividas muchas cosas ¿dónde no estaríamos hoy ya? ¡Oh, peso muerto y fatídico de una especial conformación espiritual, modelada por rancias creencias, costumbres y taras de un pasado más o menos remoto!

Atentos a todas las razones expuestas, afirmamos que el anarquismo, por su propia naturaleza y contenido, no es menos accesible y asimilable para el obrero que lo es para el intelectual, y que, por las mismas razones, será siempre refractario a cualquier intento de aristocratizarlo o plebeyizarlo. Que sea el proletariado quien nutre en la actualidad casi exclusivamente sus filas, ello debe achacarse a que su mente, al revés de lo que ocurre al intelectual, al burgués, no ha sido aún esterilizada con los sofismas de esta época; a que su vida penosa lo inclina a prodigarse y a sacrificarse en holocausto de algo o de alguien que considere humano y justo, sin precio para sus actividades. Ciertamente no faltaron en el anarquismo intelectuales que procedieran respecto de sus actividades, en forma idéntica. Pero esto ocurrió en los albores de nuestro movimiento y se repitirá el caso en forma sorprendente cuando se vea tan cerca, como entonces se veía la revolución social que ha de poner fin al caduco e inhumano sistema, vigente. Hallar los medios de acercarnos nuevamente a este día equivaldría a destrozar de golpe todos los interesados calculismos que impiden al obrero y al intelectual reacios, arriesgarse en empresas que, hoy por hoy, no ofrecen otra cosa que sacrificios.

GABRIEL BIAGIOTTI

DISQUISICIONES EN TORNO A LA CUESTION SOCIAL

Lo qué es el Estado y lo qué queremos los anarquistas

La vida en sociedad está sujeta a dos ineludibles necesidades, convertidas en factores de igual y necesaria solución: las relaciones y la economía —, de ahí que la anarquía signifique la solución de la primera y el comunismo del segundo. Anarquía en lo relativo a las relaciones sociales, y comunismo respecto a la producción y al consumo.

Como el presente régimen es un sistema de irritante desigualdad social, en pugna con la lógica y en oposición a las leyes de la naturaleza, de ahí que el anarquismo enarbole la defensa del inviolable derecho de la humanidad, atacando el trono de todas las injusticias que determinan el presente y profundo dolor universal.

Si los hombres no vegetaran bajo el peso de seculares atavismos y si los hombres tuviesen un conocimiento exacto del proceso histórico y de todos los cambios que se han operado a través de los tiempos, su rebelión sería incontenible y el derrumbe de todas las tiranías, un hecho.

Pero, desgraciadamente, la inmensa mayoría de los hombres desconocen la trayectoria recorrida, principalmente la que describieron los hombres más crueles y audaces. Cuando el hambre, la miseria y el sufrimiento golpean a las puertas del oprimido, una ligera reacción indúcele a meditar sobre las causas de su malestar; pero su mente pronto torna a su habitual resignación y a sus labios asómase la burda y vulgar palabra: "qué se le va a hacer si el mundo siempre fué así y así siempre lo será".

Hombres resignados y mansos como la bestia de carga, y con un concepto equivocado de la historia humana, no pueden acelerar la evolución por la libertad del hombre. Es necesario, por medio de la constante, humana y científica prédica, pulverizar la falsa moral que burdas enseñanzas inculcaron en la mente de los hombres, demostrarles lisa y llanamente que el mundo no fué siempre así y menos podrá en tal forma perpetuarse.

Mientras los privilegiados se esfuerzan por sostener la falsedad, del *mundo siempre fué así*, los anarquistas esforcémonos en demostrar lo contrario. Bastará con comentar el proceso evolutivo histórico, en sus continuos cambios y adaptaciones, para evidenciar el absurdo. Los hombres entrarán en vía de reflexión, y por decoro, por dignidad no harán pronunciar a sus labios tan burdo adagio. Si todos no podrán transformarse en activos campeones del ideal, en cambio se gestará en su mente un mayor conocimiento del proceso histórico humano, lo cual hará factible un mayor acercamiento, simpatía y afecto hacia los que denodadamente luchan.

Nadie se concreta a ser esclavo por consciente y expontánea voluntad. Salvo excepciones, todos lo son, ya sea por egoísmo, por cobardía o por ignorancia. Hagamos obra ilustrativa y educativa en el pueblo: despejemos su cerebro, iluminemos su mente, inculquémos las sacrosantas verdades en que se inspira la "Anarquía", y el mundo de los mortales, seguirá, a pesar de déspotas y tiranos, su marcha indetenible hacia el comunismo anárquico.

La historia nos dice, repíte y enseña, que la humanidad ha tenido un comienzo huérfano de toda luz y progreso. El hombre de las prehistóricas edades, habitando los bosques, cuevas, grutas y selvas, vivía desnudo, alimentándose de frutas, con la caza y la pesca. Del hombre aislado y su progenie, formáronse luego las tribus y agrupaciones, compareciendo sobre el planeta, en distintas regiones y latitudes, distintas razas, las que por una inconsciente inclinación diéronse sus respectivos caciques, y los caciques han venido sucediéndose hasta nuestros días, aunque con distintas apariencias, distintas investiduras y facultades. Hoy imponen su dominio bajo las fórmulas y prácticas denominadas "legales", basadas en lo que se llama "código" ó "ley".

Súbditos eran los que soportaban el dominio del cacique. No han dejado aún de ser súbditos los que soportan la imposición del Estado, del militarismo, de la autoridad y del capital. El cacique hacía castigar a sus subordinados, y aun prosigue el castigo, la tortura y la muerte contra los que conscientemente se insurreccionan en defensa de sus libertades y derechos.

Los caciques, primeros tiranos de la humanidad, desconociendo la escritura, no pudieron reglamentar su arbitraria imposición. Sólo ejercieron el dictado de su bestialidad con desencadenada violencia. Los actuales estranguladores de libertades y cercenadores de derechos, refinados audaces, empedernidos déspotas, contumaces hienas simuladoras de buen sentido y bondad, recurren en primer término a reglamentar en letra todos los madados que ellos imponen (y que dicen no imponerlos, sino que así lo determina la "ordenanza", el "código" o la "ley"); pero cuando las víctimas no acatan pacíficamente lo que el tirano dispone y la ley expresa, entonces la violencia, el cañón y la metralla suplantan a la ley escrita, para imponer la voluntad de los tiranos de la humanidad.

Al cacique, primitivo degollador de libertades y crucificador de derechos, le fué imposible manifestar en letras de molde su expresa voluntad; pero hoy, lo que la letra de molde no consigue, el fusíl, la bayoneta y el cañon lo alcanza. Son progresos de la época: crueldad, simulación y metralla.

¿Quién, hipócrita y canallescamente, podría desvirtuar que en la prehistórica infancia de la humanidad, la tierra no fué un patrimonio común, sin límites, sin fronteras ni mojones? ¿Por qué ese cambio en detrimente do la mayoría de la humanidad? Ni aún recurriendo con mala fé a la falsa hipótesis de que el derecho de propiedad individual data del principio humano, quedaría desvirtuado con sólo decir que no habiendo existido en dicho principio el papel, la tinta, la pluma y la forma de escribir, demuestra ese hecho, que no existió el título de propiedad individual, siendo, a viceversa, un derecho común.

Lo dicho evidencia en forma irrefutable, que se llevó a cabo la usurpación del derecho a la tierra, habiendo ello determinado la esclavitud de los desposeídos. Por una serie contínua de cambios y amoldamientos, hasta que las multitudes aceptaron a sus mandatarios, con otorgación de dominio y facultad de mando, desde ese día, la tierra no tomada y utilizada por los existentes, fué declarada del Estado, el cual velaría por ella, contra las posibles invasiones de otros pueblos o razas.

Los Estados, todos indistintamente, una vez investidos del poder de dominio y posesionados de la tierra, sólo necesitaron continuar su audaz piratería para sentirse siempre más fuertes, y las masas fueron convertidas en indefensos esclavos.

Todas las ordenanzas, decretos y leyes que los Estados proyectaron y sancionaron, propendieron a un mayor afianzamiento del poder de las clases dominantes, siendo hoy tan fácil dominar el mundo, con sólo decretar y rubricar la imposición, diciendo: "publíquese, comuníquese y cúmplase."

El Estado es un formidable fuerte, en el cual se amparan todos los dominios y privilegios. Su formidable poder consiste en que los mismos desheredados forman todas las fuerzas necesarias de defensa para ese injusto poder. El pueblo sufre, gime y llora, produce sin cesar, pero no es dueño de la producción. Mueve la palanca de todos los progresos materiales, los cuales son acaparados por las parasitarias clases improductivas. Es en el desconcierto social una máquina productiva, más no un hombre colocado en la igualdad de goce, derecho y deber.

El derecho de propiedad sobre la tierra, determinó la esclavitud de la clase desheredada. Y por razones de lógica, la tierra retornaría a ser de patrimonio común. La superchería y el engaño efectuaron dicha usurpación, pero la ciencia, la verdad y la razón, se aprestan a reivindicar un sagrado derecho que el egoísmo y la crueldad no pueden ni deben violentarlo.

Sólo el clero, el Estado y el capital pueden sostener este régimen malvado a fin de mantener en tinieblas la mente de las víctimas; pero es vano intento; ya es tarde. El enigma ha pasado por un científico exámen y se ha obtenido su más amplia descifración. El mundo es una espesa red de urdidos engaños. La servidumbre y la esclavitud no tienen causa de ser, la usurpación del derecho a la tierra dió margen a la formación de siervos y señores, los cuales no pueden perdurar para toda la eternidad.

Soplan saludables vientos. La quietud de las víctimas se trocó en airados reclamos y enérgicas protestas; los absurdos están en descubierto y la mansedumbre es rebelión. La negación de ese advenimiento por parte de los tiranos no puede equivaler a un axioma infalible. Tienen ellos intereses en seguir esclavizando a la humanidad, y el anarquismo se propone, y lo conseguirá, la liberación de todos los hombres.

¿Cuáles son los fines que persigue el comunismo anárquico?

1o.—Que la tierra vuelva a ser patrimonio común.

2o.—Que los hombres, por lógica y razón, deben aportar su pequeño esfuerzo a la producción de cuanto sea útil y necesario, suprimiendo lujos innecesarios y armamentos bélicos.

3o.—Que al amparo de la producción en común se halle a la vez asegurada la existencia del hombre dentro de la igualdad de deberes y derechos.

4o.—Supresión de todo gobierno o autoridad, practicando el libre acuerdo, convergente en el común interés.

5o. Supresión de los ejércitos, patrias y fronteras, desarrollándo los vínculos de la paz universal, el afecto y la solidaridad entre los hombres.

6o.—Supresión del dinero, ya que una vez puesta en común la producción y el consumo, el dinero no tiene misión que llenar.

7o.—Protección y amparo, sin restricción de ningún género, a toda persona inhabilitada para el trabajo.

8o.—Continuación de una enseñanza que mejore en todo lo posible las bases societarias de la comunidad anárquica y el sentimiento de los hombres.

9o.—Siendo las materias primas de interés común, aumentar las máquinas en toda su aplicación y cuanto las circunstancias aconsejen.

10—Que la solidaridad se practique en su mayor amplitud, haciendo factible el intercambio de productos entre la comunidad universal del trabajo.

J. RODRIGUEZ

IRRADIACIONES DE LA IMPOTENCIA

El factor de discordia más importante y de mayor trascendencia es, sin duda alguna, en cualquier orden, la impotencia.

Cuando la sensatez y el razonamiento —que constituyen el freno de los impulsos puramente instintivos —, imponen su acción concienzuda al imperativo del instinto, el trueque del ser humano en fiera, del hombre examinador en ejecutor ciego, no se opera. Pero, desgraciadamente, el elemento llamado a modelar y a moderar los impulsos instintivos es de escasísima potencia para dominarlos, por cuya causa en la mayoría de los casos la fuerza triunfa sobre la razón, el nervio sobre el cerebro, la venda sobre el iris.

El vencido en un lance amoroso, el derrotado en una cruzada poética, o el dominado en una lidia ideológica, será en todo momento y lugar, cuando no posea el dominio de sus inquietudes mórbidas, de sus tentaciones gestadas por el deseo exclusivo de afianzar su venganza, un peligro permanente, contra el que habrá que prevenirse constantemente.

No sería una exageración si se afirmara que todos los dramas derivados de las relaciones amorosas, llamados pasionales, tienen su origen y desarrollo en la carencia de dominio de sí mismo, en la impotencia cerebral, ya sea por debilidad frente a la dura gravedad del caso, ya por la absoluta incomprensión del problema que se le plantea. No se justifican hechos de tal naturaleza sin la intervención predominante de alguna de las deficiencias mencionadas.

El enamorado que atenta contra su rival, lo hace porque prevé su fracaso como galanteador, o porque ha fracasado

totalmente. ¿Por qué insistir en la conquista, de un objeto cuando el mismo objeto es refractario a ello?

El homicida pasional — ya sea del sexo masculino o del femenino —, es empujado al hecho violento contra el ser amado por las tentaciones de su propia incapacidad, después de haber saboreado las derrotas de sus aventuras amorosas. En este caso no es desalojado por la superioridad de un rival, sino que es impugnado, precisamente, por quien debiera ser requerido, solicitado.

En los suicidas, tanto en los casos individuales como en los que interviene el mutuo acuerdo, el factor inductivo de tan extrema resolución no es otro que la impotencia, fuerza negativa que cohibe a los seres hasta el punto de no permitirles dar con ninguna salida victoriosa, que en este caso sería más bien salvadora que victoriosa, puesto que sólo se trata de sobreponerse a un estado de ánimo deprimente.

Sin ser violentos y sin dejar de ser atentatorios, emplean múltiples y variados recursos los impotentes para salir airosos, o para dar cumplimiento a sus deseos de venganza, contándose entre ellos el empleo de los alcaloides, el soborno directo o indirecto, la intriga, la calumnia., etc. En ninguno de los casos mencionados hay triunfo; sólo puede haber, cuando se llega a conseguir esto que se procura, desahogo y venganza.

Los políticos en desgracia, proceden con más frialdad, ya que sus acciones no obedecen a los tempestuosos impulsos de una pasión, sino al hormigueo de un apetito. Organizan bandas para que defiendan de la forma más conveniente sus posiciones en peligro o arman algún brazo que se atreva a quitar de en medio de' camino a quien les impida el paso. Si por estos medios no triunfan, realizan alianzas con las fracciones políticas de menor cuantía, con el objeto exclusivo de crear un plantel de fuerza opositora destinada a obstruir la labor de la fracción dominante.

Las fracciones aliadas para un propósito inmediato, relegan a segundo término sus objetivos finales, o se olvidan de ellos por completo, mientras sostienen la guerra al contrario directo de esta eventualidad. Con frecuencia suele darse el caso de que una de las fracciones aliadas, debido a la cooperación, se impone sobre la fuerte. Una vez afianzado su propósito inmediato, abandona, como es lógico, toda actividad en ese sentido, para dedicarse a las necesidades del fin básico, del motivo originario para el cual fué creada esa fracción. Desde ese mismo momento, rompe el tratado con sus aliados y coloca sus fuerzas de frente a todos. Así lo exige su programa de hegemonía, su sed de dominación.

La potencia o virtud eficaz de la doctrina queda velada en estas oportunidades — que son habituales — como completa nulidad. La coalición de fuerzas divergentes, unidas para un caso semejante, ha proporcionado el triunfo a una de las fracciones.

Entonces, una nueva alianza de los derrotados, enemigos hasta ayer, viene.

Al mencionar estos ejemplos, propios de los partidos políticos, se puede hacer extensivo el procedimiento a las naciones. puesto que son exactamente iguales. Las alianzas hechas para llevar a cabo la guerra entre pueblos a los cuales hicieron despedazarse cien veces en favor y otras tantas en contra, se repiten y se repetirán mientras los pueblos se presten para la guerra.

El mismo proceso de alianzas a que están sujetos los partidos políticos y los gobiernos para realizar eficazmente determinados golpes, se viene manifestando en el campo anarquista. A parte de ser una práctica deleznable, con el empleo de ella queda evidenciado el testimonio más terminante de que no tienen nada de anarquistas los que de tales prácticas han hecho una norma de conducta y un sistemático método de guerra. Todo eso sienta muy bien a los políticos y a los gobiernos, profesionales del engaño y el envilecimiento de los pueblos, al propio tiempo que invocan ser sus protectores.

No se debe confundir la derrota con la impotencia.

Se puede salir derrotado de todas las batallas, y no por ello ser impotente. Por el contrario, se puede triunfar en todos los combates y ser el más completo senil.

El célebre personaje de Cervantes, apesar de salir molido en cuantos encuentros tuvo, su entereza espiritual siempre aparece potente como una roca. Jamás realizó ni pensó en alianzas con nadie para combatir a sus enemigos, los que a su juicio eran muchos. De su conducta pueden sacar muy buenas enseñanzas los tímidos y los inconsecuentes.

Todo tratado de alianza, especialmente entre adversarios, tiene su origen inductivo en la impotencia y en la desconfianza, que del propio poder tienen quienes lo realizan. Paralela a este convencimiento, marcha la obsesión de ser conquistadores. El espíritu napoleónico sigue encarnándose en las generaciones presentes. Sólo quien sueñe en la conquista de algún imperio puede fraternizar con piratas. Nada les importa el claudicar o el arrastrar la dignidad por el fango hasta perderla por completo, con tal de conseguir el alto grado de emperadores de la opinión, sin tener en cuenta qué opinión es la por ellos presidida. Bástales con que atrás de sus espaldas surja una turba más o menos numerosa, para que de inmediato se forjen la frágil idea de ser deidades divinizadas con autoridad otorgada para reinar en el cielo y en la tierra, ser dueños de vidas y haciendas, y disponer de cuerpos y almas.

La ilusión y la vanidad que han adquirido al calor de sus satélites infla su imaginación hasta el extremo de creerse poseedores de la famosa *lámpara maravillosa*, con la cual piensan realizar empresas atrevidas y enormes...

Pero nada representan los castillos fabulosos levantados por la audacia candorosa, del sueño profundo, ante el primer pestañeo matinal .

El sueño y la imaginación, son muy veloces; no llevan conductor que les regularice la marcha. ¡Otra caso muy distinta es la realidad!

Todo hombre que tome por juez y norte de sus actividades el examen de conciencia y el rasgo de sinceridad propios, de ninguna forma puede encastillarse en el empeño de querer saborear una opinión que no les pertenece, que no les responde. Unicamente la torpeza o el deseo de hacer mal pueden darle aliento para continuar en tan desleal tarea.

Para un militante sincero no es fuerza que deba volcar sus actividades sobre un determinado lugar, sobre todo cuando en ese lugar están otros militantes fecundando las conciencias vírgenes con el germen del mismo verbo que él lleva en su bajel. Abundan en demasía las mentalidades sumergidas en tinieblas que claman por un rayo de luz que los ilumine. Lo que faltan son muchos portadores de esa luz, misioneros laboriosos y honestos del ideal anarquista.

Sócrates, el gigante de la prédica, el defensor incansable de la justicia y los derechos humanos, no precisó escalar las gradas del Pritaneo para elevar su grandeza de pensador sublime por encima de los senadores atenienses. Escogía para el desarrollo de sus pláticas culturales los lugares de afluencia popular, como ser plazas y mercados. Allí, en medio de aquella concurrencia obscurecida por la ignorancia, esculpió su monumental obra, que ha sido, entre sus contemporáneos, la más fructífera y sana.

Pero los falsos apóstoles, los predicadores de la muerte, no saben, no pueden saber nada de crear; sólo saben destruir. Y en esa innoble tarea emplean sus energías y encuentran la satisfacción de sus mal conformados instintos. Los que tratan de resarcir la pobreza de sus almas en la contemplación del daño ocasionado de intento al semejante que va laborando con rudos sacrificios la piedra angular de un mundo nuevo, no pueden tener sentimientos de redentores.

En cualquiera de sus manifestaciones aparece, despojada de todo rubor y honestidad, la negación de la vida.

El alma destructora de Atila que deseaba no volviese a surgir otro tallo de hierva por donde él pasase montado en su corcel, palpita en sus corazones, tan obscuros y tenebrosos como catacumbas romanas.

Con todo que poseen grandes atributos destructores, no les dá por enfilar sus dardos hacia los viejos y mohosos muros del régimen presente, en homenaje de consecuencia al membrete de anarquistas que ostentan indebidamente. Pero ya hemos dicho que la impotencia es la base fundamental de donde irradian las derivaciones de todo lo que concierne a un proceso de desviaciones, tanto de las ideas, como de las luchas que en nombre de ellas se plantean.

El que muchos rebosantes de virilidad defiendan el cuerpo de una hembra en su plenitud contra el asalto de una pléyade de eunucos, quienes no harían más que esterilizar sus órganos reproductores a fuerza de ser fornicada por castrados, por mulos infecundos, es un acto de soberana justica, de lógica positiva.

Esta es la, cuestión palpitante e irritante que acampa en nuestros medios.

EDMUNDO LATELARO

REFLEXIONES

La clase trabajadora, para poder tener una organización que no finalice siempre en simples promesas de libertad y justicia, sino que sirva a la vez de herramienta y estímulo para la consecusión de los anhelos tan queridos como necesarios para nuestra felicidad, tiene que curarse de ese prejuicio de origen esencialmente autoritario, que consiste en creer que los cuerpos más grandes o voluminosos son siempre los más fuertes y potenciales, así lo afirmen los matemáticos — ¡Cuán cierto es que no hay cosas absolutas o que no es posible que una tesis sea absoluta en toda aplicación! — Es por culpa de este concepto que el trabajador fué llevado a aceptar sin mayor preocupación, como en todo, el número y que haya cifrado sus esperanzas de futuro en la volumino-sidad del cuerpo... Hoy este es un mal de esencia morbosa, que le tiene preso entre sus redes. Pero hay errores que se cristalizan en la mente humana, que cuestan muchas generaciones para extirparlos.

—

Los hombres tenemos la manía de irnos a los extremos, y éstos terminan por tocarse; así una gran parte de aquellos que se bautizaron anarquistas, con su manía de irse al extremo opuesto de este régimen de explotación, coacción y esclavitud, terminaron por ser cultores de lo mismo que dió pábulo a lo que tanto dicen combatir. Propagan que son anarquistas aún beneficiándose moral y materialmente de lo obtenido por el esfuerzo común, sin dejar en ningún instante u ocasión de reclamar derechos y más derechos; pero, so pretexto de imposiciones y otras yerbas, no sólo se niegan a dar su óbolo a la organización, sino que se niegan en nombre de la libertad a guardar las más elementales normas de conducta colectiva. ¿No obran así en el fondo nuestros opresores?

Pretenden por otra parte estas gentes que la libre asociación no tenga normas ni ciertas reglas que a su respecto reclama el libre desenvolvimiento de la colectividad; he aquí el justo medio entre los dos extremos en que el anarquismo procura educar al hombre.

La solución del problema no consiste en ser anarquistas en el sentido burgués de la palabra, sino en perfeccionar nuestra personalidad para que adquiera la capacidad suficiente para vivir dentro de esa disciplina moral de que nos habla P. Gille, sin lo cual no seremos otra cosa que levantiscos dispersos sin responsabilidad ni cohesión en la lucha, ni capacidad para la reorganización.

—

Los socialistas hablan de cambios, de reformas, y los bolcheviquis de transformaciones, de revoluciones. Los anarquistas insistimos en que mientras perdure en la práctica la ley de los hombres, nada cambiará en el hecho, en el fondo. Veamos: ¿Qué diferencia hay entre la esclavitud o el tráfico de negros, y el salariado y su agravante la desocupación forzosa? ¿Acaso no se contratan hoy, como hace dos mil años, las desenfrenadas Clodias para deshonrar a los Cicerones? La política toda ¿no es sinónimo de contubernio? ¿Qué es lo que da realce a las reuniones públicas y brillo a los salones, sino el progreso de la difamación y la habilidad en la calumnia? ¿Qué es, en fin, el periodismo más que sinónimo de chantage en pequeña, o grande escala? Cuando se alcanza a ver claro a dónde conducen los objetivos del obrerismo, uno no puede sino pensar en aquel personaje de la gran revolución, que se pasó la noche afilando hachas, picos y sables.

—

¿Civilización? Ah, sí; todavía hoy esta palabra significa Napoleón haciendo volar el puente del Paso Berecina, Bismarck negándole el cloroformo a los heridos franceses ya salpicados por la derrota, sometiéndolos así a la tortura del bisturí y del serrucho. Cuando no es una mina que se hunde, una caldera que explota o un albañil que se hace tortilla en la calzada. La civilización crece, penetra en Marruecos, Siria, la India y Oriente. ¿Es que crece la civilización? Sí, tanto y a la medida que se acortan las polleras de las mujeres... No queremos que el hombre se haga civil; queremos que se haga humano.

—

No somos sólo enemigos de las leyes por las condiciones en que son promulgadas, ni porque van consciente y premeditadamente a dañar y privar de libertad al productor. Lo somos más que nada, porque todas ellas niegan todo avance, todo progreso, todo porvenir, ya que encadenan a su imperativo la vida futura de los pueblos, impidiendo así la negación o distanciamiento del punto de partida, que es la base de todo progreso.

Verdad, verdad inconcusa es que la ley es la peor enemiga de la espiritualidad entendida, ésta en su verdadero sentido: integridad de la personalidad humana, puesto que fué multiplicándose a medida que se multiplicaba la perfección del hombre y exigía personalidad y derecho a actuar la libertad. Las leyes se fabricaron y se fabrican a medida de la necesidad de dominar la independencia popular. Véase sino: Cuando un pueblo está "revolucionado", aparecen las leyes y decretos acomodados con el único fin que eso que pudo ser libertad sea... tan sólo cambio de casaca para el tirano.

—

Hoy en día a cualquier cosa se le llama progreso. Progreso es habilidad en torturar, es tener más vicios o tener más máquinas y productos del sudor y dolor ajeno acumulado con la etiqueta de... lo mío. ¡Progreso! ¡Civilización! Amor ¡Justicia! Parece mentira que tan hermosas palabras se puedan usar como tapaderas de tan cochina cosa como el régimen que aguantamos. En verdad que si a algo se puede llamar progreso, es a la diferencia que existe entre la edad de piedra al renacimiento, y de nosotros a la futura era de libertad y justicia, de amor y felicidad.

—

De moral lo es todo: entendida ésta como moralizadora de nuestra vida totalmente al servicio del bien y de la justicia. Esto explica por qué grandes sabios fueron y son enemigos de la anarquía.

Sin esa concepción ética del futuro, Proudhon, Reclús y Kropotkin hubieran sido servidores de sus respectivos gobiernos.

—

Un trabajador — salvando — por inmoral que sea, es moral que sus explotadores. S las causas que producen las las acciones, las conscientes es, radican en el régimen quellos seres que con propi nferiores, ya que su vida uás que en comer, trabajar rida es simple. En cambio, los días y los años son corto su constante actividad en la tra las injusticias, la vida es namente intensa. En consecue moral quien más intensament días de su existencia y por lo está también más en el camí fección. El trabajador, el ve bajador, se entiende, por que sea del anarquismo, de ésto es siempre más moral q tadores, y ¡cuánto más no lo bajador anarquista!

El anarquista, por ser ide el único que puede hablar de hoy y por tender toda su prop acción a ese objetivo, es d hombre bueno y generoso. M tonces propagar a la vez la del odio como cosa *santa*, bue odio es ancestral, inconscien no; si hoy odiamos es por h rido en herencia de nuestros Si algo nos parece impropio nales, es el odio.

¿Que hay que odiar al b agente del gobierno? Pero si productos de una forma de de instrucción, y además el no se preocupa de las ramas raíces del mal. ¿Que, entonc enseñar a odiar a la ley y a l ¿No es acaso más fecundo amar la libertad y la equida mos a un escultor frente a u mármol. Odiará al mármol, te samiento fijo en lo tosco qu martillazos que se dé, en los saltes y le hagan daño? No, afanes la estatua futura, pr trabajo y de su amor. Si el a en vez de embellecer simbó mármol, nos parece que no h lizar ninguna manifestación

En verdad nos parece qu fomentar el odio como cosa la revolución, es emplear a filos. Fácil es decir: "odia dor"; difícil es explicar y amor al futuro, a la vida lu manidad redimida.

—

Una extraña velada rrida en un campo

—

¡La extraña velada transc campo de batalla! — Cuand camarada mío, caíste a mi l — No te dirigí más que una que tus caros ojos contestar mirada que no olvidaré jam mano que trataste de levan en que yacías apenas rozó l seguida avancé en la batalla cha continuaba con iguales des. — Hasta que, relevado algo tarde de la noche, pu fin al sitio donde tú habías c encontré helado en la muer querido, hallé tu cuerpo, hi sos dados y recibidos (jam dar sobre la tierra). — Des a la luz de las estrellas; era la escena). El viento noc fresco y ligero: — Largo, pasé allí velándote, mientra dedor el campo de batalla confusamente; — Velada pr liciosa velada, allí, en la no perfumada. — Ni una lágr mis ojos, ni un suspiro pro mi pecho; largo, largo tiemp plé. — Luego extendiéndon sobre la tierra, me mantuv con el mentón hundido entr — Pasando horas suaves, ho les y místicas, contigo, cam do, — sin una lágrima, sin — Velada de silencio, de muerte, velada por tí, mi h dado, — En tanto que allí tros pasaban en silencio, y o

Un trabajador — salvando excepciones — por inmoral que sea, es siempre más moral que sus explotadores. Se acepta que las causas que producen las buenas o malas acciones, las conscientes o inconscientes, radican en el régimen social. Para aquellos seres que con propiedad llaman inferiores, ya que su vida no consiste más que en comer, trabajar o explotar, la vida es simple. En cambio, para los que los días y los años son cortos a pesar de su constante actividad en la batalla contra las injusticias, la vida es intensa, plenamente intensa. En consecuencia, es más moral quien más intensamente emplea los días de su existencia y por lo tanto quien está también más en el camino de la perfección. El trabajador, el verdadero trabajador, se entiende, por desconocedor, que sea del anarquismo, de acuerdo con ésto es siempre más moral que los explotadores, y ¡cuánto más no lo será un trabajador anarquista!

El anarquista, por ser ideológicamente el único que puede hablar de fraternidad hoy y por tender toda su propaganda y su acción a ese objetivo, es de necho un hombre bueno y generoso. Mal puede entonces propagar a la vez la manifestación del odio como cosa *santa*, buena y útil. El odio es ancestral, inconsciente, inhumano; si hoy odiamos es por haberlo adquirido en herencia de nuestros antepasados. Si algo nos parece impropio de los racionales, es el odio.

¿Que hay que odiar al burgués y al agente del gobierno? Pero si son simples productos de una forma de asociación y de instrucción, y además el anarquismo no se preocupa de las ramas, sino de las raíces del mal. ¿Que, entonces, hay que enseñar a odiar a la ley y a la propiedad? ¿No es acaso más fecundo enseñar a amar la libertad y la equidad? Supongamos a un escultor frente a un pedazo de mármol. Odiará al mármol, tendrá su pensamiento fijo en lo tosco que es, en los martillazos que se dé, en los pedazos que salten y le hagan daño? No, verá en sus afanes la estatua futura, producto de su trabajo y de su amor. Si el artista, odiara en vez de embellecer simbólicamente el mármol, nos parece que no llegaría a realizar ninguna manifestación artística.

En verdad nos parece que hablar de fomentar el odio como cosa fecunda para la revolución, es emplear armas de dos filos. Fácil es decir: "odia a tu explotador"; difícil es explicar y fomentar el amor al futuro, a la vida libre, a la humanidad redimida.

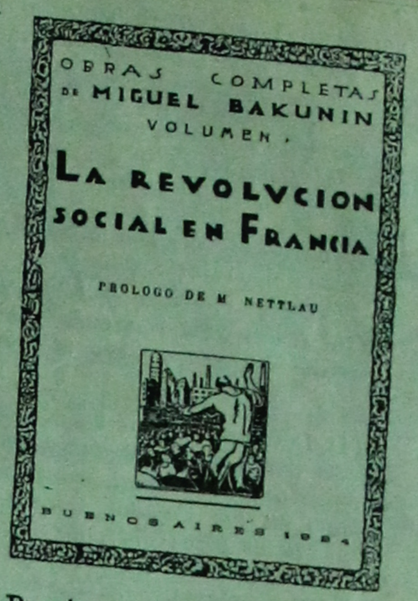
——— *** ———

Una extraña velada transcurrida en un campo de batalla

—

¡La extraña velada transcurrida en el campo de batalla! — Cuando tú, hijo y camarada mío, caíste a mi lado, ese día, — No te dirigí más que una mirada a la que tus caros ojos contestaron con otra mirada que no olvidaré jamás, — Y la mano que trataste de levantar del suelo en que yacías apenas rozó la mía; — En seguida avancé en la batalla donde la lucha continuaba con iguales probabilidades, — Hasta que, relevado de mi puesto algo tarde de la noche, pude volver al fin al sitio donde tú habías caído, — Y te encontré helado en la muerte, camarada querido, hallé tu cuerpo, hijo de los besos dados y recibidos (jamás vueltos a dar sobre la tierra), — Descubrí tu faz a la luz de las estrellas; — (Singular era la escena). El viento nocturno pasaba fresco y ligero; — Largo, largo tiempo pasé allí velándote, mientras a mi alrededor el campo de batalla se extendía confusamente; — Velada prodigiosa, deliciosa velada, allí, en la noche queda y perfumada, — Ni una lágrima cayó de mis ojos, ni un suspiro profundo exhaló mi pecho; largo, largo tiempo te contemplé, — Luego extendiéndome a medias sobre la tierra, me mantuve a tu lado, con el mentón hundido entre las manos, — Pasando horas suaves, horas inmortales y místicas, contigo, camarada querido, — sin una lágrima, sin una palabra; — Velada de silencio, de ternura y de muerte, velada por tí, mi hijo y mi soldado, — En tanto que allí arriba los astros pasaban en silencio, y otros hacia el oeste subían insensiblemente; — Suprema velada por tí, valiente hijo, (no te pude salvar, tan pronto fué tu muerte, — Vivo te amé rodeándote fielmente de todas mis solicitudes; creo que volveremos a vernos seguramente); — Y cuando se iban las últimas sombras de la noche, en el momento preciso en que apunta el alba, — Envolví a mi camarada en su manta, enrollé bien su cuerpo, — Replegando cuidadosamente la manta por debajo de la cabeza, y cuidadosamente bajo los pies, — Y allí bañado en el sol levanté, deposité a mi hijo en su fosa, en su fosa toscamente abierta. — Terminando así mi extraña velada en el campo de batalla envuelto en sombras, — Velada por el camarada muerto repentinamente, velada que jamás olvidaré, ni, cómo, al apuntar el día, — Levantándome de la helada tierra y envolviendo cuidadosamente al soldado en su manta — Lo sepulté allí donde cayera.

Walt Whitman



Precio: $ 1.50 m|n
Encuadernado en tela, $ 3.50

MENTANA

El proceso de Leveille, Decamp y Dardare por el primero de Mayo de 1891, en Clichylevallois

No es un proceso que tenga en sí una importancia extraordinaria este de Leveillé, Decamp y Dardare, a raiz de las manifestaciones del primero de mayo de 1891, aunque sí se le debe atribuir y reconocer por parte de los anarquistas, cierta importancia, desde el punto de la influencia que pueda tener y de los ejemplos que inevitablemente suscita la resistencia armada de la policía.

Pero la importancia de este proceso — cuyos ecos se vieron apagados por la ola de indignación que en aquel tiempo había levantado en Francia la matanza de Fourmies — más que en los imputados, está en sus actitudes, en sus declaraciones y en los magistrados que instruyeron y condujeron el proceso, en el Consejero de la Corte de Apelación, Benoit, que había encauzado el debate contra Leveillé, Decamp y Dardare, en el Procurador General, Bulot, que había vigilado la instrucción del mismo y sostenido la acusación.

Las atroces violencias que sobre los tres acusados, gravemente heridos, habían ejercido los agentes de policía, la impunidad que a las terribles agresiones habían largamente acordado el Presidente Benoit y el Procurador General Bulot, y la indiferencia que la prensa liberal, que solamente hace sentir su indignación cuando se trata de víctimas ilustres, había guardado frente a este proceso de oscuros rebeldes, y a su odiosa condena, levantaron frente a los anarquistas de los aledaños parisinos, los cuales iniciaron la serie de atentados que horrorizaron a Francia durante cuatro años y sólo tuvieron fin en junio de 1894 con la ejecución de Sadi-Carnot, el pregonero de las infames leyes, por obra de Santos Caserio.

La tortura, el proceso, la condena de Leveillé, Decamp y Dardare fermenta la insurrección anárquica, incita a la venganza formidable, inexorable, a Ravachol.

Recordarán, en efecto, los compañeros, que los primeros atentados de Ravachol fueron directamente contra el Presidente Benoit (explosión del Boulevard Saint Germain) y contra el Procurador General Bulot (explosión de la Rue Clichy).

Con este título el proceso del Primero de Mayo de Clichy-Levallois, encuentra su puesto en esta rúbrica para ilustrar los procesos de Ravachol y de los cuales queda, por decir así el antehecho necesario.

El primero de Mayo de 1891 un grupo de anarquistas se habían reunido, hacia las dos de la tarde, en la Plaza de la República, en Levallois-Perret. Se pronunciaron discursos de circunstancias, sin que ningún agente del orden se hubiese escandalizado; se cantaron también himnos heterodoxos; luego, precedido por un núcleo de mujeres, que llevaban desplegada una bandera roja y seguido por una retaguardia de curiosos, el grupo se había avecinado a Clichy, lugar en el cual debía solemnizarse el recuerdo de la trágica fecha.

La noticia, entretanto, de que la pequeña manifestación de Clichy se había precedido de símbolos sediciosos, había alarmado al comisario de policía, Guilhelm, que acompañado por el subcomisario y unos cuantos agentes partió para dispersar la banda y secuestrar la bandera roja.

En verdad no iba el comisario de policía con mucho entusiasmo; tanto, que a mitad del camino un brigadier le observó que a ese paso no alcanzarían a los perturbadores del orden, autorizándolo a tomar un coche en compañía de un par de agentes junto con el sub-comisario, pensando que después de todo él había cumplido con su deber y que de no encontrase con aquella turba de rabiosos todo marcharía perfectamente.

Al dar vuelta en el Boulevard National los tres agentes que iban en el coche avistaron la manifestación frente a una fonda. Las banderas rojas se repleagaban y la mayor parte de los componentes del mitin entraban en la mencionada fonda con el fin, indudablemente nada sedicioso, de tomar algún refresco o cuando más un bocado.

Bajaron del coche, se acercaron al punto de reunión, entrando propiamente en el momento en que algunas mujeres estaban envolviendo, en amplias hojas de papel, las banderas rojas.

A los tres polizontes el rojo les produjo el mismo efecto que les produce a los pavos y a los toros; les enfureció tan locamente que se arrojaron sobre las infelices, dega en mano, hiriendo ciegamente. Algunos de los circunstantes repelieron la agresión a golpes de puño, produciéndose un tumulto general, un coro de lamentos y de blasfemias, interrumpido de vez en cuando por el ruido seco de los balazos. La contienda continuó con más recrudecimiento en la calle, dos polizontes yacían en tierra gravemente heridos, uno en el carrillo y en el vientre, y el otro en el pecho, mientras venían en socorro del enloquecido brigadier, cuatro gendarmes a caballo, que tirando sobre la multitud despejaban el campo en el cual quedaban a completa merced del enemigo Leveillé, Dardare y Decamp más o menos heridos gravemente. Quien conoce a la policía — ésta es igual bajo todas las latitudes, en Francia, en España, en Rusia, y en América — sabe con qué ferocidad toma sus venganzas. Los polizontes se tomaron el desquite apaleando ferozmente, en el mismo Boulevard National, a los tres desgraciados que gemían en el suelo; los puñetazos, los puntapiés en el vientre, los vergajazos que recibieron en pocos minutos por aquellos enfurecidos verdugos, Leveillé, Decamp y Dardare, extenuados, heridos sangrando por todas partes, no son para contarse. Decamp resultó con una oreja rota, el rostro con una herida que le corría, desde la sien a la mandíbula. Leveillé, que durante la contienda en el Boulevard National había sido herido por una bala, en una pierna, pidió vanamente un poco de agua para lavarse la herida; a Dardare, uno de los agentes, Dufoulon, estaba dispuesto a hendirle la cabeza con el machete y gracias a un hábil esguince había logrado evitar el golpe, y que sin la pronta intervención de la autoridad superior los tres hubiesen sido masacrados, sin duda, alguna, como perros.

Baste decir que al día siguiente, al ser visitados por primera vez, por el juez instructor Couturier, éste se negó a tomar declaraciones, manifestando que ante todo, debían ser conducidos a la enfermería y debidamente curados.

•

Preside el Consejero de Apelación Benoit. Sostiene la acusación el Procurador General Bulot. La defensa de los imputados estaba a cargo de los abogados: Lagasse, por Dardare y Decamp; Allain, por Leveillé.

Los tres acusados se declaran anarquistas. Reivindican altivamente el derecho de pensar como ellos crean y de desear que este mundo, levantado sobre la desigualdad y el odio, sea sustituido, con el concurso de los hombres de corazón, de pensamiento y de acción, por una humanidad menos bárbara y menos miserable, ya moralmente, ya materialmente. El Primero de Mayo encierra para ellos el significado de éste propósito de concordia y de renovación, y sobre la fecha proletaria habían intentado llamar la atención de los trabajadores, sea con la manifestación pública, sea con el modesto discurso que pronunciaron con el objeto de explicar el significado de la memorable fecha. Todo hubiese terminado tranquilamente sin la brutal e injustificada intervención de los feroces polizontes del Comisario Guilhelm. Ninguno había amenazado el orden, ninguno había turbado la pública quietud, ninguno, tampoco, había ultrajadodo las instituciones ni las leyes, y cuando los tres esbirros de Guilhelm se lanzaron, daga en mano, apuntando con los revólveres, a nuestras mujeres, la manifestación pública había terminado.

Presidente: — La acusación sostiene que a un signo de Dardare vosotros habéis disparado sobre los agentes.

Decamp: — Debí empuñar el revólver para refrenar el furor bestial de vuestros esbirros alcoholizados, para defender la piel, para salvar al padre de cuatro hijos que en casa no viven si no de mi trabajo. Y de que razas de verdugos debí yo defenderme preguntadle al juez Couturier, que nos visitó en la cárcel al día siguiente, preguntadle al mismo comisario de policía Guilhelm. Vos, en lugar de encarcelar a los provocadores y asesinos nos arrestáis a nosotros y nos juzgáis de acuerdo al artículo 233 del Código Penal, nos mandáis a la guillotina. Y bien, es mejor la guillotina que vuestras cárceles, mejor el verdugo que vuestros guardianes del orden y de la seguridad de los ciudadanos. Alta y orgullosa se levantará mi cabeza sobre el cadalso, que es la de un hombre honrado, seguro que, lejos de sofocar la idea anárquica y el fervor revolucionario de los compañeros, nuestra sangre los revigorizará y animará para extremas audacias.

Dardare: — Declara haber tirado dos balazos cuando sobre él, sin ninguna razón, sin sombra de provocación, los polizontes se dispusieron a hacer fuego.

Pres.: — En vuestros bolsillos se han encontrado seis cartuchos cuyas balas habían sido limadas.

Dardare: — Ya, pero las cuatro balas que quedaron en el tambor de mi revólver no habían sido usadas. Es menester inferir, entonces, que yo alteraba las balas para tenerlas en el bolsillo y hacérmelas secuestrar, para después servirme de aquellas inalteradas.

Pres.: — ¿Os las han puesto, pues, en el bolsillo para agravar vuestra situación?

Dardare: — ¿Cree verdaderamente el Presidente que nuestra policía sea incapaz de hacer estos trucos?

Leveillé, que rengue, aún a causa de la herida en la pierna, declara que disparó en légitima defensa, mientras trataba de salvarse huyendo. A pedido de la defensa es oído el Comisario Guilhelm, a quien el Presidente pide cuentas del bestial tratamiento infligido en la comisaría a los tres arrestados.

Guilhelm: — Encontré a los tres arrestados bastante maltratados cuando volví por la primera formalidad, pero no puedo decir si los agentes los habían puesto en ese estado.

Pres.: — Pero ¿de dónde volvíais?

Guilhelm: — De lavarme las manos.

Abog. Lagasse: — Como Pilatos.

Pres.: —¿Por qué no subísteis al coche con vuestros agentes cuando se dispusieron a alcanzar a los sediciosos?

Guilhelm: — No había más lugar en el coche.

Pres.: — Y ese día ¿no había más coches en París?

El testigo abandona la sala trás el murmullo amenazante del público, que se calma solamente cuando se levanta el fiscal Bulot, el cual, en su requisitoria contra la anarquía, pasa de largo las circunstancias procesales, no dice palabra de la agresión policial, ni de la tortura sufrida por los acusados. Son anarquistas y como tales pide al jurado toda la severidad; quiere, en suma, la pena capital.

Después de una espléndida defensa por los abogados Lagasse y Allain que ponen en la picota a Guilhelm y sus esbirros desvergonzados, los jurados producen un veredicto negativo respecto a Leveillé, que es puesto en libertad, afirmativo en cuanto a Decamp, pero con atenuantes, y de la misma manera a Dardare, pero excluyendo los agravantes.

Leveillé es absuelto.

Decamp es condenado a cinco años de cárcel (1).

Dardare a tres de la misma pena.

Ravachol tratará seis meses después de vengarlos a todos, terriblemente.

(Del libro "Cara a cara al enemigo" Crónicas del anarquismo militante.)

---

(1) *Decamp, que fué condenado por los Asises del Sena el 28 de agosto de 1891 a cinco años de cárcel, está hace mucho tiempo en los Estados Unidos. Diversamente a los otros prófugos ha tenido en las varias luchas iniciadas por los trabajadores, algunas actitudes equívocas, que obligaron a algún compañero a enrostrarle que él no era digno ni de la venganza ni del sacrificio de Ravachol.*

LA CONQUISTA DE LAS SEIS HORAS

Ha llegado otro primero de mayo. Día de fiesta. Canciones revolucionarias. Mitines o demostraciones y discursos usuales. Artículos especiales para la prensa obrera. Y así un año y otro año, un lustro y otro lustro. Es un día feriado más, reconocido oficialmente por todos los gobiernos. Nos ha sido robado por los reformistas y los legalitarios. La sangre de nuestros camaradas de Chicago ha servido para que los merodeadores del movimiento obrero luzcan todos los años su facundia en las plazas públicas y ha dado origen a un nuevo carnaval. ¡El carnaval del primero de mayo! ¡Cuán punzante es ver cómo se desfigura así la historia y cómo se juega con la memoria de unos hombres heroicos que no interpretabn la vida a través de las gafas de un gordo diputado socialista o a través de la vacuidad inescrupulosa de un saltimbanqui cualquiera del obrerismo.

Los anarquistas no pueden resignarse a estas degeneraciones del primero de mayo; el primero de mayo es cosa suya; lo han afirmado al precio de su vida, y es preciso que vuelva a sus manos, que vuelva a su espíritu, que vuelva a su significación primitiva.

Hace cuarenta años se produjo el primer gesto de energía de los trabajadores en favor de la jornada de ocho horas. Pero la idea de esa reducción de la jornada había nacido un cuarto de siglo antes; ya en 1866 recomendó la vieja Internacional la lucha por las ocho horas en su congreso de Ginebra. El pensamiento ha germinado poco a poco, se hicieron ensayos de peticionar a las autoridades legislativas el reconocimiento de esa reducción de la jornada, y cuando al fin se vió que todo eso era inútil, resolvióse implantar las ocho horas por voluntad expresa de los trabajadores desde el 1.o de mayo de 1886. A la cabeza de ese movimiento, cuya más decidida expresión se manifestó en los Estados Unidos, se pusieron los anarquistas. Contra ellos hubo toda suerte de invectivas, se lanzaron los insultos más groseros. Los economistas al servicio del capitalismo quisieron demostrar con números exactos y estadísticas que la jornada de ocho horas era irrealizable. Algunos capitalistas humanitarios sostenían que la jornada de ocho horas sería un perjuicio para los trabajadores, porque no sabrían qué hacer de las horas de ocio y se irían a emborrachar continuamente. La ociosidad es madre de todos los vicios, decían. Y no faltaron jefes obreros y socialistas que cooperaron durante muchos años y continúan cooperando con los grandes industriales en el sabotage de la idea y del hecho de las ocho horas. Si hoy, cuarenta años después del inolvidable primero de mayo de Chicago, las ocho horas no son todavía en todas partes una realidad, se debe al espíritu reaccionario del socialismo legalitario y del reformismo sindical; al espíritu reaccionario de esos mismos sujetos que nos acusan a nosotros de predicar sólo cosas vagas y abstractas y de descuidar las conquistas prácticas para el mejoramiento de la vida presente de los trabajadores!

Si queremos reivindicar el primero de mayo, hemos de infundirle sangre nueva, obrando en el mismo sentido que aquellos bravos camaradas a quienes debe su origen. Si hace medio siglo la jornada de ocho horas era una conquista proletaria importante, hoy no lo es. Ocho horas, con el sistema actual de trabajo en los modernos establecimientos, exigen más desgaste de energías que una jornada de trabajo de 12 ó 14 horas en las épocas anteriores al maquinismo industrial. Aquel artesano de la edad media que trabajaba de sol a sol, en medio de canciones alegres y de pausas, ritmando sus movimientos según sus canciones y no según el tono de una máquina, abandonaba su labor cotidiana, sin haber gastado todas sus fuerzas. El obrero de un moderno establecimiento fabril, al cabo de ocho horas de trabajo, sale agotado por completo, incapaz de pensar serenamente, con ánimo despejado. Las ocho horas representan en las actuales condiciones lo que en otros tiempos doce o catorce. Por eso era hace medio siglo una justa reivindicación la de la jornada de ocho horas y hoy es insuficiente en alto grado. Velando por la salud de la especie humana, debemos esforzarnos por aliviar un poco la dura carga de los esclavos del capitalismo. Y velando por los intereses de la revolución, tenemos forzosamente que ir a la conquista de una nueva disminución de la jornada, para que el proletario de nuestros días tenga la posibilidad de dedicar una parte de sus energías a la lucha espiritual por un mundo mejor.

La jornada de seis horas no es una reivindicación excesiva. Es un resultado lógico del desenvolvimiento industrial en estas últimas décadas. Y además es una solución segura a la crisis de la desocupación de la post-guerra, que, de lo contrario, no tendrá fin. La conquista de las seis horas no es la revolución, no es más que un alivio pasajero para un cierto número de años, hasta que el capitalismo halle modo de confiscar de otro modo las reivindicaciones proletarias a que se ha visto forzado a acceder. Pero en ese período de alivio y de mejoramiento, la idea de la revolución puede hacer tales progresos y abarcar tantas fuerzas como para contrarrestar después el desenvolvimiento criminal del sistema capitalista.

Si los anarquistas se decidieran a infundir en el movimento degenerado del prmero de mayo la reivindicación de las seis horas de trabajo, el primero de mayo volvería a ser lo que ha sido y su advenimiento volvería a hacer latir los corazones en impulsos de esperanza y de combatividad.

En estas últimas décadas se ha producido un desarrollo técnico en el proceso de la producción que no debe menospreciarse. Tomemos por ejemplo la industria del automóvil en los Estados Unidos. En 1899 había 2.241 obreros ocupados en esa industria, y producían 3.723 coches. En 1923 la producción ascendía a 3.890 mil ciento cincuenta y cuatro coches y el número del personal ocupado era de 241.356, lo cual nos da una proporción de 1 a 1.044,4 para la producción en esos 24 años y de 1 a 107,6 para el aumento del personal obrero. Explicada en otros términos, esa proporción quiere decir que de trabajar en 1923 lo mismo que en 1899, para obtener la producción actual de automóviles se necesitarían aproximadamente, en lugar de 241.356 obreros, no menos de 2.413.560. En esa misma industria y según esos datos, en 1909 la productividad por cada obrero era de 1,66 y en 1923 la cifra de la productividad anual por cabeza era de 16,11 coches.

¿Por qué no reflexionamos en eso? Se dirá que la industria del automóvil marcha a la cabeza de ese nuevo desenvolvimiento de la técnica capitalista de la producción. Pero si en las demás ramas de la industria no se ha llegado hasta tal grado a la reducción del personal simultáneamente con un acrecentamiento monstruoso de la producción, un hecho indiscutible es que no hay industria que en estos últimos diez años haya quedado intacta desde ese punto de vista. Por todas partes es cada vez más reducido el personal obrero y en todas partes aumenta sin embargo la capacidad productiva. La red ferroviaria del Canadá era en 1913 de 29.773 millas y ocupaba 178.625 personas; en 1923 la red ferroviaria era de 39.773 millas y ocupaba 165.635 personas. Con un aumento en diez años de más de 10.000 millas, ha disminuído el personal en unas 13.000 personas. El mismo fenómeno puede constatarse por doquiera. En las condiciones técnicas actuales de la producción y de la economía capitalista, hay exceso de brazos, y no un exceso que apenas se advierte de tanto en tanto en el mercado del trabajo, sino un exceso crónico que suma millones y millones de personas.

Y más aún. Si se pusieran en aplicación los novísimos descubrimientos técnicos en la agricultura y la industria, se reduciría muchísimo más el actual personal necesario y al mismo tiempo se aumentaria la producción. Pero los capitalistas no se apresuran a echar mano a esos recursos, porque, desgraciadamente no les faltan brazos baratos y dóciles.

El gran argumento que se podría oponer a una reducción de la jornada sería su insuficiencia para abastecer a todas las necesidades humanas. ¿Es que hay economista o capitalista que se atreva a decir que con la jornada de seis o de cuatro horas no se puede producir hoy el doble que hace diez o quince años? ¿Es que habría el descaro de asegurar que con la jornada de seis horas no se produciría todo lo que es necesario para la vida? No, es demasiado evidente la causa a que se debe la crisis crónica de la desocupación internacional y la crisis del mercado capitalista. Hay por una parte exceso de producción y por la otra una débil capacidad adquisitiva o de compra. Los depósitos están repletos y la gran masa de los consumidores no puede comprar lo más necesario para el sostenimiento de su vida. Una reducción de la jornada haría desaparecer millones de desocupados y con ello el consumo se acrecentaría enormemente. Y ese aumento del consumo daría un nuevo impulso a la producción. No necesitamos hacer crítica alguna a la esencia de la economía capitalista; no necesitamos demostrar lo absurdo de ese sistema. Para reclamar una disminución de la jornada de trabajo, que no es la revolución, nos basta quedar dentro de los razonamientos capitalistas mismos. Esa reivindicación tan sencilla que podría antojársele a algunos una utopía revolucionaria, podría ser sostenida por cualquier político liberal. Por sí misma no modifica en lo más mínimo el sistema de explotación del hombre por el hombre. Si nosotros la prestigiamos como revolucionarios, es por sus consecuencias indirectas y ulteriores, no porque implique una transformación social cualquiera. Y si profundizáramos el asunto, veríamos que las ocho horas han podido significar un quebranto infinitamente más profundo de la economía capitalista hace cuarenta años, de lo que podrían serlo hoy las cuatro o cinco horas. Una jornada de seis horas, dado el desarrollo técnico que constatamos en todas las ramas de industria, puede llevarse a la práctica sin inconveniente alguno e incluso hasta, para algunos países o para muchos capitalistas, para los especuladores de la talla de Ford, con beneficio comercial. Sufrimos por la disminución de la capacidad de compra del consumidor, llevada al extremo por la desocupación monstruosa de la post-guerra. Si se aumenta la capacidad de compra de los trabajadores, de la masa consumidora fundamental, el capitalismo entraría tal vez en un período de prosperidad general que le resultaría altamente lucrativo.

Henos aquí, pues, tratando de demostrar que la jornada de seis horas resultaría tal vez un inesperado beneficio para el capitalismo. Y hacemos esto para convencer, no a los capitalistas, sino a los trabajadores mismos que son, parece, los que más temen a esa disminución de la jornada de trabajo.

¡Anarquistas! Mientras los gordos diputados socialistas eruptan hoy en el mundo entero himnos al trabajo, a la blusa azul y a las manos callosas, preparémonos para infundir sangre nueva al movimiento del primero de mayo y volverlo a tomar en nuestras manos en nombre de la jornada de seis horas. Por el respeto y la admiración que nos inspiran los mártires de Chicago, nuestros camaradas y nuestros hermanos de fé, es preciso que volvamos a convertir el primero de mayo en un símbolo de aspiraciones proletarias y no en un día carnavalesco de fiesta de los aventureros de la política y los saltimbanquis del obrerismo.

No hace falta más que la voluntad de los anarquistas para que en lo porvenir el primero de mayo sea lo que debe ser un exponente de fuerzas obreras dispuestas a la lucha y no una procesión de elementos castrados por el cretinismo legalitario y camaleónico.

Bellezas del militarismo

La última noticia de él

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 —

A la buena c

El que defiende una buena causa con medios moralmente inferiores perjudica esa causa, y más con la no existencia de un escrupuloso, para quien todos son buenos, que con su existencia cómo obras, y te diré cómo que obra canallescamente, que lo hace por amor al mal los ideales, es incapaz de alimentos nobles y elevados. mientos y las ideas de los terminan su conducta; un miento no puede expresarse la acción. Los que en su evidencian las pasiones más sentimientos más mezquinos si aluden a una gran ideal creamos: se cubren con un se parapetan tras una doctrina es la suya; usurpan una posesión, tal vez, para sus apsignificativa del más villano

Los métodos de Loyola ir para conquistar una predominio, para llegar al poner el reconocimiento de concupiscencias, sea en el so, sea en las esferas políel movimiento obrero. Entre Loyola, hay la misma diferetre un héroe efectivo y su el teatro: Loyola es el lobo con la piel de oveja de Cr mayor prosperidad de sus h ni hubo un ide libre fi aciones, de tale rientales corrupciones. La anarquía tituye una excepción.

¿Se concibe un gran s una gran pasión por la justi no se vacila en ser injustos en nuestras relaciones con nu pañeros y con el ambiente que nos circunda? A la jus va por la injusticia, como la libertad por la vía del au

El que ama realmente la puede contravenirla, no pue por treinta dineros, o por satisfacción de vanidades y nes personales. El que siente la justicia, la practica, no la respeta siempre, no la desda paso ni ante nadie.

No ama en verdad el que a amigos, a sus compañeros, jantes, y el que se miente a sí ra justificar sus claudicacio dad es, como la justicia, un no una abstracción metafísi de la vida. El que dice lucha mentira y se sirve de la fa ciente, como de un arma fun embustero que se disfraza ajeno para sorprender mejo tima propiciatoria. Con méto pugnan a la veracidad, con s

AÑO V

BUENOS AIRES 17 DE MAYO DE 1926

N.o 223

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEMANA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

CTS.

Victoria Cardoza
11 de Septiembre 63
SALTA

...ros a M. TORRENTE

A la buena causa por los medios buenos

El que defiende una buena causa con medios moralmente inferiores, denigra y perjudica esa causa, y más se ganaría con la no existencia de un adepto inescrupuloso, para quien todos los medios son buenos, que con su existencia. Dime cómo obras, y te diré cómo sientes. El que obra canallescamente, aunque diga que lo hace por amor al más sublime de los ideales, es incapaz de abrigar sentimientos nobles y elevados. Los sentimientos y las ideas de los hombres determinan su conducta; un noble sentimiento no puede expresarse en una mala acción. Los que en su vida cotidiana evidencian las pasiones más bajas y los sentimientos más mezquinos y estrechos, si aluden a una gran idealidad, no los creamos: se cubren con un manto ajeno; se parapetan tras una doctrina que no es la suya; usurpan una posición ventajosa, tal vez, para sus apetitos, pero significativa del más villano mimetismo.

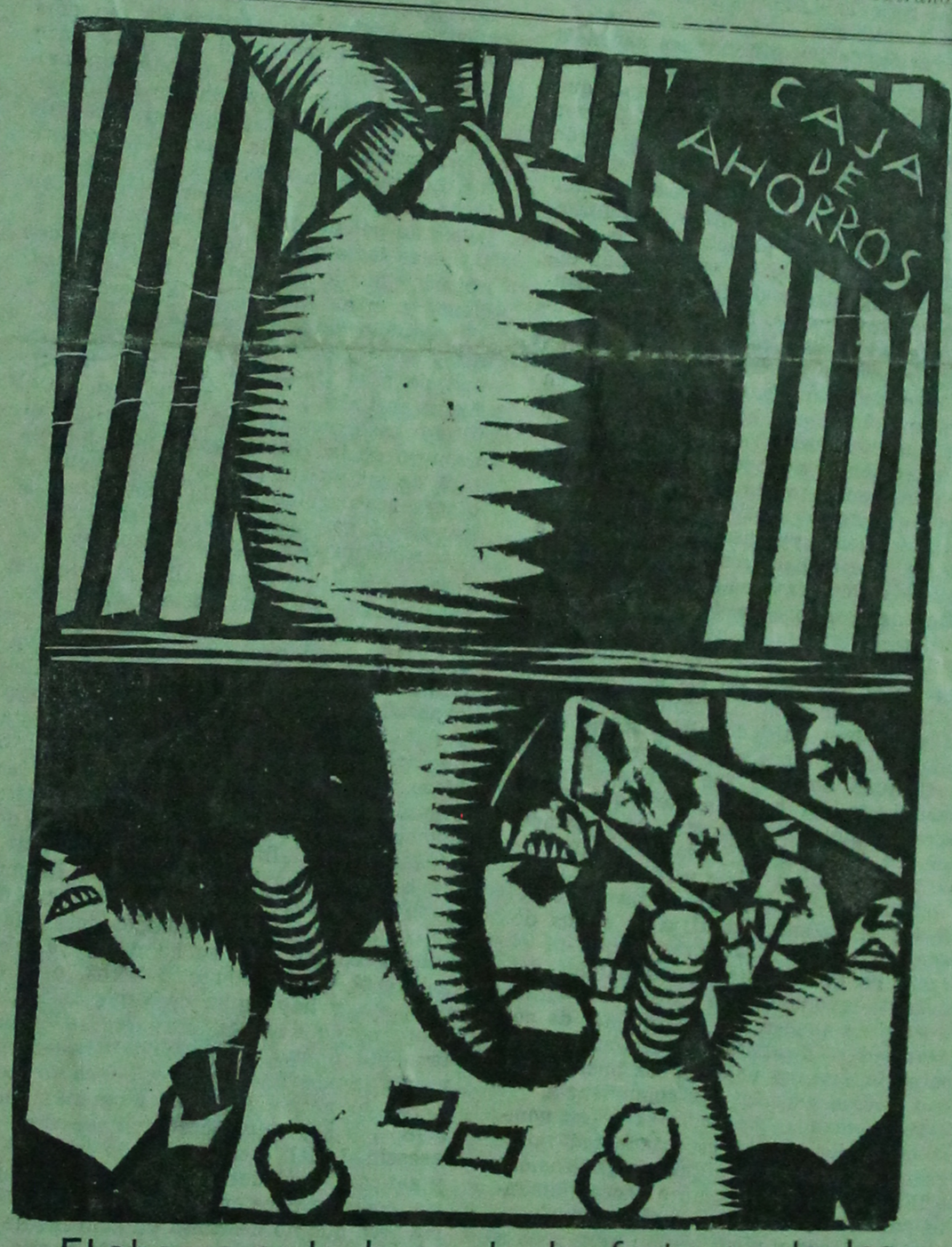
Los métodos de Loyola pueden servir para conquistar una situación de predominio, para llegar al poder e imponer el reconocimiento de las propias concupiscencias, sea en el campo religioso, sea en las esferas políticas, sea en el movimiento obrero. Entre Cristo y Loyola, hay la misma diferencia que entre un héroe efectivo y su imitador en el teatro; Loyola es el lobo que se viste con la piel de oveja de Cristo para la mayor prosperidad de sus codicias. No hu[illegible]ui hubo un ide[illegible]ibre de tales des[illegible]fi[illegible]aciones, de tale[illegible]ricaturas y de tales corrupciones. La anarquía no constituye una excepción.

¿Se concibe un gran sentimiento y una gran pasión por la justicia, cuando no se vacila en ser injustos a cada paso, en nuestras relaciones con nuestros compañeros y con el ambiente en general que nos circunda? A la justicia no se va por la injusticia, como no se va a la libertad por la vía del autoritarismo

El que ama realmente la justicia, no puede contravenirla, no puede venderla por treinta dineros, o por una grosera satisfacción de vanidades y de ambiciones personales. El que siente pasión por la justicia, la practica, no la pisotea, la respeta siempre, no la desconoce a cada paso ni ante nadie.

No ama la verdad el que miente a sus amigos, a sus compañeros, a sus semejantes, y el que se miente a sí mismo para justificar sus claudicaciones. La verdad es, como la justicia, un sentimiento, no una abstracción metafísica separada de la vida. El que dice luchar contra la mentira y se sirve de la falsedad conscíente, como de un arma favorita, es un embustero que se disfraza con vestido ajeno para sorprender mejor a la víctima propiciatoria. Con métodos que repugnan a la veracidad, con sistemas que hacen de la palabra un instrumento para disfrazar el pensamiento real, se pueden obtener posiciones en el dominio de la demagogia, pero no se trabaja por la creación de un mundo nuevo, no se esculpe el hombre del porvenir, sino que se reproduce y se nutre el vicio y la degeneración del presente.

¿Y qué valor tiene la palabra libertad en labios de aquél cuyo corazón anuncia el mando, la elevación política o social, sobre el resto de los humanos?



El ahorro es la base de la fortuna...de los banqueros

La palabra libertad es pronunciada por todos los partidos, por todas las clases de la sociedad. Incluso los que nos gobiernan y nos esclavizan por la fuerza, hablan de la libertad y pretenden hacernos creer que la aman y que no la lesionan. Contra ellos nada tenemos ya que decir, ni que reivindicar. Pero sangra el corazón cuando entre aquellos mismos que dicen haber hecho de la libertad un símbolo de lucha y de vida, esa arandiosa concepción no sirve tampoco más que para pronunciar d[illegible] y cantar himnos a sus maravill[illegible]. La libertad que no se expresa interiormente — en la extirpación de todo sentimiento de esclavitud y de toda codicia de mando — y exteriormente — en la lucha contra la autoridad ajena, sin tratar de imponer la nuestra, esa libertad que no se manifiesta más que en los discursos solemnes y no en los hechos de cada día, es uno de los más peligrosos y astutos enemigos de la libertad misma.

¿Y cómo queremos hacer creer que aspiramos a la fraternidad humana, al amor, si en cada uno de nuestros gestos se trasluce la insolidaridad, la malevolencia, el odio? No es posible un sentimiento fraternal en el que practica el odio y hace de la maldad un arma, contra el camarada o contra el extraño, contra el proletario o contra el burgués, contra el blanco o contra el negro. Hemos conocido a un hombre justo, veraz, bueno, amante apasionado de la libertad y de la fraternidad: Kurt Wilckens. Kurt Wilckens era incapaz del odio y no ha odiado siquiera a Varela, el asesino. Por eso ha impresionado tanto su heroismo y ha causado tanto respeto su gesto. Cuando ponemos mentalmente frente a Wilckens a muchos de los que pretenden cantarle loas, nos duele el alma y sentimos un profundo desprecio hacia tan grande doblez.

La fraternidad no puede traducirse en odio al hombre, en maldad sistemática, en insolidaridad. El que nos dice que abriga sentimientos fraternales y esgrime armas ruines para vencer y doblegar al adversario, miente.

Se nos está combatiendo hoy, por elementos que se parapetan tras el manto de la anarquía, con las armas más indignas, bajas y desleales que uno se pueda imaginar. No juzguemos a los que así obran; pero podemos monologar y confesar ante nuestra conciencia, los propios sentimientos. Nosotros no esgrimiremos esas armas ruines y desleales para defender nuestro ideal de libertad y de justicia, y menos aún para hacer frente a los adversarios que se reclaman de nuestro propio campo.

Se sabe que la burguesía no vacila ante ningún medio, siempre que se trate de obtener los fines perseguidos; pues bien, tampoco combatiremos a la burguesía con sus propios medios. Una buena causa que no sea defendida y propagada con buenos medios, pierde su pureza, su superioridad moral, porque sus supuestos defensores, que son capaces de recurrir a una vileza en su defensa, demuestran que no la comprendieron ni la sienten. El arma villana contra el amigo o el adversario, envilece a quienes la emplean; el que hoy es desleal en la lucha, no puede ser leal mañana en la vida libre, y, al menos, no tiene derecho a hablar de sentimientos superiores y a predicar una elevación de la humanidad para la comprensión de sus destinos. No, no combatamos siquiera a la burguesía con armas indignas de nuestras sublimes ideas, a pesar de que ella no vacile en aniquilarnos con todos los medios. Hay que vencer el mal por la fuerza del bien, hay que destruir la injusticia con los sentimientos justicieros. El odio engendra el odio, no lo extirpa. La maldad engendra la maldad, no la suprime del corazón humano. El odio contra las malas instituciones no excluye el amor a los hombres, la fraternidad.

He aquí una consigna de reconstrucción: ¡a la buena causa por los buenos medios! El jesuitismo no sirve a Cristo, sirve a la iglesia, dos polos opuestos. La intriga jesuítica, la malevolencia, el odio, la insolidaridad, el arma indigna y rastrera pueden ganar victorias para el encumbramiento de nuestras personillas o para la satisfacción de nuestras vanidades, pero conspiran contra la anarquía. A la anarquía no se va por la vía del mal, de la insinceridad, de la mentira, de la calumnia. El triunfo de esas bajas pasiones, que son el polo opuesto de las malas pas[illegible]es que quería desencadenar Miguel Ba[illegible]in, es una derrota de la anarquía, en todas [illegible]rtes y siempre.

El que tiene ante sus ojos una buena causa, no recurre a medios innobles, porque no los necesita ni puede rebajarse a emplearlos. La buena causa requiere, en todas partes y siempre, buenos medios para defenderla, propagarla y afirmarla.

MAX NETTLAU

UNA RENOVACION DEL ESFUERZO ANARQUISTA FRENTE A LA REACCION MUNDIAL

Al atravesar sin guía ni mapa un gran bosque, o al subir a una montaña poblada de árboles, se es llevado a menudo, por resplandores que se manifiestan de tanto en tanto, a creerse al fin del camino, mientras que no son más que claros, pequeñas praderas o una nueva terraza de la montaña lo que tenemos ante nosotros, y el camino prosigue aun muy lejos. De igual modo si ahora se mira hacia atrás sobre la evolución histórica o científica, que neecsitó siglos y mil peripecias para culminar en una solución un poco definitiva, vemos en qué grado fué grande desde el principio y en cada etapa la esperanza de llegar pronto al fin, cómo han sido también grandes la laxitud y la desilusión, grandes las pausas, los desvíos, los extravíos, pero al fin se llegó a la culminación de casi todo.

Lo mismo ocurrirá con el socialismo y la anarquía que nos son tan caros. Tenemos hoy una sonrisa para las grandes esperanzas de Robert Owen y de Charles Fourier que, hace un siglo, creían poder convencer a los ricos y a los poderosos de las verdades sociales mediante un razonamiento lógico y la apelación al sentimiento generoso, o por el ejemplo de un Falansterio acabado que, como el modelo de una nueva máquina útil, se reproduciría generalmente. Sonreímos ante las esperanzas blanquistas que se basan en algunas barricadas y en un golpe de mano sobre el Hotel de Ville. Pero otras esperanzas, más vastas y sólidas, fueron también frustadas — la Internacional de 1864 que, durante algunos años, pareció que abrazaría millones de trabajadores de todos los países, se ha desvanecido pronto después de la derrota de la Comuna en 1871, y las luchas intestinas de los años 1871-72. El parlamentarismo obrero, nueva gran esperanza de una parte de esa Internacional deshecha, quedó ensombrecido igualmente por su éxito mismo — cuantos más diputados y electores socialistas hay, menos socialismo existe: ese es un axioma por decir así, matemático, resultado de largos años de experiencia. El sindicalismo de la parte antiautoritaria de la Internacional no ha dado tampoco los frutos que se esperaban y se esperan aún de él: ha obtenido un grado de expansión y de intensificación según el cual su fuerza interior, extraída del suelo por una planta, extraída de las masas obreras que constituyen y reconstituyen continuamente el medio sindicalista, no ha sido bastante grande para impulsarle hacia adelante, hacerle florecer amplia y armoniosamente, sino que produjo crisis diversas todavía no superadas. Las ideas anarquistas, necesariamente, siendo como son la concepción socialista más completa y más refinada, la que, aun teniendo sus verdaderas raíces en la libertad humana que cada individuo ejerce instintivamente en las innumerables funciones de su vida personal, en apariencia la más lejana de la rutina cotidiana, esa enemiga de todos los instantes de la libertad humana, las ideas anarquistas, pues, excesivamente favorecidas por la desviación de numerosos hombres y mujeres generosos, por el talento de algunos, por el ejemplo siempre creciente de la insuficiencia del autoritarismo, han llegado igualmente a un grado de crecimiento en que les haría falta alguna fuerza adicional, algún impulso nuevo para crecer más. En fin, el estatismo que culminó en la guerra, llegó también al fascismo, ha producido por contagio ese socialismo venenoso encenagado en el autoritarismo, el socialismo dictatorial, completamente inevitable parece, de un período de recrudescencia autoritaria general. Hay aún, no lo olvidemos nunca, al margen del socialismo y de la anarquía, por demasiado cerrados y enclaustrados, movimientos muy diversos de aspiraciones sociales, morales, intelectuales, a menudo incompletas pero con frecuencia generosas y que abarcan muchas fuerzas y buenas voluntades que el socialismo y también la anarquía demasiado rigurosistas algunas veces, etiquetados, no supieron asimilarse.

Pero ¿a qué distancia estamos de nuestro objetivo, de un socialismo verdaderamente igualitario y libertario? — eso lo ignoramos completamente. Se figuró uno entrever ese fin tantas veces, — hace ya de cincuenta a sesenta años hubo apresuramiento por dar a la Internacional una organización que fuera imagen de la sociedad futura, un cuadro que llenase los primeros elementos del orden nuevo — después se confió en la revolución social, luego en la acción directa del sindicalismo y en que la sociedad nueva surgiría del sindicalismo mundial, — para algunos vino más tarde la organización por consejos, el *Ratesystem*, — el sovietismo era el camino directo hacia la realización socialista; — pero todo eso fueron esperanzas frustradas, esfuerzos demasiado débiles y *algunos siglos después* es probable que se sabrá exactamente que todo eso no *podía triunfar* aun porque la distancia a recorrer era, — es, pues, — mayor y está más sembrada de obstáculos de lo que alguien de nuestro tiempo haya podido prever.

Estas reflexiones no terminan para mí en un desaliento — al contrario, es la comprensión de las dificultades enormes lo que explica por qué las esperanzas de una solución más rápida han tenido que marchitarse: cuando se está en el primer trozo del camino solamente no se puede estar en su último trecho ya y la distancia entre la organización social secular basada en el acaparamiento y la dominación de unos sobre el despojo y la obediencia resignada de los otros y una sociedad de iguales y de libres es evidentemente muy grande. No nos damos cuenta a menudo de los cambios que se necesitarían verdaderamente, no sólo materiales, sino también mentales y morales en un gran número de hombres y mujeres, para que un ideal realmente socialista pueda comenzar a ser realizado—y al buscar más bien el medio de abreviar la distancia que de llegar al fin con una masa verdaderamente preparada y dispuesta a la vida nueva, hacemos peligrar aun la eficacia de nuestra acción.

Una masa no preparada puede tener todo el poder en sus manos, como en 1917 en Rusia, como en 1918 en Alemania — todo se le deslizará de las manos, como en Rusia, como en Alemania — y esos esfuerzos han quedado aislados, no apoyados por los otros países, lo mismo que la Comuna de 1871 fué sofocada en el aislamiento. El heroísmo anarquista, la determinación sindicalista han estado siempre frente a un aislamiento parecido. No fué nunca labor perdida, lejos de ello, pero la inercia de las masas remachadas al sistema actual, a la rutina de todos los días es tan grande que ni el clarín de la revuelta, el resplandor del incendio revolucionario en el país vecino, el acto de abnegación anarquista, de solidaridad sindicalista, de acción directa palpable ante sus objos, a sus puertas, no han podido sacudir esa somnolencia.

Tanto menos, pienso, cesará esa somnolencia por alguna espontaneidad milagrosa, ni gracias a alguna organización, útil sin duda, pero siempre necesariamente sumaria y en la superficie, influenciando a unos y modificando muy poco a los otros, creando organismos de composición muy desigual para ser verdaderamente sólidos y capaces.

Los años pasan en el curso de todo este trabajo muy poco coordinado, a menudo obstruyéndose mutuamente y que está lejos de producir los hombres de la sociedad nueva tal como nosotros la soñamos. ¿Qué harán esas masas de comunistas fanatizados que se cultivan hoy a todo vapor, — esas masas de socialdemócratas imbecilizadas y cada vez más desorientadas que ven ensombrecerse el parlamentarismo, el marxismo, el reformismo y no saben poner nada en su puesto, — esas masas de sindicalistas incluso, en otro tiempo tan penetradas de sentimiento libertario y de espíritu de acción, hoy desgarradas entre sí y en parte puestas a remolque de los partidos políticos socialistas? Y hasta se podría decir: ¿qué harán muchos, muchos anarquistas presentes que se extravían en la discusión intestina sin fin y buscan más bien los medios de perfección personal, aunque fuese al precio de un aislamiento casi completo, que los medios de *cooperar* con libertarios de matiz un poco diferente, e incluso con cualquier otra fuerza no autoritaria y anticapitalista de buena ley, cosa especial tanto para el esfuerzo final como para la vida nueva? Existe, — según mi impresión, una disgregación enorme de las fuerzas anticapitalistas y por eso, más que nada, recibe todo el sistema presente un apoyo que ninguna otra fuerza habría podido darle.

Este sistema, reconocido generalmente como el banditismo legalizado y soportado por la fuerza armada y por la "servidumbre voluntaria", ha vivido gracias a la estupidez de las masas por su servidumbre a través de las edades — pero subsiste desde hace mucho tiempo sólo gracias a la incapacidad socialista para saber ponerle fin. Coloquémonos un momento en la piel de un obrero indiferente de nuestro tiempo. Si quisiera acercarse al socialismo, a la anarquía, encuentra, no uno, sino tres, seis que están en lucha a muerte cuyos periódicos están llenos de polémicas y de desprecio supremo hacia los otros matices; encuentra esa misma vida de partido en las organizaciones y en los grupos, en la literatura y vé en qué grado absorbe todo eso las fuerzas y empequeñece la acción. Se asocia a una de esas fracciones o pierde la confianza en todas y queda en su casa. En el último caso será tal vez un socialista silencioso de la vida privada, pero que estará en su puesto el día de la lucha — o será reabsorbido por la vida banal, se interesará por el deporte o cosa parecida y sentirá un escepticismo absoluto.

Me parece que a pesar del grande, del muy grande esfuerzo socialista, sindicalista, sindicalista y anarquista en tantos países, una parte enorme del pueblo vacila aún en ocupar su puesto en las filas avanzadas porque no puede adquirir esa verdadera confianza en la idea socialista que inspira a los convencidos serios; o bien, atraído por el ambiente, entra en las organizaciones socialistas, pero sin sentir mucho deseo de hacer propaganda y de acción. El socialismo de todos los matices es verdaderamente demasiado incompleto aún y hace demasiado poco por adquirir una verdadera competencia. Hay quien cree que todo se ha dicho ya, que todo está en los libros, folletos, programas, etc. y hay quien cree que es inútil ocuparse de detalles, etc., que la espontaneidad o una experiencia (necesariamente inexperimentada en su comienzo) harán lo necesario en el momento decisivo — y hay muy pocos que creen en la necesidad del estudio previo y que lo practican verdaderamente, sin pedantería, como se hace en no importa qué ciencia viva que no descansa un solo instante, que se renueva constantemente y que no cree ni en el manual de la década pasada, aunque fuese el mejor, ni en una hora futura de realizaciones espontáneas milagrosas, sino sólo en su trabajo y en su estudio incesantes, jamás acabados y siempre en avance. Desde hace largo tiempo la ciencia ha sabido deshacerse de las querellas doctrinarias y personales que estuvieron a su altura en el sigle XVII ya y después fueron en decrecimiento; desde hace mucho la ciencia ha eliminado el factor azar; esa espontaneidad espera da tiene una apaciencia muy libertaria y tendrá un puesto cada vez mayor en un medio verdaderamente libre, pero tiene también una de las raíces en la teología la creencia de lo desconocido, de lo extranatural, resto de la fe en la intervención divina, el *deus ex-machina* de las tragedias griegas. Entre la autoridad preestablecida y el azar presupuesto existe, pues, el verdadero camino del trabajo y del esfuerzo continuos de la ciencia — y los socialistas lo desdeñan demasiado.

Así ocurre que el capitalismo decaído moralmente y a quien un vigoroso impulso de los obreros pondría a la puerta de las fábricas en cualquier momento, si los obreros lo quisieran, disfruta de una prolongación de vida, de una inmunidad inesperada y no se ha hecho decir dos veces que se aproveche más y más; sus aprensiones experimentadas en 1917-18 se han desvanecido desde hace mucho y ha tomado la ofensiva bajo la forma de fascismo más o menos internacional. Hay que verle, tan orgulloso como nunca en los países ricos, en los Estados Unidos, etcétera, y dócil, chupando sin embargo la última gota de sangre de un país empobrecido, como Alemania, y en términos bastante convenientes con el diablo mismo el sovietismo supuestamente comunista, en Rusia. No vacila ya y hace conquistas, penetra en la mentalidad de las naciones como nunca. Leed esos libros terribles de Sinclair Lewis en los Estados Unidos, *Maint Street* (año 1920) y *Babbitt* (1923) y veréis con qué intensidad más insinuante y absorbente que jamás lo haya sido un credo religioso o bien muy parecido al fanatismo religioso más desarrollado, esa mentalidad penetró en el pueblo norteamericano, — pero lo mismo ocurre en cualquier otro país; *Main Street* no sólo es ese bloc inmenso de los Estados Unidos, es el mundo capitalista entero, independiente de las diferenciaciones locales.

Entonces ¿se cree verdaderamente que al lado de ese envenenamiento mental y moral la población obrera permanece sana y en salvo? No, es atraída de mil modos hacia el mismo torbellino y el socialismo disgregado, las organizaciones formales no tienen la fuerza intelectual y moral para obrar en contra y nuestros grupos libertarios, bastante desgarrados también ellos, tampoco. Todos sufren ese retroceso, esa degradación progresivas y los años pasan agravando el mal.

¿Hay un remedio? Tal vez no—tal vez se luchará en vano conra la marcha hacia atrás de todo el mundo, como en los siglos cuarto y quinto de nuestra era se luchó en vano queriendo continuar la civilización y la ciencia adquiridas y se tuvo que llevar por largo tiempo luto por el progreso y atravesar los siglos más negros de la historia. Tal vez *Babbitt* y *Mussolini*, esos dos tipos capitalistas perfectos, nos preparan nuevos siglos negros. Pero hay que trabajar sin embargo y siempre llenos de esperanza — ¿qué se podría, pues, hacer?

Al lado de ese trabajo y de ese estudio que deben hacerse, pero que no se hacen a la voz de mando, hay ciertas cosas que se podrían hacer sin gran dificultad, si sólo se quisiera salir de una rutina a veces bastante egocéntrica. Voy a hacer esas proposiciones bajo forma de sueño o de ensoñaciones, de tal modo se alejan de las cosas que se hacen realmente. Que se me permita soñar un poco.

Sueño, pues, con periódicos que excluyeran la polémica contra personas y organizaciones y que pusieran la de las ideas en un nivel más elevado e instructivo. Pienso que en proporción a nuestro gran objetivo y al trabajo enorme que queda por hacer, nuestras propias cualidades y defectos y los de las organizaciones son de importancia mínima y que se balancean mutuamente, de suerte que no vale la pena hablar de ellas. Cada trabajo efectivo produce también algunas pérdidas, algunos desechos; son gastos falsos que sin duda hay que limitar, pero no por discusiones públicas que les dan una importancia demasiado grande.

Esos periódicos harían aun mucha propaganda elemental y práctica, partiendo de las actualidades de la hora. Habrá

siempre otros periódicos o revistas para discusiones más avanzadas, pero hay tanto terreno nuevo que romper, tantos desilusionados que volver a ganar, que sería bueno que los periódicos mayores, los que pueden hacerse más atractivos para las masas se tomen el trabajo de crear un nuevo impulso socialista y libertario en el pueblo.

Eso sería secundado por un esfuerzo nuevo continuo de los grupos y de los sindicatos para ser verdaderamente de buen consejo y de ataque en las cuestiones de actualidad de su localidad y oficio — no bajo forma de política local y de reformas, sino bajo la del buen sentido y el buen ejemplo antiautoritario y de acción directa. Adquirirían así un nuevo prestigio que les llevaría a actos mayores de ese género y crearía entre ellos y el pueblo esa solidaridad íntimamente sentida que es la única que puede hacer posible su cooperación en la hora de la verdadera gran lucha.

Se pasarían por alto las divisiones existentes; entre los hombres que quisieran trabajar así habría amnistía y tregua completas — los que quisieran continuar querellándose serían libres de hacerlo; se haría bien en no ocuparse de ellos y en no mostrar ninguna curiosidad por sus actos.

Así más o menos se renovarían nuestras filas y se haría renacer un interés popular verdaderamente amplio que la excesiva intolerancia presente hacia cada inclinación personal no puede crear. Estas disensiones no son bastante decisivas y claras para apasionar los ambientes más amplios y hacen que se pierda ese tiempo precioso en que la reación hace sus conquistas nuevas.

La idea libertaria es tan rica y tan amplia que una vez aceptada seriamente por alguien, arraiga en su cerebro y en su corazón, de la manera congénita a su individualidad. Será, pues, según las influencias que han formado su carácter, más social o más individualista. Es, pues, el individuo mismo el que determinará eso, y no algún propagandista, periódico o pensador libertario reconocido. Si Kropotkin defiende el comunismo apasionadamente, no es que establezca por eso la supremacia del comunismo sobre un individualismo social, sino que muestra sólo que esa manera de sentir convino más a su naturaleza, y lo mismo ocurre con Malatesta y con todos los demás a quienes se cataloga entre los que no aman el individualismo. Si otros sienten más que ellos la necesidad de individualizarse, aun quedando en el terreno social común a unos y a otros, es enteramente asunto suyo — sus ideas especiales no son más que el reflejo de sus sentimientos y necesidades personales. Como no queremos producir hombres que piensen según Kropotkin o según Malatesta, o según tal o cual individualista, supongamos Armand o Molaschi, sino hombres *que piensen según su propia naturaleza*, toda esta discusión al respecto, interesa poco al público, y así pasa con otras muchas cuestiones que restringen la amplitud de las concepciones libertarias. Lo mismo pasa con los métodos, etc. — Pienso que somos aún tan pobres, tan poco numerosos, que no debemos rechazar ningún concurso sincero y que importa muy poco el que nosotros, los artesanos de la primera hora, seamos más o menos imperfectos — lo que importa es que se trabaje, que se rompa nuevo terreno y no que, en medio de la terrible lucha presente, se dispute y se corrija uno mutuamente, hasta considerarnos nosotros mismos pequeños santos inmaculados en lucha con una multitud de diablos, es decir, de camaradas que tienen opiniones un poco diferentes de las nuestras.

Pero, ¿cuándo llegará esa re[illegible]? Verdaderamente sería ya tie[illegible]novación? ha pedido mucho, que se h[illegible]mpo. Si se un esfuerzo pasajero. Est[illegible]ga al menos blará mucho del cinc[illegible] verano se hamuerte de Bakunin, el [illegible]entenario de la (1876). Entonces, [illegible]1o. de julio de 1926 rales, se proclam[illegible]ués de sus funefuerzo para h[illegible]que se haría un escesar las luchas entre socialistas. Eso no [illegible]duró, pero no es una razón para no hac[illegible]r cincuenta años después — tanto ti[illegible]mpo ha pasado entre las dos fechas — [illegible]un nuevo esfuerzo. Autoritarios y anti[illegible]autoritarios, están separados, es inevita[illegible]ble; y el socialismo no puede unir esos [illegible]eslabones tan diferentes, aunque todos s[illegible]e derivan de la concepción de la libertad[illegible]. — Pero entre anarquistas y sindicalistas, divididos por matices de opiniones y personalidades, *sería un hermoso testimonio a la memoria de Bakunin* si esa idea de 1876, se volviera a tomar en 1926: *si se declarase en esta ocasión el olvido de las recriminaciones del presente y del pasado* y se guardase uno de volver a comenzar nuevas recriminaciones. Eso no duraría siempre, sin duda, pero sería, al menos, una experiencia interesante y hecha en una circunstancia en que la memoria de ese hombre nos reuniría a todos no implicaría una concesión o una cesión para nadie; nadie sería sindicado de haber dado el primer paso. Eso no implica una indiferencia ante los matices de ideas, y no puede, evidentemente, hacer ceder el paso por algún tiempo a todas esas bagatelas ante la gran necesidad que siente nuestra propaganda de ensancharse y de afirmarse en este mundo de Babbitts, de Mussolinis y de socialistas autoritarios, que están moralmente a remolque de ellos.

He aquí mi sueño. No se aplica a ningún país en particular. Reconozco e ignoro mucho las dificultades locales de cada país. Pero todo ello no debería ser un obstáculo si quisiéramos apresurar un poco nuestro progreso hacia el gran objetivo, la *anarquía*.

18 de marzo, 1926.

D. A. DE SANTILLAN

A NADAR SE APRENDE EN EL AGUA O LA LIBERTAD SIN FRENO

Los que confían en el poder creador de la libertad son infinitamente pocos en comparación con la inmensa mayoría de los que quieren poner a la libertad un freno, sea en defensa de sus intereses, sea porque no creen en la vida libre.

El miedo a la libertad o la falta de confianza en su lógico desenvolvimiento son sin duda obstáculos que tendremos que vencer antes de llegar a la tierra de promisión del futuro. Si no compartimos esas preocupaciones, si no tememos a la libertad ni desconfiamos de ella, podemos, sin embargo, explicarnos psicológicamente el estado de ánimo de aquellos que sinceramente quisieran mantener las argollas esclavizadoras en las manos del hombre libre. Serían legiones los amigos de la libertad, si una historia milenaria no nos hubiera inculcado, en el corazón y el cerebro, por una parte la servidumbre voluntaria y por otra el miedo a la libertad. Hay, sin embargo, en el fondo de todo esclavo, de todo hombre, una posibilidad de amar y de comprender la libertad. Preguntad a cualquier honesto comerciante o a cualquier dignísimo industrial si no le gustaría la vida por nosotros entrevista de amor, de solidaridad y de libre iniciativa; os dirán que eso es un paraíso, pero que es irrealizable; os dirán que, si todas las personas fueran como ellos, no se necesitaría guardia civil, cosacos, gobierno, etc., pero que hay gentes malas que en cuanto falta ese el respeto impuesto por el tricornio o el sable del gendarme, cometerían estragos. Para esas malas gentes será siempre necesario el carcelero, la ley, el juez, el gendarme... ¿Creéis que hablará siempre con maldad, con picardía los honestos comerciantes, cuando hablan así? No. Individualmente, todo el mundo se considera bueno, capaz de regirse por sí mismo, de formar su propia ley; cuando se reclama el gendarme, el juez, el carcelero es cuando uno se refiere a los demás, a los vecinos o a los extraños, a los habitantes de otro barrio, de otra idea o de otro país. ¿Por qué esa desconfianza del hombre en el hombre? Esa desconfianza justifica todos los despotismos, y nosotros, los anarquistas debiéramos esforzarnos por desvanecerla, proyectando, al contrario, esa fe en sí mismo en la posibilidad de gobernarse sin intervención de autoridad extraña, sentimiento que existe en todos los hombres, del individuo a la humanidad entera. Es precisamente la convicción que nosotros podríamos vivir mejor sin leyes y sin autoridad ajena que con ellas, lo que nos hace suponer que todos los hombres podrían hacer lo mismo. No somos de una pasta fundamentalmente distinta de la del resto de la humanidad; por el hecho de amar y de propagar conscientemente la anarquía no nos consideramos una categoría humana excepcional, de una pasta distinta. Somos como todas las demás criaturas, tenemos nuestros defectos y nuestras cualidades. Pero con defectos y cualidades bien evidentes, cuando se trata de la libertad, a veces nos creemos erróneamente una especie de seres escogidos para la vida libre; un camarada de Gijón aseguraba hace poco: el "¡haz lo que quieras!" está bien para nosotros, para una minoría anarquista consciente, pero la gran masa necesita un freno, necesita, más o menos, que se doren sus cadenas con el mejunje milagroso de un gobierno obrero; otro camarada de Andalucía nos repite la misma inquietud: la libertad no vale una bicoca si los hombres no saben hacer uso de ella y, en resumidas cuentas, propone que sentemos cátedra de maestros Ciruela de la libertad. ¡Siempre Pedro que ama a Cristo y lo reniega tres veces! La libertad no es una doctrina, la libertad es un hecho, camaradas! En los libracos de filosofía y en las cátedras universitarias se habla de la libertad, se razona sobre ella, pero no se siente: en un profesor que nos explique un curso sobre la libertad puede faltar todo instinto y toda pasión libertaria. No, no es esa nuestra libertad, nuestra libertad es un hecho, es la vida que rompe las trabas impuestas a su desenvolvimiento, nada más. La libertad mía puede ser distinta por su radio de acción a la tuya, la libertad no es una doctrina que pueda condensarse en determinados mandamientos o enseñarse como se enseña un catecismo; si hay una idea indisolublemente unida a la práctica es la idea de la libertad. No hagamos de ellas una noción metafísica, dejémosle las proporciones humanas que tiene, de acuerdo a la razón y a las necesidades de cada uno.

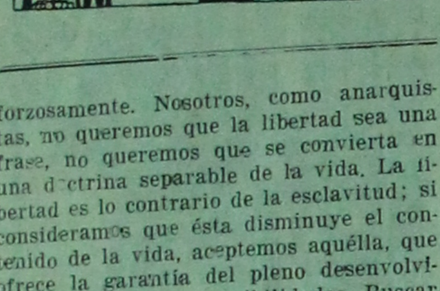
Lo mismo que a nadar se aprende en el agua, a vivir la libertad no se aprende más que en la práctica de la libertad. No seríamos nosotros los que fuéramos llenos de confianza a un lago después de haber escuchado una conferencia de un profesor de gimnasia sobre el arte de nadar. No, nosotros queremos aprender a nadar, nadando en el agua y no en seco. Lo mismo queremos aprender a vivir en la libertad, siendo libres.

Una voz nos interrumpe: ¿y qué harán los hombres que no sepan hacer uso de la libertad, que no sepan servirse de ese instrumento? — ¡Que hagan de su capa un sayo, si así les parece bueno! Por lo demás, sinceramente, no podemos imaginarnos, no obstante todo el esfuerzo mental, un individuo que no sepa qué hacer de su libertad. El planteamiento de esos problemas perogrullescos equivale a cortar los cabellos en cuatro, a metafisiquear por metafisiquear. Si se nos dijera: ¿Qué hará el pobre campesino cuando no exista ya la langosta?, no sabríamos qué responder a tan profunda sabiduría. Cuando se nos dice: ¿qué será del hombre que no sepa hacer uso de la libertad?, nos quedamos también un poco perplejos en pose de meditación; pero acabamos por rascarnos la punta de la nariz sin haber hecho claridad en el espíritu. ¿No sería más que absurdo asegurarnos previamente de lo que harán nuestros compañeros presos si se les pusiera en libertad antes de iniciar una campaña de propaganda pro-amnistía? Que hagan lo que se les antoje, que se mueran de hambre en su domicilio amarrados en blanca si eso les agrada y no quieren la libertad, pero nuestro deber humano es libertarles, aunque alguno de ellos, desagradecido, se roque después el asno de Sancho Panza.

Doctrinarios impenitentes e irreductibles: ¿la esclavitud es una condición humana de vida o no? Respondéis unánimemente que no. Esa es también nuestra opinión. La esclavitud es siempre degradante, en cualquier grado que exista y cualquiera que sea el sofisma con que se trate de justificarla. Allí tenéis el espectáculo del obrero contemporáneo: vive peor que un esclavo de la antigüedad, y aun no hace muchas décadas que los negreros norteamericanos reprochaban a los industriales europeos que eran más inhumanos con sus obreros que ellos, los negreros, con sus esclavos, a quienes alimentaban y trataban, al menos con el interés con que se cuida un caballo, para servirse mejor de él. Pero aunque el esclavo haya estado económicamente mejor que un proletario industrial de nuestros días, el proletario no volvería por nada del mundo a la situación degradante de la esclavitud. Es verdad, ha roto para siempre una forma de esclavitud, pero cayó en una esclavitud nueva. La misión que nos compete es libertar al hombre de la esclavitud que sufre sin tener la pretensión de enseñarle lo que ha de hacer cuando sea libre. ¡Que haga lo que quiera! Tal vez el esclavo de hoy, libre de sus cadenas, pueda enseñarnos a nosotros, maestrillos inflados de egolatría, la potencia creadora de la libertad. Tengamos fe en la vida, confiemos en la libertad sin freno.

Y en último resultado, después de milenios de servidumbre, después de haber arrastrado cadenas en nombre de dios, del monarca, de la república, del pueblo, del socialismo marxista, probemos la libertad plena, absoluta, sin traba ni bozal alguno. Un estado de cosas peor que el presente no puede producirse. La gama de la autoridad ha sido ensayada en todas sus gradaciones; sería ya hora de probar la vía de la libertad sin ninguna restricción. Con la historia del pasado y del presente en la mano, podríamos demostrar con Proudhon, que la libertad no es la hija, sino la madre del orden, que si la humanidad no ha enloquecido en el fárrago de leyes y de disposiciones autoritarias fué porque, al margen de la vida decretada por los poderes dominantes, quedado siempre un relativo espacio para una determinada posibilidad de vivir y de crear en la libertad. Hasta hoy, después de haber ensayado la autoridad toda la gama de sus graduaciones, jamás absorbió enteramente nuestra vida el mecanismo de la dominación y la explotación del hombre por el hombre, siempre hemos sabido salvar algún resto de autonomía, algún campo de actividad espontánea. Desafiamos a los estatistas más celosos a que nos muestren una sola persona, del rey abajo, que obre según la ley. La vida legal no nos domina en absoluto, aunque, ciertamente ha sabido canalizar una parte importante de nuestra existencia de forma que nos obliga a mantener un monstruoso parasitismo social. Rompamos aún los lazos legales que mantienen el desórden injusto e infame que maldecimos, y veremos cómo, en la libertad absoluta, nace el orden más perfecto e irreprochable, un orden viviente, en evolución incesante según las necesidades y aspiraciones de la vida misma y no según los caprichos o los apetitos de los privilegiados.

Que se intente poner frenos a la libertad en nombre de la teología o del derecho político o del gobierno obrero y campesino, nada nos extraña, pero en nombre de la anarquía, no, no podemos consentirlo. En materia de libertad no hay más que dos polos irreconciliables, el de los que la aceptan y el de los que la niegan, y entre esos dos polos tenemos que elegir



forzosamente. Nosotros, como anarquistas, no queremos que la libertad sea una frase, no queremos que se convierta en una doctrina separable de la vida. La libertad es lo contrario de la esclavitud; si consideramos que ésta disminuye el contenido de la vida, aceptemos aquélla, que ofrece la garantía del pleno desenvolvimiento de nuestras posibilidades. Buscar un término medio es buscarle tres pies al gato..

La libertad del prisionero que dice a sus verdugos: "¡dentro de estas cuatro paredes mi espíritu es libre!" nos consuela muy poco. Y es, ni más ni menos, esa la libertad que muchos libertarios desean en primera línea. ¿Por qué? Una explicación unilateral sería insuficiente. Renunciamos a aclarar ese extraño deseo, que en todo caso nos parece revelar una vida real muy pobre. Ciertamente, cuando se nos aprisiona el cuerpo, decimos, por decir algo, para engañarnos a nosotros mismos: el espíritu es libre — pero sólo para engañarnos a nosotros mismos. La libertad del espíritu sin la libertad del cuerpo es tan absurda como la libertad política sin la igualdad económica. La libertad física es la primera condición para el florecimiento de la libertad integral.

He ahí el objetivo de nuestras luchas: la conquista de la libertad física para los hombres, el quebrantamiento de las cadenas exteriores. Sólo entonces aprenderá el hombre a vivir en la libertad. La libertad separada de la vida real es como la teoría de nadar fuera del agua; nos sirve para filosofar, pero no para nadar efectivamente. Y ya podríamos presentar ejemplos de teóricos de la libertad que se ahogaron en la vida libre. Ahí está Rusia y el ejemplo de muchos anarquistas en ella. Cuando llegó el momento de la acción, fueron los campesinos ignorantes de Ukrania los que demostraron que sabían nadar mejor que los teóricos del nado libertario encastillados en Moscú o en Petersburgo, y redactando allí periódicos anarquistas.

At.

POR LOS SALONES

La obra del pintor José A. Merediz, es casi desconocida en nuestro país, siéndolo también para nosotros. El juicio que podríamos formarnos acerca de ella, es así más difícil e inseguro. A los que le seguimos paso a paso y año a año en sus envíos a los salones colectivos o en sus muestras personales, la composición de lugar no nos resulta tan violenta como en el presente caso.

Las veintidós telas que exhibe en "Los Amigos del Arte", óleos todos, parecen abarcar distintas épocas y una manera ya superada. Las últimas, que se hallan en la primera sala, datan del año 1922. Cuatro años para un artista en el aprendizaje — suponemos que se aprende siempre — y perfección de su arte, es una grave etapa en el sentido de su significación. Muchos progresos son acaecederos, y a veces hasta pueden ser factibles cambios radicales y hondas evoluciones.

Por ende, confesamos nuestra perplejidad ante estas obras modestas y parcas en su retórica. De desnuda honestidad, chocan un poco por su oposición con la tropical énfasis pictórica de la mayoría de los artistas nuestros. Muestran con agradable franqueza las limitaciones y los alcances, los defectos y calidades del autor. De todas las artes, la más indiscreta es la pintura, dice Fromentin. Ello sucede casi siempre con más o menos evidencia. Mederiz es uno de los ejemplos más transparentes y claros. Ante suyo, nadie se puede llamar a engaño. Gusten o no gusten sus cuadros, no se podrá acusarlo de atraer con algún *trompe l'oeil*, es decir, con algo que se prometía y luego no cumplió: virtuosidad aparente, causa de vacío interior. Es un pescador que no pone cebo en el anzuelo. Si los peces quieren picar, que piquen. Si no, cada uno a sus negocios. Sea ésta una postura espiritual inconsciente o involuntaria, mereció nuestro aprecio.

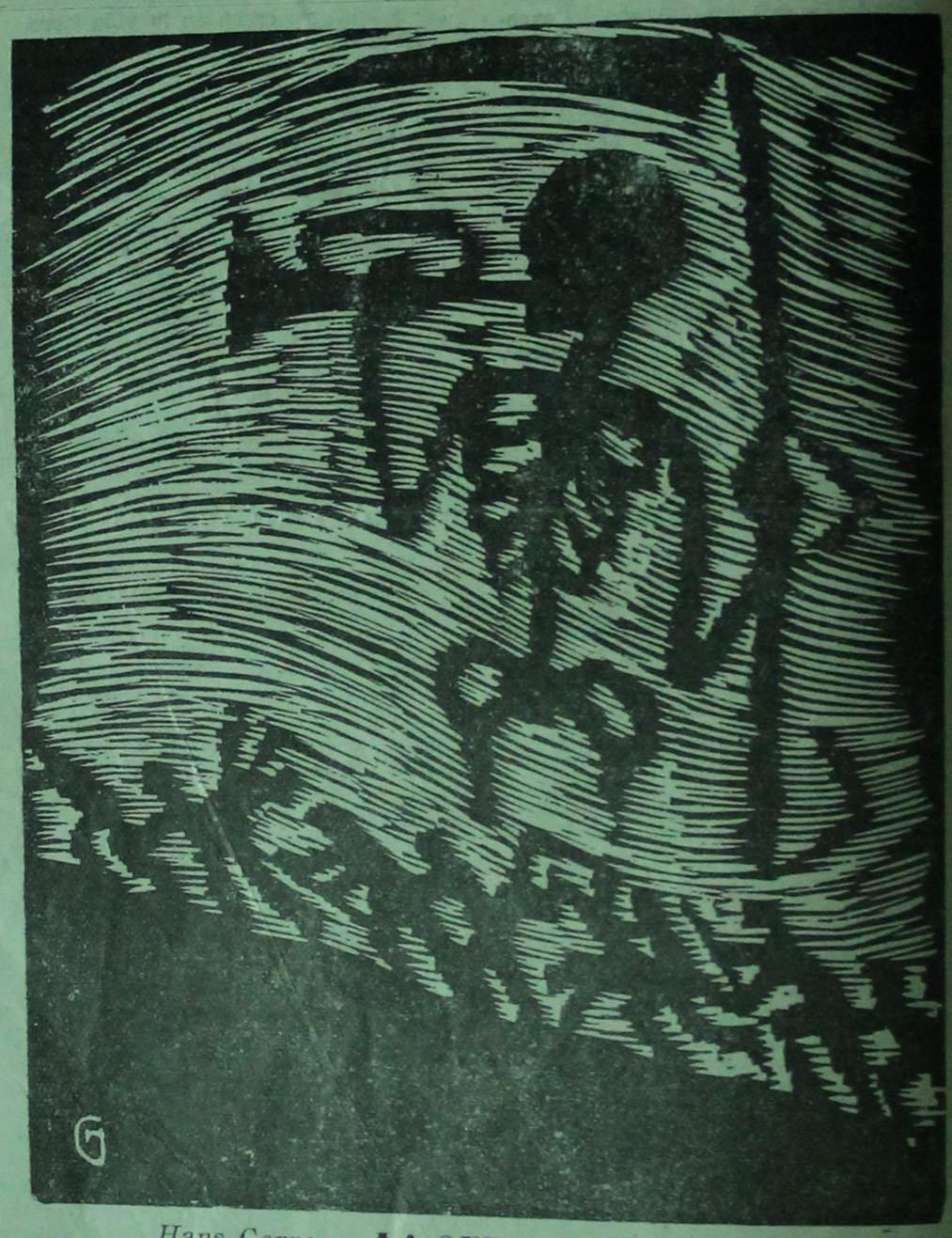
Y los peces se vieron desconcertados, es más, sin saber donde aferrarse o a qué atenerse. Y estos peces, que pueden ser ni más ni menos que los artistas, — obligado público de toda exposición — emitieron juicios decisivos, sin darse la pena de fundamentarlos. Esto hicieron la mayoría de ellos, con sus inevitables excepciones. No les pareció un mérito de por sí, que esta pintura fuera legible, llana y tan desprovista de los sólitos alardes oratorios del pincel. No había pinceladas valientes que admirar ni recetas culinarias que elogiar, como en los cuadrazos de los aventajados discípulos de la academia: los triunfadores de la hora.

Ensayemos, pues, a definirle a Merediz una personalidad postiza y provisoria a través de esos lienzos, — una labor transpuesta algunos años hace. Parecería un arte hecho de renunciaciones. Pero no nos engañemos acerca de este aspecto. Es suprema virtud cuando por sobra o plétora de sentimientos o de dones se posee el valor de renunciar a ellos para quedarnos con lo imprescindiblemente necesario, evitando la exhibición impudorosa de la fatal exageración de nuestras calidades; y otra cosa es que la renunciación sea ingénita a nuestro temperamento. Algo así como una ley emanada por todo nuestro ser. Podrá ser interesante y meritorio ser rubio, o negro, bello o bonito, pero es independiente de la voluntad de uno mismo.

Nos proponemos enunciar lo siguiente: que la apariencia general de corrección austera ofrecida por la pintura de Merediz, se debe exclusivamente a cualidades físicas. Asimismo no pierde su valor. El rubio no dejará de serlo, por no haberlo querido. Por eso será que ella llega a infundirnos una impresión de correcta pasividad, y pese a lo vibrante *per sé* de sus tintas — rojos, verdes, azules sumarios — de armonías de ritmo fragmentado y tonalidades insonoras. Reparo que oponemos más bien al espíritu de su arte, que a la formalidad plástica.

Si el distingo peca por sutil, ya que el espíritu y la forma es un todo indisoluble, el pintor que hay en Merediz y domina hoy su oficio, sale airoso en más de una prueba. A veces le sucede a medias. Por ejemplo, en el *Puente de San Luis*, cuyo primer término de peñascales está deshecho, destruído, presentando una masa opaca y confusa que desmerece la composición total.

En cambio, en las naturalezas muertas parece que sus facultades pictóricas se abandonasen a su libre juego, en una completa espontaneidad y plenitud. Es lo que da la justa medida de su real valimiento. Hay instantes en que logra expresarse con emocionada delicadeza, lo que en rara ocasión acontece en sus telas de respetables dimensiones. No creemos que sean muchos los pintores de aquí que puedan jactarse de haber pintado esas "Flores" marcadas con el número 14. Trabajada la materia con la simplicidad, efecto de una provecta sabiduría técnica, Merediz compuso una de sus más inspiradas o sentidas armonías, al valerse de los tonos bajos de las tierras moradas y rosadas envolviendo en suave calidez y haciendo resonar la matización blancuzca y azulenca, rosa y violada de esas flores. Afirmemos que es uno de los buenos cuadritos de esta sala. En la otra, producida en época anterior, existe también una naturaleza muerta que se atrajo nuestra sincera simpatía.



Hans Gerner — **LA SEDUCCION BELICA**

No quisiéramos se interpretara que esta exposición vale solamente por las obras mencionadas. No, por cierto; vale por su innegable interés constructivo, de que cada elemento del cuadro se yergue reciamente en su sitio; por la honestidad y la seriedad del esfuerzo y por la modestia — que no es el signo de apocamiento en los modestos por obligación o necesidad — y sí por el severo concepto que se posee, respecto a uno mismo.

Características muy raras de hallar en nuestro ambiente y entre nuestros artistas.

Merediz se presenta ante nosotros en su total desnudez — fallas y limitaciones, virtudes y talentos — nada intenta ocultar, ni usa afeites para que aparezca más bonita, ni más coquetamente atractiva su tajada de verdad artística; es espontáneamente sincero por naturaleza. Agradezcámoselo. Y nosotros, para retribuirle, ensayamos decirle nuestra opinión, nuestra pequeña verdad también, fruto áspero de nuestra sinceridad.

M. L. NAUDEAU

Cuadros de la civilización moderna

EL BARRIO SHITAYA (JAPON)

¿Quién jamás alcanzará a describir, con la negrura que se merece, los horrores de ese barrio humeante en su podre? Existen allí dos mil casas donde la miseria resulta espantosa, horripilándonos ante esa última degradación humana. Las calles son pobladas, en todo lo ancho y lo largo, de gente tan pobre que sólo tiene un frazada sucia para envolverse al dormir... Y para los que no tienen casa, existen hospedajes en los cuales, con un sueldo, pueden amontonarse por centenas sobre un tapiz; abrigados por la roña y la peste de toda clase de enfermedades...

Shitaya, no es solamente un refugio de baldados, de mendigos, de cantores ambulantes, malhechores y truhanes: no es solamente el muladar de los exhombres. Hay muchos artesanos, jornaleros, pequeños comerciantes; todos aquellos que el paro forzoso ha reducido a un completo estado de rebajamiento, de degradación física y moral. Es el barrio infernal de los comedores de inmundicias... Se alimentan de entrañas, de cabezas de pescado; picotean un arroz fermentado o apolillado; frutas podridas, y comen carnes verdosas en plena descomposición... Hay que creer que la vida en general de este país, se halla muy empobrecida para que las empresas comerciales puedan haber realizado su fortuna sobre ese fangal...

Hay restoranes a un sueldo la porción, que sirven guisos abominables, disputados a las moscas estercoleras y a los gusanos que roen las carroñas... Una compañía les asegura el abastecimiento de las sobras de los grandes hoteles, cuarteles y hospitales; ella tiene sus recolectores, cuyo oficio es acaparar los intestinos de animales y los restos de la comida que comiezan a pudrirse en las profundidades de los recipientes de la basura.

Del libro: "Japón Moderno",

El genio, Mauclair y Q

Camilo Mauclair, el *Mauc*ne, como lo apodara cert tavio Mirbeau, Mauclair, q go de Rodin, Carriére y c el escultor y el pintor los li diocres que pudieran darse ce dos domingos un par de *Suple.* de "La Nación". Int rrir acerca de la personali quela Martín. En uno de más suculentos decía lo sigu "Cuando yo me impacien pobreza de nuestros indepen sar de sus pretensiones, s que la renovación pudiese una región ultraoceánica co tina y que bastaría, para ción de una fuerte personal terminar otras personalidad quela el hombre marcado necesario? Yo lo deseo, porq son raros, su carácter es en templó sus energías como ro. En todo caso, resultará sante seguirle en la decena nideros. Y su caso me ha p florar un problema curios la naturaleza y el destino h te hombre lo que fingen d ción de falsos ingenuos, ele a la complicación de los sienses; ciertamente que a ver en estos medios caver cavernas sólo contienen ba dos a la moda y no dibujan o santos como el pastorcito Perdón por la cita tan lar sario conservar intacta la t cional del autor. Este resp venerado escritor y crític quien Martín Malharro le r hacer rostros de miradas es sas y sillas torcidas, en el f fué pintor, transcurrió su la tarea vana de negar a ne, prodigándole los epíteto resos que hubieran podido hasta para el pintor más b Después de estos honrosos de esta notable y célebre p seata a Quinquela para sup fluencias cézannescas y com reformador de la pintura n reflexiona que desde París das las modas, tanto la de mo de los últimos figurin plásticos, no se encontrará gerada nuestra afirmación mesiánica misión que Mau na a Quinquela Martín.

No discutiremos todos los ni el carácter y el talento a pudo concederle el escrit pintor argentino. Seamos to nerosos que él. Concedámo más de dones raros y tal llosos. ¿Bastará todo esto pa personalidad de artista que mo el diamante de roca y p y el aliento genial puro, d lino de Walt Whitman, y un bajo de un Poe o del mism

Y éstos han sido los gran res, los profundos revulsio época moderna, y todos fu cidos, aislados como a can escupidos e insultados como que traían en ellos el tor de la chispa genial.

Mal que le pese, la litera dente, y en especial modo la italiana, se han nutrido te de Walt Whitman y de nimismo, la poesía multitud les Romains y los super-re timísimo módulo de Franc siquiera nacido sin la apar do de Camden Town? ¡No, en pintura, los Gauguin, l ¿hubiesen sido lo que fuer todos sus sucedáneos mod Picasso abajo, sin la presen tro de Aix?

De todos los maestros del mo, ninguno dejó tras sí hu da que Cézanne, ni más disc dores y remedadores.

¡Qué más desearíamos n tores, escultores y escritores Quinquela fuese el genio c vaticinado por Mauclair! E la palabreja, pero la faena nadie más que un genio pue

El genio, Mauclair y Quinquela

Camilo Mauclair, el *Mauclair de la Lune*, como lo apodara certeramente Octavio Mirbeau, Mauclair, quien fué amigo de Rodin, Carriére y compuso sobre el escultor y el pintor los libros más mediocres que pudieran darse, escribió hace dos domingos un par de páginas en el *Suple.* de "La Nación". Intentaba discurrir acerca de la personalidad de Quinquela Martín. En uno de sus párrafos más suculentos decía lo siguiente:

"Cuando yo me impacientaba ante la pobreza de nuestros independientes, a pesar de sus pretensiones, siempre pensé que la renovación pudiese venirnos de una región ultraoceánica como la Argentina y que bastaría, para ello, la aparición de una fuerte personalidad para determinar otras personalidades. ¿Es Quinquela el hombre marcado con el signo necesario? Yo lo deseo, porque sus dones son raros, su carácter es entero y la vida templó sus energías como un buen acero. En todo caso, resultará muy interesante seguirle en la decena de años venideros. Y su caso me ha permitido desflorar un problema curioso, puesto que la naturaleza y el destino hicieron de este hombre lo que fingen desear una porción de falsos ingenuos, elevados gracias a la complicación de los medios parisienses; ciertamente que aun se puede ver en estos medios cavernas, pero las cavernas sólo contienen bandidos vestidos a la moda y no dibujantes de piedra o santos como el pastorcito de Giotto."

Perdón por la cita tan larga. Era necesario conservar intacta la tonalidad emocional del autor. Este respetabilísimo y venerado escritor y crítico osificado a quien Martín Malharro le reprochara de hacer rostros de miradas estrábicas, mesas y sillas torcidas, en el tiempo en que fué pintor, transcurrió su existencia en la tarea vana de negar a Pablo Cézanne, prodigándole los epítetos más pintorescos que hubieran podido ser injustos hasta para el pintor más bruto y burro. Después de estos honrosos antecedentes, de esta notable y célebre pifia, nos presenta a Quinquela para suplantar las influencias cézannescas y como un probable reformador de la pintura mundial. Si se reflexiona que desde París irradian todas las modas, tanto la del modisto como de los últimos figurines literarios y plásticos, no se encontrará del todo exagerada nuestra afirmación acerca de la mesiánica misión que Mauclair le asigna a Quinquela Martín.

No discutiremos todos los dones raros ni el carácter y el talento a carradas que pudo concederle el escritor francés al pintor argentino. Seamos todavía más generosos que él. Concedámosle otro poco más de dones raros y talentos maravillosos. ¿Bastará todo esto para forjar una personalidad de artista que lo cuaje como el diamante de roca y posea el acento y el aliento genial puro, diáfano, cristalino de Walt Whitman, y un peldaño más bajo de un Poe o del mismo Cézanne?

Y éstos han sido los grandes innovadores, los profundos revulsionadores de la época moderna, y todos fueron escarnecidos, aislados como a canes leprosos y escupidos e insultados como a tales, porque traían en ellos el torturante dolor de la chispa genial.

Mal que le pese, la literatura de occidente, y en especial modo la francesa y la italiana, se han nutrido copiosamente de Walt Whitman y de Poe. El unanimismo, la poesía multitudinaria de Jules Romains y los super-realistas, el ultimísimo módulo de Francia, ¿hubiesen siquiera nacido sin la aparición del bardo de Camden Town? ¡No, por cierto! Y en pintura, los Gauguin, los Van Gohg, ¿hubiesen sido lo que fueron, así como todos sus sucedáneos modernos, desde Picasso abajo, sin la presencia del maestro de Aix?

De todos los maestros del impresionismo, ninguno dejó tras sí huella más honda que Cézanne, ni más discípulos, imitadores y remedadores.

¡Qué más desearíamos nosotros, pintores, escultores y escritores, que Martín Quinquela fuese el genio descubierto y vaticinado por Mauclair! El no empleó la palabreja, pero la faena que le señala nadie más que un genio puede llevarla a cabo. De serlo, el simpático pintor boquense, al paso que nos honraría con las alas de su gloria inmarcesible y mundial, podría enseñarnos mucho y darnos más de una lección de buena pintura, que bastante falta nos hace a todos. Pero no es así, desgraciadamente.

Martín Quinquela no es Walt Whitman, ni Poe, ni Cézanne, es solamente Quinquela Martín, pese a las profecías del crítico francés; y nuestro deber — penoso a veces — será el de aceptarlo como es, y no corregido, aumentado, desfigurado e inflado como nos lo fabricaran en el extranjero.

JUAN PALAZZO

LA CASA POR DENTRO
MISERIA

El sol irradiaba a lo largo de la vereda, dorando puertas y fachadas de edificios, calcinando los toldos abiertos, formando fuertes sombras bajo los balcones y en los zaguanes.

La calle ardía en movimiento. Pasaban tranvías, carruajes, automóviles, en rápida sucesión. Ruidos de cornetas, de campanillas; fragores de ruedas sobre el adoquinado; voces múltiples de vendedores que aturdían los tímpanos. Y luego un ir y venir de gente; aquí, ante la puerta de la carnicería, el corro infaltable de mujeres que picotean a media voz, codeándose y tirándose de la manga en señal de inteligencia; allá, en la bodega, algunos pegajosos parroquianos, con los ojos entornados y lamiendo sus labios sedientos de alcohol; más allá, una mujer lozana y rubia que mete su cabeza en el interior de un carrito de verdulero, mientras coge unas frutas.

Era mediodía. Aprovechando el segundo en que la calle quedaba libre, Inocencio Peñalva, su hijo Virgilio y el mozo de cuerda, cruzaban la calzada, llevando a cuestas los muebles y trebejos del primero a la nueva morada.

Doña Concepción les alcanzaba los objetos. Ellos cargaban, doblaban por los tres corredores, bajaban una escalera, atravesando en seguida la calle para penetrar en el caserón de enfrente. Llegados a éste, transponían dos grandes patios, haciendo alto en la pieza vacía. Pero casi al final de la mudanza, doña Concepción tropezó con un lío de ropas. Le clavó fijamente la mirada; después lo tomó con ambas manos y lo puso sobre su pecho, apretando fuerte, muy fuerte. Eran los trapos del nene, del primogénito que una semana atrás cerrara los ojos para siempre.

—¡Qué pena! — exclamó. Y comenzó a llorar en silencio, para ella sola, con el dolor de una dicha que queda trunca.

Inocencio bajó los ojos turbios, como sintiéndose en parte culpable.

Había conocido a Concepción en los bailes de matinés, que frecuentaba a escondidas de la madre. Allí trabaron relaciones, se hicieron íntimos. Por ese entonces, Inocencio era un muchacho alegre, bromista y tomador. Concurría a casi todas las fiestas de las sociedades recreativas, y él mismo presidía una que se llamó "los esponjas", fundada con el fin exclusivo de abaratar el alcohol que consumían los contados socios. Ella, locuela y contestadora, iba de taller a taller, como costurera. Los domingos y días feriados, hacía las escapatorias a los bailes, burlando a la vieja que tomaba en serio las patrañas de la señorita. Con el tiempo consiguió salir de noche, y en ocasiones sin avisarle nada. La ingenua mujer aguardaba su llegada. El reloj marcaba la una, las dos de la mañana; y la joven no aparecía. Mas de improviso, tropezando de cien maneras, caía cerca de la madre lo mismo que un rayo.

—¿De dónde vienes? — era su eterna pregunta.

—De un baile en casa de una amiga.

Pero eso de la amiga ya no conseguía éxito. Comprendiendo que mentía, comenzaba a sermonearla, demostrándole el peligro que corría yendo a los salones. Era una represión tan tímida como razonable Concepción, si venía fresca, fruncía el ceño y callaba, mas cuando los vapores de un licor le subían a la cabeza, sin mucha ceremonia mandaba a la madre a freir papas.

El continuo roce de los cuerpos había acelerado la posesión. Ese acontecimiento, en lugar de atemorizarla, estimuló sus instintos y veleidades de mujer. A las obligaciones y deberes, oponía cuatro frases rotundas y descaradas; a los pruritos del qué dirán, se encogía de hombros, exclamando: —¡Qué me importa!; — a las lágrimas de la buena madre, objetaba que ella en su juventud había hecho igual o peor.

Su pensamiento era de que no había gente honesta, virtuosa, en que no asomara sobre los pliegues de sus faldas los borrones de una mancha.

Con este cómodo criterio procedía en todo; y nadie, por lo tanto, regía en su persona. Así, cuando vió que de un momento a otro sería madre, mientras los vecinos del barrio hilaban tremendas hipótesis y desmenuzaban mordaces disquisiciones alrededor de su porvenir, ella, con una parsimonia llena de altivez y desprecio, legalizó ocultamente la unión, prescindiendo de la intervención materna.

Más tarde tuvo el hijo, a quien prodigaba renovadas caricias. Lo quería entrañablemente, con pasión. Por él velaba noche a noche, sin que esto la malhumorara en lo más mínimo.

El siguiente año nació el segundo, Virgilio, de piel oscura semejante al padre.

A medida que transcurría el tiempo, el primogénito exigía grandes cuidados, pues era enclenque de constitución. Por otra parte, contaba ya tres años y todavía no articulaba sonidos. Se le oían frases sueltas, pocas, como *mamá, papá*, y eso de raro en raro, tras un esfuerzo penoso que agotaba la voluntad de los padres. En la mesa veinte veces decían *sopa, vino* y alguna otra expresión de uso cotidiano para que el chico la repitiera; pero nada, imposible. Quedaba en silencio o hacía esfuerzos por decir algo, y entonces se le trababa la lengua y parecía que iba a ahogarse. Un día, sin embargo, impelido por una fuerza extraña que asombró a los padres, pronunció: *opa*. La alegría fué intensa. Doña Concepción lo besó hasta cansarse, y él, loco de contento, le metió la cuchara a la boca, muy adentro inundándola de caldo, que al desbordarse le bajó por el mentón y cruzó la desnuda garganta.

Con la llegada del invierno, el niño enfermó de nuevo. Y fué para no sanar más, porque murió.

En seguida resolvieron cambiar de pieza para olvidar los tristes recuerdos, para eludir las horas opresoras, que siempre amilanan y resquebrajan en los primeros golpes. Continuando allí, renovarían a cada rato el dolor pues, según ella, el espíritu del nene vagaba por la superficie blanca del cielo-raso.

Todavía sus manos aprisionaban los trapos. Inocencio, ahora cruzado de brazos, proseguía mirando con resignación al suelo. De pronto, cesando el lloro, su persticiosa y remordida interrogó ella:

—¿Te acuerdas que decía mamá que Dios nos castigaría:

—Bueno, vámonos.

Cogió ella la lámpara, él varias cochas, y después de echar una última mirada a la pieza, mirada profunda, mirada de amor, de pena, de despedida, de escepticismo y desengaño, cerraron la puerta, colgaron la llave en un clavo, y franquearon los corredores, bajando pesadamente la escalera que parecía hundirse a sus pies.

En el turbulento caserón vivían familias de diversas naciones; grupo cosmopolita que reunía en un solo cuadro la mitad de Europa.

De izquierda y a la entrada, la casera. En la habitación siguiente moraba un matrimonio; él era alemán, rosado de cara; ella era suiza, alta, enjuta, ágil. Sustancialmente romántica, se alimentaba de recuerdos, evocando con los ojos húmedos las montañas y lagos azules de su pueblo natal. Luego seguían en orden una familia italiana y otra española. Las tres piezas que daban a la derecha, eran alquiladas por turcos y beduinos; hombres rudos y primitivos estos últimos, que adoraban desde lejos la singular figura de Mahoma.

Pasando un portón, coronado por cuatro estatuas decorativas y plebeyas, estaba la cueva de Inocencio. En la contigua vivía la rubia Mercedes, mujer de nobles facciones, que a pesar de ser esposa y madre, soñaba con volver algún día a las tablas en calidad de tonadillera. Venía en seguida el matrimonio más serio, más modesto y ejemplar del caserón. Madama Margot y Mons. Laurí. El lucía, como precioso tesoro, una enorme barriga globular y flotante, que meneaba de izquierda a derecha. Madama Margot, la pobre, no sobresalía en nada. Era seca, rugosa, bajita, insignificante. Fregaba siempre los platos y pocas veces hablaba mal de uno. Ambos llevaban una existencia apacible, ordenada: comer bien, beber bien, dormir bien. La vida para ellos era una eterna asimilación de grasa, de vino, de sueño: tres principios capitales que se completaban forzosamente, pues todo empacho y toda borrachera termina en la cama.

Cerraba el fondo el curioso taller de un muchacho, de un artista tan pintor como revolucionario. Por último, frente a la cueva de doña Concepción, se alojaba una pareja catalana.

La vista de aquel grupo heterogéneo fué una especie de hallazgo para ella. La distraía sobremanera, como que residía en su medio. En las horas de la tarde, especialmente, cuando disponía de más tiempo, mientras Virgilio sesteaba, ella, sentada cerca de su puerta, recorría

con la vista los rincones de las cocinas, escudriñando uno por uno los gestos y ademanes de la gente que había en el patio. Lo que verdaderamente absorbía su insaciable curiosidad eran esos beduínos de complexión robusta y cara cetrina, que entraban y salían sin saludar ni mirar a nadie, discutiendo entre sí y lanzando al aire tremendos alaridos como anatemas.

A menudo formaban rueda. Ella los veía, asomándose por entre la enredadera que cubría las rejas del portón. A un paso suyo, había uno, displicente, fantástico, que de hora en hora fumaba narguile, haciendo canturrear al agua del botellón su eterno glá-glá, semejante a las gárgaras. Y un poco más allá otro. Said, espíritu trashumante y furibundo fanático, que vendía artículos de tienda a las mujeres recusadas. ¡Cómo se hendía de humor, oyéndole tocar en una lata de dos cuerdas los aires tristes de su país, al son de un canto más triste y más incomprensible aún! El pobre beduino desahogaba en esa forma las nostalgias de su corazón.

De visita, y a cada rato, aparecía un turco, corpulento, ridículamente amable, por demás compuesto en el vestir. Decía llamarse Emilio Amado. Alardeaba elegancia, soltura y retorcíase siempre los bigotes. Ninguno en la casa le conocía medios de vida. A éste, doña Concepción le puso por mote "el tilingo", aunque en el fondo le fuera muy simpático.

Cuando largo y vibrante el pito del puerto señalaba las cinco, serviale la leche a Virgilio, y a seguida, con la botella en brazo, cruzaba a la vinería de enfrente. Después hacía cualquier cocido. Inocencio llegaba, decía dos o tres palabras, las necesarias, tomando asiento junto a la mesa. Durante la cena, reinaba un glacial mutismo. Inocencio venía rendido, sintiendo aún el ruido entorpecedor de la minerva, chamuscado por las copas que se empinaba en el camino. Ella, por costumbre, rehuía conversar con el marido.

—Virgilio, quedate quieto; Virgilio, no grités.

El:

—Servite vino; servime a mí.

Y basta. ¿Qué cosa podían contarse, que no se hubieran ya comunicado? ¿Para qué repetir la cantilena cotidiana? En el gesto y en el movimiento se adivinaban; más todavía: solían hablar por señas. Eran como esos seres demasiado simples que se agotan en la primera plática, en el primer esfuerzo, en el primer goce, incapaces por naturaleza de renovar y diferenciar las mismas sensaciones. Invariablemente, apenas concluían de engullir, solo o bien con Virgilio, Inocencio iba a la vinería, su mejor paseo. Allí era expansivo. Las nubes del aburrimiento que envolvían su espíritu, se dispersaban, y en tanto que entusiasmado juga ba al truco, afluían de sus labios frases intempestivas de elocuente originalidad.

Aquel hombrezuelo, de piel mulata, vientre abultado, cara inexpresiva y de dormilón, que era un viejo a los treinta años, contaba con el numeroso auditorio de la bodega, a quien entretenía espléndidamente.

Igual le ocurría a ella. En presencia del esposo era tarda en el decir, pero a espalda suya picoteaba en todas partes. Valida de cualquier excusa, se metía en la pieza de los catalanes; paraba a la rubia; avanzaba hacia la pileta para cuchichear con Madama Margot; y sin mucho violentarse, como llevada por la sorpresa, se escurría en la habitación-ropería de Said, inventariando, sarcástica, la excesiva cantidad de trajes y sombreros que cubrían totalmente las cuatro paredes.

Para aquella gente sabía ser amena, chispeante. Relataba sabrosas historietas; remedaba las frases y maneras jeroglíficas de los beduínos. Por ella, los ánimos comenzaron a levantarse y la casa se inundó de alegría. Con frecuencia celebraban tremendos aquelarres en el cuarto de la rubia. Madama Margot servía de blanco. Vieja y horrible como era, la convencían de que aun conservaba rasgos vivaces de su ya lejana juventud; que sus botines valían por la durabilidad. A todo esto Madama Margot asentía con un entusiasta movimiento de cabeza, repitiendo, no obstante, letánica:

—¡Oh, sí, ya lo creo que sí! ¡Oh, sí ya lo creo que sí!

(*Continuará*)

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

(*Conclusión*)

¡Y eso es realmente así! Echese una mirada a los merodeadores bolchevistas con sus monopolios, a las conquistas revolucionarias inmediatas del pueblo en el curso de la revolución, a su espionaje, a sus instituciones policiales y judiciales, a sus prisiones, a sus ejércitos de alguaciles y corchetes azuzados contra la revolución. Pero además, como poder continuamente reclutado — ¡el "ejército rojo"! Son siempre los mismos, sólo las funciones han sido nombradas de otro modo; son las mismas funciones que entre tanto fueron puestas en movimiento de un modo más irresponsable aún y por tanto más vicioso.

El liberalismo, el socialismo, el comunismo estatal son tres hermanos que aspiran por vías distintas — cada cual a su modo — al poder sobre los hombres — a un poder que impide a los hombres avanzar al perfeccionamiento que se desarrolla en la independencia y en la libertad y que constituye un elemento sano y realmente vital en el ideal social de toda la especie humana.

¡A la rebelión! — grita el anarquista revolucionario a los hombres esclavizados; a la rebelión, levantaos y destruid todo poder, pero sin contribuir a que eche raíces otro. Sed libres y defended la libertad de los demás contra el poder de Estado. El poder de Estado es llamado a la vida en la sociedad humana por aquellos que no han vivido nunca realmente y no quieren vivir en el futuro del sudor de su frente. El gobierno — sea cualquiera que sea — no dejará jamás que la sociedad libre y laboriosa entre en la vía de la dicha y la alegría.

El poder gubernativo ha sido creado por los ociosos con fines de explotación y de opresión.

Lo mismo si el poder gubernativo es dirigido por burgueses, por socialistas o por comunistas, lo mismo si es dirigido por obreros o por campesinos, — no servirá nunca a la vida sana y feliz, personal y social del hombre. La naturaleza de todo poder es siempre una y la misma: aniquilamiento de la libertad del hombre; espiritualmente debe ser transformando en un esclavo, físicamente en un lacayo de los poderosos mismos y de todas sus criaturas siniestras.

Un poder de Estado sin cuernos no lo hay. Todo poder tiene sus cuernos y da cornadas a quien aspire a una vida libre y justiciera.

Arroja de tí, hermano esclavizado, el poder y no toleres que te domine a tí y a tus hermanos, a cualquier hombre que sea, viva cerca o lejos de tí.

La vida social efectiva, sana y alegre no se puede edificar con ayuda de programas y de un poder gubernativo, que pretende comprimir toda la amplitud y profundidad de esa vida en fórmulas artificiales de leyes escritas: no se conseguirá más que por la libertad del hombre, por su labor, por su independencia en la vía de la destrucción y de la edificación.

La libertad de cada uno produce una libertad acabada, sin gobierno, agrupada en el objetivo general, descentralizada en su conjunto.

Ese es el comunismo anarquista.

II

En nuestra representación, el comunismo anarquista es la grandiosa representación de la armonía humana. Es formada por los individuos libres, que se agrupan voluntariamente en asociaciones libres, que luego se alían en federaciones y confederaciones según sus inclinaciones, intereses y las demandas sociales que aseguran en igual medida a todos los hombres en la tierra la libertad y la justicia social.

El comunismo anarquista quiere una sociedad que establezca la vida libre del hombre, el derecho a su ilimitado desenvolvimiento, ante todo por el aniquilamiento de todos los males e injusticias del mundo que han arrastrado la humanidad y cuyo progreso y desenvolvimiento ulterior han sido conducidos por una ruta falsa, por lo cual la humanidad fué dividida en clases y estados, cuya vida es construída artificialmente, y lo que aun es más vergonzoso, construída sobre los principios de la explotación y la opresión de unos por otros.

Una sociedad — una sociedad libre, sin gobierno — que se propone por objetivo adornar la vida con su trabajo, su espíritu, su voluntad, con todo lo que la naturaleza ha dado al hombre, con lo que el hombre puede extraer de sus riquezas inagotables y todo lo que en general puede crear de provechoso y hermoso para sí y para los otros, libremente, el hombre libre, el miembro de una sociedad libre, embriagado por las bellezas de la tierra y hecho feliz por su vida libre, por su razón, que se ha formado en esa vida —esa sociedad es el comunismo anárquico.

El comunismo anárquico se fundamenta en la vida integramente desarrollada, creada independientemente y absolutamente libre del hombre. De ahí que sus miembros sean hombres libres y alegres en su vida.

El trabajo, las relaciones fraternales recíprocas entre ellos, amor a la vida y una pasión por la belleza, por la creación y por la libertad en esa creación, guían la vida y la acción de esos hombres. Por eso no necesitan prisiones, ni verdugos, ni espías, ni provocadores (primero empleados por la burguesía, luego adoptados por los comunistas de Estado y desarrollados más aún). Tampoco necesitan el "ladrón" y el asesino organizado, cuyo nombre es Estado. ¡Prepárate, oh hermano esclavizado, a crear esa sociedad! Prepárate idealmente para esa labor, pero también orgánicamente. Sin embargo, reflexiona bien que tu organización debe ser sólida y resistente en sus medios sociales. El enemigo de tu liberación es el Estado. El Estado es personificado en la forma de la *Federación de los "cinco", el propietario, el guerrero, el juez, el sacerdote* y *aquellas partes de la ciencia* que desfiguran la verdadera esencia de las leyes naturales, de la naturaleza humana, que se fundó en "leyes históricas" y normas jurídicas — en normas escritas por mano hábil a sueldo y con propósitos criminales —, que se esfuerza por demostrar los derechos de los otros cuatro en sus sanciones, en las sanciones nocivas para toda la especie humana con el fin de canalizar la vida humana en todos sus asuntos sociales y personales.

El enemigo es fuerte; pues ha pasado siglos de su vida en la experiencia del robo y de la violencia, de la expoliación y del asesinato. Ha sufrido su crisis interior y acaba de modificar exteriormente su fisonomía y eso sólo en la medida que la ciencia nueva le amenaza con la muerte, — la ciencia que despierta a los hombres de su pesado sueño secular, que liberta a los hombres de prejuicios creados por los augures de la ciencia oficial que pertenecían a la Federación de los "cinco", y que da al hombre un arma en la mano con la que se reconoce él mismo y halla el puesto conveniente en la vida.

Toda modificación de la fisonomía exterior de nuestro enemigo, hermano esclavizado, podemos advertirla en todo lo que penetra desde el gabinete del reformador instruído en los asuntos estatales del mundo.

Más claramente podemos percibir esa adaptación a todas las revoluciones en que nosotros mismos hemos participado. En el último caso, nuestro enemigo directo — la federación de los "cinco" o Estado — pareció haber sido extirpado por completo de la faz de la tierra, no sólo exteriormente, sino también en toda su esencia interior, — pero sólo pareció así.

En realidad nuestro enemigo no modifica en el momento dado más que su fisonomía, su exterior y busca nuevos aliados, copartícipes en la lucha contra nosotros. (En este concepto, la enseñanza del comunismo bolchevista en Rusia, en Ukrania, en Georgía y en muchos pueblos de Asia es muy instructiva; la historia de la lucha del hombre por su liberación no olvidará jamás esa enseñanza, como algo terriblemente siniestro, arrollador).

El único medio de confianza para los hombres esclavizados en su lucha contra el mal, que los amarró a las cadenas de la servidumbre y que no los libertará voluntariamente, es la revolución social, como profunda y legítima transformación de las masas humanas en el sentido evolutivo.

La revolución social se manifiesta elementalmente en tanto que se le allana en esa dirección el camino de la organización y se facilita la explosión de los diques artificiosamente construidos contra ella y de ese modo se acelera su aparición.

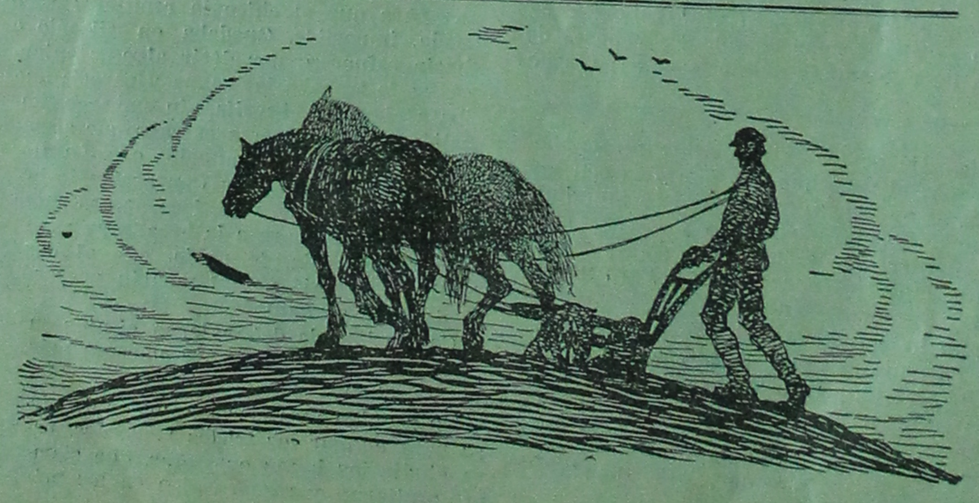
En esa tendencia trabajan los anarquistas revolucionarios ya.

Y todo hombre esclavizado que siente sobre sí el yugo de su situación y reconoce que esa infamia oprime la vida de toda la especie humana, tiene que acudir en su ayuda, en ayuda de los anarquistas. Todo individuo debe sentir en sí la responsabilidad de la vida de toda la especie humana, y defenderla contra el ajusticiamiento por los verdugos de la federación de los "cinco", defenderla también en el sentido que sea abolida de la sociedad humana esa función de verdugo y se garantice a todos los hombres la posibilidad de respirar libremente a plenos pulmones.

Pero aquí todo hombre, y en especial el anarquista revolucionario, en su cualidad de combatiente que llama a todas las buenas voluntades a la lucha por el ideal de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad en la familia humana, debe recordarse que la revolución social necesita los medios correspondientes para su desenvolvimiento creador. En particular la revolución social, exige organizaciones y medios de resistencia en aquel período, pues, al estallar elementalmente, destruye la servidumbre y siembra la libertad, el derecho de cada uno al desenvolvimiento ilimitado, estabilizando condiciones libres y rechazando toda restricción de la libertad.

Precisamente en este período en que el hombre, como individuo o en masa, vió surgir la verdadera libertad en sí y a su alrededor y se atreve a realizar prácticamente las conquistas de la revolución social — precisamente entonces necesita la revolución esos medios más urgentemente que nunca y los exigirá.

La revolución en Rusia, donde los anarquistas revolucionarios desempeñaron



un papel digno de mención, p
ron realizar su misión hist
no tuvieron a su disposició
de acción convenientes, —
nos evidencia perfectamente
guiente: que las masas hum
libraron de las cadenas de
no tienen de ningún modo
de conservar esa esclavitu
formas. En los momentos
rios, las masas, al romper
de la servidumbre, buscan
te nuevas formas y libres
relaciones que no sólo co
sus aspiraciones puramente a
la construcción de una nueva
sino que podrían también
nuevas empresas cuando el
sobre ellas.

Si se observa ese proceso,
pre a la convicción que
nes, las más dignas de co
más fecundas, no pueden
sociaciones libres, asociaci
para las cuales la vida misn
disposición los medios soci
libres.

Partiendo de esa convicc
quista revolucionario, que s
no de abnegación, llama t
esclavizados a la lucha por
ción libre, creyendo que
social, al destruir la servid
bra en todas partes y para
bertad y que el hombre debe
advenimiento de una vida
y alegre con sus principios
ción y proteger esos princ
las fuerzas enemigas. La pr
que esa fe misma tiene que
y vigilada, exactamente c
que sale de ella a la acción
hombre, — pero tal protecc
confianza más que cuando s
el mismo lugar, y eso por la
mas.

Sólo las masas que hacen
y cuyos principios ponen a
tura de la vida, podrán cre

Errico Malatesta

EN EL

cuando no encuentren una
en otros factores de recompo
neutralizados por la acción
za y la dirige a su capricho
Podría demostrarles, si
tenso, cómo la burguesía
dencias *naturales* de que cie
muerte en breve plazo.
La ciencia es arma poder
lo mismo para el mal que
las condiciones de desigualda
a los privilegiados que a l
aquéllos que a éstos.
La instrucción, al menos
embadurnamiento superficial
para las masas desheredadas
rígida en el sentido que qu
bien de los que elijen y pa
Ambrosio. —¡Pero ento
violencia!
Jorge. —Eso es, la revo
Ambrosio. —¿La revolu
armada?
Jorge. —Precisamente.
Ambrosio. —Por consigu
Usted es magistrado, y a
repetirle que no estamos en
mento, no soy un acusado
en arrancar una palabra in

un papel digno de mención, pero no pudieron realizar su misión histórica porque no tuvieron a su disposición los medios de acción convenientes, — la revolución nos evidencia perfectamente la verdad siguiente: que las masas humanas que se libraron de las cadenas de la esclavitud no tienen de ningún modo el propósito de conservar esa esclavitud en nuevas formas. En los momentos revolucionarios, las masas, al romper las cadenas de la servidumbre, buscan decididamente nuevas formas y libres relaciones — relaciones que no sólo corresponden a sus aspiraciones puramente anárquicas en la construcción de una nueva vida social, sino que podrían también defender sus nuevas empresas cuando el enemigo cae sobre ellas.

Si se observa ese proceso, se llega siempre a la convicción que tales relaciones, las más dignas de confianza y las más fecundas, no pueden ser más que asociaciones libres, asociaciones sociales para las cuales la vida misma pone a su disposición los medios sociales, soviets libres.

Partiendo de esa convicción, el anarquista revolucionario, que se levanta lleno de abnegación, llama también a los esclavizados a la lucha por una asociación libre, creyendo que la revolución social, al destruir la servidumbre, siembra en todas partes y para todos la libertad y que el hombre debe cooperar al advenimiento de una vida nueva, libre y alegre con sus principios de organización y proteger esos principios contra las fuerzas enemigas. La práctica enseña que esa fe misma tiene que ser protegida y vigilada, exactamente como todo lo que sale de ella a la acción práctica del hombre, — pero tal protección no es de confianza más que cuando se expresa en el mismo lugar, y eso por las masas mismas.

Sólo las masas que hacen la revolución y cuyos principios ponen a la misma altura de la vida, podrán crear los medios correspondientes para el mantenimiento y el socorro de su fe y de todo lo que nace de ella.

Al realizar la revolución las masas humanas, buscan asociaciones libres. A eso son movidas por el anarquismo que vive naturalmente en ellas. Por esa vía elaboran las masas los medios convenientes para sus actos y permanecen siempre en sus deliberaciones libres con especial preferencia. Es justamente lo que el anarquismo desea elaborar, para libertarlas de la presión de las instituciones gubernativas. Al realizar las masas la revolución, llegan por sí mismas a esa aspiración; los anarquistas revolucionarios deben ayudarles a formular esos principios; el problema económico de las libres asociaciones sociales encontrará su completa expresión en las cooperativas de consumo y de producción, en las que se formarán como fuerza unificadora y como factores expresivos de la claridad en el desenvolvimiento de la fecundidad creadora del soviet libre, cuya esencia tendrá que consistir en el curso de la revolución social en que las masas que se rebelaron con su ayuda, tomen inmediatamente en sus manos toda la herencia social; tierras, fábricas, establecimientos, minas, ferrocarriles la navegación marítima y fluvial, bosques y otras riquezas. Y agrupándose según sus intereses e inclinaciones y según su ideal, en cuyo nombre contribuyeron al advenimiento de la revolución social, ofreciéndoseles la posibilidad de expresarse en todas sus ramificaciones, y al resultar triunfantes en todas esas ramificaciones, edificarán toda su multiforme vida social: completamente libres e independientes en su ambiente.

Sin duda la lucha reclamará colosales sacrificios humanos, pues esa será la última lucha del hombre libre o del casi enteramente libre, con el esclavizado y el opresor, esa lucha será su libertad.

En esa lucha no habrá ni vacilaciones ni sentimentalidad. ¡Vida o muerte! — ese es el problema que debe tener en cuenta todo individuo que aprecia sus propios derechos y los derechos de toda la especie humana a la vida — no a la existencia del asno de carga, no a la existencia de un esclavo, como tiene que vivir forzosamente, sino a la vida humana en el puro sentido de la palabra.

Como ahora primará en él el sano instinto humano, avanzará como vencedor por esa vía en pro de la vida y del amor para sí y para sus hermanos.

Organizáos, hermanos esclavizados, llamad a todos los hombres a vuestras filas, llamad a los que labran la tierra o trabajan en la fábrica, a los que estudian y a los que enseñan. Llamad al sabio, que venga de su gabinete y os ayude en las cosas que podéis recibir de él en vuestro dificultoso camino.

Es posible que de cada diez sabios, nueve no te escuchen, y si te escuchan lo harán para engañarte; pues son servidores de la federación de los "cinco" — pero el décimo vendrá y será tu amigo y te ayudará a superar la mentira de los otros nueve. Pero la violencia, la violencia brutal de los gobernantes, de los legisladores, esa tendrás que superarla con tu propia fuerza.

Organizaos, llamad a todos, llamad a todos los hombres a vuestras filas y exigid de todos los gobernantes que renuncien voluntariamente a su villano oficio de oprimir la vida del hombre.

Si no quieren renunciar a su miserable industria, levantaos, desarmad la policía, la milicia y todas las instituciones de defensa de la federación de los "cinco", haced inofensivos por un cierto tiempo a todos los gobernantes, quemad sus leyes, destruid las prisiones, aniquilad los verdugos, como ignominia de la especie humana, — destruid la violencia.

Llamad a vuestras filas a los soldados del ejército reclutado por la fuerza. En el ejército hay muchos asesinos que han sido colocados expresamente contra ti y sobornados por la iglesia para matarte. Pero también en él hay amigos; ellos descompondrán los cuadros de tus asesinos y correrán en tu ayuda.

Después de habernos agrupado todos en una gran familia, queremos avanzar como hermanos agrupados contra las tinieblas y la ignorancia. ¡Arriba, por el ideal de la humanidad! Vivir fraternalmente, ser libres, no depender servilmente de nadie ni ser humillados.

La violencia brutal de los enemigos de la libertad del hombre será respondida por nosotros con la violencia de nuestro ejército revolucionario libremente formado.

Si nuestros enemigos no concuerdan con nosotros desde el punto de vista de las ideas, queremos responderles con un comportamiento justiciero en la edificación de nuestra nueva vida según los principios de la responsabilidad de cada uno de nosotros, una responsabilidad que ofrecerá la verdadera seguridad de la justicia social y de la libertad en la vida individual y colectiva del hombre, que se extiende en la misma medida a todos y a cada uno de los seres humanos que pueblan la tierra.

Y sólo criminales en cuerpo y alma, los criminales de la federación de los "cinco", no querrán venir con nosotros por esa ruta en dirección a la nueva vida, a la nueva y fecunda actividad, a la dicha de una existencia libre, alegre.

Esos criminales harán el intento de combatir contra nosotros por sus privilegios de dominación, y entonces tendrán que sucumbir.

Así vive, pues, esa clara y firme convicción en la lucha de los hombres por el ideal de una armonía humana general, por la sociedad anarquista.

NOTA. — *Este trabajo apareció también en alemán con el título* Das ABC des revolutionaren anarchisten, 16 *págs. Der freie Arbeiter, Berlín, enero* de 1926.

Errico Malatesta

(10)

EN EL CAFÉ

cuando no encuentren una compensación y un antídoto en otros factores de recomposición y de vida, pueden ser neutralizados por la acción de quien dispone de la fuerza y la dirige a su capricho.

Podría demostrarles, si no temiese ser demasiado extenso, cómo la burguesía va remediando aquellas tendencias *naturales* de que ciertos socialistas esperaban su muerte en breve plazo.

La ciencia es arma poderosa, que puede ser adoptada lo mismo para el mal que para el bien. Y así como en las condiciones de desigualdad actuales, es más accesible a los privilegiados que a los oprimidos, es más útil a aquéllos que a éstos.

La instrucción, al menos la que va más allá de un embadurnamiento superficial y casi inútil, es inaccesible para las masas desheredadas, — y además puede ser dirigida en el sentido que quieran los educadores, o más bien de los que elijen y pagan a los educadores.

Ambrosio. —¡Pero entonces no queda más que la violencia!

Jorge. —Eso es, la revolución.

Ambrosio. —¿La revolución violenta? ¿La revolución armada?

Jorge. —Precisamente.

Ambrosio. —Por consiguiente las bombas...

Jorge. —No nos ocupemos de eso, señor Ambrosio. Usted es magistrado, y a mí me desagrada tener que repetirle que no estamos en el tribunal, y yo, por el momento, no soy un acusado a quien puede tener interés en arrancar una palabra imprudente.

La revolución será violenta porque ustedes, las clases dominantes, se sostienen con la violencia y no muestran ninguna disposición a ceder pacíficamente. Habrá por tanto fuego de fusilería, cañonazos, bombas, ondas etéreas que harán estallar a distancia sus depósitos de explosivos y los cartuchos en las cartucheras de los soldados... habra lo que haya. Esas son cuestiones técnicas que, si le parece, dejaremos a los técnicos.

Lo que puedo asegurarle es que, en lo que dependa de nosotros, la violencia, que nos es impuesta por la violencia de ustedes, no irá más allá de los estrictos límites asignados por las necesidades de la lucha, es decir que será determinada sobre todo por la resistencia que ustedes nos opongan. Si ocurriera algo peor, será debido a su obstinación y a la educa[illegible] que están dando al pueblo con su ejer[illegible].

César. —¿Pero cómo hareis esa revolucion si sois cuatro gatos?

Jorge. —Es posible que no seamos más que cuatro. A ustedes les agradaría eso y no quiero quitarles una ilusión tan dulce. Quiero decir que nos esforzaremos por ser ocho, y después diez y seis...

Ciertamente, nuestra tarea, cuando no se presentan ocasiones de obrar mejor, es hacer propaganda para reunir una minoría de hombres conscientes que sepan lo que deben hacer y estén decididos a hacerlo. Nuestra misión es preparar la masa, o la mayor parte posible de la masa, y obrar en la buena dirección cuando se presente la oportunidad. Y por buena direccion entendemos: expropiar a los detentadores actuales de las riquezas sociales, destruir la autoridad, impedir que se constituyan nuevos privilegios y nuevas formas de gobierno, y reorganizar directamente, por obra de los trabajadores, la producción, la distribución y toda la vida social.

César. —¿Y si la ocasión no se presenta?

Jorge. —Pues bien, trataremos de hacerla presentarse.

Próspero. —¡¡Cuántas ilusiones se hace, muchacho!!! Usted cree estar aún en la época de los fusiles de chispa.

Con las armas y con la táctica moderna serían masacrados antes de moverse.

Jorge. —No está probado... A nuevas armas y nueva táctica se pueden oponer unas armas y una táctica de igual valor. Y además, esas armas están realmente en manos de los hijos del pueblo, y ustedes, al obligar a todos a hacer el servicio militar, enseñan a todos su manejo.

¡Oh, ustedes no se imaginan cuán impotentes serán el día que haya un número suficiente de rebeldes!

Nosotros, los proletarios, la clase oprimida, somos los electricistas y los gasistas, somos noootros los que conducimos las locomotoras, somos nosotros los que fabricamos los explosivos, perforamos las minas, somos los que guiamos los automóviles y los aeroplanos, somos los soldados... somos nosotros, por tanto, los que les defendemos contra nosotros mismos. Ustedes no viven más que por la voluntad inconsciente de sus víctimas. ¡Cuidado con el despertar de las conciencias!...

Y además, ya saben, entre nosotros cada cual hace lo que quiere, y su policía está habituada a observar por todas partes, salvo donde está el peligro real.

Pero yo no quiero darles un curso de técnica insurreccional. Este es un asunto que... no les concierne.

Buenas noches.

XIV

Vicente (*joven republicano*). —¿Permitís que intervenga en la conversación para hacer algunas preguntas y algunas observaciones?... El amigo Jorge habla de anarquía, pero dice que la anarquía debe venir libremente, sin imposiciones, por la voluntad del pueblo. Y dice también que para dar libre desahogo a la voluntad popular es necesario derrocar con la insurrección el régimen monárquico y militarista que hoy sofoca y falsea esa voluntad. Eso es lo que queremos los republicanos, al menos los republicanos revolucionarios, es decir, aquellos que quieren establecer verdaderamente la república. ¿Por qué, pues, no se declara nuestro amigo republicano?

En la república el pueblo es soberano, se hace lo que el pueblo quiere, y si el pueblo quiere la anarquía, se tendrá la anarquía.

Jorge. —Verdaderamente creo haber dicho siempre *voluntad de los hombres* y no *voluntad del pueblo*, y si he dicho esto último ha sido una manera de hablar, una inexactitud de lenguaje que por lo demás todo mi razonamiento ha corregido.

Vicente. —Pero, ¿qué significan esas cuestiones de palabras? El pueblo, ¿no está compuesto de hombres?

Jorge. —No es una cuestión de palabras, es una cuestión de sustancia: se trata de toda la diferencia entre la *democracia*, que significa gobierno del pueblo, y *anarquía*, que significa no gobierno, libertad de todos y de cada uno.

El pueblo es ciertamente compuesto de hombres, es decir de unidades conscientes, interdependientes todo lo que se quiera, pero que cada una tiene una sensibilidad propia y por lo tanto intereses, pasiones, voluntad particulares que, según los casos, se suman o se restan, se refuerzan o se neutralizan recíprocamente. La voluntad más fuerte, mejor armada, de un hombre, de un partido, de una clase, puede dominar, imponerse y conseguir hacerse pasar como voluntad de todos; pero en realidad lo que suele llamarse "voluntad del pueblo" es la voluntad de los dominadores — o es un híbrido producto de cál-

BIBLIOGRAFIA

Jaspers Karl — "Psychologie der Weltanschauungen.—

(Psicología de las concepciones del mundo y de la vida; tercera edición, 486 páginas, en 4o.), Editorial Julius Sprisger, Berlín, 1925. Precio en rústica, 15 marcos, encuadernada 16.50.

Sería muy extenso tratar de exponer la posición de Jaspers, profesor de filosofía en la universidad de Heidelberg, en el mundo del moderno pensamiento filosófico alemán. El hecho de que su obra "Psychologie der Weltanschauungen", publicada en 1919, haya visto la luz en 1925, en tercera edición, habla ya elocuentemente sobre la personalidad del autor y los méritos de ese libro.

El autor explica por qué denomina a su obra psicología y no filosofía; sin embargo su esfuerzo será mucho más apreciado por los filósofos que por los psicólogos, sobre todo los psicólogos experimentales, apegados extremamente al hecho concreto y mensurable. En general, es una obra que podría ponerse en manos de un público más vasto que el extrictamente filosófico. No quiere ser una guía para la vida humana, no quiere dar un impulso en una dirección determinada, o más claramente para nosotros, no es una obra de propaganda de un credo político, filosófico o social, sino un esfuerzo de aclaración, de explicación de las realidades y tipos del pensamiento. Podría ser un nuevo capítulo de la "Fenomenología" hegeliana, un capítulo fecundo que abre la vía a nuevas investigaciones y que descubre amplísimos horizontes. La idea directiva no es buscar lo frecuente, el término medio, porque es frecuente y término medio. Buscamos las figuras específicas aunque sean raras. Nuestro campo no es el que vemos cuando, por ejemplo, hemos investigado sobre 100 hombres de nuestro ambiente, sino el material que surge cuando vemos lo que percibimos en la experiencia histórica, interna y actual en características, aunque no sea más que una vez, aunque sólo pueda verse y construirse típicamente". (pág. 14).

El contenido de la obra consta de los siguientes capítulos:

Una magnífica introducción rica en consideraciones metodológicas, donde se exponen pensamientos fundamentales sistemáticos. Otro capítulo describe las actitudes espirituales, objetivas, reflexivas y entusiastas. Ese estudio sobre las actitudes espirituales nos lleva a la compresión de las visiones del mundo, visiones sensual- espaciales, cultural-espirituales, metafísicas. Un extenso capítulo sobre la vida del espíritu y un apéndice sobre la ideología de Kant completan el volúmen. Con eso, claro está, no hemos dado una exposición de la riqueza del detalle, que interesa tanto como el pensamiento total de este ensayo de psicología racional.

Creemos vivir en un período histórico, no sólo de creación de nuevos conceptos de la vida y del mundo, sino de lucha recíproca por el predominio de sus valores respectivos. La lectura de la obra de Jaspers, que no profetiza ni indica un camino, sino que explica y ensancha ante nuestros ojos la amplitud y la diversidad de la vida del pensamiento, no puede menos de ser útil para ensanchar el espíritu y desarraigar de él los dogmas del exclusivismo y de la ceguera dogmática.

Sobre algunos puntos especiales de este libro hablaremos más detalladamente en otra ocasión.

Ramus Pierre. — *Manifiesto anarquista (Biblioteca mundial, Plaza Miravalle, 13 México), D. F.* 1925, 36 *páginas.*

Se trata de una versión española de la tercera edición de ese folleto hecha por nosotros, con una carta especial del autor a los revolucionarios de México. Se vende al precio de 20 centavos mexicanos.

Ricardo Mella—*Organización, agitación, revolución" (Editorial Ni Dios ni Amo, Aguascalientes, Méx.),* 1925, 32 *páginas en* 16.o.

Este folleto es bien conocido por haberse reimpreso numerosas veces, la última en Santiago de Chile hace dos o tres años. Se lee siempre con utilidad.

López Doñez José. — *"Don Miguel Hidalgo no fué autor de la independencia de México" (México, D. F., 30 pags.),* 1925

Iden. — *"Lacras del clero católico mexicano durante la revolución de la independencia" (México, D. F. 43 págs.),* 1925

El camarada López Doñez ha escrito estos dos folletitos de carácter histórico, exponiendo en el primero la influencia de la revolución francesa en la independencia de México y en el segundo un resumen de la acción del clero católico contra el movimiento de la independencia. Una serie interesante de constataciones.

"La inexistencia de dios" (Barranquilla, Colombia, 1926, 14 *páginas.*

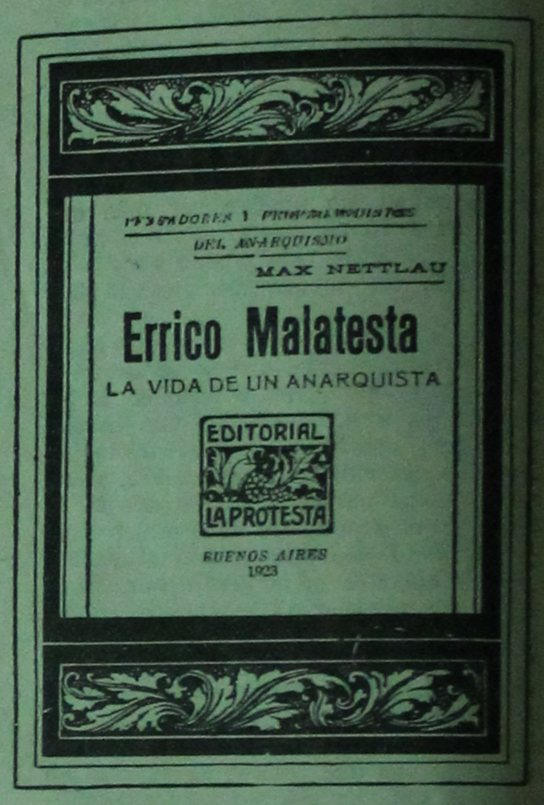
Se trata de una conferencia pronunciada por el diputado Arturo N. Lois en el local de los I. W. W. de Santiago de Chile y publicada por el grupo editor del periódico anarquista de Barranquilla, "Vía Libre".

"La Novela Ideal". — De esta publicación quincenal editada por la "Revista Blanca" de Barcelona, hemos recibido algunos números. Los dos últimos que llegaron a nuestro poder, *El pecado del amor*, por Ricardo Vaqué, y *Amor y sacrificio*, por Solano Palacio,, se leen agradablemente, tanto por el estilo fluido como por el argumento.

Albrecht Paul. — *Freiheit der Liebe* (Libertad y amor), *Edición del "Freie Arbeiter" Berlín,* 1926, 24 *págs, en* 8o.

Es uno de los primeros ensayos literarios del camarada Albrecht, muy conocido en el movimiento de la juventud anarquista alemana por sus dotes oratorias.

D. A. de S.



Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... „ 2.00

„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3.50

culos numéricos que no responde exactamente a la voluntad de nadie y no satisface a nadie.

Ya por declaración misma de los demócratas, es decir de los republicanos (puesto que éstos son los verdaderos y únicos demócratas) el llamado gobierno del pueblo no es más que el gobierno de la mayoría que expresa y realiza su voluntad por medio de sus representantes. Por lo tanto, la soberanía de la minoría es un simple derecho nominal que no se traduce en los hechos; y notad que esta minoría, además de ser a menudo la parte más progresiva y avanzada de la población, puede ser también la mayoría numérica, cuando varias fracciones se encuentran en desacuerdo en presencia de una minoría compacta por comunidad de intereses y de ideas o por sumisión a un hombre que la gu-

Pero la parte que logra hacer triunfar los propios candidatos y que se llama mayoría que se gobierna a sí misma, ¿es realmente gobernada según su voluntad? El funcionamiento del régimen parlamentario (necesario en toda república que no es una comuna independiente y aislada) hace que el representante de cada unidad del cuerpo electoral no sea más que uno entre tantos y no vale más que por una centésima o una milésima parte en la confección de aquellas leyes que deberían ser, en último análisis, la expresión de la voluntad de la mayoría de los electores.

Y ahora dejemos la cuestión de si el régimen republicano puede realizar la voluntad de todos y dime al menos cuál es vuestra voluntad, qué es lo que quisiérais que fuese la república y cuáles son las instituciones sociales que debe establecer.

Vicente. —Está claro:

Lo que yo quiero, lo que quieren todos los verdaderos republicanos, es la justicia social, la emancipación de los trabajadores, la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Una voz. —¡Sí, como en Francia, en Suiza y en América!

Vicente. —Esas no son verdaderas repúblicas. Debéis criticar la república verdadera, la que queremos nosotros, y no los diversos gobiernos, burgueses, militaristas y clericales que toman en las diversas partes del mundo el nombre de república. De otro modo también yo, para combatir el socialismo y la anarquía, podría citar muchos que se dicen socialistas y anarquistas y son cualquier otra cosa.

Jorge. —Muy bien. Pero ¿por qué las repúblicas existentes no han resultado repúblicas verdaderas? ¿Por qué, habiendo partido todas o casi todas de aquel ideal de igualdad, libertad y fraternidad que es el vuestro y puedo decir también el nuestro, se han convertido y se convierten más y más en regímenes de privilegio, en donde los trabajadores son tan explotados y los capitalistas tan poderosos, el pueblo tan oprimido y el gobierno tan prevaricador como en cualquier régimen monárquico?

Las instituciones políticas, los órganos reguladores de la sociedad, los derechos reconocidos a los individuos y a las colectividades por nuestra constitución son los mismos que habría en vuestra república. ¿Por qué han sido tan malas las consecuencias o al menos tan negativas, y por qué habrían de ser diversas en la república que vosotros estableceréis?

Vicente. —Porque... Porque...

Jorge. —El por qué lo diré yo, y es que en aquellas repúblicas las condiciones económicas del pueblo permanecieron las mismas; permaneció inalterada la división de la sociedad en clase propietaria y clase proletaria, y por tanto el dominio verdadero quedó en manos de los que, poseyendo el monopolio de la producción, tenían a su disposición las grandes masas de los desheredados. Naturalmente, la clase privilegiada se dedicó a consolidar su posición, que podía haber quebrantado la sacudida revolucionaria de que nació la república, y pronto las cosas quedaron como estaban... salvo, posiblemente, aquellas diferencias, aquellos progresos que no dependen de la forma de gobierno, sino de la conciencia acrecentada de los trabajadores, de la fe mayor en la propia fuerza que adquieren las masas siempre que logran derribar un gobierno.

Vicente. —Pero nosotros reconocemos toda la importancia de la cuestión económica. Estableceremos una tarifa progresiva que hará recaer sobre las espaldas de los ricos la mayor parte de las cargas públicas, aboliremos las leyes aduaneras protectoras, estableceremos un impuesto sobre las tierras incultas, fijaremos un mínimo de salario, un máximo de precios, haremos leyes protectoras de los trabajadores...

Jorge. —Y si consiguiérais hacer todo eso, los capitalistas hallarían aun modo de inutilizarlo o de volverlo en su beneficio.

Vicente. —Entonces los expropiaremos incluso sin indemnidad y haremos el comunismo.

¿Estás contento?

Jorge. —No, no... el comunismo establecido por la voluntad del gobierno y no por la obra directa, voluntaria, de los grupos de trabajadores, no me sonríe verdaderamente. Si fuese posible eso, sería la tiranía más sofocadora a que haya estado nunca sometida una sociedad humana.

Pero vosotros decís: haremos esto o aquello como si por el solo hecho de que seáis republicanos de la víspera, cuando la república haya sido proclamada, seréis vosotros mismos el gobierno.

Ahora bien, la república es el régimen de lo que llamáis la soberanía popular, y esa soberanía se expresa por medio del sufragio universal, el gobierno republicano será compuesto por los hombres que el sufragio designe.

Y como vosotros no habréis deshecho en el momento mismo de la revolución el poder de los capitalistas, expropiándolos revolucionariamente, el primer parlamento republicano será como lo quieren los capitalistas... y si no el primero, que podría resentirse un poco de la tormenta revolucionaria, ciertamente los parlamentos sucesivos serán los que los capitalistas deseen, y se esforzarán por destruir lo poco de bueno que la revolución hubiera, por ventura, podido hacer.

Vicente. —Pero, entonces, puesto que la anarquía no es p[illegible] debemos soportar tranquilamente la monarquía quién sabe cuánto tiempo?

Jorge. —De ningún modo. Podéis contar con nuestro concurso, como nosotros solicitaremos el vuestro, siempre que las circunstancias se presenten propicias para un movimiento insurreccional. Naturalmente, el alcance que nos esforzaremos por dar a ese movimiento será mucho más amplio de lo que quisiérais vosotros; pero eso no impide el común interés que tenemos hoy en sacudir el yugo que nos oprime a nosotros y a vosotros. Después, veremos.

En tanto hagamos propaganda y tratemos de preparar las masas para que el próximo movimiento revolucionario realice la más profunda transformación social que sea posible, y deje abierto, amplio y fácil, el camino hacia progresos ulteriores.

XV

César. —Volvamos a nuestra conversación habitual.

Según parece, la cosa que más inmediatamente les interesa es la insurrección; y admito que, por difícil que parezca, puedan hacerla y vencer en un día próximo o lejano. En sustancia los gobiernos se apoyan en los soldados; y los soldados de la conscripción que van y quedan en el cuartel con repugnancia y porque son forzados a ello, son un arma poco segura. Ante una sublevación general del pueblo, los soldados, que son pueblo también, no resisten largo tiempo; y apenas es roto el prestigio y el miedo a la disciplina, o huyen o se van con el pueblo.

Comprendo, pues, que haciendo mucha propaganda entre los trabajadores y entre los soldados, o entre los jóvenes que mañana serán soldados, puedan ustedes ponerse en situación de aprovechar una ocasión oportuna — crisis económica, guerra desgraciada, huelga general, carestía, etc. — y derrocar el gobierno.

¿Pero luego?

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478

Lo trágico co

La Argentina, para Euro
do la tierra de promisión
de Canaan bíblico, de fera
nochesca. Crean o no los eu
infantil patraña, lograron
cisamente la Argentina, c
de sus habitantes y sus po
quien se la bebiese. Sien
ella y ellos, un rol halaga
porta sea mentira? La va
ca posee unas tragaderas
Por eso, no hubo viaj
ilustre, periodista o escrito
tinuase tejiendo esta leyen
en libros y conferencias. H
fueron las raras excepcion
go, ellos mismos, por la b
permanencia en el país, tra
más bien superficialmente

No acontece así con otros
ciones. El propósito de ad
evidente y burdo. Los Es
si tuvieron sus panegirist
también una multitud de d
todo caso las amarguras y cr
a veces ciertas o exagera
dichas para bien de todos

A la Argentina se le o
de los menores de edad. La
esconden, por cortesía, por
siempre con fines interes
ejercer esos hombres de Eu
biernos un tutorazgo sobre
rio, a quien no hay que
sus más nimios caprichos
una pintura propia, autóc
quitectura indio-colonial, u
literatura, ciencia. En fin,
sólo se alcanza en la lenti
glos y por una cultura acu
ser su patrimonio exclusi
padecer la más peligrosa
con el de otras civilizaci
milenarias. Sus pintores s
arquitectos lumbreras, etc

Es un juego diplomático
fía a nadie y menos a quie
ven, y únicamente se darán
dos y convencidos los figu
dos tan falaz y bombástica

No hubo hasta ahora esc
extranjero — quién sabe si
rácter de espectador pudier
razmente imparcial — que
puesto narrar el reverso d
Eldorado, — ese reverso qu
parcido por todas partes:
cias paupérrimas, agusanad
seria y las enfermedades:
jes, en los ingenios: en la
poli, con sus conventillos,
riado de la oficina y del t
vive y vegeta en promisc
zosa, encerrado en estrecha
reducidos y caros departam
franumanidad, en la cual
plotaciones son posibles, y
llarse tan mal, tan miser
es realmente su existencia
goces y de sufrimientos
Si, a todo se acostumbra la
na, y a veces, en su abulia
sante, no se imagina que
ser diferente.

De ahí salta la necesidad
le presente su espejo para
timas, y les revele la fisonom
vir, y a los otros como un
un reproche. De tanto en t
pejos aparecen, y en los últ
corren ha sido más frecue
ción.

Uno de los últimos libros
que se trasladan a una nacio
saria en el ritmo de su v
a observar sus pulsaciones
a inquirir en la musculatu
ses sociales que la sostiene
presentar sus conclusiones

AÑO V

BUENOS AIRES, 24 DE MAYO DE 1926

N.o 224

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL PE[illegible]S.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valo[illegible]ORRIENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63
SALTA

Lo trágico cotidiano

La Argentina, para Europa, sigue siendo la tierra de promisión: una especie de Canaan bíblico, de feracidad miliunochesca. Crean o no los europeos en esta infantil patraña, lograron que fuera precisamente la Argentina, con la mayoría de sus habitantes y sus poderes públicos, quien se la bebiese. Siendo este para ella y ellos, un rol halagador, ¿qué importa sea mentira? La vanidad patrióti ca posee unas tragaderas enormes.

Por eso, no hubo viajero, personaje ilustre, periodista o escritor, que no continuase tejiendo esta leyenda en folletos, en libros y conferencias. Huret, Rusiñol fueron las raras excepciones. Sin embargo, ellos mismos, por la brevedad de la permanencia en el país, trataron el tema más bien superficialmente.

No acontece así con otros pueblos y naciones. El propósito de adular no es tan evidente y burdo. Los Estados Unidos, si tuvieron sus panegiristas, les surgió también una multitud de detractores. En todo caso las amargas y crudas verdades, a veces ciertas o exageradas, han sido dichas para bien de todos.

A la Argentina se le otorga el trato de los menores de edad. La verdad se la esconden, por cortesía, por cálculo y casi siempre con fines interesados. Parecen ejercer esos hombres de Europa y sus gobiernos un tutorazgo sobre un heredero rico, a quien no hay que contrariar en sus más nimios caprichos. Quiere tene. una pintura propia, autóctona; una arquitectura indio-colonial, un teatro idem, literatura, ciencia. En fin, todo eso que sólo se alcanza en la lentitud de los siglos y por una cultura acumulada puede ser su patrimonio exclusivo, apto para padecer la más peligrosa comparación con el de otras civilizaciones, a veces milenarias. Sus pintores son genios, sus arquitectos lumbreras, etc.

Es un juego diplomático que no engaña a nadie y menos a quienes lo promueven, y únicamente se darán por engañados y convencidos los figurones agasajados tan falaz y bombásticamente.

No hubo hasta ahora escritor nativo o extranjero — quién sabe si éste en su carácter de espectador pudiera ser más verazmente imparcial — que se haya propuesto narrar el reverso de este fingido Eldorado, — ese reverso que se halla esparcido por todas partes: en las provincias paupérrimas, agusanadas por la miseria y las enfermedades; en los obrajes, en los ingenios; en la misma metrópoli, con sus conventillos, en su proletariado de la oficina y del taller, que mal vive y vegeta en promiscuidad vergonzosa, encerrado en estrechas piezas y en reducidos y caros departamentos; esa infrahumanidad, en la cual todas las explotaciones son posibles, y nunca cree hallarse tan mal, tan miseranda como lo es realmente su existencia de espaciados goces y de sufrimientos interminables. Sí, a todo se acostumbra la criatura humana, y a veces, en su abulia de bestia pensante, no se imagina que la vida pueda ser diferente.

De ahí salta la necesidad que alguien le presente su espejo para ellos, las víctimas, y les revele la fisonomía de su vivir, y a los otros como una acusación y un reproche. De tanto en tanto estos *espejos* aparecen, y en los últimos años que corren ha sido más frecuente su aparición.

Uno de los últimos libros de escritores que se trasladan a una nación para sospesarla en el ritmo de su vida colectiva; a observar sus pulsaciones industriales; a inquirir en la musculatura de las clases sociales que la sostienen, para luego presentar sus conclusiones como si se tratase de un caso clínico, es el "Japón Moderne" de M. L. Naudeau. No hablaremos de las calidades y méritos de ese libro. Los lectores del Suplemento lo conocen sólo por un pequeño fragmento "El barrio de Shitaya". Una comisión de intelectuales belgas, entre ellos Barbusse, preparan una serie de publicaciones sobre el terror blanco en los Balcanes. De Rusia nos llegan boletines y folletos denunciando el verdadero estado de cosas en ese país.

Y aquí, donde ese terror blanco es subterráneo, donde la explotación no conoce freno y el egoísmo insolidario adquiere formas bestiales, artistas, escritores extranjeros y nativos, no encuentran nada que tachar, ninguna cosa, según ellos, que rompa con lo que parece normal en todo el mundo.

Y cuando los nativos escriben acerca de los lejanos obrajes o de la miseria de las ciudades, lo hacen como tópico literario. La verdad, para adaptarse al capricho de la ficción, se diluye, desaparece.

Por ejemplo, ese barrio de la quema, con su población astrosa, trashumante, que hociquea entre los desperdicios, entre las basuras que arroja por los cuatro costados esta ciudad babélica, ¿no puede ser acaso comparado con los comedores de inmundicias de ese otro barrio japonés de Shitaya?

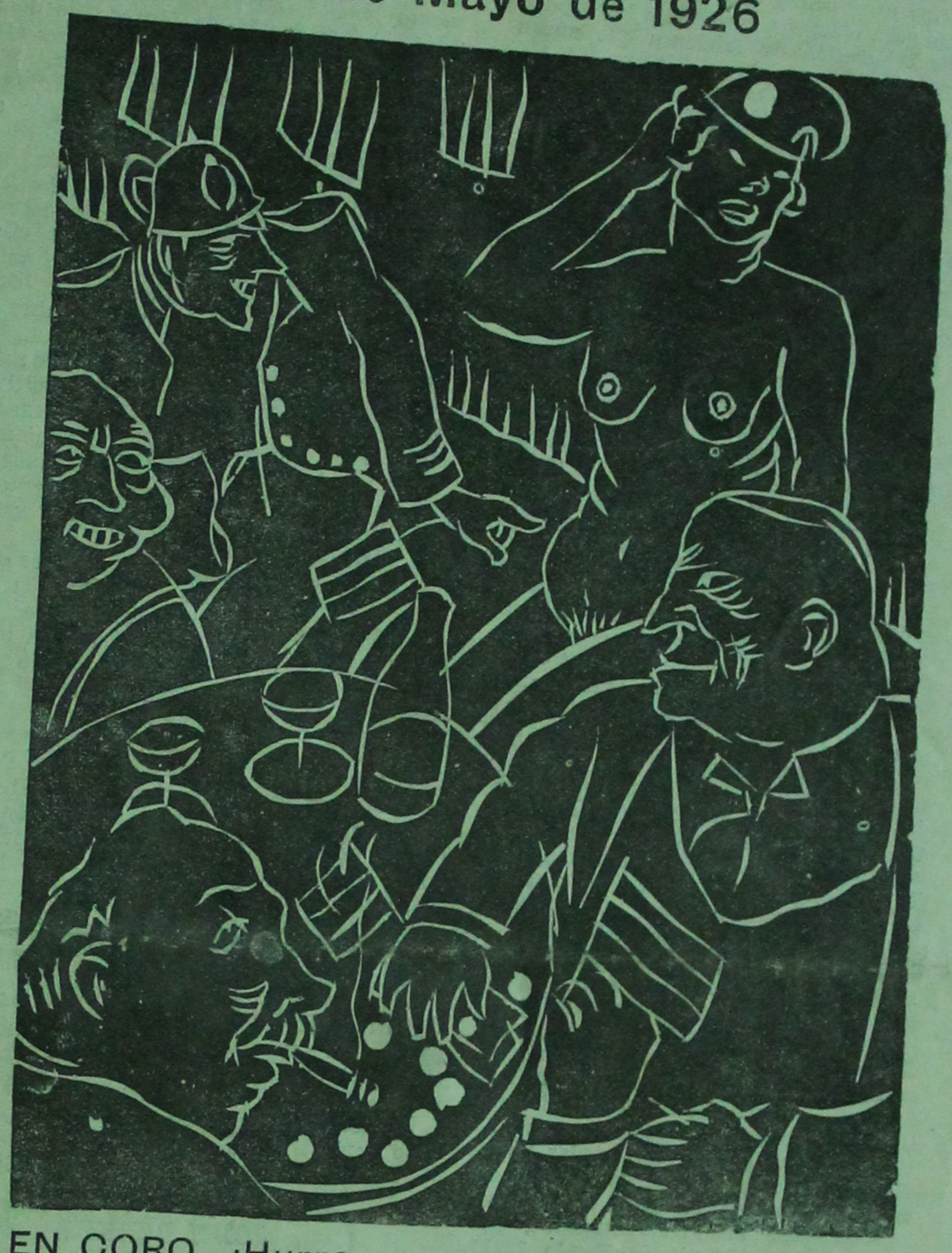
El reciente escándalo promovido por ese propietario que desclavó las chapas de los techos precarios de viviendas infames, a fin de dejar a la intemperie las familias que quería desalojar, puso de actualidad ese infernal muladar. Desde el tiempo que existe, nadie lo advirtió hasta ahora. Ni como asunto literario ni a título de documentación social, ni como episodio vergonzante y reprensible. Por cierto, los ilustres viajeros no se les conduce a visitar un lugar tan mal oliente.

No es eso solo. Hace poco una familia rusa, corrida de Misiones por la explotación inhumana y el hambre, vino a la metrópoli y tuvo que acampar en un baldío, en las inmediaciones del puerto, durmiendo a cielo descubierto. Y otras, no hallando sitio en el "hotel" de inmigrantes, hubieron de avenirse a lo mismo.

Todos estos pequeños y tremendos incidentes son los que, desde el fondo tenebroso de la sentina social suben a flote y se expanden sobre las sábanas escritas de la prensa. ¿Y los otros, que sumarán centenares, millares por día? Algunos rotativos los registran al azar; a otros les sirven para esos desfogues demagógicos, que siempre finalizarán pidiendo leyes y una pronta intervención de los poderes públicos.

Otros más, para acrecer momentáneamente el tiraje; mientras lo trágico cotidiano va carcomiendo, horadando por todas partes esta sociedad con su gotear incesante y son estas ínfimas e insignificantes tragedias las que acumulan las grandes tragedias que harán época en la historia.

25 de Mayo de 1926



EN CORO—¡Hurra por nuestra república en su aniversario! ¡Solemnemente juremos honrarla como hasta hoy!

[illegible]daptabilidad

Al recibir el papa a los representantes de la *Acción Católica*, — que nos suponemos será tan panurgiana o carneril como nuestras asociaciones de *Obreros Cristianos* — pronunció una alocución conmemorando la encíclica "Rerum Novarum".

El pontífice se refirió a los relaciones entre el capital y el trabajo desde la edad media hasta nuestros días, diciendo que *una de las mayores fuerzas de la Iglesia es su adaptabilidad.*

Es una confesión asaz inesperada, por ser ella de quien viene. No hemos de desmentir a tan grande autoridad en la materia. Para nosotros es una de las verdades más convencedoras que ha sido dicha por uno de los miembros preeminentes de la religión católica. No hemos proclamado otra cosa, sino que la Santa Iglesia sabía adaptarse a las circunstancias, siempre, cuándo y cómo más convenía a sus intereses materiales. Por lo pronto estuvo siempre al lado de los poderosos, fueran éstos bandidos o ladrones. Desde Cristo acá, jamás se halló al lado de los más débiles. Es un antecedente que muchos creyentes no tomaron en cuenta para batir las cataratas de su fe ciega.

El pontífice, quiera o no, dijo una perogrullada, coincidiendo con el lema jesuítico y loyolesco: todos los medios son buenos, y etc. Además queremos entender que las fuerzas a que se refiere ese gerente de la católica compañía que vende a plazos lotes en el cielo, no son las espirituales ni las místicas, sino las materiales. Con espíritu, con misticismo no se triunfa en este mundo. Tal vez sea en el otro, aunque no estamos para meternos en líos ultracelestiales.

Entre el clero disidente se opina que la de este papa no es la cabeza más fuerte que calzó la mitra de San Pedro. Se le reprocha moverle intrigas a Mussolini quien, — más papista que el papa — impuso el catecismo en las escuelas y dictó una ley sobre las blasfemias. Trata de arrancarle los bienes temporales que la Santa Madre Iglesia persigue con tanta sagacidad como misticismo, desde que fué debelado el poder papal por las tropas de Víctor Manuel II.

Pero ya concluirán por amistarse. El hisopo y la espada casi siempre asesinaron o robaron de común acuerdo, santificando el robo y el asesinato. ¿Qué hicieron los frailes en la conquista de América? ¿Qué no perpetraron los misioneros en China, en estas últimas décadas, sino preparar la invasión de las empresas de explotaciones europeas, importando opio, apoderándose de casi toda la vida económica de esa inmensa región oriental?

No lo dudamos: es esa su fuerza de adaptabilidad.

***

Las torres de Notre Dame y la policía

Parece que estalló un petardo en la legación norteamericana. Y decimos *parece*, porque nosotros ni oímos el estallido ni estuvimos presentes en el instante en que ese almacenero en vacancia fué ligeramente rasguñado en un brazo. Pero como la prensa, nuestros caros colegas, afirman ser cierto y dan como acontecido el horrible atentado carnavalesco, debemos rendirnos a la evidencia. A éllos, los gallináceos que escriben al centímetro en los periódicos, les ofreció el pretexto de hilar tremendas hipótesis. Entre otras, la del famoso proceso de Sacco y Vanzetti. ¿Cuándo no debía ocurrir que, para darle un motivo lógico a sus prosas anodinas y tontas, no cometieran la villana

cobardía de azuzar la perrera contra trabajadores inermes, sin otro delito en la conciencia que el distinguirse de sus hermanos en cadena, poseyendo ideas y nociones de su condición de explotados?

Eso ya basta para ser indicados como presuntos dinamiteros. Lo que esos viles y amorales plumíferos no se atreverían a hacer contra un particular, la acusación abierta por presunciones, lo perpetran contra toda una colectividad, la más útil, porque contribuye para darle de comer a ellos, y la más expuesta a todos los mordiscos de los canes de toda suerte y laya, desde el patrón, el casero y el policía para abajo.

Con el discernimiento que caracteriza a las policías de todo el mundo y de todos los tiempos, y la de aquí, que bate el record en lo obtuso y en lo malvado de sus procedimientos, hemos de esperarnos más de una barrabasada. Por lo pronto, las detenciones, las requisas realizadas en los locales obreros son ya daños irremediables.

Legendaria es la frase de no sabemos quién. Decía este personaje desconocido: *Si la policía de París me acusara de haber robado las torres de "Notre Dame", antes de dejarme prender huiría, y al no poderlo hacer, me suicidaría.*

Y desde entonces, habiendo transcurrido unos cien años, suponemos que las policías progresaron en sus medios horrendos para obligar a confesar a los supuestos criminales, de crímenes que nunca cometieron.

D. A. DE SANTILLAN

El hombre y el proceso de la producción

El capitalismo ha llegado a un grado tal de desarrollo, que con su método económico de producción el hombre ha dejado ya de ser el centro, para convertirse en un despreciable accesorio. Ni como productor ni como consumidor, es el hombre un centro económico dentro del capitalismo. En el proceso de la producción el hombre ha sido sustituido por la máquina, que, si fué creada para aliviar la pesada carga humana del trabajo, no tardó en ser la dominadora; en el moderno establecimiento fabril, la máquina impera soberana, el hombre obedece como un esclavo automático, sin voluntad propia y sin espíritu creador alguno.

Tampoco en el dominio del consumo está el hombre en el centro de la economía capitalista; no se produce para satisfacer las necesidades humanas efectivas; se produce con fines especulativos; se produce para acumular riquezas, no para llevar el bienestar al individuo y a la comunidad. Más de la mitad de las industrias son inútiles o nocivas desde el punto de vista de las necesidades humanas reales. El fabricante no calcula sobre el cosumidor probable de sus mercaderías; no tiene presente más que la ganancia, y a la pasión de la ganancia lo sacrifica todo, desde la honestidad más elemental hasta los sentimientos básicos del humanismo y la responsabilidad. El consumidor está en el mercado como el obrero en la fábrica: Son accesorios de la producción y el consumo capitalistas.

Aquella medida humana que Protágoras quería aplicar a todas las concepciones y a todas las obras del hombre, ha desaparecido de la economía capitalista. Por eso vemos a cada paso tantas monstruosidades, tantos derroches de esfuerzos inútiles y antihumanos, tantos contrastes y desequilibrios.

Y aun hay algo más grave: el espíritu y el hecho del capitalismo parecen haber pasado más de lo deseable a las concepciones sociales y revolucionarias que quisieran cimentar un mundo nuevo. Una inmensa mayoría de los socialistas autoritarios, no aspiran en modo alguno a la supresión del capitalismo, ni teórica ni prácticamente; a lo sumo, y esto en el caso de quedar fieles a sus postulados revolucionarios, quieren sustituir la dominación de la burguesía en el proceso de la producción y del consumo, por la socialización, por la dominación de los productores y consumidores mismos. ¿No está ahí un nuevo sofisma que corresponde, en el terreno económico, a la paneca del gobierno del pueblo por y para el pueblo en el terreno político? El mal no estaba en la forma de gobierno ni el remedio en la sustitución de la monarquía por la república; el mal estaba y está en el gobierno mismo; es el gobierno el que hay que suprimir para evitar los males ineludiblemente ligados a él. Lo mismo en la economía: no es la dominación de los medios de producción y de la tierra por los capitalistas, lo que debemos suprimir, es el capitalismo en sí, como método de producción y expresión de una civilización antihumana.

La anarquía no prestigia un determinado sistema económico, pero lleva a la economía también sus afirmaciones y principios fundamentales, lo mismo que a todas las esferas de la vida humana. Aunque predomine entre nosotros la simpatía por el comunismo, eso no quiere decir que sea el comunismo la única forma económica de la vida libre. Para nosotros tiene muy poca importancia el que mañana, una parte de la sociedad se organice según lo previsto por Kropotkin o según los deseos de los individualistas más hurraños, o según una combinación de ambos. Para nosotros no es lo esencial el método económico de producción que sustituya al método capitalista; lo esencial está en que vuelva el hombre a ser el *centro*, el factor capital de la economía, tanto en la producción como en el consumo. Queremos que el hombre domine el proceso de la producción, y no que sea dominado por él. Esta es toda la esencia de nuestra concepción económica.

El viejo Karl Kautsky sostiene la tesis de que la condición previa para la realización del socialismo, es un elevado estadio de evolución de las fuerzas productivas del país. Eso es el germen del marxismo. Pero Kautsky da esta explicación de lo que entiende por "fuerzas productivas": no sólo la riqueza del suelo y las máquinas; "la fuerza productiva más importante es en todas partes el hombre mismo con sus capacidades en parte nativas, en parte adquiridas" (*Terrorismus und Kommunismus*, prefacio a la segunda edición, Berlín, 1925). No sabemos decir en qué medida corresponde esa explicación del teórico marxista a sus concepciones anteriores. Pero ese es nuestro pensamiento y esa afirmación, que merecerá el anatema de cualquier comisario del pueblo, sólo a fuerza de sofismas podría conformarse con las doctrinas y el espíritu de San Carlos Marx. El hombre que piensa y obra independientemente, confiesa Kautsky más adelante, es un factor económico de primer orden. También nosotros decimos lo mismo; la diferencia consiste en que Kautsky se va luego por los cerros de Úbeda y desconoce al hombre en la vida económica y política, poniendo, en lugar de esa fuerza productiva capital, el industrialismo moderno y la democracia; nosotros quedamos firmes y sacamos las consecuencias lógicas de la premisa que sienta al hombre como un centro en el proceso económico.

Con lo que no estamos conformes, es con la afirmación general que defiende el punto de vista de una elevada productividad como condición para la realización del socialismo. La realización del socialismo, la vida socialista, no consiste sólo en producir mucho y consumir hasta reventar; el socialismo es posible en todos los estadios económicos, porque es expresión de una nueva cultura, de una nueva convivencia social. La abundancia de todo lo necesario no sólo sería deseable en el socialismo, sino que lo sería también hoy, en el régimen capitalista. Pero la abundancia por sí misma no crea el socialismo, pues si fuera así los burgueses serían los primeros socialistas. No negamos que la entrada en el mundo nuevo de la libertad para todos, con la barriga repleta, sería más agradable que la entrada con la barriga vacía. Pero, hartos o hambrientos, si no existe en los hombres el deseo y la aspiración de una nueva vida, de una nueva forma de convivencia social, el socialismo y la anarquía no se realizarán.

Una prueba más del valor del hombre en el proceso de la producción, nos la da el ingeniero Otto Schulz-Dubois, en un estudio sobre la intensidad de trabajo en la albañilería en la ciudad de Francfort. Desde 1885 a 1910 la intensidad de trabajo fué en aumento; desde 1910, la altura lograda se conservó hasta la guerra. *Toda reducción de la jornada tuvo siempre por consecuencia un aumento sensible de la intensidad de trabajo.* Al introducirse la jornada de diez horas en 1890, la intensidad de trabajo tuvo un fuerte impulso. En los años que siguieron a la guerra, hubo un profundo descenso debido en primer lugar a la alimentación deficiente y otras causas. En 1923, el año terrible de la inflación monetaria y del hambre, la intensidad de trabajo decreció también considerablemente.. Los capitalistas sostienen que el hambre es el mejor estímulo al trabajo: la realidad demuestra bien palpablemente que el hambre disminuye el placer del trabajo, su intensidad. El ingeniero Schulz dice: "Los salarios más elevados con su capacidad adquisitiva superior, y la reducción de la jornada de trabajo, operan un acrecentamiento del nivel de vida. Pero el mejoramiento del nivel de vida tiene por consecuencia un aumento de la alegría y de la diligencia para el trabajo!"...

Esto no tiene nada de nuevo, y por eso defendemos la idea de una reducción de la jornada a seis horas, convencidos de que eso no tendrá por consecuencia una disminución de la producción, sino un aumento de la intensidad de trabajo, lo cual pondría al hombre en situación de soportar menos penosamente los esfuerzos exigidos por la moderna técnica. Pero es sólo un recurso temporal para aliviar la suerte humana en el sistema capitalistas actual, cada vez más arrollador de la personalidad física y moral del individuo. Como principio básico tenemos la significación del hombre, en su disgusto o su placer ante el trabajo, convertido en factor de gran importancia en el proceso productivo, que se suele considerar como algo mecánico e inanimado. El hombre puede animarlo todo con su voluntad y nosotros deseamos que así sea. Hoy mismo, en que el individuo no es más que un accesorio insignificante en el proceso productivo, en que el ritmo de su actividad no parte de sí mismo, sino de las máquinas, la intensidad de trabajo es muy variable, en proporción con la duración de la jornada y el salario. Nuestro sistema económico, o sea la ausencia de todo sistema, consiste en permitir que el hombre domine soberanamente todo el proceso productivo, que lo someta a sus necesidades, a sus gustos, a sus posibilidades. Hoy el peso del trabajo es puramente pasivo; influencia la intensidad de su labor según el estado de sus fuerzas físicas, pero eso es muy poco.

La realización del socialismo no está ligada tampoco a una determinada jornada de trabajo; el problema no es trabajar poco, sino trabajar en lo que se quiere y según lo que se desea. La libertad sería la suprema ordenadora de esas dificultades. Si yo amo el trabajo del campo, trabajaré de sol a sol, sudaré con placer, gastaré mis energías con voluptuosidad. Lo mismo en la industria o en un esfuerzo intelectual cualquiera. Cuando el hombre sea factor determinante y no esclavo de la producción, pondrá su personalidad en el trabajo y no estará ante el problema de la prolongación o de la reducción de la jornada, pues el trabajo constituirá una plolongación de la vida y no una maldición o una carga, un arte y no un mal necesario.

Algunos camaradas han querido atraer las masas asegurando que en la sociedad futura no habrá necesidad de trabajar más que un par de horas para producir lo necesario. No, eso sería insoportable y nosotros oficiaríamos de rompehuelgas para conquistar el derecho a trabajar todo lo que querramos, haciendo del trabajo un medio para embellecer y enriquecer nuestra vida interior y exterior. La libertad haría el milagro de convertir al obrero en artista, al autómata en creador — a todos los obreros y a todos los autómatas.

¿No sentís en vuestro interior fuerzas creadoras para poner el alma en el trabajo? ¿Y no chocáis a cada paso con los escollos de esta civilización antihumana en que se estrellan las mejores voluntades y los más valiosos y fecundos esfuerzos? Si el capitalismo no acaba por matar el hombre en el hombre, llegará el día en que el esclavo, el autómata viviente de la máquina inanimada reclamará sus derechos a la soberanía y al ejercicio de su inteligencia y de la fuerza de sus brazos. Entonces volverá las espaldas al capitalismo y fundará una vida económica donde el hombre será la medida de todas las cosas y el centro de la producción y el consumo.

JOHN RUSKIN

EL ORIGEN DE LA RIQUEZA

¿Qué entendemos por ricos? En verdad, la riqueza obra solamente como negación. La potencia de tu dinero, nace del hecho de que tu vecino lo necesita. Si no fuera así, para tí sería inútil. El arte de volverse rico es el de empobrecer al vecino. Los miembros de una sociedad de millonarios veríanse obligados a lustrarse sus propias botas. La opulencia de algunos es esencialmente el signo de la potencialidad sobre la pobreza de los muchos. Aquello que parece riqueza, no parece sino el índice dorado de una ruina de largo alcance; es el puñado de monedas recogido por el vaquero en la playa, a causa del naufragio de un bajel. Comprar en el mercado más propicio, sí, pero, ¿por qué son tan bajos los precios? El carbón de madera puede ser más barato, después del siniestro del incendio que devoró mil viviendas humanas, pongamos el caso. Los ladrillos pueden venderse a ínfimos precios después de un terremoto. Pero es muy difícil que nos quepa en la cabeza que los incendios y los terremotos han de ser beneficios racionales.

Vender en los mercados mejores para tus mercaderías; pero, ¿por qué es caro? Hoy vendiste a precios subidos tu trigo, tu pan; es que una muchedumbre de pordioseros y hambrientos tuvieron que darte hasta su última moneda, y luego quedarse sin trigo o pan por semanas o meses. O lo adquirió un especulador rico, quien mañana te comprará la granja en que vives por una miseria.

En una sociedad que se regula meramente por la mecánica de las leyes de la oferta y la demanda, y protege esas leyes abiertamente por la violencia, los que se enriquecen son generalmente los egoístas, los rapaces industriosos, los de acción rápida, guiados sin ningún escrúpulo, los sin sensibilidad, sin imaginación e ignorantes.

El país más rico debiera ser el que sustentara un mayor número de seres nobles y felices.

(*De "Unto the last"*).

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

Para la pluralidad de los hombres, la palabra anarquía tiene un sonido tan malo, que la mayor parte de los lectores se apartarán probablemente indignados de estas páginas, llenos de asombro por lo insolente que uno ha podido ser para escribirla. En la multitud de los habladores y escribidores de lugares comunes, no hay ya salvación para nosotros: ningún reproche es para nosotros demasiado duro, ninguna calificación demasiado injuriante. El que habla públicamente sobre asuntos sociales y políticos, encuentra que la difamación de los anarquistas es un salvoconducto infalible para hacerse popular. Todo crimen imaginable nos ha sido atribuído, y la opinión pública, que es demasiado perezosa para ir tras la verdad, se deja persuadir fácilmente de que anarquía es otro nombre para perversidad y confusión. Cubiertos de ignominia y abandonados como botín al odio, somos tratados según el principio que expresa el proverbio inglés en las palabras: Si queréis colgar un perro, dadle un mal nombre.

En todo eso no hay nada sorprendente. El coro de las maldiciones que cae sobre nosotros, está completamente en la naturaleza de las cosas, pues hablamos en un idioma que no está santificado por el uso y no pertenecemos a ninguno de los partidos que se disputan la posesión del poder. Como todos los innovadores, no traemos la paz, sino la espada, y no nos sorprende en modo alguno el ser recibidos como enemigos.

No por eso tomamos a la ligera el tener que chocar con tanta malevolencia y no queremos darnos por contentos con la conciencia de que es inmerecida. Aceptar la pérdida de un bien tan precioso como es la simpatía pública, sin investigar primero seriamente la verdad, y examinar cuidadosamente nuestro deber, sería un comienzo de ligera locura. Nuestra misión es, en una medida de que no tienen sospecha alguna los que se dejan llevar sin resistencia por la corriente de la opinión pública, procurar a nuestra conciencia bases racionales para la fé que vive en nosotros, fortificar nuestras convicciones por medio de la investigación de la naturaleza y de la generación humana, y ante todo, compararlas con aquella justicia ideal que ha sido elaborada gradualmente por las incontables generaciones de la humanidad. Ese ideal es conocido de todos y está casi demasiado sobado para tener que explicarlo aún. Vive en las doctrinas morales de todo pueblo, lo mismo si es civilizado que si es salvaje; toda religión ha tratado de adaptar ese ideal a sus dogmas y mandamientos, pues es el ideal de la igualdad de los derechos y de la reciprocidad de los servicios. "Todos somos hermanos", esa máxima es repetida de un confín al otro del mundo, y el principio de la fraternidad general que se expresa en ella entraña la completa solidaridad de los intereses y de los trabajos. ¿No se debe confundir ese principio, que las almas sencillas han adoptado como consecuencia necesaria del estado de la sociedad, con el que los socialistas de nuestro tiempo describen con las palabras: "A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus fuerzas"? Sí, somos almas sencillas y no abandonamos ese ideal de la moral de los hombres. Ciertamente, el metal puro está mezclado con mucha escoria, y el egoísmo personal y de grupo de familias, ciudades, castas, pueblos y partidos han ocasionado por esa razón algunas angustias o variaciones. Pero no nos entregamos aquí a la ética de los intereses egoístas, basta establecer el punto hacia el cual aspiran más o menos todas las ideas particulares. Ese punto más elevado de la gravitación es la justicia. Si la humanidad no es ningún sueño vacío, si todas nuestras impresiones, todos nuestros pensamientos no son meras alucinaciones, entonces domina este hecho decisivo la historia humana: que toda tribu y todo pueblo anhela la justicia. La verdadera vida de la humanidad es únicamente un solo y largo grito en pro de aquella justicia fraternal que continúa siendo un objetivo inalcanzado. Se oyen palabras que pronunció el viejo Hesíodo hace casi tres mil años y con las cuales ha respondido a todos los que afirmaban que la lucha por la existencia nos condena a eterna contienda. "Peces, animales salvajes y aves de rapiña pueden comerse entre sí — pero nuestra ley es la justicia."

¡Cuán enorme, sin embargo, es la distancia que nos separa de la justicia que ha clamado el poeta en el crepúsculo matutino de la historia! ¡Qué progreso debemos hacer aún antes de poder cesar con razón de compararnos a las bestias que luchan por un trozo de carroña! En vano nos pretendemos civilizados, si por civilización hay que entender, con las palabras de Alfred R. Wallace, "la armonía de la libertad individual con la voluntad de la comunidad." No es verdaderamente un arte criticar la sociedad actual, su moral, sus convencionalismos y leyes y señalar cómo se desvía su comportamiento de la justicia ideal que han expresado los pensadores en palabras y que anhelaron en todo tiempo los pueblos. El que repite la crítica gastada, se pone en peligro de hacerse un nuevo declamador adiestrado que grita en la plaza del mercado lo que todo el mundo sabe ya. Pero, sin embargo, ¿no es nuestro deber, mientras la verdad no sea escuchada, expresarla sin cesar? El que es sincero tiene el deber para consigo mismo de descubrir la horrible barbarie que prevalece todavía en las profundidades ocultas de una sociedad que parece exteriormente tan bien ordenada. Tómense por ejemplo nuestras grandes ciudades, las cumbres de la civilización, especialmente la má poblada y en algún concepto la primera de ellas, el enorme Londres, que en su circuito reune los tesoros del mundo, donde todo depósito de artículos vale el rescate de un rey; donde se encuentra suficiente y más que suficiente alimento y vestido para las necesidades de los millones amontonados, que se aprietan en sus calles en mayor número que las hormigas que pululan en el laberinto de sus galerías subterráneas. Y, sin embargo, los pobres que lanzan miradas hambrientas y avaras a esos tesoros, se cuentan por centenares de millares; junto a la inaudita magnificencia, consume la penuria en la vida capas enteras de población; y sólo de tanto en tanto oyen los felices para quienes están amontonadas esas riquezas, como un bronco rumor de la aflicción, la áspera queja que surge eternamente de esas ocultas profundidades. Bajo el Londres de la moda, hay un Londres maldito, un Londres cuyo único alimento es el repulsivo desperdicio, cuyos únicos vestidos se componen de trapos sucios, y cuyas únicas viviendas son cuevas malolientes. ¿Tienen los desheredados el consuelo de la esperanza? No, a ellos les está privado todo. Hay algunos de ellos que viven y mueren en agujeros húmedos y obscuros y no ven una sola vez el sol con sus ojos.

¿De qué sirve al mísero repudiado, que arde en la fiebre o que codicia el pan, que la Biblia de los cristianos abra más ampliamente para él las puertas del cielo que para los ricos? Al lado de su actual miseria, todas esas promesas de bienaventuranza, aunque las escuchara, parecerían la burla más amarga. ¿Pero no parece sobre eso — si se puede juzgar según la compañía en que la mayoría de los predicadores del evangelio se sienten más a gusto — que las palabras de Jesús se han vuelto al revés, que el "reino de dios" es la recompensa para los dichosos de este mundo — un mundo en que el régimen sacerdotal y temporal están en la mejor armonía, y donde la religión lleva tan seguramente al poder terrenal como a la bendición divina? "La religión debe llevar a la promoción, la irreligión debe impedirla; como ha reclamado un famoso intérprete de la Biblia (1) en palabras que dirigió a su rey.

(1) *Alejandro Cruden, en el prefacio a la "Concordanz".*

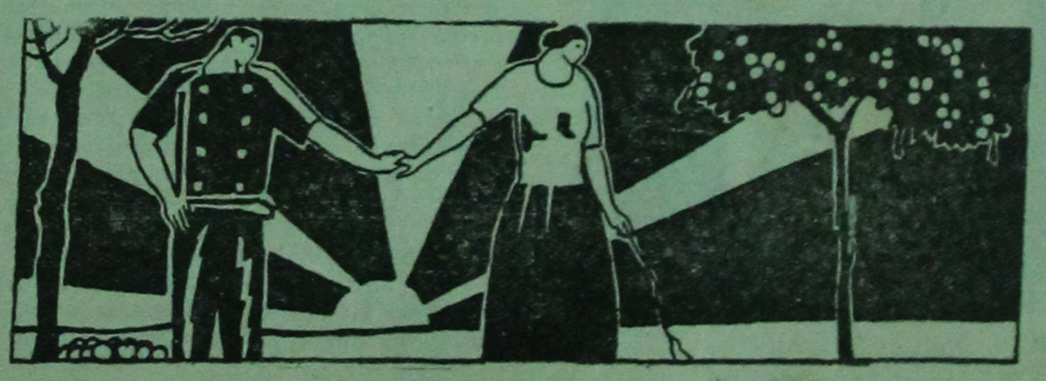
Cuando el arrivismo prospera así en la devoción, e hipócritas tienen religión para prestar más valor de feria a lo que gustan llamar su conciencia, ¿puede sorprender que el gran ejército de los desconsolados olvide el camino de la iglesia? ¿Se equivocan cuando afirman que ellos, a pesar de todas las invitaciones oficiales, no siempre serían bienvenidos en las "casas de dios"? No queremos hablar aquí de aquellas iglesias cuyos puestos son vendidos a determinados precios, que, por consiguiente, sólo puede entrarse en ellas con la bolsa en la mano: ¿pero no debería significar nada para los pobres el ser contenidos en el umbral por las frías miradas de hombres bien vestidos y los labios comprimidos de mujeres elegantes? Aunque no cierre la entrada ningún muro, está en el camino un terrible obstáculo: el aire pesado del odio y el asco ques se levanta entre los desheredados y los privilegiados.

Y, sin embargo, la primera palabra que el sacerdote pronuncia cuando está en el púlpito, es: "Hermanos", una palabra, pues, que a consecuencia de una diferenciación expresiva sólo significa una especie de fraternidad potencial y teórica, sin efecto y sin realidad. Sin embargo, su sentido originario no ha desaparecido completamente, y cuando el desheredado que la oye no se ha vuelto estúpido por el hambre, si no es uno de los hijos del hombre, aplastados, que repiten idiotamente todo lo que oyen — ¡qué ardorosos pensamientos no debe despertar en él esa palabra: "Hermanos", cuando la escucha de labios de un hombre que tiene tan poco sentimiento de su fuerza! Las impresiones de mi niñez suben a mi memoria. Cuando oí rezar por primera vez el "Padre nuestro que estás en los cielos", que debía darnos "el pan de cada día", pensé que caería por alguna intervención misteriosa, una comida en todas las mesas del mundo. Me imaginé que esas palabras repetidas millones y millares de millones de veces, serían un grito de la fraternidad de los hombres y que cada uno debía pensar en todos cuando las pronunciaba. Estaba equivocado. Sólo en un par de seres es sincera la oración; en la mayoría es sólo un sonido vacío, un silbido en el aire, como cuando el viento sopla a través del junco.

Los gobiernos se ahorran el hablar al pueblo de fraternidad; no se mortifican ya con una broma tan triste. Es verdad, la jerga cortesana compara en algunos países al dominador con un padre cuyos hijos son los súbditos, pero esa fórmula de que los hambrientos podrían abusar fácilmente exigiendo del padre pan, no es tomada ya en serio. Mientras los gobiernos fueron considerados como representantes inmediatos de un amo celestial, que ejercían sus funciones por la gracia de dios, la comparación era tolerable; pero ahora son muy pocos los que reclaman esa semi-divinidad. Como están privados de la consagración religiosa, no se consideran ya por responsables del bien común y se contentan simplemente con prometer buena administración, justicia imparcial y estricto ahorro en la ejecución de los asuntos públicos. Nadie que sondee la política de nuestro tiempo puede negar la veracidad de las palabras que se atribuyen de igual modo a Oxenstierna y a Lord Chesterfield: "¡Vete, hijo mío, y vé con qué poca sabiduría es gobernado el mundo!" Corresponde ahora a la instrucción general saber que la dominación, lo mismo si es monárquica, aristocrática o democrática, lo mismo si se funda en el derecho de la espada, de la herencia o de las elecciones, es ejercida por hombres que no son mejores ni peores que sus iguales pero cuya posición los expone a mayores tentaciones de hacer mal. Como están elevados por sobre la multitud, que aprenden pronto a despreciar, llegan finalmente a tenerse por seres superiores a causa de su nacimiento; como han sido cortejados por la ambición en mil figuras, por la vanidad, por la avaricia y el capricho, son corrompidos, y eso tanto más fácilmente cuanto que en la cosa está siempre al acecho el adulador egoísta para aprovecharse de sus vicios. Y como poseen una influencia predominante siempre, como tienen en la mano la poderosa palanca que mueve el enorme aparato del Estado — funcionarios, soldados, policía —, todo descuido, toda falta, todo crimen que cometan tiene que repetirse en lo infinito y pesar cada vez más al crecer. Es demasiado verdadero: un arrebato de la cólera en un dominador, una mirada oblicua, una palabra ambigua pueden llevar el luto a pueblos enteros y entrañar desdichas para toda la humanidad. Los lectores ingleses que están familiarizados con la Biblia, se recordarán de la fábula acertada de los árboles que querían un rey. Los árboles, los pacíficos y los fuertes, los laboriosos y los benditos, el olivo que crea el aceite, la higuera que da el buen fruto, la viña, de donde viene el mosto "que regocija a los dioses y a los hombres", rechazan la dominación; el zarzal la acepta y de esa maleza nociva parte el fuego que destruye los cedros del Líbano.

Pero los administradores del poder, que han recibido la función sublime sea por la gracia de dios, sea por el sufragio universal, ¿pueden distribuir la justicia, ser considerados de algún modo como infalibles o sólo imparciales? Se puede decir que las leyes y sus intérpretes mostrarán para todos los hombres la equidad que vive en la representación del pueblo? ¿Son ciegos los jueces cuando se presentan ante ellos los ricos y los pobres — Shilock con su cuchillo criminal y el desgraciado que ha vendido de antemano una libra de su carne o algunas onzas de su sangre? ¿Mantienen siempre igual los platillos de la balanza para el hijo del rey y el hijo del mendigo? Es natural que esos funcionarios crean firmemente en su propia imparcialidad y se tengan por el derecho personificado en figura humana, cada cual establece — algunas veces sin saberlo — la moral especial de su oficio; pero los jueces, lo mismo que los sacerdotes, no pueden resistir la influencia de su ambiente. Su comprensión para lo que constituye la justicia, procede de las opiniones del término medio de la época y es influenciada inadvertidamente por los prejuicios de su clase. Por honestos que sean, no pueden olvidar qué pertenecen a los ricos y a los poderosos o a los menos dichosos que están aún en el camino del privilegio y de los honores. Tienen, además, una veneración ciega por los casos de precedencia y se imaginan que hábitos heredados de sus predecesores, tienen que ser derecho. Cuando examinamos sin preconceptos la administración oficial de justicia ¡cuántas injusticias no encontramos en los procedimientos legales! Por ejemplo los ingleses están indignados — con razón — sobre el modo francés de interrogar a los prisioneros, pues esos hombres deben inviolablemente y sin excepción ser culpables hasta que son convencidos de su culpa; los franceses, al contrario, observan, no sin motivo, con repugnancia como la justicia inglesa incita a la traición por medio del gobierno inglés, asegurando a los traidores impunidad y dinero, con lo cual coopera a la depravación de los caídos y los estimula a hechos de vergonzosa villanía que asquean sinceramente a los niños de la escuela, que son más morales que sus padres.

(*Continuará*)



Por los Salones

(Witcomb)

Gabriel Morcillo

Henos aquí ante uno de los peores ejemplos de un volatinero del pincel. Alabado profusamente por la crítica oficial; y como por la vistosidad de su cocina pictórica son muchos los que pueden dejarse ilusionar, importa hablar. No es el primer año que vemos cuadros de este pintor granadino, que críticos ignaros e incautos desean colocarlo como "uno de los pocos nombres nuevos dignos de citarse junto a los maestros representativos del moderno arte español".

Se necesita una desviación de la sesera y una insensibilidad absoluta para no experimentar una sensación de asco frente a esa pintura grosera y gorda, lustrada a muñeca. Ni como asunto ni como corte de composición cambió nunca. Son los mismos desnudos andrógenos, de un orientalismo de pega y propio de alcoba burguesa. Todo es convencional, en el sentido más burdo del amaneramiento. Acida a fuerza de brillantez, es la mala pintura por la mala pintura, que se cierra en el círculo vicioso de su inutilidad. Hay diestros artesanos que no van más allá de la materia, pero son honestos, sin pretensiones y en su observación sincera a veces logran realizar trozos felices de factura que, además del deleite que provocan, algo pueden enseñarle al estudioso, al artista o al veedor inteligente. Con Morcillo, ni eso sucede. Porque todo está hecho con trucos, recetas y trampas. Su extrema habilidad consiste en combinar todos estos trucos, recetas y trampas. Y hacer algo presentable para engañar al público que no profundiza sus sensaciones y a los críticos miopes e ignaros, quienes toman estos simulacros de un virtuosismo banal, como una manifestación de arte. Estos cuadros ni quieren ser — y no pueden — decoración, retratos ni composiciones de caballete, y participando de todos estos géneros, no son nada, algo híbrido y sin consistencia.

Es un espectáculo de masturbación sensensorial como puede serlo el bataclan, sin poseer, por cierto, su vida o su mala vida, por no constituir esta pintura sino su yerto remedo. Pero los fines que informan a ambos — el oficio pictórico y el oficio de desnudarse — son idénticos. Son los detritus del arte burgués.

Gastón Latouche

Es este el artesano que nosotros oponemos al vacuo charlatanismo pictórico del *artista* granadino. Sin poseer un talento excepcional, este pintor francés, ni cosa parecida, sus cuadros nos son amables a la vista, por su atavío humilde, por no pretender hacer alarde de ninguna especie, ateniéndose solamente a sus facultades manuales que a veces consiguen efectos cautivantes en su total armonía.

Podrá ser más o menos mediocre, como su colega español, pero tiene la ventaja sobre éste que no intenta disfrazar su mediocridad con batas de seda y kimonos floreados, tal un palurdo de las clases altas o de las bajas. Parece conocer sus límites y no los traspone; es sensato, y su sensatez no le hace ir más allá de lo agradable. Pinta telas idem, en vista de gente con gustos no muy exigentes, que se diluyen en el placer de lo pintoresco de una anécdota, envuelta en coloraciones suaves y dulzonas.

En fin, es una mediocridad noble, porque no se esconde, y asimismo con rasgos personales, porque no imita ni calca a nadie. Dá todo lo que tiene y puede. Muchos de su misma condición han hecho pastichos, poniendo a contribución la técnica, la calidad tonal y la apariencia de estilo de los grandes maestros.

Todas estas no son grandes virtudes, aunque pueden serlo dentro del marco de lo relativo.

Tableaux Modernes (Escuelas Belgas y Francesas.

La denominación es un poco caprichosa. No son modernos los cuadros de la escuela belga, y menos los de la francesa. No se puede contar como muy moderno a Eugenio Delacroix, quien nace y muere en 1798-1863. Lo es un poco más Renoir, que nació en 1841 y desapareció en 1920, después de una labor copiosísima y de un gran valor.

De Delacroix, del maestro del romanticismo pictórico francés, se exhibe un cuadro de reducidas dimensiones: "La Jeune lionne" (Leona joven). Esto no se podrá tomar jamás, no sólo como lo más representativo, sino como un vago indicio del prodigioso talento con chispazos de genio, del que ejerciera una saludable influencia en los pintores de mediados del siglo pasado. Las quiebras de las grandes glorias son éstas: que luego, después de haber muerto, con el afán del lucro se expone a la venta hasta lo que fueron sus estudios más defectuosos. Sin embargo, sea o no sea esta leona de Delacroix, es un buen boceto. No hay duda, la firma está por encima de su valor intrínseco.

Algo parecido nos sugiere la *Tete d'enfant* (cabeza de niño) del maestro de la escuela del impresionismo. Apenas si es una débil muestra de la pintura de Renoir.

En cuanto a los otros expositores, en su mayoría belgas, quitando Alfredo Delanois y algunos otros vivientes, son la antigualla mediocre de las generaciones clásicas, o neo-impresionistas.

De la pintura fuerte y vigorosa de Ensor, de Laermaans, no hay siquiera de los que pudieron ser sus discípulos. — At.

HUGO BERNASCONI

ARTURO TOSI

Entre las dos principales tendencias —impresionismo y neoclasicismo — a que se pueden reducir teóricamente los numerosos y dispares conatos de la pintura italiana, uno de los sitios particulares le espera al arte de Arturo Tosi: un puesto característico por la vehemente instantaneidad y la franqueza moderna de su visión y de su factura; igualmente distante de la impulsividad fácil del último impresionismo y de la frigidez esquematizada de la nueva academia: sin que por eso se mantenga en el medio o ambiguamente entre dos bandos, como puede acontecer con los mediocres, y más bien realizando por potencial instinto e inteligencia, una personal superación de ambas posiciones teóricas.

A este feliz resultado llegó Tosi por la unión de dos intrínsecas virtudes: una indefectible sinceridad artística que no le permitió nunca substituir las adquisiciones de la emoción del instinto por las cómodas fórmulas intelectuales, y la despierta ductilidad de su intelecto que lo mantuvo atento y propicio a las nuevas corrientes artísticas de nuestro tiempo, pronto a asimilarse lo que más podía ser útil a su expresión, sin dejarla que la desvirtuase totalmente.

Así, no pudiéndose señalar en su labor de la treintena, ningún cambio brusco en su manera, al contrario, siguiendo siempre una trayectoria rectilínea, le aconteció más de una vez sorprender al público con la novedad de su expresión, que al mismo tiempo se presentaba con el carácter de lo imprevisto y de la consecuencia: signo indudable, cuando ambos elementos se unen en una buena y vigorosa vitalidad.

Derivando también él del impresionismo (impresionismo lombardo, ya aclimatado en el ambiente por Cremona, Bianchi, Gola, Bazzaro y Grubicy, asimilándose rápidamente los resultados — más que las teorías — de los post-impresionistas franceses, nunca renegó de sus conquistas de luminosidad y de instantaneidad: pero injertando en éstas el anhelo constructivo de las nuevas tendencias, realizó expresiones siempre más fuertes y equilibradas, cada vez más simples y persuasivas, de una rara salud espiritual: y toda su carrera artística se resuelve en esa constante fidelidad hacia sí mismo y en esta lógica ascensión.

Nacido hace cincuenta y tres años, — después de haberse hecho notar por algunos ensayos de paisajes de gran vivacidad cromática, de un ímpetu, más manual que nacido anímicamente, anduvo a través del análisis del divisionismo, afinando, no solamente más el ojo, y expurgando su paleta, sino castigándose en los medios materiales de expresión; de modo que, sin darse cuenta él mismo, fué día a día interiorizándose con aquel innato ímpetu que en sus primeros ensayos lo había arrastrado a la truculencia de la pasta colorante, y a un grave descuido de la solidez de la estructura de la composición del cuadro.

Dedicado por algunos años al estudio de la figura humana, pudo ser señalado por la realización de algunos buenos retratos (en particular la bella cabeza "Malinconia", que se halla en la *Galleria Civica* de Milán y el robusto "Retrato" de su padre) entregándose luego totalmente al paisaje; prefiriendo las llanuras envueltas en la tenuidad de los vapores o sobre los poyos de las colinas gemadas de flores, y las grisuras otoñales sobre las tierras recien aradas, limitados por las azules lejanías.

Obtuvo así, en una pintura rápida, armonías de tocante delicadeza y de impecable distinción... Distinción en el color y en el corte, instantaneidad de expresión con rasgos nerviosos; una fineza casi mórbida de los pasajes de un tono a otro; un dulce sentimiento elegíaco de la campiña y una absoluta sinceridad al mantenerse en los límites de la propia emoción, sin sombra de exageraciones retóricas, son estas las características de este fecundo período.

Pero, arribado a la madurez de los años y del intelecto; afinado en los sentidos y en el espíritu, por el cotidiano ejercicio del arte, — cuando los dilectos resultados conseguidos podían más fácilmente inducirle a la adopción de una manera, cayendo en la repetición de sí mismo, supo reabrirse un nuevo camino volviendo a tomar robustamente contacto con la eterna primitividad de la naturaleza.

Le acaeció, entonces, de encontrar nuevamente su propia primitividad: esa calidad primigenia poseída por cada alma individual, que muchos jóvenes de hoy van buscando erradamente en una imitación erudita. Y he ahí que en esa íntima comunión se desborda aquel ímpetu de sus años mozos, pero ya para siempre hecho ímpetu interior, contenido por estar sobrecargado de fuerza.

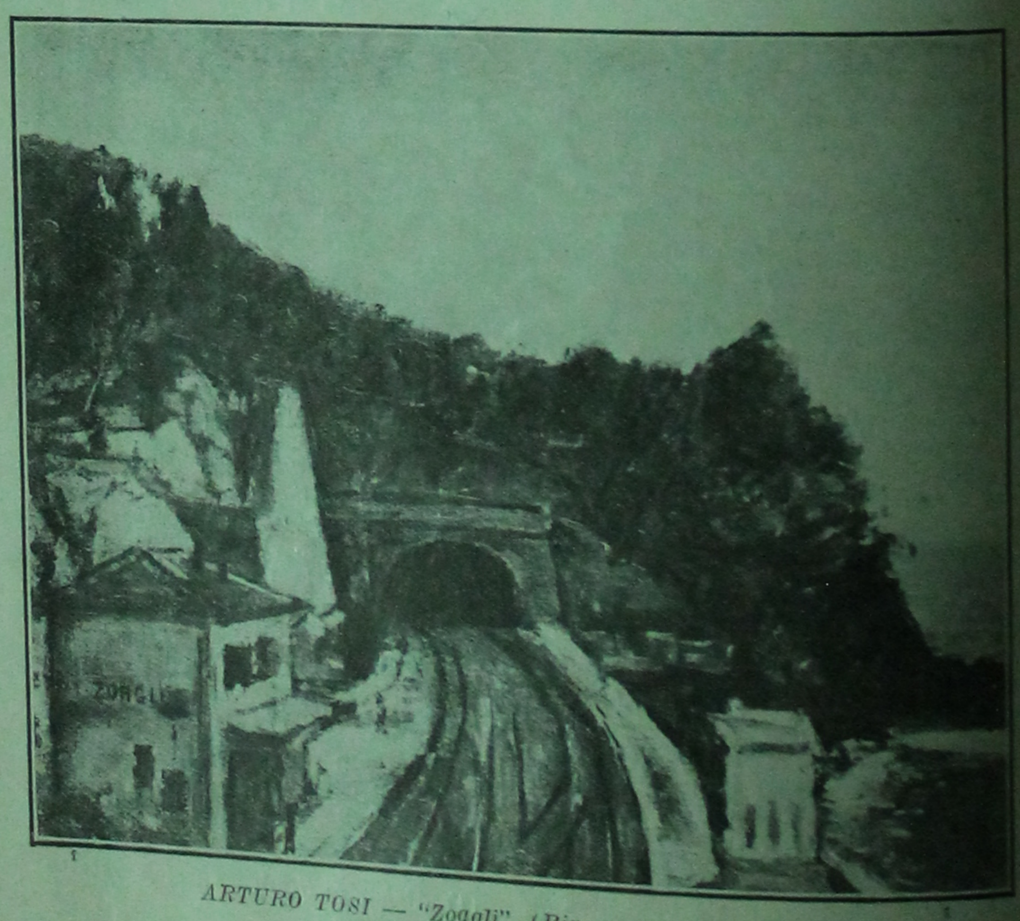
Es en este tiempo que, respondiendo a este deseo de mayor nitidez y virginidad en las cosas, se trasladó a las llanuras milanesas, a los pre-alpes del Bergamasco, donde la naturaleza, no obstante ser virgen y libre, no es salvaje y sí vestida de verduras cultivadas, de lejanas nieves, alegres y acogedoras.

Sucesivamente, el espectáculo y el estudio del mar en su compleja simplicidad en tonos y líneas, le valió mucho para completar este paisaje decisivo.

El color, que de exquisito en exquisito, amenazaba disolverse en vaporosidades inconsistentes, se rehizo súbitamente intenso y resuelto como en los ensayos juveniles; pero en un sentido más grave, emergiendo de los colores elementales del espectroscopio a las coloraciones turbias y jugosas del humo y de la onda.

Donde antes no era más que la fascinación de una juventud trepidante, surge ahora una masculinidad saturada y segura. La naturaleza cesa de ser para el pintor un placentero y florido arriate y se presenta tal cual es: una cálida forja de cosas.

Esta reconquista de la seriedad de la coloración, se valoriza y se completa por una progresiva visión de la forma, concebida con un amplio reasunto y de más reposada solidez. Al rápido abocetamiento de los tonos, que por armonizarse se mezclaban unos a otros, se sucede una armonía, no menos estrechamente entrelazada, de largos y nítidos planos de color, que si pudieron ser sugeridos a su inteligencia por la búsqueda de los cubistas, no caen jamás en la fijeza geométrica, y por derivar tales como son por la directa sensibilidad de la naturaleza, le resultan siempre vivientes y espontáneos. También aquello que tenían ayer de sumario, tumultuoso y excesivo, se está convirtiendo, en sus últimas obras, más ordenado y ceñido, otorgándole al cuadro una más clara estructura y una vitalidad más fundida con el todo. Es de presumir que precisamente en esta dirección, Tosi, acostumbrado a un continuo progreso, podrá lograr todavía bellas conquistas.



ARTURO TOSI — "Zoagli" (Rivera de Liguria)

ARTU

Para acercarse siempre más
cepto de sólida y libre forma
una práctica asidua del dibu
en estos días entre los pinto
rara aún entre los paisajistas
to entendida para adueñarse
mente del singular aspecto de
sino para encontrar los valo
res de sombra y de luz, expr
por así decirlo — la esencia
curo. De aquí la impresión de
coloreada que nos dan sus dib

Toda su producción se dirig
dad, hacia la intensidad del
robustez del claroscuro, sin h
nos del sentido de la atmósfe
pero húmedamente vaporosa
pre fué la característica de
lombarda, desde Borgogne a
Previati y es en esta atmósf
cedumbre, que Tosi supo alca
fulgidez del color, en parti
en la pintura de las flores
dedicó en estos últimos años
apto a extraer de su paleta
na sonoridad. Es así que su
infunde, sustancialmente, alg
retenida melancólica dulzura
repliega sobre sí misma, sino
va virilmente hacia los vér
alegría.

Por tantas virtudes de ter
y de intelecto, por tanta leal
pósitos y constancia laborio
todo, por esa su íntegra fide
su persona y hacia su tierra
fundiza lógicamente la esenci
— Arturo Tosi se nos apar
sólo como uno de los más ti
sentantes de la pintura lom
también como el más definid
paisajes que nuestra genera
a Italia.

MAURICE DENIS

De Gauguin y Va
al clasicism

*A mis queridos disc
Andrés a Ranson.*

La gran tormenta que re
francés hacia el 1890, salió
del "per Tanguy", comerciant
res, calle Clazel, y de la pos
de Pont-Aven. En Pont-Av
reunía a algunos discípulos,
Seguin, Filiger, Serusier y
Hahn; tal era la "pesada es
terías rudimentarias, entre s
de sidra" (1). En lo de Tan
jo de la Comuna, un dulce so
quista, se exponían, para ed
los más jóvenes, las producci
cionarias de Van Gogh, de
Emilio Bernard y de sus ém

ARTURO TOSI "Al pie de la colina"

Para acercarse siempre más a este concepto de sólida y libre forma, le ayudó una práctica asídua del dibujo — rara en estos días entre los pintores, y más rara aún entre los paisajistas — no tanto entendida para adueñarse neumónicamente del singular aspecto de las cosas, sino para encontrar los valores expresivos de sombra y de luz, exprimiendo — por así decirlo — la esencia del claroscuro. De aquí la impresión de atmósfera coloreada que nos dan sus dibujos.

Toda su producción se dirigió, en verdad, hacia la intensidad del tono y la robustez del claroscuro, sin hacer a menos del sentido de la atmósfera límpida, pero húmedamente vaporosa que siempre fué la característica de la pintura lombarda, desde Borgogne a Ranzoni, a Previati y es en esta atmósfera de dulcedumbre, que Tosi supo alcanzar la gran fulgidez del color, en particular modo en la pintura de las flores a la que se dedicó en estos últimos años como más apto a extraer de su paleta una extrema sonoridad. Es así que su pintura nos infunde, sustancialmente, algo como una retenida melancólica dulzura que no se repliega sobre sí misma, sino que se eleva virilmente hacia los vértices de la alegría.

Por tantas virtudes de temperamento y de intelecto, por tanta lealtad de propósitos y constancia laboriosa, y sobre todo, por esa su íntegra fidelidad hacia su persona y hacia su tierra — que profundiza lógicamente la esencia de la raza — Arturo Tosi se nos aparece hoy no sólo como uno de los más típicos representantes de la pintura lombarda, sino también como el más definido pintor de paisajes que nuestra generación le dió a Italia.

——— *** ———

MAURICE DENIS

De Gauguin y Van Gogh al clasicismo

A mis queridos discípulos de la Academia Ranson.

La gran tormenta que renovó el arte francés hacia el 1890, salió del negocio del "per Tanguy", comerciante en colores, calle Clazel, y de la posada Gloanec de Pont-Aven. En Pont-Aven Gauguin reunía a algunos discípulos, Chamaillar, Seguin, Filiger, Serusier y el holandés Hahn; tal era la "pesada escuela de materias rudimentarias, entre sendos vasos de sidra" (1). En lo de Tanguy, un viejo de la Comuna, un dulce soñador anarquista, se exponían, para edificación de los más jóvenes, las producciones revolucionarias de Van Gohg, de Gauguin, de Emilio Bernard y de sus émulos, colgadas en desorden al lado de las telas del maestro incontestable, del iniciador del nuevo movimiento, Pablo Cézanne.

Bernard, Van Gohg, Anquetin, Toulouse-Lautrec eran rebeldes del taller de Cormon; nosotros, Bonnard, Ibels, Ranson, Denis, rodeando a Serusier, fuimos los rebeldes del taller de Julián. Simpatizando con todo lo que nos parecía nuevo y subversivo, íbamos, no solamente hacia los que hacían tabla rasa de la enseñanza académica, sino también, y sobre todo, del naturalismo, fuese romántico o fotográfico, entonces admitido universalmente como la sola teoría digna de una época de ciencia y de democracia. Nos hemos vuelto a encontrar después entre los primeros Independientes, entre los cuales ya se sentía la influencia de Seurat y de Signac.

A las audacias impresionistas y divisionistas, los recién llegados agregaban una ejecución zurda y una simplificación caricaturesca de la forma; y ese era el simbolismo. Ahora estamos acostumbrados a ese género de audacias, y el público también se ha hecho a ellas; pero entonces las confundía con las de los Incoherentes y los cabarets de Mont-Martre. El afiche y las revistas ilustradas popularizaron esas enormes fantasías de dibujo, esas exageraciones del carácter, entonces inéditas y completamente desconocidas para el viejo Grevin, Willete y hasta para Cheret, cuyas invenciones elegantes comenzaban recién a florecer en los muros de París. Las síntesis de los decoradores japoneses, no bastaban para alimentar nuestra necesidad de simplificación. Idolos primitivos o del Extremo Oriente, calvarios bretones o imágenes de Epinal, figuras de tapicerías o de vitraux, mezclado con recuerdos de Daumier, el estilo zurdamente poussinesco del Cézanne de las bañantes, de las pesadas paisanerías de Pissarro. A quienes han sido testigos del movimiento de 1890, nada les puede ya asombrar: los esfuerzos más salvajes, más incomprensibles de los ahora llamados "fieras" no pueden sino recordarnos las extravagancias de nuestra generación. Para conocer la emoción, el vértigo de lo inesperado, es preciso haber visto el café Volpini en la Exposición de 1889. Allá, en un rincón apartado de la gran feria, lejos de las artes oficiales y de las obras maestras acumuladas en la Retrospectiva, estaban abundantemente colgados los primeros Gauguin, los Bernard, los Anquetin, etc., reunidos por primera vez. Las curiosidades más hilarantes de la Exposición eran, y lo serían aun hoy, a pesar de la diferencia del público, las obras de Willumsen o de Rasetti, expuestas años más tarde en el pabellón de la Ville de París (Independientes).

El reproche que nos hacían los críticos de entonces, era el de que pretendíamos volver a balbucear. En efecto, volvíamos a la infancia, haciéndonos los bestias, y era entonces, sin duda, lo más inteligente que se podía hacer. Nuestro arte era un arte de salvajes, de primitivos. El movimiento de 1890 procedía a la vez de un estado de extrema decadencia y de una fermentación de renuevo. Era el momento en que el nadador que zambulle, al tocar fondo, asciende.

Sin duda la borrasca de 1890 había sido preparada. Los artistas cuya aparición, que hiciera tanto escándalo, fuerza producto de su tiempo y de su ambiente; sería injusto aislarlos de sus mayores, los impresionistas, y particularmente parece que la influencia de Camilo Pissarro fué sobre ellos considerable. Tampoco se les podría reprochar de haber desconocido a sus predecesores inmediatos, pues han manifestado desde sus comienzos la más gran estima por los que los habían puesto sobre el camino: no solamente Camilo Pissarro y Cézanne, y Degás y Odilon Redon, sino también Puvis de Chavannes, cuya gloria oficial hubiese podido, sin embargo, ser un freno a su juvenil intransigencia.

Era entonces el final necesario — acción y reacción, todo junto — del gran movimiento impresionista. Se ha dicho de todo sobre este asunto: ausencia de toda regla, la nulidad de la enseñanza académica, el triunfo del naturalismo, la influencia de los japoneses, habían determinado la eclosión alegre de un arte aparentemente libertado de toda traba. Motivos nuevos, el sol y las iluminaciones artificiales y todo lo pintoresco de la vida moderna, habían sido admitidos en los dominios del arte. La literatura mezclaba a las vulgaridades del realismo agonizante los refinamientos del Simbolismo; el "trozo de vida" se servía completamente crudo; al mismo tiempo que el amor aristocrático por el vocablo raro, por el estado de alma inédito y de la obscuridad en la poesía, exasperaba el lirismo de los escritores jóvenes. Lo que nosotros le pedíamos a Cézanne, a Gauguin y a Van Gohg, ellos lo encontraban en Verlaine, en Mallarmé, en Laforgue: "De todas partes, decía Alberto Aurier en el artículo-manifiesto de la *Revue Enciclopédique*, se reivindica el derecho al ensueño, el derecho a los pastoreos del azul, el derecho a volar hacia las estrellas negadas de la absoluta verdad. Las copias miopes de anécdotas sociales, la imitación imbécil de las verrugas de la naturaleza, la observación chata, el *trompe-l'oeil*, la gloria de ser tan fiel, tan banalmente exacto como la daguerreotipo, no conforma más a ningún pintor, a ningún escultor digno de ese nombre." Los músicos, menos nihilistas que los pintores, pero como ellos preocupados de mayor libertad individual y de más expresión, reciben, sufren la influencia del romanticismo wagneriano, de lo pintoresco ruso y de la música pura que les revelan César Frank, Bach y los contrapuntistas del siglo XVI.

Todo fermentaba. Pero al fin es necesario decir que en las artes plásticas, la idea de arte, por de pronto limitada a la idea de copia, no se apoyaba sobre otra cosa que sobre el prejuicio naturalista del temperamento, o mejor dicho, de la sensación individual. Ellos ven así, decía la crítica. Nosotros llevamos al colmo el desprecio por las convenciones, sin otro propósito que el de negarlas: el derecho de hacerlo todo no reconocía ninguna restricción. Fué el exceso de ese desorden que trajo como reacción el espíritu de sistema y el gusto de las teorías. Seurat fué el primero que trató de substituir a la improvisación, más o menos caprichosa, del natural, un método de trabajo reflexivo. Buscó de poner orden, de crear una nueva doctrina que todo el mundo esperaba. Tuvo el mérito de intentar la reglamentación del impresionismo. El apresuramiento con que sacaba conclusiones estéticas de ciertas teorías de Chevreul o de Carlos Henry, o de sus propias tentativas, ha hecho de su obra, desgraciadamente muy pronto interrumpida, una experiencia truncada. Por admirable que haya sido ese primer esfuerzo contra la libertad, es un hecho que, a pesar de la inteligencia, la perseverancia y el talento del coladorador de Seurat, Pablo Signac, no tuvo repercusión profunda, mientras que el sintetismo y todos los propósitos de Gauguin y de Van Gohg han tenido una influencia considerable sobre los jóvenes pintores en Francia, en Alemania y hasta en los extremos de Europa.

JUAN PALAZZO

LA CASA POR DENTRO

MISERIA

(Conclusión)

Este hermoso *sí*, producía un cosquilleo que, contagiándose y aumentando rápidamente, concluían las otras mujeres por agarrarse a la barriga para estallar en descomunal risotada.

Otras veces era con la casera, señora de sesenta años. Cuando se dirigía al fondo, doña Concepción la chistaba:

—Isabel... Isabel; oiga.

Y ante el gesto malhumorado de la encargada, por esas maneras impropias, el grupo solidario sonreía maliciosamente.

Así pasaban la vida. Pero entre otras, había una cosa que a ella le preocupaba en serio. Era el turco Emilio, cuyo golpe de vista fascinador turbaba su parsimonia característica.

El tilingo la tenía loca. Este, sin embargo, permanecía impasible, retorciéndose los bigotes. Doña Concepción asediaba su llegada, interceptándole el camino. Esquivando su encuentro, el turco saludaba solemne, siguiendo adelante.

Fracasadas esas tentativas, recurrió a la insinuación. Cuando lavaba, inclinando su voluminoso torso sobre la silla que sostenía el tacho, dejaba ver las piernas a la altura de la fosa poplítea. Era un arranque acelerado, furioso, carnal. La ancha pollera se abría y cerraba. Las dos porciones del glúteo se estremecían palpitantes. Y nunca concluía de frotar las ropas; nunca cesaba de darse vuelta, respirando sofocada y oprimiendo los labios con dolorosa voluptuosidad. En vano. El otro miraba, sí, pero ni entusiasmado ni indiferente, acaso con cierto desencanto frente a un objeto que quisiera, mas no puede ser mejor; tal vez por puro cumplimiento; quizás para satisfacer su orgullo de hombre festejado. La verdad era que había corrido tres meses de inútil espera. Ella sabía de sobra que las líneas de su cuerpo eran enormemente desiguales; que su cara, chica y punteada de manchitas, lo mismo que los brazos, repelían al mirador; que sus cabellos eran una mixtura de amarillo y castaño; que llevaba los senos caídos; que bebía indecorosamente; que era una mujer rara, infrahumana; que el marido era llevadero; que su pretensión estaba muy mal, muy mal. Mas, ¿cómo refrenarse? Sus antojos eran imperantes, y exigían rápida realización. Se le había metido en la mollera atraerse al turco, y atacaba impertérrita.

Al verlo llegar, le brindaba con cien sonrisas. Y nada. Volcánica, por último, usó el guiño manifiesto, decisivo e interrogante, como diciéndole: ¿vienes? Tampoco nada.

Cierta mañana, tras un breve cambio de palabras, le zumbó veloz, como en broma:

—Vea, por cinco pesos, a cualquiera le doy ésto.

Y señaló su trasero.

Emilio, rojo de vergüenza, se marchó de allí.

Perdida la última esperanza, entregóse a la desesperación, a la rabia, a la envidia.

—¡Se ha fijado usted en ese tilingo!

En la mesa conversaba menos que nunca. Permanecía cabizbaja, masticando con lentitud. A ratos enhiestaba la cabeza, dibujándose en su rostro la expresión del pleno aburrimiento, los gestos mal disimulados de su desamor hacia el infeliz allí presente. Inocencio le preguntaba:

—¿Por qué ponés esa jeta?

—¡Qué sé yo!

Cogía la botella, y llenaba su vaso una, dos, tres veces. Se sorbía el líquido de un trago, golpeando ruidosamente con la copa sobre la mesa. Ocurría que Inocencio, fuera de sí, comenzaba a dar patadas en el suelo. Fingiendo ignorancia, ella interrogaba a su vez:

—¿Qué tenés?

—¡Esto sí que está lindo! Servime a mí como corresponde.

La botella se vaciaba, y allá iba por otro litro, que asimismo desaparecía.

A la tarde, de nuevo cruzaba a compiar el agrio y turbio campeche. Virgilio sesteaba. Sentada junto a la mesa de aquel cuarto maloliente y desordenado, ajena al mundo, bebía y bebía atiborrándose por completo. Su cabeza era un caos y ardía en fiebre. Sus ojos relampagueantes, brillaban igual que cristal húmedo. En la región de su labio superior, bordeaba la señal violácea del vino. Deshecha, se balanceaba de uno a otro costado, estirándose de piernas, moviendo los brazos, replegándose luego. A sus contorsiones acompañaban muecas horribles. Después parecía serenarse. Entornaba los ojos, vencida por el amodorramiento. Después despertaba, reaccionaba y se prendía al vino.

Una tarde, completamente ebria, se retorcía como un junco. Quiso continuar bebiendo, pero le faltaron las monedas necesarias. Sin reflexionarlo, agarró la botella junto con el vaso; salió del cuarto y bordejando por el patio, llegó hasta donde vivía la encargada. En tono autoritario le pidió dinero, y ella se negó a dárselo. Furiosa, volvió a la cueva.

En ese instante el chico lanzaba ensordecedores ronquidos. Inundada de cólera, avanzó resuelta en dirección a la cama. Lo asió de la cintura, y en seguida, ciega, brutal, sus puños cayeron a martillazos sobre los omoplatos y los riñones.

—¡Chino! ¿Esas son formas de dormir? ¿Lo aprendiste de tu padre? ¿Eh? ¿sí? Bueno, tomá, tomá — respondía con golpes a sus mismas preguntas.

Agotada, se echó en la silla. Virgilio, machucado, profería gritos que partían el alma. Los vecinos salieron al patio. Algunas mujeres, más olfativas que indignadas, dirigían la vista hacia el cuarto cerrado; otras protestaban a media voz; Said arrojaba incomprensibles anatemas, blandiendo los puños al aire. El paisano vecino, sin inmutarse, filosóficamente, transfundía su pacífica sensibilidad en el humo azul del narguile que lanzaba a grandes bocanadas. Sólo Madama Margot fué a reprenderla. Intentó abrir la puerta pero en vano. Nadie respondía. Virgilio ya no gritaba. Madama Margot insistía ahora amenazante.

—Abra, le digo; abra, que si no será peor.

De pronto asomó en el marco del vidrio la minúscula cabeza de doña Concepción, y observando a la otra de hito en hito, la apostrofó despreciativa, escupiendo en el cristal:

—¡Andá al diablo, vieja franchuta!

Y se dejó caer otra vez en la silla. Ya estaba harta de su vida, de la gente, de todo. Muerto el primogénito, no deseaba saber nada de hijos. ¿Para qué? Le nacían enfermos, raquíticos. Virgilio era un manojo de carne blanda. Tenía la sangre viciada igual que ellos, y en la mesa reclamaba siempre su parte de vino, de lo contrario lloraba.

¡Tener hijos! ¿Para qué?

Esta interrogación la inquietaba de veras. Pero Inocencio que, engolfado en un mundo de vagas sensaciones, apenas veía la realidad de las cosas, oponía razones morales, para ella de escasa solidez, como la sociedad, el deber, el instinto de la especie, la familia.

Habían pasado dos años. En la casa ya no predominaba su espíritu versátil y tramoyista. El cambio de varios vecinos, y el aislamiento que se le hizo a consecuencia de los inevitables chismes, fueron los móviles principales. Posteriormente a la cómica ruptura formal con el tilingo, se enemistó con Madama Margot y la pareja de catalanes. Todo esto la obligó a librar una formidable batalla con la rubia, enviando al marido de ésta un equívoco anónimo en el que campeaba la más negra trapisonda. En ese papelucho, ausente de ortografía, llamaba a Mercedes "cochino", y al esposo "honrrado hombre que sudava la gota gorda, trabajando, mientras la infame en brasos de otro le deteñía la sábana".

Malquista con todos, a la postre se encontró sola, condenada al silencio que, para doña Concepción, era uno de los mayores males.

Por ese tiempo la sorprendieron de consuno el nacimiento de un nuevo hijo y la enfermedad de Virgilio.

Próxima a parir, intentó convencer a Inocencio sobre el punto que éste no admitía, por considerarlo escabroso y desdiado. Ella forcejeaba, arreglándoselas para aparecer persuasiva, convincente. Con una perspicacia ya ejercitada, le tendía el señuelo de las caricias, de los lloriqueos, de sus sufrimientos. Ahondando siempre, lograba sumergirle en un mundo terriblemente dantesco, donde sus hijos danzaban sin tronco ni extremidades.

Fueron para ella días de rabietas, de violentas discusiones y amenazas horrendas. A la terquedad de Inocencio se unía algo más grave que la tenía fuera de quicio. Apenas traspasaba los umbrales de su cueva, las miradas de sus enemigas caían como flechas en el vientre fecundo. ¡Ah, cómo sonreían las muy puercas viéndola andar despatarrada y con pesadez! Con frecuencia las sorprendía cuchicheando en los rincones, contra las paredes, dentro de las piezas, detrás de las cocinas. Sólo llegaba a ella el runrún de las frases dichas a boca entrecerrada. Rallas, aguzando el oído. El desbande era inmediato, pues quien más, quien menos, todas la temían. Pero con claridad entendía lo que murmuraban de ella. Seguramente la desmenuzaban por su crueldad con Virgilio, por sus frecuentes borracheras, por su falta de puntualidad en el pago de los alquileres, porque sopló a Fulana su deseo de abortar, por el anónimo, porque nunca las dejaba tranquilas. — No importa — decíase. — Ya me las pagarán.

Y se mordía los labios.

A pesar suyo, se abandonaba y cedía al impulso dominante de la naturaleza. Rencores, propósitos, ideas, se estumaban poco a poco en el vacío. El egoísmo acabó por vencerla. Así nació el hijo. A los breves días enfermó Virgilio.

Virgilio jugaba y corría con los demás chicos, pero a lo mejor deteníase, fatigado, dolorido, poniendo una cara de prematura tristeza. Cuando esto sucedía, acurrucábase en un rincón cualquiera para descansar. Al cabo de un rato, volvía a sus diabluras de muchacho, corriendo, montado en una escoba, por el fondo del caserón.

Más tarde, le resultó doblemente penoso traquetear a su gusto. A la fatiga, se agregó un abatimiento físico casi continuo. No ya correr, hasta caminar le era imposible sin experimentar en los muslos y en las piernas una especie de entorpecimiento.

Con frecuencia se quejaba a la madre.

—No es nada — replicaba indiferente.

De noche, sin embargo, y en presencia de Inocencio, solía frotarle la espalda con una tintura. Virgilio, al levantarse, iba en busca de los otros. Transcurrida una hora, recomenzaban los dolores dilacerantes como en la jornada anterior; y entonces, caminando a gatas, se acercaba a la madre gimiendo, insistiendo, suplicando:

—Mamita, ¡me duele!

—No es nada.

—Mamita, mamita, ¡me duele mucho!

—Son mentiras.

En esa forma siguió dos meses, jugando y sufriendo. Un día se le formaron supuraciones. Después, en la región lumbar, asomó una pequeña prominencia angulosa. Su estado les inspiró miedo, y recién resolvieron llevarlo a un hospital para que lo revisaran. Allá le dijeron que padecía el mal de Pott.

A indicación del médico, todos los mediodías le hacían recibir baños de sol en pleno patio. Era una escena extraña y afligente. Rodeado a cierta distancia de los otros pequeños, doblegaba la cabeza lo mismo que un perro vencido por el hambre. Los rayos benéficos caían oblicuos sobre la espalda amarilla y de omoplatos unidos, cuyas alas se teñían de un sudor violeta.

Y vino el invierno, como decir la muerte. Debido a las paredes demasiado altas, el sol no llegaba al suelo, sumergiendo la casa en una enfermiza semioscuridad. En cambio de baños, intentaron darle aceite de Noruega. Desde el primer instante lo rechazó.

—Es feo — había dicho. — Me gusta más el vino.

Cosa que no le negaron. Mientras tanto amamantaba a Roberto, su tercera desgracia.

En esas mañanas de crudo frío, lo paseaba en brazos por el patio, yendo y viniendo, alzándolo al aire, moviéndolo de diestra a siniestra besándole en los párpados, al par que le canturreaba una canción sentimental o ultrapicaresca que ella sabía muy bien. Andando, llegaba junto a la pieza de la vieja Margot, tanto para picarla; metía el hocico en los vidriales del taller bohemio, atisbando por las junturas; daba unas vueltas alrededor de la magnolia; de allí se encaminaba al primer patio. En seguida volvía, deteniéndose a cada paso, para contonear la mole de su cuerpo en un tratoviesa y diabólico vaivén o lanzar una ojeada de través a las habitaciones pulposas de los turcos.

Al principio era un divertido pasatiempo que compensaba las horas aburridas. Luego, como en todas sus cosas, el entusiasmo disminuyó. El paseo se volvía monótono, mecánico. Nadie advertía su persona. Los vecinos, puerta adentro, suspiraban largamente por el retorno de la primavera que les traería un poquito de sol.

En las mañanas sucesivas, ya no lo paseaba ni le sonreía. Arropado en sucios pañales, dejábalo en la cuna durante las veinticuatro horas.

El desapego a los suyos renacía constante. En vano se esforzaba si pretendía amar a sus hijos una semana entera. La vida, para ella no le ofrecía otras satisfacciones que la de los puros instintos. Después nada. La realidad era amarga y cruda. Veía miseria por todas partes, en el mantel de la mesa, en los guiñapos de los chicos, en el piso destartalado y bajo, en la cama desvencijada, en las sillas rotas, en el aparador vacío, en su vestido deteriorado por la polilla, en el pan que comía, en el caldo sin sustancias, en el puchero pelado, en el vino amodorrante.

—¿Ves lo que son los hijos? — le decía a Inocencio. — ¿Comprendes ahora?

Inocencio hundía la cabeza. Doña Concepción proseguía subiendo de tono, de tal modo, que Virgilio, atemorizado, se escurría de la pieza.

Estas escenas se repetían diariamente, en la mesa y en el lecho. El nunca replicaba, lanzando sólo, como al descuido, ciertos vocablos conciliadores y fatalistas: *es la yetta, el destino, qué le vamos a hacer*, sin saber que así la enfurecía más.

Pero quiera que no, al cabo tuvo que batirse. Y entonces empezaron a lanzarse insultos.

—Vos tenés la culpa — clamaba Concepción.

—Y también vos, ¡qué diablo! ¿Acaso no te revolcaste conmigo?

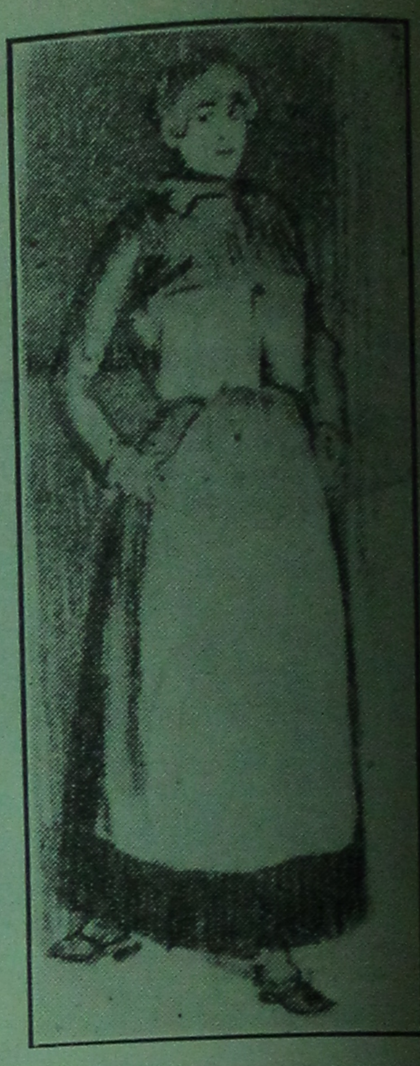
—Callate, perro.

—¡Vaca!

En cierta ocasión, mientras altercaban, ella con el dedo índice trazó en el aire un círculo demasiado gráfico, que Inocencio, comprendiéndolo al punto, la fulminó con esta magistral frase que rara vez salía de sus labios, no estando borracho:

—Para eso nací antes que vos.

A pesar de su abulia y ceguera que le arrastraban a cometer infinitos errores, Inocencio sentía más que ella el derrumbe de una felicidad forjada en noches de locuras. Incapaz de anticiparse a los desastres, tenía momentos de congoja, de incertidumbre, de arrepentimiento. Cuando alguien le preguntaba por qué Virgilio era algo jiboso, la pena invadía su



ser. Los domingos, especialmente, cuando lo llevaba consigo a la plaza San Martín para que el chico jugara en la arena, no podía contemplarlo fijamente cinco minutos sin que asomaran en sus ojos unas lágrimas. Pues el contraste era violento. Había allí una bandada de criaturas sanas, de mejillas sonrosadas, de labios purpúreos y eléctricos en los que chispeaba la fresca sonrisa de la infancia. El suyo permanecía tieso, grave, apilando arena para hacer una montaña que nunca subía lo suficiente. Montaña que, como él, caía al más leve soplo.

Si era en el taller, la imagen de Virgilio se le aparecía gráfica. Lo veía en la cueva, arrinconado, con la boca entreabierta; en la mesa, sin probar bocado y a la zaga del vino sobrante; en el patio, haciendo simulacros de soldadito que al andar doblega la columna vertebral. Lo veía más tarde en la escuela, desatento y siendo la mofa de sus condiscípulos. Lo veía ya joven, inútil y exhausto, acodado sobre el mostrador de los almacenes. Luego, sucesivamente, lo veía en el hospital, en el manicomio, en la cárcel con la nariz fuera de la reja... De lejos venían los acentos de reproches, las amargas recriminaciones. Por asociación llegaba a Roberto. ¿Sería también un perdido? ¿Un incompleto? ¿Andaría como el otro hociqueando el suelo, bajo el peso de una herencia de pesadumbres? Sí, no, quién sabe. De cualquier modo, él era un inconsciente, un atolondrado, un pobre de espíritu que obraba según la presión de los vapores alcohólicos.

De mañana, y a su regreso del trabajo, movido por el desastroso arrepentimiento, colocaba en sus rodillas a Virgilio. Así quedaba minutos largos, aparentemente encantado. A ratos le sonreía, pero era una sonrisa agria, aniquiladora. Por momentos le estampaba un beso, pero era un beso rápido, maquinal. A petición del chico, le narraba un cuento, un cuento insulso que suspendía a la mitad.

Después de cenar, lo sentaba en el umbral de la puerta, y él, parado, miraba sobre, la bóveda del cielo, el rodar de los carruajes y tranvías. Había jurado no pisar más la bodega, huir de ella, empleando el dinero en cosas útiles. Pero un nuevo plan de vida era tarea ardua. Una, dos noches se abstuvo de cruzar la calzada. Luego fué y pidió vino y hasta se bebió la porción que en vano reclamara probar. Más aún. Se trataba de medios litros, que los repetía a solas en varias sesiones. Volver borracho se convirtió una costumbre. Si en semejante estado antes le mordía cierto pudor por los vecinos, ahora como ex profeso buscaba la compañía de los mismos, sin contenerse en las palabras, sin contener su aliento fétido.

Una noche salía de la bodega delirante, fantástico. Había bebido de manera tan escandalosa, que el vino le chorreaba

por la camisa. En su cerebro
idea, una idea negra, macab
gió al principio nebulosam
pués precisa, clara, contorn
tado, recurría al vino. Su
embotaba, pero la idea ava
oprimía, acorralándolo, ven
reloj, que él no percibía, ma
luego la una. Su petrificami
soluto. Cuando cerraron el n
todavía otra botella. Entonc
el local, obligado, de lo cont
permanecido así hasta despu

Ya en la calle, cruzó la a
tuvo ante la puerta del ca
luego entró, caminando a
la noche era completamente
la casa no se distinguían lo
palpó los bolsillos buscando
llevaba. Anduvo algunos pas
vo se detuvo. En su volcá
bailaba la idea. Esa idea lo
ciéndole apresurar la marcha
en la cueva, la luz de la
encontró encendida, ardía
Aquello se le figuró un antro
representación de su vicio,
tral vicio.

Todos roncaban. Balancea
ba, pensaba siempre en la
Los oídos le aturdían por
de la sangre. Los dientes
ban, la respiración le era di
tía en su cuerpo temblor y
Maquinalmente y tropeza
gió a la cama. Agachándose
pudo hasta juntar sus labi
de ella, le dijo bajito, dánd
—Concepción, escucha. Esc
cepción. Despierta. ¡Ah!, oy
rre una idea, una gran ide
Sorprendida, se incorporó
—¿Qué pasa? — inquirió
mán.
—No te asustes — pros
lenguaje cariñoso y cortad
asustes. Tienes razón: nues
valen nada, son como galli

Errico Malatesta

EN EL

Usted me dirá: el pueblo
nizará, etc. Pero esas son
mente sucederá es que desp
nos largo de desorden, de
tragos, un nuevo gobierno
restablecerá el orden... y

¿Para qué, pues, tanto

Jorge. —Si debiese ocu
eso habría sido inútil la in
una revolución las cosas n
a su estado anterior, por e
frutado un período de lib
su fuerza y no es fácil hac
diciones de antes. El nuevo
de que no podría perman
alguna satisfacción, y de o
ascenso dándose el título d
la revolución.

Naturalmente, la misión
realmente sería impedir qu
jos y restringir y alterar,
conquistas de esa revolució
cosas a su estado de antes

Y eso es lo que ha oc
nes pasadas.

Pero nosotros tenemos
revolución próxima se obr

César. —¿Y por qué?

Jorge. —Porque en la
lucionarios, todos los inicia
la revolución querían tran

por la camisa. En su cerebro bullía una idea, una idea negra, macabra, que surgió al principio nebulosamente, y después precisa, clara, contorneada. Espantado, recurría al vino. Su espíritu se embotaba, pero la idea avasalladora le oprimía, acorralándolo, venciéndolo. El reloj, que él no percibía, marcó las doce, luego la una. Su petrificamiento era absoluto. Cuando cerraron el negocio, vació todavía otra botella. Entonces abandonó el local, obligado, de lo contrario hubiera permanecido así hasta despuntar el día.

Ya en la calle, cruzó la acera y se detuvo ante la puerta del caserón. Desde luego entró, caminando a tientas, pues la noche era completamente oscura, y en la casa no se distinguían los objetos. Se palpó los bolsillos buscando fósforos. No llevaba. Anduvo algunos pasos y de nuevo se detuvo. En su volcánico cerebro bailaba la idea. Esa idea lo iluminó, haciéndole apresurar la marcha. Al penetrar en la cueva, la luz de la lámpara que encontró encendida, ardía tenuamente Aquello se le figuró un antro del vicio, la representación de su vicio, de su ancestral vicio.

Todos roncaban. Balanceándose, pensaba, pensaba siempre en la misma idea. Los cídos le aturdían por la afluencia de la sangre. Los dientes le castañetea ban, la erspiración le era dificultosa. Sentía en su cuerpo temblor y escalofrío.

Maquinalmente y tropezando, se dirigió a la cama. Agachándose todo lo que pudo hasta juntar sus labios a la cara de ella, le dijo bajito, dándole tirones:

—Concepción, escucha. Escúchame, Concepción. Despierta. ¡Ah!, oye. Se me ocurre una idea, una gran idea.

Sorprendida, se incorporó.

—¿Qué pasa? — inquirió con un ademán.

—No te asustes — prosiguió en un lenguaje cariñoso y cortado; — no te asustes. Tienes razón; nuestros hijos no valen nada, son como gallinas enfermas. Tienes razón; no valen nada, nada, nada, pero lo que se llama nada. Tienes razón. Es mejor matarlos.

—¿Qué dices?

Y mientras, atónita, lo contemplaba ella, Inocencio se llegó a la cuna de Roberto. Por la luz tenía el niño un tinte de cera pálida. Procurando no despertarlo, lo tomó en sus brazos, y luego, cuando le quitó los trapos de encima, cuando lo hubo amordazado con un pañuelo estampó sus manos abiertas a cada lado de la cintura, y apretó, apretó, hundiendo las uñas en la carne blanda, sedosa, informe.

Como la otra vez Virgilio, Roberto, libre de la mordaza, comenzó a gritar. En el silencio, los gritos sonaron desgarradores.

Doña Concepción, que preveía las consecuencias del drama, saltó súbita del lecho, le arrebató el niño, y corriendo, fué a golpear a la puerta de la encargada. Esta salió y ambas volvieron. Roberto que renacía, continuaba gritando. Doña Concepción, antes que todo, expresó que le había dado un ataque.

Entonces Inocencio se interpuso entre las dos, y en el mismo lenguaje cortado, lento, finalizó:

—Ella miente. Falta a la verdad. No es eso, ¿sabe? Es la miseria, la puerca miseria, esta vida de miseria...

Y sin poder tenerse en pie, se desplomó en la cama, boca abajo, estallando en ese convulsivo llanto de los borrachos.

1918.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de **MIGUEL BAKUNIN:**

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

I. K.

LA RAZON NO BASTA

"¡La razón no basta!" — así tituló Ricardo Mella un artículo; esas breves palabras nos han producido tan hondo sacudimiento, como si hubiese caído uno de los puntales de nuestro espíritu. "¡La razón no basta!"

Y nuestra fantasía recorre en un vuelo veloz la historia de los siglos, desde las épocas más remotas, y examina los hechos grabados en el recuerdo, los compara y concluye automáticamente en esta triste y trágica perspectiva: "¡La razón no basta!"

Pero si la razón no ha bastado en el pasado, podrá tal vez bastar en el porvenir para determinar la vida del individuo y de la sociedad — es de esta forma como quisiéramos consolarnos. No obstante el corazón no late como cuando descubre una solución largamente anhelada; el alma permanece muda: bastará o no bastará la razón en el porvenir, nada sabemos. Lo cierto es que hoy no basta.

¡Dichosos los que no conocen las torturas de la duda e ignoran las angustias del desaliento y el pesimismo! Esas vacilaciones del espíritu martirizan más que las torturas físicas. Sentirse con fuerzas para el trabajo creador, con energías para dar golpes incesantes en el edificio de la vieja civilización, ver claramente las raíces del mal y entrever el remedio, estar seguros de que la justicia, la razón, la verdad están con nosotros y al mismo tiempo tener que confesar vuestra impotencia, la ineficacia de vuestra obra, el triunfo de aquellas malas pasiones que quisiérais sustituir por sentimientos más nobles y elevados, ver cómo vuestro amor a la verdad, a la justicia, a la libertad es pisoteado por la malevolencia y la mentira triunfante, comprobar que predicáis en el desierto, peor aún, que vuestras aspiraciones rebotan en la peña de la indiferencia o en el muro de los odios y os hieren de rechazo, ver cómo pasan los días y los meses, y los años, y siempre igual o cada vez peor, y tener que llevar al corazón la duda ¡y reconocer que la razón no basta! — ¿no es ese un tormento más punzante que el tormento físico?

Y nuestros precursores en el movimiento anarquista han podido tal vez templar el ánimo al contacto del ambiente fraternal e igualitario creado al calor de las ideas. Ni ese consuelo nos queda a nosotros, que vivimos con más inquietud y desencanto en lo que fué un movimiento que fuera de él. Hemos perdido toda cordialidad, nos hemos dejado envenenar por el mundo que queríamos transformar en un sentido de progreso y de bienestar para todos. ¡Hemos perdido el derecho a criticar el mundo de la burguesía y del autoritarismo! ¿Qué es lo que podemos ofrecer a los pueblos oprimidos y a las almas sedientas de libertad y de justicia? ¿Nuestras actuales pasiones? ¿Nuestro ejemplo actual de hostilidad y de insolidaridad internas?

No sabemos cómo poner diques al torrente desbordado; nuestra fuerza es eficaz para la labor constante, para la edificación sistemática, pero lo que se necesita es la energía titánica para resistir a un mundo que se hunde en la pasión de dominio y en los pantanos del odio; lo

Errico Malatesta

(II)

EN EL CAFÉ

Usted me dirá: el pueblo obrará por sí mismo, organizará, etc. Pero esas son palabras. Lo que probablemente sucederá es que después de un período más o menos largo de desorden, de disipación y tal vez de estragos, un nuevo gobierno ocupará el puesto del caído, restablecerá el orden... y todo continuará como antes.

¿Para qué, pues, tanto derroche de fuerzas?

Jorge. —Si debiese ocurrir lo que usted dice, no por eso habría sido inútil la insurrección, porque después de una revolución las cosas no vuelven nunca exactamente a su estado anterior, por el hecho que el pueblo ha disfrutado un período de libertad y experimentó también su fuerza y no es fácil hacerle aceptar de nuevo las condiciones de antes. El nuevo gobierno, si lo hay, comprende que no podría permanecer en el poder si no diese alguna satisfacción, y de ordinario trata de justificar su ascenso dándose el título de intérprete y continuador de la revolución.

Naturalmente, la misión que se impondría el gobierno realmente sería impedir que la revolución fuese más lejos y restringir y alterar, con un fin de dominación, las conquistas de esa revolución; pero no podría volver las cosas a su estado de antes.

Y eso es lo que ha ocurrido en todas las revoluciones pasadas.

Pero nosotros tenemos razón para confiar que en la revolución próxima se obrará mucho mejor.

César. —¿Y por qué?

Jorge. —Porque en las revoluciones todos los revolucionarios, todos los iniciadores y actores principales de la revolución querían transformar la sociedad por medio de leyes y querían un gobierno que hiciese e impusiese esas leyes. Era forzoso, pues, que se crease un nuevo gobierno y era natural que el nuevo gobierno pensase ante todo en gobernar, es decir, en consolidarse en el poder y por tanto en formar a su alrededor un partido y una clase privilegiada interesados en su permanencia en el poder.

Pero ahora apareció en la historia un nuevo factor representado por los anarquistas. Ahora hay revolucionarios que quieren hacer la revolución con fines puramente antigubernativos, y por tanto la constitución de un nuevo gobierno hallaría un obstáculo que no encontró nunca en el pasado.

Además, los revolucionarios del pasado, queriendo hacer las transformaciones sociales, cualesquiera que fuesen, por medio de leyes, sólo tenían en cuenta las masas por el concurso material que debían prestar, y no se ocupaban de darles una conciencia de lo que debían querer y del modo como podían realizar sus aspiraciones. En consecuencia, naturalmente, el pueblo, bueno para destruir, pedía luego un gobierno cuando necesitaba organizar la vida social ordinaria.

Pero, al contrario, nosotros tendemos con nuestra propaganda y con las organizaciones obreras a constituir una minoría consciente que sepa lo que quiere y que, mezclada con la masa, pueda proveer a las necesidades inmediatas y tomar aquellas iniciativas que en otro tiempo se esperaban del gobierno.

César. —Muy bien; pero como ustedes no serán más que una minoría y probablemente en muchas partes del país no tendrán ninguna influencia, se constituirá, sin embargo, un gobierno y tendrán que soportarlo.

Jorge. —Es, en efecto, muy probable que gobierno logre constituirse; pero que deberemos soportarlo... eso lo veremos.

Nótelo bien. En las revoluciones pasadas se tenía en cuenta ante todo la formación del nuevo gobierno y de ese gobierno se esperaba después el nuevo orden. Y en tanto, las cosas permanecían substancialmente en el mismo estado, y hasta se agravaban las condiciones económicas de las masas por la interrupción de la industria y del comercio. De ahí el cansancio que sobrevenía rápidamente, el apresuramiento por acabar y la hostilidad del público contra los que querían prolongar demasiado el estado insurreccional. Y así ocurría que el que se mostraba capaz de restablecer el orden, fuera un soldado afortunado o un politicante hábil y audaz, incluso el mismo soberano que había sido expulsado, era acogido con el aplauso popular como un pacificador y un libertador.

Nosotros, al contrario, entendemos la revolución de un modo diverso. Queremos que las transformaciones sociales a que tiende la revolución comiencen a realizarse desde el primer acto insurreccional. Queremos que el pueblo tome de inmediato posesión de la riqueza existente: que declare del dominio público los palacios de los señores y provea por iniciativa de los más voluntarios y activos a que toda la población sea alojada lo menos mal posible y se eche pronto mano, por medio de las asociaciones de constructores, a la edificación de las nuevas casas que se estimen necesarias; queremos que se *comunalicen* todos los productos alimenticios y bajo el control real del público, la distribución igual para todos; queremos que los agricultores se apoderen de las tierras incultas y de las de los señores y se convenzan prácticamente que en lo sucesivo esas tierras pertenecen a los trabajadores; queremos que los obreros se substraigan a la dirección de los patrones y continúen la producción por cuenta suya y del público; queremos que se establezcan pronto relaciones de cambio entre las diversas asociaciones productoras y las diversas comunas; y al mismo tiempo queremos que se quemen, que se destruyan todos los títulos y todos los signos materiales de la propiedad individual y del dominio estatal. Queremos, en suma, hacer sentir desde el primer momento a las masas los beneficios de la revolución y resolver las cosas de manera que sea imposible restablecer el orden antiguo.

César. —¿Y le parece que todo eso sea fácil de hacer?

Jorge. —No, sé bien todas las dificultades que se encontrarán; preveo que nuestro programa no podrá aplicarse de inmediato en todas partes y que donde se aplique, dará lugar a mil choques, a mil errores. Pero el solo hecho de que haya hombres que quieren aplicarlo y que tratarán de realizarlo donde sea posible, es ya una garantía de que en lo sucesivo la revolución no podrá ser ya una simple transformación política y deberá proponerse un cambio profundo en toda la vida social.

Por lo demás, algo semejante, aunque en proporciones relativamente mínimas, fué hecho por la burguesía en la Gran Revolución francesa del fin del siglo XVIII, y el antiguo régimen no pudo restablecerse más a pesar del Imperio y la Restauración.

César. —Pero si, no obstante todas sus buenas o malas intenciones, se constituye un gobierno, todos sus proyectos se desvanecerán y deberán someterse a las leyes como los demás.

Jorge. —¿Por qué?

Ciertamente, es muy probable que se constituya un gobierno o gobiernos. ¡Hay tanta gente que desea mandar y tantísima que está dispuesta a obedecer!

Pero que ese gobierno pueda imponerse, hacerse aceptar y convertirse en un gobierno regular es muy difícil si en el país hay bastantes revolucionarios y éstos han sabido interesar suficientemente a las masas para impe-

que se necesita es cerrar el paso al torrente de la ignominia triunfal y volver a agrupar las pasiones nobles, las aspiraciones elevadas, los pensamientos sinceros; lo que se necesita es volver la fiera a su guarida. ¿Quién es el titán que se atreve? La corriente desencadenada os derribará, seréis víctimas de su empuje incontenible y viendo sus devastaciones casi no nos queda más que un recurso: contemplar cómo se derrumban nuestros ensueños, ver cómo se disgrega y se desmorona el único ensayo de oposición al mal, a la mentira, al robo y al crimen hecho por la sociedad moderna: *el movimiento anarquista*. Si éste se descompone también, si el contagio letal de esta hora no deja impune siquiera el anarquismo, ¿qué es lo que debemos hacer? ¿qué es lo que tenemos que pensar?

Todo apostolado, todo esfuerzo de voluntad a través de una vida requiere ciertos alicientes, determinados apoyos morales y una fe inquebrantable a pesar de las vacilaciones. Pero, ¿qué es lo que nos queda a nosotros? ¿La fuerza? la monopolizan los privilegiados. ¿Las simpatías de una parte del pueblo? las vamos perdiendo enteramente, si no las hemos perdido ya. ¿La razón? — pero ¡la razón no basta! Tan pocos aspectos favorables hay de nuestra parte que ni siquiera contamos con el conformismo de aquellos espíritus que se cansan de la lucha y mueren o se suicidan intelectualmente antes de morir materialmente. No comprendemos cómo aquellos que se sienten abatidos, impotentes para la acción creadora, para hacer frente al mal y a la mentira, se dan por vencidos y se refugian al margen de lo que otrora fuera su campo de acción y la expresión de sus esperanzas. Por eso es aun más trágica esta posición nuestra. Vemos que la razón no basta, que la maldad triunfa, que la autoridad está más consolidada que nunca, que hemos perdido el derecho a combatir los vicios y los egoísmos de nuestros adversarios, vemos que el último baluarte, la última fortaleza internacional contra la injusticia y la dominación: el anarquismo, amenaza convertirse en ruinas, desaparecer en este vendaval arrollador que surgió de la catástrofe mundial del 14; sin embargo, por claramente que veamos o nos parezca que vemos esas cosas, no abandonamos nuestro puesto, no rendimos nuestra bandera! Lo último que muere es la esperanza y cuando la razón nos dice que nos ponemos en ridículo al asirnos a nuestra última piedra salvadora, la esperanza; cuando la razón nos presenta el espectáculo desconsolador de ruinas y de desastres, nos decimos también: ¡la razón no basta!

La vida reclama sus derechos. Pigmeos frente a un mundo, no nos rendimos. La razón no basta para hacernos abandonar un combate que lleva trazas de interminable y de infecundo durante muchos años, aunque tampoco baste para definir el triunfo de una causa. Pero nuestra resistencia al mal hará milagros; nuestro ejemplo ha de ser más elocuente un día que las pasiones mezquinas y las ambiciones bastardas que nos obligan a callar.

Y como toda actitud requiere una justificación ante la conciencia, a nosotros nos basta saber que hemos obrado con el corazón en la mano, que hemos abrigado sentimientos de fraternidad y de justicia, que hemos aspirado sinceramente a ser cada vez mejores. Si eso no basta, si eso no es bastante para edificar un mundo nuevo, para hacer sonar la última hora de esta falsa civilización, es una de las condiciones previas para abrir una brecha en el camino del porvenir.

Además ampliamos nuestra experiencia incluso en estos desastres seguidos: la guerra, el triunfo del bolchevismo en Rusia y del fascismo internacional, la disgregación del movimiento anarquista, la sofocación de los aspectos buenos y nobles del hombre. En ese panorama indescriptible reafirmamos una vieja verdad: la cuestión social es una cuestión social y no individual, ha de resolverse socialmente y no individualmente. El triunfo del fascismo y del bolchevismo ha desbordado el torrente, ha dado rienda suelta a la fiera que dormita siempre en el hombre; ¿cómo queríamos que el anarquismo constituyese un oasis, una fortaleza inexpugnable? Reflexionemos un poco: ¿será posible que ese movimiento constituya una fortaleza sólida en medio del vendaval devastador? Prevemos que la reacción contra el mal ya no será cosa del anarquismo, iniciativa puramente nuestra; será la vida misma la que ha de detenerse al borde del abismo. Nosotros podremos tal vez, cuando llegue la hora, contribuir a favorecer ese proceso del espíritu del mal, pero hemos perdido la posibilidad y el derecho de tomar la iniciativa y de presentarnos al mundo, en tanto que movimiento, como una encarnación de la parte más noble y más digna de la humanidad. Sin embargo ¡no nos rendimos!

Camaradas, por encima de todo, apelemos aun al esfuerzo mancomunado. Si la razón nos dice que ha de ser en vano, digamos con Mella que la razón no basta, que la esperanza es lo último que muere y aun no ha muerto en nosotros.

***

México: el paraiso socialista

El camarada A. Guerrero, de Aguascalientes, editor del periódico *Ni dios ni amo*, nos remite copia del siguiente documento, que transcribimos sin comentario:

Al C. A. A Guerrero.
Apartado postal 44
Presente.

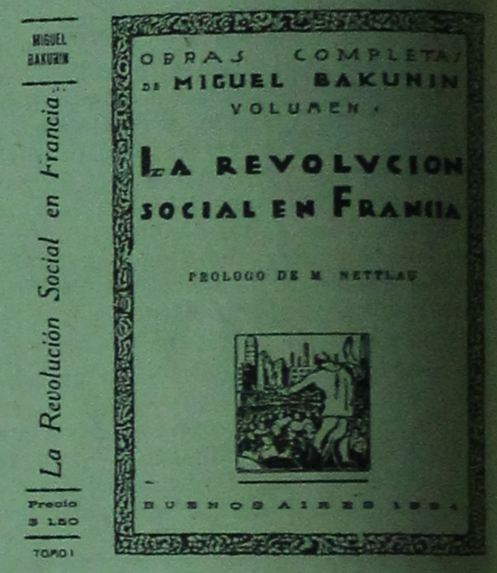
La Dirección General de Correos, por conducto del Departamente de Estafeta, Servicio Interior, Negociado "B" Mesa 2.a, en oficio número 12761 de fecha 26 de febrero último, me dice lo que sigue:

"Con relación a su nota N.o 93 de 12 del mes ppdo., le manifiesto que en vista de que la publicación denominada "Ni Dios ni Amo", a que se refiere, contiene conceptos de carácter subversivo y anárquico, no es de aceptarse para su registro como artículo de segunda clase NI DEBE PERMITIRSE SU TRANSPORTE POR CORREO, por lo tanto, se servirá usted dar las instrucciones del caso al personal de esa oficina, para que no se admita la publicación mencionada, para su circulación por la vía postal, bajo ninguna forma".

Lo que transcribo a usted para su conocimiento y fines consiguientes.—

Aguascalientes, Ags., a 1 de marzo de 1926.

EL ADMINISTRADOR



dir que un nuevo gobierno halle modo de hacerse fuerte y estable.

Un gobierno tiene necesidad de soldados, y nosotros haremos lo posible para que no haya soldados; tiene necesidad de dinero, y nosotros haremos lo posible para que nadie pague los impuestos y nadie le dé crédito.

Hay comunas y tal vez regiones en Italia donde los revolucionarios son bastante numerosos y los trabajadores están bastante preparados para proclamarse autónomas y proveer por sí mismas a sus asuntos, rehusándose a reconocer el gobierno y a recibir a sus agentes o a mandarle sus representantes.

Esas regiones, esas comunas serán centros de irradiación revolucionaria contra los cuales será impotente todo gobierno si se obra pronto y no se le deja el tiempo para armarse y consolidarse.

César. —¡Pero esa es la guerra civil!

Jorge. —Puede ser que sí. Nosotros queremos la paz, anhelamos la paz... pero no sacrificaremos la revolución a nuestro deseo de paz. No la sacrificaremos porque sólo con ella se puede llegar a una paz verdadera y permanente.

XVI

Felipe (*mutilado de guerra*). —No puedo contenerme más y ustedes me permitirán decirles que estoy maravillado, diré casi indignado, viendo que, aun siendo de varias opiniones, parecen encontrarse de acuerdo en ignorar la cuestión esencial, la de la patria, la de asegurar la grandeza y la gloria de nuestra Italia.

Próspero, César, Vicente y todos los demás, menos *Jorge* y *Luis* (un joven socialista), protestan clamorosamente de su amor a Italia, y Ambrosio dice por todos: —En nuestras conversaciones no hemos hablado de Italia, como no hemos hablado de nuestras madres. No era necesario hablar de lo que está por encima de toda opinión y de toda discusión. Ruego a Felipe que no ponga en duda nuestro patriotismo, ni el de Jorge siquiera.

Jorge. —Oh, no; el patriotismo nío pueden muy bien ponerlo en duda, porque yo no soy patriota.

Felipe. —Sí, me lo imaginaba: Usted es de aquellos que gritan *¡abajo Italia!* y que quisieran ver nuestro país humillado y vencido, dominado por los extranjeros.

Jorge. —De ningún modo. Esas son las calumnias habituales con que se trata de engañar a la gente para prevenirla contra nosotros. No excluyo que haya gente que crea de buena fe esas patrañas, pero eso es fruto de la ignorancia y de la incomprensión.

No queremos ninguna suerte de dominación y por tanto no podemos querer que Italia sea dominada por otros países, como no quisiéramos que Italia dominase a los demás.

Consideramos como nuestra patria el mundo entero, como hermanos nuestros a todos los hombres; por tanto, sería para nosotros simplemente absurdo el querer humillado y perjudicado propiamente el país en que vivimos, en el que tenemos nuestros parientes, cuyo idioma hablamos mejor, el país que nos da más y a quien damos más en el cambio de trabajo de ideas, de afectos.

Ambrosio. —Pues ese país es la patria de quien continuamente blasfeman.

Jorge. —No blasfemamos contra la patria, contra ninguna patria. Blasfemamos contra el *patriotismo*, contra lo que ustedes llaman patriotismo, que es orgullo nacional, que es predicación de odio contra los demás países, que es pretexto para lanzar pueblos contra pueblos en guerras asesinas en provecho de mezquinos intereses capitalistas y de desmesuradas ambiciones de soberanos y de políticos.

Vicente. —Poco a poco.

Tenéis razón si habláis del patriotismo de tantos capitalistas y de tantos monárquicos para quienes el amor a la patria es verdaderamente un pretexto; y yo desprecio y aborrezco como vosotros a quienes no arriesgan nada por la patria y a quienes en nombre de la patria se enriquecen con el sudor y la sangre de los trabajadores y de los hombres sinceros de todas las clases. Pero hay hombres que son patriotas en serio, que han sacrificado o están dispuestos a sacrificar por la patria todo, bienes, libertad, vida.

Vosotros sabéis que los republicanos han estado inspirados siempre por el más alto patriotismo y que han siempre pagado con su persona.

Jorge. —Admiro siempre a quien se sacrifica por sus ideas, pero eso no puede impedirme comprender que las idealidades de los republicanos y de los patriotas sinceros, que se encuentran ciertamente en todos los partidos, han sido superadas y no sirven más que para ofrecer a los gobiernos y a los capitalistas una manera de enmascarar con motivos ideales sus miras reales de arrastrar las masas inconscientes y la juventud entusiasta.

Vicente. —Pero, ¿cómo superadas? El amor al propio país es un sentimiento natural del corazón humano y no será superado nunca.

Jorge. —Lo que vosotros llamáis amor al propio país es apego al país donde tenéis mayores lazos morales y también mayor seguridad de bienestar material, y eso es ciertamente natural y durará siempre, o al menos hasta que la civilización haya progresado hasta el punto que todo hombre encuentre en realidad su país en todas las partes del mundo. Pero eso no tiene nada de común con el mito *patria* que os hace considerar los demás pueblos como inferiores, que os hace desear el predominio del vuestro sobre los otros, que os impide apreciar y utilizar las obras de los llamados extranjeros y que quisiera haceros considerar los trabajadores más afines a sus patrones y a los esbirros compatriotas que a los trabajadores "extranjeros", con los cuales tienen de común los intereses y las aspiraciones.

Por lo demás, nuestro sentimiento internacional, cosmopolita, no es más que el desenvolvimiento, la continuación de progresos ya realizados. Podéis sentiros más apegados a vuestra aldea nativa o a vuestra región por mil motivos sentimentales y materiales, pero no por eso sois patriotas de campanario o regionalistas; os vanagloriais de ser italianos y, si llegara el caso, pondríais el bien general de Italia por encima de los intereses locales y regionales. Si consideráis que ha sido un progreso ensanchar la patria de la comuna a la nación, ¿por qué encerrarse ahí y no abarcar el mundo entero en un amor general hacia el género humano y en una cooperación fraternal entre todos los hombres?

Ya hoy las relaciones entre país y país, los cambios de materias primas y de productos agrícolas e industriales son tales que un país que quisiera aislarse de los demás, o peor aún, ponerse en lucha con los demás, se condenaría a una vida raquítica y a un desastre definitivo. Abundan ya los hombres que por sus relaciones, por su género de trabajo y de estudio, por su posición económica se consideran y son verdaderamente ciudadanos del mundo.

Y por otra parte, ¿no veis que todo lo que hay de bello y de grande en el mundo es de carácter mundial, supranacional? Mundial es la ciencia, mundial el arte, mundial la religión que, a pesar de sus mentiras, es sin embargo una gran manifestación de la actividad espiritual de la humanidad. Universales, diría el señor Ambrosio, son el derecho y la moral, pues cada cual procura ampliar a todo el género humano sus propias concepciones. Toda nueva verdad descubierta en un punto cualquiera del mundo, toda nueva invención, todo producto genial de un cerebro humano sirve, o debería servir, para toda la humanidad.

Volver al aislamiento, a la rivalidad y al odio entre pueblos y pueblos, obstinarse en un patriotismo mezquino y antihumano, sería ponerse al margen de las grandes corrientes de progreso que impulsan la humanidad hacia un porvenir de paz y de fraternidad, sería ponerse al margen y contra la civilización.

César. —Usted habla siempre de paz y de fraternidad; pero déjeme hacerle una pregunta práctica. Si por ejemplo los alemanes o los franceses vinieran a Milán, a Roma, a Nápoles a destruir nuestros monumentos artísticos y a masacrar y oprimir a nuestros compatriotas ¿qué haría usted? ¿se alegraría?

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 —

ANVERSO Y REV

La traición del laborismo in
mineros es ya tan evidente y s
sería ocioso hablar de ella. M
no declaraciones terminante y
te acusadoras al respecto. Los
las ambiguas maniobras respe
mente a la mentalidad de los
En las graves circunstancias
en general, la ambigüedad de
deres, la contradictoria preoc
la salvaguardia de los inter
burguesía, tomaron casi el aspe
abierta traición.

Pudo no serlo para Mac Don
mas. El afán de ambos consis
ditar su partido como una fac
den y sumamente respetuosa
y de la Constitución. La aspir
bernar los conduce lógicamen
var esa conducta pasiva y pa
impónérsela a sus afiliados.
de los subsidios de la Interna
dical moscovita los caracteri
damente. Quieren disipar la r
bra que los sindique como r
ros. No fueron, pues, traido
cepción exacta y física de la
ro en substancia lo han sido
o no queriéndolo. Los resultad
dono de los mineros a sí mism
cisamente los genuinos produ
traición. Objetan que fueron
por Baldwin y compañía: p
han predispuestos a dejarse
creer en cualquier frágil pret
fin de impedir que un incontr
do popular destruyese las ins
lesionase irremediablemente l
de la comunidad burguesa, q
bién los suyos.

Pero, como dijimos al princ
trata de la traición inconsc
del laborismo contra los sag
chos del proletariado. Otra co
demostrar: lo que el laborism
dido y ha desamparado, cu
el timón en la mano de esa
huelga general.

Ofrezcamos el medallón en
y anverso. Un mundo y otro m
ca el contraste fué tan vivo
brutal. Desglosamos de un
procedente de Londres, la sig
cia sobre ese mundo que ríe y
mete extravagancias propias
de manicomio.

Tocando a su término la
cial londinense, los salones so
aristocracia y de la burguesía
taron las innovaciones que s
ron en los pisos y decorados
sie-halls". Estos ensayos han
y la competencia "no sabe p
para mantener siempre llena
sus huéspedes de tertulias.

El piso de vidrio y de esp
la innovación más popular y
imitado en los salones de
más el guante residencias. E
trata [illegible] evidentemente de modo q
te demasiado resbaladizo. Est
ción sobre una superficie de
to para preservarlo de su ri
guiéndose mediante la dispos
hacia producir efectos fantás

Otros efectos se producen
ñas especiales que despar
multicolores en los recintos d
fondo, o eclipsando en d
puntos.

La novelista miss Mary B
ló en su sala de baile un pi
pulido en azul, que tiene tod
tez de un espejo.

En el Hotel Savoy se ha c
piso pneumático, dando a los
la impresión de que bailan
No han dado, en cambio, t
superficies apropiadas en reem

AÑO V

BUENOS AIRES, 31 DE MAYO DE 1926

N.o 225

LA PROTESTA

SUPLEMENTO SEM[illegible]

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

PRECIO: 10 CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

ANVERSO Y REVERSO

La traición del laborismo inglés a los mineros es ya tan evidente y sabida, que sería ocioso hablar de ella. Mr. Cook hizo declaraciones terminante y francamente acusadoras al respecto. Los flanqueos y las ambiguas maniobras responden fielmente a la mentalidad de los socialistas. En las graves circunstancias de la huelga general, la ambigüedad de los procederes, la contradictoria preocupación de la salvaguardia de los intereses de la burguesía, tomaron casi el aspecto de una abierta traición.

Pudo no serlo para Mac Donald y Thomas. El afán de ambos consistía en acreditar su partido como una facción de orden y sumamente respetuosa de las leyes y de la Constitución. La aspiración a gobernar los conduce lógicamente a observar esa conducta pasiva y panurgiana e imponérsela a sus afiliados. El rechazo de los subsidios de la Internacional Sindical moscovita los caracteriza cumplidamente. Quieren disipar la menor sombra que los sindique como revolucionarios. No fueron, pues, traidores, en la acepción exacta y física de la palabra, pero en substancia lo han sido queriéndolo o no queriéndolo. Los resultados, el abandono de los mineros a sí mismos, son precisamente los genuinos productos de su traición. Objetan que fueron engañados por Baldwin y compañía; porque estaban predispuestos a dejarse engañar, a creer en cualquier frágil promesa con el fin de impedir que un incontenido estallido popular destruyese las instituciones y lesionase irremediablemente los intereses de la comunidad burguesa, que son también los suyos.

Pero, como dijimos al principio, no se trata de la traición inconsciente o no del laborismo contra los sagrados derechos del proletariado. Otra cosa deseamos demostrar: lo que el laborismo ha defendido y ha desamparado, cuando poseía el timón en la mano de esa gigantesca huelga general.

Ofrezcamos el medallón en su reverso y anverso. Un mundo y otro mundo. Nunca el contraste fué tan vivo, hiriente y brutal. Desglosamos de un cablegrama, procedente de Londres, la siguiente noticia sobre ese mundo que ríe y baila y comete extravagancias propias de pupilos de manicomio.

Tocando a su término la estación social londinense, los salones sociales de la aristocracia y de la burguesía rica adoptaron las innovaciones que se introdujeron en los pisos y decorados de los "music-halls". Estos ensayos han hecho furor y la competencia *"no sabe ya qué hacer para mantener siempre llena la lista de sus huéspedes de tertulias.*

El piso de vidrio y de espejos ha sido la innovación más popular y está siendo instalado en los salones de baile de las más elegantes residencias. El cristal se trata previamente de modo que no resulte demasiado resbaladizo. Este piso se coloca sobre una superficie de caucho blanco para protegerlo de su rigidez; consiguiéndose mediante la disposición de las luces producir efectos fantásticos.

Otros efectos se producen desde ventanillas especiales que desparraman luces multicolores en los recintos de bailes, enfocando, o eclipsando en determinados puntos.

La novelista miss Mary Bordon, instaló en su sala de baile un piso de acero, pulido en azul, que tiene toda la brillantez de un espejo.

En el Hotel Savoy se ha colocado otro piso pneumático, dando a los danzarines la impresión de que bailan "en el aire". No han dado, en cambio, resultado las superficies apoyadas en resortes. Lo que se quiere ahora en los pisos de baile es la suavidad y la firmeza que facilitan los cadenciosos pasos del tango y el vals, eliminándose poco a poco el shimmy y más aún el charleston, que hunde las casas....

Para la gente que posee solamente un poquito de imaginación y el menor sentido de la solidaridad humana, esta simple información le bastará para pintar el cuadro con los más vívidos colores. Héla aquí:

El lock-out minero, que se prolonga ya desde hace 25 días, parece continuar indefinidamente. Entretanto, para un millón de mineros, con tres millones de personas que de ellos dependen, se está aproximando el espectro del hambre. Los fondos de la Federación de Mineros están mermando rápidamente.

Ya al empezar la huelga general, las familias de los mineros del distrito minero de Gales fueron obligadas a acogerse a las sociedades de beneficencia y filantrópicas, debido a que los subsidios de las federaciones locales no les alcanzaban a ellas.

Mientras, en la colectividad de los felices y satisfechos se despilfarran, se queman centenares y centenares de miles de libras esterlinas en vicios, en placeres y diversiones vanas, esa misma comunidad en cuyo seno abriga esa colmena de zánganos y parásitos, le escatima unos pocos peniques a quienes viven durante toda su vida en las entrañas de la tierra para sustentar sus familias miserablemente.

He ahí lo que ha defendido el laborismo inglés: la corrupción, la orgía sistemática, el criminal despilfarro de los bienes de todos, acumulados con sangre y lágrimas proletarias, — y ha desamparado lo que mentidamente dice defender, una multitud de hombre y familias que deberán comer un poco menos, abrigarse escasamente y reducirse a una existencia de privaciones más frecuentes, porque en su salario de hambre les faltarán esos peniques.

FINAL PREVISTO

Todos los socialistas, se llamen Thomas o Repeto, Justo o Mac Donald, ya en la China o en Londres, siempre han sido, son y serán los judas del proletariado.

Desinterés y rapiña

El pleito del Pacífico puede jactarse de poseer una larga historia, matizada de incidentes pintorescos unos, agrios y sangrientos otros. Detenido el proceso plebiscitario por desavenencias de las partes en litigio, el Mr. Kellogg, representante irreemplazable de la diplomacia del dólar, hizo ya un haz bastante abultado de propuestas a los litigantes. Una de las que más caracteriza el espíritu norteamericano, consistía en adquirir a Chile los territorios cautivos para entregarlos a Bolivia, previa indemnización al Perú. Las ramificaciones del capitalismo estadounidense en suelo boliviano y peruano, hacían de esta proposición un excelente negocio para los consorcios bancarios de Wall Street. No era por espíritu cristiano ni por pruritos justicieros ni por el sentimiento de la defensa al más débil, que los altos financistas yanquis versarían esos millones. Esas sumas casi astronómicas no las sembraban a fin de que la paz del continente suramericano no fuera turbada, sino para que les redituara intereses usurarios y extorsivos y facilitar las operaciones del comercio norteamericano, expandiendo su invasión. Nada de esto sale de la cuadratura matemática de la lógica burguesa. Chile, Perú, Bolivia, de hallarse en la misma situación de fuerza y de poderío que la nación de las treinta y pico estrellas, no hubiesen obrado diferente. ¿Es acaso otra ética la que rige y determina las acciones de las clases dominantes de las tres repubiquetas? ¿No es la misma moral del despojo individual y colectivo, presentado con visos legales a fuerza de sofisticaciones?

Ciertamente, la diplomacia del dólar se la señala de imperialista. Pero, en una palabra, todos los gobiernos son lo mismo. Por eso las negociaciones diplomáticas, o lo que sean, se están prolongando indefinidamente.

Estados Unidos, después de abogar por lo que más le convenía, con la compra del territorio en litigio, se avino a que se dividiera en tres fajas. Una para Chile, otra para Perú y un probable estrecho corredor para Bolivia.

Por su parte, el gobierno boliviano, por boca de su periodismo oficial, declaraba que si sinceramente se deseaba llegar a un arreglo práctico y equitativo al margen del plebiscito, que los hechos tornaron impracticable, el único temperamento aceptable era el de partir de una base, asegurando a Bolivia, no una deficiente salida al mar, sino el mismo puerto de Arica, ya que vive de la economía boliviana y es el vínculo natural de su expansión comercial.

A su vez la revista *Variedades*, casi órgano oficial del tiranuelo Leguía, dirigida por el diputado Clemente Palma, hijo del autor de "Leyendas Peruanas", escribía que la fórmula aceptable para el Perú vendría a ser una división en tres partes. Añade:

"Se adjudicaría al Perú la parte del Norte, hasta Arica, inclusive. Se constituiría, en la parte central, un corredor que comprendería la caleta de Víctor, para Bolivia, quedando para Chile la faja del Sur."

Y termina diciendo que otras fórmulas serían inaceptables. Bolivia quiere retener Arica, y el Perú también. Pero Chile, sin rechazar abiertamente esas proposiciones, se ha empecinado con la idea que la celebración del plebescito es factible y completamente legal, aun con la total ausencia de los votantes peruanos. Por lo pronto, que se realice o no la votación plebiscitaria, el presidente Coolidge aprobó la suma de gastos fijada por la comisión organizadora del plebiscito, que asciende a 130.000 dólares, desde el 10 de junio al 20 de agosto. Chile y Perú pagarán 65.000 correspondientes a cada una...

Y la solución de este largo pleito, que data de una época asaz alejada, no se ve asomar. Se halla en el mismo sitio que cuando desembarcó Pershing, saludado como el mesías y el salvador.

No sabemos en qué lugar, el historiador Ferrero, discurriendo sobre los recientes escándalos de la Liga, afirmaba que no era la tramitación exterior que pudo causarlos. Y sí la atmósfera moral, y que, cambiándola por otra más desinteresada, era probable que los obstáculos actuales fuesen allanados. Si el desinterés primara como suprema ley en la Liga, y en el litigio chileno-peruano-boliviano-estadounidense, la Liga no sería un organismo burgués, ni los gobiernos chi-

D. A. DE SANTILLAN

La anarquía en el movimiento obrero español

Cuando se encuentran dos indios chiriguanos, sus primeras palabras son: ¿Estás vivo o no? La mentalidad primitiva no puede distinguir, tan fácilmente como nosotros, la realidad del producto de la fantasía. La muerte, para ellos, no es lo que es para nosotros, y de ahí que hayan creado las almas, las encarnaciones, etc. Para los indios chiriguanos no existe la muerte más que como una transformación; los muertos continúan su existencia entre los vivos y por eso, al encontrarse, se interrogan si pertenecen a los muertos o a los vivos.

Cuando comenzamos una discusión con algún camarada, sentimos tentaciones de preguntarle: ¿usas las palabras para disfrazar tu pensamiento o no? Hay tal desborde de insinceridad, de malevolencia; hay tal confusión entre la verdad y la mentira, entre lo noble y lo innoble, que nos comienza a faltar la confianza en nuestros interlocutores. En nuestra prensa falta el sello de la sinceridad y de la convicción; se defiende un argumento, no con el corazón en la mano, sino con el ingenio astuto del que quiere vencer al adversario a toda costa, aun a costa de lo que uno mismo considera verdadero y legítimo. Con ese espíritu, con esa falta de convicción en lo que decimos o escribimos, mal podremos llevar el convencimiento y la buena nueva a la parte de la humanidad que tantea en las tinieblas en busca de una solución prometedora.

Por consiguiente, amigo Fabio, si quieres discutir conmigo, dime primero si dices o escribes lo que piensas y si piensas lo que dices y escribes. Ese testimonio público de sinceridad es necesario para fortalecer la confianza quebrantada en tus buenas intenciones de reconocer la verdad y de no escaparte por los cerros de Ubeda.

Cuando hemos hablado del anarquismo en el movimiento obrero español, un coro chillón respondió unánime: ¡Lagarto, lagarto! ¿Es que hemos cometido una herejía, nosotros, que por temperamento y por convicción somos un tanto tradicionalistas y reaccionarios a las panaceas universales de los innovadores cotidianos? Nosotros ¡ay! estamos más bien dispuestos a resistirnos por principio contra toda innovación que a apoyarla por principio. Nosotros tenemos la tentación de calificar de volubles los espíritus inquietos que desean cambiar todas las semanas de opinión como de camisa. Habíamos creído, pues, que nuestra tesis del anarquismo en el movimiento obrero, tan vieja, tan comprensible habría de ser considerada como un descubrimiento de Pero Grullo y no como una importación de ultramar inventada por nuestra imaginación tropical. ¿Por qué ha producido tanto espanto nuestra afirmación, precisamente en España?

Una breve disgresión histórica no estará de más.

El moderno movimiento obrero de España data del período de la fundación de la Internacional. Hubo antes en Cataluña, sobre todo, un movimiento corporativo de tendencias muy radicales algunas veces; sin embargo, la verdadera historia moderna del proletariado revolucionario organizado, data del viaje de Fanelli a España (1868-69), y de la fundación de las secciones internacionales de Madrid y de Barcelona. Y lo más curioso del caso, es que la Internacional española, se fundó con el programa de la "Alianza de la democracia socialista", el grupo íntimo de Bakunin, — programa que no transcribimos porque nos llevaría muy lejos; sin embargo, he aquí un párrafo: La Alianza, "enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de Estado, y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo, el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes, se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos de sus países respectivos, tanto agrícolas como industriales"... El programa de la Alianza, como programa de la Internacional española, era algo completamente natural, de que no se arrepintieron nunca los camaradas españoles. Veinte años más tarde, escribía Anselmo Lorenzo, comentando los estatutos de la vieja Internacional: "en buena hora que se entrase a formar parte de aquella asociación, sin distinción de color ni nacionalidad, pero, ¿sin distinción de creencias? Pues si las creencias determinan las aspiraciones, y éstas los actos, ¿cómo podía presumirse que con creencias distintas y aun opuestas, se llegaría a conseguir la unidad de acción necesaria para transformar radicalmente el mundo? (*El proletariado militante*, tomo I, pág. 12-13). Ese pensamiento podríamos seguirlo a través de toda la historia del proletariado español, hasta 1918. Hubo algunos ensayos para hacer de la organización obrera algo independiente del concepto revolucionario, por ejemplo, en el congreso de Valencia de la Federación regional en 1883 y en el congreso de Barcelona de 1888, pero sólo por breve tiempo, pues la tentativa de Valencia tuvo por resultado la separación de los anarquistas militantes de la *Federación nacional española*, lo cual produjo su disolución en su congreso de Madrid de 1888. La *Federación de Resistencia al Capital*, fundada en Barcelona, quiso poner trabas a la fundación de la Unión General de Trabajadores, haciendo adoptar una declaración de principios que llamaríamos sindicalista, aunque no se conocía todavía la palabra; pero como los socialistas no eran tan tontos como se les quería suponer, la Federación de Resistencia al Capital abandonó en seguida su neutralismo formal y continuó representando y propagando los ideales de la anarquía.

¿Y por qué no mencionar el congreso de Saint-Imier y la actitud internacional del proletariado revolucionario organizado de España? En la famosa lucha histórica entre marxistas y bakuninistas, ¿hubo alguna vacilación en la masa obrera española? ¿No se pronunció unánimemente, con excepción de los nueve miembros de la *Nueva Federación Madrileña*, con Lafargue a la cabeza, por la tendencia libertaria de Bakunin? ¿No aprobaron los delegados españoles el pacto de Saint-Imier, que se considera como la primera manifestación internacional de las ideas anarquistas, el punto de partida del anarquismo moderno? Y ese pacto de Saint-Imier, ¿no fué aprobado en el congreso de Córdoba, de diciembre de 1872, por todos los delegados, *menos uno* que posteriormente reconoció que había sido víctima de una maniobra de los acólitos de Lafargue? Ese congreso de Córdoba no fué una de esas reuniones hechas a la ligera, para justificar un extravío de los dirigentes; hubo cuarenta y ocho delegados presentes, por 40 localidades. En esa época la Internacional española tenía 101 federaciones locales, compuestas por 56 secciones mixtas y 332 sindicatos de oficio.

El ser la Internacional española el organismo más revolucionario y combativo de la vieja Internacional, el proclamar su *anarquía*, su *ateísmo* y su *colectivismo* como doctrina, no impidió que Marx mismo hiciese aprobar, en la conferencia de Londres de 1871, una declaración de simpatía por la buena marcha de la organización española, declaración de simpatía que fué renovada también en el congreso de Saint-Imier, tal vez a inspiración de Bakunin.

Y el panorama de la prensa obrera de España, ¿no ha sido siempre una hermosa manifestación en favor del anarquismo? Estamos buscando mentalmente un solo periódico de la organización obrera española, que no haya sido anarquista, desde los tiempos de su nacimiento hasta que nos vinieron los profetas de última hora, con la metafísica sindicalista, pero no encontramos ninguno. Toda la prensa obrera española, dejando a un lado la de los socialdemócratas, que no han querido nunca cometer el pecado de tener algún contacto con las ideas y los hechos revolucionarios, toda la prensa obrera española, repetimos, ha sido anarquista; todos los militantes obreros en España, desde Lorenzo hasta que surgieron los carabineros del sindicalismo, después de la guerra, todos, han sido militantes anarquistas.

¿Dónde está nuestra herejía? ¿por qué gritan ahora algunos periódicos españoles: ¡Lagarto, lagarto!, cuando hablamos del anarquismo en la organización obrera? ¿Es que fué alguna vez el anarquismo un obstáculo al desenvolvimiento de la organización? ¿Es que puede abstraerse el anarquismo de la historia del moderno proletariado revolucionario de España? Queremos una respuesta categórica, *sí* o *no*. ¿Quién fué el creador y el animador del movimiento obrero español, el anarquismo o el Papa? ¿Por qué esa incomprensible y necia insistencia en negar un hecho tan universalmente reconocido, tan evidente?

Amigos, podéis aludir a Alemania, a Inglaterra, a los Estados Unidos, a Bélgica, etc. En esos países hay organizaciones obreras que cuentan millones de afiliados, millares de funcionarios a sueldo. ¿Es ese vuestro ideal? No queremos suponeros canallas ni traidores a la revolución; pero si vuestro ideal es el de las grandes organizaciones obreras de Alemania, de Inglaterra, etc., entonces sois ambas cosas. La contrarrevolución viene tanto del proletariado como de la burguesía; vosotros, camaradas que espumarajeais ahora de rabia contra el anarquismo, sois revolucionarios, queréis serlo y queréis siempre una organización obrera para la revolución y no para mantener parásitos sindicales. Tal vez toda vuestra irritación contra el anarquismo obedezca a otras causas, que no tenéis la sinceridad de confesar, porque el anarquismo en España ni pudo ni podrá separarse de la organización obrera, ni es deseable que se separe, en bien del anarquismo y en bien de la organización obrera. No hay por que arrepentirse del pasado del movimiento obrero español, al contrario, hay motivos para estar orgullosos de él. Lo que nosotros queremos es que se le respete, ya que no hay vigor intelectual para superarlo, por eso nos oponemos y nos opondremos en nuestra propaganda a que cambie de ruta tan tontamente como se quiere, parece, cambiar ahora, renegando de una idea que está muy por encima de sus detractores ¡de todos sus detractores!

Otros que quieren nadar en dos aguas, mostrar dos caras, dicen: una cosa es una organización obrera con finalidad anarquista y otra cosa es una organización obrera anarquista.

Si no atan mejor esas moscas por el rabo, no nos entenderemos: Esos juegos de palabras se dejan para los teólogos que discutían si el ratón que se había comido la hostia consagrada estaba santificado o no. Nosotros debemos emplear un lenguaje más humano, hablar más claramente, dejar la filosofía para los sabios y para los desocupados. Pero eso puede quedar para otro día. Nos interesaba solamente preguntar si es separable, el anarquismo español, o no, de la historia de la organización obrera a que dió su combatividad y su entusiasmo y su conciencia, desde la Federación de la Internacional, hasta la C. N. T. Una vez aclarado ese punto pasaremos a otros no menos importantes.

---

leno, peruano, bolivano y estadounidense serían lo que son.

Pero como la suprema ley de todos ellos es la rapiña, es muy difícil que unos y otros se avengan a ceder en detrimento de sus propios intereses. Entonces, será el más débil el que perezca. Y la justicia, que no se nutre de pequeñas injusticias, seguirá siendo un mito inhallable.

Pacifismo burgués

Ya no llevamos la cuenta de las conferencias de desarme propuestas o realizadas desde la celebración de la paz en 1918. Estamos tan desengañados al respecto de las gestiones de los Estados burgueses sobre el tópico de desarmarse por cuentagotas, que poco nos importa de todas ellas. Lo insoportable es la farsa.

A veces, en un acceso de ingenuidad nos preguntamos: ¿Es que quieren enañar al mundo, a los pueblos que soportan tan terribles gravámenes a causa de los presupuestos de guerra y marina, o es que al mismo tiempo se engañan a ellos mismos?

Creemos de buena fe que es un juego inconsciente, en que existen las dos suertes de engaño: la exterior y la interior. Un buen actor, para que el público se posesione y sienta que es verdad la falacia de la ficción escénica, empezará por creerla él mismo.

Un lord Roberto Cecil que mociona para que la comisión de la Liga inicie una propaganda para divulgar los horrores de la guerra sostenida con gases asfixiantes, a fin de que el mundo sepa lo que le esperaría en las guerras futuras y para que el clamor universal obligue a todas las naciones a abandonar esa arma, es uno de esos actores que se engañan a sí mismos con la finalidad de que lo crean los demás.

Por su educación y su posición social, es aún de los partidarios sinceros de las *guerras humanitarias* — ¡qué contrasentido! —, de la acción bélica que obedezca a ciertas reglas inflexibles, como se estila en el cricket y en el golf. Para ese es un *sportman* o sea un *gentleman*, gentilhombre y pacifista burgués, que desea la guerra a media llave. Su total supresión es para él algo absurdo, que nunca se podrá llevar a la práctica. En lo recóndito de su pensamiento, piensa, a pesar suyo, con Von Bernhardi, el feroz apologista del imperialismo guerrero, que las guerras serán siempre necesarias a la humanidad, como una saludable sangría.

Si se reflexiona que este par inglés no es de las más estrechas mentalidades, ni de ideas excesivamente ultramontanas entre los que se congregan en Ginebra, en el seno de la Liga, para preparar la próxima conferencia de desarme, se podrá comprender cuál ha de ser su labor de pacifismo a dosis mínimas. Naturalmente, nula y francamente perjudicial, dado que entretienen la esperanza del mundo con la comedia de los principios de concordia, con la farsa de un supuesto odio a las matanzas colectivas, haciéndole pagar muy cara la representación escénica de todos esos buenos y aparatosos sentimientos.

No se sabe si vale más un furioso imperialista o un falso pacifista, para el avance moral de la humanidad.

No dudamos que en los tiempos llamados bárbaros por no haber sido estudiadas bien, estas conferencias de desarme hubiesen resultado fuertemente risibles y grotescas.

Puede ser que los pueblos de entonces, y sus clases dominantes, se jactasen de ser crueles, despiadadas, de no poseer el menor sentido de humanitarismo. Pero ahora, que no nos jactamos ni hacemos alardes tan abiertamente como entonces, somos tan despiadados, tan malvados y tan carentes de todo sentimiento de humanidad como lo eran los hombres en aquellas lejanas épocas, no tan lejanas tampoco, porque la inquisición apostólica se halla bastante cerca.

El progreso se ha realizado, pues, en disimular nuestros sentimientos, nuestras malas pasiones.

No se niega tampoco el progresivo avance de la humanidad. La vida en general — desde el astro al hombre y las especies animadas más infinitesimales — no retrocede ni se estanca. Pero entre el progreso material y mecánico de la humanidad, y el moral, el espiritual, existe todavía una distancia de mil años de luz, medida astronómica, la única adecuada en estos casos. Es decir, una cantidad respetable de centurias.

Somos, moralmente, rudimentos de hombres, con respecto al hombre que vivirá de aquí a una porción incalculable de años.

El terror blanco en los Balcanes (1)

I

He aquí en cuáles condiciones fué concebida y realizada la investigación a propósito del terror blanco en los Balcanes. Ciertos círculos intelectuales de Francia, Inglaterra y de algunos de los países de Europa central, fueron conmovidos por informaciones denunciando hechos monstruosos que tuvieron por escenario las regiones balcánicas. Se trataba de feroces represiones, de encarcelamientos, de torturas, de ejecuciones y de masacres en masa. Esas revelaciones suscitaron las protestas de numerosas personalidades notorias de los países occidentales y centrales. Nosotros pensamos que en esas circunstancias había lugar a una investigación para poner en claro esa trágica cuestión, transportándonos sobre el terreno de los sucesos para verificar las acusaciones bien o mal fundadas que se hicieron públicas.

Nuestro paso por Rumania, Bulgaria, Yugoeslavia y Hungría, provocó un revuelo extraordinario en los diarios y en la opinión pública de esos países. Hubo entrevistas, artículos y campañas por la prensa, polémicas y hasta incidentes parlamentarios en casi todas partes, pero en mayor cantidad en Rumania, donde la prensa discutía los diferentes problemas suscitados por nuestra gratuita ingerencia en sus asuntos internos.

Se pueden resumir esas discusiones de una manera general, diciendo que el derecho de los extranjeros de investigar los actos del gobierno en nombre de la justicia y la verdad ha sido admitido por la generalidad de la masa obrera y campesina y por cierto número de espíritus generosos y abiertos, no siendo combatido sino por las agrupaciones y los órganos xenófobos y chauvinistas.

Me permito añadir, con toda conciencia, que nuestras investigaciones fueron conducidas con el sentimiento constante de la gran responsabilidad moral que pesaba sobre nosotros y la firme voluntad de no acoger sino los documentos incontestables, sin jamás dejarnos guiar por el menor preconcepto político o por nuestras opiniones personales.

Tanto en las capitales como en los lugares en que permanecimos, hemos agotado todas las fuentes de información. Estuvimos en contacto con personalidades des oficiales: ministros y altos funcionarios, con los directores de los diarios, con la élite intelectual, con los trabajadores de las ciudades y el campo y con sus representantes.

Nuestras conclusiones son éstas: "El terror blanco no es una vana palabra, y en los pequeños países tributarios de las grandes potencias, que se reparten la península, las antiguas provincias del imperio turco, se extiende en estos momentos una maquinación monstruosa contra la vida de los pueblos. No hay ya ningún pretexto para cerrar los ojos a la trágica evidencia. No existe tampoco el derecho de no divulgarla ante la opinión mundial, porque se poseen pruebas documentadas y fehacientes.

Un volumen no bastaría para contener esa sangrienta enciclopedia. Me hallo obligado, para caracterizarla en su conjunto, a hacer abstracción de las terribles enumeraciones, cuya documentación se amontona a mi alrededor, indicando las grandes líneas de ese drama social y político.

Todos los países balcánicos presentan rasgos comunes. Son los países débiles, de voz imperceptible en el *concierto europeo* y de situación asaz precaria. Unos — los vencidos, como Bulgaria — han sido mutilados territorialmente y encerrados en cláusulas de represión y de represalias. El presupuesto de Bulgaria presenta un déficit que aumenta cada año. En ese país donde la población es agrícola en la proporción de 80 o|o, la agricultura se halla en el marasmo: se cuenta un arado de hierro cada 49 hectáreas de tierra cultivada. La miseria es una plaga endémica en el campo. El cultivo principal es el del tabaco, porque ha sido impuesto por un poderoso consorcio patronal, y porque el campesino carece de dinero, siéndole suspendido todo crédito si no es con intereses usurarios de 30 o 40 por ciento. Entonces el cultivo del tabaco, aunque poco remunerador para él y los demás campesinos, no exige mucho dinero y útiles de labranza menos dispendiosa. La industria es casi nula por así decirlo.

Los otros países balcánicos, como Rumania, pertenecen a la categoría de los vencedores de la guerra. Los tratados de paz doblaron su superficie y su población, encontrándose de la noche a la mañana con una cintura de nuevas provincias: Dobrudja, Besarabia, Bucovina, Transilvania y Banat. Este aumento superficial le aprovechó a una oligarquía de especuladores, quienes desequilibraron la vida económica. Se puede decir lo mismo de Yugoeslavia, que se reconstituyó con el núcleo de la antigua Serbia, donde la prosperidad de algunos nuevos ricos y la actividad de ciertas empresas en manos de los extranjeros, ha producido la estagnación y la miseria entre la masa trabajadora, es decir, la que compone casi la totalidad de la población.

Anotemos también los enormes gastos que hacen esos pequeños países para mantener un ejército — en Bulgaria, sobre un presupuesto de 5.700 millones de *levas*, hay 2.800 consagrados al ejército y a la policía. El último presupuesto de Yugoeslavia fué de 120 millones de *dinars*, de los cuales 30 incumbían al ministerio de guerra. Existen 45.000 gendarmes en Rumania y 60.000 en Yugoeslavia.

Las múltiples causas de conflicto surgidas de los tratados de paz de Versalles, de Neuilly, de Saint Germain y Trianon, crean un estado latente de guerra o por lo menos de antagonismo presto a degenerar en conflicto al menor estallido, entre esos países aplastados por el malestar económico y donde el costo de la vida es cuarenta veces más elevado que antes de la guerra, y más en Bulgaria, que los salarios aumentaron quince veces más en comparación de los de antes de la guerra.

La causa de esa continua hostilidad tan peligrosa para la paz mundial, procede de que esas regiones, formando una unidad geográfica y étnica, como Macedonia y Tracia, han sido despedazadas arbitrariamente, a satisfacción de los vencedores. Son hogueras permanentes de reivindicaciones y disputas que hacen imposible — por lo menos — una paz militar en los Balcanes. El conflicto grecobúlgaro es el de más reciente fecha; pero es lógico esperar nuevos rozamientos.

II

Lo que se resume de la vida interna de los Balcanes, es que cada país de la península se halla entre las manos de un gobierno, que representa una ínfima minoría, sea cotarro o partido, siendo sus componentes la burguesía rica, el elemento militar y nacionalista. Resulta que este gobierno de parásitos, que apresaron el poder a consecuencia de combinaciones artificiales o de juegos fraguados en los parlamentos, o bien por asonadas y motines cuarteleros, sirven sólo sus intereses y los de las clases que los sostienen, manteniéndose con medios terribles y ficticios: la falsía y la violencia.

Esos métodos de gobierno sofocan metódicamente todo conato de independencia y de emancipación. Toda veleidad en este sentido, aspirando a una justicia social; toda tentativa de organización democrática en sus formas más atenuadas, son aplastadas por el ejército y la policía. Las elecciones no son libres; la prensa no es libre y los trabajadores no pueden hacer valer sus legítimas reivindicaciones. Nada garantiza la vida ni la libertad de los ciudadanos. En ciertos países, como Bulgaria, y en determinada medida Rumania y Yugoeslavia, las coaliciones oligárquicas hacen desaparecer por todos los medios — la matanza, las condenas en masa y mismo el asesinato — los grupos y las personalidades de la oposición,—no solamente proceden así contra los extremistas, sino con todos aquellos que arriesgan la menor crítica a la autoridad constituída.

En todos los países balcánicos a los cuales se puede agregar Hungría, existe una "ley de seguridad del Estado". Estas leyes, que son plasmadas sobre el modelo una de otra, y que llenarán de estupefacción a los historiadores futuros, son monumentos de iniquidad, desafíos al derecho humano y al mismo derecho legal y consagrado. Ellas permiten a los gobiernos aniquilar completamente a aquellos que no se hallan conformes con sus ideas y tendencias, permitiendo a un juez condenar a muerte a un ciudadano por el delito de una propaganda estimada subversiva; — extendiendo, además, el hecho de la complicidad, al punto de aplicar el mismo sistema punitivo a los parientes del inculpado. Esa terrible hecatombe de la oposición, de los opositores, se prosigue también en Rumania, como en Yugoeslavia, Grecia y Hungría. Mas la faz cínica y patética le pertenece a Bulgaria. El actual gobierno búlgaro (no se debe otorgar ninguna importancia fundamental a la concentración que eliminó a Zankof para dejar al ministerio de la guerra esa alma maldita, el general Volkov, haciendo ingresar los exterminadores militares, como Vassiliev y Gueorguiev), ha proseguido ese plan diabólico de desembarazarse por el asesinato de todos sus adversarios políticos, es decir de los dirigentes y amigos del partido campesino, del partido comunista y también de cualquiera que milite en la oposición.

Ese terror blanco logró instaurarse en parte por la vergüenza en que está sumida nuestra época. Las condenas en masa o aisladas, los asesinatos, las torturas o los encarcelamientos practicados en todo momento han barrido las oposiciones, y han dado lugar a subyugar, en una esclavización que recuerda las épocas más sombrías del medioevo, a la clase obrera, a la clase campesina, a los intelectuales animados de ideas avanzadas o solamente democráticas.

Esa matanza sistemática pudo consumarse por el poder omnímodo que poseen en los países balcánicos los cuerpos de oficiales. El militarismo es en Sofía, como en Belgrado, como en Bucarest y Budapest, una institución tiránica y omnipotente.

Al lado del militarismo oficial, organizado, del ejército, al lado de las ligas militares tales como la *Mano Blanca* serbia, la *Hubrat* búlgara, la liga militar rumana, cuyo rol es incalculable, existe otro organismo tan formidable y omnipotente: la policía. La de Rumania dispone de millones, de diarios propios y de recursos ilimitados. Fuera de los asesinatos notorios cometidos en plena calle en Bulgaria, en las personas de hombres conocidos, hay otros oficiales, de los cuales se ignora el nombre de la víctima y cuyos culpables gozaron siempre de una perfecta impunidad. No hay frenos en los procedimientos indecibles que la policía rumana emplea con el fin de arrancar sedicentes confesiones a sus prisioneros, fabricando tesis que justifiquen sus represalias. La tortura se la practica tan frecuentemente que no se tiene el valor para enumerar los casos pavorosos que se conocen. Pero todos esos casos fueron examinados e impresos indeleblemente en escritos para que sirvan de edificación a los futuros historiadores de nuestra época.

La tortura se la aplica también a los testigos del proceso, como fué constatado de manera innegable en la gran causa judicial seguida a 500 campesinos besarabianos de Kichenev (Rumania).

Otra de las organizaciones que los tiranos balcánicos utilizan, es el ejército de Wrangel. Esos contrarrevolucionarios de profesión se adaptan a todas las tristes y criminales faenas de la opresión. Están perfectamente organizados y son subvencionados en Yugoeslavia y en Bulgaria. Bajo el falso pretexto del bolchevismo y a consecuencia de pretendidos complots, masacraron en las campiñas millares de inocentes.

El famoso comité macedonio, instituído para defender la autonomía de Macedonia, abandonó ese objetivo para ponerse al servicio del gobierno Volkov-Zancof, suprimiendo a todos aquellos que hacen sombra a esos dirigentes enemigos de su pueblo.

Añadamos que al movimiento antisemita se le cultiva igualmente, y es conducido por los oficiales balcánicos para realizar sus fines reaccionarios. (Liga de estudiantes antisemita de Rumania, organizaciones fascistas búlgaras *Rodna Zachtita*).

Este cuadro de los medios puestos en práctica por un puñado de malhechores altamente situados para mantener el país en el desorden y en la esclavitud, no sería completo si no agregásemos el apoyo que prestan a esa obra las grandes potencias occidentales.

Los fines que persigue la ingerencia ultracuidadosa de Inglaterra, Francia e Italia en los asuntos internos de los pueblos balcánicos, nada tienen que ver con el interés de esos pueblos, y menos todavía con la paz general. Son, al contrario, una obra de división y de desorden que ellas realizan con la finalidad de obtener cada una una hegemonía política o económica.

La complacencia que demuestran nuestros poderes oficiales hacia los culpables que martirizan honestos y nobles pueblos, valerosos y trabajadores; la ayuda más o menos pagada que la gran prensa europea ofrece para ocultar un estado de cosas monstruoso, ya sea por el silencio o por las informaciones deformadas o por vergonzosas defensas, debe quitarle toda ilusión a la gente honesta, a fin de que reaccione tratando de impedir los sangrientos escándalos balcánicos.

Hemos encarado los medios para luchar contra un estado de cosas que empuerca nuestra época moderna. Se crearon comités en París, en Londres y en Viena, para defender a las víctimas del terror blanco. El objeto de esos comités es hacer conocer la realidad de los atentados, mediante informaciones precisas, irrefutables, y unir en un haz indisoluble las protestas de la gente honesta, que a pesar de todo, existe en el mundo.

Esas protestas de la conciencia pública pueden aún influir en una política de terror y de asesinatos que ya produjo — para no citar más que dos ejemplos — 20.000 víctimas en Bulgaria y 18.000 en los campos de Besarabia en estos últimos años. Nuestros comités compuestos de personalidades de carácter y autoridad probada, proseguirán, con un sentido práctico de la realidad, una campaña contra las leyes inhumanas de represión, reclamando una amnistía plena y no una parodia, como hasta ahora se hizo en esos desventurados países. Ellos, además, exigirán, en lo que concierne a Bulgaria, libertad completa para socorrer a las familias y los hijos de las víctimas, — un derecho primario y humano que ha sido abierta y públicamente rehusado por un gobierno que extiende su ilimitada crueldad hasta perseguir a los parientes de los prisioneros, de los condenados a muerte, como si fueran cómplices.

Estos hechos se harán conocer detalladamente en un volumen de próxima aparición — H. B.

---

(1) *Si hemos traducido y publicado este artículo, fué por su valor documentario y porque arroja una nueva luz sobre las gestas del terror blanco y de la debatida cuestión balcánica, el polvorín de Europa, — polvorín que las grandes potencias occidentales emplean todos los medios para que estalle un día u otro. Esta investigación fué llevada a cabo por una comisión de intelectuales europeos que la condujeron por su propia cuenta en el escenario de los sucesos. Entre ellos se hallaba León Vernochet, profesor en la península balcánica, la señorita Paul Lamy, jurisconsulta del foro de Bélgica, y Enrique Barbusse.*

No se nos escapa que este terror blanco *se halla diseminado por todo el mundo, y los miembros de esta comisión, o sea el mismo Barbusse, hubiese podido encontrar los mismos sangrientos y edificantes sucesos en Italia, y en la Rusia de los Soviets, que no le va en zaga a ninguno de los Estados balcánicos.*

Pero debemos contentarnos con que nos presenten estos hechos casi desconocidos para nosotros.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

XII Salón anual de acuarelistas y etc.

Insistimos. El salón de los acuarelistas y sus etcéteras, sigue siendo tan vulgarmente mediocre, tan soso y tan aborrecible*mente chic* en su conjunto como lo ha sido, con ligeras variaciones, casi siempre. La mejoría de su mediocridad aguda y perenne, anunciada por ciertos folicularios, es sencillamente una fementida adulación. Aquí se posee el falso concepto de que la mentira indulgente es un tónico para la reconstitución de optimismos. Es un engaño aparente que se infieren mutuamente los pobres de espíritu. Como sucede en todas las ocasiones de celebrarse certámenes colectivos, se ha prodigado un cúmulo de barbaridades en forma de loas y alabanzas, no en todas las circunstancias sinceras. Es el errado criterio de que el elogio estimula a las verdes juventudes, como también a las caducas madureces. Esos espaldarazos inmerecidos, esas loas desmedidas y descabelladas, obrando deletéreamente en muchos temperamentos, han hecho y están haciendo más víctimas, más artistas marrados, paralíticos e impotentes que los peores estupefacientes químicos. Contra ese falso criterio, contra la blandura de carácter de la crítica pictórica actual, hemos de combatir siempre, a riesgo de pasar por machacones. Si nuestra severidad asume a veces aspectos de crueldad y de injusticia, es por la natural reacción que provoca en nosotros la ceguera, la ignorancia, la insinceridad y la desaprensión.

Saquemos a flote de este conjunto una media docena de expositores. Pongamos unos cuantos más para que sigan a éstos que nos proponemos considerar buenos, en relación a sus diversos valores. Escaso es el número para otorgar un relativo interés a un certámen que, al decir de dos colegas nuestros, reune 180 y 300 obras respectivamente. Parece que los críticos oficiales, mejor dicho los cronistas, ni en la simple enumeración de las obras pueden ni quieren estar de acuerdo. Datos fidedignos de "La Prensa" y "La Nación".

No se nos escapa que si uno de estos salones similares nos revelase un talentazo, una sola personalidad vigorosa les bastaría con ello para cumplir su misión. Aunque debiéramos pagarla cara, nos daríamos por satisfechos. Pero en los doce años de su fundación, sólo pudo ofrecernos mostrencos y personalidades que por lo blanduchas y amorfas se las diría forjadas en el limbo, donde la tibieza y la sosez debe ser el condimento de toda alma. ¡Dadnos un solo nombre que signifique siquiera un gran ingenio, y nos declararemos vencidos!

Hay pintores que han expuesto asiduamente durante algunos años, y que se hallan en una subespecie, entre el hijo de papá y el diletante, sin un rasgo de carácter, de virilidad artística, sin espíritu, sin nada que los destaque del almacenero de la esquina, exceptuando sus exhorbitantes pretensiones. Estamos hartos de sus tilinguerías pintarrajeadas. Ya que han sido alabados de manera feroz e inaudita, vamos a decirles lo que se merecen.

Un ejemplo que tipifica esa subespecie es Jorge Larco. Resume en sí todas las deleznables aptitudes del ilustrador, del affichista y de un problemático pintor. En realidad, es un pastichista. Se halla en un género interlope, o sea fraudulento, que demuestra a las claras que quiere suplir el estudio serio, la observación atenta con la trampa de la grosera aparatosidad del efecto manual y acaramelado. Y como esas mismas facultades, en las que fía tanto, no van mucho más allá del aprendizaje del verdadero oficio, sus *cosas* resultan verdaderas catástrofes, pese a su aparente corrección ante los ojos de muchos. Carentes de vigorosas estructuras, con un dibujo que no apresa volúmenes y apenas logra débiles descripciones, de coloración vulgar y bombonesca, sus cuatro envíos son el fruto natural de una vaciedad pedante. Catástrofes donde sucumbe todo: el dibujo, las armonías de color, el carácter, que es el nervio de la composición, el hálito espiritual del artista, y queda en pie la petulancia tilinga y vana. Ciertamente, le hemos juzgado con un rasero que no se merecía; pero estamos hasta las narices de esa pintura facilona y de una bonitura horteril. Lino Palacio cuatra en la misma declinación y desinencia. Ni ilustrador pasable es. Afectado y mezquino, posee un dibujo mecánico, industrial, bueno para confeccionar figurines de tienda. Bonomi José es otro de los pendolistas. Podrá ser un buen calígrafo. Octavio Fioravanti, que colinda con esta subespecie de pintores-ilustradores y viceversa, hace esfuerzos para zafarse de ella. Coloca sus buenas intenciones sobre facultades precarias que a veces tienen su momento feliz, entre otros muchos desventurados. En definitiva: se comprueba que lucha para no incurrir en banalidades, y entonces, al no acertar, es crudo, antipático por el falso carácter con el que quiere singularizar sus figuras o sus composiciones. Las que presenta ahora no son las menos logradas de su copiosa producción como decorador de revistas.

Antonio Bermúdez Franco, que le ha hurtado los medios de expresión mecánica a Bagaría, y cuyos dibujos comentando hechos de actualidad en *Crítica* nos dieron la medida de su caletre de ser pensante, presenta un tríptico que dentro de su manera superficialona de contemplar la vida, es placentero, más como viñeta que por la significación racial o psicológica, inventada por alguien. En cambio *Don Diógenes* y *Vieja del Albardón*, por la falsa gesticulación y el detallismo minucioso, le traicionan de modo manifiesto; y estas dos insulsas grafías no son ya el retrato de Diógenes y de la Vieja, sino su propio retrato. En el tríptico fué sobrio y por ende eficaz y expresivo, en las dos obras restantes cayó en lo difuso porque no existe en ellas un punto dominante sobre el cual, al subordinarse los demás valores, dé la esencia de un carácter. Y aquí hemos terminado la faena más desagradable de esta exposición colectiva. Los hay peores que los nombrados; pero precisamente éstos pasan por mejores, pero muchísimo mejores que aquéllos peores, inevitable cohorte de toda manifestación de semejante jaez.

Es un íntimo placer el que experimentamos cuando el elogio es lo desbordante de una sincera fruición espiritual. No existen obras en el presente certamen que nos toquen hondamente. Empero, las hay comunicativas que producen el mismo efecto de una charla alegre y enfervorizada. El conjunto de paisajes de Pascual Ayllón, responde a esa designación. Le caracterizaríamos de pintor y hasta de artista manso. Ello para distinguirlo de los de aguileña garra, inquietos y complejos. Y dentro de esa mansedumbre y de cierta flacidez sentimental logra animar la materia pictórica de un plácido fervor. De la yerta objetividad del Salón Libre con algunos de sus óleos, aligeró la factura haciéndola cobrar transparencia y resonancia por una valorización más ajustada. La retina se afinó más, y por ende la matización enriqueció e hizo nítida su visión. De los catorce paisajes preferimos "Día Gris en Santa Ana".

Adolfo Bellocq es un artista aplicado y laborioso, que intenta estudiar seriamente. De pocos se puede decir lo mismo. Sus cincografías y sus grabados en madera, son una buena prueba de la calidad de su talento gráfico y de su laboriosidad. No es de los que escatima trabajo ni afanes en lo que emprende. En la técnica diligente y atildada, se dijera que persigue a los primitivos grabadores de la época de los incunables. Sea o no sea así, estos grabados se resienten de cierta aterida frialdad por la uniforme calidad tonal. No le reprochamos que no haga color, porque probablemente no se lo ha propuesto, sino que con las líneas puras, según la gradación de ellas, se puede valorizar siempre en vista de la concurrencia a un punto de máxima intensidad. Es de lo que está huérfanas las composiciones como "Tilcara" y casi todas las cabezas. Y en todas ellas, no hay economía en la expresión, sino que se llega a su truculencia. Cuanto más retenida es la expresión dada, de una fisonomía, más potencialidad adquirirá.

Denótase una influencia palazzesca y riganellesca de personificar vagos y proletarios gesticulantes. Ella está realizando verdaderos estragos entre la juventud artística. Es la teatralidad de las actitudes y de los gestos.

Leonie Matthis es de la spintoras más artesanas de este salón. Es decir, la que posee a fondo su oficio y lo emplea con una absoluta honestidad de medios. Y los resultados son altamente simpáticos y bellos a veces, porque cuando se posee un completo dominio sobre los recursos manuales, éstos se ennoblecen.

El escultor Antonio Sibellino con su "Estudio" al carbón, nos convence que es uno de los dibujos más felizmente concebidos y más severa y seriamente ejecutados de este salón. En esa armoniosa cabeza de niño, de semblante infantilmente ensimismado, existe el silencio animado de una intensa vida interior. No es una frase decorativa, ni un argumento subjetivo lo que esgrimimos para avalorar su trabajo.

No. Desdeñamos esos fáciles escamoteos. Esa intensidad anímica ha sido alcanzada con procedimientos puramente plásticos, regidos por la inteligencia y el sentimiento: es el equilibrio, el amalgamamiento y la interpretación de ambas facultades que hace la lineación del dibujo viviente y que el colorido se convierta en halo emotivo, en atmósfera coloreada. No sabemos quién dijo que en todo hombre de talento, al ser sincero, hay en él germen de un clásico. Esta cabeza es, por eso, clásica y moderna al mismo tiempo. No ha sido vista, y colocada en el peor lugar. De haber sucedido lo contrario, era suponer una inteligencia en el jurado, y otros etcéteras que de hecho han demostrado no poseer.

Del Preto señalado por nosotros y un grupo de pintores y escultores amigos nuestros, ha sido acaparado por la crítica oficializante — cuando el Salón Nacional lo ignoró completamente — para endilgarle las sólitas alabanzas irreflexivas y melosas. En sus tres acuarelas evidencia la misma cantidad de defectos y cualidades que en los anteriores envíos a los independientes y al nacional. La obsesión de la factura fresca, realizada mediante rápidas y fogosas síntesis, lo libra al azar de fortuitas circunstancias. No es dueño de sus medios de expresión, sino ellos de él. Expliquémonos. Por lo pronto, con ese método de trabajar no se penetra más allá de la superficie material de las cosas. Y además, es un retorno al *machiettismo* italiano, apoyado en el *temperamento* y en una intuición resbaladiza. Al decir que los medios se adueñan de él, afirmamos que ello se debe a su preocupación absorbente de algo secundario en el arte. Una demostración casi matemática la tendremos en "Un chico"; lo elíptico ha ido más allá de lo debido, y en vez de una pieza jugosa, puesta armoniosamente en valores, nos encontramos con una esquematización vacua y fría. En *Marie* la misma esqueletización... Estábamos por decir, cadavérica. "Paisaje", obedeciendo a las mismas leyes de las otras obras, es en su interior totalmente diferente. La síntesis es aquí signo de intensidad, de fuerza contenida, de dinamismo, por los bruscos valores que se contraponen y se benefican. ¿Es posible que un artista se halle pendiente de un acierto casi milagroso como el del asno que tañó la flauta por casualidad? No. El arte, nos repite incesantemente un amigo, está hecho de renunciaciones y de dura disciplina. Hay que renunciar a los aspectos exteriores, brillantes, encandiladores, para poder abalanzarse intensamente al fondo de todas las cosas y de las criaturas de la creación.

Nos queda por citar a Giordano La Rosa, con su "Puente en el Riachuelo", una promisora composición al temple, de fina tonalidad y de un dibujo sólido que *vé grande*. En su género, es uno de los mejores envíos de este salón. Ante

Martha Schrag — EN LA MINA

nio Victorica en su "Cab
se exhibe como un sensi
dina la solidez de la e
pintura a la sugestión d
na.

Gracioso y burlesco, M
guache "La Cantina". —

Por los S

(Witcom

Gregorio Lópe

Es uno de los pintores
se cotizó con puntos muy
desde donde se lanzan l
prematuros triunfadores.
tuvieron una extraordina
bujos — demasiado coqu
en un errado concepto d
— así como sus pinturas
ble historia de aquellos qu
sas, la esperanza rósa d
una larga jornada de tr
vida bellamente empleada
nan al empezar o a la
para ofrecernos la desilu
uo ocaso.

Un espectáculo semejan
sentan los lienzos de Lóp
para infundir ánimo ni
Quisiéramos creer que fu
sajera crisis, un desvío
nada revela que sea así.
dad, una tozudez en el c
do, que excluye toda po
da. Es la perfección — s
la paradoja — de lo qu
y ahoga el noble arte d
pia banal, fotográfica, o
rre, de un absoluto p
lor irreflexivo que dege
ches; y el propósito, inco
lo decorativo affichesco.

Toda manifestación de
superlativamente por la
píritu o la voluntad qu
cosas más o menos inte
dad de emoción, de intel
ritu y de dones plástic
mallorquines del artista
tan una sola calidad de
trabajo: la de llenar atu
des cuadros; sin darse l
var la naturaleza, estudi
variadas expresiones, c
componer, de ordenar s
armonías.

En vez de poner orden
elementos de la natural
Ruskin, impone el desor
de su nebuloso intelecto
no analiza, que no distin
liza en detalles y en el
es poner orden? Es el p
ción mental y anímico
penetrando con la obser
tación, la íntima esencia
para otorgarles el rasgo
unos de otros, caracteri
cialmente.

Nada vale entregarse
nerosos, a veces de una
mal gusto, si esa riquez
tórica no es un medio
más intensa y claramen
e inútil fin que no se sa
ge. Y este es el oficio
mal oficio, por supues
por no decir infinidad.
se contentan buscando
que deberían buscar en
do lo poseen. Es que p
órgano superfluo y hast
podía extirpar, que se
Tampoco se aplica a N
tuoso, en quien la mano
muchísimo más de lo q
sus intenciones. Existen
condición, que pueden
nes inteligentísimas. N
ellas el pintor argentin
no alcanzó hasta ese gra
que la tendencia exterio
cultiva con particular
otra salida lógica: la de
pincel. Sus evidentes
mentales, de entonación
pécticos, nos desengañ
este aspecto. Mejor. Po
viera lo *otro*, esos erro
carían.

Estamos, pues, ante u
saje. Los ve y los cont

nio Victorica en su "Cabeza de Estudio" se exhibe como un sensitivo que subordina la solidez de la estructura de la pintura a la sugestión de estados de alma.

Gracioso y burlesco, Macaya, con su guache "La Cantina". — At.

——— *** ———

Por los Salones

(Witcomb)

Gregorio López Naguil

Es uno de los pintores argentinos que se cotizó con puntos muy altos en la bolsa desde donde se lanzan los casi siempre prematuros triunfadores. En un tiempo tuvieron una extraordinaria boga sus dibujos — demasiado coquetos, inspirados en un errado concepto de la ilustración — así como sus pinturas. Es la invariable historia de aquellos que fueron promesas, la esperanza rósea del amanecer de una larga jornada de trabajo y de una vida bellamente empleada, y luego declinan al empezar o a la mitad del viaje, para ofrecernos la desilusión de un rápido ocaso.

Un espectáculo semejante como nos presentan los lienzos de López Naguil, no es para infundir ánimo ni regocijo a nadie. Quisiéramos creer que fuera ésta una pasajera crisis, un desvío temporal. Pero nada revela que sea así. Hay una seguridad, una tozudez en el camino equivocado, que excluye toda posibilidad de duda. Es la perfección — si se nos permite la paradoja — de lo que oprime, sofoca y ahoga el noble arte de pintar: la copia banal, fotográfica, o más bien *terre à terre*, de un absoluto prosaísmo; el color irreflexivo que degenera en colorinches; y el propósito, inconsciente o no, de lo decorativo affichesco.

Toda manifestación de arte se avalora superlativamente por la meditación, el espíritu o la voluntad que lo copone en dosis más o menos intensivas. Hay calidad de emoción, de inteligencia, de espíritu y de dones plásticos. Los paisajes mallorquines del artista argentino denotan una sola calidad de voluntad: la del trabajo: la de llenar aturdidamente grandes cuadros; sin darse la pena de observar la naturaleza, estudiarla en sus más variadas expresiones, con el anhelo de componer, de ordenar sus ritmos y sus armonías.

En vez de poner orden en los distintos elementos de la naturaleza, al decir de Ruskin, impone el desorden, la confusión de su nebuloso intelecto, que no disocia, no analiza, que no distingue ni individualiza en detalles y en el conjunto. ¿Qué es poner orden? Es el proceso de disociación mental y anímico que inventaría, penetrando con la observación y la meditación, la íntima esencia de los objetos, para otorgarles el rasgo que los distingue unos de otros, caracterizándolos diferencialmente.

Nada vale entregarse a empastes generosos, a veces de una exorbitancia de mal gusto, si esa riqueza de materia pictórica no es un medio para expresarnos más intensa y claramente, sino un yerto e inútil fin que no se sabe dónde se dirige. Y este es el oficio de López Naguil, mal oficio, por supuesto. Son muchos, por no decir infinidad, los pintores que se contentan buscando en su paleta lo que deberían buscar en su cerebro cuando lo poseen. Es que para éstos es un órgano superfluo y hasta nocivo. Se les podía extirpar, que seguirían pintando. Tampoco se aplica a Naguil lo del virtuoso, en quien la mano logra aparentar muchísimo más de lo que se propusieran sus intenciones. Existen idiotas de esta condición, que pueden pasar por personas inteligentísimas. No se halla entre ellas el pintor argentino. Su desviación no alcanzó hasta ese grado. Es indudable que la tendencia exterior, objetivista, que cultiva con particular empeño, no tiene otra salida lógica: la del habilidoso en el pincel. Sus evidentes errores, casi elementales, de entonación general y perspécticos, nos desengañan también sobre este aspecto. Mejor. Por lo demás, si tuviera lo *otro*, esos errores nada significarían.

Estamos, pues, ante un turista del paisaje. Los ve y los contempla en automóvil, quién sabe si a una velocidad de cien kilómetros por hora. Se satisface con su imagen física y grosera. De por sí, la naturaleza no lo es. Pero no nos sentimos en vena para seguir reencarnando el hermosísimo papel de Perogrullo.

Añadiremos, empero, que no es suficiente siquiera para llegar a "una emoción de retina", según el decir pintoresco del crítico de "La Nación", y mediante esa emoción de retina "resolver problemas de representación física" — plantarse ante una vista panorámica para pintarla solamente con el auxilio de los colores, de las manos y los ojos. No, no es suficiente. Por lo menos hay que penetrar en ese paisaje, desentrañarlo, vivirlo aunque sea durante unas horas o un mes, para impregnarlo de la imprescindible materia humana. Si se carece de esa capacidad de penetración, la obra de arte será siempre un cadavérico simulacro de lo que se quiso copiar. Digan lo que digan las bestias rumiantes de la escolástica.

La naturaleza inanimada, es decir la parte no humana de la creación, para poseer el ritmo de la vida perenne de la creación de arte, ha de completarse con lo recóndito de nuestra naturaleza.

Desprovistas de este principal atributo, las obras de Naguil no son más que la producción de un turista-pintor.

El caso del artista argentino, por ser la suma y cifra de otros muchos similares, merecería más detención y estudio para razonar las causas de estos repetidos fracasos y absoluto estancamiento, acontecidos en el máximo vigor físico de la edad.

Por otra parte, sinceramente hemos de declarar que nunca pudieron alegrarnos los errores y los fracasos de los demás. Y menos en la presente ocasión. Los que nos juzguen así, por la inusitada severidad de nuestras opiniones, es que nos enjuician a través de su propia mezquindad.

At.

Martha Schrag — DE MAÑANA, AL TRABAJO

PEDRO KROPOTKIN

LERMONTOF

Se cuenta que cuando Turguenef y su íntimo amigo Kavelin se encontraban — Kavelin era un simpátiquísimo filósofo y escritor de cosas jurídicas—uno de sus argumentos preferidos de conversación era: "¿Pusckin o Lermontof?". Turguenef, como se sabe, consideraba a Pusckin uno de los más grandes poetas y especialmente uno de los más grandes artistas mientras que Kavelin sostenía que Lermontof, en sus mejores creaciones, era muy poco inferior a Pusckin en cuanto artista, que sus versos eran verdadera música, y que, al mismo tiempo, la inspiración de sus poemas era mucho más elevada que la de Pusckin. Si se reflexiona que toda la carrera literaria de Lermontof está encerrada en el breve período de ocho años — murió en un duelo a los veintiseis años — las dotes y las cualidades de este poeta se bastan a sí mismas. Por las venas de Lermontof corría sangre escocesa, o por lo menos el fundador de su familia había sido escocés, Jorge Lermontoth, que, con setenta escoceses e irlandeses había estado primeramente al servicio de los polacos y más tarde, en 1613, de los rusos. Desconocemos aún la vida privada del poeta.

La felicidad no le sonrió en su infancia ni en su adolescencia. Su madre amaba la poesía, siendo, tal vez, poetisa — si bien la perdió cuando apenas contaba tres años, y ella veintiuno. Su aristocrática abuela apartólo del padre — un pobre oficial que amaba entrañablemente a su hijo — — y se encargó de su educación, impidiendo toda relación entre padre e hijo. El muchacho poseía talento, y ya a la edad de catorce años comenzó a escribir versos, al igual que Pusckin, primeramente en francés, y después en ruso. Sus poetas predilectos eran Schiller y Shakespeare.

Después de los diez y seis años comenzó a frecuentar la universidad de Moscú, de la que fué, a pesar de todo, expulsado al año siguiente, por haber ofendido a un profesor. Ingresó en la escuela militar de Petersburgo y fué oficial de los húsares a los diez y ocho años.

A los veintidós años, su nombre se unzo inesperadamente célebre por una poesía que escribió a raíz de la muerte de Pusckin (1837). Un gran poeta, y al mismo tiempo, un amigo de la libertad y enemigo de la opresión, se revelaron de inmediato a través de esta apasionada manifestación del joven poeta; siendo los versos finales los que obraron con particular energía: "Sois vosotros, turbamulta grosera, que circundáis el trono, los que ahogáis a los hombres de genio, a los hombres de la libertad y la gloria. ¡Aun hoy os escondéis bajo la ley, y los tribunales y el derecho se silencian ante vosotros! Pero existe un tribunal de Dios para vuestros corruptores. Un severo juez os espera. Y aquel no lo compraréis con el sonido de vuestro oro... Y con toda vuestra sangre impura no podréis cancelar la derramada por el poeta!"

A los pocos días todo Petersburgo y muy pronto toda Rusia, sabían de memoria esta poesía, que se difundió en millares de copias.

Este apasionado grito de su corazón le costó a Lermontof el destierro. Y la intervención de influyentes amigos lo libró de ser enviado inmediatamente a Siberia.

Fué transferido del regimiento de la guardia al que pertenecía, a uno de línea en el Cáucaso: lugar que ya conocía y que lo había impresionado gratamente. Pero ahora, la magnificencia de las grandes cadenas montañosas lo impresionó aun más hondamente.

El Cáucaso es una de las regiones más bellas de la tierra.

Lo componen una cadena de montañas bastante más grande que los Alpes, circuida por bosques, jardines y estepas infinitas, situada en un clima meridional, en una región seca, donde la transparencia del aire acrece la natural belleza de las montañas. Los gigantes vestidos de nieve se pueden ver desde la estepa, a muchas millas de distancia y la inmensidad de cada cadena produce una impresión tal, como no se puede gustar en ningún otro lugar de Europa. Además, una vegetación semitropical cubre las pendientes de las montañas donde se anidan las aldeas con su aspecto semimilitar y sus torres, que ora se iluminan por efecto de la luz de oriente y ora se ocultan entre las negras sombras de los estrechos pasos, habitadas por la gente más bella de toda Europa. En fin, por el tiempo en que Lermontof se encontraba allí, los montañeses estaban en lucha contra los invasores rusos combatiendo con invencible coraje por cada valle de sus nativas montañas.

Todas estas bellezas naturales del Cáucaso se reflejan en la poesía de Lermontof, en grado tal que en ninguna otra literatura existen descripciones de la naturaleza tan bellas ni tan profundas y exactas. Bodenstedt, su traductor alemán, y amigo personal, que conocía bien el Cáucaso, tuvo sobrada razón cuando observaba que sus pinturas valían por muchos volúmenes de descripciones geográficas.

La lectura de muchos volúmenes sobre el Cáucaso nada nuevo añadirá a la impresión que producen en el lector las poesías de Lermontof. Turguenef recuerda, en cierto lugar, la descripción de Shakespeare del mar, visto desde los escollos de Dover (en "King Lear") como una obra maestra de poesía objetiva en la descripción de la naturaleza. Debo confesar sin embargo, que la concentración de la atención sobre los pequeños detalles propios de esta descripción, no responde a mi sentimiento. No da impresión alguna de la inmensidad del mar visto desde los arrecifes de Dover ni de la fabulosa policromía del agua en un día de sol. Semejante reparo no podría caber a la poesía de la naturaleza de Lermontof. Bodenstedt dice justamente, que Lermontof ha sabido satisfacer al naturalista y al amador del arte. Sea que su descripción de la colosal cadena de montañas, donde la mirada se pierde, ya en las cimas cubiertas de nieve, ya en la infinita profundidad de los abismos, o en los recuerdos de algún detalle: un torrente

de montaña o los bosques infinitos, o los plácidos valles de la Georgia cubiertos de flores, o la muchedumbre de luminosas nubes flotando en los vientos secos del Caucaso septentrional — permanece siempre tan fiel a la naturaleza que su cuadro surge ante nuestros ojos en colores naturales, y está impregnado de una atmosfera poética que nos hace sentir la frescura de los montes, el bálsamo de sus selvas y praderas y la pureza de su aire. Y todo esto está escrito en versos maravillosamente musicales. Los versos de Lermontof, si no son tan "sentimentales" como los de Pusckin, en cambio son casi siempre más musicales. Suenan como una bella melodía. La lengua rusa es siempre asaz melodiosa, pero en los versos de Lermontof alcanza casi el grado melódico de la italiana.

Desde el punto de vista intelectual, Lermontof está mas cerca de Shelley que de cualquier otro poeta. El autor de *Prometeo encadenado* lo había impresionado fuertemente, empero, no trato de imitarlo.

En sus primeras producciones imitó a Pusckin y el byronismo de Puskin. Pero bien pronto encontró su propia senda. Todo lo que puede decirse es que el espíritu de Lermontof estaba agitado por los mismos grandes problemas del bien y del mal, que luchan en el corazon humano al igual que en el universo, y que agitaban a Shelley. Como Shelley entre los poetas y Schopenhauer entre los filósofos, el genio aproximarse la ardiente necesidad de una revision de los principios morales corrientes, característicos de nuestra época. Expresó estas ideas en dos poesías: *El Demonio* y *Mziri*, que se complietan mutuamente. El pensamiento fundamental de la primera, es el de un alma soberbia que ha roto con la tierra y con el cielo y mira desdeñosamente a todos los que se dejan arrastrar por pasiones ínfimas. Arrojado del paraiso, odia la virtud humana, conoce estas bajas pasiones y las desprecia con toda su superioridad.

¿Podía elegirse tema más inverosímil que el amor de este demonio por una joven georgiana, que oculta su amor refugiándose en un convento, donde muere? Sin embargo, leyendo el poemita, cada verso es un primor por la riqueza de descripciones concretas y puramente realistas, de sentimientos humanos; todo de la mas exquisita belleza. La danza de la muchacha en su castillo georgiano antes de la boda, el encuentro del novio con los ladrones y su muerte, el galope de su fiel caballo, el dolor de la prometida y su retiro a un convento, el amor del demonio y cada uno de sus movimientos — todo es del más puro realismo, en el sentido más elevado de la palabra; ese realismo que Pusckin imprimió de una vez para siempre en la literatura rusa.

Mziri es el grito de un alma joven que aspira a la libertad. Un muchacho sacado de una aldea de las montañas de Circasia, es llevado a un pequeño monasterio ruso. Los monjes creen haber extinguido en él los deseos y las pasiones humanas. Y no es así. Su fervoroso anhelo es volver a ver su aldea, sus montañas; apretar contra su pecho a una criatura que lo ama...

Furiosa tempestad asola la tierra... temerosos, los monjes oran en la iglesia; el muchacho huye del monasterio, por tres días vagabundea en las selvas.

Por primera vez en su vida, goza de algunos momentos de libertad; siente toda la energía de su juventud: "Yo era como una fiera salvaje — dice más tarde — y estaba dispuesto a combatir contra la tempestad y los tigres de la selva". Pero como una planta exótica, debilitado, no logra encontrar el camino para retornar a su país natal. Se pierde en los bosques que lo circundan en centenares de millas y luego de algunos días es encontrado exhausto, no muy lejos del monasterio. Muere a consecuencia de las heridas producidas en la lucha con un leopardo.

"La tumba no me asusta, le dice a un viejo monje que lo asiste. — El dolor, dicen, duerme allá, en la eterna y gélida páz. Empero, me duele dejar la vida... Soy joven, muy joven... ¿Has conocido alguna vez los sueños libres de la juventud? ¿No has olvidado tus primeros odios y amores? ¿Es posible que este hermoso mundo haya perdido para tí sus bellezas? Eres débil y canoso, has perdido tus deseos. En un tiempo, tú también viviste; tienes algo que olvidar en el mundo. Tú has vivido y yo también pude haber vivido!" Habla luego de las bellezas que pudo admirar en esos días de plena libertad, de honda alegría y de lucha con el leopardo. "¿Quieres saber lo que hice cuando era libre? Viví. Sin estos tres días mi vida hubiese sido más sombría y obscura que la vejez enferma". Hablar de todas las bellezas de este poema es imposible. Hay que leerlo.

El demonismo o pesimismo de Lermontof no era el demonismo de la desesperación, sino una intrépida protesta contra todo lo que hay de innoble en la vida, y a este respecto, su poesía influyó formidablemente sobre todo la literatura posterior. Su pesimismo era la irritación de un hombre severo que ve a su alrededor a otros débiles y bajos. Con su innato sentimiento de la belleza, que evidentemente no puede existir sin lo bueno y lo verdadero, y rodeado al mismo tiempo — especialmente en las altas esferas en que vivía y en el Cáucaso — por hombres y mujeres que no lo comprendían, ni se atrevían a comprenderlo, rácilmente debió llegar a un desprecio pesimista y al odio de la humanidad; pero conservó siempre su fe en las cualidades elevadas del hombre.

Era natural que en su juventud — sobre todo en el período de reacción universal, desde el 30 hasta el 40 — hubiese expresado su descontento del mundo en una creación tan general y abstracta como *El Demonio*. Algo parecido le había sucedido a Schiller. Pero gradualmente, su pesimismo tomo formas más concretas. Ya no fué la humanidad en general y menos el cielo y la tierra lo que desprecio en sus producciones subsiguientes, sino los rasgos negativos de nuestra generación. En su cuento en prosa *Un heroe de nuestro tiempo*, en su *Pensamientos* (Duma) etc., entrevería ideales más elevados, y ya en 1840, es decir un año antes de su muerte, pareció abrir una nueva pagina de su vida en la que su espíritu crítico y constructivo se hubiese ocupado de los males reales de la vida actual y en la que, evidentemente, el bien real y positivo hubiera sido su finalidad. Pero un duelo le impidió llevarla a cabo.

Lermontof fué, antes que nada, un *humanista* — un poeta profundamente humanitario. A los veintiséis años escribió una poesía de Ivan el Terrible, *El canto del mercader Kalachnicof*, que puede ser considerado, justamente, como una perla de la literatura rusa, sea por su maravillosa fuerza epica, como por su primoroso estilo: la poesía produjo honda impresión en Alemania, cuando fué conocida por la traducción de Bondenstedt. Esta impregnada del mas violento espíritu de rebelía contra los cortesanos del terrible zar.

Lermontof amaba profundamente a Rusia, pero no la Rusia oficial, no el sofocante poder militar de una patria tan cara a los llamados patriotas; y escribía: "Yo amo a mi patria, la amo apasionadamente y a pesar de lo que diga mi razón, ni su gloria, conquistada con sangre, ni su paz tan llena de orgulloso desdén, ni la tradición de su sombrío pasado pueden despertar en mí una vision feliz..."

Lo que él amaba de Rusia era su vida de campo, sus llanuras, la vida de sus campesinos. Sentía al mismo tiempo, un acendrado amor por los nativos del Cáucaso que luchaban asperamente contra los rusos, por su libertad. Y a pesar de ser ruso y miembro de los expediciones militares contra los circasianos, su corazón, sus simpatías estaban de parte de este valeroso pueblo, que anhelaba ardientemente su independencia. Su poesía *Ysmail-Bey*, es una apotecsis de esta lucha entre circasianos y rusos; en otra, una de las mejores, describe a un circasiano que huye del campo de batalla para refugiarse en su aldea: y la madre se niega a ampararlo, como a un traidor. Otra gema poética: una de sus poesías más cortas, *Valérik*, la cual está considerada por los que realmente saben lo que es la guerra, como su más precisa descripción en poesía.

El también odiaba la guerra. Una de sus admirables descripciones de combatientes la cierra con estas líneas:

"Pensé: qué miserable es el hombre! ¿Qué cosa desea?... El cielo es puro y aquí abajo hay lugar para todos: solitario sin motivo ni necesidad, vive de odios. ¿Por qué?"

Murió cuando sólo contaba veintiséis años de edad. Desterrado por segunda vez al Cáucaso (a raíz de un duelo que tuviera con el hijo del embajador francés) residía en Piatigorsk, y frecuentaba la sociedad superficial que se reunía, de ordinario, en las estaciones balnearias. Sus palabras y sus sarcasmos dirigidos a un oficial, Martinof, que acostumbraba vestirse con una capa a la Byron para ganar así más fácilmente el corazón de las muchachas, lo llevaron a un duelo. Lermontof tiró intencionadamente de lado, como ya había hecho en su primer duelo; pero Martinof apuntó, lenta y deliberadamente, lo que provocó las protestas de uno de los padrinos, matando a Lermontof en su sitio.

JUAN GUIJARRO

LA POLITICA

Siempre es buen tiempo para hablar de política en este país en el que de ella vive la parte ociosa de la nación. Y siempre es buen tiempo para combatirla, ya que la soportamos a la fuerza sobre nuestras espaldas como un fardo de plomo que nos empequeñece y arruga.

No hablar mal de la política, es protegerla con la complicidad de nuestro silencio indiferente o cobarde. No atacar la política, es hacer política. Es necesario odiarla para combatirla; ocuparse de ella, para entorpecerla. No votar es recriminarle su esterilidad. Felizmente, pocos creen en la política. Sus mismos expendedores no creen en ella, desacreditándola con su mal ejemplo y mala fe. La droga parlamentaria de las democracias a sueldo, el voto, ha perdido su eficacia; la cirugía social creada por los sindicatos y los gremios, ha venido a comprobar que sólo extirpando el cáncer burocrático se curará la nación. Una huelga bien conducida es más eficaz que cualquier organización política y sería una ingenuidad creer que la situación de los obreros mejorará con las leyes engendradas en el vientre satisfecho de un ministro. Las leyes, como las drogas, sirven para calmar los procesos agudos de un país, pero, como las drogas, sirven también para convertir un período agudo en una enfermedad crónica. De nada nos han servido los ingredientes homeopáticos en la farmacopea parlamentaria, a no ser para desacreditarla. El cuarenta por cien de la población no vota, el sesenta restante, son empleados u obreros nacionales. Sólo votan los afiliados a un partido y son el menor número. El voto obligatorio le ha quitado conciencia a la boleta electoral, aunque el voto secreto le ha dado legitimidad, permitiendo votar en blanco. Se vota del mismo modo que se hace el servicio militar o se pagan los impuestos, de mala gana, a la fuerza, con asco. Pocos ciudadanos de espíritu libre concurren a las urnas. Urnas!: nombre simbólico tratándose de política. Los gobiernos lo saben, pero callan. Mal negocio sería para un gobierno obligar a votar a los que no quieren hacerlo. Son enemigos que renuncian.

Al pueblo es fácil engañarlo, pero es difícil engañarlo por mucho tiempo; no cree en las teorías porque vive de los hechos, los políticos le halagan con frases y el pueblo no vota. Si bien es cierto que hacen algo los hombres que piensan bien, el progreso avanza, tan sólo, por los que hacen el ejemplo en la gran rueda del mundo. No votemos. No creamos en los hombres mientras sus ideas no se cristalicen en normas de conducta. No votemos. Hombre de ideas no es el que piensa bien, sino el que, pensando bien, obra de acuerdo con lo que piensa. Pensar bien!!, hasta los malvados lo hacen por astucia. No votemos. Un partido político, es un conjunto de hombres que dicen tener buena fe, un ideal en el alma y que pretende alcanzar el poder. Buena fe e ideal ¡estupendo!; los que tienen un ideal y buena fe resultan monstruos en este Sahara de corazones; pero la aspiracion de alcanzar el poder enturbia las dos virtudes precedentes. No hablemos de los políticos apoltronados en el gobierno, nauseabundos a la fuerza, hablemos de los otros: descontentos, revolucionarios que anhelan transformar las leyes implantando sanas costumbres. Gobernar es adaptarse; el ideal no se adapta nunca.

El cristianismo, transformado en política, se pudrió; sus santos se convirtieron en jesuitas: los ideales del pueblo explotado pretendiendo convertirse en realidad mediante sus parlamentarios satisfechos, se transforman en algo sucio. No votemos. Antes de los ideales del pueblo están sus ambiciones personales... ¿Excepciones?, ¡ay!, son muy pocas; nada podemos aun contra las aplastantes mayorías. No votemos. Se vive de la política como de cualquier otra industria, pero cada día se vive menos. Haciéndose mas difícil la tarea de conquistar voluntades, se recurre a procedimientos más rápidos, se conquistan apetitos. No se habla de ideales, sino de puestos. No se proclama igualdad y fraternidad humanas, sino más sueldo y menos horas de trabajo. No votemos. No hay ningún partido político que no esté lo suficientemente desacreditado como para que no se dude de él. No votemos. No hay política honrada, hay hombres honrados, pero que dejan de serlo en cuanto hacen política. Los que están en el gobierno son conservadores, tratan de conservar sus avanzadas en la lucha social; los otros ambicionan llegar al poder y, a medida que avanzan, se impregnan de la sucia adaptación que les van imponiendo las exigentes conveniencias. No votemos. Todos los partidos políticos son revolucionarios, lejos del poder; se hacen "evolucionistas" y antirevolucionarios, a medida que crecen las posibilidades de alcanzarlo, y terminan siendo reaccionarios cuando llegan al poder. Nó votemos.

Los pueblos están fatigados de las leyes de sus gobiernos. La miseria que ha existido siempre, prueba de que las leyes han sido injustas siempre. No votemos. Imponiendo una ley tendremos súbditos de esa ley, no partidarios de la misma; expliquemos el principio de esa ley, creamos la necesidad de ella y dicha ley se adherirá a las costumbres como un hábito. El voto obligatorio prueba de que el pueblo no quiere votar, no siente la necesidad de hacerlo, porque lo cree una cosa estéril, malsana. No votemos. En política no hay amigos, hay cómplices, porque lo que los une no son iguales afectos o aspiraciones iguales, sino comunes intereses o comunes antipatías, y el interés o el odio son una argamasa poco sólida para unir corazones. No votemos. No pudiendo existir cordialidad verdadera donde no medan elevados propósitos, en política, cuando más, lo que puede existir es una disimulada complicidad, un pacto secreto de mutua conveniencia. No votemos. Seamos libres por nosotros mismos, no por la política. Cada cambio de gobierno será un cambio de traje para la nación que modificará sus formas exteriores, pero que no trastocará en nada ni la estructura de sus huesos ni la potencia de sus músculos. No votemos. Nuestra libertad consiste en ser cada vez más útiles. No votemos. Huyamos de la política. Habituados a llamarle país libre a aquel en el que hay grandes fortunas, avariciosos latifundios, insaciables empresas capitalistas y siniestros derrochos gubernativos, no olvidemos que país libre es aquel en el que sus habitantes no sufren, en el que cada obrero tiene un salario que le permite ponerle alas a su vida interior y en el que cada uno de sus ciudadanos no tiene obligaciones que repugnan a su espíritu. El voto obligatorio es una monstruosidad. Querer construir países libres con hombres que no son libres es el contrasentido de las repúblicas llamadas pomposamente democráticas. No votemos. No votar es ponerse del lado de los desposeídos, porque es desobedecer al gobierno, que son los ricos. Poniéndonos del lado de los pobres, siempre estaremos más cerca de la verdad; la aproximación a los poderosos nos envilece, cuando no lo hace con su desprecio, lo hace con su sola proximidad, porque si no llegan a contaminarnos con sus costumbres, nos acostumbran a tolerarlas, lo cual es un principio de contaminación. El proletario que no odia al gobierno es

un burgués en germen; votar, es una forma de acatamiento; no votar, es la expresión de su desprecio. Los partidos políticos, fábricas de concejales, diputados y senadores que ayer no más renegaban del poder, jurando no ambicionar alcanzarlo, no mejorarán la situación de los pobres con las mejoras parciales de aumento de salario, sino induciéndolos a no ser sumisos. El aumento de salario es la vacuna contra la huelga que es la muerte del capital. No votemos. Hagamos huelga de urnas. La política sin mesas electorales se reduce a un comercio sin mostrador. Se funde.

En política todo se sacrifica al interés inmediato de la próxima elección. Las bocas de los políticos, como nichos abiertos, siempre están dispuestas a tragarse la verdad; su oratoria es agua que, hidratando las conveniencias colectivas y haciéndoles perder su solidez, las conduce por los cauces más estrechos... No votemos. Los gobernantes, políticos en el poder, han hecho del trabajo una cosa pesada y brutal, cuando debiera ser una satisfacción como lo es el cumplimiento normal de todas nuestras funciones; pero los gobiernos — grandes trusts de los ricos — se empeñan en que no sea así, porque siendo el trabajo una carga pesada y brutal, han creado en el pueblo la ambición de enriquecerse; la codicia, y he aquí que, creando en el pueblo la ambición de enriquecerse, lo han subordinado a todas sus perversiones y caprichos. No votemos. Huyamos de la política. Castremos nuestras ambiciones personales y nuestros sueños no abortarán jamás.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.00 POR AÑO — PAGO ADELANTADO

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(*Continuación*)

Sin embargo, la ley, lo mismo que la religión, sólo desempeña un papel secundario en la sociedad actual. Se apela a ella raramente para regular las relaciones entre pobres y ricos, poderosos y débiles. Esas relaciones son el resultado de las leyes económicas y proceden del desenvolvimiento de un sistema social que se funda en la desigualdad de las condiciones.

Laissez faire! ¡Abandonad las cosas a sí mismas! han dicho los árbitros en el teatro de la guerra. El campo es libre; es verdad, está cubierto de cadáveres; es verdad, patalea el conquistador sobre los cuerpos de los vencidos; es verdad, por medio de la oferta y de la demanda y las conspiraciones y monopolios a que conducen, la mayoría de la sociedad se vuelve esclava de los pocos, pero sin embargo — dejad las cosas a sí mismas, así cuadra al juego honesto! Sobre la base de ese acertado sistema, un advenedizo, sin hablar del gran señor que hereda al nacer grandes condados, está en situación de comprarse con dinero sonante millares de hectáreas de tierra, de expulsar a los habitantes que las cultivan y de tolerar allí donde antes estaban los hombres y sus moradas, sólo manadas de corzos y de ciervos y un par de árboles. De este modo un comerciante, que tal vez es más astuto, más hábil o tal vez más favorecido por la dicha que sus semejantes, puede hacerse amo de un ejército de trabajadores que, si no los deja morir de hambre, están completamente a su disposición. Para abreviar, la concurrencia en el comercio permite, bajo la protección paternal de la ley, que la gran mayoría de los comerciantes — el hecho es testimoniado por numerosas encuestas médicas — falsifiquen artículos alimenticios y bebidas, vendan substancias peligrosas como alimento sano y maten por el envenenamiento lento, sin perder un solo día en sus deberes religiosos, a sus hermanos en Cristo. Se puede decir lo que se quiera, la esclavitud, por cuya abolición han combatido tan heroicamente los abolicionistas en América, continúa existiendo en otra forma en los países civilizados; pues a poblaciones enteras se les ha dejado sólo la elección siguiente: o bien morir de hambre o aceptar vejaciones que repugnan, y por consiguiente eligen sólo las penas. Y si quisiéramos examinar exactamente la sociedad bárbara a que pertenecemos, tendríamos que reconocer que el asesinato, aunque disimulado en mil formas científicas y engañosas, pone aún, como en los tiempos primitivos, un fin a la vida de la mayoría de los hombres. El economista ve sólo campo de batalla enorme en la circunferencia y cuenta con la frialdad del estadístico los caídos, como en la noche de una gran batalla. Júzguese por las siguientes cifras. La mortalidad más baja entre los acomodados alcanza a lo sumo a uno entre sesenta. Como la población de Europa forma la tercera parte de mil millones, los casos de mortalidad por término medio, — la prorrata correspondiente a la mortalidad de las clases acomodadas — no podría pasar de cinco millones. ¡Pero asciende a tres veces cinco millones! ¿Qué hemos hecho con esos diez millones de seres humanos que fueron muertos prematuramente? Si es verdad que tenemos deberes recíprocos, ¿no somos responsables por la esclavitud, el frío, el hambre, la miseria de toda especie que condena a los desdichados a la muerte prematura? Generación de Caínes, ¿qué hemos hecho de nuestros hermanos?

¿Y qué medios salvadores han sido propuestos contra el mal social que nos carcome verdaderamente hasta la médula? ¿Puede la caridad, como sostienen algunas buenas almas — a quienes una multitud egoísta responde en coro — puede la caridad aceptar la lucha contra el mal tan difundido? Ciertamente, conocemos algunos devotos que sólo parecen vivir para hacer el bien. Ante todo, ese caso se presenta en Inglaterra. Entre las mujeres sin hijos, que sienten la necesidad de trasladar su amor a la especie humana, se encuentran muchos seres maravillosos que pasan su vida consolando a los afligidos, visitando enfermos y sirviendo a la juventud — interiormente tiene que conmovernos la bondad abnegada que manifiestan esas damas hacia sus semejantes desdichados; pero cuando se toman en conjunto todos esos esfuerzos, ¿qué valor económico puede atribuirse a todos esos esfuerzos bien intencionados? ¿Qué suma representa toda la beneficencia de un año en comparación con la ganancia que obtienen prestamistas y usureros a menudo con sus especulaciones de un solo día? Mientras que esas damas ofrecen una taza de té a un pobre o preparan una bebida para enfermos, su padre o hermano produce la miseria y la ruina sobre millares de obreros ingleses o de *coolis* hindúes por un golpe atrevido en la bolsa o por un buen negocio de productos. Y por respetables que puedan ser con frecuencia hechos de beneficencia desinteresada, ¿no es una cosa del antojo personal y que su distribución de-

Errico Malatesta (12)

EN EL CAFÉ

—¡Qué dice usted! Me apenaría ciertamente mucho y haría todo lo posible por impedirlo. Pero, observe bien, igualmente me apenaría y haría todo lo que pudiera por impedirlo si los italianos fuesen a destruir, a oprimir y a masacrar a París, a Viena, a Berlín o a Libia.

César. —¿*Igualmente* de veras?

Jorge. —En la práctica, tal vez no. Me desagradaría más el mal hecho en Italia, porque en Italia es donde tengo más amigos, porque las cosas de Italia son las que conozco mejor y por consiguiente mis impresiones serían más vivas, más sensibles. Pero eso no quiere decir que el mal causado en Berín sería menos un mal que el causado en Milán.

Es como si mataran un hermano mío, un amigo. Sufriré ciertamente más de lo que sufro cuando matan a alguien que no conozco; pero eso no quiere decir que la muerte del que me es desconocido sea menos criminal que el asesinato del amigo mío.

Felipe. —¡Bien, pero, ¿qué habría hecho para impedir una posible entrada de los alemanes en Milán?

Jorge. —No he hecho nada. Más bien mis compañeros y yo hemos hecho lo posible para mantenernos fuera del conflicto; pero es porque no habríamos podido hacer todo lo que habría sido útil y necesario.

Felipe. —¿Qué quiere decir eso?

Jorge. —La cosa es clara. Nosotros nos hemos encontrado en situación de tener que defender los intereses de nuestros amos, de nuestros opresores y de deber hacerlo matando hermanos nuestros, trabajadores de otros países llevados al matadero como éramos llevados nosotros, por sus patrones y sus opresores. Y nos hemos rehusado servir de instrumento a los que son nuestros verdaderos enemigos, es decir, a nuestros amos.

Si hubiésemos podido antes libertarnos de los enemigos internos, entonces habríamos tenido que defender nuestra patria y no la de esos señores. Habríamos ofrecido la mano fraternal a los trabajadores extranjeros enviados contra nosotros, y si éstos no hubieran comprendido y hubiesen querido continuar sirviendo a sus amos contra nosotros, nos habríamos defendido.

Ambrosio. —Pero usted no se preocupa más que de los intereses de los trabajadores, de los intereses de su clase, sin comprender que, por encima de las clases, está la nación. Hay sentimientos, tradiciones, intereses que unen a todos los hombres de una misma nación, a pesar de todas las diferencias de condiciones, de todos los antagonismos de clase.

Y además está el orgullo de la raza. ¿No se siente orgulloso de ser italiano, de pertenecer al país que ha dado la civilización al mundo y que aun hoy, a pesar de todo, se encuentra a la cabeza del progreso? ¿Cómo no ha sentido nunca la necesidad de defender la civilización latina contra la barbarie teutónica?

Jorge. —Por favor, dejemos a un lado la barbarie de éste país o aquél.

Podría decirle que si los trabajadores no saben apreciar su "civilización latina", la culpa es de ustedes, de la burguesía que ha privado a los trabajadores de los medios de instruirse. ¿Cómo pueden pretender que uno se apasione por una cosa que nos han hecho ignorar?

Pero terminemos con estas mentiras. ¿A quién quiere hacer creer que los alemanes son más bárbaros que los demás, cuando hace unos años ustedes mismos estaban llenos de admiración ante todo lo que procedía de Alemania? Si mañana cambiasen las condiciones políticas y los intereses capitalistas fuesen diversamente orientados, dirán de nuevo que los alemanes están a la cabeza de la civilización y que los bárbaros son los ingleses y los franceses.

Pero, ¿qué importa eso? Si un país se encuentra más adelantado que otro tiene el deber de propagar su civilización, de ayudar a los hermanos atrasados y no debe aprovecharse de su superioridad para oprimir y para explotar... aunque no fuera más que porque todo abuso de poder lleva a la corrupción y a la decadencia.

Ambrosio. —Pero de cualquier modo, respete al menos la solidaridad nacional que debe ser superior a toda competencia de clase.

Jorge. —Comprendo. Es esa pretendida solidaridad nacional la que a ustedes les interesa sobre todo, y es esa la que nosotros combatimos. Dado que solidaridad nacional significa solidaridad entre capitalistas y obreros, entre opresores y oprimidos, eso equivale a decir acomodamiento de los oprimidos con su estado de sujeción.

Los intereses de los trabajadores son opuestos a los de los patrones, y cuando por circunstancias especiales fuesen transitoriamente solidarios, nosotros trataremos de hacerlos antagónicos, pues la emancipación humana y todo el progreso futuro dependen de la lucha entre trabajadores y capitalistas que conducirá a la desaparición completa de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre.

Ustedes pueden tratar aún de engañar a los trabajadores con las mentiras del nacionalismo; pero en vano. En lo sucesivo los trabajadores han comprendido que sus hermanos son los trabajadores de todos los países, y que sus enemigos son todos los capitalistas y todos los gobiernos, nacionales o extranjeros.

Y con esto les doy las buenas noches. Sé que no he convencido ni a los magistrados ni a los propietarios que me han escuchado. Pero para Felipe, Vicente y Luis, que son proletarios como yo, tal vez no haya hablado en vano.

XVII

Luis (*socialista*). —Ya que todos han dicho su opinión, permítanme que diga también la mía.

Soy solo aquí de mi manera de ver y no quisiera exponerme a la intolerancia combinada de burgueses y anarquistas.

Jorge. —Me asombro de que hable así.

Usted, más bien tú, pues somos trabajadores ambos y podemos, debemos considerarnos amigos y hermanos, tú pareces creer que los anarquistas son enemigos de los socialistas. Al contrario, somos sus amigos, sus colaboradores. Aunque muchos de entre los jefes socialistas han intentado e intentan aún poner en oposición el socialismo y el anarquismo, la verdad es que, si socialismo significa una sociedad o la aspiración a una sociedad en que los hombres vivirán como hermanos, en la que el bien de todos sea condición del bien de cada uno, en la que nadie sea esclavo y explotado y todos tengan los medios para alcanzar el máximo desenvolvimiento posible y disfrutar en paz de todos los beneficios de la civilización y del trabajo común, no sólo nosotros somos socialistas, sino que tenemos el derecho a considerarnos los socialistas más radicales y más consecuentes.

Por lo demás, incluso el señor Ambrosio lo sabe, pues ha enviado a muchos de los nuestros al presidio, en Italia hemos sido nosotros los primeros en introducir, explicar y propagar el socialismo; si poco a poco acabamos por abandonar el nombre y por llamarnos simplemente anarquistas, ha sido porque a nuestro lado surgió otra escuela autoritaria y parlamentaria, que consiguió pre-

pende muy a menudo de las simpatías religiosas o políticas del dador más que del valor moral de los que la reciben? Pero aun cuando la limosna fuera realmente distribuída a los que más la necesitan, la beneficencia, sin embargo, incurriría en la gran falta de crear el que recibe y el benefactor, relaciones innegables de desigualdad. El último se regocija en la conciencia de hacer algo bueno, como si no satisficiera simplemente una deuda; y el que recibe la limosna solicita pan como una dádiva, en lugar de ambicionar trabajo como un derecho o, en caso de ser inválido, solidaridad humana. Así es creada la mendicidad repugnante, con sus mentiras, sus astucias y su rastrera y lacrimosa hipocresía, y desarrollada cada vez más. ¡Cuánto más nobles son las costumbres de algunos países llamados bárbaros, donde el hambriento acude simplemente a casa de aquellos que están a punto de comer, bien venido para todos y luego, cuando está satisfecho, continúa su viaje con un saludo amistoso, pero permanece sin embargo en todos los aspectos igual al hospedero y no es deprimido por el sentimiento penoso de la obligación por el bien recibido! Pero la beneficencia crea el patronato y la superficialidad — los miserios frutos de un sistema infame, y sin embargo lo mejor que puede ofrecernos una sociedad de capitalistas!

Tenemos derecho a decir con eso que los jefes de la moderna sociedad que hacen caer por medio de las privaciones en la miseria, hundirse en la indigencia y corromperse por los vicios a los hombres a quienes gobiernan — y de cuyo destino por eso han asumido la responsabilidad — han hecho bancarrota moral. Pero donde los amos fracasan pueden triunfar, tal vez, los hombres libres. El fracaso de los gobiernos no es para nosotros motivo alguno para perder el valor; nos señala, al contrario, cuan peligroso es confiar a otros la vigilancia de nuestros derechos, y nos fortifica más aún en nuestra firme resolución de tomar en las propias manos, la propia causa. No pertenecemos a aquellos que por la práctica de las hipocresías sociales, el disgusto de una vida envilecida, y la inseguridad del porvenir, ha caído en la necesidad para plantearse la tenebrosa pregunta — sin hallar el valor para una respuesta—: "¿Merece la pena vivir?" Sí, a nosotros nos parece la vida digna de ser vivida, pero sólo cuando tiene su objetivo — no el bienestar personal, no un paraíso, ni en este ni en el otro mundo —, sino la realización de un anhelo, de un ideal, que es propio de nosotros y corresponde a nuestro ser más íntimo. Aspiramos al ideal de la igualdad, tenido ante sus ojos como un sueño celeste por los pueblos subyugados siglos y siglos. Lo poco que puede hacer el individuo ante nosotros, es una rica recompensa por los peligros de la lucha. En esas circunstancias, la vida es buena, incluso una vida llena de dolores y sacrificios — aun cuando debiera ponerle fin repentinamente una muerte prematura.

La primera condición de la igualdad, sin la cual todo progreso será la más pura burla — la aspiración de todos los socialistas sin excepción —, es que todo el mundo tenga pan. Hablar a los hambrientos de deber, de renunciación, de virtudes etéreas, no es nada menos que una cobardía. El hombre rico no tiene derecho a predicar moral al mendigo ante su puerta, Si fuera verdad que los países civilizados no produjeran alimentos suficientes para todos, se podría decir que el pan, gracias a la concurrencia, estaría reservado a los fuertes, y que los débiles debían contentarse con las migajas que cayeran de la mesa del comilón. En una familia donde existe el amor, las cosas no se organizan de ese modo; al contrario: los pequeños y los débiles reciben la primera parte; pero hay que confesar que la carencia podría fortificar las manos de los violentos y hacer de los poderosos los propietarios exclusivos del pan. Pero, ¿las sociedades de nuestro tiempo, han sido impulsadas realmente a esa estrechez? Al contrario; lo mismo, ¿qué valor pueden tener las predicciones de Malthus para un lejano futuro?; es un hecho seguro e indiscutible que en los países civilizados de Europa y de América, la suma total de los medios alimenticios, producidos o cambiados por productos industriales, es más que suficiente para el sostenimiento del pueblo. Aun en tiempos de parciales malas cosechas, los depósitos de granos no necesitan más que abrir sus puertas para que todos reciban una parte satisfactoria. No obstante la dilapidación y el derroche, no obstante las enormes pérdidas que tienen lugar en los transportes y casas de comercio, en los depósitos y demás, existe bastante para poder alimentar ricamente a todo el mundo. ¡Y sin embargo hay quien muere de hambre! Y sin embargo hay padres que matan sus hijos porque, cuando los pequeños claman por pan, no pueden dárselo!

Otros pueden apartar sus miradas de esos horrores, nosotros, los socialistas, los miramos precisamente cara a cara y buscamos sus causas. Esas causas están en el monopolio del suelo, la apropiación de la tierra que pertenece a todos, por unos pocos. Los anarquistas no somos los únicos que decimos: el grito en pro de la propiedad colectiva de la tierra se ha vuelto tan fuerte que tienen que oírlo todos los que no se tapan intencionadamente los oídos. La idea hace progresos rápidos, pues la propiedad privada en su forma actual ha cumplido su tiempo y los historiadores testimonian en todas partes que el viejo derecho romano no se identifica con la justicia eterna. Sin duda sería vana esperanza confiar que los propietarios de la tierra, que han sido nutridos, por decirlo así, con las representaciones de la casta, del privilegio y del derecho de herencia, devolverán voluntariamente a la comunidad las tierras dadivosas. No ganarán la gloria de asociarse a sus conciudadanos como iguales; pero cuando la opinión pública esté madura — y y ésta crece de día en día — será inútil que los individuos se resistan a la voluntad unánime del pueblo, y el hacha caerá sobre la raíz del árbol venenoso. El terreno cultivable volverá a la posesión común; pero no será arado y sembrado ya, como hasta aquí, por manos ignorantes, casi al azar, sino que la ciencia coadyuvará en la elección del clima, de la tierra apropiada, de los métodos de cultivo, de los abonos y de las máquinas. La agricultura será ejercida con la misma precaución que las combinaciones mecánicas y los experimentos químicos; pero el fruto de su esfuerzo no será quitado al agricultor. Muchas sociedades de llamados salvajes tienen su tierra en posesión común y por bajas que puedan estimar, a nuestros ojos, en esto nos superan: no conocen la privación. ¿Somos demasiado exigentes cuando aspiramos a un estado social que debe añadir a las conquistas de la civilización la felicidad de esas tribus primitivas?

(Continuará)

valecer y hacer del socialismo una cosa tan híbrida y acomodaticia que no se podía conciliar con nuestros ideales y con nuestros métodos y repugnaba a nuestros temperamentos.

Luis. —En efecto, te he oído razonar y ciertamente estamos de acuerdo en muchas cosas, especialmente en la crítica contra el capitalismo.

Pero no estamos de acuerdo en todo, primeramente porque los anarquistas no creen más que en la revolución y renuncian a los medios más civiles de lucha que han substituído los métodos violentos tal vez necesarios otras veces — y además, porque aunque se debiese terminar con una revolución violenta, sería preciso que pusiera en el poder un nuevo gobierno para hacer las cosas ordenadamente y no dejarlo todo al arbitrio y a la furia de las masas.

Jorge. —Bien, discutamos. ¿Crees en serio que se pueda transformar radicalmente la sociedad, destruir el privilegio, echar abajo el gobierno, expropiar la burguesía sin recurrir a la fuerza?

Espero que no te harás la ilusión que los propietarios y los gobernantes querrán ceder sin resistencia, sin emplear la fuerza de que disponen, y desempeñar en cierto modo el papel del ahorcado por persuasión. Si no, pregunta a estos señores presentes que, si pudieran, se desembarazarían de muy buena gana, y con los medios más expeditivos, de mí y de tí.

Luis. —No, no me hago ilusiones.

Pero dado que los trabajadores tienen el voto político y administrativo y son la gran mayoría de los electores, me parece que, si supieran y quisieran, podrían enviar al poder sin muchos esfuerzos personas de su confianza, socialistas y si quieres también anarquistas, los cuales harían buenas leyes, nacionalizarían la tierra y las fábricas e instaurarían el socialismo.

Jorge. —¡Sí, si los trabajadores supieran y quisieran!

Pero si estuvieran tan adelantados como para comprender cuales son las causas y los remedios de sus males, si estuvieran decididos a emanciparse de veras, entonces se podría tal vez hacer la revolución sin o con poca violencia, pero entonces podrían también hacer por sí mismos lo que desearan y no habría necesidad de enviar al parlamento y al gobierno hombres que, aunque no se dejen embriagar y corromper, como tan a menudo acontece, por los atractivos del poder, se encontrarían en la imposibilidad de proveer a las necesidades sociales y de hacer lo que los electores esperan de ellos.

Pero sin embargo, los trabajadores en su gran mayoría no saben y no quieren; y están en tales condiciones que no tienen la posibilidad de emanciparse moralmente si antes no mejoran su situación material. Por eso la transformación social debe tener lugar por iniciativa y por obra de aquellas minorías que por circunstancias afortunadas han podido elevarse sobre el nivel común — minorías numéricas que acaban después siendo la fuerza preponderante y arrastrando consigo la masa atrasada.

Observa los hechos y verás pronto que, precisamente por las condiciones morales y materiales en que se encuentra el proletariado, la burguesía y el gobierno logran obtener siempre el parlamento que les conviene. Y es por eso que conceden y dejan subsistir siempre el sufragio universal. Si vieran el peligro de ser desposeídos legalmente, serían los primeros en salir de la legalidad y en violar lo que llaman voluntad popular. Lo hacen ya siempre que por equivocación las leyes se vuelven contra ellos.

Luis. —Tú dices eso, pero entre tanto vemos que el número de los diputados socialistas aumenta continuamente Un día llegará a ser la mayoría y...

Jorge. —¿Pero no ves que cuando los socialistas entran en el parlamento, se domestican pronto y, de un peligro que eran, se convierten en los colaboradores, en los sostenedores del orden vigente? En el fondo, enviando socialistas al parlamento, se hace un servicio a la burguesía, porque se quitan de entre las masas y se transportan al ambiente burgués, los hombres más activos, más capaces, más populares.

Por lo demás, ya te lo he dicho, cuando los diputados se volvieran verdaderamente un peligro, el gobierno los expulsaría a bayonetazos del parlamento y suprimiría el sufragio universal.

Luis. — A tí te parece así porque concibes siempre las cosas de un modo catastrófico.

Al contrario, el mundo marcha poco a poco, por evolución gradual.

Es preciso que el proletariado se prepare a sustituir a la burguesía, educándose, organizándose, enviando sus representantes a todos los cuerpos deliberantes y legiferantes, y cuando esté maduro tomará en sus manos todas las cosas y se instituirá la nueva sociedad a que aspiramos.

En todos los países civilizados aumenta el número de los diputados socialistas y naturalmente también el apoyo que tienen en las masas.

Un día serán ciertamente la mayoría, y si entonces la minoría y su gobierno no quieren ceder pacíficamente e intentan suprimir con la violencia la voluntad popular, responderemos a la violencia con la violencia.

Es preciso dejar tiempo al tiempo. Es inútil y es dañoso el querer forzar las leyes de la naturaleza y de la historia.

Jorge. —Querido Luis, las leyes de la naturaleza no tienen necesidad de defensores: se hacen respetar por sí mismas. Los hombres las van descubriendo trabajosamente y se sirven de ellas para el bien o para el mal; pero, cuidado con aceptar como leyes naturales los hechos sociales que los interesados (en nuestro caso los economistas y los sociólogos que defienden la burguesía) califican de tales.

En cuanto a las "leyes de la historia", son formuladas después que la historia se ha hecho. Hagamos primero la historia.

El mundo marcha poco a poco o con prisa, va hacia adelante o hacia atrás, según la resultante de un número indefinido de factores naturales y humanos, y es un error confiar en una evolución continua que procediese siempre en el mismo sentido.

Es ciertamente verdad que la sociedad está en continua, en lenta evolución ahora; pero evolución, en el fondo, no es más que cambio, y si hay algunos cambios en la vía que nosotros consideramos buena, es decir, que favorecen la elevación del hombre hacia un ideal superior de fraternidad y de libertad, otros, al contrario, refuerzan las instituciones vigentes o rechazan y anulan los progresos ya realizados.

Mientras exista entre los hombres el estado de lucha, ninguna conquista es segura, ningún progreso en la organización social se puede considerar como definitivamente adquirido.

Nosotros debemos utilizar y favorecer todos los factores de progreso y combatir, obstaculizar, tratar de neutralizar las fuerzas de regresión y de conservación.

Hoy los destinos de la humanidad dependen de la lucha entre trabajadores y explotadores y toda conciliación entre ambas clases hostiles, toda atenuación de la lucha, toda colaboración entre capitalistas y trabajadores, entre gobierno y pueblo hecha con la intención o el pretexto de atenuar los contrastes sociales, serviría sólo para favorecer la clase de los opresores, para consolidar las instituciones bamboleantes y, lo que es peor, para separar de las masas los elementos proletarios más evolucionados y formar una nueva clase privilegiada con-teresada con los barones de la industria, de la finanza y de la política en mantener la gran mayoría del pueblo en un estado de inferioridad y de sujeción.

Tú hablas de evolución y pareces creer que necesaria, fatalmente, querramos o no querramos los hombres, se llegará al socialismo, es decir, a una sociedad hecha para igual ventaja de todos, en la cual, perteneciendo a todos los medios de producción, todos serían trabajadores, todos disfrutarían con igual título de todos los beneficios de la civilización.

Pero esto no es verdad. El socialismo vendrá si los hombres lo quieren y hacen lo que es preciso para rea-

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 —

Ha sido vencido Abd-el-K
de guerrear intrépidamente
años y más, finalmente ha
do. Defendía su suelo. El y s
los agredidos; y si pudieron
to, fué por estar convencid
ticia de su causa y de su
invasores, al hacer bien la
que costó en sangre y en di
dos y ardidos peñascalas
clamar bien alto la valent
ros montañeses y del cau
condujo numerosas veces a
victorias parciales. Ante
que no podrán tener otra
valor personal, el despren
cida de sus existencias, de
la rodilla en tierra quienes
tesía al coraje animal, y re
to o más, como a aquellos
los vencieron. ¿Cuál es la
dad, el ideal de estos profe
matanza, la que más ensalz
raje físico, la del arrojo
muerte? En este sentido, c
los moros son los vencedo

Los gobiernos francés y
pueblos, se entregan a dem
exhuberante regocijo. No h
cho ni razón. Si la educa
ideas y sentimientos crist
lleescos, de la cual hacer
y una trampa, fuese un hec
teria sobre un pueblo cas
infantil debía causarles
cómo y de qué manera h
tos mariscales de Francia
y borrachos generalotes d
hombres, en una propore
mo: en armamento, de u
milésimo. Toda la ciencia
progresara durante un sig
da contra los moros como
ca catapulta. Tanques, a
llería de costa y de monta
do el arsenal que los hor
para su propia destrucci
no les fué fácil. Tomaron
tan exageradas contra Ab
tribus que ahora, disipad
percatan del ridículo en q
Petain y otro generalote
dos en la orden del día de
eés por ese *glorioso* hech
Primo español ya ha dist
de ferretería al valor u
gente esta que inculca la
cañonazos! Y por esos h
viles y bellacos, casi se le
co menos que salvadores
Estas antinomias entre
apariencia exhibida en
sentidos monstruosos qu
cualquier conciencia recta
gan siempre, aunque sea
No se miente, no se roba
menes impunemente. Y t
colectivos que los individ
vilización greco-latina está
co a poco por exceso de
matar. No existe época re
presente que no se pare
gos principales. Mas cua
los frenos morales y emp
dad, simultáneamente se
peración del apetito rapaz
mo: y ese mórbido y
centrismo, para satisface
velocidad centrípeta de la
bo del crimen. Es un cír
tiende a anularse a sí m
¿Y no ha sido acaso es
las civilizaciones?
Tememos un hombre
miniatura la imagen de l
tituida. Como él, es un e
te y, por ende, su proce
infancia, adolescencia, juv
vejez, decrepitud. La ev
etapas sucesivas en la c
podrá florecer según su

AÑO V

BUENOS AIRES, 7 DE JUNIO DE 1926

N.o 226

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMA[illegible]

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 67
SALTA

HOGUERAS DE ODIO

Ha sido vencido Abd-el-Krim. Después de guerrear intrépidamente durante seis años y más, finalmente ha sido derrotado. Defendía su suelo. El y su pueblo eran los agredidos; y si pudieron resistir tanto, fué por estar convencidos de la justicia de su causa y de su derecho. Los invasores, al hacer bien la cuenta de lo que costó en sangre y en dinero esos áridos y ardidos peñascalas deberían proclamar bien alto la valentía de los moros montañeses y del caudillo que los condujo numerosas veces al ataque y a victorias parciales. Ante esos salvajes, que no podrán tener otra virtud que su valor personal, el desprendimiento suicida de sus existencias, deberían doblar la rodilla en tierra quienes rinden pleitesía al coraje animal, y respetarlos, tanto o más, como a aquellos militares que los vencieron. ¿Cuál es la suprema calidad, el ideal de estos profesionales de la matanza, la que más ensalzan, sino el coraje físico, la del arrojo ciego ante la muerte? En este sentido, coraje a coraje, los moros son los vencedores.

Los gobiernos francés y español y sus pueblos, se entregan a demostraciones de exhuberante regocijo. No les asiste derecho ni razón. Si la educación civil, de ideas y sentimientos cristianos y caballerescos, de la cual hacen un galardón y una trampa, fuese un hecho vivo, la victoria sobre un pueblo casi indefenso e infantil debía causarles vergüenza. ¿Y cómo y de qué manera han vencido estos mariscales de Francia y estos brutos y borrachos generalotes de España! En hombres, en una proporción de mil a uno; en armamento, de un millón a un milésimo. Toda la ciencia de matar, que progresara durante un siglo, fué arrojada contra los moros como una gigantesca catapulta. Tanques, aeroplanos, artillería de costa y de montaña, en fin, todo el arsenal que los hombres fabrican para su propia destrucción. Y todavía no les fué fácil. Tomaron precauciones tan exageradas contra Abd-el-Krim y sus tribus que ahora, disipado el peligro, se percatan del ridículo en que incurrieron. Petain y otro generalote han sido citados en la orden del día del ejército francés por ese *glorioso* hecho de armas. El Primo español ya ha distribuído un lote de ferretería al valor militar. ¡Brava gente esta que inculca la civilización a cañonazos! Y por esos hechos cobardes, viles y bellacos, casi se les proclama poco menos que salvadores de la patria.

Estas antinomias entre la realidad y la apariencia exhibida en público, contrasentidos monstruosos que repugnan a cualquier conciencia recta y sana, se purgan siempre, aunque sea a largo plazo. No se miente, no se roba ni comete crímenes impunemente. Y tal vez más los colectivos que los individuales. Y esta civilización greco-latina está pereciendo poco a poco por exceso de mentir, robar y matar. No existe época remota, pasada o presente que no se parezca en sus rasgos principales. Mas cuando se relajan los frenos morales y empieza la caducidad, simultáneamente se produce la exisperación del apetito rapaz, del egocentrismo: y ese mórbido y antinatural egocentrismo, para satisfacerse le sigue la velocidad centrípeta de la mentira, del robo, del crimen. Es un círculo vicioso que tiende a anularse a sí mismo.

¿Y no ha sido acaso ese el fin de todas las civilizaciones?

Tomemos un hombre y tendremos en miniatura la imagen de la sociedad constituída. Como él, es un organismo viviente y, por ende, su proceso es idéntico: infancia, adolescencia, juventud, virilidad, vejez, decrepitud. La evolución de estas etapas sucesivas en la criatura humana, podrá florecer según su vitalidad sana o viciada, y acelerarse las últimas, si despilfarra sus energías en excesos de toda suerte. Lo físico siempre va unido a lo moral; uno es consecuencia de lo otro. Las sociedades y las civilizaciones no podían escaparse a esta ley inflexible de la naturaleza. Nacen, viven y sucumben.

Discúlpese estas consideraciones simplistas, en gracia a la mayor claridad.

La vuelta de los conquistadores franco-españoles

Chin-¡pum!.. ¡pum! ¡chin!.. bra... lá la ra là!..

Y bien, la civilización greco-latina está pereciendo por exceso de mentir, de robar y matar. Se ha creado su propia balanza de precisión para pesar las *razas inferiores*. Una vez calificadas de tales, las toma bajo su "protección", evangelizándolas a tiros y a palos. Este afán de evangelización subirá de punto si poseen minas de hierro o de petróleo. Ha tiempo que Europa fabricó un metro antojadizo, con el cual pretendió y pretende medir las costumbres, las normas de vida, las religiones y filosofía de otras culturas. Está tan cerrada a cal y canto frente a lo que rebasa sus fronteras naturales e ideales como estaba hace casi tres millares de años el mundo griego, que reducía la periferia del planeta y de los países civilizados a los dinteles de sus propios límites. Pese ello a los actuales medios de comunicación terrestre y extra-terrestre. Moralmente., el mundo occidental está emparedándose. Invade el suelo extraño para devastarlo e imponer sus vicios, sus sistemas de explotación y de embrutecimiento. Esclaviza los pueblos, llamados caprichosamente inferiores, — dictado que se ajusta a sus conveniencias, — para sustentar el lujo, la corrupción crecientes de sus clases dominantes en las metrópolis. Sonó, ya hace rato, para las civilizaciones burguesas, la hora de la carrera hacia su desmembramiento, hacia la propia dilaceración.

La circunstancia de haberse terminado provisionalmente esa guerra de Marruecos, odiosa, injusta y felona como todas, ni la rendición de Abd-el-Krim, no daría aparentemente pie para tan arriesgados y tremebundos vaticinios. Sin embargo, es un síntoma más ,que se se agrega virtualmente a todos los otros producidos por el imperialismo depredador. Son las hogueras del odio, de la rebelión que se van propalando en Siria, donde Francia hizo pasear por las calles de Damasco las cabezas de sus habitantes rebeldes; como también Gran Bretaña lo hiciera en Egipto al ahorcar algunos rebeldes; en China colocando en jaulas las testas decapitadas a los estudiantes, en India y en todas partes, donde la civilización de los descivilizados extiende sus tentáculos de pólipo absorbedor.

La guerra del Rif no ha terminado con la involuntaria defección de su caudillo. Más profundas son las causas que la generaron. Habrá un apaciguamiento pasajero. Pero mientras dure esa tregua, los risibles *vencedores*, con sus ansias de desquite y de vengar en los nativos pasadas represalias, harán que nuevos levantamientos se produzcan. Además, imperios como Inglaterra, naciones coloniales como Francia, endeudadas, y esta última bajo la amenaza constante de una bancarrota financiera, necesitan que los gravámenes de las colonias rindan el máximo para satisfacer apremiantes vencimientos. Es el círculo vicioso de que habláramos antes, que llegó a la más grande intensidad, creado ficticiamente por todos los desenfrenos desde los armamentos de guerra y marina hasta lo fastuoso de millones de existencias parasitarias.

En los momentos actuales, los gobiernos francés y español tienen en su programa de festejos un número de singular y extraordinaria atracción para sus respectivas plebes: la rendición, desde tantos años soñada, al fin acontecida, de Abd-el-Krim. Será un acontecimiento que podrá prolongarse bastante tiempo. Aunque precaria e ilusoriamente, podrá desempeñar el rol de pan y circo de los antiguos tiempos romanos: desviar la atención del público de la miseria que lo carcome.

Nunca le perdonarán los españoles, es decir, sus castas gobernantes, y en especial su camarilla militar, al muliahj, quien pudo tener en jaque a un ejército aprovisionado y aguerrido con un puñado de cabilas apenas armadas; pero más valientes que esos soldadotes de academia y de profesión.

Tampoco las damas españolas impetrarán gracia para que se trate gentilmente al moro prisionero. No olvidan que una de ellas recibió una dura lección de democracia cristiana de sus labios. Se le había ofrecido una fuerte suma como rescate para obtener la libertad de un hijo de una de esas damas aristócratas. En la gestión se hizo intervenir a príncipes y princesas. Abd-el-Krim se negó, contestándole que su hijo no tenía más prerrogativas que cualquier soldado del pueblo, y que si su devoción y su cristianismo no le servían para pensar en otras madres más pobres que ella, quienes necesitaban ser sustentadas por sus hijos, no sabía para qué podía servir su religión.

No llegaremos a decir que el caudillo moro es un héroe, mas si hubiese de haber uno, no serían por cierto los generales vencedores, franceses y españoles.

Y en tanto las hogueras del odio que esta civilización greco-latina va diseminando por los envejecidos flancos del mundo, son los avisos siniestros y faustos de un próximo crepúsculo.

LUIS FABBRI

El problema de la delincuencia en la anarquía

Una de las mayores preocupaciones de los que discuten los ideales del anarquismo la constituye el problema de la delincuencia. ¿Cómo impedir o reprimir el delito en una sociedad en que no existan gobiernos, leyes represivas y preventivas, policía?

Pero los que así se preocupan de las consecuencias sociales de un ordenamiento político anárquico, casi siempre olvidan el substrato socialista del anarquismo; es decir, olvidan que el régimen de igualdad auspiciado por el socialismo dará la posibilidad material de la máxima libertad, será la garantía mejor del orden en régimen anárquico, del mismo modo que la libertad anárquica será una garantía de la igualdad socialista.

Nosotros no somos profetas, y no podemos prever cómo marcharán todas las cosas en una sociedad con base libertaria; pero, entretanto, no es difícil deducir de la misma observación de los hechos sociales, y sobre las indicaciones de la ciencia y la experiencia histórica pasada, que con la instauración de un ordenamiento, en el cual, con la eliminación del monopolio de la propiedad, hayan sido suprimidas las causas económicas del delito, muchos delitos, es decir los efectos de aquellas causas, serán eliminados también. Si la propiedad privada, como decía Ellero, es la funesta generadora de todos los delitos, éstos no se cometerán cuando ya no exista lo que los genera.

Cuando todos puedan satisfacer sus necesidades, es obvio que nadie será llevado por la necesidad a ofender la libertad, el interés y la existencia ajena. Cuando nadie tenga el derecho a los medios materiales para oprimir a sus semejantes, todos se encontrarán, sino en la imposibilidad, por lo menos en la inutilidad de cometer violencias. Cuando la educación esté extendida a todos, y ya no se dé una, falseada por intereses y prejuicios, serán eliminados la mayor parte de los delitos que tienen su origen en la ineducación y en la ignorancia humana.

Es preciso siempre tener presente, cuando se discute de anarquía, que el objetivo que se proponen los anarquistas, en la propaganda, en el movimiento y en la acción, no es solamente alcanzar un mayor bienestar material para todos los hombres, sino también hacerlos moralmente mejores y sobre todo eliminar las ocasiones y los incentivos a hacer el mal: esto es, crear un ambiente en el que cada uno tenga interés en ayudar y no en hacer mal a sus semejantes.

Pero las pasiones, se objeta, existirán siempre, y lograrán enceguecer y envenenar a los hombres, a menos que no se pretenda que los hombres se vuelvan ángeles.

No es de excluir que un régimen anarquista acabará por hacer a los hombres mejores de lo que ahora son, no por un efecto milagroso de la propaganda, sino por una influencia benéfica del ambiente y por la eliminación de las causas materiales, económicas y sociales del mal. ¡Pero ni aun entonces serán ángeles los hombres! Que si ello fuese posible, con cualquier régimen, aun de un absolutismo el más autoritario, las cosas marcharían viento en popa y todos se hallarían bien lo mismo. Pero porque los hombres no son ángeles ni pueden volverse tales, y cada uno tiene índole y pasiones no uniformes a los otros, precisamente en ello reside la mayor razón de ser del anarquismo.

El cual tiende a instaurar un estado de cosas en que la libertad más amplia permita el libre juego de las pasiones y las deje desarrollarse y satisfacerse normalmente, de modo que las pasiones de unos no choquen o choquen lo menos posible con las pasiones de otros; de modo que la coerción de los prejuicios o de los privilegios políticos y económicos no les sean un obstáculo, y no las impulsen así, con la violencia y la compresión, a una violencia mayor y a desviaciones y degeneraciones perniciosas para el individuo y para la colectividad.

Hay que persuadirse, en efecto, que las llamadas "malas pasiones" de los hombres, no son otra cosa, la mayoría de las veces, que una degeneración o una desviación de las pasiones más sanas, de pasiones que pueden ser y son casi siempre buenas en su origen, pero que se vuelven nocivas cuando un ambiente falso, corrompido y prepotente las constriñe de mil modos a desviarse del recto camino.

Si se examinan en su esencia y en sus determinantes la mayor parte de los delitos pasionales, — excluyendo, naturalmente, aquellos, y son la mayoría, que, bajo la apariencia de la pasión esconden un motivo económico, y entran entonces en el número de los delitos eliminables con la eliminación del privilegio de la propiedad, — se encuentra que la mayor parte de esos delitos han sido provocados directa o indirectamente por una violencia hecha a la naturaleza, por un obstáculo interpuesto al libre juego de las pasiones humanas.

* * *

¿Se dirá entonces que en la anarquía no se cometerán ya delitos de ninguna clase? No hay que ser tan utopistas y simplistas, tan absolutos.

Si es cierto que en una sociedad igualitaria y libertaria no se cometerán ya la inmensa mayoría de los delitos que caracterizan a la sociedad burguesa, debidos a causas económicas y sociales eliminables, se cometerán otros (desde que la perfección quizá es deseable, pero no es posible, por cierto) debidos a resabios de las degeneraciones pasadas, o determinados por razones fisiológicas y naturales. Y existirán también aquellos a que hoy no se da importancia ,pero que serán considerados delitos en relación al ambiente más evolucionado y a la moral nueva que se habrá ido formando.

Hay razones para esperar que esos delitos no tendrán el mismo carácter de violencia de los actuales; pero no serán por eso menos dolorosos, en relación a la mayor sensibilidad que se habrá desarrollado. Así como ciertos dolores de los niños, que los adultos consideramos risibles, son, en relación con la psicología del niño, dolores agudos y desgarradores.

¿Cómo evitar entonces, y cómo reprimir ciertos delitos? Aun entonces la sociedad tendrá derecho a defenderse de los delincuentes; ¿cómo se defenderá?

Recordamos, ante todo, que la sociedad no es un ente o personalidad específica, que obra por sí e independientemente de los individuos que la componen. Ella no es, y especialmente no será en la anarquía, más que el conjunto de los individuos; quienes, de acuerdo, habrán establecido y libremente ejecutarán su pacto mutuo de asociación. La sociedad se defenderá, pues, o mejor los individuos que la compongan estarán de acuerdo en defenderse, dando y dejando a todos y a cada uno los medios de defensa, e impidiendo que de estos medios surja un privilegio o monopolio cualquiera. Serán los individuos quienes, solos o asociados, impedirán que otros les hagan daño.

Cuando el ofensor de los derechos ajenos, vale decir el delincuente, se vuelve un peligro, no solamente ocasional y que se puede conjurar a veces, sino permanente, y la resistencia de uno solo no valga para eliminarlo, especialmente si el delincuente se asocia a otros como él, entonces la defensa no sólo es necesaria, es también un deber.

Nosotros, para no caer en lo imaginario y lo utópico, no podemos prever *cómo* será organizada la defensa. Sólo podemos hacer hipótesis; pero, cualquier hipótesis que se prefiera, esto es cierto: que la sociedad anarquista se defenderá sin órganos a propósito y especiales, profesionales, de represión y de ataque, y sí directamente con el concurso de todos los interesados aptos y necesarios, unidos para la defensa.

Y esta defensa, para no degenerar a su vez en opresión, deberá estar lo más posible animada de sentimientos humanos y sociales, no ser guiada por sentimientos de venganza, por el deseo de devolver mal por mal. El único intento a alcanzar es el de impedir el mal, no el de agregar un mal a otro.

El delincuente será considerado — y esto tiene valor también y especialmente para la objeción sobre la delincuencia debida a taras orgánicas o a causas naturales, — como un enfermo del cual es necesario guardarse y que hay que ponerlo en la imposibilidad de hacer daño, como se le impediría a un hidrófobo morder; pero que se debe también curar, porque posiblemente curará, sin tergiversar y hacerlo sufrir al mismo tiempo más de lo humanamente inevitable.

Hay insignes criminalistas y penalistas que, aun no siendo anarquistas ni socialistas, sostienen que la delincuencia es una verdadera enfermedad, que necesita hospitales y no cárceles, enfermeros afectuosos y no carceleros crueles, médicos y no jueces, más atención y no peor trato que a los demás. No queremos llevar tales conclusiones a los extremos de la exageración; pues un grado de responsabilidad puede siempre existir, aun en el delincuente, y por tanto es necesario también apoyarse en el sentido de esa responsabilidad para mejorarlo. No habría ciertamente necesidad de caer en el exceso de crear, con el pretexto de la cura, una especie de privilegio de tratamiento para los anormales de la delincuencia.

Pero la moral anarquista deberá, de todos modos, tener en cuenta todos los consejos de la ciencia sobre este penoso asunto, dejándose conducir por la norma humana de impedir el mal haciendo el bien, o por lo menos causando el menor dolor posible.

Sólo siguiendo esa norma se llegará a eliminar radicalmente las causas materiales y sociales de la delincuencia. El hábito de la vida igualitaria y libertaria purificará las costumbres y ennoblecerá las pasiones. Teniendo como mira, por y para la defensa de la sociedad, la curación y no la pena del delincuente, se alcanzará mejor que con otros medios el fin de reducir el número de delincuentes a los mínimos términos. Educando, en fin, en el seno de la sociedad de los libres e iguales las generaciones futuras según los sistemas más racionales, en el culto y en la práctica de la solidaridad y del amor, como en la repugnancia por toda injusticia y violencia, esa educación reducirá los delitos a una cantidad mínima o a formas siempre menos dolorosas, en cuanto esto sea consentido por la imperfección de la naturaleza humana.

Lo cierto es que ningún otro sistema de vida y de organización social de cualquier modo inficionado de autoritarismo podría garantizar, en este terreno, resultados mejores que un régimen con bases sociales anarquistas. Y esto es lo que importa.

Los anarquistas quieren mejorar la sociedad mejorando en sentido libertario e igualitario las condiciones. Pero no se pretenda de ellos, para tener el pretexto polémico de hacerlos pasar por utopistas, la promesa de un nuevo paraíso terrenal. Más modestos, se limitan a sostener que la anarquía, a pesar de todos los defectos y todas las imperfecciones que seguramente no le faltarán, asegurará un estado de cosas mejor que el actual y mejor que cualquier otro que pueda ser prometido por los varios partidos políticos autoritarios.

ANGEL SAMBLANCAT

Con el corazón extasiado

Con este título acaba de publicar la Editorial Bauzá, de Barcelona, un libro de Angel Samblancat, del que creemos interesante reproducir el siguiente prólogo:

Animados por el lisonjero éxito de "Jesús atado a la columna", vuelven el autor y el editor de este libro a poner con él a prueba la simpatía, la bondad y la clemencia infinita del público.

Una vez se ha delinquido, el reincidir es inevitable. Capturado el espíritu por la emoción del riesgo, de la aventura, no se liberta de su seducción.

Quiere a toda costa volver a las andadas, reiterar con pertinaz contumacia la fechoría, desafiar la cólera de los hombres, provocar, tentar a Dios.

El primer desliz, el primer mal paso es el que hay que mirar de no dar; que, luego, una vez abiertas las válvulas, una vez dado el vapor a la máquina y puesto el convoy en la pendiente, ¡cualquiera para el tren, cualquiera refrena el potro desbocado!

Estoy por decir que una vez se pecó, es más dulce que el pecado en sí mismo, el pensamiento de volver a pecar, de repetir la villanía, la bellaquería.

Pecar, como todo, hay que hacerlo con decisión.

Es preciso hacerlo con arrojo, con testarudez, con ánimo de llegar a ser un artista, un canalla o un volatinero genial, con propósito de elevar la pasión a vicio y enfangarse en él hasta el cuello.

En nada, y en esto menos, está permitida la mediocridad.

* * *

Aunque justificaciones huelgan, he de alegar en mi descargo, algunas razones.

Si me estoy descarriando, si mis audacias se hacen un tanto desmedidas, a vosotros os corresponde vuestro tanto de culpa.

No me hubierais dado alas y no hubiera yo echado a volar.

No hubierais aplaudido mi "Jesús" y no tendríais el disgusto de verme de nuevo en el trípode; ahora no experimentaríais el dolor, no tendríais el remordimiento del mal causado con vuestra imprudente generosidad.

El perdón de mis yerros presentes, por tanto, se impone.

Los de hoy son hijos de los de ayer. Y si con aquéllos mostrásteis benevolencia e indulgencia, no hay que escatimármelas ahora.

Perdonándome a mí, os perdonáis a vosotros mismos, echáis un velo sobre vuestras propias flaquezas, sobre vuestra debilidad, de la que yo soy un brote legítimo.

Luego ¡los extravíos de amor son tan dignos de lástima! Yo quisiera ser cura para ir por la calle echando bendiciones a los enamorados, absolviendo samaritanas y magdalenas, abriendo el paraíso a todos los enfermos del corazón.

Escribir es pecado de amor, y por eso el autor de tamaño delito merece todas las atenuantes, está totalmente exento de responsabilidad criminal.

El pensamiento tiene sexo, ha de tenerlo. La pluma ha de ser una reja de arado, un útil de sembrador, el vehículo de las emisiones, de las efusiones del espíritu, la sagrada cañería por donde desciende la sangre destilada del cerebro.

Escribir es parir, es una maternidad, es ser a la vez padre y madre. Escribir no es retozar, gozar y divertirse. Este mundo ha sido hecho jugando al fútbol, y por eso es tan doloroso. Si un creador se lo hubiera sacado del costado, si fuera un pedazo de sus entrañas, habría en él más armonía, más caridad.

Insistamos, aunque sea aburrido. Recalquemos lo que íbamos diciendo, que buena falta hace.

Escribir no es manchar la pureza del papel, no es ensuciar cuartillas vírgenes, no es verter tinta o sudarla y enturbiar el agua como un calamar.

Escribir es abrazar al hijo del hombre, dar besos penetrantes y eficaces a las al-

mas, copular con todo lo
lo animado e inanimado,
caos, abrir surcos en el mus
tre de la más dura piedra
positar allí un pellizquito d
Pocos saben lo dulce que
¡Santo, sagrado placer de
nerar!
Dios es digno de envidia
dre, por la innúmera cater
ras en que ve su imagen
que es el gran obrero del m
pañero Dios, como decía un
un mitin.
El artista es divino, porq
tado al cielo un ascua, u
esa facultad.

* * *

—¿Ya está aquí otr
preguntará algún en
Sí, señor. Ya está aquí
Y viene con una rosa en
una flor en la boca, con la
de cantos.
El quisiera hacer de las
más bellas piedras precios
las a la cabeza, para coron
de resplandor.
Quisiera serviros en su
hermosura y toda la mel
verso.
Quisiera mudar en oro t
cara, para dároselo.
Quisiera que su boca es
y que, al más pequeño g
rita mágica, la roca se tr
te y la inmundicia de la
saimadas del arroyo se c
azucenas y en sortijas.

* * *

Yo no me trato con la
No he visto nunca un
lo que es un marqués, ig
tiene un marqués, y por e
trarás, lector, aquí con s
naje, ni con otros de su
Yo pinto lo que observo.
llenzos lo que me rodea.
ginas percibes mal olor,
te lo juro, no sube de mi
pide la realidad que nos c
vimos en un jardín, sino e
y de ahí los ingratos ef
ren nuestras narices.
Este libro es un montó
una carretada de basura
para ahorrarles a los cr
jo del descubrimiento; —
nera, un torbellino de h
fas.
Desfilan por él proces
macabra caravana, golfos,
meras.
Eso sí.
Golfos con una estrell
Borrachos, como Cristo, c
pinas. Rameras con el c
con el corazón fuera del
Virgen María. Mujeres, m
mártires, con las entra
con las entrañas traspasa
arrastrando, pisándoselas.
No faltará algún miope
"Jesús atado a la column
libro que es un estercole
¡Toda la tierra es un
más soberbios monarcas
no reinan más que sob
Aquel famoso Carlos de
por su pueblo a tiros en
ço, tuvo atisbo de esta
dijo que su reino era u
En todo caso, si esta
un estercolero, es un este
do, incendiado, de porqu
produje y a la que yo h
go y he trasformado en
El estercolero, en todo
luce como un sol, tiene l
machada de luz y floreci
es un charco, en su fondo
de ángeles; en sus aguas
can las nubes; su crista
fleja como un espejo, las
los bordados y calados d
catedrales.

* * *

Hubo un santo, que la
los pobres que no podía
viarlo; que chupaba las
prosos y de los cancero
Con ese heroico fervor
otros fraternizar con cu
tes.

mas, copular con todo lo viviente, con lo animado e inanimado, fecundar el caos, abrir surcos en el muslo, en el vientre de la más dura piedra y colocar, depositar allí un pellizquito de polen.

Poços saben lo dulce que es esto.

¡Santo, sagrado placer de crear, de generar!

Dios es digno de envidia porque es padre, por la innúmera caterva de criaturas en que ve su imagen reflejada, porque es el gran obrero del mundo, el compañero Dios, como decía un socialista en un mitin.

El artista es divino, porque ha arrebatado al cielo un ascua, una chispa de esa facultad.

* * *

—¿Ya está aquí otra vez este asno?—preguntará algún enemigo mío.

Sí, señor. Ya está aquí otra vez.

Y viene con una rosa en el pecho, con una flor en la boca, con la garganta llena de cantos.

El quisiera hacer de las palabras las más bellas piedras preciosas par tirároslas a la cabeza, para coronaros la frente de resplandor.

Quisiera serviros en su prosa toda la hermosura y toda la melodía del universo.

Quisiera mudar en oro todo lo que tocara, para dároslo.

Quisiera que su boca escupiera perlas y que, al más pequeño golpe de su varita mágica, la roca se trocara en fuente y la inmundicia de la calle, las ensaimadas del arroyo se convirtieran en azucenas y en sortijas.

* * *

Yo no me trato con la aristocracia.

No he visto nunca un marqués, no sé lo que es un marqués, ignoro qué facha tiene un marqués, y por eso no te encontrarás, lector, aquí con semejante personaje, ni con otros de su calaña.

Yo pinto lo que observo. Traslado a mis lienzos lo que me rodea. Si en estas páginas percibes mal olor, este mal olor, te lo juro, no sube de mi alma. Lo despide la realidad que nos circunda. No vivimos en un jardín, sino en un sumidero, y de ahí los ingratos efluvios que hieren nuestras narices.

Este libro es un montón de andrajos, una carretada de basura — lo digo yo para ahorrarles a los críticos el trabajo del descubrimiento; — es una tolvanera, un torbellino de humanas piltrafas.

Desfilan por él procesionalmente, en macabra caravana, golfos, borrachos, rameras.

Eso sí.

Golfos con una estrella en la frente. Borrachos, como Cristo, coronados de espinas. Rameras con el corazón saltado, con el corazón fuera del pecho, como la Virgen María. Mujeres, madres, "matres", mártires, con las entrañas deshechas, con las entrañas traspasadas, sangrando, arrastrando, pisándoselas.

No faltará algún miope, que, como de "Jesús atado a la columna", diga de este libro que es un estercolero.

¡Toda la tierra es un estercolero. Los más soberbios monarcas y emperadores no reinan más que sobre estercoleros. Aquel famoso Carlos de Portugal, cazado por su pueblo a tiros en Terreiro do Paço, tuvo atisbo de esta verdad cuando dijo que su reino era una piojera.

En todo caso, si esta obreja mía es un estercolero, es un estercolero fumigado, incendiado, de porquería que yo no produje y a la que yo he prendido fuego y he trasformado en abono.

El estercolero, en todo caso, ahora reluce como un sol, tiene la cumbre empetachada de luz y florecida de lirios. Si es un charco, en su fondo parpadean ojos de ángeles; en sus aguas turbias se miran las nubes; su cristal empañado refleja, como un espejo, las torres agudas, los bordados y calados de piedra de las catedrales.

* * *

Hubo un santo, que lamía el dolor de los pobres que no podía curar, para aliviarlo; que chupaba las llagas de los leprosos y de los cancerosos.

Con ese heroico fervor anhelamos nosotros fraternizar con nuestros semejantes.

Nos hemos sentido siempre humanos y hermanos de los que sufren por lo más humano y solidario que hay, que es el dolor.

Y así mandamos hoy "Con el corazón extasiado", como ayer "Jesús atado a la columna", por esos orbes — terráqueos o no — a consolar al triste, a poblar la eterna soledad de los abandonados.

Lo envío a enseñar, a hacer saber a los que lo ignoran que el pan nuestro de cada día es tan bueno porque es carne humana, porque está amasado con gotas de sudor; que el pan es tan blanco y tan dulce, porque lleva azúcar y harina de los huesos de los que lo elaboran.

Este libro es una nueva postulación de piedad, ya que no puede ser una exigencia de justicia. Lo tremolamos en la diestra como un memorial, ya que no podemos hacerlo como un estandarte, como una flámula.

Aspira con su verbo candente a purificar por la emoción. Es una extensión de la sensibilidad y de la misericordia hasta lo más bajo, hasta lo más caído, hasta lo más derrotado y chafalado.

Es o quiere ser la hostia, la comunión de todos los excomulgados de la vida, un trozo de la danza macabra, del desenfrenado y desesperado galope de la humanidad miserable.

¡Adelante, señores! La puerta está franca. Pasad.

D. A. DE SANTILLAN

Del primero de mayo, de la ostentación y de la etiqueta

Ha pasado otro primero de mayo, una fecha que no se puede ya borrar a voluntad de la historia humana. Hemos vuelto a ver en Alemania el arte socialdemócrata y comunista de poner en movimiento grandes masas, sin el menor incidente, sin el más lejano peligro para la estabilidad del orden constituído. Millones de obreros se reunen por la mañana, acuden en demostración a los lugares predeterminados, en filas rigurosamente militares, marcando el paso al son de las bandas de música; en el punto de concentración *hacen que oyen* algunos discursos y el acto se da por terminado; las columnas se vuelven a separar en el orden más perfecto y, después de alimentado el espíritu con los discursos de los diputados y funcionarios del partido o del sindicato, nutren el cuerpo más o menos demacrado con la pitanza de mediodía. Por la tarde, la rememoración de la tragedia de Chicago consiste en reuniones en los grandes locales de los cafés, restaurants y cervecerías, donde la orquesta toca la Internacional y la cerveza circula que es un placer para los fabricantes. La juventud proletaria baila, los adultos beben a la buena salud de las ocho horas. Eso es todo el primero de mayo. ¡Oh, terror de la burguesía!

Hemos advertido, sin embargo, una nota nueva este año. Nuestros camaradas han tenido que decidirse a demostrar un poco más al mundo que existen. Los años anteriores, en razón de la repugnancia a las ostentaciones y exhibiciones, nuestro movimiento daba la apariencia de una agrupación de pequeños filósofos. Es una buena cosa abrigar en el espíritu profundas convicciones; pero un movimiento social revolucionario tiene que mostrarse de algún modo como algo compacto, distinto del resto, exhibirse para darse a conocer y llamar la atención del público indiferente. Impulsados por la juventud, nuestros camaradas se han decidido este año a obrar un poco más demostrativamente. Se compraron magníficas banderas negras y estandartes que dieron una nota singular de extrañeza este primero de mayo; se recorrieron las calles de Berlín al son de bandas de música, enarbolando las banderas negras, metiendo un poco de ruido, acompañados por sendos camiones de fuerzas policiales perfectamente armadas. En otras localidades de menor importancia, la demostración se hizo en camiones y autos con grandes letreros alusivos a la organización y a la anarquía, con las banderas negras en alto como símbolo distintivo. Ha costado mucho vencer la repugnancia de un gran número de camaradas a consentir semejante exhibicionismo, pero los resultados de este primero de mayo han de tener por consecuencia una mayor acción ostentativa.

En el cúmulo de partidos políticos, de organizaciones obreras, de milicias socialdemócratas y comunistas, por una parte, y por otra de las fuerzas enormes de la reacción, que meten ruído, que se exhiben si son 10 para aparentar que son 100, nuestro movimiento no tiene más que un recurso para no abandonar la acción proselitista en las masas obreras, y ese es la ostentación, el esfuerzo para llamar la atención del proletariado y del público en general.

En la desesperación por el silenciamiento y la indiferencia ante nuestras ideas, a nuestros camaradas de hace medio siglo, se les ocurrió la idea de la *propaganda por el hecho*, cuyo más alto exponente es la insurrección de Benevento en que tomaron parte Cafiero y Malatesta. Esa propaganda por el hecho ha perdido ya la posibilidad de desarrollarse en nuestros días; las fuerzas sociales enemigas están en la brecha y la insurrección de unas decenas o unos millares de anarquistas no haría más que provocar una reacción aniquiladora, sino el más grande de los ridículos. Los tiempos han cambiado, y la propaganda por el hecho, en su significado primitivo (Cafiero y Malatesta) y en su degeneración posterior a la categoría de un vulgar ejercicio de la violencia ciega y del hecho individual, no podríamos ya resucitarla en beneficio de nuestras ideas y de nuestro movimiento.

—

Se podría escribir todo un libro sobre la defensa de la etiqueta anarquista en nuestras organizaciones obreras, y la lucha de los adversarios del propio campo contra el *rótulo*. Fué en la Argentina donde se han librado las más reñidas batallas en torno a la etiqueta. Tienen razón los que dicen que las convicciones se llevan en el corazón y en el cerebro, pero más razón tienen los que dudan de esas convicciones si no existe el valor para proclamarlas altamente y defenderlas contra la indiferencia o el odio de sus enemigos. Las palabras en sí no tienen ningún valor, pero lo tienen, y muy grande, como representación y símbolo de realidades. La *anarquía*, el movimiento anarquista, es una realidad perfectamente definida en los libros y en la vida; el que teme la palabra, el que la rehuye, revela poca comprensión y seguridad en las ideas que esa palabra representa. No se puede ser anarquista convencido si falta el atrevimiento para ser anarquista por fuera y por dentro. La anarquía es la insurrección permanente contra el mundo de la explotación, del privilegio y de la tiranía. El anarquista que abandona o rehuye la palabra, es un soldado que deserta de las filas, y mientras sus compañeros libran la batalla al enemigo se esconde en casa vestido de civil para que no se le reconozca. Ser anarquista no es un crimen, ser anarquista no es una deshonra, no es una mancha que debamos cubrir avergonzados; es lo contrario, un timbre de orgullo, un sello de grandeza moral, de espíritu solidario, de aspiración justiciera. Por eso consideramos lógico, necesario, ineludible, que nuestro movimiento proclame sus convicciones, que nuestros camaradas tengan la valentía de defenderlas cara a cara contra el mundo entero. Es preciso que la gente nos señale con el dedo y diga: ¡esa organización es anarquista, ese hombre o esa mujer son anarquistas! Lo contrario es un cómodo mimetismo que prepara la revolución para el día del juicio final.

Hace muchos años que el anarquismo no obra ostentativamente, que tiene miedo a exhibir sus propias ideas, a mostrarse como fuerza social característica. Son pocos los grupos que defienden encarnizadamente, más contra los propios anarquistas que contra la burguesía misma, la lógica de la etiqueta, la consecuencia del rótulo. No debiera ocurrir eso; el anarquismo no debe renegar de su bandera, que continúa representando el ideal inextinguible de la libertad y del bienestar para todos. ¿Y no es ya una forma de renegar el eludir la palabra y el esforzarnos porque la gente no se entere de lo que somos y de lo que queremos? ¿No es ya una forma de renegar del anarquismo el esforzarnos por dorar la píldora, es decir, por presentar nuestras ideas como una trampa en que caerán los incautos que no se den cuenta que lo que les decimos equivale a las doctrinas de la anarquía? Existe, es verdad, una cierta leyenda marxista-burguesa contra el anarquismo; pero, según nuestra opinión, el peor medio de contrarrestarla es su acatamiento por nosotros mismos.

—

Esperemos que algún día se reanimará nuestra propaganda internacional, que volveremos a entrar en un período proselitista, que reiniciaremos la acción propagandista sobre las grandes masas obreras; entonces advertiremos más que hoy la necesidad de la etiqueta, del rótulo, de la bandera simbólica, de la exhibición, de la ostentación. Muy necesarias son las convicciones en el fondo de la conciencia, pero si son pasivas, si no se expresan en nuestra vida, en nuestros actos, en nuestras iniciativas, el mundo continuará ignorando que existe un ideal de libertad y de bienestar para todos, que se llama anarquía, y que ese ideal podría resolver fácilmente todos los problemas de la vida social y política contemporánea si tuviese la fuerza junto a la razón y a la justicia.

Un *filósofo de la anarquía*, si lo desea, puede muy bien atender únicamente a su vida interior, sin importarle lo que pasa en el mundo real; pero un *combatiente de la anarquía* debe ser anarquista por dentro, ante su conciencia, y por fuera, ante la sociedad en que actúa.

Por desgracia, la humanidad entera no es anarquista; tenemos ante nosotros una inmensa labor de propaganda; pero esa propaganda hay que llevarla a cabo con todos los buenos recursos, y un buen recurso es el simple movimiento externo, la ostentación y la exhibición de nuestra bandera, la proclamación de nuestras convicciones; hay una gran masa humana que, sin afición ni inclinación ni tiempo para la reflexión y el estudio, se adherirá a aquellas tendencias que hayan afectado exteriormente sus sentidos y su imaginación. Un buen medio es crear bibliotecas, pero si esperamos que las bibliotecas se llenen automática y espontáneamente de lectores curiosos por investigar la verdad, podemos esperar sentados. La fórmula mahometana: Si la montaña no va a Mahoma, irá Mahoma a la montaña, nos parece contener una profunda comprensión de la alianza de la fe y la voluntad. Si el pueblo no viene a nosotros, vayamos nosotros al pueblo; pero ir al pueblo no quiere decir vestirse de blusa, como han hecho algunos politicantes cuando se trataba de cazar incautos; ir al pueblo no quiere decir compartir su pasividad y vivir una vida de reflejo, sino acudir a él con el nervio de una idea despertadora y la voluntad en tensión. Hay que ir al pueblo a despertarlo, a sacudirlo, a impedir que elija caminos tortuosos, no a cantarle canciones líricas para que duerma más profundamente ni a dormirnos con él.

Mayo 3, 1926.

Un escultor yugo-eslavo: Tomás Rosandic

Es innegable que el generalizado concepto de la escultura y la arquitectura, estructurada a base de volúmenes y planos geométricos, influyó de tal manera en un determinado núcleo de público, que le incutió espontáneamente la indiferencia y el desconocimiento hacia escultores casi geniales o de un rotundo talento plástico. Nos referimos en primer término a Rodin, un poco ensombrecida su inmarchitable gloria por la horda y la avalancha de los adoradores de los idolillos negros y del arte africanizado. Nos explicamos esta reacción en dirección a los *sauvages* para descivilizarse un tanto, pero no aceptamos la negación absoluta e inmotivada. No se piensa que hay muertos, artísticamente, con la capacidad de resucitar a largo plazo. Estos ejemplos menudean hoy, en la época de las rehabilitaciones póstumas. Y uno de estos enterrados prematuramente es el autor del "Beso", cuyo calco se halla en nuestro Museo Nacional. Y que tendrá varias resurrecciones, no nos cabe ninguna duda. De su obra inmensa permanecerá en pie lo que en ella es esencialmente puro.

En segundo término, no se le está olvidando, ni se le muestra indiferencia, sino desdén, y olímpico, es a Mestrovich el estatuario serbio. Y nadie pone mientes en que fué uno de los primeros en imponer e insuflar el orden y el sentido arquitectural a la escultura de entonces. El mismo Rodin aprovechó la lección. Y los mismos que en estos tiempos tienden a realizar con la estatuaria un impresionismo de planos y volúmenes toscamente tallados, no hubiesen existido o no habrían llegado a tales conclusiones plásticas sin este su precursor. No negaremos el decorativismo un poco grandilocuente de Ivan Mestrovich. ¿Pero qué importa eso si su rotundo talento plástico ha frutecido obras de un valor casi imperecedero, con esas series de torsos de las viudas? Una bárbara ley prohibía a toda mujer serbia que al enviudar volviese a tomar marido. Mestrovich no hizo literatura ni se empantanó en sentimentalismos mórbidos a lo Bistolfi y compañía, sino que puso toda la furia del macho, del esposo, del hermano y del padre indignado y compadecido. Y esas esculturas son del más puro sabor plástico, si las hay, y también impregnadas de una intensa humanidad. Lo ético y lo estético, según Pitágoras, en dosis casi absolutamente iguales.

Por hoy, no teniendo documentos gráficos a mano, no hemos de referirnos a su personalidad artística. Es un discípulo suyo e íntimo amigo, el que caberá en esta crónica.

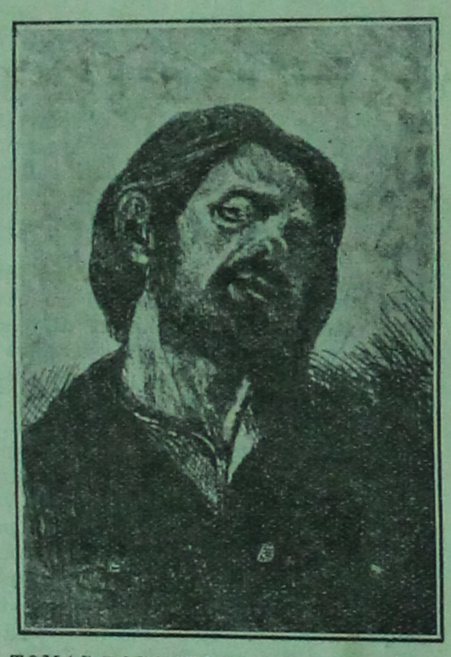
Es yugoeslavo y se llama Tomás Rosandic. Nació en Spalato, sobre Mosor, en 1878. No fué por cierto un precoz, porque solamente pudo manifestarse en su segunda juventud. Sus primeros años transcurrieron ayudando y aprendiendo el oficio de tallador de piedras con su padre. Las toscas herramientas le guiaron en su naciente instinto artístico en el rudo batallar con la piedra. ¡Buena escuela para aprender a dominar la materia, el oficio y la vida! Su modestia de humilde artesano le hizo pasar su primera juventud tallando durante todo el día y de noche frecuentando un curso nocturno de dibujo.

Es por ese tiempo cuando el artista casi se había resignado a permanecer un obrero durante el curso de toda su existencia, que se encuentra con Mestrovich. Se ignora la fecha de ese providencial encuentro de esos dos muchachos, en que uno debía influir en el otro para hacerle torcer el cauce de su vivir hacia rumbos más armoniosos y planicies luminosas y libres.

Parece que el escultor serbio acababa de llegar de Spliet para trabajar de albañil y estudiar dibujo. Los dos jóvenes, alentados por la misma llama oculta que les roía, pronto hubieron de ser amigos. La intimidad de esos años le fué altamente beneficiosa a Rosandic.

Mestrovich luego pudo auparse de su condición de trabajador manual, merced a su poderoso talento, logrando la notoriedad mucho antes que su discípulo y amigo. Este, buscándose a sí mismo, ya orientado en otro sentido de más vastas miras, inclinóse por el estudio de la ornamentación monumental; copió estatuas para penetrarlas en su esencia; se instruyó con lecturas sobre arte antiguo y moderno, y dedicóse severamente a estudiar el cuerpo humano animado y anatómicamente. Pocos años le bastaron para realizar progresos extraordinarios. En el deseo de visitar y observar en el extranjero las obras maestras, y de una más intensa necesidad de perfeccionarse, se trasladó a Roma. Allí, durante unos meses, dibuja, copia fervorosamente las obras de los grandes maestros. No pudiendo encontrar una ocupación que le proporcione el pan cotidiano se marcha a Florencia. Allí también la permanencia le sirve para formarse un criterio de los escultores que luego debían influir en su arte. No hallando el necesario *panen lucrandi*, o sea un menester que le permita vivir no solamente de la pintura y la escultura que contemplaba cada día, parte para Venecia. Al fin da en esa ciudad con una ocupación viable, y se queda dos años soportando duras privaciones. Concurre a clases de modelado, y después trabaja hasta las cuatro de la mañana.

En 1906 presenta por primera vez una estatua en la exposición de Milán. La crítica le fué francamente adversa. Casi sin recursos, un poco extenuado por el esfuerzo anormal, retorna sus pasos y regresa a Spliet. Trabaja diariamente, casi con furia, para probarse que no es un fracasado. Se encuentra otra vez con Mestrovich en toda su carrera ascensional, de quien sufre la poderosa influencia plás-



TOMAS ROSANDIC — "Autorretrato"
(Aguafuerte)

tica, dejándose arrastrar por su concepción de la estatuaria monumental estilizada, de otro de lo vernacular. Pone su estudio de Viena a la disposición del amigo entrañable.

Rosandic comienza así una nueva etapa. Entonces en Austria estaba en boga el academismo más retardatario. Obtienen varios éxitos, unos sucesos de estima y otros francamente rotundos. Abierto el paso por Mestrovich, la incomprensión no se muestra tan enconada.

En 1908 envía a la exposición de Medomlicht en Spliet, en compañía de los escultores Mestrovich, Ratschki, Kisman, Mitovich, Dechkovich; en 1910 en Zagreb, en 1911 en Roma, en 1912 en Belgrado, ya con un conjunto de sus obras en una exposición celebrada de arte yugoeslavo.

En 1917 en Londres, en 1919 en Hamburgo. En todas estas muestras de su labor, resultado de la edad madura, es considerado por la crítica internacional como uno de los fuertes escultores contemporáneos.

Teniendo en cuenta que con Mestrovich casi puede ser tomado por un precursor, el juicio que nos merezca su obra debe ser elogioso. Es probable que el escultor serbio, autor de las "Viudas", tenga sus antecesores y sus padres putativos entre los estatuarios alemanes. Por débil que sea la innovación que realiza un hombre, ésta no nace como un hecho aislado y desprovista de las raíces que la aten a pequeñas innovaciones anteriores.

TOMAS ROSANDIC — "Retrato de la mujer del artista"

Rosandic, siguiendo huellas visibles de su amigo, colocando el pie en cada una de todas ellas para afirmar su concepción escultórica, no está exento de méritos y de condiciones singulares. Mas gotizante que Mestrovich, existe en él un sentimiento más religioso que panteísta. Por eso no llega a la grandilocuencia de su maestro. Su Cristo a lo Grunewald, de una delgadez espiritualizada y metafísica y — si se nos permite el terminacho — lo emparenta a los imaginistas del medioevo, o sea los talladores populares de imágenes. Todos llevamos en nosotros un Cristo — llámesele H para el caso — es decir, el ensueño de nuestra constante perfección y redención moral y también la de los demás. El de Rosandic, su "Ecce Homo", se podría afirmar que es la alquitarada esencia de un hombre macerado por el sufrimiento y la tortura del absoluto dominio de sus oscuras pasiones. Rebasa el fetichismo para presentarnos sencillamente un apóstol de una bondad que, para predicar, emplea el arma del sacrificio de sí mismo. Su faz demacrada, afinada por el llamear del espíritu que la consume, nos hace pensar en Fermín Salvochea, ese místico de la anarquía.

Mientras Mestrovich es casi siempre épico, hasta cuando dramatiza o decora, Rosandic, sin desviarse de una plástica robusta, resulta más contenido, más interior en sus instantes patéticos, expresando sentimientos y pasiones comunes.

Alguien ha dicho de él: "Ignoramos si algún escritor ha narrado la historia de ese bohemio, pero es innegable que los hombres de su generación eran atacados acerbamente, censurados por su empirismo, o mejor, por su heroísmo, de hacer lo máximo con pocos medios y pequeños, realizando lo imposible para llevar a un alto nivel la educación de nuestro pueblo; de esta manera han colocado los fundamentos que, de una y otra parte, echaron las raíces en la confluencia del socialismo y del nuevo nacionalismo... Y en el movimiento artístico iniciado contra el viejo tradicionalismo, defensor de un falso pudor.'

Tomás Rosandic ha puesto sus facultades de artista al servicio de causas nobles y generosas, en un tono reivindicativo. Los héroes de las leyendas populares han sido sus frecuentes modelos. Sus psiquis, rudimentariamente rebeldes, fueron interpretadas con gran vuelo y con medios plásticos nobles, esculpiendo lo esencial, lo más característico del alma yugo-eslava. Eran ellos seres impulsados por una potencialidad anímica excepcional, que los convertía en mártires y héroes: mártires del pensamiento y de la acción. "La Madre y el Niño", "Un Muchacho" y la colección de bajorelieves en madera — materia que sabe trabajar magistralmente — son obras de un sabor marcadamente popular, animadas por un pensamiento heroico, y como bien dice uno de sus críticos, A. Ouyevitch, "invadidas por un ardor generoso de éxtasis religioso."

Varios retratos, especialmente el del poeta B. L., "La Dalmacia", "Cabeza de hombre joven", "El niño mamando", "La furia", pertenecen a una producción en que priva el realismo. En esa faz dió excelentes pruebas de su talento como modelador que extrae de la realidad estados de alma, con métodos veristas.

La nómina de sus obras ha de ser inútil para el lector. Entre sus más bellas estatuas se halla "La Pucelle", "Pubertad", "Juventud", "Columna", obras dispersas en pinacotecas particulares y museos.

Si durante su permanencia y viajes por Italia, joven todavía e inexperto, pudo sufrir las influencias de la escultura italiana con Trentacoste, Fulvio, Corsino y etcétera, todos malos escultores, años después, ya en la plena eclosión de su personalidad hubo de ejercer a su vez un influjo poderoso sobre algunos escultores de Rusia, de Alemania y tchecoeslovacos.

Se reprochó a él como a otros, por críticos alemanes y franceses, que Rosandic apresuró el advenimiento de las modernísimas escuelas, cubismo y la estilización a *outrance*, o sea a costa de todo, — no se piensa que los afiliados a esas escuelas, niegan tozudamente su paternidad, como niegan a Rodin, Mestrovich y a todos los que fueron sus precursores.

Es justo que sea así, que los hijos nieguen a los padres, pero que los nieguen superándolos.

Tomás Rosandic, en el cenit de su segunda juventud, aun ha de evolucionar, no para vestirse a la moderna y sí para intensificar el carácter de su propia obra. Como José Bernard, de quien en el Suplemento se publicara una semblanza, posee el sabor rústico y ennoblecedor del trabajo manual. — At.

TOMAS ROSANDIC — "Juventud"
(Fragmento)

La mujer en la India

Según el último censo de la población y de la industria hindú, la cifra de la población femenina de la India, es de 155 millones; de esos 155 millones, 46 millones trabajan para ganarse el pan de cada día (33 millones en la agricultura y 5 millones en los establecimientos industriales). La población total de ese país es de 380 millones de habitantes. La cifra de cinco millones de obreras industriales, parece pequeña en comparación con la cifra total de la población, pero hay que tener en cuenta que la cifra total de los trabajadores industriales masculinos, no asciende más que a 10 millones. Por tanto, la mujer obrera de la India forma un 50 por ciento de la totalidad de la población proletaria ocupada en la industria de ese inmenso país. En Alemania, donde, sobre todo después de la guerra, el trabajo femenino en las fábricas se acrecentó considerablemente, según los datos de 1922, de 14 millones de asalariados sólo 3 millones son mujeres, o sea una tercera parte.

Más notable es aún el hecho de la preferencia de las mujeres para los trabajos pesados; por ejemplo: frente a 235.000 hombres ocupados en la minería y en la industria picapedrera de la India, hay 113 mil mujeres, lo que equivale a un 50 por ciento. En Alemania, en 1907 sólo un 2'1 por ciento de las personas ocupadas en la minería eran mujeres. Y a esas cifras hay que agregar

INNOVADORES Y MODISTOS

Puesto en fuga en las ciudades del Brasil, Río de Janeiro y San Pablo, el inventor y cortador de los figurines futuristas, Marinetti, se viene hacia nosotros con la rosada esperanza de encontrar un núcleo asaz compacto de adictos. Este estentóreo tenor del intelecto posee por aquí, desparramados, sus lugartenientes que formarán en el *corp de garde* de la clique. Honroso será para ellos tenerlo cual un bizarro capitán con quien podrán pavonearse ante los parientes, los amigos y la novia, exhibiéndole por las calles como una fiera de una fauna aun desconocida.

Es una celebridad un poco *demodée*, es decir pasada de moda, pero al fin figura entre los personajes de renombre mundial de sexta o séptima categoría: una celebridad de bailarina, de estrella de music-hall. Ofrece al público un programa de números que son verdaderamente proezas clownescas en la cuerda floja del verbo.

También se presenta como el San Bautista del fascismo, del cual se abroga no solamente la paternidad, sino el *abuelato*, valga el neologismo. El mismo lo afirma: *el futurismo ha sido el precursor y el padre espiritual del fascismo*. No le agradecemos el engendro, el de este régimen de coacción, de dolo y de crímenes horrendos, consumados siempre cobardemente y a mansalva. Es una razón más para declararle un idiota-megalómano, un desviado intelectual con mucho ingenio, patrimonio primordial de los charlatanes de todas las épocas. Pero creemos que se da demasiada importancia al exhibirse como el Bautista, que con las aguas de un Jordán imaginario ungió al bruto de Predappio, que por entonces, como buen socialista, un marxista puro, odiaba toda manifestación de arte y más las que pretendían ser geroglíficas y avanzadas.

La clave nos la da Ardengo Soffici en su *Giornale di Bordo*, cuando en una de sus *boutades*, o salidas de tono, nos dice que el mundo se animó en el instante en que Caín últimó a Abel con la quijada de un asno. La secta de los *cainitas*, como ustedes podrán comprobar, existió también en todos los tiempos, como abundaron desde entonces acá los *sofistas*. Ambos hicieron casi siempre buenas migas. Mussolini es un cainita y un sofista experimentado, empedernido y consuetudinario y por esas sus dotes, y por la capacidad de asesinar su propia madre si con ello ha de satisfacer sus ambiciones, hubo de ser erigido en jefe supremo y en el papa negro de la secta.

Por lo demás, el futurismo, como tendencia innovadora de arte, no sirvió nada más que como acto espectacular, como una drástica purga, que no podía tener otra trascendencia que la de un momentáneo reactivo contra la podredumbre académica italiana. No era apto a rebasar las fronteras de Italia, ni a universalizarse como lo fué el cubismo en su sentido constructivo. Por eso hace tiempo que el futurismo está enterrado y Marinetti se parece a esos generales colombianos, que lo son ante sí y sin ejército para mandar. En su misma patria se le arrinconó con un supino olvido.

Tuvo que organizarse un movimiento pro rehabilitación de algunos amigos suyos y elevar un petitorio al gobierno para que su nombre sonara por los ámbitos del suelo italiano. Luego, en Milán, al realizarse una exposición de cuadros futuristas con la asistencia del dux, el modisto aprovechó la coyuntura para que se consagrara el futurismo como arte oficial. Una tendencia de arte con pretensiones revolucionarias, que para vivir e imponerse necesita oficializarse, es porque está bien muerta y hecha una carroña pestilente. El futurismo no es ya más que un vago recuerdo. Se distinguió por su absoluta impotencia creadora. Lo único que enjendró fué el dadaísmo, que resultó ser su última consecuencia, extrayendo de él toda la vacuidad grotesca, para heredar, además, esa impotencia ingénita, esa esterilidad de mula.

Charlatanes, payasos, clowns y modistos es de lo que está compuesta la troupe futurista italiana y dadaísta francesa.

Todo movimiento artístico con pujos novadores nos deja, por lo común, una personalidad de más o menos intensa originalidad. La única excepción, el más artista del grupo, es Ardengo Soffici. Papini, convertido a las seráficas e industriales doctrinas del catolicismo romano y apostólico, nos da la impresión de un soltimbanqui del pensamiento: una inquietud de superficie más que de profundidad.

Respecto al modisto Marinetti, si ha sido jefe del movimiento, lo fué por sus millones, por su talento de empresario de espectáculos más que por su validez de poeta y de artista. De no haberse metido en el escándalo de las charangas callejeras, de las proclamas teatralmente furibundas, hubiese logrado ser un excelente rimador, quién sabe un eximio verbalista; pero nada más. Su megalomanía le indujo a soñar con un principado intelectual; y por esos años, cuando un grupo de artistas y anarquistas fundara en París la tendencia de *L'Action d'Art*, y se proclamara la máquina, la linotipo, como el portento más grande del ingenio humano, él comprendió cuál era su camino, y lanzó la palabra *Futurismo*, que Gabriel Alomar empleara antes en un ensayo político como una particularidad filosófica contra el estatismo de los catalanistas conservadores.

Ya nos hallamos a estas alturas, hablando de asuntos secundarios para nosotros y nuestros lectores. Los que nos empecinamos en contemplar todas las manifestaciones del arte y de la vida a través de un ángulo moral, oponemos contra el modisto a los innovadores silenciosos, la verdadera sal de todas las edades. Los modistos, — literatuelos, sofistas, retóricos — contemporáneos de esos creadores ignorados y obscuros, quienes laboraban en un fecundo silencio, aquellos los molestaron con sus garrulerías, los aturdieron y hasta llegaron a ocupar el puesto de ellos en el favor público.

Y era natural que así acaeciera. Porque los modistos mayores y menores lanzaban sus figurines, que calzan el minuto, la hora, el día a la moda; vestían los maniquíes de sus sensaciones de cintajos, de sederías, de luna, de rocío, o los mecanizaban pindáricamente, como sucede ahora, satisfaciendo el gusto momentáneo de la turbamulta de hombres y mujeres de aquellos tiempos y de estos tiempos.

Ciertamente, estos antiguos menestrales del decir ejercían su oficio, diremos casi manual, con la sola pretensión de adornar, decorar su tedio y halagarse a ellos y a los demás, resultando un arte tan suntuario como el de los modistos de la Rue de la Paix, Paquin, Poiret, etc. Por eso mismo no eran tan censurables.

En cambio Marinetti, desde la utilería y la sastrería de su retórica eléctricamente modernizada, pretende el título de innovador artístico y también político: es decir, los que son jalón de una época: Cromwell y Dante.

Modisto, charlatán, cainita y basta. Conténtese con vestir los maniquíes de sus ocurrencias — no ideas — tan agradablemente como para que le aplaudan, le silben y no lo corran, obligándole a fugar.

Y cuando intente tejer el panegírico del fascismo, gritémosle:

—Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

---

que sólo se estableció una limitación de la jornada de trabajo a 11 horas para las fábricas que ocupen más de 50 personas.

Como se ve, la India progresa; la Gran Bretaña está orgullosa con la riqueza natural y humana de ese dominio, y los socialistas se irritarían si se les mencionase la idea de una desmembración del imperio británico por la revolución. ¿Qué necesidad tienen los capitalistas de un cambio social mientras sean tan numerosas las bestias de carga de las metrópolis y de las colonias?

Eduard Bischoff — EL SEMBRADOR

N. DE BRITO

Enrique Ibsen

Su filosofía y el alcance social de su obra

En la costa noruega, en Skien, la roca árida sobre que descansa la población que mira al mar, orgullosa y severa, nació Enrique Ibsen, grande entre los grandes dramaturgos de todos los tiempos.

En la abundancia comercial paterna, perdulariamente tirada a manos llenas, sin cálculo, en contraste con la rigidez germánica de su anciana madre, parpadeó al principio como lampo que ensaya la luz llamada a alegrar el ambiente, dejando ver claramente los contornos de las cosas, el sentimiento de la vida desencantada de sus artificios, irrumpió su existencia magnífica que en sesenta y ocho años de trayectoria sorprendería al mundo con la creación inmortal de sus dramas, con el fuego intenso de las pasiones que dominan a los hombres, y como un azote al error, y como un estigma a la mentira, la majestad de su genio imperecedero debía fijar a la humanidad el verdadero sentido de la vida.

Taciturno el temperamento de Ibsen, jugaba perfectamente, porque provenía de la mirada de sus ojos y se conformaba con lo agreste del paisaje de su tierra natal, donde, como él mismo confiesa, se veía por todas partes la superficie escarpada, sin ninguna vegetación y sin un horizonte libre.

Su orfandad a los diez y siete años, ensombreció aun más su espíritu bisoño, llevándolo las necesidades de la vida hacia las márgenes del Skager-Rack, entre la quietud fría de sus ochocientos habitantes, entremezclando, en el laboratorio modesto de Grimstad, los productos farmacéuticos con sus versos ingenuos y despreocupados. Sólo en 1653, esto es, treinta años después de su nacimiento, aparecieron sus primeras poesías.

Es el estremecimiento revolucionario de la época que sacudía los Estados de Europa en sus fundamentos el que sacude al autor de Brand. Escandinavia entera y Noruega son conmovidas por una onda de liberación del yugo dinamarqués, presto a someterlas. Es el eco de la revolución, es el alma de la insurrección que atraviesa inexorable y vibrante, Francia y Alemania, Austria y toda la Europa central. La revolución francesa habíase tornado ideológicamente universal. Ibsen comienza a abrir los ojos, y, al decir de uno de sus biógrafos, por un fenómeno frecuente en las naturalezas ardientes, que traducen rápidamente las ideas en sentimientos, se emociona y se enciende ante el grito de Poetefi, el poeta nacional húngaro: "¡De pie, pueblo de Hungría, de pie por tu independencia!"

Ibsen acude al llamado vehemente con una oda a la libertad. La "Catilina" de Salustio y la "Catilinaria" de Cicerón inspiran la *Catilina*, debut dramático que sus veinte años producen.

Yo soy hombre cuyo corazón late por la libertad. — El enemigo declarado de toda injusticia, — El amigo de los oprimidos y los débiles, — El hombre, en fin, que arde en deseo insaciable — De echar por tierra los poderosos de hoy.

En la Universidad de Cristianía, donde ingresa en 1850, se satiriza en una revista literaria, "los hombres de orden", los prudentes conservadores del tiempo. La compañía es de las mejores: Bjornstjerne Bjoerson, Vinge y Betten Hansen. Lee poetas con atención: Shakespeare, Schiller y Goethe; con avidez los filósofos Kierkergaard y Kant. Mas las tristes circunstancias de su vida y la aproximación del amor, que le impulsaba al matrimonio, abrieron un paréntesis en su existencia y, pasando por los teatros de Bergen y Cristianía, escribe dramas patrióticos como *Dana Iger, d'Oestraat, Féte a Solhang, Guerriers de Helgeland y Pretendants a la Couronne*. Su obra resume la leyenda y la tradición noruega.

Es del 1863 que data la reacción filosófica del dramaturgo, que en la *Comedia del Amor* inicia sus procesos de crítica a las conveniencias sociales. En esta pieza se refleja el antagonismo existente entre la realidad y el idealismo,

con el dominio del amor y del matrimonio.

El amor y el matrimonio burgués, están basados en la mentira y en la decadencia moral e intelectual de la personalidad". Esta misma tesis es defendida en "Casa de Muñecas".

En el drama en cinco actos "Brand" confiesa Ibsen que hizo solamente una obra de arte, de imaginación en que son esbozadas las ideas en él ya maduradas.

El escritor da forma a sus pensamientos tumultuosos, imprimiendo unidad a su labor artística. El pastor Brand no es un filósofo o un metafísico. Su única afirmación se expresa por el anatema: "Os conozco bien, almas de bueyes, espíritus inertes. A todos vuestros Padre-nuestros falta el soplo ardiente de la bondad y el fervor ansioso que eleva el canto a los cielos".

Después de "Brand", Ibsen escribió en la Italia meridional, en Ischia y Sorrento, el *Peer Gynt*, que Grieg aprovechó para sus dos conocidas "suites". Es un poema dramático impregnado de fervor íntimo, evocativo, familiar. En proporciones exageradas la figura de Aase está modelada en la acción del dramático El Peer Gynt seducía de tal modo al autor, que llega a reprochar escandalizado a los críticos que lo denigran. En esta obra el asunto y la tesis son opuestas a la de "Brand".

Con los "Puntales de la Sociedad", Ibsen entra en el círculo de combate contra las mentiras convencionales que desnaturalizan al hombre. Él lo dice: "¿Quieren guerra? La tendrán. Seré de hoy en adelante un fotógrafo que hace pasar delante de su objetivo a sus contemporáneos, uno por uno. No dejaré escapar ni al niño en el seno de la madre, ni un pensamiento, ni una intención fugitiva, siempre que me halle en presencia de una alma que merezca mi observación".

Ibsen arranca a los hombres a la vida y los trae a la escena revestidos de hábitos interiores que los determinan a agitarse. Para mudar de métodos no mudan de ideas.

En esta obra, la moral se ciñe a este principio: La libertad y la sinceridad deben ser los verdaderos puntales de la sociedad.

En 1879 aparece *Casa de Muñecas*, conocida de sobra en los medios teatrales. En 1881, Ibsen, con los "Espectros", demuestra que su individualidad se acaba de afirmar en la orientación que tomara. Ha de ser la propia multitud la que sentirá todo el peso del carácter de sus personajes y la dureza de las circunstancias en que se mueven.

Después de "Los Espectros" crea su drama inmortal, "Un Enemigo del Pueblo".

Sería ocioso repetir lo que sobre él dije en otra ocasión. Menciono solamente la influencia que Proudhon tuvo en sus ideas afirmando que lo que transforma al individuo desde su nacimiento, es la conducta de los propios hombres, que por egoismo, renuncian a su expansión natural, deteniéndose en sus corrientes de justicia por las muchas concesiones que reclama el régimen actual. De 1884 a 1886 aparece *El Pato Silvestre*" y *Rosmersholm*. Sienta el primero, al decir de Ossi Lourie et. "La filosofía social dans le theâtre de Ibsen", la tesis de que "vale más destruir la felicidad que dejarla subsistir sobre una mentira." "Rosmersholm" desorienta a los críticos ibsenianos hasta el punto de atribuir al gran dramaturgo un período de pesimismo. En *La dama del mar* y *Hedda Gabler* entra el autor en el ciclo literario de su vida que se debate entre la oposición del ideal a la realidad en el amor.

La expresión máxima del carácter diabólico es dada por el protagonista de esta obra. Es la fuerza y la fiebre dominadora femenina que atraviesa virilmente la escena, con un poder de opresión verdaderamente notable.

Hay por otro lado el imperio del instinto brutal, decisivo. Posesionado ya de sus facultades creadoras, Ibsen produce *Solness el Constructor*, drama soberbio de técnica en que se glorifica el poder individual del trabajo, la fuerza indestructible de su bondad.

El pequeño Elyof, escrito en 1894, viene a contradecir el individualismo del dramaturgo, pues la idea básica se apoya en la supremacia del altruísmo sobre el egoísmo individual.

La última obra de Ibsen es esa extraordinaria composición dramática a que Prozor, el gran traductor de su teatro, dió por título "Quand nous revelleirons d'entre les morts", que fué escrita en 1899.

Es una de las más estupendas creaciones de su genio. En su torno han girado las discusiones más apasionadas. El publicista Eduardo Rod comenta: "El último drama de Ibsen es tal vez una obra única, digna de figurar entre las mejores y sobre la cual girará el comentario de los inteligentes por todo el tiempo que la civilización dure".

El problema de la vida y del trabajo es duramente puesto en paralelismo, sucediéndole la eterna duda: *La vida antes de todo?* o la consagración del trabajo, la realización de nuestra obra sin la preocupación de la vida que se estremece en torno nuestro? .

El 23 de mayo de 1906 murió Ibsen, a la una y media de la tarde y a los 78 años, dos meses y tres días. No fueron los funerales nacionales que Noruega le consagró lo que han hecho inmortal su nombre y su obra extraordinaria. El teatro Real de Cristianía, en la víspera de la ceremonia dió una representación extraordinaria de "Los Espectros". Antes que el telón se levantara, la orquesta ejecutó "La muerte de Aase", de Grieg.

Más que todas las pomposas consagraciones oficiales, vale la labor monumental que su genio dejó al mundo culto. Es imposible aquilatar el valor del teatro ibseniano por el simple conocimiento de una de sus obras. Es necesario considerar en bloque su monumental filosofía vívida. Ibsen fué poeta y dramaturgo.

Mas su arte es puro, su poesía es exclusiva. Sus pensamientos y su filosofía parecen de un ser químérico. Las ideas que se desenvuelven en sus obras se destacan así: la parte neagtiva: *la sociedad actual*, la parte positiva: *la sociedad nueva*.

Los hombres no quieren sino revoluciones especiales y localizadas, revoluciones exteriores y políticas. Charlatanismo. ¡Lo que se precisa realizar, a toda costa, es la revolución del espíritu humano!

BIBLIOGRAFIA

Kurt Kersten — "Ein europaischer Revolutionár", Georg Forster, año 1754-1794. (Un revolucionario europeo, G. F.) A. Seehof und Co., Berlín, 1921, 93 págs. en 8. —

Este pequeño librito se lee de un tirón; está apasionadamente escrito y más que una biografía es una psicología de Georg Forster, un sabio y un revolucionario de la segunda mitad del siglo XVIII. A nosotros nos interesa Georg Forster, no sólo porque ha sido un revolucionario, sino porque, parece, ha tropezado diversamente con la idea anarquista, lo que Kurt Kersten constata en este escrito. Nuestro Gustavo Landauer ha hecho una selección de sus cartas de 1789-1793 en sus "Briefe aus der franzosischen Revolution". Max Nettlau menciona en su primer volúmen de la historia de la idea anarquista, el pasaje en que Forster manifiesta su interés por la obra de William Godwin, "Enquiry of Political Justice" que envió el autor a la Convención francesa y ésta la sometió a estudio de Forster.

La vida de Forster, siempre agitada y en tensión, se resume en estos datos: Nació en Polonia, cerca de Danzig, en 1754; su padre era un sacerdote de procedencia escocesa que llegó por su propio esfuerzo a ser un conocido naturalista y explorador; el joven Forster conoció las estrecheces económicas de la vida y no ha pasado una infancia feliz; en 1773-1775 acompañó a su padre en el viaje de exploración de Cook alrededor del mundo y describió ese viaje en alemán. Después de alguna residencia en Londres y de algunos viajes a Paris, residió en 1779 en Kassel, en 1784 en Vilna; en 1785 se casó con Therese Heyne, hija del conocido filólogo de Gottinga; el matrimonio no ha sido feliz tampoco. En 1788 ocupa el puesto de bibliotecario en Mainz, donde, al estallar la revolución francesa, se formó un considerable foco de reacción. En 1790 hizo un viaje de exploración por el Rhin, Brabante, Flandes y Holanda, con el joven Alejandro von Humbold, uno de los más grandes naturalistas alemanes de la época, también uno de los más avanzados pensadores, que no vaciló en proclamar su fe relativamente antiestatista. Forster se convirtió en Maínz en un defensor celoso de la revolución francesa, pronunciándose por una adhesión de Maínz a Francia para borrar las fronteras del nacionalismo. La mala administración del general francés Custine en Mainz, hizo que este primer apoyo alemán a la revolución francesa fracasara. Forster fué a París en 1793, y un año más tarde murió, reflexionando sobre planes de acción, de propaganda, siempre fiel a la revolución libertadora. De sus descripciones de viajes y de sus escritos, sus cartas de los años de revolución serán siempre un valioso testimonio para la altura de miras de Forster y para la historia de aquel tiempo.

Mella Ricardo — "Ideario". Prólogo de José Prat, Gijón, 1926.—

Tenemos ante la vista los primeros 15 pliegos del primer tomo de las obras completas de Ricardo Mella; faltan aún siete u ocho pliegos para completar el volumen. Pronto estará en situación de correr el mundo y no profetizamos si decimos que esta recopilación ocupará un puesto prominente en la pequeña biblioteca de todos los estudiosos del anarquismo. A Ricardo Mella no se le puede pasar por alto; el pensamiento de ese hombre tiene algo tan profundo, tan atractivo, tan educativo, que tratar de ignorarlo o de silenciarlo es conspirar contra nosotros mismos, contra el porvenir de las ideas de libertad. Raramente ha reunido un escritor anarquista la serenidad de Mella, su claridad de estilo y su amplitud de miras. Si Mella hubiese nacido en otro país que en España, su nombre se hubiese universalizado como uno de los grandes orientadores humanos. Al leer las primeras 240 páginas del "Ideario", homenaje a Mella y a sus ideas que le rinden sus amigos íntimos, pensamos involuntariamente en los filósofos de la Grecia clásica.

Nosotros estamos empeñados desde hace años en presentar las obras y la personalidad de Bakunin, estimando que el contacto con una personalidad tan gigantesca y tan noble no puede menos de ser un valioso aliciente educativo. Sin embargo, si fuésemos a tomar a Bakunin al pie de la letra, encontraremos muchos más motivos de desacuerdo que de armonía. Lo que vale en Bakunin es el *conjunto de su personalidad y de sus ideas*, su valor no está en algunos detalles aislados de su vida y de sus escritos, está en la impresión que nos produce su conjunto, en la síntesis que elabora nuestro espíritu; los filósofos alemanes llamarían a eso *Weltanschauung*.

Lo mismo Mella, aunque otro temperamento muy diverso, pero de una pieza también, con ser tanto en el detalle como en el conjunto un gran valor, para la posteridad no tendrá el valor, de catecismo o de guía práctica; la síntesis de la concepción del mundo y de la vida que nos presenta Mella es lo que nos interesará siempre propagar. Sería un error querer aplicar sus escritos a las situaciones inmediatas y a las circunstancias futuras. Lo que hay que hacer es conpenetrarse del sentimiento y de la concepción de la libertad de Mella y no aferrarnos a la letra de sus escritos, por sugestivos que sean.

La mayoría de los pequeños trabajos de éste libro son tomados de *Acción libertaria*, Gijon-Vigo, 1910-11. *El libertario*, Gijón, 1912-13 y *Acción Libertaria*, segunda época, Madrid, 1913-14. Puede decirse que son inéditos para la mayoría de los lectores actuales pues han sido publicados en esos periódicos anónimamente o con pseudonimos y, de no haber tomado en sus manos Pedro Sierra esta labor, una parte de las páginas de éste volumen habría quedado enterrada en los viejos periódicos, inaccesibles para casi todos los nuevos combatientes del anarquismo. Habría aún, sin embargo, material para otro volumen de escritos dispersos por nuestra prensa de Europa y de América, sin contar los folletos que circulan más o menos en nuestras librerías.

La ordenación de los vastos materiales supone un íntimo conocimiento de la obra de Mella. Los editores han pensado, seguramente, que ante todo convenía presentar un conjunto de ideas y de sugestiones susceptible de dar una impresión perfecta de la personalidad del autor; si luego las circunstancias permiten llevar adelante la obra iniciada, bien, sino, el primer volumen contiene ya a Mella íntegramente.

Prologa el libro José Prat, uno de los más viejos amigos de Mella , compañero íntimo de ideas. La impresión, el formato, el tipo de letra, todo ha sido esmeradamente elegido y cuidado. Sin embargo los camaradas que editan esta obra nos escriben que su iniciativa no ha podido hallar más frialdad en el ambiente anarquista. Eso es triste. Por lo demás se entiende, nuestros camaradas tienen mucho más interés en las luchas de ambiciones personales que en nutrir su espíritu de pensamientos elevados y de sentimientos nobles. ¿No tropieza también nuestro esfuerzo con la hostilidad encarnizada de los impotentes y de los eunucos, incapaces de levantar el corazón y la mirada por encima de las pequeñeces y las ruindades cotidianas?

D. A. de S.

El militarismo, el capitalismo y las milicias de partido

Hace un tiempo, en una conferencia pública del camarada Rocker en Berlín, se promovió una discusión con el marxista de izquierda Franz Pfemfert sobre los ejércitos permanentes y el capitalismo. Rocker sostuvo accidentalmente que los ejércitos permanentes pueden desaparecer sin que por eso sufra el capitalismo la menor oscilación. Pfemfert creyó haber oído una herejía y Rocker explicó más ampliamente su pensamiento, ratificando su afirmación y agregando que desde el momento que el capitalismo halle otro medio de defensa menos costoso e igualmente seguro, los ejércitos desaparecerán, sin que eso implique ninguna concesión a las exigencias revolucionarias. Ya en algunos países se está en vías de abolir el ejército permanente y no por eso se mueven en lo más mínimo los cimientos de la sociedad actual del privilegio y de la explotación.

En efecto, el ejército ha perdido su significación de otros tiempos. La moderna técnica bélica parece llamada a sustituir al soldado históricamente conocido. No está lejano el día en que ir a la guerra equivaldrá poco más o menos a ir a la fábrica a elaborar gases asfixiantes y otros nuevos recursos de destrucción. Los generales serán suplantados por químicos y técnicos y las espadas y los fusiles no son ya hoy eficaces más que en las luchas sociales, no en las guerras. El valor individual no representa nada tampoco, como no representa nada en una moderna fábrica la habilidad profesional del obrero.

En otros tiempos un ejército podía crear nuevas naciones, destruir Estados. Hoy la existencia de un Estado ante otro no depende exclusivamente del ejército; victoriosos o vencidos, los Estados continúan en pie. Y el imperialismo no se manifiesta ni puede manifestarse ya en la anexión política de los Estados vecinos; a lo sumo, ocurre aun eso en los países coloniales de Africa y de Asia; entre los grandes Estados capitalistas, el anexionismo es absurdo, irrealizable. El capitalismo tiene medios de expansión y de dominación más irresistibles y más sólidos que la mera fuerza de las armas invasoras; la invasión norteamericana en los países de habla española, testimonia sobre el poder de esa dominación.

Y la guerra mundial que terminó militarmente en noviembre de 1918, pero que siguió bajo otras formas no menos

terribles y criminales, evidencia igualmente que el ejército permanente no es la única fuerza bélica de que dispone el capitalismo.

A Alemania no le está permitido tener más que cien mil hombres en su nuevo ejército. Aunque tuviera un millón, su impotencia ante el resto de Europa unida contra ella, sería la misma. El número de los soldados no decidiría en modo alguno un solo paso de su política exterior. Una guerra moderna tiene que asegurarse más de la provisión de petróleo, de carbón, etc. que de la existencia de soldados.

En una palabra: dado el ritmo veloz de la carrera capitalista hacia nuevos e imprevistos desenvolvimientos, no sería imposible que las condiciones políticas y económicas llevasen a la abolición de los ejércitos permanentes, que se están mostrando demasiado caros. Esa abolición de los ejércitos permanentes está muy lejos de significar una victoria revolucionaria. En todo caso, no debemos hacernos ilusiones. La existencia del capitalismo no depende únicamente de su apoyo en las bayonetas de los soldados. Si no tuviera a su disposición más fuerzas, su estabilidad sería siempre problemática. Pero hay poderosas fracciones sociales que lo apoyan de un modo u otro, y los elementos conscientes en lucha contra el sistema de vida mísera y esclava que vivimos son una minoría invisible, más impotentes de lo que podríamos suponer.

Cuando muchos de nuestros camaradas sueñan o divagan aún con revoluciones garibaldinas a pistoletazos y a sablazos, nos llena de asombro esa ceguera que no quiere ver los años que han pasado desde que Garibaldi o los guerrilleros de otros tiempos podían poner en el platillo de la balanza su valor personal o su genio militar. Hay que acostumbrarnos a encarar nuestros medios ofensivos y defensivos en una revolución de acuerdo a nociones más realistas y más sensatas. La revolución social no será un simple problema de estrategia ni se resolverá a pistoletazos o a cañonazos.

Eso no quiere decir que rechacemos de plano esos medios violentos. Estamos muy lejos de ser tolstoyanos; lo que queremos decir es que la revolución social debe contar con fuerzas más esenciales de triunfo que las meras fuerzas armadas.

Una cosa, sin embargo, es el triunfo de la revolución social y otra es la preparación de la reorganización de la sociedad a que aspiramos.

En los países donde somos cuatro gatos inofensivos que a lo sumo conseguimos publicar dificultosamente un periódico, los problemas que debemos forzosamente resolver son pocos; pero en aquellas regiones en que nuestro movimiento tiene una relativa fuerza social, la situación varía mucho desde el punto de vista de las concepciones tácticas.

En el congreso campesino de Guadalajara, México, alguien propuso que cada sindicato o comunidad campesina armase diez mil hombres para resistir a las usurpaciones de los terratenientes y de sus bandas. La proposición se rechazó en vista de que eso equivaldría a formar una especie de ejército anarquista. Sin embargo el problema es más complejo y no se resuelve con una rotunda negación. Especialmente en México existe el problema de la defensa armada del movimiento y el mismo problema tendremos en la Argentina y en otros países cuando se reanimen las actividades. La existencia de nuestro movimiento exigirá cada vez más que pensemos en los medios de defenderlo no sólo contra las autoridades, sino contra las bandas partidistas o milicias de partido que se están difundiendo por todas partes.

Los socialdemócratas alemanes se vanaglorian de tener un ejército republicano de cien mil hombres a su disposición; los comunistas, por mucha propaganda que hicieron, no llegaron a tanto, pero sus centurias militares en Alemania ascienden a 30 ó 40 mil hombres. Tenemos luego las bandas reaccionarias, sostenidas por las asociaciones capitalistas industriales y agrarias, cuyo número no puede calcularse, pero que es muy superior al de las milicias socialdemócratas y comunistas juntas. En Francia, donde el ejército permanente es muy superior al de 1914, también se comenzaron a formar las milicias de partido; y en Italia sabemos bien lo que significan las bandas fascistas. En Estados Unidos existen también poderosas formaciones militares o militantes al servicio de la reacción. Y ensayos parecidos se intentaron o se intentarán en todas partes. ¿Es que pensamos que ese fenómeno no nos interesa en modo alguno? Creemos que sería un error pasarlo por alto. Quién sabe a qué nos llevará la necesidad de defensa! Recordemos que entre los anarquistas italianos hubo muchos jóvenes en 1920-21 que tomaron parte en el ensayo de formación de cuerpos militarizados de defensa, como los *arditi del popolo*.

Es de creer que entramos en un período en que esas milicias de partido se convertirán en instituciones semi-oficiales indispensables para la conquista del poder político; todas esas fuerzas nos serán hostiles, lo mismo que las fuerzas armadas del Estado. Esas milicias serán generalmente impotentes para transformaciones fundamentales de la sociedad; su misión se reducirá a un plano más bien defensivo que ofensivo. Pero pueden obstaculizar fácilmente toda nuestra propaganda, como lo hacen ya, cuando tienen interés en ello, en los países en que existen, como en Alemania. Cada día se evidencia más que los grandes partidos políticos de derecha y de izquierda confían muy poco en la simple legalidad; creen en dios, pero tienen también firmemente por el carro, es decir, creen en la ley, pero procuran asegurarse el amparo de ella. Ya no hay un solo gran partido que vaya a las elecciones y se contente con el resultado de las mismas; un partido es hoy todo un Estado dentro del Estado y esté o no en el poder es siempre una fuerza y procura crear intereses para estabilizar sus miembros y atraer fuerzas nuevas, y esos intereses creados requieren una constante defensa.

Un examen de la realidad desde el punto de vista aquí esbozado nos llevaría muy lejos. Pero nos importa hacer resaltar el problema: no se trata de saber lo que haremos al día siguiente de la revolución, sino de saber lo que haremos antes de la revolución para fortificar más cada día nuestro movimiento y para defenderlo contra los viejos y nuevos enemigos. También es importante levantar la mirada por sobre las ideas hechas y examinar problemas de mucha trascendencia, como por ejemplo la disposición de vastas capas de la burguesía a suprimir los ejércitos permanentes, por ejemplo en Dinamarca. Es la burguesía misma, no los socialdemócratas o comunistas, la que prestigia esa medida de economía social. Y cuando la burguesía no vacila en algunos países en recomendar la supresión del ejército permanente, no será porque esa medida le será desventajosa. Hacemos resaltar ese hecho porque muchas viejas concepciones tácticas nuestras van perdiendo su valor y nos hace falta especular un poco más con los datos de las nuevas realidades.

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(*Continuación*)

Una vez que tengamos pan para todos, ambicionaremos algo más amplio — la igualdad de los derechos; pero eso se realizará entonces prontamente, pues el que no tiene necesidad de inclinarse ante sus semejantes para obtener un bocado, es ya su igual. La igualdad de las condiciones que — ¿hay realmente energúmenos a quienes deba decírsele? —, no afecta en lo más mínimo la infinita diversidad de las naturalezas humanas, la anhelamos continuamente y la tenemos por ineludible, pues es el único camino por el que podemos llegar a una verdadera moral pública. Un hombre sólo puede ser verdaderamente moral cuando es su propio amo. Desde el momento que despierta a la comprensión de lo que es bueno y justo, le compete guiar sus propios movimientos, buscar en su conciencia las razones de su acción, y hacer simplemente lo suyo, sin temor al castigo ni la esperanza de la recompensa. Mientras tanto su voluntad será inevitablemente fortalecida cuando ve a otros hombres, que se dejan conducir, como él, por su propia voluntad, marchan por el mismo camino. El ejemplo recíproco creará pronto a la ética una forma colectiva a que se pueden adherir todos sin esfuerzo; pero desde el momento en que aparecen mandamientos forzados por penas legales, en lugar de la voz personal de la conciencia, la moral termina. Esto ha dicho el apóstol pagano: La ley es el padre de los pecados. Sí, más aún, no es otra cosa que los pecados mismos, porque en lugar de dirigirse a la parte mejor del hombre, a su condición primitiva libre, se dirige a su parte más mala — dominación por el temor. Por tanto, a cada cual le interesa resistirse a las leyes que él no ha hecho y defender sus derechos personales, que son también los derechos de los demás. Se habla a menudo de la oposición entre derechos y deberes. Eso es pura charla; no hay tal contradicción. Todo el que percibe sus derechos, cumple con ello su deber para con sus semejantes. Privilegio, no derecho, es lo contrario del deber.

Aparte de la disposición sobre la propia persona, incluye la sana moral otra condición — la recíproca benevolencia que surge igualmente de la igualdad. Las palabras del Mahabarata santificadas por el tiempo, son más verdaderas que nunca: "Los locos no son los amigos de los sabios; el hombre que no tiene un carro, no es amigo del que lo tiene. La amistad es la hija de la igualdad, no nace nunca de la desigualdad." Sin duda está dado a aquellos hombres que sobresalen por su pensamiento, su cordialidad o su fuerza de voluntad, el ganar la simpatía de la multitud; pero sin embargo, si la adhesión de sus partidarios y admiradores no procede de la afinidad entusiasmada del espíritu y del corazón, entonces se transforma pronto — bien en fanatismo, bien en servilismo. El que es saludado por los gritos de la muchedumbre como amo, debe atribuirse casi necesariamente virtudes extraordinarias o tenerse por "agraciado de Dios", de modo que en su propia estimación se presenta como instrumento de la providencia y luego usurpa sin vacilaciones y sin remordimientos de conciencia privilegios que deja a sus hijos como herencia. Pero al elevarse en rango, ha bajado moralmente, y sus adeptos y veneradores serviles han bajado más todavía; esperan la voz de mando que viene de los labios del señor; si descubren en lo profundo de su conciencia un ligero movimiento de contradicción, lo sofocan; se vuelven mentirosos ejercitados, se envilecen hasta la lisonja y pierden el don de mirar en la cara a los hombres dignos. Entre el que manda y el que obedece y cuyo envilecimiento es mayor de generación en generación, no hay posibilidad alguna de amistad. Las virtudes se han cambiado: la franqueza fraternal ha desaparecido; la independencia se convierte en delito; arriba la compasiva condescendencia, el altivo menosprecio; abajo la admiración envidiosa y el odio furtivo. Apele cada cual al pasado y planteémonos sinceramente el problema: "¿En compañía de quiénes hemos sentido el mayor placer?" ¿de personalidades que nos han "honrado", que conversaron con nosotros, o de gentes sencillas con quienes nos hemos "dignado" entretenernos? ¿O fueron más bien nuestros iguales, cuyas miradas se dirigen a nosotros ni suplicantes ni imperiosas y a quienes podemos amar abiertamente, sin pensamientos ocultos o reservas?

Para vivir en la igualdad y arrancarse a las falsedades e hipocresías de una sociedad de altos y bajos, muchos hombres y mujeres se han agrupado en estrechas alianzas y han fundado un pequeño mundo en la soledad. América pulula de sociedades de esa especie. Pero esas sociedades, de las cuales pocas prosperan y muchas sucumben, están todas más o menos bajo la ley del poder; llevan el germen de su propia disolución en sí y son nuevamente absorbidas por el mundo que han abandonado gracias a la ley natural de la gravitación. Pero aun cuando se encontrara en ellas la perfección, aunque el hombre hallase en ellas la más elevada felicidad de que es capaz su naturaleza, tendrían que soportar sin embargo el reproche del aislamiento egoísta, pues levantaron entre ellos y el resto de los hombres un muro; sus alegrías son egoístas, y la consagración a la humanidad volverá a llevar a los mejores de ellos siempre a la gran lucha. Pero los anarquistas no queremos separarnos del mundo para edificar una pequeña iglesia oculta en alguna parte en el yermo desierto. Aquí está la arena del combate y aquí quedamos inconmovibles, preparados a prestar nuestra ayuda en todas partes donde sea necesitada. No abrigamos exageradas esperanzas, pero sabemos que nuestro esfuerzo no se perderá. Muchos de los ignorantes que ahora nos maldicen, sea por amor a lo tradicional o por candidez de corazón, se adherirán finalmente a nuestra causa. Por un hombre a quien las circunstancias permiten estar con nosotros libremente y sin reservas, hay centenares que se ven obstaculizados por las duras necesidades de la vida para confesar abiertamente sus opiniones; pero espían desde lejos la ocasión y abrigan nuestras palabras en la cámara de los tesoros de su corazón. Sabemos que hacemos nuestra la causa de los *pobres*, de los desheredados, de los que sufren; tratamos de devolverles la tierra, los derechos personales, la confianza en el porvenir; ¿no es natural que nos alienten con la mirada y la actitud aun cuando no se atrevan a venir hacia nosotros? Pero cuando lleguen los tiempos de la confusión, cuando la mano férrea del poder haya perdido su apoyo y los dominadores paralíticos titubeen bajo el peso de su propia violencia; cuando las "formaciones" queden libres por un momento de la opresión de arriba y se reorganicen según su afinidad natural — ¿de qué parte estarán entonces los muchos? Aunque nosotros no pretendemos el don de profetas, ¿no debemos decir consolados sin temeridad que la gran mayoría se adherirá a nuestras filas? ¿No hacen incluso nuestros enemigos, cuando no se cansan de repetir que el anarquismo es sólo el sueño de un par de ilusos, continua propaganda en nuestro favor por las injurias que nos arrojan y los planes y maquinaciones que nos atribuyen? Se dice que los magos de la edad media, cuando querían citar al diablo, comenzaban su encantamiento pintando su retrato en la pared. Desde hace mucho tiempo los modernos nigrománticos han empleado el mismo método para conjurar el anarquismo.

En consideración a la gran obra del porvenir, y para que esa obra sea realizada nos interesa aprovechar toda ocasión oportuna. Entretanto, aunque nuestro objetivo es vivir sin gobiernos y sin leyes, estamos forzados a someternos a muchas cosas. ¿Cuán frecuentemente estamos en situación de realizar nuestra voluntad libre y de no guiarnos por lo que los hombres reclaman unos de otros en base a la rutina convencional? En ningún caso fortaleceremos la autoridad apelando a ella o peticionándole algo, y tampoco contribuiremos por nuestro impulso a la consolidación de las leyes buscando en los tribunales nuestro derecho, ni seremos los promotores de nuestra propia desdicha prestando nuestro voto o nuestra influencia a algún candidato. Es fácil para nosotros no aceptar ningún servicio de la violencia, no nombrar a nadie amo y no dejarnos tratar como señores para permanecer simples ciudadanos en las filas y decidirlos a comportarnos en toda situación como iguales entre iguales. Que nuestros amigos nos juzguen por nuestros hechos y repudien a aquellos de entre nosotros que no tienen firmeza alguna.

Hay individualmente muchos hombres de sentimientos benévolos que se mantuvieron hasta ahora alejados de nosotros y hasta consideran nuestros esfuerzos con un cierto recelo y que sin embargo nos prestarían alegremente su ayuda si no los contuviera el temor a la violencia que se desencadenaba casi ineludiblemente a consecuencia de la revolución. Y no obstante, una investigación profunda de las circunstancias actuales tendría que mostrarles que el supuesto período de tranquilidad en que viviríamos, es en realidad una época de crueldad y de violencia. Sin hablar de la guerra y de sus crímenes, cuya complicidad no puede eludir ningún Estado civilizado, ¿se puede negar que el asesinato, las enfermedades y la muerte son consecuencias esenciales

del orden social existente? El orden usual es mantenido por hechos de brutalidad y de violencia, pero cosas que ocurren cada día y cada hora no son tenidas en cuenta, vemos en ellas una serie de acontecimientos habituales que no son más extraordinarios que la sucesión de los tiempos o el cambio de las estaciones. Parece precisamente perverso rebelarse contra el ciclo de la violencia y de la opresión santificadas por el hábito y la tolerancia de los siglos. Muy lejos de querer colocar tiempos de desorden y de guerra en lugar de una era de dicha y de paz, nuestra finalidad única es poner fin a la sucesión infinita de la miseria que hasta ahora, como en base a una resolución general, lleva el nombre de "progreso de la civilización". Por otra parte, el observador tranquilo y psicólogo de la historia y de los hechos humanos tiene que reconocer que los actos de venganza son fenómenos inevitables de un período de fuertes transformaciones.

(Concluirá)

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Literatura histórica, memorias, biografías

Véase Johann Most (*Die Molle von Blackwells Island*, 1887; *Zwischen Galgen und Zuchthaus*. 1887; *August Reinsdor und die Propaganda der That*, New York, 1885; *Acht Jahre hinter Schloss und Riegel*. 1896); *Memoiren*, 4 vol., New York, 1903-7).

Igualmente la bibliografía de los procesos, hechos revolucionarios, etc.

(M. Nettlau). — *Die historische Entwicklung des Anarchismus* (La evolución histórica del anarquismo). Int. Bibliothek, 1890, 16 páginas.

(M. Nettlau). — *Der Londoner Congress. Zur Beleuchtung der Vorgaenge auf demselben* (El congreso de Londres. Para el esclarecimiento de los acontecimientos del mismo), Berlin, 1896, 71 páginas en 8o.; tomado del "Sozialist", 8 de agosto al 17 de octubre.

Krtschal August. — *Zur geschichte der Arbeiterbewegung Oesterreichs*, 1867-1892 (Para la historia del movimiento obrero en Austria), Gratz, 1893, 53 págs., confiscada; reimpresa en Berlin, 1894, 50 págs. en 8o.

Nettlau M. — *Michael Bakunin. Eine Biographie*. Vol. 1-3, Londres, Privately printed by the author, 1896-1900 (Autogr.). I, 1814-1868; II, 1868-1871; III, 1871-1876.

Mackay J. H. — *Max Stirner, Sein Leben und sein Werke*, Berlin, 1898; segunda edición en 1910.

Nettlau M. — *Michael Bakunin. Eine biographische Skizze*. Mit. Auszügen aus seinen Schriften und Nachwort von G. Landauer (M. B. Un esbozo biográfico, con fragmentos de sus escritos y un epílogo de G. L.), Berlin, 1901, 8o.

Die justizgreuel von Barcelona. Dokumentarisch belegter Bericht über die Anwendung der Tortur im heutigen Spanien (Los horrores de la justicia en Barcelona. Informe documentado sobre el empleo de la tortura en la España actual), 2 ediciones, Berlin, "Der Sozialist", 1897, 24 páginas.

Schüte M. — *August Reinsdorf un die Niederwald-Verschwoerung*, (A. B. y la conspiración de Niederwald), Berlin, 1901.

Ramus Pierre. — *Nach Vierzig Jahren*, 28 *Sept.* 1864-28 *Sept.* 1904 (Después de 40 años, 28 de sept. 1864-28 de sept. 1904. Una memoria en ocasión del 40 aniversario de la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores), Londres, 1905; tomado del "Freie Arbeiter" de Berlin, 1904.

Weidner Albert. — *Aus den Tiefen der Berliner Arbeiterbewegung* (De las profundidades del movimiento obrero berlinés), Berlín, junio de 1905.

Kropotkin P. — *Kritische Beitrage zur Charakteristik von Karl Marx* (Contribuciones críticas sobre la característica de Karl Marx), Edición del "Anarchist", Berlín, 1906.

Ramus P. — *Die Uhrheberschaft des Kommunistischen Manifest* (Los autores del Manifiesto comunista), contribuciones de Tcherkesof, Labriola y P. Ramus) Edición del "Freie Arbeiter", 1906.

Kropotkin P. — *Memoiren eines Revolutionar*, 2 vol. Traducción de Fannwitz, Stuttgart, 1906; nueva edición en 1922.

Ramus P. — *William Godwin, der Theoretiker der Kommunistischen Anarchismus*... Mit Geleitwort von Dr. W. Borgius (W. G., el teórico del anarquismo comunista... Con prefacio del Dr. W. B.), Leipzig, Félix Dietrich, 1907; traducción rusa, "Golos Truda", 1924.

Roller Arnold. — *Blaetter aus der Geschichte des spanien Proletariat*... (Páginas de la historia del proletariado español. En ocasión del décimo aniversario del ajusticiamiento de Miguel Angiolillo. Con un prólogo de Pedro Vallina), edición Revolutionar, Berlin, 1907; traducción española en el Suplemetno de LA PROTESTA.

Ramus Pierre. — *Franzisko Ferrer. Sein Leben und Wirken* (F. F., su vida y su obra), edición Jahrbuch der freie Generation, Klosterneuburg-Viena, 1910.

Pierre Ramus. — *Die Opfer und Martyrer des Justizmordes von Chicago*, 11 *November* 1887 (Las víctimas y los mártires del asesinato judicial de Chicago, 11 de noviembre de 1887), Edición Freie Generation, 219 págs., Zurich, 1912: nueva edición, Viena 1922, 176 págs.

Peukert José. — *Erinnerungen eines Proletariers aus der revolutionare Arbeiterbewegung* (Recuerdos de un proletario sobre el movimiento obrero revolucionario. Con un prólogo de Gustav Landauer), Edición "Der Sozialist", 334 págs., Berlin, 1913.

Nettlau M. — *Errico Malatesta, Das Leben eines Anarchisten* (Errico Malatesta, la vida de un anarquista). Edición Fritz Kater, Berlin, 176 páginas, 1922; edición española, LA PROTESTA, Buenos Aires, 1924; traducción italiana "Il Martello", New York; resumen en inglés, por H. Havel.

Rocker Rudolf. — *Johann Most, Das Leben eines Rebellen* (Johann Most, La vida de un rebelde). Edición Fritz Kater, Berlin, 1924, 436 págs. *Nachtrag*, 1905 44 páginas.

Engert Dr. R. — *Beitrage zur Stirnerforschung* (Contribuciones a la investigación sobre Stirner), Números 1-4, Dresde, 1921-24.

Arschinof P. — *Geschichte der Machno-Bewegung*, 1918-21, (Historia del movimiento machnovista, 1918-21), Berlin, 1924. Edición del "Freie Arbeiter".

M. Nettlau. — *Der Vorfrülling der Anarchie. Ihre historische Entwicklung von die Anfangen bis zum Jahre* 1864 (La aurora de la anarquía. Su evolución histórica desde los comienzos hasta el año 1864) Edición Fritz Kater, Berlin, 1925., 8o. mayor, 236 págs.

La bibliografía histórica del anarquismo en Alemania podría ser completada con los trabajos importantes escritos de tanto en tanto en nuestra prensa o en las publicaciones históricas, como el Archif del profesor Grümberg, donde Nettlau ha colaborado; también existe una literatura de ciertas proporciones, académica o simplemente burguesa, hostil u objetiva, pero sería imposible mencionarla aquí donde nos preocupamos de dar un resumen del esfuerzo anarquista en los diversos aspectos de la actividad intelectual.

Errico Malatesta (13)

EN EL CAFÉ

lizarlo. De otro modo podría venir, en lugar del socialismo, un estado social en donde las diferencias entre hombre y hombre fuesen agrandadas y permanentes, en el que la humanidad estuviera dividida como en dos razas diversas, los señores y los siervos, con una clase intermedia que serviría para asegurar, con el concurso de la inteligencia y de la fuerza bruta, el dominio de los unos sobre los otros — o bien pudiera simplemente perpetuarse el estado actual de luchas continuas, de mejoramientos o empeoramientos alternantes, de crisis y de guerras periódicas.

Diré también que si se abandonasen las cosas a su curso natural, la evolución iría probablemente en el sentido opuesto al que quisiéramos nosotros, iría hacia la consolidación de los privilegios, hacia un equilibrio estable creado en provecho de los actuales dominadores, pues es natural que la fuerza sea de los fuertes, que quien comienza a luchar con ciertas ventajas contra el adversario, adquiera mayores ventajas aún en el curso de la lucha.

Luis. —Tal vez tengas razón; pero precisamente por eso hay que utilizar todos los medios a nuestra disposición; educación, organización, lucha política.

Jorge. —Todos los medios, sí, pero todos los medios que conducen al objetivo final.

Educación, ciertamente. Es lo primero que se necesita, pues si no se obra sobre el espíritu de los individuos, si no se despierta su conciencia, si no se excita su sensibilidad, si no se suscita su voluntad no hay progreso posible. Y por educación no entiendo tanto la instrucción que se aprende en los libros, necesaria también, pero tan poco accesible a los proletarios, sino de la educación que se adquiere mediante el contacto consciente con la sociedad, la propaganda, las discusiones, el interés en las cuestiones públicas, la participación en las luchas por el mejoramiento propio y ajeno.

Esta educación del individuo es necesaria y sería suficiente para transformar el mundo si pudiese extenderse a todos. Pero sin embargo eso no es posible.

El hombre es influenciado, dominado, casi diré formado, por el ambiente en que vive; y cuando el ambiente no es apropiado, sólo puede progresar luchando contra él. Y no existe en un momento dado más que un número limitado de individuos aptos, por capacidad congénita o por circunstancias especiales favorables, para elevarse por encima del ambiente, para reaccionar contra él y contribuir a transformarlo.

Y he aquí por qué es la minoría consciente la que debe romper el hielo y cambiar violentamente las circunstancias exteriores.

La organización: cosa óptima y necesaria, siempre que sea hecha para combatir el capitalismo y no para ponerse de acuerdo con él.

Y, además, nota bien. Si se quiere mejorar, hacer soportable el sistema capitalista y por consiguiente consagrarlo y perpetuarlo, entonces ciertos acomodos, ciertas colaboraciones pueden parecer aceptables; pero si se quiere verdaderamente destruir el sistema, entonces es preciso ponerse claramente al margen y contra el sistema.

Y ya que la revolución es necesaria y de cualquier modo la cuestión deberá cambiar siempre con la revolución, ¿no te parece que es preciso prepararse desde ahora espiritualmente y materialmente, en lugar de ilusionar las masas y de debilitarlas con la esperanza de poder emanciparse sin sacrificios y sin luchas cruentas?

Luis. —Bien. Supongamos que tengas razón y que la revolución sea inevitable. Hay muchos socialistas que dicen también lo mismo. Pero será necesario siempre constituir un gobierno para dirigir y organizar la revolución.

Jorge. —¿Y por qué? Si no existe en medio de las masas un número suficiente de revolucionarios del brazo y del cerebro, capaz de proveer a las necesidades de la lucha y de la vida, la revolución no se hace, o si se hace, no triunfa. Y si ese número existe, ¿para qué puede servir un gobierno sino para paralizar la iniciativa popular y en sustancia para truncar la revolución misma?

En efecto, ¿qué quereis que haga un gobierno parlamentario o dictatorial?

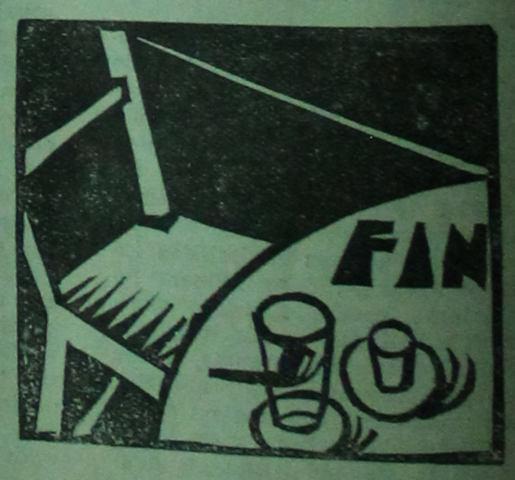
Ante todo deberá pensar en asegurar su existencia en tanto que gobierno, es decir constituir una fuerza armada para defenderse contra los adversarios y para imponer su voluntad a los recalcitrantes; después deberá informarse, estudiar, tratar de conciliar las voluntades y los intereses en conflicto y por tanto hacer leyes... que probablemente no contentarán a nadie.

Entretanto, habría que vivir. O la propiedad habría pasado de hecho a manos de los trabajadores y entonces, dado que es preciso proveer a las necesidades de todos los días, los trabajadores mismos deberán resolver los problemas de la vida sin esperar las decisiones de los gobernantes, a quienes no quedaría más que... declarar la propia inutilidad como gobernantes y confundirlos en la multitud como trabajadores.

O bien la propiedad quedará en manos de los propietarios, y entonces éstos, detentando y disponiendo a su capricho de la riqueza, permanecerían los verdaderos árbitros de la vida social y harían de modo que el nuevo gobierno compuesto de socialistas (de anarquistas no, porque los anarquistas no quieren ni gobernar ni ser gobernados) o sería forzado a doblegarse a la voluntad de la burguesía o sería pronto dejado a un lado.

No me extiendo más, porque debo partir y no sé cuándo regresaré. Estaremos un tiempo sin vernos. Reflexiona en lo que te he dicho. Espero que a mi regreso encontraré un nuevo compañero.

Salud a todos.



AÑO V
LA
PORTE PAGO
U. Telefónica 0.478
BA
Pronto hará cincuenta añ
Bakunin dejó de existir;
mente se recuerda en la
quista del mundo, la fecha
de 1876. Nadie ha dado
resucitar la memoria de
extraordinario; ninguna
tral ha prescrito que se
algún modo en los distint
cincuentenario de la desap
combatiente genial de la
embargo, se habla en to
de Bakunin, del 1 de julio
ran manifestaciones de s
un nombre que vale por
los programas y el más d
símbolos. Hay nombres qu
tarse a diversas interpret
Bakunin es reconocido
como una bandera de libe
daridad; no puede confun
die, es una personalidad
que ningún escolástico
más desfigurar ni escamo
sas de los oprimidos y de
Fracasó el ensayo para
mente, hecho por uno d
más poderosos del movin
ta, Karl Marx; lo que no
Marx no lo conseguirá ni
malabaristas y cazadores
blicos que han querido t
rias morales, sus claudi
apetitos, con el nombre d
ra eso son demasiado p
siado mezquinos. Bakuni
pueblo, y si queremos qu
ca a nosotros, ha de ser
que jamás nos separemos
sus luchas, de sus aspir
triunfos y de sus derro
Esa espontánea resurr
cional del nombre de B
nos hemos referido, ¿se
de que nuestro movimie
y valoriza la significació
batiente? Volver a Baku
un factor revolucionario
vidando excesivamente:
hace mucho parece que
hubiese sido castrado en
su activismo primitivos
que la guerra social no
una filosófica pasividad,
tinuamente en lugar de
do en lugar de vivir y
ticamente. Esto no quier
mos de dedicarnos a fa
como nos reprochan los
la iglesia marxista; c
lucha en las barricadas d
de, o de Lyon, cuando
combate en Bolonia o d
para España a fin de da
más revolucionaria a la
nalistas, no es un simp
no un revolucionario de
tivas que no se conten
sobre la revolución, sin
menzarla, animarla con e
Volver a Bakunin es t
tra mentalidad pasiva, c
una mentalidad activa.
provocar motines para
acción. La acción no es
vimiento gimnástico de
las piernas; la acción r

AÑO V

BUENOS AIRES, 14 DE JUNIO DE 1926

N.o 227

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

PRECIO: 10 CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 64
SALTA

BAKUNIN

Pronto hará cincuenta años que Miguel Bakunin dejó de existir; espontáneamente se recuerda en la prensa anarquista del mundo, la fecha del 1 de julio de 1876. Nadie ha dado la orden de resucitar la memoria de aquel hombre extraordinario; ninguna comisión central ha prescrito que se rememore de algún modo en los distintos países ese cincuentenario de la desaparición de un combatiente genial de la libertad. Sin embargo, se habla en todos los países de Bakunin, del 1 de julio, y se preparan manifestaciones de simpatía hacia un nombre que vale por el mejor de los programas y el más definido de los símbolos. Hay nombres que pueden prestarse a diversas interpretaciones, el de Bakunin es reconocido universalmente como una bandera de libertad y de solidaridad; no puede confundirse con nadie, es una personalidad de una pieza que ningún escolástico conseguirá jamás desfigurar ni escamotear a las masas de los oprimidos y de los explotados. Fracasó el ensayo para matarlo moralmente, hecho por uno de los cerebros más poderosos del movimiento socialista, Karl Marx; lo que no consiguió Karl Marx no lo conseguirá ninguno de esos malabaristas y cazadores de puestos públicos que han querido tapar sus miserias morales, sus claudicaciones y sus apetitos, con el nombre de Bakunin; para eso son demasiado pequeños, demasiado mezquinos. Bakunin pertenece al pueblo, y si queremos que nos pertenezca a nosotros, ha de ser a condición de que jamás nos separemos del pueblo, de sus luchas, de sus aspiraciones, de sus triunfos y de sus derrotas.

Esa epontánea resurrección internacional del nombre de Bakunin, a que nos hemos referido, ¿será un síntoma de que nuestro movimiento comprende y valoriza la significación de ese combatiente? Volver a Bakunin es reconocer un factor revolucionario que vamos olvidando excesivamente: *la acción*. Desde hace mucho parece que el anarquismo hubiese sido castrado en su vigor y en su activismo primitivos. Nos olvidamos que la guerra social no se ventila con una filosófica pasividad, razonando continuamente en lugar de obrar, teorizando en lugar de vivir y de luchar prácticamente. Esto no quiere decir que hemos de dedicarnos a fabricar motines, como nos reprochan los sacerdotes de la iglesia marxista; cuando Bakunin lucha en las barricadas de Praga o Dresde, o de Lyon, cuando se prepara al combate en Bolonia o desea embarcarse para España a fin de dar una dirección más revolucionaria a las luchas cantonalistas, no es un simple revoltoso, sino un revolucionario de vastas perspectivas que no se contenta con filosofar sobre la revolución, sino que desea comenzarla, animarla con el propio ejemplo.

Volver a Bakunin es transformar nuestra mentalidad pasiva, contemplativa, en una mentalidad activa. No se necesita provocar motines para ser hombres de acción. La acción no es un simple movimiento gimnástico de los brazos y de las piernas; la acción revolucionaria es ante todo, una conformación activa, batalladora, del espíritu. No dar al anarquismo el valor de una hermosa filosofía, sino reconocerle sus características de movimiento popular contra el capitalismo y el Estado, es volver a Bakunin. No contemplar la vida como espectadores, sino como actores, es volver a Bakunin. Despertar en nosotros no sólo el conocimiento, sino más bien la pasión de la libertad, es volver a Bakunin.

Esa vuelta a Bakunin, esa vuelta a la concepción activa de la vida y del mundo es hoy, no sólo una promesa fecunda, sino una necesidad ineludible. Nunca hemos tenido más necesidad de movimiento, de acción propia, frente a todas las corrientes del autoritarismo que van dominando material y moralmente el mundo. El anarquismo tiene que representar el polo de las fuerzas que vuelven por los fueros de la libertad y de la dignidad humanas; si no lo hace no cumple con su misión histórica, y su porvenir no puede infundir grandes optimismos si persiste en ser espectador pasivo de los acontecimientos que ponen en escena las fuerzas de la reacción internacional.

El panorama del anarquismo, cincuenta años después de la muerte de Bakunin, es altamente desconsolador. Unos filosofan serenamente, con calma búdica, como si viviesen en el mejor de los mundos; otros, sin fé en sí mismos, buscan en alianzas con la burguesía supuestamente liberal un campo de acción en donde sus ideas habrán de quedar relegadas a un puesto secundario, como si esas ideas no tuviesen la capacidad de inspirar una acción independiente y de convertirse en el polo de los esfuerzos de la parte más noble de la humanidad; otros confunden el anarquismo con sus intereses personales o con los intereses de su organización o capilla; otros consideran que no hay campo libre para todos en la lucha contra la tiranía y la explotación y se entretienen en luchar por el hermoso ideal de quedar solos en la arena. Raros son los hombres aislados y los grupos que comprenden la gravedad de la hora; y a esos pocos o no se les escucha o se les siembra el camino de obstáculos, se les combate con todas las armas, se les injuria, se les calumnia, como si fuese un crimen querer sacudir las mentalidades pasivas y llevar a cabo un esfuerzo para remover las aguas del lago y desencadenar las pasiones de lucha, de realización, de ataque. Es trágico que haya tantas fuerzas de la libertad inactivas, siendo tan vasta la labor y tan grande el peligro que atravesamos.

LA PROTESTA quiere salir del marasmo en que nos ha sumido el cansancio y la decepción de los años subversivos de la post-guerra y llevar sus inquietudes y sus voces de alarma a todos los países, a todos los corazones capaces de latir por una buena causa. Creemos que este trabajo rudo animará algún día nuevas fuerzas y sacudirá de su sueño las fuerzas dormidas. Sin proponérnoslo de antemano, hemos trazado en nuestra labor cotidiana un programa de acción claro, fecundo en perspectivas, susceptible de poner en movimiento las grandes masas afines. Queremos reiniciar la lucha contra la autoridad y llamamos a todos los hombres de buena voluntad a secundarnos. Aquellos que persisten en la calumnia jesuítica e irresponsable o que acechan oportunidades para hacer triunfar sus apetitos, tendrán que volver en sí y advertirán un día los daños que han causado a la causa del anarquismo. Nosotros no tenderemos más la mano de la reconciliación a los que han pasado el límite de las infamias tolerables; hay abismos entre los militantes de este país que no se franquearán tal vez nunca; personalmente no será fácil volver a reanudar relaciones con quienes tan alevosa y tan canallescamente se han comportado; pero eso no impide de ningún modo secundar todo noble esfuerzo, toda buena iniciativa, venga de donde venga. En nosotros ni hallaron ni hallarán un obstáculo ningún individuo o ningún grupo que realice una buena labor, aunque no podamos volver a tender la mano a algunos de sus componentes. La anarquía está por encima de todos los personalismos, y donde quiera que se trabaje sinceramente por ella estaremos nosotros dispuestos a cooperar con todas nuestras fuerzas. No exigimos a nuestros adversarios la misma norma de conducta; que hagan lo que quieran; los anarquistas sabrán distinguir el esfuerzo sincero y consciente de la pasión del cisma y contribuirán moral y materialmente a la obra que más responda a sus sentimientos y a sus aspiraciones.

Pero volvamos a Bakunin. LA PROTESTA quiere rendir a ese gigante el más merecido homenaje, poniendo sus pensamientos al alcance del proletariado revolucionario de habla española. Hace ya cuatro o cinco años que hemos comenzado la publicación de las obras completas y aún hemos avanzado muy poco, casi nada; por nuestra parte hemos ido venciendo todos los obstáculos; estamos tan firmes como el primer día, y tarde o temprano llevaremos a cabo la labor emprendida. Porque si la voluntad para el mal es tenaz, nuestra voluntad para el bien es más tenaz aún, y venceremos.

A las obras de Bakunin queremos agregar la historia de su vida, cuatro volúmenes de unas cuatrocientas páginas cada uno, con estos títulos:

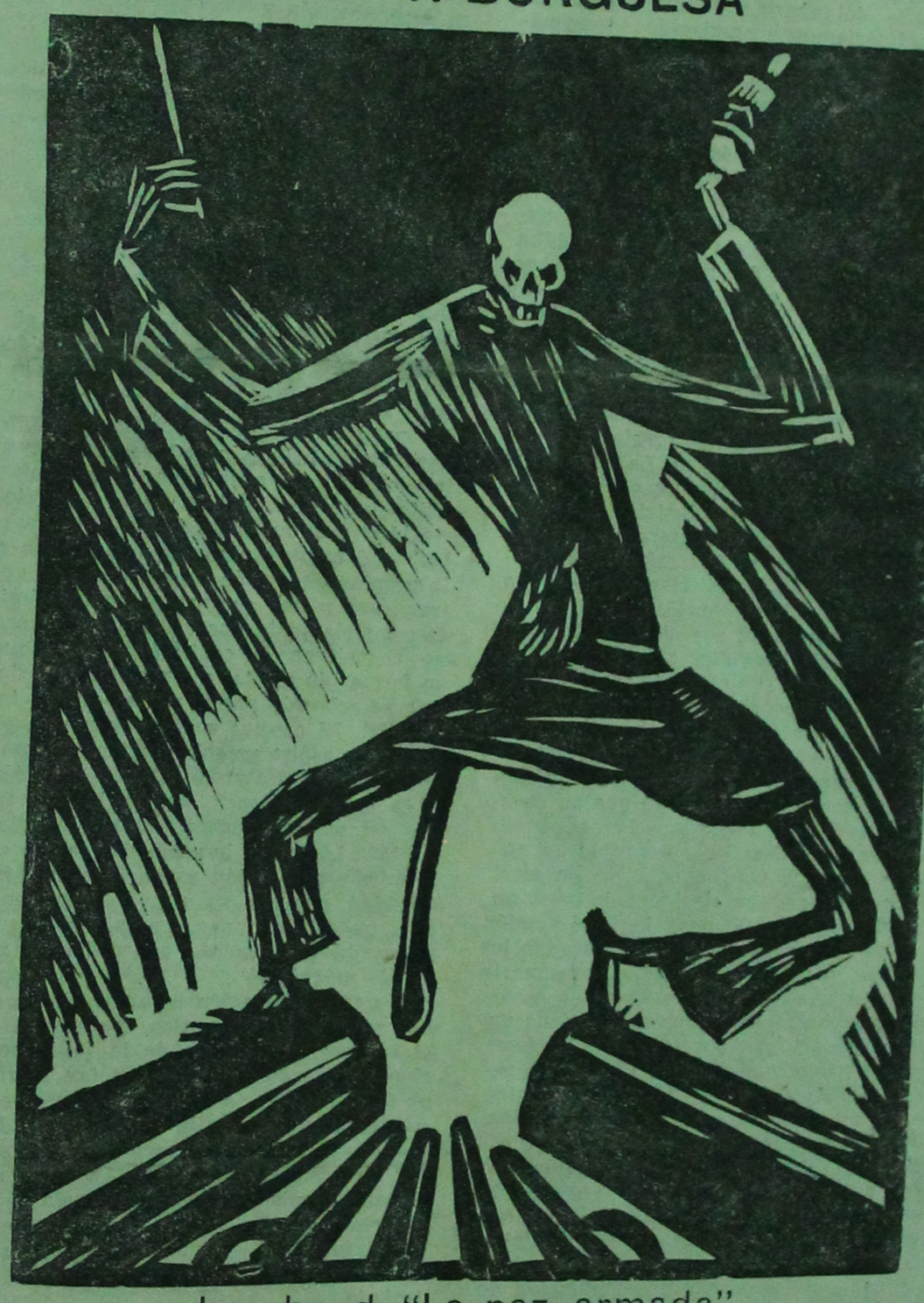
La juventud de Miguel Bakunin

Prisiones y viajes de Bakunin

El período internacionalista de Bakunin (dos tomos).

El autor de esa biografía monumental, como se habrá sospechado es Max Nettlau, que aprovechó las investigaciones sobre Bakunin hasta hoy y ha dado a la historiografía social la más notable con-

MUSICA BURGUESA



Jazz-band "La paz armada"

tribución que se conoce. Esa biografía de Bakunin es un fragmento de la historia social y revolucionaria del siglo XIX en muchos países y el interés que despertará ha de sobrepasar con mucho los límites del movimiento anarquista. Con ese libro y la edición de los diez volúmenes proyectados de las obras de Bakunin no sólo queremos resucitar a ese gran revolucionario para que continúe su obra en el proletariado moderno, que está muy lejos de haber realizado su pensamiento todavía; no sólo queremos poner al alcance de nuestros camaradas un material preciso de autoeducación y de propaganda libertaria, sino que queremos que la anarquía hable a un círculo más amplio de la humanidad. Bakunin es una personalidad que no puede ser silenciada por los adversarios de la libertad, como tampoco puede ser silenciado Marx por amigos y enemigos. Queramos o no, nos es preciso conocer a Marx para mejor resistir el avance del marxismo; quieran o no quieran nuestros enemigos, tendrán que conocer a Bakunin los que quieran poner vallas a la marcha de la anarquía, y ¡cuántos de los que tomen los libros de Bakunin como enemigos terminarán de leerlos con un cambio completo de su mentalidad!

Nosotros emprendemos ese formidable plan editorial con un espíritu de acción como si combatiésemos en una barricada; con la diferencia de que tenemos aún más seguridad en el éxito de esta obra que en el desenlace de la lucha callejera. Una vez publicadas las obras y la biografía de Bakunin, se reconocerá por todos que hemos elevado a la anarquía un monumento positivo que no podrán ignorar ni la juventud estudiosa de todas las clases ni los que siguen con alguna atención el desarrollo de los problemas sociales, dejando ya a un lado, porque es natural, todos los anarquistas, los de un lado y los de otro lado de la barrera.

Lo lamentable es que se nos deje solos en esta tarea, que no se comprenda por todos la magnitud de este esfuerzo ni se prevean los resultados que habrá de tener para el porvenir del anarquismo. Hubiéramos esperado una cooperación mayor de nuestros camaradas para llevar a buen fin estas ediciones; sin embargo no desesperamos de ver aún a todos los anarquistas de habla española darnos la mano y prestarnos su concurso. El monumento a Bakunin que nosotros nos proponemos levantar no es un monumento a un ídolo insuperable, es una labor constructiva para decir nuestra palabra en el movimiento espiritual de nuestro tiempo y para preparar a las generaciones futuras un camino menos espinoso. Somos entusiastas del movimiento obrero, pero no ignoramos lo que puede el movimiento intelectual por encima de todas las clases. Para no quedar ignorados en ese movimiento de los espíritus es para lo que necesitamos terminar un día la edición de las obras de Bakunin y de su biografía monumental.

¿No es bien trágico que ni siquiera se nos combata en el mundo de las ideas? Y no se nos combate, porque se trata de ignorarnos completamente, porque los grandes sabios que hubieran podido mantener vivo el interés de la humanidad por la anarquía, los Reclus, los Kropotkin, etc., han desaparecido y se cree que el anarquismo ha muerto con ellos. Necesitamos reaccionar contra ese silenciamiento y un primer paso lo queremos dar nosotros de la mano de Bakunin y amparados en su nombre.

¡Anarquistas de habla española, ayudadnos!

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.00 POR AÑO — PAGO ADELANTADO

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

III

El efecto más directo y transcedental del aumento de la producción individual es la mayor invendibilidad de la fuerza de trabajo.

La existencia de una reserva obrera, es decir el hecho que una parte mayor o menor del proletariado de un país esté continua e involuntariamente sin trabajo y que no encuentre ningún comprador de su fuerza, es un fenómeno dado a conocer tan solo al comienzo de la revolución industrial. Hasta entonces la desocupación involuntaria era desconocida, puede decirse. Al contrario: casi en todos los tiempos disputábanse artesanos, manufacturas y gobiernos por los trabajadores. Eso se modificó con la victoria definitiva del vapor. Este no solo sustituyó los brazos que faltaban, sino que ocupó también el puesto de los obreros. Desde entonces, con cortas interrupciones, hubo siempre desocupados. Pero nunca fué su número tan grande y nunca fué la desocupación tan continua como en la postguerra.

No queremos afirmar que la actual desocupación es exclusivamente una consecuencia del aparato de producción extraordinariamente mejorado — principalmente en Estados Unidos y en Inglaterra. Pero también sería erróneo, seguramente, ver la causa solo en la guerra y en sus efectos. Contra tal sofisma no solo debía prevenirnos el discurso ya mencionado del ministro norteamericano Hoover, sino, más apremiantemente, la explicación que el ministro de trabajo inglés, Sir Arthur Steel-Maitland, ha dado en ocasión del gran debate sobre los desocupados en la Cámara de los comunes en la primavera de 1925. Steel-Maitland ha reconocido sin circunloquios que una gran parte de la desocupación dominante en Inglaterra hay que atribuirla al desenvolvimiento técnico extraordinariamente rápido y precipitado durante las últimas décadas. La guerra retiró de la producción cinco o seis millones de personas y la industria inglesa ha sustituído los brazos obreros que faltaban con máquinas. Los métodos de trabajo empleados permitirían por ejemplo producir la misma cantidad de hierro y de acero con el 70 por ciento del personal necesario hace diez años.

Naturalmente, no se puede argumentar: esa máquina, servida por un solo hombre, realiza el trabajo de 30 obreros y deja 29 cesantes. Las cosas no se presentan con esa sencillez, pues la máquina no surge por arte de magia, sino que su construcción exige numerosos brazos. Prácticamente reciben los obreros de un oficio a los que quedan cesantes en otro. Pero solo hasta un cierto grado, pues no existe el estímulo para la implantación de nuevas máquinas más que cuando los gastos que esa modificación reclamaría ofrecen una ventaja frente a los gastos del personal actual. Luego interviene un nuevo reparto de la ganancia de las fuerzas de trabajo ahorradas. Una parte pasa a los constructores de máquinas, otra al personal necesario para servirlas, mientras que una tercera parte sirve como renta del capital colocado en la máquina. La diferencia sobre la suma de esas tres partes, diferentes según las circunstancias, es la ganancia del capitalista. Hasta qué punto puede éste emplear la ganancia para nueva acumulación de capital, eso depende de la coyuntura, de la concurrencia. Pero en los casos más favorables podría tener lugar el abaratamiento del producto de las máquinas solo en la proporción de la diferencia mencionada. Somos llevados así a un importante conocimiento: la suma de los salarios totales del constructor de las máquinas (y de los oficios auxiliares), junto con el salario del maquinista, no debe llegar a la suma de los salarios de los 30 obreros ocupados anteriormente, sino que debe dejar al menos un excedente necesario para la renta y amortización del capital representado por la nueva máquina. Con otras palabras: el capitalista no recurrirá a un perfeccionamiento de los métodos de producción más que cuando la suma total de los gastos de compra y de funcionamiento es considerablemente reducida en comparación con la suma total de los salarios pagados hasta entonces o cuando el valor de la producción es aumentado correspondientemente. Ahí está el secreto del hecho que todo mejoramiento técnico de la producción tenga que ser desfavorable para los obreros.

Ese desequilibrio puede expresarse distintamente. Puede llevar a la suplantación del obrero de oficio, con lo cual la diferencia de salario entre el obrero de oficio y el obrero sin oficio beneficia al patrón, pero puede también, y esta será la regla — tener por consecuencia la suplantación de obreros en general. Eso no quiere decir que deba inmediatamente producirse el fenómeno de la desocupación. El mundo es grande y el círculo de los compradores de una fábrica no corresponde necesariamente al ambiente obrero de la propia empresa y ni siquiera del propio país. La producción puede ampliarse y los obreros teóricamente superfluos pueden ser ocupados en la parte ensanchada de la producción. Pero eso no debe llevarnos a la ilusión que fuerza de producción y fuerza de compra del obrero se desarrollan desigualmente y que divergen en una mayor desproporción en desventaja de la última. Es decir: la parte que puede el obrero comprar de su propia producción, se reduce más y más y la producción no choca con la perturbación de la venta mientras la población de otros países pueda recibir la producción o mejor dicho posea fuerza de compra suficiente.

Hasta la guerra — aunque bajo duras luchas de concurrencia, cuyo desenlace debía ser no en último resultado un objeto de la guerra — se ha conseguido eso. Es decir, los países transatlánticos industrialmente retrasados ofrecían grandes posibilidades de recepción del excedente de la producción de los países industrialmente más avanzados. Pero entre tanto se realiza también en esos territorios, hasta ahora no industriales, un cambio fundamental, pasando más y más a la propia producción fabril. Con eso entran esos países en una época económica completamente nueva. Si hasta ahora no conocieron el capitalismo más que en forma de capital comercial y agrario, éste es relevado ahora por el capital industrial. El capital europeo y norteamericano no aspira ya solo o principalmente a los tesoros que produce una tierra fértil o que mantienen ocultos las montañas en sus repliegues, quiere explotar también la fuerza humana de trabajo en la misma proporción y con la misma intensidad que en su país y comprimir esas masas humanas expropiadas y empobrecidas igualmente en modernas salas de máquinas.

Esa transformación no se realizará de hoy a mañana. Encuentra, como muestra el enorme movimiento de la India, muchas resistencias, que no son tan fuertes en última instancia más que porque arraigan en una vieja religión milenaria. Pero el capital tiene siempre para sus planes un explorador poderoso. Envía de antemano la miseria, y aumenta esta — en determinados casos con ayuda de elevados impuestos — aun en los más parcos hasta que fuerza invenciblemente al trabajo.

La actual desocupación dominante es considerada ya por muchos como un primer reflejo del proceso que se desarrolla en lejanos países.

Sea como quiera: la conexión de la desocupación con la evolución de las fuerzas productivas no hay que perderla de vista. Pero esa causalidad desarrolla en su curso ulterior leyes causales propias. Primeramente influencia, como se ha dicho, la ley de la oferta y de la demanda en el mercado del trabajo y constituye por eso una amenaza constante de las condiciones de trabajo de los que trabajan. Pero influencia directamente también sus condiciones de vida, pues el proletariado es siempre algo íntegro, un todo íntimamente soldado. Es un solo círculo de sangre el que lo atraviesa y todo desocupado pesa, en general directamente, sobre los que trabajan. La desocupación no afecta siempre a las mismas personas. Cuando, como desde hace años en Inglaterra, a cada ocho o diez obreros corresponde un desocupado, eso significa que aun dejando a un lado las interrupciones de la labor, como a consecuencia de conflictos obreros, de enfermedad, etc., por término medio todo obrero es desocupado anualmente de un mes a mes y medio y su ganancia de los otros meses tiene que repartirla en ese período.

Esta es una de las tantas cosas naturales que no se sabe por qué pasan inadvertidas. Por lo menos se ha considerado hasta aquí raramente esa conexión entre salario y desocupación. No se suelen tener en cuenta al hacer los cálculos del salario real, más que las cifras de las tarifas o de los salarios. El reparto que debe hacer el obrero de su ganancia para hacer frente a todas las eventualidades, no existe para la mayoría de los teóricos del salario.

¿Están confirmadas las leyes de la evolución citadas, de parte del capital? ¿Es justo que corresponda al capital la parte del león de ese aumento de la productividad?

Utiles puntos de apoyo para la respuesta a esas preguntas, los ha dado el *National Bureau of Economic Research* en un informe con el título *Income in the United States, its Amount and Distribution*, 1909-1919. El mencionado Bureau está parcialmente bajo la dirección de la American Federation of Labor y ha dedicado alrededor de un año a ese trabajo.

Según los datos de ese informe, las entradas anuales en los Estados Unidos ascendían a 28 mil millones de dólares en 1909 y en 1918 esa suma era de 61 mil millones, habiendo tenido en cuenta la reducida capacidad de compra de 39 mil millones de dólares. En 10 años, pues, la entrada anual de ese país aumentó el 38'5 por ciento, lo que en consideración al aumento de población en el mismo período, significa un enorme acrecentamiento.

¿Cómo participa la población en esa riqueza creada anualmente? Según los datos relativos a 1918 tenían:

aproximadamente un 5 por ciento de la población, una entrada menor de 500 dólares;

un tercio de la población tenía una entrada que oscilaba entre 500 y 1.000 dólares;

un 47 por ciento tenía una entrada entre 1.000 y 2.000 dólares;

un 13 por ciento tenía una entrada entre 2.000 y 5.000 dólares, y el resto de la población más de 5.000 dólares.

85 por ciento de la población tenía, pues, menos de 2.000 dólares de entradas anuales; pero a ese 85 por ciento le correspondía únicamente el 58.73 por ciento de la entrada total; el resto o, 41'27 por ciento de la entrada anual, se repartía en el 15 por ciento de la población, que tenía más de 2.000 dólares de entrada. También en este grupo son muy desiguales las partes, pues entre ese 15 por ciento hay un 2 por ciento de la población que tenía más de 5.000 dólares de entradas y que se apropiaban de una quinta parte de la entrada total anual de los Estados Unidos.

Dos importantes conclusiones resultan de aquí; de 1.000 personas, apenas tie-

nen algo sobrante al fin de
el 15 por ciento de la pob
"ahorrar" y acumular cauda
afluencia de riqueza anual.
parte de la producción que
consumo, es usurpada por u
hombres, aunque estos viv
mente mejor, y probableme
mucho menos trabajo útil q

Grupo	Porcen la pob
Millonarios	0,08
Ricos	8,97
	9,00
Clase media	39,00
Pobres	52,00
	100,00

Ricos	9,00
Clase media	39,00
Pobres	52,00
	100,00

Según ese cuadro, en 1
ciento de la población re
gésima parte de la riqueza
más tarde, ha tenido que e
la misma suma el 65 por
población. Simultáneamente
en la otra parte — el 2
la población —, un 60 por
riqueza total.

Un cuarto de siglo de de
to técnico incesante no só
riquecido a las masas de
sino que, al contrario, el n
pobres ascendió del 52 por
por ciento, y al mismo tie
absoluta que corresponde
na se ha reducido a menos
ta parte.

AGUSTIN SOUCH

Gustav Landa

*¿Qué importa la
pronto, morimos t
nos. Nada vive m
hacemos de nosotr
comenzamos con nos
ción vive; la criatu
creador. Nada vive
cho de las manos
obra del verdadero*

*(Ultimas palabras
G. Landauer).*

Estas últimas palabras
Landauer, nos indican qu
Landauer significaba acti
ción, destrucción y constru
tura creada no vive, no
significa vivir; únicame
cuando se transforma en
tas palabras nos dan un

nen algo sobrante al fin de año 85. Sólo el 15 por ciento de la población puede "ahorrar" y acumular caudales. Toda la afluencia de riqueza anual, es decir, la parte de la producción que sobrepasa el consumo, es usurpada por un puñado de hombres, aunque estos viven desigualmente mejor, y probablemente realizan mucho menos trabajo útil que el mismo número de los demás. Lo que el estadístico llama eufemísticamente "riqueza popular" o "riqueza nacional", se concentra cada vez más en menos manos. En realidad, en el curso de las últimas décadas, se ha producido un enorme desequilibrio en la distribución de la riqueza popular de los Estados Unidos. Los datos oficiales dan estos resultados:

EN 1890

Grupo	Porcentaje de la población	Término medio de la riqueza	Riqueza total aproximada	Porcentaje
		dólares	dólares	
Millonarios	0,03	3,000,000	12 000,000,000	20
Ricos	8,97	27,000	30 630,000,000	51
	9,00	37,358	42 630,000,000	71
Clase media	39,00	2907	14 400,000,000	24
Pobres	52,00	454	3.000,000,000	5
	100,00	4,725	60.000.000.000	100

EN 1915

Ricos	2,00	42,000	84,000,000,000	60
Clase media	33,00	1.480	49.000,000,000	35
Pobres	63,00	107	7,000,000,000	5
	100,00	1430	140,000,000,000	100

Según ese cuadro, en 1890 el 52 por ciento de la población recibía una vigésima parte de la riqueza total; 25 años más tarde, ha tenido que contentarse con la misma suma el 65 por ciento de la población. Simultáneamente se concentra en la otra parte — el 2 por ciento de la población —, un 60 por ciento de la riqueza total.

Un cuarto de siglo de desenvolvimiento técnico incesante no sólo no ha enriquecido a las masas de la población, sino que, al contrario, el número de los pobres ascendió del 52 por ciento, al 65 por ciento, y al mismo tiempo la parte absoluta que corresponde a cada persona se ha reducido a menos de una cuarta parte.

La comprobación es de tanta importancia que deja en la clase obrera todos los demás hechos en la sombra, y tiene que ser considerada como una demostración elocuente que todos los éxitos del proletariado en el dominio económico, social y político, son en último resultado, insignificantes. Sin embargo, sería falso también pensar que ese empobrecimiento continuamente progresivo de las masas en medio de una riqueza continuamente creciente, se circunscribe al imperio del dólar. El robo ininterrumpido de los bienes anualmente creados, está tan íntimamente ligado al sistema capitalista, como la corteza del árbol. Todo perfeccionamiento del aparato de producción parece que no tuviera otro objeto que perfeccionar ese mismo robo.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

El pequeño volumen cuya publicación iniciamos hoy, ha sido traducido para el SUPLEMENTO, del idioma sueco en que fué escrito; nosotros nos congratulamos de poder ofrecer a los lectores del castellano un resúmen de la vida y la obra de Gustav Landauer, uno de los cerebros más esclarecidos de la Alemania moderna, asesinado en Baviera por la reacción el 2 de mayo de 1919. Desde hace años abrigábamos el pensamiento de dar a conocer la labor y las ideas de Landauer; sirva, pues, el presente trabajo de introducción; a él procuraremos que sigan fragmentos de la obra vastísima de escritor revolucionario y de propagandista que nos ha dejado en herencia el autor de *Aufrufzum Sozialismus*.

¿Qué importa la vida? Morimos pronto, morimos todos, no vivimos. Nada vive más que lo que hacemos de nosotros, que lo que comenzamos con nosotros; la creación vive; la criatura no, sólo el creador. Nada vive más que el hecho de las manos honradas y la obra del verdadero espíritu.

(*Ultimas palabras impresas, de G. Landauer*).

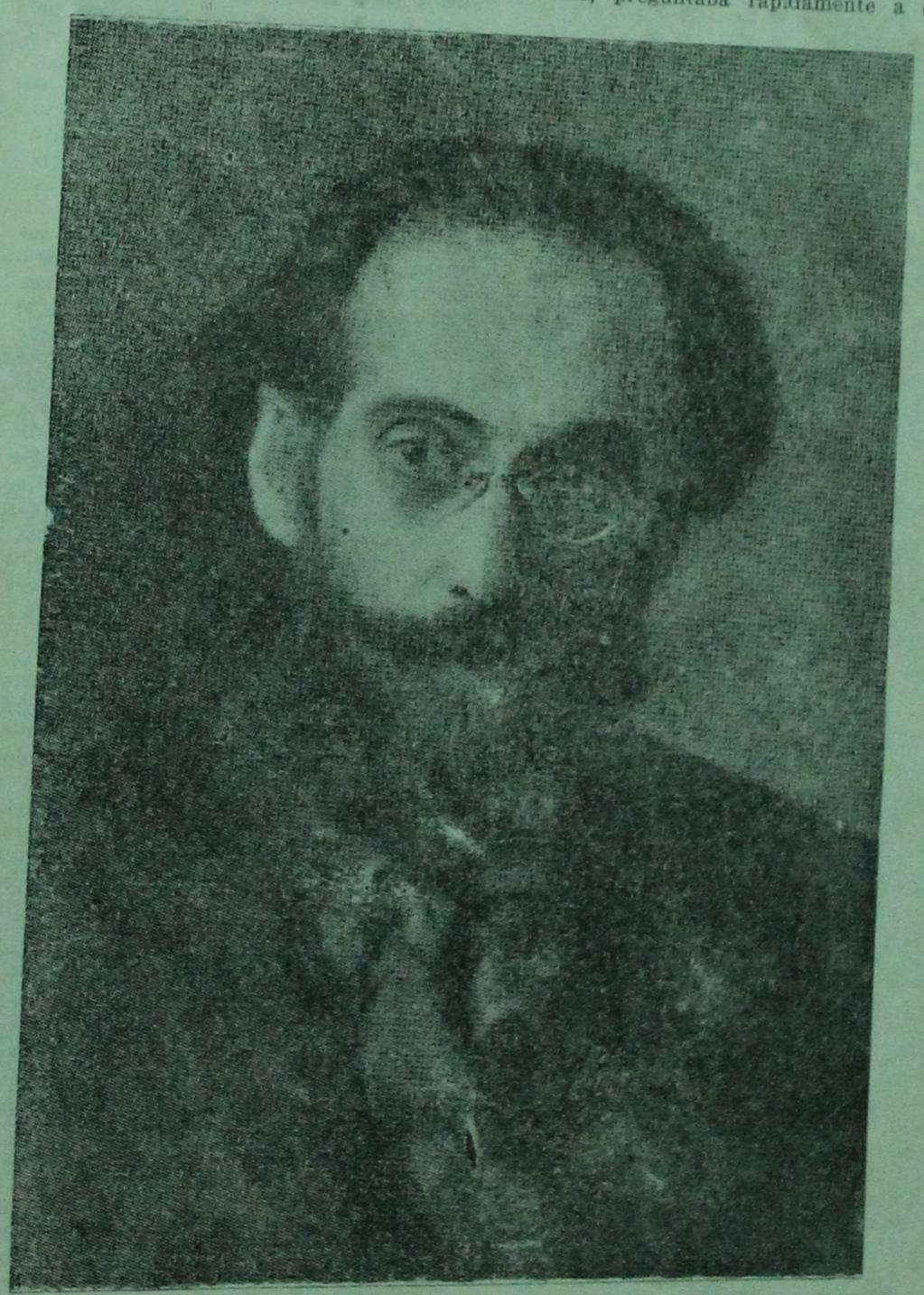
Estas últimas palabras impresas por Landauer, nos indican que la vida para Landauer significaba actividad y creación, destrucción y construcción. La criatura creada no vive, no siente lo que significa vivir; únicamente lo siente cuando se transforma en creadora. Estas palabras nos dan un aspecto de la vida de Landauer; el contenido de su vida era el de un creador, su energía vital, energía creadora. Cuando esa energía se agota, entonces se agota la vida misma. El campo de actividad de Landauer no está en el dominio de la violencia brutal que caracteriza al hombre de los tiempos pasados y que constituía el ideal de Homero. Su creación y su acción corresponden a la época en que Hamlet está en el escenario de la poesía. En la tragedia griega, Oreste mata a su madre, pero dos milenios después, Hamlet no puede ya obrar así. Landauer nos enseña él mismo, el mundo en que vive Hamlet y que en la misma medida lo caracteriza. "¡Madre, madre, madre!", grita Hamlet y trata de realizar un hecho en cuerpo y alma por las formas del idioma, pues ese es su elemento. Formar palabras mediante la actividad del espíritu es también el ideal de Landauer. Pero Landauer llega con amargura a la conclusión: "Hamlet está en el límite de dos épocas del mundo y por eso percibe sus vastas perspectivas; describe ya el hombre espiritual del hecho nuevo, el hombre de la libertad que en este mundo es un solitario, un rebelde tenaz y un poeta que debe formular palabras, porque no le está permitido formar la sociedad de los hombres".

Gustav Landauer nació el 7 de abril de 1870 en Karlsrue, en Baden. Su padre era un comerciante judío acomodado. El joven Gustav visitó el Gimnasio de su ciudad natal. En un artículo de *Der Sozialist* en 1913, nos da Landauer una descripción de su período juvenil. En ocasión de la celebración de los veinticinco años de gobierno de Guillermo II, escribió Landauer una sátira apropiada sobre sí mismo, lo que por lo demás no hacía. En ese artículo, dice:

"Qué día de la semana era el 15 de junio de hace 25 años, no lo recuerdo; los periódicos, cuya memoria es mejor, porque no está en la cabeza sino en el papel, lo dirán en los artículos recordatorios de estos días. Pero que no era un domingo, como este año, lo sé; pues yo estaba entonces en el banco escolar, poco antes del bachillerato, cuando entre 11 y 12 comenzaron a sonar a una vez todas las campanas de la ciudad. Yo comprendí pronto lo que significaba y miré al profesor como interrogándole; pero él, en el celo filológico, no comprendió o no quiso comprender, y continuó gesticulando sobre Sófocles o Platón hasta que el criado de la escuela abrió la puerta y nos llamó al aula donde el director participó a los alumnos de todas las clases, con los lugares comunes patrióticos indispensables, que el emperador Federico había muerto.

Por lo demás, pocos meses antes había estado yo en la tribuna de esa grandiosa aula y canté loas al patriotismo, a los diez y siete años. La gran duquesa Luisa había instituído años antes para nuestro Gimnasio un premio: los discípulos de la primera clase, siempre que sus manuscritos fuesen aprobados, podían pronunciar anualmente un discurso sobre tema patriótico y recibían entonces una medalla de plata con el retrato de Fichte; pero el que era premiado, recibía la moneda de oro y además los discursos de Fichte a la nación alemana, que la gran duquesa y sus consejeros no habían leído o comprendido nunca ciertamente. Esa fiesta era llamada acto de Fichte y en signos de Fichte pronuncié un discurso sobre Federico Barbarroja, en el cual recogí en patética comunidad la patria, la unidad del imperio y la revolución con la vieja casa de Suavia, inspirado por los colores oro-rojo-negro y en la mención festiva del más prohibido de todos los poetas en las escuelas, H. Heine. Recibí en tono desdeñoso ante el público congregado, una severa amonestación por parte del director, un compasivo apretón de manos del buen profesor de matemáticas y la medalla de plata bajo toda especie de consideraciones; mi madre la conserva aún; yo no he querido nunca tener conmigo el busto de Fichte acuñado por la Gran duquesa.

Algo antes había tenido un encuentro personal con esa madre de la patria, y como fué la única vez en mi vida que he tenido algo que ver personalmente con una cabeza coronada, quiero relatar hoy en ocasión del jubileo del sobrino, mi encuentro con la tía. Nuestro Gimnasio festejó también entonces un jubileo, o sea su tercer centenario de existencia, y los alumnos de la primera clase interpretamos el Filoctetes de Sófocles en alemán. Yo había ingresado en el establecimiento un par de semanas antes, procedente del Realgimnasio y no tenía ninguna razón ya por esos motivos externos, aparte del aburrimiento que me proporcionaba la escuela, para compartir el júbilo, pues no conocía ningún profesor ni ningún compañero de clase y no estaba ligado a la escuela por nada; pero sin embargo trabajé en la ejecución de la obra de Sófocles como uno de los guías del coro. Después fuimos presentados a los Grandes duque; los discípulos de la primera clase superior a él y los de la primera clase inferior a ella. El modo como los monarcas despachan tales graciosas ceremonias es conocido hoy por el *Feldherrnhügel*; yo lo conocí a los diez y siete años. La Gran duquesa, cuyo acento prusiano me chocó, preguntaba rápidamente a cada



GUSTAV LANDAUER. *ASESINADO COBARDEMENTE POR LA REACCION, EL 2 DE MAYO DE 1919 EN MUNICH*

uno algo y se volvía, mientras se respondía, al próximo. Así por ejemplo, preguntó al que iba delante de mí por el profesor B. que había muerto poco antes, y luego se dirigió a mí: "Y usted disfrutó también de la enseñanza del profesor B.?" Antes de que pudiera declarar por qué no fué posible todo eso, pues yo había pertenecido a otra escuela, me privó el director de la negación: "No, este es un escolar nuevo". La alteza real me miró asombrada y pronunció estas sentenciosas palabras: "¡Oh, y tan grande ya!" Yo me agaché para ocultar la risa, lo que ya no era necesario, pues hablaba con el próximo.

Tales sucesos y todo lo que se relacionaba con la escuela eran sólo episodios en mi vida creciente. La escuela, con los deberes para la casa me privaba de 7 a 8 horas diarias, pero significaba para mí, incluso las excepciones, sólo una alteración de tensión nerviosa y de adormecimiento y un enorme robo en mi tiempo, en mi libertad, en mis sueños y en mi impulso activo dirigido a las propias investigaciones y experimentos. Como por lo demás estaba bastante aislado, los muchachos de mis aventuras procedían todos del teatro, de la música y ante todo de los libros. Por ese tiempo se publicaban las obras de H. Ibsen en la edición barata de Reklam y causaron en mi alma una impresión formidable dirigiendo todo el anhelo romántico de mi corazón a la realidad actual. Las ansias, la pureza, la belleza y el deseo de satisfacerlas habían estado en mi alma y encontraron alimento en Richard Wagner, cuyos dramas musicales respiré con delicia siempre que pude desde los quince años en la Juchhe, como se llama entre nosotros a la fila cuarta del paraíso. Pero cuanto más obraba esa bebida encantada, tanto más me retiré de la contemplación de la desdeñosa realidad. Ibsen fué el que me bajó del sueño de la belleza al placer de la realidad, el que me obligó con fuerza fascinadora a no ignorar los fundamentos reales de la sociedad y su fealdad, sino a apercibirlos y criticarlos y a oponerles el llamado y la lucha del individuo. De socialismo no sabía entonces nada y no tenía sospecha alguna de problemas económicos; lo que me puso en oposición a la sociedad circundante y lo que me irritó no era la pertenencia a una clase o la simpatía social, sino los continuos choques del anhelo romántico con las estrechas barreras filisteas. Así sucedió que fuí anarquista sin saberlo, antes de ser socialista y que soy uno de los pocos que no tomaron el camino de la socialdemocracia. Ibsen recibió pronto compañía con el *Zarathustra* de F. Nietzsche. Algo de eso me afectó en primer lugar tan íntima y fuertemente por el sacudimiento del poeta sobre su vida espiritual; vivía desde hacía tiempo en los filósofos y había leído ya siendo alumno del gimnasio a Schopenhauer y a Spinoza. Entonces vino a mi encuentro uno en el que no se había elevado el pensamiento puro y claro sobre el sentimiento ardiente, sino que el pensamiento y el sentimiento estaban tan asociados, que todo anhelo amoroso y el ardor, parecían dedicados a una amante de la idea. Allí había lírica, riqueza de colorido del idioma, frondosidad en la metáfora del discurso, ritmo de marcha y de danza, consagración y superabundancia, delicia y tortura, — y todo eso en torno a las ideas. Pero además, como en Ibsen, la vuelta a la realidad: había actividad en esa contienda espiritual, y debía ser creada y formada y aniquilada y derribada.

De esa historia de mi juventud, donde no quiero penetrar en la parte fundamental, en mi propia naturaleza sobre la base de la herencia, del temperamento y de la vida personal en el hogar y con los amigos, sino sólo citar algunas influencias decisivas de afuera, se deduce que mi situación con respecto a los veinticinco años de historia contemporánea que han transcurrido, está raramente mezclada de presencia y de no participación. He sido nutrido desde muy temprano por el asco contra el todo, como para que pudiera abrigar indignación u odio contra el individuo. Por artista se entiende en nuestro tiempo un hombre que tiene ojos en que viven cuadros y ritmos del propio orden universal, que expresa ese mundo interior en figuras y crea por su fantasía y su energía creadora un nuevo mundo propio y ejemplar: un hombre que entonces recoje sus productos, nacidos de su interior, como Palas Atenea de la cabeza de Júpiter, lo mismo que un mercader italiano de figuras de yeso, y regresa con ellos resueltamente al otro mundo, el de la realidad común y regateando, chalaneando y extorsionando, haciendo reclame y calculando y acechando hábilmente toda ocasión vende las figuras de su ensueño y del sagrado anhelo a los mismos hombres a quienes su existencia creadora les parece a lo sumo de duendes o de caricaturas. Mi mezcla de presencia y de no participación es diversa a la del artista de nuestro tiempo: por mi parte quisiera ayudar a crear de la sustancia de la realidad misma un cuadro; a producir una sociedad y una obra en que el arte fuera más la expresión de la comunidad y la transfiguración y transformación fantástica de la realidad que el anhelo del abandono...

Guillermo II me tiene sin cuidado, y si intento presentarlo en los últimos veinticinco años del pueblo alemán, apenas percibo algo más que él ha sido el padre de la concepción del Simplicissimus del pueblo alemán. La de un espíritu de la resignación alegre sobre su irritación pasiva; el espíritu de los puños crispados en el bolsillo; el espíritu que ha hecho del pueblo alemán un público curioso de teatro que contempla impotente la comedia del *Deutches Reich*. Un espíritu que tiene poco que ver con el precioso lema de Simplicissimus: "Me quiso agradar así, para decir la verdad risueñamente", porque la risa de nuestro tiempo es extraña a toda productividad y a toda pureza. Por eso el punto culminante de este gobierno de veinticinco años fué noviembre de 1908, en que durante dos días han oficiado en el Reichstag de tribunal contra Guillermo II los diputados de todos los partidos, en que todos los partidos reconocían unánimes que el emperador había perjudicado seriamente a Alemania y en que fueron pronunciadas por los representantes de una mayoría palabras de extrema irritación, de burla y de alusiones apenas encubiertas y fué excitada la tempestuosa hilaridad en toda la casa mediante ciertas aseveraciones, hasta que finalmente el canciller se dirigió a Postdam y trajo consigo una especie de promesa. Fué un debut, fué una pequeñez, pero fué algo. Seríamos un poco menos público y cortejo y algo más pueblo si en estos días nos diésemos cuenta de que para cada cual sólo puede haber un monarca único: el propio hombre en su interior".

Landauer rindió su bachillerato y se dirigió a Zurich, donde estudió filosofía, historia mundial, historia de la literatura y del arte. En Zurich entró en contacto con socialistas radicales, y pronto fué uno de los más ardorosos, de los más dotados y de los más entusiastas adeptos del anarquismo y del socialismo. Mantuvo en alto la bandera de esas concepciones durante treinta años, hasta que, como abanderado de la causa del proletariado y de la humanidad, se convirtió en víctima de sus concepciones. En ese período temprano comenzó su actividad literaria Se inició con una novela: *El Predicador de la muerte*, en la que defendió ya a los 21 años las doctrinas libertarias. Aunque se puede descubrir en ella algo del pesimismo de Schopenhauer, sin embargo en esa novela lucha el pesimismo con el optimismo socialista, como se ve por el siguiente discurso antiparlamentario y antipolítico:

"¿Qué nos importan las elecciones? ¿Debemos creer en los malos pastores del pueblo que especulan con nuestra tontería y la agitación de estos tiempos, debemos creer que nuestro bienestar depende de las papeletas que arrojamos a las urnas, de los diputados que enviamos a Berlin? ¿Debemos creer que los obreros necesitamos un representante para conseguir lo que queremos? No, digo, ese punto de vista es falso, debemos ayudarnos a nosotros mismos.

Es falsa la opinión de que el sufragio general igual y directo, que se nos ha dado hace unas décadas, sea una concesión del gobierno a la llamada soberanía del pueblo. Al contrario, fué un medio hábil para domesticar el movimiento revolucionario de esos espíritus libres por medio de todas las artes de la mentira y de la seducción, con la ayuda de las masas inconscientes, y mediante la participación aparente en el poder político para atraer los demagogos ambiciosos, que ofician de representantes del pueblo y convertirlos en meros ayudantes parlamentarios del gobierno.

(*Continuará*)

At—

Arte Moderno Italiano

Alberto Salietti

Antes de emitir opinión y juicio alguno acerca de la ya copiosa obra, no del todo desprovista de valores que la individualizan, — de este pintor italiano, daremos breves indicaciones biográficas. Son ellas necesarias si deseamos tomar buena noticia del hecho que, en muy temprana edad ha sido anunciado por los timbales, los bombos, las trompetas y otros instrumentos de la crítica contemporánea ,como una promesa radiosa y mitad realizada y cumplida entre los jóvenes de la novísima generación.

Alberto Salietti nació en Rávena en 1892. Contaría apenas doce años cuando llegó a Milán para aprender durante un tiempo más o menos largo, el oficio paterno de decorador mural, dedicándose después de lleno a la pintura. Siguió los cursos de la Academia de Brera, terminándolos en 1914. Soldado por todo el período de la guerra, le sirvió esa pausa para carenarse interiormente de perniciosos sedimentos depositados por la artificiosidad de la enseñanza oficial. Reanudó su labor en 1918, ilustrando libros y revistas, sin dejar de concurrir a las exposiciones efectuadas en las principales ciudades, donde fué distinguido y alentado por la crítica. En 1921 obtuvo el premio Fumagalli en los concursos de figura, en Brera. Participó en las grandes muestras colectivas, como en las de 1920 de Roma y Venecia.

Después de 1923, la exhibición de un grupo importante de sus obras en la XIV muestra de *Ca Pesaro*, en Venecia, hubo de ser muy apreciada. No son pocos los lienzos que figuran en buenas colecciones particulares de afamados aficionados.

He ahí la faz exterior de un artista, *el pié de la letra* de una existencia que hizo sus votos cenobíticos por la pintura. Decimos cenobíticos dado el indudable aliento voluntarioso — esencia de vocación — que respira y rezuma la cifra total de sus obras. Cualesquiera sean las desviaciones y los tanteos en la oscuridad de un camino aun no entrevisto, ello debe poseernos de respeto. Son los yerros inevitables de los descontentos, de los sinceros, de los no conformistas con el chirriar de los goznes herrumbrosos de brazos que se agitan en la rutina de pintar sin conciencia e inconscientemente.

—

Alberto Salietti, a los 34 años se halla en el ápice de su fecundidad y en plena producción. Los veintiseis grabados de sus cuadros, y uno litografiado en colores, ilustrando las páginas de un breve volumen, nos proporcionan un índice y una guía para seguirle en la parábola de su evolución, que abarca el escaso período de cuatro años: desde 1920 hasta 1924. Se supone que para presentar al público una colección, sintetizadora de un conjunto, se escogió las obras más representativas de sus sucesivas maneras. Su producción en su acervo común ha de ser mayor. Es, pues, una laboriosidad que si no pasma, no se da con mucha frecuencia.

ALBERTO SALIETTI — "Liguria"

El artículo de intención monográfica, más literario y subjetivizante que analítico, firmado por Hugo Nebbia, puesto como introducción para informar al vecdor, más que al lector, no ofrece suficientes asideros para representarnos la imagen plástica, viva del arte de Salietti. Pero aun cuando deberemos recurrir en su demanda para alguna cita o testimonio, no será para adoptarlo como elemento de juicio, sino en afirmación de nuestra tesis sobre la tendencia neo-clasicista que se halla en toda su vigencia en Italia. Retrocedamos unos pasos.

En particular, la zona pictórica del ambiente artístico italiano hace una quincena de años, fué sacudida brusca y bru-

talmente por el ruido ensordecedor de las fanfarrias y charangas futuristas, que, además de la revista "Lacerba", realizaban exposiciones espectaculares y manifestaciones callejeras. Querían quebrar su sueño hipnótico sobre el pasado glorioso de sus grandes maestros, y despertar a los artistas ante la baraunda cotidiana del vivir moderno. Y ellos, interiormente, se encontraba ante un caótico desorden, instaurado en los dominios plásticos por teorizadores furibundos. Lo paradojal, las sofisticaciones humorísticas, los fumismos y el *manfichismo*, o sea el *qué me importa* irreverente, fueron la regla normal. Esta furiosa y aniquiladora reacción contra el devastador academismo reinante y contra los pintores y escultores tradicionalmente ñoños — los Ettore Tito, Tito Scatola, los Trentacoste y etc. — produjo efectos fecundantes y bienhechores.

Transcurrida esa época purgativa, oreados los espíritus por ideas y sentimientos serenos, y hasta aquellos que más invectivaron contra los tesoros de la antigua pintura italiana, volvieron hacia ella, o hacia sus maestros predilectos, en demanda de un orden, una disciplina, un método.

Lo confirma Nebbia cuando dice: *Hoy, frente al renovado fenómeno de una pintura que no se quisiera derivase de un estéril tecnicismo, prueba de concepto y de inspiración, prudente y substanciosa, materializada en una forma, firmemente retraída sobre la misma huella de la tradición, nosotros los que hace unos pocos años hubiésemos podido sonreir juzgando deprimente tan inesperada cordura frente a ciertas arbitrariedades como las únicas que respondían al espíritu de nuestros tiempos, tendremos siempre motivo de serenarnos*, y etc.

Es lo cierto y la verdad. El temperamento fogosamente realista, excesivamente verista de los italianos, tuvo que retornar otra vez a su natural y tradicional cauce, después de haber divagado por todas las borracheras metafísicas y teorizadoras. Era demasiado fuerte para su cabeza, para sus cerebros latinos de neurosis aguda, desleñadores de abstrusas sutilezas y de abstracciones plasticas. Y mientras en Alemania se continuó perpetrando en todo su vigor el *expresionismo;* y en Francia el cubismo lograba crear casi un estado de alma colectivo, en Italia los menos se quedaron en lo abstracto superficial — post-futurista y neo-cubista — y los más se convirtieron resueltamente al clasicismo, al neo-tradicionalismo.

Volvían, eso sí, al pretérito secularmente prestigioso, con una visión más límpida, más intensamente comprensiva que la de sus próximos antepasados, quienes se llenaban la boca de nombres de maestros universalmente conocidos para ignorar absoluta y supinamente la *plusvalía*, — valga el término, —, de sus obras inmortales. La reacción, o sea la marea montante se retiraba, no a su sitio, sino un poco más allá... Se habló de imponer una estricta disciplina, se discurrió de renunciamientos, y no se pensó más en incendiar bibliotecas y museos. Al contrario, se les visitó con más frecuencia aún. La pintura se hizo erudita, se buscó la sabiduria de las técnicas simples; de las extructuras sólidas y fuertes, adorándose el truculento carácter de un ingenuismo ficticio, filtrado por la retorta de entelequias civilizadas hasta la médula de los huesos.

La moda puesta en vigencia, suponemos por una minoría de talentos no comunes, empezó y sigue cometiendo nuevos estragos, aunque generalmente imprimiera la pauta de una pintura de sobria austeridad.

En Francia, en los actuales momentos, superada la teoría y la práctica pictórica cubista, el ingrismo o rafaelismo afrancesado, estuvo y se está expandiendo con aterradora tiranía, en tanto que en Italia, incurriendo en idénticos excesos, sus artistas llegan a ser más clásicos que los antiguos clásicos... Consciente o inconscientemente exageran sus caracteres y cualidades; y es así como si dijéramos que se hallan por debajo del clasicismo de toda época y tiempo, corriendo el mortal riesgo de involucionar a lo cangrejo, hacia la frigidez académica.

Basta hojear la colección reunida de sus cuadros, y donde priman tan diversas y dispares maneras, para percatarnos que es uno de los casos más ilustrativos de la regla general. Todavía no pudo amalgamar, homogeneizar todas las contradictorias influencias que su temperamento asimiló a medias. Pugnan tenazmente sus pujos de teorizante, sus dotes de verista y su erudición de museo, todo ello muy fresco, sin rumiar y sin digerir.

Sin quererlo su prologuista, Nebbia, lo confirma al escribir: "Te se podría definir como un instintivo. Pero esta sería una afirmación tan arbitraria como

ALBERTO SALIETTI — "Campesina"

cándida; por más que tu naturaleza sea franca y sincera y la menos contrahecha por la escuela y el ambiente (fuerte retoño de Romaña, que transcurriste la mayor parte de tu vida en Milán) es siempre evidente cómo aun cargas el gravoso y peligroso peso de las muchas cosas vistas y sentidas en este complicado período, en el cual se intenta rumiar lo del pasado y del presente, para extraer de ellos algún jugo vital."

No nos hacía falta esta confesión inesperada. Examinando ligeramente sus composiciones, inspiradas en tendencias plásticas y espirituales tan diferentes y tan opuestas se desprende en seguida la carencia de una orientación definida. Es una personalidad en formación, que probablemente ensaya su sensibilidad en el cambio radical de métodos y de escuelas. ¿Qué pensar si nos encontramos repentinamente con un retrato de una joven mujer sentada (de la A. Zotti) de fuerte acento realista, ejecutado en 1922 y al retroceder al año 1920 vemos un "Paesaggio e Figure", estilizado con dureza y con un fondo de campiña, interpretada con una ingenua síntesis de primitivo? Pasemos al año 1923. Hay un interior hermoso por la severidad con que está compuesto; una escena doméstica de pintura holandesa, también con su carácter ingenuo y primitivista; y el mismo año, en la tela "Le due Sorelle" hace una escapada a la realidad, se olvida de los museos y produce una composición de un verismo ennoblecido.

No insistiremos. Son escasos los que poseen esa fuerza de orientación que sólo la da una doctrina, no compuesta de teorías fragmentarias, sino hecha espíritu, elemento invisible. Ingres decía de Poussin *que no hubiese sido tan grande al no poseer una doctrina.* Pero mientras no sea ésta producto de nuestra experiencia, de nuestras meditaciones, de lo que libamos en diferentes cálices y lo hacemos nuestro por el sentir, por la voluntad y la penetración, no será más que una alcación espuria, en el estado de larvaciones teóricas indigeridas.

Y estas oscilaciones de Salietti entre diferentes modos de sentir, de ver y de realizar, no obedecen tanto a una inquietud anímica como a preocupaciones de índole secundaria y material: preocupaciones más de artesano que de artista. Esa reunión de ideas, conocimientos y hasta facultades heteróclitas que se cohiben y van en detrimento de una y otra cuando se trata de desarrollarlas a fondo, le impiden para crear composiciones que sean organismos vivientes. Es, pues, más clásico que los clásicos auténticos, porque toma de ellos lo que es meramente aspecto. En cambio, al abandonarse a su cualidad primigenia, que creemos es su veta realista, nos resulta un talentoso pintor capaz de obras singulares.

Por otra parte, su juventud no merece esta hosca severidad. Es porque encarna un síntoma general de la pintura italiana que adoptamos esa actitud exigente.

Ya sus obras de 1924 anuncian que está por hallar su orientación donde fundirá sus dones naturales, y los externos, que no son dones, y sí adiestramiento maleable, apto a vestir la mentira o la verdad. La compañía de su hermano mayor Tosi, el paisajista, ha de conducirlo al hallazgo milagroso de sí mismo. Lo denotan los últimos paisajes de 1924.

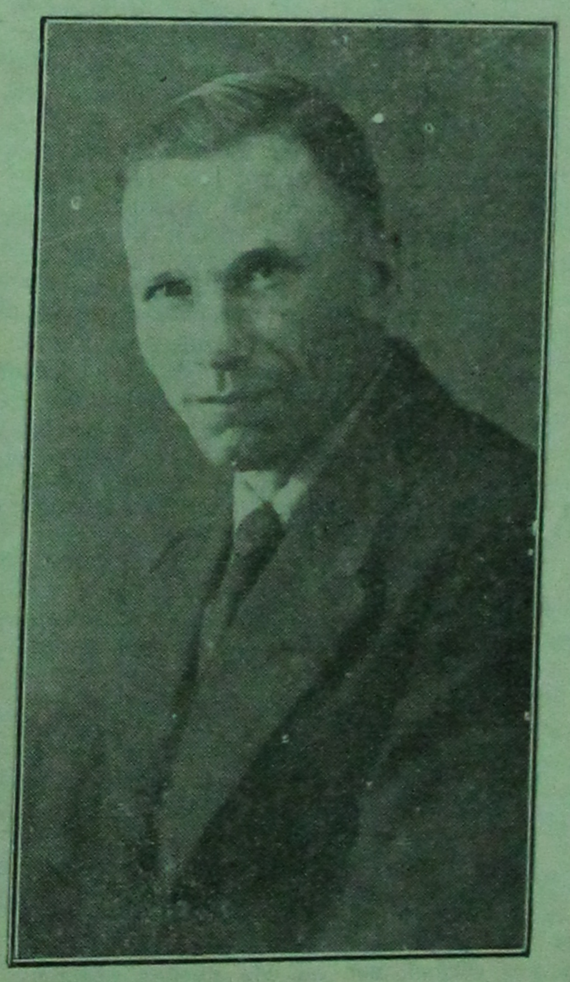
***

KURT G. WILCKENS

El culto vivo a los héroes es lo que más enaltece la naturaleza humana. Es la capacidad noble de arrebatarnos en entusiasmo, en regocijo íntimo por los hechos, por las acciones altamente morales o por una vida ejemplarmente bella por su virilidad creadora. Es también deseo de identificarse con los altos ejemplares de nuestra especie. Es un anhelo instintivo de perfección, nuestro retrato proyectado hacia un porvenir que creemos que nos hará mejores. Un hombre quizás valga moralmente por su capacidad admirativa, por la calidad de ella y del fin al cual se adhiera. Somos grandes en lo que nos entregamos y no cuando nos damos avaramente.

Pero al tornarse ese culto vivo en algo inanimado, en algo muerto, en ciega deificación, este yerto sentimiento no es más que la grotesca contrafigura de esa noble y fecunda facultad. Toda deificación esclaviza de hecho al que la practica, la alimenta. Los dioses han muerto para siempre. Estamos solos, bien solos. Lo estuvimos siempre, pese a todas las religiones habidas y por haber, y solamente a fuerza del heroísmo de los mejores hemos subsistido y venimos venciendo por siglos y siglos la sañuda, la dura, hostil y siempre enemiga realidad material de este planeta, convulsión vibrante del universo. La humanidad, de sus entrañas no pudo parir más que héroes. Son las castas dominantes de ella las que los transformaron en dioses.

Los anarquistas, a diferencia de todos aquellos que existieron como sectas, clanes religiosos, falansterios místicos o partidos sociales y políticos, jamás elevaron sus sentimientos, aun cuando fueran muy cálidos, a la obcecación del endiosamiento de un ente, de un fetiche, ni de los héroes, que no fueron raros en sus filas. Ni autoridad terrena ni mítica. No son principios teóricos que nos inculcan esta con-



ducta, y sí nuestra conciencia de hombres libres. Es que queremos sustentar admiraciones, cultos que no nos depriman y que, en cambio, nos fortalezcan, nos hagan cada vez más virilmente bellos.

Y si hoy recordamos a Kurt Wilckens, el de la naturaleza apostólica, el que se entregó como nosotros debiéramos entregarnos cada día, es por todos esos motivos, para fortificarnos, emulándolo en el ejemplo de bondad y pureza.

Si la tabla de valores morales no estuviese subvertida en esta sociedad hipócrita-cristiana, el verdadero héroe sería el que todo lo da, incluso ese bien precioso que nos es a todos: la propia existencia. Pero cuando esta entrega obedece a móviles superiores y desinteresados, la calidad del heroísmo sube en quilates.

Y eso es Wilckens, una de las figuras más puras del anarquismo y, en el porvenir, de la humanidad. Ni al verdugo que ultimara odiaba.

Y los que recuerdan al asesino galoneado, jamás podrán invocar las mismas razones para elevarle al rango de los héroes nacionales, la del desinterés.

***

La gran cuestión: ¡Comprender!

La guerra ha logrado torturar a los pueblos: los ha sobrecargado con tal cúmulo de sufrimientos que parecería imposible que los pudiesen soportar.

Tal vez hoy tengamos nosotros el derecho de preguntarnos si ha sido o no sufrido en vano este martirio, y de querer que, al menos, tan prodigiosa experiencia de dolor sirva para algo.

Y yo mismo me planteo el problema.

Pienso que los hombres han soportado un sufrimiento que les era impuesto, en toda su extensión, en toda su fuerza. Pero no lo han comprendido.

Han sufrido su peso aplastador, más o menos lo han apreciado como "un todo", esto es, en su verdadero aspecto. No se han dado cuenta de su causa, que era más importante que el mismo sufrimiento. No han sabido deducir la solución. No han aprendido nada.

Por esta razón perdura la fuente de su mal; la amenaza que encierra persiste y crece sin cesar.

Si los hombres hubieran "comprendido", sabrían que la universal carnicería no ha sido un accidente, sino la consecuencia lógica de las actuales condiciones de vida. Es una visión equivocada la de ver en la guerra la manifestación de una humanidad cuyos instintos primitivos han sido desencadenados, y que no ha logrado aún vencer a la bestia que hay en el hombre. No conviene ya buscar el mal en la naturaleza esencial del hombre, sino en su ceguera.

Las divisiones sociales, al subyugar a numerosas agrupaciones para asegurar el bienestar de algunos pocos, son responsables del órden inicuo que condena a muerte a las democracias. Este orden mantiene tan sólo su poder, merced a la ignorancia de las masas. Ellas no advierten la verdad y su indiferencia las obliga a trabajar, bien a pesar suyo, en favor de su propia destrucción.

El sostén de tal orden, hasta el agotamiento completo de la humanidad, sería indudable si algunos hombres no hubieran padecido profundamente durante largo tiempo como para inferir consecuencias, para relacionar causas, para ir ahondando hasta llegar al fondo de todo dolor; en una palabra, para "comprender".

Comprender es cosa grave, importante, difícil. Algunos mortales se han visto iluminados por la gracia de la verdad, y emplean entonces sus fuerzas, su capacidad, su vida en enseñar a los otros que el infortunio actual del mundo, no es el resultado de la guerra, sino culpa de la presente organización de la sociedad.

De hoy en más, la salud de los pueblos reside en la claridad de su visión.

Los hombres que "saben" y que comprenden, deben ser escuchados.

La obra que realizan no es de violencia; es una obra de sabiduría y de serenidad. Sus palabras no encarnan solamente la verdad; encierran la única razón que tenemos para creer en una Paz futura.

¡El despertar de la conciencia humana! He aquí el fin luminoso que ansían. Es la más apremiante y, asimismo, la más gloriosa de todas las tareas. No hay otra, so pena de desesperar del porvenir del linaje humano.

ANATOLE FRANCE — (1920)

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(*Conclusión*)

Está en la naturaleza de las cosas el que no pueden ser evitados. Aunque los hechos de violencia provocados por el espíritu del odio son testimonios de un desenvolvimiento moralmente atrasado, esos actos se vuelven cada vez más ineludibles y naturales cuando las relaciones de hombre a hombre son de perfecta igualdad. La forma primitiva de la justicia, como la han comprendido los pueblos primitivos, era la de la venganza y millares de tribus salvajes siguen aún ese sistema. Nada pareció más justo que nivelar una injusticia por una injusticia igual ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¡Si ha sido derramada la sangre de un hombre, tiene que morir otro! ¡Esa era la forma bárbara de la justicia! En nuestras sociedades civilizadas está prohibido al individuo tomarse justicia con las propias manos. Los gobiernos, en su calidad de comisionados de la sociedad, tienen la función de realizar la justicia en nombre de la comunidad, una especie de venganza algo más instruida que la de los salvajes. En esas condiciones el individuo renuncia a la venganza personal; pero cuando es engañado por los representantes a quienes confía la realización de sus derechos, cuando observa que sus agentes traicionan su causa y se alían con sus opresores; que la justicia oficial empeora la injusticia que padece; en una palabra, cuando se agravió clases enteras y capas de población y éstas no tienen esperanza de encontrar en la sociedad a que pertenecen, alguien que paralice los abusos, ¿no es bien probable que tarde o temprano se tomarán de nuevo el derecho innato de la venganza y la ejercerán despiadadamente? ¿No es eso en realidad una disposición de la naturaleza, una consecuencia de la ley física del golpe y del contragolpe? No sería filosófico ser sorprendidos por ese hecho. A la opresión se ha respondido siempre con la violencia.

Sin embargo, si es verdad que las grandes transformaciones son acompañadas siempre de obscuras explosiones de odio personal, los que aman la especie humana no apelan a esos malos instintos cuando quieren provocar las fuerzas activas del entusiasmo, de la abnegación y de la nobleza. Si las transformaciones no tuvieran otro resultado que castigar a los opresores, que hacerles por nuestra parte sufrir, que vengar maldad con maldad, entonces el cambio no sería más que aparente. ¿Qué importa al que ama verdaderamente a la humanidad y desea la dicha de todos que el esclavo se convierta en amo, que el amo sea condenado a la esclavitud, que cambie el látigo de manos y el dinero pase de un bolsillo a otro?

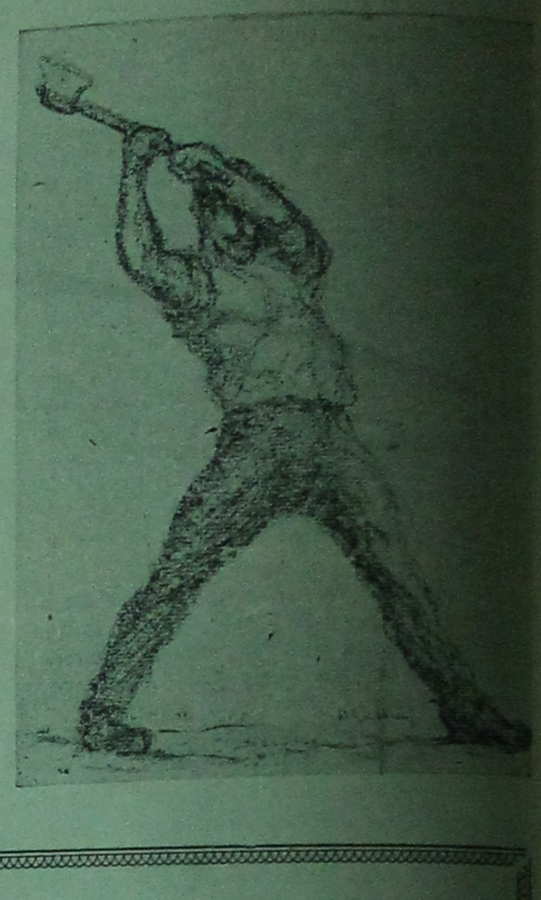
Nosotros no consagramos al aniquilamientos a los ricos y a los poderosos, sino a las instituciones que han posibilitado y favorecido el nacimiento y el crecimiento de esas malas criaturas. Nuestra misión es modificar las condiciones y debemos ahorrar toda nuestra energía para esa obra; derrocharla en venganza personal sería el más puro infantilismo. "La venganza es el placer de los dioses", decían los antiguos; pero no es placer de mortales que se aprecian, pues saben que ser los propios vengadores no significa otra cosa que rebajarse al grado de sus antiguos agresores. Si queremos elevarnos a un grado superior al de nuestros adversarios, debemos hacer que, después de haberlos vencido, bendigan su derrota. El axioma revolucionario: "Por nuestra libertad y por la vuestra", no debe ser una frase vacía.

Los hombres han tenido eso en todos los tiempos en el sentimiento; y, después de todo triunfo temporal, la nobleza de la victoria extingue las amenazas del pasado. Es un hecho confirmado siempre que en todo los movimientos populares que surgen en torno a una idea, la esperanza en un tiempo mejor y ante todo el sentimiento de una nueva dignidad, llena el alma de elevados y generosos sentimientos. En cuanto la policía, la política y la burguesa, suspende su actividad y las masas dominan la calle, el ambiente moral se vuelve distinto, cada cual se siente responsable del bien y de la satisfacción de todos. Casi no se vuelve a ver el importunamiento por individuos; incluso los delincuentes profesionales suspenden su sombrío oficio, pues también ellos sienten que hay algo grandioso en la atmósfera. ¡Ah, si los revolucionarios, en lugar de obedecer una idea indefinida, como pasó siempre, hubieran concebido un objetivo determinado, un plan bien reflexionado para la instauración de la sociedad, si hubiesen querido firmemente la realización de un nuevo orden de cosas en que estuviera garantizado a cada ciudadano pan, trabajo, instrucción y el libre desenvolvimiento de su ser, no habría habido peligro al abrir de par en par las puertas de las prisiones y decir a los desdichados que habían encerrado: "Andad, hermanos, y no peguéis más'.

Deberíamos dirigirnos siempre a la parte más noble del hombre, si queremos realizar grandes hechos. Un mariscal que lucha por una mala causa, estimula siempre a sus soldados prometiéndoles botín; un hombre benévolo, que aspira a un noble fin, alienta a sus compañeros por el ejemplo de su propia abnegación y de sus espíritu de sacrificio. Para él es bastante la fé en sus ideas. Como dice el refrán: la voluntad de los hombres es su reino celestial. ¡Qué importa que sea tratado de loco! Aunque su empresa no fuese más que un sueño, no conoce nada más hermoso y encantador que la exigencia de obrar y hacer el bien; en comparación con eso las realidades vulgares son para él sombras, espectros que sólo tienen una vida efímera.

Pero nuestro ideal no es un sueño. La opinión pública lo sabe muy bien; pues ningún problema le preocupa más urgentemente que el de la transformación de la sociedad. Los acontecimientos vierten previamente sus sombras. ¿Hay entre los hombres que piensan uno sólo que no sería de un modo o de otro un socialista, es decir, que no tendría su plan para las modificaciones en las condiciones sociales? Incluso el orador que pone en tela de juicio, ruidosamente, la existencia de un problema social, comprueba lo contrario de lo que dice con mil proposiciones. Y los que quisieran volvernos a la edad media, ¿no son socialistas también? Sostienen que habrían encontrado en el pasado, que no debe reedificarse de nuevo según las ideas modernas, las condiciones de la justicia social que establecería para siempre la fraternidad de los hombres. Todos están a la espera del nacimiento de un nuevo orden de cosas; todos se preguntan, unos con enojo, otros con esperanza, lo que nos traerá el día próximo. No vendrá con las manos vacías. El siglo, que ha sido testimonio de tantos descubrimientos en el mundo de la ciencia, no puede terminar sin traernos mayores conquistas aún. Instalaciones técnicas, que por un solo impulso eléctrico hacen palpitar en las cinco partes del mundo el pensamiento, han pasado con mucho nuestra moral social que es en muchos conceptos el producto de la hostilidad mutua de los intereses. El eje ha sido desencajado; el mundo tiene que ser conmovido para volver al equilibrio. En el espíritu la revolución está lista; es ya pensamiento, es ya voluntad: sólo falta que sea realizada, y esa no es la parte más difícil de la obra. Los gobiernos de Europa habrán alcanzado pronto los límites de la posibilidad de expansión de su poder y estarán frente a frente de sus poblaciones crecientes. La energía superflua que se derrocha en lejanas guerras, encontrará luego que hacer en casa — los pastores de los pueblos en su locura intentan, como han hecho antes a menudo, agotar sus energías, conduciendo europeos contra europeos. Esto es verdad, por esa vía pueden obstaculizar la solución del problema social; pero tras cada postergación reaparecerá más terrible que antes.

Que los economistas y los hombres de Estado inventen constituciones políticas o sistemas de salario en que el obrero pueda ser amigo de su amo, súbdito del hermano, del potentado, nosotros, "terribles anarquistas" que somos, solo conocemos un camino para establecer la paz y la amistad entre los hombres: la opresión del privilegio y el reconocimiento del derecho. Nuestro ideal es, como se ha dicho, que la igualdad fraternal a que todos aspiran, pero como a un sueño, adquiera figura en nosotros y se convierta en realidad concreta. La vida no nos agrada si la alegría de la vida debiera ser sólo para nosotros; protestamos contra nuestra dicha si no la podemos compartir entre hermanos; para nosotros es preferible peregrinar con los desheredados y los reprobados que sentarnos a los festines de los ricos coronados de rosas. Estamos hartos de estas desigualdades que hacen enemigos unos de otros; queremos poner un fin a ese furor que impulsa siempre a los hombres a choques hostiles y que sólo nace de la sumisión de los débiles por los fuertes en forma de esclavitud, de dependencia y de servidumbre. Después de tanto odio necesitamos amarnos, y por esa razón somos enemigos de la propiedad privada y despreciadores de las leyes.



H. MAX P.

PITÁGORAS

SU DOCTRINA FILOSOFICA

La vida de Pitágoras está envuelta en una leyenda misteriosa. Aparece como el sabio más profundo y el fundador de secretos ocultos. Pero como todo eso es independiente del objeto que perseguimos, nos concretaremos a dar una idea general de su doctrina filosófica.

Pitágoras, con la creación de su doctrina filosófica sin precedentes, ni aun en la fecundidad de los sistemas filosóficas de la India misteriosa, es el punto de partida del misticismo en la filosofía.

El Pitagorismo, al revés de todo sistema, no es hasta ahora susceptible de modificaciones y variaciones más o menos fecundas; vive dentro de los lineamientos precisos señalados por el genio insuperable del filósofo griego, por más que en su concepción no se quiera vislumbrar que el número es la esencia de las cosas, y por más que algunos pensadores hayan querido encontrar una similitud marcada con algunas corrientes, filosóficas orientales, como la Cábala hebraica, en que el número no es sino un símbolo desprovisto de esencia propia o interna. Unicamente existen en ambas doctrinas ciertas analogías de vocablos, pero no de significado esencial.

El concepto tradicional de la filosofía pitagórica es que la idea del número lleva implícitamente el concepto de armonía, así como también las ideas de Unidad y Absoluto, lo que implicaría fundir la doctrina en una mecánica de lo estable, carácter que está lejos de tener el pitagorismo. El fondo va más allá del número y de la armonía, que son solamente la expresión inefable de un solo ritmo. Y ritmo es un movimiento uniforme, sujeto a un isocronismo indefinido.

La ciencia moderna en su afán de intensificación, ha dado la clave de la doctrina pitagórica, principalmente la Física. Un estudio detenido nos hace entrever que el sabio helénico en el curso de sus contemplaciones profundamente estéticas, había hallado una relación numérica constante en la escala musical, y las notas, muchísimos siglos antes de que se formularan las leyes relativas a las vibraciones musicales y luminosas.

Pitágoras buscaba la explicación de la naturaleza por medio de la relación estrecha que encontró entre ella y el hombre. Construyó su filosofía con sus intuiciones estéticas de música y de belleza, que hiciera suya, en parte, Platón, para crear su filosofía altamente idealista.

El genio crítico de Aristóteles realizó serias investigaciones sobre el pitagorismo y nos refiere que los cultivadores de dicha escuela se dedicaron principalmente a las matemáticas y las hicieron realizar grandes progresos; pero que, encadenados exclusivamente en estos estudios, imaginaron que los principios de las matemáticas son también los principios de todos los seres. En seguida los pitagóricos establecieron la afinidad del número con las relaciones de la escala y de las notas musicales, y llegaron a afirmar que los elementos de los números son también elementos de las cosas. De esta manera en su concepción cosmológica, decían que el número diez era el representativo de lo universal, de los astros, y como no hubiese sino nueve visibles, inventaron la Antitierra para completar la década perfecta.

"Parece, dice Vasconcellos, que los pitagóricos, adoptando el número por principio, lo han considerado como la esencia de las cosas y la causa de sus modificaciones y cualidades. Ahora bien, los elementos del número son lo par y lo impar, siendo lo primero ilimitado y lo segundo limitado o justo. La unidad es impar, de igual manera que es ella la que da nacimiento a la serie entera, según los pitagóricos. Entre estos filósofos hay también otros que reconocen diez principios arreglados y contenidos en diez series principales."

La doctrina de Pitágoras tiene, posiblemente, un doble carácter, y de allí que sus discípulos como Filolao, en los fragmentos de Las Bacantes que nos ha legado, emplee un lenguaje simbólico.

Profundizando la verdadera interpretación que debe darse al concepto de número, todos los autores están de acuerdo en afirmar que eran tres los aspectos de esta concepción: el aritmético o cuantitativo, el analítico o cuencial y el geométrico o formal.

Según el aspecto aritmético, parece que la forma primitiva del pitagorismo fué suponer que todos los fenómenos se desenvolvían en serie igual que el de los números, que son mónadas homogéneas; conforme a esta base los números constituyen la esencia y la ley del desarrollo de todo lo que existe, aunque no se halle definida la distinción entre forma y materia, siendo el atributo principal de ésta el ritmo uniforme de dinamismo.

Conforme al aspecto analítico de número, las cosas se encuentran entre dos principios contrarios: el limitado que permite que los objetos tengan determinación y sean susceptibles de ser conocidos por el hombre, que tengan comienzo y fin; y el ilimitado con un fondo indicado en su propio nombre e incognoscible para el hombre. Además, consideraba el pitagorismo, que el elemento esencial de las cosas es el punto; de es-

te modo consideraba el cuerpo sólido como conjunto, simbólicamente, de tres puntos o principios, la superficie de dos, etc. (1) *Y el principio productivo, para ellos, es la armonía, que da unidad a lo múltiple y que une los elementos contrarios, o sea la armonía de lo par y de lo impar, simbolizada en el número.*

Y, por último, según el aspecto geométrico o formal, que convierte la doctrina de número en una teoría perfectamente lógica, aunque pierda todo su contenido espiritual, la unidad mónada que es el elemento más simple y anterior a todo otro es también el del punto; el punto engendra la línea, y ésta a la superficie, y las superficies forman los cuerpos sólidos. En definitiva, las unidades son números y éstos deben ser el principio de todo lo universal y de todo lo que existe.

Es fácil vislumbrar que aquí aparece una tentativa de convertir en racionalista una doctrina esencialmente mítica, sólo comprensible, "abriendo el alma al rumor invisible".

Para desterrar toda inversión de los términos fundamentales de la doctrina pitagórica, lo esencial es notar que los números no eran considerados como cosas sino, al contrario, las cosas como números. De otro lado, la armonía era consecuencia de las relaciones de los números y de las cosas, y no era, pues, un factor, como algunos críticos han querido ver, sino un efecto inmediato y autónomo de la conciencia.

El pensador de Crotona fué, según Aristóteles, el verdadero iniciador de la investigación referente a la causa de las cosas. Y ese afán constante hizo que él y sus continuadores descubriesen que la ley y el orden eran los más altos elementos de la vida humana: la naturaleza les presentó espectáculos admirables de orden y regularidad, principalmente en el panorama de los movimientos celestes, cuya esencia creyeron hallar en el número y la armonía. Pero, según la atinada observación de Schleiermacher, en el fondo de esta especulación empírica, había un doble ideal que procuraron realizar (2) *el ético y el estético, como una derivación primordial del carácter espiritualista de la doctrina*, emanada de intuiciones hondas de artista, con el objeto de pretender salvar el eterno dualismo de cuerpo y alma, espíritu y materia.

Veamos ahora, cuál era el fondo estético de la doctrina pitagórica, que si bien no logró fundar una Estética, trajo para la filosofía, conceptos maravillosos de unidad y armonía.

Hay en la especulación pitagórica un comienzo empírico y una reacción espiritualista de índole artística. El filósofo observa, primero, en las cosas susceptibles de percepción sensorial un ritmo unico de desenvolvimiento, que está en la esencia de las cosas, este ritmo al penetrar en el alma humana produce una reacción que vibra al unísono del mismo ritmo. ¿Y qué es ese ritmo? La armonía universal, que debe ser simbolizada por el número y sus relaciones de constancia. *El sonido inefable de las cosas, que su sensibilidad exquisita cree percibir es susceptible de expresarse en la escala musical y llegar a la concepción del número, que, indica sus relaciones y que es, en último análisis, la esencia de las cosas, como un símbolo de dichos movimientos rítmicos.* Este concepto del número vino a degenerar en matemáticas, y surge luego el problema de por qué algunos ritmos son causa de goce y otros no. Este problema es la interrogación, aunque en otras formas, perenne de la ciencia estética de todos los tiempos.

La concepción simbólica del número hizo que Pitágoras y sus discípulos se ocupasen de investigar la ciencia del número. El número se compone de los elementos par e impar; el número tres es el perfecto, porque tiene medio, principio y fin. Lo universal se halla simbolizado en el número diez. Llegaron también a concebir que el sentido de orden y el ritmo constituirían el nexo de fusión del objeto y del sujeto, del mundo y del yo, que son las dos fases de la realidad existencial.

Pitágoras, la intuición del ritmo parcial

La contemplación estética era, para del espíritu animado de esencia de las cosas en una similitud subjetiva, personal y única. El concepto filosófico de las cosas vendría así a coincidir con percepciones del arte; pues decía que las leyes de la belleza eran el medio de operar del espíritu sobre el mundo material. Ese ritmo único, idealizado "mueve las almas y las estrellas".

Pitágoras vislumbró la intuición de los grandes músicos modernos. El ritmo no era sino la forma, el fondo constituía la armonía. El ritmo reflejaba el fluir incesante del espíritu y de la naturaleza; no era rigido ni estático, *era el ritmo libre y que podía ser original, según la concepción del artista, siempre que conservase el vigor de la armonía íntima.*

Por otra parte, su doctrina de la metempsicosis y su metafísica progresiva, vienen a probar ésta faz de la concepción pitagórica. o sea de que el ritmo no es sino forma que adopta el fondo armónico y misterioso de las cosas.

Por más que no se llegara todavía al conocimiento de la ley de causalidad que rige el mundo fenoménico, en el de los nóumenos, como diría Kant, el pitagorismo había formulado el ritmo de lo desinteresado y bello, que gobierna el desenvolvimiento de la vida espiritual.

---

(1) *La calidad fundamental de toda obra de arte se halla expresada en el apotegma pitagórico: La armonía, que da unidad a lo múltiple, y que une los elementos contrarios.*

(2) *De lo que se olvidan numerosos artistas contemporáneos.*

***

CHARMIAN LONDON

Cómo conocí a Jack London

La primera vez que encontré a Jack London fué en un día de primavera en Berkeley, California (1). Habiendo perdido mis padres muy temprano, tuve que acogerme a una tía, cuyo marido sostenía no sé que relaciones con un *magazine* "The Overland Montly", editado en San Francisco, que dió a conocer un buen número de nombres de escritores que después casi todos llegaron a la celebridad.

Mi tío, con algunas palabras de caluroso elogio, conmovió a su mujer, despertando al mismo tiempo su curiosidad respecto a ese joven que le había sometido a su juicio novelas verdaderamente notables. Ella, intrigada, quiso conocer ese fenómeno, para inquirir cómo vivía y trabajaba. He ahí cómo fué recibido Jack London en nuestra casa de Berkeley.

Ese día, regresando un poco tarde después del mediodía, llegué en el momento en que mi tía le acompañaba hasta la puerta. Reveo todavía el corredor sumido en una semipenumbra, y los rayos del sol, tamizado por los vidrios coloreados de una pequeña ventana, jugando con los bucles de un joven de una veintena de años, de anchas espaldas, que mi tía me presentó. Me miró con timidez. Pude notar que sus ojos eran grises-azules, francos y joviales, y él, al saludarme, me sonrió.

Vestía un traje de ciclista con un cuello blando y una corbata flotante. Sobre su brazo tenía una enciclopedia inglesa que mi tía acabada de prestarle. Tomó mi mano con hesitación y sus ojos estudiaron un momento los míos. Luego, con paso ligero, descendió los escalones que mediaban de la puerta de calle a la verja; montó en su bicicleta y agitando su gorra gris como último saludo, desapareció tras de la primera esquina de la calle.

—No es seguramente una de las más elegantes de tus visitas. — le dije riendo a mi tía, quien reprendió mi espontánea reflexión de niña aturdida.

—Es muy pobre, — continuó ella — pero de un gran talento que irá muy lejos, muy lejos...

Nuestro próximo encuentro se produjo en San Francisco, donde mi tía, su primer biógrafo, lo había retenido a almorzar. Ocupada en otras cosas, no había pensado más en él. Durante la comida hablamos con animación de sus obras, y, entre otros escritores, particularmente Rudyard Kiplyng, hacia quien Jack London experimentaba una viva admiración y un gran cariño. En efecto, desde que adquirió cierta fama, los críticos le saludaron como un joven Rudyard Kiplyng americano.

En el curso de esa pequeña reunión amistosa casi íntima, recuerdo que sus modales estaban llenos de seducción y que pronto nos cautivaron a mi tía y a mí. De tiempo en tiempo estallaba en explosiones de entusiasmo a propósito de casi todos los tópicos que tratábamos: un escritor favorito, un bello poema, alguna región encantadora de California, que los tres conocíamos.

La impresión que me produjo, nada tiene que ver, sin duda alguna, con la que se pudieron forjar los lectores de Jack London. Creerán que fuí impresionada por su rudeza, su fuerza, su poder dominador. Nada menos exacto. Escuchándole hablar, escrutando su fisonomía, pensaba que era difícil asociar la naturaleza dulce y sensitiva de ese joven escritor, su timidez presta a ruborizarse, con los díceres y rumores que corrían acerca de él. Se decía, en efecto, que tuvo una infancia y una adolescencia turbulenta: niño, había vendido periódicos en los barrios bajos de Oakland; más tarde, realizó terribles hazañas, en compañía de gentes sin nombre, en la gran bahía de San Francisco, o en Oakland, con bandas de vagabundos. Estuvo como marinero navegando a lo largo de las costas del Japón en una goleta armada para la pesca de la foca. Después se unió con vagabundos profesionales y con miles de parias para recorrer casi todo el continente americano, viajando a veces en los furgones de los equipajes, o peor todavía, bajo los vagones de los pasajeros, con peligro de su vida, y luego, más tarde, regresó recorriendo en sentido inverso todo el Canadá.

Siendo verdad todo esto, adquiriría más mérito ante mis ojos. Cuando empezó a escribir sobre la vida de ese vasto mundo que recorrió y conoció, no trató más asuntos que los temas, sujetos vividos por él: los hombres, las mujeres, los niños, los animales: el dolor, el sufrimiento, la fatiga, las desilusiones, la fé y la dicha, el amor y la muerte. Poseía la facultad de observar y comparar. Sediento de aventuras, en el fondo de su alma sentía de una manera extraordinaria todas las bellezas que se pueden encontrar en el ser humano, en las bestias y en la naturaleza. Su super-sensibilidad de cuerpo y espíritu era tal, que asimismo, sabiéndose jugar bravamente en el juego de la vida, debería sufrir mucho más de los reveses de fortuna que les tocaban a aquellos que frecuentaba, aun de fibras más rudas, que por los suyos. Otto Weiningar ha escrito: "Un verdadero genio es aquel que penetra el fondo de las cosas de la manera más intensa." Si Jack London fué un genio, — contra el cual se defendía con gran vehemencia — yo creo, sin embargo, que era esa la forma de su genio.

Estuve un tiempo sin verle. Me fuí a Europa, y a mi regreso él partía para Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Durante la permanencia de seis semanas en las tabernas de Londres de los barrios bajos, vivió y escribió la historia del *East End* (Whitechapel). Ese libro tiene por título: *El Pueblo y el Abismo*. Varias veces le escuché a Jack declarar que de los cincuenta volúmenes que había publicado, éste era en el que había puesto más emoción.

Entre otros, los que prefería especialmente son las narraciones de "El Silencio Blanco", "El Valle de la Luna", "Las cartas de Kepton-Wace" (escrito en colaboración con Ana Strumsky, que fué una de las camaradas de Jack en la Universidad de San Francisco), y "Martin Eden".

Si el hombre moderno tiene una capacidad de producción mil veces superior a la del hombre de las cavernas, ¿por qué en los Estados Unidos no están convenientemente alojados y alimentados quince millones de hombres? ¿Por qué trabajan millones de niños? La culpa es del capital, que dirige esa producción en forma tan criminal e injusta".

(De *Hiron Heel.*)

P. BECQUEREL

NOTAS CIENTIFICAS

La conquista de la hulla azul

...Es la conquista de la formidable oscilación del océano, que se resume en la marea que cubre periódicamente largas y anchas zonas de riberas y en el perpetuo movimiento de las olas que se lanzan sin nunca detenerse al asalto de los litorales, desgastando la rocalla, destruyendo los acantilados y ahondando los golfos.

Ahora bien, ¿de qué manera se podrá emplear, utilizar esa energía colosal que se pierde sin provecho alguno? Es lo que se han propuesto realizar y llevar a la práctica numerosos ingenieros.

Por lo pronto, las bajas y altas mareas, debidas a la atracción lunar, retuvieron particularmente la atención de los estudiosos en hidráulica. En efecto, después de 1837 hasta nuestros días, se cuenta más o menos el despacho de una centena de patentes de invención, de las cuales una veintena han sido ya publicados.

Una comisión oficial, denominada de la *Hulla azul*, desde algunos años hasta ahora estudió todos esos proyectos durante numerosas sesiones y examinó las maquinarias propuestas, buscándoles el emplazamiento más adecuado para realizar los ensayos.

Los procedimientos que emplearon para resolver el problema han sido clasificados en tres categorías, según los principios en que se apoyan.

En la primera categoría se utiliza la potencia de la marea mediante flotadores que ella acciona contínuamente. Esos flotadores se hallan en comunicación con transmisiones mecánicas de la usina de la costa, y su lento movimiento se transforma en otro regular que hace girar los motores.

De modo que un cuerpo flotante de 2.500 toneladas es susceptible de proporcionar una centena de caballos de fuerza con cuatro paros forzosos de veinticuatro horas durante el mes.

En la segunda categoría, se han fabricado aparatos mecánicos rotativos munidos de alas cuyas paletas, sumergidas en las corrientes, utilizan su velocidad. Es sobre ese tipo que se han construído molinos a marea, que se reunieron con los molinos a viento de nuestros abuelos. Es así que la energía recogida con estos ejes y paletas es solamente de 10 a 25 caballos.

En la tercera categoría se colocó todos los modelos que son basados en el principio más práctico de la utilización de una caída de agua.

Se crearon esas caídas en el fondo de bahías, donde se forma un depósito de agua mediante compuertas y presas. En la marea alta se llena ese depósito, que se vacía cuando la marea se retira. Durante su caída pasa a las turbinas de una usina eléctrica, construída sobre la presa. Para evitar la interrupción producida que se necesita para llenar el depósito, el estanque o cuenca, se puede combinar un ciclo de dos depósitos alternados. Cuando uno se llena, el otro se vacía, y viceversa. La usina se colocará en medio de ambas presas.

La compensación se puede todavía hacer de otra manera: cuando a la acción de la marea se añade un volumen de agua dulce de un depósito superior, procedente de una ribera o de un río, que desemboca en ese sitio en el mar.

En fin, existe una gran ventaja en munir esas instalaciones de transformadores hidráulicos, tales como los dispositivos de las bombas de doble alternativa del ingeniero Fouche, que con la presión de una caída baja de dos metros y, por ejemplo, sobre la velocidad de la corriente de agua de veinte metros cúbicos por segundo, se puede remontarla hasta un depósito situado en los acantilados a una altura de 200 metros.

Se crea así una caída poderosa con una velocidad de 400 litros por segundo, cayendo sobre las ruedas "Pelton" (la turbina), imprimiéndoles una marcha velocísima, que reduce al mínimo de economía el material electromecánico que le es propio.

Ese procedimiento de altos rendimientos es de los llamados a tener un gran porvenir, puesto que resuelve de modo práctico el problema tan complejo de una usina mare-motriz aislada y autónoma.

—

Resumiendo: se desprende que el punto capital del éxito de un establecimiento semejante a una usina, reside en la diferencia de la altura entre el nivel de la alta y la baja marea.

Como la altitud de las mareas en el Mediterráneo no sobrepasa de los 30 centímetros, no se puede pensar más que en las costas de la Mancha y del Atlántico como probables puntos de instalación de usinas maremotrices.

Sobre el litoral del océano, la altitud máxima de las mareas del equinocio varía, según las regiones. De cuatro metros a 50 en San Juan de Luz, alcanzando desde 6 metros hasta 65 en La Rochela y de 7 a 10 en Brest; de 13 a 65 en Saint-Malo, de 7 a 55 en El Havre, y de 9 a 30 en Boulogne.

Las partes del litoral más fácilmente utilizables son aquellas regiones en donde las grandes mareas, como en Finisterre, las Costas del Norte, la Ille-et-Villaire, el Morbihan, presentan ya cuencas naturales que se puede económicamente colocarles compuertas y presas, munidas de turbinas especiales y de transformadores hidráulicos. Sobre la costa de Bretaña se eligieron ya un centenar de localidades, en las cuales serían ventajosas las estaciones maremotrices.

La primera estación de ensayo, actualmente ya en vías de realización, es la de Aber-Vrach, a 25 kilómetros de Brest, y cuyos planos son de una ingeniosidad única. Esta estación está combinada con una usina de socorro situada en la ribera de Diouris, con la que constituirá un depósito de doce millones de metros cúbicos, que se conjugará por otra parte con las otras centrales térmicas de Brest y de Haute-Blavet, asegurándole a esa región un rol industrial considerable.

Se puede citar todavía el último y grandioso proyecto del ingeniero parisiense M. Schwob, basado sobre un ciclo de utilización y sobre un modo particular de distribución eléctrica, según el sistema de Thury. Ese proyecto consiste en construir en la bahía Fresnaye una formidable usina de 400.000 caballos. Su construcción costaría unos 375 millones de francos.

Pero antes sería prudente esperar los resultados de los ensayos de Aber-Vrach.

Llegamos entretanto a los procedimientos concernientes a la utilización de las pequeñas marejadas, es decir el movimiento del oleaje en la costa del litoral, así como a lo largo de las costas del Mediterráneo.

Los aparatos están constituídos por flotadores, que transforman, por mecanismos apropiados, las oscilaciones verticales de las olas, en movimientos rotatorios, accionando ejes de las transmisiones de diversas máquinas instaladas en la ribera. Desgraciadamente, esas instalaciones son fácilmente destruídas por las tempestades.

Sin embargo, los experimentos verificados por un ingeniero, M. Fuselot, de Guyotvillemen, Argelia, son bastante satisfactorios y convincentes.

Ese ingeniero habría encontrado el medio de proteger su dispositivo por una especie de dique, munido de un túnel que desemboca en la bahía donde coloca sus flotadores. Con una instalación de seis flotadores de cuatro toneladas cada uno, llega a producir 300 caballos de fuerza motriz, devengándole cada caballo 500 francos! Pero no cuenta lo que le cuesta en gastos accesorios, además del motor, la protección de los aparatos, bombas, turbinas, dínamos, que resulta ser el triple precio de una usina ordinaria.

Sea lo que fuere, ese mecanismo que transforma en fuerza motriz el movimiento del oleaje, significa ya un gran progreso.

He ahí cómo se presenta la utilización de la hulla azul en sus dos aspectos y bajo de dos formas: la potencia de las grandes mareas y la oscilación de las olas.

Entramos, pues, resueltamente, en una nueva fase de realizaciones prácticas, de las cuales ya se puede prever que en un porvenir muy cercano, la energía del mar domeñada y domesticada por la ciencia y la mecánica, reemplazará ventajosamente a la hulla negra.

Transformará completamente la vida industrial y económica de las ciudades costeras y de los puertos que tendrán a su disposición la electricidad necesaria para manufacturar las materias primas procedentes de los cuatro extremos del mundo.

BIBLIOGRAFIA

Letters to Judd, an american workignman, by Upton Sinclair.—

—

Estas cartas dirigidas a Judd, un obrero norteamericano, son un intento de divulgación, llanamente confeccionado, acerca de los métodos capitalistas, explicando, con documentos y cifras, de qué modo el capital, apoyado por leyes de violencia y de coerción al débil, se queda siempre con la mejor y la mayor parte de la riqueza labrada por una comunidad de esfuerzos. Si esta es una verdad empíricamente archisabida, era necesario enseñarle la lección a los trabajadores para que con datos fehacientes supiesen cómo se les roba y explota, y pudieran defender su derecho con válidas razones.

En la portada de este folleto se dice cuál es el objeto que se propone. El autor se pregunta: "¿Por qué hay tanta miseria o pobreza en la nación más rica del mundo? ¿Por qué, a través de todo el territorio norteamericano, los ricos se enriquecen más y los pobres a la inversa, van siendo cada vez más pobres? ¿Quiénes acaparan la riqueza y el bienestar común que los trabajadores producen, para emplearlo contra estos mismos? — Ahí están los hechos y también sus causas y razones y su remedio, redactados con lenguaje sencillo y comprensible para todas las mentalidades. Treinta años de estudio de los problemas sociales y económicos de Norteamérica se hallan contenidos en este opúsculo; y también treinta años aprendiendo cómo se escriben libros.".

El autor declara que la crítica de la gran prensa no se molestará en publicar veinte renglones para expresar su opinión sobre el texto de su folleto. Entonces, para que se divulgue y se lea, renunció a sus derechos de autor y ofrece las formas impresas a cualquiera que desee editar grandes cantidades.

Hallándose en inglés, estos beneficios no pueden aprovecharnos, a menos que alguien lo traduzca; aunque por lo particular del asunto, dedicado exclusivamente a los problemas estadounidenses, muchas cosas no serán aplicables aquí y casi resultarían incomprensibles para nosotros. Naturalmente, las verdades generales caen bien en todas partes.

Estas Cartas a Judd tienen cierto parecido, como propaganda dirigida al pueblo, con "En el café", de Errico Malatesta. Pero donde éste hace filosofía de los hechos cotidianos para abarcar en su horizonte intelectual todos los temas contemporáneos de las sociedades

presentes, Upton Sinclair se auxilia con las ciencias económicas, barajando un sin fin de cifras, empequeñeciendo, estrechando su punto de vista en el examen de determinados tópicos, para llegar aparentemente a las mismas conclusiones: que debe ser derribado el sistema capitalista. U. Sinclair, aun no siendo un marxista declarado, sigue la misma tendencia, aunque no al pié de la letra, sino en una interpretación libre.

Para realizar esos fines anuncia una nueva revolución americana, o sea en los Estados Unidos. Y dice: *ello no significa revueltas y tumultos, como se imaginan nuestros enemigos; pero tampoco puede significar una sumisión esclavizada a todas las represiones gubernamentales.*

Y para esa revolución apela a los manes de los grandes estadistas norteamericanos, Sam Adams, Patrick Henry, George Whâshington, Tomás Jefferson, de quienes dice que si se reprodujeran las palabras donde hablan del derecho del pueblo de arrojar por la borda a los injustos gobiernos, las buenas señoras que se llaman a sí mismas "Hijas de la revolución americana", tendrían el más gran choque de sus respectivas existencias. Y cita a Abraham Lincoln, en uno de sus discursos:

"Este país, con sus instituciones, pertenece al pueblo que lo habita. Por cualquier causa justificada, si estuviese descontento del gobierno existente, puede ejercer sus derechos constitucionales para enmendarlo, o su derecho a la revolución para desmembrarlo o echarlo abajo".

En la carta magna de este país, de la Argentina, se exponen los mismos o parecidos postulados liberales con diferentes palabras. Y este liberalismo tan generoso en el papel, le arrancó una exclamación a Anatole France cuando nos visitó, que era más o menos esta frase: "Sé que tenéis una de las constituciones más nobles y libres del mundo y que algún día pensáis llevarla a la práctica."

Upton Sinclair, al poner como testimonios los próceres de su país, es probable que hizo cuestión táctica; ya que mucho más radicales al respecto lo son otros pensadores de raza.

Pero desde el momento que no nos fué posible dar una idea de la copiosa documentación que le presenta como uno de los intelectuales más informados sobre vastos asuntos económicos y sociales de su ambiente, hemos querido, con lo que antecede, indicar los remedios que proponía como solución definitiva a esos vivientes y palpitantes problemas.

Finalmente el único *hint*, o sea el vislumbre que se nos da sobre esa revolución pacífica, o remedio, es, en este párrafo, dirigiéndose a Judd:

"Es necesario que concluyamos de una vez con el capitalismo. Está muy cerca de su derrumbe y pronto será incapaz de dirigir las usinas, las fábricas y talleres que construyó, o transportar los alimentos para la población de sus ciudades gigantescas. Debemos detener la producción que beneficia exclusivamente los intereses de los capitalistas y aprender a producir solamente para aquellos que trabajan. Es un camino que te indico para que el cambio se realice bajo el amparo de nuestra Constitución: y añado: si hay violencia, deja que los capitalistas sean los primeros en empezar, y entonces tú, Judd, y todos los obreros serán los que la finalicen."

Lo malo es que hace mucho que la violencia de los capitalistas empezó...

Al volver a discurrir de Lincoln, dice que así como él odió el poder de los partidarios de la esclavitud, así odia Sinclair el capitalismo. Un poco más abajo hace su profesión de fé, y escribe:

"Soy uno de los creyentes de estas tradiciones; desciendo de una línea de mis antepasados que perteneció a la marina de guerra. Mi bisabuelo tuvo el comando de la fragata "Constitución"; por eso estoy siempre de pié en la cubierta de la antigua nave, mientras sus propietarios, hacedores de millones, y sus políticos, sirvientes alquilados, tratan de torpedearla. Cuando quise leer la Constitución Americana en una plaza pública y un jefe de policía completamente borracho me arrojó a una prisión y otros periodistas, también borrachos, aplaudieron, te aseguro, Judd, que mablije mi tiempo. Una vez, durante dos años, me puse a leer, a estudiar el período anterior de la guerra de Secesión, y pude comprender cuán grande es la reserva moral que guarda el suelo norteamericano. Sé también cuánto son capaces de esperar, y qué lentas son para moverse y entrar en movimiento. El hecho es que existen; están aquí y yo les lanzo mi llamado y espero su respuesta. Cuido precisamente mi salud con la idea de poder vivir para cantar una vez más el himno de batalla de la república: *Mis ojos vieron la gloria de la venida del Señor.*"

Con estas citas repetidas nos propusimos exhibir los propósitos finales del autor, y demostrar, al mismo tiempo, nuestra imparcialidad al juzgar miras no del todo en consonancia con nuestro sentir de anarquistas. La actitud de independencia mental que siempre adoptó y mantuvo hasta ahora Upton Sinclair frente a la plutocracia yanqui, le hace acreedor al respeto de los hombres desprovistos de mezquinos sectarismos.

En los últimos tiempos tuvimos noticias de una polémica ventilada en "The Road to Freedom", periódico anarquista que aparece en Nueva York, en la que intervenía Sinclair y un camarada nuestro. Sólo pudimos leer la respuesta firmada por este compañero, T. H. Bell. La carta que se alude del novelista, donde parece que defendía el bolcheviquismo comparándolo favorablemente con las tiránicas autoridades de California, no tuvimos la suerte de leerla.

De ahí la imposibilidad de abrir juicio sobre este incidente. Por lo demás son conocidas las simpatías de Sinclair por la Rusia bolchevizada.

El trabajo que comentáramos ligeramente es muy valioso como documentación, descubriéndonos aspectos inesperados de los manejos del capitalismo yanqui.

Entre estas cartas a Judd existe más de una que podría ofrecer un gran interés para nosotros. Por eso trataremos de traducirlas.

Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... $ 2.00

" " " encuadernado en tela $ 3.50

AÑO V

BUENOS AIRES, 21 DE JUNIO DE 1926

N.o 228

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

O: 10 CTS.

Valores y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

El frenesí de la velocidad

El embrutecimiento de las masas populares, velado o evidente, ha sido el plan político, constantemente llevado a cabo por todos los gobiernos que surgieron desde los clanes hasta los más poderosos imperios. En épocas lejanas era su derecho inalienable e indiscutido, pese a las sucesivas sublevaciones de ilotas, esclavos y parias.

Hoy, en el siglo de la electricidad y del radio, cambiaron las apariencias, no la esencia de esa política. Nada importa que la instrucción del pueblo se extienda y se multiplique. A sus amos, más astutos y utilitarios que los antiguos, les conviene que sepa leer y escribir. Siempre renta más. Los estudios superiores son libres para todos, pero máxime para los adinerados, los hijos de las clases dominantes. Es que ni los colegios ni las universidades se hallan exentas de esa política, encubierta o a la vista, de inculcar prejuicios embrutecedores, envueltos en el camouflage de muchos conocimientos, útiles por cierto. Es la vacuna del Estado autoritario aplicada a la niñez y a la juventud para que el virus obre y se desarrolle durante toda una vida. La familia y la escuela son, en la sociedad presente, la forja de los hombres.

Y a las masas de estos hombres, por no hablar en general de la criatura humana, jamás se les ofreció tan numerosos motivos, tan innumerables pretextos para embrutecerse, para avillanarse. Se les proporciona, con diferentes métodos, envases y vestidos, la eterna fuga, la huida de ella o de ellas mismas. La medida máxima, la extrema manera de huir, el olvido total de la propia omnipresencia, se halla en los alcaloides, en los estupefacientes. Es por lo pronto el suicidio apresurado de la personalidad pensante. Las intoxicaciones del tabaco y del alcohol, resultan así instrumentos inofensivos.

Pero hay todavía otros medios más disimulados para llegar a los mismos fines. Es que, si este siglo y los fines del otro, pudieron denominarse de la electricidad, también merece acoplársele el del deporte en todos los aspectos de la actividad humana. Por él se ha instaurado el frenesí de la velocidad, el imperio de los *raids* y de los *records*. Los hay para todos, hasta para esa pareja que en Estados Unidos danzó durante 48 horas, casi sin descansar. La divisa de los seres de las postrimerías de esta civilización, parece ser la de no encontrarse nunca cara a cara con ellos mismos, y la de rodar de aturdimiento en aturdimiento. Y esto reza indistintamente para todas las clases sociales, aunque más extremadamente con las que penan en las capas inferiores: quieren ausentarse, aunque por ratos y momentos, del infierno de sus apremiantes necesidades y miserias. Y es a ellas especialmente que el sistema burgués se dirige, ofreciéndoles sus derivativos para mantenerlas en constante distracción, desviando sus pensamientos de su situación de ininterrumpidas penurias. Y son el cinema, el periodismo, el juego en sus más variadas fases, lotería, *quinielas*, carreras de caballos, el futbol, el box y, de cuando en cuando, los raids sensacionales de vuelos intercontinentales, transoceánicos, que resumen en sí lo que nosotros un poco arbitrariamente llamaríamos frenesí de la velocidad: física o psicológica. Es una forma de pasión subalterna que le cabe el mérito del descubrimiento a este siglo mecanizado y metalizado.

Huye de sí mismo en raudo vuelo el sub-héroe que cabalga un aeroplano por la inmensidad de la atmósfera, como huyen los millares de espectadores frente a las pizarras anunciadores de las incidencias de sus etapas. Es una multitud que voluntariamente se deja enajenar su omnipresencia para entregarse a ese momentáneo frenesí devorador, que luego le dará pasto para comentarios y discusiones interminables durante semanas y meses. Todos sus días se tapizan de esos instantes de fugitiva embriaguez de los sentidos, única sustancia nutritiva para su hambre de ilusorio olvido. Y cabalgando también ella, la gran muchedumbre neutra, en oleajes de sensaciones embrutecedoras, conservará intacto, inusado lo mejor de ella, quizás su alma, su partícula de heroicidad viril, porque sus exparcimientos espirituales y la educacion de sus nervios y cerebros se redujeron a lecturas folletinescas, carreras hípicas, futbol, box y etc. En una palabra, todo lo que el homúnculo civilizado tiene a su disposición para embotar sus órganos más nobles.

El cacareado *mente sana en cuerpo sano*, que exige violentos ejercicios físicos, no siempre es un indicio de sanidad mental ni de sentimientos gentiles. A veces es todo lo contrario. Los idolillos de la puntería de la patada y de la potencia del puñetazo, elevados al rango de pequeños héroes muy brutos, desde mucho tiempo vienen dando lugar a escenas no del todo edificantes. Citemos una concreta y de las tantas ya sucedidas. He aquí cómo un cronista deportivo de "La Nación" narra un partido de futbol, del domingo próximo pasado:

El partido entre el primer cuadro local y el de Sportivo de Almagro había provocado honda expectativa Por eso las tribunas, a pesar del día desagradable, se vieron totalmente ocupadas, y cuando todo parecía indicar que el match se desarrollaría en forma normal, los primeros incidentes dieron la nota desagradable. El entusiasmo fué en aumento, sin embargo, y apenas el Sportivo de Almagro marcó el primer goal la aclamación estruendosa cesó instantáneamente: habían sonado disparos de revólver y fué menester indagar el resultado. ¿Se había producido algún incidente grave? ¿Acaso entre los espectadores había muertos y heridos? Nos apresuramos a averiguar y pronto supimos la verdad de lo ocurrido: "Se trata, nos dijo, de un acalorado partidario de Sportivo de Almagro, de un amigo del barrio que festeja el goal que marcó Uriarte..."

La información nos pareció un tanto exagerada, pero más tarde, cuando Sportivo de Almagro obtuvo el segundo tanto, sonaron otros disparos, y entonces interrogamos al autor.

—¿No ve, acaso — nos dijo — qué mamífico goal marcó el centroforward Uriarte?

Y mientras, excitado todavía por la victoria que se definía a favor de su cuadro en forma tan categórica, guardando su revólver, el hombre lamentaba no tener más balas para celebrar otro goal probable.

Pero después de los tiros de revólver, hay ladrillazos y botellazos. Sigan leyendo:

Cinco minutos antes de la terminación del match, el encargado del botiquín de Sportivo de Almagro arrojó una botella contra los espectadores y, por fortuna, el proyectil se estrelló contra un poste del alambrado, evitándose algún accidente serio.

A continuación, el linesman García solicitó un free-kick para Perinetti, a consecuencia de un out-ball, y se produjo un breve incidente entre ambos; casi en seguida, un espectador arrojó con violencia una botella, que pasó a escasos centímetros de Recanattini; Calvelo recibió en la espalda un ladrillazo, que lo hirió, volteándolo, y, terminado el match, varios espectadores rodearon al linesman García con ánimo de agredirlo.

No nos cabe duda, ese desgano que demuestran las multitudes hacia ideologías de índole altruista y de filosófico desinterés, la nuestra, por ejemplo, mucho tiene que ver con este frenesí deportista, con este vertiginoso vivir que se desgasta a expensas de las pasiones animales. Cultivada intensivamente, por el orden actual, esta forma de existencias frenéticas sobrecargadas de apetitos de presa, no queda sitio para preocupaciones más elevadas y de más enjundia.

Pacificaciones macabras

La civilización hispano-francesa ha comenzado su labor regeneradora de pacificar las regiones marroquíes. Prisionero Abd-el-Krim, disputada esta presa mayor por España que, a toda costa quiere cobrarse las afrentas, las humillaciones de un enemigo más débil que ella en poderío, quisiera inventariar todas las ejecuciones de prisioneros, todas las torturas infligidas por el caudillo moro a los graduados españoles que deseaban arrancarles secretos valiosos. Para decirlo de una vez, intenta instaurarle una suerte de proceso judicial por todas las empresas feroces, bárbaras o no, que cometió en su defensa y en defensa de los suyos. Algo parecido a lo que se quiso hacer con el ex-kaiser, y que las potencias aliadas renunciaron a realizarlo para no establecer un peligroso precedente que al-

EL FIN DE LA BURGUESIA

—¿Quièn eres y qué haces?

—Soy el partido comunista, sepulturero de la burguesía...

—Presiento que entre los vivos no deben existir burgueses, porque tú no has sepultado nada màs que proletarios.

gún día podría ser tenido en cuenta para ellas. Francia intenta no acceder a las pretensiones de las autoridades militares españolas, arguyendo que tamaña providencia de maligno desquite contra un vencido podía exasperar a los cabileños y arrojarlos a nuevos excesos.

Abrigamos la peregrina idea que esas precauciones del gobierno francés son casi inútiles. Ciertamente, si se le trata de tal manera a Abd-el-Krim, que a la postre se convierta en un mártir a los ojos de los suyos, prontamente la mesnadas supersticiosas de moros, lo endiosarán y harán de él una bandera de combate.

Pero lo que las tropas españolas y los indígenas adictos están cometiendo ya, les dejará un sedimento de rencorosa rabia que a la corta o a la larga será nueva levadura para un sin fin de venganzas y de sangrientas revanchas. Es probable que la función de verdugo se la asignen a las cabilas fieles a España, siempre respaldadas y azuzadas por la milicia española. Una cabila que se apoderó de Xauen, procedió a una degollina general, según se desprende de noticias cablegráficas. Dice:

El campo de Xauen presenta un aspecto sangriento y trágico; en todas las almenas de la Alcazaba y en las murallas que circundan a la población se ven colgadas de enormes garfios centenares de cabezas de rifeños, y al pié de las murallas, en las calles y los fosos, multitud de cadáveres decapitados. Estos son enterrados muy lentamente, temiéndose que se desarrolle una epidemia.

Los cabileños triunfantes recorren las casas buscando dinero, que creen escondido por los rifeños cuando el asalto a la población. El botín tomado es enorme, habiendo, además, quedado en poder de los yebalas 300 mujeres y niños rifeños.

Los altos militarotes españoles, brutos y borrachos, dan desahogo a sus instintos bestiales de revancha imponiendo la pacificación de los cementerios.

D. A. DE SANTILLAN

Armas para el espíritu

Glosas al cincuentenario de la muerte de Bakunin

I

¡Hermanos, levantad los ojos sobre las barreras de la cotidiana rutina! Hay horizontes mucho más vastos, hay perspectivas mucho más grandiosas y panoramas mucho más reales en los dominios del pensamiento que en la mera realidad de los sentidos. ¿Creéis, tal vez, vivir en la realidad porque no levantáis los ojos del suelo, ni dáis rienda suelta a la fantasía para que salga de los caminos trillados? Los ojos están en la cabeza y conformados para mirar más allá del terreno que pisamos, y la cabeza no vive menos en la realidad que los pies, aunque no se arrastre por el suelo como ellos.

¡Un momento de calma, esclavos de la fábrica, de la mina, del campo! Contemplemos juntos los vastos horizontes que no hieren los órganos de los cinco sentidos vulgares, pero que no por eso son menos reales y efectivos.

Sentemos como premisa demostrada que hay en la historia humana dos fuerzas activas: las de la autoridad y las de la libertad, y supongamos que estáis, hermanos, convencidos de que junto con la autoridad está el mal, la guerra, la explotación y la dominación del hombre por el hombre, el privilegio de unos contra el despojo de otros, etc., etc., y que la libertad representa el bien, el principio de toda vida y de todo avance progresivo, y la fuente creadora en el individuo y en la sociedad. La autoridad absoluta es la muerte, por eso no existió nunca en el dominio social, aunque hayan sido denominados absolutistas ciertos déspotas y ciertos despotismos. La libertad ha tenido siempre su radio de autonomía, mayor o menor, al margen de las usurpaciones autoritarias; ha sabido buscarse sus *casis*, teóricos o prácticos, y no ha sido jamás completamente aniquilada, pues en el momento mismo de su aniquilamiento absoluto habría cesado la vida humana sobre la tierra. Sin embargo, no podemos negar un hecho indudable, una especie de ley histórica que no es refutada por ciertos períodos de algidez del espíritu de libertad de que nos informan las crónicas del pasado: en la guerra milenaria entre las fuerzas de la libertad y de la autoridad, no sólo conservaron estas últimas la prevalencia, sino que ensancharon el círculo de sus atribuciones en daño de las fuerzas y del principio de libertad. Se han querido conquistar por una parte ciertos derechos que dan apariencia de dignidad y de libertad, pero la autoridad se ha escurrido por otras vías, más o menos encubiertas, y ha clavado sus garras en la carne doliente de las víctimas. El hombre de nuestros días es más esclavo que el esclavo de la antigüedad, aunque se le llame soberano el día de las elecciones, como se le llamó, por escarnio, rey de Judea a Cristo. El despotismo antiguo era un despotismo puramente político y religioso; en general, fuera de ese dominio en que se exigía obediencia absoluta, el hombre se movía libremente. Cuando el déspota era dueño de vidas y haciendas, su poder tenía algo de místico y se le rendía acatamiento voluntario a condición de que respetase ciertas franquicias y fueros. La autoridad no era considerada por las grandes masas como el mal, sino como algo divina y humanamente legítimo, y sin embargo, se ponían ciertas condiciones, ciertas vallas al ejercicio del poder. Esa calumniada edad media vió, no obstante el predominio despótico del poder eclesiástico en Europa, instituciones económicas de libertad, dignas del más ferviente elogio de hombres como Kropotkin. ¿Qué condiciones oponemos hoy al ejercicio del poder, a pesar de haberlo reconocido y desenmascarado como un vulgar bandidaje burocrático, policial y militar? Ninguna. Estamos entregados, mucho más que en los tiempos pasados, a las arbitrariedades y abusos del Estado y de los hombres que lo representan y que hablan en nombre del pueblo. Además estamos sometidos al capitalismo, que representa por sí mismo un poder esclavizador más absolutista y más agotador que la iglesia medioeval. Hemos desechado de nuestra conciencia el fantasma de un dios, que hubiéramos podido imaginar bueno y justiciero, y en cambio hemos creado al capitalista, un ser gordo, malvado e injusto a quien ni siquiera los modernos teóricos del reformismo pueden presentar como encarnación de alguna buena virtud.

Nunca han sido reconocidos el capitalismo y el Estado más exactamente en su esencia antisocial y antihumana, y al mismo tiempo nunca fué tan poderoso el espíritu de la autoridad y la esclavitud voluntaria, una esclavitud consciente, y por eso mismo mucho más merecedora de tal nombre, que la esclavitud antigua de los esclavos que no habían llegado a razonar su situación y en última instancia no consideraban su despojo de todo derecho como algo radicalmente injusto. La moderna civilización ha traído consigo, a costa de infinitos sacrificios y luchas sangrientas por la libertad, un poco de luz a todos los cerebros, pero parece que esa luz no tuvo más resultados que un nuevo remachamiento voluntario de las propias cadenas del esclavo. Nunca fué el hombre tan poderoso para el mal como hoy, y nunca fué tan impotente para el bien, para el progreso, para estimular el desenvolvimiento de la vida.

El principio de autoridad fué primero un hecho; al hecho se asoció la teoría, la justificación y la fuerza. El pensamiento libre ha derruído los sofismas igualmente estúpidos; gracias a las luchas del proletariado moderno también esos sofismas han desaparecido. El poder es hoy a los ojos de todas las personas normales, un vulgar aparato del bandidismo elevado a suprema categoría de gobierno. Un profesor que divagase como hace cincuenta años, sobre el Estado, provocaría las carcajadas de sus discípulos. Uno de los grandes cínicos de nuestros días dijo que el Estado son los carabineros: la guardia civil, el ejército, la fuerza. Tal vez sea ese el fundamento para una más verídica definición del Estado en los textos del derecho político.

¿De qué nos vale reconocer la esencia antisocial y antihumana del Estado y del capitalismo, si cada día les dejamos pasivamente usurpar más atribuciones, invadir nuevos dominios de nuestra vida, absorbiéndonos hasta la última gota de sangre y hasta el último fruto de nuestro trabajo? ¿De qué nos vale el razonamiento sobre nuestras miserias y nuestra esclavitud, si hemos disociado el pensamiento de la acción? En la escuela hemos aprendido aritmética, por ejemplo; con esa aritmética podemos calcular lo que nos roba el patrón, lo que consume el Estado, lo que cuesta el pecado mortal de la autoridad en la vida de las sociedades. Pero esos cálculos que debieran ser instrumentos para la acción, justificativos de la acción, son considerados como fines en sí, dejaron de ser aguijón para la lúcha. Por eso es más infame nuestra esclavitud que la esclavitud antigua: somos esclavos *conscientes*, tan razonadores como pasivos y dóciles.

Con esa desesperante mentalidad, con ese pasivismo inhumano y degradante, entramos en uno de los más negros períodos de la historia: *la dictadura política más sofocante que hayan conocido los siglos y un nuevo desenvolvimiento del capitalismo*, iniciado ya en los países más industrializados, *que tendrá tan funestas consecuencias para el proletariado como la introducción de las máquinas en el período inicial del capitalismo moderno*. La revolución técnica que se está operando y a la que ni siquiera el pensamiento abrigamos de oponerle alguna resistencia, multiplicará nuevamente de una manera espantosa los recursos del poder capitalista, porque reducirá en las mismas proporciones la potencia y la autonomía del pensamiento de sus víctimas. Ante esa transformación gigantesca, económica y política, se contarían fácilmente en todo el mundo los que comprenden la gravedad de la hora y los que estarían dispuestos a obrar efectivamente para dar un nuevo rumbo a la historia...

Algunos amigos nuestros, — al contrario de los que disociaron su pensamiento de su acción —, disociaron su acción de su pensamiento y se ocupan de ahorrar de sus salarios de hambre algunos céntimos con que comprar algún revólver viejo para combatir la dictadura política. Esa ingenuidad, si no fuese tan trágica, podría provocar la risa. Con revólveres viejos no hay absolutamente ninguna posibilidad de contrarrestar el predominio y la internacionalización de los crímenes del estatismo dictatorial: ese fenómeno es un fruto del período en que entramos y que no se resuelve siquiera con un cambio de los personajes que parecen tener en sus manos los hilos del retablo, y que en cambio no son más que marionetas movidas por las inmensas fuerzas que rinden culto al principio de autoridad y se postran ante el becerro de oro. *Hay que hacer guerra al conjunto* o liarnos la túnica a la cabeza para caer en una posición digna de nuestra bandera y de nuestras aspiraciones. Lo mismo que no viven los pies más en la realidad que la cabeza por el hecho de arrastrarse por el suelo, tampoco aprieta más el que pretende abarcar muy poco, como por ejemplo, la lucha contra un dictador cuando la necesidad es la lucha contra la dictadura, contra las fuerzas que la provocaron y sostienen. Más vale un pájaro en la mano que ciento volando, dicen los que presumen de prácticos; pero cuando se trata de hacer frente a una epidemia hay que combatir la epidemia en sus causas, en el conjunto de sus manifestaciones, pues de lo contrario correremos el peligro de quedarnos sin el pájaro que quisiéramos tener en la mano y sin los ciento que vuelan.

Si no en todas las épocas, en ésta, más que revólveres viejos para la defensa del cuerpo, necesitamos armas para el espíritu, para la acción intelectual contra la invasión de la mentalidad autoritaria en todos los dominios de nuestra existencia.

Esa gran minoría de legionarios de la libertad, por pasión y por convicción, los anarquistas, está sufriendo ya las primeras consecuencias del veneno de la época; en lugar de estrechar filas, de formar un bloque sólido contra el enemigo tan poderoso y arrollador, se entretienen en vulgares luchas de predominio personal, confunden sus ideas con los intereses de una organización, de un periódico o de una capilla, poniendo en esa contienda grosera de intereses, las pasiones y los medios más reprobables. De esa manera, lo que debiera ser hoy un oasis para refrescar el alma en el enorme desierto de la devastación capitalista y estatal de la independencia humana, no se distingue mucho del resto de la sociedad.

Se impone, pues, apelar por sobre los límites mismos de lo que habría que considerar como nuestro movimiento, a todos los hombres de buena voluntad. Cuando se quebranta la fé en la agrupación social, hay que salvar por lo menos la fé en nosotros mismos, hay que formar en nuestro espíritu y en nuestro corazón un oasis individual que volverá un día a convertirse en un oasis colectivo, social. El individuo es impotente para obrar revolucionariamente en el sentido de una transformación social; pero puede conservar el fuego sagrado de una idea, cuando amenaza extinguirse en el hogar común. Y como anarquistas, en este negro período histórico en que entramos, en que hemos entrado ya, sin la suficiente fé en el pueblo adormecido artificialmente en unos países por la miseria, y en otros por la victoria de la guerra, y en los demás por falta de iniciativa propia, sin fé suficiente en el propio movimiento para obrar armoniosamente como fuerza autónoma, debemos apresurarnos a forjar armas para el espíritu en tanto que individuos, a fin de conservar en nuestra conciencia el ideal de la libertad que está sufriendo la más terrible de las derrotas, una derrota en que no somos combatientes activos, sino casi meros fugitivos sin armas en la mano, y sin ideas en el cerebro para resumir la situación y volver en sí.

¡Formemos armas para el espíritu! Ese será el primer paso para una revancha, para una reconstrucción de nuestros cuadros en la comunión del ideal maltrecho.

ENRIQUE NIDO

Nuestros lectores ya estarán enterados, por habernos ocupado de ello en el diario, de la desaparición de este querido camarada.

En un próximo número del SUPLEMENTO nos ocuparemos más extensamente de la vida y obras del que en vida fué nuestro estimado colaborador y amigo.

MAX NETTLAU

La historia del primer libro anarquista

(En ocasión de la nueva biografía de William Godwin)

En la historia de las ideas anarquistas publicada en el Suplemento y ampliada en el libro, *Die Vorfrüling der Anarchie*, he hablado muy poco de William Godwin y de la historia del primer libro anarquista, la famosa *Enquiry concerning the Principles of Political Justice*... (Investigaciones de los principios de la justicia política...) de 1793. Es porque los materiales sobre Godwin son abundantes y han sido en gran parte presentados en una vasta biografía publicada en 1876, y gracias a las relaciones de Godwin con Shelley y otros hombres memorables en Inglaterra, que son continuamente objeto de publicaciones especiales, desde 1876 fué también mejor conocido el rol de Godwin. Pero no podía ponerme al corriente de todos esos trabajos muy dispersos. Eso es posible ahora gracias a un libro muy competente, publicado en Londres y en New York en febrero de 1926: *The Life of William Godwin*, por Ford K. Brown, XV, 387 págs. en 8o. con seis hermosos retratos de Godwin y de las mujeres que entraron en su vida, entre las que se encuentra, en primer lugar, la generosa rebelde feminista Mary Wollstonecraft, cuya hija, y de Godwin, fué desde 1814 a 1822 la mujer del poeta Shelley, el hombre que leyó a los 17 años *Political Justice* y estuvo bajo la influencia de ese libro memorable toda su corta vida de poeta rebelde desde entonces, los años de 1809 a 1922, lo que mejor se constata cuanto más se profundiza el conocimiento de Shelley.

La nueva biografía nos da ciertamente la medida de lo que se encontró de nuevo sobre Godwin estos últimos 50 años y muestra también lo que queda por hacer. Se da uno cuenta muy distintamente después de su lectura del origen y de la historia de ese libro de investigación sobre el sistema social y político de entonces — que no cambió aun en nuestros días — que culminó naturalmente, con una lógica recta e inevitable, en la anarquía — y se conocen también los factores que obstaculizaron entonces la marcha progresiva de la idea victoriosamente demostrada por ese libro, — factores que continúan todavía en su obra funesta. Pero se advierte también que ese asunto no está agotado, sin embargo ahora se puede partir de una base bastante sólida, cuando se trate de profundizar en la larga vida de 80 años (1756-1835) de Godwin, la parte de los años desde 1791 a 1801, cuando el pensamiento recto, el razonamiento lógico imparcial, el arrojo moral completo, conocimientos y juicios a la altura de su época se concentraron valerosamente en ese hombre y en su trabajo antes que en ningún otro de Europa; él mismo no estuvo a esa altura antes de 1791 y no pudo mantenerse en ella después de 1801, pero ha hecho bastante por su trabajo publicado en 1793, obra colectiva por la multitud de las influencias, todo el espíritu del generoso siglo XVIII y otros que han operado en él, y obra individual por la tenacidad inalterable de su espíritu que supo pensar hasta el fin lo que otros no se atrevían a comenzar a pensar, y coordinar los resultados y deducir las conclusiones finales, únicas entonces, sin espantarse.

William Godwin nació en una familia del pequeño clero no-conformista en provincias, y fué destinado a una carrera parecida, lo que le valió al menos una educación esmerada. En ese ambiente, al margen de la iglesia oficial, con sus prebendas ricas y opiniones establecidas, se cayó sin duda también muy a menudo en una rutina estúpida, pero algunos se dieron a la discusión, a la disputa, y así ejercitaron su espíritu, principalmente los que pertenecían a las sectas más pequeñas más o menos "extremas" y aisladas y siempre a la defensiva. Es lo que ocurrió a Godwin, que desde la edad de once años fué educado en las ideas de la secta de John Glas y de Sandeman, que rechazaba ciertas autoridades y reclamaba incluso el uso de la propiedad acumulada para los pobres de la iglesia. Tales influencias y la lectura de la historia antigua, las luchas de los griegos y los romanos en su bella época contra la tiranía, más tarde en Londres las ideas de los liberales y radicales en política, pronto también la lectura de los pensadores antirreligiosos más atrevidos en Francia, de D'Holbach, Helvetius y otros, hicieron de Godwin — que en 1783 abandonó su profesión de pastor — desde 1787 un no-creyente definitivo que desde entonces reconoció (según sus palabras en 1800), la idea de un creador inteligente y de un gobernador del universo" como "el antropomorfismo más irracional y ridículo".

Es evidente que fué de los que saludaron la toma de la Bastilla y la revolución francesa desde los años 1789-1790 y ese espectáculo, como el de la revolución americana de 1776, de la lucha victoriosa por la independencia, influenció sin duda su manera de considerar las revoluciones para toda su vida. Fué siempre amigo apasionado del razonamiento y de la educación y su concepción de los medios para cambiar el mal presente en bien público fué la de la educación y de los grandes *cambios colectivos* casi unánimes, tales como América y Francia desde 1789 a 1790 parecían representarlos.

Es decir que, vistos desde la distancia y sin considerarlos desde muy cerca, esos dos cambios han mostrado entonces a sus admiradores una unanimidad nacional casi completa en el deseo de un cambio; América conservó realmente esa unidad de espíritu y llegó al fin derechamente. La Francia de 1789 pareció presentar igualmente una voluntad general de reforma seria y no se entrevió aun la guerra civil de muchos años posteriores, a partir de 1792. Godwin, comparando esos movimientos en apariencia unánimes con las luchas de la guerra civil de muchos años que precedieron a la revolución inglesa del tiempo de Cronwell, vió en ellos los resultados de la educación de los espíritus y de la gran propaganda, que afectó los espíritus y los corazones desde el tiempo de Voltaire, Diderot y Rousseau y pudieron hacerle creer en 1789-1790 que en Francia había verdaderamente un pueblo entonces, cuyas clases todas estaban inspiradas por la inteligencia para ver los males del viejo sistema y por el impulso generoso de la voluntad de cooperar en ponerles remedio. Vivía en la región del espíritu y observó muy poco en qué grado llevaba el interés a ciertas clases a perpetuar el mal, aunque fuese bajo otras formas exteriores, provocando así forzosamente la guerra civil en la obra comenzada con una unanimidad aparente y tan altamente proclamada al mundo.

La aristocracia y la burguesía inglesa vieron muy pronto que un progreso generoso, unánime, tal como lo hicieron entrever a los espíritus avanzados no corrompidos los acontecimientos de 1789, lesionaría sus privilegios monstruosos y su portavoz, Edmund Burke, publicó en noviembre de 1790 un libro de notoriedad general, *Reflexions*... (Reflexiones sobre la revolución en Francia y los procedimientos de ciertas asociaciones en Londres, libro de IV, 356 págs., en una de sus numerosas ediciones, 1790) y libro al cual opusieron refutaciones todos los reformadores, entre los primeros Mary Wollstonecraft en 1790 por su *Vindicación de los derechos de los hombres* y en marzo de 1791 Thomas Paine por sus *Rights of Man*, libro cuyo manuscrito fué remitido a un pequeño grupo, Holcroft, Thomas Brand Hollis y Godwin, que lo hicieron publicar no sin dificultad. Vemos así a Godwin en un grupo de los más avanzados, ocupándose del libro del panfletario demócrata más temido de la época.

A Godwin el libro de Paine debió parecerle una presentación bien incompleta e imperfecta aún de las ideas nuevas y en mayo de 1791 concibió la idea de presentar esas ideas de una forma mucho más elaborada; el 10 de julio un editor se comprometió a la publicación del libro proyectado y le dió los medios para vivir durante su trabajo; abandonó sus otras labores literarias, y desde el otoño de 1791 al fin de 1792 se entregó completamente a su trabajo que elaboró lentamente y sometió durante ese tiempo a la discusión de sus amigos, los espíritus más avanzados de Londres en esa época. Así, pues, ese libro fué compuesto con todo reposo y en buenas condiciones — el prefacio está fechado el 7 de enero de 1793 — y se publicó en febrero de 1793 — dos volúmenes en 4o. de un total de XIII, 21 y 895 páginas. Fué puesto a la venta a tres guineas (alrededor de 38 pesos); el editor pagó a Godwin aun 700 guineas (8.500 pesos) y debía pagarle aún 300 guineas (3.600 pesos) después de la venta de 3.000 ejemplares. Hubo una segunda edición en 8o., vendida a 14 chelines, de XXXI y 1009 páginas en 1796 (fines de 1795) y una tercera en 1798. Se puede constatar sin engañarse uno, que ese primer gran libro que llegó a conclusiones tan claramente anarquistas, fué al mismo tiempo el más caro, el mejor pagado al autor, el más difundido relativamente y el mejor acogido generalmente de la literatura anarquista hasta hoy; bajo las dos últimas categorías, sin duda algunas publicaciones de Proudhon tuvieron una gran boga, tal vez no semejante a la que disfrutó por algún tiempo este libro verdaderamente único, *Political Justice*.

El libro de Godwin encontró un gran interés. Si fué instintivamente odioso a la crítica reaccionaria, nadie supo entonces atacarlo seriamente, hallar un defecto, una brecha en su lógica cerrada. Fascinó al mundo; fué leído en las numerosas sociedades literarias y políticas y se formaron en Inglaterra y en Escocia centenares de grupos para comprarlo por contribuciones comunes y leerlo y discutirlo altamente juntos; muchos artesanos y obreros pertenecieron a esos grupos. Asociaciones populares hicieron extractos en folletos; aparecieron ediciones falseadas en Dublin y en Filadelfia, también en Escocia, según el libro de Brown, aunque la existencia de una reimpresión escocesa me parece dudosa hasta su demostración positiva.

Ese libro fué, pues, la producción representativa del pensamiento avanzado en Inglaterra en esa época, la obra de un hombre que supo asimilarse la crítica inglesa y francesa que precedió a la revolución francesa y los movimientos que la acompañaron en Inglaterra, y que supo manejar la lógica, el razonamiento recto que, sin temor a las consecuencias, iba derechamente al fin.

Se había ido hasta el fin en materia de religión; la lógica del *Sistema de la Naturaleza* de d'Holbach, 1770, no podía ser superada. En política, en economía y en moral no se había ido tan lejos y el mérito, único entonces, de Godwin, consiste en llegar por la misma lógica escrupulosa a la disección de los vicios del gobierno, de la propiedad, de la moral, del matrimonio, etc., y en coordinar al ateísmo religioso el ateísmo político, la negación de esa otra ficción divina, el Estado o gobierno, el ateísmo social, el destronamiento del dios ficticio, la propiedad privada — y ateísmo moral, el derrumbamiento del reino de las ficciones de coacción moral de toda suerte, de la esclavitud sexual, etc. Bajo todos estos aspectos Godwin llega gradualmente a la negación de todo ese terrible sistema de coacciones tan variadas que pesa sobre el mundo y a la discusión de las condiciones de una vida libertada de todas estas cadenas y obstáculos, — de un mundo libre. Ha hecho todo lo posible, ha hecho el balance del sistema villano que pesa sobre el mundo y ha mostrado por qué eliminaciones de las faltas del pasado podrá el mundo libertarse y devenir al fin dichoso.

No es muy difícil explicarse psicológicamente que el hombre que, tal vez el primero, atravesó metódicamente todos los aspectos que acabo de mencionar, ese gran viaje de descubrimiento por el razonamiento del presente viciado y abominable al porvenir sano, racional y feliz, supo calcular las distancias que nos separan de ese objetivo y que no estuvo inclinado a prestar oído a los que, por algún medio extraordinario, por un salto cualquiera, creían poder abreviar la distancia, disminuir el esfuerzo necesario para llegar al fin. Godwin creyó en la educación como en el único medio para avanzar, en el estudio, pues, en la reflexión, la discusión, la persuasión por el argumento y el esfuerzo colectivo de una gran mayoría de convencidos, preparados intelectualmente para el último golpe de mano colectivo necesario para dar un paso hacia adelante. No creía, pues, en las revoluciones impuestas por las minorías, que no sabrían obrar más que por el terror, la autoridad, la dictadura.

Es inútil criticar aquí este punto de vista: está la revolución de las minorías que nosotros queremos, la que no trata de dominar, sino que presenta un ejemplo, una enseñanza, y que en el fondo es la educación, aunque fuese con el fusil en la mano, pero educación persuasiva por sus argumentos, el bien que aporta, y no por el decreto del dominador y los medios de coacción empleados por sus instrumentos. El principio de la educación es, pues, evidentemente el único que vale, pero el campo de la educación es mucho más vasto, sus medios más diversos de lo que Godwin ha podido ver entonces.

Pudo ver, al contrario, la revolución francesa culminando en una dictadura progresiva, dictadura de los partidos, de las facciones, de los comités, de los directores y en fin la de un solo hombre, el tirano de los antiguos tiempos, el usurpador, el primer cónsul, luego el emperador, Napoleón. Ha visto igualmente que los medios revolucionarios de Londres sufrían esa misma influencia y en la asociación más activa entonces, la London Corresponding Society, las opiniones de los adeptos de Godwin, a quienes se llamaba perfeccionistas, los amigos de la propaganda educativa fueron dejados en minoría por los partidarios de la acción que terminaría imponiendo su voluntad de manera revolucionaria. Godwin tenía fe en las revoluciones que se denominarían — según su punto de vista — naturales, como las de 1776 y 1789, — pero no creía en las revoluciones que podríamos llamar artificiales, insurrecciones de minorías que, si triunfasen, se verían obligadas a mantenerse en el poder por la fuerza, por la dictadura. Era inevitable, pues, que hubiese grandes disentimientos entre él y los revolucionarios autoritarios, principalmente su jefe más activo y apasionado, John Thelwall.

Godwin había prestado buenos servicios a los revolucionarios perseguidos; principalmente cuando su gran proceso fué inminente en octubre de 1794 y el gobierno estaba dispuesto a ahorcar a los condenados y a proceder, después de ese proceso, a una proscripción general de los hombres avanzados en Inglaterra y en Escocia, — entonces fué Godwin el que en una carta famosa al *Mornig Chronicle* del 20 de octubre, las *Cursory Strictures*... (Crítica rápida de la memoria del juez Eyre a los grandes jurados), puso el dedo en la fábula de la acusación formidable, acusación que presentaba todos los numerosos hechos de la propaganda revolucionaria de la asociación perseguida para deducir del conjunto en la intención insurreccional de los acusados, por consiguiente en su culpabilidad, que los entregó al verdugo. Godwin protestó tan altamente contra esa manera abominable de *construir* un crimen no consumado (constructive treason) que todo el mundo se indignó, y a pesar de las numerosas pruebas *parciales* presentadas al jurado, el jurado absolvió al primer acusado, Thomas Hardy, después de un nuevo proceso al segundo, John Horne Tocke, después del tercer proceso a John Telwall y entonces fué sobreseída la causa contra los otros prisioneros y la persecución general no pudo hacerse. Godwin había dado en un momento decisivo ese golpe de mano inteligente y feliz que salvó a muchas víctimas y a él también.

Pero, como he dicho ya, el abismo que le separaba de los revolucionarios autoritarios de entonces era tan profundo como el que separa hoy a los anarquistas y a los bolchevistas y en el fondo hubo exactamente la misma diferencia fundamental. El primer anarquista de esos tiempos, aislado necesariamente, aunque muy admirado y seguido por cierto tiempo por algunos jóvenes, incluso esos poetas de gran talento, los Shelley, los Coleridge y los Wordsworth, — el primer anarquista, pues, no pudo hacer frente largo tiempo, casi solo, a todos los que se encarnizaban contra él, primero los revolucionarios autoritarios, los bolchevistas de aquella época, luego poco a poco la burguesía tomó aliento y comenzó ella, impregnada de moralidad, a atacar a Godwin ante todo bajo el aspecto *moral*.

Estaba unido, primero en unión libre, con la mujer que reivindicó entonces más alta y generosamente los derechos femeninos, Mary Wollstonecraft, y después de

su muerte prematura escribió su vida y publicó sus escritos póstumos. Esa fué la señal para la trahilla de la moral oficial inglesa para rodar sobre él — y en general la reacción inglesa, no atreviéndose a herir directamente después del fracaso de las persecuciones de 1794, organizó entonces, sobre todo en 1797-1801, un verdadero fascismo literario, un asalto *outrancier* por todos los medios del insulto grosero y de la calumnia vil contra todos los hombres avanzados, el matiz bolchevista tanto como el matiz anarquista. Fué la época de las publicaciones llamadas anti-jacobinas, de periódicos, poesías, caricaturas, novelas, etc., teniendo todos por objetivo arruinar en la opinión pública a los amigos de la revolución. Y ese fascismo tuvo pronto el apoyo de diversos antiguos entusiastas principalmente los jóvenes poetas mencionados que volvieron todos a la religión, a la moral, al patriotismo y al seno de la burguesía.

Todo éso presenta similitudes notables con nuestra época en Europa, donde la voz de la libertad fué ahogada lo más posible por el bolchevismo y donde luego surgió el fascismo que se apresta a dar el último golpe a todo lo que queda en pié.

Debemos luchar por quedar en pié en nuestro tiempo, cuando nuestras ideas han adquirido sin embargo cierta base sólida y, esperémoslo, indestructible. Es fácil figurarse que Godwin, tan aclamado y halagado en 1793, aislado por lo que ocurrió sobre todo desde 1798 a 1801, no pudiese hacer frente a todas esas pasiones desencadenadas contra él — después de su última publicación, digna respuesta a sus enemigos, publicada en 1801, abandonó la lucha directa, sin abandonar sus ideas. No rompió su pluma, porque tuvo que escribir para vivir y ha escrito aun mucho, pero aun introduciendo un poco de educación para la libertad en sus escritos hasta el último día de su vida — escribió hasta su muerte, a la edad de 80 años en 1836 — no volvió sobre el conjunto de sus ideas que reposaba en *Political Justice* de 1793, libro que el gran público no leyó entonces, bien que conservó un vago recuerdo que fué un ataque terrible, pero rechazado, contra todo lo que es sagrado al buen burgués, pero que hombres de valor intelectual consultaron siempre y apreciaron sin inspirarse en todas partes en él, a excepción del joven Shelley.

Queda el problema de cómo en los 43 años de su vida que sucedieron al libro de 1793 modificó Godwin indudabemente una parte de las ideas de *Political Justice*, aun permaneciendo fiel, como se sabe, a su conjunto. Hubo en su vida privada desenvolvimientos que disminuyeron su valor moral y que han podido influir en sus ideas deteriorándolas; hubo también (y esto será en relación con el factor que acabo de mencionar) el aislamiento a su alrededor hecho por sus enemigos hacia 1801 y que habría podido crear una verdera resolución, una falta de fe en el progreso hacia la verdadera justicia por la razón, — y está, también, ese otro factor poderoso: mayor experiencia, reflexión, en una palabra lo que produce modificaciones que son mejoramientos y que un hombre, petrificado en sus ideas o demasiado vanidoso o perezoso para continuar estudiando y aprendiendo, sería el único que rehusaría hacerlo. Sería importante examinar desde este punto de vista libros como: *The Inquirer*... (El investigador: reflexiones sobre la educación, los hábitos y la literatura), una colección de ensayos de 1798 y sus *Thoughts*... (Pensamientos sobre el hombre, su naturaleza, sus producciones y descubrimientos) de 1831 y sus ensayos póstumos (1873) o como lo que ha puesto en sus novelas, muy filosóficas a menudo, como *Caleb Williams*, 1794, *St. Leon*, 1799, *Fleetwood*, 1805, *Mandeville*, 1817 y otras dos, etc. Hay que lamentar mucho que no haya escrito dos libros *Firts Principles of Morals* (Primeros principios de moral) y *Two Dissertations*... (Dos disertaciones sobre las razones y tendencias de las opiniones religiosas) proyectados en 1789.

Yo no hice esa investigación de que hablo, pero según las indicaciones dispersas en la biografía de Brown, veo que Godwin sintió que había contado demasiado exclusivamente con la razón en el hombre y que comprendió la necesidad de agregar como motor poderoso de sus actos el sentimiento (feeling). No se sentía ya el derecho a dictar a la razón que dominara el sentimiento. Eso quiere decir, si comprendo bien, que sintió la necesidad de aproximarse a la verdadera vida humana, a la naturaleza, y humanizar así su obra. El siglo XVIII en sus mejores producciones vagó muy a menudo con mucho exclusivismo en las alturas frías de la razón o bien se sumergió demasiado en las profundidades del sentimiento y de las pasiones; Godwin habría querido dar libre desarrollo a ambos si hubiese rehecho su obra. ¿Lo habría conseguido? Lo ignoro, y tantas circunstancias adversas obraban sobre él, desde 1801, que es tal vez mejor que no haya llegado a tocar el gran monumento de la futura libertad humana erigido por él, al saludarle, el primero, en 1793, año que vió la autoridad en su apogeo en Robespierre, pero también la libertad en *Political Justice*.

Lo que hay que lamentar para siempre es que cuando el joven Shelley, entusiasta del Godwin de 1793, por la lectura de su libro, encontró al Godwin de 1812, no quebrantado, pero gastado y maltratado por la vida, fué ya tarde, parece, para que hubiese podido producirse una cooperación feliz y fructuosa del filósofo desilusionado y del poeta de primer orden, entusiasta e impetuoso de acción.

Pero si Godwin fué aislado por la pasión de los autoritarios, arruinado y reducido al silencio por la sociedad que se volvió feroz, sintiéndose amenazada en sus usurpaciones y goces, su pensamiento obró siempre sobre los mejores hombres de su tiempo — asunto muy poco estudiado aún. En el libro de Brown nos dice que en 1816 Robert Owen iba a verlo y conoció sin duda su obra mejor de lo que permite constatar hoy la ausencia de documentos. Dijo a la hija de Mary Wollstonecraft, entonces, que no había encontrado una mujer que pensara tan exactamente como ella (murió en 1797) o que haya entrado tan calurosamente y tan asiduamente en sus planes. De Owen escribe entonces uno de los godwinianos temporales y reaccionarios después, Southey, que "Owen fué ni más ni menos que un *pantisócrata*, como yo lo fuí en mi juventud" (en 1794), es decir uno de los que en *pantisocracia*, en un valle feliz de América, soñaba con realizar las ideas anarquistas de *Political Justice*, sueño hermoso, pero breve.

La obra de Godwin crece cuanto más se le examina de cerca. He ahí un poco de la historia del primer libro anarquista.

VIENA — MARZO DE 1926

At—

POR LOS SALONES

Exposición de pintura española (Witcomb)

Estas muestras que eufemísticamente se clasifican de pintura española, se vienen sucediendo año tras año sin otra finalidad que la del sórdido mercachiflismo. Casi nunca respondieron a su denominación pretenciosa. No siempre pudo ser un índice de la producción pictórica contemporánea de España. Al contrario, si tuviésemos que juzgar el arte de ese país por los cuadros de esos pintores que fueron turnándose en una rotación monótona, un muy pobre concepto nos formaríamos de él. Pero nosotros jamás le inferimos esa ofensa.

En efecto, el número de principal atracción de estas exhibiciones de *bric a brac*, lo constituyó invariablemente Joaquín Sorolla. Desde ahí para abajo, los valores siguen degradándose hasta descender a las nulidades más insulsas, sin una pizca de sal o de espiritualidad.

Hace tiempo, pero mucho tiempo, diríamos siglos, que Sorolla fué enterrado en la fosa común de las mediocridades brillantes. En el orden español es un artista de segunda o tercera clase, y en el orden internacional poco cuenta entre los valores absolutos. Desde la lejana época en que lo elogiara aberrativamente Mauclair, como él solo sabe hacerlo, señalando a la admiración parisiense esos *tonos blancos sobre blancos* como algo portentoso; y desde su prestigio casi triunfal con ventas fabulosas en Norte América mucha agua renovadora pasó bajo las arcadas de ese hondo e inefable misterio que son las Bellas Artes. Y son esas aguas del tiempo las que están borrando, ahogando su memoria, porque ellas fueron siempre las grandes niveladoras.

Pero digamos en pocas palabras desapasionadas y serenas, qué representa la obra sorollesca como creación de arte. Su pintura no se distingue por la más leve originalidad en su sentido intenso, y apenas es una manifestación personal de verismo, realzado por algunas recetas hurtadas a los impresionistas franceses. Cultivó lo instantáneo en lo que posee de superficial fotográfico. Su luminismo tan altamente mentado, es de calidad affichesca, conseguido por el contraste de tintas, más que por valores armónicos. Confeccionaba pequeñas manchas en la playa de Valencia — según confesión de su propio hijo — y las agrandaba en el taller, sin estudiarlas para luego organizarlas en forma de composición. Aposta les dejaba ese carácter de repentinismo, como valiosa virtud, inducido ciegamente por la falsa premisa que considera el arte pictórico cual un funambulesco malabarismo y de una espontaneidad caótica. Quizás este Sorolla y Bastida pagó el tributo a la moda de entonces, enamoriscada perdidamente de la improvisación, de las *facturas frescas*. De ahí la ausencia total de un espíritu; una pintura de un pintor sin cabeza, todo manos, hecha de recursos manuales y de una frivolidad abrumadora. Una especie de periodismo pictórico, del cual el artista valenciano fué uno de sus más hábiles *reporters*.

Y este artista ha sido durante años y años de los más expendidos y cotizados en los mercados sud y norteamericanos, siempre presentado por los mercaderes españoles como uno de los probables inmortales de la pintura española.

Sus discípulos, ya de hecho o espirituales, han descendido todavía más a un realismo de copia insubstancial, a veces grosera, otras de una lindura sin importancia, careciendo de valor para reaccionar contra esa nefasta influencia e impermeables para acoger modernas tendencias que bien o mal animan con renovados bríos la pintura contemporánea de Europa. Así trabajan en un atraso de veinte años, no de los centros capitales donde incesantemente se renuevan las fórmulas de arte, sino de la misma Cataluña, subentendido que en Barcelona existen tantos académicos y pintores malos como en todas partes. Lógicamente los Bou y otros estarán entre ellos. Y no hallamos propensos de incluir la mayoría que allí exponen.

La verdad, quitando Mir, con un lienzo de coloración vivaz, ni cerca de lo mejor que pintó, los demas flotan en los dominios de la relatividad, donde todas las disculpas hallan cabida para aminorar evidentes fallas.

Respecto a Romero de Torres, de quien hay unos siete cuadros, ya nos toco comentarlo varias veces, expresando nuestra opinión francamente adversa. Se ha especializado en una pintura de tonos sombríos, malsanos, que doran carnaciones, que modelan formas de intento turbadoras, llevando la inquietud carnal al veedor. Son asuntos y anécdotas para excitación de vejetes valetudinarios y libidinosos, y de elegantes pollas y pollos insexuados. Su renombre es el signo seguro del morbosismo de la época, aunque se trate de exornar su arte como el símbolo de la Andalucía trágica, esclavizada por la desesperada sed del sexo. Literatura, literatura y literatura.

Sin embargo, toda la pintura española no se puede reducir a tan estrechos límites, ni tampoco como una productora de tan magros y malhadados resultados. En una revista alemana, "Deutschekunst Unddekoration", pudimos contemplar magníficas reproducciones en blanco y negro de cuadros de José de Togores, de quien se publican los grabados de dos de sus obras, que sin ser las más intensas de su saber plástico, se sostienen entre las mejores. Relativamente joven este artista catalán con ascendientes andaluces, en edad temprana emigró a París, — creemos que en 1918 — conociendo a Picasso. Influenciado más por la tendencia neo-clásica francesa que por el cubismo, del cual tuvo el tino de apropiárselo en su esencia de doctrina constructiva, tampoco se quedó en ella, en su literalidad, como otros fanáticos, sino que se puso a estudiar atentamente a maestros más modernos, a quienes eligió como a sus predilectos. Renoir fue uno de ellos; Hodler otro y Puvis de Chavannes el tercero. Son admiraciones que Togores confesó sin reparos, ya que poniéndose bajo la advocación de esta prestigiosa y heterogénea trilogía, no tomaría de ellos sino lo inferior, lo no visible a todos los ojos, algo así como hiciera con la plástica cubista.

Reconocido en Francia y Alemania como uno de los vigorosos e inteligentes pintores de la generación que se dió en llamarla ultraísta, siendo él de los potentemente dotados, es casi desconocido en su misma patria.

Parece que realizó sendas exposiciones en el extranjero, tal vez en París y Berlín, y que varios críticos alemanes y franceses — y creemos también algún español —, escribieron monografías sobre su ya abundante obra. Algunas galerías particulares y públicas — como la de Alfred Flechtheim en Frankfurt — poseen telas suyas.

De la contemplación de los meros grabados, se deduce que es una pintura

JOSE TAGORES — "Pescadores"

sana, de firme estructura, de plasticidad jugosa y de composición resuelta. No negaremos que no es más que un excelente eclecticismo derivado, en una única substanciación personal, de las escuelas en boga y de los modernos descubrimientos. Pero el hecho de que a ninguna de ellas las haya empleado servilmente, denota un carácter que posee ya una vía definida para seguir expresándose.

Suponemos que en Cataluña, y otras partes de España, José de Togores no será el único de la joven generación que logre destacarse como un buen artista. Indudablemente existirán, sino muchos, un número bastante respetable. Entre otros, sabemos de la existencia de Mariano Andreu, catalán que expuso en una afamada pinacoteca de París, motivando que la difundida revista francesa titulada: "L'Amour del'Art", le dedicara un artículo.

Pero no serán los mercachifles que organizan semejantes muestras, los que nos harán conocer a esa juventud. Ellos, ante todo y por encima de todo, codician las ganancias inmoderadas como un método cómodo de propaganda educativa del arte. El día que esos muchachos, de tan conocidos, lleguen a ser *pompier*, (bomberos) y les puedan asegurar un buen margen de utilidad, se decidirán a traerlos.

Exposición del Dr. Pedro Figari —(A. A. de Arte)

De este artista doctor, como él mismo se complace en hacer estampar en la tapa de su catalago, hemos emitido juicios poco favorables en las diversas exposiciones que realizara periodicamente, a veces dos y mas en un mismo ano.

Es un pintor, quien no obstante hallarse en edad provecta, demuestra poseer una fecundidad alarmante.

Despues de una gira triunfal por el viejo continente, segun las *sirenas* del periodismo que le cantan a quienes desean perder, presenta la enormidad de 69 cuadros, y algunos de respetables dimensiones.

Por mas buena voluntad que pongamos no nos decidimos a trasegar ese *camelo* de arte, envuelto en muy bonitos colores. El tiempo dira su última palabra. Por ahora constatemos la cansadora monotonía que se exhala de estos asuntos repetidos hasta el agotamiento, desdoblados en ocasiones en dos o tres cuadros. Tampoco sabemos de dónde saca tantos negros africanos. Probablemente se sirve de ellos como notas decorativas. ¡Allá los pobres, que otra vez los exhuman para divertir a sus patroncitos, y él, el doctor y el pintor!

Pero tenemos el pálpito, — sugeridonos por un versado historiador —, que Figari no hace historia, al contrario, la desfigura, ni tampoco buena pintura. Respecto a las actuales 69 obras, podemos declarar que no son ni peores ni mejores de las que vimos siempre. El defecto capital es de ser eternamente las mismas.

En el catálago se incluyen algunos fragmentos de artículos de los críticos europeos, es decir, franceses, que se publicaron acerca de su muestra realizada en París. No sólo vale la pena, sino un Perú — no el presente, sino el antiguo de los Incas —, destacar uno de ellos. Esta trascripción ha de demostrar que hay quien sabe burlarse muy finamente de nuestras pretensiones de poseer un arte americanista y autóctonamente argentino. Es Andrés Salmon, impertérrito defensor de Picasso y sus secuaces. Escribe:

"...Con Figari, gracias a Figari, pintor de los gauchos, la América latina no tiene más que temer. Nosotros no confundiremos más sus gauchos con algunos Tom Mix del cine o de novela de aventuras.

Figari, con una sorprendente felicidad, ha desprendido la poesía de las tierras americanas, de esas inmensidades que componen lo que los viajeros llamaron el imperio del sol, dónde la antigua belleza inaia se funde con la gracia jesuita, dónde la majestad española se funda, sobre un suelo atormentado, dónde se extienden las llanuras con una conmovedora desolación, bellas como el mar, tan crueles como las estepas: la pampa.

Jurista eminente, hombre de fina cultura, Figari que tomó el pincel en la mitad de su vida, confía desde luego que él pensaba menos, entonces, en llegar a ser un gran pintor que en pedir a un pintor sus medios como una posibilidad para rendir inmediatamente sensibles lo trágico y la dulzura de las dos patrias tan estrechamente ligadas, el Uruguay y la Argentina.

...Así nos parece en esta segunda exposición parisiense, que marca sobre la primera un enriquecimiento singular".

Nótese bien que nada dice en concreto de la calidad de su pintura, y en cambio cita al *jurista eminente*, que *con una felicidad sorprendente ha desprendido la poesía de las tierras americanas...*

Que la ironía sea intencional o no, para quien sabe leer entre líneas, existe... Suponemos también que del trabajo de Andrés Salmon, el doctor Figari excogió el párrafo más elogioso, el que más evidentemente le favorecía.

***

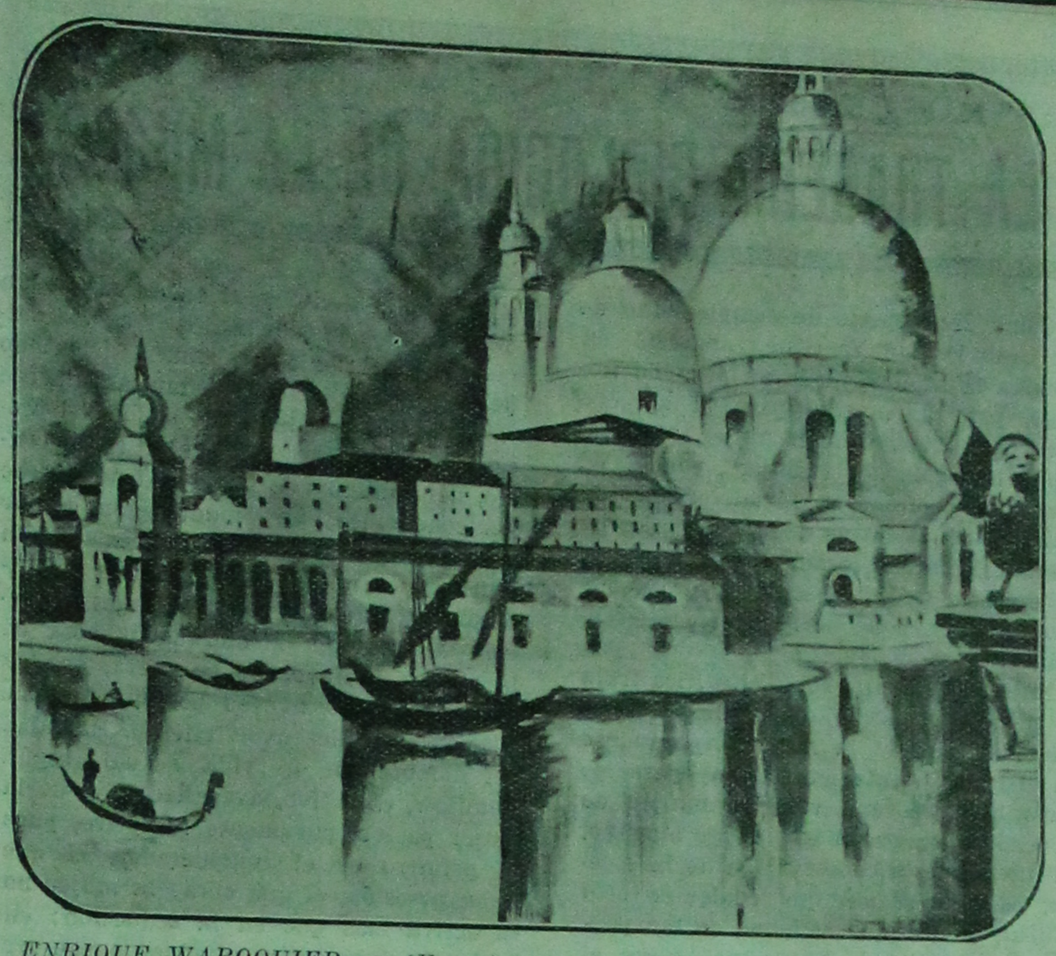
Las artes plásticas en el extranjero

Acuarelas Venecianas
Enrique Waroquier

Un perfume resucita los rasgos de un rostro, el lunar destello de un hombro desnudo, todo un ser.

Es por el color que aquí se resucita Venecia. Ella, por el arte de Henry Waroquier, nos solicita de pronto por la vista y luego por el olfato. ¡He ahí el olor salobre que sube de la laguna y ese frescor sahumado de las sombras! Tened cuidado, el último escalón es siempre viscoso al borde del palacio ducal. El complaciente barquero os ofrece el apoyo de su sólida espalda para saltar a la góndola. Sentado ya, vuestra mano toca los cojines de cuero, sus flecos. Os recuerda la oscilación tan particular de la góndola toda vez que un *vaporetto* acaba de pasar, promoviendo el chapoteo del agua en la superficie.

Contemplando las acuarelas venecianas de Waroquier, mi memoria es como una pieza cuyas ventanas se han abierto bruscamente. Es la pátina rojo-marrón de las paredes enjabelgadas; el verde vidrioso, arseniatado, del domo de San Simeone en frente de la estación. Ese domo es demasiado alto para la arquitectura que lo lleva, un gigantesco huevo de feria, mágicamente colocado sobre un portahuevo. Son también los blancos mates, enlucidos por siglos de vientos marinos y de soles, de la Aduana del Mar, un bello y pequeño monumento en cuya cima tornivuela una diosa de oro sobre un globo negro. A la derecha y a la izquierda los muelles se empequeñecen hasta llegar a un estrecho canal de un arrabal donde tiende la ropa la gente del pueblo. El cuartel de Tattere se halla cerca y la fragata escuela, en cuya arboladura hay un gallo de trapo. Después pequeñas plazuelas cuadradas poco profundas, hechas para las intrigas de los personajes de ese clásico comediógrafo que se llamó Goldoni.



ENRIQUE WAROQUIER — (Venecia) "La Aduana y la Iglesia de La Salute"

Digámoslo de una vez: Waroquier no nos habla de la Venecia artificialmente feérica, empavesada por un eterno sol crepuscular, que tiene por cuna la paleta arbitraria, la paleta rutilante de Turner o de Ziem. Sus acuarelas se ejercen sobre vuestra sensibilidad por el influjo del humilde, despótico prestigio de la verdad.

—

Verdad inteligente y reflexiva, servida por los recursos y la aparente torpeza de una inimitable técnica: los mejores pintores de Venecia no fueron virtuosos, y sí obreros bien pertrechados. Recuerdo a Canaletto, diseñando sus arquitecturas con la paciencia y la lealtad de un geómetra, de un perspéctico; recuerdo a Corot, que coloca a San Jorge en la laguna con la ingenua confianza del infante que posa su pequeño barquito sobre una fuente. Sueño con Whistler trazando sobre la plancha de cobre esas delicadas maravillas, esas líneas tan sutiles, cruzándose, entrelazándose, que uno no osa respirar como si se hallara ante una tela de araña, pero como ella son de una precisión estrictamente infalible.

JOSE TOGORES — "Desnudo"

Rememoro a la Venecia de los hermanos Bellin, a la de Mansueti, de Carpaccio. Recordad sus grandes telas decorativas — conservadas en la Academia — que demuestran un espíritu de análisis a la vez dócil y caprichoso al pintar las regatas en el Canal, las procesiones náuticas, con sus personajes vestidos como pájaros multicolores, destacándose sobre las fachadas color cuero, color de hoja muerta y de flores mustiadas.

A través de las edades, la Venecia carpaccinesca y la de Waroquier, se reunen. ¿En qué se parecen ellas? Puede ser por esa riqueza grave y por su coloración, y asimismo porque son pobladas por un sinnúmero de personajes. No son una de esas acuarelas animadas por una población abigarrada. No son figuras que posan para el pintor, como se encuentran en las telas de un Leopoldo Robert, y sí figuras familiares, gentiles, verídicas, sin que por ello sean servilmente veristas. Todos los venecianos, que sean ellos de origen o de adopción, las reconocerán sin ninguna dificultad: marineros, soldados, paseantes con negras chalinas, curas, mendigos y barqueros: los campesinos de *tierra firme* dormitan sobre sus banastas concluído el mercado; el vendedor de pescado corre por los muelles; el vendedor de pulpos, mariscos, extiende sobre las lacas de la acera su mercadería rutiladora, viscosa y transparente. Una nube de chiquillos se agrupa a su alrededor. Estos son los personajes habituales de sus acuarelas. Su verismo se alquitara por su fantasía. En ella no hay un solo turista. No los encontró. No halló a su paso las tropillas migradoras de extranjeros excéntricos saliendo del Danieli o del Grand Hotel. Es que fué él quien no quiso cruzarlos al paso.

Malgrado el prestigio de un fatigoso pasado, no obstante las sagradas sombras que la visitaron y que la cortejaron, haciéndole el amor con sus liras y paletas, esas sombras encantadas que Barrés viera flotar en las corrientes del Adriático, Henry Waroquier pudo pintar Venecia con el amor ferviente y humilde de cualquier pintor desconocido de los burgos catalanes y bretones, que también se enamoraron de esa señora de las aguas.

Conservar esta perfecta virginidad puede ser acaso un milagro, y quizás sea esa la mayor razón para explicar el hondo y duradero encanto que ejercen sobre nosotros esas acuarelas.

J. V.

***

LEON WERTH

Pintura antigua y moderna

En los últimos años del siglo XIX, las jóvenes confinadas a cualquier provincia, tañían el piano y pintaban flores sobre porcelana. Tal era el arte en la familia, pilar de la burguesía. También las familias sabían que el gran arte estaba encerrado en los nichos de los museos. La importancia estaba perfectamente determinada por los críticos de arte del Baedeker, o sea la guía internacional de las ciudades. Los viajes de boda formaban la educación de las jóvenes esposas. Regresaban de Italia reteniendo algunas veces el nombre de Tiepolo. Todo estaba ordenado y en su propio lugar. Los maestros de otros tiempos eran de la época de los viejos maestros, como el siglo XIX era la época del maquinismo, o la época del progreso. La burguesía sabía en qué templos oficiar: los museos eran los dioses. Se hallaba completamente segura y tranquila, como que hay un dios en los cielos. Sin duda, el arte del presente no puede igualar al del pasado. El pasado había venido al mundo con olor, color y sabor del pasado. El pasado había venido al mundo con su misterio. El presente no era más que un tiempo sin pátina, tiempo al alcance de la mano. Pero ninguna época puede hacer a menos de los pintores, garantizados por el gobierno. Son los generales del arte. Se les reconoce fácilmente por sus medallas.

Sin embargo, por la abundancia de los problemas planteados, por la riqueza de las obras, por el poder de un lenguaje jamás inmóvil, evolucionando bajo la apariencia de mutaciones bruscas, el siglo XIX igualó en Francia las más grandes épocas de la pintura. La gran burguesía, y la mediana burguesía, no lo sabía. El abogado, el escribano, el médico iban a visitar el Salón de Primavera y, cuando no podían costearse hasta la metrópoli, contemplaban en la vitrina de la calle principal de su pueblo una naturaleza muerta bien masillada, o flores rizadas con unas tijeras de hierro caliente, por el pintor local. La burguesía no conocía el nombre de Cézanne. Los que se reían de Cézanne eran iniciados, estetas. La burguesía se arrepiente hoy de esta ignorancia. De haberlo sabido, habría comprado.

Un arte puede frutecer, madurar, sin tomar contacto con la muchedumbre. La

pintura del siglo XIX es una prueba. Se dice que los pintores gustaban pintar para ellos, para algunos amigos, algunos mercaderes y para el extranjero. Y el hecho, si nos atenemos a la lógica, aparece tanto más extraño cuanto que la pintura — de Corot a los impresionistas, por ejemplo — nunca tendió a lo exotérico, variando sin brutalidad, según leyes internas, no contrayéndose según las fluctuaciones de las estaciones y de las modas. Siempre, por esta ausencia de contacto entre los artistas y la multitud, los jóvenes que se destinaban a la pintura debían, en sus principios, cruzar una suerte de *no man's land*, o sea una tierra sin hombres, vulgo desierto.

Los tiempos cambiaron. Los filisteos han muerto. Todo pasa, diría un sabio, como si los filisteos hubiesen verdaderamente muerto. Se escucha jurar, por bajo los bigotes, pero contra Picasso. Ahora las viejas mansiones de provincia abrigan entre sus paredes telas modernas. La dueña de la casa las muestra con orgullo, con la misma clase de orgullo como si exhibiese un vestido de la calle de la Paix, — calle de las modistas y modistos. Sigo dócilmente a la dueña de la casa, levanto la nariz y los muros empiezan a desfilar. Es como si ella me dijera: Es pintura confeccionada por los modistos de la famosa casa Poiret. — Tengo unas ganas locas de gritarle: Ponga los cuadros de los académicos más en boga, Carolus, Gervex, Merson y etc.

Parisino o provincial, el esnobismo fué musical y literario. Lo es también pictórico, pictórico ante todo. He ahí modificadas las relaciones entre el artista y el público. No hay más el desierto por medio entre una y otra mitad. *No more the man's land*. Los diarios hablan de los pintores casi lo mismo que de los figurones célebres, cantantes, ladrones, políticos. Las revistas los interrogan de los problemas de estética y sobre los deportes de las vacaciones. Los mercaderes de cuadros tienen negocios tan lujosos como los comerciantes de autos. ¿Qué será del destino de esos pintores, en esta feria de la pintura en que se ha convertido París? ¿Serán ayudados o aplastados por estas nuevas costumbres? El talento, ¿tendrá menos que penar para vencer la universal apatía con obras fáciles, que las que se necesitaron para vencer la indiferencia y la rutina? Se ha desarrollado una clase de periodismo de la pintura, ¿será éste menos de temer que la mediocre, la sana pintura, pero honesta?

---

(1) León Werth, ferviente admirador de Octavio Mirbeau, su discípulo iniciado por él en la vida literaria, es uno de los escritores que más aguda y finamente satiriza las instituciones burguesas, sus costumbres, sus corruptelas y principalmente el arte apoltronado de alcoba y cosquilla de la burguesía. Autor de varias novelas de tendencia satírica y social por ejemplo "Clavel" (*), algo de terrible y sarcástico contra la guerra, se le proclama como el heredero de la tendencia mirbeauniana.

Es que lo sugiere Romain Rolland en una especie de retrato que hizo de Werth, en ocasión de un homenaje organizado por los escritores de las izquierdas. Traduzcámoslo, porque es una de las siluetas más justas que se ha hecho de este escritor. Escribe Rolland:

"León Werth es un artista y un hombre libre. Por eso me es doblemente caro. Amo ver en la fiereza de este escritor el heredero de Mirbeau. Posee la ironía vengadora, el desdén poderoso, la sana misantropía, y esa llama de arte cuyo esplendor ilumina hasta la nada.

"Pero su voz no tiene la sonoridad de las trompetas de Mirbeau, soñando en el desplome de las viejas murallas fétidas de una sociedad corrupta. Mirbeau creía en los hombres y, malgrado todo, creía también en la victoria final. Mirbeau vivía aún en los tiempos de las grandes ilusiones, — Werth no conserva ni una.

Yo conservé algunas todavía. Creo en los hombres. Y sé que existen: Aquel que despojado de todas las ilusiones, sostenido por el solo vigor de una vida ardiente, camina al borde del abismo, con una alegría intrépida, que desdeña la esperanza, — ese es un hombre.

Y ese es León Werth."

En ese breve trabajo "Pintura antigua y moderna" están contenidas en potencia esas cualidades que indica Rolland. Es muy poco ello para caracterizar un escritor de tan copiosa producción y de excepcional mérito como lo es la de Werth. Nos proponemos, pues, de hacerlo conocer mejor en números subsiguientes del Suplemento.

(*) *Clavel soldat*, — roman (Albin Michel, editeur, 1917. — *Clavel chez les mayors*, 1918. (*Clavel Soldado y Clavel entre los mayores*).

MARIA KRISCHE

LA TRAGEDIA BIOLOGICA DE LA MUJER

Como una especie de complemento de los trabajos de Vaerting, apareció en alemán la traducción de un pequeño trabajo, pero importante para la apreciación del problema de la mujer, "La tragedia biológica de la mujer", por A. W. Nemilow, profesor en la universidad de Leningrado. Mientras que los trabajos de Vaerting hacen resaltar esencialmente lo unitario de lo masculino y lo femenino, aquí se pone de relieve lo diferencial.

En forma sencilla como científica trata el médico el hecho de la molestia sexual especial de la mujer. Apoyándose en el conocimiento que no hay para los seres humanos una vida al margen de la sexual, demuestra que el ser humano, en interés de la conservación de la especie, es más sexual que cualquier otro animal, incluso que el mono de tan ponderada sexualidad. El animal sigue el impulso sexual sin conciencia de las consecuencias. Pero el hombre es un animal cerebral, relaciona con el pensamiento el acto sexual, con lo que de él resulta y puede estimar lo que significa para él el parto y el hijo. Ese hijo es una personalidad fuera de él mismo, a quien tiene que aportar sacrificios. El individuo en sí no tiene un interés especial en que la especie continúe. De ahí que puede presentarse el caso que el hombre consciente eluda la conservación de la especie que pesa sobre él, cosa que no hace nunca el animal. Por eso en los seres humanos son necesarios "medios de atracción de la naturaleza" más fuertes, y como tales obran los órganos sexuales para ponerlos al servicio de la conservación de la especie. Nemilow se refiere a la magnitud de los órganos sexuales, que pone en relación con el peso del cuerpo y afirma que realmente la sexualidad desempeña en los seres humanos un papel más importante que entre los animales.

Nemilow trata luego, en diversos capítulos, de las diversidades sexuales del hombre y de la mujer, que según él pesan tan amplia y unilateralmente sobre la mujer que en base a ese yugo dado por la sexualidad, habla de una *tragedia de la mujer*, tragedia sin solución porque es inmutable. Aparte del breve período de la vida infantil hasta la madurez sexual, está la mujer continuamente bajo la presión de la función sexual. Distingue cuatro períodos en la vida femenina. El primer período hasta la primera maduración de un óvulo del lugar femenino de reproducción, que se anuncia por la aparición de la menstruación; el segundo período hasta el primer acto sexual; el tercer período y el más importante, porque es el más activo, desde el primer acto sexual hasta el climaterio, y el cuarto, el período de la ancianidad. La imaginación y la menstruación tienen un grandísimo influjo en el sistema nervioso y en la fuerza de trabajo. Modificaciones esenciales se establecen en ese tiempo en la mujer normal, completamente sana, modificaciones en la presión sanguínea, en la actividad del corazón, en la menor fuerza de resistencia contra las causas de enfermedad; si la mujer no es enteramente sana, el equilibrio psicológico en esos días padece. Se ha comprobrado también elevada inclinación al delito y al suicidio. (Según Weinberg, más de la mitad de los suicidios femeninos corresponden al período de la menstruación). Simultáneamente es dada una detallada exposición del proceso de la maduración ovular en el ovario, del camino que sigue el óvulo, y de las conexiones entre maduración ovular y menstruación, sobre lo que existe aún mucha oscuridad. No es ninguna purificación para el cuerpo, sino una reducción de la vieja membrana mucosa de la matriz en favor de la nueva, que da al nuevo óvulo nuevas posibilidades de fijación y de desenvolvimiento. El papel del hombre en la vida sexual, según Nemilow, es activo, avasallador, el de la mujer pasivo, puramente receptivo, pues el primero es el conquistador, el que toma posesión, el que obra; la mujer no es activa más que en la seducción; en lo demás es receptiva; incluso puede ser receptiva sin estar sexualmente excitada. Por eso la sexualidad, según Nemilow, fortifica las fuerzas creadoras del hombre y aumenta la pasividad de la mujer hasta el desprendimiento personal, inspirándola con "las tiernas esperanzas y el deseo" de ofrendarse. Frente al hijo, la mujer, a pesar de todo el malestar de los nueve meses, no puede sentir la alegría del creador, pues no depende de ella "el que nazca un Newton o un majadero" (¿depende del hombre activo, tal vez?). Como desventaja de la mujer, se menciona también el hecho de la frialdad sexual femenina muy difundida. (Según M. v. Kemnitz, en algunos pueblos, del 60 al 80 por ciento de todas las mujeres son sexualmente insensibles). Después de una discusión profunda de los peligros del parto, que en los seres humanos es más doloroso que en los animales y más peligroso, a causa de la estrechez pelviana condicionada por la posición vertical, de la fundición del feto con las paredes de la matriz y a causa de la forma redonda de la cabeza del niño en cambio de la cabeza puntiaguda del animal, se refiere Nemilow a la molestia ulterior con el amamantamiento del niño, que impresiona nuevamente el sistema nervioso y puede conducir a perturbaciones psicológicas, finalmente a la unión con el niño durante un largo espacio de tiempo, que comienza con la "sensibilidad nativa del sistema nervioso de la mujer para el encanto del propio hijo" (instinto maternal). Según Nemilow, la parte del hombre en la conservación se agotó en el acto sexual. En su alma no tiene lugar "una desfiguración de la perspectiva", es decir una ilusión a favor del niño, como en la madre. Aunque la ley, la educación social le obligan a preocuparse del hijo, hasta a sacrificarse a él, eso es algo exterior que no nace del propio impulso. La conclusión de las investigaciones es constituída por una exposición del climaterio, que se produce en la mujer de diez años antes de la falla sexual del hombre y según Nemilow es de consecuencias mucho más vastas y más destructivas para la vida intelectual.

Cuando se está al fin del pequeño trabajo se comprende su título. Es realmente una tragedia la que aparece ante nosotros y se comprende ahora la vía dolorosa que tuvo que recorrer la mujer en la historia de la civilización. Ningún hombre dejará ese libro de la mano sin que le venga a la memoria la oración del judío piadoso: "Señor Dios, te doy gracias por no haber nacido mujer". Queda uno directamente conmovido ante la injusticia de la naturaleza, que puso todo lo trágico en uno de los sexos. Frente a ese duro yugo biológico (dado por la naturaleza) no es fácil creer en la igualdad de la mujer respecto al hombre, en favor de la cual habla Nemilow, refiriéndose a los experimentos de Steinach, que mostraron que se puede cambiar el carácter masculino en femenino (de conejos hembras resultan animales que tienen la apariencia y el comportamiento de machos, cuando se les injertan glándulas germinales masculinas, y viceversa) y la participación de la mujer en la vida pública rusa. Nemilow ve en la limitación de la natalidad, que no debe ser obtenida por el aborto, sino por medios preventivos eficaces como los que hoy existen, un aseguramiento de la fuerza creadora espiritual de la mujer y concluye en la interrogación: ¿cómo se hará frente luego en todos los Estados al retroceso catastrofal de la naturaleza?

La demostración científica del recargo sexual particular de la mujer es indudablemente tan convincente que hay que concordar por completo con el investigador ruso cuando resume su demanda con estas palabras: "dado ese yugo biológico de la mujer, no puede tratarse más que de hallar una forma sexual en que menos influencia tenga ese yugo". Entre nosotros la situación particular de la mujer ha sido poco reconocida, y muy poco reconocida también la necesidad de una nivelación económica y psicológica. La legislación sovietista y la segunda Internacional defienden el punto de vista de la necesidad de una protección particular a la mujer frente a la concepción defendida por las mujeres de la burguesía anglo-sajona, que reclaman simplemente los mismos derechos por el mismo trabajo.

Como casi todo el que defiende nuevos pensamientos, también Nemilow parece sobrepasar el objetivo. Otras investigaciones médicas, como las de la doctora Matilde v. Kemnitz, que se ocupó ya hace años de esos problemas, ponen en duda que sean tan grandes los daños de la menstruación en el sistema nervioso que no puedan ser reducidos por la voluntad de la mujer instruída y sana a un mínimum insignificante. Cuando se habla de suicidios femeninos en el período de la menstruación habría que dar al mismo tiempo cifras para saber si en general corresponden más suicidios al sexo femenino que al masculino, lo que me parece muy dudoso.

Las preñeces no son nunca para la mujer instruída estados persistentes. La maternidad y el amor inclinan a la mujer ciertamente a la abnegación, pero eso es individualmente muy distinto, en todo caso no quiere decir de ningún modo que la mujer deba sentirse feliz sólo en las ofrendas. Tampoco necesita vivir la mujer en el amor tan receptivamente como es hoy el caso, considerándosela como inferior desde el punto de vista de la sexualidad. Una parte esencial en la situación oprimida de la mujer está en su pasividad. El hombre es el poseedor indiscutible de la mujer, no pregunta si está cansada, menosprecia todo lo necesario al despertar de la mujer. No tiene en cuenta lo que llamamos el ritmo femenino, los períodos de mayor sexualidad de la mujer, antes y después de la menstruación. Conocemos aun demasiado poco las condiciones en que tiene lugar la satisfacción sexual de la mujer.

Lo más discutible me parece la actitud de Nemilow ante la paternidad, aunque no está solo. Falta todo ensayo de una demostración de que el padre no tenga ese sentimiento especial para el propio hijo. Nemilow pasa por alto completamente que la seguridad de la conservación de la especie está garantizada, no sólo por el aumento del impulso sexual, sino también, y tal vez en mayor grado, por la mayor protección a la niñez, tal como podemos observar en una elevada evolución de la vida. En los seres humanos esa evolución culmina en el instinto maternó y paterno *consciente*. Ya los animales superiores, como lo ha expuesto hace poco el profesor Alverde en su sociología animal, conocen la paternidad. Se ejerce en la cooperación durante el tiempo de incubación, que observamos en la

mayoría de las especies superiores, instinto defensivo frente a la hembra y a la cría, y constituye una especie de estación de socorro y seguridad para la madre y el hijo. Pero si no existiese en el hombre nada frente al fuerte instinto materno, ambos sexos deberían hablarse, como dice Nemilow, en "idiomas distintos". Pero se vuelven a encontrar en la condición de padres, y eso demuestra aun que la igualdad de la especie supera a la diversidad de sexo.

En resumen, es un libro extraordinariamente digno de lectura al que, pasando por alto la crítica a algunos detalles, hay que reconocer su veracidad en lo esencial. (De "Urania", Jena).

***

LA PATRIA

Para el campesino, la patria es el valle que lo vió nacer. Para el aldeano, la patria no tiene más circunferencia que la de las oscilaciones de la campana de la capilla. Para el provinciano, la provincia. Para el nacional, no hay más hermanos ni semejantes fuera de sus fronteras. Y para los espíritus vastos y serios que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la nación, la patria es la Humanidad; el pueblo, el género humano.

* * *

La sociedad actual de Sud América no difiere de la vieja sociedad de la Europa feudal, sino en la forma exterior. En el fondo no es otra cosa que un arreglo en que unos pocos individuos privilegiados viven del trabajo común de los otros.—

JUAN BAUTISTA ALBERDI

QUIEN LA HACE, QUE LA ESPERE...

Bajo mi vista tengo una circular firmada por un grupo de trabajadores afiliados al partido comunista de Rusia. Se trata de descontentos de la extrema izquierda que se indignan y protestan contra la conversión de la derecha por la fracción que detenta el poder, y contra su política que sacrifica los intereses del comunismo internacional a los particulares de Rusia. Los miembros de ese grupo se quejan de ser maltratados y perseguidos... Sus camaradas G. Myasnikoff, N. Kusnezozz, Prestanof, etc., fueron deportados a Siberia. Las expulsiones de Moscú no se cuentan más por lo numerosas.

La lectura comenzaba a interesarme, cuando algunos renglones más abajo leo que estas medidas represivas están muy bien al adoptarse contra los socialistas de la extrema derecha, o sea los mencheviquis; pero son inadmisibles si se aplican a los mismos comunistas de la extrema izquierda. El termómetro de mi simpatía de pronto descendió bajo cero.

Quien admite la cárcel para los otros debe prepararse para sufrirla él también. Y bien considerado todo esto, encuentro que los plañidos de estos comunistas, son poco elegantes. (*De "En Dehors" de Orleans*).

Creemos que con lo transcripto de la nombrada revista, sobran los comentarios que podamos hilvanar nosotros sobre la actual situación política rusa.

P. J. PROUDHON

La propiedad intelectual

El soldado da su vida por su país sin haber recibido otra cosa que su sueldo, es decir, lo estricto necesario. El cantor que pone en palabras, en música, si queréis, lo que el otro ha puesto en acción, *morir por la patria*, exige más que vivir: ¡exige una corona, campos, prados, viñas, propiedades!

Lucía de Lammermoor expira al saber el regreso de su prometido: da su vida con su amor, al hombre que abandonó por obediencia, creyéndolo muerto, y cuando no puede darle ya nada. El *maestro* que borda sobre ese tema una ópera, reclama para sus notas, perpetuidad de privilegio; la actriz que las canta, quiere también oro, oro, oro. Lais, pidiendo a Aristipo mil dracmas por una noche, entendía el amor como la cantante entiende el arte. Padres de familia: ¿qué práctica recomendaréis a vuestras hijas: la de Lais o la de Lucía de Lammermoor?

Hay en la Biblia una historia, no más conmovedora, pero más instructiva sin comparación que la de José: es la historia de los Tobías. Tobías padre, vuelto ciego, habiendo perdido todos sus bienes, con su mujer vieja y cacoquina, se resuelve a enviar su único hijo a su antiguo asociado Gabelo, para reclamarle el reembolso de una deuda, su último recurso. El viaje es de trescientas leguas, en país bárbaro, sin caminos, sin policía, lleno de cortacabezas e infectado de malhechores. Si Tobías hijo, con su bastón por viático, conseguía pasar, había que tener la seguridad que con su dinero no regresaría. La madre hace una oposición desesperada. Sin embargo, es preciso partir. El azar hace encontrar al joven un compañero de viaje. Rafael ha visitado todos los países; conoce todos los senderos, habla todas las lenguas, ha estudiado todas las ciencias; ha conversado con todo Israel. Toma a Tobías bajo su protección, le salva la vida al paso del Eufrates, le hace casarse con una bella y rica heredera, se encarga él mismo de llevar a cabo el cobro de la letra; después vuelve a la joven pareja sana y salva, colmada de riquezas; devuelve la vista al ciego, el hijo a la madre. Y cuando las buenas gentes, que lo deben todo a ese desconocido: la vida, la vista, el amor y la riqueza, le ofrecen compartir su fortuna, responde: No me alimento de esa carne. ¿No parece estar oyendo a uno de esos obreros de que está lleno París, que, al ir a su trabajo, se arroja en el Sena helado, salva la vida a un niño inhábil, a una mujer desolada, y no tolera siquiera que se le reembolse el cuarto de jornada que le descontará el patrón? Rafael, a quien la Biblia llama un angel, es el genio que se prodiga, y no acepta por salario más que el don del corazón, igual a él y el único que puede pagarle. Que un literato, sobre esa muestra, escriba una novela: su primer pensamiento será la prohibición de reproducirla. — Yo no soy un angel, observa. — ¡Pardiez, alma grosera, se sabe perfectamente: tú eres un ogro!

(*"Los mayorazgos literarios"*).

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(*Continuación*)

¿No es característico que se haya hecho provervial la manera de hablar y el tono parlamentario como un cierto método escurridizo como la anguila, cortés e hipócrita, en absoluto falso? ¿No da que pensar que en todos los parlamentos sean esas gentes finas, débiles de carácter, aristocráticas, que sólo pueden llamar propia a su lengua que esquiva corrientemente las escabrosidades y asperezas, las que desempeñen el papel principal?

El llamado Estado constitucional, significa una unión, un compromiso del gobierno feudal medioeval, del junkerismo, de la realeza por la gracia de dios, por una parte, con la sociedad burguesa, por otra. Es verdad, mientras esa lucha se ventilaba entre el mundo burgués y el feudal, nuestro puesto estaba al lado de la burguesía; entonces éramos demasiado débiles para combatir simultáneamente contra ambos o para contemplar como espectadores risueños, el combate. Pero hoy la lucha no es ya una lucha aparente, hoy no sólo lucha una concepción de la vida contra otra, sino un interés contra otro. Sólo nosotros, que somos fuertes en nuestra comunidad, tenemos una concepción de la vida, debemos unificar más y más contra nosotros a nuestros adversarios, combatiéndolos a ambos. Dejamos su Estado y sus instituciones capitalistas y sus iglesias y sus parlamentos, estamos fuera de todo eso, y donde no lo estamos aún, donde la miseria nos fuerza a prestarles servicios de esclavos, para ganar el salario en el trabajo, allí cesaremos alguna vez también, cesaremos de una vez, cuando nos parezca conveniente, cuando haya llegado la hora...

La pregunta: ¿qué nos importan las elecciones?, se amplía así: ¿Qué nos importa la política? ¿Somos, como se dice, un partido político, o somos otra cosa, algo más grande? ¿Qué es la política? El arte del Estado, se dice, y esto es justo. Sin Estado no existe diplomacia, ni parlamento, ni política. Pero, ¿qué diablos nos va en el Estado, el sostén del orden social actual? Es falsa la opinión de que podríamos introducirnos, por alguna puertecita excusada, en el Estado actual, y de ese modo obtener nuestro fin. Es falso que esa puertecita excusada, el parlamentarismo, haya quedado abierta por imprevisión, o por necesidad; al contrario, los actuales gobernantes la han abierto de par en par para seducirnos y educarnos para el gubernamentalismo y para los sillones del Estado, y el peligro de que puedan obtener su propósito es grande.

Nosotros no somos un partido político; no queremos hacer ley alguna para establecer el orden en la lucha de intereses y para oprimir a los débiles y asegurar a los ricos; no queremos remendar el mundo actual, para hacerlo soportable, no, lo digo francamente, lo queremos hacer insoportable para empujarlo más rápidamente a su muerte. No conocemos ley alguna entre las diversas naciones; nosotros somos hoy todos unos como proletarios en la lucha contra el capital, y queremos que todos los hombres sean unos como hombres, como individuos en la lucha contra las fuerzas enemigas naturales, en lucha por el progreso y la cultura...

Para conseguir ésto, nos dirigimos ante todo como educadores al individuo. Le decimos: mira, hermano, no existe para tí un deber frente al Estado o la llamada totalidad, no existe ningún deber frente a dios, todo eso es mentira y engaño. Cómo tienes tú que obrar es lo que tienes que creer; sobre eso tú únicamente debes componértelas con tu razón. Y para eso se ha dado, por la descendencia común de todos los hombres, no obstante todas las desigualdades y diferencias, que tengan una sola razón, y que un espíritu moral sea capaz de abarcar al menos lo más grande que ha descubierto y encontrado el más avanzado y elevado de los geniales. Ciertamente, debemos suprimir primero un caos de superstición, de absurdo y de mentira, el pensamiento capitalista ha sido demasiado introducido también en los trabajadores, pero felizmente no lo tolera a la larga con sus intereses y por eso ocurre que la masa obrera tiene tan buena comprensión para toda nueva gran idea. Eso no se aplica a la burguesía, — a ella se le puede predicar la razón todo lo que se quiera, la mayoría burguesa no puede darnos la razón aunque sea honesta. Si un burgués debe dejarse convencer por una idea que corresponde a otra concepción del mundo, entonces tiene que ser un hombre libre, elevado por encima de los intereses de la propia clase. Y esos son pocos.

Pero, ¿quién de los trabajadores no comprende, cuando le digo: pagas impuestos, eres soldado, trabajas en la fábrica, no porque es tu voluntad, sino porque debes hacerlo porque estás esclavizado, porque los que te esclavizan son los más fuertes? Tú puedes, también el individuo puede, tú puedes cesar de trabajar si quieres, pero morirás de hambre; puedes rebelarte contra las leyes del Estado y de la moral que no te interesan, pero serás privado entonces de tu libertad, si no muerto, y eso por vía legal, — pues el derecho es la fuerza. Puedes dejar todo lo que haces, si no es tu voluntad el hacerlo; pero bajo la servidumbre en que estás, no puedes hacer lo que quieres. No puedes satisfacer tu ardorosa sed de instrucción, no puedes crearte una existencia humana, no puedes suprimir del mundo que te asquea la mentira de los negocios, la bolsa, la prostitución, el sacerdocio embustero y el funcionarismo ni la educación juvenil contradictoria que ensombrece el espíritu. En una palabra, no puedes vivir como quieres, debes vivir como quieren las circunstancias mantenidas, defendidas e idealizadas por la sociedad burguesa actual.

En ese estado sólo hay un medio. Todos los que sufrimos bajo esas circunstancias, nos agrupamos en una comunidad militante. No queremos cesar de profesar la razón y de instruir a las masas hasta que hayamos logrado que se unan los proletarios de todos los países, para derribar la concepción capitalista e instalar la socialista. Organicémonos en sindicatos, reclutemos en todas partes, en las fábricas, en las calles y en las plazas públicas, en la familia, en las grandes reuniones. Cuando esa organización libre sea bastante fuerte, entonces cada grupo aislado puede contar con todos los demás en la lucha por el mejoramiento pasajero de las condiciones de la vida, por la reducción de la jornada de trabajo, por la elevación del salario y para hacer frente al capital. Entonces cada grupo particular puede desahuciar provisoriamente la sociedad burguesa, aunque no sea más que para señalar lo qué vendrá. Y esa nuestra organización de lucha debe ser ya un modelo de la sociedad futura. En ella todos obran en cuerpo y alma por los demás, por la causa común; uno para todos, todos para uno.

Por eso os digo: ¡Compañeros, no elijáis diputados al Reichstag! No elijáis representantes que deben combatir por vosotros con discursos parlamentarios. La palabra no existe para la lucha, sino para la enseñanza, y para la lucha no hay representación alguna. Luchad por vosotros mismos, proletarios, no con la lengua, sino con toda vuestra persona; luchad donde la lucha debe ser ventilada, en el terreno del trabajo, y allí no combatiréis solos, sino todos estrechamente asociados y unidos".

Aunque estas ideas no son nuevas, sino un discurso ordinario de propaganda, Landauer tuvo ya desde muy joven ese pensamiento, que profundizó después y propagó con la fuerza sin ejemplo de su idioma, que sólo pocos agraciados pueden llamar suya.

A los 22 años llegó Landauer a Berlín para continuar estudiando. Aquí entró en contacto con Benedict Friedländer, que reunía a su alrededor un grupo activo en pro de las ideas socialistas, pero, sin embargo, no puramente anarquistas. La obra principal de Friedländer: *"Las cuatro corrientes principales del moderno movimiento social"*, ejerció una influencia no

insignificante en los "jóvenes". Friedländer difundió y popularizó en especial las ideas de Eugen Dühring. En el mundo socialista, principalmente en el movimiento marxista, se conoce a Eugen Dühring sólo por el libro de Friedrich Engels *"Anti-Dühring"*. Pero con ese libro no se puede uno dar una idea de la personalidad de Dühring, a cuyos más encarnizados enemigos pertenecía Engels. Es indudable que no se conoce a un hombre por lo que informan sobre él sus adversarios. Dühring pertenece, no obstante el libelo de Engels, a los espíritus más importantes de Alemania, muy superior por sus vastos conocimientos y por su pensamiento genial a Marx y a Engels. Dühring, a causa de su resistencia contra Bismarck, fué expulsado de su cátedra en la Universidad, donde oficiaba de privatdozent pago, y dejado en la miseria. No testimonia en pro del carácter de Engels el hecho de que haya tratado a Dühring como lo hizo. Lo único que se podía reprochar a Dühring es que en su vida — llegó a los 90 años — modificó sus concepciones. Pero esto es comprensible si se piensa que Dühring era un pensador gigantesco y siempre en marcha que no se paralizó en un dogma, sino que aspiró incesantemente a presentar y a resolver nuevos problemas. Así sucedió que Dühring no creó una doctrina y luego se encerró en ella; desarrolló sus ideas más y más, y encontramos en este polígrafo una multitud de pensamientos que ciertamente no pueden ser catalogados en un sistema simple. Lo esencial que distingue el socialismo de Dühring del marxismo, es la acentuación del principio de la personalidad, o como lo llama Dühring, del personalismo. Dühring toma la personalidad individual como objeto de sus consideraciones y vé en el cambio de relaciones de las personas el núcleo íntimo del problema social. Esa ideología alejó a Dühring del marxismo y lo acercó a las ideas anarquistas. El "sistema societario" expuesto por Dühring en muchos escritos, está entre el marxismo y el anarquismo.

En ese ambiente entró Gustav Landauer. No eran las circunstancias exteriores las que lo llevaron a ese ambiente y al anarquismo. Fué su vida interior, su apasionamiento interno, la que indicó a Landauer el camino que estaba forzado íntimamente a seguir.

En Berlín vió Landauer la miseria acumulada; vió al proletariado, no como en Karlsruhe y Heidelberg, sino como una masa enorme, gigantesca Y esto le quitó el sueño largas noches. "Me parece insoportable que pueda comer hasta saciarme mientras los demás sufren hambre". En eso está su profesión de fe socialista. Fué colaborador de un semanario editado por el crítico del lenguaje Fritz Mauthner. Al principio su colaboración era puramente literaria, pero pronto pasó a los problemas sociales y políticos y se hizo netamente socialista.

En el campo socialista dominaba hacia esa época, poco después de la supresión de la ley contra los socialistas, una vida agitada. Los "jóvenes" se desgajaron del partido socialdemócrata y se reunieron bajo las banderas de las ideas anarquistas y en parte sindicalistas. A esos "jóvenes" pertenecía Bruno Wille (que cayó después completamente en el campo burgués), el naturalista W. Bólsche, el escritor Wilhelm Spohr, más tarde también el médico Dr. Friedeberg. En ese ambiente se encontró Landauer y fué pronto uno de los más activos. Secreó un órgano, *Der Sozialist*, y Landauer fué su redactor El periódico fué uno de los mejores órganos socialistas que haya habido en Alemania. Landauer escribió excelentes artículos, en los que defendía un socialismo que no tenía consideración ni con el partido ni con una camarilla; pero ante todo combatió el Estado prusiano. Ya entonces desarrolló Landauer su ideal. La construcción socialista de la humanidad debía ser realizada sin compromisos, desde el principio y de nuevo, desde abajo y en pequeña escala y luego más y más en grande y en amplitud: pero no con los politicantes y por el Estado, eso era la muerte. Fué por encima de la periferia de los partidos y del orden social actual. Y cuando habló y escribió sobre lo que ardía en su alma, no pudo evitar el ataque a la miseria estatal actual y las colisiones con el Estado. La policía prusiana secreta estuvo pronto tras su rastro y la sección política lo siguió en cada paso. Pronto perteneció Landauer a las personas más vigiladas de Alemania. Era caza libre para la policía; sin embargo, persistió inconmovible en su actividad.

El padre de Landauer, un ciudadano tranquilo y bien visto, no pudo comprender que su hijo se volviera anarquista. Las condiciones externas en que había crecido el joven, no daban motivo para una evolución semejante. Pero esa conversión se hace fácilmente comprensible, cuando nos dirigimos al mundo interior del hombre, cuando tenemos presente que los pensamientos y sentimientos y todo el contenido de la conciencia de un hombre no sólo reflejan las condiciones materiales externas, sino que llevan ya desde el nacimiento las predisposiciones para vivir una propia vida individual y original. La herencia de los padres y de los abuelos está en nosotros como un germen de obscuras y nebulosas posibilidades, inclinaciones y fuerzas personales que aspiran a la conciencia. Está en el dominio de la evolución interna el que la vida de nuestros antepasados obre en nosotros en los ensueños, percepciones y sentimientos, la mayoría de las veces en el umbral de la conciencia, pero a menudo en el dominio de lo consciente. Ese verdadero germen de la teoría de la herencia nos explica por qué la vida de un Kropotkin, de un Bakunin y de muchos otros se volvió hacia direcciones opuestas al medio en que crecieron. Lo que impulsa a un hombre hacia la obra buena, lo que lo mueve a sacrificarse por los otros, no está en las condiciones materiales externas, sino en su carácter psicológico. "No está fuera, allí lo busca el loco; está en tí, tu lo llevas eternamente", canta Schiller. Lo que un hombre apasionadamente inspirado produce y forma de su interior, de su yo, no es filisteo, conservador, es, como en Sócrates, algo subversivo, sin sosiego, que no persevera, que no se satisface con una luz obtenida, que avanza de claridad en claridad, impulsado por santa pasión, por una fuerte voz interior. Ese espíritu vive en todos los seres, en todos los combatientes de la libertad, que bajan de las esferas del bienestar hacia sus hermanos de la pobreza y la miseria.

(Continuará)

***

El pleito del pacífico

Nunca podrá creerse que la diplomacia yanqui, es decir el ministerio de relaciones exteriores, no supiese anticipadamente la improbabilidad casi absoluta de que el plebiscito resolviese el viejo pleito del Pacífico. De los sucesos conocidos se deduce que sus *buenos oficios*, solicitados por los dos contrincantes, tendían secretamente a hacer preponderar sus intereses comerciales en el continente latinoamericano. La proposición de compra de las provincias cautivas, para donárselas a Bolivia, establecía de hecho una avanzada de su imperialismo. El gobierno de esa nación hubiese sido su eterno deudor. Es el mismo procedimiento llevado a cabo en Méjico y Centro América. Primero la exportación de fuertes capitales industriales para contratar la mano de obra de los nativos; toma de posesión de vastos terrenos petroleros, mineros o auríferos, cuando los hay, y después, poco a poco, la vida económica del país, invadido pacíficamente, habrá de pedirles permiso a los magnates de Wall Street para poderse desenvolver pasablemente. Es la realidad que está aconteciendo en Perú, y que Bolivia la conoce desde largo rato.

No discutiremos los cargos, justos, veraces o no, que Lassiter le hace al gobierno chileno. — incidentes todos ellos previstos desde el momento que Chile, en las supuestas elecciones plebiscitarias, desempeñaba el naturalísimo papel del caballo del comisario, que con trampa o sin trampa debía ganar La mala fe de la Casa de la Moneda ha de ser evidente. Tampoco este punto discutiremos.

Lo que nos parece ya más digno de discusión es el retiro de la Comisión plebiscitaria. ¿De qué modo explicarnos esta escrupulosa y estrictísima justicia en esta actitud del continente, y que cambia en forma radicalísima en la latitud opuesta? ¿Está imbuída de desinterés esta acción justiciera, o al revés, la guían fuertes y utilitarios intereses?

Existe un antecedente. Chile rechazó después de negociaciones preliminares, la partición del territorio, o su venta total, en beneficio de un tercero apoyado por los capitales norteamericanos. Insistió siempre que quería se efectuase el plebiscito. Aunque en principio se aviniese a otros arreglos, la antigua idea de la votación le obsesionaba. Cedía un poco para volver otra vez a la carga.

Busquemos ahora si la realización del acto plebiscitario hubiese sido convenientemente beneficiosa para los intereses comerciales del capitalismo norteamericano, es más, de inmediatos rendimientos. En la suposición que venciera Chile, menos que nunca. ¿Y si el Perú resultase victorioso? Aunque fuese ello improbable, la adhesión incondicional de su gobierno, que hipotecó todas las riquezas naturales y los servicios públicos a empresas yanquis, siempre haría más deseable esa victoria peruana. La expansión yanquizante era así tal vez más fácil.

Queda otro punto para examinar. El prestigio norteamericano en esta emergencia, a las miradas superficiales se acrecienta y se intensifica por haber defendido los derechos del más débil, del inerme. Lo curioso es que esos raros antojos de rectitud pundonorosa no los cumpla, por ejemplo, con algunas republiquetas centroamericanas que yacen bajo las pezuñas hendidas de su milicia y de sus autoridades, que llegaron a cerrar las escuelas de habla castellana con el pretexto de que eran centros subversivos o de reivindicaciones patrióticas.

La seguridad con que defiende sus fueros el gobierno chileno en el trance desesperado en que se puso al descubierto sus fraudes, le viene de la convicción de la claudicante autoridad moral de la nación elegida como árbitro. Por su parte, aquél, al conocer la noticia que los miembros de la comisión norteamericana abandonarán el territorio en pleito, regresando a su país, decidió volver a tomar posesión de él, alegando que el plazo fijado de diez años por el protocolo de Ancón para la realización del plebiscito, es el mínimo y no el máximo. Y objeta que quedará en posesión hasta que se efectúe el acto eleccionario, y que de no celebrarse, la soberanía chilena se tornaría absoluta y permanente, de acuerdo con los términos del laudo.

Esta es la situación actual del largo pleito del Pacífico, después de los gastos ingentes, dolorosamente desembolsados por los pueblos de ambos gobiernos contrincantes, los cuales con estas campañas de mutuas revanchas territoriales consiguieron envenenar los ánimos de un patrioterismo letal. Los dos, quizás más el peruano que el chileno, lograron acreditarse como verdaderos salvadores de la patria. En estos ríos revueltos, la politiquería es la única que gana siempre. Al tiranuelo Leguía le erigirán otra estatua, a más de la que ya tiene en vida.

BIBLIOGRAFIA

"A Batalha". Almanaque para 1926 (Lisboa, sección editorial de "A Batalha", 132 págs. en 8°). Precio, 5 escudos.

Los camaradas de la C. G. T. de Portugal, no contentos con el cotidiano, han dado vida a un Suplemento semanal y a una revista quincenal ilustrada, habiendo impreso también algunos folletos de propaganda. Pero un magnífico esfuerzo lo constituye el "Almanaque para 1926", repleto de materiales diversos, instructivos y de valor histórico. El estudio de Alexandro Vieira, un conocido militante, sobre el movimiento sindicalista de Portugal, de 1908 a 1919, da al Almanaque un gran valor. Se encontrará también una reseña de los hechos más importantes ocurridos en Portugal en el dominio de la revolución y la contrarrevolución desde febrero de 1919 a junio de 1925. Hay algunos retratos de militantes actuales y de los muertos en estos últimos años: por desgracia, se encuentra también la reproducción de la fotografía de los sujetos de la catadura reformista y politica de Marcel Bidegaray y Trejón Gómez, lo que desdice un tanto del contenido del Almanaque. Gran número de clichés relativos al movimiento y a las luchas del proletariado embellecen el libro. Hay también una amplia lista de las sociedades obreras y de la prensa obrera portuguesas.

Blondel Ch. — "La mentalité primitive". Préface de Levy Bruhl. Librairie Stock, París, 1926, 122 pp. Precio, 5 francos.

El estudio de la mentalidad primitiva no es nuevo: ese tema ha interesado a muchos investigadores y existen diversas concepciones y diversos puntos de vista al respecto. Ch. Blondel, profesor de la Universidad de Estrasburgo, conocido por otros trabajos psicológicos, ha resumido en este pequeño volumen de una nueva serie de la biblioteca "La culture moderne" publicada por la Librairie Stock, ese capítulo de la vida mental de los pueblos primitivos según las ideas predominantes al respecto en las publicaciones de Levy-Bruhl.

He aquí algunos párrafos que resumen la tesis del autor:

"El espíritu del primitivo, ¿es idéntico al nuestro? No podemos saberlo de antemano y únicamente los hechos tendrían derecho a decírnoslo. Ahora bien, interrogados como es debido y sin idea preconcebida, nos enseñan al contrario que la mentalidad primitiva no es simplemente el producto caprichoso y pueril de espíritus que se aventuran a ciegas por las vías que nos son familiares. Compleja y coherente a su modo, tiene sus caracteres y sus leyes propias"... (pág. 12-13).

Después le hacer algunas consideraciones sobre el problema del método de investigación, traza un paralelo entre la mentalidad del primitivo y la mentalidad del civilizado, concluyendo en la diferencia de mentalidad. "Gracias a las ideas puestas a su disposición por la colectividad, los hombres pueden en nuestros días formarse del mundo una representación puramente intelectual y objetiva. La actividad mental de los primitivos no les permite nada de eso. Lo que hay de conocimiento en su representación del mundo está penetrado de elementos afectivo-motores que, necesariamente, no tienen nada de objetivo a nuestros ojos"... (página 48-49). Importante para la comprensión de la tesis de Blondel es este pensamiento: "La ley que regula la mentalidad primitiva en sus manifestaciones merece ser llamada ley de participación. Implica que la mentalidad primitiva juzga siempre de las cosas y de sus relaciones, no según sus caracteres objetivos, sino según las propiedades ocultas que sus representaciones les suponen" (pág. 54). Para el primitivo la realidad entera es mística Las cosas tienen, al lado de sus propiedades objetivas, propiedades ocultas. Y estas últimas son tan reales para ellos como las primeras, si no más aún. Para la mentalidad civilizada todo efecto tiene su causa natural, para la mentalidad primitiva todo efecto tiene una causa mística. "La acción física no se concibe sin acción mística. Propiamente hablando, no hay más que acciones místicas, sin las cuales las acciones físicas no son y no pueden nada" (pág. 92).

El librito está escrito para el gran público y constituye una buena introducción al estudio de ese problema, que tiene un interés científico y un interés práctico a la vez.

Fabbri L. — "Crítica revolucionaria" (selección). — Publicaciones Mundial, Barcelona (1926). 220 páginas en 8°. Precio, 2 pesetas.

La casa editorial Publicaciones mundial, de Barcelona, ha recogido en este volumen diversos trabajos de nuestro camarada Fabbri, como por ejemplo: "Períodos de crisis", "La función anárquica en la revolución", "El individualismo stirneriano en el movimiento anarquista", "Influencias burguesas sobre el anarquismo", "El sindicalismo, el miedo a la libertad," etc., etc. Casi todos esos trabajos se conocían ya en español y han sido bastante leídos y apreciados. Sin embargo, bien impresos y accesibles por su precio, se han de difundir ampliamente en nuestro ambiente y fuera de él.

D. A. DE S.

AÑO V

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478

Guerras zool

En el último congreso d
munista ruso, Kalinin, pr
república socialista, dijo:

*¿Podemos nosotros ir h
pesinos y hablarles de igu
porque ellos querrán tam
de igualdad a los demás tr
to es contrario a la dictad
tariado. ¿Podemos recorda
bajadores ideas de igual
esto podemos hacerlo. Un
otro no partidario se halla
trabajo: el comunista es p
esca'a de salario sexta, y
dor en la tercera. Desde e
declaremos igualdad indis
re todos, el obrero no afil
exigirá que se le pague el
de un comunista. ¿Es hac
maradas? Naturalmente q
de haber igualdad aun
tas? Tampoco es posible
ellos existen diferentes
tes pagas y diferentes der*

He ahí, en apretada sín
lo de una nueva esclavitu
ñirse de rojo con los color
la revolución, no resulta n
en la práctica de los hec

Ya nadie duda que el p
emancipación económica y
trabajadores en general, e
do resuelto a medias, cua
ínfima parte. El bolchevis
logía marxista, brodequin
que cupiesen todas las p
la vida universal, ha dejad
tante injusticia de la div
y subclases, no las natu
antojadizas y convencion
de la afiliación al partido
manera se está reeditando
cics, las mismas corrupte
les adolecen los sistemas
preponderantemente bur
bién en Rusia la burocr
frondosidad presupuestiv
Estado y su secta es el
hay que sacrificárselo to
como una abstracción cas
la dictadura del proletari
verdaderos proletarios no
sí ni de sus acciones, y s
ránicamente, so pena de
de poseer menos derech
al no ser comunistas sella
Esto de la dictadura prole
dar irrisoriamente, con el
maltrecho lema de la re
sa: *Fraternidad, Igualdad*
transcurrirán muchos año
te solamente la letra nue
ta de este postulado, fer
bertador. De hecho lo est

Narra Alvaro del Vayo,
Nueva Rusia", que para
universidades proletarias
tulante que reseñe toda l
sus antepasados, retroce
tercera generación, para
rastros de sangre burgue
ca. Este corresponsal de
vadores, quien no puede
de rusófobo, consigna el
darlo. Aunque muestra su
con estas medidas absurd
ducentes para el mismo
sia, no se atreve a desap
bozadamente.

El absurdo se halla en
una clase sola pueda acu
gio del mejor intelecto,
pacidad para toda suerte
Se amenaza crear nuevas
parán preeminencias exo
única razón de su nacimie
nes son.

La primera declaración
chevista, cuando por azz

AÑO V

BUENOS AIRES, 28 DE JUNIO DE 1826

N.o 229

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMA

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

CTS.

y giros a M. TORRENTE

Victoria Cardozo
11 de Septiembre 63 SALTA

Guerras zoológicas

En el último congreso del partido comunista ruso, Kalinin, presidente de la república socialista, dijo:

¿Podemos nosotros ir hacia los campesinos y hablarles de igualdad? No, no, porque ellos querrán también hablarles de igualdad a los demás trabajadores. Esto es contrario a la dictadura del proletariado. ¿Podemos recordarles a los trabajadores ideas de igualdad? Tampoco esto podemos hacerlo. Un comunista y otro no partidario se hallan en el mismo trabajo: el comunista es pagado según la escala de salario sexta, y el otro trabajador en la tercera. Desde el momento que declaremos igualdad indistintamente para todos, el obrero no afiliado al partido exigirá que se le pague el mismo sueldo de un comunista. ¿Es hacedero esto, camaradas? Naturalmente que no. ¿Y puede haber igualdad aun entre comunistas? Tampoco es posible, ya que entre ellos existen diferentes cargos, diferentes pagas y diferentes derechos.

He ahí, en apretada síntesis, el símbolo de una nueva esclavitud, que por teñirse de rojo con los colores violentos de la revolución, no resulta menos agobiante en la práctica de los hechos.

Ya nadie duda que el problema de la emancipación económica y política de los trabajadores en general, en Rusia, ha sido resuelto a medias, cuando no en una ínfima parte. El bolchevismo en su ideología marxista, brodequin estrecho para que cupiesen todas las palpitaciones de la vida universal, ha dejado en pié la irritante injusticia de la división de clases y subclases, no las naturales, sino las antojadizas y convencionales, como esa de la afiliación al partido oficial. De esta manera se está reeditando los mismos vicios, las mismas corruptelas de las cuales adolecen los sistemas liberaloides y preponderantemente burocráticos. También en Rusia la burocracia es de una frondosidad presupuestívora enorme. El Estado y su secta es el Moloch, al que hay que sacrificárselo todo; es algo así como una abstracción casi mítica esto de la dictadura del proletariado, cuando los verdaderos proletarios no son dueños de sí ni de sus acciones, y se les manda tiránicamente, so pena de comer menos, de poseer menos derechos que deberes, al no ser comunistas sellados y patentados. Esto de la dictadura proletaria, va a quedar irrisoriamente, con el tiempo, como el maltrecho lema de la revolución francesa: *Fraternidad, Igualdad*, etc. No; no transcurrirán muchos años para que reste solamente la letra muerta, bien muerta de este postulado, fementidamente libertador. De hecho lo está ya.

Narra Alvaro del Vayo, en su libro "La Nueva Rusia", que para entrar en las universidades proletarias se exige al postulante que reseñe toda la genealogía de sus antepasados, retrocediendo hasta la tercera generación, para saber si existen rastros de sangre burguesa o aristocrática. Este corresponsal de diarios conservadores, quien no puede ser sospechado de rusófobo, consigna el dato, sin ahondarlo. Aunque muestra su disconformidad con estas medidas absurdas y contraproducentes para el mismo porvenir de Rusia, no se atreve a desaprobarlas desembozadamente.

El absurdo se halla en considerar que una clase sola pueda acaparar el privilegio del mejor intelecto, de la mayor capacidad para toda suerte de actividades. Se amenaza crear nuevas castas que usurparán preeminencias exorbitantes por la única razón de su nacimiento, de ser quienes son.

La primera declaración del partido bolchevista, cuando por azares del destino pudo monopolizar el poder, decía lo siguiente:

Democratización de la ciencia y proletarización de la cultura, colocando todo el aparato universitario bajo la dirección ideológica del Estado obrero, representado por el partido comunista.

En su finalidad primordial parecía que intentaba abrir las puertas de las universidades al pueblo, sin marca ni señales. Se comenzó por derogar el sistema de matrículas y el examen previo, así la entrada a las aulas de las facultades era completamente libre. Pero poco a poco, esta democratización cultural adquirió caracteres de un extraño absolutismo.

Izvestia, en mayo de 1924, publicaba el texto de un decreto sobre la reducción del número de estudiantes en las universidades y escuelas especiales. Se aducía la poderosa razón que la plétora de alumnos había sobrepasado la capacidad máxima de esos centros de enseñanza. La facultad de Ciencia de Moscú, organizada para dar cabida a cuatro mil estudiantes, consignaba 5.700 matrículas. Igual ocurría con otros institutos de investigaciones, en que antes de la guerra trabajaban de 15 a 20 alumnos, se encontraban ahora 80 o 100. Las universidades de Kazan, Saratoff, Jaroslav, Perm, no eran diferentes de las demás respecto a su incapacidad cuantitativa.

Se objetaba, además, que el gobierno no sabía qué hacer con los centenares de egresados de los numerosos centros de cultura, y ellos se veían condenados a arrastrar una existencia parasitaria.

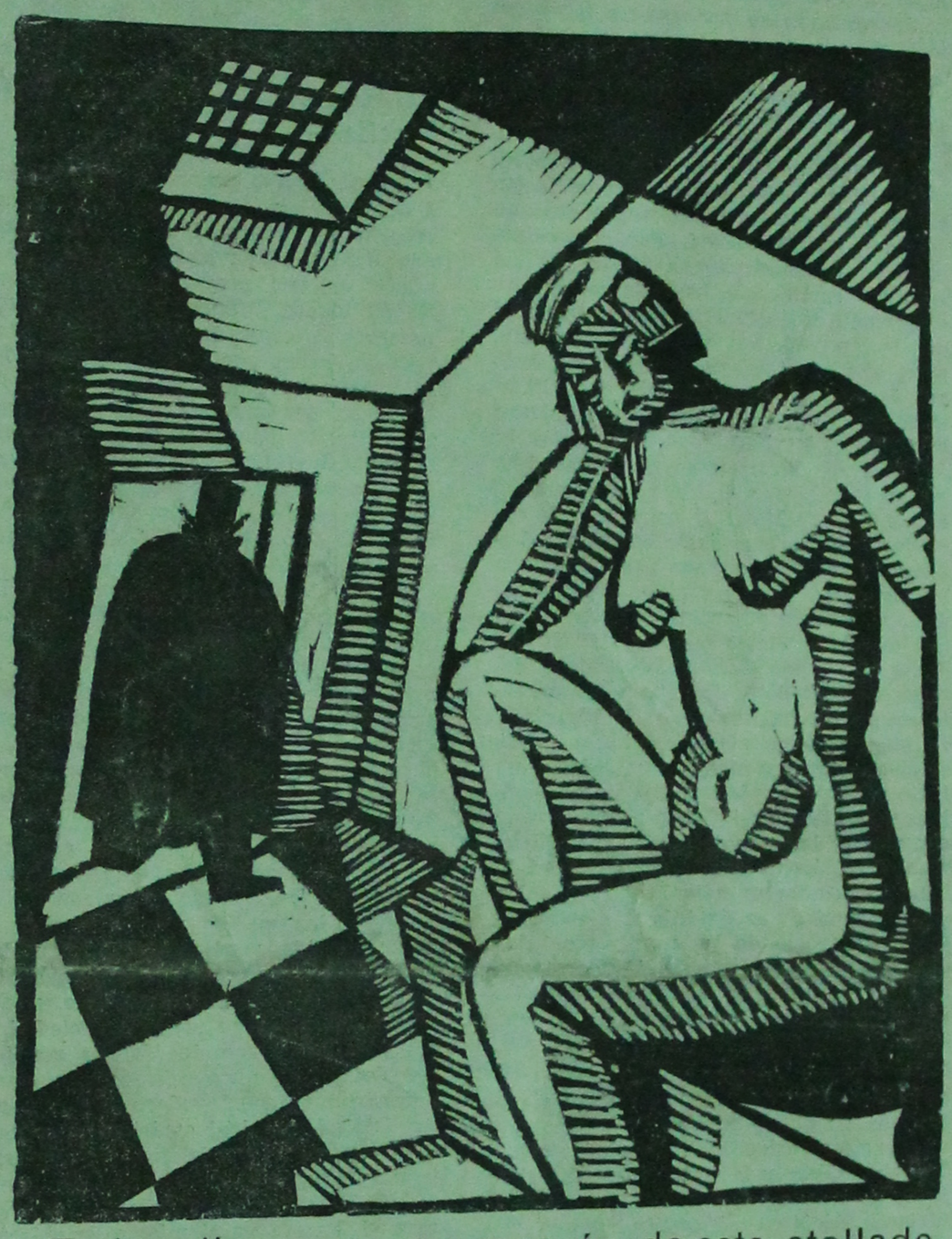
Pero un poco más allá, aparecía una cláusula en el decreto, que decía que la "reducción no afectaría en ningun caso a los estudiantes de extracción proletaria". Y es por ese punto que se descubría el propósito de realizar una nueva limpieza. Suponemos también que estos estudiantes eran feligreses comunistas. Y es lo cierto, porque a todo aspirante a instruírse en las aulas proletarias, se le entrega un cuestionario, en el cual hay preguntas como estas:

¿Cuál es su actitud frente a la revolución de octubre? ¿De qué clase descendéis?

No titubeamos en afirmar que es tán criminal acaparar el pan de todos los días para repartirlo avariciosamente, como coaccionar los espíritus, escatimándoles o negándoles ese otro pan que nutre el intelecto.

El autor del libro del cual hemos extractado algunos datos, se consuela con que las generaciones futuras, los niños de hoy, menos intoxicados por un sectarismo inquisitorial, y como decía la hija de Tolstoy, — más alejados del espectáculo de tanta sangre vertida casi inútilmente — sabrán ser más tolerantes, más abnegados y de miras más ampliamente universales.

FRANCIA Y LOS POLITICOS



Todos dicen que me sacarán de este atolladero, y lo único que hacen es gozarme.

***

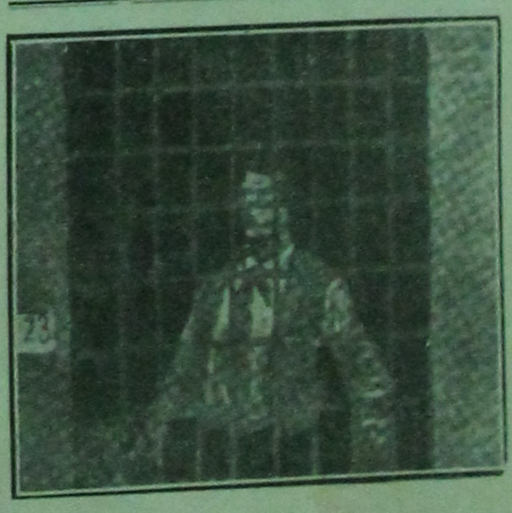
Oculto significado de una huelga

Si nos hemos dado la pena de traducir este suelto de nuestro colega el periódico anarquista *Freedom*, es porque merecían reproducirse opiniones de camaradas, quienes, hallándose en el lugar de los hechos, podían conocer la realidad de las incidencias ocurridas en la huelga general inglesa y por ende deducir conclusiones más en consonancia con la verdad de los sucesos. Que este movimiento no fué inútil para la causa de la futura emancipación proletaria, es lo que tiende a demostrar ese breve trabajo.

"La huelga general ha marcado una definida etapa, inaugurando una nueva era en la historia industrial y política de este país. Quienes conservan atenta la vista y el oído, no han podido hacer a menos de darse cuenta de la evidencia del antagonismo de clase existente en el presente conflicto y que es un hecho, la guerra de clases. Eran quienes todo lo poseen *versus* quienes nada tienen. Hubo varias excepciones, pero aquellos que obraron en franca oposición contra los trabajadores, procedían en gran parte de las clases comerciales, de las profesionales y de las castas burguesas-aristócratas. La *city* — el centro de ciudad — y el East End — barrio de los ricos — se movilizó en un santiamén, poniendo a disposición del gobierno sus automóviles y todo lo que les pareció de mayor utilidad. La prensa en su totalidad se mostró hostil, y los magistrados dictaron sentencias de venganza a cada uno que compareció ante ellos acusado por nimios motivos de la huelga o por hablar y circular impresos. Las clases privilegiadas se hallaban tan decididas a llegar al último extremo para rendir incondicionalmente a los huelguistas, capitaneados por el Consejo General de las Trade Unions, que cuando el arzobispo de Canterbury, quien, actuando en nombre de las iglesias cristianas, lanzó un llamado exigiendo la pronta reanudación de las negociaciones, el gobierno se rehusó brutalmente a escucharlo o tenerlo en cuenta. Cuando a Winston Churchill se le preguntó en los Comunes por qué razón ese llamamiento no se publicó en la *British Gazette* (rotativo que el gobierno editó durante la huelga), contestó desdeñosamente que no se había enterado de su aparición. Su actitud y la de cuyas clases es el genuino representante, parecía decir a ese arzobispo: "No se meta en nuestras cosas, que nosotros le vamos a dar su merecido a esos condenados tradeunionistas".

Por otra parte, los trabajadores en general se portaron con una firmeza ejemplar, en su magnífico gesto de solidaridad en defensa de los mineros, expresando su determinación de que sus camaradas no volviesen a las minas en las mismas condiciones de antes.

"La huelga general nada tuvo de revolucionaria, indudablemente, — es que fué conducida por los más moderados líderes y los más serviles ante las leyes, de las Trade Unions. Pero nosotros estamos seguros que cuando se produzca otra huelga general tendrá fines eminentemente revolucionarios y no se confinará solamente a un pedido de mejoras y aumento de salarios. Los trabajadores abrieron los ojos y fortalecieron su conciencia desde el día tres de mayo".



MAX NETTLAU

LA OBRA DE MIGUEL BAKUNIN

Cincuenta años después de la muerte de Bakunin, recibimos noticias sobre su verdadera naturaleza sólo de muy pocos de los que lo conocieron en su juventud; en cambio, los capítulos de su agitada vida, que se desarrolló en tantos lugares, están ahora ante nosotros, algunas veces más exactamente de lo que fué conocido en su conjunto el ambiente de Bakunin en su tiempo. Los círculos sucesivos avanzados y revolucionarios vieron raramente todo su pasado y así ocurrió que se le juzgó prematuramente por lo visto en un período dado, por tanto unilateralmente, y que lo pasado se convirtió con asombrosa rapidez en leyenda o cayó por completo en el olvido, de donde mucho reapareció largo tiempo después, hace poco, incluso en este año mismo, por documentos casualmente conservados, tan pronto abundantes, tan pronto escasos, tan pronto poniéndonos aun ante enigmas no resueltos o insolubles. Pero la leyenda tiene una vida tenaz y próspera a pesar de los innumerables hechos más exactamente documentados, que tenemos ya hoy ante nosotros y a pesar del estudio más íntimo también de todos los movimientos espirituales, acciones y personas que intervinieron en la vida de Bakunin. Seguramente es también importante la leyenda que nace de la visión viviente para la comprensión de una personalidad, pero lo es igualmente también el material existente en cartas y documentos íntimos, que permanece tan a menudo ignorado de los contemporáneos. Por consiguiente, aunque no hemos podido conocer más a Bakunin, no debemos desesperar del todo de recibir una cierta visión de su vida por el aprovechamiento crítico, según la posibilidad, de todo el material existente.

Para mí resultó de tal ocupación ante todo la impresión de una continuidad intensiva y rara en su naturaleza, en sus sentimientos, en sus ideas; se desarrolló tempranamente en un cierto ambiente de un cierto modo y permaneció el mismo desde la infancia al lecho mortuorio.

La juventud.—

Creció en un ambiente que obró en él como una utopía, un oasis, un idilio y toda su vida fué una lucha por la realización y el perfeccionamiento de esa utopía, su difusión general, y un combate incesante, una rebelión continua contra todas las potencias que se oponían a ella. Una lucha por lo bueno, lo hermoso y lo justo y la inteligencia creciente para la ampliación y el profundizamiento de esa lucha, la verdadera lucha de la humanidad contra las fuerzas tenebrosas que obstaculizan su desenvolvimiento — ese fué el contenido de la vida de Bakunin, inconsciente y consciente, en su niñez, en su adolescencia, en su ancianidad. No eludir esa lucha jamás, sacrificar a ella todo, ser incansable, — esa fué la principal expresión de su poderosa fuerza vital; esa intensidad y exclusividad de su volición subversiva y de su voluntad le convirtió en una personalidad tan impresionante, que arrastró a muchos consigo, desarrollando sus capacidades revolucionarias latentes hasta llegar a un fuego revolucionario temporal, pero sólo pocos poseyeron la fuerza interior para seguirle constantemente. Esto llevó a separaciones y a severos juicios de los que quedaron atrás. Pero Bakunin prosiguió su camino ,encontró siempre nuevos elementos capaces de evolución, — su verdadero objetivo, que vió cada vez más claramente, — el despertar de los instintos revolucionarios latentes, no sólo en el individuo, sino en todos, en las grandes masas del pueblo esclavizadas, — no pudo alcanzarlo, por mucho que se esforzó — y eso no fué culpa suya, pues tampoco hoy, cincuenta años después, ha sido alcanzado. Pero nadie lo vió más claramente ni obró con más intensidad en su favor que Bakunin.

El medio tan favorable para su desarrollo en donde creció fué la casa paterna, la finca de Premuchino, con los padres y dos hermanas algo mayores que él y otras más jóvenes y cinco hermanos menores. Según esa serie, tuvo un cierto modelo en las hermanas mayores, protegió a las menores y fué el espíritu y el modelo de los hermanos menores. El padre era anciano, vivía entonces sólo para la familia, a la que debió aparecer como la encarnación de los mejores rasgos humanitarios del siglo XVIII. Por circunstancias peculiares creció en Italia y vivió en ella y en Francia, hasta la revolución, el período de esclarecimiento intelectual que le precedió, con alegría y esperanza, pero, siempre moderado, fué intimidado por la revolución. En Rusia supo libertarse del servicio del Estado y vivió con la madre y las hermanas en la posesión familiar de Premuchino, junto al Osuga, en el gobierno de Tver, una comarca al nordeste de Moscú, y más cerca de esa ciudad que de San Petersburgo, no desprovista de encanto como panorama; era un conocedor de la naturaleza, un amigo de la naturaleza y jardines, parque y bosque que rodeaban la morada, fueron cuidados con gusto. Los mejores libros del siglo XVIII, todo lo liberal y estéticamente simpático, fué venerado; la literatura italiana, francesa, alemana e inglesa y los idiomas tuvieron acogida y existió un trato por cartas y largas visitas con hombres y familias de idéntica naturaleza de cerca y de lejos en la vasta Rusia. Premuchino fué muy conocido como foco de las aspiraciones espirituales más ideales y en tal espíritu se condujo en cierto grado la educación de los numerosos hijos que nacieron del matrimonio concertado más tarde, en 1810. El viego Bakunin, posteriormente cegado, murió en 1856, su viuda en 1864.

Ciertamente, todo eso no se basaba en el derroche, pero en todo caso era siempre una vida muy cómoda de campo con residencias ocasionales en ciudades como Torschok, Tver y Moscú, debida al trabajo de los siervos, cuya situación trató de mejorar Alejandro Bakunin cuando regresó del occidente, pero sin decisión especial y sin éxito. El viejo Bakunin mismo había tomado en sentido moderado parte en las conspiraciones que fracasaron tan trágicamente en 1825 y eso fué para ese hombre, que no buscaba la lucha y que ejerció con preferencia su crítica al mundo y a los tiempos en algunos versos de su poesía descriptiva, *El Osuga*, que se conservó en manuscrito, y en donde cantó, con conmovedor esmero y tenacidad, todo rincón de la casa y del patio, del parque y del bosque, — esa catástrofe política de 1825-26 le hizo todo lo reservado y precavido que pudo en la educación de sus hijos; pero no pudo ni quiso oprimir seriamente, sin embargo, el espíritu liberal que vivía en él, y así crecieron los niños bajo impresiones e influencias extraordinariamente humanas y no vieron ni la miseria de los siervos en su verdadera luz ni la reacción imperante fuera de su oasis, como tampoco lo infinitamente raro que era en la Rusia de entonces un ambiente tan feliz como el suyo

Todo esto, el círculo fraternal y el padre humano, la naturaleza alegre y la temprana mirada hacia lejanos países y objetivos espirituales, influenció realmente, con una sola excepción, a esos niños por toda la vida y obró en Miguel del modo más fuerte. En el gran grupo fraternal conoció la solidaridad práctica, la defensa de los más débiles y, mientras que su talento y su energía sobrepasaron en todo caso a la de los otros, las hermanas han debido preocuparse para que no se desarrollara de eso un brutal predominio. Realmente muestran numerosas cartas cuán íntimamente estaba ligado Bakunin, ya crecido, a sus hermanas y cuán apasionadamente condujo en favor de ellas las luchas familiares. Pues la madre, fría en materia de aspiraciones ideales, preocupada del porvenir práctico de sus hijos, y el padre que se volvía poco a poco conservador, estaban casi siempre frente a ese grupo de hijos rebeldes de algún modo y alentados e ingeniosamente guiados por Miguel.

De la carrera de las armas a la filosofía.—

En ese círculo pensó siempre Bakunin, a quien se envió a los quince años a la escuela de artillería de Petersburgo, y que desde 1833 y más tarde sirvió de oficial en una pequeña localidad de la Rusia blanca. Conoció en Petersburgo hombres interesantes, pero nada le satisfacía, hasta que en el curso de 1835 se libertó del oficio de oficial, una ruptura con su carrera, muy penosa para su padre. Había conocido suficientemente desde la escuela de artillería la verdadera vida rusa, que contradecía todos sus sueños de perfeccionamiento espiritual y de comunidad solidaria y se atuvo a su decisión. Luego buscó él mismo su camino y lo mostró también a sus hermanos, en particular a las hermanas, que lo veneraban, sin seguirle enteramente, pues buscando también ellas por su parte caminos de perfección, habían caído primeramente en los extravíos de la exaltación religiosa. Miguel las condujo un paso más adelante, a una filosofía semireligiosa, infinitamente ideal, a un fichteanismo espiritualizado hasta el extremo. El mismo vivía sólo en el pensamiento de enseñar alguna vez en Moscu filosofía, y luchó largos años con los padres por los medios para instruirse en las universidades alemanas. Con sus hermanas mayores y algunas muchachas amigas formó un círculo íntimo, que se puede ya llamar su primera sociedad secreta — un grupo de jóvenes rendidos completamente unos a otros, que perseguían con fé conmovedora y con honda cordialidad un ideal espiritual que esperaban encontrar por la filosofía y querían transmitir su liberación a toda la humanidad. El camino era aún un extravío, pero el fin era ya el mismo de más tarde; esos jóvenes, inspirados por Miguel, querían ayudar a todo el mundo y se sentían tan fuertemente movidos a ello, por la solidaridad íntima entre sí — toda sociedad secreta posterior de Bakunin se basa en el mismo principio de iniciadores, de ningún modo jefes, completamente abnegados, que permanecen sin ambición, anónimos, y del despertar por ellos de los instintos capaces de desarrollo que dormitan en las masas, con la finalidad de la liberación general y de la suprema dicha humana.

Para los padres, esto era muy desagradable y Miguel obró una segunda vez según su manera de ver al partir en febrero de 1836 para Moscú a fin de independizarse allí mediante la enseñanza de matemáticas. No lo consiguió enteramente, y en lo sucesivo vivió hasta el verano de 1840 en Moscú, en Premuchino y raramente en Petersburgo, íntimo de Stankevitsch, luego de Belinski e, incomodado también íntimamente con ellos, pasando del culto a Fichte al estudio intensivo de Hegel y del hegelianismo, cuatro largos años con muchos estadios íntimos de evolución, siempre con la fé más completa de acercarse por el conocimiento filosófico al objetivo del ennoblecimiento y la liberación de los hombres. Finalmente consiguió embarcarse el 11 de julio de 1840 en Petersburgo para Lübeck, a fin de concurrir a la universidad de Berlín.

Seguramente conocía ya bien el mecanismo de la verdadera vida rusa, por Herzen y Ogaref conoció la política radical y las tendencias sociales, por los eslavófilos de Moscú el nacionalismo, por los duros choques con Belinski los abismos entre la filosofía y la vida real, etc., pero como algunos de los mejores de su tiempo, continuó creyendo que encontraría en la filosofía la verdadera sabiduría, la clave para una vida mejor y no descansó hasta que pudo estudiar por fin el hegelianismo en Berlín directamente en su fuente.

Bakunin en Alemania.—

Los años 1840-42, en los cuales se desarrolló hacia la izquierda el hegelianismo alemán y triunfó diversamente en la más estrecha alianza con la política revolucionaria y el socialismo que avanzaba, en los cuales ascendió también la nueva estrella de Ludwig Feuerbach, fué Bakunin desde el comienzo uno de los que hicieron más consecuentemente esa evolución, que se realizó más tarde, como se sabe, en Dresde, donde vivieron Bakunin, su hermano Pablo y el poeta Turguenief, y también la hermana de Bakunin, Bárbara, y que resuena en las palabras de la publicación alemana famosa que siguió a sus trabajos rusos, *La reacción en Alemania*, en los *Deutschen Jahrbücher* de Ruge: ..."Dejadnos, pues, confiar en el eterno espíritu, que sólo destruye y aniquila porque es la fuente inagotable y eternamente creadora de toda vida. ¡El placer de la destrucción es al mismo tiempo un placer creador!" (21 de octubre de 1842). Los habituados al modo filosófico de expresión de entonces, reconocieron ese estudio como un manifiesto revolucionario.

Entonces conoció Bakunin en Dresde por los escritos de Lamennais, de Lorenz Stein, etc., en 1843 en Suiza, por Wilhelm y otros comunistas alemanes, Villegardelle y muchos otros, hasta 1847, todos los matices del socialismo y del comunismo de entonces, y si se conoce su vida hasta entonces, según las fuentes, se comprende que hacía tiempo que no era ya el hombre que se habría podido adherir como discípulo o partidario a ninguna de esas tendencias separadas tan agudamente a veces. Su socialismo había nacido en él mismo, o más bien su *necesidad y su sentimiento* simultáneos tan poderosos de *libertad y de solidaridad*, nutridos tanto tiempo con mística y metafísica, adquirieron finalmente contenido social y real — la vida, la libertad integral, la dicha social de todos eran sus fines, y su consecución exigía destrucción y reconstrucción, es decir la revolución en todos los dominios y la reconstrucción libertaria y social, cuyos pensamientos básicos eran la asociación voluntaria y la federación, donde no es realizable la autonomía absoluta, pues con el tipo social de vida del hombre la existencia individual aislada del resto de los hombres es casi siempre imposible.

Ese es el socialismo y la anarquía de Bakunin en su forma posterior y sólo esa puede haber sido la primera formulación de sus ideas. Ninguna de las tendencias con que entró en contacto en 1842-49 defendía esas ideas con plena consecuencia por eso no entró Bakunin en ninguna de ellas, aunque un tiempo se llamase comunista y en otro tiempo se relacionó íntimamente con Proudhon. No se sabe si resumió por escrito en 1845-47 sus ideas, pues se perdieron sus manuscritos de entonces; una prueba indirecta la da su manera de considerar el problema de las nacionalidades, el *federalismo* presentado en los *Fundamentos de la nueva política eslava* de 1848, que sólo es una aplicación especial de sus ideas político-sociales generales, cuyo aspecto socialista no encontró o no buscó la ocasión de expresar, porque desgraciadamente desde 1846 a 1863 le absorbieron teorías, planes y ensayos de acción eslavo-nacionalistas. Por eso ocurrió que su energía se perdió para el socialismo en 1848-49 y que pudo formarse la leyenda que no habría evolucionado hacia el socialismo más que en 1864.

La actividad nacionalista.—

En esos años nacionalistas se manifestó en todo caso lo que introdujeron desde la infancia las influencias exteriores en su ambiente humano tan favorecido. El ha descrito todo eso tan exactamente como para que pueda existir aun duda sobre su odio a los alemanes, no escuchó impune a los eslavófilos de Moscú, fué seducido por la ideología polaca (sin embargo, no hasta el punto de reconocer la llamada "Polonia histórica", un reino que incluyese la Pequeña Rusia, la Rusia Blanca y Lituania) y fué fanático de los demás eslavos cuanto menos conoció directamente sus condiciones. Tuvo la al-

tenativa: quedar solo con su edificación eslava segun la especie de una reconstrucción socialista-anarquista o subordinarse a los objetivos polacos en colaboración con los polacos, hacer política panslavista y rusófila en cooperación con los tchecos y los sudeslavos o aspirar a la fundación de una Austria eslava o de Estados nacionales eslavos. Eligió lo primero y estuvo siempre realmente solo, no tuvo nunca compañeros efectivos, aparte de algunos jóvenes estudiantes tchecos en el invierno de 1848-49, tuvo siempre adversarios entre los nacionalistas eslavos — pero la lucha contra los alemanes estableció sin embargo una especie de contacto. Aquí fué tan ingenuo, que esperó toda la vida de los alemanes que disolverían todas las conexiones ya históricas en favor de sus deseos nacionales ideales que estaban absolutamente aislados: eso no podia tener lugar, porque frente a los alemanes no estaba más que Bakunin como portavoz de una reconstrucción nacional general idealmente justa, en cambio todos los demás eslavos eran defensores de un nuevo predominio nacional, un cambio de papeles, que Bakunin mismo declaró que no valía la pena.

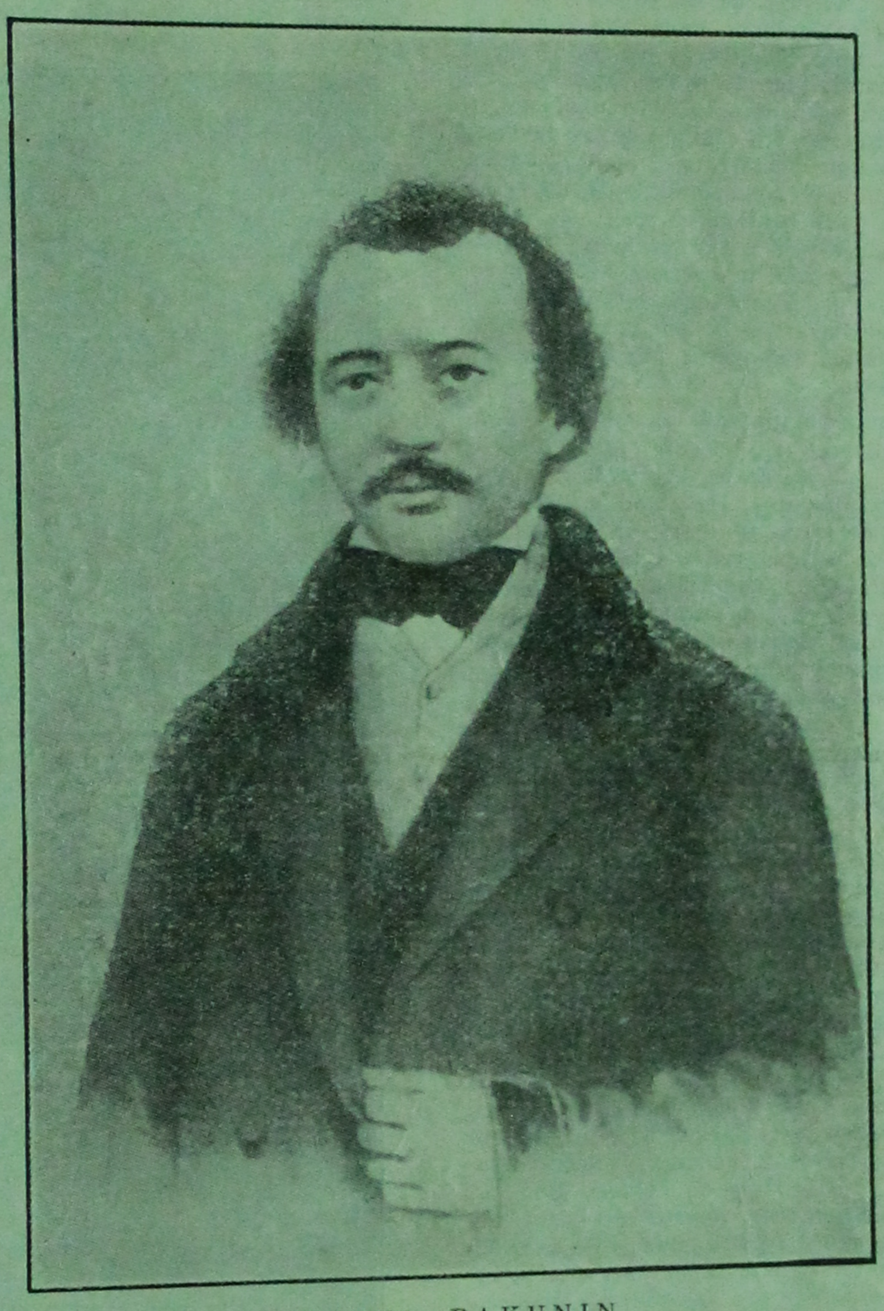
Por consiguiente, la infecundidad fué el resultado de toda esa actividad, lo que era de prever, pues en una sociedad generalmente corrompida, sólo la destrucción completa de lo existente puede establecer el campo libre para la reconstrucción, y un problema aislado no puede ser resuelto idealmente pasando por alto todos los demás. Bakunin perjudicó infinitamente el efecto de su acción total por esa unilateralidad; por eso se aferra al pasado, cuando mira en lo demás tan valientemente al porvenir. Prácticamente pudo beneficiar poco a la causa eslava en los dias de la breve insurrección de la semana de Pentecostés en Praga; la revolución bohemia, esmeradamente planeada por él, no se produjo y la única revolución efectiva a que se adhirió, porque estaba precisamente en el lugar, y a la que se dedicó con energía y valor, fué la revolución de mayo de 1849 en Dresde, en donde desempeñó un digno papel y que luego fué el punto de partida de sus muchos años de encierro en Dresde, Koningstein, Praga, Olmütz y Petersburgo y Schlüsselburg, a los que siguió su deportación a la Siberia occidental y oriental en 1857, de la que se libró por una fuga hábilmente tramada, Llegado por el Japón, los Estados Unidos a Londres, actuó en París y en Suecia aun en 1862-63 en pro del apoyo de la insurrección polaca de entonces por movimientos revolucionarios rusos, sin poder intervenir realmente, pues sólo él creía poder unificar idealmente las ideas nacionales y sociales, mientras que todos los demás, exceptuados Potebnya y algunos otros rusos que se sacrificaron — no eran más que nacionalistas o no más que socialistas y no podían ni querían colaborar.

Bakunin vió luego en Londres, en 1862, por Mazzini, en el invierno de 1863-64, por su viaje italiano, que le llevó también a ver a Garibaldi, en qué grado se excluían en el territorio de Italia — para él neutral, al que consideraba sinceramente y con simpatía — el socialismo y el nacionalismo, y cómo Napoleón III asumía para esas naciones la misión del zar para los pueblos orientales. Por fin cesó en la especialización nacionalista y se consagró con toda su fuerza a la revolución social.

Del nacionalismo a la revolución social.—

Cuando Bakunin, después de su viaje — Londres, Bruselas, París, Suiza occidental, Norte de Italia, Florencia — echó una ojeada a la situación, tuvo que advertir el despertar de los movimientos obreros después de los años de reacción desde 1848, pero también lo desigual y a menudo lo elemental que era su socialismo. El mismo ayudó al socialismo italiano en Florencia y en Nápoles a salir de esos comienzos, pero eso sólo no podía satisfacerle. Creía en los instintos revolucionarios del pueblo que esperaban un despertar y en ese sentido creyó obrar del mejor modo por una Sociedad internacional revolucionaria, que naturalmente debía ser secreta. Tenía que ser secreta para poder proceder sin circunloquios revolucionariamente, y también para no dejar espacio a la ambición, a la dictadura, sectarismo ciego, que arruinaban todo movimiento. El carácter secreto de su trabajo puede tener sus sombras, pero fueron superadas por las ventajas mencionadas y por el destino principal de tal organización, la coordinación de movimientos dispersos y en consecuencia el fortalecimiento de su eficacia y la creación de poderosas corrientes para obrar decisivamente en los instintos populares latentes y abrir el camino al gigante popular dormido.

Así más o menos se imaginó Bakunin las funciones de tal organización; a eso se agregó la labor indirecta, casi enteramente suya, de encontrar los elementos adecuados, esclarecer sus opiniones por la discusión, examinar su carácter y agruparlos para la acción armónica. Una multitud de labores prácticas que absorbieron durante años la habilidad de Bakunin, su diligencia y su asiduidad. Su obra era fatigosa, y los resultados inmediatos no habrán correspondido a las esperanzas iniciales, pues los grandes cuadros no podían ser llenados por un solo hombre, pero un número de gentes muy capaces se reunieron sin embargo desde 1864, ya antes de la fundación de la Internacional el 29 de septiembre, y han hecho lo que dependía de ellos.



MIGUEL BAKUNIN
Retrato de la primera etapa de su actividad revolucionaria

Esa fué la *Fraternité Internationale*, a la que en septiembre de 1868, no según el propio deseo de Bakunin, debía dársele una forma pública, la *Aliance Internationale de la Démocratie Socialiste*, dentro de la cual existiría aún una Alianza secreta, una superabundancia de organizaciones que no entró nunca prácticamente en actividad; hubo siempre la sección pública y el grupo íntimo existente en ella o sólo algunos miembros que estaban en relación directa secreta, es decir privada con Bakunin y compañeros de otras localidades. Hubo quienes no cultivaron las relaciones más que en su comarca — como los compañeros íntimos en el Jura suizo, los miembros de la Alianza en España, los hermanos nacionales en Italia — y otros que se convenían con Bakunin y otros por sobre las fronteras nacionales, los hermanos internacionales. En la práctica, los compañeros militantes son mantenidos así en todas partes en relación directa; algo que la pesadez de las organizaciones públicas y otras circunstancias, de lo contrario, no habrían hecho posible.

Así actuó Bakunin de 1864 a 1857 en Italia, donde fueron obtenidos tantos hermosos éxitos locales y se privó al nacionalismo absorbente de hombres de valor.

Cuando la democracia burguesa europea comenzó a moverse algo en los últimos años de Napoleón III y se reunió en septiembre de 1867 el congreso de la paz de Ginebra, al que concurrieron Garibaldi y muchos socialistas, reapareció Bakunin por primera vez después del discurso a los polacos de 1847 y de los discursos suecos de 1863, ante una gran reunión europea, y causó bastante impresión. Ingresó en el comité de la Liga de la Paz y de la Libertad fundada allí, pues quería obrar desde esa plataforma públicamente y al mismo tiempo, en secreto, en ese ambiente, extendiendo el círculo de la Fraternité, especialmente hacia Francia. También aquí triunfó en algo, pero las grandes esperanzas fueron frustradas.

La Internacional.—

La Internacional aun estaba tan identificada desde su fundación con Karl Marx — que se había comportado en 1848 tan odiosamente contra Bakunin, al que se aproximó en noviembre de 1864, pero a quien no infundió ninguna confianza personal sin embargo, y que además era su verdadero antípoda autoritario y hostil a las aspiraciones nacionales eslavas, — que Bakunin no entró en ella más que cuando en el curso de 1867-68 vió que la Liga no correspondía a las esperanzas más modestas, porque, con todo el radicalismo político y antirreligioso, el antisocialismo indestructible, sobre todo, era la característica de todos sus miembros. excepción de Bakunin y sus amigos. La Internacional, que en especial en 1868 pareció emanciparse algo de Marx, era el campo natural de trabajo de Bakunin, y después del congreso de la Liga en Berna, la minoría socialista — Bakunin y sus amigos, muchos de ellos miembros de la Fraternité — entró en la Internacional, primero en la forma de la Alianza internacional pública que formó secciones locales y que, como se ha dicho, no correspondía al deseo de Bakunin.

Entonces comenzaron para Bakunin los años de la actividad internacional más ferviente, en los que, como es fácil ver, no determinaron sus pasos la aspiración formalista a querer dominar por medio de una organización secreta, sino el celo propagandista y el enérgico fomento de la tendencia realmente socialista, el colectivismo revolucionario de entonces frente al reformismo y a la politiquería social que no faltaban, y fué mucho lo que se hizo en aquellos años hasta 1870 por él y sus compañeros. La propaganda directa en Ginebra, cuya naturaleza puede conocerse por los articulos de *l'Egalité*, y en el Jura suizo, la fundación de la Internacional y de la Alianza en España por el viaje de Fanelli a Madrid y a Barcelona en el invierno de 1868-69, algunas iniciativas en el sur de Francia y en Italia, junto a una actividad ligada al nombre de Netschaef, — un revolucionario ruso que desde 1872, entregado por Suiza a Rusia, hasta 1883 estuvo en las más duras prisiones rusas, donde murió. Por su modo de acción, incluso respecto de Bakunin, se expuso a las mayores críticas, que mereció completamente, pero está inmensamente más alto que creaturas como Utin, de quien recibió Marx el "material de acusación" contra Netschaef y Bakunin, y que eran compañeros para él y Engels. El congreso de Basilea, en septiembre de 1869, vió a Bakunin entre los delegados. Después abandonó a Ginebra y vivió en Locarno, lo que le facilitó después su actividad de los años 1871-74, que se dirigió más intensamente a Italia.

Toda esa acción había excitado el más profundo rencor en Marx, que creyó en peligro su dominación en la Internacional mediante el consejo general de Londres, — dominación tolerada ante todo por pereza. Marx no combatió abiertamente, sino que procedió con todos los refinamientos literales de los estatutos contra el fantasma de la Alianza, mano a mano con los jefes de la *Féderation romanda*, de Ginebra, perturbados por Bakunin en sus negocios políticos, a causa de lo cual esta organización se escindió en las Pascuas de 1870 y surgió después la Federación del Jura de las secciones jurasianas que permanecieron revolucionarias. Bakunin, que deseaba una lucha de ideas con Marx, pero que no quería provocar una disidencia personal, calló hasta el último momento ante el público, aunque sus manuscritos muestran cuán impulsado se vió algunas veces a presentar su causa en su verdadera luz a toda la Internacional. Escribió, escribió, pero se contuvo sin embargo ante una publicación.

La guerra y la revolución.—

Entre tanto, la guerra de 1870-71 postergó aún el choque inevitable. Entonces, desde agosto de 1870, impulsaron a Bakunin en todo caso varios factores poderosos a la acción. Sea dicho aquí que los círculos revolucionarios de 1860-70 vivían en la esperanza que el derrumbamiento previsible del segundo Imperio en Francia y el florecimiento de la Internacional llevarían en pocos años seguramente a un nuevo 1848 procedente de París, que entonces, evitando las viejas faltas e inspirado por la conciencia socialista de los obreros de muchos países, sería el ensayo de una verdadera revolución social. Bakunin habría obrado preparatoriamente en el sentido de esas esperanzas y las vió destruídas si la guerra proseguía su curso, pues le seguiría un período de dictadura militar y de reacción general. Recurrió a todo para salvar la situación revolucionaria, transformando la resistencia francesa en la guerra en la revolución social misma. Sus planes de acción desde agosto de 1870 tienen su base en esas concepciones, por lo demás firmemente arraigadas, y en otros factores. A esos planes de acción siguió en septiembre su conocido ensayo de acción en Lyon, un acto de vastas aspiraciones, pero que fracasó ante todo en el aislamiento en que se encontró Bakunin en un ambiente de los más mixtos, casi extraño a él, que no podía transformar o arrastrar consigo en unas semanas. Su objetivo habría sido oponer a la guerra, en medio de la guerra misma, la revolución social negadora del Estado, que habría pasado del Sur de Francia a España y a Italia y tal vez también habría sido llevada por los eslavos de Austria-Hungría a Rusia hasta las masas campesinas rusas.

Estuvo demasiado solo, en Marsella en octubre más aún que en Lyon, regresó a Locarno, muy desilusionado y escribió en ese triste invierno primero los manuscritos referentes a la situación de entonces, luego exposiciones cada vez más profundas de sus puntos de vista totales, hasta llegar a las páginas tan luminosas y hermosas que conocemos como *Dios y el Estado*. Allí le sorprendió el 18 de marzo de 1871 en París y la elección de la Comuna el 26 de marzo, a lo que siguió

pronto la lucha aniquiladora de los versalleses contra el París popular revolucionario. Entonces, en mayo de 1871, corrió Bakunin al Jura, donde los internacionalistas preparaban todavía planes que se referían al Jura francés, a una comuna en Besançon, débiles intentos a que puso fin la semana sangrienta de mayo.

Bakunin y Mazzini.—

De vuelta de Locarno, halló Bakunin pronto una nueva tarea en la defensa de la Internacional y la Comuna contra los ataques realmente pérfidos de Mazzini, y esa defensa literaria comenzada en Milán fué un paso decisivo para el desenvolvimiento del socialismo en Italia, pues hizo apartarse finalmente a muchos de los mejores del nacionalismo, entrando diversamente en contacto personal con Bakunin y conociendo el socialismo en su forma pura, revolucionaria, como lo defendía Bakunin, es decir, como anarquismo, y difundiéndolo con gran energía, lo que permitió en agosto de 1872 constituir en Rimini la Federación italiana de la Internacional con la que estuvo Bakunin en la más íntima relación y cuyo congreso de Bolonia (marzo de 1873) se declaró enteramente por las ideas formuladas por él, el ateismo, la anarquía y el colectivismo.

Marx y Bakunin.—

Marx vió en todo lo que hacía Bakunin una perturbación de su plan consistente en hacer de la Internacional de los diversos países partidos políticos obreros socialdemócratas, una táctica que trató de imponer por medio de la conferencia irreguiar de Londres de septiembre de 1871 y por muchas maquinaciones locales. Esos esfuerzos por imponer a una sociedad compuesta de grupos autónomos una doctrina oficial, condujeron a un movimiento de protesta que comenzó en noviembre de 1871 en el Jura, apoyado por Bélgica, España e Italia, y eso incitó a Marx a la lucha personalista contra Bakunin, comenzada a principios de 1870 con una *Comunicación confidencial* mantenida en secreto, con una *circular privada* de mayo de 1872, pero que fué difundida abiertamente, una acción de tal modo asquerosa y odiosa en todos sus detalles que excluyó desde entonces la concurrencia pacífica de las ideas, que habría podido llevar a un pacífico paralelismo de ambas tendencias.

Siguió el congreso de La Haya de la Internacional (septiembre de 1872), en donde Marx no sólo hizo decretar todo lo que deseaba por una mayoría artificial, sino que satisfizo también su odio personal, haciendo votar una resolución que intentaba deshonrar a Bakunin personalmente con ayuda de un documento secreto y como acusador clandestino, sin notificación alguna de la acusación a los acusados, es decir sin posibilidad de un esclarecimiento, por una mayoría sumisa que se hallaba en la ignorancia sobre el asunto. Se conocen hoy todos los detalles de esos sucesos y conozco incluso el documento en cuestión. Si después de conocer esos sucesos, otros y yo poseemos la opinión más desfavorable imaginable sobre Marx, no se considere como prevención, sino investíguese primero ese asunto como lo hemos investigado nosotros.

No se podía tener más que ver con Marx. La Alianza, de la que Marx, según permite decir la correspondencia hoy conocida de ambas partes, tuvo una idea completamente falsa, había sido presentada a la publicidad en la forma más desfigurada posible por Paul Lafargue en España y por el congreso de La Haya, etc. Eso no impidió a Bakunin reorganizar radicalmente la Alianza de los revolucionarios socialistas, secreta, inmediatamente después del congreso de La Haya, con sus compañeros italianos y españoles (Zurich, septiembre de 1872). Igualmente se confirma ahora la solidaridad de las federaciones antiautoritarias, que primero se expresó por la protesta de la minoría del congreso de La Haya producida por James Guillaume, por el pacto de Saint Imier en el Jura, en el congreso realizado allí a mediados de septiembre, al que siguió un año más tarde la reorganización completa de la Internacional antiautoritaria en el congreso de Ginebra. Del ala de la Internacional fiel a Marx no quedaban, entonces, en 1875, más que ruinas que no se volvieron a manifestar y fueron liquidadas definitivamente en 1876 en Filadelfia.

Marx, cuyo valor teórico reconocio siempre Bakunin completamente, mientras Marx no tuvo para él mas que burlas e injurias, por el congreso de La Haya se había vuelto imposible en la internacional. Engels mas aún, y todas las partes vivientes del organismo en otro tiempo tan prometedor estaban en amistad con Bakunin y simpatizaban con sus ideas. Fueron ante todo el Jura, una parte de las secciones francesas, Bélgica, Italia, España y ademas la juventud rusa, con la que Bakunin entro en una estrecha relacion en 1872-73, especialmente cuando pasó en Zurich algunos meses, y cuyo "ir al pueblo" abnegado, así como los primeros ensayos de rebelión correspondían a la influencia directa e indirecta de su propaganda y al influjo personal sobre algunos de los mejores.

La lucha de la Internacional fué ganada, pues, por desgracia, a costa de la separación, quisiera decir, espiritual y sentimental, de ambas partes, a las que Bakunin y sus amigos habían recomendado a menudo la labor paralela tranquila con la autonomía de las ideas y de la táctica de cada una de las partes y la solidaridad en la lucha economica contra el capital. Sólo eso habría podido llevar a un mejoramiento de la situación recíproca, a un verdadero internacionalismo, a una verdadera fraternidad de los pueblos, mientras que realmente la escisión aguda solo condujo al empeoramiento de la situación y no contribuyó poco a la catástrofe que arrojó a Europa desde 1914 en los tiempos más tenebrosos, haciendo retrogradar su mentalidad en siglos, pronto tal vez más aún, — por el momento al fascismo, al que podrá seguir la franca bestialidad.

Bakunin comprendió bien que en todo eso no habían triunfado ni Marx (formalmente), ni las ideas representadas por él (virtualmente), sino solo la reacción y que una causa principal de la catástrofe estaba en que los instintos populares revolucionarios, supuestos y firmemente creídos por él, dormitaban más hondamente o esperaban más míseramente desarrollados de lo que él había supuesto — y momentáneamente no había nada que hacer; él mismo no viviría la revolucion. Estaba preparado aun en julio de 1873 a ir a España, donde pareció estar próximo el estallido de una revolución; el viaje, por motivos externos, fué imposible y no le habría procurado más que desilusiones, como la insurrección italiana planeada para agosto de 1874, cuyo estallido en Bolonia esperó en vano en el lugar mismo. Esos dos desengaños y tristes experiencias personales con algunas personas próximas a él en los meses de julio a septiembre de 1874, produjeron, junto al quebrantamiento de su salud por los años de prisión rusa y su situación personal, su retirada del movimiento, y no vivió más que poco más de un año, desde octubre de 1874 a junio de 1876 en Lugano, interesado en todo, intelectualmente fresco, sólo sin la posibilidad de vasta acción. Se creó alguna esperanza por la lucha de entonces contra el clericalismo en Alemania y Francia, reconociendo perfectamente la necesidad de la liberación espiritual.

La lucha por el todo.—

En lo último está un rasgo fundamental de su sér, el ir siempre al *todo*. ¿Qué es el hombre económicamente libertado cuando pesa sobre él el Estado, la dictadura, y cuando la religión, la educación, continúa manteniéndolo moral e intelectualmente ligado? Todo socialismo efectivo debe significar, pues, liberación política y económica, intelectual y moral. En el hombre late la necesidad de libertad y toda la experiencia de su vida le muestra la impotencia del hombre aislado, la necesidad de la solidaridad y de la reciprocidad. Todo eso lo tenía en cuenta Bakunin y sus ideas están por tanto sobre una base firme, real, consideran al hombre viviente, que siempre es un producto total de los más diversos factores y que no se dejará registrar nunca en las categorías de los economistas y de los políticos, y que quebrantó ya las cadenas de la teología y de la ignorancia de los siglos tenebrosos, habiendo encontrado ya algunos focos duraderos del pensamiento libre y la ciencia.

No son los programas parciales sutilmente descubiertos los que llevarán a la humanidad su liberación, sino el completo alejamiento de todo el edificio sofocadoramente autoritario y parasitario y el libre desarrollo de las posibilidades y fuerzas libertarias y solidarias que existen en cada uno. En este sentido obró Bakunin en pro de la destrucción y de la reconstrucción, en pro de una aspiración incesante de libre desenvolvimiento y de ayuda igual para todos, que es lo único que hace posible y fortifica la propia evolución libre. Tal impulso le animó probablemente de un modo inconsciente, desde la infancia en su hogar feliz, de un modo consciente en su juventud y en su ancianidad. Continúa viviendo para nosotros como ejemplo de tenacidad y de claridad de objetivo, necesarias para una lucha como esa, y nuestro progreso desde hace cincuenta años fué por desgracia tan pequeño que sus ideas, métodos y pensamientos están muy lejos de haber sido superados o de ser anacrónicos.

AMADEO LLUAN (ENRIQUE NIDO)

Amadeo Lluan, o Enrique Nido, según su pseudónimo de militante, el camarada que acaba de desaparecer, fué un hombre de acción y pensamiento; acción anárquica en la vida, y pensamiento, substanciado de doctrina libertaria. Anarquista hubo de serlo en la medida que lo permite la existencia de mezquindades cotidianas y en la traba del sistema actual. Por lo menos puso toda su voluntad para conducirse lo más conforme posible con los postulados éticos de la amplia ideología del anarquismo. Puede declararse que, durante la no muy larga vida, en lo humanamente probable nunca se desvió de esa conducta rectilínea. Si tuvo sus desmayos y sus errores, es porque no existen personalidades, por moralmente hermosas que sean ellas, que puedan librarse de estas inevitables caídas. Pero esos errores y desmayos jamás fueron vulgares ni comunes. Lejos de proclamarle un dechado de perfección, hemos de procurar de hallarnos lo más cerca posible de la verdad al relatar las incidencias de su vivir. Veremos que sus yerros fueron siempre los de un espíritu generoso y perpetuamente inquieto en el anhelo de evolucionar.

Nacido en 1889 en Barcelona, educado en un medio propicio a las ideas libertarias, y además emparentado con las familias de Miranda y Anselmo Lorenzo, prestamente actuó en los movimientos sociales. De sus actividades de militante en su ciudad natal no se posee una información detallada y precisa, sólo pudo saberse que fué él quien, después de detenidas indagaciones, descubrió la verdadera personalidad del célebre confidente de la policía barcelonesa, Juan Rull, fingido y siniestro terrorista de encargo, desenmascarándolo en plena asamblea obrera. El fin trágico que tuvo éste, es bastante conocido. Emigrado a Francia por cuestiones sociales, se destacó como un incansable propagandista en Marsella. Los compañeros de entonces sabemos que le recordaron con cariño. Las causas de este voluntario exilio están envueltas en un halo de misterio. Sin embargo, indirectamente, alguna noticia tuvimos por quienes en aquellos tiempos le trataron personalmente, informándonos que su precipitada expatriación obedeció a razones apremiantes y perentorias. Era en los momentos que la reacción policial se ensañaba en Barcelona contra los militantes y obreros. En esos tiempos que la acción violenta tenía su mayor predicamento, se respondía a los de arriba por los de abajo con los mismos medios contundentes. Entre todos los esbirros y verdugos de alto

AMADEO LLUAN (ENRIQUE NIDO)

rango, había uno que se distinguía por su ferocidad, por sus bestiales instintos al imponer las peores torturas a los trabajadores presos, y un día nuestro camarada, sublevado en sus fibras más nobles, lo ajustició. Cumplía así un secreto designio popular.

Venido a estas tierras con el ensueño de encontrarse con una democracia que se diferenciara un tanto en sus proyecciones liberales de las de Europa, llegó casualmente el 1o. de Mayo de 1909. Apenas arrojado de la sentina del transatlántico y puestos los pies en las calles de Buenos Aires, tuvo que presenciar la masacre proletaria llevada a cabo por las hordas del ínclito jefe de policía Ramón L. Falcón, de detestable memoria por sus estrechas miras groseramente reaccionarias. Es de imaginar cuál fué la impresión que le hiciera a Nido este sangriento espectáculo, ejercido a costa de víctimas humildes e indefensas. Se puede asegurar que hubo en él asco, horror y piedad. Su estupefacción no hubo de ser poca al encontrarse así por azar con estas escenas de cobardía. Las había huído por su odiosidad en su país natal, y se hallaba que los apetitos burgueses acuciados por el terror de perder sus privilegios inhumanos, empleaban ciegamente las mismas armas, siempre dictadas por el miedo cerval. Nunca recibimiento alguno pudo ser más apropiado para enardecer, enconar los sentimientos de un anarquista. En esos enormes instantes de tragedia colectiva, la ley del perdón evangélico era un mito, cuando no demostraba vileza de ánimo.

¿Cómo no explicarse, entonces, con este antecedente, que a los cinco meses, cuando la clericanalla española, con la jefatura de Maura, asesinara a Francisco Ferrer — a quien nuestro camarada conoció personalmente — no intentase protestar ruidosamente contra el consulado español de Rosario, donde a la sazón se había radicado?

Le quitaban horrendamente al maestro de su juventud y al amigo, dejándole en la desolación de una orfandad espiritual, y quiso reivindicarlo. En este desventurado incidente sufrió mutilaciones en una mano, y se le condenó a cinco años de cárcel, descontándolos en la penitenciaría de esa ciudad.

Libre ya del largo cautiverio, fundó en un barrio obrero una escuela racionalista. Allí, día a día, durante ocho o nueve años, con el cariño inagotable que sólo puede sostenerse por una genuina vocación de educador, se entregó a la infancia proletaria, a la niñez que modelaría en el libre examen y en la independencia mental. Una enseñanza pletórica de nociones y conocimientos, desprovista de prejuicios ancestrales, pero también exenta de estrechos sectarismos y dogmatismos deformadores. El artista, como el verdadero maestro, uno ante la naturaleza y el otro ante esa pequeña porción de humanidad viviente, debe presentarse *neutro* para dejar que el discípulo desenvuelva sus facultades libremente. Es lo que creemos que fué Nido como docente: limpio de todo sedimento sectario, fueren cuales fueren, y ello lo deducimos por las breves cuartillas que escribiera en el aniversario de Francisco Ferrer, celebrado en este Suplemento. Eran unos puntos de mira sobre la educación racionalista, reaccionando casi contra su propio fundador. Si tuviéramos que enumerar los argumentos que aducía para basar su tesis, no nos sería fácil enunciarlos en sus exactos términos, ya que el mismo autor esbozaba el tema, pensando en un ulterior desarrollo para una ocasión más propicia. Lo que recordamos es que defendía la libertad de enseñanza, sin matiz alguno político o mítico. Eso es todo, y nos basta para imaginarnos lo que hubo de ser nuestro camarada como maestro de escuela, quien, además, al conocimiento y la ciencia agregaba esa bondad de sentimientos que guió los actos de su vida.

Al estallar la conflagración mundial en 1914, y al comprobar en la ruptura de las hostilidades cómo los pueblos se disponían a tirarse idiotamente de cabeza en la embriaguez de la locura guerrera, creciendo, expandiéndose la movilización como un torrente devastador, sin que ningún movimiento internacional se pronunciase en su contra, se apoderó de él una de las más hondas crisis que padeciera en su existencia de activo militante. Una decepción desgarradora le hizo su presa, mermándole la fé pretérita depuesta en ideales humanitarios. En ese vórtice que amenazó devorar una civilización gangrenada de egoísmos, esa tromba de sangre y fuego que abarcó los cuatro confines del mundo, dio lugar a que fueran numerosísimos los que dudaran de los ideales de fraterna bondad. Pero si Nido pudo desilusionarse de la paciente labor de internacionalismo construída en el pasado, no perdió su confianza en el factor hombre, ni en el ideal que nutrió toda su vida. Eso sí, se replegó sobre sí mismo, creyendo en la tarea reeducadora del individuo. Fué por esos tiempos que con otro camarada fundara "Estudios", de tendencia individualista, sin caer en el nietzscheismo o stirnerianismo egolátrico de las sólitas capillas. Constituía en su esencia una prédica moralizadora, bregando para que cada célula humana se labrase una conciencia orientadora. En una palabra, empezar por la propia emancipación de prejuicios letales y resabios esclavizadores: una especie de autoeducación. Doctrina ésta quizás objetable, más, interpretada con cierta inteligencia, es una escuela de virilidad y de estoicismo, porque intenta convencer por el ejemplo. No hemos seguido atentamente la trayectoria de esta publicación hasta el final, aunque la seguimos en una buena parte de su campaña en Rosario. No es, pues, el caso de renovar ninguna discusión al respecto. No será tampoco superfluo afirmar que estas momentáneas desviaciones para reconcentrarse, recogerse en sí mismo, en una recapitulación total de un determinado período de actividades, quienes las practicaron salieron fortificados de esas crisis.

Y es al producirse la gran convulsión rusa que estremeciera en una oleada de optimismo a la opinión mundial, inaugurando la era de los bolchevistas, cuando Nido se reintegra al movimiento común del anarquismo. Es decir, participa más directamente y su colaboración aparece en todas partes. El diario y el Suplemento lo contaron entre sus más valiosos y diligentes colaboradores.

Amadeo Lluan, o Enrique Nido, supo acumular un caudal de cultura propia enteramente asimilada, con la ayuda del tiempo y de una voluntad tesonera. Se vislumbra ello en los ensayos a veces someros y demasiado esquemáticos, sobre los filósofos de la antigüedad y de los modernos. Es un desfile de todas las escuelas y sistemas, que comenzando con Sócrates finaliza con Bergson. Al que le infiere peor tratamiento es a Nietzsche, no obstante la tacha que se le adjudicó a Nido, de irreductible individualista. Poseyó un talento más expositivo y didáctico que el apto a bucear en los mares profundos del saber. Y una de sus supremas virtudes estribó en su intuición certera, que lo guió a adueñarse, en el patrimonio de la cultura universal, lo que más podía serle útil a las características de su personalidad de escritor, y que él aplicaría para esclarecer y fundamentar la doctrina anarquista. Lo que acontece en "El Pensamiento filosófico y el Anarquismo".

Su habitual escritura fué siempre de una diafanidad que translúcidamente tranparentaba la firmeza de sus conceptos y la cautivadora agilidad de sus pensamientos. Se constataba con ello un cerebro madurado al calor de hermosas convicciones, conseguidas a fuerza de reflexión. Su terminología, si incurría en vocablos científicos en contadas ocasiones, eran completamente naturales y apropiados. A las claras se le veía como a un enemigo acérrimo de las divagaciones líricas o de los vagabundajes sentimentales, que nos afectan a una buena cantidad de nosotros.

Esquemático y un poco frío, él, tan cálido en su vivir, podía serlo para evitar frondosidades superfluas y también porque sus lecturas se apuraron en los filósofos y los hombres de ciencia. Poseedor de varios idiomas, sus servicios de traductor fueron requeridos frecuentemente en bien de la propaganda. Recientemente, de común acuerdo con el camarada Abad de Santillán, resolvieron fundar una biblioteca de opúsculos de carácter histórico, de la cual Nido debía ser uno de sus autores. Desventuradamente, su prolongada enfermedad le impidió concurrir con su abnegado esfuerzo, y sólo alcanzó a escribir el prólogo para el primer volumen, que firma Max Nettlau, "Miguel Bakunin, la Alianza internacional y la Alianza en España".

Colaboró con regular frecuencia en revistas extranjeras, una de ellas "La Revista Blanca". Hace unos meses, el periódico anarquista "Freedom", de Londres, tradujo dos o más de sus trabajos. También algunas revistas italianas reprodujeron artículos suyos.

Es autor, como se sabe, del libro "El Pensamiento filosófico y el Anarquismo", "Páginas de Afirmación" y de una labor dispersa en diarios y revistas, de una actividad de escritor militante, durante una quincena de años. Fué uno de los organizadores del archivo internacional de publicaciones anarquistas. Cuando el primer congreso anarquista en la Argentina se le encomendó el informe, que luego se editó en folleto. Al morir deja una compañera y tres hijos.

Al contemplar el espectáculo de esta vida de natural modestia, de llana sinceridad que se volcó toda entera en pensamiento y acción, inconscientemente recordamos a Stepniak, el autor de *La Russia Terrorista*, aquel que después de apuñalear en las calles de S. Petersburgo a Mezentsef, el jefe de policía, se indignaba contra el compañero de fuga porque fustigaba los caballos, dándoles zurriagazos.

Salvando la gran distancia que separa a uno y otro revolucionario, se encontrará un cierto parecido en el valor personal hasta la temeridad, y la delicadeza de sentimientos, propios de héroes y apóstoles.

Desaparecido en la plena virilidad de su intelecto, cuando hubiera podido dar obras de más madura enjundia para la propaganda, es una pérdida muy difícil de reemplazar para el anarquismo, especialmente para el de nuestro país.

At—

POR LOS SALONES

Exposición de pintores argentinos

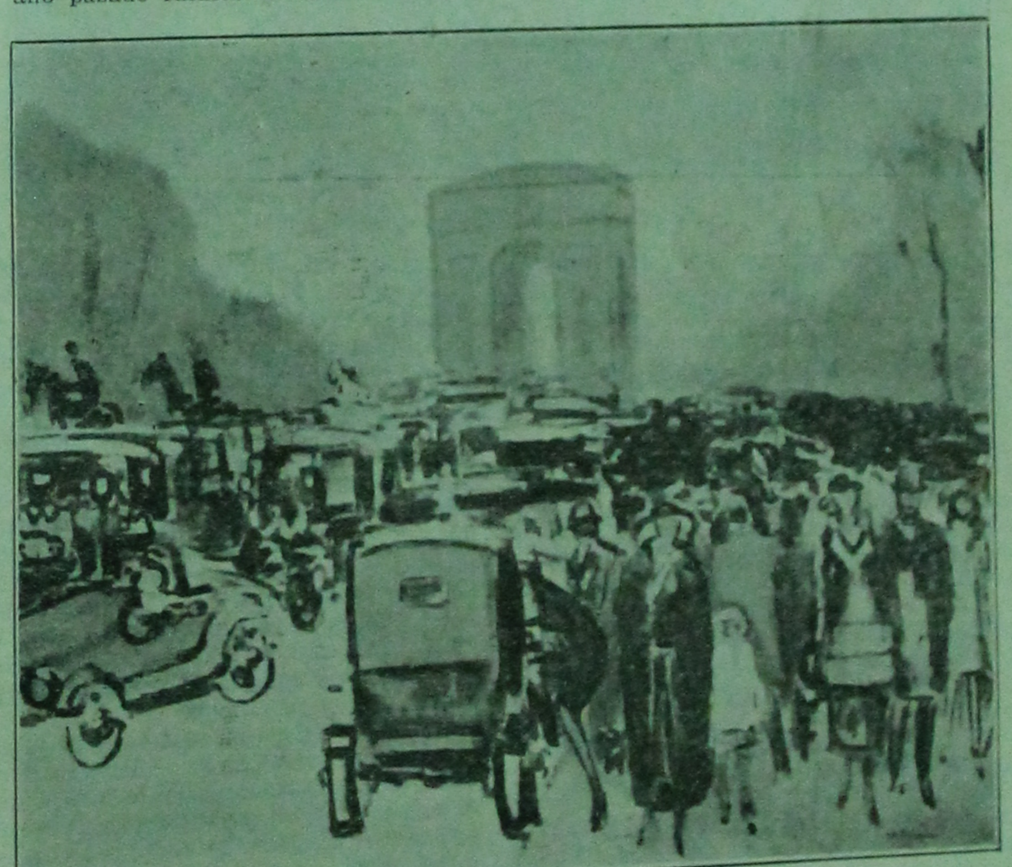
"La Peña", que se ha propuesto realizar exposiciones periódicas de autores argentinos, comenzó una, compuesta por Guillermo Butler, Thibón de Libian, Juan Tapia, Adolfo Travascio, Xul Soler, Curatella Manes y Riganelli.

Los menos glosados en esta publicación son Tapia, Travascio y Curatella. Estos tres artistas poseen un conjunto de obras que pueden delinear cumplidamente sus personalidades y los tres son de un fuerte interés.

Curatella Manes, quien vive en París, no obstante todas las negaciones que ha sufrido aquí por parte de sus propios colegas en función de arte, y de los críticos topos e ignaros, ha sido ya consagrado por la crítica internacional. Un artista como André Lhote, de sólida cultura artística, le ha dedicado artículos laudatorios, sostenidos por la lógica de un discurso de apretada y válida argumentación.

No pudieron influir en nuestro ánimo estos elogios transoceánicos, puesto que el año pasado fuimos sus defensores denodados contra la jauría de los vituperadores. Su bajorrelieve monumental, que figurara en el monumento arquitectónico "La douce France" de la Exposición Internacional de Artes Decorativas, en París, fué nuestro punto de partida para considerarlo uno de los escultores más descollantes del porvenir, quién sabe si solamente de la Argentina, sino también del extranjero. No quisiéramos caer en las extralimitaciones del ditirambo, un vicio tan difundio en estos lares; pero existen razones para abrigar esta esperanza. Una de ellas es su juventud comparada con la obra ya andada, la que está haciendo y la que se prevé podrá realizar.

Son escasas las esculturas suyas que se exhiben allí, en ese sótano convertido en un ambiente de arte casi europeo, un poco burguesón por lo frívolo, y con marcado carácter de sociedad recreativa. Sin embargo complementan, en cierta manera, las que viéramos anteriormente. Son un bajorrelieve de tierra cocida, otro en yeso, un desnudo en forma de tanagra, y una figura vestida, tratada idénticamente. No nos explicamos bien por qué todas ellas nos incuten la sensación de un arte de raíces populares. Hay algo de tosca delicadeza, que parece constituir un atributo exclusivo del pueblo — entendiendo éste no como un mito de clase y sí como la masa anónima donde lo substancial de la humanidad se funde en una sola aleación. Principalmente se puede deber ello a que esta tendencia de arte deriva de otras que fueron voluntariamente expresiones colectivas de estados sociales y culturales de determinadas civilizaciones: supóngase la egipcia, las indochinas, donde una muchedumbre de artistas y artesanos anónimos trabajaban para una manifestación total. Y las artes de vanguardia, sino se han avenido a este anonimato colectivo, en el cual nadie figura y figuran todos, propenden a que la escultura y la pintura retornen a su antiguo rol utilitario de adorno y decoración de una masa arquitectónica. Entonces al artista urgíale expresarse en otra técnica, menos minuciosa, menos detallista: proceder por grandes planos y vastos volúmenes.



VAN DONGEN — "Avenida del bosque"

Y bien, Pablo Curatella Manes supo asimilarse la sola esencia de esta doctrina constructiva, insuflándole además la calidez de un temperamento meridional.

—s no lo es por su nacimiento, se revela en su sensualidad táctil. Así animaba con soplo vital la abstracción de una teoría plástica. Es en lo que se diferencia de sus coetáneos, los deshumanizadores de las formas en un grado tan extremo que ya no son abstractos y sí abstrusos. El artista argentino, aun cuando esquematiza, conserva siempre la esencial estructura humana. La despoja sólo de lo superfluo, para ordenarla en líneas, volúmenes y planos, dentro de una composición rítmica. Tomemos por ejemplo este desnudo, que tildamos de tanagra por la armoniosidad de sus perfiles, y ensayemos a decir en qué es contrario al *bibelot*. Generalmente se cree que el tamaño hace lo estatuario, el monumento o lo monumental. Es una falacidad de idea y sensación muy difundida. Es cómo se ha tratado las partes de una figura o etc., cuando adquirirá grandiosidad: todo ello en vista del carácter y del equilibrio a veces agrandado y siempre exacto, de las proporciones. Si se tomara una tanagra griega, agrandándola hasta el tamaño natural, resultaría una estatua quizás tan ática y graciosamente monumental como sus hermanas mayores, los más bellos ejemplos de la escultura griega. Si hemos exagerado un poco el símil, es con el fin de una mayor comprensibilidad. Y tanto el desnudo y la figura vestida de Curatella Manes llevan todos los elementos de la gracia arquitectónica de una estatua; en cambio, una de un metro y ochenta, que no participase de la virtualidad de esas características, no sería más que un monstruoso bibelot, ya por ser una copia pedestre o frívolamente agradable, en cuya creación no entró para nada el espíritu de un artista. Pero donde Curatella logra plasmarse de modo

JOHN JONGKIND — "Notre Dame"

casi definitivo, es en los bajorrelieves; uno de ellos, el de tierra cocida, posee en esencia el más puro clasicismo, comprendido como suprema euritmia. Se comprueba otra vez que con cualquier procedimiento, cuando el talento es creador, se le rebasa en su formalidad.

Tapia se manifiesta, en estos cuadros de un ciclo sobrepasado en algunos años, con el don de las síntesis constructivas y de un sensibilidad casi innata, si cabe, para el color. Tiene armonías graves, graduadas y justas en sus matizaciones, de gran sabor poético. Naturalmente, estos instantes felices y culminantes no se producen con la misma intensidad en las varias telas allí expuestas. En dos o tres, a lo más, pero son todas ellas indiscutiblemente de un pintor dotado y orientado.

Adolfo Travascio, puede decirse que es una revelación para el público de Buenos Aires. Vive, trabaja y expone en La Plata. El año pasado envió obras suyas al Salón de Primavera. Inmerecidamente fué tratado con despectiva indiferencia.

Austero y parco en sus medios expresivos, estiliza para captar, en la medida de sus fuerzas, el carácter de cada objeto y la totalidad de la composición. Sobrio y esquemático de color, consigue sus armonizaciones por la sucesión de zonas y planos coloreados. Y es así que alcanza a ser fuertemente expresivo, plásticamente expresivo, porque, sintetizando, transfigura y les hace cobrar una insólita magnitud a las cosas que pinta. Dijérase que no siente esa ligera embriaguez del colorista nato, esa voluptuosidad de sumerjirse y abandonarse en una pasajera orgía de color. En cambio, lo usa parsimoniosamente para expresarse de manera sólida, clara y rotunda. Las barcas, el mate y algunas otras naturalezas muertas, son, a nuestro parecer, las composiciones que más fueron conducidas a su plenitud.

Exposición Pettorutti, Xul Solar, Nora Borges (A. A. del Arte)

Casualmente tuvimos que escuchar a Marinetti, y le sorprendimos casi al final del acto, en función de cicerone. Gran de fué nuestra decepción; ni para adversario puede tenérsele en cuenta. Manso en sus ocurrencias, en sus actitudes, ambiguo y escurridizo como una anguila y con una mansedumbre de tigre embalsamado, provocó nuestra profunda piedad. Es la estatua de sal petrificada, con la cara vuelta para atrás, hacia un futurismo próximo pasado, que peina las canas de unos diez y siete años de edad, que con el vertiginoso dinamismo centrífugo de la época actual, suman siglos. Es un histrión que no supo retirarse a tiempo de la escena. ¿Y qué histrión pudo arrancarse oportunamente del tablado de sus morbosas vanidades? Ningún nombre nos consigna la historia.

Hay que rezarle el *requiescat in pace* al futurismo, ya que su máximo apologista y trompetero acaba de enterrarlo para *in eternum*. En verdad que es el cadáver de una tendencia de arte con más ruido de nueces que ideas matrices, la que ha sido sepultada en suelo argentino. Aquí no se podrá hablar de futurismo sin que hasta los niños de teta se rían a carcajadas, al recordar la media docena de lugares comunes que nos espetó este lacio capitán Fracaso de lamentable pelada de vejete caduco.

Decirnos que Da Vinci, Dante, Miguel Angel y etc., fueron futuristas en relación al ritmo cansino de su tiempo, son verdades manoseadas al alcance de cualquier Cupertino del Campo, colmo de ineptitud y de sordera intelectual. Si nada nuevo podía decirnos después de lo dicho hace diez y siete años, nunca debió prestarse a la chirinada de esa gira de estrella de *café chantant*. Pero abandonémoslo a su suerte de simulacro de genio, ya fracasado; es que el pobre nos inspira una profunda compasión. Hay gente que no sabe morir a tiempo.

Y este Marinetti en salmuera, al intentar explicar los cuadros de Pettorutti cometió la burrada mayor y le infirió una ofensa mortal al que quiso ensalzar. Su pretendida exégesis se redujo a entonar ditirambos, como si todos esos cuadros fueran de inigualada perfección. En esto también estuvo al nivel de un León Pagano cualquiera, Himalaya de la mediocridad enervante. ¡Como si una obra de arte, en vez de ser sentida más o menos intensamente por todos, necesitase largas explicaciones para coaccionar admiraciones!

De Xul Solar, de quien nabiaramos repetidas veces, no cabe más que declarar que es profundamente personal, y si a veces incurre en raras cerebraciones fantásticas, jamás deja de ser sincero en la delicadeza, en la candidez de sus coloraciones.

Nora Borges demuestra una aguda sensibilidad verdaderamente femenina, tanto al dibujar como al pintar. Aun un poco afectada en una ingenuidad no del todo natural, es una firme promesa. Hay allí una naturaleza muerta y un cuadro de armonías verdes y azules, de verdadero mérito. Está ordenado con un sentido ya desarrollado del equilibrio de los valores de una composición. ¡Ojalá que no escuche falsas consejas y no finque en el amaneramiento una ficticia originalidad y un estilo falso!

Exposición Georges Bernheim (Witcomb)

Es una exhibición de pintura francesa que no guarda ninguna relación cronológica. Son épocas diversas y tendencias dispares. V. gr., hay un Corot de tonalidades de luces crepusculares, que destacan, valorizan arboledas de glaucos y espesos betunes; y tres cuadros más allá, el veedor se hunde en una tela de Van Dongen de fondo sombriamente liláceo, de una transparencia de agua estancada, donde se yerguen, en graciosas elipsis, frágiles ramas de glicinas florecidas, en pétalos de nieve matizados de un lila apenas rosado. Un clásico de la época de Roma, que pinta bajo la égida prestigiosa de Poussin y Lorena y un pintor moderno, indudablemente de un grande y sólido talento, que posa en fumista del pincel. Es uno de los contrastes más chocantes que a una testa imbuída de preceptismos podría inducirla a escribir un prieto capítulo de escolástica acerca del esplendor y la decadencia de la pintura. Pero ya no existen esos reaccionarios del arte, quienes hacían valer su tesis con hábil y cerrada dialéctica. Los que les sucedieron en el reaccionarismo, horros de valor moral alguno, fingen adoptar un eclecticismo de café con leche. Son ellos los capaces de encajarle los mismos puntos admirativos a Corot y a Van Dongen. Esperemos que esta vez no sea así. Más inteligentes que nosotros, deberían extraer la pertinente lección pictórica de esos cuadros del relativamente antiguo artista y del ultramoderno. Tampoco se comedirán a ello.

Corot, bajo la influencia subyugadora de esos dos poderosos artistas, pudo, aun imitándoles en el procedimiento, dar de sí lo que por el estro íntimo es una creación de arte, impregnándola de una armonía de luces de aquietada vibración. Piénsese; al lado mismo se halla un paisaje de Le Sidaner, *Nocturne;* y bien, éste, que ha sufrido todas las conquistas lumínicas de los impresionistas, resulta que su lienzo es completamente opaco, examinado únicamente desde el riguroso punto de vista de la luminosidad. La enseñanza a deducirse es de una simplicidad perogrullesca: que cuando la facultad creadora es potente, no son los procedimientos que le impedirán o ayudarán a manifestarse. Ahora, no nos objetarán que por ser un nocturno no deberá ser en exceso luminoso. Es que esa luz se crea por el contraste y ajuste de los valores. Puede ser tan luminoso un mediodía como una media noche, sólo variará en la calidad de las luces, más cálidas, más graves, más sordas y frías y etc. Siendo éste, a veces, un problema secundario de la pintura, es que, como decimos, entra en mucho la facultad creadora para rebasar lo elemental del procedimiento. En una palabra, aunque forcemos el término, nos parece infinitamente más cerca Corot del modernismo que hoy impera con el espíritu de lo neo-clásico, que Le Sidaner, quien puede ser moderno por vivir todavía.

Respecto a Van Dongen, el pintor menos conocido aquí, o muy parcialmente, no nos decidimos a aceptarlo de plano. El año pasado vimos "Les courses a Auteuil" y "Notre Dame de París", y ahora se repite con la "Avenue du bois", "Les Champs Elysées" y "Fleurs", lienzo en el que se emplea otra calidad de pintura, difiriendo no poco de las anteriores telas. Estas son sólo una demostración palmaria de su capacidad de prestidigitador del pincel. Son grandes croquis de una apariencia marcadamente ilustracionista. Es verdad que con pocos medios y someros trazos — tanto, que en muchos lugares está aún la tela desnuda — nos da una ilusión de volúmenes y de gradación de tonos, pero se bordea peligrosamente en la banalidad de efectos gruesos y escenográficos. Podrá ser un eximio pintor vislumbrado en esas flores; lo que no creeremos nunca es que un gran artista se preste a tales payasadas. Esperemos formarnos otro concepto más favorable cuando podamos contemplar un conjunto de sus obras. Por esas cuatro telas únicamente sabemos que es de una monotonía de procedimiento agobiadora.

Claude Monet, con "Le Pont de Londres", nos infunde la convicción hasta qué punto puede alcanzar de expresión lírica la pintura. Es una composición hímnica; esa luz solar que se quiebra entre la niebla y pugna por penetrarla, posee vibraciones de un ritmo continuo por los matices de que está compuesta. Es una armonía de grises pletóricos de color. Monet, por su retina privilegiada y su intenso temperamento lírico, se disputa la supremacia en la escuela impresionista con Renoir. Hay quien afirma que éste le supera. Son desdeñables calificaciones de archivistas de oficio. Indudablemente son los dos epígonos de esa

ADOLFO MONTICELLI —"Retrato de Niño"

tendencia, uno de los movimientos más importantes de la pintura contemporánea. Cézanne ya se sale de esa declinación escolástica, para entrar en la esfera de los grandes innovadores, quizás equiparable a un Greco. Marca el fin y el comienzo de una nueva época pictórica.

Pissarro, de quien hay un solo cuadro expuesto en el conjunto de los maestros impresionistas exhibido en "Los A. del Arte", fué el artesano voluntarioso, de lúcida inteligencia y de una tenacidad única para el trabajo. Pudo lograr una suma estupenda de resultados a fuerza de estudio y de un continuado ejercicio que se prolongó durante toda su vida. Partido de Courbet, con esa tela de fuertes y profundas tonalidades verdes en la de la serie de "Los A. del Arte" hasta la expuesta ahora y otra que viéramos el año pasado, un puente de París, fué ascendiendo en una incesante depuración espiritual. Pudo carecer de vuelo aquilífero, en cambio siempre le acompañó un escondido sentimiento eclógico de la naturaleza y de todas las cosas, que apenas asomaba aljofaraba su pintura. De todos modos, fué un ejemplo de consecuencia moral en la vida y en el arte.

Eugéne Boudin, en *Plage de Deauville*, uno de los antecesores, con John Jongkind, del impresionismo, es de los artistas de equilibrio casi milagroso entre el talento, que nada tiene de extraordinario, y sus medios de expresión. En esa fusión casi absoluta se halla la calma belleza de su arte. Esta playa de Deauville es de una gracia inefable, y como factura, la de un artesano, quien al poseer a fondo su oficio, lo usa con fluidez.

Jongkind, con la presente tela "Notre Dame", se revela como un maestro incontestable, que dentro de un realismo a veces minucioso en sus primeros cuadros, fué de un gran poder imaginativo, un artista de la más noble calidad.

Se halla además Monticelli, con algunas cabezas expresivas, el infaltable Ziem, de la rutilante feria de colores, Albert Besnard, director de la Academia de París, recientemente decorado con la Legión de Honor, lo que motivó la protesta burlona de un sector de artistas avanzados, y el rechazo de la cintita roja por parte de Dunoyer de Segonzac, quien dijo que no quería ser soldado donde los comandantes eran *cuistres*, o sea unos pedantes fosilizados. Hay todavía algunos otros de poco menos importancia para nuestro punto de vista del arte.

ENRIQUE NIDO

El ataque a la

El ataque despiadado que
anarquistas llevan nuestro
no puede dar, a la corta o
ningún resultado. Atacar e
es machacar en hierro frío y
verdad hace tiempo que de
se convencidos sus impugna
El anarquismo reposa so
mento de eternidad que yac
de la especie y todos los ata
moral u orgánico de sus d
llarán en el tiempo irreduc
No se puede atacar, co
de éxito, una idea que goz
lud y cuya robustez de alm
hallan reveladas por la exp
sal que tuvo desde el día
ción.
Las represiones guberna
en todo tiempo sufrieron
tas, no amenguaron en na
dad vital del anarquismo,
algunas zonas del planeta
a silencio por las hordas
cambio revivió después c
mos vigor que antes. Tam
cer nada contra él la crít
losófica o pseudo científica
tores aburguesados de la s
Se podría criticar, del a
que no tenga una concepci
universo o un concepto p
co de explicación de la m
de la mecánica inerte, par
de por sí, sin ayuda del s
no es un motivo que pued
en nada los fundamentos
social, elevada a justo si
sin privilegios de clase al
La interpretación sociol
quismo es insuperable p
rido el sentimiento de justi
ble que siempre se ha ma
si bien con diversas demo
tre la humanidad.
No puede morir ni desa
cabalga sobre un infinito
consubstanciales, sobre pri
de la materia orgánica, po
ta tiempo perdido intentar
Las escisiones y los fr
ros, que por desgracia cir
tro medio, podrán traerle,
to, algún desprestigio m
no debe imputarse a los
conjunto sino a los Judas
duren en él.
Cada hombre es respon
tos y no debe culparse a
la colectividad del mal q
sus miembros. Este es un
guo de derecho romano,
pervive, como se ve, en la
tanto retardataria de nu
censores.

Beneficenc

Los sentimientos más
manidad cuando salen d
pontáneo y se oficializan
encanto y la belleza pri
eran peculiares por la
Las tendencias de amor
solidaridad y ayuda al d
cesitado de luz y pan, q
características de la esp
encarnadas en nuestra s
congregaciones religiosas
sociedades de beneficenci
Con un motivo cualquie
mas de la aristocracia
len en peregrinación po
nuestra urbe postulando
dicen irá a mitigar los
bre, las desnudeces y el
tan los cuerpos escuálid
mas de la sociedad.
El frío intenso que e
ha hecho sentir, como
invernal del dios Pan, ha
texto a las damas que c
gregación del Santísimo
blear los bolsillos del c
acudir luego en ayuda d
los que en medio de nue
no tienen pan ni casa.
Todos sabemos lo que
tica estas entidades reli
fiencia. La mayor parte
caudado, para los neces
rar a los bolsillos sin fo
cia local.

ENRIQUE NIDO

El ataque a las ideas

El ataque despiadado que a las ideas anarquistas llevan nuestros adversarios no puede dar, a la corta ni a la larga, ningún resultado. Atacar el anarquismo es machacar en hierro frío y de esta gran verdad hace tiempo que debieran hallarse convencidos sus impugnadores.

El anarquismo reposa sobre un fundamento de eternidad que yace en lo hondo de la especie y todos los ataques de orden moral u orgánico de sus detractores fallarán en el tiempo irreductiblemente.

No se puede atacar, con seguridades de éxito, una idea que goza de gran salud y cuya robustez de alma y cuerpo se hallan reveladas por la expansión universal que tuvo desde el día de su aparición.

Las represiones gubernamentales, que en todo tiempo sufrieron los anarquistas, no amenguaron en nada la intensidad vital del anarquismo, que si bien en algunas zonas del planeta fué reducido a silencio por las hordas del Estado, en cambio revivió después con más o menos vigor que antes. Tampoco pudo hacer nada contra él la crítica pseudo filosófica o pseudo científica de los escritores aburguesados de la sociedad.

Se podría criticar, del anarquismo, el que no tenga una concepción genésica del universo o un concepto psíquico-biológico de explicación de la mecánica viva y de la mecánica inerte, para poder vivir de por sí, sin ayuda del sabio, pero, esto no es un motivo que pueda desvalorizar en nada los fundamentos de su filosofía social, elevada a justo sistema de vida sin privilegios de clase alguno.

La interpretación sociológica del anarquismo es insuperable por llevar adherido el sentimiento de justicia de los pueblos que siempre se ha manifestado igual, si bien con diversas denominaciones entre la humanidad.

No puede morir ni desaparecer lo que cabalga sobre un infinito de actividades consubstanciales, sobre principios y leyes de la materia orgánica, por lo que resulta tiempo perdido intentar su anulación.

Las escisiones y los falsos compañeros, que por desgracia circulan en nuestro medio, podrán traerle, en cierto punto, algún desprestigio moral, pero esto no debe imputarse a los anarquistas en conjunto sino a los Judas que se introducen en él.

Cada hombre es responsable de sus actos y no debe culparse a la familia o a la colectividad del mal que hace uno de sus miembros. Este es un concepto antiguo de derecho romano, que todavía supervive, como se ve, en la conciencia un tanto retardataria de nuestros injustos censores.

Beneficencia

Los sentimientos más nobles de la humanidad cuando salen de su cauce espontáneo y se oficializan pierden todo el encanto y la belleza primitiva que les eran peculiares por la ley de natura. Las tendencias de amor al prójimo, de solidaridad y ayuda al desvalido, al necesitado de luz y pan, que son también características de la especie, se hallan encarnadas en nuestra sociedad por las congregaciones religiosas y las llamadas sociedades de beneficencia.

Con un motivo cualquiera nuestras damas de la aristrocracia rastacueril salen en peregrinación por las calles de nuestra urbe postulando una limosna que dicen irá a mitigar los dolores del pobre, las desnudeces y el hambre que azotan los cuerpos escuálidos de las víctimas de la sociedad.

El frío intenso que en estos días se ha hecho sentir, como una salutación invernal del dios Pan, ha servido de pretexto a las damas que componen la congregación del Santísimo Rosario para sablear los bolsillos del comercio local y acudir luego en ayuda de los pobres, de los que en medio de nuestra abundancia no tienen pan ni casa.

Todos sabemos lo que son en la práctica estas entidades religiosas de beneficiencia. La mayor parte del dinero recaudado, para los necesitados, va a parar a los bolsillos sin fondo de la clerecía local.

Siempre hay una capilla derrruída que es necesario componer antes de que se venga al suelo y aplaste a los devotos feligreses. Cuando no, son las campanas de tal o cual Iglesia que necesitan una reparación. Pretextos no les faltan nunca a las almas misericordiosas del Señor para engullirse unos miles de pesos sacados al público con el cuento del pobre. A éste le llegarán, a lo sumo, algunas migajas, algunas sobras del festín que a sus expensas se dan los ricos y los religiosos. Todo es materia de negocio y explotación en esta infame civilización cristiano-capitalista.

Y no se quiere todavía que haya revolucionarios, es decir, hombres que denuncien los crímenes y las infamias que cometen los que están bien y tienen asegurada su existencia en detrimento de los que nada tienen, puesto que se lo han quitado todo. Aire y espacio, tierra y pan, vida y salud.

No se requiere que haya protestadores ni descontentos de este régimen económico que está en crisis y sobre el cual hace tiempo que dieron ya su fallo inapelable los grandes humanistas anárquicos de la civilización del porvenir.

No se quiere que haya quien se agite y trabaje por un equilibrio mejor de las situaciones morales y económicas que caracterizan las clases distintas de la sociedad.

Los que tienen no quieren ceder a razones y sólo consienten en dar a los menesterosos los restos baboseados de su ágape en permanencia.

Sólo la fuerza podrá arrebatarles un día lo que tan injustamente detentan y ponerlo, para siempre, en las manos reivindicadoras del pueblo.

***

Efemèrides de la vida de Bakunin

1814. 30 DE MAYO. Nacido en Premuchino en la posesión de sus padres, donde creció (en la Rusia central, al nordeste de Moscú).
1828. DICIEMBRE. Es enviado a Petersburgo a la escuela de artillería. Enero de 1833, oficial en Petersburgo. Comienzos de 1834 enviado a la Rusia blanca, Lituania. Comienzos de 1835 en Tver, luego en Premuchino, abandonando el servicio a fines de 1835.
1835—40. Interés filosófico. Fichte, Hegel, Stankevitsch, Belinski, luego Herzen y Ogareff, su objetivo: estudios filosóficos y una cátedra; Moscú, Premuchino, Petersburgo.
1840, JULIO. De Petersburgo a Berlín. Tres semestres de estudios filosóficos en Berlín hasta el verano de 1841-42.
1842.PRIMAVERA. A Dresde. Hegelianismo radical. Arnold Ruge. Octubre: artículo de los Deutschen Jahrbücher. Revolucionario filosófico, político y social.
1843, ENERO. Con Herwegh a Zurich. Weitling. Berna, Ginebra y Lyon.
1844, FEBRERO. Desobedece la orden de regreso a Rusia y parte para Bruselas; Joachim Lelewel. Mediados del año viaje a París. Marx y el círculo del Vorwaerts, Ruge, Herwegh y otros.
1845. Después de ser condenado a destierro perpétuo a Siberia y confiscación de sus bienes en Rusia, pronuncia su primer protesta pública contra Rusia en la *Réforme*, 25 de enero. — 1845-47 en París: Proudhon, Karl Vogt, Polonia, Herzen y Belinski, etc.
1847, 29 DE NOVIEMBRE. Su discurso a los polacos que origina la expulsión de Francia. A Bruselas. Marx. Muchos polacos. Un segundo discurso a los polacos, febrero de 1848.
1848. Después de la revolución de febrero en París. Comienzos de abril sobre Francfort, Colonia (ruptura con Marx), Berlín a Breslau; allí en el ambiente conspirador polaco. De mayo a junio en Praga. Congreso eslavo. Semana revolucionaria de pentecostés. A Breslau, luego a Berlín, expulsión de Prusia en el otoño. Refugio en Koethen, Amhalt. Luego en Leipzig, en íntimo contacto con el comité central democrático. Preparación de una revolución en Bohemia.
1849, PRIMEROS MESES. Traslado a Dresde. Viaje secreto a Praga. El estallido de la revolución de mayo en Dresde le liga a ésta ciudad. Participación intensa en el núcleo más íntimo del movimiento. Prisionero en Chemnitz en la noche del 10 de mayo.
1849, MAYO, A JUNIO DE 1850. Cárcel en Dresde y fortaleza en Koenigstein. Proceso. Condena a muerte y extradición a Austria.
1850, JUNIO, hasta mediados de 1851. Prisión en Praga y Olmütz. Proceso, condena a muerte y extradición a Rusia.
1851-1854 en la fortaleza Pedro-Pablo de Petersburgo, luego hasta marzo de 1857 en la fortaleza de Schlüsselburg. Deportación a la Siberia occidental, Tomsk.
1858. Casamiento con Antonia Kviatkowska en Tomsk.
1859, MARZO. A la Siberia oriental; Irkutsk y viajes por Siberia.
1861, 17 DE JUNIO. Comienza la fuga de Irkutsk hacia el mar, al Japón y por Norteamérica a Londres, 27 de diciembre.
1862, en Londres: Herzen y Ogareff; movimientos rusos y la insurrección polaca en preparación. Viaje a París.
1865, FINES DE FEBRERO. Sobre Hamburgo y Copenhague a Suecia, generalmente en Stockholmo. En el otoño sobre Londres, Bruselas, París, Suecia y el norte de Italia a Florencia en los primeros meses de 1864.
1864, en Florencia. Comienzos de la sociedad secreta internacional. En el verano viaje a Suecia. En el otoño por Londres (último encuentro con Marx). Bruselas, París (último encuentro con Proudhon) a Florencia.
1865, en Florencia, desde el verano en Sorrento, en el otoño en Nápoles.
1866, HASTA AGOSTO DE 1867 — en Nápoles y alrededores; expansión de la sociedad secreta y comienzos socialistas locales
1867, SEPTIEMBRE. — en el congreso de la paz de Ginebra. — En Ginebra y en los alrededores de Clarens y de Vevey hasta el otoño de 1868. Viajes a Berna al comité central de la Liga de la paz y de la libertad.
1868, JULIO. Ingreso en la sección central de la Internacional de Ginebra.— Fines de septiembre — congreso de la Liga de la paz y de la libertad en Berlín. Salida de la Liga. Fundación de la Alianza pública y secreta
1868, OTOÑO HASTA EL OTOÑO DE 1869.— En Ginebra: actividad en la Internacional ginebrina, en la sección local de la Alianza, en el Jura, en Ginebra con Netschaeff, labor para Italia, España, sur de Francia.
1869, SEPTIEMBRE. En el congreso de Basilea de la Internacional.
1869, DESDE EL FIN DEL OTOÑO, hasta julio de 1874 — en Locarno.—
1870, desde los primeros meses hasta julio, varios viajes a Ginebra por asuntos rusos.
1870, mediados de septiembre hasta fines de octubre — viaje con propósitos revolucionarios a Lyon — el movimiento lyones del 29 de septiembre — y Marsella.
1870, 1871 EN LA PRIMAVERA.— Pequeños viajes a Milán y Florencia.
1871, DE ABRIL A FINES DE MAYO — viaje al Jura durante la Comuna.
1871, AGOSTO.— Comienzo de la protesta contra Mazzini e intensas relaciones italianas, que persisten hasta agosto de 1874.
1872, PRIMAVERA.— Comienzo de las íntimas relaciones con un grupo de Zurich, luego con Carlo Cafiero (mayo-junio).
1872, 4 DE JULIO AL 11 DE OCTUBRE EN ZURICH.— Viajes al Jura y a Ginebra.— Trato intenso con jóvenes estudiantes rusos y serbios.
1872, SEPTIEMBRE. La reunión de Zurich, para la reconstrucción de la Alianza de los socialistas revolucionarios. El congreso del Jura y el congreso Internacional de Saint Imier (Jura bernés).
1872, DE OCTUBRE A AGOSTO DE 1873 — en Locarno desde el 22 de octubre.— La imprenta rusa y sus publicaciones en Zurich. Viaje proyectado pero no posible a Barcelona, julio de 1873. La adquisición de la Baronata en base a convenios con Cafiero, verano de 1873. Visita de delegados del congreso de la Internacional en Ginebra. Retirada del movimiento público.
1873, DESDE FINES DE OCTUBRE AL 27 DE JULIO DE 1874 — en la Baronata, Locarno; la crisis de esa empresa y la ruptura con Cafiero, julio de 1874. — Desde diciembre de 1873 preparativos conspirativos italianos para el verano de 1874.
1874, 30 DE JULIO AL 1º DE AGOSTO — residencia revolucionaria en Bolonia; el movimiento de la noche del 8 de agosto (Prati di Caprara) fracasa.
1874, 14 AL 26 DE AGOSTO — en Solingen, Suiza. Ultimas esperanzas revolucionarias hasta el 21 de agosto — Luego decisión de retirarse también del movimiento secreto.
1874, 21 DE AGOSTO, Solingen, luego generalmente en Sierre (Valais) hasta el 25 de septiembre en Neuchatel — penosas discusiones y, el 25 de septiembre, ruptura mortificante de sus compañeros más íntimos con Bakunin.— 26 de septiembre al 5 de octubre — en Berna con sus viejos amigos privados.— 7 de octubre — regreso hacia su familia en Lugano
1874, OCTUBRE HASTA EL PRIMER TERCIO DE 1876. — En Lugano; grave enfermedad le lleva a Berna.
1876, 14 DE JUNIO — en Berna, en una pensión de enfermos, en donde le alcanza la muerte EL 1 DE JULIO.

M. N.

D. A. DE SANTILLAN

Armas para el espíritu

Glosas al cincuentenario de la muerte de Bakunin

II

Cuando estamos sedientos de beber en la fuente de la ciencia acudimos a los libros, o a escuchar la palabra de los maestros, es decir, a recoger el fruto del esfuerzo intelectual de los milenios, sin que eso signifique ninguna esclavización al pensamiento ajeno. Hoy no es la ciencia pura la que nos hace falta. Lo que nos hace falta es "el diablo en el cuerpo", el sentimiento y la pasión de la libertad, la fortificación del carácter para una lucha gigantesca contra un mundo hostil. Y así como no todos los hombres son creadores en ciencia, tampoco todos lo son en la vida moral, desde el punto de vista de la personalidad, del carácter. Por consiguiente, lo mismo que se acude a los hombres de ciencia o a los libros para saber si Sócrates fué un filósofo o un general o para darnos una idea del mecanismo celeste, — para educar nuestro carácter, para templar nuestro corazón, para formar nuestra personalidad, acudimos al ejemplo de aquellos hombres presentes e históricos que simbolizan un ideal de superación y que representan el símbolo de nuestras aspiraciones. Los que tienen sed de dominio buscarán sus inspiraciones en la galería de la historia política; los que ambicionan la riqueza husmearán los métodos y virtudes de empresa de los grandes reyes de la industria, del comercio o de la banca: los que se inclinan hacia el campo literario, buscarán en la literatura, en las grandes figuras creadoras de la historia literaria los espíritus afines, los modelos y maestros. Nosotros no podemos eludir esa ley espontánea y natural de la psicología humana y buscamos también la inspiración de las figuras simbólicas de la dirección de nuestros esfuerzos. Somos revolucionarios y anarquistas y vivimos en un período de los más trágicos para el porvenir de nuestras ideas y de nuestras aspiraciones; una reflexión detenida nos lleva a la conclusión de que la necesidad más urgente de la hora es templar el carácter y dar armas al espíritu a fin de volver a interpretar la revolución como un proceso activo y no como un pacífico raciocinio o una simple crítica pasiva a los hombres, a las instituciones y a las cosas. E involuntariamente nos viene a la memoria la figura genial de Miguel Bakunin, gigante de cuerpo y de pensamiento. Bakunin, una naturaleza primitiva, vigorosa, semisalvaje, tuvo que abrirse brecha en el mundo de sus contemporáneos a fuerza de voluntad. Pero no pudo contar nunca más que con una minoría de camaradas afines. Y sin embargo, ¿cuánto no hizo para poner un dique al desborde del autoritaris-

mo? Tenemos la convicción que si viviese entre nosotros, en una época en que los partidarios de la anarquía se suman por centenares de millares, sabría hallar el medio de poner en acción esas enormes fuerzas adormecidas o pasivas y resistir con ellas la invasión de las tenebrosas potencias de la esclavización y de la opresión humanas. No hay ninguna idolatría en nosotros, pero en la trágica situación en que nos hallamos, invocamos a Bakunin como el más poderoso inspirador, como una solución a los problemas de la historia contemporánea. Bakunin tiene esto de característico: que no separó el pensamiento de la acción, que no hizo de sus ideas un mundo aparte, con vida propia al margen de la lucha por su realización y su difusión. Bakunin era un hombre de una pieza, no conocía la doblez, fué siempre franco y noble; como personalidad moral ha estado a mil codos sobre su adversario Marx, en torno a cuyas ideas hormiguea hoy un ejército de exégetas, de sacerdotes, de discípulos y de vulgares politicantes. Pero como su vida no ha sido una vida ejemplar, Marx podrá hablar a la mentalidad dogmática de sus secuaces, pero no habla al corazón del pueblo, no alienta las luchas revolucionarias que son inseparables de los sentimientos nobles y elevados. Bakunin, en cambio, se ha convertido en un símbolo popular; va durante su vida era para muchos un héroe de epopeya. En torno a Bakunin se ha formado una vasta leyenda, pero la leyenda no es más sugestiva y atractiva que la realidad misma, tal como se ha conservado gracias a la tenacidad y a la paciente construcción de Max Nettlau.

¡Camaradas de todos los países! El nombre de Bakunin puede servirnos de lazo de unión y de inspiración en este momento en que el capitalismo hace más estragos que nunca, en que el estatismo es más soberano que jamás lo ha sido, en que se fraguan nuevas guerras mundiales, más desastrosas de lo que puede ya representarse la imaginación más frondosa, en que la humanidad, por interés y por cobardía, se suma al carro triunfal de los fuertes y pisotea todo sentimiento de justicia, escarnece toda aspiración de libertad. Bakunin es la encarnación de la rebeldía del pueblo: hay que despertar a ese pueblo haciendo revivir a Bakunin, como si continuase en espíritu entre nosotros infundiendo aliento a los débiles, dirigiendo hacia el bien la fortaleza de los fuertes.

Sin renunciar a ningún otro medio, sin menospreciar ninguna otra posibilidad, nosotros quisiéramos que Bakunin continuase su labor entre nosotros por medio de sus obras. Felizmente, después de muchos esfuerzos, las obras de Bakunin en idioma español están en marcha, aunque por desgracia no con la premura que fuera de desear en vista de tantos peligros como se ciernen sobre la humanidad y en particular sobre nosotros en tanto que anarquistas y revolucionarios. La Editorial LA PROTESTA ha iniciado la publicación de diez volúmenes de escritos del creador genial del anarquismo moderno, ligado al destino de las masas populares. No es nuestra la culpa si no se avanza más rápidamente.

Aprovechando la oportunidad del cincuentenario de la muerte de Bakunin, queremos dar a conocer a los libertarios de habla española o conocedores de ese idioma una iniciativa que, por su magnitud y por su naturaleza, trasciende del interés de los camaradas de un solo país o de un grupo y que además no puede realizarse sin una cierta cooperación internacional. Se trata de la biografía monumental de Miguel Bakunin, llamada a convertirse en la obra clásica de la historiografía social.

Max Nettlau, no obstante disponer de una capacidad de trabajo increíble, ha dedicado casi cuarenta años a las investigaciones en torno a la vida y a la obra de Bakunin, con una minuciosidad histórica asombrosa, y consiguió levantar un monumento imperecedero al anarquismo con los resultados de su trabajo. Recién acaba de terminar la redacción de una nueva biografía, en donde recoge los resultados de la primera, publicada en alemán en forma heptográfica en sólo 50 ejemplares (Londres, 1890-1900, tres grandes volúmenes), con los inmensos materiales encontrados en los archivos de la familia Bakunin, que se creían perdidos y en los archivos de la policía secreta del zar. Puede decirse, pues, que el verdadero Bakunin ha sido hecho revivir tal como fué realmente. La admiración que provoca su nombre, no sólo no disminuye cuando se le conoce íntimamente, sino que aumenta y se cristaliza, por decirlo así, en las formas más fecundas para el desenvolvimiento del propio espíritu del que estudia esa vida agitada y batalladora en casi todos los países de Europa. Pero la nueva biografía de Bakunin es más que una biografía de Bakunin; es una instructiva contribución a la comprensión del socialismo en el siglo XIX y un auxilio importantísimo para juzgar los hechos pasados y las situaciones presentes. Muchos enigmas de la hora que corre se desvanecen como por encanto al estudiar la riqueza de materiales de este libro, que no tiene igual en la literatura socialista ni en la literatura académica y burguesa. Quisiéramos hacer comprender a todos los anarquistas las razones de nuestro entusiasmo al leer los originales de esta obra. Será para nuestro movimiento un baluarte moral inexpugnable y el respeto que impondrá a propios y extraños esa labor imposible de silenciar o de dar por no realizada, nos permitirá recoger abundantes cosechas de simpatía y de adhesión hacia nuestro movimiento en los que hoy nos menosprecian y desearían pasarnos por alto. Para dar una idea de la riqueza del esfuerzo de Max Nettlau habría que escribir todo un libro, y más si quisiéramos apuntar las ilusiones y las esperanzas que hace nacer en nosotros, tanto por la impresión y la influencia en nuestro espíritu como por la impresión y la influencia que tendrá en el mundo socialista de todos los matices y en general en el mundo intelectual. E insistimos particularmente en el valor de esa influencia fuera de nuestro propio ambiente, porque tanto como el cultivo y el cincelamiento de nuestra alma nos interesa la acción sobre nuestros contemporáneos, y es la acción sobre nuestros contemporáneos lo que menos se manifiesta desde hace 15 ó 20 años, no obstante ser un requisito de primer orden para el proselitismo y el desenvolvimiento de la mentalidad revolucionaria.

La nueva biografía está dividida en cuatro tomos bastante repletos, de unas 450 páginas cada uno. El primero abarca desde mayo de 1814, el nacimiento de Bakunin, hasta mayo de 1849, la insurrección de Dresde, la retirada de los combatientes y el arresto de Bakunin en Chemnitz. Es el período de la juventud en Rusia, Alemania, Suiza, Francia y Bélgica. El segundo tomo lo llenan los 12 años de prisión en Alemania, Austria, Petersburgo y de destierro en Siberia, su fuga, sus viajes por el occidente de Europa, su período de fervor nacionalista hasta su consagración a la revolución social y su elaboración de las ideas anarquistas en la forma que hoy las conocemos: termina el volumen con la intervención de Bakunin en el congreso de 1868 de la Liga de la paz y de la libertad, (Berna) y con la fundación de la Alianza de la democracia socialista. Los volúmenes tercero y cuarto están dedicados a la Internacional y a la Alianza hasta la muerte de Bakunin el 1 de julio de 1876.

Una vez impresos en formato octavo, impresión densa, tendríamos unas 1700 páginas, que requieren no una lectura fugitiva como una novela, sino un estudio sereno y reflexivo. Es una obra de historia social como no hay otra, una obra de cultura del espíritu y simultáneamente de elevada propaganda intelectual en favor de la anarquía y de la lucha por un mundo mejor. Un arsenal de argumentos y de ideas para los militantes, un medio de educación y de perfeccionamiento para todos. Un motivo de esperanza y de orgullo para los que aman y comprenden la anarquía.

No sabemos si todos sienten la inquietud que sentimos por el porvenir de nuestro movimiento y por el brillo de nuestras ideas; no sabemos si todos los camaradas comprenden la imperiosa necesidad de realizar esfuerzos serios y tenaces para influenciar la marcha de la historia en sentido diferente del actual. Por nuestra parte confesamos un infinito desasosiego y la necesidad consciente de obrar contra el mundo entero que pisotea toda libertad e independencia humanas y menosprecia los más nobles sentimientos y persigue las más justas aspiraciones. Y como la palabra ha perdido su fuerza como vehículo del pensamiento y reflejo de la acción, predicamos con el ejemplo y hemos puesto manos a la obra, muy pocos en número, pero con plena confianza de que la labor comenzada no se paralizará por falta de compresión y de ayuda. Aparte del idioma español, ningún idioma puede permitirse la publicación de una obra anarquista en 1700 páginas, tanto más cuanto que no existen ya los Francisco Ferrer que dedican su fortuna a la propaganda. Es, pues, el español el idioma en que debe ver la luz por primera vez la biografía de Miguel Bakunin.

Nosotros, que comprendemos la necesidad de la acción y que exhortamos a salir de la mortal pasividad presente, nos hemos dedicado a allanar las primeras dificultades para la edición de esa obra monumental con el mismo espíritu que revelaríamos en una conspiración contra el despotismo o en una vasta insurrección contra la mentalidad autoritaria.

III

Poned frente a frente el partido de la guerra y de la explotación del hombre por el hombre y el partido de la paz y de la libertad. En esa comparación advertiréis la magnitud de las desproporciones. La inteligencia, la fuerza, la riqueza, los hombres más activos, los más emprendedores, los más hábiles están en el partido de la guerra y de la explotación. Con el partido de la paz y de la libertad no hay más que una minoría proletaria generalmente irresoluta, pobre en posibilidades, pero más débil de voluntad. No hemos salido apenas de la gran catástrofe de 1914-18 y estamos ya entretenidos en las aventuras coloniales en espera de una nueva hecatombe, que si se produjese mañana volvería a mover millones y millones de hombres, continentes enteros, sin resistencia alguna. No nos hacemos ninguna ilusión, somos hoy más impotentes que en 1914 para poner trabas a los planes ambiciosos de los privilegiados y frente a una nueva guerra o a un acontecimiento semejante, nosotros, los anarquistas, con la minoría proletaria afín, no constituiríamos un obstáculo de gran significación; nuestra resistencia sería fácilmente arrollada y silenciada. No es porque nuestro número sea tan despreciable, sino porque la voluntad y el deseo de obrar son despreciables, porque no tenemos el diablo en el cuerpo más que para las discusiones bizantinas y los debates teóricos.

Sin embargo, lo último que se pierde es la esperanza y no debemos cesar de tocar a rebato las campanas de la alarma los que vislumbramos la gran tragedia de la impotencia de las fuerzas de la libertad en esta hora. Es preciso construir pacientemente lazos de conexión y de solidaridad entre todos los anarquistas del mundo, para provocar una acción sistemática que vaya minando poco a poco el viejo edificio social. Somos un número suficiente para hacer mucho más de lo que hacemos ahora.

Es inútil insistir sobre el valor de nuestra prensa y de nuestra literatura y sobre la enorme potencia moral y orientadora que pueden representar. Pero nuestra prensa actual, de todos los países y de todas las graduaciones, no está a la altura de las necesidades y deja mucho que desear por varios conceptos, por el débil espíritu de batalla que la informa, por la superficialidad y rutina de su propaganda y por su nivel intelectual. Pero sería vano querer dar una mayor valorización de nuestra prensa cuando nuestro movimiento dispone de tan pocas fuerzas intelectuales sinceras y de prestigio. Habría que comenzar por hacer accesible a un número más y más grande de camaradas un ensanchamiento de su cultura revolucionaria, que serviría de estímulo y de garantía constantes para el incesante enriquecimiento de la prensa, de las 150 publicaciones más o menos de que disponemos en los diversos países.

Considerando esa situación nos hemos propuesto por tarea inmediata la renovación y el enriquecimiento de nuestra literatura, y en los países de habla española se puede advertir ya que el esfuerzo no ha sido del todo inútil. Esa renovación de la literatura revolucionaria y de propaganda ha de dar sus frutos, elevando la mentalidad de nuestros camaradas y despertando en algunos de ellos la pasión de las investigaciones serias, de los estudios profundos. Hay que crear paralelamente a nuestro movimiento obrero un movimento intelectual libertario capaz de imponer respeto a nuestras aspiraciones y de remover sin cesar nuestro caudal ideológico, actualizándolo para su mayor comprensión, infundiéndole la vitalidad del contacto continuo con las necesidades y condiciones variables de las grandes masas.

No menospreciamos ningún matiz de la propaganda y del esfuerzo anarquista, pero bien claro está que la propaganda impresa es algo ineludible y fundamental. Ahora bien, esa propaganda impresa debe ser mejorada, superada, enriquecida bajo todos los aspectos a fin de que llene la misión a que se le destina.

Pero como el mejoramiento de nuestra prensa presupone la condición de un cierto número de camaradas más o menos ricos en ideas, capacitados para la propaganda impresa, de una respetable cultura revolucionaria — el mejoramiento y el enriquecimiento de nuestra literatura tiene por condición previa la existencia de los materiales apropiados, en primer lugar los libros. Pero hoy el libro se ha vulgarizado hasta tal punto que no hay en el mundo quien no pueda permitirse el lujo de adquirir algún volumen. Ciertamente, con esa difusión del libro se produjo una diminución de su valor intrínseco y de su poder sugestivo como despertador de almas. En consecuencia, es indispensable una selección de nuestras lecturas. Puede ser muy interesante conocer el mecanismo de los planetas y la fauna del mar, pero la revolución gana con eso muy poco, o nada. La cultura que nos interesa adquirir a nosotros, anarquistas, es una cultura revolucionaria, porque es ella la que nos facilitará la comprensión de nuestros problemas y la que nos templará el alma para la resistencia al mal y a la mentira del privilegio.

En ese sentido la biografía monumental de Bakunin es una piedra angular para la fortificación del espíritu anarquista. Además, tiene el valor de merecer el estudio de un cierto número de gentes que, sin ser anarquistas, conservan una cierta independencia de espíritu y ejercen innegable influencia en un público mayor o menor, — estudiantes, profesores, sabios, intelectuales de diversas categorías. Un libro como la biografía de Bakunin equivale a todo un pequeño ejército de combatientes del viejo mundo de la autoridad.

Suponemos que hay en todos los países camaradas deseosos de poner en pie de guerra, multiplicada en millares de ejemplares, la biografía de Bakunin, esas vigorosas 1.700 páginas de que hemos hablado anteriormente. Por eso apelamos a ellos. La publicación de una obra de tales proporciones sobrepasa las fuerzas de los camaradas de un solo país y como su valor es de interés internacional, internacionalmente hay que llevarla a cabo, mostrando ya en esa cooperación un sentimiento internacionalista que va más allá de las palabras de moda.

La Editorial LA PROTESTA pondrá en breve manos a la obra para iniciar la publicación de esa biografía en la forma más asequible a todos los anarquistas. Pero si en lugar de contar sólo con las propias fuerzas, contase con la cooperación internacional de los anarquistas de habla española y conocedores del idioma en lugar de emplear tres o cuatro años en llevar a buen fin la iniciativa, podría realizarla en unos meses para bien de todos. La publicación de esa obra voluminosa exige una suma de 30.000 pesos aproximadamente, o sea 10 mil dólares americanos. Si la Editorial LA PROTESTA debe reunir esa suma entre sus lectores, la publicación requerirá varios años de esfuerzo constante, perdiendo así la obra el valor que tendría hoy mismo en la calle en pocos meses para afianzar y ensanchar el radio de las simpatías hacia nuestras ideas, un requisito para hacer frente a la reacción internacional.

Los detalles de esa iniciativa serán elaborados posteriormente. Nosotros la ponemos en conocimiento de algunos de nuestros periódicos, para que se enteren todos los interesados y decidan por sí mismos si la publicación de la biografía monumental de Miguel Bakunin, cincuenta años después de su muerte, merece los honores de una cooperación internacional de todos aquellos que se proclaman con orgullo continuadores del pensamiento de aquel gigante cuyo cuerpo dejó de existir el 1 de julio de 1876 en Berna, pero cuyo espíritu es inmortal.

¡Que digan ahora su palabra los que consideran de su deber decir algo!

AÑO

LA

PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478

No insulté

No sabemos cuál de l
grafos e historiadores al
mos que Teodoro Wolff
cidentalmente de la disci
del ex kaiser, decía que e
nistraba algunos puntapi
reír de sus generales, o
jas, estos puntapiés iba
de cuartel en cuartel, de
la, hasta recorrer toda
desde el ciudadano más e
ta el proletario. Era ést
orden, el *mot'o* de una
meticulosamente ordenad
a machamartillo.

En "El preludio", se di
dios de otro género don
del desterrado de Doorn
francamente bestiales, pr
lidades trogloditas, supo
ello no calumniamos a
y lejanísimos antepasad
nuestra espesa ignorancia
cas primitivas. Las velad
develadas por Maximilia
un concierto de homo-sex
grosería colosalmente ge
no los chistes soeces y
la adulación de sus fam
mos, constituían para el

Abe

La discip
torturas y hu
el Estado fa